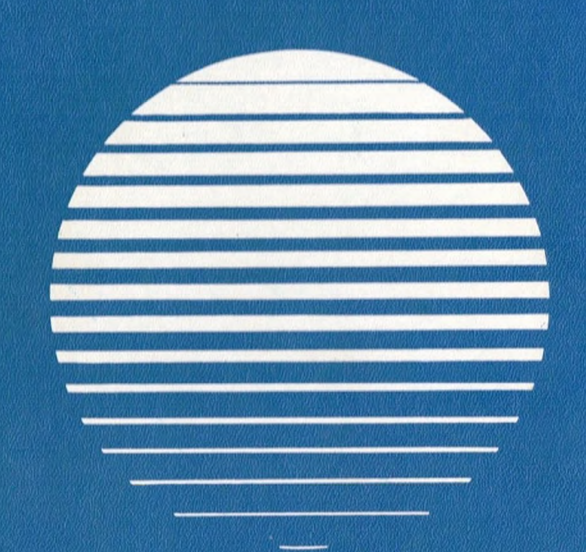
HISTORIA MUNDIAL DEL SIGLO XX





HISTORIA MUNDIAL DEL SIGLO 20

VOLUMEN CUARTO

Edición internacional dirigida por
A. J. P. Taylor y **J. M. Roberts**

COMITÉ DE ASESORES

K. D. Bracher
profesor de Historia Contemporánea y de Ciencias Políticas en la Universidad de Bonn.

C. P. Fitzgerald
profesor de Historia Oriental y China en la Universidad de Canberra.

Sir Basil Liddell Hart
experto en Historia Militar.

Henri Michel
Secretario General del Comité Internacional de Historia de la Segunda Guerra Mundial.

Robert Ochs
profesor de Historia Moderna en la Universidad de Carolina del Sur.

Sadatoshi Tomioka
director del Instituto Japonés de Investigaciones Históricas.

A. M. Samsonov
miembro correspondiente de la Academia de Ciencias de la U.R.S.S.

Antonín Šnejdárek
director del Instituto de Política y Economía Internacional de Praga.

Leo Valiani
profesor de Historia en la Fundación Luigi Einaudi de Turín.

Claudio Veliz
director del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile.

C. J. H. Watson
de la Universidad de Oxford.



EDITORIAL VERGARA
BARCELONA

DOCUMENTACIÓN GRÁFICA

AFP - Central Press; L. Alonso (Madrid); ANEFO, Amsterdam; ARA, Estudio Gráfico; Archivo Abadía de Montserrat; Archivo Casasola; Archivo Mas; Archivo Vergara; Associated Press; Australian War Memorial, Canberra; A. Bankhardt; Photo Cris Barker; Belgrade Military Museum; Bibliothèque Nationale, París; Black Star; B. N.-Est; Bill Brandt; W. Brugger; Bundesarchiv, Coblenza; Camera Press; Robert Capa; H. Cartier-Bresson-Magnum; Cas Oorthys, Amsterdam; Central Press; Colección Azaola; Comitato Civico; Comité de l'Histoire de la 2e Guerre Mondiale; Domenica del Corriere; Crown Copyright; Crown Copyright, HMSO; Chicago Daily News; Chicago Tribune; Edistudio (Barcelona); Fédération Nationale des Déportés et Internés, Résistants et Patriotes; Daniel Fitzpatrick; Foto-Hilscher, Viena; Fototeca Pres. Consiglio, Roma; Fox Photos; Ann Frank Foundation, Amsterdam; C. Golding; Willian Green; Hanns Reich Verlag, Munich; Historical Research Unit; Imperial War Museum; India House; Instituto de Historia de la Ciudad (Barcelona); Instituto Municipal de Historia (Barcelona); Inst. für Marxismus-Leninismus Beim ZK Der Sed; International News Photos; Peter Kemp; Keystone Press; Keystone, Tokio; King Features Syndicate; Kladderadatsch; Labour Party; League for Democracy in Greece; Library of Congress; Life-Time Inc.; M.B. Linke, Varsovia; London Expres News and Features Service; Magnum Photo; Moro, Roma; Musée Royal de l'Armée, Bruselas: Museum of Modern Art, N.Y.; National Archives, Washington; National Gallery of Canada (Detail); National Maritime Museum; Nationalbibliothek, Viena; Novosti; Office of War Information, Washington; Pictorial Press; Photo Almasy; Planet News; Paul Popper; Press Association; Psywar Society; Publifoto; Punch; Radio Times Hulton; Francisco X. Ràfols; Editions Rencontre; Research by John Odling-Smee and Michael Kaser, Oxford; Marc Ribaud-Magnum; Robert Riggs; Rohnert; Sado; Salmer (Barcelona); School of Slavonic Studies Library; Search Ltd.; Gabriel Serra (Barcelona); Signal; Sikorski Museum, Londres; Simplicissimus; Snark; Sphere; Evening Standard; Lilli Stunzi; Südd-Verlag; Time-Life; Topix; Trinity Press; Trustees of David Low; Ullstein; United Nations Photo; United Press International; U.S. Air Force; U.S. Air Force Collection; U.S. Air Force Dept.; U.S. Army Collection; U.S. Army Dept.; U.S. Army Photo Dept.; U.S. Defence Dept.; U.S. Information Agency; U.S. Navy Dept.; Usis; VHU, Praga; Roger Viollet; Westminster Library; World Wide Photos; Agencia Zardoya (Barcelona); Alfredo Zennaro, Roma; Zionist Central Archives.

ISBN 84-7178-237-5 (ed. completa)
ISBN 84-7178-251-0 (vol. IV)
ISBN 84-7178-238-3 (ed. fascículos)

© 1968 by B. P. C. Publishing Ltd. © Vergara, S.A., 1972. Título original: *History of the 20th Century*
Traducción de Jaime Berenguer Amenós, Carlos Pujol, J.G. Larraya, Esteban Riambau y J.C. García-Borrón
Depósito Legal: B. 39 247 (IV) - 71. Impresión: Publicaciones Reunidas, S.A. Alfonso XII s/n - Badalona

Impreso en España - Printed in Spain

La campaña del Norte

Entre abril de 1937 y septiembre del mismo año fueron cayendo en manos de los nacionales las provincias del Norte: tras la rotura del «Cinturón de Hierro» —gigantesca cuanto ineficiente fortificación—, Bilbao y las provincias de Santander y Asturias fueron conquistadas una tras otra...

El general Fidel Dávila Arrondo, que sucedió al general Mola en el mando del Ejército del Norte. *En la parte inferior:* **el presidente del Gobierno de Euzkadi, José Antonio Aguirre.**





La guerra cambia de signo. En busca de la decisión en el Norte

Al terminar la batalla de Guadalajara se desecha definitivamente, por ambos bandos, la idea de que la guerra pueda terminar en un plazo breve. Sobre esta base, y ya desde el otoño, se movilizan, instruyen y arman nuevas unidades. Y, dentro del bando nacional, se ponen los ojos en el frente Norte, donde hay sobrados recursos humanos y materiales para crear en su día, a base de los mismos, una verdadera reserva.

La liquidación del frente Norte se planea cuidadosamente a lo largo del primer invierno de la guerra. Razones poderosas aconsejan iniciar dicha liquidación por Vizcaya, pese a encontrarse allí una fuerza estimable —el llamado «Ejército de Euzkadi»— y dos poderosas líneas de fortificaciones, una de las cuales, la más interior, ha merecido el pomposo título de «Cinturón de Hierro».

Fuerzas en presencia

El general Mola, jefe del Ejército del Norte, pone en manos del general Solchaga las cuatro primeras brigadas de Navarra (coroneles García Valiño, Cayuela, Latorre y Alonso Vega), a las que luego, ya muy avanzadas las operaciones, se unirían otras dos más (coroneles Sánchez González y Bartomeu). Con ellas intervendría la Brigada italoespañola «Flechas Negras» (general Piazzoni). Son inicialmente unos 28.000 hombres, fuerzas exiguas para tamaña empresa.

Enfrente se encuentra el ya citado Ejército de Euzkadi, que teóricamente forma parte del Ejército del Norte (general Llano de la Encomienda) pero dispone de una autonomía absoluta que linda con la independencia. Prácticamente, y hasta los finales del mes de mayo, será su jefe el presidente vasco José Antonio de Aguirre, a cuyo lado figuran asesores nacionales y extranjeros.

En total hay aquí unos 36.400 hombres, bien armados aunque carentes de aviación, sin estar apenas estructurados en unidades y con mandos muy deficientes. Detrás de ellos aparece una retaguardia compleja, donde una ficticia unidad amalgama artificialmente el esfuerzo de católicos nacionalistas vascos, republicanos y extremistas de todo matiz.

Rotura y explotación

El 31 de marzo de 1937 saltaban las defensas del sector vizcaíno de Ochandiano, mediante la acción conjunta de los aviones y de la artillería, irrumpiendo por la brecha fuerzas de las Brigadas 1.ª, 3.ª y 4.ª, que el 4 de abril entraban en aquel pueblo, quedando el 7 conquistados todos los puertos de la divisoria. Pero la resistencia encontrada había sido muchísimo mayor de la que se calculó en un principio, nota confirmada en varios y fuertes contraataques.

Esa resistencia se manifestó igualmente al quererse romper el frente de Elorrio-Elgueta, donde la valerosa firmeza en la defensa de los montes Inchortas obligó a una laboriosa y audaz maniobra de envolvimiento, que al tener éxito originó el desplome de una gran parte del frente vizcaíno, con la ocupación de Éibar el 25, Marquina el 27, Lequeitio y Durango el 28 y Guernica el 29.

El bombardeo de Guernica

El 26 de abril la vieja villa foral fue sometida a un masivo bombardeo de los aviones de la Legión Cóndor, a espaldas de la voluntad y decisión de los mandos nacionales, que tuvieron conocimiento del hecho a través de la información del extranjero, en medio de una niebla de vaguedades y desmentidos del propio mando de la Cóndor.

La villa fue prácticamente destruida y alrededor del desgraciado hecho montóse una campaña propagandística de amplitud internacional, que endureció el tenso clima de guerra.

La prohibición de todo bombardeo sobre Bilbao, posible objetivo futuro de la Legión Cóndor, no podía deshacer lo hecho ni evitar que se radicalizaran las posiciones de quienes abogaban en Bilbao por una resistencia a todo trance, frente a los que defendían la posibilidad de una negociación.

El «Cinturón de Hierro»

Las obras de este casi inútil monstruo de hormigón comenzaron en octubre de



Arriba: **un «Heinkel III», avión de bombardeo alemán perteneciente a la Legión Cóndor.**
Abajo: **vista panorámica de la ruinas de Guernica después del bombardeo del 26 de abril de 1937.**



1936, para cobrar ritmo acelerado en vísperas de la ofensiva en Vizcaya. Era su director el teniente coronel de Ingenieros Federico Montaud, y uno de sus ejecutores el capitán de aquella arma Alejandro Goicoechea, que se pasó a las filas nacionales en los días finales de febrero, con todos los planos, donde figuraban varios portillos apenas fortificados.

Este hecho favoreció la decisión del Mando nacional, que se aprovechó además de los defectos generales que ofrecía la gigantesca obra, alarde de construcción pero sin las condiciones defensivas tácticas necesarias.

Intentos de reorganización del Ejército de Euzkadi

El comienzo de la ofensiva en tierras vizçaínas había ocasionado un febril esfuerzo por parte de los mandos del Ejército vasco para recuperar el tiempo perdido; pero ya era tarde. La llamada de reemplazos, la organización del Estado Mayor y la estructuración de los batallones en divisiones y brigadas se lograba así más sobre el papel que en la realidad. Pronto este ejército contará con 4 divisiones, 12 brigadas y 74 batallones, aparte de 6 brigadas asturianas y santanderinas, pero será más un gigante con pies de barro que una fuerza armada eficiente.

Llegada al «Cinturón»

Continuando la explotación del éxito de que se ha hablado, por parte de las brigadas de Mola, se alcanzaba Bermeo el 30 de abril y las importantes alturas del Sollube y el Bozcargui el 7 y 11 de mayo. El envolvimiento de las peñas de Mañaria y penetración en el valle de Dima (22-24 de mayo) y la conquista de Peña Lemona (29 de mayo-5 de junio) llevaría a las fuerzas nacionales a situarse en una línea suficientemente sólida para desde ella intentar los combates finales de esta campaña vizcaína.

La rotura del «Cinturón»

El 29 de mayo llegaba a Bilbao el general Gámir Ulibarri, para tomar el mando de todas las fuerzas, en un intento desesperado de salvación. Ya son 5 divisiones, 24 brigadas y 85 batallones, pero sigue faltando aviación, y de la artillería, nutrida en principio, se ha hecho un empleo inadecuado. La moral y la disciplina han caído casi verticalmente.

El 11 de junio tenía lugar la aparatosa rotura del «Cinturón de Hierro», que sufriría un durísimo castigo, irrumpiendo por una brecha muy estrecha fuerzas de

las tres brigadas de Navarra 1.ª, 5.ª y 6.ª, las cuales se abatirían luego sobre sus propios flancos, envolviendo gran número de obras de fortificación. Los defensores huyeron en estado de total abatimiento.

La maniobra sobre Bilbao

Roto el «Cinturón», la capital vizcaína ha quedado sentenciada, particularmente cuando, aprovechando los efectos desmoralizadores de aquella rotura, se encaraman las fuerzas nacionales en las alturas que dominan por el nordeste inmediatamente la ciudad y el curso del Nervión, que es audazmente cruzado el día 15 de junio por la 1.ª Brigada, la cual se apodera de las montañas que se alzan al sur de Bilbao.

Mientras tanto, en la sitiada capital tiene lugar una reunión de urgencia, presidida por Aguirre, con las más destacadas personalidades políticas y militares, españolas y extranjeras. ¿Qué se puede hacer ya? Se discute, y al final se acepta el acuerdo de defender la margen izquierda de la ría, abandonando los barrios bilbaínos de la otra orilla, barrios que algunos extremistas intentan destruir.

No es posible. A pesar de la fugaz reconquista del Archanda por tres batallones nacionalistas vascos la ocupación de Bilbao se lleva a cabo el 19 de junio, desde múltiples puntos, sin que haya cabido la menor posibilidad de defensa.

En las últimas horas la discordia psicológica e ideológica de los grupos políticos, separados por profundos abismos, ha quedado al descubierto. Buen número de batallones nacionalistas vascos se han rendido en masa, en tanto que otros han tratado de destruir edificios e industrias, sin conseguirlo, gracias a la oposición de los primeros.

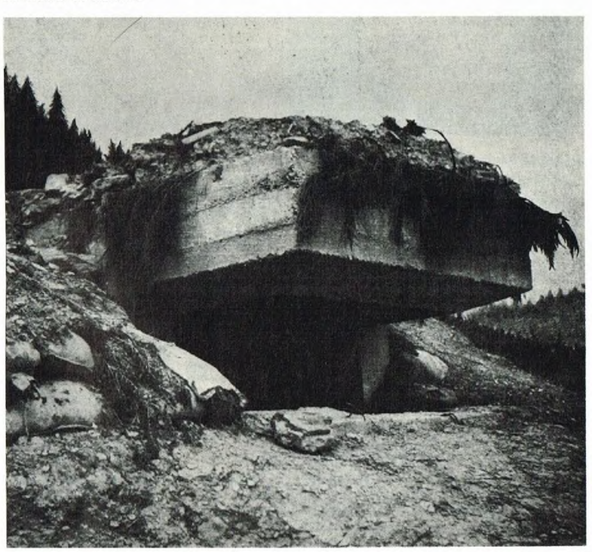
La persecución

Las operaciones en Vizcaya terminan prácticamente aquí. Lo que viene a continuación es una explotación general del éxito conseguido y del colapso moral producido en los defensores de los últimos restos de Euzkadi.

Así tiene lugar el movimiento de este a oeste de todas las brigadas nacionales, que cruzan la ría, se extienden por la zona minera y la llamada de las Encartaciones en lo que resta de mes, llegando a los límites de la provincia santanderina y haciendo aquí un alto en su marcha, para la reorganización consiguiente, con vistas a la continuación de la ofensiva en dicha provincia.



Arriba: **Peter Kemp, escritor inglés que luchó como oficial subalterno en la Legión (el segundo desde la izquierda, con correaje).** *Abajo:* **detalle del llamado «Cinturón de Hierro de Bilbao».**





Reanudación de las operaciones

La batalla de Brunete produjo una solución de continuidad, pero cuando el 26 de julio el general Franco da por liquidado aquel episodio, ordena el regreso al Norte, lo más rápidamente posible, de las unidades anteriormente llevadas al Centro, al objeto de que puedan intervenir inmediatamente en las operaciones sobre Santander. Ya el tiempo se echa encima y es preciso liquidar con urgencia el segundo frente que suponen las dos provincias de Santander y Asturias. De momento la Montaña se ofrece como fruta fácil de lograr. La población civil es abiertamente opuesta a una política revolucionaria, y, por otra parte, las consecuencias de la derrota vizcaína han provocado profundas reacciones desmoralizadoras en las fuerzas del frente. Jefe supremo de todas las del Norte es el general Gámir Ulibarri, que ha desplazado al general Llano de la Encomienda.

Fuerzas en presencia

Defienden Santander los restos del Ejército de Euzkadi, ahora XIV Cuerpo (cuatro divisiones, dos de ellas destrozadas y en reorganización), bajo el mando del coronel Prada; el XV Cuerpo santanderino, cuyo jefe es el coronel García Vayas (cuatro divisiones), y una división asturiana, más alguna otra unidad independiente.

Enfrente el general Dávila forma tres Masas de Maniobra, denominadas A, B y C. La primera (general Ferrer) con las Brigadas de Navarra 2.ª, 3.ª y 6.ª (coroneles Muñoz Grandes, Latorre y Abriat) y la de «Flechas Negras» (general Piazzoni); la B (general Bástico) con el C.T.V., compuesto por las Divisiones «Littorio», «Llamas Negras» y «XXIII de Marzo» (generales Bergonzoli, Frusci y Francisci), más un regimiento y una agrupación; y la masa C con las Brigadas de Navarra 1.ª, 4.ª y 5.ª (coroneles García Valiño, Alonso Vega y Sánchez González). Aparte de dos Brigadas de Castilla (coroneles Gistau y Faorie).

Una vertiginosa operación: Reinosa

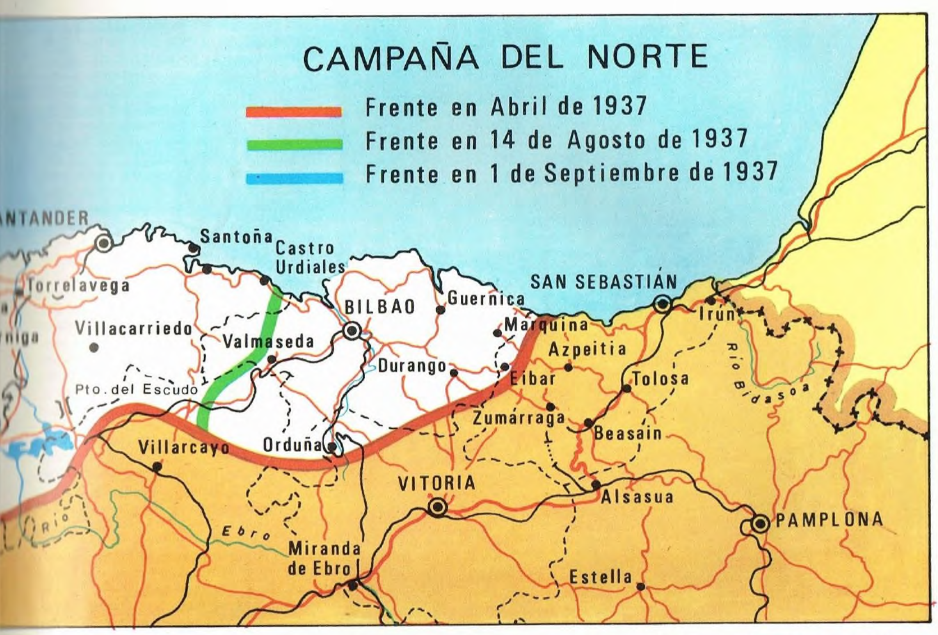
El 14 de agosto de 1937 se rompía la bolsa del Alto Ebro por sus dos extremos, y al día siguiente, tras la captura de un fabuloso botín, se ocupaba la factoría de cañones de Reinosa: el frente había sido hundido en profundidad y las fuerzas de Gámir quedaban totalmente batidas. El 16 se entraba en Reinosa y a la vez se alcanzaban las alturas de la divisoria cantábrica.

Botín copioso, con 80 piezas de artillería, incluidas las de la factoría, y 22 batallones desarticulados.

La caída de Torrelavega

Gámir, a la vista de los acontecimientos, quedó atado de pies y manos. Habían resistido, solamente, algunas brigadas y batallones, pero la gran mayoría de ellos había puesto bien claramente de manifiesto que se oponía a seguir luchando.

Sobre esta base, movilizó las reservas



y trató infructuosamente de reconstruir una y otra vez sus líneas. Las brigadas de la Masa C y el C.T.V. perseguían sin descanso a las unidades en derrota, en las que eran frecuentes las rendiciones en masa.

Pero no sólo de los soldados. El 18 huía a Francia, en una avioneta, el jefe de la División 54.ª, con su Estado Mayor, mientras que otros mandos hacían sus planes para seguir idéntico o parecido camino. Las fortificaciones habían sido superadas fácilmente, y de nada, o de muy poco, servían las destrucciones constantes en las vías de comunicación, ya que las fuerzas que avanzaban lo hacían fuera de la servidumbre de las carreteras, en verdaderas maniobras de montaña.

Así fue como el día 24 se ocupaba Torrelavega, quedando cortada la vía última que unía la capital de la provincia y su mitad este con el resto del territorio cantábrico, donde aún se movían las fuerzas de Gámir.

Ocupación de Santander

La huida ya no podía tener lugar por tierra. Los aviones eran pocos y no muchos los barcos, pero dentro de lo posible se utilizaron al máximo.

Todo el día 25 es un caos febril en la capital montañesa. Huyen como pueden quienes pueden, y sólo quedan en la ciudad las fuerzas de Orden Público (antigua Guardia Civil, de Asalto y carabineros), que se hacen cargo de la situación, izan bandera blanca en los cuarteles y envían emisarios a las líneas, imprecisas, del frente.

Aquella noche del 25, quemando etapas, se ponían en marcha las cansadísimas vanguardias nacionales, que al día siguiente entraban en Santander.

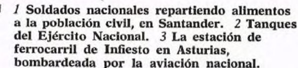
El llamado «Pacto de Santoña»

Tres divisiones vascas y una santanderina estaban copadas en la bolsa formada por el vertiginoso avance de las masas B y C. La A se ponía en movimiento el día 23, no encontrando prácticamente resistencia alguna.

Algunos «pasados» tomaron contacto con los mandos de las fuerzas de «Flechas», que marchaban por la costa, y el 24 en el pueblecito de Guriezo se firmaba un documento por el cual los batallones vascos se rendían «incondicionalmente», sometiéndose a las leyes y procedimientos vigentes en la zona nacional para estos casos.

Tras las operaciones del verano de 1936, en que las fuerzas nacionales integradas principalmente por requetés se apoderaron de Guipúzcoa, tuvo lugar la campaña del Norte, cuyos momentos principales son: la ruptura del «Cinturón de Hierro» (11 de junio de 1937), la ocupación de Bilbao (19 de junio), ocupación de Santander (26 de agosto), ocupación del Puerto de Pajares (19 de septiembre), toma de Gijón (21 de octubre). Simultáneamente se libraron las batallas de Brunete, en el frente del Centro (julio), y de Belchite, en el frente de Aragón (agosto-septiembre).





1 *1* **Soldados nacionales repartiendo alimentos a la población civil, en Santander.** *2* **Tanques del Ejército Nacional.** *3* **La estación de ferrocarril de Infiesto en Asturias, bombardeada por la aviación nacional.**

Sin embargo, las previsiones de los firmantes del documento por parte de las divisiones vascas no pudieron cumplirse. Los batallones hacían resistencia a dar descanso a las armas, retirándose sin atacar aunque sin entregarse, y por eso, el 26, después de inútiles forcejeos, se ocupaba Santoña, donde se apelotonaban los que fueran soldados de Euzkadi.

Todo parece indicar que, tras varias conversaciones y sin tener autorización alguna de los mandos superiores españoles, los italianos de «Flechas» consintieron el embarque de dirigentes políticos y mili-
2 tares y de soldados en el buque inglés *Bobie,* surto en puerto santoñés.

Este hecho fue transmitido por algún mando español de «Flechas» al general Dávila, que inmediatamente ordenó quedara sin efecto aquel embarque, enviando, como última instancia y para que la decisión fuese cumplida a rajatabla, una compañía de Guardias de Asalto desde Bilbao.

Balance final

Las operaciones en la provincia de Santander quedaban prácticamente terminadas el 1 de septiembre, con la ocupación del pueblo de Unquera, en la desembocadura del río Deva, allá donde Asturias y Santander se dan la mano. De la Montaña quedaba sólo por ocupar los valles de Tudanca y Potes, sentenciados de antemano en cuanto se avanzara sobre Asturias.

La campaña santanderina había sido una marcha muy rápida, una maniobra de gran estilo, ejecutada en un terreno difícil, apto para la defensa, sobre un adver-
3 sario vencido de antemano.



La situación general en Asturias

Quedaba Asturias, sola, presionada por la fuerza de la derrota de Santander, con la esperanza puesta en las lluvias, que septiembre podía traer fácilmente, y en su impresionante geografía.

La ocupación de la provincia santanderina por las fuerzas nacionales provocó en Asturias una reacción inmediata: la formación del Consejo Soberano de Asturias y León, que asumía toda clase de poderes, tanto civiles como militares. Lo malo era que las circunstancias —la politización de la guerra— llevaba a entregar al socialista Belarmino Tomás un poder absoluto, del que aquél haría el peor uso.

La situación general no podía ser más angustiosa, y en este sentido debe aceptarse el discurso que Tomás pronunciara el mismo día de la caída de Santander, donde se hizo apelación a la «vida dramática» que esperaba a todos.

Un centinela nacional en el frente asturiano. La campaña en Santander fue rápida; la de Asturias, complicada por la difícil orografía del país y la tenaz resistencia de aquel último reducto de la zona norte republicana, fue más dificultosa.



Reorganización militar

Una de las primeras medidas del Consejo Soberano será la destitución del general Gámir, sobre cuyas espaldas se echarán todas las culpas de lo ocurrido en Santander, y su sustitución por el coronel Prada. ¿Cón qué fuerzas cuenta éste para defender Asturias?

De las divisiones vascas sólo quedan la 50.ª y restos de la 48.ª; de las santanderinas, apenas si algunos efectivos dispersos y sin moral. De las asturianas, la 57.ª, llevada a Santander, se encuentra en análogas condiciones. Aparecen, en cambio, casi intactas, las Divisiones 56.ª y 58.ª a 63.ª; en total, siete, organizadas en dos Cuerpos de Ejército: el XVI (teniente coronel Gallego) y XVII (teniente coronel Linares). Defendiendo los límites orientales del Principado quedan la 50.ª División y una nueva a la que se da el nombre de «B», ambas a las órdenes del teniente coronel Francisco Galán; más al sur se creará la División «A».

Fuerzas nacionales

Terminadas las operaciones en Santander, fue retirado de línea el C.T.V. y la Brigada «Flechas Negras», cuyo vacío quedó cubierto con las fuerzas del VIII Cuerpo de Ejército.

Así, pues, las unidades que iban a enfrentarse con las de Prada y que integraban el Ejército del Norte, nacional, a las órdenes del general Dávila, eran las de los Cuerpos de Ejército VI y VIII, con un total de seis brigadas de Navarra, dos de Castilla y efectivos correspondientes a tres divisiones asturianas.

La maniobra nacional

La derrota de las fuerzas que habían intentado defender la provincia santanderina había sido tan rápida que todo hacía pensar, en principio, que la liquidación de la resistencia asturiana llevaría el mismo ritmo. Sin embargo, la tradicional y tenaz dureza del enemigo local —creemos que los mejores combatientes de la causa frentepopulista se encontraban allí—, aliada con la topografía adversa y la esperanza ilusionada de la pronta llegada de la estación de las lluvias, podría dar como resultado una defensa numantina de las montañas del viejo Principado.

Había, pues, que darse prisa, no concediendo descanso alguno a las unidades; por lo tanto, el Mando estimó que las operaciones en Asturias debían ser una simple prolongación de las de Santander, sin que entre ellas hubiese ninguna solución de continuidad: además se combina-



Dibujo de J. Molina, editado en Madrid, en 1937. Su título, «Cada uno en su puesto», alude a la necesaria cooperación entre el frente y la retaguardia.

rían los movimientos de este a oeste con otros que se llevarían a cabo de norte a sur, sobre la divisoria cantábrica y desde las tierras de León.

Se trataba, pues, de un doble avance convergente, de dos maniobras independientes entre sí, pero perfectamente coordinadas y dirigidas al corazón de la región asturiana.

Operaciones por la faja costera

Por la costa se llega el 4 a Llanes, quedando al sur rodeados los Picos de Europa, pero la resistencia, casi nula en los primeros momentos, se vuelve muy fuerte en la sierra de Cuera y el desfiladero de El Mazuco. El 17 queda ocupada Las Arenas de Cabrales, alcanzándose el 27 el río Sella, en Ribadesella, a pesar de una oposición del enemigo cada vez más enconada.

El 30 es asaltado el bien fortificado vértice Mofrecho, el 1 de octubre se ocupa, más al interior, Covadonga, y el 10 Cangas de Onís.

Operaciones en la divisoria cantábrica

Mientras tanto, por el interior se ha roto el día 9 el Sector Central del frente de León, alcanzándose tres jornadas después La Pola de Gordón y el día 17 las alturas que dominan el puerto de Pajares, que es totalmente ocupado el 19. El tiempo ha dificultado enormemente las operaciones, muy laboriosas ante la resistencia del enemigo y las dificultades del impresionante terreno.

El 25 se rompe el Sector Oriental del frente leonés, por un terreno más abrupto aún, de imponentes elevaciones y difícil trazado, ganándose el 4 de octubre el puerto de San Isidro y el 7 el de Los Tornos.

El dominio de la divisoria es así un hecho, descendiéndose luego, cada vez con menos resistencia, por los valles cantábricos.

El paso del Sella, la ocupación del Campo del Caso y el desplome de la resistencia final

Por tanto, en los primeros días de octubre la ocupación total de Asturias se ofrece ya como fruta madura, que sólo podrá salvar el recrudecimiento de los temporales en curso.

Pero entre los días 11 y 17 de octubre van a precipitarse los acontecimientos. En efecto, el 11 se cruza el Sella aguas arriba de Arriondas y el 12 más al norte, desplomándose la resistencia montada en su orilla izquierda. Así, el 15 se llega hasta Monte Sueve, y el 16, y por el interior, se gana Campo de Caso, sobre el Nalón, nudo estratégico en el corazón asturiano.

Ya no hay resistencia, y mientras unos batallones se rinden, otros abandonan el frente y se dispersan. El 19 las fuerzas nacionales llegan por la costa a Villaviciosa, el 20 por el interior entran en Infiesto y el 21, en un impresionante avance, se ocupa Gijón, a la vez que cesa ya toda resistencia organizada, extendiéndose las fuerzas por el interior de la provincia. Sólo quedaban pendientes operaciones de limpieza, más propias de las fuerzas de Orden Público que del Ejército.

José Manuel Martínez Bande

Brunete

Durante veinte días del abrasador verano de 1937, ambos bandos se enfrentaron en el primer gran choque frontal de la Guerra Civil. La elevada proporción de bajas (casi el cincuenta por ciento de los efectivos empleados) dice bien a las claras cuán dura fue la batalla.

El general Asensio Cabanillas y el coronel Juan Bautista Sánchez, en Brunete. Ambos dieron la réplica sobre el campo al plan trazado por Vicente Rojo, que aparece en la fotografía inferior.





La batalla de Brunete fue corta y dura. Sobre un suelo reseco se combatió durante veinte días abrasadores del mes de julio de 1937.

El 5 se inició el ataque, por sorpresa, y el 25, en un holocausto final de fuego, volvieron a callar las armas sobre un campo desolado, salpicado de cuerpos momificados por el sol.

Cuarenta mil bajas, de noventa mil combatientes, subrayan la primera batalla de nuestra guerra.

Un balance escalofriante en el que, entre otras muchas cosas, quedó claro que la guerra había de ser larga y despiadada porque en Brunete, por primera vez, se encontraron y chocaron unidades militares organizadas y eficaces por ambos bandos.

Para el Mando republicano Brunete había sido una tentación desde varios meses antes.

Desde las posiciones de Villalba y Valdemorillo parecía fácil llegar a través de Brunete a Navalcarnero, sobre la carretera de Extremadura. Si esto se lograba, el Ejército Nacional, que sitiaba en parte Madrid, desde noviembre del año anterior, se encontraría en una situación desagradable, posiblemente crítica.

Ya el gobierno de Largo Caballero, en abril de 1937, había redactado un ambicioso plan. Estaba en ciernes el Ejército Popular. Sus Brigadas Mixtas se habían batido con coraje en Madrid, en el Jarama y en Guadalajara. Un aire nuevo, optimista, parecía soplar en el planteamiento general de la campaña.

El plan preveía tres ataques simultáneos: uno en Extremadura, sobre Mérida, otro en la provincia de Toledo, sobre Oropesa, y el tercero al oeste de Madrid, sobre Brunete. El hombre que lo ideó fue el comandante Segismundo Casado, jefe, por entonces, de la 3.ª Sección del Estado Mayor Central.

El instrumento para llevarlo a cabo fue juzgado insuficiente. No se podía actuar con tres conjuntos importantes de tropas en tres zonas separadas. Los consejeros rusos desestimaron el planteamiento de una forma eficaz, mediante la prohibición del empleo de los carros de combate y la aviación, indispensables para dar violencia y profundidad a las acciones. Esta desautorización de Largo Caballero y sus órganos de planificación militar fue una de las más acusadas razones para su dimisión.

El nuevo Gobierno, presidido por Juan Negrín, con Indalecio Prieto al frente de los asuntos de guerra, se encontró con un problema grave en el Norte. Una masa considerable de fuerzas nacionales se disponía a reducir la vulnerable e importantísima zona leal a la República compuesta por las provincias de Vizcaya, Santander y Asturias.

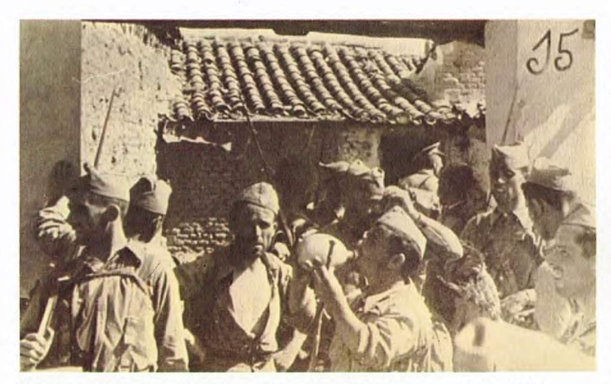
Al frente del Estado Mayor Central fue colocado un prestigioso jefe de Infantería, diplomado de Estado Mayor, Vicente Rojo Lluch, hombre de sólida formación teórica que se había distinguido en el ejercicio del profesorado militar.

El teniente coronel Rojo, consciente de la imposibilidad de auxiliar al Ejército del Norte de una manera directa, ideó una serie de acciones de diversión encaminadas a distraer de dicha zona los efectivos que amenazaban con la ocupación de la misma. Y por ello decidió desempolvar el plan de Segismundo Casado para una actuación ofensiva del incipiente Ejército Popular del Centro. Ahora bien, tras un recuento detallado de sus fuerzas y las del enemigo, decidió recortar las ambiciosas miras del plan, reduciéndolo en lo fundamental a la provincia de Madrid (acción sobre Brunete) y complementándolo con otras acciones secundarias.

El Estado Mayor Central dio a conocer, el 24 del mismo mes, el nuevo plan de acción sobre Brunete. La finalidad general era la paralización del esperado ataque a Santander, previsto para los primeros días de julio; la finalidad próxima, la descongestión del frente madrileño mediante el envolvimiento y posterior destrucción de las fuerzas enemigas que lo agobiaban. La finalidad lejana era crear las condiciones necesarias para liberar las comunicaciones con Levante y Andalucía, en virtud de la destrucción de las fuerzas nacionales del Jarama.

Si todo salía como estaba previsto, Santander tendría un largo respiro para organizar su defensa y Madrid quedaría a salvo del bombardeo enemigo y comunicado con el resto de la zona sin dificultades mayores.

El teatro de operaciones de Madrid y la batalla de Brunete. Si la ofensiva republicana hubiera alcanzado Navalcarnero, las fuerzas nacionales del frente de Madrid propiamente dicho hubieran quedado en situación muy comprometida.



Soldados republicanos en Brunete, momentos después de haber ocupado la ciudad. La foto es altamente expresiva: Brunete fue la batalla de la sed.

Para llevar a cabo la acción principal (zona Brunete) se creó por primera vez el llamado Ejército de Maniobra, fuerza encargada desde entonces de la realización de los futuros «contragolpes estratégicos» que habían de ser la tónica de la actuación de Vicente Rojo, estratega general de la República. En él se encuadran los Cuerpos de Ejército V y XVIII, encargados de la acción principal.

El V Cuerpo de Ejército, a las órdenes del mayor de Milicias Juan Modesto Guilloto, estaba compuesto por las Divisiones 11.ª, 46.ª y 35.ª, a las órdenes respectivamente de Enrique Líster, Valentín Gonzáles «el Campesino» y Walter. Las dos primeras unidades estaban mandadas y fundamentalmente constituidas por comunistas; la tercera contaba con una fuerte proporción de internacionales.

El XVIII Cuerpo de Ejército, a las órdenes del comandante profesional Enrique Jurado, acababa de constituirse y su Estado Mayor y sus órganos de apoyo y de servicios resultaban ineficaces. La formaban las Divisiones 34.ª (Francisco Galán), 10.ª (Enciso) y 15.ª (Gal). La primera de ellas, comunista como las Divisiones 11.ª y 46.ª; la segunda con efectivos de diversa procedencia, y la última, la 15.ª, totalmente internacional.

Para la acción secundaria (zona de Villaverde) se destina el II Cuerpo de Ejército, también llamado «de Vallecas» y compuesto por dos divisiones: la 4.ª y la 24.ª, con un total de 5 brigadas y muy poca artillería.

El ataque del V Cuerpo se inició a las diez de la noche del 5 de julio, sobre la línea comprendida entre Navalagamella y Villanueva del Pardillo. La 11.ª División se infiltró entre Villanueva de la Cañada y el Vértice Llanos, alcanzando el pueblo de Brunete a las seis de la mañana y ocupándolo totalmente hora y media después. La 46.ª División entró por el mismo espacio y atacó, a su derecha, Vértice Llanos y Quijorna. La 35.ª quedó en reserva.

Por su parte, el XVIII Cuerpo empieza su movimiento a las seis de la mañana del día 6. La División 34.ª ataca Villanueva de la Cañada. La División 10.ª tantea las resistencias enemigas entre el Guadarrama y el Aulencia. La 15.ª permanece en reserva.

En la zona de Villaverde ataca el II Cuerpo. Sus divisiones se estrellan frente a una línea constituida por fortificaciones de campaña, cuya necesaria demolición hubiera requerido otros procedimientos más eficaces.

El conjunto de la maniobra queda con esto gravemente dañado. Si era preciso que las fuerzas de Vallecas profundizaran en terreno enemigo para llegar a establecer contacto con sus camaradas del Ejército de Maniobra, la operación podía considerarse fracasada.

El profundo ataque del V Cuerpo sorprende al Ejército Nacional. Se había producido, precisamente, en la línea de separación de los cuerpos de Ejército I y VII, cogiendo el flanco no cubierto del primero de ellos.

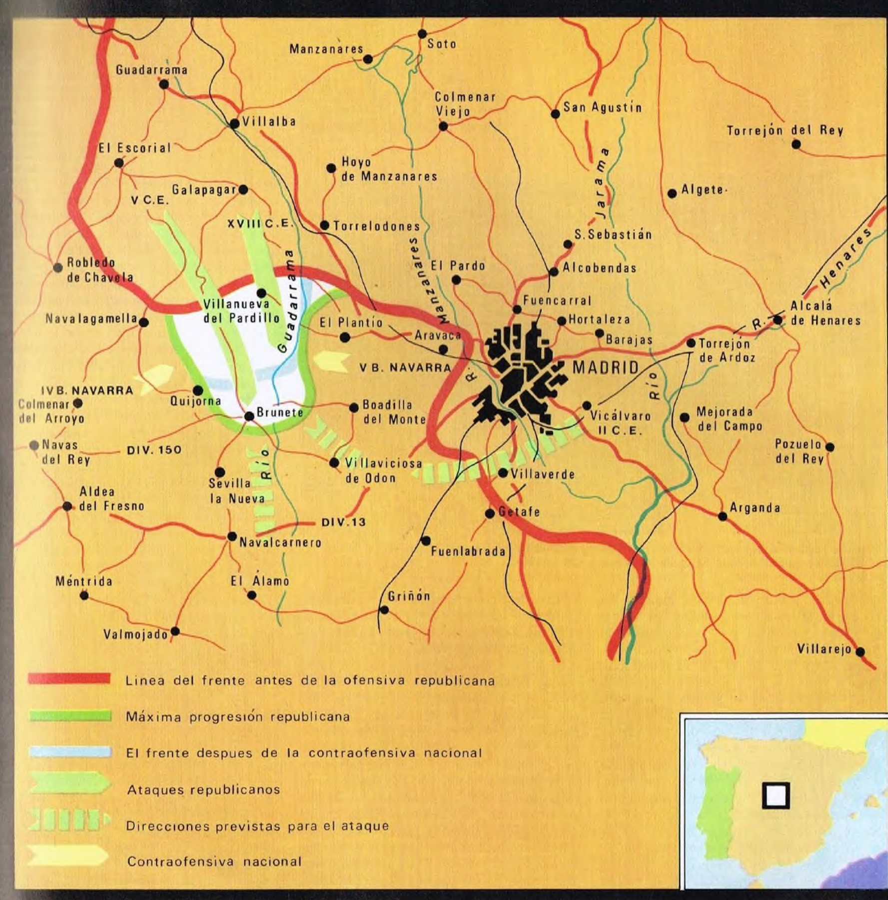
En la zona, en aquel momento, se encontraban cinco batallones nacionales. Dos tabores, dos banderas de Falange y un batallón de San Quintín. En total, unos 2.500 hombres repartidos en un frente amplio, en el que sólo estaban ocupados los puntos considerados fuertes: Vértice Llanos y Quijorna (un tabor y parte de una bandera), Villanueva de la Cañada (una bandera), Vértice Mocha y Villafranca (un tabor y parte de una bandera) y Villanueva del Pardillo (un batallón).

Pasado el primer momento de sorpresa, las posiciones ocupadas resisten como pueden el alud enemigo. Quijorna y el Vértice Llanos son atacados por dos brigadas (ocho batallones contra uno y medio) y Villanueva de la Cañada por tres brigadas (doce batallones contra uno). Las fuerzas que defienden Villafranca del Castillo y Villanueva del Pardillo detienen a los enemigos que intentan infiltrarse por el bosque del Aulencia. El mismo día 6 afluyen hacia Brunete cinco batallones nacionales. Uno de ellos avanza desde Villaviciosa de Odón, atraviesa el río Guadarrama y se aproxima a Brunete. Desde Navalcarnero, al caer la tarde, dos tabores de Regulares acuden a tapar la brecha. Un nuevo tabor se añade por la noche al primer batallón citado.

Líster, que había tenido ante sí un hueco sin enemigo en el que su división hubiera podido profundizar aún más, se encuentra el día 7 con una línea casi continua guarnecida por cinco batallones. Sin una potente artillería que batiese los asentamientos de las armas enemigas o unas unidades de carros de combate que auxiliaran a la infantería, la continuación del movimiento era ya difícil. Líster decidió esperar.

Pero la artillería estaba lejos: la resistencia de Villanueva de la Cañada había impedido el día 6 su transporte a vanguardia. Los carros estaban con «el Campesino», intentando romper la resistencia de Quijorna.

Líster espera en vano. De nada sirve que Villanueva de la Cañada sea ocupada después de tenaz y desigual resistencia. El mando del Ejército de Maniobra espera que se abra la brecha para meter su artillería. Pero la brecha no se abre. Sobre sus bordes van llegando batallones nacionales que alejan la posibilidad de ensanchamiento. La caballería roja alcanza las orillas del Guadarrama, a la altura del Puente de Boadilla del Monte, y recibe fuego. La escasa capacidad técnica de sus mandos hace que el ataque de XVIII Cuerpo de Ejército se retrase al informar de la



existencia de un «numeroso enemigo», cuyos efectivos reales eran de unos 100 hombres.

En los días siguientes las resistencias de los bordes son vencidas, caen Quijorna y Villanueva del Pardillo. Pero ya es tarde para pensar en continuar el avance. La punta de lanza, por precaución de unos, ineficacia de otros e indecisión del mando, está totalmente embotada. Ante la concentración de fuerzas enemigas en los bordes y en el fondo de la brecha no caben sino dos soluciones: abandonar el terreno conquistado o resistir en él la presumible embestida. Pero el Alto Mando republicano, dejándose llevar más por razones políticas que militares, decide defender el terreno ganado y ampliar su flanco izquierdo en dirección a Boadilla. Con ello comienza una batalla de desgaste.

El Ejército Nacional, por su parte, había realizado una importante concentración de medios. A su frente se pone al general Varela, doblemente laureado y con un sólido prestigio profesional. Sus fuerzas inicialmente se agrupan en tres mandos divisionarios:

Guadarrama: general Asensio. Misión: impedir la penetración enemiga hacia el Este. Medios, 20 batallones.

Brunete: general Barrón. Misión: cortar la penetración hacia el Sur. Medios, 14 batallones.

Perales: general Sáenz de Buruaga. Misión: cubrir el flanco del Perales. Medios, 12 batallones.

Poco después a estas fuerzas se unen dos divisiones traídas del frente de Santander (4.ª y 5.ª de Navarra) con 12 batallones cada una y el completo de medios de apoyo y servicios.

El Mando republicano, que como ya hemos dicho intenta ampliar la brecha hacia el Este, choca con la División de Asensio, reforzada. El resultado es una dura lucha por los observatorios que dominan el Guadarrama. El caserío de Romanillos y el Vértice Mosquito sufren los ataques sucesivos de las Divisiones republicanas 15.ª y 34.ª. Hay un momento en que los internacionales de la 15.ª Brigada se encuentran a las puertas de Boadilla del Monte. Pero, una vez más, los bordes de la brecha resisten los ataques. El desgaste



Brunete resultó completamente destruido. Pero, curiosamente, quedó intacto el lienzo de pared en que figuraba el nombre del pueblo.

por ambas partes es grande, aunque los sucesivos fallos en los ataques hacen que el número de bajas y la desmoralización fueran más elevados en las brigadas atacantes. Una de ellas, la 13.ª Internacional, llega a tener un 75 % de bajas. Sus hombres, desesperados, se sublevan. Los restos —apenas 300 hombres— tienen que ser reducidos por los guardias de asalto.

Mientras tanto el Mando nacional prepara su contraataque con tres Divisiones: 4.ª (coronel Alonso Vega), 5.ª (coronel Sánchez González) y 13.ª (general Barrón). Las dos primeras cerrarían la bolsa por el Norte. La tercera atacaría Brunete desde el Sur. El contraataque, demasiado ambicioso, excesivamente despectivo hacia el enemigo, no tuvo éxito. Las bajas fueron muy abultadas, especialmente en la 4.ª División. La experiencia, dura, no es echada en saco roto por el Mando nacional. La falta de apoyo por el fuego en cantidad suficiente, junto con la separación entre las tres acciones emprendidas, dio lugar a un nuevo planteamiento de la situación.

El punto crítico de la batalla se produce unos días después, cuando la 5.ª División logra recuperar las alturas entre el Aulencia y el Guadarrama que dominan el campo de batalla. Poco después, la División Asensio, en reñido combate, hace repasar el río a los restos del XVIII Cuerpo. Con todo ello esta Gran Unidad, mandada desde el día 11 por Segismundo Casado y que, como hemos dicho, entró en fuego sin una organización terminada, quedó prácticamente fuera de combate.

De nada sirve que el Mando republicano emplee en la batalla otras unidades, entre ellas las Divisiones 45.ª (Kleber), internacional, y la 39.ª (Durán).

El último episodio de la batalla es el ataque concéntrico sobre Brunete del día 25. Cuatro divisiones (5.ª, 13.ª, 4.ª y 150.ª) con un total de 41 batallones, 3 compañías de carros, 2 regimientos de Caballería y 39 baterías artilleras, se lanzan sobre el fondo de la bolsa. Simultáneamente la aviación ataca con sus bombas las reservas. La concentración masiva de fuego sobre una zona reducida hace que la resistencia de las Divisiones 11.ª y 35.ª, que se encontraban en posición defensiva, así como la 14.ª del anarquista Cipriano Mera, que había llegado como refuerzo, abandonen el pueblo de Brunete y su cementerio tras una valiente y enconada defensa.

El Mando republicano había decidido previsoramente establecer una línea defensiva a retaguardia, que incluía los pueblos de Villafranca del Castillo-Villanueva de la Cañada-Quijorna, a cuyo amparo se acogen las destrozadas fuerzas del V Cuerpo y los restos diseminados del XVIII.

El Mando nacional, por su parte, desiste en su acción ofensiva y dispone lo necesario para que las dos divisiones traídas del frente Norte se reintegren a sus puestos.

El ataque a Santander se inicia seguidamente y la capital montañesa cae el día 26 de agosto en manos nacionales. Con ello la finalidad general de la batalla de Brunete (paralización del ataque a Santander) no se logra sino para un insuficiente período de tiempo: de veinte días a un mes de respiro. La segunda finalidad, que hemos denominado próxima (descongestión del frente madrileño), tampoco se consigue. La capital de la nación continúa bajo el fuego de los cañones nacionales. Por último, la tercera finalidad, que hemos llamado lejana (liberación de las comunicaciones con Levante y Andalucía), ni siquiera puede intentarse. El instrumento que habría de lograrlo, el Ejército de Maniobra, quedó destrozado en los desolados campos de Brunete.

El número de bajas por ambas partes fue elevado. Por parte nacional, una correcta y documentada estimación las hace ascender a catorce o quince mil; por parte republicana, la misma estimación establece razonadamente la cifra de veinticuatro a veinticinco mil. La suma de ambas cantidades, unas cuarenta mil bajas en veinte días de combate, indica de modo elocuente la violencia de la batalla. Pensemos que, en tan breve plazo, uno de cada dos participantes resultó muerto, herido, enfermo o prisionero.

Conclusiones

La batalla de Brunete nos muestra un Ejército Popular en agraz, un mando indeciso y unos propósitos excesivamente ambiciosos, ciertamente. Pero revela también un nuevo modo de entender la guerra. Por primera vez se produce una concentración de medios importantes en actitud ofensiva. Por primera vez las fuerzas nacionales se ven disuadidas de sus proyectos de una manera eficaz. Queda demostrada la superioridad de los jefes y las unidades comunistas españoles sobre las otras unidades de su Ejército y anulada la leyenda de las Brigadas Internacionales.

Es todavía pronto para esperar victorias de este extraño Ejército en el que los milicianos han escalado las más altas jerarquías del mando; pero ya queda patente su fabulosa capacidad de resistencia y reorganización. Está claro que la guerra sólo se podría ganar por los nacionales en virtud de una superioridad técnica en el empleo de las tropas, en el fortalecimiento de la moral y en la económica distribución de los recursos.

Brunete plantea una guerra técnica y precisa, a pesar de que no logra sus propósitos, a pesar de los fallos tácticos de los Cuerpos de Ejército II, V y XVIII.

Rafael Casas de la Vega

Belchite

Con la toma de Belchite el bando republicano se anotó una importante victoria. No obstante, la tenaz resistencia de los nacionales consiguió frustrar los principales objetivos del Ejército Popular: salvar Santander y tomar Zaragoza. A pocos kilómetros de la capital aragonesa la ofensiva republicana se estancó denitivamente...

Juan Modesto, en la época en que mandaba el V Cuerpo de Ejército republicano. *En la fotografía inferior:* **uno de los jefes más destacados de las Brigadas Internacionales: Lázaro Stern, que usó en España el nombre de «Emilio Kleber».**





En la primavera de 1937, la guerra civil presentaba un matiz relativamente equilibrado, incluso, en alguna manera, favorable a los republicanos. En el verano y otoño anterior el avance incontenible de las columnas del general Yagüe hacia Madrid había permitido intuir el inmediato derrumbamiento de las fuerzas populares. Pero Madrid había resistido no sólo el ataque frontal, sino los intentos de envolvimiento por el norte y por el sur (batallas de Guadalajara y del Jarama).

En verano la situación había cambiado de signo. Ante la aparente inexpugnabilidad de la capital, el Mando nacional había decidido trasladar el centro de gravedad de las operaciones al frente Norte: Vizcaya, Santander y Asturias. Bilbao cayó el 19 de junio, y las unidades de requetés y de italianos progresaban hacia Santander.

A fin de aliviar la presión en aquel frente, el recién constituido Ejército Popular desencadenó dos ofensivas: una en el Centro (la audaz pero ingenua intentona de envolver por Brunete a las tropas nacionalistas que atacaban Madrid); la otra, en el frente de Aragón, originaría la feroz batalla por la posesión de Belchite (24 de agosto-6 de septiembre de 1937).

En realidad, esta acción tenía como objetivo final la propia ciudad de Zaragoza, que desde siempre había fascinado a los anarquistas catalanes. La capital del Ebro había sido feudo de la C.N.T.: allí había celebrado importantes congresos; y allí contaba, entre la masa obrera, con numerosos militantes y simpatizantes.

La preocupación por la retaguardia no había sido la menor de los generales Álvarez Arenas, Gil Yuste y Ponte, sucesivos comandantes de aquel frente. La severidad de las medidas adoptadas rindió imposible todo intento de sublevación. Pero hubo algún conato, como el de una unidad acabada de formar, que intentó «pasarse», con armas y bagajes, incluso secuestrando a sus mandos, y que fue descubierta a tiempo; fueron rodeados, desarmados y conducidos a una paridera, donde, como relata el propio general Ponte, «cayó sobre ellos todo el peso de la ley». Tales hechos no fueron excepción en aquel conflicto. Durante el curso de las operaciones de Belchite hubo algún otro intento de provocar una sublevación interior, totalmente fallido.

La línea del frente, casi inalterada desde el año anterior, pasaba a 20 o 25 km. de Zaragoza, amenazada desde las alturas de la Sierra de Alcubierre, y por el sur del Ebro. En este sector, el frente marcaba un entrante en territorio republicano, con los pueblos de Belchite, Codo y Quinto como posiciones más avanzadas. Estaban todos ellos fuertemente fortificados, así como dos parideras situadas entre los dos últimos, constituyendo islotes de resistencia «en todas direcciones», un sistema de organización defensiva plenamente vigente aún hoy en día, pero que en aquel tiempo adolecía de una insuficiencia: la imposibilidad de recibir suministros por vía aérea. Carecían de campo de aterrizaje interior, y las técnicas de suministro en paracaídas estaban insuficientemente desarrolladas.

La separación entre estos islotes era del orden de los 4 ó 5 km., lo que hacía muy sencilla la penetración en dirección a Zaragoza. Una segunda línea, menos fuerte que la anterior, se situaba 15 km. a retaguardia, en Fuentes de Ebro, Mediana y Vértice Sillero.

La orden de operaciones del Ejército Popular, para esta ofensiva, insistía en que las unidades deberían avanzar sin preocuparse por los islotes de resistencia enemigos que fueran rebasados; éstos serían atacados por otras fuerzas. Mas para el autor de este plan, el coronel de Artillería Antonio Cordón (1895-1969), militar profesional perteneciente al Partido Comunista, el grave defecto de que adolecía era la precipitación con que se había montado la ofensiva. Apenas un mes después de los sangrientos combates de Brunete (7 a 26 de julio) y ante la inminente caída de Santander, las mismas unidades que habían tomado parte en aquella batalla iban a ser empeñadas de nuevo, sin apenas tiempo para reponer bajas o instruir a los nuevos reclutas, ni para estudiar el teatro de operaciones. Por ello, y por la baja eficacia de algunas de las unidades que iban a tomar parte en la



Fuerzas republicanas al ataque durante la batalla de Belchite (en agosto de 1937).

operación, no suficientemente consolidadas, como algunas de las divisiones anarquistas, y la propia 27 División «Carlos Marx», del P.S.U.C., que aún no era la excelente unidad que más tarde acreditaría (en Singra y en el Ebro), el Mando republicano reconocía que la ocupación final de Zaragoza, si no imposible, cuando menos era problemática. Se confiaba, no obstante, en cubrir el principalísimo fin de la ofensiva: atraer tropas nacionalistas del frente Norte y evitar, o retrasar, la caída de Santander. También aquí se equivocaron.

El enfrentamiento

Dos generales de Caballería se encontraron frente a frente: en Zaragoza Miguel Ponte Manso de Zúñiga, uno de los fundadores, con Orgaz y Víctor Pradera, de «Renovación Española»; monárquico «juanista», era uno de los altos jefes militares que se habían negado a jurar fidelidad a la República en 1931. En el lado opuesto, en Bujaraloz, se encontraba Sebastián Pozas, jefe del Ejército del Este (o de Cataluña), de 61 años, antiguo africanista de ideología liberal; el total de fuerzas a sus órdenes alcanzaba los 80.000 hombres, muy superior al de su enemigo, aunque menos eficaces.

El ataque debería realizarse por cuatro puntos simultáneamente: por Zuera y por Villamayor de Gállego, en el norte del Ebro, y por Quinto y Belchite en el Sur. La hora H quedó fijada para la medianoche del 23 al 24 de agosto. Otros ataques secundarios tendrían lugar por Huesca y por Monreal del Campo (Teruel), pero este último quedó malogrado al «pasarse» a los nacionalistas el jefe militar que lo había de dirigir.

En el extremo norte, la 27.ª División, reforzada con 10 tanques y 15 piezas de artillería, a las órdenes del comandante de Milicias Manuel Trueba, debería atravesar el Gállego, tomar Zuera y descender hacia Zaragoza por la carretera general Huesca-Zaragoza. Al sur de esta tropa, la 47.ª División, anarquista, con el apoyo de 5 tanques, avanzaría desde la Sierra de Alcubierre hacia Villamayor de Gállego y Santa Isabel, para entrar en la capital en apoyo de los anteriores. Esta columna iba dirigida por el casi legendario «general Kleber», es decir, por Lázaro Manfred Stern, antiguo capitán del Ejército austrohúngaro, que, hecho prisionero por los rusos, había participado en la Revolución de 1917 y en la guerra civil rusa. Había cumplido destacadas misiones para el Comintern, y en la defensa de Madrid su fama casi había eclipsado la de Miaja.

Ambas agrupaciones fracasaron en su acción. La División 27.ª tomó Zuera, pero su avance hacia Zaragoza fue detenido por una escasa fuerza de 600 hombres constituida por la Mehalla del Rif y los Tiradores de Ifni, enviados apresuradamente por Ponte. El comandante, un capitán y el comisario político de la brigada que marchaba en vanguardia, fueron fusilados ante toda la división por «cobardía ante el enemigo», pocos días después; el propio Trueba fue relevado del mando, por ineptitud.

Tampoco el general Kleber encontró muy seria resistencia: un escuadrón de caballería y una compañía de la Legión (la 16.ª). Pero la artillería no pudo apoyarlo: por error o por sabotaje, la munición suministrada era de diferente calibre que la de las piezas. Los anarquistas combatieron de manera desordenada: una colina conquistada con grandes bajas fue abandonada sin más; simplemente porque no había orden de permanecer allí, o porque no querían quedarse solos. Tras sus primeros kilómetros, Kleber desistió de proseguir la ofensiva.

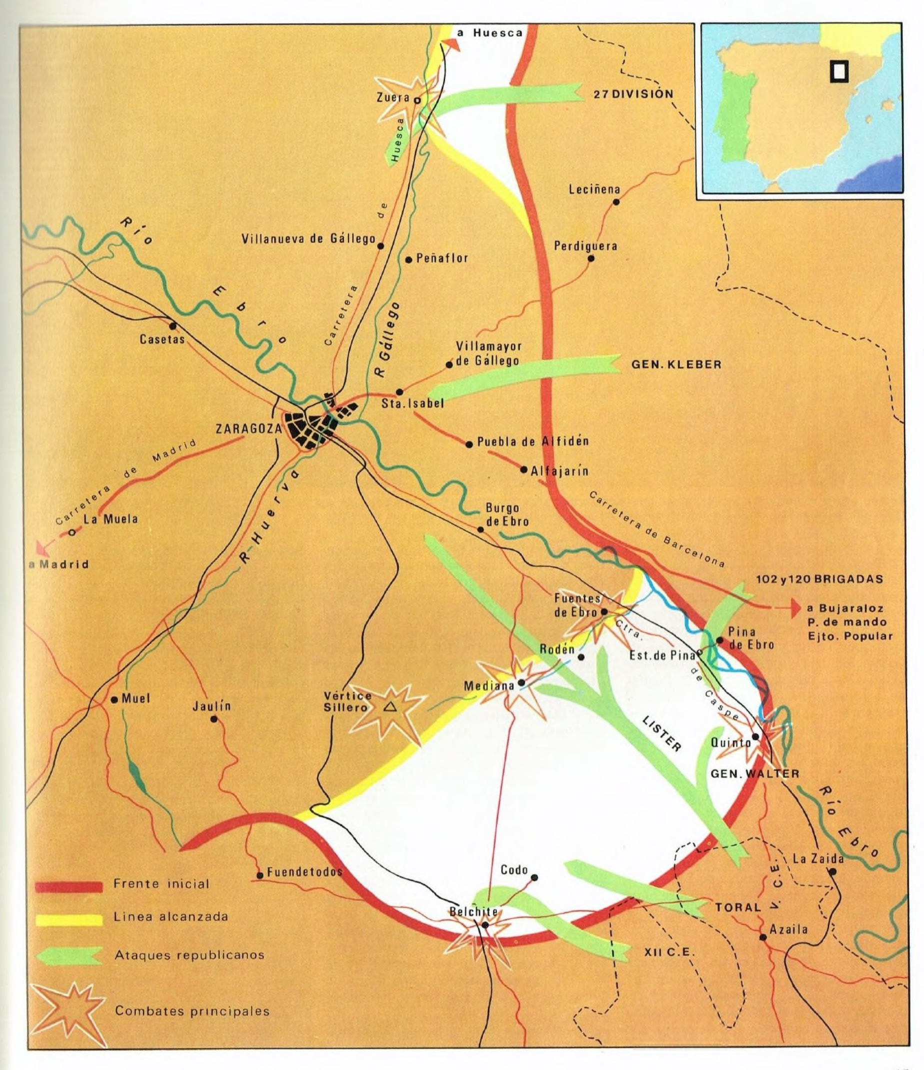
Más éxito tendría una tercera columna que partiendo del norte del Ebro tenía por misión vadear el río y apoderarse de la estación de Pina, cortando el ferrocarril y la carretera Zaragoza-Quinto. La formaban la 102.ª y la 120.ª Brigadas, que colaborarían activamente en la toma de Quinto.

Pero el peso de la maniobra recaía sobre el V Cuerpo, la mejor unidad del Ejército Popular. Su jefe, Juan Modesto, era entonces comandante, y tenía a sus órdenes a Enrique Líster y su 11.ª División, al general Walter y sus internacionales de la 35.ª División, y a Nilamon Toral, que mandaba una división de cincunstancias, denominada «X». También estaba integrada en el V Cuerpo la 4.ª Brigada de Caballería, mandada por el teniente coronel Mariano Buxó.

Líster y Buxó tenían la misión de penetrar profundamente en dirección a Fuentes de Ebro, mientras Toral atacaba las posiciones de Codo y el general Walter las más fuertes de Quinto. («Walter» era el seudónimo adoptado por el coronel polaco Karon Swierczewski, antiguo oficial zarista, también protagonista de la revolución soviética; después había sido profesor de la Escuela Militar de Moscú, y actuado como asesor militar del Partido Comunista Francés cuando éste emprendió la organización de las Brigadas Internacionales.)

A la izquierda del V Cuerpo actuaría el XII Cuerpo de Ejército, mandado por un antiguo oficial de Asalto, el coronel Pedro Sánchez Plaza, con la misión de rodear y expugnar la población de Belchite, considerada, con razón, como la más fuerte.

El ataque principal se produjo en la región de Belchite-Codo y de Quinto. Dos ataques diversivos tuvieron lugar al norte del Ebro: uno en dirección a Villamayor de Gállego y otro en dirección a Zuera.


a Huesca
27 DIVISIÓN
Zuera
Carretera de Huesca
Leciñena
Río Ebro
Villanueva de Gállego
Peñaflor
Perdiguera
R. Gállego
Casetas
Villamayor de Gállego
GEN. KLEBER
Sta. Isabel
ZARAGOZA
Puebla de Alfidén
Carretera de Madrid
Alfajarín
La Muela
a Madrid
R. Huerva
Burgo de Ebro
Carretera de Barcelona
102 y 120 BRIGADAS
a Bujaraloz
P. de mando
Ejto. Popular
Fuentes de Ebro
Ctra. de Caspe
Pina de Ebro
Rodén
Est. de Pina
Mediana
Vértice Sillero
Muel
Jaulín
LISTER
Quinto
GEN. WALTER
Río Ebro
Fuendetodos
Codo
La Zaida
V C.E.
TORAL
Belchite
Azaila
XII C.E.
Frente inicial
Linea alcanzada
Ataques republicanos
Combates principales



Estado actual de Belchite, cuyas ruinas han sido conservadas en homenaje al heroísmo de sus defensores. En Belchite se luchó calle por calle y casa por casa. Un nuevo pueblo ha sido construido junto al que fue destruido por la batalla.

A la hora señalada, y sin preparación artillera ni de aviación, todas las unidades se pusieron en movimiento. La sorpresa fue total. Pero al igual que en Zuera o en Villamayor, tampoco en el sur del Ebro las cosas funcionaron de modo satisfactorio para los atacantes. El avance de la División de Líster se vio demorado inopinadamente por un retraso en la llegada de los camiones que deberían hacer el transporte. La Brigada de Caballería no estaba instruida para el combate nocturno; se había previsto que cada jinete llevaría un infante en la grupa, pero a las pocas horas de avance hacia Fuentes de Ebro, las unidades y los hombres se habían dispersado de tal manera que la operación fue totalmente ineficaz. Aun así, el mismo día 24, Mediana y la aldehuela de Rodén estaban en poder de los republicanos que, bordeando Fuentes de Ebro, prosiguieron su avance hacia Zaragoza. Los ataques sobre Quinto, Codo y Belchite se desarrollaron como estaba previsto, pero la resistencia de las tropas nacionalistas fue durísima. Atacado por los norteamericanos, canadienses y británicos, Quinto no caería hasta el día siguiente; igual sucedió con Codo. Y el fenómeno tan temido por el Mando se produjo: fascinados por Belchite y Fuentes de Ebro, los mejores esfuerzos del Ejército Popular se concentraron en tomar estas dos poblaciones, antes de proseguir el avance hacia la capital.

Fuentes de Ebro no caería jamás, como tampoco el Vértice Sillero, donde los combates se prolongaron a lo largo de todo el otoño. Los últimos 500 hombres de las reservas del general Ponte fueron enviados rápidamente a este sector. Y de Madrid (y no de Santander, como pretendían los republicanos) llegarían el día 26 dos viejas conocidas de las tropas del V Cuerpo: las Divisiones 13.ª y 150.ª, sus antagonistas en las jornadas de Brunete, al mando de los coroneles Barrón y Sáenz de Buruaga. Ello, la aparición de una fuerte aviación (italianos y alemanes, pero también españoles) nacionalista (hasta entonces el dominio del aire había sido republicano) y la noticia de la caída de Santander, movieron al coronel Cordón a proponer la limitación de la maniobra, que debería saldarse con la toma de Belchite. La ofensiva terminaba, pues, sin cubrir sus dos objetivos principales: salvar Santander y tomar Zaragoza. Las vanguardias de la 11.ª División había llegado hasta Burgo de Ebro, apenas a 12 km. de la capital de Aragón.

Los restantes días que duró la batalla fueron empleados en la expugnación, casa por casa, reducto por reducto, de la pequeña población de Belchite, donde 2.000 hombres se defendieron con la tenacidad de que antes se había hecho alarde en el Alcázar de Toledo, en Madrid, en Oviedo y en tantos otros lugares. Los intentos de auxilio a la plaza fueron completamente vanos. Bajo un calor tórrido, sin víveres, en medio de cadáveres en putrefacción (un corresponsal del *New York Times* relató haber visto un parapeto formado por ocho cadáveres), los combates se prolongaron hasta el 6 de septiembre.

Vencidos los requetés que defendían el seminario, un último grupo de 200 o 300 hombres, dirigidos por el comandante Santa Pau, hicieron una desesperada salida para alcanzar las líneas nacionalistas. Sólo unos pocos lo consiguieron.

La ofensiva se saldaba, pues, con la liquidación del entrante de Belchite a Quinto, y la ocupación de 900 kilómetros cuadrados de territorio. Aunque el Mando republicano dio por terminadas las operaciones y retiró parte de sus unidades, los combates alrededor de Zuera, donde contraatacarían los italianos del C.T.V. (general Roatta) y en el Vértice Sillero, defendido por tropas marroquíes, se prolongaron hasta el invierno.

Santiago Perinat

La pugna por el dominio del aire

En vísperas de la Guerra Civil, la organización de la Aviación española era —con ligeras variantes— la que le diera Azaña con sus reformas militares de 1933...

Uno de los ases de la aviación nacional: el capitán Haya. Foto tomada pocos días antes de su muerte. Junto a él, el piloto italiano Nobili. *En la foto inferior:* **el capitán Mendiola, as de la aviación republicana.**





Al frente de la organización aérea, que reunía en sí las competencias que anteriormente eran función de la Dirección General de Aeronáutica Civil, la Jefatura de Aviación Militar, la Dirección de Aeronáutica Naval y el Servicio Metereológico Nacional, estaba el general de División Miguel Núñez de Prado, que centralizaba así las tareas de la Aviación Civil y Militar en la que se llamó Dirección General de Aeronáutica, dependiente de la Presidencia del Gobierno hasta que Gil Robles la transfirió al Ministerio de la Guerra.

Como elemento de trabajo, verdadero Estado Mayor del Aire, contaba con la oficina de Mando a través de la cual el Director General ejercía el mando sobre las fuerzas aéreas, terrestres y navales y dirigía la aviación comercial y privada.

El material de que disponían las fuerzas aéreas terrestres era en general anticuado, de origen preferentemente francés y construido en España con licencia. El total de aviones de caza, reconocimiento e hidroaviones era de unos 300, de los que alrededor de 200 quedaron en zona gubernamental.

Las fuerzas aeronavales contaban con 27 modernos torpederos «Vickers Vildebeerts», y sus restantes aviones, hasta el centenar, eran de pobres características.

El material de la aviación comercial, 18 aviones, era moderno y por su velocidad y capacidad de carga susceptible de transformarse en bombarderos eficientes.

Tanto los aviones navales como los comerciales quedaron, con escasísimas excepciones, en poder del Gobierno, que retuvo unos trescientos de los cuatrocientos existentes en el país.

Gil Robles había puesto en marcha un plan de modernización que incluía la adquisición de 50 «Martin Bamber», de los que 42 se construirían en España con licencia y 8 se importarían, pero este programa, cuyo coste se preveía en 30 millones de pesetas y se completaba con la compra en Francia de aviones de combate por valor de 12 millones, apenas había iniciado su desarrollo, y el 19 de julio el material existente era anticuado, aunque bastante numeroso.

Esto no suponía inconveniente mayor, al menos inicialmente, pues un avión sólo es desalojado del aire por la aparición de otro u otros de superiores características que actúen en número suficiente, y en España los nacionales y los republicanos disponían de los mismos tipos de avión, circunstancia en la que manda el número.

La gran debilidad de las fuerzas aéreas enfrentadas era la escasez de personal técnico, difícilmente reemplazable y de lenta formación, y lo raquítico de la industria aeronáutica nacional, incapaz de producir aviones en cantidad suficiente.

Este hecho es el que obligó, necesariamente, a ambos contendientes a buscar en otras fuentes el material que eran incapaces de fabricar y el personal que no podían formar en tiempo útil.

Así se inicia el capítulo de la intervención extranjera en la guerra de España que en lo relativo a aviación era absolutamente imprescindible, pues uno u otro bando dependerían íntegramente de los suministros procedentes del exterior.

El Gobierno empezó la guerra con una neta superioridad aérea que le dio prácticamente el dominio del cielo. De su lado había quedado toda la organización aeronáutica (aunque con la pérdida del Director General), y sus contrarios carecían no sólo de material sino incluso del más ligero esquema orgánico sobre el que asentar el desarrollo de una fuerza aérea. La aviación gubernamental se encuadraba en escuadras y grupos aéreos, y los nacionales, con muy pocos aviones, sólo podían hacer una guerra aérea de corso en plan casi siempre individual. Por añadidura el Gobierno retuvo casi íntegramente las escuadrillas de caza y eso le daba una ventaja absoluta en la lucha por el dominio del aire.

Sin embargo, los nacionales empezaron pronto a disputar ese dominio. Durante la fase de la guerra que coincide con el gobierno Giral, las potencias europeas van tomando posiciones ante el conflicto; el Gobierno adquiere en Francia cazas y bombarderos y los sublevados obtienen de Italia y Alemania suministros de similar cuantía, con preferencia de aviones de transporte. La supremacía aérea sigue siendo gubernamental, pero un absurdo fraccionamiento de sus fuerzas y el grave error estratégico de infravalorar el puente aéreo que los nacionalistas habían establecido impunemente sobre el Estrecho de Gibraltar, permitió que sus enemigos lograran el dominio local del aire en el



1 ***1*** **Los «Heinkel-45», llamados «pavas», un tanto anticuados para la época.** ***2*** **¡Alarma! Pilotos alemanes de caza corren hacia sus «Messerschmitt FB-109 E», los mejores aparatos de caza que volaron en el cielo español durante la contienda.** ***3*** **Bombarderos «Savoia SM-79», que, pilotados por españoles e italianos, figuraron en el bando nacional. Eran aviones modernos y eficaces.**



2



3

punto clave y durante el tiempo necesario para cubrir sus objetivos, que no eran otros que el de trasladar a la Península el Ejército de Africa.

Cuando en septiembre entró en vigor el pacto de no intervención los suministros aéreos se redujeron notablemente, pero bastó la presencia en campo nacional de dos escuadrillas de «Fiat» y una de viejos «He-51» para que los gubernamentales perdieran el dominio del aire, a pesar de que el número de cazas importados de Francia era más elevado que el adquirido por los nacionalistas. Así, con unas entregas equilibradas en su cuantía global y a pesar de la abrumadora superioridad inicial, la supremacía aérea pasa a manos de los nacionalistas al tiempo que las tropas africanas transportadas por aire a la Península dejan constancia de su superior calidad en las luchas terrestres. A este sorprendente resultado contribuye, sin duda, además de errores tácticos manifiestos, la escasa calidad y moral de los pilotos franceses que acompañaron a su material, material que no era inferior a aquel con el que se enfrentaron.

Ante esta situación, los soviéticos se deciden por intervenir en el conflicto y provocan con ello la reacción alemana. La competencia en las entregas que trataba de impedir el pacto renacía con mayor fuerza. Durante el otoño llegan sucesivamente a España el Cuerpo Aéreo Soviético y la Legión Cóndor; el material ruso es mayor numéricamente y de mejor calidad, pues los alemanes se encuentran en la fase de nacimiento de la Luftwaffe y aún no han comenzado la fabricación en serie de los nuevos aviones que han de equiparla; sobre ambas ventajas, apenas compensadas por los aviones italianos al servicio de los nacionalistas, de mejores características que los alemanes pero pocos en número, los gubernamentales reconquistan la supremacía aérea, que mantienen ininterrumpidamente hasta la primavera de 1937.

La competencia desatada en el otoño con la presencia de las Brigadas Internacionales y el Cuerpo Soviético, seguidas de la llegada de la Legión Cóndor y el Cuerpo de Tropas Italiano, originó en el invierno un clima tenso en las relaciones internacionales, al que se pretendió poner coto con el establecimiento del control de puertos y fronteras. Antes de que las potencias llegaran a un acuerdo sobre este punto, unos y otros contendientes se apresuran a conseguir los medios precisos para equipar sus fuerzas, especialmente armas, y los primeros meses del año nuevo fue-

1 El «Junkers-52», el más conocido de los bombarderos de que se sirvió la aviación nacional. *2* El famoso bombardero utilizado por los republicanos fue el ruso «katiuska». La fotografía nos muestra uno que, capturado por los nacionales, sirvió en la aviación de Franco. *3* El caza más utilizado por la aviación republicana fue el «Polikarpov I-15» ruso.

ron de febril actividad. Los italianos incrementaron notablemente su potencia en la Península y sus fuerzas aéreas: la aviación que se llamó legionaria duplicó sus efectivos; los soviéticos no anduvieron a la zaga y los alemanes iniciaron, aunque muy lentamente, la renovación de su desfasado material. Es el tiempo en que se produce un equilibrio de fuerzas que parece inalterable, aunque, en ocasiones, el incorregible defecto gubernamental de la dispersión de fuerzas entrega a sus contrarios una supremacía local en un determinado espacio geográfico, como fue el caso de Málaga.

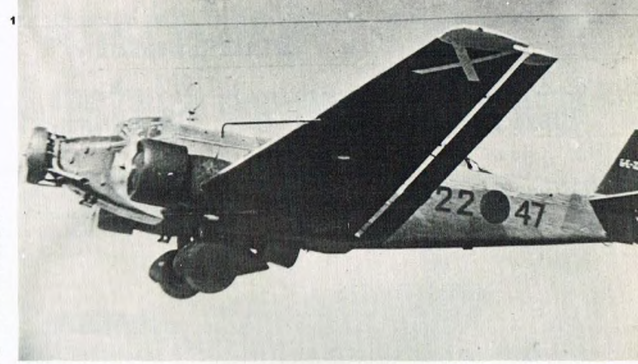
En tal circunstancia los nacionales modifican su estrategia, y abandonando, por imposibles, sus objetivos máximos, desvían su atención a la vital zona cantábrica en un intento de romper el equilibrio batiendo una importante fracción de las fuerzas adversarias. Esta acción obligó al Gobierno a fraccionar sus fuerzas aéreas en dos agrupaciones, ninguna de las cuales era superior al grueso de las enemigas, que se mantuvo unido. Este error sirvió en bandeja un triunfo decisivo a los nacionales, que se vieron con potencia suficiente para aniquilar definitivamente una de aquellas fracciones y quebrantar rudamente a la otra.

Esta decisión gubernamental de enviar importantes refuerzos aéreos al Norte se debió tomar a regañadientes y como consecuencia de las injerencias políticas en la dirección militar, y esto la hizo inoportuna y discontinua, lo que facilitó la tarea de sus oponentes, que pudieron batir al detalle y casi impunemente a las unidades que sucesivamente iban alcanzando el norte y que en conjunto, al menos en cazas, llegaron a alcanzar un número superior al que arriesgaron los nacionales.

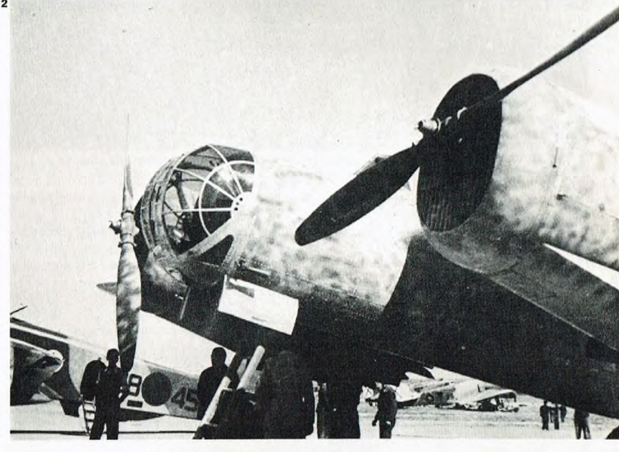
Los gubernamentales perdieron en el Norte más del tercio de sus aviones, de los que cerca de la mitad desaparecieron en la campaña vizcaína, con lo que cuando se produjeron las tardías ofensivas de Brunete y Belchite habían perdido la superioridad.

A este grave error estratégico se unió un doble error táctico de no menor importancia. Los soviéticos emplearon mal su material moderno y no supieron sacar provecho de la ventaja que supuso la superioridad técnica de sus cazas monoplanos de alta velocidad, que no debieron tener enemigo hasta la aparición de los «Me-109» y aún después, pues siempre dispusieron de un número de monoplanos rápidos sustancialmente superior al que llegaron a alinear sus oponentes; a este

1



2



3





Arriba: **el «Stuka», destinado a alcanzar tanto renombre durante la Segunda Guerra Mundial, fue experimentado en España. La escuadrilla lucía como insignia un cerdito, que aparece pintado en la pata.** *Abajo:* **un hidroavión «Heinkel-59».**



error se unió otro de carácter general: relegaron demasiado pronto a los frentes secundarios el material francés, y en general el no soviético, del que contaban en cantidad importante, y eso redujo su masa de maniobra, que por añadidura apenas fue empleada en misiones de cooperación con las tropas terrestres.

Aun así, no le fue fácil a la aviación nacional alcanzar la paridad primero, transformarla en superioridad después y llegar por fin al dominio del aire. La lucha fue dura y prolongada, pues el número total de aviones de que dispusieron los gubernamentales fue superior al que alinearon los contrarios, pero los errores señalados y el terrible desgaste que produjo en sus filas la campaña del Norte primero y las luchas aéreas sobre Brunete y Belchite después, condujeron a ese final.

Después del Norte, donde los gubernamentales perdieron más de 200 aviones, de los que por encima de 100 eran cazas soviéticos modernos, aún se mantuvo el equilibrio en esta especialidad, pero también se rompió definitivamente en el bombardeo, donde fueron superados en número y calidad a lo largo del año 1937.

En los frentes de Teruel y Aragón la supremacía nacionalista se afirmó notablemente, aunque el relevo de los aviadores soviéticos por pilotos españoles instruidos en Rusia dio mayor agresividad a las formaciones de Hidalgo de Cisneros. En el Ebro una importante entrada de «Superchatos» y «Supermoscas» volvió a nivelar las fuerzas de caza, pero en esta batalla se quebraron definitivamente las alas gubernamentales que en Cataluña recibieron el golpe de gracia sin dar tiempo a que un nuevo y masivo envío de aviones soviéticos llegara a su destino.

En definitiva, los gubernamentales fueron superiores en el aire desde la iniciación de la guerra a septiembre del 36, en que perdieron el mando que recuperarían en noviembre y que mantendrían hasta abril del 37. En este mes los nacionales conquistaron el dominio local en el Norte y lucharon con éxito por la supremacía en los cielos del Centro y Aragón; el fin de la campaña del Cantábrico, con destrucción de las fuerzas aéreas del Norte gubernamentales, selló definitivamente el resultado por la superioridad aérea, que pasó a poder de los nacionalistas, que la conservarían durante todo el resto de la campaña, aunque para ello tuvieran que luchar duramente en Levante y el Ebro.

Estos hechos tuvieron una importancia grande, aunque no decisiva, en el resultado final de la guerra. La potencia aérea en España —donde ninguno de los contendientes superó nunca los 500 aviones operativos, de los que poco más de la mitad eran modernos— fue siempre moderada y por lo tanto jamás llegó a ser suficiente para producir efectos decisivos. Aun así, el que poseyó la supremacía, y mientras la mantuvo, conservó una libertad de acción que en gran medida le era negada a sus contrarios y en las fases ofensivas produjo con frecuencia la favorable resolución de difíciles problemas tácticos.

Pero no conviene exagerar: los gubernamentales, con una neta superioridad aérea en el Jarama y Guadalajara, pudieron frenar a sus contrarios, pero no pasar con éxito a la contraofensiva. En Brunete, fuerzas nacionales sin apoyo aéreo detuvieron a sus contrarios, que dominaban el cielo, y cuando pasaron al contraataque después de arrebatárselo, sólo pudieron conseguir éxitos locales. En Aragón la aviación nacional, dueña absoluta del aire, pudo prestar grandes servicios a sus tropas de tierra, pero no logró impedir los movimientos de las reservas contrarias.

La superioridad no iba acompañada en ningún caso de la potencia adecuada; esa extraordinaria potencia de la fuerza aérea que no se pondría de manifiesto hasta la Segunda Guerra Mundial.

Ramón Salas Larrazábal

«Anschluss»: Austria es anexionada

Aun cuando los agentes de Hitler fracasaron en julio de 1934 en su intento de apoderarse del Gobierno austríaco, la anexión de Austria siguió siendo uno de los principales objetivos de Hitler en política extranjera. La facilidad con que lo consiguió le indujo a correr mayores riesgos en el futuro.

Hitler, camino de Linz (12 de marzo de 1938), saluda a un admirador austríaco; el Führer fue recibido como un salvador a lo largo de todo su recorrido entre la frontera austroalemana y Viena. *Abajo*: la Rathausplatz de Viena (Plaza del Ayuntamiento), convertida en 1934 en Dollfussplatz, es rebautizada con el nombre de Hitler; después de la Segunda Guera Mundial recuperó su primera denominación.





Inmediatamente después del asesinato del canciller austríaco Dollfuss, el embajador alemán en Viena, Rieth, que imprudentemente se había exhibido al lado de los insurrectos nazis en la Ballhausplatz, fue destituido por ser considerado culpable del fracaso del golpe de mano nazi, cuya finalidad era asesinar a todo el gabinete austríaco. En su lugar, Hitler envió a Franz von Papen, a quien, al parecer, había estado a punto de liquidar. Con este nombramiento Hitler ponía una vez más de manifiesto su reconocida astucia, ya que Papen era el hombre idóneo para este tipo de trabajo: un intrigante nato sin escrúpulos pero cuyo reconocido catolicismo le hacía a propósito para desarmar a Schuschnigg, el sucesor de Dollfuss, y a las restantes figuras católicas de Austria que recelaban del paganismo nazi.

El nuevo canciller austríaco, el Dr. Kurt von Schuschnigg, era tan inflexible como hábil era Papen. Además de católico, Schuschnigg era monárquico y antiitaliano. Aunque sabía que no existía ninguna posibilidad de lograr que el archiduque Otto presidiera en alguna forma el Gobierno de Austria, no se daba cuenta de cuán disparatado era este objetivo. Los nazis tenían para con los Habsburgo tan pocas simpatías como los socialistas, y Mussolini los despreciaba casi tanto como Hitler.

Eran sobre todo los sentimientos antiitalianos de Schuschnigg, producto de sus orígenes tiroleses y de sus experiencias como prisionero de guerra en Italia, los que más lo identificaban con el sentir del pueblo austríaco. Como todo el mundo, se sentía indignado ante el duro trato de que eran objeto sus antiguos compatriotas del Alto Adigio o del Tirol meridional italiano. Sin embargo, aun siendo éste el único sentimiento que compartía con el pueblo, el Canciller austríaco se veía incapaz de solucionar este problema, y la propaganda nazi susurraba que sería Hitler quien, a despecho de su política proitaliana, liberaría el Tirol meridional. La falta de contacto entre Schuschnigg y su pueblo, la ostensible dependencia de una odiada Italia, y la ausencia de un fuerte sentimiento nacionalista, exceptuando el deseo de pertenecer a una gran Alemania, producían una sensación de vacío a los austríacos de los años treinta. Incluso los adversarios del nazismo tenían la impresión de ser, al margen de su origen tirolés o estirio, más *alemanes* que *austríacos*.

Desde hacía varios meses Papen insistía de un modo especial ante el Dr. Friedrich Funder, director del principal periódico católico de Viena, el *Reichpost*, con la finalidad de llegar por lo menos a un acuerdo relativo a la prensa, por el cual los diarios nazis pudiesen introducirse de nuevo legalmente en Austria —como antes de junio de 1933— y con ellos la propaganda del partido. Gradualmente, algunos austríacos de tendencias más «nacionalistas» —es decir germanófilos— elaboraron en unión de Papen los términos de un acuerdo austroalemán. Se informó a Mussolini de lo que estaba ocurriendo, y éste dio su aprobación, pues un acuerdo austroalemán podía estrechar más los lazos de amistad entre Roma y Berlín.

El acuerdo fue firmado, finalmente, el 11 de julio de 1936. Comprendía tres cláusulas principales por las que Alemania reconocía la plena soberanía de Austria, al tiempo que ambas naciones se comprometían a no interferirse mutuamente en sus respectivos regímenes políticos. La tercera cláusula decía que «la política del Gobierno Federal austríaco estará siempre basada, tanto en el plano general como respecto al Reich alemán, en el hecho de que Austria ha reconocido ser un Estado alemán». Se adoptaron, asimismo, una serie de medidas con las que se intentaba disminuir la tensión existente entre ambos países y en las que se basaría un acuerdo denominado «entre caballeros».

Tales medidas incluían la amnistía de muchos nazis austríacos y la abolición del impuesto alemán de mil marcos para los que visitaban Austria, con lo cual el país quedó inundado de turistas alemanes que andaban proclamando alabanzas en honor a Hitler. Se llegó, asimismo, a un acuerdo sobre la prensa por el cual se autorizaba la entrada en Austria de cinco brillantes periódicos nazis, y, en contrapartida, la de otros cinco austríacos, totalmente ineficaces, en Alemania, donde nadie los leía. La novena cláusula del «acuerdo entre ca-

balleros» estipulaba el ingreso en el gabinete austríaco de elementos simpatizantes con el nazismo. En otoño de aquel año, el general Gliase-Horstenau, un pangermanista austríaco de la vieja escuela, fue nombrado ministro del Interior, y Guido Schmidt, un viejo condiscípulo de Schuschnigg y asimismo germanófilo, pasó a ocupar el cargo de secretario de Estado del canciller en el Ministerio de Asuntos Exteriores austríaco. El 19 de noviembre de 1936 Hitler recibió a Guido Schmidt, y, dos días después, éste y el ministro de Asuntos Exteriores alemán, Neurath, firmaron una ampliación del acuerdo de julio según la cual se intercambiarían más periódicos y se repatriaría a mayor número de nazis austríacos. El 26 de noviembre Schuschnigg pronunció un discurso en Klagenfurt en el que afirmó que el acuerdo de julio no tenía nada que ver con los asuntos internos austríacos, si bien obligaba a Austria a llevar a cabo en el exterior una política de signo prevalentemente germanófilo.

Los austríacos sensatos empezaban a aceptar la idea de que los nazis tomaran muy pronto el mando del país, pues consideraban preferible pertenecer al bando vencedor. Gran número de nazis consiguieron infiltrarse en el Gobierno, y una serie de inteligentes muchachas nazis hallaron colocación como secretarias de los funcionarios que posiblemente estaban mejor informados. No existían leyes del tipo de las de Nuremberg que prohibiesen a los judíos ocupar un puesto digno, pero en aquella época ningún judío tenía posibilidad alguna de ser nombrado para un cargo público o de obtenerlo. Había más libertad de expresión en Viena que en Berlín, y un poco más, digamos, en Linz que en Munich, pero cuando la gente hablaba de ciertos temas tenía sumo cuidado en que nadie escuchase la conversación. Como es lógico, el clero católico gozaba de una posición mucho más decorosa que en Alemania.

En la primavera de 1936 Austria introdujo de nuevo el servicio militar obligatorio. El Ejército creció lentamente, en parte debido a la falta de fondos, pero el jefe del Estado Mayor, Jansa, había sido leal a Dollfuss y luego lo fue a Schuschnigg, y esta actitud era también compartida por la mayoría de oficiales. En la primavera de 1938 se admitía que la mayor parte del Ejército austríaco hubiese opuesto resistencia a los alemanes si así se lo hubiesen ordenado. Esta actitud de los militares era, en parte, herencia del antiguo Ejército de la monarquía que se había mostrado leal a la dinastía de los Habsburgo. En 1937 aumentó en Austria la agitación legitimista, dirigida por un tal barón Wiesner. Se ofreció al archiduque Otto, heredero del último emperador, Carlos, la ciudadanía honorífica de varias poblaciones. Wiesner propugnaba que Otto fuese nombrado rey o presidente, toda vez que, en su opinión, era el único que podía restaurar la estabilidad política. Algunos de los oficiales leales a Schuschnigg eran partidarios de la idea, pero por aquel entonces el Archiduque no contaba ya con el apoyo del pueblo, pues Hitler le había suplantado en su aprecio.

Así, pues, Austria era aún distinta de Alemania. Tenía todavía como presidente a Wilhelm Miklas, que sin duda hubiese pertenecido al Partido Social-Cristiano de no haber sido prohibidas las organizaciones políticas en 1934. Por lo que se refiere al Estado corporativo, escasas habían sido las medidas adoptadas para promover una auténtica representación de los intereses corporativos: cierto número de campesinos habían quedado enrolados en la corporación agraria, al tiempo que un sindicato único y apolítico representaba a los obreros. En contraste de lo que sucedía en Austria, en la Alemania nazi el rearme proseguía a un ritmo vertiginoso, lo que significaba grandes dispendios y varios nuevos puestos de trabajo. Y mientras la propaganda nazi estaba muy bien organizada, hasta el punto que lograba convencer a muchos austríacos de que la vida en Alemania era espléndida y Hitler un genio semidivino, nadie se preocupaba de entonar loas a la vida en Austria. Así, pues, el fruto empezaba a madurar y podía muy bien caer, como había previsto Von Papen, sin recurrir de nuevo a la violencia. Los nazis austríacos asumirían el poder pacíficamente e invitarían a Hitler a que se hiciese cargo del país.

Vino a complicar este proyecto el capitán Leopold, dirigente de los nazis austríacos, que todavía abogaba por una toma violenta del poder, a pesar del fracaso de sus hombres en julio de 1934. Si bien era cada vez más evidente que ni Italia ni las potencias occidentales adoptarían medida alguna para mantener a salvo la independencia de Austria, no se sabía, con todo, cuál sería la reacción de estas naciones, y Hitler prefería dar la impresión de hombre prudente, lo que resultaba más conveniente y al mismo tiempo más cómodo. Berlín ordenó a Leopold que abandonase su proyecto, y en julio de 1937 Keppler, un personaje importante dentro de las SS alemanas, se hizo cargo de los nazis austríacos por orden expresa de Hitler. La derrota de Leopold se debió, en parte, a la decadencia de la SA, a la que había pertenecido. El principal objetivo de Keppler consistía en introducir en el gobierno de Schuschnigg a otro SS austríaco, llamado Seyss-Inquart, quien al parecer era considerado por los alemanes como más competente que Guido Schmidt o Glaise-Horstenau. Seyss-Inquart fue presentado al canciller austríaco en abril de 1937, y le produjo una buena impresión en el curso de la conversación que versó sobre las sinfonías de Bruckner y sobre un posible *Volksreich* alemán (imperio racial), en el que Austria podía jugar un papel de primera importancia. En junio, Schuschnigg le ofreció un puesto en el Consejo de Estado a condición de que se afiliase al Frente Patriótico. Seyss-Inquart aceptó la proposición, y en julio se trasladó a Berlín para entrar en contacto con los dirigentes nazis, entre ellos Keppler y el lugarteniente de Hitler, Rudolf Hess.

En el otoño de 1937, Schuschnigg autorizó la creación del Comité de los Siete *(Siebener Komitee)*, que tenía su sede en la Teinfaltstrasse de Viena, donde trabajaba el capitán Leopold, sin que inexplicablemente tropezara, a pesar de sus actividades, con obstáculos de ninguna clase. El Comité de los Siete, casi nazi del todo, afirmaba poder reconciliar la doctrina nacionalsocialista con la constitución corporativa de Austria y el acuerdo austro-alemán de julio de 1936. En enero de 1938, a raíz de unas imprudentes declaraciones hechas a un periódico checoslovaco por un individuo llamado Tavs, que era miembro del comité y gozaba de la confianza de Leopold, la policía vienesa llevó a cabo un registro en las oficinas de la Teinfaltstrasse. Entre otros muchos documentos comprometedores, halló un plan firmado R. H., las iniciales de Rudolf Hess. Según el plan, Seyss-Inquart, que había expresado, como es lógico, la total desaprobación del *Siebener Komitee* a Schuschnigg, debía acceder a un cargo ministerial en unión de Gliase-Horstenau y de Guido Schmidt. Asimismo, había que celebrar un plebiscito tres meses más tarde, es decir después de tres meses de intimidación nazi. Se preveía igualmente, si ello era aconsejable, obligar a Alemania a intervenir mediante el asesinato de Papen, o de cualquier otro miembro de la legación alemana en Viena, por nazis austríacos disfrazados de legitimistas.

Por su parte, Hitler había comunicado secretamente a Von Neurath y a sus generales el 5 de noviembre de 1937 que

tanto Checoslovaquia como Austria serían liquidadas en un breve plazo. «No cabe esperar ninguna oposición italiana a que eliminemos Checoslovaquia —comentó Hitler—. Por otro lado, resulta imposible saber en este momento cómo debemos interpretar su actitud en la cuestión austríaca.» Mussolini había visitado Alemania en septiembre de 1937, pero ambos interlocutores eludieron discretamente el tema de Austria. Éste fue, sin duda, uno de los motivos por los que se desechó el plan del capitán Leopold.

A comienzos de febrero de 1938 Hitler completó la revolución nazi en Alemania al hacerse cargo del mando de las fuerzas armadas y al poner al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores al nazi Ribbentrop en sustitución de Von Neurath. Retiró, asimismo, a Papen de Viena, con la natural consternación de éste. Lógicamente, todo ese clima de nazismo en Alemania debía resolverse en la consecución del más preciado objetivo de Hitler: la incorporación de Austria a Alemania. La reunión secreta del 5 de noviembre mostró que el Führer consideraba la anexión de Checoslovaquia y Austria como cuestiones que serían solucionadas en poco tiempo, si bien daba por descontado que la de Checoslovaquia vendría en primer lugar.

Durante algunas semanas se estuvo hablando de una reunión entre Hitler y Schuschnigg, y, tras destituir a Blomberg, el Führer comunicó a Viena que la mejor fecha para él sería hacia el 15 de febrero de 1938. Papen, que había sido retirado de Austria el 5 de febrero, regresó inesperadamente dos días más tarde con una invitación de Hitler a Schuschnigg para que se trasladase a Berchtesgaden el 12 de febrero. Aparentemente, el asunto a discutir era el «mejoramiento del acuerdo de julio» (de 1936). El canciller austríaco creía neciamente que resultaría más fácil tratar con Hitler tan pronto como se produjese una crisis importante en la Alemania nazi. Hitler sabía, por su parte, que Schuschnigg había mantenido conversaciones con Seyss-Inquart sobre el modo de concertar, con los nazis encubiertos, ulteriores compromisos, entre los cuales figuraba el de conferir a Seyss-Inquart un cargo ministerial. Aun cuando Schuschnigg no lo advirtiera, si se llevaba a cabo este proyecto Austria se convertiría en una provincia nazi, pues Seyss-Inquart estaba muy comprometido con Berlín. Por su parte, este último no se daba cuenta tampoco de que una Austria nazi perdería su autonomía, pues ni él ni sus amigos comprendían que uno de los aspectos fundamentales del nazismo era un rígido centralismo.

Goering fotografiado en la ceremonia inaugural de las obras del nuevo aeropuerto austríaco de Hörsching, cerca de Linz (mayo de 1938); Austria era ya entonces una simple provincia del Reich, la Ostmark (Marca Oriental).





«El pueblo entero dirá "sí" el 10 de abril»; cartel nazi de propaganda para el plebiscito en que el 99 % de los austríacos votaría a favor del *Anschluss*.

Así, pues, Hitler aplicaba la táctica de la corrupción con objeto de apoderarse de una u otra forma de Austria. Ahora, gracias a Schuschnigg y a Seyss-Inquart, la primera víctima sería Austria, a la que en breve seguiría Checoslovaquia. Pero uno de los problemas que Hitler deseaba plantear inmediatamente era la actitud del Ejército austríaco, que en su opinión era hostil a la política nazi: en el futuro, las fuerzas armadas austríacas deberían cooperar con las alemanas. Así, pues, Hitler habló al canciller austríaco en términos amenazadores («Lejos de permitir que Schuschnigg cobre confianza, debemos procurar que empiece a temblar», manifestó al general Jodl), acusándole del crimen de un policía perpetrado a despecho del acuerdo de julio. ¿Por qué ha fortificado Austria su frontera con Alemania? ¿Por qué no ha abandonado la Sociedad de las Naciones? Schuschnigg tiene que reconocer que Austria está indefensa y sola. Finalmente, el canciller autríaco se vio enfrentado a un acuerdo, llamado el Protocolo de Berchtesgaden, que le era presentado en forma de ultimátum, por el que tenía que aceptar inmediatamente a Seyss-Inquart como ministro del Interior, y poner en libertad a todos los nazis de Austria pendientes de juicio; por último, el Ejército austríaco quedaría virtualmente vinculado al alemán. A cambio, Hitler ofrecía, generosamente, dar a Leopold un cargo en el Partido Nazi Alemán (como es lógico, Seyss-Inquart estaba ansioso por verse libre de la presencia de Leopold en Viena).

Un plebiscito: la última esperanza

Schuschnigg consiguió poner una condición: el presidente Miklas debía dar su asentimiento. Pero toda vez que el Ejército alemán parecía estar en camino de una movilización, Miklas decidió aceptar, al regreso de Schuschnigg, el acuerdo de Berchtesgaden a fin de impedir la invasión alemana. A fin de reforzar sus amenazas, Hitler se refirió, en un discurso pronunciado en el Reichstag el 20 de febrero de 1938, a la imperiosa necesidad de proteger a los diez millones de alemanes establecidos a lo largo de las fronteras del Reich, con lo cual todo el mundo comprendió que hacía alusión a los austríacos y a los alemanes de los Sudetes, del territorio checoslovaco. No es extraño, pues, que las regiones austríacas donde los nazis eran fuertes, Estiria, Tirol y Salzburgo, se manifestasen en favor de Hitler.

Schuschnigg confiaba encontrar cierto apoyo en las conversaciones angloitalianas que acababan de dar comienzo; no se le ocultaba, sin embargo, que la situación era desesperada, por lo cual intentó aplicar un remedio no menos desesperado. Miklas había sugerido celebrar, cuando quizá todavía estaba a tiempo, una especie de plebiscito en Austria; pero era ya demasiado tarde cuando el 6 de marzo aceptó la propuesta de Schuschnigg de celebrar tal plebiscito el domingo siguiente, 13 de marzo, plebiscito que debía ser anunciado al país el día 9. Schuschnigg propuso preguntar a los austríacos si estaban en favor o en contra de «una Austria libre y alemana, independiente y social, cristiana y unida, partidaria de la paz, del trabajo y de la igualdad de todos aquellos que tienen fe en nuestro pueblo y en nuestra patria». Desde 1930, no se habían celebrado en Austria ni elecciones ni votaciones de ninguna clase, de modo que había que improvisar las listas de votantes. Schuschnigg propuso impedir que acudieran a las urnas los elementos más jóvenes, que eran los más afectados por las doctrinas nazis, con la táctica de elevar la edad mínima de los votantes a los 24 años (como en 1907). Finalmente, el canciller austríaco estableció algunos contactos con ciertos dirigentes socialistas que parecían dispuestos a apoyarle. Nadie puede decir ahora cuál hubiese sido el resultado de unas elecciones celebradas en tales circunstancias, pero sí era posible predecir, en cambio, la rabia de Hitler. He aquí que alguien estaba intentando anticipársele mediante el empleo de la técnica plebiscitaria que tan bien sabía manejar. Hitler creía que Schuschnigg conocía, como él, la forma de intimidar a los electores, por más que el canciller austríaco nunca se hubiera atrevido a pensar siquiera en la posibilidad de recurir a tales extremos. Así, pues, Hitler temía que la influencia de Schuschnigg contrarrestase la de Seyss-Inquart y ganase. Ello impediría que el fruto ya maduro cayese en su poder por un tiempo indefinido.

El hecho de si Hitler decidió invadir y anexionar Austria el 9 de marzo de 1938, o de si tomó tal resolución dos días más tarde, carece de importancia: la crisis era bien patente y no cabía dudar de su desenlace. Keppler marchó inmediatamente a Viena, pero regresó el 10 de marzo sin haber conseguido disuadir a Schuschnigg. Aquel mismo día Hitler ordenó a sus generales que se dispusiesen a invadir Austria, y éstos pusieron en marcha un plan llamado *Sonderfall Otto* (el caso especial Otto), que había sido preparado el año anterior, en previsión de una posible restauración de los Habsburgo. Hitler exigió, a través de los ministros austríacos Glaise-Horstenau y Seyss-Inquart, que se abandonase la idea del plebiscito. Este ultimátum fue entregado a Schuschnigg el 11 de marzo por la mañana, cuando el Ejército austríaco había empezado a movilizarse. Schuschnigg decidió rendirse, y a las 19,15 los mandos militares recibieron orden de no ofrecer resistencia a los alemanes. Miklas era reacio a nombrar canciller, en sustitución de Schuschnigg, a Seyss-Inquart, ministro del Interior desde la reunión de Berchtesgaden. En Alemania, Goering parecía dirigir las operaciones, y pasó gran parte del 11 de marzo hablando por teléfono con Viena. Al cabo de cierto tiempo, comunicó que había persuadido a Seyss-Inquart para que pidiese la intervención alemana, volviendo con ello a la fórmula original del fruto maduro (no se sabe cuáles fueron las palabras o qué deseaba en realidad Seyss-Inquart). Al amanecer del 12 de marzo de 1938, el Ejército alemán penetró en Austria. La Disposición n.º 1 de Hitler, firmada a las 13 horas del día 11 de marzo, determinaba que, si ello era posible, se procediese a la invasión de Austria sin derramamiento de sangre, pero decía al mismo tiempo que, en caso de oponer resistencia los austríacos, «ésta fuera reprimida enérgicamente por la fuerza de las armas». El 12 de marzo Austria desapareció del mapa durante siete años, y, poco después, Schuschnigg ingresaba en prisión para igual período de tiempo.

Elizabeth Wiskemann

Evolución política de la zona republicana

Durante los primeros meses de la guerra, el Gobierno de la República se vio desbordado por los partidos obreros y las sindicales. Más tarde, cuando recobró la plenitud de su poder, tuvo que enfrentarse a una serie de conflictos políticos: ¿Giral o Largo Caballero? ¿Largo Caballero o Prieto? ¿Prieto o Negrín? Todos ellos tenían como telón de fondo una realidad: la creciente importancia del Partido Comunista, garante de la ayuda soviética.

Bajo estas líneas, de arriba abajo: **Santiago Casares Quiroga, que era Presidente del Consejo el día 17 de julio de 1936; Francisco Largo Caballero, líder del ala radical del Partido Socialista.**





No es una de las menores paradojas del dramático y complejo 1936 español el hecho de que el triunfo del Frente Popular en las elecciones de febrero llevara al poder a un Gobierno exclusivamente formado por republicanos pertenecientes a partidos burgueses. Paralizados por una disensión interna, los socialistas —la más importante fuerza política de aquella alianza electoral— no participaron en las labores de gobierno. Esta división no sólo contribuyó a crear un clima de guerra civil —aunque a ello coadyuvaran también otros partidos y otros factores—, sino que debilitó al Gobierno republicano durante los primeros y decisivos meses de la guerra y, en etapas sucesivas, fue campo abonado para las maniobras y los enfrentamientos políticos.

La escisión del Partido Socialista Obrero Español en dos corrientes, la moderada y la radical, no fue más que la versión española del dilema del socialismo europeo en los años treinta: los partidos socialistas en el Gobierno ¿podían o no colaborar con partidos burgueses? Tal interrogación equivalía a preguntarse si los socialistas debían alejarse de los partidos comunistas o aproximarse a ellos. Indalecio Prieto encabezaba el ala moderada, defensora de la plena colaboración con los republicanos burgueses —como lógica consecuencia del pacto del Frente Popular—, y de una adecuación de las peticiones de los trabajadores a la capacidad de la economía española para satisfacerlas. Era el suyo, en definitiva, el viejo programa de Pablo Iglesias, pero remozado y reactivado por la urgente necesidad de evitar que el miedo a la revolución arrojara a las clases medias españolas en brazos del fascismo que, conviene no olvidarlo, poseía en 1936 un considerable poder de captación.

Francisco Largo Caballero era el líder del radicalismo socialista. Contaba en su haber cincuenta años de brega oscura y eficaz en la organización cuando, a los 67 años de edad, tras los sucesos revolucionarios de Asturias (octubre de 1934), se puso al frente de la nueva izquierda, preocupada por paralelismos europeos (derrotas socialistas ante Hitler y Dollfuss). El «caballerismo» declaró que confiaba tomar el poder cuando se consumara el fracaso de los republicanos burgueses, abandonados a sus propias fuerzas, y afirmó su fe en una alianza obrera. La fórmula caballerista «deseo una República sin guerra de clases, pero para esto es necesario que una de las clases desaparezca», producía en muchos grupos sociales el efecto temido por Prieto.

El juego de Largo Caballero era peligroso, y no sólo porque soliviantaba a unas derechas poderosas, sino también porque prosiguiendo la política de alianza obrera, dejó que las nutridas y entusiastas juventudes socialistas se fusionaran con las comunistas (la nueva organización, que tomó el nombre de Juventudes Socialistas Unificadas, fue manejada por el Partido Comunista), a cambio de que los comunistas incorporaran su escuálida Confederación General del Trabajo Unitaria (C.G.T.U.) a la Unión General de Trabajadores, la sindical socialista, de gran fuerza y arraigo. En cambio, no llegó a cimentar un acuerdo con la otra gran sindical: la Confederación Nacional del Trabajo. La operación se saldó, pues, en beneficio de los comunistas, pero no mejoró la situación caótica del obrerismo español.

El día más largo de Santiago Casares Quiroga

El 11 de mayo de 1936 Manuel Azaña pasó a ser Presidente de la República Española tras la impolítica y abusiva destitución de Niceto Alcalá Zamora. Con ello el republicanismo burgués confinaba a su máxima figura en un cargo esencialmente representativo. Al abogado coruñés Santiago Casares Quiroga le correspondió, por su condición de Presidente del Consejo de Ministros y de titular de la cartera de Guerra, hacer frente a los violentísimos debates parlamentarios de aquella primavera, a graves alteraciones de orden público que desembocaron en el asesinato del jefe del Bloque Nacional —formación monárquica de corte autoritario, influida por

la *Action Française* y por la planificación rooseveltiana del *New Deal*— José Calvo Sotelo (13 julio), y finalmente a la sublevación militar que, iniciada en Melilla el 17 de julio, estalló en la península el 18.

Es imposible olvidar que Casares Quiroga, enviado por el Comité Revolucionario a Jaca en diciembre de 1930 con la orden de detener la sublevación que allí se preparaba, dormía plácidamente en un hotel de aquella ciudad cuando Fermín Galán hacía proclamar la República por las calles. Lo menos que cabe decir, con palabras de Prieto, es que «sólo creía en la incredulidad de Azaña». Únicamente así se explica su sorpresa ante la sublevación del 18 de julio acerca de cuyos preparativos fue advertido. Probablemente ningún gobernante republicano podía impedir una rebelión que empezó a fraguarse «en los altos despachos del Ministerio de la Guerra en 1935», como escribe Ricardo de la Cierva en esta misma obra; pero sí cabía tomar una serie de medidas defensivas, cosa que a Casares Quiroga ni siquiera se le ocurrió.

El 18 de julio fue el día más largo del escéptico y confiado Presidente del Consejo; reunido en sesión permanente con sus ministros, se enteraba por teléfono de qué provincias eran o no leales al Gobierno. Las emisoras de radio aportaban sobre todo elementos de desorientación y confusión, lo cual, en gran parte, respondía a la realidad del momento. Sin embargo, una evidencia se impuso: la sublevación era de una amplitud tal que no cabía pensar en recurrir a las fuerzas militares para contrarrestarla, como hubiera deseado Casares Quiroga (y Azaña): había generales y jefes republicanos, pero la inmensa mayoría de los oficiales estaba contra el Gobierno y esta circunstancia mantenía a una serie de guarniciones en una actitud vacilante y de expectativa, pero no de fidelidad. El dilema se perfilaba: o someterse o armar a las organizaciones del Frente Popular, que ya se estaban manifestando de forma amenazadora.

Azaña intentó aún un tercer camino. Destituyó a un Casares Quiroga abrumado y desconcertado y encargó la formación de Gobierno al republicano Diego Martínez Barrio, con Felipe Sánchez Román, posible «hombrepuente» como ministro sin cartera. El ministro de la Guerra de este gabinete, general José Miaja, se puso en contacto telefónico con el general Emilio Mola, repentinamente identificado como organizador de la conspiración, y ofreció cederle la cartera de Guerra en nombre del Presidente del Consejo (parece ser que Martínez Barrio también habló con Mola), a modo de caución de los deseos de Azaña y del Gobierno de negociar un acuerdo y evitar la guerra civil. Mola rechazó la propuesta; en realidad, ya no era posible la marcha atrás.

Al amanecer del 19 seguían las consultas entre Azaña, Martínez Barrio, Largo Caballero y Prieto; éstos insistían en que ya no cabía esperar más: había que armar a las sindicales y a los partidos del Frente Popular. La tensión en la calle crecía por momentos. Por fin Azaña encargó a un correligionario y amigo, el profesor José Giral, la formación de un nuevo Gobierno, todo él de republicanos más dos generales (en Guerra y en Gobernación). Una de las primeras medidas de este Gobierno fue ordenar que se entregaran armas a los militantes de los partidos frentepopulistas y a la U. G. T. y la C. N. T. Era la madrugada del 19 de julio.

El «doble poder»

El gobierno Giral dejó de responder de inmediato a la realidad política y social del país, porque en cuanto el proletariado dispuso de armas, la revolución se puso en marcha. Pero Giral era una fachada republicana de cara a las dos potencias democráticas europeas, Francia y Gran Bretaña, que podían proporcionar a la República el material bélico indispensable para la guerra.

Aunque no corresponde a este capítulo el examen de la guerra de España en el plano internacional, conviene adelantar que la ayuda pedida por el gobierno Giral a la Francia del Frente Popular no se produjo: Blum, el primer ministro francés, decidido en un principio a apoyar a la República, se vio pronto envuelto en la red de la «No Intervención». Puesto que esta inhibición se produjo en agosto, lo lógico hubiera sido dar por terminada la experiencia Giral, pero la crisis no se produjo hasta un mes más tarde y no tuvo su origen en la situación internacional.

En julio-agosto, el Gobierno asistió casi impotente a la aparición de lo que algunos autores han denominado «el otro poder»: los Comités antifascistas. Las milicias eran fieles en primer lugar al partido o sindical al que pertenecían, y sólo secundariamente, y a veces ni siquiera a este nivel, a un Gobierno «burgués»; los militares profesionales, frecuentemente sospechosos de simple «lealtad geográfica», eran consejeros con escasa o nula autoridad; en cuanto a las fuerzas armadas, se habían contagiado del clima general de «bohemia revolucionaria» y, más aún, los servicios de orden público, que, por otra parte, atendían preferentemente a misiones de tipo bélico. «Todo el aparato estatal había sido destruido y el poder del Estado residía en las calles», ha escrito Dolores Ibárruri. Su estimación es exacta para el verano de 1936.



Indalecio Prieto, destacado político socialista, cuya línea difería de la de Largo Caballero. *En la foto inferior:* **el tercero en discordia que, en definitiva, se convirtió en el dirigente republicano con mayor poder y responsabilidades: doctor Juan Negrín.**



La situación era más aguda en las regiones y frentes donde predominaban la C.N.T.-F.A.I.: Cataluña, Valencia, los frentes de Aragón, y ciertas zonas de Andalucía. Pero fue en Madrid donde las consecuencias de este «doble poder» —el legal y el real— se manifestaron en toda su gravedad, puesto que los nacionalistas hicieron de la capital su objetivo primero y principal y las milicias madrileñas, castellanas y extremeñas tuvieron que enfrentarse, con los resultados previsibles, a un ejército profesional bien mandado, perfectamente entrenado y de singular acometividad: el de Africa.

La caída de Talavera de la Reina (3 septiembre 1936) provocó en Madrid una oleada de pánico. Oradores y diarios exigieron la creación de un Gobierno de base proletaria, con mayor autoridad, capaz de hacer frente a la amenaza que se cernía sobre la capital y de canalizar las fuerzas populares. Así nació el llamado «Gobierno de la Victoria», cuyo Presidente no podía ser otro que Largo Caballero.



Rafael Alberti, poeta que se incorporó sin reservas a la disciplina del Partido Comunista, hablando a los soldados republicanos.

De líder a víctima propiciatoria

Largo se hizo cargo de la Presidencia y de la cartera de Guerra; confió los principales ministerios a hombres de su partido: Marina y Aire, a Prieto; Gobernación, a Galarza; Estado (Asuntos Exteriores), a Alvarez del Vayo; Hacienda, a Negrín. Formaban parte del equipo ministerial republicano dos nacionalistas vascos, un representante de *Esquerra Republicana de Catalunya* y dos comunistas: Vicente Uribe en Agricultura y Jesús Hernández en Instrucción Pública, dos carteras secundarias en aquellas circunstancias. En este primer Gobierno no figuraba ningún cenetista, pero cuando la situación de Madrid se agravó, en los primeros días de noviembre, Largo reestructuró su Gobierno incorporando (4 de noviembre de 1936) a cuatro ministros de la C.N.T.: García Oliver, en Justicia; Peiró, en Industria; López Sánchez, en Comercio; Federica Montseny, en Sanidad. Al fin y al cabo, esta medida se imponía: el método de Largo Caballero consistía en «absorber la revolución para contenerla».

El Gobierno abordó una serie de problemas: concesión del Estatuto de autonomía al País Vasco (6 de octubre de 1936), aplicación del Código de Justicia Militar a las milicias (a partir de 10 de octubre para las del Ejército del Centro y desde el 20 del mismo mes para las de los demás). Uribe frenó las colectivizaciones agrarias en curso (en los territorios dependientes del Gobierno central, no en Cataluña ni en el Aragón conquistado por columnas catalanas). La incorporación de ministros comunistas —contra la opinión de Azaña— significó, previa reunión del Comité de No Intervención, la prohibición del paso de armas hacia España. Entonces se inicia la ayuda soviética en material y consejeros militares. A modo de garantía de estos aprovisionamientos, se procedió a enviar a la U.R.S.S. (25 de octubre de 1936) oro del Banco de España por valor de 1.500 millones de pesetas, operación que corrió a cargo de Juan Negrín en su calidad de ministro de Hacienda. Los tanques y los aviones soviéticos, junto con las Brigadas Mixtas nacionales e internacionales organizadas en Albacete, contribuyeron a detener la ofensiva nacional sobre Madrid. Pero la situación de la capital fue tan grave que el día 7 de noviembre (1936) el Gobierno se trasladó a Valencia, dejando en Madrid (del que fueron evacuadas 300.000 personas, entre ellas gran número de niños) una Junta Delegada de Defensa para ayudar al mando militar, que ejercía el general José Miaja.

El gobierno de Largo Caballero acometió la ingente labor de transformar las milicias en un ejército regular (el Ejército Popular), empezando por las unidades del frente del Centro. La caída de Málaga casi sin resistencia (8 de febrero de 1937) y la sangrienta batalla del Jarama (febrero), que acabó en tablas, pusieron de manifiesto la diferencia, en cuanto a eficacia militar, entre unas milicias atomizadas y anárquicas y unas tropas organizadas y disciplinadas. En marzo de 1937 y en los campos de la Alcarria, el joven Ejército Popular detuvo y repelió el avance sobre Guadalajara del *Corpo di Truppe Volontarie* italiano.

De modo paradójico esta victoria abrió la crisis del gobierno de Largo, puesto que redundó en aumento de prestigio de la ayuda soviética y de las unidades militares comunistas (como, por ejemplo, las Divisiones de Líster y de Valentín González, «el Campesino») y aceleró las maniobras del Partido Comunista para lograr el control del Ejército (y de la Policía), con viva irritación de Largo Caballero. Los comunistas encontraron en Prieto un ocasional aliado contra Largo Caballero, a quien, de golpe, se le descubrió casi septuagenario, fatigado, irascible y terco, sin ninguna preparación en cuestiones militares.

La crisis abierta la provocaron los hechos de mayo (1937) de Barcelona y marca un hito en la historia de la zona republicana, puesto que se abandona el binomio guerra y revolución, sostenido ardientemente por la C.N.T.-F.A.I. y el P.O.U.M. y con alguna tibieza por importantes sectores del Partido Socialista y de la U.G.T.



El Palacio de Benicarló, en la actualidad. Fue sede de la Presidencia del Consejo durante la estancia del Gobierno de la República en la ciudad de Valencia.

(los «caballeristas»), para concentrar todos los esfuerzos en la guerra que, aunque dirigida por los comunistas y los socialistas aliados con ellos, ya no será una guerra revolucionaria, sino una lucha «contra el fascismo y los invasores extranjeros». Un eslogan que, por supuesto, no estaba destinado a minar la moral del enemigo, sino a atraerse a las clases medias y a los campesinos propietarios de tierras.

Cataluña: la Generalidad y «el otro poder»

El Gobierno de la Generalidad de Cataluña reaccionó con mayor rapidez que el Gobierno central ante la sublevación del 18 de julio. En parte porque supo interpretar mejor la información de que disponía y sobre todo porque el Gobierno catalán (como después el vasco) estaba organizado según una pauta presidencialista y Lluís Companys, su Presidente, era hombre decidido, a diferencia de Azaña y Casares Quiroga. Sin embargo, el problema que se le planteaba era mucho más grave, puesto que así como en Madrid la entrega de armas al Frente Popular significaba compartir el poder con un partido mayoritario (el Socialista) y una sindical (la U.G.T.) que poseían una disciplina y una formación política, en Barcelona «armar al pueblo» equivalía a desencadenar una revolución de carácter anarcosindicalista: la Confederación Nacional del Trabajo, dominada por la Federación Anarquista Ibérica, era radicalmente revolucionaria.

Vencida la sublevación militar en Barcelona, con la importante participación de las fuerzas de orden público, surgió frente a la Generalidad, a modo de «segundo poder», el Comité de Milicias Antifascistas, dominado por la C.N.T.-F.A.I. Pero ese hubiera sido un mal menor: el fenómeno auténticamente grave fue la compartimentación del país en una serie de municipios gobernado cada uno por su propio Comité Local, hecho que se produjo en todo el territorio español pero en ningún otro lugar con tanta intensidad como en Cataluña. Durante unas semanas Cataluña fue prácticamente ingobernable, tanto más cuanto que los medios de que disponía la Generalidad eran limitadísimos y su plantilla de funcionarios muy reducida, en comparación con los del Gobierno central.

Estas realidades movieron a Companys a solicitar la colaboración de los elementos moderados de la C.N.T. para las labores de gobierno y el 26 de septiembre de 1936 se incorporaron a la Generalidad los cenetistas Joan P. Fàbregas (Economía), Josep J. Domènech (Abastecimientos), Antoni Garcia Birlan (Sanidad y Asistencia social) y el dirigente más destacado del Partido Obrero de Unificación Marxista, Andreu Nin (Justicia). Las colectivizaciones se llevaron a cabo de manera decidida; de hecho, en las empresas industriales y comerciales se siguió un criterio pragmático, de equilibrio, con autogestión obrera, que configura una experiencia de socialismo descentralizado «del cual el sistema catalán constituye el primer ejemplo histórico» (J. M. Bricall). Hubo, sin embargo, excesos de celo en la colectivización (pequeñas empresas, talleres artesanos, etc.) que no fueron bien recibidos por la opinión pública. Las colectivizaciones agrarias en Cataluña, Aragón y Valencia y en algunos pueblos de la Mancha y Andalucía se insertan igualmente en este tipo de socialismo descentralizado. Lo que originó gran malestar (tanto en Cataluña como en el resto de la zona republicana) no fueron las colectivizaciones, sino los desmanes de una serie de grupos que se atribuían misiones de vigilancia y policía en la retaguardia, la mayoría de ellos de la C.N.T.-F.A.I. Cierto que los dirigentes cenetistas, e incluso la F.A.I., reprobaron tales excesos, pero la repulsa fue siempre verbal.

Todo ello movió a la Generalidad y al partido que básicamente la sustentaba (la *Esquerra Republicana de Catalunya*) a aceptar el apoyo que le brindaba el *Partit Socialista Unificat de Catalunya* (P.S.U.C.), adherido a la III Internacional, el cual —formado pocos días después del comienzo de la guerra de la fusión de socialdemócratas, socialistas y comunistas catalanes— abrió sus puertas a las clases medias y a los campesinos, siguiendo una línea política de captación que le confirió una fuerza considerable. Ya con el apoyo del P.S.U.C., la Generalidad consintió en dar la batalla a aquellos sectores de la C.N.T. que sostenían a ese «segundo poder» tanto más escurridizo cuanto que era de difícil localización, pero que perturbaba el funcionamiento de la administración y, en definitiva, el esfuerzo de guerra.

El enfrentamiento entre el P.S.U.C. y la U.G.T., juntamente con la Generalidad, y la C.N.T. y el P.O.U.M., tuvo por escenario Barcelona y se produjo del 3 al 8 de mayo de 1937. No intervinieron fuerzas procedentes del frente, lo cual es, en difinitiva, una demostración de que se había logrado allí una cohesión de que carecía la retaguardia. Sí intervinieron —cuando ya el conflicto estaba resuelto y la C.N.T. más

que vencida, convencida— fuerzas de Asalto procedentes de Valencia y enviadas por el Gobierno central.

Los comunistas exigieron la disolución del P.O.U.M. y el procesamiento de sus dirigentes bajo la absurda acusación de traición y colusión con el enemigo, pero no se atrevieron a pedir un trato igual para la C.N.T. Largo Caballero se negó a aceptar esta imposición. Tras una serie de consultas fue encargado de formar gobierno (18 de mayo de 1937) Juan Negrín, el cual retuvo la cartera de Hacienda, con Prieto en un nuevo ministerio, el de Defensa, que englobaba los antiguos de Guerra y Marina y Aire; Giral en Asuntos Exteriores y Zugazagoitia en Gobernación. Uribe y Hernández siguieron en los mismos puestos.

Un mes más tarde (19 de junio de 1937), los nacionales entraban en Bilbao. Con ello terminaba la actuación del Gobierno vasco, iniciada oficialmente en octubre de 1936 bajo la presidencia de José Antonio de Aguirre (y de hecho, antes). El País Vasco fue el único territorio republicano en que la Iglesia fue respetada: el Partido Nacionalista Vasco, principal soporte del Gobierno, era mayoritariamente católico. Las medidas de tipo revolucionario fueron mínimas y a los grupos extremistas de la C.N.T. se les redujo rápidamente. Ocupados el País Vasco y la provincia de Santander, Asturias —gobernada por el Consejo Soberano de Asturias y León— prosiguió una lucha sin esperanza.



Soldados republicanos al ataque, famosa fotografía de Robert Capa. Las fuerzas republicanas más que atacar lo que hicieron fue contraatacar; Negrín, con su consigna de «Resistir es vencer», esperaba el previsible estallido de la Segunda Guerra Mundial.

Negrín con y sin Prieto

El tándem Negrín-Prieto aceptó sin entusiasmo la disolución del P.O.U.M. y suprimió *manu militari* el Consejo de Aragón (que había tenido sucesivamente su sede en Fraga y en Caspe). El Consejo fue un interesante ensayo anarquista de gobierno autónomo que llevó a cabo una serie de colectivizaciones en los pueblos aragoneses a él sometidos. Con estas dos medidas terminaba «el programa en que podían coincidir los comunistas y Prieto» (Seco Serrano) y, en consecuencia, quedaba abierta la puerta al conflicto.

Éste se produjo cuando Prieto quiso controlar el nombramiento de comisarios políticos que efectuaba Álvarez del Vayo desde su puesto de Comisario General del Ejército y que invariablemente recaía en comunistas. En junio se produjo el cañoneo de Almería por la flota alemana, en represalia por las bombas republicanas que habían alcanzado a un buque de guerra alemán fondeado en Palma de Mallorca. Prieto, que no creía que la República pudiese ganar la guerra, quiso aprovechar la ocasión para declarar la guerra a Alemania y ampliar el conflicto español a escala internacional; pero Moscú no deseaba una generalización de la guerra y los comunistas y filocomunistas vetaron la proposición de Prieto.

En noviembre de 1937 el Gobierno central se trasladó desde Valencia a Barcelona. En esta ciudad vivió, pues, las jornadas iniciales de la batalla de Teruel, que por un momento permitieron creer que el Ejército Popular se había convertido en una fuerza de auténtica eficacia militar, y la tremenda decepción que significó la victoriosa ofensiva nacional del frente de Aragón y el avance hacia el mar por el Maestrazgo (marzo-abril de 1938) que separó a Cataluña de la zona Centro-Sur.

Este desastre provocó la caída de Prieto, acusado de derrotista —y lo era, en efecto, pero desde antes de desempeñar la cartera de Defensa— por los comunistas. Aunque en aquellos momentos no era posible prescindir de los comunistas porque la España republicana sólo contaba con la ayuda de la Unión Soviética y tal medida hubiera significado, sin más, un colapso militar, Jesús Hernández, que había conducido el ataque contra Prieto, fue sustituido por un cenetista... y se le nombró Comisario General de los Ejércitos de la zona Centro-Sur. Negrín se hizo cargo de la Presidencia y de la cartera de Defensa; Álvarez del Vayo, completamente entregado al Partido Comunista, volvió a la de Estado. El nuevo Gobierno era expresión del triunfo de Negrín y de los comunistas sobre Prieto y los «caballeristas» por un lado, y por otro sobre la Generalidad y la C.N.T.

Pero fue ésta una victoria pírrica porque minó gravemente la unidad política en un momento en que el país acusaba ya francamente los reiterados reveses militares y las privaciones, que en las ciudades lindaban ya con el hambre. El Partido Comunista y el P.S.U.C. se concitaron entre los partidarios de la República no pocas antipatías por su estrechez de miras, por su partidismo en las promociones militares y de funcionarios y, en la adversa perspectiva de 1938, no lograron ninguna adhesión en la masa indiferente. Una sorda irritación cundía entre los mandos militares y la rebelión de Casado en Madrid (marzo de 1939) y, en parte, la de Cartagena, dan fe de ello.

En cuanto a Negrín, hombre de poderosa personalidad, enérgico y capaz, no fue un juguete en manos de los comunistas, que no podían aupar a una figura política de igual categoría. Con su «resistir es vencer», Negrín esperaba que la guerra civil española durara hasta el previsible estallido de la guerra europea. Y la guerra mundial estalló, en efecto; pero seis meses después de haber terminado la de España.

Edmon Vallès

La batalla de Teruel

La batalla de Teruel fue una consecuencia de dos necesidades del Gobierno republicano: desviar la ofensiva que preparaba el Mando nacional contra Madrid por Guadalajara, repitiendo la maniobra de marzo de 1937, y levantar la moral de la zona republicana, harto quebrantada por la caída del Norte. Fue la batalla de mayor envergadura que emprendió el Ejército Popular, y también la que demostró que no había alcanzado el suficiente grado de preparación y efectividad.

El 15 de diciembre de 1937, 40.000 hombres del Ejército Popular rompieron las defensas exteriores de la ciudad de Teruel, aislándola del resto del territorio nacionalista. El sitio duró 22 días, y el 7 de enero de 1938, los restos de la guarnición se rendían a los republicanos. En aquellos momentos, las avanzadas de los 80.000 soldados que habían acudido en socorro de la plaza, estaban a tres kilómetros escasos del centro de la ciudad. En la segunda fase de la batalla, ambos bandos acumularon cuantiosos medios, se dio la batalla del Alfambra, 50 km. al norte de Teruel, y el 22 de febrero, definitivamente, la ciudad era abandonada por los republicanos.

La batalla de Teruel fue uno de los episodios más significativos de la guerra de España. Marcó el momento en que el nuevo Ejército Popular había alcanzado madurez suficiente como para lanzar una ofensiva de envergadura y mantenerse en el terreno conquistado. Haría falta todo el peso del Ejército de Maniobra del general Franco y un amplio movimiento envolvente para que el frente regresara a su primitivo trazado.



Soldados republicanos marchando hacia el enemigo. Robert Capa —autor de esta foto— fue uno de los mejores reporteros gráficos de guerra de todos los tiempos.

Dos Ejércitos, frente a frente

El gran problema militar del Gobierno de la 2.ª República Española fue el de reconstituir unas fuerzas armadas de suficiente consistencia para poder afrontar al Ejército enemigo. En el extensísimo frente, de cerca de 1.800 kilómetros que se dibujó sobre la piel de toro a partir de julio de 1936, las fuerzas de uno y otro bando no estaban constituidas sino por reducidos grupos de voluntarios de las diversas milicias: anarcosindicalistas, trotskistas, socialistas y comunistas por un lado; requetés y falangistas por el otro, éstos ayudados por algunas tropas.

Se habían ocupado y fortificado los puntos dominantes del terreno, y faltos de medios o de reservas, las actividades se reducían a hostigamiento por el fuego y a golpes de mano. Mientras tanto, la *élite* del Ejército Nacionalista iba conquistando, de manera incontenible, el territorio enemigo. Esta fuerza se había formado alrededor de las guarniciones de África (la Legión y los Regulares marroquíes) y de los carlistas navarros. Había otras unidades muy fogueadas, como los castellanos de Sagardía, o las unidades gallegas que tan importante papel iban a desempeñar en Teruel. Además contaban con dos apoyos muy sólidos en la Legión Cóndor enviada por Hitler y en el controvertido C.T.V. *(Corpo di Truppe Volontarie)*, orgullo de Mussolini, que chocaría no pocas veces con la sensibilidad de los españoles. Pero la superioridad indiscutible del Ejército Nacionalista fue debida ante todo a que los 6.700 oficiales profesionales que había en 1936 se sumaron en bloque al pronunciamiento del 18 de julio. Apenas 200 combatirían, hasta el último momento, en el bando republicano. Por otro lado, las academias de oficiales provisionales funcionaron en la zona nacionalista a pleno ritmo, y 29.000 nuevos alféreces formaron los cuadros subalternos de un ejército que al final de la contienda sumaba más de 400.000 hombres.

Por el lado republicano, las primeras unidades que habían entrado en combate, aparte de escasas tropas fieles y de los guardias de asalto, eran las centurias de milicianos, constituidas por los diferentes sindicatos. Mucho se ha escrito sobre los milicianos; se les ha supuesto capaces de las acciones más generosas y de los crímenes más absurdos. Dos de ellos alcanzarían fama internacional: el que sería alcanzado por un balazo delante del objetivo fotográfico de Franz Capra, y el hombrecillo del traje azul descolorido que fue asesinado en la Vía Layetana delante de George Orwell (mayo de 1937). De ninguno de los dos se conoce el nombre: todo un símbolo.

De estas milicias había dos que en seguida destacarían como las más eficientes y alrededor de las cuales se crearía el Ejército Popular: el llamado 5.º Regimiento, y las Brigadas Internacionales. Ambas eran obra, o dependían, del Partido Comunista. La disciplina de partido y la ayuda de la U.R.S.S., de la que eran principales administradores, hizo de los comunistas los más eficaces defensores de la





«La columna», dibujo de Sim, de la serie «12 escenas de la guerra de España».

República burguesa. La gran contradicción del P.C.E. fue tener que enfrentarse con los socialistas y los anarquistas, que habían adoptado líneas revolucionarias mucho más radicales: se habían organizado en cooperativas, habían repartido y colectivizado las tierras y las fábricas, entre los campesinos y obreros y, en algunos puntos, habían llegado a suprimir el dinero. La escisión entre los grandes partidos, reflejada en hechos como los de mayo de 1937 en Barcelona, o los de marzo de 1939 en Madrid, sería fatal para el bando republicano.

El frente de Aragón en 1936-37

A lo largo de 1936 y hasta mediado el 1937, el frente de Aragón condensaba, en alguna manera, toda la problemática de la guerra de España. En un bando, una tropa reducida pero organizada, con un mando único, el general Ponte, radicado en Zaragoza, desde donde dirigía y coordinaba un frente de 400 ó 500 km. que iba desde el Pirineo hasta la Sierra de Albarracín. Sus tropas se mantenían a la defensiva en una serie de puntos fuertes, mientras una columna móvil (2 Tabores, 2 Banderas, un batallón de carros, 2 baterías de artillería y algo de Caballería, más elementos de la Guardia Civil, de Falange y del Requeté) recorría el frente, acudiendo a donde su presencia fuera necesaria.

En las posiciones republicanas la situación era radicalmente distinta. Las milicias iniciales habían llegado con el legendario Buenaventura Durruti, cuando éste, en nombre del Comité Antifascista de Barcelona, había intentado liberar Zaragoza, patria espiritual de la C.N.T. (anarquistas). Desde febrero de 1937, estas unidades habían sido integradas en el Ejército Popular, pero esta integración era más teórica que real. Los milicianos se negaban, por principio, a acatar la disciplina y la forma de ser de un ejército regular. Un testigo de excepción, George Orwell, alistado en la División Lenin (después 29.ª), del P.O.U.M., ha dejado el mejor relato sobre la situación en aquel «frente perezoso» (como le llamaría «El Socialista»). Los soldados llegaban sin instrucción, y, por supuesto, sin armamento; cuando una unidad era relevada, entregaban el suyo a los recién llegados. Tanto los fusiles como las municiones eran de bajísima calidad: armas viejas compradas a traficantes, o «experimentos» realizados en Cataluña por la industria controlada por los sindicatos. Apenas si existían ametralladoras y morteros, y el problema de municionamiento era trágico. Los únicos cartuchos de confianza, según Orwell, eran los de origen mexicano; lo mejor era apoderarse, en los combates, de la munición alemana de los nacionalistas.

El problema de armamento fue uno de los más difíciles que se planteó al Estado Mayor republicano. El Comité de No Intervención aisló al Gobierno de sus suministradores habituales, y sólo México y la U.R.S.S. prestaron pleno apoyo, la segunda más abundantemente, pero con fuertes condicionamientos políticos. Los servicios de recuperación del Ejército Nacional señalaron la presencia de 49 tipos diferentes de fusiles entre sus rivales: «... No se explica que un titulado ejército haya podido actuar con ese verdadero mosaico de armas y municiones» (coronel Barra, Revista «Ejército», junio 1940).

Hasta mayo de 1937, los voluntarios no escasearon. Obreros, extranjeros, muchachos, hombres maduros, y hasta algunas

mujeres, acudieron al sector de frente más matizado políticamente: Aragón. Había también chiquillos menores de quince años, bien huérfanos de guerra o alistados por sus padres a fin de cobrar las diez pesetas diarias que recibía cada combatiente, desde soldado a general, en las milicias.

Ambos bandos combatían con igual ardor. Un observador extranjero, probablemente el mayor general inglés J.C.F. Fuller, citado por Manuel Aznar, anotaba: «El recuerdo más extraordinario que guardo de la guerra de España es el del espectáculo increíble que daban los soldados de Franco tendidos sobre la nieve para no ofrecer blanco, calzados muchos de ellos con alpargatas, silenciosos, sin una protesta, sin una palabra airada, dispuestos a la más rigurosa obediencia (...). No sé si fuera de España se podrá repetir el caso.»

Por el contrario, entre los milicianos, las órdenes eran discutidas y comentadas y la camaradería entre oficiales y soldados era total. Se obedecía, pero por un sentimiento de responsabilidad que, según Orwell, en seguida se desarrollaba entre los voluntarios. Era el reino de la utopía: la igualdad entre los hombres. Pero faltaba la coordinación y, ante todo, el armamento, y todos los esfuerzos para ocupar Zaragoza, Huesca, etc., fracasaron, menos en el caso de Belchite, único triunfo de los milicianos en este sector (y que fue en parte debido a los comunistas).



Carros de combate republicanos ante la plaza de toros de Teruel.

¿Extremadura o Teruel?

Después de Belchite, el Ejército Popular, en cuyos mandos predominaban los comunistas, se hizo cargo prácticamente de todo el frente. En el otoño de 1937 la situación para la República era caótica. Había caído todo el frente Norte, y la moral de las tropas no podía ser más baja. Las mejores tropas de Franco quedaban disponibles para actuar contra Madrid. Se sabía que iban a repetir la maniobra de Guadalajara de marzo anterior, esta vez con más medios y mayores probabilidades de éxito. El nuevo Gobierno del Dr. Negrín trataba de adquirir prestigio ante propios y extraños, y había hecho sus primeras gestiones para abrir negociaciones que condujeran a una paz entre hermanos.

Precisaba pues de una acción ofensiva de importancia que mejorara su imagen, levantara la moral, y moviese al Gobierno de Burgos a aceptar las propuestas de paz. Tal fue el origen de la batalla de Teruel.

El plan fue elaborado por el general Vicente Rojo. Había dos opciones: Extremadura o Teruel. En Extremadura, la República era excepcionalmente fuerte. Los repartos de tierras de la reforma agraria y los planes de regadíos habían ganado para su causa al campesinado extremeño. Sin embargo, el ataque a Teruel presentaba muchas más ventajas tácticas y fue finalmente escogido. El frente formaba un entrante en territorio republicano, y la posibilidad de aislar la capital de la provincia invitaba a un ataque de este tipo.

El primero y no menor éxito del general Rojo fue concentrar, sin que lo notara el enemigo, casi 100.000 hombres en el teatro de operaciones: la mitad intervendrían en el ataque, y los demás cubrirían las alas y accesos, o servirían de reservas para la esperada reacción nacionalista. Las mejores unidades, los Cuerpos de Ejército XVIII, XX y XXII, formaban el Ejército de Maniobra, la gran esperanza del Dr. Negrín: seis divisiones, entre las que estaban la veterana 11.ª mandada por Enrique Líster. Con ellas colaborarían otras cuatro Divisiones del Ejército de Levante, sobre cuyo jefe, el teniente coronel Hernández Sarabia, recayó el mando de las operaciones. Era un militar profesional, antiguo ayudante militar del presidente Azaña, ministro de la Guerra bajo el gobierno de Giral; como tal había puesto objeciones al reparto de armas a los obreros, el 18 de julio de 1936, hasta que la materialización del levantamiento no le dejó otra alternativa.

Defendían Teruel unos 10.000 hombres, la mitad de ellos voluntarios civiles alistados en Falange, en Acción Popular y afines. Los republicanos habían ocupado desde el año anterior todo el perímetro de las altas sierras que rodean la ciudad: Palomera, Camarera, Carbonera, Albarracín, etc. Dentro quedaban una serie de alturas dominantes, amesetadas, denominadas «muelas» por los turolenses, en las que se habían establecido posiciones fortificadas, con trincheras y refugios, alambradas dobles, y planes de fuegos suficientemente estudiados.

Cómo se inició la batalla

Se suponía que la ofensiva hacia Madrid debería comenzar el día 18 de diciembre, por lo que la fecha del ataque quedó fijada para el 15. Efectivamente, a las 7,15 horas de ese día, sin ninguna preparación artillera previa, los hombres de Líster descendieron por las faldas del Muletón hacia el Sur, en dirección a San Blas, barrio turolense radicado a 6 ó 7 km. a retaguardia de la plaza. La 1.ª Brigada ocupó Cerro Gordo, la 100.ª Brigada, Concud, y la 9.ª, al mediodía, San Blas. La División 25.ª, formada por los anarquistas de Vivancos, se situaba a su retaguardia, y fortificaba la posición de Los Morrones, vital en los ataques del general Varela, diez días después.

Entretanto, desde el Sur, la 64.ª División progresaba en dirección a San Blas, en-



El general Aranda, jefe del Cuerpo de Ejército de Galicia, en su puesto de mando, mostrando a un grupo de periodistas el desarrollo de la batalla (fecha de la foto: 5 de enero de 1938).
Bajo estas líneas: **soldados republicanos ayudando a una inválida durante la evacuación de la población civil de Teruel.**



contrando fuerte resistencia en Campillo. La bolsa no se cerraría hasta el día siguiente. Las Divisiones 34.ª y 70.ª fueron las encargadas de avanzar hacia Teruel desde Villel y Rubiales. El XX Cuerpo de Ejército, que debería hacerlo desde Aldehuela y Puerto Escandón, no entraría en acción hasta el día 18.

La sorpresa fue total. El mando de la plaza no se enteró del ataque hasta que el autobús que cubría el servicio con Zaragoza se vio obligado a regresar, precipitadamente, apenas salió de las últimas casas de la ciudad. El 18 de diciembre cayó la Muela de Teruel, clave de la defensa de la ciudad. Este día el coronel Rey d'Harcout ordenó a las guarniciones que aún resistían el repliegue hacia el centro. El 20 de diciembre sólo se mantenían algunas alturas al norte de la ciudad, precisamente donde estaba situado el frente anterior. Ese día los republicanos tomaron el Mansueto (1.156) y seguidamente el cerro de Santa Bárbara (1.032). A partir de entonces, los combates en el interior revestirían las mismas características que los librados en la Ciudad Universitaria de Madrid, o en Belchite, o incluso en el Alcázar de Toledo. Se ha afirmado que Negrín, deseoso de humanizar la guerra, o quizá de pactar con el enemigo, dio orden de limitar los bombardeos y las voladuras al mínimo. Efectivamente, la rendición de los sitiados, el día 7 de enero, fue por consumición y agotamiento total.

Entretanto, en el perímetro exterior, desde el día 16 no cesaban de afluir refuerzos. Los primeros en acudir fueron las tropas de Aranda, las 4 divisiones del inesperado Ejército de Galicia, «los soldaditos del cangrejo», distintivo adoptado desde los combates en Asturias el verano anterior. Estas unidades se encontraban descansando en la zona Calatayud-Daroca. Su aproximación a Teruel se vio dificultada tanto por las primeras nevadas, caídas en Monreal el 17, como por el hostigamiento de las posiciones republicanas de Sierra Palomera. Al entrar en combate lo hicieron por la parte más fuerte del dispositivo enemigo. Las tropas de Líster los barrieron desde las alturas de Las Celadas, del Muletón y de Cerro Gordo. Al amparo de las crestas, la artillería republicana batía continuamente la carretera.

A la derecha del general Aranda, entró en combate el Cuerpo de Ejército de Castilla que mandaba el general Varela. Estas tropas estaban siendo preparadas para constituir el primer escalón en la pretendida 2.ª batalla de Guadalajara. Eran cuatro divisiones muy fuertes, alguna de ellas como la 1.ª de Navarra, verdadera *élite* del Ejército de Franco. Se ha asegurado que para el día 23 de diciembre, el Generalísimo había desistido de dar la batalla en Madrid y decidido trasladar el centro de gravedad de la guerra al teatro de operaciones de Aragón. Esta decisión ha sido objeto de polémicas. Para los italianos como Ciano, deseoso de tener las manos libres lo antes posible, fue un error. Otros estimaron que la ofensiva general de Aragón, que dividió en dos la España republicana, produciría tal desmoralización que la guerra podía darse por terminada, sin las costosas bajas que entrañaría el ataque sobre la capital.

En cualquier caso, a partir del día 25 de diciembre, en el perímetro exterior de Teruel había ocho divisiones nacionalistas, reforzadas con toda la artillería legionaria

(italianos) y la aviación de la Legión Cóndor. A partir de este momento los combates se hicieron cada vez más enconados. Los republicanos habían aprendido de sus derrotas y esta vez se aferraron al terreno mejor que nunca: habían cavado trincheras y refugios, tendido alambradas y los fuegos de sus ametralladoras cubrían todos los accesos. Además contaban con un aliado natural: el frío. Las temperaturas bajaban por momentos, las noches se hicieron tan heladas que los soldados se amontonaban para dormir, unos junto a otros, en busca del calor común. Los marroquíes eran los que más acusaban la falta de ropa del Ejército Nacionalista (todas las fábricas textiles estaban en zona republicana). El día 25, la División 84, la primera que había entrado en combate, reportaba 3.145 bajas, esto es, un tercio de sus efectivos, la mayor parte a causa de heladuras.

Entretanto, el coronel Rey d'Harcourt había ordenado el repliegue de sus fuerzas a los tres edificios más sólidos de Teruel: el Seminario, el Banco de España y la Comandancia Militar. En los sótanos permanecieron hacinados centenares de hombres, mujeres y niños, muchos de ellos enfermos, durante los restantes días del asedio.



Las tropas nacionales entran en Teruel. Las «batallas» por Teruel duraron casi setenta días y terminaron con la más brillante operación militar de toda la guerra: la batalla del Alfambra, que causó el derrumbamiento de todo el frente republicano en el sector de Teruel.

Ruptura de las defensas republicanas

Hasta el 29 de diciembre no logró el general Varela romper las defensas republicanas. La posición de Campillo quedó cercada, y al día siguiente los legionarios y los requetés tomaron Los Morrones y La Pedriza.

El día 31 de diciembre fue el momento de crisis de la batalla de Teruel. Mientras el frente al norte de San Blas había resistido los ataques de Aranda, por el sur las tropas del Cuerpo de Ejército de Castilla ocupaban La Muela y la cota 1.076, y se disponían a descender hacia Teruel. Los defensores del Seminario enlazaban ya a voces con las tropas de socorro. En el sur del dispositivo de Varela, la cota 1.076 cambió cuatro veces de manos. Había soldados que no habían comido caliente desde la cena del día 25. En el Tercio de Montejurra, un batallón había quedado reducido a un quinto de sus efectivos. La aviación no podía actuar por causa del mal tiempo. En vista de todo lo cual, Varela decidió no perder el enlace lateral con el general Aranda y pospuso para el día siguiente la entrada en Teruel.

Lo verdaderamente notable fue que en aquellos momentos, en uno de sus repentinos movimientos de terror colectivo, los republicanos habían dejado desguarnecida la ciudad. Cinco horas estuvieron abandonadas las posiciones, al cabo de las cuales, todo el peso de la autoridad de Líster, Rojo, Hernández Sarabia, etc., hizo regresar a los combatientes a sus puestos.

Los nacionalistas habían perdido su última oportunidad de liberar a los sitiados: entre las cuatro y cinco de la tarde, en el momento de oscurecer, comenzó a caer la más célebre de las nevadas de Teruel y de toda la guerra civil: dos días estuvo nevando. Toda actividad quedó reducida a pequeños golpes de mano, y a asegurar el suministro desde la retaguardia. Las tropas del V Cuerpo de Ejército republicano, que mandaba el más célebre de sus generales, Juan Modesto, entraron de refuerzo en combate, ocupando la parte oriental de La Muela. Con ello toda posibilidad de auxiliar a Rey d'Harcourt quedaba eliminada. El día 7 los sitiados capitulaban, y aunque se ha creído ver desidia, incluso traición, realmente la situación en que estaban abocados tras más de veinte días de aislamiento era insostenible. Alrededor de 300 soldados y civiles lograron escabullirse y llegar a las trincheras nacionalistas.

La batalla del Alfambra

La última parte de la batalla de Teruel fue en realidad la batalla del Alfambra, una de las más felices realizaciones del Ejército de Franco. Las operaciones se reanudaron el 17 de enero. En esta segunda fase, el peso de los combates, y los mayores éxitos, recayeron sobre los hombres de Aranda, aquellos que el mes anterior habían sido parados por la 11.ª División de Líster. El Cuerpo de Ejército de Galicia logró en la segunda quincena de enero ocupar las posiciones republicanas del norte de la ciudad: Las Pedrizas, Santa Bárbara, Muletón, Celadas, etc., con lo que el valle del río Alfambra quedó a su alcance. Pero la maniobra decisiva tendría lugar 50 km. al norte, con la penetración por este río del Cuerpo de Ejército Marroquí del general Yagüe, con la División de Caballería de Monasterio, que envolvieron toda la línea defensiva republicana en Sierra Palomera. 14.500 prisioneros quedarían en poder de Yagüe.

Rebasado por su ala norte, todo el Ejército Popular basculó. El día 22 de febrero, casi setenta días después de iniciarse los combates, las últimas tropas republicanas, que mandaba Valentín González, «el Campesino», abandonaron Teruel. La línea defensiva nueva, a escasos kilómetros al sur de la ciudad, permanecería inalterada hasta el final de la guerra.

Santiago Perinat

La ofensiva de Aragón

La ofensiva de Aragón, que tuvo su continuación en la de Levante, hasta lograr dividir en dos la zona republicana e iniciar la marcha sobre Valencia, fue la más brillante operación del Ejército Nacional y también la decisiva. En definitiva, la guerra se decidió en Aragón, un frente que el Mando republicano había considerado más bien secundario.

El general Yagüe Blanco, jefe del Cuerpo de Ejército Marroquí, integrado por cuatro divisiones, que tuvieron una actuación muy destacada durante la ofensiva de Aragón.



A primeros de marzo de 1938 la situación militar era claramente amenazadora para las fuerzas gubernamentales. La batalla de Teruel había finalizado sin que se produjera una decisión definitiva; ambos ejércitos conservaban las espadas en alto y se disponían a un enfrentamiento decisivo.

Franco cambia su plan anterior de insistir en la conquista de Madrid y ordena a sus tropas que desplieguen a lo largo del frente de Aragón; desde la frontera francesa a los Montes Universales lo hacen seis cuerpos de ejército y una agrupación independiente con un total de veinticinco divisiones, de ellas ocho al norte del Ebro y tres frente a Teruel; las restantes catorce divisiones encuadradas en los cuerpos de ejército marroquíes, *Corpo di Truppe Volontarie*, Cuerpo de Ejército de Galicia y en la Agrupación de Enlace del General García Valiño se disponen a romper el frente enemigo y llevarlo hasta el Mediterráneo con la intención de dividir en dos el territorio gubernamental.

Vicente Rojo, que había informado al Gobierno que este acontecimiento, de producirse, sellaría la suerte de la guerra, se dispone a hacer frente a la amenaza pero con reservas, pues teme que la acción principal del enemigo vuelva a dirigirse hacia Madrid o que aun cuando su objetivo sea efectivamente el mar, pueda intentar alcanzarlo bien apoyando su flanco en el Ebro, por el norte o el sur del río, o bien avanzando desde Teruel hacia Sagunto. Por ello su despliegue contempla todas las posibilidades y mantiene cuantiosas fuerzas en disposición de acudir rápidamente a cualquiera de los sectores amenazados.

Las tropas que se enfrentan a las de Franco son muy similares a las acumuladas por éste. El frente lo cubren los ejércitos del Este, de la frontera a Vivel del Río; de Maniobra, desde aquí a Valdecebro y por último el de Levante en torno a Teruel. En reserva inmediata las fuerzas de los Cuerpos de Ejército V y XXII. En conjunto 22 divisiones, de las que cuatro están al norte del río, otras tantas en el frente de Teruel, siete frente al sector amenazado y otras siete en reserva inmediata; de éstas, cinco se mantienen entre Valencia y Teruel en disposición de intervenir en cualquier sector y dos se sitúan en reserva inmediata al sur del Ebro. En reserva lejana, cuatro divisiones más a las que pronto se unirían las de los diferentes ejércitos de operaciones.

En vísperas de la iniciación de la ofensiva nacionalista la amenaza se concreta en el sector de Belchite, que es reforzado con la 35.ª División Internacional e importante artillería.

La esperada ofensiva nacional se inicia el 9 de marzo y es objeto de ataque todo el frente al sur del río hasta Pancrudo. El frente agredido lo cubren los Cuerpos de Ejército XII (coronel Sánchez Plaza) y XXI (mayor Peres), dependientes respectivamente de los Ejércitos del Este y Maniobra; aquél con las Divisiones 44.ª, 24.ª y 30.ª y éste con las Divisiones 34.ª, 70.ª, 27.ª y 19.ª El XII Cuerpo de Ejército apenas resiste el formidable envite que ha sido apoyado por 65 baterías y sus tropas, especialmente las de las 24.ª División, huyen a la desbandada. Por la brecha se lanzan las tropas de Yagüe que provocan el hundimiento de todo el frente; en tres jornadas el XII Cuerpo de Ejército, totalmente dislocado, deja prácticamente de existir mientras, a su izquierda, el XXI defiende el terreno con tenacidad.

El día 11 de marzo el mando del Ejército Popular decide constituir un nuevo frente en la línea del río Martín y encarga de esa misión al XVIII Cuerpo de Ejército (coronel Fernández Heredia), quien constituye tres agrupaciones con sus tropas, la 35.ª División Internacional, los restos del XII Cuerpo de Ejército y los refuerzos procedentes del norte del río; pero el día 12 el nuevo dispositivo defensivo salta hecho pedazos y las tropas de Yagüe y Berti persiguen a su enemigo sin darle tiempo a reponerse. La División 44.ª y los restos de la 24.ª, en peligro de ver cortadas sus comunicaciones, pasan el río hacia el norte, en tanto las fuerzas de Walter y Quijano se retiran hacia Alcañiz y Caspe; para defender esta histórica ciudad se constituye una nueva agrupación al mando del teniente coronel Reyes en la que figuran ya tropas de la reserva general procedentes de Andalucía.

Ante la violencia del empuje nacionalista los republicanos ceden el campo en desorden y las tropas de Franco llegan al curso bajo del Guadalope después de ocupar Alcañiz y Caspe entre los días 14 y 17.

Al resguardo del río, Vicente Rojo trata de constituir una nueva línea de detención en fortificaciones preparadas de antemano y que, desde el día 11, van ocupando las tropas de los Cuerpos de Ejército V y XXII, que constituían la reserva y que sueldan su frente con el del XXI Cuerpo de Ejército, que se retira en orden a medida que su flanco derecho queda descubierto por las derrotadas tropas del Ejército del Este.

Las fuerzas de Modesto e Ibarrola logran detener momentáneamente a los victoriosos franquistas que han obligado a repasar el Ebro a la Agrupación Reyes. Los restos de ésta y las tropas del XII Cuerpo de Ejército que anteriormente habían pasado a la orilla izquierda del Ebro constituyen una nueva agrupación que se llamó Autónoma del Ebro, cuya misión es defender el nuevo frente creado a lo largo del curso de éste; la manda el teniente coronel de Carabineros Martín Barco.

El avance nacionalista al sur del río había dejado el frente Norte notablemente retrasado y entonces Franco se lanza a una gigantesca rectificación de sus líneas ordenando el avance de sus Cuerpos de Ejército de Navarra y Aragón, que se ponen en movimiento el día 22; al día siguiente Yagüe marcha a su encuentro, atraviesa el Ebro por Gelsa y derrota totalmente a la Agrupación Martín Barco, que se retira precipitadamente, en tanto las tropas navarras hacen saltar el frente de Huesca, con lo que la desbandada de las fuerzas gubernamentales adquiere caracteres de desastre.

El XI Cuerpo de Ejército se repliega hacía Cataluña y el X hacía el Pirineo por los altos valles de los ríos Cinca, Ésera y los dos Nogueras. El frente queda totalmente roto y las tropas del general Pozas, totalmente dispersas, dejan prácticamente de existir como fuerza organizada.

Ante el desastre, el Gobierno moviliza todas sus reservas en un desesperado intento de cerrar el paso al enemigo. Hacia Lérida se encaminan las Divisiones 16.ª y 46.ª procedentes de Madrid y la 27.ª de Levante; a la zona de los embalses que alimentan con su fuerza la industria catalana las Divisiones 34.ª y 66.ª y varias brigadas y al sur del Ebro las tropas de Modesto, que ya se habían reforzado con la 45.ª División Internacional y la 3.ª, se ven apoyadas por un nuevo Cuerpo de Ejército de Maniobra constituido por Brigadas procedentes de otros ejércitos que se integran en las Divisiones Andalucía, Extremadura y Levante.

Con fuerzas de refresco tan cuantiosas, el mando gubernamental se lanza a un gran esfuerzo de reorganización. El coronel Menéndez, jefe del Ejército de Manio-

1



2



1 **Bombarderos «Junkers» de la Legión Cóndor regresando de una misión durante las operaciones de Teruel. Inmediatamente después contribuirían a la ruptura del frente de Aragón y a la explotación del éxito.**
2 **El Generalísimo Franco durante la ofensiva de Aragón en el coche oficina que utilizaba en su Cuartel General («Terminus»).**



Soldados nacionales repartiendo pan a la población civil, en Caspe.

bra, se hace cargo de todo frente al sur del Ebro, con lo que quedan a sus órdenes los Cuerpos de Ejército V y XXII, el nuevo de Maniobra y el XXI; el XIII había regresado al seno del Ejército de Levante; su misión es la de cerrar el paso hacia el Mediterráneo a las tropas nacionalistas. Al norte del Ebro el frente queda a cargo del Ejército del Este, que se rehace enteramente en sus mandos y sus tropas. El general Pozas cede el mando a Perea, que prescinde casi totalmente de las viejas unidades desarticuladas y organiza sus tropas en dos agrupaciones —Norte y Sur—, cada una de ellas con dos cuerpos de ejército. La Agrupación Norte sustituye al X, que ha quedado descolgado con sus tropas en los altos valles pirenaicos, con uno nuevo que se llamó H y se completa con el XI en retirada; la Agrupación Sur se constituye con un recién nacido cuerpo de ejército que se llamó «de Lérida», integrado por las fuerzas que han acudido a defender la ciudad y la Agrupación Autónoma del Ebro. Ambas unidades se reorganizaron como Cuerpos de Ejército A y B, desapareciendo sus denominaciones anteriores. Reciben el cometido de defender Cataluña y primordialmente mantener las vitales comunicaciones con Francia.

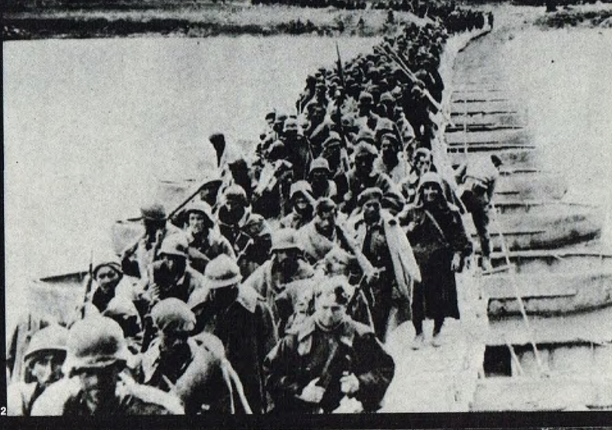
La nueva estructura defensiva es puesta a prueba muy pronto. Al norte del Ebro las tropas navarras consuman la destrucción del X Cuerpo de Ejército, cuyas tropas se refugian en Francia, salvo la 43.ª División, que queda aislada en el alto Cinca, en tanto las de Aragón y Marroquíes confluyen en Lérida después de que éstas últimas hicieran saltar con facilidad la fuerte línea fortificada de Fraga en el curso inferior del Cinca. El día 4 de abril tropas de Yagüe ocupan Lérida y simultáneamente otras aragoneses y navarras se apoderan de los vitales centros productores de energía hidroeléctrica de Camarasa, Tremp y Sort y persiguen hacia el norte a las tropas en retirada a lo largo de la carretera que sigue el curso del Noguera Pallaresa. La entrada en liza de las unidades de refresco endurece la defensa y frena la velocidad de progresión nacionalista; pero, sin embargo, después de la derrota de la Agrupación Autónoma del Ebro en Fraga, del Cuerpo de Ejército de Lérida en los accesos a esta capital, de la dispersión del X Cuerpo de Ejército y del paso del Segre por Balaguer, donde fuerzas aragonesas establecen una sólida cabeza de puente, el camino de Barcelona parece abierto a las vanguardias de Franco, que han destruido al Ejército del Este. El desastre parecía inminente e inevitable.

Para que la derrota adquiera caracteres más completos al sur del Ebro las cosas empiezan también a ir mal al Ejército de Maniobra. El paso de las tropas de Yagüe a la otra orilla del río determina un cambio en el despliegue de las fuerzas de Franco. La Agrupación García Valiño ocupa el flanco izquierdo del dispositivo de ataque y su acción reiterada provoca la ruptura de la línea del Guadalope (29 de marzo) en el sector defendido por las Divisiones Internacionales, el repliegue de éstas arrastra el de las fuerzas de Líster y Tagüeña que frenaban a los italianos y Modesto organiza una nueva línea defensiva a cubierto de los fosos de los ríos Matarraña y Algars, que a su vez es rebasada por Valiño en una audaz maniobra de infiltración (1 de abril) que sitúa a sus soldados a las puertas de Gandesa después de haber desbordado las posiciones de las Divisiones Internacionales que quedaron prácticamente destruidas. Esto sucedería entre los días 1 y 4 de abril, al mismo tiempo que Yagüe superaba la defensa de Lérida, y mientras Aranda alcanzaba el corazón del Maestrazgo en cuya capital, Morella, entraba el día 4.

Estos acontecimientos tuvieron enormes repercusiones políticas. El Comisariado solicita la adopción de medidas heroicas; el Estado Mayor Central, en su análisis de la situación, estima que no hay más alternativa que aceptar la derrota o resistir hasta el fin y recomienda seguir en la brecha hasta el último momento. Sindicales y partidos políticos tratan de crear un ambiente popular que recuerde el de Madrid en noviembre del 36 y todos presionan al Gobierno para que tome determinaciones drásticas. Prieto, acusado de derrotista, se ve forzado a abandonar el Ministerio de Defensa Nacional y le sustituye el propio Dr. Negrín, que preside un nuevo Gobierno de concentración en el que otra vez están representadas las Centrales Sindicales. La C.N.T. vuelve a participar en las tareas de Gobierno y todos cierran filas. Pero las cosas habían cambiado, el descontento era profundo y alimentaba rencores que más tarde aflorarían a la superficie.

En tan dramática situación una importante decisión de Franco produce una respiro de alivio al derrotado y disperso Ejército del Este, que había perdido, según el propio Estado Mayor, 76.000 hombres y que se encontraba inerme a pesar de los cuantiosos refuerzos que recibió y que ya sumaban seis divisiones y veintiuna brigadas. La orden de Franco es la de detenerse en la línea del Segre y el Noguera Pallaresa y atacar por el Maestrazgo para







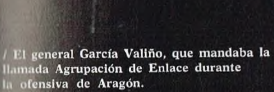
1 El general García Valiño, que mandaba la llamada Agrupación de Enlace durante la ofensiva de Aragón.

2 Tropas del Cuerpo de Ejército Marroquí cruzando el Ebro por un puente tendido en las proximidades de Quinto (ofensiva de Aragón).

3 Cadáveres de combatientes republicanos en una acera de la Rambla de Aragón, en Lérida (foto tomada el 4 de abril de 1938).

4 Las tropas nacionales desfilando por las calles de Vinaroz.

5 Soldados de la 43.ª División republicana, que quedó aislada en la zona pirenaica de Bielsa, durante la ofensiva de Aragón, retirándose hacia territorio francés.









La plaza principal de la villa de Bielsa después de los violentos combates de que fue escenario en marzo de 1938.

alcanzar el mar por la desembocadura del Ebro con el flanco izquierdo apoyado en el río. Yagüe acepta la orden superior. Los restos del Ejército del Este aprovechaban la tregua para preparar la defensa en Cataluña, sobre cinco líneas fortificadas que cubrían en profundidad todos los accesos a Barcelona y la frontera francesa.

Al sur del río, el Ejército de Maniobra, aunque muy quebrantado, no había sido aún derrotado, salvo en alguna de sus fracciones, las Divisiones Internacionales, cuyos restos se unieron a las tropas que recuperaba Sánchez Plaza a la otra orilla del Ebro y con las que éste constituye una línea defensiva a lo largo del río desde su confluencia con el Segre hasta la altura de Cherta. A la otra orilla el V Cuerpo de Ejército cierra el paso hacia la costa a las fuerzas motorizadas del C.T.V. en las estrechas gargantas de Cherta y Pauls con una agrupación mandada por Líster, en tanto otra de montaña, que tiene por jefe a Tagüeña, defiende el fragoso escenario de los puertos de Beceite. El empuje nacionalista se ve de nuevo frenado y las tropas del *Corpo di Truppe Volontarie* reciben un fuerte castigo, lo que obliga al Mando nacional a modificar su maniobra haciendo recaer el esfuerzo principal en las tropas del general Aranda, hasta entonces guardaflanco del C.T.V. El Cuerpo de Ejército de Galicia, que se ve eficazmente apoyado por la Agrupación Valiño, rompe el frente del XXI Cuerpo de Ejército y prosigue su avance por la carretera de Morella a Vinaroz, mientras los navarros envuelven los macizos montañeses en que se apoyan las tropas de Tagüeña. La maniobra tiene éxito y el día 15 de abril los soldados de la 4.ª División de Navarra llegan al mar por Vinaroz, en tanto los de la 1.ª División lo alcanzan pocos kilómetros al norte. La zona gubernamental había quedado dividida en dos, al igual que sus ejércitos.

Previamente y ante lo que juzgaba inevitable, el Mando gubernamental, que temía, con fundamento, que sus enemigos persiguieran a sus batidas tropas hasta la frontera francesa, dispuso el paso hacia el norte de una fracción importante de sus tropas, y cuando se produjo el corte, quedaron de ese lado las fuerzas de Modesto, integradas en las Agrupaciones de Líster y Tagüeña, de las que fueron base sus respectivas Divisiones 11.ª y 3.ª, reforzadas con tropas de otras brigadas levantinas y andaluzas. Con todas ellas se organizó una nueva gran unidad que se denominó Agrupación Autónoma del Ebro, como la que dio origen al Cuerpo de Ejército «B», y que constaba de dos Cuerpos de Ejército, el V, formado por las tropas de la Agrupación Líster, y el XV, en que se integraron las de Tagüeña y las Internacionales. Estas tropas, muy quebrantadas, repasaron el río y las de Líster se encargaron de proteger la retirada del conjunto. El día 19 los últimos soldados de éste atravesaban el río, perseguidos por las tropas de Valiño y los italianos, que no pudieron coparlos. La batalla de Aragón había terminado.

El balance final no podía ser más desconsolador para el Gobierno; el acontecimiento que Vicente Rojo había juzgado como determinante de la suerte de la guerra se había producido. El Ejército del Este se encontraba disperso, y el de Maniobra, que había resistido bien hasta el fin, dividido y maltrecho; al norte quedaban las fuerzas de Líster y Tagüeña, al mando de Modesto; al sur las de Ibarrola y Cristóbal, al de Menéndez; unas y otras abatidas, dislocadas y atomizadas hasta tal punto que era difícil clasificar las unidades que habían quedado de uno u otro lado, pues prácticamente todas dejaron fracciones de sus hombres a ambos costados.

El esfuerzo gubernamental para frenar al adversario había sido fabuloso y la batalla fue alimentada por dos cuerpos de ejército, diez divisiones y cuarenta y tres brigadas, que sucesivamente reforzaron a las tropas en línea prácticamente destruidas. Los movimientos y traslados afectaron a más de 100.000 hombres que reemplazaron a otros tantos perdidos para la lucha, y la aviación nacionalista, que señoreó los cielos durante la lucha, no fue nunca lo suficientemente fuerte para impedirlos, ni aún para afectarlos seriamente. Sin embargo, a mediados de abril el fin de la guerra parecía próximo. Cataluña quedaba defendida por fuerzas teóricamente numerosas y potentes; el Ejército del Este con los Cuerpos de Ejército X, XI, XVIII y XII, la Agrupación Autónoma del Ebro con los Cuerpos de Ejército V y XV, constituían una potente masa de maniobra que había salvado 96 baterías y que se fortalecía por días. Pero sus fracciones, donde eran mayoría los elementos recuperados, carecían de cohesión y atravesaban una grave crisis moral, con sus órganos de mando, enlace y servicio desarticulados.

Para proceder a su reorganización se refugiaron a la defensiva tras los fosos naturales de los ríos Segre y Ebro.

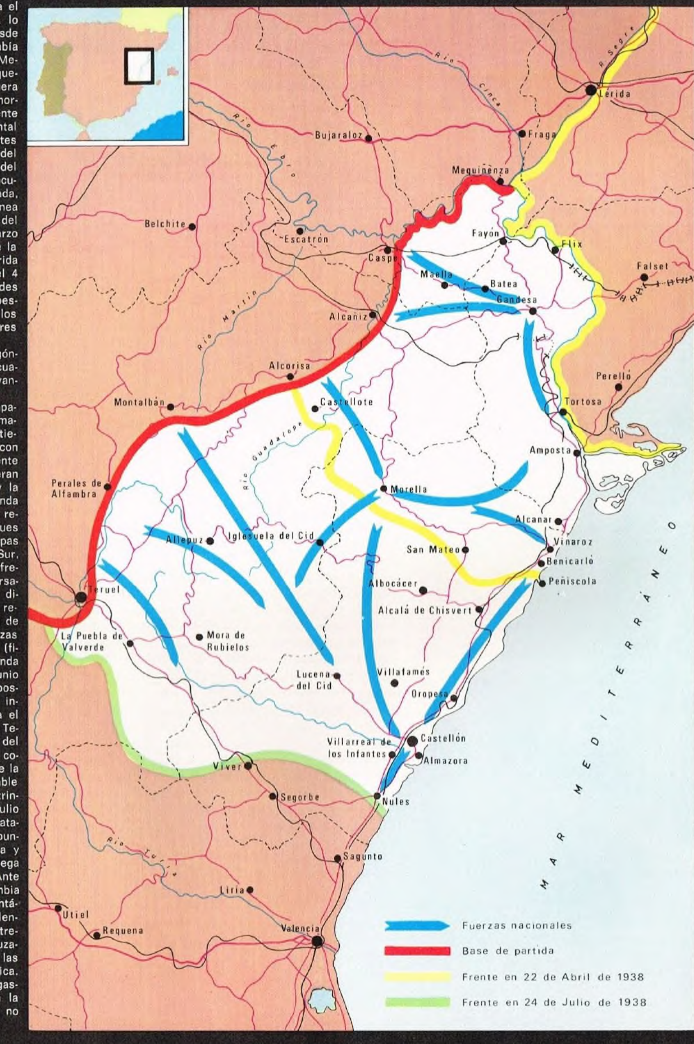
Ramón Salas Larrazábal

La batalla de Levante

La ofensiva de Aragón, iniciada el 9 de marzo por 26 divisiones a lo largo de un frente extendido desde la frontera francesa a Teruel, había llevado a las tropas de Franco al Mediterráneo el 15 de abril y, por aquellos mismos días, a la línea Noguera Pallaresa-Segre-Ebro en el sector nordeste del frente, con la consiguiente división de la zona gubernamental en dos subzonas. Etapas importantes de la ofensiva fueron la ruptura del dispositivo defensivo republicano del río Martín, el 12 de marzo; la ocupación de Caspe, el 17; la llegada, por estas mismas fechas, a la línea Ebro-Guadalope; la nueva ruptura del frente republicano el 22 de marzo —principio de la segunda fase de la ofensiva—; la ocupación de Lérida y Morella, conquistadas ambas el 4 de abril, y el dominio de las grandes centrales hidroeléctricas del noroeste de Cataluña, alcanzado por los nacionales en el curso de los tres días siguientes.

Finalizada la ofensiva de Aragón-Levante el 19 de abril, empezó cuatro días después la batalla de Levante propiamente dicha.

La primera fase de esta campaña la constituye una amplia maniobra de los nacionales en tierras del Maestrazgo, que enlaza con la ofensiva de Levante propiamente dicha; los objetivos de ésta eran Castellón de la Plana, Sagunto y la ciudad de Valencia. En esta segunda fase, la ofensiva chocó con una resistencia cada vez más fuerte, pues el Mando republicano trajo tropas de refresco del Centro y del Sur, que fueron taponando brechas y frenando las acometidas del adversario. Fracasados los ataques de diversión efectuados por las tropas republicanas de Cataluña, en curso de reorganización, contra las cabezas de puente nacionales del Segre (finales de mayo), el general Aranda entró en Castellón el 14 de junio tras dura resistencia y avanzó posteriormente hasta Nules. En el interior, el frente va girando hacia el Sur apoyándose en el perno de Teruel; un mes después, el trazado del frente, en su mitad occidental, correspondía aproximadamente al de la carretera Teruel-Sagunto. Es notable la resistencia ofrecida por los atrincheramientos de Viver. El 25 de julio las fuerzas republicanas de Cataluña cruzan el Ebro por varios puntos entre Mequinenza y Amposta y consolidan una bran bolsa que llega hasta las afueras de Gandesa. Ante esta nueva situación, Franco cambia su plan y, abandonando momentáneamente la conquista de Valencia, decide no dar la menor tregua a las fuerzas que han cruzado el Ebro y que son, de hecho, las mejores del Ejército de la República. Con ello inicia la batalla de desgaste que exige toda guerra y sin la cual las conquistas territoriales no siempre resultan decisivas.



La guerra naval en el conflicto español

Al iniciarse la guerra civil, la República se quedó con barcos pero sin oficiales; el bando nacional, con oficiales pero con pocos barcos. El balance final demostró sin el menor asomo de dudas que es preferible esto a aquello: la flota republicana fue casi inexistente; la nacional, muy activa.

El almirante Juan Cervera, jefe del Estado Mayor de la Escuadra nacional. *En la foto inferior:* **«Marineros», por Sim.**





A las pocas semanas de iniciarse el Alzamiento del 18 de julio de 1936 y quedar más o menos estabilizados los primeros frentes de combate en la Península, ambos contendientes pudieron comprender que la guerra recién comenzada iba a ser larga.

Tanto las fuerzas nacionalistas como las republicanas precisaban contar con el «dominio del mar» para poder afrontar la lucha con garantías de éxito; pero de manera especial esta condición resultaba imprescindible para las primeras toda vez que la división del suelo patrio en la segunda quincena de julio inicialmente había proporcionado a la República la posesión de las regiones de mayor riqueza y capacidad industrial: Asturias, Vizcaya, Guipúzcoa, Santander, Cataluña, Valencia, Murcia, parte de la Andalucía oriental y Extremadura, así como buena parte de Castilla con Madrid y el oro del Banco de España. La zona nacional solamente contaba en aquellos primeros días con: Galicia, León, parte de Castilla, Álava y Navarra; y en el Sur: Sevilla y Cádiz. Los nacionalistas contaban también con Marruecos —donde se encontraba la fuerza principal del Ejército—, Baleares (excepto la isla de Menorca) y Canarias.

En 1936, España ocupaba el quinto lugar entre las potencias navales europeas. En orden al material, disponía de una flota compuesta por dos acorazados («Jaime I» y «España»), cinco cruceros ligeros («Libertad», «Cervantes», «Almirante Cervera», «Méndez Núñez» y «República»), doce modernos destructores, doce submarinos y una pléyade de cañoneros y buques auxiliares. Además, se hallaban en plena construcción o terminación a flote los siguientes buques: cruceros pesados «Canarias» y «Baleares», en El Ferrol, y cinco nuevos destructores, en Cartagena. La Marina contaba con una fuerza aérea —la Aeronáutica Naval— integrada por más de un centenar de aviones repartidos entre las bases aeronavales de San Javier (Murcia), Barcelona, Mahón y Marín (Pontevedra).

La «politización» de la Marina

Desde 1917, la Marina española acusaba un proceso de «politización comunista» entre las clases subalternas y la marinería; proceso al cual no eran ajenos, de forma indirecta y hasta diremos que inconsciente, buena parte de los cuadros de oficiales del Cuerpo General. En efecto, en aquellos tiempos el Cuerpo General de la Armada constituía —todo lo contrario de ahora— una especie de clan cerrado, reservado casi exclusivamente a las familias nobles y acaudaladas. Sin dudar de la mejor buena fe y patriotismo de aquellos mandos navales —dieron sobradas pruebas de ello—, es cierto también que los subalternos, y de manera especial los suboficiales y cabos, veían cortadas sus aspiraciones a unas mejoras sociales y profesionales dentro de la corporación, y todo ello, naturalmente, engendró no pocos odios y ansias reivindicatorias. Algunos gobiernos de la Dictadura y de la República transigieron en ciertas demandas que, lejos de solventar el problema, lo agravaron más aún, y con ello se fue minando la disciplina de la Armada. La propia República tuvo que tomar severas medidas en el asunto, y en 1932 se vio precisada a expulsar a unos 500 cabos y marineros especialistas. En 1936, siendo Azaña presidente de la República y habiendo triunfado el Frente Popular, aquel medio centenar de cabos que durante más de tres años habían sido «adiestrados» por el comunismo soviético, fueron readmitidos en la Marina...

Sin aquel proceso politizador al que durante años estuvieron sometidas las dotaciones de los buques de guerra españoles y de manera especial después del reingreso de los cabos, es probable que el drama de 1936 no se hubiese producido. Porque es signo sintomático el que, mientras el Ejército se levantó contra la República, la Marina, por medio de sus clases inferiores, se amotinó para defenderla; y el levantamiento —totalmente contraproducente— la llevó al asesinato colectivo y a la posterior posesión de una flota anárquica, sin mando, sin organización alguna, incapaz de combatir; una fuerza inútil aunque sumara entre sus efectivos el acorazado «Jaime I», los cruceros «Libertad», «Cervantes» y «Méndez Núñez», los destructores —excepto el «Velasco»—, los

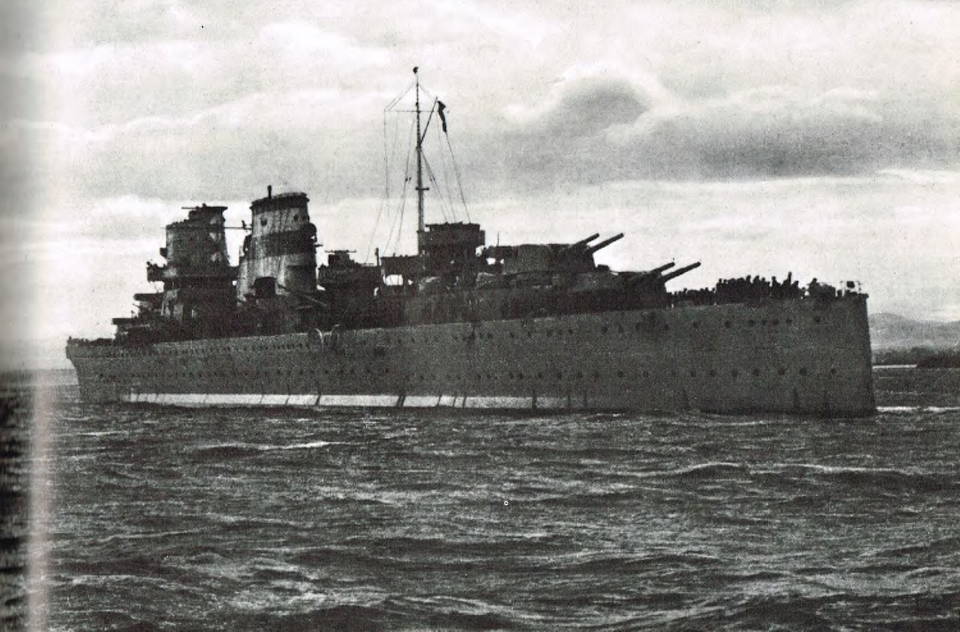
submarinos, etc. Las fuerzas nacionalistas lograron la posesión del acorazado «España» (arrumbado en El Ferrol desde 1931), crucero «Almirante Cervera», crucero «República» (desarmado e inútil, en Cádiz; más tarde, reformado, sería el «Navarra»), el «Velasco» y los buques en construcción en El Ferrol.

El dominio del Estrecho

En los primeros días de la guerra era cuestión de vital importancia para las tropas nacionalistas el apoyo del Ejército de África. Pero en el Estrecho estaba la flota republicana dispuesta a impedir el paso de los transportes con las fuerzas marroquíes. Nada había con qué oponerse a la potencia teórica de los cruceros y destructores de la República... Sólo la fe en el triunfo de la causa y una habilidad profesional de la que carecían las potentes unidades republicanas pudo materializar la hazaña del 5 de agosto. En efecto, un viejo y lento cañonero, el «Dato», zarpó de Ceuta dando escolta a varios transportes que conducían un nutrido contingente de fuerzas regulares. Desde el Monte Hacho, Franco los vio partir... A mitad del Estrecho apareció el destructor «Alcalá Galiano», superior en velocidad y armamento al cañonero nacionalista. Sin embargo, el fuego de éste (cuatro cañones de 101 mm.) puso en fuga al galgo republicano que, con 36 nudos de andar, cinco cañones de 120 mm. y seis tubos lanzatorpedos, optó por retirarse, dejando que el convoy llegase sin novedad a Algeciras.

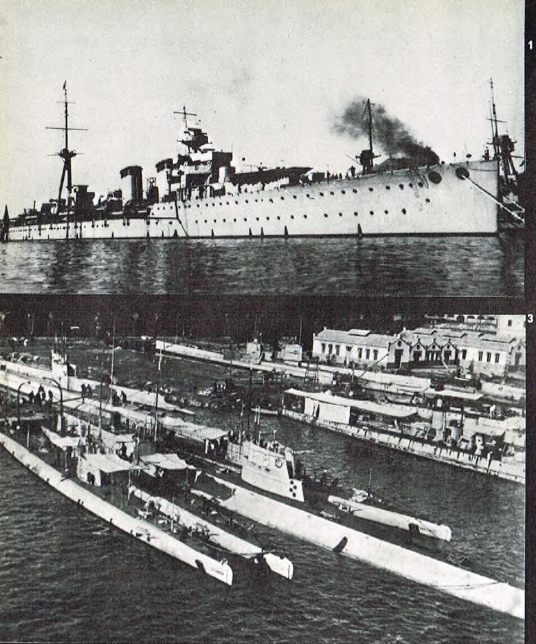
La represalia de la flota republicana —entonces se la llamaba «flota roja»— consistió en un estúpido bombardeo sin ton ni son contra Ceuta y Algeciras. Por cierto que en esta acción el pequeño «Dato» salió del puerto y presentó combate al acorazado «Jaime I» cuyos cañones del 30,5 dejaron al valiente cañonero convertido en un montón de chatarra. Y los destructores volvieron a patrullar el Estrecho...

En El Ferrol, mientras tanto, se trabajaba febrilmente en el alistamiento de los nuevos cruceros «Canarias» y «Baleares». A mediados de septiembre el primero podía considerarse ultimado (aunque le faltaba gran cantidad de detalles, equipos, etc.), y, arbolando la insignia del contralmirante Francisco Moreno y en compañía del «Cervera», zarparon sigilosamente de su base gallega al anochecer del 27 para caer a primeras horas del 29 en el Estrecho. Los destructores «Almirante Ferrándiz» y «Gravina» eran los encargados, en aquel momento, de evitar el paso de nuevos convoyes de África como el del 5 de agosto. Pero cuando menos lo esperaban se encontraron con las difusas siluetas de dos grandes buques en el horizonte, por la banda de Poniente. ¿Serían ingleses? —pensaron las dotaciones de los destructores—. Pero una

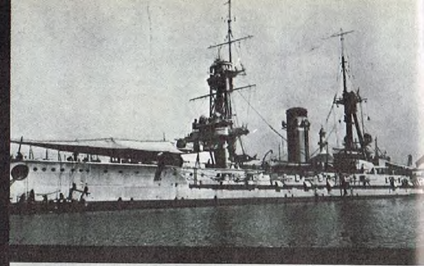


El crucero «Canarias». En septiembre de 1936, fue buque insignia de la flota nacionalista; luego compartió esporádicamente esta calidad con su hermano el «Baleares»; desaparecido éste, volvió a ser el buque almirante de la Flota nacional.

1



3





1 El crucero republicano «Libertad» (después «Galicia»), buque insignia de la Flota republicana.

2 El acorazado «Jaime I».

3 Submarinos en la base de Cartagena.

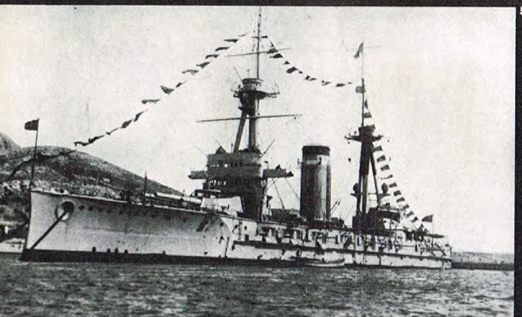
4 Flotilla de destructores; el de la derecha («Almirante Ferrándiz») fue hundido por el «Canarias».

5 El acorazado «España».

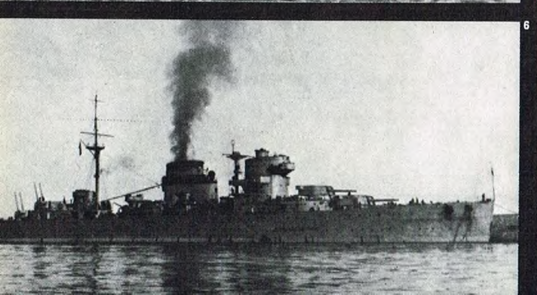
6 El crucero «Baleares», hundido en marzo de 1938.

7 El almirante Francisco Moreno, que inicialmente representó a la Marina en la Junta de Burgos.

5



6





salva del 20,3 caída muy cerca los sacó rápidamente de dudas ¡Eran cruceros nacionalistas! Efectivamente, a 21 km. de distancia el «Canarias» colocó varios obuses en el casco del «Ferrándiz», que pronto perdió velocidad, con incendios a bordo y tratando de escapar de aquella lluvia de metralla. Empeño inútil. El «Ferrándiz» se hundió a unas 15 millas de Marbella. Mientras tanto, el «Gravina» emprendió loca carrera hacia el Atlántico perseguido por el «Cervera», que pudo colocarle algunos proyectiles del 15,2; pero el «Gravina», recién salido del astillero y forzando el andar al máximo (superó los 38 nudos), logró refugiarse en Casablanca... El Estrecho quedaba expedito y los convoyes de Africa volvieron a fluir hacia Cádiz y Algeciras. El Ejército de Andalucía se nutría y reforzaba gracias al «dominio del mar» ejercido por la flota nacional en el Estrecho.

En diciembre de 1936 el «Baleares» se incorporó a la flota, que constituyó en aquellos momentos la famosa «División de Cruceros», alma y sostén de la guerra en el mar; la que ejerció el verdadero dominio y permitió que los suministros de Alemania e Italia llegasen continuamente a los puertos nacionales: carros de combate, aviones, cañones, gasolina, armas ligeras, víveres, etc.; todo, en suma, llegaba por los caminos del mar defendidos por la bien dotada, organizada y mandada flota nacional.

Otras acciones navales

La otra cara de la moneda la constituyó la flota republicana. Fuerte en un acorazado, tres cruceros ligeros, quince destructores y varios submarinos, se mostró incapaz de disputar la supremacía naval que teóricamente ostentaba y permaneció encerrada en Cartagena casi sin atreverse a salir. Y es que, por encima del material, están la disciplina y la capacidad profesional del mando y dotaciones. La flota republicana carecía de mandos; los buques estaban en manos de «comités» de auxiliares y cabos, y los pocos jefes competentes con que contaba la Marina no lograban imponer su autoridad. El acorazado «Jaime I», por ejemplo, estaba mandado por un contramaestre...

El Gobierno de la República comprendió que aquel estado de cosas no podía continuar y decidió contratar a oficiales extranjeros para el manejo de los buques. Los soviéticos fueron los que acudieron en mayor número, así como franceses, ingleses y norteamericanos. Y los resultados no se hicieron esperar. Aquella legión de profesionales pronto imprimió un nuevo carácter a la flota, y aunque la mayoría de sus acciones no se vieron coronadas por el éxito, es lo cierto que la fuerza naval republicana había ganado muchos enteros, y en la segunda mitad de 1937 era un adversario nada despreciable.

Retrocedamos unos meses en nuestro relato y consignemos algunos episodios que, a la hora de la verdad, constaron como bazas importantes en ambos bandos y con mutuas repercusiones. En diciembre de 1936, un submarino «legionario» italiano torpedeó, en la rada de Cartagena, al crucero «Cervantes», que tuvo que entrar en dique y quedó imposibilitado de participar en toda la guerra. El 30 de abril de 1937 y frente a Santander, el acorazado nacionalista «España» chocó con una mina y se hundió. Grave pérdida para la flota nacional en aquellos momentos en que buena parte de la costa cantábrica estaba todavía en poder del enemigo. El 17 de junio de 1937, el acorazado republicano «Jaime I» sufrió una explosión interna en Cartagena que dejó el barco prácticamente destrozado. Las bajas subieron a 200 muertos y el «Jaime I» quedó fuera de combate definitivamente.

Decíamos que la flota republicana había cobrado nuevos bríos tras la contratación de oficiales e instructores extranjeros. Y en efecto, una de las operaciones ofensivas concebidas por el mando naval republicano fue la realización de un ataque a la flota nacional basada en Palma; ataque que debían llevar a cabo varias lanchas torpederas de procedencia rusa apoyadas a distancia por una buena fracción de la escuadra: cruceros «Libertad» y «M. Núñez»; destructores «Lepanto», «Almirante Antequera», «Sánchez Barcáiztegui», «Gravina» y «Lazaga». Aquella acción, iniciada en los primeros días de marzo de 1938 tuvo que ser suspendida por el mal tiempo, que hacía difícil la navegación a las pequeñas lanchas, y cuando se ordenó la retirada hacia Cartagena los destructores fueron a cruzarse en el camino de la División de Cruceros nacional («Baleares», insignia del C.A. Vierna; «Canarias» y «Cervera») que daba escolta a un convoy. Los destructores republicanos —buques de cuyo tipo carecían para su protección los cruceros nacionales— lanzaron varias salvas de torpedos... y el resultado fue el hundimiento del «Baleares». Sin embargo, la flota republicana no explotó el éxito y lejos de lanzarse a nuevas aventuras guerreras prefirió encerrarse otra vez en Cartagena dormida en sus laureles...

Epílogo

El «Canarias» y el «Cervera», a los que se incorporó el remozado «Navarra» poco después, continuaron su infatigable labor en misiones de escolta, bloqueo, bombardeos de los puertos enemigos, etc., afirmando de nuevo y definitivamente la posesión del «dominio del mar». Naturalmente que, en el ínterin y antes de la pérdida del «Baleares», hubo otros encuentros y acciones ofensivo-defensivas por ambas partes.

En marzo de 1939 la flota republicana zarpó de Cartagena y fue a internarse en Bizerta donde, el 1 de abril de 1939, fue recuperada por el gobierno de Franco.

Veamos algunas cifras —frías pero positivos exponentes de la realidad— relativas a nuestra guerra naval 1936-1939. Desde el 18 de julio del 36 hasta el 1 de marzo del 39, el tráfico marítimo de la España nacional totalizó 24.774.826 toneladas (16.231.058 de exportación y 8.543.768 de importación). También fueron transportados por vía marítima 316.000 hombres. Los buques de la flota republicana no apresaron *ni un solo buque* mercante nacional. Como contrapartida, la flota nacionalista apresó 238 buques mercantes republicanos y 99 extranjeros al servicio de la República, cuyos cargamentos pasaron a manos nacionales.

A la España nacional *todo, absolutamente todo*, le llegó por mar: gasolina, camiones, tanques, cañones, aviones, soldados de África, Sahara y Canarias, repuestos, víveres, medicamentos, etc., gracias al «dominio del mar» —control positivo de las comunicaciones marítimas propias, impidiendo que el enemigo haga lo mismo— que ejerció la pequeña pero activa flota nacional. La Aviación, colaborando en la estrategia naval, atacó incesantemente —desde sus bases de Mallorca— los puertos republicanos del Mediterráneo y en ellos ocasionó graves pérdidas, tanto en buques como en material. También la flota de guerra de la República fue repetidamente atacada en Cartagena hasta el punto de que, a la hora de zarpar rumbo al internamiento de Bizerta —tras los confusos sucesos de marzo—, varios destructores y submarinos no pudieron hacerse a la mar a causa de las graves averías sufridas.

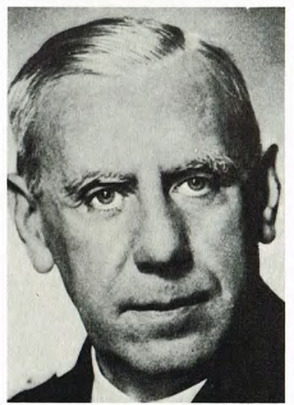
Y tal fue, en síntesis, la influencia del mar en la guerra civil española que el almirante Carrero Blanco resumió en una frase: «Los episodios de guerra en el mar son lo de menos. Lo importante son los resultados.»

M. Ramírez Gabarrús

La guerra española y la crisis europea

La Guerra Civil española coincidió con una situación crítica en Europa. Tanto y tan grave, que sólo seis meses después de terminada aquélla, estallaba la Segunda Guerra Mundial. Necesariamente, pues, la contienda en España tenía que repercutir en el ámbito internacional.

El almirante Wilhelm Canaris, que recomendó al Gobierno alemán el apoyo a la España nacionalista.
En la foto inferior: **el embajador soviético en la República española, Marcel Rosenberg.**





Es notable la gran repercusión internacional que tuvo la Guerra Civil —motivada por causas puramente internas— cuando el desconocimiento de la situación española era casi general en los restantes países europeos.

La razón de este aparente contrasentido hay que buscarla en el revuelto momento en que tuvo su arranque. En aquellos días de julio de 1936 el ambiente político internacional estaba dominado en su aspecto externo por el temor a la Alemania de Hitler con sus ímpetus revisionistas del tratado de Versalles, y, en menor escala, por las consecuencias del Pacto Francorruso de 1934 y por el intento colonialista de Italia en 1935; en política interna la pauta era marcada por la pugna entre los recién formados frentes populares y los partidos fascistas, y en el plano económico aún tenía vigencia la gran recesión provocada por la crisis norteamericana de 1929.

El Frente Popular español estaba en el poder desde febrero de 1936, y el francés desde junio, cuando el Alzamiento sorprendió a los Gobiernos extranjeros. Para entonces ya había acabado la campaña de Etiopía, pero seguían en vigor las sanciones económicas de la Sociedad de las Naciones contra Italia, que no fueron aplicadas por Alemania, lo que preparó la futura amistad Hitler-Mussolini.

Inglaterra y Francia tenían programada con Bélgica para mediados de julio una reunión tripartita de alto nivel en Londres, que se celebró el 23, lo que parece demostrar que no estaban muy al corriente de la inminencia de un golpe en España. Alemania ni siquiera tenía acreditado embajador en Madrid y el de Italia estaba en su residencia veraniega de San Sebastián, totalmente alejado de los principales acontecimientos que se fraguaban. Rusia carecía de relaciones diplomáticas con la República Española. En cuanto a Portugal, la forma en que Sanjurjo tuvo que intentar salir de Lisboa, que le valió la muerte, corrobora que Portugal estuvo asimismo al margen de la preparación del Alzamiento.

El primer país que decidió intervenir en la contienda fue Francia, lo que resulta lógico, ya que en este caso se aunaban los intereses geopolíticos con los del partido en el poder para tratar de mantener un Gobierno amigo en el vital flanco sur. Léon Blum atendió la petición telegráfica de Giral y autorizó la entrega de material de guerra antes de salir el 22 para Londres y su ministro del Aire, Pierre Cot, trató de comenzarla durante la ausencia del Presidente del Gobierno francés, aunque la actitud de la embajada de España en París y de gran parte de la prensa francesa retrasó y dificultó la operación. El Consejo de Ministros extraordinario del día 25 autorizó la entrega de aviones a la España republicana.

Roma inicialmente negó la ayuda al emisario de Franco, Luis Bolín, y fue necesario que Mussolini conociera la postura francesa para que se decidiera a actuar, lo que probablemente ocurriría a primeras horas del lunes 27, ya que dicho día fue convocado a Roma el jefe de la primera expedición aérea a España, Bonomi, y Ciano notificó a Bolín el envío de doce aviones.

El capitán Arranz había llegado a Berlín el 24, también procedente de Tetuán, y poco después a Bayreuth, sede de los festivales wagnerianos. Gracias a la recomendación del almirante Canaris y a las noticias procedentes de París, Hitler se decidió finalmente por la ayuda, cuyos detalles se fijaron en Berlín la tarde del domingo 26 y el lunes 27.

Gran Bretaña se mostró neutral en los primeros momentos. La intervención de la U.R.S.S. no se hizo notar hasta los primeros días de agosto y los Estados Unidos aún seguían en su política aislacionista.

Hasta el 10 de agosto la ayuda internacional a ambos bandos se reducía en su mayor parte a material aéreo, cuyo balance resumimos a continuación:

Francia: unos 35 cazas, la mayor parte «Dewoitine-371» y unos 20 bombarderos, en su mayoría «Potez-54» de tren retráctil.

Italia: 12 bombarderos «Savoia-81» de tren fijo, de los que sólo llegaron 9.

Alemania: 20 lentos transportes «Junkers-52» (que fueron armados en España) y 6 cazas «Heinkel-51».

Con estas entregas Francia prácticamente había agotado las posibilidades de suministro de su industria aérea, muy cortas en aquellos momentos, pues se hallaba

sometida a un hondo proceso de reorganización. Por contra, Alemania contaba con una industria aeronáutica en plena expansión y la de Italia pasaba por el mejor momento de su historia. El gobierno de León Blum tenía conciencia de esto y no vio mejor solución para ayudar a sus amigos y evitar el riesgo de guerra general que proponer la política de «No Intervención» en lo que a entregas de material se refería. Italia pretendió, sin éxito en este momento, que el acuerdo se extendiera al reclutamiento y envío de voluntarios. Con éste y otros pretextos Italia y Alemania fueron dando largas a la propuesta, para aceptarla cuando la situación militar en España había cambiado esencialmente y sus entregas de material superaban a las francesas. En el mes que media desde que Francia propuso la «No Intervención» hasta que el 9 de septiembre se reunía por vez primera en Londres el Comité, los nacionales ocuparon Badajoz e Irún y deshicieron la cabeza de desembarco en Mallorca, por citar sólo sus grandes éxitos estratégicos.

La política de No Intervención era nueva en los usos internacionales, ya que lo normal ante las guerras civiles anteriores había sido el reconocimiento de los derechos de beligerancia a ambos contendientes. El Gobierno de Madrid pretendió demostrar en la reunión de septiembre de 1936 de la Sociedad de las Naciones que él era el único con derecho a comerciar, puesto que sus enemigos eran simples rebeldes, tratando de ignorar que el no reconocimiento de los derechos de beligerancia formaba parte del acuerdo general, y que Alemania desde el primer momento alegó que no podía darse el estatuto de rebeldes a quienes controlaban más de un tercio de la nación.

Fracasado el recurso a Ginebra, al gobierno de Madrid le pareció que no le quedaba más agarradera que la U.R.S.S. y a ella se asió con frenesí. Desde finales de agosto estaba en Madrid el primer embajador ruso, Rosemberg, y a partir del 4 de septiembre Largo Caballero era primer ministro y Negrín ministro de Hacienda. Puestos de acuerdo decidieron depositar las reservas de oro del Banco de España en Moscú, como garantía de los masivos suministros de material que la U.R.S.S. prometió. El oro partió de Cartagena, vía Odesa, el 25 de octubre.

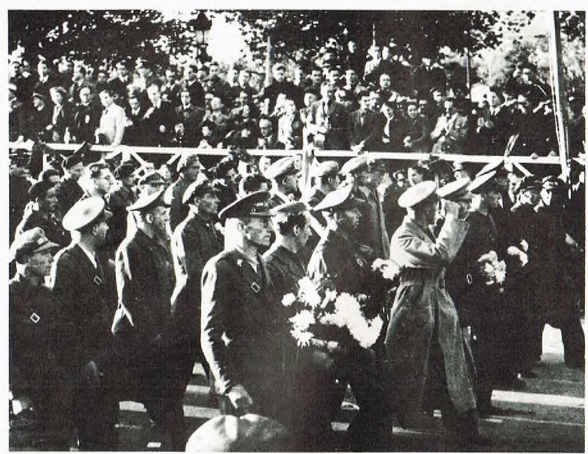
Con anterioridad habían salido rumbo a Francia al menos 16 vuelos de aviones comerciales cargados del preciado metal (uno en julio y ocho en agosto, cuando aún era Giral presidente del Consejo, cinco en septiembre y dos en octubre), con un promedio presumible de 1,5 toneladas de oro por viaje. En las actas del Banco de España constan órdenes de remesa a Francia de 101 millones de pesetas-oro en 1936 (unas 32 toneladas y media de oro aleado) y otros tantos millones en enero de 1937, aparte del depósito de 257 millones de pesetas-oro en Mont-de-Marsan, anterior a la guerra.

Con estas transferencias pudo complementarse la avalancha de armamento que llegaba de Rusia con la recluta intensiva del voluntariado internacional, que afluía a España a través de la frontera francesa. El armamento ruso debutó en la contra-





La despedida de la Legión Cóndor, el 27 de mayo de 1939, en Ávila. Con anterioridad habían sido repatriadas tropas voluntarias italianas. *En la foto inferior:* **embarque de soldados italianos en Cádiz, el 20 de octubre de 1938.**



Los voluntarios de las Brigadas Internacionales desfilando por las calles de Barcelona, en ocasión de ser retirados del frente y abandonar España. Foto tomada el 31 de octubre de 1938.

ofensiva de Seseña del 29 de octubre y las dos primeras brigadas internacionales lo hicieron en noviembre en Madrid.

Alemania e Italia, que habían prometido al ya Generalísimo Franco (desde el 1 de octubre) el reconocimiento para cuando ocupase la capital, decidieron reforzar su ayuda. La Legión Cóndor, cuyo grueso lo formaba una masa aérea de 100 aviones, entró en fuego sobre Cartagena el 16 de noviembre y pronto se concentró sobre Madrid, pero ni en cantidad ni en calidad pudo equilibrar al material ruso. Italia envió los tres primeros barcos con voluntarios fascistas de infantería, a Cádiz, en la última decena de diciembre. Antes, el 18 de noviembre, había tenido lugar el reconocimiento de Franco.

En febrero de 1937 el número de batallones italianos en España ya igualaba al de internacionales y en marzo lo rebasó. Se repetía la historia de agosto: la reacción superaba a la acción inicial. Francia volvió a actuar de igual manera, proponiendo la prohibición de nuevos envíos de voluntarios, y Alemania e Italia recurrieron a la misma táctica dilatoria anterior. El provecho del retraso fue ahora menor (a pesar de Málaga), pues se había llegado a una fase de guerra estabilizada y la ofensiva de Guadalajara fracasó.

Gran Bretaña trató de aprovechar la aparente situación de tablas para lograr una mediación, ante lo cual el Gobierno de Valencia recurrió a la solución extrema de ofrecer a Francia e Inglaterra el protectorado español en Marruecos, como compensación a una posible retrocesión a Alemania de alguna de sus antiguas colonias a cambio de que abandonase su ayuda a Franco. Por estas fechas Alemania, de hecho, estaba vacilando entre continuar o abandonar la ayuda, pero Mussolini decidió en abril incrementar su aportación aérea, para tratar de vengar la afrenta de Guadalajara.

La ruptura del frente de Vizcaya a finales de abril decidió la suerte de Bilbao y de la guerra. Este mismo mes el Comité de Londres estableció el control marítimo y terrestre para los aprovisionamientos a España y comenzó a gestionar la repatriación de voluntarios, que no tuvo éxito hasta septiembre de 1938. El control naval fue abandonado pronto, como consecuencia de los ataques gubernamentales a buques alemanes del control, y fue sustituido por las rutas vigiladas que instauró el Tratado de Nyon en septiembre de 1937, tratado que también acordó severas restricciones al uso de sumergibles en el Mediterráneo, para evitar la actuación de los submarinos legionarios o piratas (italianos, con algún tripulante español).

En general, puede decirse que el Comité de No Intervención sirvió para que la ayuda a ambos bandos fuese limitada y semejante en cantidad, aparte de cumplir su principal misión: evitar la extensión del conflicto español al resto del mundo, aunque hubo dos momentos en que este riesgo pareció inminente, en marzo de 1938, cuando el *Anschluss*, y en septiembre del mismo año, en los días de las conversaciones de Munich. En ambas ocasiones la actitud de Italia impidió la guerra, al inhibirse la primera vez y ponerse al lado de Hitler, aunque en plan mediador, en la segunda. Este deslizamiento de Roma hacia Berlín configuró el conflicto futuro, pero para hacerlo posible aún sería necesario el Pacto Germanorruso.

En lo que se refiere a la valoración de la ayuda internacional, la U.R.S.S. pretende ahora que sus suministros excedieron en valor al depósito aurífero (cifrado en más de 500 millones de dólares de 1934), aunque es posible que no superaran en mucho los 400 millones de dólares. El Gobierno de Madrid-Valencia-Barcelona invertiría al menos otros 150 millones de dólares en gastos en los demás países, normalmente a través de bancos franceses.

La deuda pactada por Franco con Italia el 8 de mayo de 1940 fue de 5.000 millones de liras, o sea inferior a 250 millones de dólares, aunque la aportación total italiana quizá se acercara más a los 300 millones de dólares, pues parte había sido ya pagada para entonces. Alemania valoró su ayuda en 495 millones de marcos de la época (RM), cuya equivalencia en dólares no alcanza a los 175 millones. Franco obtuvo asimismo un crédito de la «Texas Oil Company», para compra de petróleo, de unos 20 a 25 millones de dólares. Las aportaciones internacionales a Franco se cifran, pues, en unos 500 millones de dólares por no menos de 600 millones a sus enemigos.

En cuanto a personal voluntario, el número de italianos llegados a España durante la guerra se estima entre 100.000 y 125.000, con un máximo temporal de unos 40.000 hombres. Los internacionales superaron sin duda los 75.000, con una presencia simultánea de más de 30.000 personas. Tan elevadas cifras de voluntarios no se hubieran logrado con la misma facilidad en épocas de escaso paro y menor tensión política y diplomática.

Jesús Salas Larrazábal

1938: los acuerdos de Munich

A mediados de 1938 nadie deseaba la guerra en Europa, excepto Hitler y sus secuaces. Con el fin de evitarla, y para satisfacer las ansias expansionistas del III Reich, el británico Chamberlain y el francés Daladier permitieron la desmembración de Checoslovaquia. ¿Fue el acuerdo de Munich una conjura, una capitulación o una jugada hábil? Aquella decisión política ha sido diversamente interpretada por los pueblos que sufrieron sus consecuencias.

Hitler junto a Henlein, el líder de los habitantes de estirpe germana de los Sudetes, en Obersalzberg (2 de septiembre de 1938).



Checoslovaquia surgió como nación independiente el 28 de octubre de 1918, inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial; por el Tratado de Saint-Germain, firmado once meses después, las potencias vencedoras reconocían oficialmente su independencia.

La nueva nación era un conglomerado de pueblos diferentes, englobados desde el siglo XVI en el vasto Imperio Austrohúngaro. Los checos de Bohemia y Moravia, opuestos siempre al pangermanismo, se habían negado a combatir contra los aliados. En cambio, los alemanes que vivían en la región de los Sudetes se habían mostrado fieles a los Imperios centrales. Terminada la guerra y constituida la nueva Checoslovaquia, estos súbditos de raza germánica hubieron de sufrir las consecuencias de la derrota y quedaron convertidos, pese a la riqueza industrial de su región, en los parias del nuevo Estado. Otros grupos étnicos minoritarios —eslovacos, húngaros, polacos— fueron postergados por los checos, cuya hegemonía política no tardó en manifestarse.

Adolf Hitler, canciller de Alemania desde enero de 1933, estaba empeñado en conseguir para sus paisanos un amplio *Lebensraum* o espacio vital, y había decidido, en el verano de 1938, anexionarse la región de los Sudetes, como había hecho, pocos meses antes, con la minúscula Austria surgida del Tratado de Saint-Germain. La excusa para una acción militar la brindaban las propias minorías de Checoslovaquia, ante las que Hitler se presentaba como un político justiciero, preocupado por los derechos de los grupos étnicos oprimidos.

El presidente de Checoslovaquia, Benes, viendo acercarse la tormenta, buscó apoyo en Francia, con cuyo Gobierno había firmado un tratado de amistad y ayuda. Pero los franceses, absorbidos entonces por una ingente tarea de transformación interior, desencadenada en 1936 por el Frente Popular, prestaban poca atención a los problemas internacionales y se dejaban guiar, en estas cuestiones, por el consejo de sus amigos ingleses.

En el Reino Unido gobernaba entonces un equipo conservador. El primer ministro, Neville Chamberlain, hombre culto y contemporizador, no veía con malos ojos las reivindicaciones presentadas por el *Sudeten Deutschepartei*, cuyo jefe, Konrad Henlein —que pasaba por ser el portavoz de los alemanes residentes en los Sudetes—, actuaba, en realidad, como el más leal de los agentes hitlerianos. Pero Chamberlain, en el fondo, no desconfiaba de Hitler: creía que el Tratado de Versalles había sido injusto con Alemania y esperaba poder contribuir a la rectificación del desaguisado.

Cuando Henlein pedía la autonomía de los Sudetes, cuyos habitantes eran «perseguidos y vejados por los checos», Chamberlain escuchaba con atención. Y cuando Hitler exponía sus fogosas teorías sobre el «derecho sagrado» de los alemanes a recuperar los territorios expoliados, aquel inglés pacífico y bienpensante tranquilizaba a todo el mundo diciendo que las amenazas de los nazis respondían a un legítimo anhelo de justicia. Una vez Alemania haya visto satisfechas sus últimas reivindicaciones territoriales —decía Chamberlain—, las ambiciones de Hitler se detendrán y habremos conseguido «la paz para nuestro tiempo».

Hitler, que no había disimulado en su *Mein Kampf* la simpatía y la admiración que le inspiraban los ingleses, tuvo buen cuidado de ocultar sus verdaderas intenciones en el primer contacto oficial con Chamberlain (Berchtesgaden, 15 de septiembre). Aunque en la segunda de las entrevistas, celebrada pocos días después en Bad Godesberg, ya dejó ver intenciones belicistas, el ministro inglés seguía confiando en un arreglo pacífico de la cuestión de los Sudetes; cuestión que Benes no buscaba resolver por la vía democrática de un plebiscito y que el impulsivo Führer quería solucionar rápidamente por el método radical de la invasión.

Aunque la entrevista de Bad Godesberg no fue, ciertamente, un éxito para Chamberlain, aquel *gentleman* cauto y obstinado, nunca inclinado al desaliento,







decidió realizar otro intento de mediación. Volvió a escribir a Benes aconsejándole la cesión de los Sudetes en evitación de mayores males, presionó sobre el Gobierno francés para que negara a Checoslovaquia toda ayuda militar y se puso en contacto con Mussolini para que éste preparara rápidamente una conferencia de alto nivel entre los representantes de Alemania, Italia, Francia y Gran Bretaña.

Chamberlain esperaba conseguir en ella un compromiso formal por parte de Hitler. A cambio de la pacífica anexión de los Sudetes, el canciller alemán se comprometería a no exigir más territorios. De este modo, pensaba Chamberlain, se evitaría la guerra y podría construirse la Europa justa y tranquila del futuro.

La conferencia cuatripartita quedó fijada para el día 29 de septiembre de 1938, en Munich, la alegre ciudad bávara de los acordeones, la cerveza y las salchichas...

Flores, brindis y sonrisas

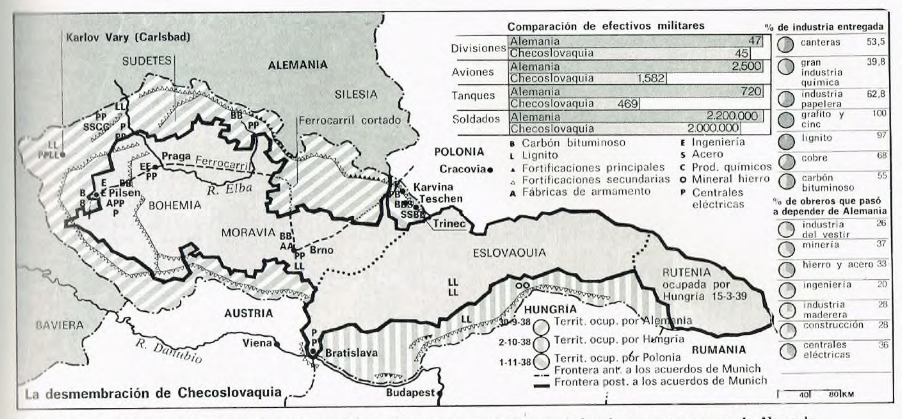
Marcados aún por la tensión de los últimos días, en que la invasión de Checoslovaquia había parecido inminente, Daladier y Chamberlain acudieron a Munich dispuestos a todas las concesiones. Mussolini, artífice de la reunión, orgulloso de su papel de mediador, hinchaba su tórax cuajado de condecoraciones. El anfitrión, Hitler, disimulaba su impaciencia y prodigaba sonrisas, dispuesto a comportarse como un hombre razonable y cortés.

El gran ausente, en quien todos pensaban sin decirlo, era Benes, el presidente de Checoslovaquia. Iba a decidirse una cuestión que sólo a él afectaba de un modo directo y vital, y sin embargo no estaba presente. No había sido invitado, tal vez para evitar una situación embarazosa. Habría podido echar en cara a sus viejos amigos franceses y británicos un abandono imperdonable. Por eso fue dejado al margen. Europa iba a decidir el futuro de Checoslovaquia sin contar con él. Se rendiría culto a la fuerza, representada por Hitler, y se despreciaría la voz de la justicia, que Benes, sin duda, habría hecho oír.

Lamentable, pero necesario. Para Gran Bretaña y Francia, era el mal menor, el sacrificio que imponía la conservación de la paz. Había que parar los pies a Hitler; y puesto que éste no comprendía razones de lógica ni de ética —y el supremo recurso de la guerra se había desechado—, no quedaba más remedio que ofrecer una tajada del pastel para que el ogro renunciase al resto.

Chamberlain, apoyado por Daladier, quería elaborar un documento que atase las manos de Hitler en el futuro. Éste debería comprometerse formalmente a no exigir más ampliación de límites territoriales. Las fronteras del III Reich, esta-

1 **«Conductor, lléveme a Checoslovaquia.» Caricatura aparecida en el *Chicago Daily News*, en la que se ve a Hitler viajar hacia su perdición.** *2* **¿Una actitud firme o «la paz a cualquier precio»? El primer ministro francés Daladier y su ministro de Asuntos Exteriores Bonnet salen del número 10 de Downing Street después de las conversaciones mantenidas el 26 de septiembre. Los franceses proponían apoyar a los checos. Chamberlain quería «un último intento» para lograr la paz.** *3* **Voluntarios armados del partido alemán de los Sudetes muestran que están preparados para apoyar una invasión de las tropas de Hitler.**



El 33 % de la población de Checoslovaquia, sus principales defensas y gran parte de su industria pasaron a manos de Alemania. Polonia y Hungría también se aprovecharon de la desintegración que siguió a los acuerdos de Munich. La comparación de efectivos militares permite ver que los occidentales sacrificaron un aliado poseedor de un considerable potencial bélico.

blecidas después de la anexión de los Sudetes, habrían de ser intocables y definitivas.

Pero Hitler, secundado por Mussolini —que ya había puesto los ojos en Albania—, procuraba por todos los medios obtener un resquicio legal que justificase sus posibles acciones futuras. Puesto que sus planes eran, en realidad, no sólo anexionarse los Sudetes, sino convertir toda Bohemia y también Moravia en un protectorado alemán, recordó a sus colegas británico y francés el problema de las minorías polacas y húngaras en tierra checa. Y luego, representando el papel de hombre justiciero, que tanto le agradaba, pidió se le reconociera el derecho de actuar en favor de aquellos grupos cuando fuera preciso.

Chamberlain y Daladier acabaron por ceder, y en el anejo del documento preparado para la firma que se refería a «una garantía internacional de las fronteras del Estado checoslovaco contra toda agresión no provocada», se añadió: «cuando la cuestión de las minorías polacas y húngaras estuviera solucionada».

La conferencia se dio por concluida el día siguiente. Era el 30 de septiembre. Hubo, por fin, frases gentiles, flores dialécticas y sonrisas en torno de una mesa pletórica y alegre, en la que brillaban todos los vinos del Rin y los mejores Borgoñas.

Hitler no ocultaba su satisfacción por haber ganado, sin disparar ni siquiera un tiro, un territorio de cuarenta y un mil kilómetros cuadrados, una población de cinco millones de almas y un conjunto de instalaciones militares valoradas en dos billones de coronas.

Chamberlain, con una euforia que traicionaba su característica flema británica, se acercó a los periodistas y les dijo:

—Estamos contentos. Verdaderamente contentos. Hemos salvado la paz.

Munich ante la opinión europea

El resultado de Munich no fue acogido en Alemania con demasiada satisfacción. Para los adversarios de Hitler, que aún conspiraban en la sombra y que buscaban desesperadas alianzas con Occidente, el espaldarazo diplomático que Daladier y Chamberlain acababan de dar a Hitler, y sobre todo, la actitud prudente de éste, significaban el fin de sus ilusiones: el Reich hitleriano se integraba oficialmente, y con todos los honores, en el concierto europeo y la cruz gamada era admitida, entre todos los emblemas nacionales, como uno de los más serios, honorables e importantes.

Para los nacionalsocialistas más exaltados, el compromiso de Hitler con las democracias fue visto, en cierto modo, como una prueba de debilidad. ¿No comprometería la realización de la Gran Alemania soñada? ¿No impediría la consecución de la necesaria *Lebensraum?* Muchos de aquellos fanáticos nazis —alemanes legalistas pese a todo— no podían imaginar que los documentos de Munich se convertirían tan pronto en papel mojado para su Führer.

Otros confiaban, sin embargo, en su jefe. Aquel hombre carismático e infalible sabía muy bien lo que hacía. Les había prometido un milenio de grandeza y de felicidad y no los defraudaría por culpa de unos papelotes redactados por «un inglés falsario» y por «un artero francés».

Los «Fascios» de Italia se mostraron muy satisfechos por el digno papel de árbitro representado por su Duce. Comprobaron que las relaciones con el III Reich se habían estrechado un poco más, sin el correlativo aflojamiento de los lazos con Occidente, pues a los italianos les encanta mantener buenas relaciones con todo el mundo. Por otra parte, se decían: «Si Hitler ha conseguido los Sudetes por el simple hecho de que allí hay algunos alemanes, ¿por qué no hemos de conseguir nosotros Albania, donde viven también muchos italianos?»

En Francia y en Gran Bretaña, las opiniones se dividieron. Para los ingenuos, para los pacifistas a ultranza, para los que simpatizaban con el anticomunismo de Hitler, el acuerdo era perfecto. En cambio, para los más perspicaces, para los más valientes, para los que no creían en



la buena voluntad de Hitler, para los demócratas de verdad, el acuerdo había sido una tremenda equivocación.

Cuatro ministros franceses protestaron y estuvieron a punto de dimitir. Un hombre se levantó en la Cámara de los Comunes británica y dijo:

—La partición de Checoslovaquia bajo la presión de Francia y de Gran Bretaña representa la rendición de las democracias ante la amenaza y la fuerza... Pensar que obtendremos la seguridad entregando un pequeño Estado para que lo devoren los lobos, no es más que una ilusión fatal...

Este hombre se llamaba Winston Churchill.

El Pacto Germanosoviético, réplica a Munich

Según Stalin, la reunión de Munich fue una conjura elaborada por las potencias capitalistas, de acuerdo con Hitler y Mussolini, para eliminar la influencia soviética en el centro de Europa y para facilitar la invasión de la U.R.S.S.

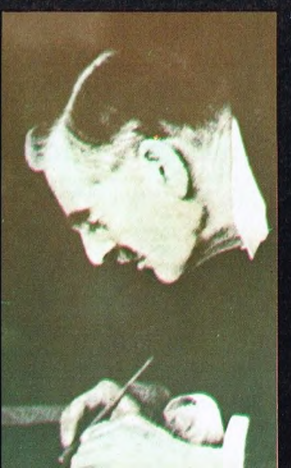
La entrada de los alemanes en el bastión de Bohemia constituía, tanto para el Presidium de la Unión Soviética como para el Partido Comunista, el primer paso de aquel maquiavélico designio. A éste seguirían otros, que irían acercando la cruz gamada a las fronteras rusas. Los fascismos, hijos bastardos de un capitalismo en crisis, se irán radicalizando —pensaba Stalin— y acabarán por ser los únicos instrumentos de la extrema derecha. Por fin, Hitler y Mussolini, con el beneplácito de la burguesía europea, intentarán dar el golpe decisivo al corazón mismo del comunismo internacional.

Desde 1917, el peligro de una invasión alemana, financiada por el capitalismo anglofrancés, gravitaba como una losa sobre

1

2

3

4

5


Izquierda: *1* **Los ministros de Asuntos Exteriores de Francia y Rusia en Ginebra en 1934: Laval a la izquierda, Litvinov a la derecha. La desconfianza de Laval hacia Rusia era un obstáculo para un pacto de seguridad eficaz contra Hitler.** *2* **El presidente checoslovaco Benes.** *3* **Hitler con Goering durante los preparativos de la conferencia.** *4* **Chamberlain felicita a Daladier: ya habían decidido no cumplir las promesas hechas a Checoslovaquia.** 5 **Infantería checa en marcha: Syrovy creía que sus tropas eran equiparables a las de Alemania.**
Derecha: **momento de la firma del Tratado de Munich.** *1* **Hitler.** *2* **Daladier.** *3* **Fotografía de grupo después de la ceremonia.** *De izquierda a derecha:* **Chamberlain, Daladier, Hitler, Mussolini y Ciano.** *4* **Chamberlain.** *5* **Mussolini.**





Después del acuerdo de Munich. La multitud saluda a Hitler a su retorno a Berlín. El se sintió disgustado por el entusiasmo de su pueblo por la paz. *Abajo:* **en Roma gritos de «Du-ce, Du-ce» aclaman a Mussolini en la plaza Venecia.**

el ánimo de los bolcheviques. Stalin, secretario del Partido Comunista, no era el menos pesimista. Se comprende, pues, que el acuerdo de Munich le sacara de sus casillas. Gran Bretaña, Francia, Alemania e Italia se habían puesto de acuerdo a sus espaldas para mutilar a su aliada Checoslovaquia. La Wehrmacht se acercaba un poco más a las fronteras rusas, mientras que toda la burguesía europea, frotándose las manos, se disponía a contemplar un choque espectacular y decisivo entre Alemania y la U.R.S.S.

Fue entonces cuando el astuto georgiano ideó la jugada maestra que había de parar el golpe, desviando el rayo alemán primero hacia Polonia y luego hacia Occidente. Comenzó por sustituir al ministro de Asuntos Extranjeros, Litvinov —judío y proocidental—, por un bolchevique autóctono y nacionalista, Molotov, más adecuado para dialogar con los alemanes. Luego dio instrucciones a un oscuro funcionario de la embajada soviética en Berlín, Jorge Astakhov, para que lanzase extraoficialmente un globo sonda, y más adelante, una vez ganada la confianza del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, la singular propuesta de una alianza germanosoviética con miras a un hipotético reparto de Polonia.

En agosto de 1939, Hitler aceptó el juego y encomendó a su ministro Ribbentrop la rápida conclusión de un acuerdo con la U.R.S.S. El Pacto germanosoviético fue firmado por Molotov y Ribbentrop en el mismo Kremlin, durante la noche del 23 de agosto de 1939. Pocos días más tarde, soldados rusos y alemanes —unos por Oriente, otros por Occidente— cruzaban las fronteras de Polonia, mientras Gran Bretaña y Francia, protectoras del país invadido, declaraban la guerra al III Reich.

La jugada política de Stalin, provocada por el acuerdo de Munich —el acercamiento a Alemania hasta provocar la firma de un tratado germanosoviético—, resultó, en definitiva, ineficaz, puesto que las armas de Hitler, una vez conquistada media Polonia, Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica y Francia, se volvieron contra la U.R.S.S. antes de intentar un desembarco en las Islas Británicas. Pero los críticos de Stalin, que le acusan de imprevisión e ingenuidad, harían bien en pensar lo que habría sido de la Unión Soviética si Alemania se hubiese lanzado sobre ella en agosto de 1939, a través de una Polonia amiga y antes de indisponerse con las democracias de Occidente.

Lo que en 1941 aparecía evidente para todo el mundo era la inutilidad del sacrificio de Checoslovaquia, decidido en Munich tres años antes.

A finales de 1941 —año triunfal para las fuerzas del Eje—, tanto los defensores de Moscú y Leningrado como los millones de soviéticos que han de combatir en la soledad de la estepa, caen bajo el fuego de las baterías alemanas mientras que las bombas de la Luftwaffe abaten vidas y edificios en Londres. Francia, que apenas ha salido del estupor de su derrota, halla en las filas comunistas a numerosos héroes que habrán de constituir la Resistencia, mientras que los británicos, capitalistas y liberales, tienen como único aliado al Gobierno totalitario de la U.R.S.S....

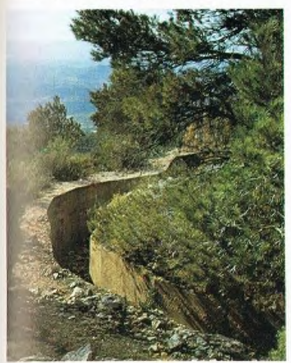
Verdaderamente, el acuerdo de Munich, el sacrificio de Checoslovaquia, las concesiones a Hitler, las buenas palabras de Chamberlain y Daladier, no habían servido para nada...

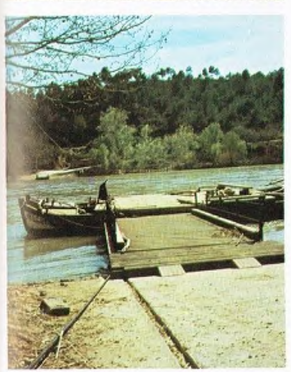
José Tomás Cabot

La batalla del Ebro

El 24 de julio de 1938 las fuerzas republicanas de Cataluña cruzaron el Ebro por varios lugares situados entre Mequinenza y Amposta. Inmediatamente los nacionales detuvieron su ofensiva contra Valencia y aceptaron el reto en la orilla derecha del Ebro. Así dio comienzo una larga y durísima batalla —la más mortífera de la guerra— en la que fueron literalmente machacadas las fuerzas republicanas de Cataluña.

Estado actual de las trincheras en la Mola de Sant Pau, del Coll de Traginers, lugar donde estuvo instalado el puesto de mando del teniente coronel Modesto, jefe del Ejército del Ebro, durante la primera fase de la batalla. ***Abajo:*** **lugar del río, entre Miravet y Benisanet, donde los ingenieros del Ejército republicano habían instalado uno de los puentes que permitieron el aprovisionamiento de las fuerzas que se batían en la orilla derecha del río.**





Pocos minutos después de la medianoche del 24 de julio de 1938, una sección del 111.º Batallón, perteneciente a la 105.ª División del Ejército nacional, que patrullaba por la orilla del Ebro, un kilómetro aguas arriba de Amposta, percibió tres barquichuelas que atravesaban sigilosamente el río procedentes de la orilla enemiga. Cuando las embarcaciones estuvieron a unos metros, los soldados inesperadamente abrieron fuego. En la lucha que se siguió, las lanchas resultaron hundidas y sus ocupantes muertos o ahogados. Sólo un hombre se salvó, un belga de la 14.ª Brigada Internacional, llamada «La Marsellesa». Lo que en principio parecía una simple incursión, o golpe de mano, era en realidad el accidentado comienzo de la más grande batalla de la guerra civil española: la batalla del Ebro.

Se ha polemizado mucho sobre la necesidad u oportunidad de esta batalla, tal como fue planteada por el Gobierno y Mando militar republicanos. Modesto y Líster, los dos principales protagonistas de la misma, sostienen que fue una necesidad ineludible; incluso exponen argumentos para demostrar que se saldó con una victoria por su parte. Efectivamente, tras la ruptura en dos de la zona republicana, el ejército de Franco había presionado sobre la región levantina. Los jefes militares de la Zona Centro-Sur, Miaja y Menéndez, que a duras penas habían logrado detener el ataque a Valencia, no paraban de solicitar del Gobierno de Barcelona una acción diversiva, desde el frente catalán, que les permitiera unos momentos de respiro para rehacer sus fuerzas. La acción del Ebro cumpliría sobradamente este objetivo.

Por otro lado, las continuas derrotas experimentadas por el Ejército Popular habían minado considerablemente la moral del frente y de la retaguardia. Se imponía, con urgencia, una reacción enérgica que rehabilitara la fe en el improvisado ejército y mostrara que seguía siendo una fuerza eficiente y combativa. Los discretos tanteos de Negrín para conseguir una paz negociada tropezaban, entre otras cosas, con el ambiente optimista que reinaba en Burgos y Salamanca, donde se estimaba que el fin de la guerra era sólo cuestión de semanas. Este estado de ánimo cambiaría radicalmente en el curso del verano y otoño de 1938, pero los términos de la abortada negociación permanecerían inalterables: rendición sin condiciones.

Para los comentaristas nacionales, especialmente para Manuel Aznar, la batalla del Ebro fue la ocasión que se brindó al Ejército nacional para copar y aniquilar las mejores unidades enemigas. Los republicanos replican que la superioridad de aquél era tan considerable, que la única posibilidad de éxito consistía en plantear la batalla en terreno propicio. De haberse abandonado la iniciativa al Mando nacional, la destrucción del Ejército Popular hubiera sido más rápida y simple. «A partir de mayo de 1938 —escribiría Modesto— la estrategia republicana tenía que orientarse, por imperativo de las circunstancias, a no permitir al Alto Mando "fascista" la concentración de su masa operativa en una u otra de nuestras zonas.»

Esta estrategia fracasó. Menéndez y Miaja tuvieron no uno, como pedían, sino cuatro meses de respiro. Pero no tomaron ninguna iniciativa para ayudar ni al Ejército del Ebro, empeñado en la lucha, ni a Cataluña, en la invasión que sucedió a los combates.

El plan republicano

El verdadero nombre del entonces teniente coronel Modesto, a cuyas órdenes se había colocado el llamado Ejército del Ebro, era Juan Guilloto León. Había nacido en 1906, en Puerto de Santamaría, y habría de morir en 1969 en Praga. Obrero aserrador mecánico «hijo y nieto de obreros», fue sin duda el más inteligente y capaz de los milicianos encumbrados a altos puestos por el Partido Comunista, al que se había afiliado en 1930. También fue el único en alcanzar el generalato, y a su muerte, el propio Manuel Aznar, el más sólido historiador de la guerra en el bando nacional, reconocería sus méritos desde las páginas de *La Vanguardia.* El Ejército del Ebro estaba formado por unos



En julio de 1938 ya está preparado el escenario geográfico para la última fase de la guerra. La zona republicana ha quedado dividida en dos y las fuerzas de Franco avanzan hacia Valencia. La ofensiva republicana en el Ebro significará un respiro para las fuerzas de Levante, pero la gran batalla a que dio lugar, y en la que fueron machacados los dos ejércitos de Cataluña —el del Ebro y el del Este—, será decisiva para el resultado final de la guerra.

100.000 hombres, contando los de la retaguardia inmediata, y servicios. Inicialmente seis divisiones tomaron parte en la ofensiva, pero el desgaste de los duros meses de combate obligaría a efectuar varios relevos y refuerzos con otras unidades. El lado izquierdo de la maniobra corría a cargo del V Cuerpo de Ejército, cuya unidad más importante era la 11.ª División, la unidad de *élite* del Partido Comunista. Líster había ascendido al mando del V Cuerpo de Ejército y «su» 11.ª División peleaba a las órdenes del comandandante Joaquín Rodríguez. En el plan general de la maniobra ofensiva, Líster tenía que forzar el río aguas arriba de Miravet y ocupar las sierras de Pàndols y Cavalls. La posesión de estas alturas sería uno de los determinantes de la batalla. No porque su elevación sea excesiva (709 y 660 metros respectivamente sobre el nivel del mar), sino por dominar de forma absoluta el territorio circundante: Mora de Ebro está apenas a 20 metros de altitud.

El ala derecha del ataque republicano sería realizado por el XV Cuerpo de Ejército, al mando del Tagüeña, antiguo estudiante de Ciencias, del que dependían las Divisiones 3.ª y 35.ª, ésta última internacional. Sobre la 35.ª recaía la parte más importante del ataque: la penetración hasta Gandesa. Para ello, una vez forzado el río a la altura de Ascó, debería dirigirse por Venta de Camposines y Corbera a ocupar el importante nudo de carreteras de Gandesa, del que se esperaba partir contra las vías de comunicación de Levante con Zaragoza. A su derecha, la División 3.ª atravesaría el río entre Ribarroja y Flix y trataría de tomar el macizo de la Fatarella, avanzando contra Villalba de los Arcos. Las reservas estaban constituidas por las Divisiones 46.ª y 16.ª, la primera mandada por el obrero meta-

lúrgico madrileño Domiciano Leal, que moriría en los combates de septiembre, y la otra por Manuel Mora, cuya defección causó uno de los momentos de crisis de la batalla. Ambas reservas se verían empeñadas casi desde el primer día. Una brigada de la 46.ª, la 10.ª, cruzó el río en los primeros momentos, con el fin de cubrir el flanco izquierdo de la 11.ª División, tomando posiciones sobre el riachuelo Canaletas.

El conjunto del plan, elaborado por el general del Estado Mayor Vicente Rojo, era correcto en su primera fase, y más aún contando con la sorpresa; pero era inconsistente en las fases posteriores. La pretendida penetración hasta Alcañiz seguramente fue considerada por Rojo como una quimera, dada la desproporción entre los efectivos totales nacionales y republicanos. La tesis de Líster es más verosímil: se trataba de desafiar al ejército de Franco, ya muy superior en número y capacidad de combate, a que los arrojase de las posiciones que acababan de conquistar.

Dos ataques secundarios, uno por Amposta y otro aguas abajo de Mequinenza, deberían contribuir a desorientar al enemigo sobre la verdadera dirección principal de la ofensiva. El de Amposta, conducido por la XIV Brigada Internacional, habría de saldarse con un tremendo fracaso.

La ofensiva republicana

El momento de iniciar la ofensiva fue fijado para las 0,15 horas del 25 de julio, y durante los dos meses anteriores, las unidades que habían de intervenir fueron sometidas a un intenso entrenamiento militar y político. Se enseñó a los hombres a nadar y a remar en pequeñas embarcaciones y pontones. El trabajo de las tropas de ingenieros fue intensísimo, y se hizo acopio de material de navegación de los puertos de Cataluña, amén de un total de once puentes de circunstancias: unos de madera, otros de hierro y también simples pasaderas de infantería. Las primeras oleadas atravesarían el Ebro por medios discontinuos: barcas y compuertas. Una vez ocupada la orilla opuesta, se lanzarían los puentes fijos o flotantes, por los que pasaría el material pesado, los tanques y la artillería. A todo lo largo de la batalla (115 días) el mantenimiento del paso entre una y otra orilla fue una de las mayores preocupaciones del Mando republicano. Los continuos ataques de la aviación nacional destruyeron repetidas vecès los puentes; durante muchas jornadas, las compuertas y embarcaciones fueron los únicos medios para reabastecer las unidades y evacuar los heridos; pero el flujo entre una y otra orilla no fue detenido jamás.

A la hora prevista, las unidades se pu-

Fuerzas republicanas vadeando el río por Miravet en los inicios de la gran batalla.



Un incidente durante el paso del río: el vuelco de una lancha. ***Abajo:*** **Juan Modesto en su cuartel general, instalado en un túnel del ferrocarril en el tramo Mora de Ebro-Flix.**



sieron en movimiento. La sorpresa fue total. No porque los movimientos y acopios de material no hubiesen sido vistos tiempo atrás desde los observatorios nacionales. Pero la línea del Ebro era considerada como un obstáculo infranqueable, y no se temía que un ataque en esa dirección pudiera ser de gran envergadura. Todas las unidades del Ejército Popular pusieron el pie en la orilla enemiga y realizaron la ocupación de sus cabezas de puente. En plena noche, los pontoneros realizaron el primer tendido de puentes para alimentar los primeros escalones y enviar más tropas a reducir los focos de resistencia.

Guarnecían la zona las Divisiones 50.ª y 105.ª del Cuerpo de Ejército Marroquí, con la 13.ª División en la retaguardia inmediata (zona de Serós). Las dos primeras eran unidades en vías de reorganización, incompletas. La 13.ª, por el contrario, aunque se encontraba en período de reposo, era una tropa excelente: «La Mano Negra; contra la Trece, no hay quien pueda», rezaba la leyenda de la División. La 50.ª resultó prácticamente arrollada por el ataque, perdiendo gran parte de sus efectivos, entre prisioneros y muertos. Por el contrario, la 105.ª (coronel López Bravo), que ocupaba el sector del río entre Cherta y la desembocadura, acabó rápidamente con la única unidad que pudo poner pie en la orilla sur por Amposta: el Batallón «Comuna de París», de la 14.ª Brigada Internacional. Destruido el puente que unía éste con la orilla propia, y atacado repetidas veces por dos batallones de infantería y otros dos de Tiradores de Ifni, a las seis de la tarde, los últimos supervivientes se arrojaban al río, intentando ganar a nado la orilla norte. Poco antes, el comandante Cazalá, que mandaba la unidad, se había suicidado para evitar caer en manos del enemigo.

La maniobra diversiva por Mequinenza tendría más éxito. Aunque ningún núcleo de población de importancia fue ocupado por la 226.ª Brigada Mixta, el ataque de ésta profundizó 8 kilómetros, hasta el Vértice de Els Auts. Dos días más tarde, el resto de la División 42.ª pasaría el Ebro para reforzarla, manteniéndose en aquel sector hasta el 7 de agosto, en que el primer fuerte contraataque nacional los arrojó a la otra orilla. La 42.ª División, que mandaba Manuel Álvarez, pasó después a combatir en el sector central de la cabeza de puente del Ebro, donde su jefe encontró la muerte en los últimos días de la batalla.

Pero el primer fallo realmente importante de la operación ofensiva fue que la 35.ª División no logró ocupar Gandesa. Según Modesto, la 15.ª Brigada Internacional «Lincoln» (norteamericanos, ingleses y canadienses) se detuvo ante la ciudad por falta de apoyo. Esta opinión es verosímil, pues Malcolm Dunbar, jefe del E. M. de la Brigada, relató al historiador Hugh Thomas que un tanque quedó averiado, durante las horas más importantes, en el mismo puente del Ebro, impidiendo la progresión de los demás. En un ejército rico, el carro hubiera sido arrojado al agua, evitando el retraso; pero en el estado de penuria de los republicanos tal solución no era imaginable. Por otro lado, Gandesa, adonde los internacionales llegaban en la tarde del 25 de julio, había sido rápidamente reforzada por

unidades de la 13.ª División nacional y por los elementos que se replegaban de la 50.ª

Al finalizar la primera jornada de la ofensiva, los republicanos habían ocupado la que sería prácticamente la línea definitiva: el arco del río entre Fayón y Cherta, que tiene una cuerda dé 60 kilómetros de longitud y una flecha de treinta. Los pueblos de Prat de Compte, Gandesa, Villalba de los Arcos y Pobla de Masaluca, donde los nacionales se habían atrincherado, señalaban la línea del frente. En la retaguardia republicana varios centros de resistencia se mantuvieron durante más de 24 horas: Mora de Ebro, García y Benifallet.

Al terminar las operaciones de limpieza (algunas unidades habían quedado desperdigadas por los montes) el número de prisioneros era de 2.000, según Modesto. Más importante era que los republicanos se habían apoderado de dos baterías de artillería, de 75 y 105 mm., material precioso para ellos. Durante los siete días que siguieron al paso del río, el Ejército Popular prosiguió sus acciones ofensivas, destinadas a envolver Gandesa, utilizando las reservas (Divisiones 16.ª y 46.ª), pero a partir del día 2 de agosto, Modesto dio orden de pasar a la defensiva: el enemigo ya era considerablemente más fuerte.

El Mando nacional acepta el reto

Efectivamente, desde el primer momento el Mando nacional había aceptado el desafío, y la afluencia de unidades procedentes sobre todo del frente de Levante, era continua: la 1.ª y 4.ª Divisiones Navarras (coroneles Mizzián y Alonso Vega), la 84.ª (coronel Galera), la 82.ª (coronel Delgado Serrano), la 152.ª (Rada), la 102.ª (Castejón), la 74.ª (Arias) y las unidades italianas del C.T.V., empezando por la artillería, que junto a la de los Cuerpos de Ejército Marroquí y del Maestrazgo, sumarían más de 300 piezas, de calibres entre 75 y 260 mm., incluyendo algunas baterías de los famosos 8,8 antiaéreos alemanes, pero que se utilizaban como antitanques y contra objetivos terrestres. En esta masa artillera estaría la clave de los combates del Ebro. Es por ello que se ha comparado esta batalla a la de Verdún. Cumpliendo con la frase «la artillería conquista y la infantería ocupa», las posiciones republicanas serían sometidas a un continuo diluvio de metralla y fuego, que los supervivientes recuerdan hoy día como el principal origen de sus bajas.



El generalísimo Franco, acompañado por el general Solchaga, en el frente del Ebro, el día 19 de agosto de 1938. El puesto de mando del general Franco estaba instalado en el Coll del Moro, sobre Gandesa, y frente a las Sierras de Cavalls y de Pàndols. *En la foto inferior:* **soldados nacionales en el sector de Gandesa —alrededor del cual pivotó la batalla— en agosto de 1938.**



Un millón y medio de disparos se hicieron a todo lo largo de la batalla, lo que supuso 13.600 proyectiles diarios. Coincidiendo con los últimos disparos, las oleadas de infantería se lanzaban al asalto. Tal fue la táctica adoptada por el Mando nacional.

Los primeros contraataques, a principios de agosto, tenían por objeto tantear el frente enemigo. Se operó contra el río Canaletas, contra la Fatarella, y sobre todo contra la Sierra de Pàndols, desde cuyos observatorios los republicanos dominaban el frente. Pero todos los ataques resultaron rechazados, pues como había sucedido en Verdún, los defensores se guarecían cuanto podían durante la preparación artillera y de aviación, y rompían el fuego contra los asaltantes a escasos metros de distancia.







De arriba abajo: **soldados republicanos —y personal civil— recibiendo instrucciones de unos jefes y oficiales en los primeros momentos del cruce del río; entre estos últimos se identifica un oficial de la Marina. Camilleros de la 46.ª División republicana recogen heridos en la primera línea de fuego. Un sector del Ebro, con un vigía republicano en primer término.**

En este aspecto, los supuestos de Modesto y Líster no dejaban de ser acertados. Aunque las unidades republicanas fueron muy castigadas por la artillería, las bajas nacionales resultaron impresionantes. La 13.ª División, a finales de septiembre, según Aznar, había tenido un 76 % de bajas de oficiales y 60 % de tropa, índice claro de la combatividad de sus cuadros de mando. A pesar, pues, de la disparidad de medios, el combate quedaba bastante igualado. Cada palmo de terreno arrebatado a los republicanos costaba un gran esfuerzo. Los contraataques se sucedían, y muchas posiciones cambiaban de mano varias veces en un solo día.

Hasta el 19 de agosto no se produjo la primera ruptura en el frente republicano. En aquellas fechas, el propio Generalísimo Franco se había trasladado al campo de batalla. La 16.ª División republicana fue arrollada por el ataque de las 74.ª, 82.ª y 102.ª nacionales, y el Vértice Gaeta, de gran importancia estratégica, fue ocupado por éstas el día 22.

Corbera sería tomada el 3 de septiembre. Entre esta población y Gandesa apenas hay 4 kilómetros de distancia, lo que habla bien de la dureza de la lucha, ya que había costado un mes el recorrerlos. Y otro mes costaría llegar a la Venta de Camposines, situado a seis kilómetros en la retaguardia republicana.

El desgaste de las unidades era intensísimo. Unas y otras hubieron de ser relevadas repetidas veces, para entrar en fuego de nuevo. Las bajas eran enormes. Entre ellas, algunas figuras destacadas, como Matías Yagüe, un leñador de la Serranía madrileña, comandante de la 9.ª Brigada de la 11.ª División republicana, al que ningún parentesco unía con el legendario general del Ejército Nacional. En cambio, el joven Lewis Clive, muerto como teniente de la 15.ª Brigada Internacional, descendía en línea directa de lord Robert Clive, fundador de la potencia británica en la India.

La crisis de Munich

Al terminar el mes de septiembre la crisis de Munich había arruinado las esperanzas del Gobierno de Negrín de internacionalizar la guerra. En realidad, entre las motivaciones para lanzar la ofensiva, había pesado la amenaza a la paz mundial que constituían los intentos de Hitler por desmembrar Checoslovaquia, iniciados en abril de 1938. El Pacto de Munich dejó a Hitler las manos libres en el pequeño país. La 2.ª Guerra Mundial no haría más que retrasarse escasamente un



2



1 y *2* Vista general y parcial de Corbera en la actualidad. *3* Vista general de Gandesa; las fuerzas republicanas llegaron hasta las afueras de la población. *4* Monumento alzado por la Hermandad del Tercio de Montserrat en Cuatro Caminos, cerca de Villalba de los Arcos, donde esta unidad luchó con denuedo y sufrió graves pérdidas. *5* Vista general de Villalba de los Arcos. *6* La Venta de Camposines en la actualidad, nudo estratégico de comunicaciones de la bolsa republicana.

3







6



Las fuerzas republicanas cruzaron el Ebro el 25 de julio y formaron una gran bolsa cuyo centro de comunicaciones era la Venta de Camposines y que comprendía entre otros pueblos Mora de Ebro, Flix, La Fatarella y Corbera. En este terreno, quebrado y poco apto para las maniobras de envolvimiento, se libró una batalla durísima. El Gobierno republicano anunció un total de 70.000 bajas, entre muertos, heridos graves y heridos menos graves. Las fuerzas nacionales no sufrieron el mismo quebranto, pero sin duda su número de muertos y heridos fue más elevado que en cualquier otra batalla anterior.



año; pero la República Española quedaba irremisiblemente condenada.

Con la internacionalización del conflicto, se suponía que los nacionales se alinearían con lo que se llamaría el Eje, y que la República recibiría la nada despreciable ayuda de Francia e Inglaterra. En marzo del año siguiente este tema sería invocado de nuevo por los partidarios de la resistencia a ultranza; la 2.ª Guerra Mundial se veía venir a pasos de gigante. Pero es más que dudoso que Alemania e Italia se hubieran lanzado a la aventura militar antes de que el conflicto de España hubiera finalizado. Sin duda, por ello, a partir de Munich, aumentaron considerablemente sus esfuerzos en este sentido, reponiendo el desgaste de material que el Ejército Nacional consumía en el Ebro.

Final de la batalla

A mediados de octubre ambos bandos acusaban el cansancio de los combates disputados en la cabeza de puente. En la parte central del dispositivo, sobre la carretera Gandesa-Ascó, se dibujaba un profundo entrante que llegaba hasta las inmediaciones de la Venta de Camposines, donde de la carretera Gandesa-Mora de Ebro arranca un ramal que va a Flix y un camino cantero a La Fatarella. Pero el cruce seguía en manos republicanas.

El día 14, aprovechando una tregua momentánea, los 6.000 internacionales que combatían en Cataluña fueron evacuados hacia Barcelona y abandonaron España, en dirección a sus países. Mussolini, en reciprocidad, llamaría a 10.000 hombres del C.T.V. En la despedida de los internacionales, en Barcelona, Modesto diría su «¡Hasta la vista!». Y no podía sino intuir cuán pronto se iban a encontrar unos y otros en el camino del exilio, en el maquis del sur de Francia, en las luchas por Stalingrado, en los barracones de Mauthausen...

En el frente del Ebro, la situación del Ejército Popular era cada vez más comprometida. El general García Valiño, bajo cuyo mando estaban unificadas las fuerzas nacionales, presionaba más y más. Los viejos días de las milicias voluntarias, de la disciplina de la camaradería, habían desaparecido en el olvido. Ahora los mandos republicanos aplicaban una disciplina de hierro: «Resistir, resistir...», era la orden; y si alguien la contravenía era inmediatamente fusilado. Líster y Tagüeña habían colocado algunas unidades en retaguardia con la misión exclusiva de detener cualquier escapada. Las deserciones aumentaban, y lo peor es que no sólo afectaban a los soldados de las reclutas más recientes (se habían movilizado cinco quintas antes de comenzar la batalla), sino a los veteranos voluntarios de la primera hora.

Al fin, el 30 de octubre se produjo la ruptura definitiva. Las tropas de García Valiño, desde la Venta de Camposines, escalaron las abruptas pendientes de la Sierra de Cavalls. Las posiciones de Pàndols quedaron envueltas, y Líster las evacuó el día 4 de noviembre. Todavía se luchó durante diez días. Hasta el 11 no entraron los nacionales en Mora de Ebro. Mal que bien, los restos del Ejército del Ebro fueron repasando el río. La última en hacerlo fue la 13.ª Brigada, una de las primeras

que había partido al asalto cuatro meses antes. A las 4,40 horas del día 16 de noviembre, el puente de hierro de Flix era volado con explosivos, incomunicando ambas orillas. La batalla del Ebro había terminado.

¿Otro Verdún?

¿Cuántas bajas había costado? Los datos que se han barajado presentan fuertes discrepancias, quizá más aparentes que reales. La cifra oficial de prisioneros tomados por los nacionales fue de 19.563. También oficialmente se contabilizaron 13.375 cadáveres enemigos. Esta cifra coincide con la que menciona Líster cuando argumenta que el Ebro fue una victoria republicana. Para Líster sus bajas fueron 50.000 hombres de los que 15.000 eran muertos. El Gobierno Negrín anunció oficialmente que habían sido 70.000, aunque incluía los heridos menos graves, no contabilizados por Líster. El diario londinense *Times* dio la de 40.000 bajas por cada lado, cifra recogida por el historiador Gabriel Jackson, y que probablemente sea la más verosímil, ya que recoge los muertos y heridos graves y no hace mención de los prisioneros, que no son «baja» para un observador neutral.

Pero aquí es donde falló el argumento de los dirigentes comunistas, de que el Ebro fue el «Verdún» del Ejército Nacional. En Verdún, atacantes y defensores alimentaban continuamente el desgaste de sus fuerzas, hasta que la penuria de reservas amenazó la estabilidad del Ejército alemán. Pero en el Ebro fueron los defensores quienes liquidaron todas sus reservas: las tropas del Ejército Popular quedaron tan maltrechas, que la ocupación de Cataluña por el Ejército Nacional, en diciembre y enero siguientes, fue un verdadero paseo militar.



Un tercio de requetés efectúa su entrada en Barcelona por la Diagonal.
En la foto inferior: **tropas marroquíes durante la campaña de Cataluña.**



Ocupación de Cataluña

Tras un período de descanso para restablecer sus efectivos, el 23 de diciembre de 1938 el Ejército Nacional iniciaba el avance sobre la región catalana.

Las tropas que integraban la masa atacante sumaban 300.000 hombres, articulados en siete cuerpos de ejército, bien apoyados por la artillería y la aviación. La moral de triunfo era absoluta. Enfrente tenían 140.000 combatientes ya completamente desmoralizados, cuya resistencia fue más esporádica que efectiva. El avance nacional iba dirigido por el general Dávila. Roto el frente por Serós y por Balaguer, todos los esfuerzos enemigos por restablecer la situación en la línea Tàrrega-Cervera-Borjas Blancas fueron baldíos. Las precarias posiciones republicanas fueron envueltas y ninguna línea de resistencia tuvo consistencia suficiente. En el sur el avance fue rápido: la sierra de Montsant fue desbordada y el 15 de enero las tropas del Ejército Nacional entraban en Tarragona. El avance sobre Barcelona se realizó desde esta dirección. El 26 de enero las tropas del Cuerpo del Ejército Marroquí entraban en la Ciudad Condal, ante la que los republicanos no establecieron línea defensiva alguna. Otra posición fuerte, el Montseny, era envuelta por el Cuerpo de Ejército de Navarra, que el 4 de febrero entraba en Gerona, mientras por la costa el avance del C.T.V. del general italiano Gámbara continuaba sin encontrar resistencia de importancia. Sólo las tropas de Muñoz Grandes, Moscardó y García Valiño encontrarían alguna dificultad, al tener que recorrer las zonas más abruptas del Pirineo.

El día 10 de febrero, la campaña en Cataluña tocó a su fin. El número de prisioneros fue del orden de 70.000; un número mayor buscó refugio en Francia, donde fueron internados en campos improvisados. Moralmente la guerra había terminado.

Santiago Perinat Mazeres

FRANCISCO FRANCO BAHAMONDE

1


2


3


4


5


6


7


1 Francisco Franco, cadete de la Academia de Infantería. 2 El joven oficial Franco en 1910. 3 Con el grado de comandante, luciendo la Medalla Militar individual, la más importante medalla al valor después de la Cruz Laureada de San Fernando. 4 En África, al frente de un destacamento, atravesando un territorio controlado por el enemigo. 5 La boda del teniente coronel Franco y Carmen Polo Martínez Valdés, apadrinada por Alfonso XIII y Victoria Eugenia. 6 Alfonso XIII condecora a Francisco Franco, ya general y director de la Academia de Zaragoza. 7 El teniente coronel Franco con su hermano Ramón, el héroe del «Plus Ultra».

Francisco Franco Bahamonde nació en El Ferrol el 4 de diciembre de 1892. Desde su bisabuelo, don Nicolás Franco y Sánchez, sus antepasados habían desempeñado cargos en la Marina española. El niño, atraído por el ejemplo de sus mayores y por el ambiente de su ciudad natal, también quiso ser marino, pero después de sus primeros estudios vio frustrados sus deseos de ingresar en la Academia de Marina, pues el Gobierno había suspendido temporalmente los exámenes de ingreso.

El 29 de agosto de 1907 entró en la Academia de Infantería de Toledo, cuando aún no había cumplido los 16 años. En esta escuela de formación militar alimentó su amor a la disciplina, unida siempre a cierto espíritu crítico, fruto de la reflexión. El 13 de julio de 1910 salió de la Academia con el grado de alférez. Destinado al Ferrol, solicitó la incorporación a las fuerzas de Marruecos. En febrero de 1912, llega a Melilla, donde se incorpora al Regimiento de África n.º 68. La influencia de Marruecos marcará toda su vida; allí desarrolló sus dotes tácticas en maniobras audaces, no siempre dentro de los procedimientos usuales. Fue ascendido a primer teniente por méritos de guerra; en 1915 alcanzó la graduación de capitán. Al ocupar Biutz, en 1916, recibió una herida grave. Le fue concedida la Medalla de Sufrimientos por la Patria y la Gran Cruz de María Cristina.

A los 24 años era ya comandante, destinado al Regimiento del Príncipe de la ciudad de Oviedo. Durante el otoño de 1920, los padres de su novia Carmen Polo dieron el consentimiento para la boda; pero días más tarde partía de nuevo para África.

Nombrado por Millán Astray lugarteniente de la Legión, se puso al frente de su Primera Bandera. Después del desastre de Annual, acudió en socorro de Melilla y su sola presencia infundió tranquilidad y confianza. En el campamento de Dar Drius le fue impuesta la Medalla Militar. Asciende a teniente coronel; publica el «Diario de una bandera». Tenía sólo 30 años de edad cuando, sustituyendo a Valenzuela, tomó el mando de la Legión. Durante la Dictadura, aconsejó al Rey y a Miguel Primo de Rivera el desembarco de Alhucemas. Finalmente, el 16 de octubre de 1923, pudo casarse con Carmen Polo, en la Iglesia de San Juan de Oviedo, siendo apadrinado por Alfonso XIII.

De nuevo en África, organiza la retirada de Xauen, modelo en su género. Fue ascendido a coronel y tomó parte activa en el desembarco de Alhucemas. Era general a los 33 años, el más joven de Europa.

Primo de Rivera crea la Academia General Militar y le encomienda su dirección. Más tarde, durante la II República, Azaña disolvió esta institución, y Franco se despidió de sus cadetes con un discurso en que aconsejaba la disciplina, aun en el caso que el corazón se rebelara contra lo arbitrario. Para alejarle, Azaña le destinó a la Comandancia General de Baleares. Pero el curso de los acontecimientos había de colocarle otra vez en una posición clave. La revuelta de octubre del 34 en Asturias, hizo que el entonces ministro de la Guerra, Diego Hidalgo, solicitara su colaboración. Desde el Gabinete Telegráfico del Ministerio, Franco dirigió las operaciones de las fuerzas mandadas por López Ochoa y por Yagüe, al frente éste de las tropas de África.

El 17 de mayo de 1935, Gil Robles, que era entonces ministro de la Guerra, le llamó a la Jefatura del Estado Mayor Central. Después de las elecciones generales de febrero de 1936, que dieron la victoria al Frente Popular, Franco fue destinado a la Comandancia Militar de Canarias. Desde allí, el 19 de julio, le fue fácil ponerse al frente de los sublevados en Tetuán. Franco, que no había querido pertenecer a la Unión Militar Española



1 Iniciada ya la contienda española, vemos al entonces general Franco durante el período en que decidió alejar de Madrid el teatro de operaciones. 2 Últimas operaciones de la guerra: el Generalísimo dirige la ofensiva de Cataluña. 3 Una de las más célebres fotografías oficiales del Generalísimo y Jefe del Estado.

y que el 16 de febrero se había negado a intervenir en ningún alzamiento armado contra el Gobierno, hizo el 18 de julio una llamada general a las armas. El Ejército, según él, no debía intervenir más que «in extremis», y para salvar a la Patria.

Al iniciarse la guerra, la travesía del estrecho, uno de los momentos más apurados, se coronó con éxito el 5 de agosto. Franco unió la estrategia militar a la política durante la Guerra Civil española. «Toledo —le habían advertido— podía costarle Madrid.» Sin embargo, 1.300 hombres resistían heroicamente en el Alcázar. Franco creía que en la guerra contaba mucho el factor espíritu. «El Alcázar antes que Madrid», fue su sentencia, y el 27 de septiembre las vanguardias de Varela llegaron al Alcázar.

La falta de unidad de mando constituía uno de los más graves achaques del Ejército Nacional. Después de una reunión celebrada en un aeródromo cerca de Salamanca, el general Cabanellas le encomendaba en Burgos el Mando Supremo y la Jefatura del Estado. Su preocupación por la unidad fue causa del Decreto de Unificación, en virtud del cual los diversos partidos y grupos políticos que actuaban en el Movimiento se unificaban en una sola organización que pasaba a llamarse Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S.

La reconquista de Teruel, que había caído en manos del Ejército republicano el 7 de enero de 1938, fue el punto de partida para la acción final. Entretanto, Franco formó su primer Gobierno, constituyó el Primer Consejo Nacional de F.E.T. y de las J.O.N.S. y promulgó el Fuero del Trabajo. La ocupación de Vinaroz por la 4.ª Brigada de Navarra había impreso un nuevo giro a la guerra. El 18 de julio el Generalísimo fue ascendido a Capitán General. El 25 del mismo mes el Ejército republicano había cruzado el Ebro en una acción ofensiva. En la gran bolsa de la comarca de Gandesa se iba a reñir la última gran batalla de la guerra, de resultado decisivo y que Franco supo inclinar a su favor.

La aportación de Alemania e Italia, que no había sido desinteresada, hizo creer, al estallar la Segunda Guerra Mundial, que España se alinearía junto a las potencias del Eje. Franco mostró en tan difícil trance una gran aptitud para la maniobra internacional: fue tan inflexible en lo fundamental como dúctil en lo que consideraba secundario. Habíase manifestado siempre como decidido anticomunista, pero sin encastillarse en posturas o alianzas que pudieran comprometer el bienestar del país. No es otra la causa de la actitud que adoptó ante las exigencias de Hitler, empeñado en comprometer a España en la guerra mundial. (Entrevista de Hendaya, el 23 de octubre de 1940.) Desde que estalló la contienda, no dejó Franco de advertir los peligros que el conflicto suponía para la seguridad de Occidente, llegando a anunciar a Churchill que, en fecha no lejana, tendría que enfrentarse con la amenaza soviética.

Francisco Salvá Miquel

Exodo en Cataluña

A fines de enero y principios de febrero de 1939 cruzaron la frontera española con Francia, en Cataluña, más de medio millón de personas, entre civiles y militares. Así se iniciaba el fenómeno del éxodo de poblaciones, que fue tan general, después, durante la Segunda Guerra Mundial.

La ofensiva nacionalista, desencadenada en tierras catalanas la antevíspera de la Navidad de 1938, iba a provocar un éxodo masivo que alcanzaría dimensiones inéditas en la guerra civil española. La población catalana había presenciado, a lo largo de treinta meses, la llegada de otros éxodos: el madrileño, en el otoño de 1936; el malagueño y el vasco, en 1937; el aragonés, en la primavera de 1938. El espectáculo de tanto dolor y el empeoramiento del panorama militar parecía propio para desalentar nuevas migraciones en la zona republicana. Sin embargo, no fue así. Dos factores preponderaron sobre cualquier otra consideración: el de los relatos sobre la entrada de las tropas enemigas, de los moros en particular, y el de la particular circunstancia política del país catalán. Ambos darían al éxodo de Cataluña su singular característica: la de estar integrado por gentes de la más variada extracción social, cultural, política y profesional, así como la procedencia geográfica.

No debe olvidarse que Cataluña fue la primera región de España que sofocó el alzamiento de julio de 1936. En ella, controlada e incontroladamente, la represión revistió particular dureza y fue donde, sobre todo en el terreno industrial, la socialización (el poder económico en manos de los sindicatos obreros) alcanzó mayor amplitud. Luego, por razones ideológicas, culturales, demográficas y económicas, Cataluña había sido la región que más contribuyó al esfuerzo de guerra republicano. Esta notable aportación contra el Alzamiento justificaba, pues, el temor de unas represalias equivalentes al grado de responsabilidad contraído durante la guerra civil. Por otra parte, la inmensa mayoría de los protagonistas de los éxodos precedentes, por razones obvias, se puso en marcha de nuevo. Y esto pese a que, a distintos niveles, surgieron las llamadas al orden y a la prudencia, ya que echarse a la carretera en plena retirada, cuando los desplazamientos de tropas y de material bélico eran numerosos y accidenta-



Nubes de humo sobre Barcelona, tras uno de los últimos bombardeos aéreos a que fue sometida la ciudad antes de su definitiva caída.



1 Los últimos soldados republicanos, junto con algunos civiles, atraviesan los nevados pasos pirenaicos hacia Francia. *2* Un destacamento de milicianos cruza la frontera (9 de febrero de 1939). *3* Un grupo de refugiados pasa por Le Boulou, en el sur de Francia, en su marcha hacia los campos de concentración. *4* Soldados franceses en su puesto de vigilancia, mientras montan guardia en un campamento de refugiados españoles. *5* Alcanzada la frontera francesa en su avance, las vanguardias nacionales saludan alborozadas a los soldados galos.



2



3



5





El alambre de espino se ha convertido en una virtual frontera para los refugiados españoles. En la fotografía, el campo de concentración montado por el Gobierno francés en Argelés-sur-mer.

dos, y en la que los bombardeos, por tierra, mar y aire, serían de una violencia inusitada, significaba correr riesgos incalculables. Todo ello sin contar las dificultades que el movimiento de personal civil podía crear —y que de hecho ocasionó— al Ejército republicano.

Mientras los nacionales no entraron en Barcelona (26-1-1939), el éxodo se mantuvo, si cabe, en los límites previsibles, puesto que la población de numerosos pueblos leridanos y tarraconenses había sido evacuada meses antes hacia el interior de Cataluña.

Pero, a fines de enero de 1939, precediendo a las unidades republicanas (algo más de ciento cincuenta mil hombres en línea), y mezcladas con los servicios auxiliares del Ejército y con las fuerzas de reserva, compuestas de reclutas y reemplazos recién llamados a filas, huían hacia la frontera francesa caravanas de población civil de millares y millares de personas.

Cuatro fueron los principales puntos fronterizos hacia donde los fugitivos afluyeron: Puigcerdà, Camprodón, El Pertús y Portbou. Y cuando el atascamiento en las carreteras y caminos de acceso a ellos fue absoluto, muchos se arriesgaron por los senderos pirenaicos. Así, a los miles de civiles muertos durante la retirada habría que añadir algunos que perecieron sepultados bajo la nieve.

A fines de enero, y tras no pocas reservas y reticencias, las autoridades francesas abrieron la frontera. En dos semanas (27 enero-10 febrero) se desparramaron por la vertiente norte del Pirineo algo más de medio millón de personas, entre las que figuraban unos 75.000 niños, unas 105.000 mujeres y alrededor de 15.000 heridos. Por aquellas fechas abandonaron también Cataluña cerca de 2.000 médicos, más de 1.000 abogados y medio millar de ingenieros y arquitectos, siete rectores de Universidad y 156 catedráticos (de los 550 con que contaba España en 1936), así como unos 300 profesores de segunda enseñanza; 243 escritores y periodistas, cerca de 5.000 funcionarios (de tres Gobiernos: el Central, el vasco y el catalán), así como unos 40.000 técnicos y obreros especializados. Una mínima parte de ellos (el diez por ciento aproximadamente) emigraría a tierras iberoamericanas (en particular a México) y a la Unión Soviética. Los demás (excluidos los que regresaron a España: un quince por ciento) seguirían internados en los campos de concentración del Rosellón y de la región pirenaica, así como en refugios y albergues improvisados precipitadamente en los cuatro puntos cardinales de Francia.

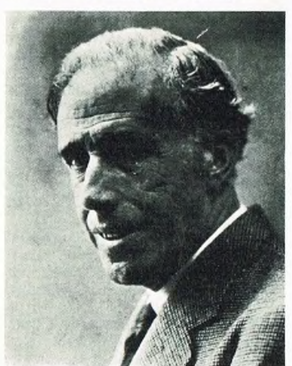
Eduardo Pons Prades

Sublevaciones contra el Gobierno de Negrín

La zona republicana Centro-Levante-Sur era más extensa que Cataluña y contaba con importantes fuerzas militares. Pero estratégicamente resultaba muy vulnerable; moralmente, en febrero de 1939 la República había perdido ya la guerra. Eso explica las dos sublevaciones contra Negrín: la de Cartagena —principal base de la flota republicana— y la del coronel Casado en Madrid.

Efectos de los cañonazos en la fachada de un edificio en Cartagena. ***Abajo:*** **el profesor Julián Basteiro, que apoyó en Madrid la sublevación de Casado.**





La pérdida de Cataluña supuso para la República una considerable merma de territorio, la inaccesibilidad a la frontera francesa y el paso a manos nacionales de las industrias, materias primas y la agricultura catalanas, más la mayor parte de su potencial humano. En la zona republicana faltaban alimentos, ropas, medicinas, transportes; faltaba todo. Aún cuentan con un ejército superior al medio millón de hombres, todavía la flota se mantiene íntegra en la base de Cartagena, pero el armamento es insuficiente y la desproporción en cuanto a número de aviones con respecto a los nacionales, abrumadora. A causa del bloqueo marítimo y de que a partir del pacto de Munich la situación internacional ha evolucionado, el Gobierno republicano apenas recibe ayudas y aquellas que le llegan resultan absolutamente insuficientes. Si en aquel momento era impensable, después se ha supuesto que comenzaba a gestarse el Pacto Germanosoviético y que la U.R.S.S. daba por perdida la causa republicana y la abandonaba. Cada día son más quienes desean que la guerra termine, aunque sea con la derrota republicana. Grandes sectores de la población han cedido al desengaño, al cansancio y desaliento, al miedo. Muchos confían en una paz negociada, con vencedores pero sin vencidos. Del resuelto y vigoroso «No pasarán» de los primeros días apenas quedan los ecos.

La enorme expansión y poder que ha ganado el Partido Comunista y la manera en que lo ha utilizado lo ha hecho impopular —odioso en los casos extremos— para republicanos, socialistas y libertarios. Consideran a Negrín, a sus seguidores y a los comunistas, responsables de la situación a la cual se ven enfrentados, y los más decididos se aprestan a eliminarlos del poder. Por su parte, los jefes militares procedentes del antiguo Ejército que han luchado en favor de la República, han llegado al convencimiento de que la guerra está perdida y suponen que, eliminados Negrín y los comunistas, y con ellos la influencia soviética, podrán conseguir de Franco, a cambio del compromiso de poner fin a la guerra sin más desórdenes ni estragos, unas mínimas condiciones.

Posición del Jefe del Gobierno republicano

Confiaba Negrín en que, dada la tensión internacional, en cualquier momento podía estallar un conflicto en que Francia e Inglaterra entraran en guerra contra el Eje y que en tal caso intervendrían inmediatamente en España. Ello alteraría la situación militar en favor de la República o permitiría plantear una eventual pacificación desde bases muy favorables. No se puede descartar que, aun considerando que Rusia siguiera siendo aliada, proyectase Negrín sacudirse la tutela de P.C.E. y de la III Internacional, dejando reducido aquél a mero integrante de una coalición dentro de un gobierno democrático en guerra.

El 10 de febrero aterrizó Negrín en Alicante procedente de Toulouse; también fueron reintegrándose a España sus ministros. Jefes y comisarios del desaparecido Ejército de Cataluña, miembros algunos del Buró Político y los más del Comité Central del P.C.E., regresaron a la zona Centro-Sur, que era ya el único territorio republicano. Permanecieron en Francia, a donde se habían retirado tras la evacuación de Cataluña, el presidente de la República don Manuel Azaña, el de las Cortes, los presidentes de los Gobiernos de la Generalidad y de Euzkadi. Tampoco regresó el jefe del Estado Mayor, general Vicente Rojo, ni otros mandos militares y dirigentes políticos, ni altos funcionarios de la administración y la justicia, ni los líderes catalanes de la C.N.T. y la F.A.I. La mayor parte de los demás, la masa de militares o civiles, se hallaban internados en campos de concentración franceses.

Inglaterra y Francia reconocen al Gobierno de Burgos

El día 26 de febrero de 1939 los Gobiernos de Inglaterra y Francia acordaron reconocer al de Burgos, cerca del cual habían mantenido hasta entonces representantes oficiosos. En días sucesivos, salvo la U.R.S.S. y México, lo hicieron las demás naciones que aún no lo habían reco-

nocido. El día 27 el presidente Azaña dimitió; no quiso anticiparse al reconocimiento de las potencias para evitar que las cancillerías tomaran su dimisión como pretexto. Antes del reconocimiento, lord Halifax, titular del *Foreign Office*, propuso al Gobierno republicano ofrecer un cese de hostilidades a cambio del compromiso por parte de Burgos de no aplicar represalias políticas, juzgar los crímenes comunes por tribunales ordinarios y permitir la salida de España de los elementos directivos. La propuesta al presidente Negrín se hizo por medio del embajador Azcárate. A pesar de la reiteración con que Azcárate solicitó respuesta, no le llegó a tiempo. Todavía el 21 Halifax insistió, dando un plazo de veinticuatro horas para que Negrín le autorizara a intentar la mediación antes del reconocimiento. Las explicaciones que después dio Negrín sobre su silencio, fueron poco satisfactorias y evasivas. No deseaba protagonizar una rendición.

Los nacionales

Si la batalla del Ebro, con resultado que en algunos momentos llegó a parecer incierto y su elevado número de muertos y heridos, hizo que vacilara un poco la confianza en el triunfo de Franco, en la zona nacional y en el extranjero, la rápida y enérgica ofensiva de Cataluña disipó las dudas. El 31 de enero, cinco días después de la entrada en Barcelona, Franco había cursado al Ejército el siguiente comunicado: «Las noticias que se reciben por conductos que merecen crédito respecto a la situación del enemigo, aconsejan aprovechar su decaimiento moral para no darle punto de reposo, a fin de terminar la campaña en el menor plazo posible y emprender cuanto antes la gran tarea de la reconstrucción nacional...»

Reunión en Los Llanos

El 27 de febrero Negrín reunió en Los Llanos (Albacete) a los altos mandos militares, almirante de la flota y jefe de aviación de la zona. Con excepción del general Miaja, cuyo entusiasmo en favor de la resistencia a ultranza —que su conducta iba a desmentir en plazo breve— resultó imprevisible, todos se mostraron inclinados en mayor o menor grado a poner fin a una guerra que consideraban perdida. El almirante Buiza fue más lejos: declaró que de no hacerse la paz en plazo muy breve, la flota abandonaría la base de Cartagena. Argumentó el Presidente que habían resultado infructuosos los tanteos del Gobierno y que no quedaba otra salida que continuar la guerra, para lo cual prometió que llegarían armas y elementos. Si el jefe del Gobierno no tomó medidas inmediatas, comprendió la necesidad de aceptar la combinación de mandos que venía proponiéndole el Partido Comunista: nombrar para los puestos clave a militares comunistas, únicos decididos a proseguir la lucha. Los demás reunidos tuvieron ocasión, por su parte, de comprobar que existía un acuerdo tácito entre ellos y algunos quedaron convenidos para poner en práctica planes que hasta aquel momento no pasaban de proyectos inarticulados.

El jefe del Ejército del Centro, coronel Segismundo Casado, estaba ya en relación con Julián Besteiro, relevante personalidad socialista, que se había mantenido al margen de la guerra y no disimulaba su convicción de que debía ponérsele fin y llegar a un acuerdo con el enemigo. Asimismo, mantenía Casado contacto con otros dirigentes socialistas, republicanos y con los anarcosindicalistas. Y además, con el cónsul inglés en Madrid, que lo alentaba en sus propósitos.

Sublevación en Cartagena

Consecuencia de la reorganización de mandos, que los contrarios iban a interpretar como golpe de Estado comunista, es el nombramiento del teniente coronel Galán para la jefatura de la base de Cartagena. La llegada del comunista Galán a Cartagena desencadena allí la sublevación. Durante las últimas horas de la noche del día 4, Galán, a quien suponen portador de consignas severas, es arrestado por marinos de la base. En la confusión del levantamiento unos se apoderan de las baterías de costa, otros ponen en libertad a los presos falangistas y ocupan la emisora de radio. La situación es confusa; son detenidos elementos a quienes se considera negrinistas o comunistas. Se celebran reuniones, se discute y mientras, desde las baterías, se amenaza a los buques de la escuadra conminándolos a abandonar el puerto. Sublevados, abiertamente nacionales, lanzan proclamas y piden por radio ayuda a Franco. Por la mañana se producen las primeras escaramuzas y ataques de ambas aviaciones. Los nacionales bombardean el puerto y causan graves daños a un destructor. Una brigada comunista, trasladada desde Valencia para apoyar a Galán, comienza a operar sobre Cartagena.

Al mediodía del 5 la situación se hace insostenible para los gubernamentales, que se creen acorralados. Bajo amenaza de los sublevados, la flota se hace a la mar. En el buque insignia embarcan los que se opusieron a Galán... y Galán mismo. En algunos edificios aparecen banderas nacionales, pero, además de tímidas reacciones, la brigada comunista, reforzada con algunos blindados, se apodera de la ciudad y cerca los edificios donde se han encastillado los rebeldes. El cuartel general de Burgos decide acudir en auxilio de los sublevados, con quienes la comunicación es precaria. En el Grao de Castellón y en Málaga embarcan fuertes efectivos y se moviliza la escuadra del Mediterráneo: va a intentarse un desembarco. Los sublevados no toman, o no pueden tomar, iniciativas, acosados como están por la brigada comunista, que ya se ha apoderado de una de las baterías. Cuando el día 6, buques y transportes nacionales van concentrándose frente a Cartagena, les dispara esa batería y los ataca la aviación.

La reacción gubernamental ante el levantamiento de Cartagena es nula, pues la brigada opera casi por propia iniciativa.

Casado y el Consejo Nacional de Defensa

Veinticuatro horas después de sublevarse Cartagena se reúnen en los sótanos del Ministerio de Hacienda de Madrid, el coronel Casado, Besteiro y representantes de los demás partidos y organizaciones sindicales. Está con ellos Cipriano Mera, teniente coronel de milicias, el más eficiente militar procedente de las filas anarquistas; manda el IV Cuerpo de Ejército y ha dispuesto que fuerzas suyas ocupen distintos puntos de la capital. En los minutos iniciales de la madrugada del día 6, se anuncia por un micrófono conectado con la emisora, la constitución del Consejo Nacional de Defensa, que asume el poder en la zona republicana. Hablan Besteiro, Casado y Mera. Se ataca a los comunistas y a Negrín y se declara la inconstitucionalidad de su gobierno como consecuencia de la dimisión de Azaña. Preside el Consejo Casado y las carteras se distribuyen entre representantes de los demás partidos, excepto del Comunista. «A partir de este momento, ciudadanos —dijo Mera—, España tiene un gobierno y una misión, la paz, pero la paz honrosa basada en postulados de justicia y hermandad...» La presidencia le es ofrecida a Miaja, jefe supremo del Ejército republicano, que se halla en Valencia. Miaja acepta y se traslada a Madrid.

Negrín y sus ministros se hallaban re-





El general Miaja, cuyo último cargo durante la guerra fue el de Presidente del Consejo de Defensa. *Derecha:* el coronel Segismundo Casado, jefe del Ejército Republicano del Centro.

unidos en una finca en las inmediaciones de Elda (Alicante), cerca del aeródromo de Monóvar. Los principales dirigentes comunistas estaban con el Gobierno o en lugares próximos. Alguien que escuchaba la radio les avisó de lo que ocurría en Madrid. Negrín se puso al habla con Casado y también lo hicieron otros ministros, sin conseguir ningún acuerdo; incluso le propusieron que enviara a Elda un delegado del Consejo para efectuar, siquiera de manera formularia, un relevo o entrega de poderes. Casado se negó.

Salvo algunos mandos militares que se mantienen de momento a la expectativa y algunos gobernadores y jefes que son depuestos o arrestados, la autoridad del Consejo es acatada. Los guardias de asalto de Madrid se ponen a las órdenes del poder que consideran único y legal. Llegan muchas adhesiones. Entretanto, los dirigentes del P.C.E. van y vienen, se comunican entre sí, se reúnen, pero no toman ninguna decisión eficaz. Al teniente coronel comunista Etelvino Vega, que nombrado gobernador de Alicante se presentó a posesionarse del cargo, lo detuvieron los partidarios del Consejo.

El Gobierno y los principales dirigentes comunistas abandonan España

Durante la mañana del 6 abandonan el suelo español, desde el aeródromo de Monóvar, el doctor Negrín y sus ministros, la Pasionaria, secretaria del P.C.E., el general Cordón, un diputado del P.C. francés, y un pequeño número de comunistas. Miembros del Buró Político y del Comité Central se reúnen en un edificio del aeródromo, entre ellos están los jefes militares que vinieron de Francia: Modesto, Líster, Tagüeña... La reunión, que presidió Palmiro Togliatti —representante en España de la III Internacional—, fue formularia, pues las decisiones habían sido tomadas de antemano. La mayor parte de los reunidos salieron en aviones hacia Francia o Argelia. Togliatti y otros quedaban en España para disponer y vigilar la evacuación de los cuadros y del mayor número posible de militantes. Entre los que marcharon estaba el coronel Hidalgo de Cisneros, jefe supremo de la aviación.

Se combate en Madrid: fracaso en Cartagena

La principal resistencia comunista tuvo lugar en Madrid y sus alrededores y fue debida, al parecer, a iniciativa de algunos jefes, apoyados por comisarios, oficiales y tropa. De los cuatro cuerpos de ejército que componían el del Centro, tres tenían mandos comunistas. El coronel Barceló, que por la noche no se opuso a Casado, por la mañana se proclama a sí mismo jefe del Ejército del Centro. El mayor Ascanio, de madrugada, ha movido tropas sobre Madrid y ha penetrado en la ciudad y una unidad de «guerrilleros» con base en Alcalá de Henares avanza sobre Madrid.

En general, las tropas con mandos del partido, o acatan al Consejo o se mantienen a la expectativa. En Madrid y sus alrededores se generaliza el combate y las tropas del Consejo llegan a verse apuradas. La lucha es confusa, caótica casi, y pasa por diversas alternativas. Por orden de Cipriano Mera, el mayor Liberino González organiza y se pone al mando de una fuerte columna que ataca con energía a los comunistas. En combates con artillería, tanques y aviación se causan muchas bajas. También se practican por ambas partes detenciones. Choques que se producen en el resto de la zona republicana son de menor importancia.

En la mañana del siete los últimos rebeldes de Cartagena han sido reducidos por la brigada comunista. A la misma hora la flota republicana se interna en la base francesa de Bizerta. Cuando la escuadra nacional y las fuerzas de desembarco tratan de iniciar la operación, que ha ido retardándose, son atacadas por el fuego de las baterías recuperadas. Se renuncia a la operación: los buques regresan a sus bases. Uno de ellos es hundido.

En Madrid, y al amanecer del día 12, tras furioso cañoneo contra las fuerzas comunistas refugiadas en los Nuevos Ministerios, la batalla puede darse por terminada con la eliminación de la escena política del P.C.E. El Consejo Nacional de Defensa trata de reorganizar la zona y dar impresión de firmeza, pero la resistencia



Madrid: un momento del impresionante desfile con el cual se festejó la Victoria. Más de 200.000 hombres desfilaron ante el Generalísimo Franco.

toca a su fin. Casado, que ya había mantenido contactos indirectos con los nacionales, los reanuda. Burgos acepta recibir a dos emisarios del Consejo sólo para acordar la manera en que la rendición va a llevarse a cabo. La retaguardia se deteriora. La llamada «quinta columna» comienza a dar señales de su presencia.

En los frentes se producen deserciones. La guerra va hacia su fin, pero ¿cuál va a ser ese fin?

La última ofensiva

Un poderoso ejército se apresta a atacar las vacilantes líneas republicanas: lo forman trece cuerpos, cuatro agrupaciones, las tropas legionarias italianas y mixtas, dos divisiones de caballería y otras unidades menores. Además, una formidable masa de aviación. El frente fue roto el 26 de marzo y tras los primeros tanteos las tropas nacionales avanzaron de manera incontenible. Salvo en escasos y aislados puntos, el Ejército republicano no hace resistencia: no puede hacerla. En algunos lugares se entregan, en otros las unidades se habían disuelto. Un éxodo dramático se producía hacia Alicante y otros puertos con la esperanza de evacuar en barcos que se suponían dispuestos al efecto.

Besteiro no quiso abandonar Madrid y allí fue encarcelado. Veinticuatro horas antes de que entraran las tropas, falangistas que se habían organizado en la clandestinidad, dominaban la capital. Lo mismo ocurrió en Valencia, Murcia y otros puntos, incluso en Cartagena. Desde las inmediaciones de esta última ciudad evacuaron Togliatti y otros mandos comunistas. Los miembros del Consejo de Defensa lo hicieron en un barco de guerra inglés surto en Gandía. Pocos buques consiguieron zarpar con refugiados desde Valencia, Alicante y Cartagena; más fueron las embarcaciones menores que lo lograron. Miaja y otros, entre ellos Mera, abandonaron España en aviones. En el puerto de Alicante fueron cercados y apresados gran número de fugitivos tras horas de incertidumbre y desesperación.

1.º de abril de 1939

Franco dio oficialmente la guerra por terminada el 1.º de abril, día que se llamó de la Victoria. Lo que para unos era victoria para los otros era derrota. Aquel parte de guerra clausuraba la lucha que se inició al sublevarse las guarniciones de Marruecos el 17 de julio de 1936. Dos fechas que son pivote de un rotundo viraje en la historia de España.

Luis Romero

Europa al borde de la guerra

¿Hasta qué punto estaba Hitler impaciente por mejorar la posición que Alemania ocupaba en Europa después de Munich? ¿Fue culpable la enmarañada política británica de que Hitler invadiera Polonia? ¿Cómo pudo Europa verse envuelta en una segunda guerra en el término de una sola generación?

Viñeta rusa acerca de Munich: Chamberlain y Daladier orientan el expansionismo alemán hacia el Este. *Abajo:* **reclutas alemanes de la SA en Memel tras el retorno de la ciudad a Alemania; la población de Memel era predominantemente alemana y gran parte de ella deseaba luchar en las filas de Hitler.**





Se suponía que la Conferencia de Munich había de inaugurar una nueva era en las relaciones internacionales. El «tratado de esclavos» de Versalles, como lo llamaban los alemanes, había muerto, y su lugar lo ocupaba un convenio negociado. La Gran Alemania había finalmente iniciado su existencia y sin duda el propio Hitler estaba satisfecho con este resultado, puesto que declaró: «No tengo que hacer más reivindicaciones territoriales en Europa.» Esta declaración no encerraba segundas intenciones, pues durante el invierno de 1938-1939 no dio a conocer nuevos planes para acciones agresivas. Había advertido a sus generales que estuviesen preparados «para aplastar lo que quedaba del Estado checo si adoptaba una política antialemana», pero esta medida fue sólo una simple precaución contra una posible contraofensiva —más o menos esperada—, de las potencias occidentales. Después de Munich, Alemania redujo considerablemente los gastos en armamentos, y los mantuvo en un nivel muy bajo hasta que estalló la guerra, en septiembre de 1939. Ello es una prueba de que Hitler no esperaba ninguna guerra de envergadura, o tal vez, incluso, de que no esperaba ninguna.

Quedaba todavía desde los días de Versalles un agravio pendiente que Hitler deseaba solucionar. Danzig, aunque habitado por una población completamente alemana, seguía siendo una Ciudad Libre y el corredor polaco separaba todavía la Prusia oriental del resto del Reich. Pero a Hitler no le preocupaba este asunto. Polonia y Alemania mantenían buenas relaciones y además Polonia había sido una fiel aliada de Alemania durante la crisis de Checoslovaquia. Parecía fácil llegar a un arreglo: con la creación de Gdynia, Polonia ya no necesitaba el puerto de Danzig como única salida al exterior. Danzig podría seguir siendo un puerto libre para Polonia después de volver a manos de Alemania, como deseaban sus habitantes. También le sería fácil a Alemania crear unas carreteras y líneas de ferrocarril extraterritoriales a lo largo del pasillo polaco. Así quedaría asegurada la amistad polacoalemana y ambos países podrían aunar sus esfuerzos en la conquista de Ucrania, arrebatándola a la U.R.S.S.

Hitler no entendió la política de independencia de Polonia. El coronel Beck, ministro polaco de Asuntos Exteriores, no estaba dispuesto a comprometerse ni con Alemania ni con la Unión Soviética. No quería servir a los intereses de ninguno de los dos países ni utilizar la ayuda soviética contra Alemania o colaborar con Alemania en una guerra contra Rusia. Hitler deseaba desembarazarse del obstáculo de Danzig, por ser el único que se interponía entre Alemania y Polonia. Por la misma razón, Beck no estaba dispuesto a removerlo; por lo demás, había aprendido la lección de Checoslovaquia. Creía que cualquier negociación u oferta de compromiso era una insidiosa pendiente que conducía a la ruina. En su opinión, un rotundo «no» a las propuestas era la única salida segura. Sabía también que las potencias occidentales simpatizaban con Alemania en la cuestión de Danzig y que si eran llamadas a consulta insistirían en que se hiciesen concesiones a Hitler. Por ello no las consultó. Aseguró a Francia y Gran Bretaña que las relaciones entre Polonia y Alemania eran inmejorables, al tiempo que se mostraba imperturbable ante las propuestas de Hitler de llegar a un compromiso.

Los países occidentales habían dado Polonia por perdida. Como dijo el ministro de Asuntos Exteriores inglés Halifax, «lo más probable es que Polonia caiga cada vez más en la esfera de Alemania». Los estadistas franceses y británicos pensaban que la U.R.S.S. y Alemania eran irreconciliables. Rusia seguiría siendo una vaga amenaza en la frontera oriental de Alemania, y si Hitler estaba decidido a lanzarse a una conquista, lo mejor era que avanzara hacia el Este. Los dos países occidentales estaban totalmente dispuestos a no verse de nuevo metidos en una «querella oriental». Los ingleses, en particular, deseaban eximirse de la obligación que habían contraído con Checoslovaquia. Tampoco tenían demasiada confianza en Francia, su aliada, la cual, si bien antes había sido pionera de la resistencia a Alemania, ahora parecía más dis-

1

RIQUE SEPTENTRIONALE ITALIENNE

ARABIE.

Aden

POLONAIS

3



puesta a emprender una política de pacificación. En diciembre, Ribbentrop tuvo con Bonnet una entrevista en París, de la que resultó un pacto de amistad por el cual Francia se lavaba las manos —o así lo parecía— de lo que pudiera suceder en la Europa oriental.

Etapas de pánico

A los ingleses esto no les gustaba. Su propósito era limitar la acción de Francia y no lo contrario. Ahora necesitaban a otro aliado que los ayudara a mantener la atención de Hitler apartada de Europa occidental. En enero de 1939 Chamberlain y Halifax hicieron un viaje a Roma y una vez más pidieron a Mussolini que actuara como moderador, como lo había hecho en Munich. Mussolini tenía miedo. Sabía que Italia no estaba todavía en condiciones de lanzarse a una guerra y más que nadie sabía cuán grande era la posibilidad de que Gran Bretaña fuera envuelta en una conflagración si Hitler presionaba demasiado. A partir de este momento Mussolini insistió en concertar con Alemania una alianza por escrito, la cual significaría un mayor acercamiento a tal país. Mas para Mussolini la cláusula fundamental de este tratado, que finalmente se firmó en mayo de 1939, era el acuerdo a que llegaron los dos países de no provocar una guerra mundial antes de 1942 ó 1943. Para estas fechas podían haber ocurrido muchas cosas.

En los primeros meses de 1939 todo el mundo pasó por unos momentos de ansiedad. Los ingleses, alarmados ante las deficiencias puestas de manifiesto durante la crisis checoslovaca, imprimieron a su propio rearme un ritmo bastante más acelerado que el que seguían los alemanes. Hitler se irritaba cada vez que Gran Bretaña aumentaba su presupuesto militar, considerando que tal política era incompatible con la confianza que Chamberlain le había demostrado en Munich. Creía que si denunciaba a los «belicistas» ingleses, de Churchill a Eden, les pondría en una situación comprometida. En lugar de ello, empezó a cubrirles de alabanzas mientras por otra parte denigraba a Chamberlain. En Londres empezaron a correr rumores, todos ellos sin fundamento, de nuevas agresiones alemanas.

Finalmente, a Alemania se le presentó la oportunidad de intervenir, pero no por el camino que Hitler pretendía. Checoslovaquia, convertida en Checo-Eslovaquia desde Munich, se escindió, pero en ello no intervino solamente Hitler. Los eslovacos nunca se habían sentido a gusto en compañía de los checos, y cuando les vieron caer en el desprestigio, creyeron llegada la ocasión de prescindir completamente de ellos. En primer lugar pidieron la autonomía y después la independencia. Los checos se disponían a reprimirles, mientras los húngaros, por su parte, se preparaban para intervenir. Hitler no podía tolerar ninguna de estas acciones y reconoció la independencia de Eslovaquia. Hacha, el presidente de lo que quedaba de Checoslovaquia, fue a Berlín para entrevistarse con Hitler, y siguiendo su consejo transformó Bohemia en un protectorado alemán. El 15 de marzo de 1939 tropas alemanas ocupaban Bohemia y el propio Hitler pasaba la noche en el palacio presidencial de Praga.

Nada había cambiado, excepto que ahora los infortunados checos se veían sometidos a todas las vejaciones del régimen nazi (policía secreta, persecución de los judíos y pérdida de libertad). El Gobierno inglés se alegró al verse liberado «del compromiso, un tanto embarazoso, de garantizar las fronteras checas». Pero en Inglaterra reinaba una gran desorientación. Daba la impresión de que Hitler, retractándose de lo dicho, se proponía la dominación de Europa. Neville Chamberlain, en parte contra su voluntad, se vio obligado a protestar e incluso a amenazar con la resistencia. En realidad, lo que Chamberlain, Halifax y los demás querían era llegar a un acuerdo con Hitler. Creían que con la guerra sólo se ganaría una cosa: la ruina de Europa. Pero debían mostrarse más fuertes si querían negociar. De este modo se convirtieron en prisioneros de la opinión pública, ya que para la mayoría de los ingleses la única solución viable en aquel momento era «detener» a Hitler en su carrera.

El Gobierno británico estaba dominado por el pánico, puesto que —equivocadamente— creía que Hitler estaba a punto de ocupar los Balcanes y Turquía. El día menos pensado Oriente Medio estaría en peligro. En este preciso momento Tilea, ministro de Rumania, comunicó la noticia de que tropas alemanas se estaban preparando para invadir su país. La noticia era falsa, pero los estadistas ingleses se la creyeron y al instante empezaron a organizar un frente de paz para preparar una resistencia conjunta. Los franceses se adhirieron a la propuesta, y lo mismo hicieron los rusos, a condición sin embargo de que los demás países también la aceptaran. Polonia se desentendió del asunto, pues estaba todavía dispuesta a mantener una estricta neutralidad. Las negociaciones sobre Danzig se hacían más tensas conforme Beck seguía persistiendo en su negativa. No obstante, Hitler continuaba creyendo en la posibilidad de un arreglo, pues en una fecha tan tardía como el 25 de marzo manifestó públicamente: «El Führer *no desea* resolver la cuestión de Danzig por la fuerza.»

Complicación repentina

Entonces se produjo una nueva alarma. Había noticias, también infundadas, de ciertos movimientos de tropas alemanas en dirección a la frontera polaca. Estas informaciones fueron facilitadas por algunos generales alemanes al corresponsal de un periódico inglés. ¿Por qué lo hicieron? ¿Para que los ingleses se opusieran a las pretensiones de Hitler o para que pidiesen a los polacos que cedieran? Nadie lo sabe. El corresponsal británico fue invitado a asistir a una reunión del Gobierno. Chamberlain, que daba fe a esas informaciones, escribió de su puño y letra una oferta de apoyo británico a Polonia. Beck estaba hablando con el embajador británico cuando llegó el mensaje con la oferta y aceptó las garantías dadas por Inglaterra «entre dos chupadas a su cigarrillo». Consideraba que era una solución perfecta. Las garantías británicas reforzaron la posición antialemana de Beck y al mismo tiempo le permitieron rechazar cualquier tipo de colaboración con la Unión Soviética. Inglaterra se vio mezclada en una «cuestión de Europa oriental» y sin embargo no podía acudir a Rusia en petición de ayuda. Polonia seguiría siendo la potencia dominante en la Europa oriental e indicaría a sus vecinos la pauta a seguir.

Pronto el Gobierno británico se arrepintió de los últimos pasos que había

/ Caricatura francesa de 1939: Chamberlain pesa a Mussolini y Daladier, y se pregunta si entregará a Italia, como regalo de apaciguamiento hecho al expansionismo fascista, los territorios franceses de Túnez y Somalia. *2* Esta otra caricatura francesa vislumbra ya, tras la ocupación de Checoslovaquia, las ambiciones de Hitler sobre el corredor polaco. *3* Caricatura rusa de 1940 acerca de las falsedades nazis: Hitler fuerza a Mussolini a apoyarle en la lucha a pesar de haber acordado con él, sólo un año antes, evitar la guerra general por lo menos hasta 1942 o 1943. *4* Beck, ministro polaco del Exterior cuyo afán de mantener el equilibrio entre Alemania y la U.R.S.S. contrarió a ambas partes.

Manifestaciones de alegría a bordo de un buque mercante de Memel tras el ultimátum alemán a Lituania que reintegró la ciudad a Alemania el 22 de marzo de 1939. Como Danzig y el corredor polaco, había sido perdida por los alemanes a raíz del Tratado de Versalles y, en consecuencia, reivindicada por Hitler.

dado. Al conceder a Polonia toda clase de garantías había adquirido compromisos sobre el asunto de Danzig, asunto que no le interesaba en absoluto y sobre el cual incluso estaba de acuerdo con Hitler. El coronel Beck visitó Londres unos días después y los ingleses intentaron cambiar los términos de las garantías que habían dado, pero Beck no quiso ceder. Con gran arrogancia se limitó a proponer que ambos países establecieran una garantía mutua y aseguró que Inglaterra corría mayor peligro de ser atacada por Hitler que su propio país. No dijo una sola palabra sobre el asunto de Danzig, y los ingleses se dejaron convencer por la gran confianza que tenía en sí mismo. Los ingleses llegaron incluso a temer que si dejaban de apoyar a Beck, éste pasaría con Polonia al campo alemán. Además, la opinión pública inglesa no les perdonaría que se echaran atrás de nuevo. Beck marchó de Londres convencido de que la garantía pronto se convertiría en un tratado de alianza. De hecho, esta alianza se fue retrasando hasta el 25 de agosto, ya en vísperas de la guerra.

La garantía británica dada a Polonia en vez de reprimir a Hitler contribuyó a incitarle. Hitler estaba convencido de que sus oponentes acabarían por ceder —«son como gusanos: los conocí en Munich»— y en consecuencia volvió a la carga. El 3 de abril indicó a sus generales que estuviesen preparados para atacar a Polonia en septiembre, aunque aseguró que sólo declararía la guerra a Polonia si ningún país la apoyaba. El 28 de abril denunció el pacto de no agresión firmado con Polonia en 1934 y el acuerdo naval angloalemán de 1935. Aún afirmaba que quería llegar a un acuerdo sobre Danzig y que deseaba que Gran Bretaña cediera en esta cuestión para trabar con ella una sincera amistad. Después de haber dado a conocer sus puntos de vista, Hitler renunció a hacer declaraciones públicas y Alemania no interrumpió sus intercambios oficiales con Gran Bretaña hasta mediados de agosto, y con Polonia hasta el día que estalló la guerra.

Era una situación embarazosa. Hitler no había hecho ninguna reivindicación concreta, limitándose a dar muestras de descontento y a indicar la posibilidad de que alguien indicara una solución. En 1938 los ingleses sabían cómo tranquilizar a Hitler, o por lo menos así lo pensaban: las concesiones checoslovacas habían indicado el remedio. Ahora no había ninguna posibilidad en este sentido, puesto que el coronel Beck había afirmado rotundamente que Polonia no haría concesiones. El Gobierno británico amenazó con retirarle su apoyo, pero de nada sirvió: Beck contaba con la plabra dada y en ella confiaba. De buena o mala gana, el Gobierno inglés tuvo que decidirse a hacer las gestiones necesarias para resistir a Hitler. Se creó un Ministerio de Abastecimientos, aunque poco antes Chamberlain había rechazado una propuesta en este sentido por considerarla una medida de guerra. De hecho, este Ministerio sólo fue instituido sobre el papel y no entró en funciones hasta que estalló la guerra. Se introdujo el servicio militar obligatorio, lo cual representó una nueva ruptura con la tradición de los tiempos de paz; esta medida tampoco tuvo efectividad, ya que los jóvenes reclutas no fueron una aportación importante para el ejército inglés hasta 1942.

Tímidos contactos con los bolcheviques

El Gobierno británico se veía en la necesidad de llevar a cabo una gestión importantísima. Ésta consistía en proponer a la Unión Soviética las bases de una posible alianza entre ambos países. Era de presumir que con esta alianza se lograrían grandes ventajas, como la de que una gran potencia se pusiera del lado de la seguridad colectiva, ayudase a Polonia y atrajese la atención de Alemania hacia un frente en el este. La oposición británica pedía insistentemente una alianza con Rusia. También Francia, que se había visto comprometida a dar garantías a Polonia sin ser consultada, insistía en el mismo sentido, pues quería que alguien más cargara con la obligación que ella había contraído. Pero en esta alianza había también grandes desventajas. Los polacos no querían hacer una alianza con la Rusia Soviética, e incluso Beck llegó a afirmar que, aunque los rusos le ofrecieran su ayuda, la rechazaría. Algunos miembros del Gobierno británico pensaban que Rusia, desangrada por las purgas de Stalin, era demasiado débil para luchar; otros sostenían que era una aliada en la que no se podría confiar, y todos estaban aturdidos ante la idea de comprometerse con los bolcheviques: según su modo de ver, la posibilidad —muy remota por cierto— de una victoria rusa sería un mal aún peor que la victoria de Alemania. Pero ya no había más remedio. La opinión pública inglesa quería la alianza con Rusia y la consideraba el mejor camino para disuadir a Hitler de iniciar una guerra o para derrotarle si ésta llegaba a estallar. Como los franceses estaban también dispuestos a seguir adelante en el proyecto, el Gobierno británico empezó tímidamente, como un hombre que quiere nadar sin mojarse, a buscar la manera de obtener una alianza segura.

La propuesta británica, presentada de vez en cuando sin demasiado convencimiento al Gobierno soviético, consistía en que Rusia proporcionara ayuda «si se la pedían» o «si lo suplicaban». Es decir, la ayuda rusa podría abrirse y cerrarse como un grifo, y los que deberían accionar el grifo serían los polacos. Más tarde, los Estados bálticos podrían asimismo accionar el grifo y también podría hacerlo Gran Bretaña; los únicos que no tendrían esta posibilidad serían los propios soviéticos. Debían, simplemente, estar siempre a la expectativa, y moverse o estarse quietos según el deseo de los demás. Esta proposición no era demasiado atractiva para los soviéticos. Nadie puede saber las verdaderas intenciones de Stalin y colegas, los cuales quizá deseaban formar una sólida alianza con las potencias occidentales, quizá pretendían negociar con Hitler, o tal vez intentaban hacer el juego a los dos bandos hasta ver qué rumbo tomaban las cosas. Los especuladores nunca resultan simpáticos, y menos los dirigentes soviéticos, que ahora son denunciados por seguir, como todo el mundo, el camino de su propia defensa. Los bolcheviques salen siempre perdiendo: antes eran tachados de monstruos criminales, y ahora se espera de ellos que sean más idealistas que los demás.

Según los datos que poseemos, mientras el Gobierno soviético deseaba realmente concluir una firme alianza, los ingleses respondían a sus sugerencias con evasivas o dilaciones. Cada nueva excusa británica encontraba una rápida respuesta soviética. Entonces, los ingleses pasaban diez o quince días buscando nuevas excusas. A mediados de mayo las conversaciones habían llegado a un punto muerto. Los rusos sólo aceptarían una alianza defensiva directa; los ingleses siempre incluían la condición de que la ayuda rusa debería ser solicitada. Al ser rechazada esta propuesta, los ingleses se decidieron a dar por finalizadas las negociaciones. Hitler no había dado señales de vida y quizá después de todo no habría problemas. Los franceses no se las pintaban tan felices y al fracasar todos los intentos estaban dispuestos a hacer un simple pacto francosoviético, sin preocuparse de lo que le pasara a Polonia. Para evitar este paso, los ingleses empezaron a ceder de mala gana, y por el momento parecía que iban


SÜDERA



La policía local arranca la barrera de la aduana tras la anexión de Danzig a Alemania, el 1 de septiembre de 1939, fecha de la invasión de Polonia, bajo cuyo dominio económico se encontraba entonces la Ciudad Libre.

a ofrecer un pacto de seguridad mutua. Pero seguía habiendo problemas. Los rusos temían que Hitler atacaría a otros países antes de atacarlos a ellos, y una simple ojeada al mapa demuestra que no podía hacer otra cosa. Por lo tanto, los rusos exigían que la «agresión indirecta», es decir el ataque a cualquier país vecino, fuese considerado como un ataque directo contra Rusia. Pedían incluso que la rendición pacífica de algún pequeño país a Hitler se considerara agresión indirecta a la Unión Soviética.

Los ingleses rechazaron todas estas propuestas soviéticas. Habían adoptado la causa de los pequeños países como la suya propia y consideraban a la Unión Soviética una potencia imperialista con planes parecidos a los de Hitler. En este caso, no deberían haber buscado en absoluto la alianza soviética. Finalmente Molotov, ministro de Asuntos Exteriores, propuso una solución. Se pospondría la búsqueda de un acuerdo político y se iniciarían conversaciones militares para considerar cómo debería funcionar la alianza si llegaba a firmarse. Los ingleses aprovecharon la propuesta como una excusa para diferir más y más una solución definitiva, y los franceses creyeron que, después de todo, lograrían un acuerdo de cooperación militar con Rusia. Los Gobiernos francés e inglés nombraron unas delegaciones militares que, sin darse prisa, marcharon por vía marítima hacia Leningrado. Al llegar allí, las posibilidades de formar un frente unido contra Hitler habían desaparecido.

Durante las negociaciones, tanto los rusos como los ingleses habían recibido ofertas extraoficiales de procedencia alemana. Los rusos se habían mostrado dispuestos a reanudar las relaciones comerciales con Alemania; pero los ingleses fueron todavía más lejos: los agentes de Chamberlain, aunque quizá no el propio Chamberlain, manifestaron grandes deseos de complacer a Hitler en la cuestión de Danzig, con tal que ello se pudiese lograr por medios pacíficos. Una vez arreglado lo de Danzig, Gran Bretaña se olvidaría de la garantía que había dado a Polonia, haría a Alemania un préstamo de mil millones de libras esterlinas y restauraría con ella unas relaciones normales.

A principios de agosto Hitler tuvo noticia de que las conversaciones entre Rusia y las potencias occidentales estaban en un punto muerto. Supo también que el Gobierno británico estaba dispuesto a pagar cualquier precio para evitar la guerra. Entonces pensó que había llegado el momento de emprender su gran aventura. Hitler pensaba que los ingleses confiaban en una alianza soviética y si él podía demostrarles que andaban equivocados se encontrarían en un atolladero. Estaba más o menos en lo cierto por lo que respecta al Gobierno británico, pero se equivocaba al suponer que el pueblo inglés carecía de ideas propias en esta cuestión. Era absurdo suponer que Gran Bretaña y Francia sin la ayuda soviética podrían hacer algo para ayudar a Polonia, o incluso para detener a Hitler, pero era una absurdidad con la que la mayoría de los ingleses estaban comprometidos.

A. J. P. Taylor

Ilusión y realidad

Pocos eran los que deseaban la guerra en 1939 y apenas nadie preveía con exactitud qué clase de guerra se aproximaba. Las ilusiones de 1939 no eran las de 1914... pero bastaron para que fuese posible la contienda.

En todas partes, la atmósfera que se respiraba en septiembre de 1939 era muy distinta de la de agosto de 1914, y tan sólo los apagones recordaban la presencia de la guerra. En París los cafés de los bulevares estaban silenciosos y desiertos cuando, a las cinco de la tarde del 3 de septiembre, Francia entró por fin en guerra. Incluso los líderes nazis se mostraron algo impresionados al enterarse de que Gran Bretaña, pese a todo, había decidido declararles la guerra. Hitler no se esperaba esta declaración, y lo mismo cabe decir de Stalin.

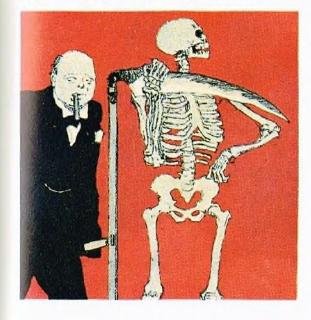
Es fácil comprender la falta de entusiasmo de la gente. Sólo habían transcurrido veinticinco años desde 1914. Vivían demasiadas personas que todavía recordaban cómo, en aquel entonces, la euforia se iba convirtiendo en desengaño a medida que se desvanecía la esperanza de «liquidar la guerra en Navidad» y el frente occidental se consolidaba durante cuatro años de sangría. En cada país millones de familias habían perdido a seres queridos o los habían visto regresar ciegos o mutilados.

El costo sin precedentes de la Primera Guerra Mundial había sido, durante años, el principal argumento esgrimido por los pacifistas. El patriotismo parecía un ideal periclitado, tal como atestiguó el célebre voto de la Oxford Union. Incluso la defensa de la libertad y la tolerancia —que había suplantado al culto a la monarquía o a la patria— parecía sospechosa si debía desembocar en un conflicto. Sin embargo, la Segunda Guerra Mundial iba a demostrar que el patriotismo todavía tenía un poder enorme. En su nombre, se les exigió a los ciudadanos y soldados mucho más que en 1914-18, y el pueblo demostró, como mínimo, que era capaz de realizar los mayores sacrificios. Pero esto no se sabía en 1939: Europa entraba en guerra con desgana, precavidamente, y, en ambos bandos, se acusaba la falta de ideales y de grandiosas esperanzas. Eran muy pocos en 1939 los que deseaban una guerra, y nadie sospechaba el curso que ésta iba a tomar.

Aparte de los muchos que, en todas las naciones, recordaban las matanzas de la Primera Guerra Mundial, también fueron muchos los militares que sacaron de ésta conclusiones erróneas. Sólo los alemanes habían admitido la posibilidad de volver a una guerra de movimiento gracias a las nuevas posibilidades técnicas de los tanques y de los vehículos motorizados. En este aspecto, fuera de Alemania, habían efectuado una labor de pionero los escritos de Liddell Hart y los experimentos con fuerzas motorizadas y blindadas en la llanura de Salisbury llevados a cabo por militares británicos dotados de imaginación. En Francia, la teoría de los carros blindados había sido propuesta con gran entusiasmo, aunque de una forma un tanto confusa, por el coronel De Gaulle, el joven protegido del mariscal Pétain. Fueron en fin de cuentas los alemanes quienes fundieron estos experimentos e ideas en un coherente sistema táctico y estratégico que no sólo rebasó el punto muerto de las trincheras, sino que dio a Alemania una pasmosa serie de victorias entre 1939 y 1941. Pero en los demás lugares predominaba una visión de miras más estrechas.

Las ideas en curso conducían a confiar en la estrategia defensiva y en la concentración de grandes ejércitos para librar batallas de desgaste cuando al adversario se le ocurriese pasar al ataque. Semejante opinión conducía a que los aliados descartaran toda idea de ofensiva, puesto que, ¿cómo podían Gran Bretaña y Francia, sin el apoyo de Rusia, triunfar de una Alemania que veinticinco años antes les había infligido tan terribles reveses? Sea como fuere, y a causa de la Primera Guerra Mundial, Francia disponía en 1935 de menos jóvenes en edad militar, lo cual incitaba a los mandos franceses a obrar con prudencia. Entre ambas guerras, el Estado Mayor francés estuvo obsesionado por el mito del «frente inviolable», o sea la creencia de que, por duros que fuesen los ataques, la línea del frente francés jamás cedería. Se soñaba en ofensivas alemanas que se quebraban una tras otra contra una Línea Maginot, infinitamente más poderosa que los anticuados fuertes alrededor de Verdún que tan cruciales habían sido en 1916. Las ideas estratégicas británicas descansaban en el bloqueo naval y en una fuerza de bombarderos cuyos objetivos no podían ser claramente previstos, ya que su capacidad tampoco podía ser determinada con certeza. Asimismo, por primera vez los países impusieron el ser-

Viñeta alemana. Dice la Muerte a Churchill: «Sigue buscando peleas, y verás tú cuán pronto vamos a estar muy atareados.»



PICTURE
POST

AN OFFICER OF THE AUXILIARY FIRE SERVICES
PREPARES FOR THE WORST

(See inside)

HULTON'S
NATIONAL
WEEKLY

In this issue:

BRITAIN PREPARES

3D

MAY 27, 1939

Vol. 3. No. 8

AFS
LONDON





vicio militar obligatorio en tiempo de paz para crear el gran ejército de infantería que sería necesario en Francia si tenían que repetirse las batallas de 1914-18. Míster Marquis, después lord Woolton, hizo maravillas en el Ministerio de Suministros al arrancar del Yorkshire y el Northamptonshire los kilómetros de sarga caqui y los millones de botas que estas nutridas fuerzas necesitarían. En estas condiciones, a nadie puede sorprender que fuesen mayoría los que sentían muy poco entusiasmo ante la perspectiva de una guerra. Todo parecía indicar que la deprimente historia de las luchas en tierra durante la última guerra, iba a repetirse.

Había también no pocos motivos para creer que todo sería, incluso, aún más desagradable. Parecía como si no sólo los soldados, sino también las poblaciones civiles, fuesen a morir a gran escala. Esto era una verdad a medias, por lo menos en 1939... Entonces la gente se formaba una imagen falsa de las posibilidades de la guerra aérea, lo cual contribuyó a crear una verdadera psicosis de guerra en 1939.

Esto se reveló en el pánico que cundió en París dos días antes de la declaración de guerra y en la sombría resignación de que dieron muestra los ingleses cuando empezaron a sonar las sirenas de alarma a los pocos minutos de terminado el discurso radiado de Chamberlain el domingo, 3 de septiembre, por la mañana. Estas reacciones se justifican en gran parte por los temores de los medios oficiales. El Gobierno británico se había preparado ya para afrontar unas pérdidas que sólo hubiesen podido ser producidas por armas nucleares. Incluso los alemanes daban muestra de un temor exagerado ante la perspectiva de bombardeos sobre sus ciudades. Pero cuando se produjeron realmente las grandes incursiones aéreas, éstas consiguieron muy pocos objetivos militares, y las pérdidas infligidas a la población no alcanzaron nunca el nivel que se había presumido. Excepto en Polonia, durante los primeros meses de la guerra los pocos bombardeos efectuados por los beligerantes estaban prácticamente dirigidos contra objetivos militares.

El espectro de la guerra se hace realidad. *Página contigua:* **«Un oficial de los servicios auxiliares contra incendios dispuesto para lo peor.»** *Arriba:* **los periódicos anuncian el servicio militar obligatorio (26 de abril de 1939).** *Abajo:* **el último día de paz en el Oeste, un matrimonio francés lee en el periódico la noticia de la invasión alemana de Polonia.**

Sin embargo, la gente no estaba asustada sin motivo. Desde los primeros años de la década de 1920, los apóstoles de la guerra aérea habían estado machacando al público. A pesar de los escasos resultados obtenidos por los bombardeos durante la Primera Guerra Mundial, el Gobierno británico había decidido en 1918 preparar una fuerza aérea independiente capaz de atacar ciudades alemanas tan lejanas como Berlín. Otros ejemplos posteriores parecían aún más alarmantes. La R.A.F. había registrado buenos éxitos que justificaban el empleo del bombardeo como método económico para reducir a fuerzas muy superiores. En 1919, con la sola intervención de una escuadrilla de bombarderos D.H.9, se había liquidado al «Mullah loco» en la Somalia británica, lo que demostraba las posibilidades de la nueva arma. Posteriormente, la R.A.F. puso orden en el Irak, de modo tan eficaz como económico, con bombas de 10 kilos, y también empleó sus aparatos con satisfactorio resultado en la frontera noroeste de la India. Entretanto, los experimentos efectuados por los norteamericanos sobre buques alemanes capturados habían demostrado que los acorazados podían ser hundidos por bombarderos (es curioso que los únicos que, al parecer, se negaron a admitirlo fuesen los mismos marinos). También se sabía que era muy difícil interceptarles el paso, y Stanley Baldwin dijo a sus compatriotas que, según la opinión de los expertos, «los bombarderos siempre pasarían». En velocidad y potencia de fuego, es evidente que la superioridad de los cazas sobre los bombarderos nada tenía de decisiva, tanto más cuanto que, en vísperas de la guerra, la R.A.F. se disponía a poner en servicio un nuevo bombardero muy rápido, el «Blenheim», y los norteamericanos estaban construyendo un monstruo que, ya en su forma primitiva, estaba tan erizado de ametralladoras que recibió el nombre de «Fortaleza volante».

Tales comprovaciones no eran particularmente agradables, aun cuando resultasen de difícil interpretación. La perspectiva de raids de terror terminó por imponerse a las imaginaciones. En China, los japoneses infligían cuantiosas bajas a la población y sembraban el pánico en las ciudades. Hundieron un cañonero norteamericano, el *Panay*, cuyos antiguos cañones «Lewis» demostraron ser una defensa inadecuada. Los italianos hostigaron a los etíopes con sus bombas, y luego lanzaron contra ellos, desde el aire, gas mostaza.

En cambio, se sacaron de estos hechos conclusiones exageradas. Se suponía que en el futuro el bombardeo de las poblaciones sería peor todavía. Se anticipaban nuevos horrores. El Gobierno británico decidió prevenir los ataques masivos con gases y repartió máscaras antigás entre toda la población. Había tres modelos principales: el de las fuerzas armadas, un modelo más ligero para bomberos y hombres de la defensa pasiva en previsión de ataques de larga duración, y el modelo estándar para los civiles. Había modelos especiales para niños, como las máscaras «Mickey Mouse» y las capuchas a prueba de gas para los bebés. La población civil debía llevarse sus máscaras a los nuevos refugios Anderson. Estas sencillas construcciones de hierro ondulado resultaron valiosísimas cuando empezaron los bombardeos y salvaron muchas vidas. Pero su producción en gran escala, como la de las máscaras antigás, tal vez contribuyó a extender una sensación de inminente desastre. Por otra parte, también se ha sugerido que las «A.R.P.» *(Air Raid Precautions)* infundieron en el público la idea de que cabía hacer algo útil para limitar el desastre. Es posible que los ingleses estuviesen menos atemorizados en septiembre de 1939 que un año antes.

En su mayoría, los demás países no llegaron tan lejos, pero en general se construyeron refugios públicos, se fijaron carteles acerca de los peligros del bombardeo, se efectuaron ejercicios de evacuación de los barrios más expuestos de las grandes ciudades y se realizaron frecuentes ensayos de sirenas de alarma. En Inglaterra, los niños coleccionaban en aquel tiempo viñetas de una marca de cigarrillos y una firma emprendedora lanzó una serie sobre la defensa pasiva. Libros y folletos sobre raids aéreos tenían buena venta.

Todas estas precauciones contribuyeron a difundir el pesimismo. No se registraron situaciones de pánico, pero es indudable que los audaces golpes de Hitler en 1938 y 1939 debieron en parte su éxito al miedo que inspiraban las fuerzas aéreas alemanas. En cuanto las sirenas empezaron a sonar en Londres pocos minutos después de la declaración británica de guerra, cuando Varsovia ya había sido severamente bombardeada, la gente se dispuso a vivir una prueba que había estado temiendo durante meses, o tal vez durante años. Sin embargo, nada ocurrió, y a las sirenas les siguió una calma demoledora que duró todo el invierno. Sólo Polonia había conocido la prueba: en realidad, la Luftwaffe había sobre todo contribuido a la victoria con la destrucción de las fuerzas aéreas polacas en el suelo y apoyando el avance de las divisiones blindadas.

El colapso de Polonia en pocas semanas puso fin a otra ilusión de los Estados Mayores aliados, convencidos de la superioridad de la defensa. Al recordar los inmensos esfuerzos necesarios para conseguir una victoria decisiva en tierra veinticinco años antes, el Estado Mayor francés, por ejemplo, daba por descontado que Polonia resistiría durante varios meses, en el transcurso de los cuales se pondrían de manifiesto las necesidades del frente occidental y podrían movilizarse, para la campaña que tendría lugar en la primavera de 1940, todas las fuerzas necesarias. Una imprevisión notable, en vista de la enorme y expuesta frontera polaca. Con su demora en entrar efectivamente en guerra, los jefes franceses demostraron también que sentían gran temor por todo aquello que pudiese obstaculizar una movilización al estilo de 1914, en particular los ataques aéreos.

Winston Churchill había escrito en 1924 que «la campaña de 1919 nunca llegó a realizarse, pero sus ideas siguen en vigor», y el favor de que gozaban las tácticas defensivas en Francia y Gran Bretaña, después del colapso de Polonia, es buen ejemplo de ello. Supeditadas a sus propios temores y tranquilizadas por la tregua que Hitler les impuso, en la esperanza de evitar un conflicto que a su juicio ellas evitarían a toda costa, las potencias occidentales se negaron a abandonar las ilusiones que la campaña de Polonia debía haber disipado.

Había muchas lecciones que aprender de esta victoria alemana. Ésta no podía ser justificada por la puñalada que Rusia asestó por la espalda; el Ejército alemán había triunfado ya, aunque, claro está, lo ayudó la necesidad en la que se vieron los polacos de retirar fuerzas indispensables para proteger su frontera oriental. Este éxito fue conseguido por una técnica que conduciría las armas alemanas a la victoria durante otros dos años y que estuvo a punto de abatir a Rusia. Semejante estrategia dependía de unos objetivos limitados (Polonia fue, virtualmente, un teatro aislado) y consistía en la combinación táctica de los tanques y aviones. La asociación tanque-avión anunciaba la *Blitzkrieg*, la «guerra relámpago», de un solo objetivo, fulgurante, económica, que se concluiría en pocas semanas y sería apoyada por una intensa propaganda y bombardeos de terror destinados a desorganizar la administración y quebrantar la voluntad de resistencia de la población. Este método fue aplicado por vez primera a gran escala en Polonia.

A pesar de todo, muchos franceses e ingleses no llegaron a comprender la naturaleza de la guerra en la que acababan de entrar. Hay que decir, también, que el propio éxito del método empleado conduciría al final a apreciaciones erróneas por parte del bando alemán. Los aliados siguieron preparándose para una guerra larga, confiando en que el bloqueo marítimo de la *Royal Navy* obligaría a Alemania a postrarse de rodillas. Sin embargo, el bloqueo no podía tener la eficacia que reveló en 1918, pues a partir de 1939 la economía alemana se apoyaba en una zona que cubría ya gran parte de Europa.

La naturaleza política de la guerra

Aparte de las falsas ilusiones psicológicas y militares de los primeros días de guerra, existía también una notable desorientación en cuanto a la política internacional. La guerra se había cernido sobre Europa por lo menos desde 1936 y, sin embargo, cuando se inició en 1939 resultó muy distinta a como la gente se la había imaginado, exceptuando el hecho básico de que, finalmente, Francia y Gran Bretaña se hallaban enfrentadas a Alemania. Nadie, a excepción tal vez del Kremlin, había creído nunca posible que Gran Bretaña y Francia llegasen a tomar parte en una guerra al lado de Alemania, de modo que en este aspecto la gente estaba preparada para lo que ocurrió. Pero además de este hecho existían numerosos interrogantes que no llegaron a descifrarse hasta que se convirtieron en realidad.

La gente se figuraba al principio que Italia terminaría por unirse a Francia y Gran Bretaña en su lucha contra Alemania. Esta ilusión empezó a desvanecerse a raíz de la crisis de Etiopía. Por otra parte, como quiera que el Eje parecía dar

1 Soldados británicos leen la proclama real del 4 de septiembre de 1939 que llama a las armas las reservas de tierra y aire; la movilización, en principio hasta los 41 años, se llevó a cabo lentamente: en mayo de 1940, la edad máxima afectada era 27 años. 2 Mujeres parisienses firman su ingreso en la organización de la Cruz Roja (28 de agosto de 1939). 3 Ilustración de julio de 1939 que muestra el crecimiento de la oposición al nazismo en los EE.UU., donde, a fin de evitar enfrentamientos, la policía permaneció «neutral» ante las manifestaciones. 4 Niños londinenses, con cartelitos donde figuran sus señas, en espera de ser evacuados de Londres.

1


BY THE KING
A PROCLAMATION
A PROCLAMATION
A PROCLAMATION
GOD SAVE THE KING
GOD SAVE THE
PARTIAL MOBILIZATION
BY THE KING
A PROCLAMATION
GOD SAVE THE KING

2


DEFENSE PASSIVE

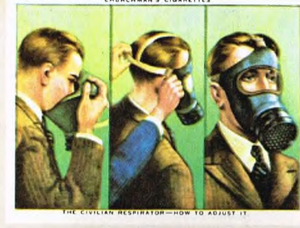
3


EXTEND W.P.A
NO CUTS
KICK THE MAD DOG HARD

4




REMOVAL OF INCENDIARY BOMB WITH SCOOP AND HOE


CHURCHMAN'S CIGARETTES
THE CIVILIAN RESPIRATOR—HOW TO ADJUST IT


CHURCHMAN'S CIGARETTES
EQUIPPING YOUR REFUGE ROOM—B


CHURCHMAN'S CIGARETTES
TYPES OF SPLINTER-PROOF WALL

1



cada día muestras de mayor solidez, muchos creyeron que las ideologías y los intereses arrastrarían a Mussolini al campo de batalla junto a Hitler, pero también esto resultó ser una ilusión. La debilidad de Italia —de la que nadie entonces se daba cuenta— mantuvo a Mussolini al margen de la contienda, cosa que, al parecer, no les importó mucho a los alemanes. Al fin y al cabo, éstos querían librar una guerra limitada, no una guerra mundial, y a pesar de que ésta no tomaba de momento el rumbo que ellos habían esperado, parecía ofrecer perspectivas de una paz no lejana. La guerra, desde el punto de vista alemán, debía asegurar la hegemonía de Alemania en la Europa oriental, y la intervención de Italia sólo habría podido tener un valor limitado y temporal. Con el tiempo, se comprobaría que ni siquiera hubiese tenido valor alguno.

El hecho de que la guerra fuese iniciada por cuestiones que afectaban casi exclusivamente a Alemania fue otro factor que la diferenció de la Primera Guerra Mundial. A pesar de la extensión que cobró en sus últimos tiempos, en 1939 la guerra era mucho más limitada que la de 1914. En Europa no había frente sudeste, y el Este quedó inmediatamente cerrado por la derrota de Polonia. Bélgica seguía intacta. En el mar dejaba sentirse, como en 1914, la actividad de unos cuantos *raiders* de superficie y de un puñado de submarinos que hundirían a algunos buques de guerra británicos y a numerosos mercantes, pero este problema no adquiriría magnitud hasta la constitución de bases alemanas en Francia y Noruega. Además, no había hostilidades fuera de



Izquierda: 1 **Cuatro ilustraciones aparecidas en cajetillas de cigarrillos y pertenecientes a una serie dedicada a divulgar las precauciones necesarias contra las incursiones aéreas: manipulación de bombas incendiarias, colocación de máscaras antigás, equipo de un refugio, y tipos de muros reforzados.** *2* **Chamberlain con su secretario privado, Alec Douglas-Home, que lleva en la mano una máscara antigás.** *3* **Adiestramiento de los niños en el uso de las máscaras contra los gases. Las grandes precauciones adoptadas en este aspecto por el Gobierno británico se revelarían innecesarias: los alemanes sólo usaron el gas en los campos de concentración.** *Derecha: 1* **Distribución de cartillas de racionamiento en Berlín (29 agosto 1939).** *2* **Puesto londinense de policía protegido con sacos de arena contra los ataques aéreos alemanes.**



Viñeta alemana de 1939 que ridiculiza la obsesión británica por las máscaras contra los gases; en su pie podía leerse: «A pesar de todas sus precauciones, el Gobierno británico se ha olvidado de los terribles tiburones antropófagos adiestrados por Alemania.»

Europa, como las hubo en 1914. Si Gran Bretaña y Francia poseían grandes imperios coloniales, Alemania no contaba ni con una miserable colonia. De momento, na cabía hablar de guerra mundial; lo que se había iniciado era una lucha de Inglaterra y Francia contra Alemania. Los alemanes, gracias al pacto firmado con Rusia, contaban con muchas más probabilidades de éxito que en 1914. Debido a la cuestión puramente europea que se debatía, era inconcebible que los Estados Unidos interviniesen si los alemanes se abstenían de cometer los errores de sus predecesores en 1916.

Casi nadie había previsto una situación de este género. Algunos políticos esperaban que la guerra constituiría una especie de confrontación ideológica entre Derecha e Izquierda; esta ilusión era debida en gran parte a la guerra de España y las falsas esperanzas suscitadas por el Frente Popular. Para muchos, aquellos días habían simplificado la política europea al dividir a las naciones en dos bandos, los «buenos» y los «malos». A un lado había las democracias, y al otro las dictaduras. Esta división no podía resultar muy del agrado de los partidos de derecha, tanto más cuanto que, sólo con un gran esfuerzo de imaginación, podía clasificarse a la Unión Soviética entre las potencias democráticas. En todo caso, antes y después de Munich, la izquierda había manifestado su impaciencia ante las reticencias de Londres y París en cooperar con el Kremlin. Lo que las izquierdas no esperaban de Rusia era que se aviniese a pactar con los alemanes y concertara con ellos un nuevo reparto de Polonia. Este punto ha sido comentado en otro lugar y aquí bastará con indicar que, aparte de lo que pudiese representar en otros aspectos, el Pacto Nazi-soviético acabó con una de las corrientes de opinión más importantes antes de la guerra y contribuyó a hacerla insostenible. En esta ocasión, muchos partidos cortaron definitivamente sus relaciones con el comunismo.

Una cruzada

Una cruzada contra la dictadura alemana y todas sus espantosas secuelas sólo debía aparecer más tarde, como consecuencia de los excesos cometidos por los propios alemanes. Los franceses y los ingleses sólo fueron a la guerra porque se había atacado a uno de sus aliados. Entretanto, la ausencia de Italia en el bando alemán coadyuvó a que la guerra no tuviese, en su comienzo, el carácter ideológico que muchos habrían deseado. Por otra parte, el hecho de que se iniciase a causa de una garantía dada a Polonia tampoco contribuyó a dar a la guerra una motivación ideológica respetable. Al fin y al cabo, Polonia había contribuido al desmembramiento de Checoslovaquia un año antes y, cualquiera que fuese la descripción aplicable a su régimen, éste no podía ser considerado como lo que muchos liberales occidentales calificaban de democrático. En cuanto a los comunistas, se vieron obligados a efectuar, después del tratado de Moscú, un viraje tremendamente audaz en el terreno de la propaganda. La campaña de alianza con Rusia para oponerse al peligro fascista dio paso a violentos ataques contra el capitalismo y el imperialismo, causantes de la guerra. Los comunistas no dudaron en emprender una campaña pacifista y sabotear el esfuerzo de la lucha antihitleriana. Unos meses antes un nacionalista francés, Marcel Déat, había lanzado la expresión «morir por Danzig»; ahora el Partido Comunista preguntaba a los obreros franceses si estaban dispuestos a dar la vida por los dividendos de su patrono.

Sin embargo, es curioso observar que incluso los círculos dirigentes de Gran Bretaña tenían una visión muy defectuosa de lo que se ventilaba en la contienda. El gobierno Chamberlain estuvo a punto de perder el apoyo de la opinión pública, la cual había llegado a comprender que era preciso poner fin a los audaces golpes de Alemania. Pocos, tal vez, tenían una idea clara de la amenaza constituida por el totalitarismo, aunque hacía tiempo que Churchill había denunciado los «horrores» que amenazaban a Europa. Churchill presentó el 3 de septiembre en los Comunes —adelantándose aún a muchos de sus colegas— su punto de vista sobre los objetivos de la guerra: «No se trata de luchar por Danzig o de luchar por Polonia. Luchamos para salvar a todo el mundo de la peste de la tiranía nazi y en defensa de todo aquello que es sagrado para el hombre.»

Pero entonces la mayoría de la gente no iba tan lejos. Sólo el tiempo debía dar todo su sentido al discurso de Churchill. Fue preciso que corriese mucha sangre para que quedasen justificadas las esperanzas y temores de 1939. Cabe afirmar que en muchos aspectos esto no llegó a ocurrir, a pesar de los bombardeos americanos sobre Japón y a pesar de que en el frente ruso hubo combates de tanta envergadura y ferocidad como en Verdún y Passchendaele. Pero fueron, a fin de cuentas, los mismos alemanes quienes provocaron contra su causa la solidaridad internacional que muchos habían buscado en 1939. Esto debióse en parte a una sorpresa: la horripilante sensación, que se extendió gradualmente, de que luchar contra los nazis no era lo mismo que luchar contra el Káiser.

Esta sensación se abrió paso casi en la última hora. A pesar de todo, continuaban vigentes las enseñanzas de la guerra de 1914-1918, en la cual la explicación de algunos métodos bárbaros, como el torpedeo de buques mercantes o el bombardeo de ciudades abiertas, no había impedido que el conflicto continuara conservando un carácter «civilizado». En 1939 eran muy pocos los que, fuera de Alemania, podían prever el destino que les esperaba a los judíos polacos o bien que los métodos de la Gestapo se impondrían en todo el continente. A pesar de su pesimismo y de su olvido con respecto a las calamidades de 1914, las naciones fueron a la guerra en 1939 con una cierta sospecha, muy débil por cierto, de lo que iba a ocurrir. Nadie había sufrido todavía las terribles pesadillas que más tarde se convertirían en realidad.

J. M. Roberts

Poderío militar de los contendientes

En 1939, Alemania estaba preparada, material y psicológicamente, para la guerra. ¿Hasta qué punto la producción bélica y el espíritu combativo de Francia, Gran Bretaña y Polonia —primeras participantes en el conflicto— podían competir con los de Alemania?

Con una población que casi sumaba sesenta y cinco millones, Alemania tuvo en la Primera Guerra Mundial casi dos millones de muertos. A pesar del apoyo prestado a Hitler y del entusiasmo con que saludó sus primeras victorias militares, el pueblo alemán temía, no menos que las demás naciones, el estallido de una guerra. Los generales y los almirantes, si bien dispuestos a que una guerra remediase lo que ellos consideraban como las iniquidades del Tratado de Versalles, sabían en 1939 que la tarea del rearme distaba de haber sido completada. Sin embargo, los acontecimientos revelarían que los alemanes estaban mejor equipados psicológica, técnica y materialmente que las demás naciones.

El Tratado de Versalles limitaba el Ejército alemán a 100.000 hombres y le prohibía el empleo de tanques, artillería pesada, aviones, gases y submarinos. El tratado estipulaba también la desaparición del Estado Mayor. El general Hans von Seeckt, jefe de la Reichswehr de 1920 a 1926, impuso una rigurosa selección de los oficiales y tropas, restableció la disciplina y trató de combinar la antigua tradición prusiana con un espíritu más moderno y flexible. Gracias a una inten-



Varios pilotos alemanes se colocan los paracaídas frente a sus «Henschel HS 123s» (1937). Tales aparatos proporcionarían apoyo táctico al Ejército durante los primeros meses de la guerra.





sa enseñanza, los soldados poseían una instrucción de suboficiales, y los cuadros subalternos podían desempeñar funciones superiores; arreglos secretos permitían que el adiestramiento del personal y el uso de las armas prohibidas se llevase a cabo fuera del país.

Para el caso de un rearme, Seeckt habría preferido una fuerza selecta de choque de 200 a 300.000 hombres, respaldada por una milicia nacional (De Gaulle abogaba por algo similar en Francia), pero Hitler exigió una versión modernizada del antiguo y masivo Ejército imperial. En octubre de 1934 anunció la ampliación de la Reichswehr a 300.000 hombres y más tarde, en marzo de 1935, denunció el Tratado de Versalles, decretó el servicio militar obligatorio y fijó los efectivos del Ejército en 600.000 hombres y en treinta y seis divisiones. En 1939 llegóse a una fuerza en tiempo de paz de 730.000, con una reserva de 1.100.000 hombres.

Un aumento de dieciocho veces en siete años era mucho más de cuanto podía anhelar Seeckt, y la Reichswehr se vio en la incapacidad de proporcionar los cuadros necesarios. Para encontrar el resto, hubo que recurrir a todas las fuentes posibles: policía, organizaciones del partido, exoficiales del Ejército imperial y, como es lógico, al reclutamiento masivo de elementos jóvenes. La ideología nazi se prestaba a una instrucción y disciplina rigurosas, y los métodos de formación acelerada, dejados en gran parte a la iniciativa de los elementos responsables, condujeron a notables resultados.

Aunque no supo apreciar toda la potencialidad del tanque, Seeckt había sido siempre partidario de las tácticas ofensivas, tradicionalmente sostenidas por el ejército prusiano. Heinz Guderian, un joven capitán de infantería agregado en 1922 a la jefatura de transportes motorizados, convirtióse en el más destacado defensor alemán de los medios blindados. Al ser nombrado jefe de la Plana Mayor de la dirección de las tropas motorizadas en 1931, reclamó la creación de divisiones acorazadas, pero topó con la natural oposición de las otras armas. No obstante, cuando Hitler asumió el poder se entusiasmó con la idea. «¡Esto es lo que yo necesito! —exclamó cuando vio por primera vez los vehículos blindados de Guderian—. ¡Esto es lo que quiero tener!»

Una división blindada experimental tomó parte en las maniobras del verano de 1935, y aquel mismo otoño se formaron tres divisiones acorazadas. El año siguiente se reunieron en un cuerpo blindado, mientras se procedía a la formación de tres divisiones ligeras —retorno a la doctrina ortodoxa— y cuatro divisiones motorizadas. En las maniobras de 1937 y en las de 1938, la concentración de unidades blindadas fue masiva. En marzo de 1937, al mando de Guderian, una división blindada y una división motorizada SS entraron en Viena, después de recorrer 670 kilómetros en cuarenta y ocho horas. Habían aparecido los «Panzer» de la Segunda Guerra Mundial.

Cuando el Ejército fue movilizado en septiembre de 1939, había seis divisiones blindadas, cuatro divisiones ligeras (después convertidas en blindadas), cuatro grandes unidades motorizadas y ochenta y cuatro divisiones de infantería. Había, sin embargo, escasez de los últimos tipos de tanques, e incluso en mayo de 1940 sólo unos 600 de los nuevos «Panzerkampfwagen» (vehículo blindado de guerra) III y IV habían llegado a las divisiones blindadas, que poseían más de 300 tanques checos modernos y unos 1.500 «Pzkw» I y II, más antiguos y ligeramente blindados y armados. La superioridad de los poderosos y dinámicos grupos de «Panzer» radicaba en su organización en divisiones y cuerpos autónomos que, al operar en masa sobre un frente estrecho, podían conseguir rupturas en profundidad.

Al frente del Ejército había generales, como Brauchitsch, Halder, Rundstedt y Bock, de formación tradicional, pero competentes, más audaces y más jóvenes que sus adversarios franceses. Pero era en el escalón inferior donde cabía encontrar a los artífices de la victoria: Guderian, de 51 años, jefe del XIX Cuerpo de «Panzer»; Manstein, de 52, que ideó el plan que derrotó a los franceses; y Rommel, de 46, que fue jefe de división en Francia.

Obligada por el Tratado de Versalles a poseer buques de guerra no superiores a 10.000 toneladas, Alemania había construido tres «acorazados de bolsillo». Planificados para ataques por sorpresa, mejor armados que los cruceros y más rápidos que la mayoría de los acorazados, estos tres buques preocupaban seriamente a Gran Bretaña. La nueva arma submarina alemana que hizo su aparición bajo el mando del almirante Doenitz causó menos alarma, puesto que se creía que el nuevo sistema detector de ecos «Asdic» (después «Sonar») frustraría los ataques submarinos. En septiembre de 1939, dos nuevos cruceros de batalla rápidos, de 31.000 toneladas, el *Gneisenau* y el *Scharnhorst*, habían quedado completados, y, además de los acorazados de bolsillo, había un nuevo crucero pesado, cinco cruceros ligeros, diecisiete destructores y cincuenta y seis submarinos.

El gran almirante Raeder había contado con una flota mucho más poderosa para la guerra contra Gran Bretaña, ya que su «Plan Z» preveía la construcción de cuatro acorazados de 42.000 toneladas, amén de un portaaviones, otros dos cruceros pesados, y una nutrida flota de submarinos oceánicos. Al declararse la guerra se suspendieron todos los trabajos y, a excepción de proseguir en la construcción de los acorazados *Bismarck* y *Tirpitz*, y de los cruceros *Blücher* y *Prinz Eugen*, los alemanes se dedicaron exclusivamente a los submarinos.

Era, sin embargo, el temor a la Luftwaffe, más bien que a los «Panzer» y a los submarinos, lo que impedía que los estadistas y poblaciones de Europa conciliasen el sueño por la noche. A pesar de que la aviación militar le estaba prohibida por el Tratado de Versalles a Alemania, ésta tenía puestas sus miras en el aire. Florecían los clubs de aviación y de vuelo a vela, y se creaban fábricas de aviones en el extranjero. La Reichswehr entrenaba en secreto aviadores militares en Rusia y en Italia. La compañía estatal Lufthansa disponía de hombres y recursos que pudieron ser transferidos a la Luftwaffe al crearse esta arma. En diciembre de 1933, cuatro meses antes del nacimiento oficial de la aviación militar, Goering había reunido ya 1.888 aviones, entre los cuales 584 eran de combate.

En septiembre de 1939, la Luftwaffe disponía de 4.000 a 4.700 aparatos de primera línea, con 700 cazas «Me 109», 1.176 bombarderos diurnos «Ju 88» y «He 111», 366 aparatos para bombardeo en picado «Ju 87» («Stukas») —todos ellos modelos nuevos y bien concebidos—, 408 cazas destructores «Me 110» —un tipo nuevo y no muy afortunado—, y 552 aviones de transporte. Los restantes eran aparatos de enlace entre las fuerzas terrestres y navales, y unos cuantos cazas y bombarderos de modelos más antiguos.

Arriba, izquierda: **maniobras militares en el estadio de Nuremberg (1938), con infantería, tanques y cortinas de humo.** *Arriba, derecha:* **abastecimiento de bombarderos en picado «Stuka» en enero de 1939; estos aparatos alcanzarían fáciles victorias en Polonia por la ausencia de una oposición adecuada.** *Abajo:* **el acorazado** *Bismarck* **en 1940; sus características técnico-militares lo convirtieron en orgullo de la flota hitleriana y en el más poderoso acorazado de la época.**

Derecha: **armamento británico.** *1* **Maniobras con tanques ligeros «Vickers Mark 6», en octubre de 1939.** *2* **Un grupo de pilotos de la R.A.F. corre hacia sus «Spitfire» en el curso de un adiestramiento (mayo de 1939).** *3* **El portaaviones** *Ark Royal,* **completado en 1938 y hundido por un submarino alemán en 1941.**

1



La vida en la Línea Maginot, el sistema francés de fortificaciones construido en la década de 1930 a lo largo de la frontera oriental y prácticamente inútil frente a la movilidad del Ejército alemán de 1940. *1* **Formaciones de tropas en las galerías subterráneas, provistas de aire acondicionado, trenes y lugares de esparcimiento.** *2* **Casamata de artillería, con un cañón y sus servidores.**

2



De todos modos, la Luftwaffe no había sido concebida para el bombardeo estratégico. Había sido planeada esencialmente para servir de apoyo táctico a las fuerzas de tierra, y sus creadores habían sacrificado el bombardero pesado de largo alcance en provecho de los bombarderos de tipo medio y de los «Stukas». Estos últimos, aunque muy vulnerables ante los cazas, debían operar en estrecha colaboración con los «Panzer».

La Línea Maginot y su influencia

Aunque para Francia la victoria de 1918 había vengado la derrota de 1870, la confianza de la nación en el Ejército y en sí misma había quedado muy mermada por las terribles pruebas soportadas durante la Gran Guerra: los graves errores de 1914, los repetidos fracasos de las ofensivas desde 1915 hasta 1917 y, como espina clavada en la memoria, la tragedia de Verdún en 1916. Una población de apenas cuarenta millones de habitantes había sufrido la pérdida de 1.385.000 hombres, y grandes zonas habían sido ocupadas o devastadas. El precio pagado por la victoria había provocado una amargura que se agravó con las decepciones ocasionadas por el Tratado de Versalles, con el fracaso de las reparaciones exigidas a Alemania y con el rearme de esta nación y sus constantes provocaciones.

En los años entre ambas guerras, el país había conservado un ejército con todos sus efectivos, pero de escasa eficacia debido a las restricciones financieras, a las sucesivas reducciones en el servicio militar, y a la impresión deprimente de que una segunda guerra vendría acompañada de una nueva hecatombe. El Estado Mayor había abandonado la doctrina de la ofensiva *à outrance* en favor de otra que propugnaba un lento y metódico avance de la infantería. Se gastaron sumas colosales en la construcción de la Línea Maginot. Como dijo De Gaulle, los generales de 1918 seguían «envejeciendo en sus puestos, aferrados a los errores que en otros tiempos fueron su gloria».

Alsacia y Lorena, perdidas en 1870 y recuperadas después, eran vulnerables ante una guerra vindicativa de Alemania. A lo largo del Rin, la frontera alsaciana es fácilmente defendible, pero la de Lorena, que discurre al oeste del Rin hasta la punta más meridional de Bélgica, lo es mucho menos. André Maginot, conocido por su heroico comportamiento durante la contienda y por sus actividades como ministro de la Guerra, consiguió apoyo financiero para la línea que llevaría su nombre, establecida primordialmente para proteger la frontera de Lorena, y un trecho a lo largo del Rin.

A las críticas obvias según las cuales la línea de nada serviría para evitar que los alemanes repitieran la maniobra de 1914 y atacaran a través de Bélgica, el Estado Mayor les dio varias respuestas. Era Alemania el enemigo potencial, y no Bélgica. Más allá de Luxemburgo, el terreno era llano e inadecuado para las fortificaciones tipo Maginot, y el complejo industrial de Lille estaba demasiado cerca de la frontera para que fuese posible protegerlo. En caso de un ataque alemán, una fuerza de intervención se lanzaría en ayuda de Bélgica. En cuanto a las Ardenas, se consideraba que eran «impermeables» a los tanques. Tales argumentos, a excepción del último, eran perfectamente defendibles; pero la Línea Maginot no tardó en absorber casi todos los recursos materiales y morales de la nación.



Es verdad que los generales franceses prestaron atención al tanque y que, a medida que la guerra se aproximaba, el Ejército dispuso de cantidades considerables de estos vehículos, pero ni Pétain, ni Weygand, que le sucedió en la jefatura del Ejército en 1931, ni Gamelin, quien sucedió a Weygand en 1935, aceptaron la idea de divisiones blindadas autónomas y destinadas a efectuar rupturas en profundidad. Insistieron en la primacía de la infantería y que el tanque debía apoyarla.

En septiembre de 1939, después de la movilización, 64 divisiones de infantería, 3 divisiones de caballería, 2 divisiones blindadas ligeras (*divisions légères mécanisées*, DLM) y dos brigadas acorazadas estaban frente a los alemanes en el noroeste de Francia; 11 divisiones de infantería se enfrentaban a los italianos en el sudeste. Había, además, unidades de refuerzo en ambos frentes y formaciones de reserva. En las colonias había 16 divisiones de infantería y 5 brigadas de caballería. En mayo de 1940 existían 3 DLM, 3 divisiones acorazadas y se estaba formando una nueva DLM. En total, el Ejército francés contaba con 2.285 tanques modernos, de un valor más o menos igual al de los tanques alemanes y checos, y con 440 «Renault FT» de la Primera Guerra Mundial, completamente anticuados.

Gamelin, de 67 años, había sido ayudante de Joffre en 1914. De un temperamento imperturbable, sin nervios, el generalísimo imponía la más estricta ortodoxia a los hombres de todos los escalafones del Ejército. «Necesitamos tanques, claro está —le escribió a Reynaud— ..., pero no cabe esperar que los tanques logren una verdadera ruptura... En cuanto al aire, no desempeñará el papel que usted cree... Será un fogonazo sin descarga.»

La Armada francesa era relativamente más importante que en 1914. Aparte de cinco acorazados antiguos pero reconstruidos, alineaba siete cruceros modernos de 10.000 toneladas, diez cruceros ligeros, 73 destructores y torpederos, 79 submarinos y un portaaviones, así como dos excelentes cruceros de batalla nuevos de 26.500 toneladas, el *Dunkerque* y el *Strasbourg*. Cuatro acorazados de 35.000 toneladas y dos portaaviones estaban en construcción o a punto de ser botados.

La aviación, que había conquistado su independencia, carecía de los materiales y de las atenciones necesarias. La capacidad industrial y la mejora de los modelos de aviones —factores vitales para el desarrollo de la nueva arma— siguieron siendo inadecuadas después de haberse iniciado el rearme en otros servicios. En septiembre de 1939, la aviación sólo contaba en primera línea con 600 cazas, 250 bombarderos y 400 aparatos de reconocimiento. Entre los primeros, 520 eran cazas modernos, aunque muy superados por el «Me 109», y la mayor parte de los restantes aviones eran modelos anticuados. El sistema de alarma era rudimentario. En mayo de 1940 se habían introducido algunas mejoras, pero Francia seguía siendo fatalmente débil en el aire.

Gran Bretaña, débil en tierra

Como antiguamente, la fuerza de Gran Bretaña descansaba en la Marina, y la cruel experiencia de 1914-1918 había puesto al país en guardia contra una intervención en el continente. Entre los distintos frentes, Inglaterra había perdido 700.000 hombres. Sin embargo, en la Primera Guerra Mundial la *Royal Navy* no había conseguido lo que de ella se esperaba. La tenaza del bloqueo, aunque efectiva a la larga, había sido demasiado lenta para salvar a Francia y a Rusia, y no digamos a Bélgica, de la invasión. Los submarinos alemanes habían estado a punto de infligir una derrota definitiva a Gran Bretaña. A partir de 1917, cuando todos los intentos para romper el frente alemán en Francia parecían condenados al fracaso, Lloyd George y el general Smuts empezaron a preguntarse si una poderosa fuerza aérea no resultaría más rentable que las dos armas tradicionales.

Sin embargo, la vulnerabilidad de las comunicaciones de Gran Bretaña exigía el mantenimiento de una poderosa fuerza naval, y la defensa de las posesiones imperiales requería unas fuerzas terrestres relativamente importantes. Los fervientes partidarios de atacar las ciudades con bombardeos de terror contribuían a suscitar problemas de tipo moral, y, al insistir sobre la inutilidad de las medidas defensivas, reforzaban los argumentos de los pacifistas, decididos a tolerar cualquier forma de agresión. Bajo estas influencias contradictorias, la estrategia británica no se desarrolló como hubiera podido esperarse. En principio, Gran Bretaña lucharía en el mar y en el aire y evitaría mandar un ejército al continente; pero, muy avanzada la década de 1930, casi todos los fondos de la defensa fueron absorbidos por los servicios tradicionales y consagrados a los armamentos convencionales.

Gran Bretaña había experimentado el tanque en la Primera Guerra Mundial y, después de 1918, continuó llevando la iniciativa en este terreno. Liddell Hart y Fuller desarrollaron la idea de una ruptura con los vehículos blindados y sus escritos fueron ávidamente estudiados en Alemania y en Rusia. En 1927 creóse una fuerza mecanizada experimental, no sin cierta desgana. Pero las ideas tradicionales no debían tardar en imponerse de nuevo. El reducido Ejército británico, con un servicio prolongado y basado en una industria desarrollada, se adaptaba al concepto de la mecanización, pero Gran Bretaña, después de haber dado a luz esta idea, desvióse de ella y adoptó una especie de compromiso: los tanques apoyarían a la infantería, y la caballería volvería a encontrar su sitio en el campo de batalla. Hubo vacilaciones en cuanto a los modelos de tanques y la producción no supo situarse a la altura cuando se inició el rearme.

Fue sólo en el último momento, en la primavera de 1939, cuando Gran Bretaña comprendió que Francia no se atrevería a enfrentarse a Alemania sin la ayuda de un cuerpo expedicionario británico. Se decidió entonces, quemando etapas, doblar el ejército territorial e imponer el servicio militar obligatorio, pero la escasez de material y unas directrices anacrónicas estuvieron a punto de anular los esfuerzos realizados.

Por consiguiente, en el otoño de 1939 Gran Bretaña sólo pudo enviar a Francia cuatro divisiones de infantería apoyadas por unos cincuenta tanques ligeros. En mayo de 1940, el cuerpo expedicionario había sido reforzado con seis divisiones y disponía de una brigada de 114 tanques y de dos brigadas ligeras con 175 tanques. Una división blindada estaba a punto de embarcarse para terminar su adiestramiento en Francia. Otras tres divisiones del ejército territorial, que no disponían todavía de un solo cañón, habían pasado el invierno construyendo aeródromos en Francia. Elementos equivalentes a una división habían combatido en Noruega, y varias unidades se estaban adiestrando en Gran Bretaña.

En cambio, la *Royal Navy* era una fuerza de importancia mundial. Según el tratado de Washington, la relación de las armadas de Gran Bretaña, Estados Unidos y Japón debía mantener la proporción de 5:5:3 en lo referente a acorazados y portaaviones. En conjunto, los acorazados británicos eran más antiguos que los de las otras dos potencias, y sus portaaviones, como los de éstas, constituían una colección heterogénea. Denunciado por Japón, el Tratado de Washington concluyó en 1935 y, a partir de entonces, Inglaterra

Balance de fuerzas, 1939



Relación de fuerzas entre los principales países beligerantes de la Segunda Guerra Mundial, cuyo número fue aumentando a partir del primer estallido: Italia entró en guerra en 1940, y la U.R.S.S., el Japón y los EE.UU. al año siguiente. El predominio ruso es sólo aparente, dado el avejentamiento de las fuerzas soviéticas de tierra.

	Gran Bretaña	Francia	U.R.S.S.	EE.UU.	Polonia	Alemania	Italia	Japón
Población (millares) *	47.692	41.600	167.300	129.825	34.662	68.424	43.779	70.590
Renta nacional (millones de $) *	23.550	10.296	31.410	67.600	3.189	33.347	6.895	5.700
Reservas (millones)	0,4	4,6	12,0†	**	1,5	2,2	4,8	2,4†
Soldados en tiempo de paz (millones)	0,22	0,8	1,7†	0,19	0,29	0,8	0,8	0,32†
Aviones (primera línea)	2.075	600	5.000†	800	390	4.500†	1.500††	1.980
Destructores	184	28	28	181	4	17	60	113
Submarinos	58	70	150	99	5	56	100	53

* 1938 ** sin datos † aproximadamente †† 1940

procedió a la construcción o programación de nueve acorazados de 35.000 toneladas o más y de seis excelentes portaaviones, así como de varios cruceros y otros buques más pequeños. Al declararse la guerra, sólo el portaaviones *Ark Royal* se había incorporado a la flota que, en septiembre de 1939, comprendía: doce acorazados, tres cruceros de batalla, siete portaaviones, sesenta y cuatro cruceros, 184 destructores y cincuenta y ocho submarinos.

La aviación naval era el punto flaco de la Marina, debido sobre todo a las escasas prestaciones de los aviones embarcados. Se confiaba en el cañón contra el ataque aéreo y en el «Asdic» contra los submarinos. En general, las preocupaciones se orientaban hacia el combate entre buques de superficie y se tendía a descuidar la amenaza de aviones y submarinos. No obstante, en cuanto a espíritu y confianza nada faltaba. Cuando, en julio de 1934, Churchill comunicó al Parlamento que Alemania poseía una fuerza aérea secreta en rápida expansión, la *Royal Air Force* metropolitana disponía de 488 bombarderos y cazas repartidos en cuarenta y dos escuadrillas, nueve de las cuales pertenecían a las fuerzas aeronavales, nueve al Ejército y veinticuatro se encontraban en las colonias. Un primer programa de rearme preveía la creación de cuarenta y una escuadrillas nuevas en cinco años, pero pronto fue sustituido por otros programas más ambiciosos, sucesivamente abandonados antes de ser llevados a la práctica. Al desarrollarse la localización por radio (más tarde radar) y aparecer el supercaza con ocho ametralladoras, los cazas empezaron a gozar de prioridad sobre los bombarderos. Por este motivo, los grandes cuatrimotores no pudieron ser puestos en servicio hasta pasados varios años.

En septiembre de 1939, la fuerza de primera línea sumaba un total de 2.075 aviones, de los cuales 415 se hallaban en las colonias y 1.660 en la metrópoli, con 530 bombarderos, 608 cazas y 516 aparatos de reconocimiento y apoyo táctico. Quinientos cazas «Hurricane» y algunos «Spitfire» eran modernos, pero los bombarderos, previstos para vuelos diurnos, resultaban muy vulnerables ante los cazas. Una fuerza aérea de choque se disponía a partir para Francia, para situar a los bombarderos más cerca de los objetivos industriales alemanes.

Polonia, una víctima fácil

Completamente separada de Gran Bretaña y Francia, Polonia disponía, después de la movilización, de un ejército de treinta y nueve divisiones de infantería y once brigadas de caballería, pero sólo de una brigada de tanques y de otras dos motorizadas, con un total de 225 tanques modernos y 88 anticuados, aparte de coches blindados y vehículos de reconocimiento. Las fuerzas aéreas de primera línea, en su mayor parte anticuadas, totalizaban 315 cazas, 385 aparatos de bombardeo y reconocimiento, 146 bombarderos y 84 aparatos de cooperación con el Ejército. En cuanto a la Marina, ésta se limitaba a cuatro destructores, cinco submarinos y unas cuantas lanchas rápidas. Incluida la defensa fronteriza, el Ejército polaco en tiempo de paz sumaba 400.000 hombres, con una reserva de 2.800.000.

Sin una ofensiva terrestre en el oeste contra Alemania, para la cual, como hemos visto, el Ejército francés no estaba adiestrado ni organizado, o un bombardeo aéreo estratégico que en aquellos momentos Gran Bretaña no estaba en condiciones de realizar por razones técnicas e incluso morales, la ayuda a Polonia sólo podía proceder de Rusia. Pero al firmar el pacto de no agresión con Alemania, el 23 de agosto de 1939, Rusia declaró que no prestaría ayuda alguna y, a partir de aquel momento, Polonia hallóse sola ante Hitler.

General J. L. Moulton

Fuerzas casi de antaño: caballería polaca en 1939. Durante la invasión alemana de Polonia, unidades polacas de caballería llegaron a enfrentarse con fuerzas blindadas.



Teschen, consecuencia de Munich

Suele considerarse la cuestión de Teschen como una traición perpetrada por Polonia contra Checoslovaquia: sólo se recuerda, en efecto, que tropas polacas marcharon sobre Teschen el 2 de octubre de 1938. Sir Winston Churchill expresó su indignación en «Cómo se fraguó la tormenta», donde escribió acerca de los polacos que «por una cosa tan menuda como Teschen, se apartaron de sus amigos franceses, ingleses y norteamericanos... A pesar de vivir bajo la amenaza de los alemanes, los polacos se unieron a ellos para llevar a cabo un acto de pillaje que debería arruinar a Checoslovaquia».

Sin embargo, ¿era, realmente, Teschen un asunto de escasa importancia en 1938, y estuvo la acción polaca motivada por mera codicia? El conflicto de Teschen y las repercusiones que tuvo en las relaciones exteriores de Polonia durante ese año revelan que se trata de la reacción de esta nación ante la política con que las potencias occidentales pretendían apaciguar a Alemania.

La disputa entre Polonia y Checoslovaquia a causa de Teschen empezó en noviembre de 1918. Los distritos orientales tenían una población predominantemente polaca, y los occidentales eran checos. Los ayuntamientos locales polacos y checos acordaron una línea provisional de demarcación el 5 de noviembre, pero el gobierno checoslovaco no quiso perder el Teschen polaco a causa de sus valiosas minas de carbón y sus comunicaciones ferroviarias. Jozef Pilsudski, el jefe del nuevo Estado polaco, propuso al presidente Masaryk, en una carta que le mandó en diciembre, la creación de una comisión mixta para zanjar la cuestión, pero no obtuvo ninguna respuesta. En enero de 1919, el Gobierno polaco decretó que se celebraran elecciones parlamentarias incluso en la zona occidental de Teschen, pero el 23 de enero tropas checoslovacas ocuparon esta región. Es verdad que el Gobierno checoslovaco mandó una propuesta a Varsovia en la que sugería el nombramiento de una comisión mixta para decidir la cuestión, pero la propuesta llegó a la capital polaca cuando las tropas checas ya habían ocupado Teschen. En la Conferencia de la Paz de París, ambas partes acordaron un plebiscito, pero el Gobierno checoslovaco se negó más tarde a darle su asentimiento. Finalmente, en 1920, las potencias occidentales obligaron a Polonia a aceptar una decisión, y Teschen-Silesia, exceptuada la mitad oriental de la ciudad de Teschen, fue otorgada a Checoslòvaquia.

Aunque la pérdida del Teschen polaco causó hondo resentimiento en Polonia, no fue causa de una irreparable ruptura con Checoslovaquia. Las relaciones entre los dos países eran frías a causa de la divergencia en sus objetivos de política exterior y, en menor grado, a causa de sus sistemas políticos distintos. En lo que se refería a la política exterior, la mayor amenaza para Polonia en los años 1930-32 fue la revisión de su frontera occidental en favor de Alemania. Praga no prestó a Varsovia apoyo alguno porque no deseaba enemistarse con Berlín. Por otra parte, Checoslovaquia firmó en 1935 una triple alianza con Francia y la U.R.S.S., en tanto que Polonia, desconfiando de la Unión Soviética, no quiso ir más allá de un pacto de no agresión, que fue firmado en 1932. Por último, Checoslovaquia se preocupaba sobre todo de contrarrestar el revisionismo húngaro por medio de la «Pequeña Entente» con Rumania y Yugoslavia. Polonia, en cambio, aunque aliada de Rumania mediante un pacto de defensa contra la U.R.S.S., era por tradición amiga de Hungría.

A pesar de todas estas diferencias políticas y del hecho de que, después de 1926, Polonia tuviese un gobierno semiautoritario, los dos países habrían podido constituir un frente común contra Alemania en 1933, si las potencias occidentales hubiesen demostrado cierto interés en apoyarlos. Según los «British Documents on Foreign Policy», el ministro checoslovaco de Asuntos Exteriores, Eduard Benes, le dijo al primer ministro británico Ramsay MacDonald, en marzo de aquel año, que acababa de rechazar una oferta polaca de alianza contra Alemania porque Checoslovaquia no quería ser arrojada en brazos de Polonia. Un memorándum escrito para el ministerio checoslovaco de Asuntos Exteriores en 1938 explicaba esta política al afirmar que, en 1933, parecía como si Polonia fuese a verse forzada a entregar Danzig y el Pasillo a Alemania, y que Checoslovaquia no quería verse en un compromiso por defender a los polacos. Puesto que Francia y Gran Bretaña consideraban seriamente, en aquel tiempo, la posibilidad de acceder a las demandas alemanas contra Polonia, la política checoslovaca estaba gobernada por este factor.

Política de apaciguamiento

Sea como fuere, el 26 de enero de 1934 Polonia firmó con Alemania un pacto de no agresión: tal era la forma como reaccionaba a los deseos de las potencias occidentales de llegar a un acuerdo con Berlín a expensas de Varsovia. Pero, si bien la declaración «congeló» las demandas de Alemania contra Polonia y promovió mejores relaciones entre ambos países, no fue la responsable del rearme alemán, de la reocupación de los territorios del Rin en 1936, o de la anexión de Austria en marzo de 1938. Estos acontecimientos hubieran podido ser evitados por una acción conjunta francopolaca, pero Francia no quería intervenir sin el apoyo británico y Gran Bretaña se oponía a una acción militar francesa. Polonia, por su parte, no podía haber actuado contra Alemania por sí sola.

La primera gran crisis con Alemania sobrevino cuando Hitler expuso sus pretensiones sobre Checoslovaquia, la aliada de Francia. Fue entonces cuando Teschen volvió a aparecer en escena, pero el motivo de su ocupación en 1938 no radicó en las relaciones polacochecoslovacas, sino en la política seguida por Gran Bretaña y Francia, ya que Teschen era en parte una reacción de Polonia ante la forma en que Francia se desentendía de los compromisos contraídos en la Europa oriental. El Gobierno francés quería preservar la integridad del territorio checo, pero dudaba de que pudiese lograrlo sin la ayuda británica, y el primer ministro británico, sir Neville Chamberlain, no tenía intención de lanzar a Gran Bretaña a una guerra por causa de Checoslovaquia. Los documentos de las conversaciones francobritánicas sobre este asunto constituyen una lectura muy penosa. El Gobierno británico ni siquiera quería garantizar el resto del país después de ciertas concesiones a Alemania, mientras que el Gobierno francés, en caso de guerra, sólo estaba preparado para defender la Línea Maginot. En abril se acordó que Londres prevendría a Berlín que no hiciese uso de la fuerza, mientras París advertiría a Praga que no recurriese a las armas, puesto que no recibiría ayuda alguna. No era ésta una política apropiada para frenar a Hitler. Entretanto, el ministro francés de Asuntos Exteriores, Georges Bonnet, trató de persuadir al Gobierno polaco para que respaldase la amonestación que los ingleses habían hecho a Berlín, puesto que París no quería dar un paso semejante.

Desde el punto de vista polaco, la situación era extraordinariamente peligrosa, ya que si Varsovia se solidarizaba con las advertencias diplomáticas de Londres y París, podía quebrarse la relativa paz existente entre Varsovia y Berlín desde 1934. Hitler, después de Checoslovaquia, hubiese podido volverse contra Polonia, para pedir Danzig, el Pasillo y la Alta Silesia. Estas peticiones alemanas habían encontrado ecos favorables en el Oeste, en 1932-33. Al propio tiempo, desde 1925 eran motivo de discusión las cláusulas de la alianza francopolaca de 1921, de modo que Polonia no tenía una garantía segura de la ayuda francesa en caso de verse arrastrada a una guerra con Alemania.



Teschen, territorio próspero y en una posición estratégica.

En esta situación, el ministro polaco de Asuntos Exteriores, Jozef Beck, vio que la política de Polonia dependía de la actitud que pudiesen tomar las potencias occidentales: éstas o bien abandonarían a Checoslovaquia, o bien se enfrentarían a Hitler, con riesgo de una guerra. En el primer caso, Beck decidió que Polonia trataría de salvaguardar sus propios intereses en el siguiente orden de prioridad: obtener el reconocimiento alemán de la ciudad libre de Danzig y de la frontera germanopolaca, recuperar Teschen-Silesia y crear una frontera polacohúngara común. Esta última serviría como núcleo de un bloque europeo oriental, apoyado por Italia e independiente tanto de Alemania como de la U.R.S.S. Mussolini y Ciano habían mostrado su interés por semejante bloque, destinado a frenar la expansión de la influencia alemana en los Balcanes. Sin embargo, si Francia y Gran Bretaña decidían plantar cara, Polonia no podía estar al lado de Alemania y apoyaría a las potencias occidentales en una guerra europea.

La división de Europa

Ante esta problemática, la actitud polaca con respecto a Teschen fue un barómetro que reflejaba la política occidental ante Alemania. Varsovia pidió autonomía, un plebiscito y, finalmente, la cesión territorial, conforme las potencias occidentales fueron cediendo a las demandas de Hitler. Cuando la Conferencia de Munich entregó los Sudetes a Alemania (29 de septiembre), el Gobierno polaco pidió que Praga cediese la parte oriental de Teschen-Silesia a Polonia. Nótese, ade-







Arriba: **voluntarios polacos en la ocupación de Teschen; gran parte de Occidente la consideró una cínica acción polaca ante la impotencia checa, pero Polonia la justificó alegando que así trataba de evitar la ocupación del territorio por Hitler.** Centro: **Beck anuncia en Varsovia la aceptación checa de las exigencias polacas.** Abajo: **una campesina da una emocionada bienvenida al general Bortnowski al entrar las tropas polacas en Teschen.**

más, que en la segunda quincena de septiembre, Francia y Gran Bretaña apremiaron a Benes para que prometiese ceder esta región a Polonia, a cambio de una benévola declaración de neutralidad por parte de Polonia. Benes se limitó a proponer negociaciones a Polonia, pero aunque se hubiese efectuado la transacción, ésta no habría evitado la pérdida de la región de los Sudetes, puesto que las potencias occidentales estaban decididas a eludir la guerra. Había, además, el peligro de una anexión alemana, ya que los líderes de la minoría alemana en Teschen-Silesia solicitaban la unión con Alemania y Berlín estaba interesado en las minas de carbón y el nudo ferroviario de Bohumin (Oderberg). En cuanto a Benes, el principio cardinal de su política era el de que Checoslovaquia no podía luchar sin la garantía de verse apoyada por Francia. Por esta razón, no buscó una alianza con Polonia e incluso rechazó una propuesta soviética de iniciar conversaciones militares en abril.

Finalmente, Jozef Beck fracasó en su empeño de obtener por parte de Hitler el reconocimiento de la frontera polaco-germana —dado que el Führer creía que podría obtener concesiones de Polonia—, y también en el de conseguir una frontera polaco-húngara común, porque Alemania se opuso y Mussolini abandonó su idea de contrarrestar a Hitler en los Balcanes. Su único consuelo fue el hecho de que Teschen-Silesia no cayese en manos de los alemanes. El gran proyecto de Beck falló, pero, dada la inseguridad de su posición, es difícil ver cómo hubiese podido seguir cualquier otra política. Por una parte, la cooperación diplomática de Polonia con Francia y Gran Bretaña no habría salvado a Checoslovaquia y tal vez hubiera conducido a un conflicto con Alemania. Por lo demás, no podía pensarse en solicitar la colaboración de la U.R.S.S., entre otras razones porque Varsovia desconfiaba de Moscú. De acuerdo con la alianza de 1935, la Unión Soviética no estaba obligada a intervenir en defensa de Checoslovaquia si Francia no lo hacía. Si el Ejército Rojo pensó en intervenir, no se hizo a Polonia propuesta alguna para que permitiese el paso de las tropas soviéticas, y lo más probable es que Stalin no tuviese, en 1938, más deseos de medirse con Hitler que en 1939.

Por consiguiente, la anexión polaca de Teschen en octubre de 1938 formó parte de la reacción polaca a los acuerdos de Munich y al abandono francobritánico de la Europa oriental simbolizado por aquella ciudad bávara. Posteriormente, Gran Bretaña reconoció, en marzo de 1939, la indivisibilidad estratégica de Europa al otorgar una garantía a Polonia. Sin embargo, esta lección quedaría relegada al olvido en 1945 al ser «trazada» de nuevo la Europa oriental, esta vez con ventaja para la U.R.S.S. En 1938, al igual que en 1945, la división de Europa fue causa de grandes sufrimientos para millones de personas y de una continua inseguridad en vez de una paz duradera.

Anna Cienciala

El Pacto Nazisoviético

En la confusa política internacional de los años treinta, casi la única realidad incontrovertible era la de que entre nazis y comunistas no había ninguna posibilidad de entendimiento. Pero en 1939 firmóse un pacto que sobresaltó al mundo. Un historiador soviético arguye que este acuerdo no fue simplemente, como parecía, una jugada diplomática...

Han pasado más de treinta años desde la firma del Tratado Germanosoviético, pero hasta hoy día han llegado los enconados sentimientos que suscitó, ya que prosiguen las acaloradas discusiones acerca de su naturaleza, de las circunstancias que lo presidieron y de sus consecuencias.

Después de firmado el acuerdo de Munich el 30 de septiembre de 1938, los acontecimientos en Europa se desarrollaron a lo largo de dos líneas directrices. Por una parte, Alemania se comportaba de una forma cada vez más agresiva: el 15 de marzo de 1939, fuerzas alemanas ocuparon Bohemia y Moravia; una semana después, se apoderaban del puerto lituano de Memel (Klaipeda) y al día siguiente Hitler impuso a Rumania un ruinoso acuerdo económico. El 21 de marzo, el Gobierno alemán exigió la restitución de Danzig, y poco después denunció el pacto de no agresión con Polonia. En abril, Italia, la aliada de Alemania, absorbió Albania. Por consiguiente, la política de expansión de los países totalitarios comprometía gravemente la paz de Europa.

Por otra parte, Gran Bretaña y Francia seguían cultivando la política de apaciguamiento, que había culminado en el acuerdo de Munich. Sin embargo, los Gobiernos británico y francés adoptaron ciertas medidas durante la primera mitad de 1939. Gran Bretaña anunció el 31 de marzo que garantizaba la independencia de Polo-



Gaus (izquierda), subsecretario nazi de Estado, Stalin y Molotov, fotografiados en Moscú el 23 de agosto de 1939, tras la firma del Pacto Nazisoviético.

nia, y a ello siguieron las garantías dadas a Grecia y Rumania el 13 de abril y a Turquía el 12 de mayo. Al mismo tiempo, Gran Bretaña y Francia accedieron a iniciar negociaciones con la Unión Soviética para ofrecer una resistencia conjunta a la agresividad hitleriana.

El 18 de marzo, el Gobierno soviético entregó una nota especial a Schulenburg, el embajador alemán en Moscú, en la que declaraba que no reconocía la inclusión de Checoslovaquia en el Reich alemán. El mismo día, la U.R.S.S. propuso que se concertase una conferencia de los Estados afectados para discutir la situación causada por la amenaza alemana contra Rumania. El Gobierno británico dijo que consideraba prematura esta conferencia, y a mediados de abril propuso que la U.R.S.S. garantizase a Polonia y Rumania contra una posible agresión alemana.

Más tarde, Gran Bretaña repitió su propuesta, con la intención de obligar a la U.R.S.S. a acudir inmediatamente en ayuda de Polonia y Rumania si eran agredidas por Alemania, y también en el caso de que Hitler dirigiera sus ataques hacia el Oeste. Pero el Gobierno británico no quiso dar similares garantías contra posibles agresiones alemanas en Lituania, Estonia o Finlandia, a pesar de que, desde el punto de vista de la U.R.S.S., los ataques contra los países bálticos no presentaban menos peligro que los dirigidos contra Rumania o Polonia.

Era evidente que los líderes de la política exterior británica y francesa deseaban asegurarse la ayuda soviética en el caso de agresiones alemanas contra aquellos países en los que Gran Bretaña y Francia estaban interesadas, pero no tenían ninguna intención de asumir similares obligaciones con respecto a la U.R.S.S.

La Unión Soviética presentó contraproposiciones para la formación de una poderosa coalición destinada a resistir cualquier acción agresiva de los alemanes. Sin embargo, durante tres semanas el Gobierno británico dejó sin respuesta estas propuestas soviéticas y después presentó su propio plan, que de nuevo sólo preveía garantías soviéticas para Polonia y Rumania.

En junio, el Gobierno soviético invitó a Halifax, el ministro británico de Asuntos Exteriores, a ir a Moscú, pero éste no encontró tiempo para efectuar la visita. El 23 de julio, el Gobierno soviético propuso que se iniciasen en Moscú negociaciones entre los representantes militares de las tres potencias para concertar una posible acción militar conjunta contra el agresor. De nuevo, Londres y París no mostraron premura alguna para contestar. Transcurrieron diecinueve días entre esta propuesta del Gobierno soviético y la llegada a Moscú de las misiones británica y francesa.

Las conversaciones se iniciaron en Moscú el 12 de agosto. La delegación soviética estaba presidida por el comisario popular para la Defensa, mariscal K. E. Vorochilov, y en ella figuraban el comisario para la Armada, el jefe del Estado Mayor del Ejército Rojo, y su delegado, el comandante de las fuerzas aéreas. Las misiones británica y francesa sólo tenían al frente a hombres de rango secundario, que no estaban autorizados para concluir el tratado.

En el curso de las conversaciones quedó demostrado que los occidentales no deseaban discutir planes militares definidos, ni las condiciones para permitir que las tropas soviéticas atravesaran territorio polaco y rumano, ni el número de divisiones necesarias... Las conversaciones desembocaron en un callejón sin salida cuando Polonia anunció que no permitiría que tropas soviéticas atravesaran sus territorios.

Casi al mismo tiempo aparecieron en la prensa informaciones referentes a conversaciones entre Gran Bretaña y Alemania. Aunque los detalles no fueron conocidos hasta mucho más tarde, era evidente que la U.R.S.S. podía incurrir en el riesgo de un segundo Munich.

En esta circunstancia, el Gobierno alemán decidió ofrecer a la Unión Soviética un pacto de no agresión. En realidad, los alemanes habían empezado a sondear a la U.R.S.S. con respecto a la posibilidad de un acuerdo en fecha tan temprana como los comienzos de 1939. En aquellos días, el Gobierno soviético se había abstenido de contestar a estos sondeos alemanes y había entablado conversaciones con Gran Bretaña y Francia. Sin embargo, cuando, a mediados de agosto, fue evidente que no era posible llegar a un acuerdo con estos dos países, el Gobierno soviético aceptó la visita de Ribbentrop a Moscú.

El plan anglofrancés consistía en dirigir las ambiciones alemanas hacia el Este y provocar un conflicto entre Alemania y la Unión Soviética. La U.R.S.S. corría el peligro de encontrarse sola frente a Hitler, como quiera que Munich y las subsiguientes negociaciones demostraban claramente que los Gobiernos británico y francés no intentaban formar ninguna coalición contra Hitler. Por otra parte, en aquellas fechas se agravaron las relaciones soviético-japonesas: tropas japonesas invadieron el territorio de la República Popular de Mongolia, en la región del río Khalkhin Gol, y la Unión Soviética, de acuerdo con el tratado de ayuda mutua de 1936, envió fuerzas para ayudar a Mongolia. Así, en el mismo instante en que proseguían en Moscú las vanas negociaciones con británicos y franceses, el Ejército Rojo tenía que luchar contra importantes fuerzas japonesas.

En tales circunstancias, la U.R.S.S. corría el riesgo de ser arrastrada a una guerra en dos frentes y sin ningún aliado. Para asegurar la integridad del país, el Gobierno soviético aceptó las proposiciones alemanas. El 22 de agosto de 1939, Ribbentrop llegó a Moscú, y el 23 fue firmado el Tratado Germanosoviético de no agresión.

Con la conclusión de este tratado, la Unión Soviética seguía uno de los principios de su política exterior; a saber: aprovecharse de las contradicciones entre los países capitalistas. Con todo, no le fue fácil a la Unión Soviética resignarse a firmar este tratado. Era preciso tener en cuenta, ante todo, las reacciones de la opinión pública ante el acuerdo. El problema era aún más complejo por la ignorancia en que se hallaba el público acerca de las informalidades que habían presidido las negociaciones anglofrancosoviéticas.

Por otra parte, todo el mundo sabía, incluida la U.R.S.S., que el tratado sólo significaba un aplazamiento temporal y que más tarde o más temprano Hitler pondría en práctica su programa de lucha contra el comunismo y la U.R.S.S.

El tratado con Alemania fue un paso que la U.R.S.S. se vio obligada a dar a causa de la difícil situación que se le presentaba en el verano de 1939. El Gobierno soviético no se engañó al considerar los objetivos de Hitler y comprendió que el tratado no significaría para la U.R.S.S. una paz duradera, sino tan sólo un período más o menos largo de respiro. Cuando firmó el tratado con Alemania, el Gobierno soviético asumió la tarea de emplear el tiempo así ganado para tomar las medidas políticas y militares indispensables para la seguridad del país.

El pacto

«El Gobierno del Reich alemán y el Gobierno de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, en su deseo de reforzar la causa de la paz entre Alemania y la U.R.S.S. y basándose en las cláusulas del Acuerdo de Neutralidad firmado en abril de 1926 entre Alemania y la U.R.S.S., han llegado al siguiente acuerdo:



Caricatura soviética de 1936 que muestra a los capitalistas occientales como ángeles custodios de Hitler; tales críticas quedaron interrumpidas al firmarse el Pacto Nazisoviético.

»Artículo I. Ambas partes contratantes se comprometen a renunciar a todo acto de violencia, agresión y ataque de una contra otra, ya sea por separado ya sea en unión de otras potencias.

»Artículo II. Si una de las partes contratantes fuera objeto de una acción militar por parte de una tercera potencia, la otra contratante no prestará en modo alguno su apoyo a esta tercera potencia.

»Artículo III. Los Gobiernos de ambas partes contratantes mantendrán en el futuro un contacto constante entre sí por medio de consultas regulares e intercambio de informaciones sobre todos los problemas que afecten a sus intereses comunes.

»Artículo IV. Ninguna de las dos partes contratantes participará en ninguna alianza de naciones dirigida, directa o indirectamente, contra la otra parte.

»Artículo V. Si se produjeren disputas o conflictos entre las partes contratantes acerca de problemas de cualquier clase, ambas partes zanjarán estas disputas o conflictos a través de un amistoso cambio de opiniones, o bien, si ello es necesario, a través de comisiones de arbitraje.

»Artículo VI. El presente tratado se establece para un período de diez años, dando por convenido que, mientras una de las partes contratantes no lo denuncie un año antes de expirar dicho período, la validez de este tratado quedará automáticamente prolongada por otros cinco años.

»Artículo VII. El presente tratado será ratificado en el plazo más breve posible. La ratificación tendrá lugar en Berlín. El acuerdo entrará en vigor inmediatamente.»

Protocolo adicional secreto

«Con ocasión de la firma del Pacto de No Agresión entre el Reich alemán y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, los abajo firmantes, plenipotenciarios de cada una de las dos partes, han abordado, en discusiones estrictamente confidenciales, la cuestión de los límites de sus respectivas esferas de influencia en la Europa oriental. Estas conversaciones han conducido a las siguientes conclusiones:

»1. En la eventualidad de una redistribución territorial y política en las zonas pertenecientes a los Estados bálticos (Finlandia, Estonia, Letonia y Lituania), la frontera norte de Lituania constituirá el límite entre las esferas de influencia de Alemania y de la U.R.S.S....

»2. En la hipótesis de una redistribución territorial y política de las zonas pertenecientes al Estado polaco, las esferas de influencia de Alemania y la U.R.S.S. quedarán delimitadas, aproximadamente, por los ríos Narev, Vístula y San.

»La cuestión de si los intereses de ambas partes hacen deseable el mantenimiento de un Estado polaco independiente y de cómo debe quedar delimitado dicho Estado, sólo puede ser determinada definitivamente en el curso de posteriores evoluciones políticas...»

La división de Polonia

Los propios alemanes fueron los que provocaron esas «posteriores evoluciones políticas» con la invasión de Polonia. Cuatro semanas más tarde, el 28 de septiembre, Alemania y la U.R.S.S. daban una nueva muestra de cooperación con la firma de un tratado que dividía a Polonia:

«El Gobierno del Reich alemán y el Gobierno de la U.R.S.S. consideran como tarea exclusivamente suya, después del hundimiento del antiguo Estado polaco, restablecer la paz y el orden en estos territorios y asegurar a los pueblos que los habitan una vida pacífica compatible con su carácter nacional. Con este fin, han convenido lo siguiente:

»El Gobierno del Reich alemán y el Gobierno de la U.R.S.S. determinan... los límites de sus respectivos intereses nacionales en los territorios del antiguo Estado polaco...

»... el territorio del Estado lituano cae en la esfera de influencia de la U.R.S.S., mientras que la provincia de Lublin y parte de la provincia de Varsovia caen en la esfera de influencia de Alemania...

»Cada una de las partes se compromete a no tolerar en su territorio ninguna agitación polaca susceptible de afectar al territorio de la otra parte. Ambas partes suprimirán en sus respectivos territorios todo intento de agitación y se intercambiarán informaciones relativas a las medidas adecuadas.»

A. O. Chubargan

Estalla la guerra

El 1 de septiembre de 1939, Polonia, aliada de Gran Bretaña y Francia, fue atacada por las fuerzas alemanas. Hitler ambicionaba Danzig y El Pasillo polaco. El Gobierno británico estaba casi dispuesto a permitir que se saliese con la suya...

La crisis que debía desembocar en la Segunda Guerra Mundial comenzó el 21 de agosto de 1939, con el anuncio de que Ribbentrop, el ministro germano de Asuntos Exteriores, había sido invitado a Moscú por el Gobierno soviético. El Pacto Nazisoviético no fue formalmente concluido hasta el día 23, pero era evidente que antes de la partida del ministro del Reich se habían establecido las bases de un acuerdo entre ambos países. Este viaje significaba, en realidad, el fin de las negociaciones entre Francia, Gran Bretaña y la Rusia soviética. Era, naturalmente, el objetivo que Hitler se proponía. No le bastaba la mera neutralidad soviética: lo que quería era la proclamación oficial de esta neutralidad, con el fin de quebrantar los nervios de los Gobiernos británico y francés. Sin embargo, Stalin impuso como compensación ciertas condiciones. Probablemente también él esperaba, como Hitler, una nueva marcha atrás de las potencias occidentales, pero deseaba mantener a los alemanes alejados de la frontera soviética si de todos modos estallaba la guerra. El Pacto Nazisoviético establecía, pues, en la Europa oriental, una barrera que los alemanes habían de respetar.

El pacto no era una alianza ni un acuerdo de partición. El Gobierno soviético se limitaba a prometer que se mantendría neutral, que era lo que los polacos siempre habían pedido, y fijaba además un límite a la expansión alemana. Sin embargo, el efecto inmediato fue sin duda el desaliento de las potencias occidentales. Hasta el postrer momento, Gran Bretaña y Francia habían acariciado la esperanza de atemorizar a Hitler con la amenaza del coco soviético. Después de firmado el pacto, se veían obligadas a valerse por sí mismas, y Hitler estaba convencido de que cederían una vez más.

El 22 de agosto, el Führer pronunció una violenta alocución ante sus generales: «Cerrad vuestros corazones a la piedad. Actuad con mano de hierro. He llevado a Polonia hasta donde yo quería.» Y añadió con mucho énfasis: «Es casi seguro que las potencias occidentales no intervendrán.» En realidad, Hitler estaba representando una escena para impresionar a sus generales. Suponía que alguno de ellos informaría a los británicos, y seguramente así fue. Casi en el acto, la embajada británica recibió una versión exagerada del discurso de Hitler y, como es lógico, experimentó una viva inquietud.

El 23 de agosto Hitler dio un paso más. Decidió que el ataque contra Polonia, fijado para el 1 de septiembre, tendría lugar el 26 de agosto, a las 4,40 de la madrugada. Se trataba una vez más de un recurso teatral, puesto que los preparativos alemanes no podían quedar completados antes del 1 de septiembre. El ataque contra Polonia antes de esa fecha sólo era posible si ésta ya se había rendido antes. Por lo tanto, Hitler contaba, confiado, con el colapso de las potencias occidentales.

El Gobierno francés estuvo a punto de colmar sus esperanzas. Georges Bonnet, el ministro del Exterior, siempre había dudado en prestar apoyo a Polonia y aprobaba las reivindicaciones alemanas sobre Danzig. Por otra parte, no tenía confianza alguna en el Ejército polaco. El 23 de agosto, August Daladier, el presidente del Consejo, convocó el Comité de la Defensa Nacional a petición de Bonnet, y éste preguntó si no se debía obligar a Polonia a un compromiso y aplazar la guerra hasta que los franceses estuviesen mejor preparados. Gamelin, el comandante en jefe, se negaba a admitir la debilidad de su Ejército, y aseguró que los polacos podrían resistir hasta la primavera. Para entonces, Francia sería ya «inexpugnable». No obstante, nadie previó la posibilidad de que Francia prestase la menor ayuda a Polonia, y tampoco trataron los franceses de comentar la situación con los ingleses. Los ministros de ambos países no mantuvieron conversaciones como durante la crisis checa. En el fondo, a los franceses no

La portada de un número de la revista norteamericana *Life* aparecido en los primeros días de la guerra: un soldado británico, preparado contra los gases, carga un cañón antiaéreo dirigido contra los bombarderos.



Fotografía de Hitler publicada en *Berliner Illustrierte Zeitung*, con motivo del quincuagésimo aniversario del dictador (20 de abril de 1939). Seis años después, ya en plena hecatombe, nadie en Alemania se preocupaba, en tal fecha, de nada más que de la propia salvación, y Hitler vivió trágicamente aislado su último aniversario en el *bunker* donde pocos días después habría de suicidarse.



les hubiese disgustado que los británicos los obligasen a claudicar, pero no querían tomar la iniciativa de una capitulación. Podían escoger entre abandonar a Polonia o librar una gran guerra, en la que Francia asumiría la mayor parte del peso. El Gobierno francés se mostró incapaz de tomar un partido, y durante una semana dejó que los demás decidieran el destino de Europa y de Francia.

Obstinación británica

Aparentemente, el Gobierno británico se mostraba más resuelto. El 22 de agosto publicó un comunicado según el cual el inminente Pacto Germanosoviético «no afectaría en modo alguno los compromisos de Gran Bretaña con respecto a Polonia». Nada más podía hacerse. Los ministros británicos eran orgullosos y tercos: no iban a concitar sobre su política los dicterios de la oposición ni a provocar una reacción violenta de la opinión pública. El ala derecha de los conservadores había desaprobado las negociaciones con la Rusia soviética, pero muchos de ellos habían luchado durante la Primera Guerra Mundial y no podían imaginar que Gran Bretaña fuese incapaz de imponer su voluntad a Alemania si así lo determinaba. En cuanto a los laboristas, habían patrocinado la alianza con la U.R.S.S., y estaban dispuestos a demostrar que, a diferencia de Stalin, mantenían sus principios.

En secreto, los ministros británicos deseaban ceder. Chamberlain le dijo a Kennedy, el embajador norteamericano: «Todo esto es de una espantosa futilidad. No podemos salvar a los polacos, y sólo nos es posible desencadenar una guerra de revancha que provocará la destrucción de Europa.» Chamberlain añadió que él no podía ejercer presión sobre Polonia. ¿Querría hacerlo Roosevelt en su lugar? Roosevelt rehusó. La única esperanza estribaba en advertir a Hitler o, más bien, en negociar con él. El 23 de agosto, Nevile Henderson salió en avión hacia Berchtesgaden y advirtió a Hitler que Gran Bretaña ayudaría a Polonia. También le hizo saber que podría obtener Danzig sin disparar un solo tiro, y cantó las alabanzas de una alianza anglogermana. Hitler no se dejó impresionar y prorrumpió en estentóreas vociferaciones. Cuando Henderson hubo salido, se dio una palmada en el muslo y exclamó: «¡Chamberlain no sobrevivirá a esta conversación! ¡Su gobierno caerá esta noche!» De nuevo en Berlín, Henderson comunicó a Lipski, el embajador polaco, que la única oportunidad de Polonia consistía en entablar negociaciones en el acto. Lipski no se dio por aludido.

El 24 de agosto reunióse el Parlamento británico y aplaudió unánimemente lo que juzgaba ser firme actitud del Gobierno. Pero en estos instantes Hitler empezaba a preguntarse si el Gobierno británico estaba realmente a punto de claudicar. Voló hacia Berlín y celebró una conferencia con Ribbentrop y con sus generales más destacados, a los que preguntó si corroboraban la fecha del 26 de agosto para el ataque contra Polonia. Decidió, sin embargo, hacer un nuevo intento para desligar a las potencias occidentales de Polonia. Esta maniobra tomó la forma de una «última oferta», que Hitler presentó a Henderson poco después del mediodía del 25 de agosto. Afirmó que los problemas de Danzig y del Pasillo serían «solucionados», aunque sin precisar en qué forma, y que, una vez resueltos, respetaría el Imperio Británico, aceptaría un acuerdo sobre limitación de armamentos y daría nuevas seguridades de que jamás modificaría las fronteras occidentales de Alemania. Esta propuesta causó, por supuesto, una viva impresión en Henderson y pensó que Hitler hablaba «con evidente sinceridad». Prometió llevar la oferta a Londres a la mañana siguiente, y Hitler lo aprobó. ¿Qué buscaba éste? Todo hacía presumir que, cuando Henderson saliese de Alemania, el ataque alemán contra Polonia habría empezado ya. ¿Creía Hitler que los británicos abandonarían la alianza polaca al ver su oferta? ¿Había olvidado el horario que se había fijado? ¿O acaso su decisión de atacar a partir del 26 de agosto formaba parte de un golpe teatral?

Esta última parece la explicación más probable. Durante la tarde del 25 de agosto, Hitler merodeó por la Cancillería, y a las 3 dio orden de desencadenar el ataque. Tres horas después, Attolico, el embajador italiano, trajo la noticia de que Italia no podía entrar en guerra a no ser que recibiese ingentes cantidades de materias primas que Alemania no se hallaba en condiciones de suministrar. Inmediatamente después Ribbentrop comunicó que en Londres había sido oficialmente firmado el Tratado Anglopolaco. Hitler frenó sus ímpetus. Llamó a Keitel, el jefe del Estado Mayor, y le dijo: «Deténgalo todo inmediatamente. Necesito tiempo para las negociaciones.» El ataque contra Polonia fue suspendido en el último instante.

Parecía como si el Gobierno británico se hubiese comprometido a fondo al firmar su alianza con Polonia, en particular por el hecho de que el acuerdo incluía una garantía para Danzig. En realidad, el Gabinete tenía intenciones harto distintas ya que todavía deseaba vender bajo mano. El *Foreign Office* esbozó los términos para una oferta a Hitler en la que se afirmaba que Danzig tendría «el derecho a determinar su futuro político», y Halifax, el ministro del Exterior, comunicó al embajador polaco que su Gobierno cometería un grave error si rechazaba «modificaciones pacíficas en el estatuto de Danzig». Por lo tanto, Hitler y el Gobierno británico coincidían en admitir que el final de las negociaciones debía ser una rendición polaca. El problema estribaba en determinar cómo iniciar las negociaciones. Los dos bandos se estudiaban como dos luchadores antes de aferrarse. Los británicos ofrecieron concertar negociaciones directas entre Alemania y Polonia si Hitler prometía renunciar a cualquier acción violenta, y éste contestó que no habría guerra si podía entrar en posesión de Danzig.

Goering, que no deseaba una guerra, recurrió entonces a un intermediario no oficial, un hombre de negocios sueco llamado Dahlerus. Éste voló hacia Londres el 25 de agosto y regresó a Berlín el 26, hizo de nuevo el viaje de ida y vuelta el 27, y lo repitió el 30. En Berlín habló con Goering y en alguna ocasión con Hitler, y en Londres se entrevistó con Chamberlain y Halifax. De estas conversaciones por intermediarios, cada una de las partes sacó la impresión de que la otra empezaba a ceder terreno. Ambos anhelaban otra conferencia de Munich, pero con las más favorables perspectivas, y nadie sabía cómo obligar a los polacos a negociar.

El 28 de agosto Henderson entregó la respuesta británica a la última oferta de Hitler. El Gobierno británico insistía en que se entablasen negociaciones directas entre Alemania y Polonia, y si con éstas se llegaba a un acuerdo, quedaría expedito el camino para «un acuerdo más amplio y completo entre Alemania y Gran Bretaña». Hitler había declarado repetidas veces que, en vista de que sus ofertas a Polonia habían sido rechazadas durante la primavera, jamás volvería a negociar directamente con los polacos. Por otra parte, Henderson no presentó objeción cuando Hitler dijo que las negociaciones deberían implicar una capitulación polaca con respecto a Danzig y el Pasillo. De este modo, Hitler creyó que triunfaría en cualquier alternativa. Si los polacos cedían, obtendría Danzig y el Pasillo. Si rehusa-

ban, el Gobierno británico los abandonaría. Decidió aceptar negociaciones directas, pero de tal modo que pareciese como si Alemania todavía siguiera dictando sus condiciones tanto a Gran Bretaña como a Polonia.

El 29 de agosto Hitler se entrevistó de nuevo con Henderson y le entregó su respuesta. Accedía a negociar directamente, pero era indispensable que un representante polaco, con plenos poderes, llegase a Berlín dentro de las próximas veinticuatro horas. Henderson objetó que esto equivalía a un ultimátum, pero Hitler y Ribbentrop replicaron, con una pedantería típicamente germana, que la palabra «ultimátum» no aparecía en ninguna parte de la nota alemana. Ultimátum o no, Henderson apresuróse a aceptarlo. La oferta de Hitler, telegrafió a Londres, era «la única posibilidad de evitar la guerra». Por lo demás, recomendó a todos que la aceptasen: a su propio Gobierno, a los franceses y a los polacos. Acudió presuroso a Lipski y lo apremió para que asintiese inmediatamente, pero Lipski no se dejó convencer y ni siquiera comunicó la propuesta de Hitler a Varsovia. Los franceses, por el contrario, no desaprovecharon la oportunidad, y Bonnet telegrafió a Beck para decirle que fuese en seguida a Berlín.



Henderson (segundo a partir de la izquierda), acompañado por dignatarios alemanes, acude a visitar a Hitler la noche del 30 al 31 de agosto de 1939, cuando empezaba ya a faltar el tiempo que tan afanosamente trataba de ganar con vistas a unas posibles negociaciones germanopolacas.

La decisión quedaba en manos del Gobierno británico. Éste ya tenía la proposición que siempre había anhelado: negociaciones directas entre Alemania y Polonia. Hitler había accedido, pero no era posible entregarle los polacos. Chamberlain le dijo a Kennedy que le causaba «mayor preocupación hacer entrar en razón a los polacos que a los alemanes», y no le faltaban motivos. En efecto, Beck respondió con firmeza: «Si se me invita a ir a Berlín, desde luego no iré, pues no quiero que se me trate como al presidente Hacha.» (El presidente Emil Hacha, de Checoslovaquia, había sido obligado cinco meses antes, el 15 de marzo, por Hitler, Goering y Ribbentrop, a renunciar a la independencia de su país.) El Gobierno británico tuvo que preparar una respuesta dilatoria, que Henderson entregó cuando pasaban ya veinticinco minutos de la medianoche del 30 de agosto, o sea cuando el «ultimátum» alemán había expirado ya. Los británicos acogían con agrado la propuesta de Hitler, pero le rogaban que esperase un poco, ya que no les había sido posible mandar un representante polaco en un plazo tan breve.

Entretanto, Hitler había preparado las condiciones que pensaba presentar a los polacos. Según él, eran moderadas: devolución inmediata de Danzig y un plebiscito en el Pasillo. Henderson estimaba que estos términos «no eran irrazonables». Al regresar a la embajada británica, llamó a Lipski y le instó a que solicitase en seguida una entrevista con Ribbentrop. Lipski se negó y volvió a acostarse. A la mañana siguiente, Goering envió a Dahlerus para que entregase a Henderson las condiciones alemanas por escrito. Henderson volvió a convocar a Lipski y, al negarse éste a acudir a la embajada, le mandó a Dahlerus. Lipski seguía obstinado y declaró que «la moral alemana se estaba cuarteando y que el actual régimen no tardaría en hundirse». Dahlerus comunicó su fracaso a Londres y añadió que las condiciones alemanas eran «extremadamente razonables», a lo que asintieron los británicos. Henderson telegrafió a Londres que «después de la oferta alemana, la guerra sería totalmente injustificable», y Halifax telegrafió a Varsovia: «No veo el motivo de que el Gobierno polaco encuentre dificultad en autorizar a un embajador polaco para que acepte un documento del Gobierno alemán.»

La maniobra de Hitler empezaba a tener éxito, puesto que se abría ya una brecha entre Polonia y sus aliados occidentales. Pero Hitler era prisionero de su propia tabla de horarios. Había declarado repetidas veces ante sus generales que si no conseguía la capitulación polaca antes del 1 de septiembre, rompería las hostilidades, y si su maniobra fracasaba no podía permitirse verse menospreciado por ellos. Además, una acción militar no puede improvisarse al momento; si suspendía el ataque planeado para el 1 de septiembre, tendría que aplazarlo varias semanas, o incluso meses. Todos los mensajes británicos habían sido interceptados y Hitler sabía hasta qué punto el Gobierno inglés estaba deseoso de dar por concluido el asunto. Debía, por lo tanto, continuar con el mismo juego hasta que capitulase el Gabinete británico, incluso después de haber comenzado la guerra contra Polonia. En una situación tan tensa, no tenía elección alguna si quería mantener su prestigio. También es posible que le atrajese el juego, pues, como declaró a Goering: «Yo siempre pido *va banque*. Es la única jugada que conozco.» El 31 de agosto, a las 12,40, ordenó que se iniciara el ataque contra Polonia.

A la 1 de la tarde, Lipski solicitó ver a Ribbentrop y se le preguntó si acudía co-



«Información especial de última hora: Gran Bretaña declara la guerra.» Así dice el cartel con que este vendedor de periódicos londinense pregona su mercancía el 3 de septiembre de 1939.

mo plenipotenciario. «No, como embajador», contestó. Esto le bastó a Hitler. Los polacos seguían en su obstinación. A las 4, Hitler confirmó la orden de entrar en guerra. A las 6,30, Lipski vio por fin a Ribbentrop y dijo que los polacos estaban «considerando favorablemente» la idea de unas negociaciones directas. Ribbentrop le preguntó de nuevo si actuaba como plenipotenciario, y Lipski repitió que no lo era. Ribbentrop consideró entonces inútil comunicarle las condiciones alemanas, y, de haberlo hecho, Lipski se habría negado a recibirlas. Los polacos se habían mantenido en sus trece hasta el último momento. El 1 de septiembre, a las 4,45 de la tarde, las fuerzas alemanas atacaban Polonia sin previa declaración de guerra, y a las 6, aviones germanos bombardeaban Varsovia.

Arrastrados a la guerra

La aliada de Gran Bretaña y Francia había sido atacada injustificadamente, y a éstas correspondía declarar la guerra al agresor. Sin embargo, nada hicieron en este aspecto. Los dos Gobiernos se limitaron a «advertir» a Hitler que se verían obligados a entrar en guerra si él no renunciaba al ataque. Entretanto, esperaban que Mussolini los salvase como había hecho durante la crisis checoslovaca y como, al parecer, estaba decidido a hacerlo todavía. El Duce proponía, en efecto, una conferencia europea para revisar todas las causas del conflicto, con la condición de que Danzig fuese devuelto inmediatamente a Alemania. Hitler anunció que daría una respuesta el 3 de septiembre. Los Gobiernos británico y francés se preguntaron entonces, con desespero, si podían retrasar su intervención hasta ese día, pero también ellos se veían arrastrados por la indignación de la opinión británica. Los franceses mantenían su inmovilismo, pero los británicos estaban enfurecidos. Finalmente, Londres y París se decidieron a aceptar el principio de una conferencia a condición de que las tropas alemanas hubiesen evacuado previamente el territorio polaco ocupado. Mussolini comprendió que esto era imposible y retiró su proposición, mientras los Gobiernos británico y francés seguían esperando una conferencia que había muerto antes de nacer.

En la tarde del 2 de septiembre, Chamberlain se dirigió a la Cámara de los Comunes. Los diputados esperaban oír que había sido declarada la guerra, pero Chamberlain sólo dijo que si el Gobierno alemán accedía a retirar sus tropas de Polonia (lo que no era lo mismo que retirarlas efectivamente), el Gobierno británico olvidaría cuanto hubiera ocurrido y la diplomacia podría reanudar sus funciones. Chamberlain volvió a sentarse en medio de un profundo silencio. Al levantarse Greenwood para hablar en nombre de los laboristas, fue interpelado por Amery: «¡Habla en nombre de Inglaterra, Arthur!» Seguidamente, Greenwood previno a Chamberlain que era inútil continuar la sesión si no se declaraba la guerra. El Gabinete se reunió a última hora de la noche y resolvió enviar en seguida un ultimátum a Alemania. Halifax, que lamentaba esta decisión, aplazo el ultimátum hasta la mañana siguiente.

El ultimátum británico fue entregado en Berlín a las 9 de la mañana del 3 de septiembre. El Gobierno alemán no dio respuesta, y el ultimátum expiró a las 11 de la mañana. Los franceses siguieron los pasos de su aliada y declararon la guerra a las 5 de la tarde. La Segunda Guerra Mundial había comenzado. Es posible que Hitler tuviese la intención de conquistar Europa en determinado momento; también es posible, aunque menos probable, que el Gobierno británico intentase un día u otro presentarle resistencia, pero ninguna de estas intenciones fue la causa directa de la guerra. En aquellos momentos, Hitler sólo deseaba Danzig y el Pasillo, y el Gobierno británico quería entregárselos, planes que fueron obstaculizados primero por la obstinación polaca y después por la indignación de los escaños conservadores. Los mismos hombres que habían aplaudido en Munich, se revelaron entonces feroces partidarios de la guerra.

Más tarde, se habló pródigamente acerca de una cruzada contra el fascismo, pero en realidad la mayoría de los países fueron arrastrados al conflicto. Los polacos no tenían otra alternativa. Los franceses se vieron impulsados por los británicos. Los rusos y los norteamericanos, a pesar de sus bravatas, esperaron pasivamente hasta que Hitler decidió atacarlos. Sólo el pueblo británico y sus Dominios fueron a la guerra por su propia y libre voluntad. El fascismo no los preocupaba en absoluto. Fueron a la guerra a causa de su orgullo nacional y en defensa del honor de la nación.

A. J. P. Taylor

«Blitzkrieg» en Polonia

Aturdido por la rapidez y la contundencia de la guerra «relámpago» llevada a cabo por Alemania, el Ejército polaco, deplorablemente anticuado, se desintegró en cuestión de semanas. Hasta la fecha, nadie había ganado jamás una guerra con tan pocas pérdidas.

«Muy pronto.» Ilustración publicada en agosto de 1939 en los Estados Unidos y que prevé la inminencia del ataque alemán a Polonia. ***Abajo:*** **el mariscal Rydz-Smigly, jefe supremo del Ejército polaco; sus intentos de defender el suelo nacional frente a la guerra relámpago alemana resultaron absolutamente inútiles.**





Se inició la campaña de Polonia antes de las seis de la mañana del primero de septiembre de 1939, momento en que las fuerzas alemanas atravesaron la frontera polaca; una hora antes los ataques aéreos habían constituido el preludio de la operación. Ello tenía una gran significación en la historia bélica, puesto que constituía la primera demostración de la teoría, desarrollada en Gran Bretaña en los años veinte, de que la guerra correría en el futuro a cargo de fuerzas blindadas y mecanizadas que efectuarían rápidos avances con el apoyo de la aviación.

Al exponer por vez primera esta teoría me serví, para describir tal acción bélica, del término «relámpago». Desde entonces, y a través del término alemán *Blitzkrieg* («guerra relámpago»), la metáfora obtuvo amplia aceptación, no desprovista de ironía, en todo el mundo.

Polonia, con sus dilatadas fronteras —5.361 km—, presentaba una excelente oportunidad para la práctica y la demostración de la teoría de la *Blitzkrieg*. El tramo de 2.010 km. que constituía frontera con Alemania se había extendido recientemente, con la ocupación de Checoslovaquia, hasta cubrir 2.720 km., lo que significaba que el flanco sur de Polonia quedaba expuesto a la invasión, incluso más de lo que lo estaba el flanco norte, que miraba a Prusia oriental.

La llanura polaca ofrecía un terreno muy apropiado para los movimientos del invasor, aun cuando éste debía encontrar mayores dificultades que en Francia debido a la escasez de buenas carreteras; constituían dificultades adicionales la profunda arena que cubría ciertas extensiones y los lagos y bosques que cubrían otras. Sin embargo, el tiempo escogido para la invasión —cuando el terreno estaba seco y presentaba una superficie dura— redujo al mínimo estos inconvenientes.

Habida cuenta de las condiciones geográficas y estratégicas, el Ejército polaco debería haberse replegado prudentemente hacia el interior, detrás del Vístula y el San, lo que, por otra parte, habría significado el abandono de las zonas industriales más importantes. Los yacimientos carboníferos de Silesia se hallan junto a la frontera y muchas de las principales industrias, aunque más alejadas, están emplazadas al oeste de aquellos dos ríos.

A las razones económicas que aconsejaban la oposición a los avances del enemigo se añadían el orgullo nacional y la excesiva confianza de los militares, tanto como la ilusoria esperanza de que así Polonia podría más fácilmente recibir ayuda de los aliados occidentales. Un tercio de las fuerzas polacas estaba concentrado cerca del «Corredor», y, por consiguiente, se hallaba expuesto a un doble movimiento envolvente: desde Prusia oriental y desde el Oeste. El orgullo nacional —que se había opuesto a las reclamaciones alemanas de la parte del territorio que ocupaba antes de 1918— redujo seriamente las fuerzas disponibles para cubrir las zonas más vitales para la defensa de Polonia. Casi otro tercio de los efectivos polacos se hallaba en situación de reserva al norte del eje central, entre Lodz y Varsovia, a las órdenes del comandante en jefe del Ejército polaco, el mariscal Rydz-Smigly.

La ubicación inadecuada de los efectivos polacos les impedía hasta cierto punto oponerse eficazmente al avance del enemigo, pues al tener que efectuar las tropas sus marchas a pie, no podían acudir en defensa de las posiciones más atrasadas antes de ser éstas rebasadas por las columnas mecanizadas del invasor. La falta de movilidad era más fatal que la movilización incompleta.

Por otro lado, las cuarenta divisiones alemanas de infantería tenían asignado un papel mucho menos importante que las catorce divisiones mecanizadas o parcialmente mecanizadas destinadas a la campaña (compuestas por seis divisiones blindadas, cuatro divisiones ligeras —infantería motorizada con dos unidades blindadas— y cuatro divisiones motorizadas). Sus profundas y rápidas incursiones decidieron el resultado, en combinación con los ataques de la Luftwaffe (que, además de poner fuera de combate buena parte de la fuerza aérea polaca antes de que pudiera entrar en acción, destrozó completamente la red de ferrocarriles).

La Luftwaffe operó en forma muy dispersa, en lugar de hacerlo en grandes



1

concentraciones, pero precisamente gracias a ello su acción paralizante se dejó sentir sobre zonas muy extensas. Constituyó otro poderoso factor la radio alemana, cuyas emisiones, encubiertas bajo la forma de emisiones polacas, contribuyeron muchísimo a confundir y desmoralizar la retaguardia polaca. Todos estos factores hicieron que la desmesurada confianza que los polacos habían puesto en la capacidad de sus hombres para destrozar las máquinas enemigas se transformara a la postre en un sentimiento de desilusión y frustración.

En el norte, la invasión corría a cargo del Grupo de Ejércitos de Bock, que comprendía el III Ejército (mandado por Küchler) y el IV Ejército (a las órdenes de Kluge). El primero, que en Prusia oriental ocupaba una posición de flanco, se dirigió hacia el sur, mientras que el segundo avanzó hacia el este, a través del Corredor polaco, para unirse al primero después de rodear a los polacos por el flanco derecho.

El papel principal estaba confiado al Grupo de Ejércitos de Rundstedt que operaba en el sur. Contaba casi con doble número de soldados de infantería y con una mayor proporción de elementos blindados. Comprendía el VIII Ejército (mandado por Blaskowitz), el X (mandado por Reichenau) y el XIV (a las órdenes de List). Blaskowitz, en el ala izquierda, había de avanzar hacia el gran centro fabril de Lodz, con lo que contribuiría a aislar las fuerzas polacas en el saliente de Poznan mientras cubría el flanco de Reichenau. En el ala derecha, List había de arremeter contra Cracovia y al mismo tiempo rodear el flanco polaco de los Cárpatos, usando el cuerpo blindado de Kleist para empujar a los enemigos a través de los pasos de las montañas. La

2

Izquierda: 1 **Tanques rusos en los caminos de Polonia.** *2* **Infantería alemana motorizada; la insignia que figura en el primer vehículo ha sido arrancada de un puesto fronterizo polaco.**
Derecha: 1 **Sarcástica ilustración alemana que presenta al famoso pianista polaco Paderewski tocando tumultuosamente el piano mientras arde Varsovia.** *2* **El orgullo del Ejército polaco: la caballería, que resultó completamente inútil.** *3* **La campaña de Polonia, con la indicación de la nueva frontera germano-soviética establecida tras el hundimiento polaco.** *4* **«Luftwaffe», obra del artista polaco B. W. Linke.** *5* **Hitler ante un busto de Pilsudski, en el curso de una visita al frente polaco.**

2


LITUANIA
Kaunas
Königsberg
Danzig
PRUSIA OR.
Grupo de Ejércitos del Norte
IV Ejército
II Ejército
Bialystok
R. Narew
Bydgoszcz
Warta
Pinsk
R. Bug
Poznan
Varsovia
Brest Litovsk
Lodz
R. Pilica
Kielce
ALEMANIA
Sandomierz
R. Vistula
R. San
Cracovia
VIII Ejército
X Ejército
XIV Ejército
Przemysl
Lwow
R. Dunajec
Mts. Cárpatos
80
160
KM
HUNGRIA
RUMANIA

4



acción decisiva estaba reservada a Reichenau, en el centro, quien disponía de la mayor parte de las fuerzas blindadas.

El 3 de septiembre —día en que Gran Bretaña y Francia declararon la guerra— las tropas de Kluge ya habían cortado el Corredor y alcanzado el curso inferior del Vístula, mientras Küchler iba avanzando desde Prusia oriental hacia el Narew. Más importante todavía, las fuerzas blindadas de Reichenau habían penetrado hasta el Warta y obligaban al enemigo a cruzarlo. Mientras tanto, el Ejército de List convergía desde ambos flancos sobre Cracovia, forzando a los polacos de este sector a abandonar la ciudad y a refugiarse más allá del Nida y del Dunajec.

Al día siguiente, las fuerzas más avanzadas de Reichenau habían alcanzado y cruzado el Pilica, a ochenta kilómetros al este de la frontera. El 6 de septiembre el ala izquierda había rebasado ampliamente la ciudad de Lodz y el ala derecha había penetrado en Kielce. Los otros ejércitos alemanes tenían ya muy adelantada la misión que se les confiara en la vasta operación envolvente planeada por Halder, jefe del Estado Mayor General, bajo la dirección de Brauchitsch, comandante en jefe de los ejércitos. Los ejércitos polacos habían empezado a dividirse en fracciones, algunas de las cuales se batían en retirada mientras otras libraban ataques esporádicos contra las columnas enemigas que tenían más cerca.

Aprovechando un boquete, una de las divisiones blindadas de Reichenau se infiltró, el 8 de septiembre, en uno de los arrabales de Varsovia, después de haber cubierto 225 km. en una semana. Al día siguiente, las divisiones ligeras de su ala derecha alcanzaban por el sur el curso del Vístula, entre Varsovia y Sandomierz, y se dirigían después hacia el norte.

Cerca de los Cárpatos, las fuerzas móviles de List habían atravesado el Dunajec y una serie de ríos de menor importancia y se encontraban en el San, después de rebasar por ambos lados la famosa fortaleza de Przemysl. En el norte, la división blindada de Guderian (que formaba parte del ejército de Küchler) había forzado el paso del Narew y atacaba la línea del Bug, detrás de Varsovia. En esta forma se llevaba a cabo un segundo movimiento envolvente más amplio que el primer movimiento de tenazas, y ambos iban a cerrarse sobre las fuerzas polacas que se encontraban en el recodo del Vístula, cerca de Varsovia.

En esta etapa, los alemanes iban a introducir una modificación importante en su plan de invasión, pues el extraordinario estado de confusión en que se debatía el bando polaco, cuyas columnas marchaban en distintas direcciones, levantando nubes de polvo que dificultaban la observación aérea, privó momentáneamente al Mando alemán de hacerse cargo de cuál era la situación real. En estas circunstancias, el Alto Mando alemán pensó que el grueso de las fuerzas polacas del norte ya se había retirado tras el Vístula, por lo que dio orden al ejército de Reichenau de que atravesara dicho río entre Varsovia y Sandomierz, con la finalidad de impedir que los polacos se retiraran anticipadamente al sudeste de Polonia. Sin embargo, Rundstedt tuvo reparos en obedecer, convencido como estaba de que la mayoría de las fuerzas polacas se hallaban todavía al oeste del Vístula. Prevaleció finalmente su punto de vista, y el ejército de Reichenau se desplazó hacia el norte para establecer una posición de bloqueo a lo largo del Bzura, al oeste de Varsovia.

La operación dio resultado, pues la mayor parte de las fuerzas polacas restantes fueron encerradas antes de que pudieran retirarse hacia el Vístula. A la ventaja obtenida por los alemanes con su estratégica penetración a lo largo de la línea de menor resistencia se añadía ahora la ventaja de la defensa táctica. Para dar remate a la victoria sólo tenían que mantener su posición, rechazando los impetuosos y desesperados asaltos de un ejército privado de sus bases, falto de recursos y crecientemente hostilizado en su flanco y retaguardia por los ejércitos de Blaskowitz y Kluge, que avanzaban hacia el este en dirección convergente. Aunque los polacos lucharon valientemente, con una bravura que causó honda impresión a sus adversarios, sólo una pequeña parte de sus efectivos logró romper el cerco por la noche y unirse a las tropas de guarnición en Varsovia.

El 10 de septiembre, el comandante en jefe polaco, mariscal Rydz-Smigly, ordenó la retirada general hacia el sudeste de Polonia, y confió la dirección de las fuerzas al general Sosnkowski: de este modo esperaba lograr una posición defensiva que le permitiera prolongar la resistencia en un frente comparativamente reducido. Por el momento, los alemanes ya se habían infiltrado profundamente en el interior del país: se hallaban detrás del Vístula y habían rebasado el curso norte del Bug y el del San por el sur. En el flanco norte Guderian, con sus carros blindados, se abrió paso hacia Brest Litovsk, mientras más al sur los batallones blindados de Kleist llegaban a Lwow, el 12 de septiembre. Estas vanguardias mecanizadas andaban escasas de combustible después de las largas marchas efectuadas, pero el Mando polaco estaba tan desconcertado que fue incapaz de sacar ningún provecho del ritmo más cansino de los alemanes y de su creciente fatiga.

Resistencia de las guerrillas

El 17 de septiembre las fuerzas de la Rusia soviética invadieron el territorio polaco por el este, en un momento en que Polonia casi no podía disponer de ningún soldado para oponerles resistencia. Al día siguiente el Gobierno polaco y el comandante en jefe del Ejército abandonaron el país para buscar refugio en Rumania; pero la guarnición de Varsovia resistió diez días más, bajo el incesante bombardeo con que era atacada la ciudad desde tierra y desde el aire. Los últimos restos del Ejército polaco no se rindieron hasta el 5 de octubre y algunas unidades continuaron luchando en forma de guerrillas durante el invierno.

Las fuerzas rusas establecieron contacto con las alemanas en el centro de Polonia, a lo largo de una línea que desde Prusia oriental se extendía hasta los Cárpatos pasando por Brest Litovsk. La nueva división de Polonia derivada de este hecho fue de corta duración: los dos pueblos invasores, al entrar en contacto a través de la frontera común, no lograron soldar su amistad, sino que pronto empezaron a acusarse las diferencias que los separaban.

Mientras tanto los franceses habían dado algún que otro arañazo en el frente occidental de Alemania, con la probable intención de aliviar un poco la presión ejercida sobre su aliada. Teniendo en cuenta la debilidad de las fuerzas y del sistema defensivo alemán, es natural suponer que los franceses debieran haber profundizado más en sus ataques. Sin embargo, un análisis más profundo señala que no es posible sacar una conclusión segura de las cifras comparativas de las fuerzas en oposición.

Aunque la frontera del norte de Francia tenía una longitud de 800 km., al intentar una ofensiva los franceses se veían confinados a un estrecho sector de 144 kilómetros, desde el Rin al Mosela, a menos que violaran la neutralidad de Bélgica y Luxemburgo. Los alemanes, por su parte, se hallaban en condiciones de concentrar lo mejor de sus tropas disponibles en este estrecho sector. Por lo demás, habían dispuesto en los accesos a su Lí-



Un puente de ferrocarril sobre el Vístula, en Tczew, volado por los polacos en un intento de obstaculizar el ímpetu arrollador del avance alemán por el suelo nacional.

nea Sigfrido un compacto cinturón de campos de minas, lo que debía frenar el ardor combativo de los franceses.

El sistema de reemplazos

Para mayor desgracia, los franceses no podían desencadenar su ofensiva hasta aproximadamente el 17 de septiembre, exceptuados algunos ataques preliminares de tanteo, y como en estas fechas Polonia se hallaba ya tan manifiestamente fuera de combate, tenían una buena excusa para no lanzarse a la aventura. La incapacidad en que se hallaba Francia de empuñar pronto las armas era consecuencia de la estructura de sus fuerzas armadas, manifiestamente anticuada: el Ejército francés, que estaba montado sobre el sistema de reemplazos, no podía entrar en acción hasta que sus efectivos «de reserva» se hubiesen incorporado a sus respectivas unidades después de dejar sus puestos de trabajo civiles. Contribuía a la demora, sin embargo, la obsesiva confianza que el Mando francés tenía en las viejas ideas tácticas, particularmente en la de que toda ofensiva debía ir precedida por un masivo bombardeo de artillería, tal como se había efectuado durante la Primera Guerra Mundial. Todavía consideraban a la artillería pesada como el «abrelatas» imprescindible cuando se trataba de conquistar una posición fortificada. Pero no podían sacar de los almacenes la artillería pesada y servirse de ella hasta la última etapa de la movilización: era ésta una condición indispensable para la preparación de una ofensiva.

Durante varios años, uno de los líderes políticos franceses, Paul Reynaud, acusó a este sistema de arcaico e insistió en la urgente necesidad de crear una fuerza mecanizada integrada por soldados profesionales y dispuesta para cualquier eventualidad, en vez de confiar en el viejo sistema de reemplazos, tan difíciles de movilizar. Sin embargo, sus palabras no habían sido más que «una voz que clama en el desierto».

Los acontecimientos militares de 1939 pueden resumirse en pocas palabras. En el Este, un ejército evidentemente anticuado fue pronto desintegrado por pequeños contingentes de tanques que actuaban en combinación con una fuerza aérea superior, lo que significaba la puesta en práctica de una nueva técnica. Al mismo tiempo, en el Oeste, un ejército de tardos movimientos no pudo ejercer ninguna presión eficaz hasta que fue ya demasiado tarde.

Capitán Sir Basil Liddell Hart

Rusia ataca a Finlandia

Tres meses después de iniciada la Segunda Guerra Mundial, estalló otro conflicto en el extremo norte. Con sorpresa de todo el mundo, el pequeño Estado de Finlandia resistió firmemente la acometida del coloso ruso, pero pronto quedó demostrado que sin ayuda exterior no podía continuar la lucha.

Finlandia cayó por vez primera dentro de la órbita rusa en 1808 cuando, a raíz del infortunado acuerdo concertado con Napoleón sobre la «esfera de influencia», el zar Alejandro I tuvo el camino expedito para obligar a Finlandia a incorporarse al Imperio Ruso en calidad de ducado semiindependiente. Ciento treinta años después, como resultado de otro nefasto acuerdo —el Pacto Nazisoviético—, tropas rusas invadieron nuevamente el país. Durante estos años intermedios, Finlandia había contemplado cómo, bajo los zares, eran reducidos gradualmente, si no eliminados por completo, sus privilegios; sin embargo, a partir de 1917, se mantuvo independiente durante veinte años.

Fue Stalin, en calidad de delegado del nuevo Gobierno bolchevique para las nacionalidades, quien garantizó la independencia de los finlandeses, procediendo en ello de acuerdo con el principio leninista de ofrecer la libertad a los pueblos rusos sujetos anteriormente a los zares. Sin embargo, cuando al poco tiempo los comunistas del país intentaron adueñarse del poder, Finlandia se vio desgarrada por una atroz guerra civil. Los comunistas obtuvieron ayuda de los soldados rusos, al paso que las fuerzas «nacionales», dirigidas por el hábil general Mannerheim, lograban cierta ayuda de los alemanes. Los comunistas salieron derrotados, y los que no consiguieron traspasar la frontera fueron capturados, maltratados, fusilados o mandados a campos de concentración. La brutalidad y las matanzas desenfrenadas de este período habían de constituir los factores que durante muchos años mantendrían dividida la sociedad finlandesa. A pesar de ello, las duras condiciones de vida del país, junto con una cierta dosis de sentido común, contribuyeron finalmente a apaciguar los ánimos. En cuanto a sus relaciones internacionales, Finlandia era rigurosamente neutral, pero mantenía relaciones de amistad con sus vecinos escandinavos.

Sin embargo, la nueva Alemania de Hitler y la posición geográfica de Finlandia habían de privar a ésta del derecho a ser neutral. Después del acuerdo de Munich, el Gobierno soviético creyó que no tardaría en desencadenarse un ataque contra la U.R.S.S. Rusia empezó a pasar revista a sus defensas, y llegó a la conclusión de que la ciudad más vulnerable era Leningrado: situada en el extremo oriental del estrecho golfo de Finlandia, la ciudad podía ser fácilmente blanco de los ataques por mar de la potencia que dominara en el Báltico. Al mismo tiempo, Leningrado podía ser atacada por tierra a través de Finlandia, puesto que se hallaba a sólo treinta y siete kilómetros de la frontera finesa (lo que significaba que, por lo menos en teoría, la ciudad podía ser bombardeada desde territorio finlandés). En agosto de 1939 la Unión Soviética, para ganar tiempo y afianzar su posición, firmó el Pacto Nazisoviético, lo que le permitió mejorar las defensas que protegían a Leningrado. Al adquirir bases en Estonia y Letonia, dominaba el litoral sur del golfo de Finlandia y, al tener más o menos asegurada la aquiescencia nazi, se hallaba en condiciones de intervenir activamente en el litoral norte, en Finlandia, sin el riesgo de provocar la intervención alemana.

Extraoficialmente, ya en 1938 el Gobierno soviético había anunciado a Helsinki que deseaba efectuar una permuta de territorios, pero esta propuesta no fue aceptada por Finlandia. En otoño de 1939, Rusia insistió en el proyecto e invitó a los finlandeses a que mandaran una delegación a Moscú para discutir «los puntos principales». Pronto esta delegación se dio cuenta de que Molotov y Stalin pretendían que Finlandia sacrificara ciertas zonas de su territorio consideradas esenciales para la defensa de la U.R.S.S. Como compensación, ofrecían a Finlandia un territorio de doble extensión en una parte no vital de la frontera ruso-finlandesa. En una palabra, la Unión Soviética deseaba avanzar sus fronteras en la zona del istmo de Carelia para ofrecer mayor seguridad a Leningrado; también debían pasar en poder de Rusia algunas islas situadas en esta región. Luego, Rusia exigía el arriendo a largo plazo del puerto de Hanko, emplazado en el extremo sudoccidental de Finlandia, en la angosta entrada del golfo del mismo nombre; si fortificaba a Hanko

Mannerheim (en el centro), jefe supremo del Ejército finlandés, con dos militares de alta graduación.





La campaña de Finlandia, 30 de noviembre de 1939 - 12 de marzo de 1940. Luego de haber resistido al gigante soviético durante varios meses, Finlandia hubo de firmar un tratado de paz por el cual perdía varios territorios, pero no la independencia.

y contaba con otra base en el litoral sur, en Estonia, Rusia podría dominar la entrada del golfo. Finalmente, Rusia pretendía poseer una zona cercana al puerto finlandés de Petsamo, con el fin de impedir que una potencia enemiga ocupara la misma región y, por consiguiente, amenazase la ruta marítima hacia Murmansk.

Ataque del Ejército Rojo

El Gobierno finlandés no aceptó semejantes sugerencias. Si retrasaba la frontera en el istmo, tenía que abandonar la mejor línea defensiva natural, así como otra línea, bastante completa, de fortificaciones rudimentarias. Sin embargo, el gran obstáculo lo constituía el arriendo de Hanko, pues si esta plaza fortificada pasaba a poder de los rusos, Finlandia se hallaría completamente a merced de Moscú. La delegación finesa abandonó la capital de la U.R.S.S. sin llegar a un acuerdo. Otras dos delegaciones mandadas a Rusia no rebasaron tampoco el punto muerto: ni los fineses ni los rusos llegaron a ningún compromiso significativo, aun cuando reconocieron unos y otros la fuerza de los argumentos de sus respectivos interlocutores. Por lo demás, los finlandeses no esperaban que Rusia, con la cual los unía un tratado de amistad, se decidiera a recurrir a la fuerza, tanto más cuanto que nadie ignoraba que la Dieta finesa se opondría a que se hicieran concesiones territoriales a la U.R.S.S.

La última delegación estuvo de regreso en Helsinki el 15 de noviembre de 1939. Ya entonces, la prensa rusa atacaba al Gobierno finlandés y el 26 Molotov acusó al Ejército finlandés de bombardear desde detrás de sus fronteras territorio ruso. De hecho, siete bombas habían caído en Rusia, pero eran rusos los cañones que las habían disparado. Al poco tiempo el Gobierno soviético se quejó de que sus fronteras eran atacadas por tropas finesas. El 29, la U.R.S.S. rompió sus relaciones diplomáticas, y el 30, sin aviso previo, la aviación rusa bombardeó Helsinki mientras el Ejército Rojo avanzaba hacia la frontera.

Así, Finlandia se enfrentaba sola con su gigantesco vecino. Aparentemente, debía continuar sin ayuda exterior. Su aliado natural, Alemania, mantenía con Moscú relaciones de amistad, a consecuencia del Pacto Nazisoviético; Francia y Gran Bretaña estaban preocupadas en su propio conflicto y no podían acercarse fácilmente a Finlandia; Suecia, que en política exterior mantenía relaciones cordiales con su vecina, le daba buenas razones en privado pero públicamente le mostraba indiferencia. Todos estos países tenían gran simpatía por Finlandia, pero ninguno de ellos creía que una nación tan pequeña pudiese resistir más de pocos días al Ejército Rojo.

Éste compartía evidentemente la misma opinión. El Ejército finlandés era uno de los más insignificantes de Europa; era pequeño, no tenía tanques, disponía de escasa artillería y, en cualquier caso, en unas pocas semanas habría agotado su provisión de obuses. Su fuerza aérea no llegaba a los cien aparatos. El ejército invasor podía contar con un millón de hombres, 3.000 tanques y unos 2.500 aviones.

Al estallar la guerra, el Gobierno finlandés fue objeto de una reforma por la cual eran admitidos en su seno representantes de otros partidos políticos y sus sesiones pasaron a celebrarse en los locales del Banco de Finlandia (las agencias de información soviéticas sostenían que el Gobierno se había fugado de la capital). Mientras tanto, el Gobierno soviético instaló un gobierno denominado «Popular» en una población finlandesa recientemente conquistada, junto a la frontera; ese gobierno, integrado por comunistas finlandeses que vivían en Rusia, no llegó a ser reconocido por el pueblo finlandés ni, como esperaban los bolcheviques, por las demás naciones, debido principalmente a que nunca residió en Helsinki, la capital.

Mannerheim fue nombrado comandante en jefe de las fuerzas finlandesas. Era uno de los pocos hombres que habían instado al Gobierno a que accediera a las exigencias soviéticas de nuevos territorios con el fin de evitar una guerra que Finlandia no podía detener. Ahora se lanzaba a la tarea de realizar lo imposible. La guerra se libraba en cuatro frentes: en el extremo norte, alrededor de Petsamo; en el centro de la frontera ruso-finesa, donde los rusos esperaban atravesar la estrecha «cintura» de Finlandia y llegar al golfo de Botnia; junto al límite norte del lago Ladoga; y en el istmo de Carelia. Los combates más duros y decisivos se desarrollaron en los dos últimos frentes.

Para sorpresa del mundo entero, la máquina rusa no funcionó. El Ejército Rojo y en especial sus jefes (recientemente los mandos habían sufrido los efectos de una drástica purga) dieron muestras de no estar en absoluto preparados para la guerra en la que habían sido embarcados con tanto optimismo. Aquel país de bosques, marismas y lagos no se prestaba a la táctica de ataque masivo que los rusos empleaban. Aunque los finlandeses poseyeran pocos cañones antitanques (hasta entonces eran muchos los soldados fineses que nunca habían visto un tanque), eran capaces de destruir columnas enteras de tanques sorprendiéndolos uno tras otro conforme serpenteaban por aquel terreno tan poco común. Luego, soldados de infantería los atacarían con «cocktails Molotov», o sea con botellas de líquido inflamable equipadas con un detonador primitivo. Asimismo, las tropas de esquiadores fineses atrajeron la atención de la prensa mundial con sus repentinos e inesperados ataques a las compactas formaciones soviéticas. Se dieron ejemplos de simples compañías finesas que ponían fuera de combate a divisiones enteras de rusos.

La pequeña pero brava Finlandia

De este modo, en esta guerra, que duró 105 días, el primer mes representó, sor-



Patrulla del Ejército finlandés en acción durante la campaña finosoviética del invierno de 1939-1940. Perfectamente adaptados a un suelo de constitución muy singular, y a menudo en lucha de guerrillas, los soldados de la modesta Finlandia infligieron duras pérdidas al Ejército Rojo.

prendentemente, una victoria para Finlandia. A pesar de algunos errores tácticos, de la escasa preparación de las reservas y de la carencia de equipo moderno, los fineses apenas habían cedido terreno y habían infligido enormes pérdidas a los atacantes. En toda la campaña, los fineses sufrieron aproximadamente una décima parte de las bajas experimentadas por los rusos, y capturaron o destruyeron 1.600 tanques y más de 700 aviones. Sin embargo, era evidente que sin ayuda exterior Finlandia no podría continuar en la brecha.

La moribunda Liga de las Naciones había ya expulsado de su seno a la Unión Soviética por haber invadido Finlandia, contrastando la presteza con que había actuado en este asunto con su anterior actitud de apatía. En todos los frentes diplomáticos, Finlandia no cejó durante la guerra en la búsqueda de una salida airosa de sus apuros. Intentó también persuadir a Suecia y Noruega para que permitieran el paso de tropas francesas y británicas. Los aliados occidentales, mientras tanto, planeaban el envío de una fuerza expedicionaria destinada a matar dos pájaros de un tiro: la opinión pública de Occidente, enardecida por la prensa e incapaz de resistir el espectáculo de la pequeña nación que se defendía bravamente contra un vecino mayor (y bolchevique), estaba pidiendo a gritos que se la ayudara; por su parte, los estrategas afirmaban que si se mandaban tropas a Finlandia a través de Noruega y Suecia, ellas podrían, de paso, cortar los suministros de mineral de hierro de los que estaba pendiente Hitler.

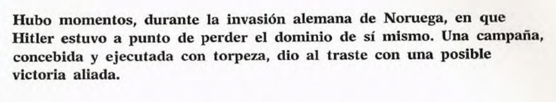
Mientras tanto, con la llegada del invierno empezaron a helarse los lagos y las marismas, y finalmente el mar, lo que facilitaba el paso de los tanques y de los hombres. Instruidos por sus propios errores, los rusos estaban en enero mejor entrenados y dirigidos, pues se hallaba al mando del frente del istmo uno de sus mejores generales, Timoshenko. Sus ataques resultaban cada vez mejor coordinados e iban precedidos por un intenso fuego artillero. Era tan eficiente su aviación que, detrás de las líneas finlandesas, ni un solo soldado estaba seguro a la luz diurna. A principios de marzo, los finlandeses se vieron obligados a efectuar un profundo repliegue, resultado éste que la prensa soviética calificó de «hazaña sin igual en la historia militar». El Ejército finlandés se encontraba exhausto y sin reservas. Empezaban a comparecer en el frente algunos «voluntarios» venidos del extranjero, especialmente de Suecia, pero eran pocos en número y llegaban tarde. Por otro lado, Londres y París habían prometido mandar una fuerza expedicionaria en cuanto Finlandia la solicitara, pero esta expedición no podía atravesar Noruega y Suecia, pues los Gobiernos de estas naciones, en su deseo de mantenerse neutrales, se negaban a concederle el permiso de paso.

Las condiciones exigidas ahora por Rusia eran más duras que antes, pero el Gobierno de Finlandia comprendió que debía zanjarse la cuestión «ahora o nunca»: era mejor concertar una paz antes de que el Ejército hubiese sufrido la derrota y mientras subsistía la amenaza de una intervención occidental. Por este motivo, Helsinki decidió no comprometerse con Gran Bretaña y Francia, con lo cual evitaba también que ambas naciones entraran en un conflicto abierto con la U.R.S.S. El 12 de marzo de 1940 se firmó el Tratado de Moscú, por el cual Finlandia no sólo cedía los territorios reclamados al principio por los soviets sino también extensas zonas adicionales y además la ciudad de Viborg. Moscú retiró por su parte el Gobierno «Popular» de Finlandia. El país de los lagos había perdido algunos territorios y algunas industrias, pero no su independencia y su honor.

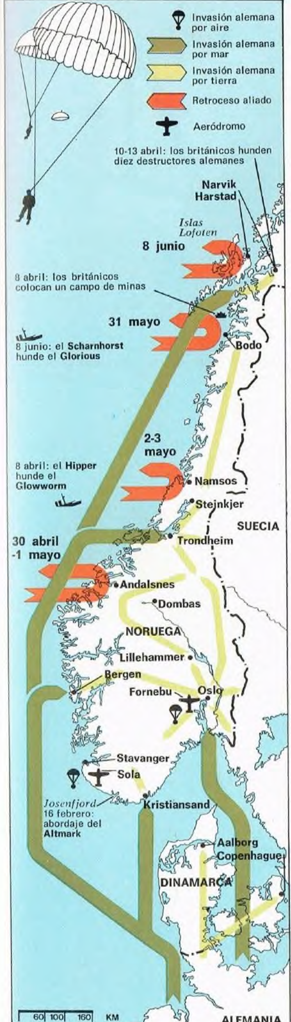
De acuerdo con los criterios entonces vigentes, Rusia no se había comportado del todo mal. Al principio no se mostró brutal en sus peticiones y se vio forzada a negociar lo que necesitaba. Se equivocó, sin embargo, al recurrir a la fuerza; el elevado precio que por ello tuvo que pagar fue la humillación del Ejército Rojo —lo que contribuyó a que Hitler se decidiera más tarde a atacar a Rusia— y su desprestigio ante el mundo. Por lo demás, el trato que Moscú dispensó a Finlandia hizo que cuando Hitler se lanzó al ataque en 1941 fuese secundado por un ejército finlandés sediento de venganza, el cual en pocos días reconquistó el terreno que a un precio tan elevado había ganado el Ejército Rojo el año anterior.

J. N. Westwood

Noruega bajo el fuego nazi



Hubo momentos, durante la invasión alemana de Noruega, en que Hitler estuvo a punto de perder el dominio de sí mismo. Una campaña, concebida y ejecutada con torpeza, dio al traste con una posible victoria aliada.



La campaña de Noruega. Al atardecer del 9 de abril de 1940, los principales puertos, aeródromos y ciudades de Noruega se hallaban totalmente en poder de los alemanes; los primeros desembarcos aliados, inefectivos, no se produjeron hasta el día 14.

Ni Noruega ni Dinamarca, naciones reconocidamente pacifistas y amigas de la neutralidad, habían dado motivo alguno que provocara la agresión alemana. Pero el plan para la invasión y ocupación de los dos Estados escandinavos, designado en cifra con el nombre de Weserübung, *o «Ejercicio Weser», fue propuesto para impedir una posible intervención británica en Escandinavia y en el Báltico, para salvaguardar los vitales suministros de mena de hierro que desde Suecia pasaban por Narvik cuando estaban heladas las aguas del golfo de Botnia y para procurar a la flota unas bases desde las cuales los submarinos y los buques expedicionarios pudieran burlar el cerco naval británico y lanzarse al mar abierto.*

El comandante en jefe de la Marina, gran almirante Erik Raeder, había convencido a Hitler de la importancia de obtener bases navales en Noruega; no había que olvidar, además, que para la Luftwaffe serían de inestimable valor los aeropuertos de ambos países escandinavos. Pero Hitler no demostró excesivo entusiasmo por la operación de Noruega hasta pasado el 16 de febrero, cuando se puso de manifiesto que Gran Bretaña ya no intentaba respetar la neutralidad de aquel país. En cuanto los aliados empezaron a organizar una expedición para ayudar a los finlandeses, en lucha contra la Unión Soviética, los planes de la invasión alemana cobraron nueva actualidad: era evidente que, al cruzar Noruega y Suecia de paso para Finlandia, los aliados cortarían fácilmente los envíos de mineral de hierro desde Suecia a Alemania. La guerra ruso-finlandesa terminó el 12 de marzo, y el general Jodl anotó tristemente en su diario: «La paz entre Finlandia y Rusia priva a Inglaterra, pero también a nosotros, de todo pretexto político para ocupar Noruega.» Sin embargo, ni Hitler ni Ribbentrop carecían de motivos para apoyar la invasión. El 9 de abril de 1940 fue ocupada Dinamarca e invadida Noruega, con la excusa de proteger ambas naciones de una invasión anglofrancesa. Ambas eran «confiadas a la protección del Reich».

S. W.

El 8 de abril, por la mañana, ocho destructores británicos penetraron en aguas noruegas, al sur de las islas Lofoden, y minaron las Leads, en los accesos al puerto ártico de Narvik, desde el cual se efectuaban los cargamentos de hierro. Setecientos cuarenta kilómetros más al sur, otros dos destructores marcaban un falso campo de minas frente a Molde. Pocas horas después, el destructor británico *Glowworm* divisó, cien millas al oeste de Trondheim, un grupo de destructores alemanes y, al darles caza en mal tiempo y en malas condiciones de visibilidad, chocó de proa con el acorazado *Hipper*. Averiado e irremisiblemente abatido, el *Glowworm* empezó en seguida a hundirse por la popa, entre llamas. Aquella misma mañana, más al sur, cerca de la punta meridional de Noruega, los campesinos oyeron una gran explosión mar adentro. Unos barcos pesqueros recogieron más tarde a unos soldados alemanes del transporte *Rio de Janeiro*, el cual, según manifestaron los alemanes, había sido torpedeado cuando se dirigía a Bergen para proteger a los noruegos del acoso británico.

En Oslo se reunió precipitadamente el Gobierno. Noruega simpatizaba por los aliados, pero, expuesta como estaba a las abrumadoras fuerzas alemanas de tierra y aire, deseaba mantenerse neutral. Cuando, el 16 de febrero, el capitán inglés Vian, al mando del destructor *Cossack*, bombardeó y atracó en Josenfjord —contra las protestas de Noruega— al buque carguero alemán *Altmark* para rescatar trescientos marinos supervivientes de buques mercantes británicos hundidos por el *Graf Spee* y destinados a campos de concentración de Alemania, la propaganda nazi se desató contra el «crimen» británico. ¿Cómo había de tomarse Hitler esta nueva violación de la neutralidad noruega?

Desde el 3 de abril llegaban noticias de que en los puertos del norte de Alemania



había algunas concentraciones de navíos y de tropas; estas noticias se hicieron más insistentes el día 8. A las 3 de la madrugada del día 9 el Gabinete noruego decretó la movilización, pero las órdenes de incorporación a filas se transmitieron «silenciosamente», por correo, sin previo edicto público. En aquellos momentos las defensas costeras de Noruega, guarnecidas sólo con una tercera parte de sus hombres, estaban en contacto con buques de guerra de nacionalidad desconocida que entraban en los principales puertos del país.

De hecho, los primeros buques invasores de Alemania —buques mercantes sin escolta que llevaban tropas y equipo bélico— habían zarpado de Alemania el día 3. En la mañana del 7, los cruceros rápidos de batalla *Gneisenau* y *Scharnhorst* partieron desde la ensenada Schillig en escolta del *Hipper* y de catorce destructores que conducían tropas de montaña para apoderarse de Narvik y de Trondheim. A éstos habían de seguir más tarde otros buques, que transportarían tropas a los puertos noruegos más meridionales y a Copenhague.

Noruega se lanza a la lucha

Invadida por tierra y por mar, Dinamarca se rindió el día 9 por la mañana, pero Noruega decidió luchar. Narvik, Trondheim, Bergen y Cristianía cayeron pronto, pero la artillería pesada y los torpedos lanzados desde el viejo fortín de Oscarsborg incendiaron y hundieron, cuando había recorrido ya dos tercios del fiordo de Oslo, al nuevo crucero pesado alemán *Blücher,* logrando contener a los invasores que por vía marítima se dirigían a la capital. Los aviones que transportaban paracaidistas para apoderarse de Fornebu, el aeropuerto de Oslo, lo encontraron cerrado por la niebla y recibieron órdenes de retroceder; pero los bombarderos «Me 110», que iban detrás de ellos y que habían agotado el carburante, se vieron obligados a aterrizar en Fornebu; fueron seguidos por una escuadrilla de «Junkers 52» que transportaban soldados y que no obedecieron la orden de retirarse.

Puesto de la defensa antiaérea alemana en Noruega, el nuevo bastión de la Europa de Hitler. Como se dijo en los días de la invasión, Noruega fue uno de los «autobuses perdidos» por la excesiva prudencia británica, a pesar de lo cual el tiempo demostraría finalmente, como en la lucha de 1914-1918, que también en la guerra «es el último en reír quien más a gusto ríe».

Oslo, el punto clave del plan alemán, cayó aquella tarde, y al día siguiente los buques remontaron el curso del fiordo. A las primeras horas del día 9, Stavanger, con el principal aeropuerto de la costa occidental, Sola, se rindieron respectivamente a los paracaidistas alemanes y a las tropas aerotransportadas. Así, al caer la noche, las principales ciudades, puertos y campos de aviación de Noruega estaban en poder de los alemanes.

Los alemanes pasaron unos días en Oslo reorganizando sus fuerzas, mientras los noruegos procedían a movilizar cuantos hombres les era posible, con la esperanza de contener a los alemanes en el interior de las ciudades. El día 14 los alemanes irrumpieron fuera de la capital y se dirigieron hacia el sudeste y el oeste, y, el 15, partieron en las direcciones norte y noroeste, hacia Trondheim y Bergen. El 20 se encontraban en las cercanías de Lillehammer y Rena, a 193 km. de Trondheim, en la entrada de los valles Gudbrandsdal y Osterdal.

Al no haber logrado detener el día 9 a los alemanes en el mar y viéndose en la imposibilidad de perseguirlos hasta el interior de los puertos noruegos, la flota costera británica puso rumbo a Narvik. El día 10, el capitán Warburton-Lee, al mando de cinco destructores, se internó en el fiordo de aquel puerto con el fin de atacar a diez destructores alemanes de superior tonelaje: logró hundir a dos de ellos, contra la pérdida de dos de sus buques. El 13, los destructores británicos volvieron acompañados por el acorazado *Warspite,* hundieron los restantes buques alemanes y dejaron incomunicados a los alemanes de Narvik.

Aunque los ingleses, en previsión de que los alemanes reaccionarían de una forma u otra a la deposición de minas, habían agrupado en los puertos escoceses pequeños contingentes de fuerzas de tierra para mandarlas a Noruega, quedaron sorprendidos por la rapidez y el arrojo con que los alemanes habían llevado a término los desembarcos. Las primeras tropas aliadas desembarcaron en Harstad, a sesenta kilómetros de Narvik, el 14 de abril. Otros destacamentos más reducidos desembarcaron también el mismo día en Namsos, en Noruega central, y las tropas que el 17 habían arribado a Andalsnes se dirigieron hacia el sur para unirse a los noruegos en Lillehammer. En vista del absoluto dominio aéreo de los alemanes, los británicos abandonaron finalmente, el día 19, los proyectos de penetrar en el fiordo de Trondheim, desembarcar cerca del pequeño aeropuerto de Vaernes y recuperar Trondheim.

Una campaña mal enfocada

El día 21 los alemanes lanzaron sus fuerzas por los valles de Gudbrandsdal y Osterdal, haciendo retroceder a los noruegos y británicos y, ocho días después, establecían contacto con los elementos que desde Trondheim empujaban hacia el sur. Por aquel entonces, los ingleses habían decidido retirarse de Noruega central. En la madrugada del 1 de mayo y bajo un incesante fuego aéreo reembarcaba el último soldado británico en Andalsnes y, el día 2, en Namsos. Abandonados por sus aliados, los noruegos de la parte central del país se rindieron el día 3.

En el norte, el profundo espesor de la nieve detuvo las operaciones en los alrededores de Narvik y no fue hasta el 28 de mayo cuando un contingente de soldados británicos y franceses, junto con una brigada de polacos, capturaron de nuevo el puerto, mientras los ingleses obstaculizaban a una columna de refuerzo alemana que desde Trondheim se dirigía al norte. En aquellos momentos, los desastrosos acontecimientos de Francia obligaron a Churchill a ordenar la retirada del norte de Noruega. Los últimos convoyes abandonaron Harstad el 8 de junio, y los noruegos, que habían peleado bravamente en las montañas, tuvieron que capitular.

La campaña noruega fue mal concebida y mal realizada por los aliados, especialmente por los británicos. Como Primer Lord del Almirantazgo, Churchill había insistido, desde septiembre de 1939, en que se llevase a cabo alguna acción para impedir la salida de mena de hierro durante el invierno por el puerto de Narvik, pero Chamberlain y Halifax juzgaron más prudente abstenerse de actuar. La invasión alemana, que se produjo más o menos cuando los ingleses minaban las Leads, reveló hasta qué punto Churchill desconocía las posiciones estratégicas. Sin embargo, hubo momentos en que Hitler estuvo a punto de perder su sangre fría: primero por lo ocurrido en Narvik y luego por lo de Trondheim. Si los ingleses hubiesen intervenido entonces, con la destreza y el valor de que dieron muestra los alemanes, les hubiesen infligido serios reveses. El hecho de que la caída de Francia obligara, o persuadiera, a los ingleses a abandonar Noruega, no los exime de la culpa de haber enfocado mal la campaña.

General J. L. Moulton

Los pretorianos de la Europa nazi

A finales de 1940 casi toda la Europa continental estaba bajo dominio alemán. Árbitros de las vidas dentro de este nuevo imperio eran los SS, los malignos ángeles de la guarda cuya siniestra ideología marcó la pauta del milenario Reich de Hitler.

Sauberzweig, jefe de la división musulmana de las SS *Handschar*. Cuando sus miras políticas así lo aconsejaron, los nazis supieron prescindir de su cacareado racismo y de sus prejuicios religiosos; el mismo Himmler, ateo, consideraba el fanatismo islámico un ideal «muy práctico y atractivo para un soldado». *Abajo:* entre la *élite* de los modernos guerreros figuraba la unidad de las SS *Götz von Berlichingen*, constituida en diciembre de 1943.





Las SS (*Schutzstaffel*=Escuadras de protección) se dieron a conocer tal como eran en la «Noche de los Cuchillos Largos», momento escogido por Hitler para eliminar a la SA. Con sus violentas y ruidosas manifestaciones, los Camisas Pardas se habían impuesto, durante los años veinte, en la vida política del país. El 30 de junio de 1940 los principales jefes de la SA fueron detenidos y ejecutados en el acto, o entregados a manos de improvisados pelotones de ejecución. El instrumento de esta salvaje purga fueron las SS, que se convirtieron entonces en guardianes de los valores del Partido.

Aunque creadas en 1923, las SS contaban con menos de trescientos miembros cuando Himmler fue nombrado Reichsführer-SS en 1929. Bajo su dirección, las SS crecieron en número y prestigio, aunque hasta 1934 continuaron estando subordinadas, por lo menos nominalmente, a la organización general de la SA. «Compuestas por hombres en la plenitud de su vigor, los más dignos de confianza y los más fieles al movimiento nazi», su papel consistía en servir al partido y en garantizar la seguridad personal de Hitler. Esta última tarea estaba confiada a una guardia compuesta por ciento veinte individuos selectos, de absoluta confianza, bajo el mando de Sepp Dietrich, un exsargento bávaro, antiguo camarero y mozo de una carnicería. Al finalizar 1933, el Führer dio a su guardia personal el título oficial de «Leibstandarte (estandarte personal) SS Adolf Hitler».

Los SS, con sus elegantes uniformes negros, eran los malignos ángeles guardianes del régimen nazi. Reclutados de clases sociales más selectas que los miembros de la SA, eran más discretos y evitaban las manifestaciones ruidosas: no les faltaban ocasiones para demostrar su terrible eficiencia. Completamente imbuidos de los ideales nazis, su principal virtud consistía en una absoluta sumisión a Hitler: «El 30 de junio de 1934 —Himmler manifestó en una ocasión— no dudamos en cumplir con la orden que nos habían dado de poner ante el paredón y pasar por las armas a los camaradas culpables... Entre nosotros no hablamos de lo sucedido... Cada uno de nosotros lo encontró terrible, pero estamos seguros de que si otra vez nos impusieran una obligación parecida, no dudaríamos en cumplirla, como lo hicimos entonces.»

En vísperas de la guerra, las SS, con sus 250.000 miembros, constituían la flor y nata del partido y del Tercer Reich. La formidable organización creada por Himmler alcanzaba en aquellos momentos su forma definitiva con sus tres grandes ramas: el servicio de contraespionaje del partido, o SD (*Sicheheitsdienst*=Servicio de seguridad), que hacia el final de la guerra absorbió los servicios del espionaje de las Fuerzas Armadas; la policía, que incluía la policía regular (*Ordnungspolizei*, u *Orpo*) y la policía de seguridad (*Sicherheitspolizei* o *Sipo*), compuesta ésta a su vez por la policía criminal del Estado *(Kripo)* y la policía secreta del Estado (*Geheimestaatspolizei* o *Gestapo*); y finalmente la sección militar de las SS. Al estallar la guerra, la última estaba compuesta por cuatro regimientos: «Leibstandarte Adolf Hitler», «Deutschland», «Germania» y «Der Führer». «Deutschland» y «Germania» databan de 1936, y «Der Führer» de 1938, después del *Anschluss*. Estos cuatro regimientos eran conocidos como *Verfügungstruppe* (tropas a disposición de Hitler). Después de la campaña de Polonia, «Deutschland», «Germania» y «Der Führer» se fusionaron en la *Verfügungsdivision* (división disponible), y se crearon otras dos divisiones: «Totenkopf» (calavera), a base de las unidades de guardia de los campos de concentración, y «Polizei», con elementos de la policía. Estas tres divisiones, junto con el «Leibstandarte», que permaneció siendo un regimiento independiente hasta que en 1941 alcanzó el rango de división, fueron conocidas en 1940 como Waffen-SS (SS armadas). Constituían una rama autónoma de la organización de Himmler.

Himmler deseaba hacer de las SS militares un grupo de tropas de choque que, integradas por la mayor parte de la juventud alemana, fuesen un verdadero ejército y constituyesen la *élite* «racial» del Tercer Reich. Pero a partir de 1938 Hitler se opuso a tales propósitos, y las Waffen-SS continuaron siendo una fuerza policíaca militarizada pero estupendamente ar-



El mapa muestra la transformación sufrida por las fronteras de la Europa anterior a la guerra (septiembre de 1938) bajo la expansión militar germanonazi de los años «apoteósicos» de la contienda.

mada. Su gran misión consistió en sofocar cualquier brote de subversión y en mantener la ley y el orden en los territorios ocupados. Para adquirir el prestigio necesario a los ojos de la población de Alemania, los miembros de las Waffen-SS derramaban su sangre en el campo de batalla, al lado de las unidades del Ejército regular. Limitadas al cinco por ciento de las fuerzas totales del Ejército, las Waffen-SS encarnaban los ideales que el nacionalsocialismo pretendía infundir a las Fuerzas Armadas.

En 1940 las SS gozaban ya de una administración independiente y podían reclutar libremente nuevos adeptos. Hasta 1942 sólo aceptaron los voluntarios en los cuales se cumplían estrictamente las condiciones morales y físicas requeridas, pero, conforme el Tercer Reich, bajo los golpes de los aliados y del Ejército Rojo, tuvo mayor necesidad de elementos de refresco, las condiciones de admisión se hicieron menos exigentes. «Hasta 1936 —escribía Himmler— no admitimos a nadie con el más insignificante defecto físico, aunque sólo fuera un diente empastado. Éramos capaces de reunir dentro de las SS los más soberbios elementos de nuestra raza.»

Los cuadros de las Waffen-SS eran adiestrados en escuelas especiales para oficiales —*Junkerschulen*—, en Brunswick y Bad Tölz. La instrucción que en ellas se daba era ideológica, física y militar. Los futuros oficiales debían estar convencidos del valor de las teorías nazis. ¿No formaban ellos la *élite* étnica del Tercer Reich, destinada a dominar en una Europa que reuniría dentro de sus fronteras a todos los pueblos de origen germánico? Habían de mostrarse duros y despiadados, y demostrar desprecio por su propia vida y la vida de los demás. No era de buen gusto declararse ateo, protestante o católico: los futuros oficiales debían profesar, normativamente, el teísmo. Era rechazada de plano, en líneas generales, la herencia liberal y cristiana de la civilización occidental. La instrucción impartida a los futuros oficiales de las Waffen-SS arrancaba de las raíces mismas de la doctrina nacionalsocialista: el culto de la voluntad, el apego a «la sangre y el suelo» y el desprecio por los pueblos denominados «inferiores».

Se concedía al deporte un lugar preeminente y se dedicaba gran atención a la instrucción militar y a los ejercicios con tanques y tropas, ejecutados con el mayor realismo posible. Existía una prueba particularmente exigente: para demostrar su autocontrol, el futuro oficial había de cebar una granada, mantenerla en equilibrio sobre su casco y permanecer a la expectativa hasta que hiciese explosión.

Al final de su ruda instrucción, los jóvenes miembros de las Waffen-SS debían jurar absoluta obediencia a Hitler: «Yo te juro, Adolf Hitler, Führer y Canciller del Reich, servirte con lealtad y ardor. Con la ayuda de Dios, te prometo a ti y a los que designes para mandarme, obediencia hasta la muerte.»

En 1942 las Waffen-SS habían conquistado fama de «fría intrepidez..., decisión..., inconmovible resistencia en los momentos difíciles..., camaradería», e incluso de «modestia», en palabras del general Von Mackensen.

Pero en 1942 las Waffen-SS iban a experimentar profundos cambios. Después de Stalingrado, sus contingentes se duplicaron cada año, alcanzando a 300.000 hombres a finales de 1943 y casi a 600.000 en 1944-45. También se aceptaron como miembros a los extranjeros, con tal que no rebasaran la mitad del número total. Ello obedecía al convencimiento de que era preciso reforzar las fuerzas alemanas para emprender una guerra de más vastas pro-

porciones. Las Waffen-SS debían convertirse ahora en un poderoso ejército capaz de resistir los más furibundos contraataques.

Nuevas normas de reclutamiento

El enorme aumento en el número de unidades condujo a una revolución en el sistema de reclutamientos, de forma que en éstos difícilmente podían llenarse los requisitos exigidos por Himmler. Desde finales de 1942, Himmler fue autorizado a reclutar elementos destinados a la Wehrmacht, a pesar de las protestas de ésta. A partir de entonces la mayoría de los inscritos en las SS procedían de la Juventud Hitleriana o de la *Volksdeutsche*, o sea de los países extranjeros de raza germana. Semejante aflujo de sangre nueva se tradujo en una ideología de cota más baja en los reclutas. No podía dedicarse ya tanta atención al adoctrinamiento político, pero, en conjunto, las nuevas Waffen-SS, por lo menos las formaciones alemanas, conservaron la «pureza» nacionalsocialista, la intransigencia, el menosprecio por la vida y los métodos expeditivos característicos de los primeros tiempos.

Las Waffen-SS eran tropas militares de choque, pero una y otra vez demostraron ser una importante fuerza política. Como custodios del régimen habían de sofocar cualquier intento de subversión interior o de «putsch» militar. Las Waffen-SS eran también responsables de mantener sujetos a los aliados de Alemania. Un método para conseguir este propósito era la admisión masiva de voluntarios extranjeros. En 1943, de treinta y ocho grandes unidades SS sólo unas quince eran de origen alemán o *Volksdeutsch:* las restantes estaban compuestas por extranjeros de la Europa del Este o del Oeste. En 1944, las Waffen-SS presentaban una sorprendente mezcolanza étnica: en ellas figuraban «occidentales» —escandinavos, holandeses, valones, flamencos y franceses—, junto a «orientales» —bálticos, ucranianos, bosníacos, croatas, servios, albaneses, húngaros, rumanos, búlgaros y rusos—, sin mencionar una legión india compuesta por 2.000 hombres.

Sólo las necesidades militares y razones de carácter político pueden justificar el hecho de que en los reclutamientos se quebrantaran de un modo tan flagrante los principios étnicos que fueron la base de las Waffen-SS. Al llamar, en particular, a voluntarios del Este —bastante distantes del ideal de la pureza nórdica—, Himmler jugaba con los antagonismos étnicos y religiosos que periódicamente rarificaban los ambientes de la Europa oriental y los Balcanes. Así, para apoyar la División SS «Prinz Eugen», en acción contra los partisanos de Tito, fue creada la División «Handschar», con bosnios musulmanes, secularmente enemigos de los servios. Con sus feces, alimentos especiales y su acompañamiento de Imanes, los batallones bosnios recibían la bendición del Gran Muftí de Jerusalén. Ello chocaba bastante con el ateísmo de Himmler, quien, sin embargo, más tarde había de manifestar a Goebbels que «personalmente, nada tenía que reprochar al Islam, religión que promete el paraíso a los que luchen con valor y mueran en el campo de batalla; en una palabra, una religión muy práctica y atractiva para un soldado». La creación de la División «Handschar» fue seguida por la de otras, también musulmanas: la División de la Montaña Skanderbeg, reclutada en Albania, y la División Kama, compuesta por croatas.

El llamamiento de voluntarios para formar una división de SS de Galizia tuvo un éxito extraordinario: se alistaron unos cien mil hombres, en gran parte ucranianos. Otras dos divisiones compuestas por rusos lucharon al lado de los alemanes o fueron mandadas contra el denominado Ejército de Liberación, al mando del general Vlasov. Durante los últimos meses de guerra, aparecieron otras formaciones de servios, húngaros, rumanos, búlgaros, e incluso caucasianos y cosacos. Desde 1942 cada uno de los Estados bálticos se comprometió a proporcionar una división de infantería.

¿Cuáles fueron los motivos que indujeron a individuos de orígenes tan diversos a ingresar en las SS? Las enemistades tradicionales tuvieron sin duda parte en ello, como la que los musulmanes sentían por los servios, y los ucranianos y los bálticos por los rusos. El alistamiento en las SS significó para muchos —los rusos en particular— una forma de evitar los trabajos forzados y el infierno de los campos de concentración. Los bálticos y los ucranianos tenían además un móvil más elevado: «Los voluntarios del Este lucharon sobre todo por la liberación e independencia de su patria», escribió Felix Steiner, un oficial de las Waffen-SS.

En el Oeste tampoco faltaron los voluntarios. La propaganda para que los jóvenes se inscribieran en las filas de las Waffen-SS tuvo un innegable éxito y se presentaron más de 125.000 voluntarios. 50.000 holandeses encabezaban la lista, seguidos por 40.000 flamencos y valones; los franceses eran 20.000; los contingentes daneses y noruegos sumaban 12.000; había 1.200 suizos, suecos y luxemburgueses. Muchos de ellos mostraban fervorosa simpatía por los ideales étnicos de las SS. Normalmente, el motivo que se invocaba era el de participar en una cruzada contra el bolchevismo. Las Waffen-SS deberían constituir un ejército europeo, multinacional, las avanzadillas de una Europa unida. Este tema fue desarrollado con todo detalle por Léon Degrelle, comandante de la unidad «Wallonie» de SS, en su libro *La campaña rusa:* «Cualquiera que sea nuestro punto de vista sobre la forma en que se ha conducido la guerra, cualquiera que sea el dolor que sintamos al recordar el pasado, cualquiera que sea la amargura que hayan experimentado nuestros países por la ocupación extranjera, cada uno de nosotros sabe que... entre 1939 y 1941 la suerte de Europa entera estuvo en la balanza. Es esto lo que explica el extraordinario temple que demostraron innumerables jóvenes, desde Oslo a Marsella y desde Amberes a Budapest. No abandonaron sus hogares... precisamente para servir... los intereses privados de Alemania. Tomaban parte en la defensa de dos mil años de la más elevada forma de civilización».

Para la extensión del Reich Alemán

El ideal de la expansión del Reich Alemán era el que presidía las actividades de las *Junkerschulen*. En 1943 Himmler dijo a los oficiales de las divisiones armadas SS: «El Reich, el Reich Alemán —no, el Reich Alemán dentro de la nación alemana—, va a encontrar una confirmación de su destino en el hecho de que dispondrá de una salida hacia el Este... Después, tal vez pasados algunos siglos, será posible constituir un Imperio Alemán de proyección mundial, que políticamente será alemán... En esta operación, todos los pueblos que antiguamente formaban parte de Alemania, del Imperio Alemán, y que eran nuestros desde 1606 e incluso

1 **Himmler,** ***Reichsführer*** **de las SS; bajo su mando, éstas se convirtieron en la salvaguardia de los «valores» nazis y en la fuerza más temida de la Europa dominada por Alemania.** *2* **Léon Degrelle, colaboracionista belga cuyos voluntarios pertenecieron a las Waffen-SS.** *3* **Emblemas de las SS; el superior pertenece al gorro de un oficial italiano.** *4* **Cartel de reclutamiento de las SS belgas.**



2
LÉON
DEGRELLE
3
4
WALLONIE
SS
Viens
à nous

desde 1648, o sea Flandes, Valonia, Países Bajos, deben ser y serán devueltos al Reich Alemán. Además, debemos ser capaces de incorporar a nuestras filas, en una segunda operación, todos los pueblos y Estados germánicos que todavía no han formado parte del Reich Alemán, o sea Dinamarca y Noruega y sus poblaciones.»

El Reichführer-SS previó la creación de una zona occidental llamada Burgundia —que comprendería Holanda, Bélgica, norte y este de Francia—, que había de ser el modelo de un Estado SS. Para la creación de esta nueva satrapía Himmler intentó poner a contribución su talento de organizador. Por seductora que pudiera parecer esta perspectiva, había bastantes razones, además de la lucha contra el bolchevismo, que movían a aquellos jóvenes a ingresar en las SS. Muchos jóvenes —desorientados y desocupados— eran conscientes del prestigio de las Waffen-SS, de la necesidad de correr algunos riesgos y de las recompensas que de ello podrían derivarles. Hasta cierto punto, las Waffen-SS desempeñaban el mismo papel que el de la Legión Extranjera francesa antes de la guerra. El menosprecio por los regímenes que se habían derrumbado en 1940 impulsaba a gran número de hombres a vestir el uniforme de las SS.

Ciertamente, también entraban en juego las consideraciones políticas. Muchos habían decidido implantar regímenes de tipo totalitario en sus propios países, acólitos de Alemania. En 1943, Léon Degrelle, en ocasión de que su unidad de voluntarios se fusionó con las Waffen-SS, manifestó: «Un propósito idéntico nos unía a todos: luchábamos para que nuestro pueblo estuviese brillantemente representado entre las veinte naciones que han corrido a participar en la guerra; para llenar nuestro deber de europeos en lucha contra el mortal enemigo de Europa; para que nuestro país consiguiese un puesto de honor en la comunidad continental que ha de resultar de la guerra...» Este ideal de unidad europea, compartido por los miembros extranjeros de las Waffen-SS, preveía unos Estados libres e independientes de Europa, que se mantenían unidos por el deseo de asegurar la supervivencia de la civilización occidental.

Pero no se trataba de una Europa con «Estados libres» ni de un ejército europeo. Himmler lo había precisado muy bien: «Desde el comienzo dije a los voluntarios...: en vuestro país organizaremos las SS, pues en toda Europa hay sólo unas SS, y éstas son las SS Alemanas... Resistíos si queréis, que ello me deja indiferente: vamos a crearlas, de la forma que sea... No os pedimos que traicionéis a vuestra patria ni que cometáis ninguna acción indigna... Sin embargo, esperamos de vosotros que subordinéis vuestro ideal nacional a un ideal racial e histórico superior: el del Reich Alemán.»

Forma de vida

¿Cuál fue la actuación de esta masa compuesta por 300.000 extranjeros? En conjunto, los voluntarios extranjeros dieron un resultado mediocre. Los de los Balcanes, los rusos e incluso los ucranianos resultaron decepcionantes. Entre los bálticos, sólo los letones dieron en el combate muestras de valor.

Los voluntarios occidentales se comportaron, en conjunto, mejor y lucharon con mayor bravura que muchos alemanes. La División Wallonie demostró un valor excepcional: de 6.000 voluntarios, 2.500 murieron en las campañas del Este. Lo mismo ocurrió con la División Vikinga, compuesta por alemanes, holandeses y escandinavos, que combatieron con denuedo. Los voluntarios franceses, enrolados al principio dentro de la Wehrmacht y después, en 1944, en la División SS de Carlomagno con 2.000 milicianos y otros franceses de diversas procedencias, combatieron con gallardía en varios frentes rusos. Los supervivientes tomaron parte en la desesperada defensa de la Cancillería del Reich durante la batalla de Berlín.

Aun cuando las unidades SS estaban bajo el mando táctico de la Wehrmacht, legal y administrativamente eran independientes, y como para ellas no rezaba el código de honor de la Wehrmacht, se ganaron una bien merecida fama de dureza y salvajismo. Desde mayo de 1940, durante la campaña francesa, un destacamento de las unidades Totenkopf se hizo célebre por la perentoria ejecución, en Paradis-Finistère, de 100 soldados británicos que les habían ofrecido una resistencia particularmente dura. Durante la batalla de Normandía, las unidades de la Juventud Hitleriana sacrificaron a sangre fría, en varias ocasiones, grupos de prisioneros canadienses o británicos. Finalmente, durante la ofensiva de las Ardenas, el grupo «Peiper» de la unidad «Leibstandarte» ametralló a setenta y un prisioneros norteamericanos. En el frente del Este las SS cometieron muchos más desmanes que en el Oeste, aunque algunas de las atrocidades que se les han imputado fueron obra del ejército regular. En Taganrog, en represalia por la ejecución de seis soldados alemanes, las SS mataron en el espacio de tres días a todos los soldados que cayeron en sus manos, o sea más de cuatro mil en total. En su lucha contra los partisanos, las SS perdieron todo control. Durante una operación de «pacificación» en la región de Pripet, en 1941, el brigada de caballería Florian Geyer ejecutó a 259 soldados rusos y a 6.504 paisanos. En el norte de Italia, en la lucha contra los partisanos, el «Leibstandarte» destruyó una ciudad y asesinó a mansalva a sus habitantes. Mientras atravesaba el Massif Central para llegar a Normandía, la División «Das Reich» dejó como estela las ahorcaduras de Tulle y las sangrientas ruinas de Oradour. Las cifras de las operaciones registradas en la división arrojan un balance de «548 enemigos muertos» por el precio de «dos heridos».

En los Balcanes, donde la guerra alcanzó un inaudito salvajismo, algunas SS, como la División «Prinz Eugen», se ganaron una triste reputación. También allí las tropas alemanas e italianas se vengaron de los asesinatos, sabotajes o derrotas sufridas por sus unidades con toda clase de atrocidades. Grupos especializados de las Waffen-SS se lanzaron al exterminio en gran escala de las minorías raciales. La División «Polizei», compuesta principalmente por policías que en tiempos de paz vigilaban el tráfico, encontró, en 1941, empleo en Rusia, pero no en la línea del frente: su principal cometido consistió en luchar contra los partisanos, demostrando en ello un celo ejemplar. Trasladada a Grecia, cometió también odiosos crímenes, como la matanza de los habitantes de un pueblo de Klissoura. En algunos casos las SS ayudaron a los *Einsatzgruppen* (unidades de acción especial), en su lúgubre tarea de liquidar a los judíos de los territorios orientales. Cerca de Minsk, una compañía del «Das Reich» perpetró, junto con una de esas unidades de acción especial, la matanza de novecientos judíos. La destrucción del ghetto de Varsovia es en parte obra de las SS.

Aunque la participación de las Waffen-SS en la política de exterminio racial era limitada y a menudo accidental, y aunque sus miembros lucharon bravamente en los campos de batalla como un soldado más, es imposible olvidar su siniestra ideología y los actos de vandalismo que cometieron. Himmler y sus compinches nunca declinaron la responsabilidad de tales atrocidades. Las Waffen-SS se convirtieron en símbolo de un sistema politicoideológico contra el cual estaba en lucha el resto del mundo.

Philippe Masson

Los alemanes en París

Los alemanes que no habían asistido a la desbandada de los ejércitos franceses ante el empuje de los carros blindados y el estruendo de los «Stukas», no comprendían —si pensaban en la capacidad de resistencia que habían demostrado los franceses durante la Primera Guerra Mundial— cómo era posible el hundimiento de Francia. Ésta, con su vacilante dirección política y sus divisiones internas, había dejado de ser una potencia militar de primer orden.

Al finalizar la campaña polaca, el 27 de septiembre de 1939, Hitler dio orden a sus generales de que se preparasen para lanzar aquel mismo otoño una ofensiva en el Oeste. En aquellos momentos, el Ejército alemán no estaba en condiciones de atacar. Sus divisiones blindadas y motorizadas necesitaban nuevos equipos y las divisiones del frente no estaban suficientemente preparadas y carecían de algunos mandos.

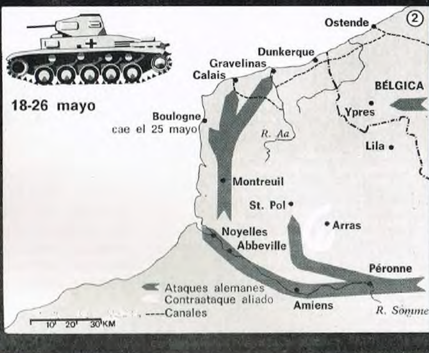
Hitler insistió, contra el parecer de sus generales, en que había que emprender la ofensiva el 12 de noviembre. Los jefes militares prepararon un plan de ataque para el 19 de octubre, denominado en lenguaje cifrado *Fall Gelb* o «Plan Amarillo». Era un esquema mezquino, tan conservador y tan poco inspirado, que parecía ideado por un Estado Mayor británico o francés de los años de entreguerras, con objetivos mucho menos ambiciosos que los del Plan Schlieffen de 1914. El plan consistía en atravesar Bélgica y llegar a la zona de Gante-Brujas, con objeto de cubrir el Ruhr contra un ataque aliado y procurarse bases aéreas y marítimas más próximas a Gran Bretaña: no estaba previsto ningún choque decisivo contra las fuerzas aliadas.

Entonces tomó cartas en el asunto la peculiar inventiva de Hitler. Ya había ordenado que en la ofensiva, sobre un frente bastante extenso, se emplearan aviones y tanques, y que éstos operaran en terreno abierto y en formaciones masivas al objeto de confundir al enemigo. Ahora el Führer sugería la idea de facilitar con planeadores y paracaidistas el cruce del Mosa, al norte de Lieja; tam-

Tanques de la VII División Blindada del general Erwin Rommel en el curso de su avance a través de Francia. El acierto de Rommel en el empleo de las fuerzas acorazadas indujo a Hitler a nombrarle jefe del *Afrikakorps* en febrero de 1941.









bién opinaba que debería atacarse en el Mosa, al sur de Lieja, para avanzar después en dirección de Reims y Amiens. Así, hacia el 29 de octubre, el objetivo del Ejército era «destruir las fuerzas aliadas en el sector norte del Somme y abrirse paso hacia la costa del Canal de la Mancha».

El centro de gravedad de la ofensiva se encontraba todavía en el norte de Bélgica, con el Grupo B de los ejércitos alemanes a las órdenes del general Von Bock. Hitler, no obstante, lanzó una «nueva idea», según la cual se utilizaría el boquete este-oeste de las Ardenas belgas —a lo largo de una línea que van de Arlon a Florenville pasando por Tintigny, guardada sólo por Luxemburgo, país neutral—, para alcanzar la ciudad francesa de Sedán, en el curso superior del Mosa.

El comandante del Grupo A de los ejércitos en el sector de las Ardenas era el general Von Rundstedt. Dándose cuenta, él y su brillante jefe de la Plana Mayor, general Von Manstein, de las vacilaciones y dudas que mostraban los mandos militares con respecto al «Plan Amarillo», que no preveía la destrucción rápida y completa de todas las fuerzas enemigas, propusieron reforzar lo suficiente el Grupo A para que pudiera cruzar el Mosa al sur de Namur, rodear por el sur a los ejércitos aliados (que se esperaba entrarían en Bélgica) y arremeter después en dirección de Arras y Boulogne. El comandante en jefe, mariscal de campo Von Brauchitsch, que no estaba interesado por estas propuestas, no las comunicó a Hitler; por su parte, ni Rundstedt ni Manstein sabían que el Führer había concebido esta «nueva idea» al mismo tiempo que ellos.

El «Plan Amarillo», comprometido

El mal tiempo de primeros de noviembre obligó a Hitler a dar su aprobación a una serie de aplazamientos de la campaña que permitieron a los generales dar forma a sus proyectos. La tarea de abrirse paso a través de las Ardenas, en dirección de Sedán, fue confiada al XIX Cuerpo Blindado, bajo el mando del primer teórico alemán de la lucha de tanques, general Heinz Guderian. Esta acometida permitiría extender la ofensiva hasta las alturas que dominan Sedán; pero Brauchitsch no estaba todavía interesado en reforzar, según la propuesta de Manstein, el Grupo A para que pudiera abrirse paso hasta el curso inferior del Somme.

A finales de diciembre Hitler y Brauchitsch todavía no habían decidido por dónde desencadenarían la ofensiva principal. Rundstedt y Manstein, sin embargo, continuaban insistiendo en la idea de reforzar el Grupo A, el del sur, y elaboraban planes detallados para cruzar el Mosa en Dinant, Bélgica, en dirección sur, aun cuando inicialmente la mayor embestida se dirigiría hacia Sedán.

La perspectiva de mejores condiciones meteorológicas indujo a las fuerzas alemanas a prepararse para lanzar la ofensiva a mediados de enero. La Luftwaffe había persuadido mientras tanto a Hitler a que mandara paracaidistas y tropas aerotransportadas a Holanda, donde era de temer que los ingleses consiguieran establecer bases aéreas para bombardear el Ruhr.

El tiempo empeoró otra vez. El Mando alemán sentía cierta inquietud a raíz de que dos oficiales, en posesión de documentos en que se describían ciertos detalles del «Plan Amarillo», se habían visto obligados a aterrizar en Bélgica: ahora, el Plan quedaría pospuesto indefinidamente. Aunque los oficiales destruyeron parte de los documentos, pudo llegar al Servicio de Inteligencia Francés información su-



1 Mientras el Grupo de Ejércitos B penetra en Holanda y Bélgica, objetivo aparente de la ofensiva, el A, encabezado por los tanques de Kleist, avanza desde las Ardenas hacia el Canal, que era, en realidad, el auténtico objetivo. 2 Once días después de la ruptura de Sedán, los tanques de Kleist alcanzan el Canal. 3 El cerco de Dunkerque por los alemanes. 4 Extensión del avance alemán al firmarse el armisticio, el 22 de junio de 1940.

1 El mariscal Walther von Brauchitsch, que al principio mostró poco interés por la ofensiva. 2 El general Von Rundstedt, a quien no pasó inadvertida la debilidad del «Plan Amarillo». 3 El general Erich von Manstein; insistió en el avance del Grupo de Ejércitos A por el flanco meridional. 4 El general Ewald von Kleist, cuyos tanques fueron la vanguardia de la penetración relámpago.

ficiente como para convencer al Alto Mando aliado de que, como en 1914, los alemanes querían abrirse paso principalmente por el norte de Bélgica.

Mientras tanto, Manstein había concretado sus ideas en un memorándum que Rundstedt mandó a Brauchitsch el 12 de enero, pero el comandante en jefe, considerando que ello representaría un menoscabo de su autoridad, se negó a presentarlo a Hitler. No obstante, en el curso de dos ejercicios ejecutados sobre el mapa, en febrero, el general Halder, jefe del Estado Mayor de Brauchitsch, comprendió que en cualquier caso el Grupo A necesitaba refuerzos. En días siguientes los oficiales consejeros de Hitler sometieron a su atención el plan de Manstein, y Hitler vio que sus ideas de estratega aficionado cobraban en este plan la claridad y precisión propias de un profesional. También Brauchitsch se mostraba ahora partidario de desplazar el centro de gravedad de la ofensiva del Grupo B, de Bock, en el norte, al Grupo A, de Rundstedt, en el sur. El acuerdo fue unánime.

Brauchitsch y Halder dieron forma definitiva a estas propuestas genéricas. Manstein había aportado la idea de emplear el Grupo A para copar por el sur a los ejércitos aliados que se encontraban en Bélgica. Hitler había sugerido aprovechar el boquete de las Ardenas y utilizar Sedán como punto estratégico para cruzar el Mosa, sin olvidar la intervención de tropas aerotransportadas para asegurar los objetivos más importantes. El plan completo, con todos sus detalles, era obra de Brauchitsch y Halder: para efectuar los cruces del Mosa entre Dinant y Sedán, añadieron una vanguardia compuesta por siete de las diez divisiones blindadas con que contaba la Wehrmacht. En vez de 22 divisiones, como al principio, el Grupo A de Rundstedt disponía ahora de 45 y un tercio, mientras el grupo B veía reducidas a 29 y un tercio sus 43 divisiones originales. El 24 de febrero se ultimaron las nuevas directrices, que recibieron el significativo nombre de *Sichelschnitt* («Corte de hoz»).

Una moral muy baja

Los generales estaban finalmente a punto, pero como ahora la invasión de Dinamarca y Noruega había adquirido prioridad, era preciso dejar para mayo el ataque del Oeste.

Cuando dio comienzo la operación *Sichelschnitt*, a primeras horas de la madrugada del 10 de mayo, la previsión y la ponderación con que se había elaborado el plan alemán bastaron por sí solas para asegurar buena parte del éxito. La obstinada táctica dilatoria de los generales frente a la impaciencia que había mostrado Hitler en otoño daba sus frutos: el invierno había servido para perfeccionar los planes de ataque, para levantar la moral de las tropas y para instruirlas en los principios de la «guerra relámpago».

El cuadro era muy distinto en el bando aliado. Después de unas pocas semanas de guerra, nadie creía ya en la posibilidad de lanzar una ofensiva. Las tropas francesas y británicas se veían sometidas a un duro e interminable invierno, esperando que hiciese su aparición un enemigo que

nunca acababa de llegar, a pesar de algunas alarmas durante las cuales tuvieron que soportar un clima húmedo y helado, mientras Hitler y sus generales, desconocedores de cuánto salía ganando con ello su propia causa, andaban discutiendo las fechas más convenientes para la ofensiva. En el Ejército francés, y particularmente en las unidades del sector de Sedán, en donde forzosamente habían de arreciar más los ataques alemanes, la moral era extremadamente baja.

El Alto Mando francés, que debía coordinar las operaciones aliadas por tierra, sólo pensaba en la defensa. Pero la Línea Maginot, en la que se cifraba sus esperanzas, no protegía más que Alsacia y Lorena, en el este. Terminaba por el otro lado en el ángulo sudeste de Bélgica, país neutral, y las tropas francesas y británicas dedicaron buena parte del invierno a una deslavazada tentativa de extender las fortificaciones fronterizas francesas por el noroeste, hacia el Canal. Incluso esta medida suscitó objeciones, pues el general Gamelin, el comandante en jefe francés, había decidido lanzar las fuerzas aliadas hacia el centro y norte de Bélgica en cuanto empezara la ofensiva alemana.

El Ejército francés era poderoso sobre el papel: poseía más tanques, y algunos de ellos mejores, que el Ejército alemán, pero no tenía idea de que era conveniente agruparlos en un ataque masivo, como acababan de hacer los alemanes en Polonia. Por el contrario, la fuerza de los tanques estaba dividida y carecía de eficacia, pues se había previsto utilizarlos, a modo de tapones, para cubrir los agujeros del frente. Las pocas unidades blindadas realmente movibles estaban principalmente destinadas a cubrir la línea defensiva aliada de Bélgica.

La contribución británica en tierras francesas ascendía a nueve divisiones y, a pesar de tan corto número, se convirtió en el blanco de las emisiones de la radio alemana. También se habían mandado a Francia unidades aéreas de refuerzo, pero fueron devueltas a Gran Bretaña para defensa de los valiosos cazas «Spitfire», cuya producción había experimentado algunos contratiempos.

Precisamente era en el aire donde los aliados se hallaban en franca inferioridad. La producción aérea francesa había experimentado un doble contratiempo, en las huelgas y en la nacionalización de la industria aeronaval, y entre las escuadrillas figuraban no pocos aparatos anticuados. Gamelin, que sostenía que la aviación era un factor secundario, la utilizaba poco en las batallas y por consiguiente habían de resultar infructuosos los esfuerzos de las escuadrillas aéreas.

La aviación alemana, bajo el orgulloso mando de Goering y la enérgica administración de Milch, su secretario de Estado, se había convertido en una terrible arma que había demostrado su eficacia en la campaña polaca, y la propaganda alemana cuidaba de ampliar sus terroríficos resultados. Estaba destinada y entrenada, asimismo, para una finalidad precisa: convertirse en parte integrante de la máquina ofensiva alemana. Sus escuadrillas de bombarderos medios estaban a punto para atacar la retaguardia enemiga, mientras que sus mortíferos bombarderos —los «Stukas» o «Junkers 87»— apoyaban directamente el avance de los tanques y la infantería.

La ofensiva

Las víctimas que Alemania eligiera en el Oeste habían temido un ataque aéreo, y realmente éste llegó a primeras horas del viernes 10 de mayo. Planeadores con tropas descendieron silenciosamente detrás de los pasos del bajo Mosa, en el sudeste de Holanda, y aterrizaron en las superestructuras del importante fortín belga de Eben-Emael; llovieron tropas de paracaidistas sobre los alrededores de Rotterdam y La Haya; aviones de transporte descargaron tropas de refresco dentro del campo de aviación, medio conquistado ya, de Waalhaven; y los bombarderos, escuadrilla tras escuadrilla, fueron destrozando los nudos ferroviarios y las bases aéreas del norte de Francia.

Las tropas de paracaidistas y planeadores, aunque pocas en número, sirvieron para atraer la atención de los aliados hacia este sector norte, y lo mejor del Ejército francés, junto con la totalidad de la Fuerza Expedicionaria inglesa de lord Gort, se dirigió precipitadamente al interior de Bélgica para contener la que consideraban la principal embestida alemana. Además, el impetuoso general Giraud fue mandado con el VII Ejército francés al sur de Holanda a través de Bélgica. Giraud tomó consigo las más valiosas reservas móviles del Ejército francés y recibió, por una curiosa decisión, la protección de los mejores cazas de combate franceses (aunque se dirigía más allá de lo que se suponía ser el eje de la ofensiva alemana).

Cuando Hitler se enteró de que Gamelin había mandado el grueso de sus fuerzas al interior de la trampa belga para contrarrestar a los ejércitos del Grupo B, cuya misión era meramente secundaria, debió «frotarse las manos de regocijo».

El Grupo A, al cual estaba confiada la misión principal, empezó al mismo tiempo a avanzar por Luxemburgo hacia el interior de las frondosas colinas de las Ardenas belgas, pero de esta acción no tenía noticia el mando francés. Al planear la defensa de Francia, se partió del supuesto de que era imposible que un gran número de fuerzas blindadas discurrieran por los estrechos caminos de las Ardenas, y no se creyó necesario efectuar ningún reconocimiento aéreo un poco minucioso de este sector.

Sin embargo, la organización alemana era capaz de enfrentarse con las Ardenas. Los dos cuerpos blindados de vanguardia, confiados al mando del general Von Kleist, atravesaron Luxemburgo y avanzaron apretadamente a lo largo de los caminos de los bosques, sin encontrar apenas oposición en los belgas y causando sólo sobresalto a los piquetes montados de reconocimiento franceses que, al aparecer con sus caballos, daban la impresión de ser unos guerreros de otros tiempos. Los problemas más enojosos para los alemanes fueron los vehículos que transitaban por los malos caminos de las Ardenas y que les cerraban el paso. Las columnas, cuya retaguardia se encontraba todavía a 80 km. del margen derecho del Rin, estaban protegidas por una masiva y constante nube de cazas, pues unas pocas bombas bien emplazadas en tales caminos habrían impedido, kilómetro tras kilómetro, el paso de los carros blindados; pero las miradas de los aliados estaban atentas al ataque que habían estado esperando por el norte.

El XIX Cuerpo Blindado de Guderian, que se dirigía hacia el Mosa, en Sedán, constituía el ala sur del grupo blindado de Kleist. Se hallaba en las Ardenas francesas, a las doce horas del día 12 de mayo, domingo de Pentecostés, y, por la tarde, las divisiones blindadas 1.ª y 10.ª alcanzaban el Mosa por ambos lados de Sedán. Al anochecer las tropas francesas, temiendo ser envueltas por los alemanes, evacuaron la ciudad; desde el margen este del Mosa se produjo, ante los carros blindados alemanes, una retirada general hacia el norte, a la ciudad belga de Dinant.

Mientras en el sur los alemanes remontaban ya el curso del Mosa, los aliados

Un soldado alemán monta la guardia sobre un pueblecito francés devastado en el curso de la invasión alemana de Francia en junio de 1940 (portada de la revista alemana *Signal*).



avanzaban todavía por el centro de Bélgica hacia las posiciones donde debían hacerse fuertes, en la línea del pequeño río Dyle. El 12 de mayo se encontraba en cabeza el cuerpo mecanizado del general Prioux, que intentaba cubrir la línea del Dyle contra los primeros ataques de los tanques alemanes. Detrás venía el I Ejército francés, mandado por el general Blanchard, que avanzaba, si bien demasiado lentamente, hacia unas posiciones que se revelaron como prácticamente inexistentes.

El 13 de mayo se entabló una desigual batalla de carros, que terminó el día 14, entre el Cuerpo de Prioux y el XVI Cuerpo Blindado alemán. Los tanques franceses lucharon denodadamente, lo que permitió al I Ejército alcanzar sus posiciones, pero la calidad de los blindados alemanes, más móviles y admirablemente conducidos, consiguió su efecto. También el arma auxiliar alemana, los bombarderos «Stukas», contra los cuales los franceses carecían de protección, se dejó sentir en los momentos cruciales de la lucha. Las unidades del cuerpo mecanizado fueron dispersadas por Billotte a lo largo del frente del I Ejército; el valiente Prioux vio cómo uno de los pocos elementos modernos que los franceses poseían era roto en fragmentos inservibles.

En el flanco derecho del I Ejército, el IX Ejército francés, al mando del general Corap, se había internado también en Bélgica para alcanzar sus posiciones en el Mosa, al sur de Namur. En el norte, por consiguiente, tenía frente a sí al XV Cuerpo Blindado alemán, al mando de Hoth, y más al sur, cerca de Dinant pero ya en territorio francés, al XLI Cuerpo Blindado de Reinhardt, o sea el ala derecha del grupo blindado de Kleist que atacaba los meandros del Mosa en Monthermé. Durante tres días la 102.ª División francesa de guarnición logró contener en Monthermé las tropas de Reinhardt, pero el 13 y el 14 de mayo los alemanes consiguieron establecer cabezas de puente en el Mosa, al norte de Dinant. A ello contribuyeron no sólo el descuido con que los franceses defendían el margen occidental, sino también la energía del joven y desconocido general de la 7.ª División Blindada alemana, Erwin Rommel.

Era sin embargo en el sur, en Sedán, donde se libraba la batalla decisiva. Tan obcecado se había mostrado el Mando francés ante la posibilidad de una seria amenaza a través de las Ardenas, que a la hábil y masiva acometida de las tres divisiones blindadas del XIX Cuerpo Blindado de Guderian contra el Mosa, en Sedán, sólo se le opuso dos divisiones de temerosos y amedrentados reservistas que integraban el ala izquierda del II Ejército francés de Huntziger. Por desgracia para los franceses, Sedán se encontraba precisamente en el quicio entre los dos ejércitos, el II de Huntziger y el IX de Corap, situación ésta que aumentaba grandemente las dificultades del Mando francés. Además, las posiciones que ocupaban estos dos ejércitos en la orilla izquierda del Mosa y que deberían haberles permitido dirigir un fuego de castigo contra los alemanes que intentasen cruzar el río, no eran ni mucho menos satisfactorias, como había advertido sagazmente un alemán que estudió unas fotografías aéreas: muchas de las piezas artilleras, reunidas en las alturas de Marfée, frente a Sedán, no estaban debidamente emplazadas.

Ofensiva de Guderian

Alentado por el buen éxito de su avance sobre Sedán, Guderian convino con su superior, Kleist, al atardecer del 12 de mayo, en que atacaría sin pérdida de tiempo, aun cuando no hubiera salido todavía del bosque una de las tres divisiones blindadas. Guderian, que podía contar con el máximo apoyo aéreo, en particular de los bombarderos pesados del VIII Cuerpo Aéreo de Richthofen, ordenó que se intentase cruzar el Mosa a las 16 horas del día siguiente, 13 de mayo. Los mandos franceses, sin embargo, estimaban que los alemanes necesitarían unos días para reunir más artillería y más soldados para cruzar el río, y se mostraron algo remisos en juntar sus refuerzos.

Las ataques de los bombarderos alemanes sobre las posiciones francesas de la orilla izquierda, que empezaron en la mañana del 13 de mayo y continuaron con creciente intensidad, alcanzaron su punto culminante media hora antes del asalto alemán y sólo encontraron una débil réplica en el aire. Los cañones antiaéreos franceses, que debían haber tenido en los «Stukas» un blanco fácil, se acurrucaron dentro de sus superficiales trincheras ante este nuevo y espantoso método de ataque: el aullido de los aparatos al descender en picado y el chillido de las bombas al caer parecían apuntar a cada uno de los franceses. No eran importantes los daños ocasionados por los bombarderos, pero hacia las 16 horas éstos habían sembrado el pánico entre los reservistas y las tropas de la guarnición, que durante todo el invierno no habían hecho más que combatir el tedio mezclando hormigón.

Fueron las tropas de asalto de la 1.ª División Blindada alemana, al atacar la base de la vulnerable península de Iges, que forma el río más abajo de Sedán, las que establecieron, en la tarde del 13 de mayo, la primera cabeza de puente practicable. A su izquierda, más arriba de Sedán, la 10.ª División Blindada sólo con dificultad logró tender sobre el río una pequeña pasarela; a su derecha, en Donchery, la 2.ª División Blindada no lograría hasta el día siguiente juntar las fuerzas suficientes.

Al caer la noche del 13 de mayo la 1.ª División Blindada se había abierto camino hasta el escarpado margen sur del Mosa, a través de las líneas defensivas, principal y secundaria, de los franceses, en dirección a la cumbre que domina el bosque de Marfée. La división contaba ahora en el margen meridional con una cabeza de puente de un ancho de unos cinco kilómetros y de una profundidad entre 6 y 13 kilómetros. Durante la noche se dedicó a construir un pontón sobre el río y a trasladar sus tanques al interior de la cabeza de puente.

Todo cuanto intentaron los franceses, el 14 de mayo, para neutralizar esta peligrosa bolsa, se hizo demasiado lenta y tardíamente. Un contraataque, a cargo de dos batallones de tanques ligeros y un regimiento de infantería —no se había pensado en ningún contraataque en la tarde del día anterior—, se inició, por fin, a las siete de la madrugada, a tiempo para que el flanco del 7.º Batallón de tanques francés fuese atacado por una oleada de tanques alemanes de refresco; el contraataque no tardó en desvanecerse. Y por la tarde, cuando todavía existía la oportunidad de hundir una poderosa cuña dentro del expuesto flanco oriental de la 1.ª División Blindada alemana, antes de que la 10.ª División de Panzer se hubiese abierto camino desde su pequeña cabeza de puente, los franceses anularon los esfuerzos de su 3.ª División Blindada, llena de coraje y dispuesta a atacar, con unas órdenes dadas a destiempo y con la desidia con que se procedió a las operaciones de repuesto de combustible. Cuando la división aún estaba a tiempo para atacar con ciertas probabilidades de éxito, la orden fue repentinamente revocada, y el nuevo comandante local distribuyó finalmente todos los valiosos carros blindados en una serie de débiles posiciones defensivas.

El 14 de mayo los aliados destinaron todos los bombarderos tácticos de que disponían, la mayor parte de ellos ingleses,

a la misión de destruir el pontón de que disponía la 1.ª División Blindada alemana. A pesar de tratarse de unos aparatos anticuados, atacaron con gran ímpetu pero no en suficientes concentraciones como para superar las excelentes defensas antiaéreas. Sus pérdidas fueron desastrosas y el puente no sufrió desperfectos. Fue en aquel día de la batalla de Francia cuando se pulverizó la fuerza aérea de los aliados.

El objetivo de Guderian era ahora la costa del Canal de la Mancha. A primeras horas de la tarde del 14 de mayo, cuando la 10.ª División Blindada alemana estaba todavía avanzando desde el Mosa hacia el este del bosque de Marfée, lanzó decididamente hacia el oeste las divisiones blindadas 1.ª y 2.ª, cuyo flanco izquierdo estaba sólo ligeramente protegido por el regimiento de infantería de los Waffen-SS, «Grossdeutschland», contra un posible contraataque francés. Era éste un riesgo que Guderian tuvo el acierto de tomar, pues los franceses desperdiciaron todo el día 15 de mayo en preparar, para renunciar a él acto seguido, un contraataque que debía correr a cargo de la dispersa 3.ª División Blindada; en aquellos momentos, el XIV Cuerpo Motorizado alemán, que constituía un refuerzo inestimable, había cruzado el Mosa.

Después de haber infligido un rudo golpe al II Ejército de Huntziger, los tanques de Guderian se abrieron paso hacia el oeste, en el territorio cubierto por el IX Ejército de Corap. Pero ya entonces, detrás del Mosa, en Bélgica, este ejército estaba en franco desorden.

Como en el sur, los franceses, que se hallaban frente a las pequeñas cabezas de puente de Rommel al norte de Dinant, habían desperdiciado la ocasión de un contraataque, y en la madrugada del 14 de mayo la 7.ª División Blindada de Rommel lograba terminar un pontón por el que empezaban ya a pasar los tanques. También en este día los bombarderos alemanes que el día anterior habían destrozado los nervios de los franceses ante Sedán, se concentraron sobre los cuarteles de instrucción, las líneas de comunicación y la artillería del IX Ejército, cuyas líneas de suministro fueron además desarticuladas por el incesante bombardeo y el fuego de las ametralladoras de los cazas que pasaban en vuelo raso.



Dos soldados alemanes, sentados en la torreta de un tanque francés «Renault» puesto fuera de combate, contemplan los incendios provocados en Ruán por la lucha.

Al caer la noche del 14 de mayo, los tanques de Rommel se encontraban a seis kilómetros y medio al oeste del Mosa, y la 5.ª División de Panzers que los acompañaba cruzaba el río. Corap se hallaba extraordinariamente abatido y durante la noche comunicó a Billotte, comandante del grupo de ejércitos, que sus unidades retrocedían en todos los frentes. Pero había confusión acerca del sitio donde había que emplazar la nueva línea defensiva; las comunicaciones estaban seriamente afectadas y la oscuridad, junto con el recuerdo del terrible bombardeo diurno y con la amenaza de los tanques alemanes que estaban ya a sus espaldas, convirtieron el repliegue del IX Ejército en una atolondrada retirada.

Ataque en dirección al mar

Un contraataque, en los días 13 y 14 de mayo, a cargo de los tanques franceses, que pudo haber restablecido la situación, fue una nueva versión de Sedán y de unas oportunidades malogradas. Cuando, después de varias dilaciones, la 1.ª División Blindada francesa proveniente de Charleroi estaba repostando en la madrugada del 15 de mayo, a medio camino entre Philippeville y el Mosa, mientras el IX Ejército se retiraba precipitadamente a sus espaldas, fue sorprendida y atacada furiosamente, cerca de Flavion, en su flanco sur por los poderosos elementos de la 7.ª División Blindada alemana, y en su flanco norte, por la 5.ª División Blindada. Después de una enconada lucha, los franceses sólo habían abandonado diecisiete tanques.

Mientras tanto, el grueso de la 7.ª División de Panzer había trasladado el peso del combate más al sur; por la tarde, Rommel se encontraba en Philippeville y, a últimas horas del 15 de mayo, se dirigía ya hacia la frontera francesa.

En estos mismos instantes Giraud, llamado para reemplazar a Corap en el mando del IX Ejército, sólo halló para «mandar» un boquete abierto ante el enemigo de un centenar de kilómetros de anchura. Aun el XLI Cuerpo francés que formaba en el ala derecha del IX Ejército y que defendía tenazmente la línea del Mosa en las inmediaciones de Monthermé y Mézières, recibió la incomprensible orden de retirarse dada por Corap. La tentativa de retroceder oponiendo resistencia pronto se vio frustrada por las fuerzas demoledoras del XLI Cuerpo Blindado de Reinhardt; al cerrar la jornada, los tanques de éste se hallaban en Montcornet, sesenta kilómetros al oeste del Mosa, y a sólo dieciocho kilómetros del cuartel general del IX Ejército, en Vervins. Estas alarmantes noticias constituían los primeros informes positivos que Gamelin recibía, en el enrarecido ambiente de su Cuartel General, de los desastres que se abatían sobre sus ejércitos.

Al oeste de Sedán, las unidades que integraban los Ejércitos franceses IX y II estaban ofreciendo una resistencia pobremente organizada, aunque ocasionalmente dura, a los carros blindados de Guderian que empujaban hacia el oeste. Pero, coincidiendo con la orden de retirada dada por Corap al IX Ejército, algunas unidades del II Ejército de Huntziger, incapaces de resistir, retrocedieron fatalmente hacia el sur y el este, incrementando de este modo el boquete abierto en las defensas francesas. Adentrándose por el agujero que veía abierto ante sí, la 2.ª División Blindada de Guderian encontraba, al anochecer del 15 de mayo, un camino expedito para Montcornet.

Éxito brillante

Aun cuando a los comandantes de los cuerpos y divisiones blindadas alemanas pudiera parecerles aquel día que tenían el camino desbrozado hacia el oeste, la cosa no estaba tan clara para el Alto Mando alemán. El duro acoso a que había estado sometido el flanco izquierdo de Guderian el 14 de mayo, en Stonne, había puesto sobre aviso al Mando alemán de la posibilidad de que los franceses lanzaran un masivo contraataque desde el sur: los alemanes no estaban todavía enterados de que, descontando las poderosas reservas blindadas francesas, las divisiones blindadas 1.ª y 3.ª habían sido puestas fuera de combate y de que, al desplegarse la 2.ª División Blindada, había sido dividida en dos por el repentino avance de Guderian hacia Signy-l'Abbaye. Tampoco sabían que en la noche del 15 de mayo Gamelin comunicaba a Daladier, ministro de Defensa Nacional, que carecía de reservas, y que había llegado el fin del Ejército francés.

Los generales alemanes que no habían visto con sus propios ojos al abatido enemigo, no osaban dar crédito a los brillantes resultados obtenidos: todos recordaban amargamente la capacidad de resistencia de que habían dado muestra los franceses durante la Primera Guerra Mundial. Hitler, en particular, que mejor que nadie se había dado cuenta de que Francia, mal administrada y dividida por la lucha de partidos, ya no era una gran potencia militar, estaba muy excitado.

Por este motivo Kleist, al frente de sus espectaculares fuerzas blindadas y deseoso de controlar personalmente el avance, al llegar la noche del 15 de mayo ordenó un alto para que la infantería pudiera reagrupar sus filas antes de que los tanques continuaran el avance. Guderian se enfureció ante esta orden, que contradecía los principios en que se apoyaba la táctica de las unidades blindadas, e instó para que le concedieran veinticuatro horas más. Todavía avanzaba en la mañana del 17 de mayo, y Kleist le conminó airadamente a que se detuviera. Guderian presentó la dimisión; sin embargo, se convino en que, de nuevo al frente de sus tanques, llevase a efecto un «reconocimiento activo».

Invitado por Paul Reynaud, primer ministro francés, Churchill llegó el 16 de mayo a París, donde pesaba una atmósfera muy cercana al pánico. Era ésta la primera visita que hacía desde el día en que fue nombrado primer ministro, precisamente la fecha en que empezó la *Blitzkrieg* alemana. Procuró infundir alientos al Gobierno francés con la promesa de mandar a Francia escuadrillas adicionales de la R.A.F., contra el parecer del mariscal del Aire Dowding. Pero no fue ésta la última vez, durante la guerra, en que se actuaba «demasiado poco y demasiado tarde».

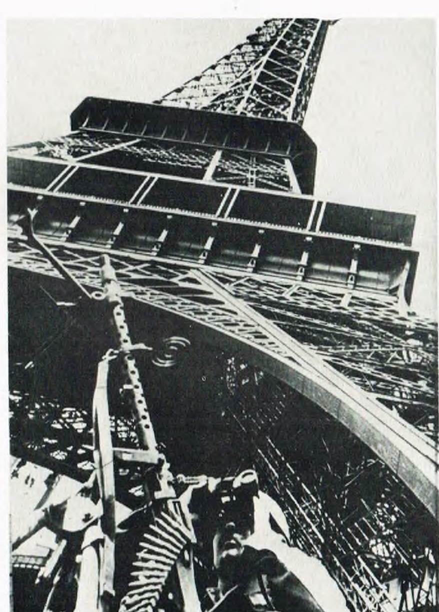
El día siguiente, los franceses intentaron otra ofensiva, hacia Montcornet, con una división blindada, reunida precipitadamente, bajo el mando del coronel De Gaulle. Pero, sin apoyo en la retaguardia y sin protección aérea, la ofensiva pronto se diluyó ante los incesantes ataques de los «Stukas» y de los tanques alemanes del XIX Cuerpo Blindado, que lograron romper sus líneas.

Empezaba mientras tanto el avance alemán hacia el mar. El 16 de mayo, Rommel atravesaba las defensas fronterizas francesas al sur de Maubeuge y avanzaba otros ochenta kilómetros, llegando por la noche a Avesnes; al caer la tarde, el XLI Cuerpo Blindado de Reinhardt se hallaba en el río Oise, al norte de Vervins, y, al sur de esta población, el XIX Cuerpo Blindado de Guderian había

Desfile de una banda militar alemana, con su estandarte al frente, a lo largo de los Campos Elíseos de París, no lejos del Arco de Triunfo erigido por los arquitectos de Napoleón para conmemorar las victorias del Emperador. La ocupación alemana de París duró del 14 de junio de 1940 hasta el 24 de agosto de 1944.







Izquierda: **el general Weygand, jefe supremo del Ejército francés, Paul Reynaud, primer ministro (con la cartera), y el mariscal Pétain (derecha) en Tours, tras el abandono de París por el Gobierno.** *Derecha:* **ametralladora alemana emplazada junto a la Torre Eiffel.**

alcanzado el río Serre. En la mañana del 17 de mayo se derrumbó la resistencia francesa en el alto Oise, y apareció expedito el camino hacia París o hacia la costa del Canal de la Mancha, para rodear a los ejércitos aliados que se hallaban en Bélgica. El Mando francés todavía no tenía noción de cuál era el objetivo de la *Sichelschnitt*.

El 18 de mayo los alemanes empujaban de nuevo furiosamente hacia el oeste, llevando siempre muchos kilómetros y muchas poblaciones de ventaja a lo que suponían las disparatadas órdenes francesas. Billotte, que había ordenado el repliegue de las fuerzas aliadas hacia el sudoeste desde el centro de Bélgica, empezó a establecer una línea de resistencia que más o menos coincidía con la frontera belga, mientras el Alto Mando francés tomaba posiciones a lo largo del Somme, para defender a París, que, por supuesto, no era el objetivo inmediato de Hitler.

Tenacidad y Dunkerque

El 20 de mayo, la 1.ª División Blindada alemana capturó Amiens, mientras la 2.ª División llegaba por la tarde a Abbeville y por la noche a la costa del Canal, después de haber avanzado aquel día unos cien kilómetros. Las fuerzas aliadas quedaban divididas en dos. El cuerpo de Reinhardt apuntaba hacia St. Omer, y Rommel, por el norte, había alcanzado la zona de Arras. Después de una breve interrupción, que el Mando alemán aprovechó para tomar un poco de aliento, se ordenó a las divisiones de Guderian que prosiguieran por la costa, hasta Boulogne y Calais, para rematar la maniobra envolvente de los ejércitos aliados en Bélgica.

Los tanques alemanes iban ahora muy adelantados a la misma infantería motorizada, y su flanco sur era realmente vulnerable. El Mando francés se daba perfecta cuenta de la delicada situación del enemigo y sabía que un contraataque, lanzado simultáneamente desde el sur y desde el norte, podría cortar el pasillo formado por los invasores y destruir completamente la flor y nata de los blindados alemanes. Pero los aliados ya no se hallaban en condiciones de coordinar tal acción. La sustitución de Gamelin como comandante en jefe por Weygand, en la tarde del 19 de mayo, hizo que se desperdiciaran dos preciosos días, y para entonces las comunicaciones aliadas estaban ya tan embarulladas como los movimientos de sus tropas; el 21 de mayo los tanques ingleses, apoyados por los franceses, realizaron un ataque que partió de Arras en dirección al sur, pero a esta acción no respondió ningún ataque de los franceses desde el sur. Los ingleses lograron un



Negociaciones de armisticio en el bosque de Compiègne (22 junio de 1940). La delegación alemana, presidida por el mariscal Keitel (1) y el general Jodl, (2) ante la delegación francesa, presidida por el general Huntziger (3), en el mismo vagón de ferrocarril donde se había firmado en 1918 el armisticio.

buen éxito local, pero después, al no verse correspondidos por los franceses, se retiraron y empezaron a planear la evacuación de su Fuerza Expedicionaria por el Canal de la Mancha.

Mientras tanto, llenaba de confusión a los ejércitos del Norte la noticia de la muerte del comandante Billotte en un accidente, y se agudizó la tensión existente entre los aliados en Bélgica. Gort se sentía desilusionado ante la debilidad e incompetencia del Mando francés y ante la menguada resistencia de sus tropas; los franceses suponían que los ingleses no pensaban sino en ponerse a salvo atravesando el Canal; y los belgas, con su país casi enteramente dominado, se inclinaban por la rendición. Fue en esta atmósfera donde se fraguó la retirada a Dunkerque y la evacuación a Inglaterra.

Cuando los alemanes hubieron llegado al Canal de la Mancha, dejando incomunicada en el norte la *élite* de los ejércitos aliados, el resultado de la campaña ya estaba virtualmente decidido. Después de Dunkerque, lo que más interesaba a los alemanes era avanzar en dirección sur, para enfrentarse con las fuerzas francesas que se habían atrincherado en la línea del Somme y del Aisne: la denominada «Línea Weygand». Luchando a menudo con mayor tenacidad que cuando estaban en el Mosa, si bien contra una desesperante superioridad enemiga, los franceses resistieron la primera embestida alemana del 5 de junio. Pero la «Línea Weygand» era poco más que nominal, y una vez los alemanes la hubieron rebasado —los blindados de Hoth en dirección a Rouen, los de Kleist hacia la Borgoña y los de Guderian hacia la frontera suiza— ya no fue posible detenerlos. El 14 de junio París, falto de defensas, cayó. Los ejércitos franceses que ocupaban las orgullosas fortificaciones de la Línea Maginot, fueron cogidos por la espalda, Italia descargó su innoble «puñalada trapera» y el 22 de junio Francia se vio obligada a firmar un humillante armisticio (en el mismo vagón de tren en que Foch acompañado, entre otros, por Weygand, había recibido la rendición alemana en 1918).

El plan de operaciones del Oeste, brillantemente improvisado por los alemanes, había obtenido un éxito que superaba todas las previsiones. En seis semanas, Francia había sido puesta fuera de combate. Gran Bretaña, sin embargo, intentaba, incomprensiblemente, hallar una salida. El plan no preveía nada más; y mientras los alemanes celebraban su triunfo y se divertían en París, la R.A.F. aprovechaba aquellos momentos de tregua para preparar la defensa de las islas.

Alistair Horne

Liberación en Dunkerque

«Dunkerque —escribió A. J. P. Taylor— fue una gran liberación y un gran desastre»; pero hubiese podido ser simplemente un gran desastre.

El 10 de mayo de 1940 los alemanes desencadenaron en los Países Bajos una «Blitzkrieg» acompañada de la sorpresa, la violencia y la impetuosidad acostumbradas. Para contrarrestarla, los Ejércitos I, VII y IX franceses, junto con las nueve divisiones de la Fuerza Expedicionaria Británica, bajo el mando del mariscal de campo lord Gort, corrieron, tres días después, a unirse al Ejército belga que ocupaba posiciones defensivas a lo largo del río Dyle, desde Amberes a Namur y, al sur, en el curso del Mosa, hasta Sedán. Era una encerrona. Mientras el Grupo B de ejércitos al mando del general Von Bock se internaba en Holanda y Bélgica, realizando lo que parecía la principal acometida alemana, el Grupo A, mandado por el general Von Rundstedt y precedido por una formidable vanguardia de tanques, llevaba a cabo la ofensiva principal y, después de atravesar las Ardenas, entre Dinant y Montmédy, avanzaba contra un frente que carecía de fortificaciones permanentes y estaba sólo cubierto por dos divisiones de tropas regulares. El 14 de mayo se desencadenó la avalancha. Precedido por oleadas de «Stukas», el Grupo Blindado del general Von Kleist, que comprendía el cuerpo de tanques de Guderian y Reinhardt, forzó el paso del Mosa en Mézières, Monthermé y Sedán. Abriendo una brecha entre el IX y el II Ejércitos franceses, débiles y mal preparados, la masa de tanques, sin hallar oposición en los reservistas franceses, se precipitó hacia el Canal de la Mancha, amenazando con aislar a los ejércitos británicos, belga y francés que se encontraban en el norte. El 21 de mayo, el Grupo Blindado de Kleist alcanzó la desembocadura del Somme en Abbeville, capturó Boulogne, rodeó Calais y llegó a unos diecinueve kilómetros de Dunkerque.

Así, el Ejército belga, diez divisiones del I Ejército francés y el grueso de las Fuerzas Expedicionarias inglesas se encontraron bajo la formidable cuña de siete divisiones blindadas y los ejércitos de Bock. Estaban cercados, y Kleist se proponía aplastarlos contra el yunque de los Ejércitos VI y XVIII que avanzaban después de atravesar el río Escalda y de romper la línea del Dyle. Para las atónitas fuerzas aliadas, la aniquilación parecía inevitable. Aparentemente, la encerrona llegaba a su fase final. Pero, de repente, el 24 de mayo, el ejército envolvente se detuvo: tal vez no se produciría el desastre que se cernía sobre los tambaleantes ejércitos aliados.

A una orden de Hitler, los tanques de Kleist se detuvieron al oeste y al sur de Dunkerque, en una línea que iba de Lens a Gravelines pasando por Béthune, Aire y St. Omer. Era una de las mayores equivocaciones cometidas por el Alto Mando alemán durante la Segunda Guerra Mundial: daba un respiro a los aliados y hacía posible el «milagro» de Dunkerque.

La única esperanza que tenían los aliados de desembarazarse del cerco de las fuerzas alemanas consistía en que los ejércitos de Bélgica contuvieran al VI Ejército alemán que los estaba atacando, se dirigieran al sudoeste, abriéndose paso a través de la cuña blindada alemana, y establecieran contacto con las fuerzas francesas que desde el Somme empujarían hacia el norte. Pero hacia el 26 de mayo lord Gort constató que, en unos momentos en que se derrumbaba la resistencia belga y no había ninguna evidencia de que los franceses atacaran hacia el norte, la maniobra tenía pocas posibilidades de éxito.

Los ejércitos británicos, franceses y belgas se hallaban confinados a un triángulo de terreno cuya base se extendía a lo largo de la costa del Canal de la Mancha, desde Gravelines a Terneuzen, y cuyo vértice se situaba en Valenciennes. No había posibilidad de fuga sino por el mar. El 27 de mayo el Gobierno británico, que el día 19 de mayo había insistido en que Gort atacara hacia el sur, en dirección a Amiens, informó al comandante en jefe de las Fuerzas Expedicionarias que su única tarea consistía en «evacuar la mayor cantidad de fuerzas posible»: era una medida para cuya eventualidad se habían preparado los planes pertinentes.

Siete días antes, en los fosos del castillo de Dover, el vicealmirante Bertram Ramsay había abierto una discusión sobre «la forma de evacuar rápidamente por el Canal a un gran número de fuerzas». En los días siguientes el Almirantazgo empezó a reunir embarcaciones para una posible evacuación de las tropas inglesas y aliadas que se hallaban en Francia. La detención del avance de los tanques alemanes había de facilitar esa desesperada aventura denominada en código «Operation Dynamo».

¿Cuál fue la razón de esta aparentemente inexplicable orden de detener los tanques cuando estaban ya a punto de asestar sobre el enemigo uno de los golpes más espantosos de la historia



**Soldados ingleses contra aviones alemanes en las playas de Dunkerque.
La arena, al disminuir los efectos de las explosiones provocadas por las bombas alemanas, mitigó el riesgo que amenazaba al casi indefenso blanco ofrecido por las fuerzas evacuadas.**

militar? ¿Quién era el responsable? Los generales a las órdenes de Halder, jefe de la Plana Mayor del Ejército, y Rundstedt, comandante del Grupo A, atribuyeron desde entonces exclusivamente la culpa a Hitler. La orden terminante, aun cuando provenía del Führer en su calidad de Comandante Supremo de las Fuerzas Armadas, fue sin embargo apoyada tanto por Rundstedt como por Goering.

El Führer visitó, en la mañana del 24 de mayo, el cuartel general del Grupo A de Ejércitos, en Charleville, donde se enteró detalladamente de la situación. Rundstedt propuso entonces reservar a la infantería la dirección de las operaciones al este de Arras, donde el 21 de mayo los ingleses habían demostrado que todavía eran capaces de batirse con denuedo y detener a los blindados de Kleist, que habían sufrido serias pérdidas, al oeste y al sur de Dunkerque, para rechazar las fuerzas aliadas en retirada ante el acoso del Grupo B. Hitler manifestó estar totalmente de acuerdo con el plan y subrayó la necesidad de reservar los tanques para las operaciones que a no tardar debían desarrollarse al sur del Somme. Hitler y Rundstedt estaban, por consiguiente, de acuerdo en el enjuiciamiento de la situación.

Ofrecimiento de Goering

Pero el Führer tenía otras razones para frenar la marcha de los tanques. Recordaba como en 1914 las bajas llanuras de Flandes, entre Bruges, Nieuport y Dixmude habían sufrido inundaciones y estimaba que al oeste y al sur de Dunkerque el terreno, pantanoso e interceptado por millares de canales, era muy poco apropiado para una operación blindada de gran alcance. Éste es el motivo de que hubiese aceptado, el día anterior, la propuesta que le hizo Goering con su característica jactancia.

Desde su cuartel general móvil en el Eifel, el comandante en jefe de la Luftwaffe había telefoneado a Hitler para proponerle que «sus» escuadrillas aéreas, las cuales, después de todo, estaban destinadas a «decidir el futuro de la nación alemana durante los próximos mil años», destruyeran al Ejército inglés en el norte de Francia. Después de esta operación, el Ejército alemán sólo tendría que «ocupar el territorio» conquistado por la aviación. Goering había también observado que la destrucción final del enemigo debía correr a cargo de la «nacionalsocialista» Luftwaffe: si se les permitía a los generales del Ejército descargar el golpe de gracia, serían ellos, y no Hitler, quienes se llevarían los laureles de la victoria. No hay duda de que el plan de Hitler, apoyado por Goering y Rundstedt, consistía en dejar que la Luftwaffe y el Grupo B de Ejércitos —que con muy pocos tanques estaba empujando lentamente a los belgas y británicos del sudoeste hacia el Canal— eliminaran las tropas que se hallaban en la bolsa de Dunkerque. Por supuesto era esencial detener los blindados de Kleist para que no obstaculizaran la acción de la Luftwaffe en aquella zona, pero ni la Luftwaffe ni los ejércitos de Bock tardaron en mostrarse incapaces de conseguir sus objetivos.

Hitler, sin embargo, tenía otra razón para imponer su autoridad militar sobre el Ejército: el 24 de mayo se había producido una crisis en el Mando. A las 20 horas de este día el mariscal de campo Von Brauchitsch, el comandante en jefe de las fuerzas de tierra, que estaba bien determinado a confiar al Grupo B de Ejércitos la destrucción de las fuerzas aliadas, decidió que Rundstedt pusiera a la disposición de Bock el IV Ejército de Kluge y las unidades blindadas. Se ignora si Brauchitsch prefería hacer este cambio antes que restablecer la armonía entre los dos Grupos de Ejércitos y enfrentarse con los problemas de organización que su conjunción había de plantear, o si no estaba satisfecho del poco dinamismo desplegado por Rundstedt. Es en todo caso probable que esta decisión hubiese inducido a Rundstedt a proponer en Charleville una modificación del plan de operaciones, la cual había de merecer, sin lugar a dudas, la aprobación del Führer, pero lo cierto es que tanto Hitler como el O.K.W. (Cuartel General) —que había sustituido al Ministerio de la Guerra y había pasado a depender directamente de Hitler— ignoraban la orden dada por el Alto Mando del Ejército (O.K.H.). Hitler no disimuló su descontento al enterarse de la iniciativa tomada por Brauchitsch y Halder y al instante invalidó la orden.

Así, al detener los blindados, Hitler aprobaba las propuestas de Rundstedt y dejaba bien sentado que solamente él —el Führer— era el comandante supremo de la Wehrmacht. Pero Halder no estaba preparado para aceptar la orden del Führer, y en la misma noche mandó por radio a ambos Grupos de Ejércitos un mensaje comunicándoles que podían proseguir la marcha en dirección a Dunkerque y a Ostende respectivamente. En un acto de desobediencia sin precedentes en la historia militar alemana, Rundstedt decidió no transmitir la comunicación de sus superiores al IV Ejército. Confiando en el apoyo de Hitler y basándose en su propia interpretación de la situación, se atrevió a adoptar un punto de vista diferente del O.K.H. En su opinión el Grupo B de los Ejércitos más pronto o más tarde quebrantaría la resistencia en Flandes y por consiguiente era más prudente reservar las fuerzas blindadas para más tarde.

Aunque, naturalmente, Hitler tuviera presentes los objetivos políticos cuando detuvo los tanques, es evidente que no quería ahorrar a Gran Bretaña una amarga humillación, con lo cual resultaría más fácil llegar a una paz. Tanto la Luftwaffe como el Ejército alemán tenían instrucciones claras y definidas de destruir al enemigo acorralado en Flandes, como a todas luces se desprende de la Directiva n.º 13 del Führer, firmada en la tarde del 24 de mayo de 1940. Por lo demás, Halder sostuvo más tarde que Hitler se decidió a librar la batalla decisiva en el norte de Francia, mejor que en suelo flamenco, por razones políticas. El Führer, según Halder, manifestó que resultarían comprometidos sus planes de crear una provincia nacionalsocialista en un territorio habitado por flamencos, de ascendencia germana, si se permitía que la guerra asolase la región. De todas maneras, aunque Hitler fue en gran parte responsable de la decisión de detener los tanques, es indudable que quisieron cargar sobre él toda la responsabilidad del error fatal.

Se restringe el perímetro

La «Operation Dynamo» se basaba en el supuesto de que podría contarse con tres puertos, pero la caída de Boulogne, a la que siguió el 26 de mayo el hundimiento de la resistencia inglesa en Calais, dejó sólo a Dunkerque. Pero la defensa de Calais, calificada por Guderian como «heroica y merecedora de las mayores alabanzas», dio a lord Gort tiempo para elaborar sus planes de evacuación. El repliegue de las fuerzas aliadas hacia el mar era, con todo, terriblemente aleatorio y el 25 de mayo se derrumbó el frente de los belgas. El día siguiente Hitler, en vista del lento avance de Bock en Bélgica y de que se percibía movimiento de transportes ante la costa, rescindió la orden dada y autorizó a Rundstedt a avanzar con «grupos blindados y divisiones de infantería en dirección a Dunkerque». Sin embargo, por razones técnicas habían de transcurrir dieciséis horas antes de que las unidades blindadas se hallaran en disposición de avanzar y asaltar la ciudad. El 28 de mayo se había organizado alrededor de Dunkerque una línea de defensa más cerrada que, desde Nieuport y a lo largo de los canales, llegaba a Gravelines pasando por Fumes y Bergues. Asaltada varias veces por los tanques alemanes y sin el apoyo del Ejército belga, que capituló aquel mismo día, la línea defensiva se derrumbó. Con todo, al sudoeste de Lille los alemanes tropezaron con la tenaz resistencia del I Ejército francés, que, desde el 29 de mayo al 1 de junio, cerró el paso a siete divisiones alemanas que intentaban eliminar la bolsa de Dunkerque. Los aliados, agotados y aturdidos, a menudo fragmentados en batallones o compañías separadas, se vieron obligados a retroceder, a través de rutas congestionadas, al interior de la línea defensiva y, hacia la medianoche del 29, la mayor parte del Ejército británico y casi la mitad del I Ejército francés se hallaba detrás de la línea del Canal; en aquellos momentos, los medios de evacuación por mar habían empezado a mostrarse efectivos.

A las 18,57 del 26 de mayo el Almirantazgo británico puso en marcha la «Operation Dynamo», la cual, además de ser un ejemplo de gallardía y autosacrificio, había de sacar a relucir aquella que Hitler siempre consideró como una de las mayores cualidades británicas: el genio de la improvisación.

En el primer día, 27 de mayo, la evacuación dio un resultado desesperanzador. Sólo 7.669 soldados fueron retirados por una abigarrada colección, reunida por el vicealmirante Ramsay, de destructores, buques de pasajeros, antiguos vapores de ruedas, barcazas autopropulsadas y «schuits» holandeses. Pero después de la caída de Boulogne y Calais quedaban tan sólo en manos de los aliados Dunkerque y sus playas contiguas. Ello constituía una tarea arriesgada, cuando no imposible, para los elementos de rescate que entraban en el puerto. No sólo habían de sortear el fuego de las baterías costeras y los feroces ataques aéreos sino evitar también los muchos pecios que se interponían en su camino hacia la ciudad en llamas.

Estaba demostrado que las tropas hambrientas y exhaustas habían de embarcarse en las playas de arena que se extienden a ambos lados de la ciudad, pero Ramsay disponía todavía de pocas embarcaciones capaces de recoger a los hombres en aguas poco profundas. Pidió urgentemente otras. El día siguiente, 28 de mayo, utilizando las playas y lo que quedaba del malecón este, se embarcaron para Inglaterra 17.804 hombres. Sin embargo, este día fueron muy considerables las pérdidas sufridas por las embarcaciones. Las que abandonaban ilesas el congestionado malecón eran frecuentemente alcanzadas o hundidas por las bombas, pues no podían efectuar las maniobras pertinentes para sortear los buques hundidos y los pecios.

Al día siguiente fueron evacuados de Dunkerque y sus playas adyacentes 47.310 hombres, pero por la tarde el viento despejó la niebla que ocultaba la vista del puerto y de la rada, lo que permitió a la Luftwaffe descargar un diluvio de bombas y hundir tres destructores y otros veintiséis navíos.

El 30 de mayo, un mar más en calma, el humo y la niebla permitieron a los elementos de rescate poner a salvo 13.823 hombres. El 29 de mayo había llegado frente a Dunkerque cierto número de pequeñas embarcaciones, pero éstas no eran más que la vanguardia de una verdadera flota compuesta por 400 yates, botes salvavidas, lanchas, remolcadores de río, barquichuelos, botes



Una fila de soldados británicos pasa a nado el trecho que la separa del buque mandado en su socorro. En tierra quedaba todo el armamento, pero los hombres pudieron salvarse en su mayor parte.

de recreo, barcos pesqueros franceses y belgas, dragadores de ostras y barcazas del Támesis, los cuales, con las pequeñas embarcaciones llamadas a servicio por la «Royal Navy», transportaron, a partir del día siguiente, 100.000 hombres desde las playas a los barcos de mayor calado. Movida por el desesperado llamamiento de los aliados, la población costera del sur y sudeste de Inglaterra se había volcado espontáneamente a las playas de Dunkerque, donde mediante innumerables actos de heroísmo desempeñó un papel crucial en la evacuación.

El 31 de mayo, a pesar del intenso fuego de bombas y granadas, fueron transportados a lugar seguro 68.014 hombres, pero, al día siguiente, un furioso y aniquilador bombardeo artillero sobre las playas, acompañado por el tenaz bombardeo aéreo de los barcos que se hallaban en el mar y en los puertos, detuvo las operaciones durante el día.

El momento cumbre de la evacuación tuvo lugar el 31 de mayo y el 1 de junio, cuando más de 132.000 hombres pusieron el pie en Inglaterra. En la madrugada del 2 de junio sólo quedaban dentro de la línea de defensa 4.000 soldados ingleses cubiertos por 100.000 franceses, los cuales, junto con otros 60.000 franceses, pudieron abandonar el continente en las noches del 2 y 3 de junio. Dunkerque todavía fue defendida valientemente por los últimos soldados, que resistieron hasta la madrugada del 4 de junio. Cuando se rindió la ciudad, fueron hechos prisioneros 40.000 franceses que habían luchado tenazmente para cubrir la retirada de sus camaradas aliados.

«Recordemos —escribió Churchill— que a no ser por la tenacidad de aquellos que en Dunkerque cubrieron la retirada, Inglaterra se hubiera visto en graves dificultades para reconstruir el ejército que necesitaba para la defensa del país y la victoria final.»

Los ingleses, con la ayuda francesa y belga, habían evacuado 338.226 hombres, de los cuales 139.097 eran franceses, desde un pequeño puerto y unas playas severamente batidos por los alemanes. Habían sacado la máxima ventaja posible del precioso instante de reposo, que la detención de los tanques les proporcionó, para consolidar sus posiciones defensivas al oeste, al este y frente al Canal. Además, habían luchado con tenacidad, renovando las tradiciones que tanto habían impresionado a los alemanes en la Primera Guerra Mundial.

El primer error de los alemanes fue considerar la bolsa de Dunkerque como un frente secundario. De hecho, no ponderaron debidamente su importancia estratégica debido sobre todo a que, casi hasta el último instante, no supieron cuántas eran las fuerzas aliadas encerradas en la bolsa.

Además, durante los nueve días que duró la «Operation Dynamo», la Luftwaffe, a causa de las malas condiciones meteorológicas, sólo logró obstaculizarla seriamente durante dos días y medio: del 27 a la tarde del 29 y el 1 de junio. La Luftwaffe, cuyos servicios tanto habían sido ponderados por el vano y ambicioso Goering, no respondió a su misión. Si Rundstedt se había equivocado, Goering calculó muy mal. «Su» aviación no logró impedir la retirada aliada debido a que el tiempo le fue desfavorable, los aeródromos estaban demasiado lejos y los objetivos eran poco precisos. Los bombarderos medios y pesados sufrieron por vez primera graves pérdidas ante los aparatos ingleses «Spitfires» y «Hurricanes», que en aquella ocasión contaban con unas bases relativamente cercanas.

Para el Mando militar alemán Dunkerque representó el punto crítico, pues durante esta campaña Hitler obligó al O.K.H. a aceptar por vez primera sus propios puntos de vista, intervino en las órdenes del Alto Mando en un momento decisivo de la lucha y transfirió una decisión de extraordinaria importancia a unos mandos subalternos que compartían su opinión personal. El O.K.H., el verdadero instrumento del mando militar, perdería poco a poco su antiguo prestigio hasta que por fin —con terribles consecuencias para el pueblo alemán— sería abolido.

Las torvas realidades

En Dunkerque, en lugar de ganar una batalla definitiva, el Ejército alemán tuvo que contentarse con una victoria ordinaria. Gran Bretaña, por otra parte, pudo consolarse con el pensamiento de que por lo menos se había salvado casi toda la Fuerza Expedicionaria. «En medio de nuestro desastre —Churchill escribió más tarde— la gloria sonrió al pueblo de las islas, unido e inconquistable... una luz sobrecogedora y sublime recorrió nuestra isla de uno a otro extremo... y la leyenda de las playas de Dunkerque se inscribirá para siempre en los anales de nuestra historia.»

Si el pueblo inglés tuvo la impresión de haber conseguido una gran victoria, la amarga realidad cuidó también de presentarle las cuentas. Las Fuerzas Expedicionarias, que ya no se hallaban en condiciones de defender el país, habían sufrido 68.111 bajas, entre muertos, heridos y prisioneros. Se habían visto obligadas a abandonar 2.472 armas de fuego, 90.000 fusiles, 63.879 vehículos, 20.548 motocicletas y algo más de 500.000 toneladas de repuestos y municiones. De las 243 embarcaciones hundidas en Dunkerque, entre las 860 que tomaron parte, seis eran destructores británicos. También sufrieron desperfectos otros diecinueve destructores británicos. La R.A.F. perdió, además, 474 aparatos,

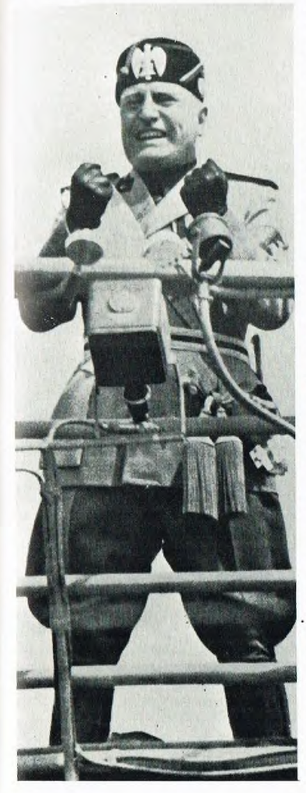
Dunkerque no llegó a ser una hecatombe gracias a los malos cálculos alemanes y a la tenacidad y sentido de improvisación de los aliados. Sin embargo, en Gran Bretaña se tuvo la sensación de haber conseguido una victoria. Un esfuerzo supremo había privado a Hitler de su presa y parecía legítimo dejarse llevar un poco por el júbilo. Los ingleses habían sido los primeros en confundir al Mando militar alemán y, después de Dunkerque, estaban ya completamente decididos a derrotarlo.

Stephen Webbe

Mussolini entra en la guerra

En 1930, Mussolini había escalado el pináculo del poder, y el futuro parecía sonreír a los fascistas. Pero, al no darse cuenta el Duce de cuán débil era Italia, comprometió el futuro de la nación embarcándola en una serie de aventuras políticas.

Una de las típicas actitudes oratorias de Mussolini, aquí en un discurso pronunciado en Génova en mayo de 1938.



«Dentro de diez años Europa será fascista, o en todo caso dominada por el fascismo, con la extraordinaria ventaja de que unos pocos dirigentes, que gozarán de plenos poderes, podrán sentarse en torno a una misma mesa y hacerse mutuamente concesiones. Entonces se tendrán en cuenta las realidades nacionales y se partirá de la base del respeto mutuo, lo cual redundará en gran provecho de los distintos pueblos gobernados.» Tal era el punto de vista de Mussolini en relación con el futuro, a principios de 1932.

En octubre del mismo año, con la espectacular celebración del *decennale*, Mussolini se había convertido en el dictador indiscutible de Italia. Los primeros dirigentes fascistas —Balbo, Grandi, Rossoni, Rocco, Federzoni, Bottai, Giuriati— habían caído en desgracia, y el partido estaba completamente subordinado al líder. Jefe del Gobierno y ministro del Interior, el Duce también se hizo cargo del Ministerio de Asuntos Exteriores, y, apenas terminada la guerra, asumió la dirección de los de Marina y Aviación. Aun después de que su joven yerno, el conde Galeazzo Ciano, fuera nombrado ministro del Exterior, en junio de 1936, apenas existía duda alguna de que Mussolini controlaba personalmente la política extranjera. De lo que podía dudarse era de si se daba cuenta de la realidad de la situación italiana, del letargo elefantino y de la corrupción que minaban al partido, y de la inadecuada preparación del país para lanzarse a una guerra total. En palabras de Ciano, el Duce se encontraba sobre un alto pedestal, cuya misma altura le era un estorbo para hacer que se cumplieran realmente sus decisiones.

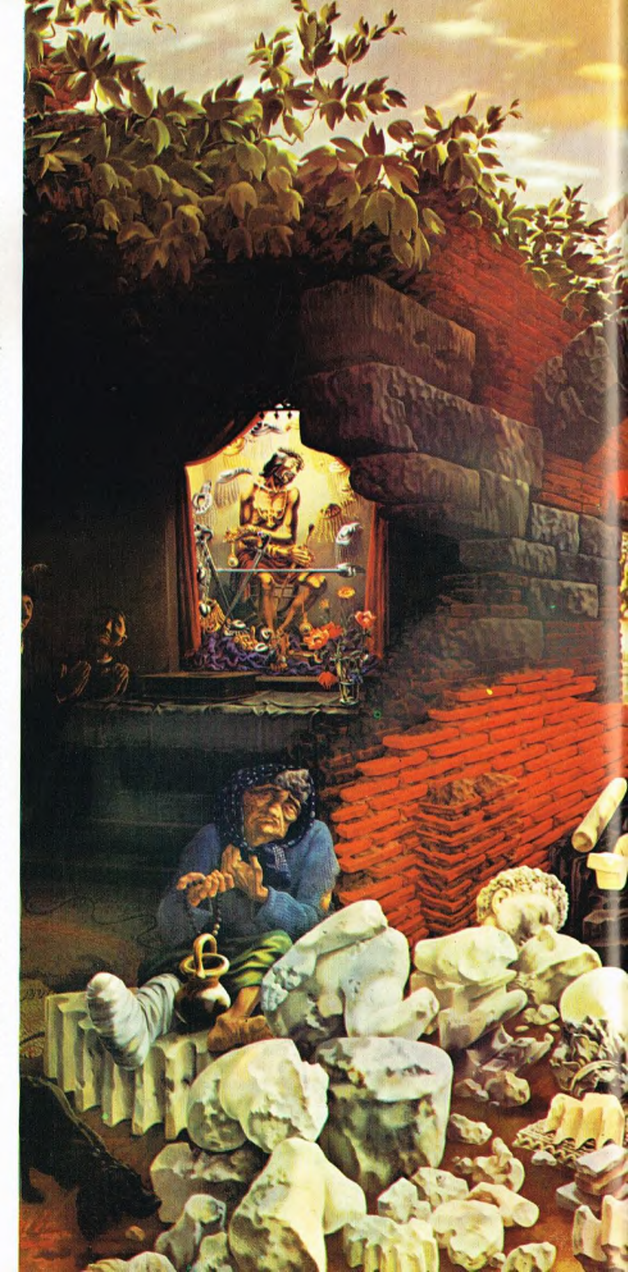
Al parecer, el fascismo había triunfado: eliminada virtualmente toda oposición, se había firmado el Concordato con el Vaticano, y, con la estructuración administrativa del nuevo Estado fascista, éste constituía un sistema orgánico que suscitaba notable interés tanto en el país como en el extranjero. Sin embargo, la crisis mundial de 1929 había sacudido la ya débil economía italiana: las estadísticas oficiales señalaban que un millón de personas estaban sin empleo. Además, se iba apoderando del país, e incluso del partido, el descontento o, por lo menos, el hastío. La revolución fascista, obra de los jóvenes, parecía haber envejecido: necesitaba sangre nueva, nuevos refuerzos, y Mussolini, con la mirada puesta en el extranjero, deseaba salvar la situación haciendo que Italia ganase un puesto de prestigio entre las naciones. Esa segunda década del fascismo italiano, en contraste con la primera, estuvo crecientemente dominada por la preocupación que sentía Mussolini por los asuntos internacionales.

El momento parecía oportuno, toda vez que aparentemente el fascismo había trascendido sus límites nacionales. Desde el Palazzo Venezia el paisaje europeo iba adquiriendo unas tonalidades más marcadamente fascistas. Conforme avanzaba la década de los treinta, el Duce estaba cada vez más convencido del declive de las democracias occidentales. El futuro era fascista, y Ciano, que cuidó de la propaganda del régimen y pasó a encargarse del Ministerio de Asuntos Exteriores, fomentó la exportación de los ideales y de las subvenciones fascistas. Así, Mussolini concebía su política de prestigio —que evolucionaba rápidamente hacia el imperialismo— en términos amplios, casi universales, como una lucha entre dos sistemas, el democrático y el fascista, el capitalista y el socialista. En esta visión del mundo, el bolchevismo —que levantaba su repugnante cabeza en el comunismo ruso— representaba el enemigo número uno.

Aun antes de que los nazis escalaran el poder, Mussolini procuró tomar la iniciativa en los asuntos internacionales. La política exterior fascista siempre había contemplado con cierto recelo los tratados de paz de 1919, puesto que de ellos derivaba la aceptación de un equilibrio estabilizado entre las potencias y, como consecuencia, la renuncia de Italia a sus tradicionales pretensiones de poseer un Imperio colonial. Con la aparición de Hitler, Mussolini empezó a enunciar las pretensiones italianas sobre el Mediterráneo, mar al que se complacía en designar con el nombre que le daban los antiguos romanos: *mare nostrum* (nuestro mar). En marzo de 1933 habló a Simon y a Macdonald de la posibilidad de llegar a un acuerdo entre los cuatro «grandes»: Ita-

lia, Gran Bretaña, Francia y Alemania, acuerdo que, de realizarse, privaría a la Sociedad de las Naciones de toda autoridad efectiva. Sin embargo, hasta 1935 Mussolini procuró, obrando con cautela, afirmar la influencia y la libertad de acción de Italia: pretendía ser el mediador entre la Alemania nazi y las democracias occidentales. Es indudable que, si por una parte miraba con simpatía el autoritarismo del régimen nazi, por otra temía que el subversivo dinamismo de este régimen provocara situaciones de peligrosa rivalidad. El pangermanismo propugnado por los nazis podía comprometer la influencia del fascismo italiano, y de ahí el empeño que puso en ofrecer la imagen de un fascismo «a la romana», o sea de un fascismo moderado, ponderado y notablemente conservador, pero lleno de respeto por los elementos nacionalistas de los distintos movimientos fascistas. Esta política culminó en un congreso patrocinado por la «Internacional Fascista» que se celebró, en diciembre de 1934, en Montreux, congreso al que no concurrió —ostensiblemente— la Alemania nazi. Igualmente peligrosas eran las ambiciones que Hitler abrigaba sobre Austria y los Balcanes y que amenazaban a aquellas zonas que Mussolini consideraba sujetas a la esfera de influencia italiana.

No puede por consiguiente ofrecer ninguna sorpresa la reacción de Mussolini al golpe que Hitler intentó llevar a cabo en Austria en julio de 1934. En marzo del mismo año Mussolini había firmado con Austria y Hungría los protocolos de Roma, por los cuales estrechaba, mediante convenios económicos y recíprocas garantías, los acuerdos militares ya existentes. El 14 y 15 de junio Hitler y Mussolini tuvieron en Venecia la primera entrevista personal, que no condujo a ningún resultado práctico. A raíz del asesinato de Dollfuss, el 25 de julio, Mussolini levantó una violenta campaña de prensa y lanzó sus tropas hacia la frontera nordeste. Con la retirada de Hitler, las relaciones nazifascistas descendieron a su nadir. La política mussoliniana de mantenerse apartado tanto de Alemania como de las potencias occidentales pareció haberse impuesto y



«La Ciudad Eterna», obra del pintor norteamericano Peter Blume (1937). Su estancia en Italia lo familiarizó con el fascismo y con el estilo pictórico del primer Renacimiento italiano; combinados ambos elementos en una especie de surrealismo, creó esta visión fantástico-caricaturesca de Mussolini y de su Italia.





Cartel gigantesco instalado en Sicilia para festejar los beneficios concedidos por el régimen a los campesinos (octubre de 1939). Lo cierto es que los principales beneficiarios del fascismo solieron ser los latifundistas y no las masas rurales.

una vez más Italia dirigió sus miradas hacia el Mediterráneo y el Africa.

Juegos políticos

Con la conquista de Etiopía llega al cenit la política, preconizada por Mussolini, de tomar la iniciativa. Etiopía lindaba por el norte y por el sur con colonias italianas, y había llegado el momento de tomar el desquite de la derrota que en 1896 habían sufrido los italianos en Adua. Italia, que había dado ya en 1932-33 muestras de estar interesada por Etiopía, consideró que había llegado el momento oportuno cuando Gran Bretaña y Francia centraron su atención sobre Alemania y la Sociedad de las Naciones entró en crisis. El 30 de diciembre de 1934 Mussolini expuso planes detallados para la conquista. Ellos nos descubren dos aspectos de la visión política del Duce: primero, su determinación de prescindir de los métodos diplomáticos, tradicionalmente empleados en las conquistas coloniales, en favor de una invasión armada, con la que se afianzaría el prestigio italiano; segundo, su cálculo equivocado sobre la rapidez con que podía empeorar la situación en Europa y, por ello, el aislamiento en que se vería sometida Italia.

La «guerra de aniquilación» mussoliniana empezó en octubre de 1935 y en ella participaron 400.000 soldados y 100.000 civiles italianos. En mayo de 1936 fue ocupada Addis Abeba, aun cuando la resistencia continuó en numerosos puntos del país. La falta de sanciones por parte de la Sociedad de las Naciones puso la rúbrica al triunfo de Mussolini: con el entusiasta apoyo de la Corona, de la Iglesia y de la mayoría de los italianos, Italia había conquistado un Imperio, so pretexto de que necesitaba espacio vital y recursos para solucionar muchos de los problemas económicos que afectaban al país.

Etiopía marcó el punto decisivo a partir del cual empezó a declinar la política de Mussolini. A pesar de sus intentos de mantener la libertad de acción —como el «convenio entre caballeros», firmado con Gran Bretaña el 2 de enero de 1927 y el Pacto de amistad con Yugoslavia, del 25 de marzo de 1937—, Mussolini, que había desafiado a las democracias occidentales, se encontró cada vez más próximo a las posiciones de Hitler, en una Europa que rápidamente se iba polarizando en dos bloques opuestos. Por ser el más débil de los dos consocios, se vio forzado a tolerar la política agresiva de Hitler. El nuevo impulso dado a la economía italiana en los años 1936-39 era indicio de que Mussolini se preparaba para la guerra: durante este tiempo el país vivió en creciente dependencia del comercio con Alemania.

Los hechos más destacados de la política exterior fascista fueron la participación de Italia en la Guerra Civil española y la creación del Eje. Ya en 1932 Mussolini había prestado apoyo a un complot fraguado contra la República española; en 1934 prometió una ayuda mayor; después de unos instantes de duda, cuando en 1936 estalló la guerra autorizó la ayuda italiana para el transporte de tropas de Marruecos a la península. A partir de entonces, Mussolini se halló cada vez más involucrado en la guerra. Al finalizar ésta, en 1939, los recursos de Italia habían experimentado un serio quebranto. Falto de repuestos y de equipos, el Ejército italiano, en particular, no estaba en condiciones de emprender otra aventura. Igualmente funesto para el régimen fue el hecho de que, conforme se mostraba más partidario de la guerra, más falto se hallaba del apoyo popular.

La creación del Eje está directamente vinculada a la guerra española. La prontitud con que Mussolini firmó el acuerdo con Alemania (24 de octubre de 1936) derivaba sin duda de que sabía por experiencia la hostilidad con que lo observaban las potencias occidentales a raíz de la invasión de Etiopía y de que estaba convencido de que España representaba el banco de pruebas en la lucha contra el comunismo. En palabras de Mussolini, «la línea vertical trazada entre Berlín y Roma no es ningún diafragma sino más bien un eje alrededor del cual deben girar todos aquellos Estados europeos que sientan deseos de colaboración y paz». La alianza se basaba en la creencia de Mussolini —compartida por Hitler— de que los dos Estados fascistas se expansionarían en direcciones distintas para evitar el peligro de una colisión: o sea, Alemania hacia Europa central y oriental; Italia hacia el Mediterráneo y los Balcanes. Italia confiaba, hasta que resultó demasiado tarde, que los convenios firmados con Austria y Hungría —e incluso el que por algún tiempo existió con Yugoslavia— podrían contrarrestar el expansionismo alemán. Pero sobre todo el Eje contribuyó a dar mayores seguridades a Hitler sobre el comportamiento de Mussolini, pues el acuerdo hacía más difíciles las relaciones de Italia con Gran Bretaña y Francia, bastante tensas ya a raíz de la intervención en la guerra española y de las pretensiones que Italia mantenía sobre el Mediterráneo.

El *Anschluss* fue la prueba decisiva. Después de otra entrevista que Mussolini tuvo con Hitler en Alemania, en septiembre de 1937, y en la cual se sintió profundamente impresionado por el poderío militar nazi, el Eje fue abandonado e Italia se adhirió al Pacto Anticomintern anglo-japonés. En enero de 1938 comenzó la crisis austríaca. Aunque el convenio austroalemán de julio de 1936 ya había descrito a Austria como «un Estado alemán», Mussolini y Ciano todavía no se habían dado cuenta de lo que ello significaba. Según palabras de Ciano, «si el *Anschluss* llega a ser una realidad, la Gran Alemania presionará sobre nuestras fronteras con el peso de sus setenta millones de hombres... Entonces no tendremos otra alternativa que la de dirigir nuestra política hacia una clara, abierta e inmutable hostilidad contra las potencias occidentales». A pesar de este riesgo, y sin darse cuenta de la suspicacia con que Hitler observaba a Italia, Mussolini no puso objeciones a la invasión alemana del mes de marzo.





Izquierda: **dos nativos saludan a la romana el colosal y «feroz» retrato de Mussolini colocado, como símbolo de su imperio, en un bosque de Etiopía en 1935, poco tiempo después del principio de la guerra italo-etíope.** *Derecha:* **en esta ilustración de 1934, «La batalla del trigo», aparece, mucho menos imponente pero bajo los mismos fines propagandísticos, un Mussolini auténtico «hombre del pueblo».**

Comprometido hasta el cuello

Fue Ciano quien inició la respuesta italiana con la tentativa de estrechar los lazos de Roma con Belgrado y Budapest y de preparar la invasión de Albania. La crisis checa, que condujo a la reunión de Munich en septiembre de 1938, dio a Mussolini la impresión de que todavía podía actuar como mediador entre Alemania y las potencias occidentales. Pero sus propias pretensiones sobre territorio francés (Túnez, Djibuti, e incluso Niza, Saboya y Córcega) y el hecho de haber incitado contra los ingleses a los nacionalistas árabes, lo obligaron a aceptar como inevitable la guerra contra las potencias occidentales. En mayo de 1939, aunque se daba cuenta de que Italia necesitaría por lo menos tres años para verse en condiciones de lanzarse a la lucha, firmó con Hitler el Pacto de Hierro. Era el paso más desafortunado que jamás hubiese dado, pues las cláusulas del pacto no especificaban ningún período mínimo de preparación para la guerra ni preveían siquiera una salvaguarda convencional contra una posible agresión de su aliado. En vista de que Hitler se obstinaba en no informar a su aliado antes de cada una de las sucesivas agresiones, el pacto habría sido incomprensible desde el punto de vista italiano, a no haberse mostrado Mussolini tan obstinado en identificar los intereses de ambos regímenes —hasta el extremo de introducir una legislación antisemita en 1938— y a no sentir tanto miedo al aislamiento. Cuando Hitler se apoderó de Bohemia y Moravia, no dijo una palabra a Ciano y a Mussolini de sus intenciones, y éstos sólo pudieron demostrar su gallardía —después de asegurarse de la buena disposición de Hitler— invadiendo Albania el 7 de abril.

Probablemente Mussolini no esperaba que la crisis polaca condujese a la guerra. Creyó, sin duda, por un momento que podría dominar la situación como lo había hecho en Munich. Pero la absoluta falta de preparación económica y militar de Italia lo forzó a adoptar una política de benévola neutralidad, disimulada bajo la fórmula de Ciano de «no beligerancia». Es de todo punto evidente que Mussolini —el revolucionario intervencionista de 1915— estaba obsesionado por el miedo de que Italia repitiera la «traición» de permanecer neutral. Más todavía: codiciaba «participar en el botín en Croacia y Dalmacia». Al mismo tiempo se veía arrastrado por la política seguida en años anteriores. El partido, pesado y corrompido, zarandeado por el descontento y la desidia, se mantenía unido gracias principalmente a la retórica imperialista y agresiva del régimen. Gravitaba, simplemente por inercia, sobre Mussolini; y para la supervivencia del régimen la neutralidad parecía ofrecer mayor peligro que la misma guerra. A pesar de que el fascismo había perdido el apoyo popular y de que el país no deseaba la guerra, Mussolini recurrió a la «no beligerancia» debido a que, políticamente, no tenía otra alternativa; pero, a finales de enero de 1940, dijo que entraría en la contienda cuando finalizara el año o a principios del siguiente. El 12 de marzo confió a Ribbentrop —lo que confirmó en una entrevista que tuvo con Hitler seis días después— que Italia entraría en la guerra, pero en el momento que ella misma decidiera. El 31 de marzo, en un memorándum secreto dirigido al Rey, a Ciano y a los jefes de la Plana Mayor, Mussolini expuso sus planes para una guerra eminentemente defensiva, a pesar de las acciones ofensivas que la Armada pudiera llevar a cabo. Sin embargo, deslumbrado por el éxito obtenido por Hitler en el frente occidental, el 10 de junio declaró la guerra, y las tropas italianas entraron en territorio francés.

Stuart Woolf

El talón de Aquiles del Eje

Las ambiciones de Mussolini condujeron finalmente a Italia a una guerra en la cual la nación correría un grave riesgo. Italia fue el talón de Aquiles del Eje, pero Hitler no tenía derecho a culparla de sus propios fracasos.



Dos dictadores en el Museo de Villa Borghese, en Roma (mayo de 1938). Italia causó una gran impresión en Hitler, quien, al mismo tiempo, empero, asombróse de la poca estima del Duce por el arte.

En junio de 1940 Italia no estaba en condiciones de emprender una guerra importante. El Ejército italiano no poseía el equipo que había hecho posible el éxito alemán en el Oeste: virtualmente carecía de armas antiaéreas, sólo podía disponer de la mitad de los vehículos motorizados que necesitaba y contaba con unas reservas de petróleo que apenas habían de bastarle para siete u ocho meses. En caso de movilización general, las tropas no podían contar siquiera con el equipo personal conveniente, y la armada y la aviación disfrutaban de condiciones sólo ligeramente superiores. El país estaba desesperadamente falto de materias primas como cobre, níquel, aluminio y caucho, y esta situación precaria se agudizó cuando, después de la declaración de guerra, la *Royal Navy* cerró a la navegación italiana los estrechos de Suez y Gibraltar.

Mussolini tenía muy presentes estos

hechos desagradables, pero según su opinión, la guerra estaba ya prácticamente ganada, y consideraba imperativo entrar en el conflicto cuando todavía estaba a tiempo para participar en el botín.

Sin embargo, por desgracia para el Duce, las cosas no salieron según sus deseos. Después de concluida la batalla de Francia —en la que las tropas italianas no pudieron penetrar más que unos pocos kilómetros en territorio francés—, Gran Bretaña no se dio prisa para hacer las paces con Alemania, a pesar de los llamamientos aparentemente sinceros de Hitler. Los alemanes empezaron a prepararse seriamente para invadir las Islas Británicas, y Mussolini le ofreció el concurso de tropas italianas. Al rechazar Hitler, con cierto desdén, ese ofrecimiento, Mussolini tuvo ocasión de emprender la que él denominaba «guerra paralela», o sea luchar al lado de Alemania y contra sus mismos enemigos, pero en teatros diferentes y para unos objetivos específicamente italianos.

África era evidentemente uno de esos teatros de la «guerra paralela». Los italianos tenían en Libia, sin contar el personal de las fuerzas aéreas, unas catorce divisiones (215.000 hombres), y la caída de Francia significaba que ahora podrían concentrar toda esta fuerza contra los ingleses en Egipto, sin tener que preocuparse de los franceses de Túnez. A unos dos mil kilómetros hacia el sudeste, en el África Oriental Italiana, había dos divisiones y veintinueve brigadas coloniales, con un total de 255.000 hombres, aparte de las unidades de las fuerzas navales y aéreas. Era un número considerable de tropas, concentradas estratégicamente junto a la principal ruta británica de transportes a Egipto por el mar Rojo. Mussolini ambicionaba romper la «cárcel» mediterránea en la que le habían confinado los británicos: un ataque concentrado de los italianos partiendo de Libia y del África Oriental serviría a este propósito y pondría a los ingleses en una difícil situación.

Pero en la realidad las cosas no eran tan sencillas. A pesar de las presiones de Roma, el jefe de las fuerzas italianas en Libia, mariscal Rodolfo Graziani, arguyó que sus fuerzas todavía no estaban en condiciones de enfrentarse con los ingleses; hubo que esperar hasta el 13 de septiembre de 1940 para que el Ejército atravesara finalmente la frontera egipcia, sólo para verse obligado a detenerse cuatro días después, tras haber avanzado apenas 96 kilómetros. El duque de Aosta, en el África Oriental Italiana, sentía mejores deseos de complacer a Roma pero, al revés de la de Graziani, su posición era realmente precaria. Desconectado prácticamente de todas las fuentes de suministros del exterior por el control que los británicos ejercían sobre ambas salidas del Mediterráneo, se vio forzado a confiar en unas existencias de petróleo manifiestamente insuficientes y en una alarmante escasez de repuestos. El 5 de julio, por ejemplo, se quejó de que solamente contaba con 500 neumáticos de recambio para unos 2.000 vehículos. Algunas de estas escasas reservas, además, ya se habían consumido en la única campaña por tierra llevada a cabo por los italianos: la conquista de la Somalilandia británica, en agosto de 1940. Después de esta campaña, las fuerzas del duque de Aosta sólo eran capaces de mantenerse a la defensiva, realidad ésta que Roma finalmente se vio forzada a admitir.

Un tigre de papel

Debe dejarse bien sentado, al llegar a este punto, que la culpa no la tenía la estrategia de la «guerra paralela» como tal, sino la incapacidad de Italia de llevarla a cabo sin ayuda ajena. Algunos consejeros militares de Hitler vieron las ventajas de concentrar algunas fuerzas para atacar la envidiable posición que Gran Bretaña ocupaba en el Oriente Medio, en el supuesto de que no llegara a materializarse la invasión propuesta contra las Islas Británicas, o incluso, si se producía la invasión, como una acción estratégica complementaria. Sabían sin embargo muy bien que los italianos no eran capaces de realizar nada, o muy poco, por sí solos, y por consiguiente decidieron, en otoño de 1940, enviar al Norte de África unidades blindadas. Pero principalmente por razones de prestigio, Mussolini no iba a permitírselo. «Si se meten con nosotros —dijo el jefe de la Plana Mayor de las Fuerzas Armadas, mariscal Pietro Badoglio—, nunca nos veremos libres de ellos.»

Si, en vista de la flaqueza de Italia, Mussolini fue imprudente hasta el punto de rechazar el ofrecimiento de la ayuda alemana en el Norte de África, su temeridad le impulsó a lanzarse a nuevas aventuras militares dentro de la misma Europa. Todavía, en el verano de 1940, le encontramos planeando invasiones más o menos simultáneas de Suiza, Yugoslavia y Grecia, naciones todas ellas que fueron objeto de las ambiciones italianas.

El Duce deseaba atacarlas en estos momentos en la esperanza de que todavía se levantarían voces para pedir una conferencia de paz, o, en todo caso, de que



Victoria según la propaganda italiana, incierto resultado en cuanto a la realidad militar: torpedero italiano en acción contra aviones británicos durante la cacareada batalla de Punta Stilo, el 9 de julio de 1940.

así podría contrarrestar la amenaza de una hegemonía germana en territorios que Italia consideraba vitales para su propia seguridad. No obstante, Mussolini se vio obligado a posponer sus planes para la invasión de Suiza debido a que las tropas que había destinado a esta operación eran asimismo necesarias para apoderarse de Yugoslavia, y tuvo que diferir el proyecto de invadir a esta última a causa de la oposición de sus consejeros militares. Hitler, por su parte, también deseaba tranquilidad en los Balcanes, porque el petróleo de Rumania era de vital necesidad para Alemania y porque deseaba mantener —por lo menos temporalmente— a Rusia como aliada. Intentó poner su veto a la invasión de Yugoslavia, así como se habría sin duda opuesto a la invasión de Grecia de haber dado fe a los rumores que corrían sobre esta operación; pero no lo hizo.

Los italianos entraron en Grecia, el 28 de octubre de 1940, partiendo de Albania, ocupada ya por ellos, pero los griegos pronto contuvieron a las fuerzas invasoras y las rechazaron hasta el interior del territorio albanés. En un momento



Soldados italianos, con aspecto de pordioseros, capturados por los «despreciados» griegos, quienes se mostraron humanitarios luego de sus triunfos.

determinado, a primeros de diciembre, Mussolini se vio ante la humillante perspectiva de tener que pedir un armisticio por mediación de Hitler, pero, por fortuna para él, las fuerzas italianas pudieron resistir. Poco antes, los días 11 y 12 de noviembre, una intrépida incursión de buques torpederos de la *Royal Navy* puso fuera de combate a buena parte de la flota de batalla italiana en el puerto de Tarento, y poco después, el 9 de diciembre, O'Connor lanzó en el Desierto Occidental la contraofensiva británica que había de expulsar a Graziani no sólo de Egipto sino también de Cirenaica.

Esta serie de desastres había de tener amplias repercusiones. Se produjeron grandes cambios en el seno del Alto Mando italiano, siendo uno de ellos la remoción del mariscal Badoglio como jefe de la Plana Mayor de las Fuerzas Armadas y la del almirante Domenico Cavagnari como jefe de la Plana Mayor de la Marina. Tal vez la situación no habría tenido arreglo de no haber Hitler respondido favorablemente a las tardías demandas de socorro que le dirigió su consocio en la dictadura. A fines de 1940 y comienzos de 1941, Hitler decidió, en primer lugar, ayudar a los italianos de Albania, atacando a Grecia desde Bulgaria; luego, mandar unidades de la aviación alemana a Sicilia para apoyar el ataque italiano contra la flota inglesa del Mediterráneo; en tercer lugar, trasladar fuerzas alemanas, acompañadas por unidades blindadas, a Africa del Norte para que impidieran la pérdida de Tripolitania; y, finalmente, aumentar la ayuda económica que Alemania prestaba a Italia. Tales decisiones significaban un *réquiem* entonado a la «guerra paralela» que Italia hacía por cuenta propia. A partir de principios de 1941, la Alemania nazi impuso su control a las actividades de su consocio más débil.

Así las cosas, el Eje pudo apuntarse notables éxitos durante los seis primeros meses de 1941. Gracias principalmente al general Rommel y al *Afrika Korps*, los británicos tuvieron que abandonar Libia, excepto Tobruk, a principios de abril. Grecia fue completamente dominada el mismo mes, si bien las fuerzas italianas no fueron capaces de hacer mucho más que mantener sus posiciones en Albania. A esta lista se añadió, además, una campaña adicional realizada a modo de «guerra relámpago» cuando, al finalizar marzo, Yugoslavia rechazó definitivamente los ofrecimientos del Eje de formar una alianza. Hitler decidió dar un «*smash* a Yugoslavia» y, después de una breve campaña en la que también tomaron parte fuerzas italianas, Yugoslavia firmó un armisticio el 17 de abril.

Sólo en Africa Oriental, donde Alemania no podía acudir en auxilio de Italia, el Eje salió malparado. Atacando desde Kenia, desde el Sudán y por el golfo de Adén, las fuerzas inglesas ocuparon la Somalia italiana y Eritrea, reconquistaron la Somalia británica y penetraron profundamente en Etiopía. Addis Abeba cayó el 6 de abril, y el 16 de mayo el duque de Aosta en persona se vio obligado a rendirse en Amba Alagi. En Etiopía quedaron dos concentraciones de tropas italianas —una al mando del general Gazzera, en el sudoeste, y la otra bajo el general Nasi, en el noroeste—, pero ambas fueron finalmente obligadas a rendirse.

Pero los éxitos del Eje en otras partes no eran en absoluto tan impresionantes como parecían a primera vista. Hacía tiempo que los alemanes habían abandonado el proyecto de invadir las Islas Británicas y en el Oriente Medio permanecía intacta la posición del poderío británico, a pesar de la revuelta de abril del rashid Alí en el Irak. Era cierto que el Eje intentó explotar el nacionalismo árabe contra los británicos y que el Ejército alemán había trazado un meticuloso programa, para fines de 1941 y comienzos de 1942, de lanzar ofensivas simultáneas contra Egipto por la costa norteafricana, y, por territorio turco, a través de Siria y Palestina, pero este programa no podía ponerse en marcha hasta que, en fecha no lejana, se hubiera hundido la Unión Soviética, eventualidad ésta que nunca llegó a materializarse. Las tres divisiones italianas destinadas a la invasión alemana de Rusia, en junio de 1941, habrían encontrado un destino mucho más eficaz en Africa del Norte, teatro éste que, debido a la campaña de Rusia, no gozaba de las simpatías de Hitler.

Pronto se hicieron evidentes los resultados de este punto de vista del Führer sobre el teatro norteafricano. La retirada hacia los Balçanes del grueso de las unidades aéreas alemanas que Hitler había enviado a Sicilia al finalizar 1940, redujo mucho la presión sobre Malta, la base británica situada en la principal ruta de enlace de Italia con Africa del Norte. Como consecuencia, en otoño de 1941 aumentaron extraordinariamente las pérdidas de los transportes italianos, hasta el punto de que, en noviembre de 1941, el 63 % de los cargamentos destinados a Libia y el 92 % de los cargamentos de petróleo no llegaban a su destino. Era una situación que no podía aguantarse durante mucho tiempo, y por ello el 2 de diciembre Hitler nombró al mariscal de campo Albert Kesselring comandante en jefe del Sur, puso bajo su mando todo un cuerpo de aviación y le confió la triple misión de proteger la ruta de abastecimientos entre Italia y Africa del Norte, de cooperar con las fuerzas italogermanas en Africa del Norte y de detener el tráfico enemigo por el Mediterráneo.

No mucho después de la llegada de Kesselring a Italia, la guerra, con el ataque japonés a Pearl Harbour, se transformó en un conflicto que afectó realmente a todo el globo. Mussolini, junto con Hitler, enlazó graciosamente su suerte con la del Imperio del Sol Naciente, y declaró la guerra a los Estados Unidos el 11 de diciembre de 1941. La intervención japonesa pareció ofrecer halagadoras esperanzas a las potencias del Eje. «Los almirantes japoneses nos han informado de que intentan dirigirse a la India —anotó Ciano el 7 de marzo de 1942 en su diario—. El Eje debe avanzar por el golfo Pérsico para unirse con ellos.»

Sin embargo, antes de que pudiera realizarse este proyecto había que asegurar la base italogermana de Africa del Norte. La llave para ello eran los transportes, y



la llave de los transportes era la eliminación de Malta. Kesselring se había impuesto la tarea de «neutralizar» la isla desde el aire, pero los italianos habían llegado a la conclusión de que semejante objetivo sólo se lograría con la ocupación de la base. Ya en octubre de 1941 el jefe de la Plana Mayor de las Fuerzas Armadas, general Ugo Cavallero (que sustituyó a Badoglio en diciembre de 1940), expuso al Ejército el plan de invadir la isla. A comienzos de 1942 se requirió la colaboración de otros servicios, y los alemanes accedieron a participar en la operación. En una entrevista que Hitler sostuvo con Mussolini a finales de abril, se decidió que para mediados de junio recuperarían Tobruk y avanzarían hasta la frontera egipcia, y que luego, antes de emprender otro avance en Africa del Norte, tomarían Malta.

Por desgracia para los italianos, éstos dependían de la ayuda alemana para coronar con éxito la invasión de Malta, y pronto se puso de manifiesto que Hitler no estaba entusiasmado por semejante operación. Por ello, no es sorprendente que, después de haber sido capturado Tobruk por las fuerzas italogermanas el 21 de junio, Rommel, completamente convencido de que podía estar en El Cairo al finalizar el mes, insistiera, a pesar de los planes iniciales, en que se le permitiera avanzar, como tampoco es sorprendente que Hitler presionase a Mussolini para que no se opusiese al avance. El Duce llegó a estar tan obsesionado por la perspectiva de conquistar Egipto como Hitler y Rommel, y, a pesar de las sensatas objeciones de Cavallero y Kesselring confió alegremente en las promesas del comandante de campo alemán. La invasión de Malta fue pospuesta —indefinidamente, según quedó demostrado— e incluso el Duce fue a Africa del Norte para ser testigo presencial de la caída de Egipto.

Pero Egipto no cayó. Auchinleck detuvo la ofensiva de Rommel y la iniciativa pasó a los británicos con la segunda batalla de El Alamein en octubre. Al mes siguiente los desembarcos anglonorteamericanos en el Africa del Norte francesa (Operación

Columna motorizada italiana del ejército de Graziani durante su marcha hacia Egipto, en septiembre de 1940; noventa kilómetros más allá de la frontera, Graziani, con gran disgusto de Mussolini, tuvo que detener sus fuerzas por dificultades de abastecimiento. ***Abajo:*** **sujetado Hitler por la trampa del frente oriental, Mussolini se hunde a causa del peso que no puede sacudirse (caricatura soviética).**



El 11 de noviembre, los aviones de la flota británica pusieron fuera de combate en Taranto a la mitad de los buques de guerra de Italia; en esta foto aérea aparecen dos de las naves afectadas en medio de grandes manchas de petróleo.

Torch) puso en mal terreno a las fuerzas italogermanas, y cuando éstas fueron finalmente expulsadas de Túnez, en mayo de 1943, el camino estaba despejado para proceder al asalto directo de la misma *Festung Europa* (fortaleza de Europa) a través de Italia.

¿Fue responsable Italia?

Muy avanzada la guerra, Adolf Hitler pasó revista a los resultados que había obtenido de su alianza con Italia. «Cuando juzgo objetivamente los acontecimientos —escribió—, debo admitir que mi inconmovible amistad con Italia y con el Duce puede considerarse como un craso error que cometí. De hecho, es completamente evidente que nuestra alianza con Italia ha prestado mayores servicios a nuestros enemigos que a nosotros mismos. La intervención italiana nos ha proporcionado beneficios extremadamente modestos en comparación con las numerosas dificultades que nos ha planteado. Si, a pesar de todos nuestros esfuerzos, no conseguimos ganar esta guerra, la alianza italiana será en buena parte culpable de nuestra derrota.»

Hitler sostuvo que la presencia de Italia al lado de Alemania le impidió movilizar los pueblos musulmanes en favor del Eje, «pues los italianos son, desde luego, más odiados en estas zonas del mundo que los mismos ingleses o los franceses». Desde un punto de vista más estrictamente militar, las derrotas italianas en Grecia «nos obligaron, en contra de nuestros planes, a intervenir en los Balcanes, lo cual, a su vez, nos indujo a diferir, con resultados catastróficos, nuestra ofensiva contra Rusia. Nos vimos en la necesidad de dejar en la península algunas de nuestras mejores divisiones, con el único resultado de que ocupamos vastos territorios en los cuales, a no ser por este estúpido *show*, habría sido completamente innecesaria la presencia de ninguna de nuestras tropas... ¡Si por lo menos los italianos se hubiesen mantenido al margen de esta contienda!»

Cuando se comparan tales reflexiones con los documentos reales relativos a la actuación de Italia durante la Segunda Guerra Mundial, es fácil ver sobre qué base se funda la creencia de que Italia fue el talón de Aquiles de Alemania. ¿Está justificada esta creencia? En último término, no fue la alianza italiana la que impidió a Hitler explotar el nacionalismo árabe, sino la preocupación que sentía por «Barbarroja» (la ofensiva contra Rusia). Y aun en el caso de que las campañas alemanas en Grecia y Yugoslavia hubiesen impedido iniciar esta operación unas cuantas semanas antes —lo que es muy improbable—, ¿habría alterado ello radicalmente el resultado final? En cuanto a la suposición de que las tropas alemanas estaban entretenidas en los Balcanes, hay que observar que las que allí había sumaban, en junio de 1941, siete divisiones, mientras que las que estaban concentradas para la operación «Barbarroja» eran 153. Resulta por consiguiente difícil admitir que las divisiones de los Balcanes hubiesen alterado sustancialmente el equilibrio de las fuerzas en el frente oriental.

El apoyo que Hitler prestó a Mussolini no contribuyó tanto a que perdiera la Segunda Guerra Mundial como el no haberle dado una ayuda adecuada, concediendo al Mediterráneo una importancia mayor en sus planes estratégicos. El Oriente Medio era de gran importancia estratégica para el Imperio Británico, y de haber destinado los alemanes a estas zonas algunas unidades más, les habría proporcionado recompensas mucho más sustanciosas. Tal como se desarrollaron las cosas, el peso principal de las operaciones del Eje en el Mediterráneo recayó sobre los italianos, y éstos eran completamente incapaces de soportarlo. A pesar de los brillantes éxitos de Rommel, la dura realidad estaba, a finales de 1942, a la vista de todo el mundo, y Mussolini podía recordar las palabras de Maquiavelo: «Cualquiera puede empezar una guerra cuando le parece, pero no puede terminarla cuando desea hacerlo.»

Geoffrey Warner



La Francia de Vichy

Vichy es un nombre sobre el que todavía pesa un estigma, pues recuerda al régimen que colaboró con los alemanes. A pesar de todo, ¿hasta qué punto sus dirigentes traicionaron al país? ¿Hasta qué punto podían seguir manteniendo la posición que Francia ocupaba en el conjunto de naciones europeas?

Sólo dos semanas después de empezar la ofensiva alemana contra el Oeste, en 1940, Francia ya estaba pensando en un armisticio. La conveniencia de pedirlo se discutió por primera vez en una reunión del *Comité de Guerre*, el 25 de mayo. El 11 de junio, el primer ministro francés, Paul Reynaud, dijo a Churchill que el vicepresidente Pétain se mostraba partidario de un armisticio, y el 12 de junio el comandante en jefe, Weygand, manifestó al Gobierno francés que era preciso pedir el cese de las hostilidades. En cuanto el Gobierno se hubo trasladado a Burdeos, Pierre Laval, el exprimer ministro, al frente de algunos diputados y senadores, hizo presión para que se concertara un armisticio. El comandante en jefe de la Marina, almirante Darlan, y algunos ministros se adhirieron a la idea. Finalmente, el 16 de junio, después de ser rechazada la propuesta de una unión francobritánica y ante la amenaza de la dimisión de Pétain, el propio Reynaud dimitió. Pétain formó acto seguido un gobierno y se pidió al embajador español en París que «transmitiera a Alemania, con la mayor brevedad posible, la petición de que cesaran las hostilidades».

Naturalmente, estos acontecimientos dieron origen a buen número de especulaciones y controversias. Se ha sugerido que Pétain y sus asociados mantenían desde antiguo contactos con los alemanes, así como que nunca habían tenido una auténtica voluntad de ganar la guerra, y que prefirieron rendirse antes que entregar el poder a un Gobierno izquierdista, pero lo más probable es que fueran muy pesimistas respecto al resultado final de la contienda. Es también casi seguro que durante el mes de junio de 1940 no faltaron las intrigas dentro del Gobierno. Había el convencimiento de que el fracaso militar era debido al ineficaz sistema democrático y es indudable también que Weygand no dejó de insistir en que quien había de rendirse no era el Ejército sino la República.

Una muchacha francesa contempla la Torre Eiffel junto a un soldado alemán (julio de 1940). Los posibles reflejos populares de la colaboración oficial no solieron pasar de una general pasividad frente al invasor.

Pero, cualesquiera que fuesen las razones de Pétain, nadie ha puesto nunca en duda que los franceses, en una abrumadora mayoría, encontraron que el armisticio era al fin y al cabo una solución necesaria. Reynaud contaba en el gobierno con una mayoría de elementos partidarios de continuar la guerra, pero no estaba en condiciones de destituir a personalidades tan prestigiosas como Pétain y Weygand. El creer, en aquellos momentos, que los ingleses podrían oponerse a la acometida alemana parecía el colmo de la locura. Y como quiera que todo el mundo opinaba que Inglaterra nunca se había tomado la guerra en serio y había dejado a Francia en la estacada con la evacuación realizada en Dunkerque, el atender a las súplicas británicas de continuar luchando constituía una locura completamente desprovista de patriotismo.

El armisticio fue firmado el 22 de junio de 1940, y en él se estipulaba que los alemanes ocuparían la parte norte de Francia, junto con París, y toda la costa del Atlántico. Un Gobierno francés sería responsable de la administración de todo el país, cooperaría con las fuerzas alemanas en la zona ocupada y sufragaría los gastos de sostenimiento de las tropas alemanas. Todas las fuerzas francesas serían desmovilizadas y la flota francesa seguiría en el puerto de Tolón; el Imperio Francés permanecía intacto.

Sin duda el hecho principal que se desprendía de los términos del armisticio era el de que continuaría existiendo un Gobierno francés y Francia podría representar cierto papel en la nueva Europa. Se decidió que, para marcar este nuevo período de la historia francesa, se llevaría a cabo una profunda revisión constitucional, por la cual el régimen parlamentario sería sustituido por un gobierno autoritario presidido por el mariscal Pétain. Para muchos, esto era ideológicamente necesario, pues, dejando aparte el amargo sabor de la derrota, deseaban que Francia encontrase estabilidad mediante una organización jerárquica que pusiera de relieve las más nobles tradiciones

1



francesas. Francia debería ajustar sus instituciones al «nuevo orden» y tenía que contar con una fuerte dirección. Para otros, constituía una necesidad práctica desembarazarse de la Cámara de Diputados que había sido elegida en 1936 y que había producido los gobiernos del Frente Popular. Laval, que era miembro del gobierno de Pétain desde el 23 de junio, estaba particularmente interesado en construir un sistema que le permitiera dirigir sin interferencias la política exterior francesa. Las dos Cámaras, en una sesión conjunta celebrada el 10 de julio de 1940, votaron plenos poderes legislativos y constitucionales para el mariscal Pétain.

Es peligroso generalizar sobre el Gobierno que se instaló en Vichy. No era en modo alguno un Gobierno monolítico, pues presentaba toda la diversidad y complejidad que se descubren normalmente en la vida política francesa, aunque muchos de sus componentes estaban de acuerdo en numerosos puntos. Todos, en diversa medida, eran patriotas: esperaban defender los intereses de Francia y algunos de ellos incluso creían ser capaces de ganar por la mano a los alemanes. Eran también, en distintos grados, e incluso hasta el extremo, anticomunistas. Todos estaban profundamente resentidos con Inglaterra, y su antipatía llegó a ser especialmente violenta cuando el 3 de julio los ingleses hundieron algunas unidades de la Marina francesa en Mers-el-Kebir, en la suposición de que irían a parar a manos de los alemanes. Admiraban y respetaban al mariscal, aunque no todos eran partidarios de que se instaurase hacia su persona un culto casi religioso.

2



1 Miembros del Gobierno de Vichy, en julio de 1940; entre ellos figuran Pétain (primero de la izquierda), Darlan (en el centro, a la izquierda) y Laval (último de la derecha). 2 Los judíos parisienses entregan sus receptores de radio (septiembre 1941). 3 Exprisioneros de guerra franceses despiden a compatriotas suyos que parten para Alemania tras su alistamiento como trabajadores; 650.000 franceses trabajaban en Alemania en agosto de 1943, en parte como compensación por la liberación de exprisioneros de guerra. 4 La línea de demarcación entre la Francia ocupada y la gobernada por Vichy, en Moulins. 5 Uno de los buques de guerra franceses hundidos en Tolón por sus propias tripulaciones, ante el temor de que los alemanes se apoderaran de ellos cuando ocuparon también la Francia de Vichy, tras la invasión aliada del África septentrional (noviembre de 1942).

«Trabajo, familia, patria»

Pero era en el terreno de la política práctica donde más se acusaban las diferencias. Cabe distinguir en Vichy dos amplios frentes: uno, filosófico; otro, oportunista. El principal inspirador del primero era Charles Maurras; el principal exponente del segundo, Pierre Laval. La primera escuela intentó eliminar todas las reliquias de la Tercera República: el título de *Republique Française* fue sustituido por el de *État Français* y el viejo lema de *Liberté, Egalité, Fraternité* se convirtió en *Travail, Famille, Patrie.* Se estableció en Riom un tribunal supremo que debía juzgar a los antiguos dirigentes, entre ellos los exprimeros ministros Léon Blum y Edouard Daladier. (De hecho, las pruebas presentadas dejaban en tan mal terreno a Pétain y al Alto Mando, que la causa no prosperó y el juicio nunca llegó

3





4

5

a celebrarse.) Fueron despedidos millares de empleados civiles y funcionarios municipales. Todo el mundo estaba convencido de que finalmente había llegado la hora de la contrarrevolución. Laval era el típico político de la Tercera República. Con sus orígenes socialistas, su indudable talento para la negociación y el compromiso y sus manifiestas ambiciones personales, no parecía probable que bajo su dirección y la de sus asociados pudiera producirse en Francia un cambio radical. Ellos sacarían el mejor partido posible de la situación y se saldrían de las dificultades como mejor entendieran.

El mariscal Pétain era el líder porque pertenecía a ambos grupos. Por una parte, creía que Francia necesitaba un nuevo orden. No era partidario del sistema de elecciones y en su opinión el gobierno debía ser autoritario. Intentó proveer a Francia de un sistema corporativo por el cual se integrarían en una comunidad orgánica los distintos grupos que constituían la nación. Pero al mismo tiempo era un sagaz y astuto político, que deseaba ante todo no verse atado de manos. Estaba determinado a no dejarse influir por nadie en particular. Por consiguiente, se mantuvo en contacto con varios individuos y distintos movimientos, y explotó su edad (había nacido en 1856), su sordera y su falta de memoria para dejar en la incertidumbre a las personas que deseaban de él una decisión inmediata.

Apoyaban a Pétain los elementos tradicionalmente derechistas: los católicos —que consideraban a la Tercera República anticlerical—, los militares, los comerciantes y los grupos y ligas antiparlamentarios. En general, el campesinado apoyaba a Vichy, que ensalzaba los valores rurales. También había un importante grupo de tecnócratas, financieros y funcionarios civiles que estaban convencidos de que la nueva administración les proporcionaría la oportunidad de introducir reformas perentorias dentro del país. Tales fueron los grupos que prestaron, por lo menos al principio, el más decidido apoyo al régimen. En cuanto a la gran masa del pueblo francés, deseaba con ansia ver en qué terminaba la gestión del nuevo Gobierno.

El primer período de Vichy abarca desde el 10 de julio al 13 de diciembre de 1940. Fue el período Pétain-Laval, y empezó al ser nombrado Pétain «Jefe de Estado» y, por consiguiente, al ser suprimido el cargo de presidente. Albert Lebrun, presidente de la Tercera República, tuvo que dimitir, y Pierre Laval se convirtió en primer ministro y al mismo tiempo en sucesor oficial de Pétain. El nuevo Gobierno promulgó una serie de decretos que pretendían instaurar una especie de normalidad en una Francia llena de refugiados y de incertidumbre económica. Más trascendentales fueron las leyes de agosto y noviembre de 1940 por las cuales eran disueltos los sindicatos y las organizaciones patronales. Se empezó a redactar un código del trabajo que debía definir la naturaleza de las relaciones entre patronos y obreros. También se establecieron en 1940 comités de organización (para patronos) y una asociación de campesinos, al tiempo que varias leyes daban fe de la creciente preocupación del Gobierno por los jóvenes. Se tomaron medidas represivas contra los nacidos en el extranjero y el 18 de octubre de 1940 se dictó un estatuto especialmente duro para los judíos.

Estas medidas eran principalmente obra de Raphäel Alibert. Sin embargo, se puso gran atención a la política exterior del Gobierno, en la cual intervino particularmente Laval. El Gobierno de Vichy hallaba principalmente justificación en el hecho de que, por su mera existencia, estaba en condiciones de mejorar la posición que Francia ocupaba en Europa y hacer menos sensibles para el pueblo francés los efectos de la derrota. Pero la primera experiencia no pareció confirmar esta suposición. En agosto, se nombraron dos *Gauleiter* (jefe de distrito) para Alsacia y Lorena, y estas provincias fueron tratadas como si estuvieran anexionadas a Alemania. En el mismo mes los costos de ocupación que debían ser pagados por el Gobierno francés se fijaron en cantidades extremadamente elevadas. En tales circunstancias, tanto Pétain como Laval procuraron ponerse en contacto con los altos jefes alemanes. Hacia fines de agosto, Pétain hizo gestiones para que Hitler le concediera una entrevista; pero Laval, después de varias tentativas (ni Pétain ni Laval se comunicaron mutuamente las gestiones que llevaban a cabo), pudo inesperadamente entrevistarse con el Führer en Montoire, el 22 de octubre. Hitler, que se dirigía a visitar a Franco, sostuvo con Laval una cordial conversación sobre las posibilidades de colaboración francogermana y convino en que hablaría con Pétain el día 24, a su regreso de España.

Límites de la colaboración

La entrevista de Pétain ha suscitado numerosos comentarios. Pétain no se dejó seducir por la idea de que Francia se uniese a la guerra contra Gran Bretaña, y se limitó a hacer protestas de buena voluntad para con los alemanes a cambio de algunas concesiones. Los subsiguientes acontecimientos demostraron que existía una absoluta falta de compenetración entre Pétain y Laval. Aunque Pétain habló en un discurso de la necesidad de la «colaboración» con los alemanes, probablemente sólo quería significar una especie de convenio laboral. Pero Laval, interpretando la «colaboración» de un modo más ambicioso, inició una serie de negociaciones con los alemanes con el fin de congraciarse su favor. ¿Cuáles fueron los resultados? Lejos de conseguir nuevas concesiones, se vio el fracaso de su política de acercamiento en el trato dispensado por los alemanes a las provincias de Alsacia y Lorena. En tales circunstancias, circuló el rumor de que Laval había intentado apoderarse de Pétain para asumir personalmente el mando del Gobierno. Lo cierto es que, el 13 de diciembre, Pétain, después de exponer sus planes con el secreto con que acostumbraba a hacerlo, destituyó y encarceló a Laval: de esta forma se libraba de un peligroso rival y conservaba el puesto. Pétain puso también un límite a la colaboración: no quiso que Francia se entregase a Alemania o colaborase con ella demasiado activamente. Había hecho promesas secretas al Gobierno británico y procuró estar en contacto con él: no quería verse coaccionado.

En el segundo período de Vichy el puesto de Laval fue ocupado por el almirante Darlan. Nacido en 1881, Darlan podía vanagloriarse de ser el creador de la flota que Francia poseía antes de la Segunda Guerra. Hombre flemático y obstinado, no tenía simpatías por los británicos y sabía perfectamente cuán necesario le era a Francia conservar su flota. Sobremanera ambicioso, en el verano de 1940 se mostró excesivamente obsequioso para con los alemanes, facilitándoles información sobre Gibraltar, en la esperanza de merecer su confianza. Al asumir el poder bajo Pétain, en diciembre de 1940, procuró congraciarse el favor de Hitler y de otros jefes alemanes e italianos.

Fue en mayo de 1941 cuando Darlan creyó llegada la ocasión de impresionar favorablemente a los alemanes: una rebelión antibritánica en el Irak dio a los franceses la oportunidad de brindarles sus aeropuertos de Siria (el único resultado fue, sin embargo, la invasión de Siria). Pero la tentativa de mejorar las relaciones era unilateral: al finalizar 1941, Pétain pudo mostrar a Goering un



Propaganda antibritánica posterior al ataque llevado a cabo contra la escuadra francesa fondeada en Mers-el-Kebir, el 3 de julio de 1940. *Abajo:* cartel antibolchevique editado en la Francia de Vichy; presenta a los miembros de la resistencia como sicarios del comunismo.



impresionante *dossier* de promesas alemanas que no se habían cumplido. Goering no se inmutó: preguntó, simplemente, quién había ganado la guerra. Era evidente que, puesto que la política de Darlan había fracasado, se imponía otro cambio en el Gobierno. Algunos alemanes deseaban la vuelta de Laval al poder, y entre los franceses se discutían las ventajas que ello podría reportar.

El 18 de abril de 1942 Laval ocupó nuevamente la jefatura del Gobierno, mientras Darlan continuaba como jefe de las Fuerzas Armadas. En este tercer período de Vichy se produjo un importante cambio constitucional. El hecho de que Laval pudiera ser de nuevo primer ministro, constituía una afrenta para el viejo mariscal; sin embargo, el 14 de abril quedó fuera de dudas que tanto los asuntos interiores como exteriores estaban en manos de Laval. Para éste, lo importante era la política exterior. Mientras Darlan, rodeado de técnicos que creían en la «revolución nacional», procuraba con todas sus fuerzas que los alemanes e italianos comprendieran que era el Gobierno francés quien debía remediar los infortunios internos de Francia, Laval no cesaba de proclamar que Francia era indispensable para cualquier posterior estructuración de Europa. A pesar de toda su lógica, Laval no pudo lograr que los alemanes lo comprendieran así y, para que pudiera continuar un diálogo francoalemán, se vio obligado a hacer cada vez mayor número de concesiones. En junio sugirió la conveniencia de que obreros franceses fueran como voluntarios a trabajar a Alemania, a lo que corresponderían los alemanes libertando los prisioneros de guerra. En la misma alocución declaró: «Deseo la victoria de Alemania, porque sin ella el bolchevismo se implantará en todas partes.»

En Francia crecía la hostilidad contra Laval. El movimiento de la resistencia pasó inadvertido cuando Laval estuvo en el poder en 1940, pero en 1942 se multiplicaron las acciones violentas contra los invasores. Los obreros franceses no respondieron con demasiado entusiasmo a la invitación de ir a trabajar a Alemania, y en agosto de 1942 fue decretado un servicio de trabajo obligatorio para todas las regiones ocupadas. Anteriormente, los alemanes habían decidido deportar a todos los judíos que se encontraran en Francia; Laval trató de regatear, pero en sus negociaciones no logró salirse del marco legal y no se opuso a la legislación vigente; por consiguiente, demostró que estaba conforme con ella. Numerosos católicos, y especialmente los jóvenes, empezaron a simpatizar con los movimientos de la resistencia y del general De Gaulle: se derrumbaban los cimientos del régimen. Sin embargo, en París un grupo de colaboracionistas todavía más radicales, dirigidos por Déat y Doriot, estaba buscando el modo de provocar la caída de Laval.

El desembarco de fuerzas anglonorteamericanas en la costa de Marruecos y Argelia, el 8 de noviembre de 1942, marca la gran línea divisoria de la historia de Vichy. Hay suficientes motivos para creer que algunos de los oficiales que rodeaban a Pétain estaban sobre aviso de lo que iba a ocurrir y posiblemente habían intentado persuadir al mariscal de que se trasladara a África del Norte. Pero Pétain no sólo rehusó sino que inmediatamente elevó una protesta a Roosevelt por esta violación del territorio francés. Por supuesto, la fértil imaginación de Laval vio en ello una nueva oportunidad para el regateo: los franceses resistirían a los norteamericanos y los alemanes garantizarían la integridad territorial de Francia.

Fue una pura casualidad la de que el almirante Darlan visitase a su hijo (que estaba enfermo) en Argelia, en tiempo de la invasión. El 10 de noviembre se rindió a los norteamericanos, privando, por lo tanto, a Laval de la posibilidad de llevar a cabo sus negociaciones. Más tarde, aquella misma noche, Hitler dio orden de que fuera ocupado militarmente todo el territorio francés. La zona de Vichy fue invadida fácilmente por las fuerzas mecanizadas alemanas y seis divisiones de infantería italianas. El 27 de noviembre fue barrenada la flota francesa en Tolón para impedir que cayera en manos del Eje.

Es motivo de discusión el hecho de si Pétain, mientras oficialmente protestaba contra la rendición de Darlan, no la alentaba en secreto. Lo cierto es que, a partir de entonces, Vichy no fue más que un satélite de los alemanes. Casi había desaparecido el idealismo y apenas existía la esperanza. Sin embargo, Laval fue fiel a sus cálculos: los alemanes no podrían ganar la guerra sin la cooperación francesa y, en el caso de que la perdieran, los norteamericanos deberían contar siempre con un Gobierno francés.

Pétain desperdició una gran oportunidad. El general De Gaulle había de decir más tarde que no comprendía por qué razones Pétain no se había decidido a pasar a Argelia. «Si hubiera ido —fueron sus palabras—, habría vuelto a París montado en un caballo blanco.»

Douglas Johnson

Churchill, una voz en el desierto

Al estallar la guerra, en 1939, Churchill era un solitario y desacreditado político de sesenta y cinco años. Cuando sólo unos pocos sospechaban que sus mejores momentos todavía no habían llegado, surgió la necesidad de un dirigente que no se dejase arrastrar por la marcha de los acontecimientos.

Cartel de 1920 que muestra a Churchill rodeado de «trofeos»: «Sale a cazar leones, pero vuelve a casa con gatos viejos.»
***Abajo*. Cartel británico de 1939: Churchill y Eden se manifiestan en favor de una alianza con la Unión Soviética frente a la posibilidad de una agresión alemana: «El oso, únicamente el oso, nada más que el oso.»**





Cuando Churchill fue nombrado primer ministro el 10 de mayo de 1940, precisamente la misma fecha en que Hitler invadía Francia, Holanda y Bélgica, el pueblo británico experimentó un gran alivio. No les ocurrió, en cambio, lo mismo a los políticos. Mientras el hombre de la calle veía en Churchill a la persona enérgica y dinámica capaz de evitar la catástrofe, la mayoría de los políticos se sentía invadida por el temor. El propio Chamberlain hubiera preferido que lord Halifax, su ministro de Asuntos Exteriores, le sucediera en el cargo de primer ministro. Y este punto de vista era ampliamente compartido.

Halifax era considerado por la Corona y la mayoría de políticos respetables como el personaje ideal: un aristócrata discreto, pacífico y distante; por otra parte, gozaba de gran estima entre los miembros del Partido Conservador. Por el contrario, se consideraba a Churchill como una persona en la que no se podía confiar y que políticamente era sospechosa. Churchill logró el puesto porque el Partido Laborista se negó a colaborar con lord Halifax y porque el propio Halifax se sentía incómodo ante la perspectiva de tener que enfrentarse con una responsabilidad de este tipo. La opinión que de Churchill tenía Chamberlain, después de nueve meses de colaborar activamente con él en tiempo de guerra, fue decisiva. Y en las altas esferas del Partido Conservador una minoría nunca aceptó de buen grado a Churchill y, durante la guerra, nunca cesó de obstaculizar su labor.

El camino solitario

Churchill se había iniciado en la vida política británica en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial. Desde los inicios, sus actividades provocaron encontradas reacciones. Al estallar la guerra, en 1939, era un hombre aislado y desacreditado, de sesenta y cinco años. La rápida transformación de este hombre, en el período de un año, no sólo en el máximo estratega de la guerra sino en un héroe nacional, no debe hacernos perder de vista los hechos fundamentales de su vida política. Durante más de cuarenta años Churchill anduvo por un camino solitario. Durante este tiempo, aunque ocupó altos cargos y fue miembro de los gabinetes de cuatro primeros ministros, nunca se ganó la confianza y la aceptación de ningún partido político.

Cuatro años después de haber entrado en el Parlamento, en 1900 abandonó el Partido Conservador y criticó duramente la política de este partido. Incluso cuando en 1924 volvió a las filas del Partido Conservador y fue nombrado canciller del Exchequer, para la mayoría de conservadores siguió siendo una persona odiada, pues introdujo una legislación social que sus correligionarios consideraban de marcada orientación socialista. En 1909, como ministro liberal, Churchill había denunciado «el ilógico abismo que separaba a los ricos de los pobres...», y los conservadores difícilmente podían olvidar unos ataques tan directos a sus propios principios.

Pero no era únicamente el Partido Conservador el que desconfiaba tan abiertamente de Churchill. Los mismos liberales, cuyos ideales él había defendido hábilmente y cuya política social él había mejorado, desconfiaban igualmente de ese «renegado» del Partido Conservador, de ese abogado de la igualdad a pesar de su ascendencia aristocrática, de este enérgico enigma que atacaba a sus colegas con grandes argumentos, preguntas y molestos memoriales sobre cualquier tema. Los liberales eran partidarios fervientes de las reformas sociales, pero muchos empezaron a dudar cuando vieron que Churchill era su campeón. Incluso el primer ministro liberal, H. A. Asquith, consideraba con prevención la energía excesiva desplegada por Churchill y temía que sus actividades no encerrasen segundas intenciones. Así lo dejó escrito, durante los primeros meses de la Primera Guerra Mundial: «Lástima que Winston no tenga un mejor sentido de la proporción y un más amplio fundamento de su sentido de lealtad... Siento mucha simpatía por él, pero su futuro me inspira una gran desconfianza...» A pesar de que

Cartel publicado por el Ministerio de Información británico tras el nombramiento de Churchill para el cargo de primer ministro: «Todos juntos, adelante.»


"LET US
GO FORWARD
TOGETHER"





Churchill había luchado intensamente para el gobierno liberal entre 1906 y 1915, el veredicto de Asquith fue también el del partido: Churchill no inspiraba confianza. Del mismo modo que los archivos de Lloyd George conservan gran número de cartas, fechadas en 1916, de conservadores contrarios a la entrada de Churchill en la coalición de Lloyd George, así también el archivo de Asquith en 1915 está lleno de censuras de sus colegas liberales.

Aparentemente, no era menor la prevención con que lo miraba el Partido Laborista. Al decir de los laboristas, Churchill era el responsable de todas las medidas hostiles tomadas contra el partido. Había fusilado trabajadores en Tonypand en 1910 y había reprimido con carros blindados la huelga general de 1926. La investigación histórica ha demostrado la falsedad de ambas imputaciones. En Tonypand, Churchill desempeñó un papel de contención y enfureció a los conservadores cuando en la Cámara de los Comunes afirmó que «un objetivo fundamental de la política era evitar un choque entre el Ejército y las personas comprometidas en una acción de reivindicación.» La historia de 1926 es más compleja y más favorable para Churchill. Churchill deseaba dar a los mineros un sueldo decente y nunca se mostró contrario a la reforma social. Cuando fue ministro liberal, antes de la Primera Guerra Mundial, y cuando fue canciller del Exchequer conservador, entre 1924 y 1929, dio muestras de que sus simpatías estaban de parte de los desposeídos: la legislación que hizo aprobar por la Cámara de los Comunes mejoraba en muchos puntos las condiciones de vida de los proletarios. Como político, tanto en la administración liberal como en la conservadora, atacó, naturalmente, a la oposición laborista. Ningún político que se precie puede dar un solo día de tregua a la oposición.

Durante la época en que no cesaba de hacer advertencias sobre las verdaderas intenciones de Hitler, sus más fervientes partidarios se contaban entre los laboristas. Pero, como ha escrito Emanuel Shinwell, destacado político laborista: «Nadie, en los años veinte, despertaba tanta antipatía en los círculos laboristas como Churchill. Cuando un orador laborista se encontraba sin argumentos de que echar mano, sólo tenía que decir: "¡Abajo Winston Churchill!", y ello bastaba para arrancar del auditorio salvas de aplausos.» Sin embargo, Shinwell descubrió también sus virtudes: «A mí me parecía que sus argumentos eran fácilmente rebatibles, pero la forma, el orden y la contundencia con que los exponía lo hacían descollar entre sus compañeros, la mayoría de los cuales eran unos enanos políticos a su lado.»

El comentario de Shinwell nos proporciona la clave para comprender la carrera de Churchill. A nadie le gusta verse eclipsado, y nada molesta más a los talentos mediocres que la simple presencia de una persona realmente competente. Los «enanos políticos» sentían antipatía por Churchill porque daba muestras de tener un talento político superior y no porque su política fuese mala.

Churchill cometió muchos errores políticos, algunos de ellos muy serios. Su intento de movilizar la opinión pública británica contra la Rusia soviética en 1919 era muy inoportuno. Su oposición a la independencia de la Unión India en 1930 fue muy mal juzgada. Siempre se daba por supuesto que detrás de todas las propuestas o explicaciones de Churchill se escondían los más siniestros designios.

Alcanzó gran prominencia política en plena juventud, antes de llegar a los treinta años y esta precocidad era difícil de perdonar. En los siguientes treinta y cinco años de su vida, sufrió ataques a cuenta de sus primerizas actividades. De temperamento enérgico y activo, nunca intentó enmascarar sus sentimientos y opiniones, y ello le granjeaba cada año nuevos enemigos. Hacia 1930 ni los conservadores, ni los laboristas, ni los liberales confiaban en él y todo el mundo consideraba que sus días de actividad habían pasado definitivamente. En 1931, un joven parlamentario laborista, el escritor e historiador Harold Nicolson, dijo: «¿Cómo puede un hombre tan versátil y brillante evitar que sea considerado voluble y malicioso?» Pero Nicolson dijo también proféticamente: «Es un hombre que defiende empresas desesperadas, pero cuando el porvenir de Gran Bretaña se convierta en una empresa desesperada entonces Churchill será elevado de nuevo a los altos puestos directivos del país.»

Izquierda: **Churchill, cautivo de guerra en un campo de prisioneros de Pretoria (1899); su audaz evasión lo hizo famoso entre sus compatriotas.** *Derecha:* **el secretario del Foreign Office, lord Halifax, fotografiado en marzo de 1938 con Churchill, quien por aquel entonces trataba en vano de lograr que el Gobierno abandonara la política de apaciguamiento.**

La voz en el desierto

En 1931 la mayoría de los británicos consideraban la profecía de Nicolson como absolutamente desfasada. Por estas mis-


1
2
3
4

mas fechas se creó un Gobierno nacional que debía regir los destinos de Gran Bretaña hasta 1940 y del cual fue excluido Churchill: su oposición a la independencia de la India le había convertido en un paria para la mayoría de los conservadores.

El primero de noviembre de 1934, en un discurso pronunciado en su distrito electoral y en el que se manifestó contrario a la autonomía de la India, Churchill habló también del tema de las defensas de Gran Bretaña. «Alemania —dijo— está procediendo secretamente a su rearme a gran velocidad y de una forma totalmente ilegal.» Éste era otro de los temas sobre el cual Churchill discrepaba de su partido. El Gobierno esperaba poder evitar la guerra mediante progresivas concesiones, y cuando Churchill dedicó todo su ingenio a criticar la política exterior del país, todavía fue considerado con mayor hostilidad.

Sus detractores le acusaban de querer la guerra con Alemania. Esta afirmación no era exacta: cuando Hitler intentó escalar el poder en Alemania y amenazó al Gobierno democrático de su país, Churchill insistió en la necesidad de obtener buenos armamentos no para provocar la guerra sino para intentar detener a un potencial agresor.

El 14 de marzo de 1933 propuso la creación de una fuerza aérea adecuada para defender a la población civil, y nueve días más tarde pidió al Gobierno que no forzara a Francia a desarmarse cuando Alemania estaba procediendo a un rearme intensivo.

Churchill no consideraba el rearme de Gran Bretaña como la única respuesta a las necesidades de su país. El 13 de julio de 1934 pidió a la Cámara de los Comunes que apoyara a la Sociedad de las Naciones y que solicitara la aplicación de las sanciones previstas, para los casos de necesidad, en la Carta de la Sociedad: «... la Sociedad de las Naciones debiera ser el gran instrumento de aglutinación de todos los que desean la paz... No veo mejor manera de evitar la guerra que enfrentar al agresor con la perspectiva de una gran concentración de fuerzas, morales y materiales».

Mucha gente interpretó las palabras de Churchill como un llamamiento a la guerra. Pero, contrariamente a la creencia popular, Churchill, que conocía los horrores de la guerra, estaba convencido de que ésta representaba el fracaso de la civilización. En noviembre de 1934 declaró: «Pedir urgentemente que nos preparemos para la defensa no es lo mismo que anunciar la inminencia de la guerra. Por el contrario, si la guerra fuese inminente sería ya demasiado tarde para prepararnos para la defensa.» Los llamamientos de Churchill no fueron escuchados. Baldwin y sus colegas argumentaron que el país era eminentemente pacifista, que el rearme sería un grave error político y que ellos debían seguir los dictados de la opinión pública. El 22 de mayo de 1935 Churchill replicó a este punto de vista con las siguientes palabras: «Me han dicho que la razón que alega el Gobierno para no proceder al rearme es la de que así actuaría contra la opinión pública. Confío en que nunca aceptaremos una tal razón. El Gobierno ha tenido el control de grandes mayorías en ambas Cámaras del Parlamento. Si el Gobierno hubiese sometido a votación un programa para la defensa del país, habría obtenido con seguridad una aplastante mayoría.»

El 16 de marzo de 1935 el Gobierno alemán instauró el sistema de levas y siete meses después abría nuevamente la Academia Militar. A fines de año se habían creado diez cuerpos de ejército. El 7 de marzo de 1936 Hitler mandó tropas a ocupar la zona desmilitarizada a orillas del Rin. «Éste es el momento de mostrarnos generosos con Alemania», dijo el *Times*. «Éste es el momento de insistir en la seguridad pública —replicó Churchill—. No andemos revoloteando como mariposas alrededor de unas fuerzas con las que no podemos competir. Negociemos desde una posición de fuerza y no de debilidad, de unidad y no de división y aislamiento.»

Una ligera alarma sacudió el banco presidencial. Baldwin acabó por creer en la necesidad de crear un nuevo ministro que coordinase las actividades de los distintos departamentos relacionados con la defensa. El nombre de Churchill aparecía en los periódicos y era citado en los bares como el más probable candidato. Pero Baldwin temía la presencia de un hombre tan enérgico en la mesa ministerial. Sus colegas, que continuaban siendo partidarios de la política de apaciguamiento, no querían creer que la guerra fuese inevitable o que la única manera de evitarla fuese mediante el rearme intenso y la búsqueda de poderosos aliados. El puesto fue otorgado a sir Thomas Inskip, una persona de escasa energía y dinamismo, y Churchill continuó viviendo en el desierto.

Pero la soledad tenía sus ventajas. Churchill podía hablar sin el temor de ofender susceptibilidades, y dedicaba gran parte de su tiempo a escribir una voluminosa historia sobre el duque de Marlborough, que había intentado destruir el poder de Francia mediante una Gran Alianza en la que estuvieran comprendidas todas las potencias amenazadas por este país. Churchill vio claramente que una alianza similar podría ahora detener e incluso derrotar a Alemania.

La vista puesta en el peligro alemán

Pero el trabajo en solitario no era una compensación para la soledad personal y política de Churchill. En los corrillos se rumoreaba que estaba enfermo y perdía su poder de concentración. A sus sesenta y dos años algunos de sus amigos esperaban, y sus enemigos deseaban, que se retirase de la vida pública. Sin embargo, nunca desfalleció en su deseo de servir al país, y nunca se dejó abrumar, para utilizar su frase favorita, «por el peso de los acontecimientos». Churchill estaba siempre pendiente del peligro alemán y nunca se cansaba de criticar la negligencia del Gobierno. Decía el 21 de mayo de 1936, dirigiéndose a la Cámara de los Comunes: «Se nos dice que no debemos interferir el curso normal del comercio y que no debemos alarmar a los acomodaticios electores y al público en general. ¡Qué débiles e insignificantes nos parecerán estos argumentos si dentro de uno o dos años nos vemos atrapados en la opulencia, la riqueza y la libertad, pero completamente indefensos!»

En marzo de 1938 Hitler anexionó Austria. El avance conquistador del nazismo había empezado. Por un momento pareció que, al darse cuenta mucha gente de que Churchill no estaba desacertado en sus advertencias, su fortuna mejoraría y se le pediría consejo desde dentro del Gobierno. Pero Chamberlain, que había sucedido a Baldwin como primer ministro, seguía confiando en anular las ambiciones alemanas mediante concesiones. Dudaba de la utilidad de los preparativos de guerra que se anunciaban demasiado abiertamente. El 20 de marzo de 1938 escribió a su hermana: «El plan para la "Gran Alianza", como Winston la llama... es una

1 Diciembre de 1915: Churchill, ya fuera del Gobierno, visita un puesto de mando francés. 2 Churchill en Jerusalén (1921), como secretario de Colonias; junto a él, su esposa, y en el lado opuesto, de uniforme, el emir Abdullah. 3 Día del Presupuesto, 1928: Churchill, canciller del Exchequer (ministro de Hacienda), se dirige a la Cámara de los Comunes con su hermana Diana y su secretario. 4 Fotografía de 1919: Churchill, entonces ministro de la Guerra, visita las fuerzas británicas de ocupación en Alemania.



Primer ministro por fin, Churchill visita las defensas costeras de Dover, a menos de cuarenta kilómetros de la Francia ocupada y al alcance de los cañones alemanes.

idea muy atractiva... hasta que empiezas a preguntarte cómo llevarla a la práctica. A partir de este momento, desaparece todo su atractivo. Sólo con mirar el mapa te darás cuenta de que nada de lo que hiciésemos, tanto Francia como nosotros, podría salvar a Checoslovaquia de la invasión si Alemania se lo propusiera. Por ello he abandonado toda idea de dar garantías a Checoslovaquia o a Francia en relación con sus obligaciones hacia aquel país.»

A pesar de la lógica de sus argumentos y las crecientes tensiones en Europa, Churchill seguía aislado. Cuando en febrero de 1938 Anthony Eden, ministro de Asuntos Exteriores, dimitió a causa de la negativa de Chamberlain de hablar duramente a Mussolini, Churchill esperaba haber ganado un refuerzo para su causa. Pero Eden se mantuvo alejado de Churchill. Los que criticaban la política de apaciguamiento pensaron en Eden como en el futuro líder del Partido Conservador y de la nación. Pero Eden no había de tomar ninguna iniciativa para pedir una política exterior más enérgica, ni tampoco uniría sus fuerzas con las de Churchill.

La crisis de Munich encontró a Churchill todavía fuera del Gobierno. Su intento de incluir a Rusia en un frente antialemán no agradó. Chamberlain era hasta cierto punto partidario de una conferencia cuatripartita porque deseaba mantener la cuestión alejada de la Sociedad de las Naciones, en la cual Rusia hubiese podido encontrar la oportunidad de hablar en defensa de Checoslovaquia. Mientras Chamberlain se encontraba en Munich, Churchill redactó un telegrama en el que le advertía que, si Checoslovaquia se veía obligada a sacrificar un territorio demasiado extenso, los acuerdos de Munich serían muy criticados en la Cámara de los Comunes. Cuando se discutió en los Comunes el acuerdo de Munich, Churchill dijo: «Me parece insoportable que nuestro país caiga bajo la órbita del poder y la influencia de la Alemania nazi y que nuestra existencia esté sometida a sus antojos y caprichos. He intentado hacer todo cuanto estaba en mis manos para apresurar la puesta a punto de nuestras defensas: en primer lugar, la creación paulatina de unas fuerzas aéreas que superasen las de cualquier rival dentro de un extenso radio de acción, a partir de nuestras costas; en segundo lugar, la agrupación del potencial bélico de varias naciones; y, en tercer lugar, la firma de alianzas y acuerdos militares, concertados todos ellos dentro de las normas del Pacto, con el fin de reunir a cualquier precio las fuerzas que pudiesen detener el avance de este poder. Todo esto ha resultado vano... No recrimino a nuestro valiente y leal pueblo, que estaba a punto de cumplir con su deber a cualquier precio..., por el natural y espontáneo estallido de alegría al saber que de momento no se le exigía el espantoso sacrificio. Pero el pueblo debería saber la verdad. Debería saber que ha habido grandes negligencias y deficiencias en nuestras defensas y que hemos pasado un terrible momento de nuestra historia al romperse completamente el equilibrio de Europa... Y no penséis que esto es el final. Estamos sólo al principio.»

En marzo de 1939 las tropas de Hitler entraban en Praga, y Checoslovaquia se convirtió en un «protectorado» alemán. Chamberlain se vio forzado a pasar de una actitud de apaciguamiento a otra de resistencia; se prometió a Polonia que se la defendería contra cualquier agresión y empezaron negociaciones con Rumania, Grecia y Turquía. Pero esta nueva tendencia no mejoró la fortuna de Churchill.

En abril de 1939 hubo cambios ministeriales, pero no se encontró un lugar para Churchill. En mayo, un grupo de periódicos encabezados por el *Daily Telegraph* y el *Daily Mail* empezaron a presionar a Chamberlain para que incluyese a Churchill en su gabinete. Pero Chamberlain desdeñó estos consejos, y por consiguiente Churchill siguió en el aislamiento hasta que Hitler invadió Polonia. Entonces Chamberlain le dio a escoger entre un lugar sin cartera en el Gabinete de Guerra, o el Almirantazgo, fuera del gabinete. Sólo cuando hubo aceptado este último puesto, Chamberlain cambió de manera de pensar y lo introdujo en el Gabinete de Guerra.

Tal como Churchill había escrito sobre uno de sus antepasados, el padre del duque de Marlborough: «Los años helados habían pasado ya. Había bebido hasta la última gota del vaso de la derrota y el sometimiento.» Pero, aunque en 1940 la fortuna de Churchill cambió de manera tan espectacular y el proscrito se convirtió en el héroe, pesaban todavía sobre su reputación los cuarenta años que vivió en la desconfianza del país. Los historiadores han continuado la labor de desprestigio iniciada tan arteramente por sus contemporáneos. A principios de 1969, todavía un distinguido historiador británico dijo a un benévolo auditorio que «Churchill sólo contribuyó a hacer más idiota la política de los años treinta. Pasó de una excentricidad política a otra». El lector puede estar o no conforme con este veredicto, pero el hecho de que proceda de un personaje tan brillante como A. J. P. Taylor, subraya el carácter paradójico y contradictorio de Churchill. Para mucha gente, hiciese lo que hiciese, siempre estaba mal hecho.

Martin Gilbert

La batalla de Inglaterra

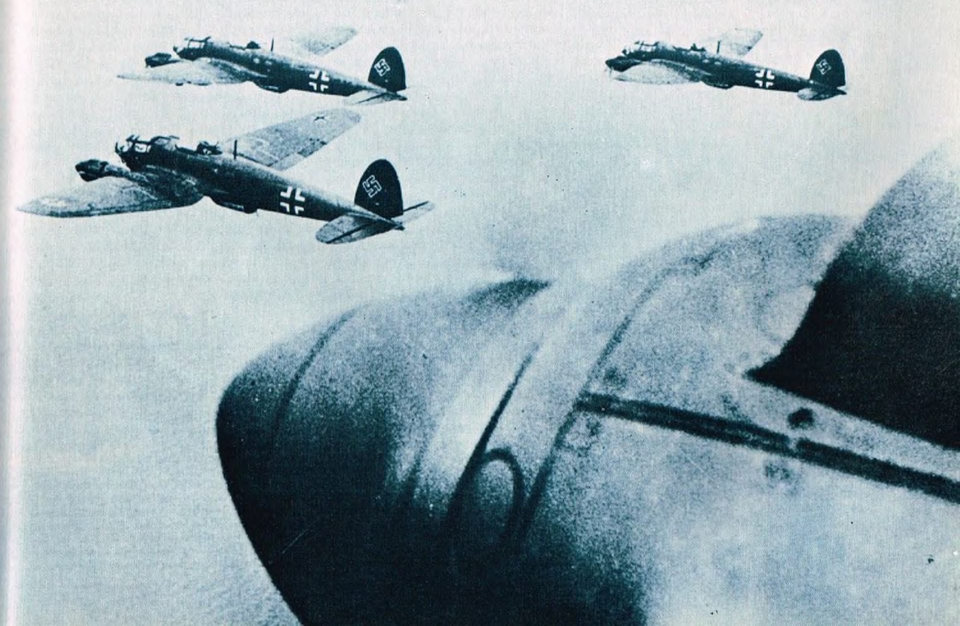
En el verano de 1940 Gran Bretaña, sola, se enfrentó y resistió a Alemania. A lo largo del Canal de la Mancha, Hitler se estaba preparando para la invasión. Pero, antes, las fuerzas masivas de la Luftwaffe habían de aniquilar las defensas de la isla, y así, en el cielo del sudeste de Inglaterra se libró una batalla que cambió el curso de la guerra.

De todas las batallas libradas en los últimos 2.500 años poco menos de quince han sido consideradas como decisivas. Una batalla decisiva es aquella que, «de ser resuelta de un modo distinto, habría resultado sustancialmente alterado el curso de la historia». En este sentido, la Batalla de Inglaterra fue ciertamente decisiva.

Otro ejemplo de batalla decisiva para el poderío británico tuvo lugar en 1588, cuando la escuadra de Drake, con ayuda de los elementos, derrotó la Armada Invencible de España. Sin embargo, un ejemplo más similar al de la última guerra es el de la batalla de Trafalgar.

En 1805 Napoleón, que controlaba gran parte del continente europeo, vio con claridad que si podía destruir el poder marítimo inglés le sería muy fácil conquistar e invadir este reino insular, tras lo cual el resto de Europa caería bajo su dominio. Pero en Trafalgar el poderío marítimo del Emperador fue destruido por la flota de Nelson, y la estrecha separación del Canal de la Mancha fue una barrera insuperable para el Ejército francés. Napoleón emprendió entonces la campaña de Rusia, pero la *Grande Armée* encontró la destrucción, en medio del hielo y la nieve, en la terrible retirada de Moscú del invierno de 1812.

En agosto de 1940 Hitler dominaba toda la Europa occidental excepto Gran Bretaña, España y Portugal. Aunque la mayoría de los hombres de la Fuerza Expedi-



Hitler se vuelve contra Inglaterra (agosto de 1940): bombarderos alemanes «Heinkel 111» cruzan el Canal durante la fase que precedió a la proyectada invasión alemana.



Cartel referente a la batalla de Inglaterra: «¡Ambos, siempre en el aire! ¡La rapidez es vital!»

cionaria Británica habían podido regresar a su país —el milagro de Dunkerque—, a Gran Bretaña apenas le era posible equipar y armar debidamente una sola división.

Las cosas habían cambiado desde los días de Napoleón. Ahora, la *Royal Navy* (Marina Real) no podría salvar a Gran Bretaña, ya que sus barcos no podían operar en el Canal y en la zona sur del mar del Norte contra los combinados ataques aéreos y submarinos de los alemanes. Además, muchos de los barcos de guerra británicos estaban en alta mar, escoltando los convoyes que transportaban las materias primas y los suministros necesarios.

Los alemanes se daban cuenta de que, si podían destruir la R.A.F., llegarían a conquistar Inglaterra, con lo cual se derrumbaría toda resistencia armada en la Europa occidental. Hitler tenía sobrados motivos para confiar en el éxito de esta misión. Las fuerzas aéreas alemanas (Luftwaffe) habían destruido a las de Polonia, Holanda, Bélgica y Francia. Su comandante en jefe, Hermann Goering, no dudaba de que sus poderosas fuerzas aéreas darían pronto buena cuenta de las más modestas de la R.A.F.

En 1805, como de nuevo en 1940, Gran Bretaña resistió sola contra un gran ejército continental que había cosechado grandes triunfos, y en ambas ocasiones una brillante victoria salvó a Gran Bretaña de la invasión y, a Europa occidental, de ser completamente sometida por las armas.

Pero las similitudes terminan aquí. Trafalgar fue ganada en un día y, en cambio, la batalla de Inglaterra, la primera batalla decisiva en el aire, fue una larga guerra de agotamiento. La batalla empezó a principios de agosto y se prolongó hasta mediados de octubre. Después, durante el invierno de 1940-1941, la lucha continuó por las noches, y sólo terminó cuando Hitler, desengañado de conquistar Gran Bretaña, se volvió, como Napoleón, contra Rusia. Y, al igual que Napoleón, Hitler había de ver como sus poderosos ejércitos sucumbían ante los grandes espacios y al duro clima invernal de Rusia.

El pueblo de Gran Bretaña puede preguntarse por qué la batalla se libró en su cielo, sobre sus cabezas y por qué el fuego enemigo se abatió sobre sus pueblos y ciudades. La respuesta a esta pregunta hay que buscarla en el desarrollo de los acontecimientos entre las dos guerras mundiales.

Después del Armisticio, en noviembre de 1918, las potentes fuerzas aliadas fueron rápidamente desmovilizadas y el Gobierno británico dio las consignas de economía y reducción de gastos. La guerra había sido ganada, no existía ninguna amenaza visible a la seguridad aliada, y Gran Bretaña y Francia se vieron sacudidas por una oleada de fervor antibélico, en gran parte provocado por el terrible número de bajas y las condiciones intolerables de la guerra de trincheras.

En 1925 la Sociedad de las Naciones creó una comisión que debía preparar el terreno para una conferencia general de desarme. Tras varios años de discusiones, pudo finalmente reunirse, en 1932, una Conferencia de Desarme, en Ginebra, en la que se discutieron varias propuestas para declarar fuera de la ley los bombardeos aéreos, y para limitar drásticamente la capacidad de carga de los aviones. En la convicción de que llegarían a efecto estas propuestas, el Gobierno inglés rehusó autorizar la fabricación de bombarderos. Además, en 1924 había introducido el denominado «Régimen para diez años» por el cual se estatuía que durante este plazo no habría ninguna guerra importante. Desgraciadamente, cada año que pasaba era considerado sucesivamente como el punto de partida de esta tranquila época, y así el período siguió siendo siempre de diez años.

La Conferencia de Desarme se disolvió finalmente en mayo de 1934 sin haber alcanzado ningún resultado. Mientras tanto, Hitler, llegado al poder, impuso en Alemania un masivo programa de rearme. El Gobierno británico accedió por fin, en 1933, a petición de las autoridades militares aeronáuticas, a la construcción de un avión de caza, eficiente y bien armado, que en su forma definitiva fue el «Hurricane» y el «Spitfire». Ambos modelos fueron diseñados y construidos siguiendo las instrucciones dadas por el Ministerio del Aire.

Incluso después del fracaso de la Conferencia de Desarme en 1934, el Gobierno británico seguía resistiéndose al rearme, pues pensaba que ello podía provocar una carrera de armamentos. Por ello dio escasa prioridad a los bombarderos y permitió que continuara, a marcha lenta, el desarrollo de los cazas.

En 1935 dos ministros británicos, Mr. Antony Eden y sir John Simon, visitaron Alemania. Según sus informes, Hitler había procedido a un rearme amplísimo, inimaginado en Inglaterra, de las fuerzas aéreas. Ello había sido posible gracias a un acuerdo secreto, firmado con los rusos, que le permitía adiestrar en el extranjero un notable contingente de pilotos y técnicos. El Gobierno inglés, alarmado con esta noticia, ordenó la producción masiva de «Hurricanes» y «Spitfires» aun antes de efectuar los pertinentes vuelos experimentales.

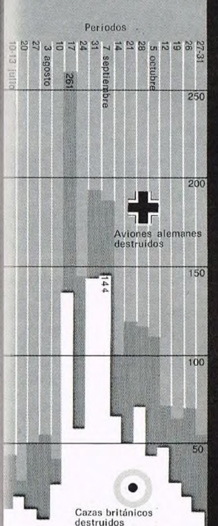
Lord Trenchard, jefe del alto Estado Mayor del aire de 1919 a 1928, había creído siempre que en la defensa aérea era tan importante el bombardero como el caza. Según él, la guerra aérea debía librarse sobre el cielo del enemigo, y por lo tanto propugnó la creación de una fuerza de bombarderos capaz de tomar la ofensiva y atacar desde el principio los centros vitales del enemigo.

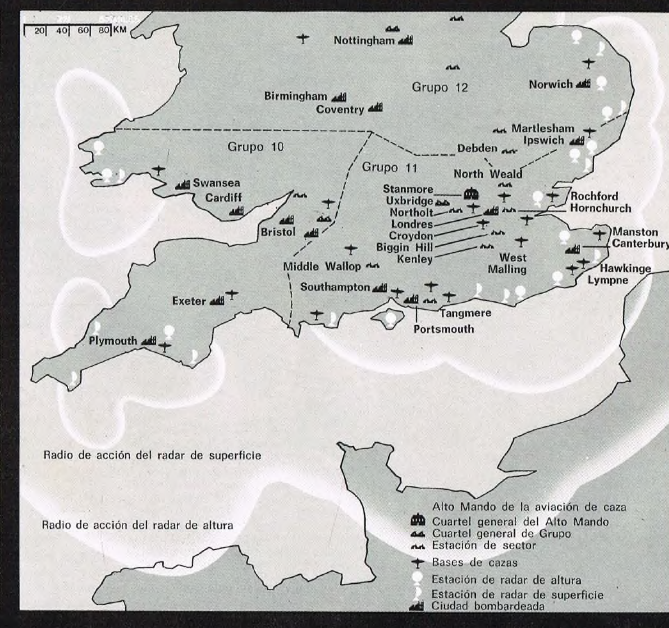
Finalmente, los puntos de vista de Trenchard fueron aceptados por el Gobierno británico, el cual dispuso que en la defensa del aire participaran dos tercios de escuadrillas de bombarderos y un tercio de escuadrillas de caza. Pero como quiera que los bombarderos eran considerados ofensivos y los cazas defensivos,

Arriba: **«Batalla de Inglaterra», pintura de Paul Nash; sobre el cielo se destacan las estelas dejadas por los cazas de la R.A.F. que atacan a una formación de bombarderos enemigos. Más abajo, se ve una ciudad protegida de bombardeos en picado por las famosas barreras de globos.** *Abajo:* **la batalla de Inglaterra, primera derrota de Hitler; en ella, las pérdidas de Alemania en aviones duplicaron las de la Gran Bretaña.**

La batalla de Inglaterra

Bases británicas
y comparación de
aviones perdidos





se pensó que la creación de una fuerza de cazas no desencadenaría probablemente una carrera de armamentos. Las diecisiete escuadrillas de caza previstas estaban a punto en 1930, pero por estas mismas fechas sólo se habían creado doce de las treinta y cinco escuadrillas de bombarderos proyectadas y aun en muchas de ellas figuraban aparatos de pequeño radio de acción. En 1935 la alarma provocada por el rearme alemán dio lugar a una nueva campaña en favor de los cazas. Un sistema para detectar los aviones enemigos, que más tarde se llamaría radar, fue desarrollado por Robert Watson-Watt y recibió todo el estímulo posible.

La crisis de Munich de 1938, cuando por unos momentos la guerra pareció inevitable, puso de manifiesto al Gobierno inglés, aunque no al pueblo británico, su tremenda debilidad militar y su escasa o inexistente preparación para la guerra. Francia, que no estaba en mejor situación, y Gran Bretaña debían doblegarse un poco a las exigencias de Hitler. El Gobierno británico se dio cuenta, a partir de este momento, de que ya no había posibilidad de crear una fuerza aérea de bombarderos capaz de trasladar las batallas aéreas al cielo del enemigo. Por ello, la primera fase de la guerra debía ser eminentemente defensiva, y el Ministerio del Aire se vio obligado a dar prioridad al desarrollo de los cazas, a costa del programa de expansión de los bombarderos. Era necesaria también la construcción acelerada de una cadena de estaciones de radar que pudiesen localizar y seguir la trayectoria de los ataques aéreos. Todo cuanto podía esperarse era anular cualquier intento de invasión y sobrevivir a la fase defensiva en condiciones tales que permitieran la preparación de una ofensiva.

Al comenzar la guerra, en septiembre de 1939, la R.A.F. estaba en la desventaja, en cuanto a aparatos modernos, de uno contra cuatro. Aunque desde la crisis de Munich se habían invertido en la aviación enormes sumas de dinero, era ya demasiado tarde para enderezar la situación. Sólo el tiempo —cuanto más, mejor— podía lograr esta mejora.

El ataque de Hitler en el Oeste empezó en agosto de 1940, y en el plazo de dos meses Bélgica, Holanda y Francia fueron derrotadas y sometidas, cuando Dinamarca y Noruega estaban ya ocupadas por tropas alemanas. Durante estos dos meses la R.A.F. desplegó toda su actividad para evitar el desastre o por lo menos para proteger la evacuación del continente. Las pérdidas fueron enormes, y estas operaciones exigieron de los jefes de la aviación casi tantos esfuerzos como la misma batalla de Inglaterra.

A principios de julio, Gran Bretaña se encontraba sola, sin nada más que una estrecha franja de mar interpuesta entre ella y las victoriosas tropas de Hitler. La estrategia y los cálculos con que los aliados habían empezado la guerra estaban completamente superados. Si los alemanes hubiesen sido capaces de acometer entonces la invasión de Gran Bretaña, hubiesen logrado un nuevo éxito, puesto que la aviación y las fuerzas de infantería de Gran Bretaña estaban tan malparadas que difícilmente hubiesen podido ofrecerles resistencia. Pero, afortunadamente, también los alemanes necesitaban de un momento de respiro. Necesitaban tiempo para reagrupar sus cuerpos de ejército, reunir sus barcazas de desembarco, aumentar sus provisiones, distribuir sus fuerzas aéreas en los distintos campos de aviación capturados, y almacenar bombas, municiones, combustible y piezas de recambio. Finalmente, los pilotos de aviación tenían necesidad de un merecido descanso.

Muchas veces se olvida que el objetivo de la R.A.F. en la batalla de Inglaterra fue no sólo la destrucción de la fuerza aérea alemana sino también impedir que Hitler llevara a cabo el plan llamado «León de mar», que señalaba las directrices para la invasión y conquista de Gran Bretaña. Y este propósito involucró en la batalla no sólo al mando de la aviación de caza sino también al mando del sector de bombarderos.

La batalla empezó el 8 de agosto de 1940. La creciente producción de aviones de caza y el entrenamiento intensivo de pilotos había reducido por estas fechas la desventaja de la R.A.F. a la de uno contra tres. Precisamente el mismo día en que Hitler lanzó su ataque se creó un nuevo Ministerio de Producción Aeronáutica presidido por lord Beaverbrook. Hombre de una energía indomable y dotado de un gran sentido práctico, Beaverbrook

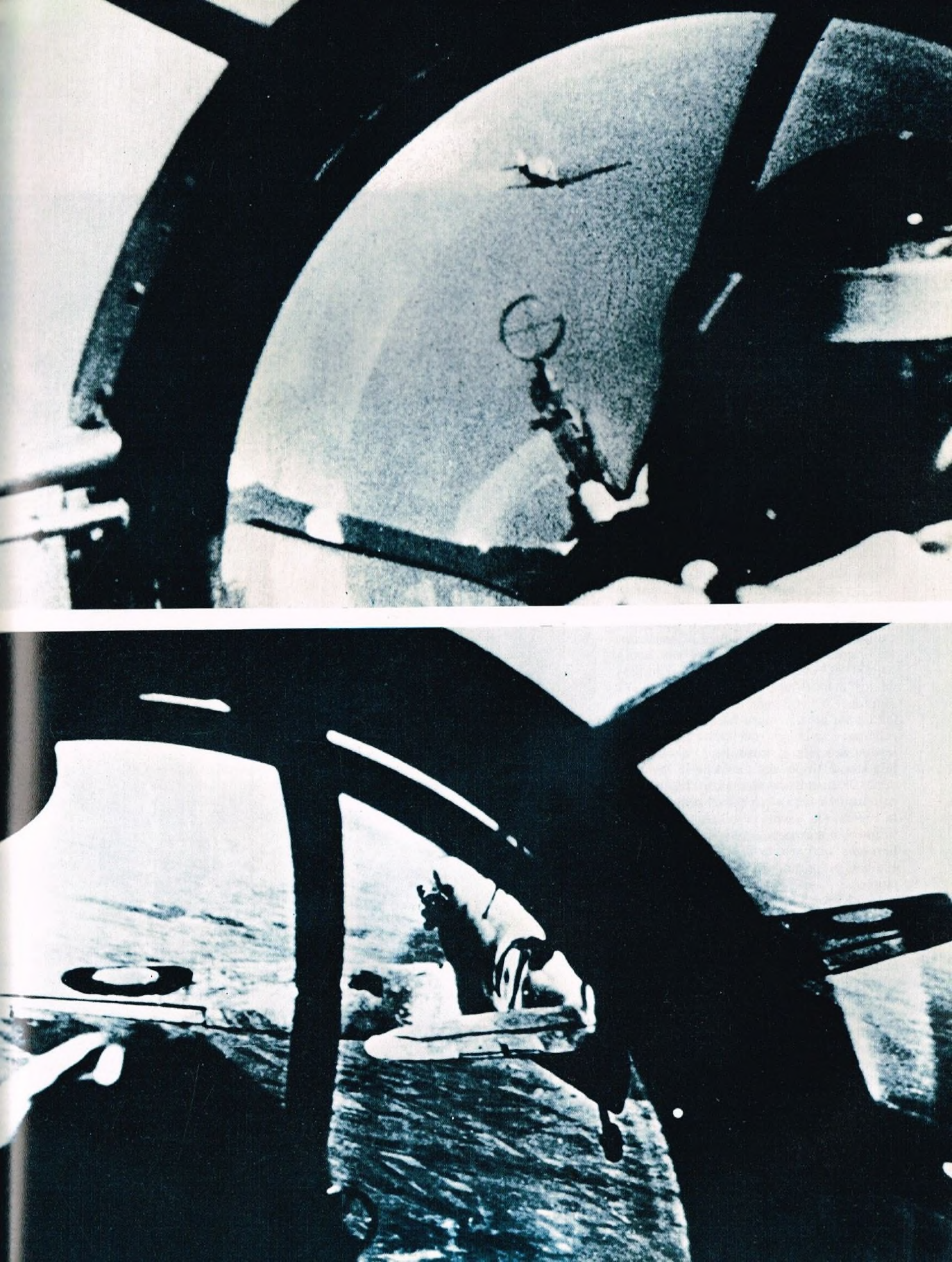
1

2

3

4


***1* «Sailor» Malan, jefe de escuadrilla británico que derribó treinta y cinco aviones enemigos. *2* Stanford Tuck, también jefe de escuadrilla británico, derribó veintinueve aparatos alemanes. *3* El mayor Adolf Galland, uno de los ases alemanes que se apuntó más de cien victorias en el Oeste. *4* El teniente coronel alemán Werner Mölders, que sólo durante la batalla de Inglaterra destruyó cincuenta y cinco aviones adversarios. *5* y *6* «Spitfires» vistos desde la cabina de tiro de los bombarderos «Heinkel 111».**



no escatimó ningún esfuerzo para lograr que el pueblo británico comprendiera la importancia vital de la fabricación de aviones de caza. Se pidió a las amas de casa que entregaran todas las piezas de cocina de aluminio que les sobraran, y el público respondió generosamente a la invitación, en la esperanza de ver pronto convertidos sus cacharros en «Spitfires» y «Hurricanes».

Sólo había tres sistemas racionales para acelerar la producción aeronáutica en los próximos tres meses. En primer lugar, había que convencer a la industria aeronáutica y a los sindicatos de la apremiante necesidad de aumentar la producción. En segundo lugar, había que concentrar todas las prioridades en la defensa aérea. Finalmente, era necesario reducir la producción de piezas de recambio y dedicar la capacidad total de la industria a la fabricación de nuevos aparatos. Beaverbrook usó los tres sistemas. Los dos primeros sólo dieron resultados marginales y el tercero fue el de logros más positivos, aunque a costa de una menor duración de los servicios de un avión en el campo de batalla. Ello obligó a las distintas escuadrillas a convertirse en «caníbales», es decir a usar los recambios de los aviones que no funcionaban para mantener a los demás en funcionamiento.

El plan alemán para invadir Gran Bretaña preveía la destrucción de la R.A.F., a la que seguiría el transporte en barcazas fluviales, a través del Canal de la Mancha, de 200.000 soldados alemanes con todo su equipo. Los cazas británicos tenían, pues, la misión de ganar la batalla en el aire y los bombarderos debían destruir las barcazas que, en la costa del Canal, se estaban preparando para el transporte de tropas.

Al iniciarse el combate, había 54 escuadrillas de cazas, 27 de las cuales estaban integradas por «Hurricanes», 19 por «Spitfires», seis por «Blenheim», para vuelos nocturnos, y dos por «Defiants», un pequeño aparato que no dio resultado. Así, pues, la fuerza efectiva de la aviación inglesa era de 46 escuadrillas, con un total de 820 aparatos. A ella los alemanes enfrentaban un total de 2.600 aviones, mil de los cuales eran cazas y los restantes bombarderos de varios tipos.

Los cazas alemanes eran el «Messerschmitt 109» de un solo motor y el bimotor «Messerschmitt 110». El rendimiento del «Me 109» era ligeramente superior al del



El piloto de un «Hurricane» se dispone a entrar en acción.

«Hurricane» pero se quedaba por debajo del «Spitfire». El «Me 110», un aparato de bombardeo más bien que un caza, combinaba un largo radio de acción con un poderoso armamento, pero era de difícil maniobra y no podía medir sus fuerzas con los cazas británicos.

Los 1.200 bombarderos de largo alcance eran básicamente el «Dornier 17» .y el «Heinkel 111», ambos excelentes aparatos pero con un armamento defensivo inadecuado. El peso normal de bombas que podía transportar un «Dornier» era de unos 998 kg. y un «Heinkel» de unos 1.359 kg., con capacidad este último para transportar incluso 2.500 kg. en vuelos cortos. Volaban en escuadrillas en perfecta formación con los «Me 110» como escolta y los «Me 109» en la parte superior de la formación.

Goering confiaba destruir primero las defensas de Londres y reducir después los focos de resistencia atacando hacia el norte y el oeste.

El Alto Mando de la aviación de caza

Las autoridades aeronáuticas británicas tenían gran confianza en sus aviones, en sus tripulaciones y en el sistema de control e intercepción desde tierra de los ataques aéreos. Las tripulaciones eran de las mejor entrenadas del mundo y se destacaban por su ímpetu y valentía. Además, disponían de paracaídas y sabían que bajo sus pies se extendía un territorio amigo. Los «Hurricanes» y «Spitfires» eran aviones seguros y eficaces, y sus ocho ametralladoras les convertían en los aparatos mejor armados del mundo. Había habido tiempo suficiente para construir una cadena de estaciones de radar y para entrenar a todo el personal en las nuevas técnicas de intercepción. Finalmente, se había elaborado un simple pero eficaz sistema táctico para la lucha.

El Alto Mando de la aviación de caza estaba preparado para el combate. Su comandante en jefe, el mariscal del aire sir Hugh Dowding, era un hombre astuto y de gran experiencia.

Dowding se dio perfecta cuenta de la magnitud e importancia de su misión. Sabía también que se trataba de una batalla de agotamiento y que, si bien era esencial desencadenar una ofensiva contra la Luftwaffe, debería economizar sus recursos: debía evitar el agotamiento de los pilotos y demás personal, y, excepto para casos de emergencia, debía mantener sus operaciones a una intensidad que le permitiera continuarlas durante un largo período de tiempo.

En cada uno de los centros de control subterráneos del Alto Mando y de los mandos de grupo y sector había un mapa en el cual se señalaban los ataques aéreos controlados por el radar, con indicaciones de altura, posición, posible dirección y fuerza aproximada. Gran número de oficiales y mujeres eran empleados en estos trabajos y en misiones de estudio y de interpretación de mensajes cifrados o en código. El director desde una galería podía ver toda la información contenida en el mapa y así dar las órdenes oportunas a las escuadrillas. Una vez en el aire, se les daba a los pilotos las coordenadas apropiadas para interceptar la incursión enemiga. Los directores de estos centros de control debían poseer gran experiencia táctica a fin de oponer a las fuerzas atacantes el número conveniente de aparatos. El centro de control del Alto Mando, que delegaba muchas funciones en los jefes de grupo, se reservaba el control general de la batalla.

La primera fase de la ofensiva alemana se inició con intensos ataques llevados a cabo contra los buques ingleses que patrullaban por el Canal, sin llegar, no obstante, a las primeras líneas de defensa de la isla. Pocos días después, el 12 de agosto, se dieron las instrucciones para la ofensiva general, y el 15 de agosto, en una nueva acometida, 1.800 aviones alemanes llevaron a cabo un masivo ataque sobre los más diversos objetivos. Aquella noche Goering dio órdenes de dirigir todos los ataques sólo contra la R.A.F., sus bases y sus comunicaciones, y especialmente contra el cinturón de aeropuertos alrededor de Londres.

Esta segunda fase fue la que causó mayores quebrantos a los ingleses. Intensos bombardeos causaron graves daños en los aeropuertos de North Weald, Hornchurch y Debden. Todos los campos de aviación resultaron afectados, y el de Biggin Hill quedó temporalmente fuera de servicio. Los pilotos y demás personal de aviación llegaron muy cerca del agotamiento total. La situación era desesperada, y si los alemanes hubiesen persistido en su táctica unos quince días más, los resultados podían haber sido desastrosos.

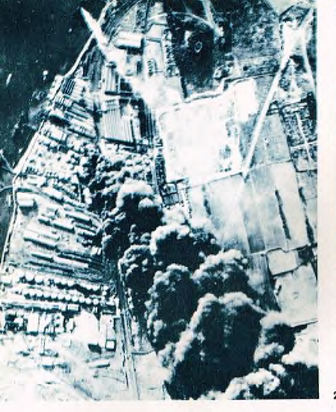
Pero de pronto la situación cambiaría. En la noche del 23 de agosto los alemanes bombardearon Londres y el primer ministro ordenó como réplica un ataque a las factorías alemanas de Berlín. A pesar de que podían contar con pocas horas de oscuridad, los bombarderos ingleses la llevaron a feliz término. Hitler reaccionó rápidamente. Ordenó que los ataques alemanes se dirigieran, a partir de aquel momento, contra las ciudades y pueblos industriales y en especial contra Londres. Goering le había dicho que la batalla aérea estaba prácticamente ganada y que la R.A.F. estaba al borde del colapso. Hitler pensó que estos nuevos ataques desmoralizarían a los ingleses y prepararían el camino para la invasión.



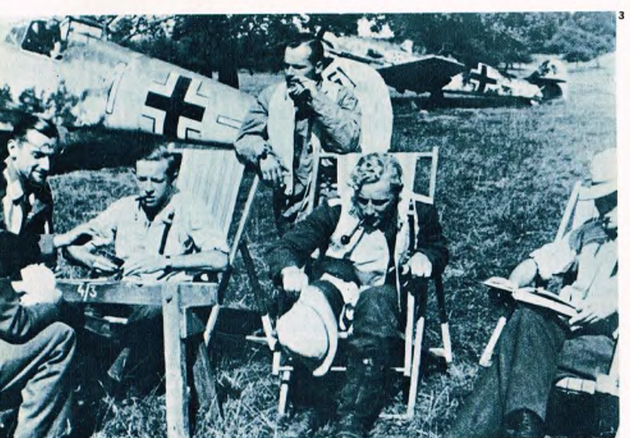
«Guerra a las bombas incendiarias Fritz. Inglaterra no arderá. Los bomberos británicos son la defensa de Inglaterra.» Cartel publicado por el Gobierno para fomentar la solidaridad nacional frente a los ataques con bombas incendiarias.

La invasión es inminente

De hecho, este cambio de orientación en la tercera fase de la batalla constituyó un momento de alivio para la aviación: se repararon las pistas de los aeródromos y se restablecieron las comunicaciones interrumpidas. El 7 de septiembre los alemanes lanzaron un tremendo ataque en el que participó la casi totalidad de sus fuerzas. Una tras otra las oleadas de bombarderos escoltadas por los cazas cruzaron el Canal. Este ataque provocó grandes incendios, especialmente en Londres. Guiados por las llamas, los bombarderos continuaron su tarea destructora en las horas de oscuridad. Los daños y víctimas fueron importantes, pero el balance total de este ataque fue menos desastroso que el de los bombardeos a los aeropuertos militares. Un nuevo intento de incursión







1 Fotografía aérea tomada por el servicio alemán de reconocimiento; los depósitos de combustible líquido de Purfleet, junto al Támesis, arden tras el raid del 7 de septiembre de 1940.

2 Una calle de Londres después de uno de los ataques aéreos sufridos por la gran ciudad en septiembre de 1940.

3 Pilotos alemanes de caza en un momento de descanso, no lejos de sus aparatos.

4 Mujeres del Servicio Auxiliar de Tierra en el curso de un ejercicio; los miembros de este cuerpo británico trabajaban en las unidades de la defensa antiaérea y llevaban a cabo ciertas misiones —como la detección de aviones enemigos, por ejemplo— cuya realización normal por individuos del sexo masculino habría restado hombres al servicio activo.

5 Una mujer, miembro del Servicio Voluntario Femenino, carga con los utensilios de aluminio entregados por los ciudadanos británicos en respuesta a la llamada de lord Beaverbrook en favor de la aportación ciudadana a la construcción de aviones de caza. La utilización de las novísimas aleaciones de aluminio resultó, a la larga, exitosa.





aérea fue rechazado el 8 de septiembre con grandes pérdidas.

A pesar de todo, la operación «León de mar» parecía inminente, y el 7 de septiembre el Gobierno británico anunció la posibilidad de que la invasión se llevara a cabo dentro de pocos días. Aquella noche toda la fuerza de los bombarderos se concentró en las barcazas ancladas en las playas y puertos de la otra orilla del Canal de la Mancha. El tiempo era bueno y los ataques resultaron efectivos. Noche tras noche los bombarderos ingleses atacaron los puertos desde los cuales había de empezar la invasión. El 11 de septiembre Hitler decidió aplazar la operación «León de mar» hasta el día 24. Pero en la noche del 13 de septiembre un bombardeo especialmente eficaz logró hundir más de 80 barcazas sólo en el puerto de Ostende.

Goering no dejaba, con todo, de mostrarse optimista, hasta el punto de asegurar que con «cuatro o cinco días más de buen tiempo los resultados serían decisivos». Pero la Luftwaffe, en una nueva incursión efectuada el 15 de septiembre, sufrió una terrible derrota en manos de los cazas británicos. Este día se considera la fecha clave de la batalla. El 17 de septiembre Hitler, dándose cuenta de que la Luftwaffe había fracasado ante la aviación de caza inglesa, decidió aplazar indefinidamente la operación y ordenó que se dispersaran las barcazas restantes y las tropas evacuaran las zonas de peligro.

Expediciones aéreas de reconocimiento pronto informaron de esta evacuación, que significaba que temporalmente había desaparecido el peligro de invasión. El número de pilotos había sido suficiente y la producción de aviones había bastado para cubrir las pérdidas.

Las fuerzas aéreas alemanas fracasaron en su propósito de destrozar la aviación de caza inglesa. No era fácil evaluar con exactitud las pérdidas alemanas, pero sin duda fueron lo suficientemente graves como para que el Alto Mando se viera obligado a interrumpir las incursiones aéreas y a detener la invasión. El 13 de octubre Hitler aplazaba la operación «León de mar» hasta la primavera de 1941, pero en realidad el plan había muerto.

El bombardeo continúa

Al mismo tiempo que la batalla diurna declinaba, empezaba la cuarta fase de la guerra, en la que los bombarderos alemanes actuarían de noche. Anteriormente, los bombardeos nocturnos se habían reducido casi a ser una continuación de los ataques efectuados durante el día.



Restos de un bombardero alemán derribado sobre una casa de campo británica.

Los problemas de la navegación aérea nocturna estaban poco solucionados en aquellos momentos. Básicamente las dificultades con que tropezaban los bombarderos eran la identificación de los objetivos a oscuras, el vuelo en malas condiciones atmosféricas y la localización del objetivo preciso. Para los cazas, el problema fundamental era localizar a los bombarderos y atacarlos con eficacia.

Las tripulaciones alemanas tenían poca experiencia en vuelos nocturnos. Por ello utilizaron una técnica de ondas de radio llamada «Knickebein» (pierna torcida) que permitía al piloto gobernarse por señales de radio. Este sistema tenía el inconveniente de que las señales radiadas eran susceptibles de ser obstaculizadas por interferencias o, más aún, por desviaciones.

De día era fácil desbaratar las formaciones enemigas, pues los cazas eran dirigidos hacia los puntos donde el radar había detectado el vuelo de aviones. De noche, ante una avalancha de bombarderos, estos sistemas fallaban. El caza debía disponer de un medio de intercepción apropiado. Éste se llamaba «AI» y fue probado inicialmente en el «Blenheim», un rápido bombardero que a falta de otro destino mejor se había convertido en un caza para operar de noche. Después de muchos intentos y fracasos se llegó a poder dirigir a un caza a una distancia desde la cual éste pudiera localizar un determinado bombardero con su «AI». Pero el progreso era lento y el «Blenheim» no era lo suficientemente rápido para alcanzar un éxito rotundo.

Más tarde se probó un nuevo caza, el «Beaufighter», adaptación de un avión de reconocimiento, el «Beaufort». Estaba equipado con un «AI» perfeccionado, cuatro cañones de 20 mm. y cuatro ametralladoras, y si sus resultados fueron mejores, su producción no alcanzó un número razonable hasta que los bombardeos nocturnos hubieron casi terminado. Las defensas aéreas nocturnas tuvieron un éxito considerable, pero no suficiente para detener los ataques.

Los ataques directos sobre las viviendas y lugares de trabajo sorprendieron y perjudicaron al pueblo británico, pero no lo arredraron. Al contrario, se desarrolló un nuevo espíritu de amistad y solidaridad. Se sabía muy poco, por falta de experiencia, de la conducta de la población civil durante un ataque aéreo, y el comportamiento observado por la población superó incluso las expectativas más optimistas.

Con la llegada de las cortas noches de verano los ataques nocturnos disminuyeron y, cuando Hitler atacó Rusia, en junio de 1941, los bombarderos alemanes fueron trasladados al frente oriental.

La batalla de Inglaterra se había ganado. Pero ello no fue el principio del fin de la guerra, sino el fin del principio.

Mariscal sir Robert Saunby

El radar, un triunfo de los hombres anónimos

Los científicos conocieron el principio del radar muchos años antes de que se dieran cuenta de sus aplicaciones prácticas. Antes de 1920 ya se sabía que las ondas de radio producían eco y en 1924 Edward Appleton se sirvió de este fenómeno para demostrar la existencia de la ionosfera y para averiguar la altura de sus distintas capas.

En junio de 1934 un científico del Ministerio del Aire, A. P. Rowe, decidió por su propia cuenta hojear los 53 expedientes que existían sobre defensa aérea, y se dio cuenta de que casi no se había hecho nada para solucionar científicamente el problema. Rowe informó de ello a Wimperis, director de investigaciones científicas del Ministerio del Aire, el cual a su vez propuso al ministro, lord Londonderry, la realización de un estudio sobre defensa aérea. Como resultado, se creó un comité bajo la dirección de Henry Tizard.

Antes que se reuniera por primera vez el Comité Tizard, Wimperis hizo una consulta informal a sir Robert Watson-Watt acerca de las posibilidades de concentrar energía suficiente —el presunto «rayo de la muerte»— para derribar un avión en vuelo. Watson-Watt encargó del estudio del problema a A. F. Wilkins, quien demostró que, aunque podía descartarse la posibilidad de destruir el avión, sí en cambio era posible detectar, con el impacto de radiaciones sobre el aparato, la distancia a que éste se encontraba.

El 26 de febrero el Comité Tizard efectuó un primer ensayo de detección por radio, que dio un resultado esperanzador.

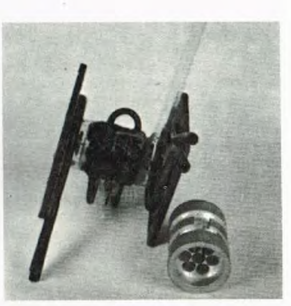
Las autoridades se dieron cuenta de la necesidad de confirmar las investigaciones en este sentido. Un pequeño equipo de científicos, bajo la dirección de Watson-Watt, preparó el primer equipo práctico de radar en Ordforness, en la costa de Suffolk. Rowe había dado a los experimentos el nombre de «RDF», que se convirtió en «RADAR» (por «RAdio Detection And Ranging», Detección y localización por radio) ya avanzada la guerra.

A fines de los años treinta se habían efectuado investigaciones similares sobre el radar en Alemania, Francia, Holanda y los Estados Unidos. En Alemania las autoridades no hicieron planes para una investigación a largo plazo y tampoco pudieron descubrir el propósito de la cadena británica de estaciones de radar. Los Estados Unidos no consideraban urgente la necesidad del radar y por ello fueron cogidos por sorpresa en Pearl Harbour. Los franceses fueron los primeros en ensayar un sistema de navegación por radio en el «Normandie», pero no prestaron atención a la utilidad militar del sistema.

Dos factores esenciales contribuyeron al éxito del sistema de alerta: la rapidez con que se despachaba la información recibida por el radar al cuartel general y el continuo contacto que éste mantenía con los diversos grupos de cazas sobre el rumbo de un avión enemigo.

El corazón del sistema radicaba en el Alto Mando de la aviación de caza situado en Stanmore, Middlessex, donde en una habitación subterránea se recibían todas las informaciones dadas por el radar sobre la posición, fuerza y altura del ataque, informaciones que eran examinadas e intepretadas, cuando un rastro se hacía más claro, por un grupo de oficiales especialmente entrenado. Los itinerarios proporcionados por estos oficiales eran trasladados a la oficina de operaciones, donde se iban situando sobre una mesa de cristal las fichas que representaban los aviones propios y los enemigos, a tenor de la información recibida. Desde este centro se daba aviso a los servicios de alarma y se comunicaba a los grupos o departamentos de la aviación de caza, que poseían las mismas mesas de operaciones, el itinerario seguido por los enemigos.







Arriba, izquierda: **Robert Watson-Watt, jefe del equipo de científicos que montó la primera instalación de radar, fotografiado junto a su esposa.** Derecha: **modelo original del magnetron inventado por Randall en 1940, y el ánodo de cobre, elemento fundamental del aparato.** Abajo: **miembros del Servicio Auxiliar Femenino ante una maqueta del campo de operaciones instalada en el cuartel general del Alto Mando de la aviación de caza británica.**

Desde los grupos, las escuadrillas eran mandadas a atacar y luego dirigidas de nuevo a la base. El medio de comunicación era el radioteléfono de alta frecuencia, que proporcionaba la situación de cada aeroplano. Además, cada avión de caza iba equipado con un aparato automático, conocido como «Pip-squeack», que ponía en funcionamiento los transmisores de alta frecuencia del piloto durante catorce segundos cada minuto. Cada avión tenía «IFF» (identificación, amigo o enemigo) que caracterizaba su rastro en el radar.

De noche, para el piloto de caza y el observador la tarea de localizar un bombardero enemigo sin control desde tierra era como buscar una aguja en un pajar. El director de un centro de radar debía conocer al mismo tiempo la posición, velocidad y altura del caza y del bombardero. Con esta información podía transmitir por radio al piloto de caza la dirección y altura en que estaba volando el bombardero y la velocidad a que debía ir para no errar el tiro. El control de noche fue posible gracias al «Plan Position Indicator» (indicador de posición), conocido por «PPI». Este artefacto se utilizaba con una onda de radar rotatoria con que era posible calcular aproximadamente el alcance y dirección de un avión.

El «PPI», que fue incorporado al equipo de intercepción controlada desde tierra («Ground Controlled Interception»), estaba equipado con una pantalla. El director, a partir de los dos puntos brillantes que aparecían en la pantalla, podía calcular la velocidad y dirección del vuelo del avión enemigo y dirigir al caza contra él por el camino más corto. En los últimos momentos de la persecución, el caza llegaba hasta su presa mediante su propia cámara de intercepción («AI»).

Sin embargo, las primeras cámaras «AI» tenían tantas limitaciones como los aparatos para detectar a los buques en superficie y especialmente los submarinos, para lo cual eran necesarias unas ondas muy cortas, que no se viesen afectadas por las interferencias. Los científicos de Bawdsey tenían prevista desde hacía tiempo la necesidad de las microondas, pero en aquellos momentos no había ninguna válvula capaz de generar la potencia requerida. De nuevo Gran Bretaña dio un gran paso en la historia del radar, y a principios de 1940 sir John Randall y colegas inventaron el magnetron, una pequeña válvula que en pocas pulsaciones podía proporcionar centenares de kilowatios. El magnetron fue la pieza más importante que la Misión Tizard llevó a Norteamérica, en agosto de 1940, y a partir de entonces los norteamericanos pudieron fabricar generadores de ondas capaces de detectar los bombarderos por la noche y los buques en la superficie desde el aire.

Guy Hartcup

El arsenal de la Democracia

Cuando en septiembre de 1939 se declaró la guerra en Europa, el pueblo norteamericano estaba dispuesto a mantenerse al margen de la contienda. Pero su Presidente no deseaba estar ocioso mientras Hitler engullía Europa.

Naipe de una baraja aparecida durante la guerra: la antorcha de la Libertad neoyorkina trata de reducir a Hitler a cenizas. ***Abajo:*** **cartel del Ejército de los EE.UU. publicado tras la entrada del país en la guerra y como propaganda de los nuevos tanques norteamericanos.**





Cuando la guerra estalló en 1939, la mayoría del pueblo norteamericano estaba a favor de la neutralidad de los Estados Unidos. Y cuando los ejércitos de Hitler avanzaron sobre Polonia, en septiembre del mismo año, arrollándolo todo en pocas semanas, Roosevelt se vio enfrentado a una verdad muy poco reconfortante. El embargo americano de armas favorecía a los nazis, que estaban muy bien preparados para la guerra. Los Estados Unidos negaban a las desprevenidas democracias las armas y municiones que necesitaban a toda costa para enfrentarse a la máquina militar de Hitler.

Roosevelt actuó con rapidez. En un mensaje al Congreso el 21 de septiembre hizo un llamamiento para que se levantara el embargo de armas. Al final de un duro debate se aprobó, el 4 de noviembre, la Ley de Neutralidad de 1939. Esta nueva ley levantaba el embargo de armas y permitía a los beligerantes la compra de armas y suministros en los Estados Unidos siempre que pagaran al contado y realizaran los transportes en buques que no fueran norteamericanos. Esta política de «pague y lléveselo» favorecía de manera indudable a Francia y Gran Bretaña, que dominaban el mar. Otra disposición norteamericana vino a favorecerles todavía más; en ella se excluía a los submarinos de las aguas territoriales norteamericanas mientras que, por otra parte, se permitía la presencia en ellas de buques mercantes armados.

En su mensaje anual sobre el presupuesto, en enero de 1940, Roosevelt pidió 1.800 millones de dólares para defensa nacional. En mayo pidió que se destinaran al mismo capítulo otros 1.000 millones de dólares. Ambas peticiones le fueron aceptadas. Ahora Roosevelt podía responder más esperanzadamente a las peticiones de armas y municiones que le hacía Winston Churchill. En junio, el Departamento de Guerra de los Estados Unidos había vendido a Gran Bretaña armas, municiones y aviones por valor de 43 millones de dólares. Estos suministros fueron de gran ayuda, pero en su mayoría procedían de *stocks* de material anticuado. La necesidad más urgente de Gran Bretaña eran buques de guerra con los que hacer frente a la amenaza de los submarinos y mantener el dominio del mar.

En mayo de 1940 Churchill pidió a Roosevelt que le cediera cincuenta antiguos destructores americanos para reponer las pérdidas británicas y proteger a la marina mercante. La ley norteamericana prohibía la venta o préstamo de buques de guerra, pero una negativa a la petición de Churchill podía significar la derrota de Francia y Gran Bretaña. Los ejércitos alemanes ya estaban penetrando profundamente en Francia. Cuando Francia cayó en poder de Alemania, empezó la Batalla de Inglaterra y la Batalla del Atlántico continuó con renovado furor.

Roosevelt deseaba ardientemente ayudar a Gran Bretaña en su situación, pero no podía alejarse demasiado de la opinión pública norteamericana.

A medida que avanzaba la Batalla de Inglaterra, Churchill bombardeaba a Roosevelt con solicitudes de ayuda. Roosevelt sabía que sus detractores aprovecharían cualquier acción que tendiese a comprometer a los Estados Unidos en una guerra contra Alemania. Por ello, la solicitud de Churchill de cincuenta destructores era una cuestión muy delicada. Con una astuta maniobra política Roosevelt decidió transferir los destructores a cambio del alquiler, por un período de noventa y nueve años, de cierto número de bases inglesas en el hemisferio norteamericano, desde Terranova al Caribe. La opinión pública norteamericana aprobó la decisión presidencial.

Una vez confirmada su reelección, en noviembre de 1940, Roosevelt ideó una atrevida e imaginativa política para ayudar a Gran Bretaña. Este sistema fue el programa de «préstamo y arriendo», por el cual el Presidente tenía poder para vender, transferir, cambiar, arrendar o prestar suministros de guerra a cualquier nación cuya defensa fuese considerada vital para la defensa de los Estados Unidos.

El proyecto de ley para «prestar o arrendar» fue presentado al Congreso en enero de 1941. Aprobado en marzo del mismo año, se convirtió en ley. A partir de este momento, los Estados Unidos podían convertirse con razón en el arsenal de la democracia.





Mientras Gran Bretaña, sola, se enfrentaba contra Hitler en Europa, Churchill se preocupaba de reforzar la alianza con los Estados Unidos. En agosto de 1941, Churchill y Roosevelt se entrevistaron secretamente, a bordo del crucero norteamericano *Augusta,* cerca de Terranova. Después de estas reuniones los dos dirigentes dieron a conocer la Carta del Atlántico, en la que expresaban sus objetivos comunes.

Por estas fechas, los Estados Unidos estaban firmemente decididos a ayudar a los aliados, aunque Hitler evitaba prudentemente todo enfrentamiento directo con ellos. Los acontecimientos estuvieron a punto de precipitar la guerra cuando un submarino alemán atacó el *USS Greer,* creando así un conflicto entre la fuerza naval norteamericana y los buques alemanes. Después de aquel incidente, los buques de guerra norteamericanos tenían órdenes del Presidente de «disparar primero».

El 7 de diciembre, cuando los japoneses cometieron su «día de infamia» con el ataque a la flota norteamericana en Pearl Harbour, los últimos vestigios de sentimiento aislacionista en los Estados Unidos se desvanecieron. Norteamérica ahora tenía una causa común con las democracias europeas contra las potencias del Eje. El 8 de diciembre los Estados Unidos declararon la guerra al Japón. Tres días más tarde Alemania e Italia declararon la guerra a los Estados Unidos y el Presidente y el Congreso reconocieron el estado de guerra con estos países. El «arsenal de la democracia» puso ahora su ejército, su flota y sus fuerzas aéreas al servicio de la lucha contra las potencias del Eje.

La economía norteamericana es adaptada a las necesidades de la guerra

La industria norteamericana fue adaptada a la masiva producción de guerra. En cuestión de días surgieron nuevas fábricas. La población laboral se vio aumentada en seis millones de mujeres, al ser apartados los trabajadores de las fábricas y del campo por el servicio selectivo. Los retirados volvieron al trabajo y los parados se incorporaron al esfuerzo nacional. Entre 1940 y 1943 la mano de obra aumentó en ocho millones de personas y la semana laboral pasó de cuarenta a cuarenta y ocho horas. En 1942 se producían más aeroplanos en un mes que los que se habían construido en todo el año 1939. Entre el ataque a Pearl Harbour y el final de la guerra los Estados Unidos fabricaron más de 295.000 aviones. La producción de Alemania era inferior a la tercera parte de esta cifra.

No toda la pericia norteamericana se dedicó al desarrollo y producción de las armas habituales. En fecha tan temprana como el otoño de 1939, cuando Albert Einstein advirtió a Roosevelt que los alemanes estaban preparando una bomba atómica, el Gobierno federal concedió fondos para la investigación de la energía atómica. Las investigaciones se llevaron con gran secreto en Oak Ridge (Tennessee) y Los Alamos (Nuevo México). En diciembre de 1942 se logró producir una reacción en cadena controlada en una pila atómica de la Universidad de Chicago. Después, se invirtieron más de 2.000 millones de dólares en el desarrollo de una bomba atómica, aunque los primeros ensayos satisfactorios no se realizaron hasta 1945, después de la derrota de Alemania.

En el otoño de 1943 Churchill, Roosevelt y Stalin se dieron cuenta de que la derrota de Alemania era sólo una cuestión de tiempo. Los «tres grandes» se reunieron en Teherán y después en Yalta para decidir los arreglos necesarios para cuando finalizara la guerra.

En el campo de batalla los altos mandos aliados no siempre coincidieron en su opinión sobre cuestiones tácticas o estratégicas. Cuando el general Dwight D. Eisenhower fue nombrado Jefe Supremo de las fuerzas que habían de invadir Europa occidental, tuvo en su comandante de campo, el general Montgomery, un colega leal pero no siempre sumiso. Sin embargo, las operaciones combinadas funcionaron sin demasiadas dificultades tanto en tierra como por mar o aire.

La victoria final sobre Alemania debía mucho al idioma común y a los ideales democráticos compartidos por Inglaterra y Estados Unidos. Si Franklin D. Rooselvet no hubiese declarado a los Estados Unidos el «arsenal de la democracia», si no hubiese usado el poder de su cargo para acelerar la aprobación del proyecto de «préstamo-arriendo» en el Congreso, podemos dudar, como hizo Churchill, de que Gran Bretaña hubiese sido capaz de superar su más oscuro momento. Los europeos no deberían olvidar la habilidad con que Roosevelt supo inducir a los Estados Unidos a entrar en la guerra al lado de los aliados.

Edmund Ions

Las dos tendencias de la opinión norteamericana en 1940. *Arriba:* **la inactividad amenazada por la tormenta nazi.** *Abajo:* **construcción de Fortalezas Volantes en la fábrica Boeing, de Seattle.**

Lucha en el Atlántico



El comercio era tan vital para la defensa de Gran Bretaña en tiempo de guerra como lo había sido para su prosperidad en tiempos de paz. Los alemanes vieron claramente que podrían someterla por el hambre, y los submarinos atacaron a los mercantes aliados con éxito notable...



Cuando el *Athenia*, buque británico de pasajeros, fue hundido por el submarino alemán *U 30*, hacía pocas horas que había comenzado la Segunda Guerra Mundial. La pérdida de este barco, entre cuyo pasaje figuraban varios niños, provocó una oleada de indignación en Inglaterra e indujo al Almirantazgo a poner en práctica un sistema de convoyes para proteger a los mercantes aliados.

Las dos rutas principales de los convoyes eran la del Oeste, hacia Norteamérica, y la del Sur, hacia el Mediterráneo y África occidental. Aunque el solo hecho de concentrar los barcos en grupos compactos les inmunizaba en parte de los ataques, al hacerlos más difíciles de localizar, la escolta de buques de guerra era esencial. Pero el Almirantazgo, que preveía organizar los convoyes sólo si el enemigo organizaba la guerra submarina sin limitaciones —porque creía en la eficacia de las restricciones impuestas por el Congreso de La Haya a la marina de guerra alemana— no se había preocupado de adquirir buques preparados para la escolta antisubmarina. Las fuerzas antisubmarinas disponibles en 1939 consistían en 150 destructores (contando los que debían operar con la flota), seis guardacostas y 24 corbetas.

Con estos elementos sólo era posible dar a los convoyes una escolta de dos buques. Los alemanes, que habían entrado en la guerra con sólo cuarenta y ocho submarinos, iniciaron a fines de 1939 un programa para una expansión rápida de sus fuerzas submarinas, y por ello durante los primeros ocho meses de la guerra sus ataques sólo se efectuaron en pequeña escala y cesaron casi completamente durante la campaña de Noruega.

Los capitanes de submarinos que utilizaban el sistema tradicional de atacar los convoyes después de haberse acercado a ellos sumergidos, tropezaron con la presencia en las escoltas del «ASDIC». Con este aparato, que emitía una onda sonora de alta frecuencia, se podían determinar la situación y características de un objeto bajo el agua a base de calcular el tiempo que tardaba en llegar su eco.

Poco antes de terminarse la campaña de Noruega, en mayo de 1940, los submarinos alemanes volvieron a atacar buques mercantes, y cuando con la conquista de Francia dispusieron de unas bases apropiadas, la llamada Batalla del Atlántico comenzó. La pérdida de once submarinos en los seis primeros meses de guerra movió a los comandantes alemanes a concentrar sus ataques en los buques sin escolta.

Más allá de cuatrocientas millas al oeste de Irlanda era difícil procurar escolta a los buques mercantes ingleses. La desesperada escasez de destructores provocada por las operaciones de evacuación de Dunkerque, conjuntamente con la necesidad de emplear parte de los que quedaban en las operaciones encaminadas a prevenir la invasión, dieron lugar a lo que los comandantes de los submarinos llamaron la primera «época feliz». En el período comprendido entre julio y octubre de 1940 fueron hundidos 144 barcos que iban sin escolta. Otros convoyes cuando eran localizados llevaban tan poca escolta que podían ser atacados impunemente, y así otros 67 buques fueron hundidos contra la pérdida de sólo dos submarinos alemanes. La mayoría de los ataques se efectuaron de noche y en la superficie, donde los submarinos gozaban de gran velocidad y facilidad de maniobra. Los ataques submarinos nocturnos mostraron un grave defecto del «ASDIC»: su casi nulo rendimiento para detectar los submarinos en la superficie. Hasta finales de 1941, cuando se desarrolló el radar para los barcos, los submarinos operaron siempre con ventaja.

Fue también en estos momentos cuando se desarrolló otra de las tácticas características de los submarinos: el despliegue de varios de ellos en una línea de patrulla a través de la ruta marítima y su concentración en «manada de lobos» una vez localizado un convoy. Esta táctica tuvo un éxito espectacular.



Arriba: **el comandante F. J. Walker, el mejor «cazador» de submarinos de la Segunda Guerra Mundial.** *Centro:* **Otto Kretschmer, el mejor submarinista alemán de la contienda.** *Abajo:* **Gunther Prien, que en 1939 penetró con el** *U47* **en la base británica de Scapa Flow y hundió el acorazado** *Royal Oak.*

1



El lento convoy *SC7*, compuesto por 34 barcos, zarpó de Nueva Escocia con rumbo a Gran Bretaña el 5 de octubre de 1940, con la única escolta de una embarcación lenta y muy ligeramente armada. El día 16 se encontraba a 500 millas al oeste de Irlanda, donde se le unieron dos buques de escolta, uno de los cuales era una de las corbetas del tipo «Flower Class», de reciente construcción.

Allí fue localizado por un solitario submarino, que indicó la presencia del convoy al cuartel general antes de atacarlo por la noche y hundir dos barcos. Los buques de la escolta, ocupados en el salvamento de los náufragos y en dar caza al atacante, dejaron que el convoy continuara solo su camino. Sólo había dos chalupas y una corbeta en escolta del convoy cuando llegó la noche del 18.

Pocas millas más lejos en el horizonte seis submarinos estaban al acecho. Entre sus capitanes se encontraban dos ases de los torpedos: Joachim Schepke, al mando del *U100*, y Otto Kretschmer, comandante del *U99*. Aquella noche fueron hundidos catorce buques del convoy, siete de ellos por el *U99*. Por la mañana el reducido convoy se había prácticamente desintegrado. De los 34 buques que componían el convoy al comienzo del viaje, 20 habían sido hundidos y tres fueron alcanzados por los obuses. Los que quedaban llegaron a puerto sin novedad gracias a que la atención de los «lobos» estaba puesta en un nuevo convoy, el rápido *HX79*, que había zarpado dos días más tarde que el *SC7*.

Con éste se repitieron las mismas escenas de destrucción y se puso de manifiesto la incapacidad de las escoltas para dar ni tan sólo una débil réplica a los submarinos. De un total de 49 buques que componían el convoy los submarinos hundieron 12 y causaron desperfectos a dos más.

Otro ataque de este tipo contra un pequeño convoy, en diciembre de 1940, logró hundir once buques y el destructor de la escolta. Estas sorprendentes y abundantes pérdidas obligaron a iniciar una investigación para encontrar una solución al problema.

Cuando fueron destinados a la protección de los mercantes los destructores que al principio estaban de vigilancia en el Canal, se lograron resultados positivos, ya que en noviembre de 1940 habían sido puestos fuera de combate tres submarinos, lo que era el primer éxito en cinco meses. Continuaba, sin embargo, siendo insuficiente la protección que podían proporcionar a los convoyes.

Una medida eficaz contra los ataques en «manada de lobos» fue la escolta aérea, que estaba compuesta por unos pocos hidroaviones «Sunderland», a los que más tarde se unieron, una vez superado el peligro de invasión, algunos bimotores.

Todos estos factores calmaron un poco la batalla durante el invierno de 1940-41 después del holocausto del octubre anterior. Pero al mismo tiempo que aumentaba el número de buques de escolta también aumentaba el de submarinos alemanes, que en 1940 era inferior a treinta. De noviembre a marzo de 1940-41 no fue hundido ninguno de ellos y entretanto su número iba en aumento. Otra característica fatal de este período fue la extensión de las actividades de los submarinos a la ruta seguida por los convoyes desde Gran Bretaña a Free Town, Sierra Leona, centro del comercio con el Extremo Oriente desde la entrada de Italia en la guerra. Por todo ello, la primavera de 1941 vio un recrudecimiento de las actividades de los submarinos.

Aunque la Batalla del Atlántico fue básicamente la lucha entre los submarinos y las escoltas de los convoyes, los alemanes destinaron también otros elementos a la batalla del mar.

2



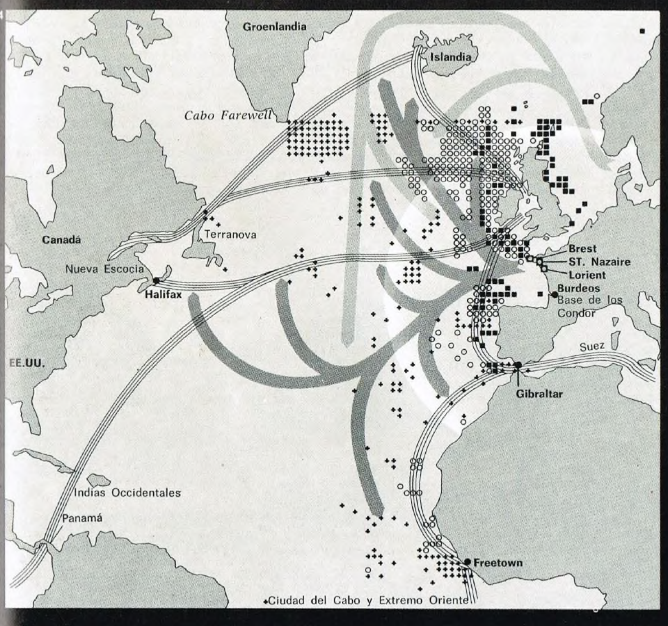
En primer lugar, hay que citar la agitada persecución del acorazado de bolsillo *Admiral Graf Spee*. Fue interceptado en sus correrías por tres cruceros británicos en la desembocadura del Plata y echado a pique fuera del puerto de Montevideo. Las víctimas del *Admiral Graf Spee* sumaban nueve buques en un período de tres meses. Su buque gemelo, el *Deutschland*, que operaba en el Atlántico Norte, sólo logró hundir dos mercantes antes de regresar a Alemania.

En octubre de 1940 los alemanes mandaron una vez más un acorazado a las rutas comerciales del Atlántico, el *Admiral Scheer*. En uno de sus primeros encuentros tropezó con un convoy de 37 barcos, escoltado únicamente por el *Jervis Bay*, un crucero mercante armado, al que logró hundir. Después persiguió al convoy

***1* Oficiales submarinistas alemanes otean el horizonte en busca de indicios de algún convoy. *2* Salvamento de la tripulación de un mercante hundido. *3* Desde el puente de un destructor que escolta a un convoy, los oficiales vigilan la posible aparición de submarinos enemigos. *4* La batalla del Atlántico: la «Edad de Oro» de los submarinos fue el período julio 1940-junio 1941; luego, la eficacia de las escoltas de convoyes forzó a los submarinos a buscar otros campos de acción.**

3

4

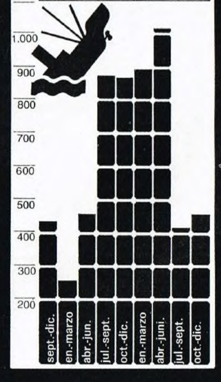


La batalla del Atlántico

- Convoyes británicos
- Navíos alemanes de superficie
- Submarinos alemanes
- Bases de submarinos
- Radio acción Condor alemanes
- **Buques aliados hundidos por subm.**
- ■ 3 septiembre 1939-9 abril 1940
- ○ 10 abril 1940-17 marzo 1941
- + 18 marzo 1941-6 diciembre 1941

Total de pérdidas británicas en buques mercantes

septiembre 1939-diciembre 1941 (miles tons. registro bruto)



y echó a pique a cinco de sus barcos. Este acorazado de bolsillo merodeó después, durante cinco meses, por el Atlántico Sur y el océano Índico. A su regreso a Alemania había hundido 16 barcos.

Mucho más peligrosos fueron los destructores *Scharnhorst* y *Gneisenau*, que entraron en acción en el Atlántico el 7 de febrero de 1941. Al volver a Brest, el 22 de marzo, ambos destructores habían dado cuenta de 22 buques.

El último más serio intento de atacar con grandes buques de guerra los convoyes aliados fue el llevado a cabo por el acorazado *Bismarck* y el crucero *Prinz Eugen*, en mayo de 1941. Interceptado por los acorazados *Hood* y *Prince of Wales*, el *Bismarck* hundió al *Hood*, pero, averiado por el *Prince of Wales* y por los aviones transportados por el carguero *Victorious*, se vio obligado a dirigirse a Brest para ser reparado, no sin antes ser de nuevo bombardeado por aviones del *Ark Royal* y finalmente superado por la fuerza masiva de la Flota británica. El *Prinz Eugen* llegó a Brest sin haber podido apuntarse ningún tanto.

Por alarmantes que fuesen estas incursiones en superficie nunca lograron los espectaculares resultados de los submarinos. El almirante Karl Doenitz, jefe de las fuerzas submarinas alemanas, no cesó de pedir un trato preferencial para el arma que él consideraba más idónea para la victoria de Alemania.

La otra gran amenaza de los convoyes eran los aviones «Focke-Wulf Condors», de gran radio de acción, adaptación de la aviación civil. Operaban desde Burdeos a partir de agosto de 1940 y causaron graves pérdidas a la marina mercante aliada.

Se tomaron varias medidas para hacer frente a la nueva amenaza. Las escoltas fueron reforzadas en lo posible. Las bases de Irlanda del Norte proporcionaron aviones de caza para la escolta y en los buques mercantes se instalaron defensas antiaéreas. En otros buques se instalaron catapultas para el lanzamiento de aparatos «Hurricane», los cuales, una vez cumplida su misión, eran abandonados por el piloto, provisto de un paracaídas.

La guerra submarina. Medidas y contramedidas

Entretanto, en las rutas de los convoyes transatlánticos la batalla consistía en una lucha directa entre los submarinos y los buques de escolta, ayudados por un creciente número de aviones. Como la mayoría de estos aparatos eran de escaso radio de acción, lo que lograron fue trasladar la escena de la batalla hacia el Oeste, fuera de su alcance. Así, pues, los primeros encuentros de la primavera de 1941 tuvieron lugar en las aguas al sur de Islandia.

Durante la tregua invernal, las nuevas medidas encaminadas a aumentar la eficiencia de las escoltas dieron sus frutos. En marzo, al atacar los submarinos alemanes un convoy que se dirigía a América, hundieron dos cargueros y causaron daños a otros dos, pero perdieron una de sus unidades y otras dos se retiraron de la batalla. El *U47*, al mando de Prien, que en octubre de 1939 había logrado penetrar en Scapa Flow y hundir el acorazado *Royal Oak*, fue sepultado en las aguas con toda su tripulación.

Una semana más tarde la «manada de lobos» hundió en una sola noche cinco buques de un convoy, pero dos submarinos fueron eliminados, y con ellos dos de los grandes ases alemanes: Schepke, comandante del *U100*, y Otto Kretschmer, que fue hecho prisionero con toda la tripulación del *U99*.

Durante este mes los alemanes pagaron con cinco submarinos el hundimiento de diecinueve buques. Obligados a trasladar su campo de operaciones más al oeste, para encontrarse con los convoyes antes que se les unieran sus escoltas, lograron aniquilar un convoy al sudeste de Groenlandia. El Almirantazgo determinó entonces crear bases en Islandia para proporcionar escolta por mar y aire a los convoyes, hasta 35° de latitud oeste (aproximadamente unas 1.200 millas al oeste de Irlanda).

Entonces los submarinos escogieron como campo de operaciones las zonas desiertas al sur y sudeste del cabo Farewell, en Groenlandia. A fines de mayo un convoy sin escolta perdió allí nueve barcos. En junio otro convoy, con escolta, perdió cinco buques, pero fueron hundidos dos submarinos. El número total de barcos hundidos por los submarinos aumentó, de cuarenta y dos en abril, a sesenta y uno en junio. Sólo el 20 % de estos barcos viajaban en convoyes: sus escoltas habían echado a pique cinco submarinos.



La lección era obvia, y en julio de 1941 el Almirantazgo pudo sacar algún provecho de ella. Aparte de los anticuados destructores «four-stackers», adquiridos a los Estados Unidos en razón del Convenio de «préstamo y arrendamiento», y del buen número de corbetas del tipo «Flower», fabricadas en los astilleros británicos, la Marina Real Canadiense equipó varias corbetas, así como siete de los anticuados «four-stackers». En mayo se creó la Fuerza de Escolta de Terranova, con base en San Juan de Terranova, que se encargó de dar escolta en el sector occidental de la ruta de los convoyes. Ahora, pues, los buques mercantes tenían escolta de un extremo a otro del derrotero este-oeste.

Al verse frustrados en su búsqueda de presas fáciles en la ruta transatlántica, los submarinos trasladaron sus actividades hacia el Sur, en el área de Freetown, donde durante algún tiempo hundieron ochenta y un buques no escoltados. Ello obligó a completar en esta zona el sistema de escoltas: ahora los submarinos tendrían que enfrentarse con ellos si querían alcanzar a sus presas.

Durante algún tiempo la «manada» acechó los accesos de Freetown y Gibraltar, en la esperanza de verse apoyada por los aviones «Condor». Pero como estas zonas estaban bien cubiertas por aviones y barcos ingleses, el intento alemán resultó un fracaso, y Doenitz buscó de nuevo un punto débil en las zonas más apartadas del Atlántico, donde los grupos de escolta proporcionados por la Marina Real Canadiense eran poco numerosos y faltos de experiencia. En septiembre un grupo de 17 submarinos atacó un lento convoy en dirección a Gran Bretaña y en dos días hundió 16 barcos, antes que un grupo de escolta desde Islandia pudiese acudir en su auxilio.

El Almirantazgo no podía reforzar la defensa del sector occidental de la ruta de los convoyes y Doenitz se aprestó a aprovecharse de ello. Fue en este momento cuando Hitler ordenó que todas las fuerzas submarinas en activo se trasladaran al Mediterráneo, a fin de aliviar la situación en que se encontraba el *Afrikakorps* de Rommel.

Aunque esta medida facilitó la situación de la ruta transatlántica en un momento crítico, hizo que los ataques se concentraran de nuevo contra los convoyes de Gibraltar. Un ataque combinado de submarinos y aviación causó graves pérdidas a dos de ellos. Pero ya habían entrado en juego los factores que finalmente habían de decidir la Batalla del Atlántico a favor de los aliados.

Victoria de las escoltas

Se destinó a la defensa de los convoyes de Gibraltar un grupo de escolta bien entrenado. Su jefe, el comandante F. J. Walker, se convirtió en el mejor especialista, de toda la guerra, en hundir submarinos. Al mismo tiempo se puso en servicio el primer portaaviones de escolta, el *HMS Audacity*, y cuando una «manada», ayudada por aviones «Condor», se concentró para atacar un convoy que se dirigía a Gibraltar, en diciembre de 1941, cuatro submarinos fueron hundidos, dos aviones derribados y dos inutilizados. Dos buques del convoy, uno de la escolta y el propio *Audacity*, fueron también hundidos.

A pesar del desastre que significaba la pérdida del portaaviones, ambos bandos reconocieron que aquella batalla había sido una gran victoria para las escoltas.

Hasta este momento desde que comenzó la guerra las pérdidas de barcos superaban las reposiciones en 7.000.000 de toneladas. En la mayoría de los casos se trataba de buques que navegaban, por una razón u otra, sin la protección del convoy. Estas cifras significaban que los aliados habían ido perdiendo la batalla de las rutas comerciales. Ahora, sin embargo, se podía esperar que la tendencia cambiaría con la participación de buques más rápidos en las escoltas de los convoyes.

Entonces, el 7 de diciembre de 1941, la situación cambió por completo. Después del ataque japonés a Pearl Harbour, Hitler declaró la guerra a los EE.UU. Inmediatamente las líneas de convoyes que navegaban por la costa oriental de los EE.UU. y que hasta entonces estaban protegidos por la declaración que Norteamérica había hecho de «Zona de seguridad» de aquel sector, se vieron expuestas a los ataques. Y entonces empezó un verdadero holocausto de buques mercantes aliados.

Capitán Donald Macintyre



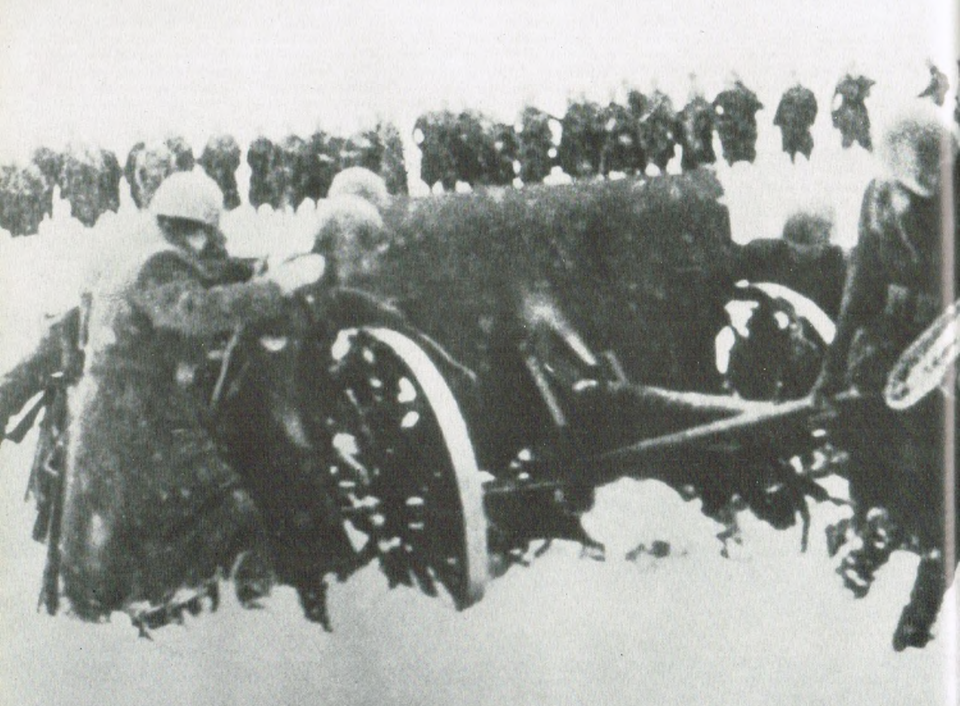
Un avión de caza «Hawker Hurricane» es lanzado desde la catapulta idónea instalada en un buque mercante.

La campaña de los Balcanes

Cuando Mussolini recibió a Hitler en la estación de Florencia y le dio la noticia de que las tropas italianas habían invadido los Balcanes, el Führer no le felicitó. Luego, para salvar a Italia del desastre, Hitler intervino en la campaña, lo cual le obligó a demorar la proyectada invasión de Rusia.

Soldados italianos arrastran un cañón semihundido en la nieve durante su retirada frente a los griegos en Albania (febrero de 1941). Mussolini consideraba los Balcanes como un área naturalmente destinada a la expansión italiana; sin embargo, los fracasos cosechados ante los griegos mostraron la dificultad de poner en práctica tal idea y forzaron a los alemanes a acudir en ayuda de sus aliados.

Durante los doce primeros meses de la Segunda Guerra Mundial, ni los británicos ni los alemanes deseaban perturbar la paz del Sudeste de Europa. En Londres, el Departamento de Guerra temía que la extensión del conflicto plantease arduos problemas de ayuda y abastecimiento; y en Berlín se estimaba que el Reich podía salir más beneficiado con la explotación pacífica de los recursos económicos de aquellas regiones, que con una guerra de conquista. A Hitler le preocupaba particularmente la salvaguardia de los campos petrolíferos de Rumania, y ya en octubre de 1940 obtuvo de un acomodaticio Gobierno rumano el derecho a poner la «neutrali-



dad» e «independencia» del país, ante la actitud amenazadora de Rusia, bajo la protección de las tropas alemanas.

La afirmación de la primacía alemana en el Este de Europa irritó a Mussolini, que consideraba a los Balcanes como la zona destinada por la naturaleza a soportar la expansión italiana. En la primavera de 1939, el Duce había anexionado Albania a la corona italiana, y deseaba rematar su fácil triunfo invadiendo Yugoslavia (si bien su ministro de Asuntos Exteriores, conde Ciano, prefería una marcha sobre Atenas). Hitler se opuso siempre a ambos proyectos, y los italianos contemplaron hurañamente cómo las unidades alemanas llegaban el 8 de octubre de 1940 a la costa rumana del mar Negro.

Entonces Mussolini decidió actuar, y el 15 de octubre se efectuaron a toda prisa los preparativos para una campaña contra Grecia que partiría de las bases italianas del sur de Albania. Hitler, alarmado ante esa perspectiva, corrió a Florencia a entrevistarse con Mussolini, quien, el 28 de octubre, le comunicó lleno de alborozo que «las victoriosas tropas italianas habían cruzado aquella misma mañana la frontera greco-albanesa». El Führer no le felicitó.

La expedición contra Grecia fue un desastre. Cerca de la costa, los italianos avanzaron cuarenta kilómetros en tres días, pero no tardaron en ser rechazados. Los regimientos de montaña griegos, que contemplaban cómo las divisiones blindadas descendían pesadamente por los valles del Epiro, esperaron a que los italianos llegasen a las sombrías gargantas del Pindo y cayeron sobre ellos desde la retaguardia. Una división alpina fue barrida. En once días, los griegos hicieron 5.000 prisioneros y obligaron a los invasores a retroceder hacia la frontera. La lluvia y la nieve convirtieron el frente en infranqueable ciénaga y no parecía caber la menor posibilidad de transportar divisiones de refresco para impedir un descalabro. El 21 de noviembre, el tercer centro urbano de Albania cayó



en poder del general griego Papagos. Y antes de que el invierno paralizara todas las operaciones, los griegos habían rebasado en cincuenta kilómetros la línea del frente. Causaron 30.000 bajas a los italianos y capturaron la ciudad de Pogradec, la fortaleza de Argyrokastron y la base naval de Santi Quaranta, que los aduladores italianos habían rebautizado con el nombre de «Porto Edda», en honor a la hija de Mussolini. El Duce sufrió, pues, a manos de los griegos, una derrota militar y una humillación política. Pero no era eso todo. El 11 de noviembre, tres acorazados y un crucero italianos fueron puestos fuera de combate en una incursión efectuada sobre Taranto por bombarderos-torpederos del portaaviones *HMS Illustrious*.

Hitler estaba furioso con su aliado, especialmente cuando los británicos empezaron a establecer bases en Creta y otras islas griegas, que ponían al alcance de la R.A.F. la ruta de aprovisionamiento de Rumania. Era evidente que los italianos habían de ser salvados por las armas alemanas. Ya el 12 de noviembre Hitler había ordenado al Alto Mando que ultimara los preparativos para una campaña en los Balcanes. Mussolini continuó insistiendo en que fueran los italianos quienes aplicasen «un primer correctivo» a los griegos, si bien aceptó una proposición para el envío de una misión militar alemana al frente.

Por su parte, los alemanes no tenían intención alguna de pasar, sin más, al ataque, pues Hitler deseaba asegurarse primeramente de que los demás Estados del sudeste de Europa apoyarían al Eje. No dudaba de la buena disposición de los rumanos, y comenzó a presionar a los búlgaros. El 8 de febrero se firmó en Sofía un convenio por el cual los alemanes podían concentrar el XII Ejército al sur de Bulgaria, a lo largo de la frontera griega. Quedaba sólo Yugoslavia; y en el curso de los meses de invierno, los nazis alternaron amenazas con halagos para atraer al Gobierno yugoslavo al campo del Eje.

Yugoslavia y el «Orden Nuevo»

A Yugoslavia le afectaba más directamente que a cualquier otro Estado balcánico el resultado de la campaña italo-griega. Durante veinte años, los yugoslavos habían disfrutado de derechos especiales sobre el puerto griego de Salónica; no tenían, por consiguiente, el menor deseo de ver a esa ciudad en manos de sus viejos rivales, los italianos. Hitler esperaba tentar a los yugoslavos con la promesa de cederles Salónica en cuanto cayera Grecia. No obstante, el príncipe Pablo, regente de Yugoslavia, y sus ministros se hallaban en difícil posición. Eran impopulares entre casi todos los sectores de opinión del país, pues habían intentado complacer a demasiados grupos enemigos entre sí. Sabían que los servios, la más numerosa de las nacionalidades del reino, simpatizaban con sus antiguos aliados de Grecia, y que una colisión con Alemania podría precipitar una revuelta interna. El regente, que en su fuero interno era anglófilo pero se daba cuenta de que Alemania podría invadir Yugoslavia en un par de semanas, optó por una política de estricta neutralidad.

Ello no le bastaba a Hitler. En aquellos momentos, el Estado Mayor General estaba planeando no sólo la «Operación Marita» contra Grecia, sino la «Operación Barbarroja» contra Rusia, y habría sido peligroso dejar, durante esas próximas campañas, a una Yugoslavia no comprometida en el flanco alemán. Hitler aumentó, pues, gradualmente la presión sobre los yugoslavos para que se uniesen al Pacto Tripartito entre Italia, Alemania y Japón, la Carta de Cooperación en el «Orden Nuevo», a la que se habían adherido ya húngaros, rumanos y búlgaros. El príncipe Pablo accedió por fin a que su primer ministro y el de Asuntos Exteriores firmasen en Viena, el 25 de marzo, el pacto. Por fin, Hitler estaba preparado para sacar a Mussolini de su atolladero griego, y la «Operación Marita» fue fijada para comienzos de abril.

Los italianos, por su parte, deseosos de administrar aquel «correctivo» a los griegos, reunieron no menos de veintiocho divisiones, doble número que las de sus adversarios. El 9 de marzo, Mussolini en persona se trasladó a Albania, pero su mera presencia no bastó para asegurar el éxito. Los griegos lograron mantener sus posiciones y, desde el 7 de marzo en adelante, comenzaron a llegar al Pireo y a Volos pequeños grupos de tropas británicas y de la *Commonwealth*, para enfrentarse a la amenaza del Ejército alemán de Bulgaria. Al mismo tiempo, la *Royal Navy* impidió todo movimiento hacia el Egeo de la flota italiana, y el 28 de marzo logró una sonada victoria contra dos escuadras italianas a la altura del cabo Matapán.

Yugoslavia encuentra su alma

Los alemanes confiaban obtener, con la llegada del buen tiempo, una fácil victoria; pero el 27 de marzo recibieron malas noticias de Belgrado: una revuelta de las Fuerzas Aéreas, encabezadas por el general Bora Mirkovic, había derribado al Gobierno y el pueblo de la capital se había manifestado en favor de los británicos y los griegos. Aquello era, en frase de Churchill, como si Yugoslavia hubiese «encontrado su alma».

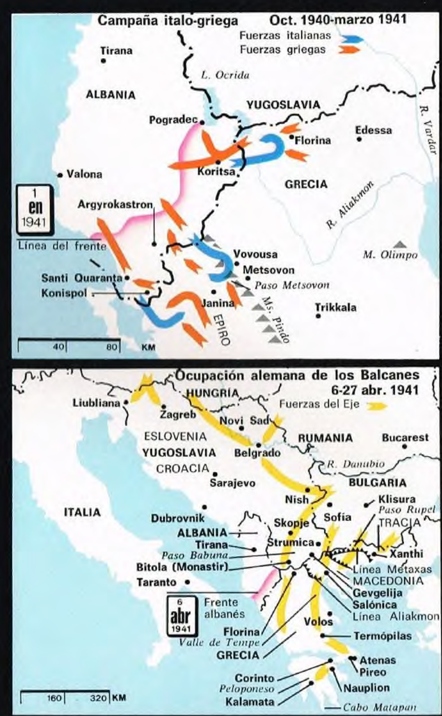
Hitler consideró el golpe de Belgrado como una afrenta personal y una amenaza militar, y el mismo día publicó esta proclama: «Sin esperar a una posible declaración de lealtad por parte del nuevo Gobierno, el Führer está decidido a efectuar todos los preparativos para destruir el poder militar de Yugoslavia y su unidad nacional.» Con el apoyo de Italia, Hungría y Bulgaria, se procuraría que los distintos pueblos que componían Yugoslavia se volvieran contra los dominantes servios. No se daría ningún ultimátum; la guerra comenzaría con un escarmiento masivo de la insolente ciudad de Belgrado. El ataque coincidiría con el inicio de la «Operación Marita» contra Grecia; la «Operación Barbarroja» sería aplazada hasta que fuese restaurado el orden en los Balcanes.

De haber esperado Hitler, hubiese encontrado al nuevo Gobierno, encabezado por el general Dusan Simovic, mucho menos hostil al Eje de lo que él o el pueblo de Belgrado suponían. Simovic no deseaba provocar a los alemanes; y las conversaciones secretas entre los representantes yugoslavos y los altos jefes británicos y griegos no desembocaron en ningún acuerdo efectivo. En caso de ataque alemán, los yugoslavos pedían que se enviase rápidamente quince divisiones británicas a Salónica. Pero la mayoría de las tropas que podían ser sustraídas a la guerra del desierto en Africa se encontraban ya en Grecia: dos divisiones australianas, una neozelandesa, una brigada polaca y otra acorazada británica. Este ejército, que contaba con más de 58.000 hombres, era imprescindible para reforzar las líneas griegas, pues la campaña invernal en Albania había mermado las reservas del general Papagos. Era, pues, difícil que esos limitados refuerzos pudieran socorrer al par a yugoslavos y griegos.

La «Operación Marita»: un triunfo de la planificación

La «Operación Marita» se reveló como un triunfo de la planificación del Estado Mayor. La campaña empezó en la madrugada del 6 de abril, y durante más de dos días los «stukas» se abatieron sobre Belgrado, cuyo centro quedó reducido a escombros. El ataque costó la vida a 17.000 personas. Al mismo tiempo, el XII Ejército del mariscal de campo List atravesaba la frontera búlgaro-yugoslava en Macedonia, confundiendo así al Mando yugosla-





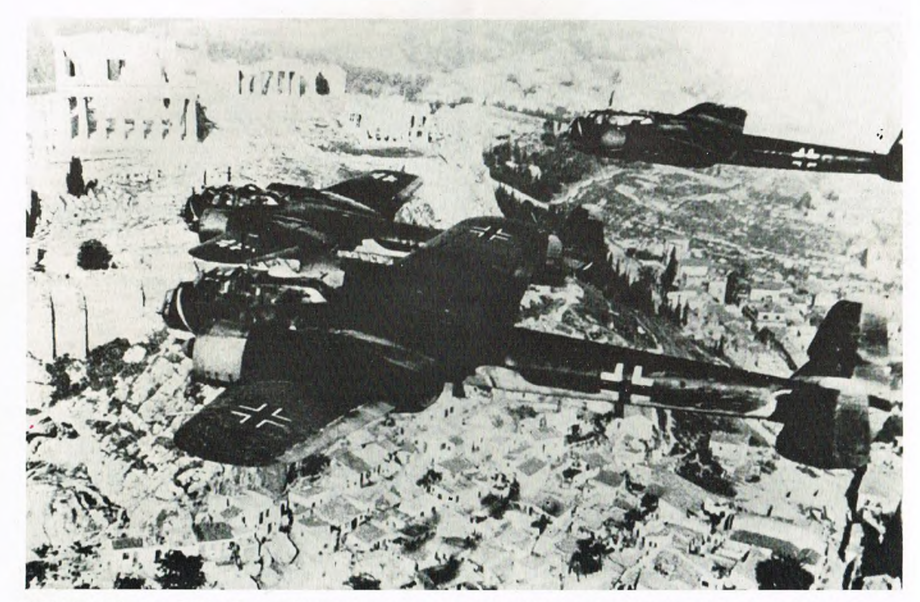
Izquierda: **«Las heroínas de 1940», cartel griego que muestra la ayuda prestada al Ejército por las campesinas que cuidaron del transporte de municiones a través de las montañas durante la lucha contra los italianos.** *Derecha:* **los fracasos de Mussolini (arriba) y los éxitos alemanes (abajo) en sus respectivas campañas contra los griegos en 1940 y 1941.**

vo, que tenía mejor defendidas las fronteras del norte que las del sur. Pero el movimiento de List tenía una doble ventaja: a la vez que le introducía en el corazón de Yugoslavia, le permitía dirigirse hacia el sur, por el valle del Vardar, para apoderarse del vital puerto griego de Salónica. List ganó la campaña balcánica para Alemania a las cincuenta horas de haber sonado los primeros disparos.

La resistencia yugoslava duró sólo doce días. Algunas unidades combatieron valerosamente, en especial al este de Nis, donde dos divisiones que no disponían de ningún cañón antitanque lograron frenar la marcha de tres brigadas blindadas del XIV Cuerpo del general Von Kleist. No obstante, hubo escasa voluntad de luchar por Yugoslavia entre los regimientos croatas, y la minoría de habla alemana llevó a cabo actos de sabotaje en el norte. Las primeras pérdidas territoriales se produjeron en el sur: Skopie cayó en poder de List el 7 de abril y Kleist tomó Nis el 8. El II Ejército alemán en el norte no comenzó su avance principal hasta el 10 de abril, pero encontró poca resistencia y en menos de doce horas cubrió los 112 kilómetros que desde el cruce de la frontera en Gyekenyer le separaban de la capital croata de Zagreb. Acto seguido fue puesto el nuevo «Estado croata» bajo el patrocinio del Eje.

Los italianos y húngaros se internaron seguidamente en Yugoslavia para asestarle el golpe de gracia, y divisiones búlgaras de infantería cruzaron detrás de los blindados alemanes la frontera de Macedonia. El 11 de abril, las tropas italianas que se aproximaban cautelosamente a la capital eslovena de Liubliana la encontraron ya bajo control alemán. Los húngaros alcanzaron Novi Sad en el Danubio, pero, faltos de preparación, una de sus unidades acorazadas se quedó sin combustible a 48 kilómetros al sur de la frontera. Los éxitos militares de la campaña fueron exclusivamente alemanes y se obtuvieron con la sola pérdida de 151 hombres muertos en acción. Fue una columna alemana la que recibió la rendición de Belgrado el 12 de abril, y fueron oficiales del Estado Mayor alemán quienes negociaron un armisticio con un general yugoslavo el 17 de abril. Este mismo día, la banda de un regimiento italiano penetró triunfalmente en Dubrovnik... El Ejército de Mussolini, el de los brillantes desfiles en tiempo de paz, era menos fruto de la tradición de César que de la de Verdi.

La vanguardia del XII Ejército alemán avanzó sobre Grecia en tres columnas; una cruzó el 7 de abril el río Vardar, se dirigió hacia Bitola (Monastir), y por las montañas del sur de Albania penetró en el noroeste de Grecia; una segunda columna partió de Strumica y por Gevgelija y la vía férrea llegó a Salónica, mientras una tercera columna marchaba sobre esta ciudad desde el noreste. A las 8 de la mañana del 8 de abril, los primeros tanques alemanes recorrían con estruendo el puerto griego que había servido de base a los aliados durante la Primera Guerra Mundial. El avance alemán cortó todas las comunicaciones entre Yugoslavia y Grecia.



Bombarderos alemanes «Dornier 17» sobre Atenas. La ocupación de la ciudad (27 de abril de 1941) supuso el fin de la campaña de los Balcanes, que había durado sólo tres semanas; tras la retirada de las fuerzas aliadas hacia Creta y Egipto, Atenas cayó sin resistencia.

También consiguió aislar las divisiones griegas que guarnecían las defensas de Tracia, la llamada «Línea Metaxas».

Al comandante de las fuerzas británicas en Macedonia, general sir Henry Maitland Wilson, no le había gustado nunca el plan griego de mantener la «Línea Metaxas». Era partidario de defender a todo trance el recodo del río Aliakmon, desde las montañas albanesas a los contrafuertes naturales al norte del Olimpo. Cuando el ejército de List atacó Grecia, las tropas de Wilson se hallaban al noroeste de esa línea, protegiendo el ancho pasillo de Bitola a Kenali y Florina, escenario de encarnizadas batallas en la Primera Guerra Mundial. Ahora, los defensores no pudieron contener el empuje de los blindados alemanes. Los tanques de List hicieron retroceder a Wilson al Aliakmon el 12 de abril y, dos días después, los alemanes se abrieron paso a través de las agrestes montañas en torno al Klisura y se dirigieron al sudoeste, hacia las gargantas del Pindo, a fin de cortar la retirada al Ejército griego del frente albanés. Irónicamente, en el Paso de Metsovon, donde cinco meses antes habían destruido una división alpina italiana, los griegos se rindieron finalmente a las tropas de asalto SS. Cortada la retirada, el comandante local, general Jorge Trolakoglu, entabló negociaciones con la vanguardia de List, y el 20 de abril se rindieron a los alemanes todas las fuerzas griegas en Albania, Epiro y Macedonia. Al día siguiente se concertó un armisticio general greco-germano, pero Mussolini insistió en que los griegos firmaran una capitulación por separado con los italianos.

Mientras tanto, las tropas de vanguardia de Wilson intentaban contener el avance alemán sobre Atenas, para que pudieran evacuar del país los británicos, griegos y yugoslavos que deseasen continuar la lucha en otras regiones. Unidades australianas y neozelandesas defendieron durante tres días los pasos del Olimpo y del valle de Tempe, para retroceder, el 20 de abril, al histórico Paso de las Termópilas, cuya defensa se hizo insostenible el 24 de abril. Como era imposible utilizar el puerto del Pireo, las tropas se dirigieron a las inhóspitas playas abiertas del Peloponeso, Nauplion, Kalamata y Monemvasia. El 26 de abril, con el fin de cortar la retirada, los alemanes atacaron de nuevo, y tropas de paracaidistas se apoderaron de la ciudad y el istmo de Corinto. Unas cuantas noches sin luna favorecieron la última fase de la evacuación y, para el 1.º de mayo, unos 50.000 hombres de las tropas aliadas pudieron ser llevados a Creta y Egipto.

A mediodía del 27 de abril, la bandera de la esvástica flameaba en las alturas de la Acrópolis de Atenas. Aunque en las montañas de Grecia y Yugoslavia se estaban preparando hombres para resistir a las fuerzas de ocupación, no cabía duda de que los alemanes habían logrado una impresionante victoria.

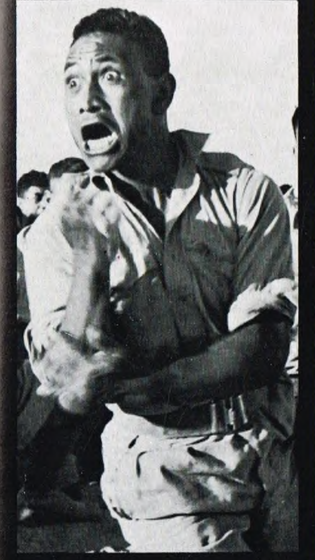
Alan Palmer

La Commonwealth en la lucha

Al igual que en la Primera Guerra Mundial, los Dominios de Gran Bretaña se unieron a la causa aliada, a la que prestaron una importante ayuda material y financiera. Pero, a fines de los años 30, la Commonwealth poseía una estructura muy distinta a la del imperio de 1914. El Estatuto de Westminster había otorgado a las posesiones una virtual autonomía. Cada Dominio mantenía con Gran Bretaña vínculos más flojos, y se veía obligado a considerar sus intereses propios al par que los de Gran Bretaña. Eire, el más extremista, permaneció neutral. La guerra —y la manera en que cada Dominio entró en ella— acentuó la tendencia hacia la diversificación en el seno de la Commonwealth, e impuso a las naciones del Imperio una mayor conciencia de su propia personalidad.

La entrada del Canadá fue aplazada una semana, hasta el 10 de septiembre, para dar tiempo a que el Rey declarase la guerra tras haberlo consultado con el Parlamento canadiense. Con ello se aseguraba una decisión democrática y se tenía en cuenta la opinión de los súbditos de habla francesa e inglesa. Después, el Canadá contribuyó al esfuerzo bélico con más de un millón de hombres y proporcionó armamentos y buques en una escala superada sólo por los Estados Unidos y la propia

Arriba: **cartel británico donde aparece ensalzada la unidad de la Commonwealth.** Derecha: **pintura del canadiense L. P. Harris, que muestra el avance de los tanques del Canadá en suelo italiano (1944).** Abajo: **soldado maori en un momento de la «haka», danza guerrera indígena que trata de infundir valor a los combatientes y temor al adversario.**

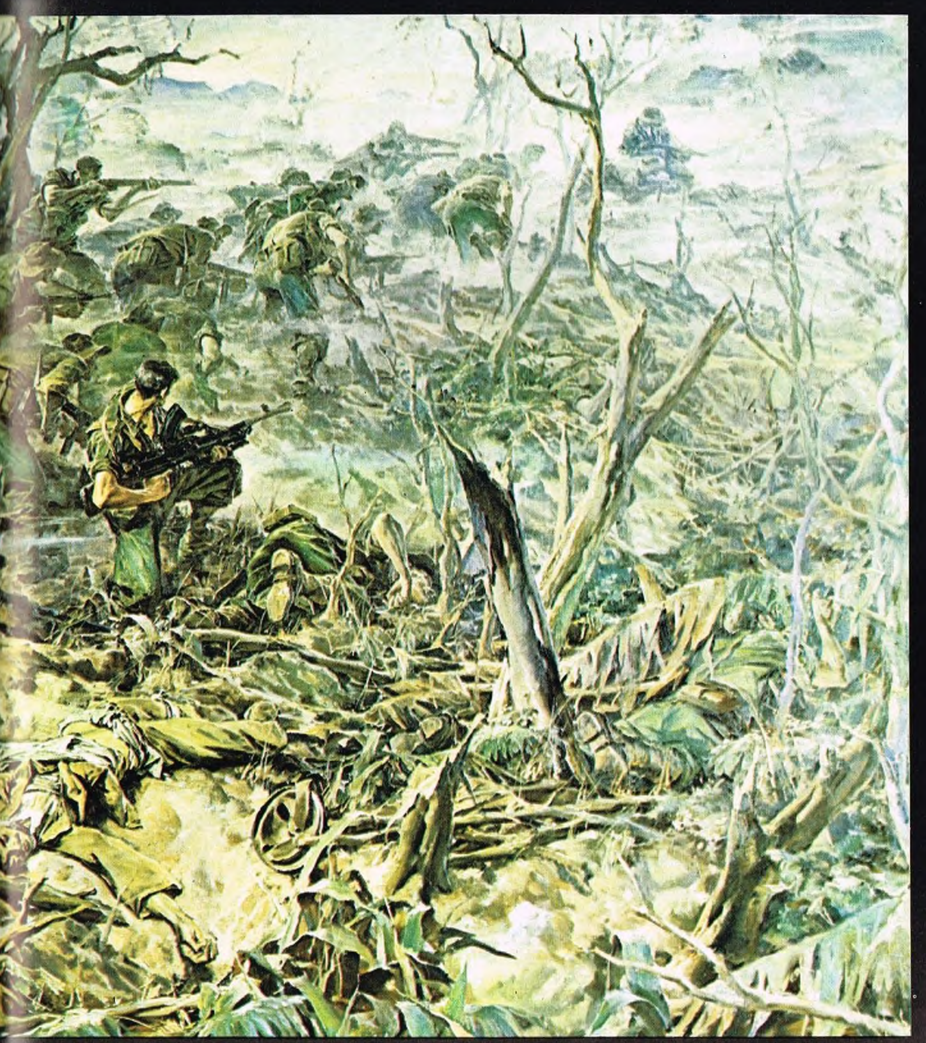






Gran Bretaña. El Servicio de Entrenamiento Aéreo de la Commonwealth, llevó cada año 35.000 hombres a entrenarse en el Canadá. En 1942, el Canadá donó a Gran Bretaña municiones, materias primas y alimentos por valor de mil millones de dólares. Su marina de guerra desempeñó en el Atlántico un papel vital en la escolta de convoyes, y sus tropas se destacaron en Europa y el África del Norte, y, de una manera particular, en la incursión de Dieppe y en Caen, durante la invasión de Europa. El Canadá estrechó también sus relaciones con los Estados Unidos y la alianza virtual que con ellos mantenía al comienzo de la guerra, se fue consolidando progresivamente tras la entrada del Japón en la contienda.

Australia y Nueva Zelanda entraron en la lucha, como en 1914, por el principio de que «Cuando el Rey está en guerra, nosotros también lo estamos», y unidades de la pequeña Armada de Nueva Zelanda no tardaron en distinguirse en la batalla del Río de la Plata. Pero el espíritu y los intereses de ambos países eran muy diferentes a los de 1914. El temor a la amenaza nipona había aumentado al compás de la creciente expansión del Japón —temor justificado por una incursión aérea japonesa que bombardeó Darwin a comienzos de 1942. Ambos países enviaron tropas —en las neozelandesas figuraban maories— a África del Norte. Los australianos demostraron ser los más eficaces combatientes del Imperio en Tobruk y El Alamein. Australia fue el único de los Dominios que reservó varias divisiones para mandarlas a luchar contra el Japón. Éstas, junto con los americanos, causaron en Nueva Guinea 20.000 bajas al enemigo, contra 2.000 hombres que perdieron la vida. El destino de las tropas australianas fue causa de algunos roces entre Australia e Inglaterra. La independencia de que gozaban tanto Australia como Nueva Zelanda obligó a ambos países a estrechar sus re-



Pintura de Ivor Hele: en Nueva Guinea, un batallón australiano de infantería se lanza contra un foco japonés de resistencia, el 28 de julio de 1943.

laciones con los Estados Unidos, con los cuales no tardaron en concluir una alianza.

La actitud del África del Sur fue quizá la más equívoca de todas. Como en la Primera Guerra Mundial, los antibritánicos «afrikaaners», muchos de los cuales eran de tendencias de extrema derecha, se opusieron a que el país se pronunciara en favor de los aliados. Todavía eran vivas las relaciones, a través de la antigua colonia alemana del África Sudoccidental, con elementos germanófilos. En un momento dado, el general Smuts declaró que sólo la intervención gubernamental había desbaratado en África Sudoccidental un golpe de la extrema derecha planeado por los nazis locales y los Camisas Negras sudafricanos. Sólo por una exigua mayoría logró que el Parlamento se declarara partidario de cooperar con el Imperio y obligara a dimitir al primer ministro, J. B. M. Hertzog. No obstante, como Sudáfrica no estaba directamente amenazada, participó muy poco en la lucha, principalmente en la que tuvo lugar en África del Norte.

Al revés de lo ocurrido durante la Primera Guerra Mundial, los Dominios no aceptaron incondicionalmente la jefatura británica. En 1942, Australia y Nueva Zelanda pidieron que el Consejo de Guerra del Pacífico tuviera sedes tanto en Washington como en Londres: deseaban poder entenderse directamente con los norteamericanos.

La guerra contribuyó a que salieran a flote los sentimientos nacionalistas que desde antiguo fermentaban en el seno de los países de la Commonwealth.

J. M.

La batalla de Creta

A comienzos de mayo de 1941, las tropas alemanas habían alcanzado las costas griegas del Egeo y el Mediterráneo. Sólo Creta, situada enfrente, cubría las pequeñas islas griegas y cerraba el paso al Mediterráneo exterior. Los británicos se habían retirado del continente a Creta, y estaban decididos a no dejársela arrebatar.



Un pequeño éxito antes de la retirada: el fuego aliado derriba uno de los «Junkers 52» que en mayo de 1941 lanzaron sobre Creta unidades de paracaidistas.

La evacuación británica de Grecia comenzó el 25 de abril de 1941. Ese mismo día, Hitler autorizó la invasión de Creta. La posición de esta isla en el centro del Mediterráneo oriental hacía de ella, con su excelente ensenada de Suda, una base naval de gran importancia estratégica. La R.A.F. podía alcanzar los Balcanes, y en especial el centro petrolífero rumano de Ploesti, desde los aeródromos de Heraklion, Retimo y Maleme.

Desde octubre de 1940, cuando invadieron Grecia los italianos, el general sir Archibald Wawell había podido destinar pocas tropas y escaso material para guarnecer la isla; ahora contaba con las tropas evacuadas de Grecia, entre ellas la 6.ª División australiana y las Brigadas 4.ª y 5.ª de la 2.ª División Neozelandesa. El comandante de las fuerzas de la isla, general Bernard Freyberg, ante la expectativa de una invasión germana, organizó la defensa con todo el material que pudo sacar del Oriente Medio.

Por otra parte, los alemanes destinaron a la operación unos 500 aviones de transporte, 70 a 80 planeadores, 280 bombarderos, 150 bombarderos en picado, 180 cazas y 40 aparatos de reconocimiento. Participarían 22.750 hombres en total, 750 de los cuales serían transportados en planeadores, 10.000 en paracaídas, 5.000 por avión y 7.000 por mar.

Las fuerzas británicas totalizaban unos 30.000 hombres apoyadas por 11.000 soldados griegos deficientemente armados. Estas tropas debían ser repartidas en zonas muy dispersas, enlazadas por una carrete-

ra vulnerable que discurría paralela a la costa norte, próxima a las bases aéreas alemanas. Tales zonas eran los aeródromos de Heraklion, Retimo y Maleme, la ensenada de Suda y Canea, la capital de la isla.

El ataque fue proyectado en dos oleadas: un ataque al amanecer, a cargo del Grupo Oeste, contra Maleme, y del Grupo Centro, contra Canea y sus alrededores; y otro por la tarde, a cargo del Grupo Este, contra Heraklion y Retimo.

A las primeras luces del día 20 de mayo, el firmamento se llenó con el fragoroso bramido de cientos de aviones. El ataque relámpago fue particularmente intenso en la Cota 107, colina que dominaba el aeródromo de Maleme y que estaba guarnecida por el 22.º Batallón Neozelandés. Tres destacamentos de planeadores fueron los primeros en aterrizar: uno destruyó las posiciones antiaéreas de la desembocadura del río Tavronitis, el segundo ocupó el puente de la carretera principal sobre dicho río y el tercero fue virtualmente destruido por la defensa.

El teniente coronel Andrew VC, que mandaba el 22.º Batallón Neozelandés, perdió el contacto con sus compañías de vanguardia, y al caer la noche, creyendo aniquiladas a tres de sus compañías, decidió replegarse, aprovechando la oscuridad, a las zonas confiadas a los Batallones 21.º y 23.º. Las compañías, que él daba por perdidas, viendo que se replegaba, le siguieron, y él se dio cuenta, demasiado tarde ya, de que su posición había sido mejor de lo que suponía.

Entretanto, los Batallones 21.º y 23.º habían destruido un batallón o más de paracaidistas descendidos a sus propias áreas, y en todo el frente de la 5.ª Brigada los paracaidistas muertos sembraban el terreno entre los olivares.

También había tenido un mal día el Grupo Centro de los alemanes. El destacamento de planeadores aterrizado en la península de Akrotiri había sido barrido por el 1.º de Húsares de Northumberland. El comandante del grupo, general Suessmann, resultó muerto al estrellarse su aparato. Los supervivientes y extraviados lograron escurrirse hacia el cuerpo principal, el 3.er Regimiento de Paracaidistas del general Heidrich, que había aterrizado al sudoeste de Galatas, muy lejos del alcance de la defensa. Ésta se componía de la 10.ª Brigada NZ, improvisada a base sobre todo de conductores sin camiones y artilleros sin cañones, bajo el mando del teniente coronel H. K. Hippenberger. Hubo algunos desesperados encuentros, y la línea



Los paracaidistas alemanes empiezan a hacer prisioneros británicos tras su descenso en Creta. Este ataque de fuerzas aerotransportadas fue el mayor de su género montado por los alemanes en el curso de la Segunda Guerra Mundial.

se salvó gracias a una salvaje carga efectuada por soldados y campesinos griegos al mando del capitán Michael Forrester.

En Heraklion y Retimo, los alemanes fracasaron también, a pesar de algunos éxitos parciales. Al finalizar el día, el general Freyberg, desconocedor de la retirada de Maleme, se sentía optimista, y el general Student, en Atenas, el apóstol de la invasión aérea y comandante de las fuerzas alemanas aerotransportadas, se hallaba próximo a la desesperación.

Sin embargo, Student conoció, por el reconocimiento aéreo del 21, que Maleme estaba en manos alemanas, y decidió reforzar la posición mandándole aquella misma tarde todas sus restantes tropas de paracaidistas y un batallón de montaña aerotransportado.

Habían de seguir días de encarnizada lucha, pero la posición de Maleme fue decisiva. La defensa no podía desplazar grandes fuerzas a la luz del día, debido a que los alemanes controlaban el aire, y el temor a una invasión por mar obligaba a Freyberg a mantener tropas de reserva a lo largo de la costa. Así, el contraataque no pudo comenzar hasta muy entrada la noche. Las fuerzas que lo llevaron a cabo, el 20.º Batallón NZ y el Batallón Maorí, se abrieron paso hasta los bordes del aeródromo y la Cota 107, pero la luz del día los obligó a detenerse. En el ínterin, la *Royal Navy* había topado en la oscuridad con las tropas invasoras por mar, y las aniquiló.

No obstante, a pesar de haber fracasado, la invasión por mar había logrado frenar el contraataque. En los días siguientes, la aviación alemana lanzó sus batallones de tropas de montaña y armamento pesado. El general Ringel, comandante local, mandó esos batallones al flanco sur de las fuerzas de defensa, a las que habría arrollado más fácilmente de no tropezar con la enconada resistencia de las tropas griegas, mal armadas, del interior. Pero el movimiento envolvente obligó a retroceder a los neozelandeses. Por fin, el Grupo Oeste se unió con las tropas de Heidrich y se estableció un frente continuo desde el mar hasta el sur de Galatas.



Con torpedos cuyo piloto abandonaba el puesto de mando una vez asegurado el blanco, el 26 de marzo de 1941 los italianos atacaron a la flota británica fondeada en la bahía de Suda; así vio un pintor la hazaña, que tuvo como resultado el hundimiento del crucero *York* y de tres naves de abastecimiento.

El 25 de mayo, los alemanes estuvieron en disposición de lanzar un ataque en gran escala y, a la caída de la tarde, tomaron Galatas. Kippenberger envió el 23.º Batallón y todas las fuerzas de que pudo disponer a un contraataque que recuperó Galatas en feroces combates cuerpo a cuerpo.

Sin embargo, era inevitable un nuevo repliegue ante un adversario que se reforzaba constantemente. Freyberg pudo ver ahora que la isla estaba perdida. En la noche del 26 de mayo, los neozelandeses y australianos hubieron de replegarse todavía más. La Fuerza de Reserva (1.º de Gales, 1.º de Rangers y 1.º de Húsares de Northumberland) no recibió, por equivocación, las órdenes para hacer lo propio y, a pesar de su heroica resistencia, quedó cortada por las tropas de paracaidistas que bajaban por la carretera de la costa.

Era ya imposible mantener Canea y la ensenada de Suda, y un refuerzo procedente de Alejandría sólo logró apoyar la retirada del cuerpo principal, a través de las escarpadas Montañas Blancas, a Sfakia, puerto pesquero de la costa sur.

La guarnición de Heraklion pudo embarcarse en unidades de la *Royal Navy* a primeras horas del 29 de mayo. Fue imposible transmitir a Retimo la orden de retirada, y los australianos que allí habían logrado casi imponerse a los alemanes no pudieron ser evacuados y tuvieron que dispersarse o rendirse.

En Sfakia, los defensores contuvieron el acoso mientras cada noche, del 28 al 31 de mayo, se efectuaban las operaciones de embarque, cuyo éxito debía ser rematado por un desastre final: las compañías de los batallones australianos 2.º y 7.º, que tan valientemente habían cubierto la retirada, no pudieron llegar a tiempo a las playas, y hubieron de ser abandonadas.

Por trágica que fuera la batalla en su inmediato resultado, sus consecuencias fueron menos desastrosas de lo que pareció al principio. Los alemanes no tenían buques para explotar la potencialidad naval de Creta, y sus pérdidas en la victoria habían sido tan severas que nunca más volvieron a emplear tropas de paracaidistas en acciones semejantes. Se evaporaron sus sueños de tomar Chipre y atacar Egipto desde el este y renunciaron a la idea de una invasión aerotransportada de Malta, que podía haber sido un grave golpe para los británicos. En palabras del general Student: «Creta fue la tumba de las tropas alemanas de paracaidistas.»

D. M. Davin

La guerra en el desierto

Tras los primeros éxitos de Hitler, sólo en Africa del Norte se podía hacer frente a las potencias del Eje en una guerra de movimiento. El resultado de ella decidiría también la suerte de los abastecimientos, vitales para Gran Bretaña, del petróleo procedente del Golfo Pérsico. La «guerra del desierto» adquirió, pues, particular importancia para los aliados...

Pilotos alemanes de la fuerza aérea destacada en el desierto líbico en apoyo del *Afrikakorps* descansan junto a su aparato.



En el curso de los meses que precedieron a la Segunda Guerra Mundial, el Oriente Medio tomó poco a poco gran importancia en los planes estratégicos de los aliados: éstos decidieron que, si estallaba un conflicto, atacarían a Italia más bien que a Alemania. La colonia italiana de Libia se hallaba entre Túnez y Egipto, territorios franceses y británicos; y el África Oriental Italiana podía ser fácilmente aislada. Además, las fuerzas británicas y francesas en Palestina, Irak y Siria estaban bien situadas para apoyar a Turquía.

La derrota de Francia en junio de 1940 echó por tierra estas perspectivas y fue la certeza de que Francia estaba ya vencida lo que indujo a Mussolini a declarar la guerra. Ahora eran los británicos los que se encontraban en una posición de desventaja en el Oriente Medio. Frente a 500.000 soldados italianos, el comandante en jefe de las fuerzas terrestres del Oriente Medio, general sir Archibald Wavell, sólo contaba con 60.000 hombres para defender un vasto teatro de operaciones.

Para los británicos, el objetivo principal ya no era la protección de la ruta marítima de Suez hacia Oriente, pues la *Royal Navy*, privada del apoyo de la flota francesa, no podía controlar todo el Mediterráneo. Ahora lo que entraba en juego era el petróleo del Golfo Pérsico; su pérdida obligaría a Gran Bretaña a comprar petróleo en América y a pagarlo en dólares, e inversamente el Eje pondría fin a sus crónicos problemas de carburante.

La amenaza más directa para el petróleo era la presencia, en Libia, del Ejército italiano, que disponía de unos 300.000 soldados. Y el mejor lugar para conjurar esta amenaza era Egipto. El puerto de Alejandría era la base de la escuadra británica en el Mediterráneo y el Canal de Suez su salida de emergencia. Desde el punto de vista estratégico, Egipto bloqueaba las rutas hacia el Sudán, el Golfo Pérsico y Turquía. El dominio del territorio egipcio pondría los campos petrolíferos del Golfo Pérsico lejos del alcance de los bombarderos pesados enemigos. Por último, Egipto ofrecía buenos puertos, buenas comunicaciones y abundante mano de obra.

Así pues, toda la campaña del Norte de África, entre 1940 y 1943, surgió de la necesidad de defender los campos petrolíferos del Golfo Pérsico desde Egipto, y a Egipto desde el desierto occidental. Este desierto, con una longitud de 600 kilómetros, se extiende desde El Alamein, al este, hasta Derna, al oeste. Su única carretera sigue la costa. El ferrocarril, que parte del delta del Nilo, entonces llegaba sólo hasta Marsa Matruh. El único accidente físico es una escarpadura de 150 metros, frente a la costa, que conduce a la planicie calcárea donde maniobraron los ejércitos. En esta desolada extensión de arena y de monte bajo, moteada de antiguas cisternas y de tumbas de jeques, los ejércitos se desplazaban valiéndose del compás y de las estrellas, como los navegantes. Todos los abastecimientos, hasta el agua, tenían que traerse de otras zonas. Largas columnas de camiones abastecían a las tropas combatientes, mientras las tuberías de agua eran las venas yugulares expuestas a los ataques del enemigo. La campaña del desierto constituyó un episodio único en los anales militares, pues los combates no se vieron obstaculizados por la población civil o los accidentes naturales.

Wavell nombró comandante en jefe de las fuerzas del desierto occidental al general R. N. O'Connor, un militar inteligente que no tardó en grangearse la confianza de sus hombres. Después de la entrada de Italia en la guerra, el 11 de junio de 1940, la inferioridad en hombres y armamentos del ejército británico de Oriente Medio obligó a Wavell a ponerse a la defensiva. Las fuerzas del desierto occidental se retiraron a Marsa Matruh, para esperar allí a las tropas italianas que probablemente iban a intentar la invasión de Egipto. Ello no ocurrió hasta el 15 de septiembre, cuando, ante la insistencia de Mussolini, el mariscal Rodolfo Graziani dio la orden a sus tropas de marchar sobre Egipto. Después de avanzar un centenar de kilómetros, Graziani se detuvo para disponer su ejército en una serie de posiciones defensivas que se extendían desde la costa de Sidi Barrani hasta 24 kilóme-









tros tierra adentro. Su intención era avanzar hacia el delta del Nilo en cuanto hubiese instalado depósitos de aprovisionamiento, afirmado el pavimento de la ruta costera y tendido conducciones de agua. O'Connor, por su parte, había preparado un inteligente plan para rechazar a Graziani en Marsa Matruh y lanzar después una contraofensiva. Como Graziani nunca se presentó, O'Connor se dispuso a emprender su propia ofensiva.

A pesar de la amenaza de invasión que pesaba sobre Gran Bretaña, Churchill corrió el riesgo de enviar 150 tanques al Oriente Medio, ya que esta región era entonces la única en que las fuerzas terrestres británicas podían hacer frente a las del Eje. Un ataque contra los italianos podría conducir a una sonada victoria que compensaría en parte las catástrofes del año. El general Wavell, que compartía este punto de vista, había ya elegido su víctima: el duque de Aosta y su ejército del Africa Oriental Italiana, que no podían recibir ayuda y refuerzos de Italia. Pero antes de iniciar una campaña tan lejos de Egipto, había que neutralizar la amenaza que representaba Graziani. Wavell, pues, dio la orden a O'Connor de preparar un ataque contra los italianos que debía durar cinco días; inmediatamente después tenía que enviar su división de infantería a Eritrea. Pero las intenciones de O'Connor eran otras: su objetivo era conseguir una victoria decisiva.

Los italianos tenían dos grupos de campos fortificados: los campos de Tummar y de Nibeiua, cerca de la costa, y los de Rabia y Sofafi, más hacia tierra adentro, guarnecidos por tres divisiones y un grupo de fuerzas blindadas. Entre los dos campos de fortificaciones no existía ninguna defensa. Muy atrás tenían otras seis divisiones. Los ingleses sólo sabían que los italianos poseían unos tanques deficientes, pero que contaban con una artillería dos veces más numerosa que la suya.

Las fuerzas de O'Connor constaban de 36.000 hombres, repartidos en dos divisiones, la 4.ª india (infantería) y la 7.ª blindada, junto con un grupo mixto llamado fuerza Selby por el nombre de su general.

_1_ Rommel, el «Zorro del Desierto»: su brillante jefatura consiguió remediar las consecuencias de las derrotas infligidas por el Ejército británico a los italianos. _2_ Graziani, jefe de las fuerzas italianas. _3_ Wavell (derecha) en conversación con O'Connor, en enero de 1941. _4_ Auchinleck (izquierda) y el general neozelandés Freiberg.

La 4.ª División india, con 57 tanques, tenía que dar el asalto, mientras la 7.ª blindada, con sus tanques pesados, protegería el flanco británico y perseguiría después al enemigo. El plan de O'Connor era audaz y poco ortodoxo. Las fuerzas de asalto habían de penetrar en la zona no defendida, entre los dos grupos de campos, y, por el oeste, atacar la retaguardia italiana. Al mismo tiempo la artillería británica había de abrir un intenso fuego desde el este, para sembrar el desorden entre los italianos. Las fuerzas británicas debían luego reagruparse en el interior de la zona defensiva del enemigo y atacar sus posiciones. La maniobra dio un espléndido resultado.

El primer día de la ofensiva (9 de diciembre de 1940) los italianos fueron atacados por sorpresa y, a pesar de que lucharon fieramente, sus campos cayeron uno tras otro; Nibeiua en primer lugar, después Tummar, mientras los blindados británicos cortaban la ruta costera entre Sidi Barrani y Buq-Buq. Los demás campos fueron abandonados y los blindados persiguieron al enemigo en dirección a la frontera de Libia.

En dos días, O'Connor puso fin a la amenaza de invasión de Egipto, destruyó dos cuerpos italianos, hizo 38.000 prisioneros, entre ellos cuatro generales, y capturó 73 tanques y 37 cañones, al precio de 624 muertos, heridos y desaparecidos. Fue exactamente el tipo de victoria que el pueblo británico necesitaba. Y fue más de lo que esperaba Wavell, quien a partir de entonces pudo retirar la división india y utilizarla en Eritrea.

Éste fue uno de los momentos decisivos de toda la campaña del Norte de Africa. El plan estratégico de Wavell en el desierto era mantenerse a la defensiva; O'Connor tenía que quedarse quieto, si bien no recibió orden expresa en este sentido. Sin embargo, O'Connor, con las fuerzas que le quedaban, decidió explotar su éxito. El 16 de diciembre estaba ya a punto de embestir la fortaleza de Bardia, al otro lado de la frontera libia. Sus continuos éxitos indujeron a Wavell a enviarle la 6.ª División australiana, incompleta, en sustitución de los indios. Así cambió por completo la estrategia inicial de la campaña del desierto: de defensiva pasó a ser ofensiva, y las consecuencias de ello fueron de alcance incalculable.

El 3 de enero de 1941, el XIII Cuerpo (nuevo nombre de la fuerza del desierto occidental) atacó Bardia y la conquistó en un solo día. El botín fue importante: 40.000 prisioneros, 13 tanques medianos



Rendición de soldados italianos en Bardia. El considerable número de hombres enviados por Italia al desierto líbico no logró compensar la superioridad del mando y del equipo británicos. En su ofensiva de diciembre de 1941, O'Connor capturó a 38.000 italianos, y el siguiente enero, en Bardia, apresó a 40.000 más. Entre los italianos abundó el heroísmo individual, que, sin embargo, no se vio apoyado por una organización eficiente.

y 115 ligeros, 400 cañones y 706 camiones (una ganga para O'Connor). Los blindados británicos prosiguieron su marcha para aislar la fortaleza de Tobruk, el puerto más próximo. Como Bardia, Tobruk cayó en un solo día, el 22 de enero de 1941. Esta vez el botín fue de 25.000 prisioneros, 208 cañones, 23 tanques medianos y 200 camiones.

Frente a O'Connor se encontraban ahora el saliente de Cirenaica, el Jabal Ajdar, fértil región de suaves ondulaciones colonizada por los italianos, y, más allá, la ciudad de Bengazi. Los restos del X Ejército italiano trataron de escapar hacia Tripolitania a lo largo de la ruta costera que contornea el Jabal Ajdar, en dirección al golfo de Sirte. A pesar del desgaste de sus medios mecánicos, O'Connor decidió proseguir el avance. Lanzó sus tropas hacia el sur del Jabal con la intención de alcanzar la costa antes que los italianos y cortarles la retirada. El 5 de febrero su trampa se cerró media hora antes de la llegada de los italianos. Durante dos días el enemigo luchó desesperadamente para abrir una brecha por entre las líneas británicas. Pero fue inútil. La batalla de Beda Fomm significó para O'Connor una victoria total: el X Ejército quedó completamente destruido. En seis semanas O'Connor había hecho 130.000 prisioneros y se había adueñado de 400 tanques y 1.290 cañones.

Le pareció a O'Connor que podría apoderarse también de la Tripolitania, ya casi indefensa, y de toda el Africa del Norte italiana. Así, una campaña que había comenzado con la defensa de Egipto, estaba ahora apuntando hacia la destrucción del poder italiano, primero en Africa y posteriormente quizás en la propia metrópoli. No obstante, el Gobierno británico decidió que, en vez de atacar a Trípoli, los veteranos de O'Connor pasaran a Grecia para hacer frente a una inminente invasión alemana. O'Connor se retiró, pretextando estar enfermo, y el XIII Cuerpo quedó desintegrado. Los británicos no habían de poseer nunca más una formación tan competente como ésta.

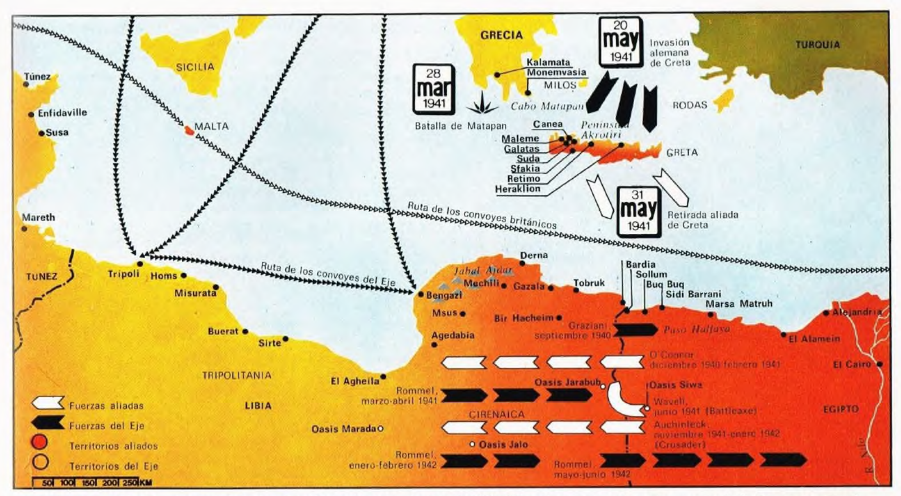
La decisión de no marchar sobre Trípoli a comienzos de 1941 fue una de las más desafortunadas de la guerra. La ayuda a los griegos no logró ningún resultado positivo, y el 12 de febrero el teniente general Erwin Rommel llegaba a Trípoli al frente de las primeras tropas alemanas.

Los alemanes en Africa del Norte

Rommel no tardó en dar muestra de su talento militar. El 31 de marzo de 1941, mucho antes de lo previsto incluso por el Alto Mando alemán, atacó a los británicos en torno a El Agheila. La velocidad y agilidad del avance de Rommel estuvieron a punto de provocar el colapso de las más preparadas formaciones que habían reemplazado a los veteranos de O'Connor. Éste, enviado para aconsejar a su sucesor, Neame, cayó, como él, prisionero, y los ingleses perdieron toda la Cirenaica, excepto Tobruk que quedó aislada y asediada. Rommel tuvo que detenerse en la frontera egipcia, por falta de abastecimientos.

En adelante, el duelo con Rommel en el Desierto Occidental había de fascinar cada vez más a los británicos. Este desierto era el único lugar donde el Imperio Británico podía combatir a Alemania por tierra. Se trataba menos de defender a Egipto que de intentar de nuevo, en circunstancias muy diferentes, despejar por completo el Africa del Norte, después de derrotar el Grupo Blindado de Rommel.

Las perspectivas británicas no eran buenas. Su ejército había comenzado a pre-



La guerra en el Mediterráneo y el Africa del Norte durante el período 1940-1942, entre cuyos principales acontecimientos se cuentan la ocupación alemana de Creta y el forcejeo del desierto líbico. La necesidad de ayudar a Grecia no permitió que O'Connor siguiera aprovechando sus grandes éxitos frente a los italianos. Presentóse entonces la oportunidad de Rommel, quien, a pesar de la ofensiva de Auchinleck, consiguió penetrar en Egipto.

pararse para la moderna guerra de tanques por lo menos cinco años más tarde que los alemanes, y estaba falto de experiencia. La doctrina militar británica y los métodos de su Estado Mayor no igualaban a los de Alemania y había que subsanar este fallo mandando repetidamente divisiones mal preparadas al campo de batalla. También el material británico mostraba las señales de un rearme efectuado con precipitación: los tanques no ofrecían suficiente solidez mecánica, y su depósito de combustible, de dieciocho litros, era tan endeble que perdía el líquido. La inferioridad en técnica y armamentos de las tropas británicas no fue nunca comprendida por el primer ministro, quien reiteradamente instó a los jefes militares del Oriente Medio a que atacasen aun antes de estar debidamente preparados. Las consecuencias de ese estado de cosas se pusieron de manifiesto en junio de 1941, cuando una ofensiva («Battleaxe») fracasó rotundamente. Fue la «Battleaxe» la culpable de que Wavell fuera definitivamente arrinconado.

Su sucesor, el general sir Claude Auchinleck, del Ejército indio, un hombrón enérgico pero amable, fue también instado a lanzar inmediatamente una ofensiva, pero manifestó con firmeza que hasta el 1.º de noviembre sus hombres no estarían en condiciones de entablar batalla con los alemanes. Esta ofensiva, conocida en clave con el nombre de «Crusader», se inició el 18 de noviembre, y su desarrollo había de confirmar todos los recelos de Auchinleck. Excepto por su obstinado valor, el VIII Ejército (que ahora englobaba las fuerzas del desierto) se mostró inferior en todos los aspectos a las Divisiones acorazadas 15.ª y 21.ª (el *Afrikakorps*) y la 90.ª División Ligera (infantería motorizada). Los tanques alemanes eran superiores mecánicamente y disponían de un eficiente servicio de recambios.

De acuerdo con el plan británico, las divisiones de infantería del XIII Cuerpo atacarían las defensas establecidas por el Eje en torno al Paso de Halfaya, que atraviesa la escarpadura costera, mientras los blindados del XXX Cuerpo, desplegándose por el desierto, batirían a los alemanes y liberarían Tobruk. El VIII Ejército contaba con la 7.ª División Blindada, compuesta por 453 tanques armados de cañones. A ellos los alemanes podían oponer los 200 tanques de las Divisiones 15.ª y 21.ª, y los italianos unos 130. El plan británico no tardó en fragmentarse en una serie de incoherentes acciones llevadas a cabo al este de Cirenaica, en las cuales los dos bandos se entremezclaron de una forma completamente desconocida en los anales bélicos. La tumba de un jeque, Sidi Rezegh, punto donde convergieron repetidos asaltos, proporcionó el nombre con que era designada la «Operación Crusader».

Al principio pareció que los blindados británicos habían ganado la batalla. Pero luego se tuvo noticia de espantosas pérdidas y ataques frustrados. Era una prueba de la superioridad de las tácticas alemanas y de la inexperiencia de los británicos. Mientras éstos intentaban cargar al estilo de la caballería, los alemanes combatían a la defensiva, atrayendo a los británicos al alcance de sus mortíferos cañones antitanques de 88 mm., que habían sido construidos para la defensa antiaérea.

El comandante del VIII Ejército, teniente general sir Alan Cunningham, que no había mandado nunca tales masas de tanques, creyó que la ofensiva había fracasado y que, a menos que el ejército se replegara a Egipto, sería destruido. Auchinleck designó entonces, para relevarle tem-



Un soldado australiano simula estrangular un busto de Mussolini hallado en África del Norte (marzo 1942).

poralmente en el mando, al general de división Neil Titchie, un hombre fornido y flemático, que cumplió al pie de la letra la orden que le dio de pegarse a Rommel y hostigarle.

Los tanques alemanes, inferiores en número a los británicos y faltos de suministros, tuvieron que ceder gradualmente el terreno ante el empuje de los ingleses. Tobruk fue liberado, y los alemanes se replegaron lentamente a El Agheila (5-6 de enero de 1942). A pesar de su impericia, el VIII Ejército había hecho 36.000 prisioneros y reducido a treinta el contingente de tanques alemanes. La «Operación Crusader» fue la primera victoria británica sobre los alemanes en la Segunda Guerra Mundial.

Auchinleck fue sin embargo incapaz, como Wavell un año antes, de perseguir al enemigo en el interior de Tripolitania: el ataque japonés en Extremo Oriente lo privó de dos divisiones. De nuevo se benefició Rommel de la pausa británica frente a la posición de El Agheila y, el 21 de enero de 1942, salió de sus defensas para efectuar una de sus más brillantes exhibiciones, derrotando en el área de vanguardia a la 1.ª División Acorazada recién llegada de Inglaterra. En la subsiguiente confusión, Ritchie interpretó la situación incorrectamente y mostróse indeciso y lento; sólo en torno a Gazala, en la costa Cirenaica, fue estabilizada la situación.

A pesar de las presiones en contra, Auchinleck confirmó a Ritchie, hasta entonces interino, como comandante del VIII Ejército: con ello deseaba evitar el mal efecto que pudiera producir sobre la opinión pública la temprana remoción de otro general.

En la primavera de 1942, ambos bandos se estaban preparando para importantes ofensivas. Había agudos contrastes. Para Hitler, el Mediterráneo y África del Norte eran de importancia secundaria, comparados con Rusia. En consecuencia, Rommel sólo contaba con dos Divisiones Panzer no completas (el *Afrikakorps*) y con la 90.ª División Ligera, más una división blindada italiana y cinco de infantería. Estas fuerzas, conocidas con el nombre de Ejército Blindado de África, estaban nominalmente bajo mando italiano, incluido el propio Rommel. Debido a la acción naval británica y a la incompetencia italiana, el Ejército Blindado de África anduvo siempre escaso de abastecimientos, refuerzos y combustible. Por consiguiente, para Rommel, la única esperanza de mantener viva la campaña se cifraba en las acciones espectaculares y arriesgadas. Su éxito fue brillante, pero redundó únicamente en su prestigio personal. Los británicos —y particularmente el primer ministro— estaban en 1942 obsesionados con el duelo en el desierto. África del Norte, sostenida por una inmensa base en Egipto, era el foco del mayor esfuerzo militar aislado del Imperio Británico: una economía de guerra en miniatura. La fuerza del mando del Oriente Medio se elevaba a más de medio millón de hombres.

Malta era la llave de la campaña, y el Eje decidió apoderarse de esta base, desde la cual podían interceptarse los abastecimientos que por mar le llegaban a Rommel, antes de que éste atacase el Delta del Nilo. Desde el punto de vista británico, Malta sólo podía sobrevivir si se la abastecía por mar, lo cual requería una cobertura aérea, y ello, a su vez, aeródromos en Cirenaica, más al oeste de Gazala. Esa cobertura aérea se hizo más apremiante en la primavera de 1942, debido al colapso del poderío naval británico en el Mediterráneo. De ahí el interés que los británicos tenían en lanzar inmediatamente una ofensiva.

Sin embargo, Auchinleck se mostraba ahora más cauto sobre las probabilidades del VIII Ejército, debido a las experiencias de la batalla de invierno. Al igual que Haig en 1916, sabía que disponía menos de un ejército que de unas cuantas divisiones bastante inexpertas. Las formaciones de infantería del VIII Ejército estaban en buena parte compuestas por elementos del Imperio —ocasionalmente australianos, neozelandeses, sudafricanos e indios—, y los jefes divisionarios de los Dominios tenían el derecho a recurrir a sus propios Gobiernos si veían comprometidos los intereses de sus respectivos países. Además, había contingentes griegos, polacos y franceses libres. Los comandantes del VIII Ejército y los componentes de los cuarteles generales del Oriente Medio eran en realidad aliados, con todas las dificultades que tradicionalmente ello significa.

Auchinleck creía que la inferioridad en armamento y destreza debía ser compensada por el número y una esmerada preparación. La demora que ello representaba desagradó al primer ministro, quien por fin ordenó a Auchinleck que atacase en junio de 1942.

Rommel ataca

Fue sin embargo Rommel el primero en atacar, el 26 de mayo. Lanzó al terreno 561 tanques, de los cuales sólo 280, alemanes de tipo medio, eran realmente buenos. A ellos el VIII Ejército oponía unos 850 tanques, 167 de los cuales eran «Grant», americanos, dotados de un cañón de 75 mm., con mayor alcance de tiro que el de los tanques alemanes, exceptuando los 19 «Mark III» especiales. El cañón de los «Grant» estaba sin embargo montado en el casco y tenía sólo un giro limitado. Los cañones antitanques de Rommel eran, por otra parte, muy superiores a los británicos.

Ritchie había preparado mal su sistema de defensas. La infantería ocupaba unos barracones estáticos de campaña situados en el interior de campos de minas. Con éstos había formado un cordón defensivo, al estilo europeo, que se extendía desde Gazala a Bir Hacheim pero que acababa en un flanco abierto al desierto. Los blindados, distribuidos en brigadas, estaban situados detrás y delante de la línea defensiva, en posiciones destacadas. Rommel desplegó al sur de Bir Hacheim una gran columna de tanques, camiones y cañones, que apuntaba a cortar la carretera de la costa, en la retaguardia británica, y machacó primero, una por una, las brigadas británicas, cogiéndolas por sorpresa. Entraron en acción los tanques británicos y los poderosos «Grant». La ofensiva alemana se atascó en confusas y encarni-

1 Tobruk, enero de 1941: australianos junto a tanques italianos capturados. 2 Soldados británicos junto a las ruinas romanas de Cirene en diciembre de 1941, luego de haber acudido en socorro de Tobruk. 3 Tanques norteamericanos Stuart «Honey» (agosto de 1941), entregados como parte del plan de ayuda a la Gran Bretaña.





Soldados británicos hechos prisioneros por los alemanes en el desierto norteafricano.

zadas luchas y se vio comprometida por el problema de los abastecimientos, pero Rommel conjuró la derrota con una de sus brillantes improvisaciones: se abrió paso por el centro de la línea de campos de minas desde el este, o desde la retaguardia británica, y estableció comunicaciones directas con su base cubriendo esta cabeza de puente con cañones antitanques.

Ritchie lanzó por el centro británico, contra esta cabeza de puente, ataques tardíos y mal coordinados que fracasaron estrepitosamente. Luego, el 11 de junio, Rommel se apoderó de la llave de la Línea Gazala, la población de Bir Hacheim, defendida por los franceses libres, y empujó de nuevo hacia Tobruk. Ritchie, con material procedente de las grandes reservas británicas de tanques, pudo dotar todavía al VIII Ejército de 250 «cruceros» y 80 tanques pesados «I», contra unos 160 tanques alemanes y 70 italianos. Sin embargo, la falta de entreno y cohesión de las divisiones blindadas británicas era desesperanzadora. En una gran batalla de tanques, el 11 y 12 de junio, el VIII Ejército perdió 200 «cruceros» y 60 tanques del tipo «I», poniendo en grave peligro al VIII Ejército.

Las defensas de Tobruk eran débiles, pues el último asedio había resultado tan costoso y difícil de sostener, que el mando del Oriente Medio había decidido renunciar a la defensa de la población. Sin embargo, ante la insistencia del primer ministro británico, accedió a defenderla «temporalmente», con la 1.ª División sudafricana.

Rommel empujó el cuerpo principal del VIII Ejército («el galope de Gazala») hacia Egipto, y volvió luego atrás, para conquistar Tobruk. La improvisada y débil defensa de la ciudad se derrumbó en un solo día, el 21 de junio de 1942, poniendo en manos de los alemanes 30.000 prisioneros y abundante botín. Rommel, ya mariscal y en la cúspide de su carrera, emprendió el camino de Egipto. No obstante, estaba ya previsto por los altos mandos del Eje que debía detenerse en la frontera egipcia: era preciso apoderarse antes de Malta, con objeto de asegurar los aprovisionamientos por mar a la ofensiva final contra el Delta del Nilo. A pesar de ello, Rommel solicitó de sus superiores permiso para proseguir la marcha hacia el Delta, antes de que pudieran recobrarse los británicos, al parecer totalmente derrotados.

El 23 de junio, Rommel cruzaba la frontera de Egipto y, el 25, se encontraba frente a las defensas de Marsa Matruh. Allí esperaba Ritchie oponerle una última resistencia con los supervivientes de la derrota de Gazala y las nuevas formaciones enviadas por Auchinleck. Desde el 26 de mayo, el VIII Ejército, dos veces superior en número a los alemanes, había perdido 80.000 hombres, la mayoría de ellos hechos prisioneros.

Egipto y la posición británica entera en el Oriente Medio se hallaban ahora expuestos a la catástrofe. El 25 de junio Auchinleck voló desde El Cairo para tomar personalmente el mando del VIII Ejército.

Correlli Burnett

Los comandos británicos

Desde las primeras semanas de la conquista de Europa Occidental en 1940, Gran Bretaña hostigó a los alemanes, dueños del continente, con incursiones a base de comandos, los cuales atacaban por sorpresa objetivos enemigos y emprendían inmediatamente la huida. A pesar del escepticismo con que fueron acogidos en ciertas esferas gubernamentales, tales incursiones lograron resultados positivos.

Después de Dunkerque, los estrategas británicos empezaron a considerar la situación militar desde un punto de vista completamente distinto, pero les faltaban los medios necesarios para llevar a la práctica sus ideas.

En junio de 1940, los aparatos de bombardeo de la R.A.F. eran todavía pocos y anticuados, lo cual significaba que en el ataque carecían de verdadera precisión. De haber dispuesto los ingleses en aquellos momentos de una aviación eficaz, habrían podido concentrarla en la destrucción de las fuentes de la potencia industrial alemana, en los depósitos de carbón y petróleo.

Parece, sin embargo, que Churchill se dio cuenta desde el principio de que el bombardeo por sí sólo no bastaría para desarrollar una auténtica acción ofensiva. Ya el 18 de junio de 1940, a los quince días de Dunkerque, se preguntaba: «¿Cuáles son las ideas del Cuartel General de las Fuerzas Nacionales sobre las tropas de asalto? Siempre nos hemos mostrado opuestos a esta idea, pero los alemanes la pusieron en práctica ya en la última guerra y actualmente ella ha contribuido decisivamente a su victoria. Deberíamos contar por lo menos con 20.000 soldados de asalto, dispuestos a tomar parte en desembarcos o descensos aéreos aislados. Estos oficiales y soldados deberían estar dotados del más moderno armamento, pistolas ametralladoras, granadas, etc.» De ahí surgió el establecimiento de los Comandos de la Marina Real, y fue tal el entusiasmo con que fue acogida la idea, que sólo cinco días después tuvo lugar su primera in-



Adiestramiento de comandos (1941). La misión inicial de estas unidades, constituidas en junio de 1940, fue la realización en suelo enemigo de incursiones que paliaran la inactividad a que por aquel entonces se veían obligados, a causa de su precaria situación, los bombarderos de la R.A.F. y el ejército de Tierra.

Coiffeur
CHARCUTERI

cursión a las costas de la Europa ocupada. Los detalles de la operación fueron trazados por el teniente coronel Dudley Clarke, cuya experiencia de la lucha en Palestina le había sugerido la idea de una fuerza anfibia especialmente preparada para efectuar rápidas incursiones en territorio enemigo.

Pero no había lanchas de desembarco, y la aviación no podía procurar una adecuada protección. Por otra parte, en todo el país sólo existían cuarenta ametralladoras pequeñas, y era prácticamente imposible obtener información sobre los presuntos objetivos. A pesar de todo, fueron efectuadas incursiones cerca de Le Touquet (23-24 de junio) y sobre Guernesey (14-15 de julio). Tres incursiones mucho más importantes tuvieron lugar en 1941: en las Lofoten, el 4 de marzo; en las Spitzberg, el 25 de agosto, y en Vaagsö, el 27 de diciembre.

En las dos primeras, los comandos no hallaron virtualmente oposición. En la primera, los Comandos n.º 3 y 4 destruyeron gran número de fábricas de aceite de pescado, hicieron 225 prisioneros, hundieron una embarcación de arrastre armada y un buque-factoría de pescado, y se llevaron a 315 voluntarios noruegos. «En esta incursión —escribió el capitán Ruskill, historiador de la *Royal Navy*— podemos hallar en germen las grandes operaciones combinadas de los últimos años de la guerra.» En las Spitzberg, un grupo armado de canadienses y noruegos destruyó medio millón de toneladas de carbón. En octubre, lord Louis Mountbatten sucedió al almirante Keyes como jefe de Operaciones Combinadas. Con su llegada, las cosas cobraron mayor actividad, y en Vaagsö, el Comando número 3 barrió prácticamente a una guarnición de 150 hombres en un feroz combate callejero de cuatro horas. Destruyó una batería de defensa costera, demolió varias fábricas de aceite de pescado y fueron hundidas 16.000 toneladas de embarcaciones, al precio de sólo unos veinte muertos y cincuenta y nueve heridos.

Hitler, impresionado al ver que los soldados británicos podían, con un entrenamiento realista, desbaratar a una de sus guarniciones, se mostró preocupado por la defensa de sus posiciones en Noruega y dio orden de reforzar las fuerzas alemanas destacadas en aquel país, elevándolas a 372.000 hombres, en junio de 1944.

La incursión de Vaagsö fue una de las pocas en que, en términos generales, se alcanzaron todos los objetivos encomendados a cada uno de los grupos que en ella tomaron parte. Fue seguida por una operación aún más original, el ataque al equipo de radar de Brunewal, efectuado el 27-28 de febrero de 1942. Los atacantes, a las órdenes del comandante, y posteriormente general de división, J. D. Frost, se lanzaron en paracaídas a una distancia de medio kilómetro del objetivo, asaltaron la estación al amparo de la oscuridad, desmantelaron el equipo, capturaron los reductos que cubrían la cercana playa y partieron en unas lanchas preparadas al efecto. Al amanecer, aviones «Spitfire» del Comando de Caza protegieron la retirada de la flotilla, y aunque ésta se hallaba a quince millas de la costa cuando fue avistada por la Luftwaffe, no sufrió ningún contratiempo.

Arriba: **esta pintura, inspirada en la incursión contra Dieppe, muestra el apoyo prestado por los tanques a la infantería durante la operación.** *Abajo:* **un soldado británico hecho prisionero en la incursión contra St. Nazaire.**

Saint-Nazaire y Dieppe

La última de aquellas rápidas incursiones de castigo fue ejecutada a partir de un plan netamente original. Tuvo lugar el 28 de marzo de 1942, en St. Nazaire, cuando el Comando n.º 2 remontó el río Loira en lanchas de motor y el antiguo destructor *Campeltown* voló la gran compuerta del único dique seco de la costa atlántica capaz de contener al acorazado *Tirpitz*. Ello costó serias bajas, pero ayudó a mantener al *Tirpitz* en aguas de Noruega hasta que aparatos «Lancaster» de la R.A.F. lo hundieron en septiembre de 1944.

La incursión sobre Dieppe, realizada el 18-19 de agosto de 1942, fue la mayor operación combinada de aquel período. Los Comandos n.º 3 y 4 prestaron un importante apoyo a las tropas canadienses, las cuales formaban el grueso de la expedición. Ésta se proponía no sólo dar de lleno en un blanco determinado, sino más bien averiguar la resistencia con que pudiera tropezar un intento de apoderarse de un puerto. La incursión fracasó rotundamente: las pérdidas fueron muy severas y los alemanes pudieron repeler con facilidad a los atacantes. Sin embargo, los aliados aprendieron mucho en Dieppe y, tras esta incursión, prestaron cada vez mayor atención a la posibilidad de invadir playas abiertas, sin necesidad de conquistar ante todo un puerto principal.

Las incursiones contribuyeron a levantar la moral del pueblo inglés e indujeron al mando alemán a abrir un poco sus líneas defensivas, haciéndolas más vulnerables. El especial adiestramiento de los comandos impulsó al mando militar inglés a dedicar mayor atención al entrenamiento de las tropas y a desechar la idea de la «guerra de posiciones», que derivaba del frente occidental de 1914-18; pero su contribución principal residió en el desarrollo de las técnicas de operaciones combinadas en las cuales su naturaleza anfibia revestiría capital importancia. La labor realizada por la Dirección de Operaciones Combinadas, en Richmond Terrace, abrió el camino a las invasiones de África del Norte, Sicilia, Italia y Normandía, en una época en que el recuerdo de Gallípoli nublaba la visión de los proyectistas militares. El Estado Mayor de Mountbatten mostró que la guerra anfibia no era una mera frase sin sentido.

Brigadier Peter Young



Con los ojos vendados, estos marinos mercantes alemanes y noruegos son trasladados a Gran Bretaña tras la incursión contra las islas Lofoten.









De Gaulle: la Francia que no se rindió

Cuando llegó Charles de Gaulle a Londres en 1940, tras la caída de Francia, era poco conocido y no inspiraba confianza. Pero sus acciones indujeron a Churchill a escribir posteriormente que en el pequeño avión que lo transportó a Inglaterra, De Gaulle llevó consigo el honor de Francia.

El gaullismo tuvo un definido punto de partida. Nació en junio de 1940, cuando De Gaulle, un general de dos estrellas y subsecretario de Guerra en el Gobierno francés, se metió de matute en un aeroplano y llegó a Inglaterra. El 18 de junio (aniversario de Waterloo, por cierto) habló por radio desde Londres. Rechazó la idea de que había sido dicha la última palabra en la batalla de Francia. Francia no estaba sola, tenía un Imperio, era aliada de Gran Bretaña y podía atraerse los inmensos recursos industriales de los Estados Unidos. «Yo, el general De Gaulle, ahora en Londres», dijo, exhortando luego a los franceses a que se pusieran en contacto con él. «Suceda lo que suceda —concluyó—, la llama de la resistencia no debe apagarse, y no se apagará.»

Muy pocos franceses oyeron la emisión; menos aún sabían quién era De Gaulle, y de aquellos que lo conocían eran todavía menos los que confiaban en él. El gobierno británico lo había recibido gustosamente y dado las facilidades de la BBC, pero Churchill había esperado que su llegada a Londres sería el preludio de la de otros jefes más importantes, y se desilusionó al no suceder así.

Charles-André-Marie-Joseph De Gaulle nació en Lille el 22 de noviembre de 1890, pero su familia se trasladó pronto a París, donde su padre era profesor de un colegio católico. Estos simples hechos han inducido a los comentaristas a hacer ciertas observaciones. Su origen nórdico hizo de De Gaulle un trabajador duro y ambicioso, con un toque de melancolía en su temperamento. De Gaulle —apellido de una familia de la pequeña nobleza— se muestra orgulloso de su origen y siente un gran amor por Francia gracias al fervoroso patriotismo de su padre.

Durante la Primera Guerra Mundial, De Gaulle fue capitán de infantería, sirvió con Pétain, fue herido tres veces y estuvo prisionero en Alemania unos treinta y dos meses. Con la llegada de la paz, sirvió por un tiempo en Polonia, antes de ser nombrado, como especialista de historia militar, profesor en la Academia de Saint-Cyr. Todo contribuía, pues, a que un oficial con la hoja de servicios e inteligencia de De Gaulle tuviera ante sí una carrera sembrada de éxitos.

Pero no había de ser así al principio. Ante todo, De Gaulle mostraba una evidente torpeza en las relaciones personales. Su ambición y la convicción de que siempre tenía razón, le crearon muchos enemigos, y quizá la poca amabilidad que demostraba para con sus superiores contribuyó a que fuera lenta su promoción (hasta 1938 no alcanzó el grado de coronel). Pero también se convirtió en escritor ansioso de propagar opiniones que no eran compartidas por quienes dirigían los asuntos militares. Su primera obra, *La Discorde chez l'Ennemi* (La discordia en el enemigo) publicada en 1924, era un breve análisis intelectual de las razones que explicaban la derrota alemana. En 1932 publicó *Le Fil de l'Epée* (El filo de la espada), una discusión de la filosofía del mando, pero fue *Vers l'Armée de Métier* (Hacia un Ejército profesional) dos años después, la que causó más desagrado. Por entonces, De Gaulle era secretario del Consejo Nacional de Defensa, había estudiado los planos de la defensa de Francia y los encontraba inadecuados. Según él, Francia sólo podía superar su debilidad geográfica mediante la utilización de la potencia y velocidad de los tanques. Las fortificaciones, opinaba, no bastaban, y consideraba necesario un ejército sumamente especializado, que hiciera una guerra de movimiento. Aparte de un tratamiento de la cuestión más bien imaginativo, tal énfasis sobre la mecanización se oponía al pensamiento oficial, mientras que la sugerencia de un ejército permanente especializado era considerada peligrosa por los políticos de espíritu democrático.

El hecho de que De Gaulle intentase

1 **Fotografía del general De Gaulle que lo muestra en un aura de aislamiento, actitud que juzgaba necesaria para cultivar el prestigio y la autoridad.** ***2*** **De Gaulle a los cinco años, cuando ya en los juegos infantiles gustaba destacarse entre sus compañeros asumiendo el papel de rey de Francia.** ***3*** **El joven oficial, relegado casi al olvido hasta 1940 por su carácter altivo e independiente.** ***4*** **En 1941, ya jefe de la Francia Libre en suelo británico, pudo vislumbrarse a sí mismo como futuro representante de su país.**



De Gaulle, con su esposa, en Gran Bretaña (1941). Churchill dijo de él que, siquiera no amigo de Inglaterra y refugiado procedente de un país sometido, no se podía dejar de considerarlo verdadera encarnación de cuanto sintetiza la palabra «Francia» en las páginas de la historia.

plasmar sus ideas uniéndose a algún político como consejero militar, le hizo aparecer peligroso. Eduard Daladier, ministro de la Guerra de 1936 a 1940, desaprobó particularmente al comandante De Gaulle, trasladándolo de París a una comandancia de tanques, en Metz. Al estallar la guerra, Daladier era primer ministro.

Durante la contienda, se produjeron tres importantes episodios en la carrera de De Gaulle. El primero, fue el memorándum que escribió en enero de 1940 y que envió a unos ochenta personajes de renombre; predecía en él un ataque alemán a través de Holanda y Bélgica, y pedía la urgente formación de unidades blindadas de choque. El segundo fue en marzo, cuando asistiendo a la Cámara de Diputados vio que se elegía primer ministro por mayoría de un voto a Paul Reynaud, el único político a quien había podido influir, apreciando en las maniobras de los partidos políticos una completa ausencia de patriotismo. El tercero fue en mayo, al frente de una unidad de tanques, cuando su mando entró en acción contra los alemanes que avanzaban de Laon y luego en Abbeville. Si bien algunos admiradores gaullistas han tendido a exagerar estos encuentros, De Gaulle emergió en el marzo de la derrota como un brioso comandante.

En aquellos momentos era ya evidente que el Ejército francés estaba desintegrándose. Para hacer frente a esta dramática situación, Reynaud nombró comandante en jefe a Weygand, asumió personalmente el Ministerio de la Guerra e introdujo a Pétain en el Gobierno. El 5 de junio nombró también a De Gaulle, temporalmente general de brigada ya, subsecretario de Guerra. La principal preocupación de Reynaud era organizar una ulterior resistencia francesa en África del Norte, en la península de Cotentin o en Bretaña. A tenor de esos planes, De Gaulle se trasladó dos veces a Londres y, en la segunda ocasión, desempeñó un papel importante en la redacción de una propuesta de unión anglofrancesa. Pero cuando el gabinete francés, reunido en Burdeos, donde se había refugiado al salir de París, rechazó esa propuesta, cuando Reynaud dimitió y Pétain, su sucesor, se mostró partidario del armisticio, De Gaulle, temiendo que su propio arresto era inminente, decidió marcharse a Londres, adonde llegó con un compañero, el teniente De Courcel.

Una vez en la capital inglesa, intentó persuadir a varios prominentes franceses a que se unieran a él. No esperaba nada de los políticos, pero confiaba en algunos residentes y comandantes coloniales. Estaba dispuesto a servir bajo esos oficiales, como lo estaba a hacerlo bajo Weygand. Pero nadie acudió. La única respuesta fue una orden dirigida al «excoronel De Gaulle», para que compareciese ante un tribunal militar, en Francia. Así, se vio forzado a observar desde Londres el colapso de toda la jerarquía de la Tercera República. Como más tarde escribió: «Allí estaba yo, solo y privado de todo, como un hombre en la orilla de un océano que ha de atravesar a nado».

Francia Libre

La primera tarea fue establecer en Londres un movimiento para la Liberación de Francia. El 23 de junio el Gobierno británico reconoció el Comité Nacional Francés y convino en tratar con él todas las cuestiones relativas a la guerra. El 7 de agosto, Churchill prometió la restauración de la independencia y grandeza de Francia (aunque era incapaz de garantizar las fronteras francesas, extremo del que no dejó de percatarse De Gaulle). En reciprocidad, las fuerzas libres francesas se comprometían a continuar la guerra contra Alemania.

A finales de julio de 1940 De Gaulle tenía solamente 7.000 soldados y un puñado de componentes del personal de las fuerzas aéreas. Debido a una serie de malentendidos, los británicos, temerosos de que la flota francesa cayese en manos alemanas, la atacaron en Mers-el-Kebir. Ello causó un deplorable efecto en el reclutamiento gaullista, y De Gaulle sólo tuvo bajo su mando a unos veinte oficiales navales.

Pero la situación mejoró gradualmente. Algunos personajes importantes lograron trasladarse a Londres y aceptaron servir bajo De Gaulle. Comenzaron también a adherirse a él territorios franceses coloniales, como el Chad, los Camerunes, el Congo Francés y los establecimientos franceses de la India y el Pacífico. Un batallón francés tomó parte en la lucha en el Desierto Occidental, y el general Leclerc comenzó sus ataques a las posiciones italianas en Libia.

Hubo importantes atascos. La expedición de De Gaulle a Dakar en 1940 fue un fracaso, y las tropas francesas controladas por Vichy rehusaron unirse a la Francia Libre. En junio de 1941 el comandante de Vichy en Siria, general Dentz, resistió furiosamente a los británicos y a los franceses libres. Las autoridades británicas comenzaron a preguntarse si las fuerzas gaullistas no resultaban a veces un compromiso, y comenzó a producirse una persistente acrimonia entre la Francia Libre y los británicos. Existía también oposición a De Gaulle entre los franceses residentes en Londres, debido a que era demasiado personalista al tratar ciertas cuestiones.

En todas estas vicisitudes, De Gaulle vio muy claramente buen número de cosas. Se percató de que había de demostrar siempre que el suyo no era un gobierno títere controlado por los británicos; había de hacer sentir su independencia en todo, a veces en los más pequeños detalles. Creía que su principal misión no consistía precisamente en contribuir a la causa de la guerra, sino más bien en restaurar la independencia y la grandeza de Francia. Se dio cuenta de que su movimiento era un movimiento político. Tenía que desafiar al régimen de Vichy: si éste acentuaba los valores tradicionales de la Francia católica, rural y conservadora, él debía responder proclamando los valores de una nueva Francia, democrática y revolucionaria. Ello le permitió entrar en contacto con las fuerzas del movimiento francés de resistencia que estaban comenzando a afirmarse hacia finales de 1941. Fue en esta época cuando comenzó De Gaulle a iniciar el proceso que iba a cambiar su posición de exiliado en Londres a la de caudillo nacional.

Douglas Johnson

La falsa alianza

Entre la firma del Pacto Nazisoviético y la invasión de Rusia por Hitler transcurrieron casi dos años. Mediante una oportunista política exterior, Stalin esperaba no sólo obtener cómodos beneficios sino también involucrar a los demás en una contienda que no le afectase en modo alguno. A pesar de sus esfuerzos, Rusia se vio envuelta en la guerra más feroz que nunca tuvo que librar un pueblo civilizado.

Comentario gráfico francés a la alianza nazisoviética: Hitler y Stalin lavan juntos su ropa sucia. ***Abajo:*** **un tren ruso cargado de petróleo llega a la frontera alemana; los suministros soviéticos de aquel entonces hacían poco efectivo el bloqueo británico de Alemania.**





El Pacto Nazisoviético del 23 de agosto de 1939 fue la señal para el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, aunque es posible que ésta no fuese la intención de sus autores. Probablemente, tanto Hitler como Stalin pensaban que las potencias occidentales se desentenderían de Polonia al desaparecer toda posibilidad de obtener la alianza soviética. Stalin, sin embargo, no se conformaba con una promesa de neutralidad por parte de Alemania: deseaba medidas de seguridad concretas, y así, en las cláusulas secretas, fue establecido un límite definido a los territorios polacos que Alemania había de ocupar. La llamada «Línea Curzon» serviría de frontera entre las «esferas de influencia» alemana y soviética.

El 1 de septiembre los ejércitos alemanes invadían Polonia y el 3 del mismo mes Francia y Gran Bretaña declaraban la guerra a Alemania. Al comienzo, los rusos pretendían mantener una estricta neutralidad, e incluso hablaban de suministrar materias primas a Polonia, pero pronto se alarmaron ante la celeridad de las victorias alemanas. Querían tomar la parte de Polonia que les correspondía antes de que Alemania se les anticipara, pero ¿cómo iban a justificar ante el mundo su participación en el ataque? Molotov propuso, como excusa, la de que el Ejército Rojo había entrado en Polonia para proteger de la amenaza alemana a los ucranianos y los rusos blancos. La fórmula no gustó a Ribbentrop. Por otra parte, los rusos temían que Alemania concertara un armisticio separado con Polonia, y en este caso Alemania obtendría su parte de Polonia y Rusia se quedaría sin la suya. El Gobierno soviético se encontraba, pues, en una situación embarazosa: si por un lado deseaba mantener las apariencias de neutralidad, por otro ambicionaba participar en el botín.

Razones de tipo práctico decidieron a la Unión Soviética. El Ejército Rojo no estuvo preparado hasta el 17 de septiembre, y por estas fechas el Ejército polaco se hallaba casi completamente aniquilado. Con todo, el Ejército Rojo tuvo que participar en algunos combates. Setecientos soldados rusos perecieron, y Stalin pudo declarar que la amistad nazisoviética se había «sellado con sangre». La intervención soviética no causó la derrota de Polonia, pero el hecho de que los rusos se llevaran a unos 200.000 soldados polacos como prisioneros de guerra dificultó enormemente la creación de un nuevo ejército polaco en el Oeste.

El 27 de septiembre Ribbentrop pasó de nuevo a Moscú. En el pacto original no se especificaba si se permitiría la existencia de un Estado polaco independiente. Ahora Stalin quería que Polonia dejara de existir como nación: una Polonia sin desmembrar caería sin duda bajo la influencia de Alemania, la cual podría muy bien dirigir el resentimiento de los polacos contra Rusia. Ribbentrop, que a causa de la guerra con las potencias occidentales necesitaba todavía la amistad de Rusia, aceptó las propuestas de Stalin. Rusia renunciaba a la pequeña parte que le correspondía de territorio étnicamente polaco y a cambio recibiría el control de Lituania. Había también una cláusula complementaria: «Las dos partes no tolerarán en sus respectivos territorios ninguna agitación de carácter polaco que afecte a los territorios de la otra parte.» Al haber muy pocos polacos en el territorio asumido por Rusia, esta cláusula se convertía en una promesa por la cual sólo Alemania se comprometía a reprimir las manifestaciones nacionalistas polacas. Todo el mundo se mostró satisfecho. Ribbentrop asistió a una cena en el Kremlin y al final manifestó que se había sentido como «entre viejos camaradas de partido». Los bolcheviques fueron declarados nazis honoríficos.

Tanto Hitler como Stalin creían que el pacto duraría mucho tiempo. Hitler llegó a convencerse a sí mismo de que Stalin había dejado de ser comunista para convertirse en un líder nacionalista. Incluso llegó a profesarle cierta admiración, pues en una ocasión manifestó: «Stalin y yo somos los únicos que hemos pensado en el futuro.»

Stalin tenía un concepto rígido de la política, y aunque consideraba la buena fe como un producto de la «moral burgue-

sa», esperaba buena fe incluso de los menos escrupulosos, y se mostraba altamente indignado cuando se veía engañado. Creía que el Pacto Nazisoviético era un acuerdo que Hitler respetaría aun en el caso de que él mismo no lo hiciese. Tenía también otras razones prácticas para confiar. Alemania y la Unión Soviética habían estado en buenos términos desde el Tratado de Rapallo, y aparentemente ahora se restauraba su amistad. La Unión Soviética suministraría materias primas a Alemania, y Alemania proporcionaría maquinaria a la Unión Soviética. Stalin no confiaba, sin embargo, que esta amistad durara eternamente. Los soviets siempre habían temido que las potencias «capitalistas» se aliaran contra Rusia, y ahora estaban preocupados por un posible cambio en el signo de la guerra, por el cual Francia y Gran Bretaña se unieran con Alemania para luchar contra la Unión Soviética. Stalin prefería la paz, y por ello dio instrucciones a los partidos comunistas de Europa Occidental para que iniciaran una campaña contra la «guerra imperialista». Gran Bretaña y Francia, consideradas antes como naciones antifascistas, amantes de la paz, se convirtieron en virtud de esta campaña en potencias imperialistas que sólo se proponían destruir a su rival alemán. Del otoño de 1939 al 22 de junio de 1941 todos los partidos comunistas se declararon contrarios a la guerra y el Comintern se convirtió implícitamente en un aliado de la Alemania nazi.

Al mismo tiempo Stalin tomó precauciones contra los alemanes. El mando militar soviético consideraba que el Ejército Rojo era suficientemente fuerte como para asegurar la defensa de la frontera terrestre de Rusia, pero temía que la marina de guerra alemana, si llegaba a imponerse en el Báltico, podría efectuar desembarcos de tropas detrás de las líneas soviéticas. El Gobierno soviético obligó a los tres Estados bálticos, Lituania, Estonia y Letonia, a aceptar tratados de defensa mutua y la instalación en sus territorios de guarniciones soviéticas. Lo mismo solicitó a Finlandia, pero, ante la negativa de los finlandeses, Rusia inició la «guerra de invierno», que al principio fue favorable a Finlandia.

El ataque soviético a Finlandia iba dirigido en realidad contra Alemania. A pesar de ello, Hitler, que necesitaba la amistad de Rusia, mostró una benevolente neutralidad en el asunto. Los alemanes evitaron que Italia proporcionara aviones a Finlandia y que otros países fascistas le mandaran voluntarios. Las potencias occidentales, por su parte, en una especie de locura colectiva, hablaron de ayudar a Finlandia, aunque no disponían de medios para hacerlo. Algunos franceses influyentes consideraban que el bombardeo de los pozos de petróleo rusos sería el mejor sistema de perjudicar a Alemania. Otros incluso pretendían aliarse con Alemania para dirigir la guerra contra Rusia. Los estadistas de las potencias occidentales habían denunciado el Pacto Nazisoviético, pero ahora hacían todo lo posible para que Stalin se refugiara en brazos de Hitler. Como las fuerzas aliadas no podían alcanzar Finlandia sin cruzar Suecia y Noruega y estas naciones se negaban a permitirles el paso, las potencias occidentales se propusieron recurrir a la violencia si era preciso. Este plan, aparte de su impracticabilidad, habría convertido también a los dos países escandinavos en aliados de Alemania. Afortunadamente antes de que los franceses y británicos pudiesen cometer esta locura, el Ejército soviético derrotó a los finlandeses y se firmó la paz el 12 de marzo de 1940. Stalin había logrado, o así se lo imaginaba, asegurar las defensas de su país frente al peligro alemán. Sin embargo, pretendía que a ello no le había movido ningún propósito antialemán: Rusia se limitaba a recuperar la posición que había perdido al finalizar la Primera Guerra Mundial, siguiendo en ello el ejemplo que daba la Alemania de Hitler en la Europa Central.

La luna de miel de la amistad nazisoviética

Así, pues, el invierno de 1939-1940 fue la luna de miel de la amistad nazisoviética. Rusia mandó gran cantidad de materias primas a Alemania y permitió el paso por territorio soviético de los suministros procedentes del Japón y otros países: con ello anulaba el bloqueo impuesto sobre Alemania por Gran Bretaña. El Comintern dedicó toda su influencia a favorecer la causa de Alemania. Los comunistas checos obstaculizaron cualquier intento de resistencia nacional, y los franceses apelaron al hastío que la guerra provocaba en los soldados. A su vez, Alemania envió a Rusia equipos eléctricos y maquinaria. Los generales alemanes, viejos camaradas de los rusos, hubiesen deseado también mandarles tanques y aviones, pero Hitler se lo prohibió. Su fe en Stalin no era tan grande como pretendía, y por ello Alemania contrajo una gran deuda con Rusia.

Stalin no se preocupó demasiado ante la negativa alemana de proporcionarle armamento. Creía que tenía tiempo de sobra para preparar la «línea Stalin». Al igual que Winston Churchill, Stalin sobrevaloró la fuerza del Ejército francés, que en efectivos era, sobre el papel, superior al alemán. Stalin pensaba que una guerra de trincheras en el Oeste se prolongaría durante años, como había ocurrido durante la Primera Guerra Mundial. Alemania se debilitaría y dependería cada vez más de los suministros rusos. Las potencias occidentales también se debilitarían, y finalmente Rusia dictaría a Europa entera los términos de un acuerdo. Tal vez el comunismo llegaría a triunfar (bajo control soviético, naturalmente), pero, en definitiva, Rusia no correría peligro. Así, pues, mientras el Comintern preconizaba la paz, Stalin procuraba convencer a Hitler a que lanzara su ofensiva en el Oeste. Cuando Alemania ocupó Dinamarca e invadió Noruega, Molotov deseó a los invasores «un éxito completo» y la prensa soviética explicó que la intervención alemana había sido provocada por la actitud de Francia y Gran Bretaña.

Hitler sabía que la frontera oriental no había de presentarle problemas. Sólo siete divisiones alemanas —más tarde reducidas a cinco— permanecieron en el Este, mientras las tropas de Hitler invadían Bélgica, Holanda y Francia. Stalin se había equivocado: había pretendido contrarrestar la acción de Alemania en el Oeste y no estaba en condiciones de hacerlo. Cuando el Ejército alemán avanzaba arrolladoramente por tierras francesas, la consternación se apoderó del Kremlin. El mariscal Chapochnikov, jefe de Estado Mayor del Ejército Rojo, insistió en movilizar, en nombre de la paz, las fuerzas soviéticas. Ello requería, sin embargo, mucho tiempo, y el Ejército Rojo era incapaz, por el momento, de emprender una ofensiva. Rusia no tenía otra salida que seguir mostrando confianza en la buena fe de Alemania, y Molotov expresó «las más calurosas felicitaciones por el éxito de las fuerzas armadas alemanas».

Los soviets tomaron, no obstante, nuevas medidas de precaución. Los tres Estados bálticos, ya atados a Rusia por tratados de ayuda mutua, fueron ocupados a mediados de junio y rápidamente incorporados a la Unión Soviética. Quince días más tarde ésta tomaba a Rumania la Besarabia y ponía en pie de guerra las industrias del país. En julio, Stalin comunicó a sir Stafford Cripps, el nuevo embajador británico, que temía un ataque alemán y que trataba de retrasarlo en lo posible, si bien todavía confiaba en que



Los yugoslavos manifiestan su oposición al Pacto Tripartito. Stalin contaba ya con tal animadversión para bloquear los progresos de Hitler en la Europa oriental.

no llegaría a producirse. Si era prudente en sus palabras, si seguía suministrando materias primas a Alemania, y, en definitiva, si se quedaba cruzado de brazos, a lo mejor la tempestad pasaría de largo. De todas formas procuraría no provocar a Alemania a base de estrechar sus relaciones con Gran Bretaña.

Hitler estaba convencido de que Rusia no lo atacaría, lo cual no quiere decir que deseara dejar a Rusia en paz. El ataque soviético a Besarabia parecía una amenaza a los suministros de petróleo de Rumania, de los cuales dependían los ejércitos alemanes. Después de esto preveía la posibilidad de que Rusia reclamara el predominio que los antiguos zares habían tenido en los Balcanes. Los Balcanes no eran esenciales para la economía de Alemania, y Hitler nunca había pensado en la posibilidad de atravesar aquellas zonas para ir a frenar las fuerzas británicas en el Próximo Oriente. Hitler habría preferido que los Balcanes se hubiesen mantenido como una tierra de nadie, y cuando los rusos se hicieron sospechosos por su modo de actuar en la península balcánica, tuvo que responder con nuevas precauciones, que a su vez pusieron más en guardia a los rusos.

Los planes de Hitler contra Rusia no se limitaban a tomar medidas de seguridad en los Balcanes. En fecha tan temprana como julio de 1940 ya dio las órdenes para la destrucción de Rusia como potencia mundial. Esto no tenía nada que ver, como a menudo se ha afirmado, con su discrepancia ideológica con el comunismo. Tampoco tenía nada que ver con sus vagas aspiraciones a un espacio vital *(Lebensraum)*, ni con la necesidad de explotar los recursos económicos de Rusia, misión que el propio Gobierno soviético llevaba a cabo satisfactoriamente. Los planes de Hitler de atacar a Rusia fueron una simple ramificación del conflicto con Gran Bretaña. Incluso en julio de 1940 Hitler dudaba de la posibilidad de invadir Gran Bretaña y de que los bombardeos la obligaran a rendirse. Por otra parte, nunca pensó que los ingleses pudiesen ganar la guerra sin ayuda de terceros. Sólo seguirían adelante si confiaban en la cooperación activa de las dos grandes potencias neutrales: Rusia y los Estados Unidos. Según Hitler, Gran Bretaña se rendiría en cuanto se diera cuenta de que no podía atraer a su causa a las citadas potencias. Por lo que a Norteamérica se refiere, Hitler contaba con el aislacionismo americano, y durante más de un año toleró una serie de atentados a la neutralidad cometidos por los Estados Unidos, con el propósito de mantener a este país alejado de la guerra. Con Rusia Hitler pensaba emplear un método más directo. La eliminaría mediante una serie de ataques relámpago. Entonces Inglaterra se vería obligada a pedir la paz y Alemania consolidaría su dominio sobre Europa.

Contra la Unión Soviética Hitler adoptó una serie de precauciones y se preparó para la agresión. De haber renunciado los rusos a los Balcanes, entonces hubiese intentado cooperar con ellos. Pero los rusos, igualmente recelosos, pedían cuentas a Hitler de cada paso que daba en aquellos territorios. En agosto, Ribbentrop y Ciano obligaron a Rumania a ceder a Hungría un trozo de Transilvania. Y a cambio garantizaron la integridad del resto del territorio rumano contra Rusia. Molotov alegó que ello era una transgresión del Pacto Nazisoviético. En el otoño, Mussolini, molesto de sentirse controlado por Hitler, intentó una entente con el Gobierno soviético. Al prohibírselo Hitler, aumentaron las suspicacias de los rusos. Los alemanes hicieron un nuevo paso provocativo: firmaron un pacto tripartito con Italia y Japón. ¿Este pacto era únicamente contra Gran Bretaña, o estaba dirigido también contra Rusia? Ribbentrop aseguró a los rusos que tenían un gran territorio de expansión en Asia si se olvidaban de los Balcanes.

En noviembre Molotov visitó Berlín; fue el momento decisivo. Hitler le mostró todas las ventajas que Rusia alcanzaría si se unía al Pacto Tripartito. Rusia podría ampliar su territorio hasta Persia y podría alcanzar «los mares cálidos» del océano Índico. Molotov aceptó que se trataba de una propuesta atractiva, pero había otros problemas más inmediatos que resolver. Alemania estaba ayudando a Finlandia y esta ayuda debía terminar. Alemania había dado garantías a Rumania, pero estas garantías no debían referirse a la Unión Soviética. Bulgaria debía convertirse en un área de influencia soviética y Rusia debía poseer bases en los Dardanelos. Por encima de todo, la Unión Soviética no toleraría ninguna interferencia alemana en Yugoslavia y en Suecia y participaría en la determinación del futuro de Polonia. Ribbentrop destacó que el Imperio Británico había llegado a su fin; pero como la conversación se estaba desarrollando en un refugio antiaéreo, con los bombarderos británicos sobre sus cabezas, Molotov, sin inmutarse, preguntó: «Si el Imperio Británico está acabado, ¿por qué nos encontramos aquí?» Al marcharse prometió pensar sobre la cuestión del Pacto Tripartito; su respuesta no se hizo esperar: la Unión Soviética se uniría al pacto a condición de que se le permitiese controlar Bulgaria y de que Alemania retirara sus tropas de Finlandia.

Hitler no respondió, y todos los contactos entre Alemania y Rusia terminaron en noviembre de 1940. Hitler había tomado ya una decisión: destruiría Rusia al año siguiente. Aunque la ruptura final de las relaciones se debió a las reclamaciones soviéticas sobre los Balcanes, esto no fue sino un pretexto. La Unión Soviética debía ser eliminada a fin de forzar a Gran Bretaña a solicitar la paz. Cuando Stalin rehusó convertirse, como Mussolini, en un servil esbirro de Hitler, la única respuesta posible era la destrucción por las armas del poder soviético. Hitler consideró que 1941 era un buen año para emprender esta campaña, pues Gran Bretaña no estaría en condiciones de amenazar seriamente a Alemania hasta 1942. Hitler, que



Caricatura alemana del 20 de agosto de 1939 sobre la incapacidad franco-británica para establecer una alianza con la Unión Soviética; tres días después, Alemania lo conseguía, siquiera sobre la base de una futura traición.

disponía de un gran ejército inactivo, atacó Rusia por falta de otro objetivo mejor. No consideraba la invasión de Rusia como una gran operación. Despreciaba al Ejército Rojo y, deslumbrado por sus éxitos iniciales, esperaba derrotarlo fácilmente. Ello es hasta tal punto cierto, que la producción alemana de armamento disminuyó antes del ataque a Rusia e incluso después de haber empezado.

Hitler se decidió formalmente a atacar a Rusia el 18 de diciembre de 1940, cuando anunció las directrices del «Plan Barbarroja». El ataque debía empezar el 15 de mayo de 1941 y la frontera de la Unión Soviética debía retroceder hasta una línea que iba desde Arcángel al Volga. Sería una campaña rápida y decisiva, y en otoño todo habría terminado. Rápidamente se prepararon planes para gobernar el territorio ocupado: planes para exterminar a los judíos y los comisarios políticos, planes para explotar los recursos económicos de Rusia o para destruirlos, planes para colaborar con todas las nacionalidades no rusas y para someterlas a la esclavitud. Un poco desordenadamente, esto era todo. Y estos planes eran la consecuencia, no la causa, de la decisión de Hitler de atacar a Rusia.

El Gobierno soviético vio que se producía un regresivo distanciamiento de Alemania, pero no se dio cuenta de su verdadero alcance. Se limitó a protestas diplomáticas sobre Rumania, Hungría y especialmente Bulgaria, pero no recibió respuesta alguna. El pacto de ayuda mutua entre Rusia y Bulgaria nunca entró en efectividad, antes por el contrario las tropas alemanas penetraron en Bulgaria el primero de marzo. Sin embargo, antes de invadir Rusia, Hitler debía sacar a Mussolini del atolladero de Grecia. Las tropas alemanas deberían atravesar Yugoslavia, y Stalin se imaginaba que los yugoslavos se opondrían eficazmente al avance de las tropas de Hitler, ilusión que el Gobierno británico compartía. El 6 de abril Stalin firmó un pacto de amistad y no agresión con Yugoslavia. El mismo día las tropas alemanas invadían Yugoslavia, y quince días después entraban en Atenas. En mayo, se apoderaban de Creta y con ello dejaban asegurado el flanco alemán de los Balcanes. La campaña de los Balcanes obligó a posponer la «Operación Barbarroja» del 15 de mayo al 22 de junio, pero Hitler seguía pensando que le sobraba tiempo.

Los Gobiernos norteamericano y británico y Richard Sorge, el espía soviético en Tokio, avisaron repetidamente a Stalin de la tormenta que se avecinaba, pero él se negaba a dar fe a esas advertencias. Los ejércitos rusos estaban concentrados en las fronteras, pero sus defensas eran inadecuadas y no estaban debidamente preparados. Durante este breve período, Stalin procuró apaciguar a Hitler con gestos vacíos. En abril el ministro japonés de Asuntos Exteriores, Matsuoka, siguiendo instrucciones de Alemania, viajó a Moscú para firmar un pacto de neutralidad con Rusia. Hitler confiaba aplastar a Rusia sin ayuda ajena y quería que los japoneses utilizaran toda su fuerza contra los ingleses en Singapur y contra los norteamericanos en el Pacífico. Cuando Matsuoka se despedía de Stalin, éste abrazó al agregado militar alemán mientras exclamaba: «Seremos amigos, pase lo que pase.»



Con la angustia reflejada en sus rostros, este grupo de ciudadanos soviéticos escucha ante un aparato de radio callejero las primeras noticias referentes a la invasión alemana del país.

El 6 de mayo Stalin fue nombrado por primera vez presidente del Consejo de Comisarios del pueblo, órgano principal del Gobierno soviético. Para complacer a Hitler rompió las relaciones diplomáticas con los Gobiernos en el exilio de Yugoslavia, Bélgica, Noruega y Grecia. Todavía en abril, Rusia entregaba a Alemania, a pesar del retraso con que ésta le mandaba sus productos, doscientas mil toneladas de trigo, y le prometió cinco millones de toneladas para el año siguiente (cantidad muy superior a la que más tarde Alemania obtendría en el territorio ruso ocupado). Los cargamentos de caucho procedentes del Extremo Oriente atravesaron puntualmente toda la U.R.S.S. hasta el mismísimo día en que estalló la guerra. El 13 de junio Stalin redactó un manifiesto en el que denunciaba como falsos los rumores de concentración de tropas alemanas en la frontera soviética.

A primeras horas del 22 de junio las tropas alemanas penetraron en territorio soviético. Los bombarderos alemanes destruyeron la mayor parte de los aviones soviéticos cuando todavía no habían despegado. El embajador alemán despertó a Molotov y lo hizo levantar de la cama para entregarle una declaración de guerra. «¿Cree usted que nos hemos hecho acreedores a esto?», inquirió Molotov. Hasta el 3 de julio Stalin no pronunció palabra. Entonces, en un mensaje radiado, se lamentó en tono de reproche: «La Alemania fascista ha violado alevosamente, sin previo aviso, el pacto de no agresión. Nos ha empujado a la guerra.»

Así terminaron dos años de *Realpolitik*. Stalin había confiado en lograr beneficios sin esfuerzo y había esperado involucrar en la guerra a otros países sin verse envuelto él mismo. En lugar de ello la Unión Soviética se enfrentaba con la más terrible contienda que nunca haya presenciado una nación civilizada. Rusia se salvó, gracias más bien al heroísmo del pueblo que a la habilidad de los gobernantes. Hitler había confiado coronar su carrera de éxitos con uno más, mucho más fácil que los anteriores. Y en lugar de esto, las fuerzas alemanas fueron destrozadas.

A. J. P. Taylor





Operación «Barbarroja»

El ataque de Hitler a la Unión Soviética, en junio de 1941, fue para todo el mundo una sorpresa. El Ejército Rojo podía hacer muy poco para detener el avance relámpago de los ejércitos alemanes. Sin embargo, Hitler no había contado con los grandes recursos humanos que Rusia podía movilizar y con su desesperada voluntad de resistir.

El 22 de junio de 1941 la Alemania nazi atacó a la Unión Soviética. Apenas había comenzado a despuntar el día en el horizonte cuando miles de cañones alemanes abrieron fuego a través de la frontera rusa. Sin previo aviso la aviación alemana bombardeó los aeropuertos de las fuerzas aéreas soviéticas situados cerca de la frontera, y las fuerzas de asalto alemanas despejaron el camino al grueso de las fuerzas de la Wehrmacht.

Hitler y sus generales no tenían ni la más remota duda de que Alemania sometería rápidamente al Estado soviético. Durante mucho tiempo habían concentrado secretamente, cerca de la frontera, un ejército compuesto por tres millones de hombres, que en dos años de guerra no habían conocido la derrota y que habían demostrado en los campos de batalla de Europa cuán acertada era la teoría de la *Blitzkrieg*. Habían preparado un detallado plan de campaña («Barbarroja»), según el cual la mayor parte del Ejército Rojo sería destruido en una sola operación gigante y, para fines del otoño de 1941, se habría ocupado el territorio soviético hasta el Volga.

Cuando empezó la invasión, las fuerzas soviéticas que vigilaban la frontera de 2.000 kilómetros no estaban preparadas. El 22 de junio el Ejército Rojo desplegaba sus tropas en los distritos fronterizos occidentales, y las únicas fuerzas que se opusieron a los tanques e infantería alemanes que cruzaron la frontera fueron los guardas fronterizos y una pequeña parte de las fuerzas de cobertura que habían logrado llegar a la frontera en respuesta a la señal de alarma. Las principales fuerzas encargadas de guardar la línea fronteriza occidental estaban esparcidas en una amplia zona que distaba hasta 450 kilómetros del frente. A pesar de todos los indicios que anunciaban la inminencia de la guerra con Alemania, ni el pueblo soviético ni el Ejército Rojo esperaban, para el verano de 1941, un ataque alemán.

Izquierda: **«Barbarroja» ha empezado, aplastando cuanto se opone a su paso.** *Derecha:* **soldados alemanes en la primera fase de la invasión de Ucrania.**

Además de sorprender completamente a los rusos, los alemanes se mostraron muy superiores en las zonas donde efectuaron los principales ataques.

Los ejércitos alemanes penetraron profundamente en territorio ruso; se proponían rodear y destruir concentraciones de tropas soviéticas y evitar que las fuerzas del Ejército Rojo se retiraran hacia el este, detrás del Dniéper y el Dvina.

A las 7,15, el mariscal Timochenko, comisario del pueblo para la defensa, ordenó la réplica al ataque alemán. Los ataques aéreos debían destruir los aviones alemanes en sus campos de aviación y las fuerzas de tierra debían forzar a las tropas alemanas a cruzar de nuevo la frontera. Las tropas rusas en su contraataque no debían salir del territorio ruso. Pero estas órdenes eran imposibles de cumplir. Los tanques alemanes, apoyados por la aviación, se habían internado tanto en el territorio ruso, que muchas veces sorprendían por la espalda a las tropas soviéticas y las rodeaban.

Las fuerzas alemanas estaban divididas en tres Grupos de ejércitos: del Norte, del Centro y del Sur, mandados respectivamente por los mariscales de campo Leeb, Bock y Rundstedt. Frente a ellos se encontraban las tropas soviéticas de los frentes nordoccidental, occidental y sudoccidental, al mando respectivamente de los generales Kuznetsov, Pavlov y Kirponos.

La situación era especialmente crítica en el frente occidental, en Bielorrusia. El Grupo de ejércitos alemanes del Centro rodeó las principales fuerzas del III y X Ejército del frente occidental, cerca de Bialistok, ocupó Minsk con los Grupos «Panzer» 2.º y 3.º, al mando de los generales Guderian y Hoth, tras un intenso bombardeo que dejó casi arrasada la ciudad, y luego empezó a avanzar hacia el Dniéper. A principios de julio, en el frente occidental se habían producido grandes huecos, a través de los cuales las columnas de tanques alemanes avanzaban más y más hacia el este. Entretanto el Grupo de ejércitos del Norte, que había iniciado la invasión a partir de Prusia oriental, el 10 de julio había avanzado 450 km. por



Arriba: **infantería motorizada alemana en su avance hacia el Este en los comienzos de «Barbarroja»; en la noche del mismo 22 de junio las vanguardias alemanas habían penetrado profundamente en el suelo soviético.** *Abajo:* **hombres de las SS descansan al término de uno de los agotadores avances del Ejército alemán en el frente oriental.**



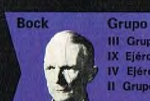
la región del Báltico, y el Grupo de ejércitos del Sur estaba avanzando con el grueso de sus fuerzas hacia Kiev.

En el cuartel general de Hitler, *Wolfschanze* («guarida del lobo»), instalado en unos poderosos refugios de cemento armado emplazados en medio de los bosques de Prusia oriental, cerca de Rastenburg, reinaba una atmósfera de triunfo. El informe presentado a Hitler el 3 de julio por el general Halder, jefe del Estado Mayor General, terminaba con estas palabras: «Las principales fuerzas soviéticas situadas ante los ríos Dniéper y Dvina han sido completamente aniquiladas... No exagero al decir que la campaña de Rusia ha sido coronada por el éxito en un par de semanas.» Hitler compartía este punto de vista. Se iniciaron incluso planes para retirar tropas del frente ruso y dedicarlas a la conquista de Gran Bretaña y del Próximo Oriente.

Sin embargo, la guerra de Hitler contra la Unión Soviética no había terminado; es más, acababa de empezar. El Gobierno soviético y el Alto Mando militar planearon una movilización total de los recursos del país para luchar contra los invasores. El 30 de junio se creó el Comité de Defensa del Estado (G.K.O.), presidido por Stalin, en cuyas manos fueron concentrados todos los poderes. Se reorganizó la economía nacional, que fue dedicada por entero a la producción de material de guerra. Las fábricas fueron transformadas para la producción de armamento: más de 1.500 instalaciones, con todo su personal, tuvieron que trasladarse hacia el este para evitar el peligro de caer en manos enemigas. Fue una operación de gran envergadura y de una complejidad sin precedentes. Durante todo el verano y el otoño de 1941 los trenes de las principales líneas de ferrocarril trasladaron sin cesar herramientas y maquinaria. En los vagones de viajeros o de mercancías de esos trenes viajaban los obreros e ingenieros de las fábricas acompañados de sus familiares y enseres domésticos. Daba la impresión de que ciudades enteras fuesen arrancadas de cuajo para ser trasplantadas en nuevas tierras. Una vez en sus lugares de destino, en los Urales, en Siberia o en Asia Central, las fábricas de guerra empezaron a producir sin tregua. A menudo los ingenieros y trabajadores debían trabajar a cielo descubierto y bajo un tiempo infernal. En dirección contraria, hacia el frente, fluía otra corriente que llevaba tropas, armas y municiones.

El Alto Mando del Ejército Rojo hizo un gran esfuerzo para preparar contingentes







Con la operación «Barbarroja» los alemanes pretendieron ocupar, durante el mismo otoño de 1941, todo el territorio soviético situado entre la Europa oriental dominada por el Eje y una hipotética línea que, partiendo del mar Blanco, alcanzaría el Volga en su recodo más oriental y seguiría más o menos el curso del río hasta su desembocadura. Sin embargo, a los dos meses de iniciado el ataque pudo verse ya lo inviable del proyecto. Los gráficos y mapas contiguos muestran el plan inicial y la progresión de las fuerzas del Eje. La posposición de Leningrado a Moscú en la prelación de los ataques congeló el cerco de aquella ciudad; en el centro, la contraofensiva de Zhukov hizo fracasar la presión alemana sobre la capital; en el sur, los triunfos nazis que supusieron las ocupaciones de Odessa, Kiev —con toda Ucrania—, Jarkov y la cuenca del Dniéper, así como las ingentes bolsas de Uman, Kiev y el Mar de Azov, no permitieron prolongar el avance alemán hasta más allá de Rostov.

JUN 22 Línea del frente

DIC 5 Línea del frente

1 Ataques alemanes 22 junio - 1 octubre

2 Ataques alemanes 2 octubre - 5 diciembre

Principales bolsas de tropas soviéticas



de refuerzo. Durante el verano de 1941 más de 324 divisiones pasaron al frente. Es interesante destacar el hecho que el Mando alemán estimaba que en caso de guerra la Unión Soviética era capaz de poner en pie de guerra como máximo 140 divisiones.

En julio de 1941 el frente se dividió en tres sectores estratégicos: nordoccidental, occidental y sudoccidental. Varios frentes (grupos de ejércitos) fueron puestos bajo la autoridad de cada sector, y se concedió gran atención al sector occidental, o sea el eje de Smolensko-Moscú, al mando del mariscal Timochenko. Allí tuvo lugar, entre el 10 de julio y el 10 de septiembre, la batalla más importante del verano y otoño de 1941: la batalla por Smolensko.

Al iniciarse el combate, los alemanes superaban a los rusos en las siguientes proporciones: hombres, de 1,6 a 1; cañones, de 1,8 a 1; tanques, de 1,5 a 1; y aviones, de 4 a 1. Las fuerzas de reserva soviéticas que acababan de llegar del interior del país no pudieron desplegarse por entero. La gigantesca batalla se inclinó desde el principio en favor de los alemanes. Entre el 10 y el 20 de julio los ejércitos alemanes II, IX y IV y los grupos blindados 2.º y 3.º lucharon en un frente de 500 km. para romper en pedazos a las fuerzas del sector occidental, rodearon a los ejércitos XIX, XX y XVI, que protegían Smolensko, y finalmente ocuparon la ciudad, que desde hacía tiempo era considerada por los invasores como «la llave de Moscú».



Los alemanes, utilizando poderosos grupos de tanques concentrados en pequeños sectores del frente y con la ayuda de las fuerzas aéreas, lograron romper el frente en los sectores de Polotski, Vitebsk y Mogilev. El 3.er Grupo Blindado de Hoth logró penetrar en la zona de Yartsevo y cortó la principal línea de comunicación del frente occidental, la carretera entre Minsk y Moscú. Más al sur, el 2.º Grupo Blindado de Guderian llegó hasta los arrabales de Smolensko. En el flanco derecho del frente occidental los alemanes obligaron a las tropas rusas a abandonar Velikye Luki y Nevel, y en el flanco izquierdo capturaron Ielnya, estableciendo un saliente que se extendía muy hacia el este. El Mando alemán empezó a considerar esta zona como la plataforma de lanzamiento de la siguiente ofensiva contra Moscú.

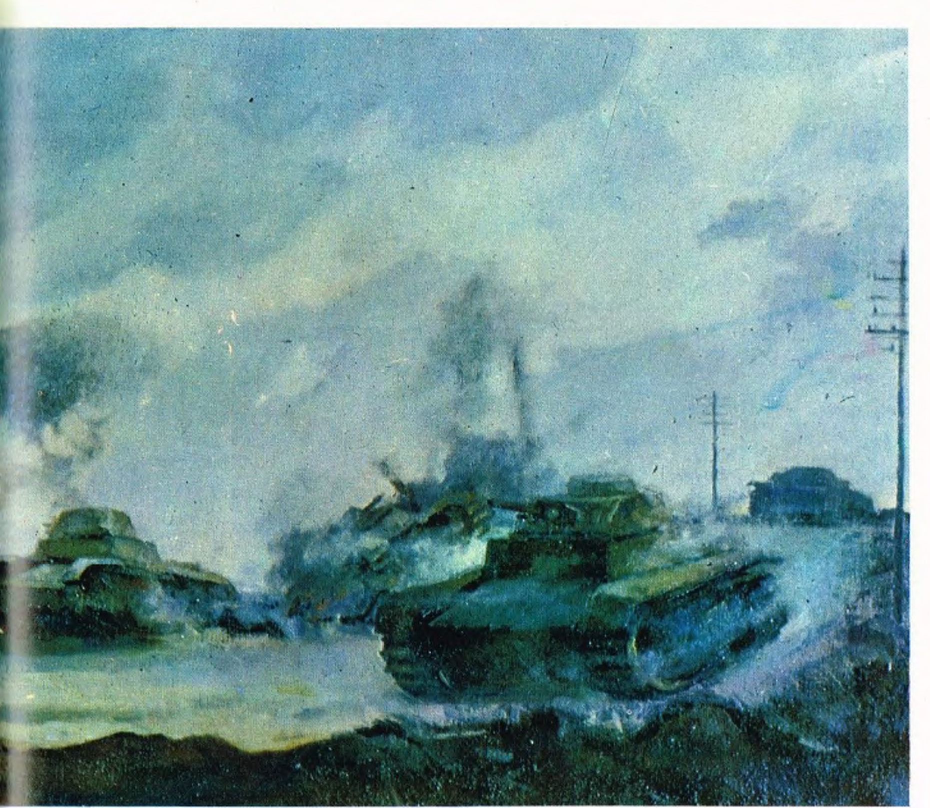
Las tropas soviéticas resistieron. Poco a poco frenaron la ofensiva del Grupo de ejércitos del Centro e iniciaron un metódico contraataque. El ejército del general Kuznetsov lanzó una ofensiva en el sector de Bobruisk para distraer a las fuerzas alemanas del sector de Smolensko. El XX Ejército, al mando del general Kurochkin, que presentaba sus dos flancos, frente a Smolensko, casi totalmente envueltos por el enemigo, tuvo en jaque a varias formaciones alemanas unas semanas.

La batalla por Smolensko alcanzó su punto culminante entre el 21 de julio y el 7 de agosto. Durante esta batalla, el mando del Ejército Rojo desplegó en el sector occidental, en un triple escalón, varias docenas de formaciones de refresco y estableció un nuevo frente, el denominado frente de reserva, en la retaguardia del frente occidental.

Los principales combates de esta desesperada batalla tuvieron lugar en Smolensko, en Ielnya y en Iartsevo. Durante varios días tropas del XVI Ejército, al mando del general Lukin, ofrecieron una tenaz resistencia en Smolensko. Alrededor de Ielnya los combates se prolongaron sin tregua durante varias semanas y los nazis sufrieron tantas bajas en este sector que lo llamaban «el horno maldito». La batalla por Ielnya fue coronada con éxito por las tropas soviéticas, las cuales ocuparon la ciudad tras desalojar de ella a los alemanes. Las tropas del general Rokossovski contuvieron cerca de Iartsevo el avance de los tanques y la infantería del 3.er Grupo Blindado de Hoth. Iartsevo, en llamas y arruinada, cambió varias veces de dueño. Los informes alemanes del frente hablaban de la fanática resistencia ofrecida por los rusos; Halder empezaba incluso a dudar de la posibilidad de una victoria decisiva.

A principios de agosto se llegó a un equilibrio de fuerzas en el sector occidental. Los ejércitos alemanes fueron bloqueados y obligados a luchar a la defensiva.

Al cabo de dos meses el Grupo de ejércitos del Centro había penetrado unos 170-200 km. al este del Dniéper, pero éstos no eran los resultados que el Alto



Pintura soviética acerca de un hecho acontecido en Crimea en 1941: un marinero del mar Negro se pertrecha con granadas antes de lanzarse contra un tanque alemán.

Mando alemán esperaba. Mientras en los primeros días del ataque las tropas alemanas avanzaban como promedio unos treinta km. diarios, en julio este promedio se había reducido a seis o siete km. Smolensco, que constituía el centro de gravedad del avance alemán, había causado un retraso de dos meses a la *Blitzkrieg* y desbaratado todas las previsiones de la «Operación Barbarroja». Hitler se vio obligado a cambiar de planes, y el 23 de agosto, rechazando la propuesta de sus generales para lanzar un ataque sobre Moscú, decidió atacar Ucrania y Crimea. El Führer estaba preocupado por el factor económico: los trigales y las industrias de Ucrania eran de mayor importancia que Moscú. Y la península de Crimea era, según Hitler, un «portaaviones soviético para atacar la zona petrolífera de Rumania». De acuerdo con las nuevas directrices de la campaña, el 2.º Grupo Blindado de Guderian fue trasladado desde el sector Smolensko-Moscú a Ucrania.

Al mismo tiempo se libraban duros combates en los demás sectores del frente germano-soviético, tanto en el norte como en el sur.

Los jefes nazis pensaban que la captura de Leningrado, de Kronstadt y del ferrocarril de Murmansk significaría la pérdida para Rusia de la región del Báltico y del extremo norte, así como de la flota del Báltico. Ello les permitiría apoderarse de una zona adecuada para atacar desde el noroeste a la retaguardia de las tropas que protegían Moscú. Simultáneamente, el Ejército finlandés debía atacar en el istmo de Carelia, en dirección a Petrozavodsk, al sur de la cual se encontraría con las tropas alemanas que en la región del lago Ilmen avanzarían también en dirección a Petrozavodsk. El XVIII Ejército debía ocupar Estonia.

El pueblo soviético estaba dispuesto a defender Leningrado. Ya a fines de junio se realizó un estudio para rodear a la ciudad de fortificaciones, tarea ésta que comenzó a principios de julio y en la que participaron, junto con los soldados, los habitantes de la ciudad. Durante julio y agosto 500.000 personas tomaron parte en las obras de defensa, mientras las fábricas producían armas para el frente. Se formaron también batallones de paisanos.

El 10 de julio los alemanes atacaron Novgorod. En una durísima batalla de cuatro días de duración, cerca de la población de Soltsy, los rusos aniquilaron parte de la división blindada alemana mandada por el general Manstein. Durante cierto tiempo el mariscal de campo Leeb, comandante del Grupo de ejércitos del Norte, se vio obligado a detener el avance del 4.º Grupo Blindado.

Después de reagruparse, los alemanes alcanzaron Krasnogvardeisk, una pobla-







Tres aspectos de la resistencia soviética en el suelo patrio ocupado por los alemanes. La propaganda oficial, empero, exageró la importancia de estos guerrilleros, cuyo número, por lo menos durante el primer año de guerra, no llegó sino a la mitad del de los colaboracionistas y estuvo integrado en gran parte por gentes comprometidas que no tenían otra opción.

ción situada a menos de diez km. de Leningrado. El XVIII Ejército ocupó Estonia y llegó a las costas del golfo de Finlandia.

Antes de empezar el ataque de las posiciones defensivas de los alrededores de Leningrado los alemanes sometieron a la ciudad a un duro bombardeo aéreo y de artillería pesada. Venciendo una enconada oposición, los alemanes lograron llegar a los suburbios de Leningrado y, a partir del 8 de septiembre, la ciudad sólo pudo mantenerse comunicada con el resto del mundo por el aire y a través del lago Ladoga. Pero el intento alemán de entrar en la ciudad para unirse con el ejército finlandés que avanzaba por el istmo de Carelia fracasó ante la obstinada resistencia de las tropas soviéticas que defendían Leningrado y de las que estaban desplegadas a lo largo de la margen norte del Neva. Los alemanes no podían avanzar un paso más. El Grupo de ejércitos del Norte se vio obligado a abandonar la ofensiva, y Hitler decidió tomar la ciudad por bloqueo.

En Ucrania, las tropas soviéticas del frente sudoccidental libraron en julio de 1941 grandes batallas defensivas al sur de Polesie y frente a Kiev y Korosten. El frente del sur mantuvo a raya en Moldavia a las tropas de invasión, alemanas y rumanas.

Con gran superioridad de fuerzas el 1.er Grupo Blindado alemán, seguido por el VI Ejército, avanzó hacia Kiev, donde tuvo que detenerse. Durante setenta y dos días la valiente guarnición de la capital de Ucrania defendió la ciudad, mientras hacia el sudoeste el V Ejército, al mando del general Potapov, lograba en una dura pelea frenar a doce divisiones alemanas y facilitaba de este modo la tarea de los defensores de Kiev.

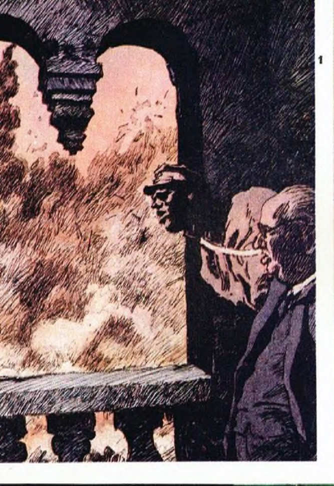
Más al sur, la mayor parte de las fuerzas del frente sudoccidental estaban enzarzadas en las grandes batallas que se desarrollaban en la parte de Ucrania situada al oeste del río Dniéper y que duraron hasta los primeros días de agosto de 1941. Los ejércitos rusos VI, XII y XXVI infligieron duros castigos al Grupo de ejércitos alemanes del Sur. El 1.er Grupo Blindado de Kleist perdió la mitad de sus tanques; sin embargo, gracias a un profundo movimiento envolvente realizado a principios de agosto, los alemanes rodearon a los ejércitos VI y XII cerca de Uman y con ello cambiaron en su favor el curso general de la batalla.

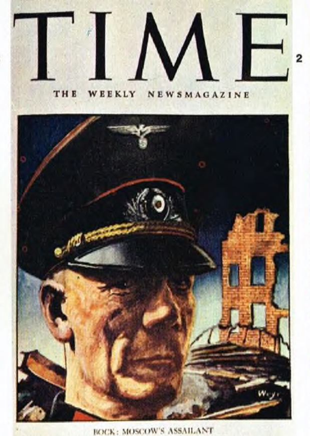
Ante la gravedad de la situación, el Alto Mando ruso ordenó a los ejércitos de los frentes sur y sudoeste, mandados por los generales Kirponos y Tiulenev, que se retiraran tras el Dniéper y se hicieran fuertes en su orilla izquierda, sin dejar, no obstante, de mantener en la orilla derecha a Kiev a Dniepropetrovsk y algunos otros puntos como cabezas de puente. Las tropas soviéticas llevaron a cabo esta retirada a fines de agosto y las operaciones militares se trasladaron a la parte de Ucrania situada al este del Dniéper.

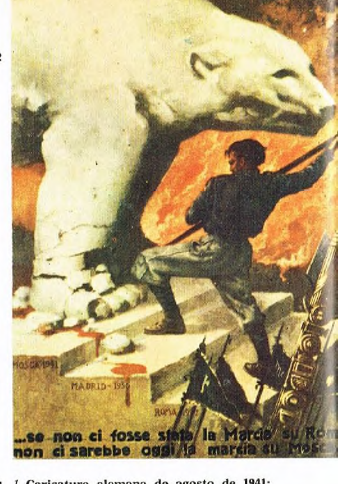
El 2.º Grupo Blindado de Guderian y el II Ejército fueron trasladados entonces, desde el Grupo de ejércitos del Centro, cerca de Smolensko, a Ucrania, para ayudar al Grupo de ejércitos del Sur en una acción destinada a envolver a las fuerzas rusas en las inmediaciones de Kiev. Las formaciones blindadas de Guderian rompieron las líneas de defensa soviéticas cerca de Konotop y avanzaron hacia el sur, para cortar la retirada de las fuerzas del frente sudoccidental soviético. Las divisiones de tanques de Kleist, partiendo de la cabeza de puente de Kremenchug, en el Dniéper, empujaron hacia el norte para unirse con las de Guderian. Las dos cuñas blindadas establecieron contacto en Lojvitsa. Los cuatro ejércitos soviéticos del frente sudoccidental quedaron rodeados al este de Kiev, y el 18 de septiembre los alemanes empezaron a estrechar el círculo en que estaban atrapados medio millón de soldados del Ejército Rojo. La batalla de Kiev fue el mayor desastre en la historia del Ejército Rojo. Las fuerzas alemanas avanzaron hacia Crimea.

Al mismo tiempo tropas alemanas y rumanas ponían cerco a Odessa, una de las bases más importantes de la flota del mar Negro. Los habitantes de la ciudad habían construido algunas defensas a principios de septiembre. El asalto enemigo sobre Odessa empezó el 10 de agosto. Las tropas del ejército especial del mar Negro y marinos de la flota rechazaron la embestida. La infantería ligera de marina, apoyada por la artillería naval, contraatacó y destrozó varias unidades rumanas.

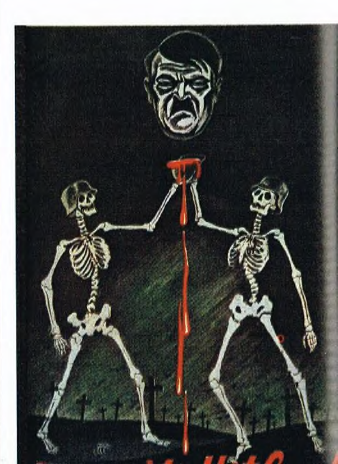
El 20 de agosto el enemigo renovó el ataque con fuerzas muy superiores a las de los defensores, y dio comienzo una san-

1 

2 



4 *1* **Caricatura alemana de agosto de 1941: ante los bombardeos alemanes de Moscú, dos miembros del Partido Comunista consideran totalmente necesaria una «visita» a Siberia.** *2* **Bock, en una portada del** *Time* **durante los días del ataque contra Moscú.** *3* **«Sin la Marcha sobre Roma no existiría la marcha sobre Moscú»; en los peldaños, las estepas de la lucha fascista contra el comunismo: Roma 1922, Madrid 1936, Moscú 1941.** *4* **Viñeta soviética referente a la contraofensiva del Ejército Rojo.** *5* **«A la salud de Hitler»: cartel soviético arrojado tras las líneas alemanas.** *Derecha:* *1* **El mariscal Timochenko, comisario soviético de Defensa.** *2* **El mariscal Zhukov, el mejor de los jefes soviéticos.** *3* **El inepto Budienni.** *4* **Paisanos ahorcados por los alemanes en Rusia.** *5* **Soldados alemanes en una trinchera rusa junto a un soldado soviético muerto.**





4





5





El 5 de diciembre de 1941 el Ejército Rojo contraatacó en el sector de Moscú, y las bien entrenadas y equipadas tropas traídas de Siberia dieron cuenta de los exhaustos alemanes, sometidos a temperaturas muy inferiores a cero con equipo insuficiente. Forzados los atacantes a retirarse, la capital rusa quedó libre, para todo el resto de la guerra, de la amenaza que sobre ella pesara.

grienta batalla que se prolongó durante un mes. Muy lentamente y al precio de grandes pérdidas los atacantes llegaron a los arrabales. Puesto que en otoño de 1941 las fuerzas soviéticas de Crimea y Ucrania se encontraban en general en una situación extremadamente crítica, el Alto Mando decidió evacuar por mar a los defensores de Odessa y emplearlos en reforzar la guarnición de Sebastopol, la principal base de la flota del mar Negro, que también estaba amenazada.

En la noche del 16 de octubre la guarnición de Odessa abandonó sus posiciones, se dirigió al puerto y desde allí fue trasladada en buques de transporte a Crimea.

Con la llegada de tropas de refresco el Alto Mando soviético contuvo a fines de otoño a los ejércitos alemanes del Sur. Los alemanes habían sufrido graves pérdidas. No obstante, pudieron llegar a principios de noviembre a Rostov, que era considerada la «llave del Cáucaso». Sin embargo, con la llegada de nuevas tropas rusas a esta zona, fue posible lanzar una contraofensiva cerca de Rostov que puso fuera de combate a las fuerzas de choque del Grupo de ejércitos del Sur, y las obligó a abandonar la ciudad.

En otoño de 1941 la *Blitzkrieg* con que Hitler planeaba abatir la Unión Soviética había fracasado. A pesar de algunas sonadas victorias, Hitler y sus estrategas se habían mostrado incapaces de completar la campaña antes del otoño, como esperaban. La guerra se prolongaba. La Unión Soviética todavía se mantenía en pie. El Ejército Rojo había rechazado el primero y más furioso alud del enemigo y había creado las condiciones que habían de alterar profundamente el curso ulterior de la contienda. Las principales fuerzas de la Wehrmacht de Hitler estaban inmovilizadas en el frente germano-soviético, y se había disipado el peligro de una invasión nazi a Gran Bretaña y el Próximo Oriente.

Si Hitler y sus generales no lograron la victoria que habían previsto, la situación de la Unión Soviética no dejaba sin embargo de ser crítica. Los invasores se hallaban ante las puertas de Leningrado, amenazaban Moscú, habían ocupado gran parte de Ucrania y tenían en su poder muchas de las zonas de mayor importancia económica del país.

Convencido de que la victoria sobre la Unión Soviética estaba cerca, Hitler ordenó el ataque final sobre Moscú para apoderarse de la capital y terminar de este modo la campaña oriental.

El avance sobre Moscú fue confiado al Grupo de ejércitos del Centro, dirigido por



Éxodo de paisanos rusos ante el avance alemán sobre Moscú. En diciembre de 1941 vivían en Rusia bajo el yugo alemán 70 millones de personas. Los nazis, tan crueles como políticamente miopes, no supieron aprovechar en su favor la oposición de muchas gentes al comunismo de Moscú; explotaron brutalmente el país y esclavizaron o dieron muerte a millones de rusos.

el mariscal de campo Bock. La «Operación Tifón», como fue llamada, preveía tres ataques sucesivos a base de tanques e infantería, destinados a romper y rodear las fuerzas soviéticas que defendían Moscú. Después de abrir el camino hacia la capital, las fuerzas de Bock debían tomarla por asalto.

Cerca de Moscú se concentraron un millón de hombres —integrados en 77 divisiones, entre ellas catorce divisiones de tanques y ocho divisiones motorizadas, con un total de 1.700 tanques y cañones de asalto— y 950 aviones de caza. Los preparativos para el «ataque final» se prolongaron durante un mes entero.

El Mando soviético confió la tarea de defender los accesos de Moscú a las tropas de los frentes occidental, de reserva y de Briansk, al mando del general Koniv, del mariscal Budienni y del general Ieremenko. Los alemanes tenían el doble de tanques y cañones que los defensores y el triple de aviones.

La ofensiva empezó el 2 de octubre. Los defensores no pudieron rechazar el ataque, y el 7 de octubre las fuerzas de los frentes occidental y de reserva se encontraban rodeadas cerca de Viazma. El camino de Moscú estaba libre.

El Mando soviético debía tomar medidas extraordinarias si quería evitar la caída de la capital. Por encima de todo había que ganar tiempo. Gracias a su tenaz resistencia, las fuerzas rodeadas mantuvieron inmovilizadas durante una semana a veintiocho divisiones alemanas. El nuevo comandante del frente occidental, general Zhukov, empezó a concentrar todas las fuerzas disponibles en los alrededores de Moscú. En primer lugar, un rápido despliegue de las tropas que estaban estacionadas en las cercanías de la capital permitió cubrir las principales carreteras que conducían a Moscú desde el oeste y mantener a raya a las unidades alemanas que avanzaban desde Viazma. Entretanto, desde Siberia, la región del Volga, el Extremo Oriente y el Kazajstán, los trenes transportaban oleadas de fuerzas de refresco. Muy pronto fue posible destinar a la batalla de Moscú otras catorce divisiones, dieciséis brigadas de tanques, cuarenta regimientos de artillería y otras unidades. Se formó un nuevo frente defensivo a lo largo de la línea de defensa Mozhaisk, preparada por el pueblo moscovita.

El 10 de octubre los alemanes atacaron esta línea. Durante días y noches se luchó sin tregua. Los alemanes rompieron en algunos puntos la línea, capturaron Kalinin, Mozhaisk y Volokolamsk, y alcanzaron los accesos más directos a la capital.





Arriba: **los alemanes atacan con granadas una aldea rusa.** *Abajo:* **tras la destrucción de una pequeña localidad soviética, los soldados alemanes inspeccionan sus ruinas, todavía humeantes.**

A fines de octubre y principios de noviembre el ataque había sido contenido gracias al tremendo esfuerzo de las tropas soviéticas. Las fuerzas alemanas que en octubre de 1941 habían avanzado 250 km., se vieron obligadas a luchar a la defensiva en una línea situada entre 70 y 120 km. de Moscú. Se produjo una pausa en la lucha, de la que se aprovechó el Mando soviético para reforzar con tropas de refresco el frente occidental y construir un sistema defensivo antitanques a lo largo de las principales vías de acceso a la capital. Durante la primera mitad de noviembre llegaron al frente occidental 100.000 hombres, 300 tanques y 2.000 cañones de refuerzo.

El Mando alemán, después de concentrar fuerzas en las principales carreteras que conducían a Moscú, inició el segundo ataque en los días 15 y 16 de noviembre. De nuevo tuvieron lugar duros y sangrientos combates. Lentamente, a costa de muchas bajas, los alemanes se iban acercando a la capital, pero las defensas construidas por los rusos les impidieron romper el frente. El 2.º Grupo Blindado de Guderian avanzó sobre Tula, importante centro industrial y nudo de comunicaciones, pero las tropas rusas al mando del general Boldin, ayudadas por los obreros de la ciudad, lograron detenerlo. Tula se convirtió en el bastión meridional del frente occidental. Entonces Guderian, dejando parte de sus fuerzas para que le cubrieran los flancos, se abrió paso con el grueso de los blindados en dirección norte, con el fin de reunirse al este de Moscú con los grupos blindados 2.º y 3.º que avanzaban desde el noroeste. Los alemanes se hallaban a escasos kilómetros de la capital.

Pero la crisis de la ofensiva alemana empezaba a acentuarse. La dura defensa de las tropas soviéticas había anulado las fuerzas de choque del Grupo de ejércitos del Centro. Al fracasar en sus ataques a los accesos septentrionales y meridionales a Moscú, los alemanes intentaron romper el frente occidental en su parte central, objetivo que lograron el 1 de diciembre, en el sector situado al norte de Narofominsk, a unos sesenta y cuatro kilómetros al sudoeste de Moscú. Los tanques y la infantería motorizada avanzaron hasta Kubinka, situada a unos 60 km. de la capital, pero allí fueron detenidos por el V Ejército, al mando del general Govorov. Después de perder casi la mitad de sus tanques, los alemanes, torciendo hacia el este, se dirigieron a la zona de Golitsino, donde tuvieron que soportar los contraataques de los ejércitos XXXIII y V. El 4 de diciembre varias formaciones rusas derrotaron a los alemanes y restablecieron el frente en el río Nara.

Así terminó la última ofensiva nazi contra Moscú. Las fuerzas armadas soviéticas habían vencido en la batalla defensiva, y las alemanas habían sufrido un serio quebranto: sólo entre el 16 de noviembre y el 5 de diciembre tuvieron 55.000 bajas por muerte y más de 100.000 por heridas o congelación.

El éxito de la batalla defensiva se debió en gran parte al hecho que en los momentos más críticos de la defensa de la capital, los soviets iniciaron una contraofensiva al sudoeste de Leningrado y en la zona de Rostov, lo que impidió a los alemanes trasladar fuerzas de estos sectores al frente de Moscú, adonde, mientras tanto, habían acudido fuerzas de reserva del Ejército Rojo. La balanza de fuerzas se inclinó gradualmente en favor de los rusos.

El 5 de diciembre el Ejército Rojo inició una contraofensiva en el frente de Moscú. Los alemanes tuvieron que retirarse y ya nunca más estuvieron en condiciones de preparar una ofensiva simultánea a lo largo de todo el frente ruso-alemán. Su derrota ante las puertas de Moscú muestra hasta qué punto Hitler había subestimado la resistencia soviética.

Coronel D. M. Proektor

Reto en el Pacífico

Adormecidos por una década de sentimiento aislacionista, tanto los dirigentes como el pueblo de los Estados Unidos eran reacios a aceptar que el Japón se atreviese a declararles la guerra. Pero los japoneses querían imponer su hegemonía en el Lejano Oriente, y los Estados Unidos eran un estorbo en su camino.

El emperador Hirohito (izquierda) inspecciona en Osaka (1934) una batería de defensa antiaérea.

Con su ataque a la flota norteamericana en Pearl Harbour, los japoneses no sólo pretendían incitar a los Estados Unidos a declararles la guerra, sino que intentaban proclamar que ésta era inevitable.

El ataque marcó el final de un largo período de tensas relaciones entre ambas potencias. La pugna derivaba de la ambición japonesa de dominar sin cortapisas en el Lejano Oriente, una ambición que podría ser incomprensible sin el recuerdo, aunque sea sumario, de la sorprendente ascensión del poder japonés en el siglo XX.

A diferencia de China, Japón no se opuso a la importación de la civilización occidental, iniciada por el comodoro norteamericano Matthew Perry y sus sucesores en el siglo XIX. Los japoneses dieron muestras de gran habilidad en la adopción de las modernas técnicas industriales de Europa y América, y en los años de la Primera Guerra Mundial poseían ya una industria notablemente desarrollada. El acelerado incremento de la población, y la mezquindad de los salarios fueron la causa de que, después de la Primera Guerra Mundial, otras naciones se vieran obligadas a poner barreras aduaneras contra la desenfrenada competencia nipona.

Aunque bajo la Constitución de 1889 el Emperador, como monarca constitucio-



nal, debía reinar más bien que gobernar, los militares continuaron ocupando una posición de privilegio, desconocida en las democracias occidentales. A los once años de proclamarse la Constitución, un decreto imperial estableció que los ministros de Guerra y Marina tenían que ser militares en activo. Sobre esos departamentos ministeriales no se ejercía ningún control civil, y, si uno de los dos ministros dimitía por estar en desacuerdo con el Gobierno, las fuerzas armadas por él representadas podían negarse a designarle sucesor. En 1925 se introdujo el sufragio universal masculino, pero el Gobierno dictó una «Ley para la Conservación de la Paz», por la cual se imponían diez años de prisión a los que intentasen alterar la Constitución o repudiar el sistema de propiedad privada, En 1931, las tendencias ultranacionalistas se manifestaron en forma de sangrientas conspiraciones en el interior del país y en una serie de agresiones en el exterior. El «Incidente» de Manchuria estuvo inspirado y fue llevado a efecto, por su cuenta y riesgo, por el Ejército. No fue un desafío al Gobierno, sino que lo mantuvo en la ignorancia de sus intenciones.

La reacción norteamericana a la ocupación de Manchuria, que provocó una exacerbación del patriotismo entre los japoneses, podía haber sido más eficaz si los Estados Unidos no se hubiesen encontrado por entonces en una fase de aislacionismo, con la consiguiente prevención a inmiscuirse en los problemas de otros continentes. Sin embargo, la invasión nipona de Manchuria representaba una amenaza directa a la política de «puertas abiertas» que con respecto a China habían preconizado, desde comienzos de siglo, los Estados Unidos, junto con las otras naciones beneficiarias del comercio internacional. Esa política significaba que ninguna potencia podía pretender un trato de favor en sus relaciones comerciales con China y, por supuesto, no podía aspirar a ninguna conquista territorial. Japón había atacado abiertamente esa política, y los Estados Unidos, en consecuencia, estaban obligados a acusar el golpe. No obstante, no adoptaron ninguna actitud positiva, aparte de proclamar abiertamente que deploraban la acción japonesa y de negarse a reconocer el Estado de Manchukuo establecido por Japón en la antigua Manchuria.

Envalentonado por la ocupación de Manchuria, el Japón pronto dirigió su atención hacia los asuntos navales. La Conferencia de Washington (1921-22) había fijado el tonelaje de la marina de guerra de las tres grandes potencias navales, Gran Bretaña, Estados Unidos y Japón, en la proporción de 5-5-3. Otros tratados firmados entre las grandes potencias, Japón incluido, añadían nuevas restricciones a los programas de construcción naval japoneses, así como a los de otras potencias. En diciembre de 1934, no obstante, el Japón exigió la paridad naval con los Estados Unidos, y, cuando ello le fue negado, en nombre de los tratados existentes, denunció los acuerdos y se retiró de la Conferencia Naval de Londres, en enero de 1936. En un solo año la marina japonesa superó considerablemente la de Francia, Italia, Alemania y Rusia, y los programas de construcción naval prometían convertir a la gran potencia oriental en un formidable rival de la flota norteamericana del Pacífico.

Los gobernantes japoneses estaban ya publicando su política de hegemonía nipona en Asia Oriental, y con frecuencia aludían a una «Doctrina Monroe japonesa». Sabían cuáles eran las nuevas oportunidades que Asia les ofrecía a medida que los rumores de guerra ocupaban la atención de las potencias coloniales.

Hundimiento del «Panay»

La política de los Estados Unidos se encontraba en un dilema. Las consecuencias de la Depresión y la iniciación del New Deal rooseveltiano, que acaparaba el esfuerzo nacional, junto con la acusada tendencia al aislacionismo en política exterior, no podían menos de alentar las ambiciones japonesas. Aunque propuestas en principio, para mantener a los Estados Unidos alejados de las guerras europeas, las Leyes de Neutralidad aprobadas por el Congreso en 1935, 1936 y 1937, favorecían las tendencias imperialistas del Japón.

Japón procuró entonces expansionarse por el interior de China. En julio de 1937 fuerzas niponas extendieron su dominio por la Mongolia interior y el norte de China, ocupando los puertos clave de la costa de China central y meridional. El pueblo norteamericano, que simpatizaba con los chinos, reclamó medidas más eficaces que la antigua actitud adoptada por el presidente Roosevelt. Éste propuso entonces, en su discurso de octubre de 1937, la famosa «Cuarentena». Partiendo de la observación de que la guerra era una enfermedad, y que la mejor precaución era la de detener su propagación, el presidente sugirió «una cuarentena de los pacientes para proteger la salud pública del peligro de contagio».

Fue aquel uno de los discursos en que Roosevelt se mostró menos inspirado en el enfoque de los asuntos internacionales, y que suscitó del primer ministro británico, Neville Chamberlain, el siguiente comentario: «El discurso de Roosevelt me ha producido una cierta confusión... La comparación no es muy afortunada, teniendo en cuenta que los pacientes que sufren de enfermedades epidémicas no suelen ir de un lado a otro con todo el armamento a cuestas.»

En 1932 la Sociedad de las Naciones había condenado a Japón por violar el Tratado de las Nueve Potencias y el Pacto Kellog al invadir China, y había propuesto una reunión de los signatarios del Tratado de las Nueve Potencias para discutir la situación. Como el Japón se negó a asistir, la Conferencia de Bruselas no condujo a ningún resultado positivo.

Los Estados Unidos procedieron después a evacuar los ciudadanos norteamericanos que se encontraban en territorio chino. Una vez más, en 1937, los militaristas japoneses respondieron a esa supuesta medida de debilidad con una nueva provocación, y pocas semanas más tarde, el 12 de diciembre, el cañonero estadounidense *Panay* fue bombardeado y hundido en el río Yangtse. Los Estados Unidos protestaron inmediatamente y exigieron una indemnización. El Japón se apresuró a presentar excusas, y pagó. Aunque por el momento los japoneses no tenían el menor deseo de entrar en guerra con los Estados Unidos, continuaron ocupando territorio chino y sometiendo a un trato cruel a la población civil de aquel país. En 1938 el Japón se había apoderado de gran parte de la China septentrional y central: sólo encontró una verdadera oposición en los comunistas chinos de las provincias del Norte y en las fuerzas nacionalistas de Chungking.

La opinión pública norteamericana, cada vez más irritada ante los métodos nipones, pidió que por lo menos se procediera al embargo del comercio con el Japón. En verano de 1938 el Gobierno de los Estados Unidos recomendó a los fabricantes un «embargo moral» de los envíos de aviones y otras máquinas bélicas. No obstante, como el Japón compraba a Estados Unidos principalmente aceites, petróleo y enormes cantidades de chatarra, el «embargo moral» sólo le representó un ligero contratiempo.

No es sorprendente que el expansionismo nipón procurase aprovecharse de la crisis que cada vez se cernía más amenazadora sobre Europa, y cuando Gran

Bretaña y Francia entraron en guerra con Alemania, el Japón encontró un camino despejado en Extremo Oriente. Cuando Hitler marchó sobre Praga en marzo de 1939, Japón ocupó la isla de Hainan, que le aseguraba el dominio del golfo de Tonkín. Luego, en 1940, penetró en la Indochina francesa, y, en cuanto se produjo la caída de Francia, arrancó concesiones al Gobierno de Vichy. El paso siguiente fue presionar a los británicos para que privaran a China de los abastecimientos que le mandaban por la ruta de Birmania. Gran Bretaña, que en esta cuestión no se sintió apoyada por los Estados Unidos, tuvo que ceder.

Por entonces los círculos gubernamentales norteamericanos estaban en desacuerdo sobre la política a seguir con el Japón. El secretario del Tesoro, Henry Morgenthau, y el secretario de Guerra, Henry L. Stimson, eran partidarios de amenazar a los japoneses con una especie de ultimátum; estaban convencidos de que el Japón deseaba evitar a toda costa un conflicto directo con Estados Unidos, aun cuando sus gobernantes se mostrasen inmunes al lenguaje ordinario de la diplomacia. Pero otros consejeros del presidente Roosevelt recomendaban prudencia, pues temían incitar al Japón a acciones aún más agresivas, como un ataque a las Indias Orientales Holandesas, ahora que Holanda estaba derrotada.



Negociaciones en Washington; de izquierda a derecha: el almirante Nomura, embajador japonés; Cordell Hull, secretario de Estado norteamericano, y Saburu Kurusu, enviado especial japonés.

En respuesta a las crecientes presiones en favor de algún tipo de acción, el presidente Roosevelt cursó una orden que restringía los suministros de materiales estratégicos, especialmente petróleo, y envió además la flota de los Estados Unidos a Hawaii. Tal medida tropezó con la fuerte oposición de la Marina estadounidense, que prefería como base el puerto de San Diego, en California meridional. El almirante Richardson, comandante de la flota, declaró que logísticamente era imprudente concentrar la flota en Pearl Harbour, lejos de las bases metropolitanas. El almirante fue relevado del mando. La flota norteamericana recibió el nombre de Flota del Pacífico, y su base principal pasó a ser Pearl Harbour.

La «Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental»

La política japonesa hacia los Estados Unidos tenía un doble filo. El programa diplomático consistía en evitar la guerra, procurando al mismo tiempo las máximas concesiones para los objetivos expansionistas japoneses en China y Asia sudoriental. Simultáneamente, sin embargo, los expertos militares nipones estaban trazando planes para una guerra ofensiva contra los Estados Unidos, por si el programa diplomático fallaba.

El 27 de enero de 1941, Joseph Grew, embajador de los Estados Unidos en Tokio, envió a Washington un notable despacho, que fue ignorado por los funcionarios del Departamento de Estado: «Mi colega peruano ha comunicado a un miembro de mi oficina que por muchos conductos, entre ellos uno japonés, ha sabido que las fuerzas militares de Japón tienen el plan, en el caso de un problema con los Estados Unidos, de atacar por sorpresa, con gran número de fuerzas, a Pearl Harbour. Mi colega añadió que, aunque el proyecto le pareció fantástico, el hecho de que le llegara a él a través de tantos conductos le indujo a ponerlo en conocimiento nuestro.»

El jefe de Operaciones Navales insistió en que, según todos los datos conocidos sobre las fuerzas navales japonesas, semejante paso podía ser descartado, tanto entonces como en un futuro previsible. No obstante, los archivos japoneses revelan que en enero de 1941 el almirante Yamamoto empezó a preparar un esmerado estudio de las fortificaciones de Pearl Harbour, y afirmó que si había guerra entre Japón y Estados Unidos «no cabía confiar en la victoria a menos que pudiera ser destruida la flota norteamericana en aguas de Hawaii.»

Pero también había división de opiniones en el seno del Gobierno nipón. El primer ministro, príncipe Konoye, se inclinaba por mantener buenas relaciones con los Estados Unidos. Por el contrario, el ministro del Exterior, Yosuke Matsuoka, acérrimo partidario del expansionismo nipón, sugería atacar a la Unión Soviética, ahora que Alemania se enfrentaba en el Oeste a los ejércitos rusos. Sin embargo, las fuerzas japonesas fueron destinadas a nuevas incursiones y a la consolidación de las conquistas efectuadas en Asia sudoriental. Como Matsuoka no dejaba de insistir en sus ambiciosos planes imperialistas, fue separado del Gobierno al ser éste reestructurado, en julio de 1941, por el príncipe Konoye.

El Departamento de Estado de los Estados Unidos, que tenía aún esperanzas de llegar a un acuerdo con el Japón, aprovechó la oportunidad. Además, Grew, en Tokio, se mostraba más optimista. No obstante, no tardó en evidenciarse que Japón intentaba llevar adelante sus proyectos de conquistas territoriales, especialmente en Indochina, ahora que Francia se hallaba abatida. El presidente Roosevelt se convenció de que era preciso que los Estados Unidos hiciesen algo positivo para disuadir al Japón. El 24 de julio, el Presidente,

en una nueva tentativa para llegar a un acuerdo, propuso la neutralización de Indochina. Pero las fuerzas japonesas estaban ya en marcha, y el 26 de julio Roosevelt firmó la orden de congelación de los activos japoneses en Estados Unidos. El almirante Nomura, embajador de Japón en Estados Unidos, comunicó por telégrafo a su Gobierno que los norteamericanos «querían negociar», y aconsejó que se hiciese rápidamente algún gesto de apaciguamiento. Pero la medida adoptada por Washington sólo contribuyó a robustecer las convicciones de los imperialistas nipones, los cuales insistieron en que su país debía imponerse rápidamente en el Asia Oriental. Por otra parte, el Japón, que estaba ahora gravemente necesitado de aceites y petróleo para su máquina de guerra, vio en los ricos yacimientos de las Indias Orientales Holandesas un tentador botín.

El primer ministro, príncipe Konoye, deseando aún evitar un enfrentamiento directo con Estados Unidos, propuso una política de condominio pacífico de Estados, o, en otras palabras, una «Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental». Por desgracia, los expertos del Servicio de Información norteamericano habían logrado descifrar el código diplomático japonés, y estaban mucho más enterados de los objetivos expansionistas del Japón que el mismo príncipe Konoye. Sin embargo, los japoneses deseaban sinceramente evitar una guerra con los Estados Unidos y, en consecuencia, Nomura trataba en Washington de preparar una reunión entre el presidente Roosevelt y el príncipe Konoye. Mientras tanto, en Tokio, Grew procuraba alentar a los elementos moderados del gobierno Konoye, los cuales se encontraban en peligro de ser arrollados por los exaltados imperialistas. El 29 de septiembre de 1941 Grew envió a Roosevelt un extenso despacho para recomendarle que celebrara una conferencia con la cual tal vez se evitaría la caída del Gobierno y su sustitución por «una dictadura que no tendría ningunas ganas de eludir un choque frontal con los Estados Unidos.»

Los consejeros de Roosevelt estaban en franco desacuerdo acerca de esa propuesta. Algunos expertos creían que los japoneses se mostrarían más moderados en sus pretensiones si los norteamericanos acompañaban sus amonestaciones con un despliegue de fuerza militar. Los expertos navales argumentaban que los japoneses no correrían el riesgo de enfrentarse con la Flota del Pacífico. Otros técnicos militares observaban que el Japón se había extendido de un modo tan temerario por tierras de Asia que prácticamente estaba «más que medio batido».

Por el contrario, los consejeros diplomáticos de Roosevelt insistían en que una reunión con Konoye era el único medio para evitar la guerra con el Japón, puesto que los jefes militares de dicho país estaban ultimando los preparativos de guerra para la eventualidad de que la diplomacia fallase. Un informe decía que se preveía un conflicto para finales de octubre.

Al encontrarse ante consejos contradictorios, Roosevelt procuró ganar tiempo. A través de contactos entre el secretario de Estado, Cordell Hull, y el embajador Nomura, el Gobierno de los Estados Unidos exigió al Japón que retirara todas sus fuerzas militares, navales, aéreas y de policía, de China e Indochina. El príncipe Konoye, cogido entre su propia política y la de los líderes de la guerra, que espiaban todos sus movimientos, no pudo acceder a las demandas de Roosevelt.

La suerte está echada

Tan pronto como se desvanecieron las esperanzas de una reunión entre Roosevelt y Konoye, se derrumbó el Gobierno presidido por éste. Una tentativa de asesinato del primer ministro acabó en fracaso, pero, a mediados de octubre, el Gabinete dimitió, y el general Tojo, ministro de la Guerra y militar en activo, entró en escena con un nuevo Gobierno, en el que figuraban muchos elementos belicistas. Aunque el gabinete Tojo prosiguió las negociaciones diplomáticas con el Gobierno norteamericano, el Servicio de Información de la Marina de los Estados Unidos comunicó que el Japón procedía a movilizar su potencial humano y la totalidad de sus fuerzas navales «para una acción inminente».

El 20 de noviembre se realizó una última tentativa para llegar a una especie de *modus vivendi*. Diplomáticos japoneses prometieron retirar las fuerzas niponas de Indochina en cuanto se hubiese restablecido la paz en la zona del Pacífico y con ella el comercio normal entre Estados Unidos y Japón. Un último requisito añadía que los Estados Unidos facilitarían al Japón una determinada cantidad de petróleo y se abstendrían de toda acción «que obstaculizara la tarea de restaurar la paz general entre Japón y China.»

Quizá no sea sorprendente que los Estados Unidos encontrasen inaceptables esas proposiciones. Pero el Servicio de Información confirmó también que los japoneses habían optado ya por la guerra, y que aquellas propuestas significaban el ultimátum nipón. Roosevelt y Cordell Hull decidieron una vez más ganar tiempo. La respuesta estadounidense proponía un período de tres meses, durante los cuales las transacciones comerciales continuarían a ritmo lento hasta que cesasen las hostilidades niponas en China e Indochina. Mensajes interceptados por el Servicio de Información norteamericano descubrieron que Tojo no estaba dispuesto a aceptar las proposiciones norteamericanas. El plazo en que expiraban las propuestas japonesas era el 29 de noviembre.

Adormecidos por una década de sentimientos aislacionistas, tanto los dirigentes como el pueblo de los Estados Unidos eran reacios a aceptar que Japón se atreviese a declararles la guerra. Cuando, a finales de noviembre de 1941, el Gabinete norteamericano constató que la guerra era ya inevitable, el secretario de Guerra Stimson anotó en su diario que el Gabinete estaba preocupado por la cuestión de «cómo podríamos obligarlos [a los japoneses] a disparar el primer tiro sin demasiado peligro para nosotros». Pocas veces una nación se ha decidido tan de mala gana por la guerra.

Al rechazar los norteamericanos las últimas propuestas japonesas, y al negarse el Japón a aceptar el *modus vivendi* sugerido por Estados Unidos, la suerte estaba echada. El 5 de diciembre Tokio ordenó al personal de su embajada que saliese de Washington. Un mensaje del embajador Nomura a sus superiores en Tokio, que fue interceptado, decía así: «Hemos completado la destrucción de los códigos...» En la madrugada del 7 de diciembre, cuando todavía los diplomáticos japoneses fingían estar parlamentando en Washington, unos bombarderos despegaban de portaaviones japoneses, se precipitaban sobre Pearl Harbour, destruían una parte importante de la Flota del Pacífico y mataban a unos 2.300 norteamericanos. Al día siguiente el Congreso declaraba la guerra al Japón. La guerra que siguió, por tierra y por mar, en la zona del Pacífico, se caracterizaría por las luchas más encarnizadas y sangrientas jamás sostenidas por fuerzas norteamericanas. En su llamada a la declaración de guerra, el presidente Roosevelt dijo que el 7 de diciembre de 1941, día del ataque a Pearl Harbour, «era una fecha cuya infamia no se borraría nunca».

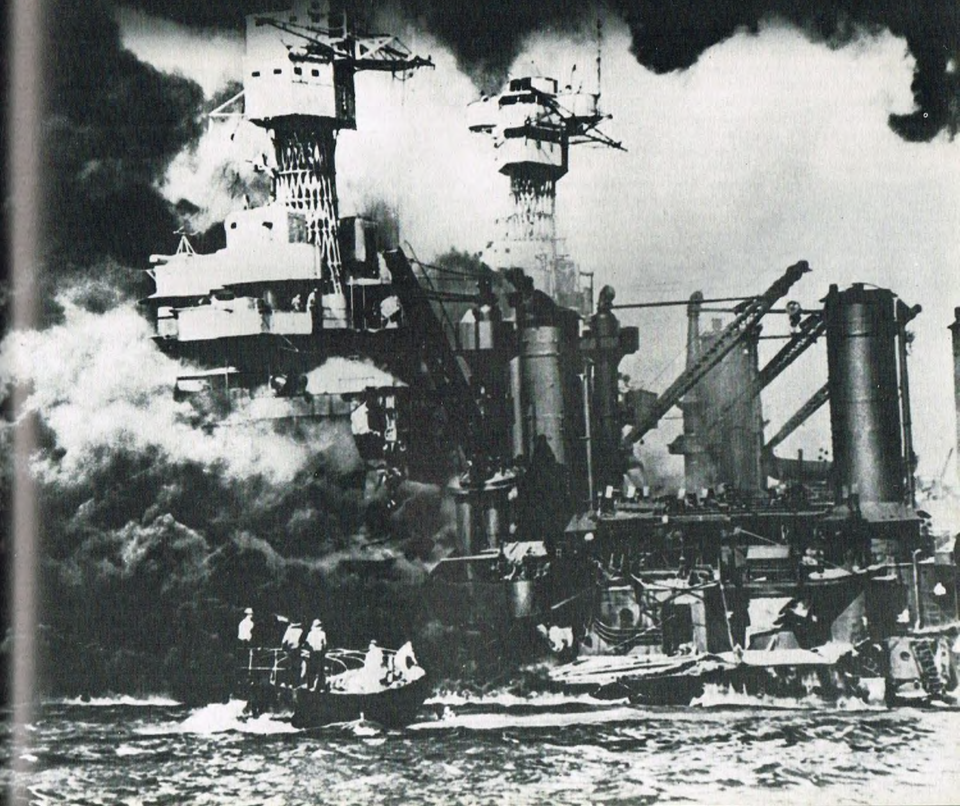
Edmund Ions

Pearl Harbour

Los verdaderos preparativos para el ataque a Pearl Harbour comenzaron en agosto de 1941. La fuerza de asalto consistía en seis portaaviones, a los que nueve destructores deberían hacer de pantalla. Una fuerza de apoyo incluía dos acorazados, dos cruceros, tres submarinos, buques cisterna y barcos de abastecimiento. De la fuerza de vanguardia, compuesta por unos veinte submarinos, once llevaban pequeños aeroplanos, y cinco estaban equipados con submarinos enanos tripulados por dos hombres e impulsados por acumuladores.

Las lanchas de un equipo de salvamento se acercan al humeante acorazado *West Virginia* para rescatar del agua a un superviviente. La mayoría de los navíos averiados e incluso hundidos en Pearl Harbour pudieron ser puestos nuevamente en condiciones de lucha.

La fuerza especial destinada a Pearl Harbour abandonó el Japón a mediados de noviembre y se concentró, con el mayor secreto, en la bahía de Tankan, en las islas Kuriles. El 26 de noviembre dejó las Kuriles para aproximarse a las islas Hawaii, por el norte. El tiempo probablemente sería malo y dificultaría el reaprovisionamiento de combustible, pero las posibilidades de no ser detectados eran máximas







en aquella ruta. En la madrugada del 7 de diciembre la fuerza alcanzó su predeterminado lugar de lanzamiento, unas 230 millas al norte de Pearl Harbour, y a las seis de la mañana partió la primera flotilla aérea: cuarenta «Nakajima B5N2» («Kate»), lanzatorpedos equipados con torpedos adaptados para el lanzamiento en aguas poco profundas; otros cincuenta «Kate» de gran bombardeo; cincuenta «Aichi D3A2» («Val»), de bombardeo en picado; y cincuenta aviones de combate «Zero» («Mitsubishi Zero-Sens», cuyo nombre-código oficial, para los aliados, era «Zeke»). La segunda oleada estaba formada por cincuenta «Kate», ochenta «Val», y cuarenta «Zero».

No hubo aviso alguno del avance del enemigo. En la flota había un sistema de alarma llamado «Condition», pero era un «Condition 3» de tiempo de paz, en el cual hastas las ametralladoras de manejo humano tenían sus municiones en cajas cerradas, cuyas llaves estaban en poder de los oficiales de cubierta.

Comienza el raid

A las siete y media de la mañana un segundo contramaestre vio veinte o veinticinco aviones describiendo círculos, pero no los identificó como aparatos enemigos. Hacia las siete cincuenta y cinco el comandante de un minador vio a un avión que dejaba caer una bomba, pero pensó que era un accidente, hasta que vio la insignia del sol carmesí en el aparato. Inmediatamente llamó al Cuartel General, y enarboló la señal: «Salida de todos los barcos del puerto.» Minutos más tarde el almirante Kimmel supo del ataque, y el contraalmirante Bellinger radió: «*Ataque aéreo, Pearl Harbour. No es un simulacro.*»

Anteriormente, a las seis cuarenta y cinco, había sido detectado y hundido un submarino enano, pero la única reacción fue enviar otro destructor a la zona. La protección del radar era primitiva, se entendía mal y se le hacía poco caso. La única detección hecha por hombres que practicaban con un aparato de radar fue desatendida por el oficial de servicio, que creyó se trataba de aviones norteamericanos, procedentes del continente.

Al no ser eficazmente detectados y no tropezar con oposición inicial, los aviones japoneses barrieron el mar. El primer ataque, que comenzó hacia las siete cincuenta y cinco, duró aproximadamente media hora. Hubo cuatro ataques separados de lanzatorpedos, los dos primeros dirigidos a los objetivos principales, los acorazados alineados en la costa sureste de Ford Island. El tercero fue de un solo avión contra el crucero *Helena*, y el cuarto descargó sus torpedos contra los barcos del lado norte de la isla.

La segunda ola de ataques se desencadenó hacia las ocho cuarenta, después de un breve descanso, y consistió en una serie de pasadas de bombarderos pesados sobre los objetivos. Siguieron bombarderos en picado y aviones de combate, en un ataque de media hora, y a las nueve cuarenta y cinco se retiró la aviación.

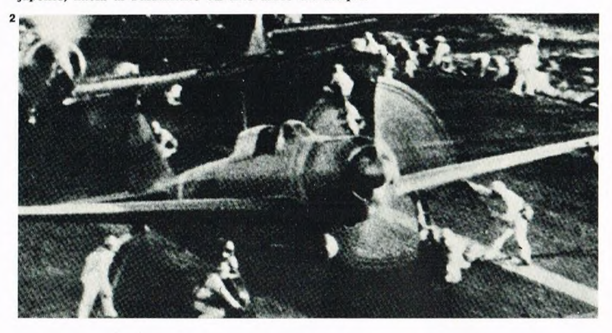
Los resultados fueron devastadores. Entre los acorazados, el *West Virginia* fue alcanzado por seis o siete torpedos y se hundió, aunque sin volcar, por la rapidez de su maniobra para contrarrestar la invasión de agua; el *Tenesse*, amarrado tras el *West Virginia*, quedó protegido por éste de los torpedos, y sufrió relativamente pocos daños o pérdidas de vidas por las bombas y el fuego. El *Arizona* fue el más tocado. Torpedos y bombas causaron explosiones y fuegos, y el navío se hundió rápidamente, llevando hacia la muerte a un millar de hombres, atrapados bajo las cubiertas. Aunque habiendo recibido al menos cinco impactos de bomba y un torpedo, el *Nevada* se las arregló para salvarse del hundimiento o el vuelco. El *Oklahoma* recibió tres torpedos y volcó hasta que sus mástiles se hincaron en el fango del fondo del puerto. El *Maryland*, salvado de los torpedos por el *Oklahoma*, fue el acorazado que sufrió menos daños. El *California*, también torpedeado, se hundió en las aguas y el fango, y quedó cubierto hasta las superestructuras. La aviación que atacó la costa noroccidental causó graves daños al crucero ligero *Raleigh*, averió al nodriza de hidroaviones *Curtiss* y volcó al viejo acorazado *Utah*, que había sido convertido en barco-blanco. Otro crucero ligero, el *Helena*, sufrió graves daños, y el *Oglala*, un minador anclado a su lado, fue hundido. Otros navíos sufrieron averías, entre ellos el crucero ligero *Honolulu*, los destructores *Cassin*, *Downes* y *Shaw*, y el barco de reparaciones *Vestal*. El acorazado *Pennsylvania*, en el dique seco, fue alcanzado, pero sufrió escasos daños.

Arriba, izquierda: **impresionante aspecto de los navíos norteamericanos poco después del ataque, semihundidos en aguas poco profundas y envueltos en la negra y densa humareda provocada por el incendio del combustible.** *Arriba, derecha:* **con armas a todas luces insuficientes, los soldados norteamericanos intentan repeler el traicionero ataque.** *Abajo:* **un aspecto de la devastación provocada por el ataque a la base aeronaval de Pearl Harbour.**





1 **Este fragmento de una película japonesa caída en poder de los norteamericanos muestra el júbilo de los pilotos nipones cuando, camino de su objetivo, advierten, por una emisión radiofónica, la ausencia de toda sospecha en los EE.UU.** *2* **La tripulación de un portaaviones japonés en ruta hacia Pearl Harbour pone a punto para el despegue a los cazas «Zero».** *3* **Tojo, primer ministro japonés, habla al Parlamento un mes antes del ataque.**



Aunque los acorazados y los demás barcos eran los objetivos principales, los japoneses no olvidaron los aeropuertos: relativamente hablando, la potencia aérea de los Estados Unidos sufrió más que su potencia naval. Los atacantes bombardearon violentamente los aparatos en tierra, y eliminaron prácticamente los hidroaviones. La Fuerza Aérea del Ejército, acumulada en Hickam Field para prevenir los sabotajes, resultó un óptimo blanco para los atacantes japoneses.

Al acabar el día, «una fecha que perdurará en la historia de la infamia», como dijo Roosevelt, los norteamericanos habían perdido 2.403 hombres, 2.008 de los cuales eran de la Marina; tres acorazados habían sido hundidos, y otros navíos sufrían diversas averías. Los japoneses destruyeron dos tercios de la aviación de la Marina norteamericana, y no dejaron más que dieciséis bombarderos de la Fuerza Aérea del Ejército en condiciones de servicio. En contraste las pérdidas japonesas fueron ligeras: aparte de cinco submarinos enanos solamente nueve «Zero», quince «Val» y cinco «Kate» se perdieron, de un total de 360 aparatos atacantes.

Las reacciones de los norteamericanos en la isla fueron desde una inicial incomprensión, pasando por incredulidad, sorpresa y frustración, hasta un despliegue de supremo valor. Los hombres respondieron al ataque con todos los medios a su disposición, en algunos casos con éxito, como atestiguan los veintinueve aparatos derribados, pero más a menudo a pleito perdido, con gran peligro o sacrificio personal, y con armas insuficientes.

Un tremendo desatino

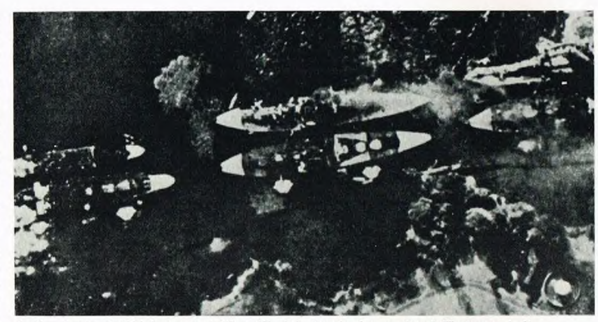
La cercana Honolulu sufrió escasos daños. Los incendios que se iniciaron allí fueron causados principalmente, según se comprobó más tarde, por fuego antiaéreo mal dirigido desde Pearl Harbour. Por la radio local el gobernador proclamó el estado de emergencia, y a las once cuarenta y uno de la mañana el Ejército ordenó que se suspendieran las emisiones comerciales. El silencio de la radio y lo súbito del ataque dieron origen a incertidumbres entre la población civil, y a la difusión de muchos rumores infundados. Las

estaciones de radio emitían ocasionalmente mensajes importantes, como el anuncio, a las cuatro y veinticinco de la tarde, de que la isla se hallaba bajo la ley marcial.

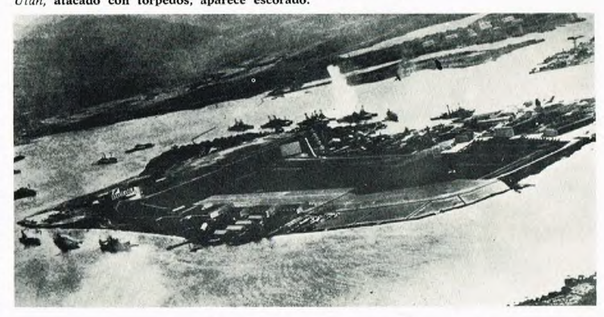
Considerado desde el nivel de la alta política, el ataque a Pearl Harbour fue un tremendo desatino. Es difícil concebir cualquier otra acción que pudiese haber unido al pueblo norteamericano más sólidamente tras una declaración de guerra al Japón. Hablando en general, los norteamericanos no eran neutrales; eran partidarios de las naciones que luchaban contra el Eje, y las ayudaban. No obstante, sin un incidente como el de Pearl Harbour, habría habido una fuerte oposición a la participación abierta en la guerra. Muchas personas recordaban los insatisfactorios resultados de la Primera Guera Mundial, y ponían en duda lo que podía conseguir la Segunda. El ataque a Pearl Harbour puso término a cualquier debate importante sobre tales cuestiones. La nación, a ojos de los norteamericanos, había sido atacada despiadadamente y sin advertencia, y el único camino a tomar era declarar la guerra al Japón.

Los japoneses habían previsto las reacciones norteamericanas, pero juzgaron que los resultados estratégicos valían la pena. Sin embargo, estratégicamente el ataque a Pearl Harbour fue un desatino, en la medida en que era innecesario. La Flota del Pacífico no podría haber detenido, ni siquiera frenado, el ataque inicial planeado por los japoneses. Los planes de guerra estadounidenses consideraban una acción defensiva. La flota no se habría atrevido a internarse dentro del campo de acción de la aviación enemiga con base en tierra sin cuidadosos preparativos. El destino de los navíos británicos *Repulse* y *Prince of Wales*, al empezar la guerra, es una indicación de lo que habría sucedido.

Incluso tácticamente, el ataque a Pearl Harbour fue un desatino. Los acorazados no eran ya un medio tan efectivo de ejercer el poder naval como los portaaviones, y los dos portaaviones norteamericanos, el *Lexington* y el *Enterprise*, estaban fuera del puerto cuando los japoneses atacaron. En realidad, la mayor parte de los buques que quedaron dañados e incluso hundidos fueron más tarde restaurados hasta integrarse de nuevo en la flota de combate. El *Nevada*, por ejemplo, participó en la invasión de Normandía, y más tarde ayudó a bombardear Iwo Jima. El *California*, el *Maryland*, el *Pennsylvania*, el *Tennessee* y el *West Virginia* tomaron parte en las campañas de Filipinas. Habría sido más eficaz destruir las instalaciones



Arriba: **junto al *Oklahoma* y al *West Virginia*, fondeados en Pearl Harbour el día del ataque, aparecen, tras la incursión japonesa, grandes manchas de combustible.** *Abajo:* **esta fotografía japonesa caída en manos norteamericanas muestra Ford Island al principio del ataque: tras haber tocado al *Oklahoma*, un «Kate» se remonta; en el lado opuesto, junto a la flecha, el *Utah*, atacado con torpedos, aparece escorado.**

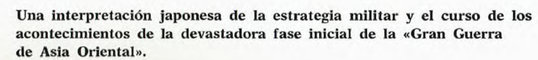


permanentes y los depósitos de combustible que los barcos. La destrucción de los tanques de petróleo habría retrasado el avance por el Pacífico más que el daño causado a los barcos y aviones. De hecho, una de las razones de la sorpresa estuvo en la creencia de que también los japoneses consideraban innecesario un ataque semejante.

Pearl Harbour podía haber sido más eficaz si no hubiera ido seguido por otro colosal desatino de parte de Hitler. Después del ataque, Japón pidió a Alemania que se le uniese en la lucha contra los Estados Unidos. Si Hitler se hubiese negado, el Gobierno norteamericano se habría visto en una posición muy difícil. Sus dirigentes consideraban a Alemania como el principal enemigo, pero sin un incidente específico en el Atlántico podría haberles sido difícil encontrar apoyo para una declaración de guerra a Alemania mientras se embarcaban en una lucha contra Japón. Habría habido fuertes presiones para combatir al enemigo abierto y visible, y no buscarse deliberadamente otro. Es difícil saber cuáles habrían sido los resultados en el Atlántico. Uno recuerda que Marshall y Stark ya habían advertido que la retirada de los barcos norteamericanos del Atlántico podía ser causa de que Gran Bretaña perdiera allí su batalla. Afortunadamente para el Gobierno norteamericano, la propia Alemania se adelantó, con su declaración de guerra. Aquello hizo posible que los aliados planeasen una guerra de coalición a escala universal.

A. Russell Buchanan

El punto de vista del Japón


Una interpretación japonesa de la estrategia militar y el curso de los acontecimientos de la devastadora fase inicial de la «Gran Guerra de Asia Oriental».

El artífice del ataque japonés contra Pearl Harbour: el almirante Yamamoto, jefe supremo de la flota combinada.



El destino del mundo entero estuvo en la balanza el 1 de diciembre de 1941. En Europa la guerra había caído en un relativo letargo con la retirada alemana de Rostov. Gran Bretaña había declarado el estado de emergencia en Malaya, y en Japón «la cuestión del comienzo de las hostilidades con los Estados Unidos, Gran Bretaña y Holanda» había sido decidida en una Conferencia Imperial.

Desde entonces hasta marzo de 1942 hubo cuatro meses de guerra total para el Ejército y la Marina japoneses en el Pacífico y en el Asia sudoriental. El 11 de marzo de 1942, el general MacArthur, renunciando a la lucha de desgaste librada en la península de Batán, tenía que abandonar la fortaleza de Corregidor y dirigirse a Australia. En el período comprendido entre el ataque a Pearl Harbour y la salida de MacArthur, incluidas la batalla de los Estrechos malayos y las rendiciones de Hong Kong, las islas de Wake y Guam, Singapur, Manila y Batavia (Yakarta), las armas del Sol Naciente conocieron sus «momentos más felices».

La razón

A fines de 1940 los altos mandos del Ejército y la Marina nipones empezaron a preparar planes estratégicos para combatir a los Estados Unidos, Gran Bretaña y Holanda. En agosto de 1941 los planes estaban terminados en sus líneas generales y, después de unas maniobras realizadas sobre el mapa en septiembre y octubre, se tomaron las decisiones.

El objetivo básico de la Marina japonesa era establecer posiciones en el Asia sudoriental y el Pacífico sudoccidental, a fin de rechazar cualquier ataque norteamericano en esas zonas. Así lo especifica el *Plan General Táctico de la Marina Imperial Japonesa.* Sin embargo mientras en este plan se preveía la ocupación de las Filipinas, Borneo y Java, a fin de solucionar el problema de la escasez de carburantes, no se consideraba tan apremiante la ocupación de la península de Malaca y nadie había pensado todavía en un ataque por sorpresa a Pearl Harbour. Tampoco se menciona este último ataque en el *Plan Anual de Operaciones* para 1941 (el plan se publicaba anualmente en abril) ni en el posterior *Plan de Operaciones contra los Estados Unidos, Gran Bretaña y Holanda*, y sólo es citado por primera vez en el *Plan Práctico de Operaciones* de septiembre de 1941. Hasta qué punto se trataba de un proyecto de última hora lo demuestra la súbita urgencia con que, a fines de septiembre, se procedió a la fabricación de torpedos para aguas poco profundas y de los submarinos especiales que debían intervenir en el ataque a Pearl Harbour. Fue ésta una operación precipitada. Los torpedos especiales para aguas poco profundas no estuvieron a punto hasta el 30 de octubre y no se probaron hasta el 5 de noviembre. Además, los barcos-tanque de nueva construcción, el *Kenyo Maru* y el *Kyotu Maru*, fueron asignados a la I Flota Aérea en octubre de 1941, sólo un mes y medio antes del ataque a Pearl Harbour, y, después de unas maniobras navales, fueron asignados a la flota otros cinco barcos-tanque, todos los cuales contaban con que el plan de campaña de la Marina japonesa no era de larga duración. «Si se me dice que luche sin tener en cuenta las consecuencias —confió el almirante Yamamoto, comandante en jefe de la Flota Combinada, al primer ministro Konoye en 1941—, atacaré a fondo durante los primeros seis o doce meses, pero no creo que pueda continuar con el mismo ímpetu durante el segundo y tercer año de combate.»

El factor básico que decidió al Japón a romper las hostilidades con los Estados Unidos, Gran Bretaña y Holanda, fue la llamada «nota Hull», que el secretario de Estado norteamericano, Cordell Hull, presentó a los embajadores japoneses Nomura y Kurusu (el primero de los cuales era el embajador oficial en Washington) el 26 de noviembre. Tanto el Ejército como la Marina opinaron que aquella nota era un ultimátum. Así, en una Conferencia Imperial celebrada el 1 de diciembre, el Gobierno pidió formalmente al Emperador que

Postal italiana que muestra, ante las banderas del Eje, a un samurai japonés descargando sablazos contra buques de guerra ingleses y norteamericanos. A los tres días del ataque a Pearl Harbour el Japón controlaba los océanos Índico y Pacífico.


ACTA





decidiese la cuestión de la guerra. En esta Conferencia se adoptaron «las normas esenciales para dirigir la opinión pública de la nación al estallar la guerra» y «el orden del procedimiento oficial respecto a la declaración de guerra». Hoy es de conocimiento común que, en el terreno de las relaciones exteriores, lo que decidió la guerra con los Estados Unidos fue la nota de Cordell Hull. Sabemos, además, que Oliver Lyttelton, ministro de Producción de Gran Bretaña, dijo el 20 de junio de 1944 que los Estados Unidos habían estado presionando al Japón, hasta obligarlo a atacar Pearl Harbour.

El factor básico que, en el terreno económico, decidió, junto con la nota Hull, que la Marina japonesa empezase la guerra, fue el petróleo. El embargo del comercio japonés no era muy rígido, pero restringía eficazmente la acción de la Marina nipona. Las estimaciones de las reservas de petróleo de que disponía el Japón en aquel tiempo varían mucho, pero se calcula que en octubre de 1941 había en todo el país unos siete millones de toneladas, de las cuales unos cuatro millones o más estaban destinadas a la Armada. La producción japonesa no totalizaba más de medio millón de toneladas, doscientas mil de las cuales eran producidas artificialmente. El problema principal de la Armada era el de cómo obtener combustible para los barcos y aviones, los principales consumidores, y, todavía a finales de agosto de 1941, la Marina no se había decidido a solucionarlo con la guerra. En octubre del mismo año, Takazumi Oka, jefe del departamento naval de la Oficina de Asuntos Militares, hizo a Sadatoshi Tomioka, jefe del departamento de Planificación Militar, la pregunta de si no podía posponerse la ruptura de las hostilidades hasta marzo de 1942. Tomioka, que no ignoraba que las reservas de combustible estarían agotadas en la primavera de 1942, contestó: «Estratégicamente, no cabe considerar esa posibilidad.» Sin petróleo, los 253 barcos de guerra y los 3.000 aeroplanos de la Marina, la Aviación y vehículos del Ejército, y una flota mercante de 6.630.000 toneladas, se verían reducidas a forzosa inmovilidad.

La principal preocupación de la Marina era el ataque a Pearl Harbour, y al prin-

Esta pintura del artista nipón M. Susuki muestra a una promoción de nuevos pilotos en el curso de una de las ceremonias con que los japoneses procuraban fortalecer el espíritu de combatividad a ultranza.

cipio los jefes de la Armada lo consideraron como una empresa demasiado arriesgada. Se oponían a la idea de comprometer sus seis principales portaaviones en el ataque. Pero cuando el Ejército decidió retirar de Manchuria cierto número de tropas para reforzar las unidades tácticas del Sur, la Plana Mayor de la Armada consintió, finalmente, en trazar los planes del ataque por sorpresa. Desde finales de marzo de 1941, el Ejército y la Marina japoneses realizaron maniobras conjuntas, las cuales servían, al parecer, de entrenamiento para una invasión de la península de Malaca y un ataque a Singapur. Las fuerzas asignadas a esas maniobras fueron la 5.ª División, la 5.ª Unidad de Aviación (estacionada en Manchuria) y una fuerza naval. Desde el archipiélago de Chusan, en las bocas del Yangtse, cruzaron el Mar de la China, con apoyo naval y aéreo, desembarcaron en Kyushu y ocuparon la fortaleza de Sasebo. Las fuerzas aéreas de la Marina hicieron también prácticas de bombardeos concentrados, tomando como objetivo la bahía de Kagoshima, en la extremidad sur de Kyushu, la cual era el sustitutivo de Pearl Harbour. Como base de aterrizaje, después del vuelo sobre el Océano, eligieron la bahía de Beppu, también en Kyushu. El Alto Mando japonés planeaba recurrir a todos los extremos para terminar la guerra en poco tiempo, pero todo el mundo estaba convencido de que la guerra no tendría un final rápido: el conflicto duraría mucho tiempo, a causa de la abrumadora superioridad bélica de los Estados Unidos y de su gran superioridad industrial, así como a causa del punto muerto a que había llegado la ofensiva italoalemana en Europa.

El Alto Mando japonés trazaba planes a largo plazo para la seguridad nacional en las zonas fronterizas del Norte, Sur y Este, incluida la defensa antisoviética.

Para el Ejército y la Marina japoneses, el campo de batalla era una vasta extensión de Océano, que en cualquier dirección abarcaba tres mil millas marinas. Contando con que se tomaría Hong Kong en unas tres semanas, Manila en unas siete, Singapur en tres meses y medio, y Java siete semanas después de reducir la base británica; el Mando calculaba que la primera fase táctica de la guerra quedaría completada en unos cinco meses. La táctica elegida para este fin consistía en atacar por sorpresa y en dividir y dominar las regiones ocupadas, procurando mantener una superioridad de dos o tres a uno en el número de bases y conservar el dominio del aire y del mar.

Cuando llegó la hora de la verdad, Hong Kong, Manila, Singapur y Java fueron tomados más rápidamente de lo que se había pensado, pero, en el ataque a la península de Batán, la conquista de la isla de Corregidor se llevó más de cinco meses.

El ultimátum

Para todo el pueblo japonés, a excepción de un puñado de personas, aquellos ataques simultáneos fueron una sorpresa tan grande como el golpe a Pearl Harbour. La razón por la cual los altos mandos del Ejército y la Marina japoneses decidieron que fuese el 7 el día en que lanzarían sus fuerzas al ataque fue comunicada al Emperador por el jefe del Estado Mayor de la Armada, almirante Nagano, el 2 de diciembre. Cito las palabras del documento original: «Para facilitar y hacer efectivo el primer ataque aéreo del Ejército y la Marina, consideramos que debería coincidir más o menos con el vigésimo día del ciclo lunar, momento en el que habrá luna desde medianoche hasta el amanecer. Además, hemos decidido que el ataque aéreo a Hawaii, a cargo de la fuerza naval especial, se efectúe el 7 de diciembre, el día decimonoveno del ciclo lunar, que es domingo en Hawaii, porque nos interesa que sea en un día de descanso, cuando se reúne en el puerto de Pearl Harbour un número relativamente grande de barcos de la Flota de Estados Unidos... Consideramos que el ataque por sorpresa por parte de esa fuerza especial es de la máxima importancia.»

Se decidió «romper las hostilidades con los Estados Unidos, Gran Bretaña y Holanda» el 1 de diciembre. El día 2, el Cuartel General Imperial dio órdenes de que el ataque inicial de la guerra tuviese lugar el día 7, y la fuerza estratégica asignada a la conquista de Malaca salió de la bahía de Sanya, en la isla de Hainam, rumbo al golfo de Siam. La fuerza especial para el ataque a Pearl Harbour había salido ya de la bahía Hitokappu, en la costa sur de la isla de Etorofu, en las Kuriles, el 26 de noviembre, rumbo a aguas hawaianas. El 7 de diciembre las fuerzas japonesas llevaron a efecto su ataque a Pearl Harbour, y al día siguiente desembarcaron en la península de Malaca. El día 10, dos acorazados británicos, el *Prince of Wales* y el *Repulse*, fueron atacados y hundidos en aguas de Malaca.

El ataque

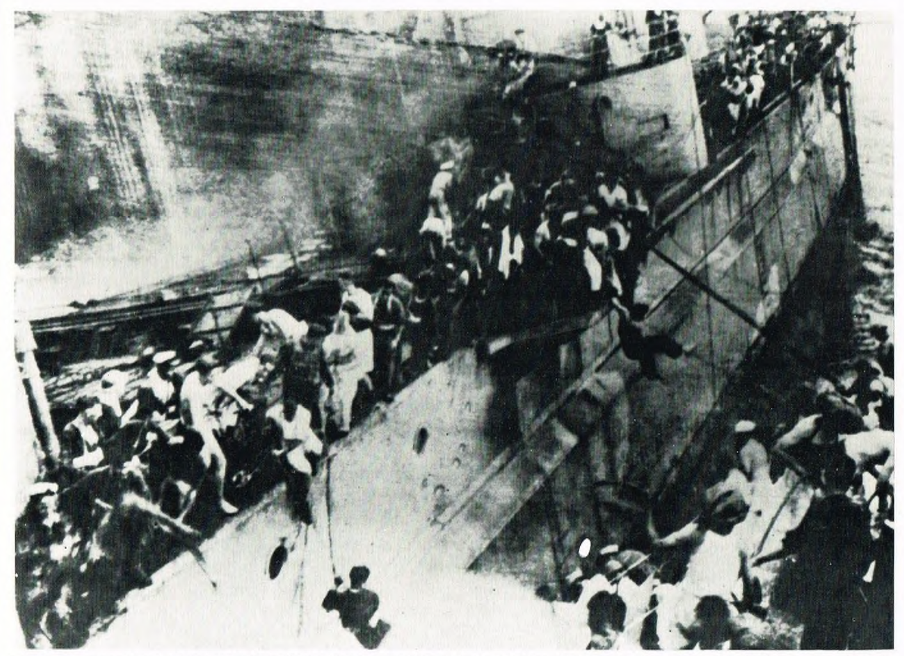
Los buques destinados al ataque zarparon de sus bases con los tanques completamente llenos de combustible. Los portaaviones de la clase «Akagi» llevaban una sobrecarga de hasta 1.500 toneladas, los de la clase «Soryu», una sobrecarga de 700, y los cruceros pesados una de 600, y, en consecuencia, los barcos iban muy hundidos en el agua.

A las seis de la mañana del 7 de diciembre, hora de Hawaii, la flota atacante llegó al «punto de partida», a unas doscientas treinta millas marinas al norte de Oahu, luego de virar bruscamente al sur desde el «punto de contacto con el enemigo», a una velocidad de veinte a veintidós nudos.

El ataque a Pearl Harbour, punto culminante de toda la guerra del Pacífico, ha suscitado muchos comentarios: sólo deseo mencionar ahora algunos puntos que hasta el momento presente no han recibido demasiada atención.

El almirante Isoroku Yamamoto, comandante en jefe de la Flota Combinada, insistió constantemente en que con anterioridad al ataque a Pearl Harbour se mandara un ultimátum al Gobierno norteamericano. En principio, el ultimátum debía ser presentado tres horas antes del ataque, pero, más tarde, Seiichi Hito, jefe adjunto del Estado Mayor General de la Armada, redujo el intervalo a una hora. La embajada del Japón en Washington recibió el mensaje en la mañana del día que para América era el 6 de diciembre. Ningún oficinista, según las terminantes órdenes cursadas, debía intervenir en la redacción y mecanografiado del documento, por lo cual tales operaciones corrieron exclusivamente a cargo del primer secretario de la embajada. Como resultado, la entrevista entre Nomura, Kurusu y el secretario de Estado Cordell Hull tuvo lugar a las 2,20 de la tarde del 7 de diciembre. El documento fue así entregado una hora y veinte minutos después del ataque a Pearl Harbour. Sin embargo, los norteamericanos, que utilizaban el sistema «Magic» para descifrar los mensajes japoneses, tenían ya conocimiento del ultimátum del Japón, y, si hubieran mandado a sus escuadrillas de aviación a patrullar en un radio de 700 millas de Oahu, es probable que hubieran descubierto, en la tarde del 5 de diciembre, a los barcos nipones en ruta hacia Hawaii. De haber ocurrido así las cosas, los barcos japoneses habrían regresado a sus bases, en cumplimiento de la orden recibida de retirarse si eran avistados dos días antes del día cero.

Se desconoce el motivo por el cual la fuerza especial japonesa regresó a su punto de partida inmediatamente después del primer ataque, sin proceder a un segundo. El comandante Minoru Genda y varios otros jefes insistieron en lanzar un segundo ataque, pero parece que Nagumo temió



Numerosos supervivientes del acorazado británico *Repulse*, bombardeado por aviones japoneses el 10 de diciembre de 1941 frente a la costa malaya, se disponen a trasladarse mediante cables hasta las lanchas de salvamento antes de que el navío desaparezca bajo las aguas del Mar Meridional de la China.

que sus apreciados portaaviones fuesen víctimas de un contraataque norteamericano, sobre todo al no tener noticia de la situación exacta de los portaaviones estadounidenses.

Una actitud atolondrada

¿Por qué no fueron atacados los tanques de petróleo de Hawaii? Teniendo en cuenta que la Marina japonesa guardaba casi todos sus propios depósitos de combustible bajo tierra, es posible que no advirtiera que los tanques norteamericanos estaban expuestos en la superficie; hay que tener presente, además, que un bombardeo efectuado al azar podía haber levantado una cortina de humo que habría dificultado la visión.

Para los Estados Unidos fue providencial el hecho de que sus portaaviones no se encontrasen en Pearl Harbour. El *Hornet* y los restantes portaaviones sobrevivieron, y vale la pena recordar que fueron esos mismos barcos los que transportaron la famosa escuadrilla «Doolittle» a realizar el primer raid aéreo contra Tokio, la escuadrilla que fue la pesadilla del almirante Yamamoto y ganó la batalla de las Midway.

El hundimiento del *Prince of Wales* y el *Repulse* por la escuadra japonesa no dejó duda alguna sobre la capacidad de las fuerzas aéreas de la Marina Imperial.

En la primera fase táctica de la guerra, de diciembre de 1941 a marzo de 1942, la Marina había calculado que perdería del veinte al treinta por ciento de su tonelaje total, pero en realidad sus pérdidas se redujeron a veinte barcos, los mayores de los cuales eran destructores, con un total de entre veinte y treinta mil toneladas. Ello produjo, naturalmente, en los mandos militares una sensación de euforia que resultó nefasta en la segunda fase de la contienda.

Desde el final de aquella primera fase, el Ejército y la Marina sostuvieron puntos de vista opuestos en cuanto a la estrategia a adoptar. El Ejército quería evitar los ataques importantes y prepararse para una larga campaña; en cambio, la Marina quería continuar la táctica de los ataques decisivos y ocupar bases periféricas. Finalmente, se decidió combinar ambas posturas y adoptar una estrategia de compromiso; desde entonces, empezó a decrecer gradualmente el impulso bélico japonés.

Masami Tabata

El Sol Naciente

Después de Pearl Harbour los ataques japoneses fueron arrolladores, en una envolvente marcha triunfal única en la historia militar. Pero las conquistas tenían rasgos ominosos para el vencedor...

Niños japoneses juegan animadamente a soldados; en los primeros años de la guerra del Pacífico, jóvenes y viejos coincidieron en un idéntico entusiasmo ante las victorias militares del Japón.

La entrada de los Estados Unidos en la guerra total tuvo lugar el 7 de diciembre de 1941, con la mayor derrota naval sufrida por una potencia de primera clase desde la batalla de Trafalgar. En un tiempo en el que el acorazado era todavía el índice del poderío marítimo, nada de lo sufrido por los alemanes en la Primera Guerra Mundial ni por los italianos en la Segunda puede compararse con los golpes descargados sobre la Flota del Pacífico de los Estados Unidos por los aviadores de la Marina del almirante Chuichi Nagumo.

La catástrofe de Pearl Harbour fue posible gracias al buen entrenamiento y a la notable astucia de los japoneses y gracias a la negligencia estadounidense y a las malas comunicaciones existentes entre los mandos de Hawaii y Washington. Es posible que los norteamericanos contribuyeran de un modo más directo a su propia derrota, por cuanto los aviadores de Nagumo siguieron un plan de ataque basado en el que había ejecutado brillantemente contra el mismo objetivo el vicealmirante Ernest J. King, durante unas ma-



niobras realizadas por la Flota del Pacífico en 1938. Hay, no obstante, algunas excusas para la negligencia norteamericana. Todas las partes interesadas estaban convencidas, en los últimos meses de 1941, de que los japoneses planeaban atacar los imperios coloniales británico y holandés en el Pacífico, pero pocos creían posible que fueran capaces de crearse innumerables dificultades adicionales con un ataque simultáneo a los Estados Unidos.

Si es cierto que, al adoptar esta decisión, no obraron cuerdamente, no es menos cierto, sin embargo, que durante los seis primeros meses de la guerra del Pacífico los japoneses dieron muestra de que nunca habían emprendido una empresa excesiva para sus propias fuerzas. El asalto a Pearl Harbour no agotó, ni con mucho, su capacidad ofensiva. Otros siete ataques fueron lanzados casi simultáneamente contra posiciones británicas, holandesas y norteamericanas en el Pacífico, y estas acciones tuvieron un éxito sin precedentes en la historia militar. Desde el punto de vista de los éxitos humanos, nada es comparable a los triunfos japoneses en la Segunda Guerra Mundial, excepto la recuperación económica japonesa en la posguerra. El 8 de diciembre cuarenta y dos aviones norteamericanos fueron destruidos en tierra, en las islas Filipinas, a cambio de la pérdida de sólo siete japoneses. Dos días más tarde, los navíos británicos *Prince of Wales* y *Repulse,* observados más bien que escoltados por tres veteranos destructores, uno de ellos anticuado, y bajo el mando de un almirante que desdeñaba olímpicamente el poder de la aviación, hicieron historia al convertirse en los primeros acorazados hundidos en alta mar por un bombardeo aéreo. Los japoneses iban a establecer un mayor número de récords a expensas de los británicos durante los meses siguientes. Hong Kong se rindió el día de Navidad de 1941, después de una resistencia que costó a los atacantes unas 2.754 bajas y que acabó con la pérdida total de la guarnición, compuesta por 12.000 hombres británicos o de la Commonwealth. Mientras tanto, un ejército de la Commonwealth numéricamente superior, pero falto de entrenamiento, tuvo que efectuar una retirada a través de Malaya, hacia Singapur, ante una fuerza japonesa numéricamente inferior a la que tenía que rendirse el 15 de febrero de 1942; 138.708 soldados británicos, entre caídos o prisioneros, era el número que representaba la mayor derrota y la más humillante rendición de la historia de Gran Bretaña. Los japoneses, al mando del general Yamashita, habían perdido solamente 9.824 hombres, entre muertos y heridos. Pero no se terminó aquí la lista de desastres. En dos días de combate en el Mar de Java (27-28 de febrero) una flota combinada de los Estados Unidos, Gran Bretaña, Holanda y Australia perdió once de sus catorce navíos sin conseguir hundir un solo barco de guerra japonés. Y en cuatro terribles días los veteranos aviadores del almirante Nagumo hundieron en el Océano Índico un portaaviones británico, dos cruceros, dos destructores y una corbeta de la misma nacionalidad, y aniquilaron por completo el poder naval británico hasta el Mar de Arabia. Tampoco la *Royal Air Force* era capaz de medirse con los atacantes. En durísimas batallas aéreas sobre la isla de Ceilán y sus proximidades, los británicos perdieron unos cuarenta y tres aviones, sin contar los aparatos hundidos con el portaaviones *Hermes,* contra la pérdida de diecisiete aviones enemigos. Y el 20 de mayo las últimas fuerzas británicas se retiraban de Birmania, atravesando la frontera india, después de la mayor retirada de la historia británica, en la que se sufrieron 13.463 bajas, contra 4.597 de los japoneses.

La conquista de las Islas Orientales Holandesas presentó al invasor problemas aun menores. Borneo y Célebes fueron conquistadas el 24 de enero; Ambon, a fines del mismo mes; Sumatra, Bali y Timor, en la tercera semana de febrero; y Java el 9 de marzo. Las colonias de los Estados Unidos presentaron, sin embargo, perspectivas algo diferentes. Casi indefensa, Guam fue fácilmente tomada el 10 de diciembre. Pero Wake rechazó un primer ataque, y resistió hasta el 23 de diciembre, fecha en la que su guarnición, compuesta por 520 *marines,* había hundido dos destructores japoneses y causado al enemigo 1.150 bajas, entre muertos y heridos. Y la resistencia norteamericana en la península de Batán y la isla de Corregidor retrasó en cuatro meses el tiempo que los japoneses habían calculado destinar a su conquista y tuvo por resultado que el comandante nipón, general Homma, cayera en desgracia. La heroica tenacidad de los combatientes norteamericanos consiguió oscurecer el hecho de que el mando de MacArthur en las Filipinas se distinguió por errores de previsión al menos tan graves como aquellos de los que fue culpable el general Percival en Malaya, así como el de que el número de soldados norteamericanos y filipinos puestos fuera de combate por el general Homma fue aproximadamente el mismo que el de las tropas británicas y de la Commonwealth derrotadas por Yamashita. Pero, debido a que Wake, Batán y Corregidor, resistieron más tiempo de lo que todo el mundo esperaba, han entrado en la mitología norteamericana como símbolos de resistencia épica, mientras que Singapur ha llegado a asociarse con la desgracia, y Hong Kong con la trágica futilidad.

«Enfermedad de victoria»

Fueron indiscutibles la importancia y la rapidez de las conquistas japonesas, así como las relativamente escasas pérdidas que costaron. Sin embargo, no dejaban de tener los rasgos negativos, el más grave de los cuales era el de que los japoneses no habían conseguido su propósito primordial. La alta estrategia nipona requería el establecimiento de una barrera de islas detrás de la cual los conquistadores pudieran aprovechar los frutos de sus conquistas mientras hacían frente al inevitable contraataque norteamericano. Ello requería, a su vez, la eficaz y temprana destrucción de la capacidad ofensiva de los Estados Unidos. Y eso precisamente no se consiguió en Pearl Harbour. La fuerza de la Flota del Pacífico había sido puesta ciertamente fuera de combate, pero los portaaviones rápidos habían escapado completamente al ataque japonés. El *Saratoga* se hallaba todavía en California; el *Lexington* estaba transportando refuerzos de aviones navales de combate a las Midway; y el *Enterprise* se encontraba en el camino de regreso a Hawaii desde la isla de Wake, donde había cumplido idéntica misión. Aquello significaba que los Estados Unidos poseían aún los medios de castigar al Japón con la misma arma de la aviación que tan devastadoramente había sido empleada contra ellos. Una elemental medida de prudencia habría sugerido, pues, destinar todos los recursos de la Marina Imperial a combatir y destruir la escuadra de portaaviones norteamericanos. Pero la prudencia era la última cualidad que el plan de acción japonés tomara en consideración. Los japoneses, desde luego, tenían suficientes razones para estar confiados. Sus combatientes habían ganado indudablemente una reputación de invencibles; todas sus pérdidas navales habían sido los cinco submarinos perdidos en Pearl Harbour, y los dos destructores hundidos en la isla de Wake; y todavía poseían una gran superioridad numérica sobre los norteamericanos, tanto en el aire como en toda clase de buques de superficie. Sin embargo, había razones para creer que no era real tal invencibilidad, y que la ventaja numérica podía ser fácilmente perdida.



Junto al emplazamiento de uno de los cañones británicos que defendían Hong Kong, un grupo de soldados japoneses acoge entusiásticamente, con el ademán que la tradición nipona suele reservar para semejantes ocasiones, la noticia de la rendición de las fuerzas que guarnecían la ciudad.

Las pérdidas de la aviación eran aproximadamente iguales al terminar la campaña de Birmania, pero en las breves batallas aéreas sobre Rangún los japoneses habían dado muestras de una inquietante inferioridad frente a los veteranos del Grupo Voluntario de los Estados Unidos, que durante algún tiempo les derribaron en la proporción de cuatro o cinco contra uno. Eso sugería, al menos, que los japoneses debían echar mano de todos sus recursos aéreos disponibles; pero era indudable que el planteamiento estratégico japonés no parecía considerar el principio básico de la concentración de fuerzas.

Además de que los japoneses y sus supuestos aliados alemanes llevaban a cabo sus propias campañas bélicas, se daba el caso de que ciertos mandos militares nipones se lanzaban a determinadas acciones o emprendían audaces incursiones que no guardaban relación con un plan estratégico de conjunto. Esta característica fue denominada por los propios japoneses como una «enfermedad de victoria», aunque más bien podría calificarse como «complejo de pulpo», pues asumía la forma de una predilección por los planes enormemente ambiciosos y complejos, que no hacía sino aumentar las posibilidades de errores humanos.

Esa «enfermedad de victoria» y ese «complejo de pulpo» tuvieron su máximo florecimiento en las cruciales campañas de mayo y junio de 1942. Facciones opuestas en el seno de la Marina Imperial y el Ejército no lograron entenderse sobre si debería darse prioridad a la empresa de ocupar Port Moresby para neutralizar a Australia, atacar las islas Aleutianas para alejar las fuerzas estadounidenses del Pacífico central, o arremeter contra las islas Midway para forzar a los restos de la Flota del Pacífico a presentar batalla, como debía haberse intentado lo antes posible después de Pearl Harbour. De hecho, se decidió proceder en las tres direcciones. Y como ni aun con eso las cosas resultaban bastante complicadas, los barcos asignados a la campaña de Port Moresby fueron divididos en no menos de seis fuerzas separadas para la ejecución de dos operaciones completamente distintas. Por el contrario, el almirante Chester W. Nimitz, comandante en jefe de la Flota del Pacífico de los Estados Unidos, concentró audazmente todos los barcos disponibles para enfrentarse a los japoneses en el Mar del Coral, con el resultado de que las fuerzas oponentes no estuvieron demasiado desproporcionadas. Cuando realmente se dio la batalla, el 7 de mayo, dos portaaviones norteamericanos, con 121 aviones y siete cruceros, se alinearon contra tres portaaviones japoneses, con unos 180 aviones, y seis cruceros. La ventaja quedó pronto disminuida cuando los bombarderos del *Lexington* y el *Yorktown* hicieron saltar al portaaviones *Shoho*. El *Lexington* se perdió, a su vez, al día siguiente, pero mientras tanto los norteamericanos habían inutilizado a un segundo portaaviones, el *Shokaku*.

La acción del Mar del Coral pudo parecer de resultado indeciso, por cuanto las pérdidas de barcos fueron aproximadamente iguales y ambas flotas se retiraron de la zona de combate; pero, de hecho, todas las ventajas recayeron del lado norteamericano. Los estadounidenses habían perdido solamente ochenta y un aviones, contra 105 de los japoneses; y los japoneses desistieron del asalto a Port Moresby puesto que todos los portaaviones nipones habían sido inmovilizados, ya que el tercero, el *Zuikaku*, había perdido demasiados aviones para emprender la acción hasta que sus pérdidas hubiesen sido reemplazadas. El revés sufrido por los japoneses en la batalla del Mar del Coral determinó muy posiblemente el curso de la Segunda Guerra Mundial.

Los japoneses ni siquiera entonces andaban escasos de portaaviones, pues la enorme flota de que disponía el almirante Isoroku Yamamoto podía haber garantizado al Sol Naciente la victoria en toda empresa en que se hubiese comprometido. El poderío naval japonés se disipó en una fútil tentativa de confundir a un enemigo que podía haber sido arrollado en un ataque directo y concentrado. Yamamoto decidió proceder a un ataque de diversión contra las Aleutianas, así como al asalto frontal a las Midway, a pesar del fracaso del ataque a Port Moresby. Su plan de campaña no tuvo por resultado la dispersión de la Armada japonesa en diez grupos por el Pacífico central y septentrional. Dos portaaviones fueron destacados para cubrir el ataque a las Aleutianas, lo que dejó a la fuerza de las Midway falta de potencia aérea, aunque excesivamente fuerte en barcos de superficie. Siete acorazados, seis portaaviones de clase pesada y ligera, trece cruceros y cincuenta destructores desafiaron a los tres portaaviones, ocho cruceros y catorce destructores de Nimitz. Pero Yamamoto llevaba consigo solamente 325 aviones, mientras que Nimitz pudo reunir una abigarrada colección de 348 aparatos, entre los que iban embarcados y los de la base terrestre. Evidentemente, los norteamericanos no podían presentar batalla en el mar, y

todas sus esperanzas se cifraban en el Servicio Aéreo de la Marina de los Estados Unidos, un cuerpo de intrépidos luchadores que se habían criado en las cubiertas de madera de los enormes portaaviones y, bajo la dirección de sus jefes, contaban con años de experiencia en las técnicas del bombardeo en picado.

Dos errores japoneses ayudaron decisivamente a Nimitz. El primero fue que Yamamoto pensaba todavía que dos portaaviones norteamericanos habían sido hundidos en la batalla del Mar del Coral, y, en consecuencia, subestimaba la capacidad de combate de su adversario. El otro fue que los japoneses no habían aprendido aún la forma de integrar sus escuadrillas de portaaviones con el resto de su flota. Los norteamericanos habían tenido que aprenderlo. Faltos de sus acorazados, se vieron obligados a utilizar sus portaaviones como principales navíos de combate, y a destinarles como escolta los restantes buques de que disponían. Pero la fuerza de batalla que debería haber estado dispuesta para servir de escudo a los portaaviones de Nagumo, con sus baterías antiaéreas, se hallaba a 400 millas de distancia cuando comenzó el ataque a las Midway.



Fotografía tomada el 14 de febrero de 1942: el descenso de un enjambre de paracaidistas japoneses junto a las instalaciones petroleras de Palembang, en la isla de Sumatra, a fin de apoderarse de ellas.

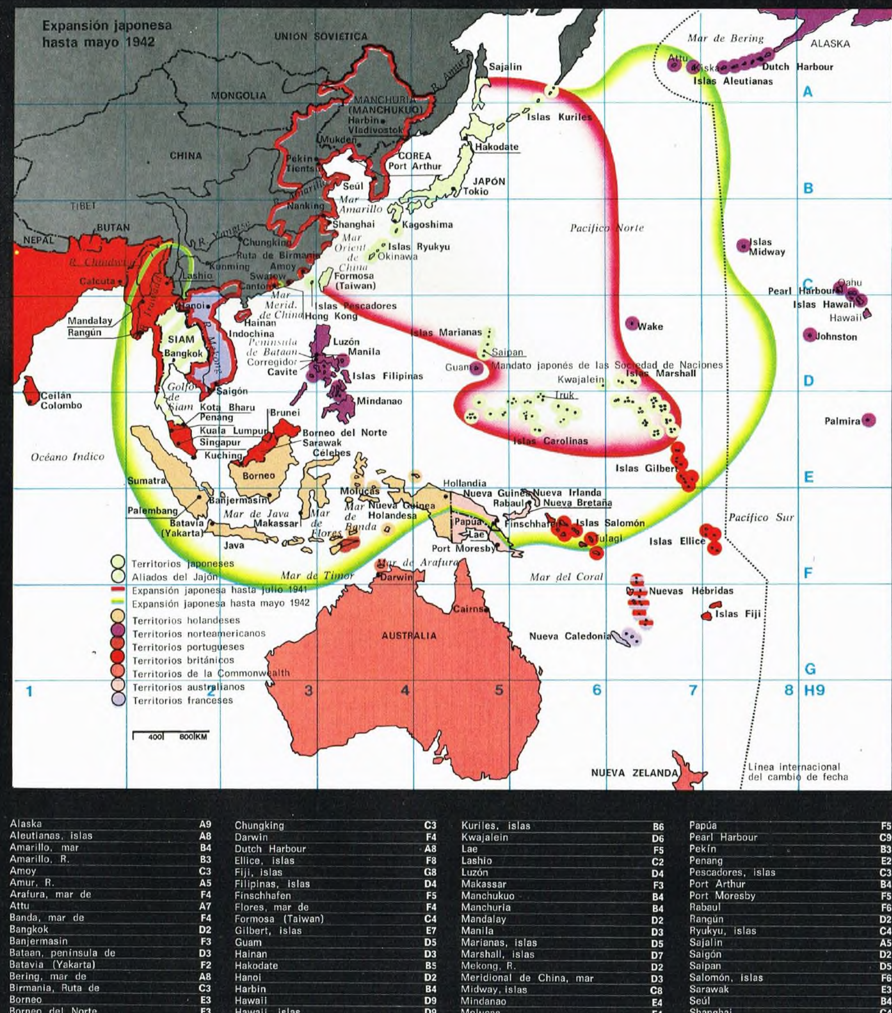
Con todo, los japoneses estuvieron a punto de triunfar. Los primeros combates aéreos que sostuvo su aviación naval contra los aeroplanos norteamericanos de la base de las islas les fueron totalmente favorables. Destruyeron todo lo que había sobre el suelo de las Midway y abatieron treinta y tres aviones estadounidenses con sólo la pérdida de seis de los suyos. Las cosas cambiaron cuando el contraalmirante Raymond A. Spruance, a bordo del *Enterprise*, ordenó el ataque con sus torpedos y bombarderos en picado, en el preciso momento en que a bordo de los portaaviones japoneses se procedía al reaprovisionamiento de combustible en los aviones. Los aviones torpederos llegaron los primeros y se precipitaron hacia su destrucción, perdiendo tres cuartas partes de sus efectivos sin conseguir un solo blanco. Pero el vuelo de la muerte de los viejos *Douglas Devastators* pronto llamó la atención de los japoneses, mientras a mayor altura se estaban reuniendo los bombarderos en picado *Douglas Dauntless*, de Spruance. En menos de cinco minutos, tres portaaviones japoneses, el *Kaga*, el *Akagi* y el *Soryu*, estaban envueltos en llamas: en aquel instante se decidía la gran batalla del Pacífico. El portaaviones superviviente, el *Hiryu*, devolvió el golpe, desmantelando al *Yorktown*, pero fue a su vez destruido por el *Enterprise*. Al terminar el día, la fuerza aérea de Yamamoto había sido virtualmente eliminada. En las noches siguientes desplegó por dos veces su fuerza de batalla en tentativas, ya tardías, de hundir los portaaviones de Spruance con fuego artillero, pero los norteamericanos desaparecieron hábilmente al anochecer para regresar a la luz del día y descargar nuevos golpes con los que lograron hundir un crucero pesado nipón.

El balance final arrojaba la pérdida de cuatro portaaviones, un crucero y 322 aviones japoneses, contra un portaaviones, un destructor y 147 aviones estadounidenses. Los norteamericanos habían ganado la batalla gracias a la certera previsión de Spruance y al valor y pericia técnica de sus aviadores. Los japoneses la perdieron a causa de su inveterado exceso de confianza, de la excesiva complejidad con que la habían planeado y de su mala disposición para concentrarse en un solo objetivo. En aquella ocasión esos vicios resultaron fatales. El margen de fuerza tan brillantemente ganado en Pearl Harbour había sido despilfarrado. El asedio al Imperio Japonés comenzaba.

Víctimas del éxito

Apenas puede dudarse de que entre el 7 de diciembre de 1941 y el 4 de junio de 1942 los japoneses podían haber asegurado la victoria de las potencias del Eje sólo con haber mantenido las ventajas logradas y haberse contentado con hacer una sola cosa en cada momento. Si hubiesen dado caza y destruido las fuerzas navales norteamericanas y dado remate a esta operación con un bombardeo de California por mar y aire, habrían obligado al gobierno de Roosevelt a desistir de su política de «Alemania primero». Con ello habrían evitado, indudablemente, el traslado a África de los tanques y artillería norteamericanos, que hicieron posible las victorias británicas de El Alamein y, como consecuencia, impidieron que los alemanes flanqueasen las defensas rusas por el sur. El mismo resultado final habría podido ser alcanzado por los japoneses si éstos se hubiesen decidido a lanzar un ataque rápido y directo a través de la India. Sin embargo, los nipones fueron víctimas de sus propias proezas militares. Evidentemente, habían triunfado hasta más allá de todas las expectativas y previsiones. En consecuencia, no resulta sorprendente que descuidasen las precauciones necesarias en una lucha con un adversario cuya enorme potencia económica era dieciséis veces mayor que la suya propia.

Glen Barclay



Alaska	A9
Aleutianas, islas	A8
Amarillo, mar	B4
Amarillo, R.	B3
Amoy	C3
Amur, R.	A5
Arafura, mar de	F4
Attu	A7
Banda, mar de	F4
Bangkok	D2
Banjermasin	F3
Bataan, península de	D3
Batavia (Yakarta)	F2
Bering, mar de	A8
Birmania, Ruta de	C3
Borneo	E3
Borneo del Norte	E3
Brunei	E3
Bután	C1
Cairns	G5
Calcuta	C1
Cantón	C3
Carolinas, islas	E6
Cavite	D3
Ceilán	E1
Célebes	E4
Colombo	E1
Coral, mar del	F6
Corea	B4
Corregidor	D3
China	B2
Chindwin, R.	C2
Chungking	C3
Darwin	F4
Dutch Harbour	A8
Ellice, islas	F8
Fiji, islas	G8
Filipinas, islas	D4
Finschhafen	F5
Flores, mar de	F4
Formosa (Taiwan)	C4
Gilbert, islas	E7
Guam	D5
Hainan	D3
Hakodate	B5
Hanoi	D2
Harbin	B4
Hawaii	D9
Hawaii, islas	D9
Hollandia	F5
Hong Kong	C3
Indico, océano	E1
Indochina	D3
Irawaddy, R.	D2
Japón	B5
Java	F3
Java, mar de	F3
Johnston	D9
Kagoshima	C4
Kiska	A7
Kota Bharu	E2
Kuala Lumpur	E2
Kuching	E3
Kunming	C2
Kuriles, islas	B6
Kwajalein	D6
Lae	F5
Lashio	C2
Luzón	D4
Makassar	F3
Manchukuo	B4
Manchuria	B4
Mandalay	D2
Manila	D3
Marianas, islas	D5
Marshall, islas	D7
Mekong, R.	D2
Meridional de China, mar	D3
Midway, islas	C8
Mindanao	E4
Molucas	F4
Mongolia	A3
Mukden	B4
Nanking	C4
Nepal	D1
Nueva Bretaña	F6
Nueva Caledonia	G7
Nueva Guinea	F5
Nueva Guinea Holandesa	F4
Nueva Irlanda	F6
Nuevas Hébridas	G7
Oahu	C9
Okinawa	C4
Oriental de China, mar	C4
Palembang	F2
Palmira	E9
Papúa	F5
Pearl Harbour	C9
Pekín	B3
Penang	E2
Pescadores, islas	C3
Port Arthur	B4
Port Moresby	F5
Rabaul	F6
Rangún	D2
Ryukyu, islas	C4
Sajalin	A5
Saigón	D2
Saipan	D5
Salomón, islas	F6
Sarawak	E3
Seúl	B4
Shanghai	C4
Siam	D2
Siam, golfo de	E2
Singapur	E2
Sumatra	E2
Swatow	C3
Tibet	C1
Tientsin	B4
Timor, mar de	F4
Tokio	B5
Truk	E6
Tulagi	F6
Vladivostok	B5
Wake	D7
Yangtse, R.	C3



Las victorias japonesas

En la ola de conquistas que siguió al lanzamiento japonés hacia el Sur, cuatro acciones fueron de especial importancia. Conviene examinarlas con algún detalle para comprender la naturaleza de los éxitos japoneses y la gran impresión que causaron en todo el mundo. Dos de estas acciones representaron un desastre para Inglaterra: la pérdida del «Prince of Wales» y el «Repulse» y la caída de Singapur; en las otras dos los japoneses lograron superar la tenaz e inútil resistencia de los norteamericanos en la isla de Wake y en las Filipinas.

La naturaleza de la ofensiva nipona, que disfrazaba su objetivo central y deslumbraba a unos adversarios mal preparados, estuvo dictada por cierto número de consideraciones importantes. La necesidad de proseguir la guerra contra China y proteger Manchuria de incursiones soviéticas, junto con la escasez de tonelaje mercante, hacía necesario el empleo de las mismas unidades en operaciones sucesivas y excluía la posibilidad de combates prolongados. Era, además, imprescindible desplazarse rápidamente y atacar por sorpresa para apoderarse de los considerables recursos del Asia sudoriental y el Pacífico sudoccidental en petróleo, caucho, estaño y bauxita (mineral de aluminio). A los mandos militares japoneses les interesaba apoderarse de estos productos, intactos, cuanto antes, y calculaban que la operación debía llevarse a cabo antes del monzón del nordeste en el Mar de la China y de los violentos ventarrones del Pacífico septentrional.

La Fuerza Z es descubierta

La primera posesión estadounidense que cayó ante la fuerza invasora japonesa fue Guam, que capituló el 10 de diciembre, al cabo de media hora de resistencia. El mismo día, tercero de la guerra del Pacífico, los japoneses invadían las Filipinas, y setenta y cinco de sus bombarderos, procedentes de Saigón, hundían los acorazados británicos *Prince of Wales* y *Repulse*, a setenta, millas al sudeste de Kuantan, en Malaca oriental. A las 17,55 del 8 de diciembre, aquellos navíos, en compañía de los destructores *Electra, Express, Vampire* y *Tenedos*, bajo el mando del almirante sir Tom Phillips, habían salido de Singapur, entre las brumas del atardecer, para impedir nuevos desembarcos nipones en la costa nordeste de Malaca.

Izquierda: **la expansión japonesa hasta mayo de 1942.** *Al lado:* **superada la valerosa pero inútil resistencia del adversario, los japoneses izan en la isla de Wake la bandera del Sol Naciente.**

Aquella misma noche, a las 22,53, Phillips recibió una señal de Singapur informándole que no tendría cobertura aérea cuando llegase a la zona. Los japoneses habían tomado el aeropuerto de Kota Bharu, privando así a la flota (cuya denominación en clave era «Fuerza Z») de una de las condiciones básicas para el éxito de su misión. Pero la fuerza británica tenía la ventaja de la sorpresa, y Phillips decidió seguir adelante. Al día siguiente, gracias a una fuerte lluvia y a las espesas nubes bajas, la Fuerza Z pasó inadvertida a un reconocimiento aéreo nipón. Pero a las cinco de la tarde el aire se aclaró repentinamente y tres aviones descubrieron la flota. Phillips, que pensaba dirigirse hacia Singora al caer la noche para cañonear transportes japoneses, se vio así privado incluso de la ventaja de la sorpresa.

Aunque ignoraba que sus barcos habían sido también detectados por el submarino japonés *I 65* al sur de Poulo Condore, a las 13,40, decidió al instante renunciar a la misión y volver atrás. Mas, para confundir al enemigo, ordenó que la Fuerza Z, a excepción del *Tenedos*, continuase hacia el norte hasta la caída de la noche, momento en que pondrían rumbo al sur. Al parecer, los cañones pesados de la flota no iban a dispararse contra los vulnerables transportes japoneses. Pero a las doce en punto de la noche, cuando la flota se dirigía a Singapur, el *Prince of Wales* recibió este mensaje: «Según informes, el enemigo ha desembarcado en Kuantan, latitud 03 grados 50 norte.» La Fuerza Z, pensó su comandante, podía tener todavía una oportunidad de estorbar los desembarcos nipones en Malaya. Temeroso de sacrificar el elemento sorpresa de que disfrutaba una vez más, Phillips no transmitió ningún comunicado por radio, suponiendo incorrectamente que cuando alcanzase su nuevo objetivo dispondría de cobertura aérea.

A las 2,20 de la madrugada siguiente, 10 de diciembre, un submarino japonés, el *I 58*, avistó la Fuerza Z, y entre el alba y las 9,30 de la mañana setenta y cinco aviones despegaron de Saigón a la caza de la

1 El general MacArthur en la portada de *Time* (diciembre de 1941). 2 La «Marcha de la Muerte», uno de los episodios que ilustran la barbarie japonesa. 3 El teniente general Arthur Percival, jefe de las fuerzas británicas de Malaca, se dirige al encuentro del enemigo para rendirle Singapur. 4 Desembarco de soldados japoneses en la isla de Corregidor.

flota británica, que había llegado a las ocho frente a Kuantan, para descubrir que se había tratado de una falsa alarma. La explosión de algunas minas, en las afueras de la ciudad, provocada por algunos carabaos errantes había sido la causa, al parecer, de que las tropas indias informasen a Singapur que los japoneses efectuaban un desembarco.

Decepcionado, el almirante Phillips ordenó que su flota virase ahora hacia el nordeste, en busca de unas barcazas y un remolcador sospechosos avistados anteriormente. Media hora más tarde, el *Tenedos*, al que Phillips había dirigido hacia Singapur cuando la Fuerza Z fue descubierta por la aviación de reconocimiento enemiga, radió que estaba sufriendo un ataque aéreo. Aumentando la velocidad hasta alcanzar los veinticinco nudos, los barcos de la Fuerza Z corrieron hacia su base, pero un avión japonés en servicio de reconocimiento los avistó e hizo una llamada general.

A las 11,07 fueron divisados unos aviones de la 22.ª Flotilla japonesa, que habían llegado casi hasta la vista de Singapur en busca de la Fuerza Z y que habían bombardeado el *Tenedos*, y doce minutos más tarde los cañones de alto ángulo de toda la flota comenzaron a disparar contra los atacantes. Bajo una barrera de bombas y torpedos, el *Repulse* se hundió a las 12,33, y cuando los once aviones de combate «Buffalo», encargados de la protección de la Fuerza Z, llegaron a las 13,20, en respuesta a una tardía y angustiosa llamada del capitán W. G. Tennant, comandante del *Repulse*, el *Prince of Wales* se bamboleaba pesadamente sobre el costado de babor, y se hundía con el almirante Phillips todavía en el puente.

La pérdida de los dos barcos, con 840 hombres a bordo, selló el destino de Malaca y confirmó el dominio japonés sobre los océanos Pacífico e Índico, a cambio de la pérdida de tres aviones. «El Japón dominaba en toda aquella vasta extensión de agua, y nosotros nos sentíamos débiles e indefensos», escribió Churchill. Al día siguiente al de la acción, un avión japonés dejó caer un gran ramo de flores sobre el mar, en honor a los muertos.

Wake se defiende con más gallardía que eficacia

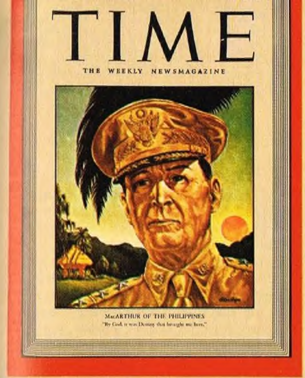
No hubo respiro para los aliados: los japoneses continuaron cosechando triunfos. Sin embargo, durante dos semanas, los defensores de un atolón solitario y sin árboles, en el Pacífico central, resistieron a una poderosa flota de invasión, infligiendo a la victoriosa marina nipona la única derrota que conoció en los primeros meses de la guerra. La isla de Wake, anexionada por los Estados Unidos en 1899 y convertida más tarde en estación de tránsito para la aviación, constituía, con Makin y Tarawa, en las islas Gilbert, un grupo de objetivos que Japón necesitaba para asegurarse el límite oriental de su perímetro defensivo. Al estallar la guerra, los ocupantes de la isla comprendían setenta empleados civiles de la «Pan American Airways», otros 1.146 civiles, empleados por otras compañías, y una guarnición compuesta por 449 hombres de la Infantería de Marina, sesenta y ocho marineros y cinco soldados del Ejército. El mayor James Devereux, del Cuerpo de Infantería de Marina de los Estados Unidos, que mandaba la guarnición, tenía a su disposición seis cañones costeros de 127 mm., doce cañones antiaéreos de 76 mm. y cierto número de ametralladoras, aparte de doce anticuados aviones «Grumman Wildcats» del Escuadrón 211 de la Infantería de Marina, desembarcados del *Enterprise* el 4 de diciembre. No solamente faltaban en la isla dos tercios de la guarnición, sino que ésta carecía también de radar, de centro de control de combate y de equipo de control de fuego. No había tampoco minas, ni alambre espinoso, ni protecciones para los aviones.

El 8 de diciembre, al amparo del mal tiempo, treinta y seis bombarderos japoneses se precipitaron sobre Wake y destruyeron siete «Wildcats» en tierra. Los ataques aéreos continuaron los dos días siguientes, y el 11, a las 5 de la madrugada, las fuerzas de invasión, compuestas por los cruceros ligeros *Yubari*, *Tenryu* y *Tatsuta*, seis destructores y navíos de acompañamiento, al mando del contraalmirante Sadamichi Kajioka, avanzaron, con los cañones lanzando llamaradas, al asalto de la isla. El mayor Devereux se abstuvo de hacer fuego. Kajioka, despreciando las defensas del atolón, puso su flota a unos 4.000 metros de la playa. Súbitamente, los 127 mm. de Devereux abrieron fuego, y en su segunda salva averiaron el barco insignia, el *Yubari*. En los primeros minutos los 127 mm. de la isla hundieron el destructor *Hayate* y causaron daños en otros varios barcos. Cuatro de los cinco «Wildcats» supervivientes despegaron entonces para bombardear violentamente la flota, averiando los cruceros ligeros *Tenryu* y *Tatsuta* y hundiendo el destructor *Kisavagi*. Fue éste uno de los más humillantes reveses sufridos por la Marina japonesa, y poco después de las siete de la mañana, Kajioka se retiraba a Kwajalein, a seiscientas millas de Wake, para curar sus heridas. Los pocos cañones y aviones de la isla de Wake habían rechazado un poderoso ataque anfibio, hundido dos destructores, dañado a otros varios barcos y causado unas setecientas bajas a los invasores, a cambio de la pérdida de dos «Wildcats».

Alarmado por el ignominioso desaire de Wake, el almirante Yamamoto, comandante en jefe de la Flota Combinada, ordenó que se reunieran refuerzos para un segundo intento de desembarco, y el 15 de diciembre, la 2.ª División de Portaaviones del contraalmirante Tamon Yamaguchi, con los portaaviones *Soryu* y *Hiryu*, escoltados por cuatro destructores, avanzó hasta el norte de la isla. En escolta de los portaaviones iba la 8.ª División de Cruceros del contraalmirante Abe, con los cruceros pesados *Tone* y *Chikuma*. Mientras la poderosa flota de invasión se concentraba cerca de Wake, la isla estaba sometida a una serie de ataques a cargo de los bombarderos que despegaban de tierra, a los que se unieron el día 21 los aparatos transportados por los portaaviones. El mismo día, Kajioka zarpaba de nuevo de Kwajalein, y, antes del amanecer del 23 de diciembre, sin bombardeo preliminar alguno, las fuerzas de desembarco de la marina nipona, muy reforzadas, empezaron a saltar a la playa en puntos fuera del alcance de los cañones de 127 mm. de los norteamericanos. El único cañón apuntado contra los dos anticuados destructores que acompañaban a la fuerza de desembarco, lanzó quince granadas contra el más próximo de ellos, y le acertó de lleno. Sin apoyo aéreo, pues los dos últimos «Wildcats» habían sido derribados el día anterior, las defensas de la isla fueron pulverizadas por la aviación y los cañones de la flota, y a las 7,30 de la mañana, la guarnición tenía que rendirse ante la superioridad numérica de los enemigos. Durante la encarnizada batalla murieron cincuenta y dos combatientes norteamericanos, setenta civiles, y 820 soldados japoneses, y fueron hechos prisioneros 470 oficiales y soldados y 1.146 civiles. La Marina japonesa se había desquitado de su fracaso inicial, y los valientes defensores norteamericanos, a pesar de su derrota, se ganaron la admiración del mundo.

Singapur se rinde

Los norteamericanos habrían podido conservar la isla y lograr al mismo tiempo una victoria naval, si la aviación naval del contraalmirante Frank Fletcher hubiera intervenido mientras la fuerza de in-


TIME
THE WEEKLY NEWSMAGAZINE
MacARTHUR OF THE PHILIPPINES
"By God, it was Destiny that brought me here."

2







Tras la incursión de los bombarderos japoneses (8 de diciembre de 1941), quedaron destruidos en el suelo de la isla de Wake siete de los doce aviones «Grumman Wildcat» que guarnecían aquella posición insular de los EE.UU. en el Pacífico.

vasión japonesa estaba todavía desembarcando equipos y material. Fletcher, que zarpó de Pearl Harbour para Wake el 17 de diciembre con varias unidades, entre ellas el portaaviones *Saratoga*, perdió la oportunidad de impedir el desembarco japonés al detenerse para repostar sus destructores. Aunque podía haber sorprendido en condiciones ventajosas a la flota de invasión, se le ordenó regresar a la base, por temor a que arriesgase sus navíos en un encuentro con las unidades destacadas de la Fuerza de Ataque a Pearl Harbour, entre los que figuraban, según se creía, dos acorazados.

Mientras Wake desafiaba la ira de la Marina nipona y las tropas norteamericanas y filipinas eran empujadas al interior de la península de Batán, los japoneses avanzaban rápidamente por territorio de Malaca. Las fuerzas británicas y las de la Commonwealth se dieron cuenta de la gravedad de la situación y fueron presa del pánico. Como no estaban apoyados ni por mar ni por aire, retrocedieron a lo largo de la costa occidental de Malaca ante el avance del XXV Ejército del teniente general Yamashita, hasta que el 31 de enero se encerraron en Singapur. A las dieciocho horas y diez minutos del 15 de febrero de 1942 se rendía el teniente general Arthur Percival, defensor de la ciudad, en una oficina de la fábrica Ford, en Bukit Timah. Fue aquél el mayor desastre infligido al Imperio Británico desde que Cornwallis rindió Yorktown en la Guerra de Independencia Norteamericana, y Churchill calificó la caída de la que se consideraba una fortaleza inexpugnable como «el peor desastre y la mayor capitulación en la historia británica».

En la campaña de Malaca, perdida por falta de una adecuada defensa en el norte, las fuerzas británicas, indias y australianas tuvieron un total de 138.708 bajas, de las cuales más de 130.000 fueron prisioneros. Las bajas japonesas, en los setenta y tres días de la campaña, fueron de 3.507 muertos y 6.150 heridos.

La mala fortuna del general Percival, según ha escrito James Leasor en *Singapur, la batalla que cambió el mundo*, había sido «dirigir un ejército mal equipado y mal entrenado, que carecía en absoluto de moral, y que se encontraba en un país para cuya defensa los ineptos políticos de preguerra... habían descuidado pagar la póliza de seguros». La humillación de Gran Bretaña a manos de un ejército asiático numéricamente inferior, que avanzaba en bicicleta y se alimentaba de arroz, tendría fatídicas consecuencias para el Lejano Oriente. La captura de Singapur, «el bastión del Imperio», y con ella el colapso prematuro de la hegemonía europea en el Asia sudoriental después de la guerra, produjeron una inestabilidad política de la que supieron aprovecharse los comunistas.

La «Marcha de la muerte de Batán»

La caída de Malaca y Singapur condujeron directamente al colapso de las Indias Orientales Holandesas. Birmania fue conquistada en pocas semanas, y la marea japonesa llegó hasta las fronteras de la India. En cuanto a los Estados Unidos, las perspectivas militares no eran menos sombrías, y el 6 de mayo, tras una desesperada defensa de la península de Batán, y la isla de Corregidor, que humilló al XIV Ejército del general Homma y lo privó de la victoria durante tres meses, la resistencia norteamericana y filipina llegó a su fin. La moral entre unos hombres enfermos y subalimentados se hundió cuando, con la partida del general MacArthur, comandante en jefe de las Fuerzas del Ejército de los Estados Unidos en Extremo Oriente, el 12 de marzo, se hizo evidente que no cabía esperar refuerzos. No obstante, antes de entregar el mando y salir para Australia por orden de Roosevelt, MacArthur prometió a los filipinos que un día volvería para cumplir la promesa hecha por el Gobierno de los Estados Unidos ocho años antes, de que en 1946 recibirían la independencia. Un mes después de su partida, los 64.000 filipinos y los 12.000 norteamericanos rendidos en Batán iniciaron una marcha de 88 kilómetros, desde Mariveles hasta San Fernando. Como los japoneses no habían esperado hacer más de 25.000 prisioneros, sus previsiones para el transporte y la alimentación de los cautivos fallaron por completo. Durante la denominada «Marcha de la muerte de Batán», fallecieron por enfermedad, hambre, agotamiento o malos tratos, de siete a diez mil hombres, entre ellos 2.330 norteamericanos.

La marcha puso de relieve el desprecio que los japoneses sentían por los soldados enemigos que no habían caído en el combate, y fue un presagio del bárbaro trato que los prisioneros aliados recibirían de manos japonesas a todo lo largo de la guerra del Pacífico.

El Japón había vencido en todas partes, y los aliados se sentían derrotados y confundidos. Con anterioridad a la Segunda Guerra Mundial, el poder de las fuerzas armadas japonesas había sido gravemente minusvalorado, ignorado o incluso negado. Se suponía que, preocupados por sus lances en China, los japoneses serían incapaces de montar operaciones militares en otros sitios. No obstante, a pesar de que con las 40 divisiones y los 800 aeroplanos asignados a la defensa del Japón, Corea, Manchuria y China ocupada, los japoneses disponían sólo de once divisiones y unos 700 aviones de línea para los restantes teatros de la guerra, fueron capaces de reducir a su dominio la totalidad de las vastas extensiones de los mares del Sur El mito de la inferioridad nipona fue pronto reemplazado por el mito de la invencibilidad japonesa.

Stephen Webbe

Victoria aliada en el Atlántico

Karl Doenitz, jefe supremo del arma submarina alemana durante toda la guerra, y de toda la Marina del Reich a partir de 1943. Nombrado por Hitler sucesor suyo, Doenitz desempeñaba la jefatura del Estado alemán en los días de la rendición de Alemania.



La entrada de los Estados Unidos en la guerra ensanchó el campo de acción de los submarinos alemanes, que se lanzaron al asalto de las rutas de navegación del Atlántico y pusieron en peligro los vitales suministros de los aliados. Pero en 1943 éstos habían aprendido la forma de responder a la amenaza submarina.

En diciembre de 1941, el escenario estaba dispuesto para un encuentro decisivo en el Atlántico entre las escoltas —navales y aéreas— de los convoyes, y los submarinos alemanes. La declaración de guerra a los Estados Unidos por parte de Alemania, el 11 de diciembre, pudo parecer, a primera vista, que redundaría en un enorme refuerzo para las escoltas, pero al principio sucedió precisamente lo contrario.

Sucesivos decretos del Gobierno de los Estados Unidos, desde la declaración del Presidente, en julio de 1940, de una política de «plena ayuda (a Gran Bretaña), excepto la guerra», y la transferencia de cincuenta destructores antiguos, habían mostrado claramente de qué lado se inclinaban las simpatías norteamericanas. En marzo de 1941, al amparo de la ley de «Préstamo y Arriendo», diez guardacostas pasaron a la Marina de Su Majestad. En julio, cuando tropas norteamericanas relevaron a la guarnición británica de Islandia, destructores de los Estados Unidos dieron escolta a los convoyes de todas las nacionalidades que hacían escala en la isla. Dos meses más tarde, la Marina estadounidense empezó a escoltar convoyes transatlánticos, en la mitad occidental de su viaje, puesto que en ellos figuraban barcos que se dirigían a Islandia. En octubre, cinco destructores norteamericanos fueron enviados desde dicha isla para ayudar a un convoy atacado y uno de ellos, el *USS Kearney*, fue torpedeado. Quince días después, el *USS Reuben James*, que escoltaba un convoy, fue hundido, con pérdida de casi toda la tripulación.

No obstante, mientras los Estados Unidos permanecieron oficialmente neutrales, los alemanes, para evitar la provocación, habían respetado la «Zona de Defensa» norteamericana de la mitad occidental del Atlántico y no habían obstaculizado el gran volumen de tráfico mercante entre la costa este de los Estados Unidos y el Caribe y el golfo de México. Con la declaración de guerra, esas rutas quedaban súbitamente abiertas al ataque.

La Marina de los Estados Unidos no se había preocupado de organizar un sistema de convoyes, y pretendía justificar su desidia en este punto afirmando que le faltaban buques, y que un convoy sin escolta suficiente era más vulnerable que un buque sin ninguna escolta. No obstante, Norteamérica poseía doble número de barcos de superficie y cinco o seis veces más aviones que los que tenía Gran Bretaña cuando entró en la guerra.

Los Estados Unidos estaban también obsesionados por el culto a la ofensiva, lo que los obligaba a destinar a patrullas de vigilancia las fuerzas que pudieran haber servido de escolta. Al margen de las rutas de los cargueros y los petroleros, esos barcos y aviones andaban al acecho de los submarinos que traicionasen su presencia con el hundimiento de mercantes. Esas fuerzas fracasaron repetidamente en sus intentos: no lograron destruir ni un solo submarino frente a las costas norteamericanas hasta abril de 1942, cuando ya habían sido hundidos más de doscientos barcos mercantes y un destructor de patrulla.

Holocausto en aguas norteamericanas

La ofensiva submarina comenzó con sólo cinco unidades, a las que se unieron otras tres antes de finalizar enero. Entre el 13 y el 31 de dicho mes dieron cuenta de cuarenta barcos. Sus fáciles éxitos hicieron que Doenitz, el almirante jefe del arma submarina alemana, decidiese desplegar todas las fuerzas a su disposición en aguas americanas. Aunque, presionado por Hitler, tuvo que destinar cierto número de submarinos a aguas de Noruega y al Mediterráneo, pudo, mediante el empleo de submarinos de aprovisionamiento, conocidos por «vacas lecheras», lanzar a la caza sus unidades menores, de 750 toneladas, así como los de mayor radio de acción de 1.000 toneladas, en un ataque simultáneo a todo lo largo de la ruta del Caribe a Nueva York.

El resultado fue un holocausto. En el mes de febrero de 1942, sesenta y cinco barcos fueron hundidos en aguas norteamericanas; en marzo, ochenta y seis; un ligero descenso hasta sesenta y nueve, en abril, fue seguido por una nueva «alza» en mayo: ¡111 barcos! Los norteamericanos lo intentaron todo —excepto los convoyes— para detener la tremenda hemorragia. Los barcos acercaron sus rutas a



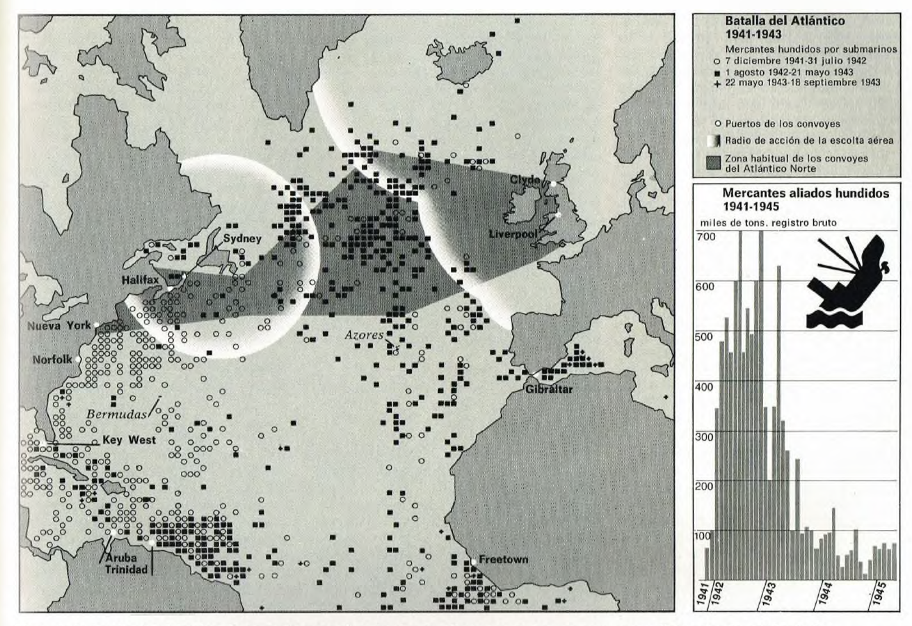
Hundimiento de un submarino alemán alcanzado por una carga de profundidad que le ha disparado uno de los buques de escolta de un convoy británico en el Atlántico septentrional (pintura al óleo de Norman Wilkinson). En la cubierta del buque de escolta que aparece en primer término se observan los tubos lanzatorpedos; tales proyectiles solían emplearse contra buques de superficie adversarios, pero algunas veces también para hundir a buques mercantes propios torpedeados y en llamas, dado que el fuego y el humo de los incendios podía facilitar la localización de un convoy por un submarino al acecho.

la costa, con el único resultado de presentar una corriente de tráfico más densa aún a los atacantes. Los barcos viajaban de día y se refugiaban en fondeadores protegidos durante la noche. Aun así, las pérdidas de tonelaje siguieron aumentando.

En mayo, por fin, los norteamericanos se habían convencido. Establecieron un sistema de convoyes a lo largo de la costa oriental, y los hundimientos cesaron inmediatamente. Pero los submarinos se trasladaron hacia el Sur, al Caribe y el golfo de México, donde no había cesado la corriente de barcos «independientes», muchos de ellos valiosos petroleros. Junio fue un mes récord, con 121 barcos hundidos en aquellas aguas. No obstante, la conversión de los estrategas navales de los Estados Unidos había sido absoluta. El comandante en jefe de la Marina norteamericana, almirante King, que en marzo había expresado la opinión de que «para llevar convoyes mal escoltados era preferible renunciar a los convoyes», ahora, cambiando de opinión, decía que «la escolta no es sólo un medio de hacer frente a la amenaza submarina, sino el *único* medio que ofrece alguna posibilidad de éxito. Las llamadas operaciones de patrulla y caza han probado una y otra vez que son completamente inútiles».

A finales de junio el sistema de convoyes con escolta naval y aérea se extendía al golfo de México y al Caribe, y los hundimientos cesaron en estas zonas. En julio, cinco submarinos fueron destruidos en aguas norteamericanas: el segundo «tiempo feliz» para los submarinos había terminado. Una vez más, los comandantes alemanes buscaron el eslabón más débil en la cadena de convoyes. Lo encontraron en la «Brecha negra» del Atlántico central, donde la escolta aérea era todavía casi inexistente.

Mientras tanto, ambos bandos se habían reforzado. Las pérdidas de submarinos durante los seis meses anteriores habían sido escasas y se construían sin cesar nuevas unidades. Pero las escoltas habían también aumentado mucho, en número y en eficacia. Se habían formado en grupos regulares compuestos generalmente por dos destructores —equipados con dispositivos antisubmarinos— y cuatro corbetas. A excepción de uno o dos grupos, en los que guardacostas estadounidenses conducían una flotilla mixta de escolta norteamericana, británica y canadiense, la mitad de los grupos eran británicos, y la otra mitad canadienses.



Mapa de la batalla del Atlántico donde aparecen registrados los hundimientos de buques mercantes aliados por la acción de los submarinos alemanes durante el período comprendido entre diciembre de 1941 y el triunfo definitivo de los aliados (1943) en este campo específico de la Segunda Guerra Mundial. La zona intermedia, no cubierta por los aviones de la escolta aérea, es la «Brecha Negra». La tabla de hundimientos de buques mercantes aliados pone de manifiesto la «época áurea» de los submarinos, entre diciembre de 1941 y junio de 1942. Las graves pérdidas de noviembre de este último año se produjeron en el curso de los desembarcos aliados en el África septentrional.

Mejoras en el equipo

La mayoría de los navíos-escolta y de los aviones antisubmarinos habían recibido el nuevo radar de 10 centímetros, que les permitía detectar submarinos no sumergidos en un radio notablemente grande. Algunos barcos iban equipados con «HFDF» («Visores —*Finders*— de Dirección de Alta Frecuencia»), por medio de los cuales podía determinarse la dirección y, hasta cierto punto, el tipo de unidad que transmitía en onda corta. La existencia de esos dos dispositivos era desconocida por los alemanes. El segundo de ellos permitía al mando de la escolta enviar barcos o aviones en busca del submarino que lanzaba las señales de concentración para el ataque. El primero podía entonces funcionar para que el submarino fuera sorprendido en la superficie durante la noche o con escasa visibilidad. Cuando los submarinos se sumergían, eran cazados con «asdics» muy perfeccionados, y atacados con cargas de profundidad particularmente poderosas.

A fin de que ningún buque acompañante necesitara abandonar el convoy para repostar combustible, se incluyeron petroleros entre las escoltas. En éstas figuraban también buques de «rescate», cuya misión específica era la de perseguir y destruir a los atacantes y socorrer a los supervivientes de los mercantes hundidos.

El antídoto primordial para los ataques en masa de los submarinos era la escolta aérea, la cual podía obligar a los submarinos a sumergirse, dejándolos virtualmente inmovilizados hasta que el convoy había pasado. Equipados con radar y dotados (después de más de dos años de guerra) con cargas de profundidad eficaces, aquellos aviones eran el peor enemigo de los comandantes de los submarinos, a los que no permitían descansar, ni salir a la superficie para cargar sus baterías en paz, ni de día ni de noche. Así, pues, donde éstos preferían operar era en la brecha de mitad del Atlántico, en la que mientras el Mando Costero de la R.A.F. no obtuvo aviones «Liberator» de gran radio de acción, la escolta aérea de los convoyes fue escasa.

Para lograr la suficiente cobertura aérea de esa «Brecha negra» los astilleros británicos y norteamericanos comenzaron a habilitar barcos mercantes como portaaviones de escolta. Los cuatro primeros

fueron puestos en servicio activo avanzado el verano de 1942; pero entonces se decidió que se los necesitaba para cubrir los próximos desembarcos anglonorteamericanos en el norte de África. Ninguno de ellos pudo ser reservado para la protección de los convoyes del Atlántico; pero uno, el británico *Avenger*, desempeñó un papel decisivo en la protección de un convoy que, en septiembre, se dirigía al norte de Rusia.

Así, pues, las batallas en torno a los convoyes atlánticos, entre las escoltas de superficie y los submarinos, se libraron principalmente en la «Brecha negra». La habilidad germana para descifrar mensajes en clave entre el Almirantazgo y las escoltas, les permitía disponer líneas de patrulla de submarinos en las rutas de los convoyes. Allí donde podían concentrarse grupos de asalto, causaban duras pérdidas. En agosto, un convoy lento que regresaba de Gran Bretaña con una fuerza de escolta insuficiente, perdió once barcos en una persecución de seis días. Dos de los submarinos fueron destruidos. Al mes siguiente, los submarinos hundieron nueve barcos de otro convoy sin pérdida alguna por su parte. Similares desastres continuaron ocurriendo a intervalos durante los meses de otoño e invierno.

En octubre, un nuevo convoy de regreso perdió siete de sus unidades, así como el destructor *Ottawa*, de su escolta canadiense, y otros cuatro cargueros fueron torpedeados, sin pérdida entre sus atacantes. En un tercer convoy, la pérdida de siete barcos fue compensada por la destrucción de dos submarinos y los daños causados a algunos más, una proporción de intercambio que los submarinos no podían permitirse. Si Doenitz hubiera podido desplegar toda su fuerza en el Atlántico, la batalla se habría resuelto en aquel tiempo, con consecuencias fatales para los aliados. Afortunadamente para éstos, Hitler continuaba insistiendo en mantener una gran fuerza de submarinos en el Mediterráneo y el Ártico. Así, la lucha seguía equilibrada, mientras en el rígido invierno del Atlántico septentrional ambos bandos estaban tan ocupados combatiendo el mal tiempo como peleando entre sí.

El momento culminante de la batalla

Desde el punto de vista aliado, mientras iba pasando la pausa invernal, impuesta por las tormentas, tres características de la situación ofrecían unas perspectivas optimistas para la primavera de 1943: por fin el Comité Antisubmarinos del primer ministro consintió en elevar de diez a cuarenta el número de bombarderos «Liberator», de gran radio de acción, puestos a disposición del Mando Costero, y permitió que hasta trece pudiesen operar simultáneamente. Al aumentar el tamaño de los convoyes, con la consiguiente reducción de su frecuencia, bastantes unidades de escolta quedaron libres para formar grupos de apoyo independientes, utilizables para reforzar convoyes amenazados. Y, finalmente, los tan esperados portaaviones de escolta podrían emplearse en la tarea para la que habían sido concebidos.

No obstante, marzo de 1943 iba a resultar uno de los más desastrosos meses de la guerra en tonelaje mercante hundido. Los más experimentados grupos de escolta tenían una bien fundada confianza en que podrían rechazar los asaltos de los submarinos, los cuales pagaban un precio muy elevado por cualquier hundimiento logrado. Pero no siempre era posible dar a los convoyes una protección de óptima calidad, y entonces se producía el desastre. Así, mientras las bien entrenadas escoltas veteranas del grupo mixto británico-polaco-francés luchaban en la defensa de un convoy dirigido a Gran Bretaña y destruían dos submarinos a costa de cuatro barcos del convoy y el del comandante de la escolta, otro grupo sin experiencia perdía trece unidades de su convoy, sin compensación alguna.

Más tarde, dos convoyes, uno rápido y otro lento, con destino a Gran Bretaña, cercado cada uno de ellos por una gran concentración de submarinos, se reunieron para dar lugar a una única, enorme y dispersa lucha caótica en la que se perdieron veintiún mercantes. Aunque un submarino fue finalmente hundido y Doenitz anotó que «casi todos los demás experimentaron daños a consecuencia de las cargas de profundidad o de las bombas, y dos quedaron seriamente averiados», vista desde el Almirantazgo británico la magnitud del desastre fue aterradora. Durante algún tiempo la validez del sistema de convoyes fue de nuevo puesta en duda.

Pero este desaliento fue breve. En realidad, se disponía ahora de los elementos que iban a asegurar la derrota del submarino. El portaaviones de escolta norteamericano *Bogue* y un grupo de destructores británicos de apoyo, dieron cobertura a dos convoyes que, a pesar del acoso de los submarinos, llegaron sin contratiempo a su destino.

A finales de marzo estaban listos para entrar en operaciones cinco grupos de apoyo británico, uno de ellos centrado en el portaaviones de escolta *Biter*, de la Marina de Su Majestad.

Jaque a los submarinos

Al mismo tiempo, una serie de nuevos submarinos procedentes de las bases de Alemania y del oeste de Francia —no menos de noventa y ocho durante el mes de abril— estaba afluyendo al Atlántico central para lo que iba a ser la batalla decisiva. Los convoyes eran debidamente localizados; no obstante, por alguna razón que los alemanes no lograban explicarse, las bien probadas técnicas para la concentración de atacantes fallaban. Apenas el submarino que había establecido contacto emitía su radiomensaje al cuartel general, cuando aparecía la afilada proa de un destructor, siguiendo a toda máquina la indicación obtenida por su equipo de «HFDF», o un «Liberator» se lanzaba en picado al ataque. En el cuartel general había que anotar un nuevo submarino hundido. En el mejor de los casos, el submarino se veía forzado a permanecer sumergido, mientras el convoy se deslizaba hacia aguas seguras.

En la última semana de abril cinco submarinos fueron destruidos junto a los convoyes, a cambio de una pérdida casi despreciable de barcos mercantes. No obstante, Doenitz no se daba aún por derrotado. Sesenta submarinos libraron una batalla de ocho días con las escoltas de un convoy procedente de Gran Bretaña, en la primera semana de mayo. A fines del mes, doce barcos mercantes habían sido hundidos, pero a costa de la pérdida de ocho submarinos y de las graves averías producidas en otros muchos.

Ello quebrantó hasta tal punto la moral de las tripulaciones de los submarinos que éstos se negaban a acercarse a sus presas. A pesar de todas sus precauciones, los submarinos eran detectados y sorprendidos en la superficie por las escoltas navales o aéreas. Muchos fueron hundidos y los convoyes prosiguieron intactos. Los submarinos hundidos durante el mes de mayo fueron cuarenta y uno, veinticinco de ellos por las escoltas aéreas o de superficie. Otros siete, en ruta por el golfo de Vizcaya, fueron sorprendidos en la superficie por aviones equipados con radar perfeccionado. Finalmente Doenitz aceptó la derrota, al menos de momento, y retiró todos los submarinos de las rutas de convoyes del norte del Atlántico.

Victoria aliada

Generalmente se acepta que mayo de 1943 marcó la victoria aliada en la batalla del Atlántico.

Aunque Doenitz se vio obligado a abandonar la lucha contra los convoyes trans-



atlánticos, llegó a la siguiente conclusión: «Hay que proseguir la campaña submarina con todas las fuerzas disponibles. Las pérdidas, que no están en relación con los éxitos alcanzados, tienen que ser aceptadas, por duras que sean.» Además, se estaban experimentando o proyectando nuevas armas que podían inclinar de nuevo a su favor la balanza.

Equipados, al comenzar la guerra, con torpedos de poca confianza, los submarinos se habían visto obligados a limitar sus ataques a navíos de mucho calado, y no podían atacar a los pequeños barcos de escolta. Pero ahora se encontraba en período de prueba un torpedo que, por medio de un artificio acústico en su cabeza, podía orientarse hacia los ruidos de los propulsores. De ese modo, un submarino cazado podía volver las tornas de la caza, en perjuicio de su atacante.

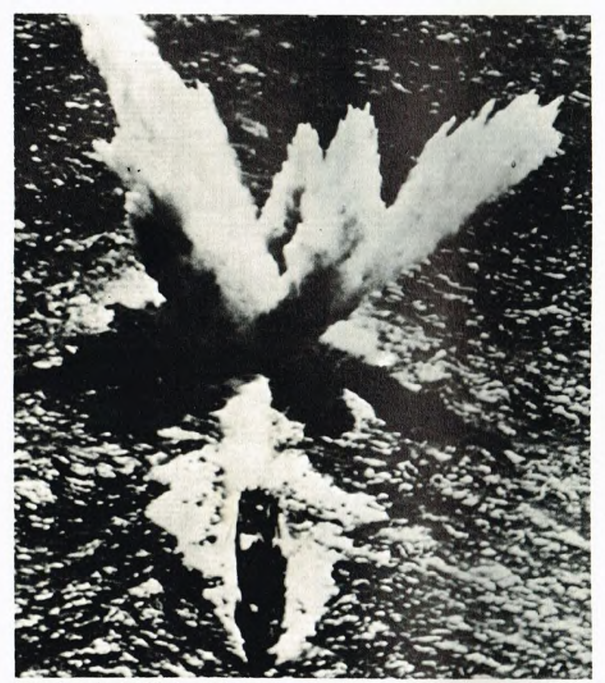
Cuando Holanda fue vencida se capturaron submarinos holandeses que tenían un ingenioso dispositivo, el «Schnörkel», o tubo de respiración, por el cual un submarino sumergido podía aspirar aire que le permitiese poner en marcha sus motores Diesel, así como volver a cargar sus acumuladores eléctricos. Los alemanes lo adoptaron; y así, los submarinos ya no necesitarían salir a la superficie, exponiéndose a la detección por el radar, con lo que la amenaza desde el aire quedaría notablemente superada. Finalmente, estaba en proyecto un nuevo submarino con mucha más potencia de baterías, el tipo XXI, que podía hacer hasta dieciocho nudos en inmersión.

La última esperanza de los submarinos

El conocimiento de que esas diversas mejoras estaban poniéndose a punto mantenía viva la esperanza. Mientras tanto, los submarinos fueron desplegados de otro modo, con la ilusión de encontrar zonas más provechosas y de menos peligro. En el Caribe y ante las costas de Brasil había aún algunos barcos que navegaban independientemente, pero también allí había convoyes y, al atacarlos, ocho submarinos fueron destruidos por las escoltas aéreas. Una vez más los supervivientes tuvieron que retirarse.

Otro grupo había sido enviado a una zona al sudoeste de las Azores, para interceptar convoyes estadounidenses. Pero

Buques de un convoy aliado en el Atlántico Norte, fotografiados por el famoso reportero gráfico Robert Capa; el de primer término transporta aviones norteamericanos hacia Gran Bretaña.



Carga de profundidad hecha estallar por un submarino norteamericano durante su servicio de vigilancia costera junto a la península de Florida.

también se encontraron con los aparatos de los portaaviones norteamericanos. En junio, el grupo del *Bogue* hundió dos submarinos; al mes siguiente, el *Bogue*, el *Core* y el *Santee* destruyeron otros seis. Ni un solo barco mercante fue hundido.

Pero, mientras tanto, los trabajos de reequipamiento de los submarinos se habían acelerado: torpedos acústicos para devolver el ataque por superficie a los buques de escolta, más armamento antiaéreo, un receptor de radar perfeccionado, y un reclamo del radar para reducir la amenaza aérea. El 13 de septiembre Doenitz anunciaba: «Lo esencial para una campaña triunfal está dispuesto.» Una vez más, los submarinos se lanzaron contra los principales convoyes transatlánticos... y los encontraron mejor protejidos que antes.

El objetivo que primero asaltaron comprendía una conjunción de dos convoyes, uno rápido y uno lento, que, al encontrarse muy próximos el uno al otro cuando surgió la amenaza, recibieron la orden de unirse. El total así formado, de sesenta y cinco barcos mercantes, tenía no menos de quince navíos de escolta, así como un mercante-portaaviones, provisto de una cubierta desde la que podían operar cuatro aviones «Swordfish». Envalentonados por la posesión de torpedos acústicos, los submarinos atravesaron durante la noche la barrera protectora, y hundieron a tres barcos de escolta. Seis barcos mercantes resultaron alcanzados, pero dos submarinos fueron destruidos y otros dos sufrieron graves daños. Los alemanes creyeron que habían hundido muchos más barcos de escolta, y quedaron muy satisfechos con su nueva táctica ofensiva.

La nueva arma, que de momento aterrorizó las tripulaciones de las escoltas, no tardó en ser contrarrestada mediante el remolque a distancia, a popa, de una fuente sonora (artificio conocido por «el zorrero»), que atraía al torpedo acústico apartándolo de su objetivo. Con eso se estableció de nuevo la supremacía de las escoltas. Vino a continuación una nueva hecatombe de submarinos en torno a los convoyes del Atlántico septentrional, y en noviembre el mando de los submarinos alemanes estaba buscando nuevos remedios, incluida una renovada cooperación con los aviones de largo alcance.

Pero nada había contra la escolta combinada de barcos y aviones de que ahora disponían los convoyes, y contra los grupos de apoyo, que operaban muchas veces con portaaviones de escolta. En febrero de 1944, el II Grupo de Escolta, mandado por el capitán F. J. Walker, dio cuenta de seis submarinos en la vecindad de los tres convoyes a los que vigilaba. A fines de marzo los submarinos tuvieron que conformarse con los barcos solitarios que bogaban por las aguas del Atlántico sur.

El submarino, dominado

Obligados a renunciar al reaprovisionamiento, mediante las «vacas lecheras», en mitad del Atlántico, los submarinos tuvieron que reducir hasta tal punto los tiempos de patrulla que sus acciones carecían de eficacia. El submarino había sido completamente dominado.

Finalmente resultó evidente que los aliados habían ganado la batalla del Atlántico. Los frutos de la victoria obtenida en mayo de 1943 podían ahora recogerse y las fuerzas antisubmarinas pasaron a la ofensiva. Aunque los submarinos continuaron luchando con un coraje terco y desesperado, su expectativa de supervivencia se redujo a una salida y media para cada uno. Aunque el «Schnörkel» reducía mucho el peligro de ataque aéreo y el de ser sorprendidos por la noche mientras, en la superficie, cargaban sus baterías, la amenaza submarina descendió a proporciones despreciables a partir de entonces. Y nunca más volvió a estar en peligro la línea vital que unía Europa con Norteamérica.

Pero esta batalla estuvo a punto de acabar con una victoria alemana. Wiston Churchill ha dicho: «La única cosa que verdaderamente me aterrorizó durante toda la guerra fue el peligro submarino.»

Capitán Donald Macintyre

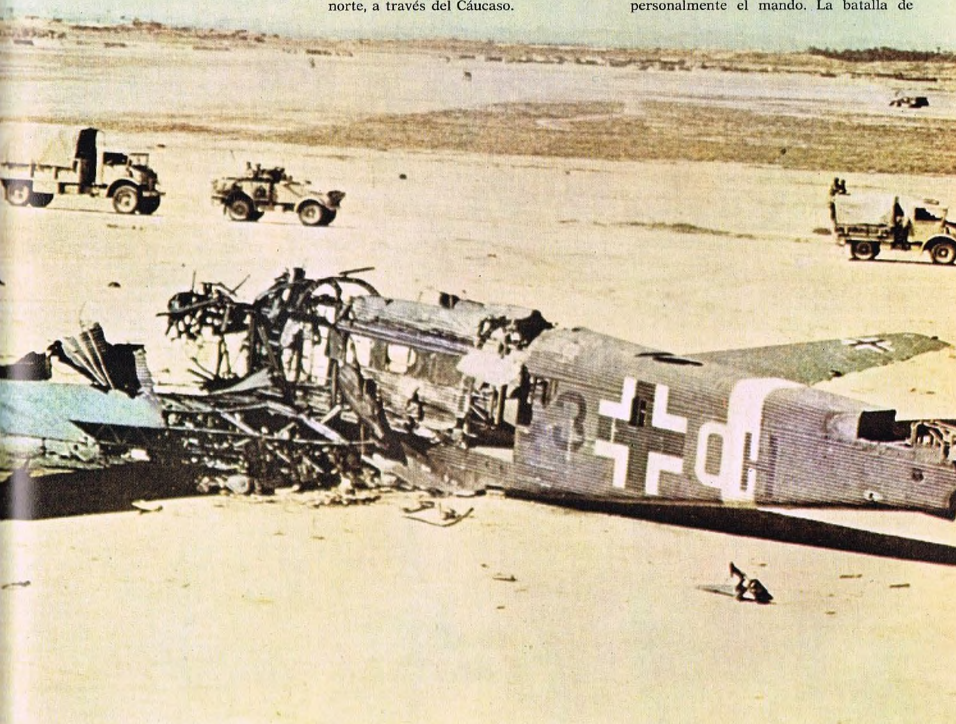
El Alamein

En julio de 1942 Rommel amenazaba con apoderarse de Egipto. Pero en octubre, en El Alamein, empezó por fin, definitivamente, la bajamar para los alemanes en Africa.

«Junker 52» alemán destruido; muchos de tales aviones fueron derribados en el curso de los servicios de abastecimiento en los que hubieron de ser empleados a causa del severo control británico del Mediterráneo.

El general sir Claude Auchinleck, comandante en jefe de las fuerzas de tierra del Oriente Medio, tomó personalmente el mando del VIII Ejército, de manos del teniente general Neil Ritchie, el 25 de junio de 1942. Pero el Desierto Occidental era solamente una más entre las varias preocupaciones del comandante en jefe, que seguía siendo responsable del apoyo a Turquía, un Estado neutral, y de la defensa de los campos de petróleo del golfo Pérsico contra un posible ataque del norte, a través del Cáucaso.

Por tal razón, Auchinleck, en su condición de comandante en jefe, creía que no había que exponer al VIII Ejército al riesgo de una derrota decisiva y que era preciso conservarlo a toda costa para continuar defendiendo de Rommel el petróleo del Golfo. Mientras Ritchie estaba planeando una batalla a muerte en Marsa Matruh, Auchinleck deseaba retirarse a El Alamein, lo que le daría un respiro para reorganizar sus fuerzas. Pero Rommel atacó un día antes de que Auchinleck asumiese personalmente el mando. La batalla de



Marsa Matruh (del 26 al 28 de junio de 1942), entablada en unas defensas insuficientes y siguiendo un despliegue establecido por Ritchie, marcó el apogeo de Rommel en el Desierto. Con un puñado de tropas agotadas, el jefe alemán engañó a los británicos (entre los que habían fuertes formaciones de refresco) haciéndoles creer que había roto su frente y que estaban rodeados y batidos. Cuando el comandante en jefe vio la batalla perdida, ordenó la retirada de sus fuerzas a El Alamein. Ambos contendientes, con todas las unidades mezcladas, se empeñaron en una carrera por el pasillo de El Alamein, de 65 kilómetros de anchura, que va desde el mar a la impracticable depresión de Qattara. Alejandría quedaba a sólo 97 kilómetros del nuevo frente.

Aunque el VIII Ejército ganó apuradamente la carrera, los británicos seguían abocados a la posibilidad de una «completa catástrofe». Auchinleck se enfrentaba así con la prueba más dura para un general: el reagrupamiento de un ejército batido y la redención de una batalla perdida. Tras de él, en Egipto, había pánico y derrotismo. El general dijo a sus soldados: «El enemigo se está distendiendo hasta el límite, y piensa que estamos derrotados... Esperaba apoderarse de Egipto con su fanfarroneo, engañándonos con falsas apariencias. Mostrémosle dónde se ha metido.»

En realidad, era una apreciación exacta desde el punto de vista militar. Al no detenerse después de Tobruk para permitir que Malta fuera atacada, como estaba convenido, Rommel había hecho una jugada inmensamente arriesgada, porque a menos que lograra irrumpir hasta el Delta con gran celeridad, su ejército se encontraría cada vez más falto de suministros. El 1 de julio, tres días después de Marsa Matruh, Rommel atacaba al VIII Ejército en El Alamein.

De julio a noviembre de 1942 se desarrolló, en realidad, una sola batalla, con pausas entre las varias acciones. Se inició con los desesperados intentos de Rommel de abrirse camino a empellones hasta rebasar a Auchinleck; fracasó en su intento, como posteriormente Auchinleck en la tentativa de obligarle a retirarse. Todo eso constituye la «primera batalla de El Alamein» (del 1 al 26 de julio de 1942). Siguió un período de estancamiento, roto sólo por un segundo intento de Rommel de romper el frente: la batalla de Alam Halfa (31 de agosto al 3 de septiembre). Finalmente vino el contragolpe británico, con abundantes tropas de refresco, que barrió a Rommel hasta más allá de la frontera egipcia. Ésa fue la victoria de Montgomery en la «segunda batalla de El Alamein» (23 de octubre al 4 de noviembre de 1942).

Las características naturales condicionantes del campo de batalla de El Alamein (aunque tan leves que sólo a ojos militares eran discernibles) estaban en dos insignificantes lomas que se extienden de este a oeste, la de Ruweisat y, más al sur y hacia el este, la de Alam Halfa. Ellas eran las llaves tácticas del pasillo entre el mar y la Depresión de Qattara. En ningún momento de las batallas de El Alamein el pasillo estuvo sólidamente dominado por los británicos.

El Ejército de Auchinleck en la primera batalla de El Alamein estaba formado por supervivientes de las batallas de Gazala, como la 50.ª División y la 1.ª División Sudafricana; supervivientes de Matruh, como las divisiones neozelandesas y la 9.ª Brigada india; y tropas de refresco, como la 18.ª Brigada india, procedente de Iraq. Auchinleck carecía sobre todo de blindados, pues aunque la 1.ª División Blindada poseía 150 tanques, solamente dos escuadrones estaban integrados por tanques «Grant». No obstante, el VIII Ejército era considerablemente mayor que el Ejército *Panzer* de África, que ahora estaba reducido a 60 tanques alemanes y 30 italianos, unos 5.000 soldados alemanes y un número similar de italianos.

Como consejero personal y jefe del Estado Mayor de campaña, Auchinleck había llevado consigo de El Cairo al mayor general E. Dorman-Smith, un hombre fértil en ideas no ortodoxas. Auchinleck creía que la división de infantería británica era demasiado grande, pesada e ineficaz para descargar golpes en una guerra de movimientos como la del desierto. En consecuencia, improvisó grupos de brigada, o «grupos de batalla» más pequeños, según el modelo alemán: infantería motorizada para dar escolta a los cañones. En vez de poner una defensa estática en el perímetro de El Alamein, utilizó los grupos de brigada de la 1.ª División sudafricana como guardia móvil del desierto, al sur. Después del primer día de combate evacuó también dos «cajas» en el centro y en el extremo sur del pasillo de El Alamein, para salvar la movilidad y la concentración de su ejército. (Las «cajas» eran puntos fortificados rodeados de alambradas y campos minados.) Al mismo tiempo, la artillería pesada y media fue transferida al mando del ejército, para facilitar una potencia de fuego masiva.

Primera batalla de El Alamein

En el primer Alamein la lucha se prolongó durante las dos primeras semanas de julio, y terminó con la rendición de Rommel a la iniciativa de Auchinleck.

El 1 de julio Rommel intentó repetir su triunfo de Marsa Matruh con un plan similar y con la misma audacia. Se proponía abrirse paso por el centro de las fuerzas británicas y realizar luego un doble movimiento envolvente contra sus alas. Estos dos movimientos chocaron con un duro fuego de flanco de los grupos de batalla británicos. El 2 de julio Rommel redujo su plan a envolver solamente el perímetro de El Alamein. También aquello falló. El 3 de julio intentó de nuevo empujar por el centro, pero tuvo que detenerse una vez más.

El día 2, y después el 5, Auchinleck contraatacó por todas partes, obligando a Rommel a reagruparse y a desplegar la infantería italiana. Sin embargo, Rommel decidió atacar de nuevo el 10 de julio, tratando de romper el frente hacia el este, en dirección al Delta. Lo que en realidad ocurrió fue que el día 9 Auchinleck lanzaba un importante contragolpe en el sector de la costa: un bombardeo seguido por un asalto a cargo de la reserva personal de Auchinleck, la 9.ª División australiana, de refresco. Los italianos se derrumbaron, cayó la loma del Tel el Eisa, y Rommel tuvo que abandonar su propia ofensiva para socorrer a sus aliados.

El plan de Auchinleck (sugerido por Dorman-Smith) era hostigar a los italianos de uno a otro sector, obligando así a Rommel a mandar en su ayuda a los alemanes. El plan funcionó brillantemente. Entre el 9 y el 16 de julio se lanzaron seis ataques similares contra los italianos, y, para evitar el hundimiento total del frente, Rommel tuvo que emplear sus últimas reservas alemanas.

Los días 21 y 22, y el 26 de julio, Auchinleck intentó pulverizar a su enemigo en derrota, pero fracasó completamente en los contraataques. La causa se encontró, una vez más, en la falta de entendimiento entre los blindados y la infantería británicos. Aunque Rommel pudo resistir la embestida, la primera batalla de El Alamein salvó Egipto y el Oriente Medio.

La segunda batalla de El Alamein, 23 octubre-4 noviembre 1942. ***1*** **Ataques del VIII Ejército y ruptura del frente del Eje.** ***2*** **Fotografía del avance australiano en la fase final, 3 de noviembre 1942.** ***3*** **Ataque italiano contra una posición británica en octubre de 1942.**

El Alamein

4 8 12 KM

Mar Mediterráneo

Sidi Abd el Rahman

Campos de minas del Eje

Borde occidental de los campos de minas del VIII Ejército

Tel el Eisa

Tel el Aqquqir

Ataques principales del VIII Ejército

El Alamein

Ruptura del frente del Eje 4 noviembre

Mtes. Miteirya

Contraataques del Eje

Mtes. Ruweisat

Ataque diversivo del VIII Ejército

Blindados del Eje

Depresión de El Qattara

El Taga

Qarat el Himeimat

Segunda batalla de El Alamein
23 octubre - 4 noviembre 1942

2



Mientras tanto, los Gobiernos británico y norteamericano habían decidido que, en vez de la invasión de Francia en 1942, los ejércitos aliados invadirían en otoño el África septentrional francesa, y, en conjunción con el VIII Ejército, procederían a limpiar toda la costa del norte de África. Esa operación volvería a abrir el Mediterráneo al tráfico marítimo y aliviaría a Stalin con esta especie de «segundo frente». La decisión fue tomada el 24 de julio, después de que Auchinleck hubo detenido la ofensiva de Rommel, y había de cambiar por completo el signo de la guerra del desierto, porque la ocupación de Argelia y Túnez amenazaría directamente la base de Rommel en Trípoli y le atenazaría entre dos ejércitos.

Churchill visita el frente

El 3 de agosto Churchill llegó a El Cairo y el día 6, después de visitar a Auchinleck en el Cuartel General del VIII Ejército, decidió reemplazarlo, nombrando al general sir Harold Alexander comandante en jefe, y destinando al mayor general W.H.E. Gott al mando del VIII Ejército. Estas decisiones fueron debidas indudablemente en gran parte a consideraciones políticas personales. Churchill, tras una larga cadena de desastres (la pérdida del *Prince of Wales* y el *Repulse*, la caída de Singapur, la pérdida de Birmania, de Tobruk, y las batallas de Gazala), necesitaba una victoria resonante lo antes posible, para conservar su puesto. Y Auchinleck selló su propio destino al negarse a prometer que atacaría antes de mitad de septiembre, argumentando que en menos tiempo no le sería posible reorganizar el VIII Ejército.

Churchill dijo al nuevo comandante en jefe del Oriente Medio, general Alexander, que su tarea primordial era «combatir y destruir al ejército germanoitaliano mandado por el mariscal Rommel». El comandante en jefe no tenía que preocuparse de la amenaza alemana por el Cáucaso, porque Iraq y Persia pasaban a ser asignados a otro mando. Así, finalmente, los recursos del Oriente Medio y los refuerzos que ahora afluían a Egipto podían consagrar-

Arriba: **Montgomery, con sombrero australiano, examina la situación militar en agosto de 1942, poco después de asumir el mando del VIII Ejército; junto a él, oficiales de la 22.ª Brigada Acorazada.**
Abajo: **una fotografía de Rommel, jefe supremo de las fuerzas germanoitalianas del desierto líbico entre febrero de 1941 y abril de 1943.**

Páginas siguientes: **pintura de Ivov Hele que representa el asalto de una posición adversaria cerca de Tel el Eisa llevado a cabo por tropas australianas en septiembre de 1942.**

se al único propósito de combatir a cuatro divisiones alemanas mal atendidas y sus aliados italianos.

La única responsabilidad de Alexander era apoyar al comandante del VIII Ejército. Pero el 7 de agosto murió Gott al ser derribado el avión que lo llevaba a El Cairo, y el teniente general Montgomery fue nombrado comandante del VIII Ejército.

Su primera tarea fue hacer frente a la nueva ofensiva alemana que se esperaba de un momento a otro. Su plan descansaba en la formación de un ala izquierda, de cara al sur, a lo largo de la loma de Alam Halfa, y sus principales posiciones seguían los campos de minas y defensas existentes. Sin embargo, adelantó la 44.ª División, ahora disponible, para fortalecer Alam Halfa. Aunque el plan general fuese parecido al de Auchinleck, su estilo de combate era muy diferente. Aquélla debía ser, en sus propias palabras, «la batalla de un ejército». No debía haber combates sueltos, sino una compacta defensa del campo táctico.

Rommel lanzó su ofensiva el 31 de agosto de 1942. Como Dorman-Smith había previsto en julio, fue una jugada psicológica sin grandes posibilidades. Rommel tenía 203 tanques, contra los 767 de los británicos; y su ejército andaba tan escaso de combustible que tuvo que maniobrar bruscamente hacia las alturas de Alam Halfa en vez de flanquearlas por el este. Después de cuatro días de vanos esfuerzos para perforar las defensas británicas, tuvo que retirarse a causa de un violento ataque aéreo. Aparte de que el VIII Ejército no supo machacar a los alemanes en retirada, la primera batalla de Montgomery había sido un completo éxito y lo dejaba en libertad para continuar preparando su propia ofensiva.

Alexander se daba cuenta de que era necesaria una gran preparación antes de que el VIII Ejército estuviera en condiciones de atacar. De hecho, la segunda batalla de El Alamein empezó el 23 de octubre, y todavía entonces el VIII Ejército no había alcanzado la eficacia de las tropas alemanas. El problema crónico residía en la incapacidad de los blindados y la infantería británica para alcanzar una íntima colaboración. Antes de ser reemplazado, Auchinleck se había propuesto reestructurar completamente el VIII Ejército en divisiones mixtas de infantería-tanques, al estilo alemán, que obedecerían a un mando único divisionario. Montgomery y sus consejeros decidieron, en vez de eso, formar un cuerpo especial totalmente blindado (el 10.º), además de los cuerpos existentes, el 13.º y el 30.º, con el encargo de desarrollar una batalla de tanques y explotar luego el éxito en la persecución. Así, la coordinación de los blindados y la infantería no estaría asegurada por los comandantes de las divisiones o de los cuerpos, sino por el propio comandante del Ejército. El curso de la segunda batalla de El Alamein mostraría que Montgomery, incluso con aquel esquema, dejaría también sin solucionar el problema de blindados e infantería.

Segunda batalla de El Alamein

Al planear la ofensiva, Montgomery se enfrentó con algo que, para el desierto, era un problema nuevo. Rommel había creado un sistema de defensa continua a través del pasillo de 64 kilómetros de anchura entre el mar y la Depresión de Qattara: un laberinto de puntos fuertes y líneas zigzagueantes, protegido por alambradas y campos de minas en una profundidad de 3 a 8 kilómetros, con guarniciones entremezcladas de infantería alemana e italiana. Detrás, a poca distancia, estaban las divisiones *Panzer*. Para ese problema, propio del frente occidental, Montgomery adoptó una solución del frente occidental: un bien preparado ataque de infantería cubierto por un bombardeo masivo, para abrir una brecha en todas las líneas del sistema defensivo enemigo. El 10.º Cuerpo (blindado) pasaría entonces a través de dicha brecha hasta las comunicaciones enemigas, y destrozaría las divisiones *Panzer*. Montgomery, sin embargo, que desconfiaba de la pericia del VIII Ejército, alteró el plan para hacerlo más reflexivo y metódico. El cuerpo blindado se limitaría á defender de todo contragolpe la brecha abierta en las defensas enemigas, y «desmenuzaría» sistemáticamente el sistema de defensa y las guarniciones de la infantería alemana. Montgomery esperaba que eso obligaría a las divisiones *Panzer* a atacar para tratar de salvar su infantería, lo cual las expondría al fuego de los tanques británicos y de los cañones antitanques.

Montgomery alineó para la batalla 1.029 tanques contra 496 (220 de ellos alemanes); 1.451 cañones antitanques contra 550 alemanes y 300 italianos; 908 cañones de campaña o de calibre medio contra 200 alemanes y 300 italianos; 85 batallones de infantería contra 31 alemanes y 40 italianos. La proporción general era de dos a uno: 195.000 hombres contra poco más de 100.000. Por primera vez, la artillería británica estaba principalmente compuesta de poderosos cañones antitanques, y en los blindados figuraban 252 «Sherman» norteamericanos, iguales, al menos, a los tanques alemanes. La superioridad aérea de que disfrutaban los británicos era completa.

La segunda batalla de El Alamein se desarrolló en tres fases. Del 23 al 25 de octubre falló el plan original de romper el centro-izquierda alemán. La infantería se desgastó en las primeras líneas defensivas y se detuvo en la zona de batalla. Montgomery ordenó al 10.º Cuerpo (blindado) que forzase la ruptura, y luego confió el mismo cometido a un regimiento blindado; pero también éste se atoró en las defensas alemanas. La superposición de dos cuerpos (10.º y 30.º) en un mismo sector produjo una gran confusión. En la segunda fase de la batalla (26-31 de octubre), los ataques divisionarios desmoronaron las defensas del Eje, mientras que los contragolpes de Rommel (que había regresado de una cama de hospital, en Austria, para asumir el mando) se deshicieron bajo los ataques aéreos y el fuego de los antitanques. En la tercera fase (1-4 noviembre), Montgomery (que había vuelto a crear pacientemente una reserva) lanzó un segundo ataque masivo. Tras fieros combates y duras pérdidas, esta vez los británicos tuvieron éxito. Una orden de Hitler de pegarse al terreno demoró la retirada del Eje durante veinticuatro horas; después, el ejército *Panzer* corrió hacia el oeste, derrotado.

La segunda batalla de El Alamein, como la del año 1917, había dependido de la magnitud de las reservas disponibles por uno y otro bando. Aunque el ejército *Panzer* infligió graves pérdidas a los británicos, la superioridad de éstos en recursos resultó decisiva. No obstante, el agotamiento y la confusión de que fue víctima el VIII Ejército impidieron una persecución inmediata y eficaz de los vencidos.

Ello no altera, sin embargo, el hecho de que el ejército *Panzer* había sido hecho pedazos: la mayor parte de la infantería italiana fue hecha prisionera (unos 26.000 hombres), y sólo 36 tanques alemanes resultaron ilesos.

A la batalla siguió una larga marcha de persecución y retirada, hasta la antigua madriguera de Rommel en El Agheila, una marcha caracterizada por las fintas y amenazas de Rommel y por la cautela y precauciones de Montgomery, actitud ésta quizá comprensible en vista de la reputación de su enemigo.

Mientras tanto, los desembarcos anglo-norteamericanos en el norte de Africa (Operación «Antorcha») habían tenido lugar el 8 de noviembre. «Eso —escribió Rommel— significó el final del Ejército de Africa.»

Correlli Barnett





Stalingrado

La batalla de Stalingrado señala el momento culminante del intento hitleriano de conquistar Rusia. Cuatro meses de feroces combates frontales descompusieron la máquina de guerra nazi. La iniciativa se había escapado de las manos de Hitler, que ya nunca la recuperó.

Se ha dicho muchas veces que Stalingrado fue la batalla decisiva de la campaña del Este; pero también es cierto que ninguno de los dos bandos intentó, ni previó, que la lucha a muerte fuera a tener lugar allí.

A comienzos de 1942, tanto el Alto Mando de las Fuerzas armadas alemanas (OKW) como el *Stavka* (el Mando Supremo del Ejército Rojo), planeaban para el verano operaciones en que sobreestimaban las posibilidades propias. Los alemanes confiaban que podrían derrotar al Ejército Rojo cuando el tiempo les diera libertad de movimientos, puesto que las terribles batallas del duro invierno habían sido libradas por sólo una pequeña parte de la fuerza alemana, a la que las extremadas

Soldados rusos en las calles de Stalingrado, sembradas de ruinas. Los edificios fueron teatro de una lucha sin cuartel, metro a metro.



temperaturas habían mantenido en la inmovilidad. Más del 65 % de la infantería no había participado en los combates de invierno y había pasado dicha estación adiestrándose y reequipándose.

En el Alto Mando del Ejército (O.K.H.) se habían levantado voces en favor de una retirada a la línea del Dniéper y de la suspensión de operaciones ofensivas durante todo un período de doce meses. Pero con la mejoría del tiempo aquella prudencia se evaporó (sin duda, a causa también de las destituciones en masa decididas por Hitler en el nuevo año), y empezó a toda prisa el planeamiento de la campaña de verano.

En realidad, fue el Ejército Rojo el que tomó la iniciativa al montar tres ofensivas separadas, inmediatamente después del deshielo de la primavera. Los soviets se proponían auxiliar a Leningrado y Sebastopol, y recuperar Jarkov, pero fracasaron en estos tres objetivos. La ofensiva de Jarkov, en particular, tuvo las más graves consecuencias, porque golpeó contra una fuerte concentración enemiga, desplegada para eliminar el saliente de Lozovaia, que había sido establecido por el Ejército Rojo en enero. Los rusos perdieron 600 tanques, y en aquella zona crítica, donde los alemanes habían decidido concentrar su ofensiva de verano, la proporción de blindados dio un vuelco desde cinco a uno a favor de los rusos hasta casi diez a uno en favor de los alemanes.

Los alemanes, pues, podían contar con el dominio inicial del campo de batalla. ¿Cómo explotarlo? Eso ya era algo menos claro. Existían al menos tres distintos planes de operaciones. El más conservador era por supuesto el formulado por el Estado Mayor del O.K.H., que se proponía avanzar hacia el este tanto como fuera necesario para poner a buen recaudo los recursos minerales de la cuenca del Donetz. Stalingrado era sugerido como un objetivo final, pero a condición de que, si no era posible conquistar la ciudad, sería suficiente «dejarla expuesta a nuestro fuego pesado, para que perdiera su importancia como centro de comunicaciones». El O.K.W. acariciaba dos proyectos: el primero comprendía la conquista de Stalingrado durante las primeras semanas, para continuar después hacia el Norte, por la orilla izquierda del Volga, hasta flanquear Moscú; el segundo, algo menos grandioso, presumía también la pronta caída de la ciudad, que serviría luego de «punto de bloqueo» para cubrir un movimiento hacia el Sur, en dirección al Cáucaso, en busca de los yacimientos petrolíferos soviéticos.

La ofensiva del Sur

El Grupo de Ejércitos del Sur, mandado por el mariscal de campo Von Bock, desencadenó su ataque el 28 de junio. Tres ejércitos rompieron en pedazos el frente ruso a ambos lados de Kursk y las once divisiones *Panzer* de Hoth se abrieron en abanico a través de cientos de millas de campos de ondulantes espigas y hierba de estepa, hacia Voronezh y el Don. Dos días más tarde, la mitad sur del grupo de ejércitos se lanzaba al ataque más abajo de Jarkov, y Kleist hacía pasar el Donetz al I Grupo *Panzer*.

Los rusos, inferiores en número de hombres y cañones, y muy faltos de blindados, no podían montar siquiera contraataques locales. Sin contar con las grandes masas que habían caracterizado el despliegue del Ejército Rojo en Ucrania en 1941, y sin la protección de los pantanos y los bosques, que habían permitido que pequeños grupos retrasasen el avance del enemigo en la batalla de Moscú, las formaciones rusas estaban a merced de los alemanes. Protegiéndose en la ligera cobertura de alguna hondonada poco profunda o en los edificios de madera de algún *koljoz*, luchaban su última batalla bajo un diluvio de fuego al que poco podían oponer, como no fuese su propia bravura.

En una quincena, la estructura del Mando soviético se había desintegrado, y el 12 de julio el *Stavka* establecía un nuevo «frente de Stalingrado». Con ello, el mando rojo daba a entender que por lo menos tenía idea de dónde tendrían que detenerse las fuerzas rusas, y allí dirigió sus últimas reservas, que habían sido concentradas alrededor de Moscú. El general Chuikov, que iba a aparecer como una de las personalidades que inspiraron y dirigieron la batalla de Stalingrado, aportó su ejército de reserva de cuatro divisiones de infantería, dos brigadas motorizadas y dos blindadas, procedentes de Tula, a una distancia de mil doscientos kilómetros.

Chuikov ha descrito un reconocimiento personal de su primer día: «Pasé por dos estados mayores divisionarios... constaban de un número de oficiales que viajaban en tres o cinco camiones llenos hasta rebosar de envases de combustible. Cuando les pregunté dónde estaban los alemanes, y a dónde se dirigían, no supieron darme ninguna respuesta sensata. Estaba claro que devolver a aquellos hombres la moral que habían perdido y mejorar la condición de combate de las unidades en retirada no sería cosa fácil.»

Aquél era el momento más propicio para que los alemanes «se tragaran» Stalingrado, según postulaban los vastos planes del O.K.W. En realidad, las tropas rusas, lanzadas a la batalla a medida que llegaban, a duras penas lograban retardar el avance de la vanguardia alemana, que corría más aprisa que sus aprovisionamientos, después de un avance de 540 kilómetros en tres semanas. Al VI Ejército de Von Paulus le llevó cinco días la limpieza de la curva del Don, y no tuvo fuerzas suficientes para eliminar todas las posiciones soviéticas en la orilla occidental, una omisión que iba a tener consecuencias catastróficas, en noviembre, para los alemanes.

Stalingrado empezó entonces a ejercer su magnetismo sobre todo el Grupo B de Ejércitos (el sector norte del Grupo de Ejército del Sur) y a todo lo largo de la escala de mandos, hasta el mismo Führer, que trasladó su Cuartel General desde Rastenburg a Vinnitsa (193 kilómetros al sudoeste de Kiev) el 25 de agosto, y permaneció allí hasta el final del año. Los alemanes, desechando su enorme superioridad en potencia de fuego y en movilidad, se dejaron arrastrar poco a poco a la táctica de los combates a corta distancia. Los *Panzer* de Hoth viraron hacia el Norte, dejando la estepa por los ladrillos y el cemento de los suburbios de Stalingrado, y durante casi cuatro meses los continuos combates cuerpo a cuerpo arruinaron la ciudad.

En Stalingrado cada una de las batallas se resolvía en un combate entre individuos. Los soldados se burlaban de sus enemigos o los injuriaban de lado a lado de una calle; a menudo podían oír su jadeo en la habitación de consigna entre carga y carga; duelos mano a mano acababan en la oscuridad del crepúsculo, entre el humo y el polvo de ladrillo, con cuchillos y piquetas, con porras arrancadas a la mampostería o barras de acero retorcidas. El general Doerr ha descrito cómo «el tiempo de dirigir operaciones en gran escala se había ido para siempre; de las amplias extensiones de tierra de estepa, la guerra había pasado a las colinas que flanquean el Volga, con sus matorrales y sus hondonadas, a la zona industrial de Stalingrado, extendida sobre un terreno desigual, descarnado, áspero, cubierto de edificios de hierro, cemento y piedra. El kilómetro, como medida de la distancia, era reemplazado por el metro. El mapa del Gran Cuartel General era el mapa de la ciudad.

»Por cada casa, taller, depósito de agua, andén de ferrocarril, muro, bodega y montón de ruinas, se entablaba una dura ba-



Stalingrado, diciembre de 1942: puesto de mando de una división rusa.

talla, sin precedentes ni siquiera en la Primera Guerra Mundial, con su gran derroche de municiones. La distancia entre el ejército enemigo y el nuestro era mínima. A pesar de la actividad concentrada de aviación y artillería, era imposible salir de la zona del combate cuerpo a cuerpo. Los rusos superaban a los alemanes en la utilización del terreno y el camuflaje, y estaban más experimentados en la lucha de barricadas.»

En la primera semana de septiembre los tanques de Hoth, que operaban en el sector sur, se abrieron paso, dividiendo en dos las fuerzas rusas, hasta el Volga. Siguió un crítico período de cuatro días, durante los cuales los defensores de la mitad norte se encontraron en una inferioridad numérica de tres a uno y los alemanes llegaron a poner el embarcadero flotante (donde los barcos portatrenes del Volga desembarcaban los suministros para los defensores) bajo el fuego de sus ametralladoras. Pero la tenacidad y el valor individual del infante ruso fueron el factor decisivo. La ofensiva de Von Paulus amainó y acabó por parar.

Era evidente que se requería una importante revisión estratégica. Pero los alemanes estaban prisioneros de su propia propaganda, que no había cesado de exaltar la importancia de la batalla. Paulus recibió la visita del general Schmundt, antiguo ayudante de Hitler y ahora jefe de la Oficina de Personal del Ejército, quien le insinuó que se había pensado en él para que ocupara «un puesto más alto» (de hecho, para reemplazar a Jodl como jefe del Estado Mayor de Operaciones de las Fuerzas Armadas), pero que el Führer, antes, deseaba ver cómo las operaciones en Stalingrado «llegaban a una conclusión feliz». Paulus decidió atacar de frente el punto más fuerte de su enemigo, los tres edificios gigantes de la fábrica de tractores, la planta de municiones «Barrikadi» y las acererías «Krasni Oktiabr» (Octubre Rojo), que se alzaban en la mitad norte de la ciudad, extendiéndose, uno tras otro, unos centenares de metros a partir de la orilla del Volga. Aquella iba a ser la más feroz y la más larga de las cinco batallas que se libraron en la arruinada ciudad, y también la que finalmente desangró la fuerza ofensiva de los ejércitos alemanes en la Rusia meridional. Comenzó el 4 de octubre, y mantuvo toda su violencia durante unas tres semanas. Paulus había recibido el refuerzo de tropas especializadas, entre las que figuraban batallones de policía e ingenieros adiestrados en las luchas callejeras y en los trabajos de demolición. Pero los soviéticos, aunque todavía muy inferiores en número, habían perfeccionado el empleo de «grupos de choque», pequeños cuerpos de armas combinadas —ametralladoras pesadas y ligeras, pistolas ametralladoras, lanzagranadas antitanques— que se daban mutuo apoyo en contraataques relámpago; y habían preparado «zonas asesinas», casas y plazas muy minadas, cuyos accesos eran bien conocidos de los defensores y hacia donde podían canalizar el avance alemán.

Lentamente, y a un precio tremendo, los alemanes fueron aproximándose a los grandes edificios. «Dios mío, ¿por qué nos has abandonado? —escribía un teniente de la 24.ª División *Panzer*—. Hemos luchado durante quince días por una sola casa, con morteros, granadas, ametralladoras y bayonetas. En los sótanos y en los descansillos de la escalera hay, desde hace tres días, cincuenta y cuatro cadáveres alemanes. El frente es un pasillo entre habitaciones incendiadas; es el ligero techo que separa dos pisos. La comida nos llega desde las casas vecinas, por salidas de incendio o chimeneas. Se lucha sin cesar desde mediodía hasta la noche. De piso a piso, con las caras negras de sudor, nos bombardeamos mutuamente con granadas, entre explosiones, nubes de humo y polvo, montones de argamasa, ríos de sangre, fragmentos de muebles y seres humanos. Pregunta a cualquier soldado lo que significa media hora de lucha frente a frente en un combate así. E imagina Stalingrado: ochenta días y ochenta noches de luchas cuerpo a cuerpo. La calle ya no se mide por metros, sino por cadáveres... Stalingrado ya no es una ciudad. De día es una enorme nube de humo cegador, un gran horno encendido por el reflejo de las llamas. Y cuando llega la noche, una de esas noches abrasadoras, aullantes, sangrientas, los perros se arrojan al Volga para ganar desesperadamente a nado la otra orilla. Las noches de Stalingrado les enloquecen. Los animales huyen de este infierno; las piedras más duras no lo soportan mucho tiempo; solamente los hombres aguantan.»

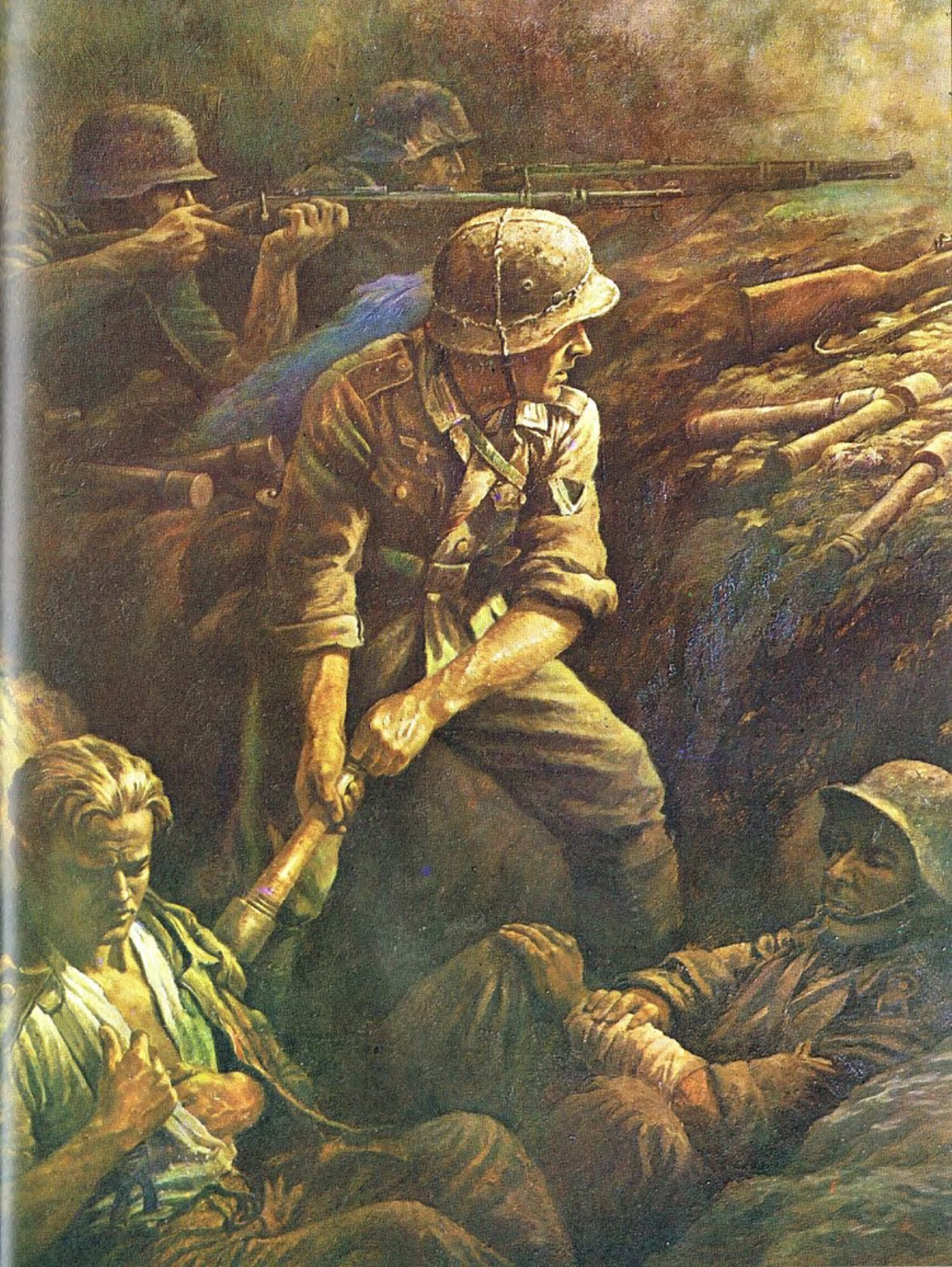
A finales de octubre las posiciones soviéticas en Stalingrado habían sido reducidas a unas cuantas bolsas, montones de ruinas, rara vez de más de doscientos metros, junto a la orilla derecha del Volga. La «Krasni Oktiabr» había caído en manos de los alemanes, que habían pavimentado con sus cadáveres cada metro del suelo de la factoría. En la «Barrikadi», los alemanes, dueños ya de un extremo de la fundición, tenían que soportar el fuego de las ametralladoras rusas instaladas en los hornos apagados del otro extremo. Los defensores de la fábrica de tractores habían sido divididos en tres grupos.

Zhukov contraataca

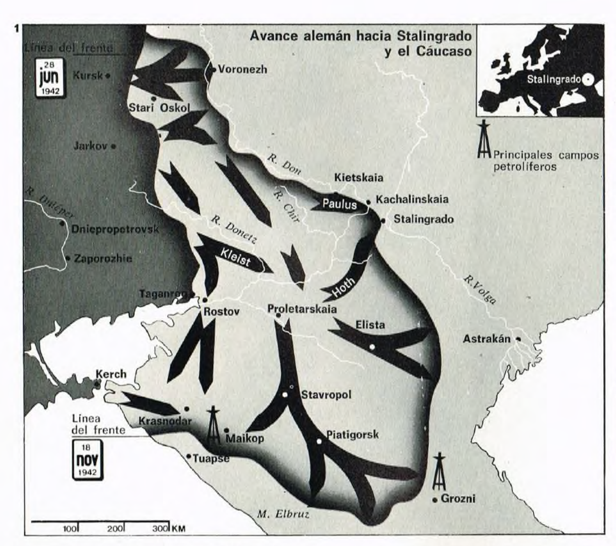
Pero aquellos últimos islotes de resistencia eran irreductibles. El VI Ejército de Von Paulus estaba exhausto, y mientras tanto al Norte y al Oeste se estaba acumulando una terrible tormenta. A primeros de septiembre, el *Stavka* había enviado a Zhukov, el artífice de la victoria de invierno en Moscú, al teatro de operaciones del Sur, y Zhukov llevó consigo a sus colegas Novikov y Voronov, el especialista en artillería. Durante dos meses Zhukov agrupó cuidadosamente sus reservas en el flanco alemán y reforzó las cabezas de puente del Don contra los rumanos, que defendían el flanco norte de los alemanes. De las veintidós nuevas divisiones de infantería creadas durante ese período, solamente dos fueron destinadas a la ciudad. Virtualmente, se reservaron para la contraofensiva todos los tanques fabricados en otoño.

El servicio de información advirtió a Paulus que algo se estaba tramando, pero tanto la Luftwaffe como el Ejército subestimaron burdamente las posibilidades soviéticas. El 48.º Cuerpo *Panzer*, única reserva móvil del VI Ejército, constaba de noventa y dos tanques ligeros checos, tripulados por rumanos, y de los restos de la

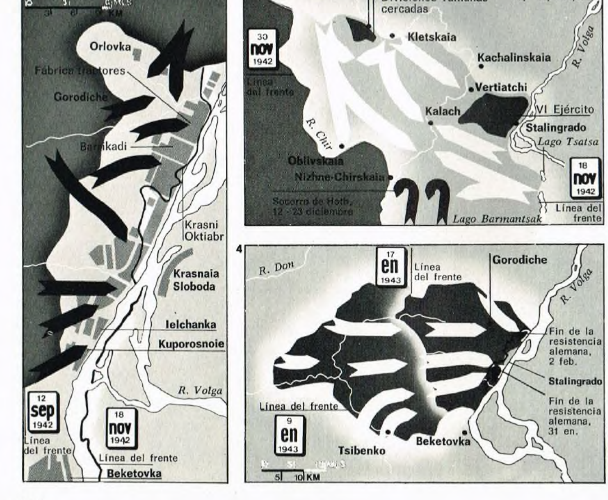
Pintura de un artista alemán que trata de reproducir la angustiosa tensión de la lucha en las trincheras.



1



2 3 4



14.ª División *Panzer*, que se estaba recomponiendo después de cinco semanas de continua acción entre la mampostería de Stalingrado. Contra este esquelético cuerpo blindado, el 19 de noviembre, Zhukov lanzó seis ejércitos de refresco, con 450 nuevos tanques «T34», y 2.000 piezas de artillería, que en un movimiento convergente debían rodear por ambos lados el saliente alemán cuya punta era Stalingrado.

El Estado Mayor del VI Ejército pasó dos noches en vela procurando reagrupar sus preciosos tanques y sacar su infantería del laberinto humeante de Stalingrado para proteger los flancos que se desplomaban. En la retaguardia la confusión era absoluta: la línea de ferrocarril del Oeste, procedente de Kalach, había sido ya cortada en varios lugares por la caballería rusa; el ruido del combate venía de todas direcciones, y periódicamente se entablaban peleas entre los alemanes que se dirigían al frente y los grupos de harapientos rumanos que se retiraban en desorden. El enorme puente de Kalach, a través del cual se abastecía el VI Ejército, estaba preparado para ser volado, y un destacamento de ingenieros estuvo allí de guardia durante todo el día 23, en espera de la orden de encender la mecha. A las cuatro y media de la tarde se oyeron tanques que se aproximaban por el oeste. El teniente que mandaba el destacamento sospechó de momento que se trataba de tanques rusos, pero se tranquilizó al identificar los tres primeros vehículos como transportes particulares de Horch, con las marcas de la 22.ª División *Panzer;* suponiendo que se trataba de una columna de refuerzo con destino a Stalingrado, dio instrucciones a sus hombres para que levantaran la barrera. Los tanques se detuvieron en el puente y de su interior saltaron sesenta rusos con pistolas ametralladoras, que mataron o hicieron prisioneros a los ingenieros alemanes. Después de retirar las cargas de dinamita destinadas a la voladura, veinticinco tanques de la columna pasaron por el puente y tomaron la ruta del

Izquierda: 1 **El avance alemán.** *2* **El ataque contra Stalingrado.** *3* **Los contraataques soviéticos.** *4* **El fin del VI Ejército alemán.** *Derecha: 1* **Soldados alemanes ocultos en la nieve durante uno de los contraataques soviéticos que en noviembre de 1942 dejaron cercados a 250.000 adversarios.** *2* **El general Chikov, jefe de los defensores de Stalingrado.** *3* **Ataque ruso entre las minas de Stalingrado (octubre 1942).**



3



El mariscal Von Paulus durante uno de los interrogatorios a que fue sometido por los rusos; luego de su captura, fue miembro activo del Comité de Oficiales Libres, organismo antinazi, y habló desde Moscú por radio.

sudeste; aquella misma tarde establecieron contacto con las fuerzas que avanzaban por el sur, la 14.ª Brigada Independiente de Tanques, del LI Ejército de Trufanov. El primer tenue eslabón de una cadena que iba a estrangular a un cuarto de millón de soldados alemanes había sido soldado.

En los tres días siguientes a su penetración en el dispositivo del cuerpo rumano, los soviéticos habían trasladado treinta y cuatro divisiones al otro lado del Don, doce por la cabeza de puente de Betetonskaia y veintidós por la de Kremenskaia. Sus tanques habían girado hacia el oeste, derrotando al 48.º Cuerpo *Panzer* y sembrando la confusión en la retaguardia alemana. Su infantería se había dirigido hacia el este, en su intento de levantar un cerco de hierro en torno al VI Ejército. Zhukov mantenía toda la bolsa de Stalingrado bajo el bombardeo de su artillería pesada, emplazada en la otra orilla del Volga, si bien en los primeros días no ejerció más que una suave presión sobre los alemanes cercados.

La intención de los soviets era estrechar el cerco sobre los enemigos, evitando, sin embargo, toda acción que pudiera obligarles a tomar la iniciativa.

Para ellos, como para Von Paulus, aquellas primeras horas eran vitales. Toda la noche del 23, y durante la mañana del 24 de noviembre, hombres y tractores arrastraron uno tras otro los cañones de 76 milímetros sobre la tierra helada. Al atardecer del 24 la potencia de fuego soviética en el lado occidental de la bolsa se había triplicado. Más de un millar de cañones antitanques estaban en posición, en un arco que desde Vertiatchi, al norte, rodeaba Kalach y giraba hacia el este por debajo de Marinovka, para llegar al Volga en la vieja cabeza de puente de Beketonskaia.

El mariscal de campo Von Manstein, nuevo comandante del grupo de ejércitos alemán, preparaba una operación de auxilio, con los restos de los *Panzer* de Hoth que habían escapado al cerco y algunas unidades móviles retiradas del Cáucaso. Pero la presión rusa y dificultades logísticas demoraron el contraataque (denominado Operación «Tempestad de Invierno») hasta el 12 de diciembre. La columna de Hoth no fue nunca lo bastante fuerte para perforar por sí sola el anillo soviético: para conseguir el éxito era imprescindible que Von Paulus atacase al mismo tiempo, a la señal clave de *Donnerschlag* («Trueno») a las fuerzas envolventes. Pero cuando llegó el momento, Von Paulus se negó a moverse, dando una serie de excusas. Finalmente Von Manstein apeló a Hitler. Éste, por teléfono, le dijo que tenía que dejar las cosas en manos de Paulus. Dada la situación general, que se agravaba por momentos, era imposible mantener la columna de Hoth detenida en la estepa durante mucho tiempo; en Navidad se retiró, llevándose consigo las últimas esperanzas de auxiliar al ejército sitiado.

Stalingrado ha sido la mayor derrota sufrida por las armas alemanas desde las guerras napoleónicas. Hasta el presente es imposible formular un juicio definitivo sobre la decisión de no auxiliar al ejército cercado, porque, por una u otra razón, todos los participantes supervivientes se han inhibido y no nos han ofrecido una exposición imparcial. El poderío soviético fue, desde luego, un factor primordial. También ayudó el erróneo cálculo hecho por la Luftwaffe de su capacidad para abastecer al VI Ejército (increíblemente, Goering supuso que los «He 111», que podían transportar dos mil kilos *de explosivos*, podían transportar igualmente dos mil kilos *de carga*). Pero el verdadero misterio es de carácter estratégico: reinaba la convicción de que la guarnición de Stalingrado tenía que permanecer donde estaba para cubrir la retirada del resto del ejército. El mismo Von Manstein dejó consignado que «si las fuerzas de sitio enemigas hubieran quedado libres... el destino de toda el ala sur de las fuerzas alemanas en el este habría quedado sellado». Era imposible recomendar a Von Paulus que se *sacrificase* con este objeto, pero era fácil tranquilizarse (como el propio Paulus lo hacía) pensando que muchas bolsas más débiles habían aguantado durante el invierno anterior, hasta que el deshielo les llevó el necesario auxilio.

En todo caso, el reavituallamiento de una guarnición tan numerosa rebasaba con mucho las posibilidades de la Luftwaffe, incluso cuando podían utilizarse los campos de aterrizaje más avanzados. Una vez éstos se perdieron, por causa del avance soviético, la vida de la guarnición podía estimarse en semanas. El VI Ejército rechazó una oferta de rendición el 10 de enero, y detuvo un ataque ruso. Pero el 2 de febrero los restos de la guarnición fueron obligados a rendirse por escasez de alimento y de municiones. Más de 130.000 hombres quedaron prisioneros y el poderío alemán en el Este no se recobró de este golpe.

Alan Clark

La batalla de las Midway

La batalla de las Midway fue «la primera derrota verdaderamente grave infligida a la Marina japonesa en los tiempos modernos». Un historiador nipón nos presenta una exposición de la batalla, y muestra cuánta suerte tuvieron los norteamericanos.

El almirante Chester W. Nimitz, jefe supremo de la Flota norteamericana del Pacífico; previó oportunamente el ataque japonés contra las Midway y concentró todas sus fuerzas en la defensa de este archipiélago. *Abajo:* **Raymond A. Spruance, contraalmirante jefe de la Fuerza Especial 16; hizo coincidir el ataque contra los portaaviones japoneses con el momento en que éstos se hallaban abarrotados por los aparatos que habían atacado las islas Midway.**





A las cuatro y media de la madrugada del 4 de junio de 1942 la 1.ª Fuerza de Ataque de portaaviones de Nagumo llegó, según lo planeado, a un punto a 240 millas marinas al noroeste de las islas Midway, y la primera oleada de ataque, formada por treinta y seis «Nakajima B5N2» («Kate»), treinta y seis «Aichi D3A2» («Val»), y treinta y seis «Zero», despegó para el asalto a la isla. La segunda ola de ataque, con la misma composición de la primera, esperaba en las cubiertas de vuelo de los portaaviones, preparada para la aparición de fuerzas enemigas en el horizonte.

El propósito primordial de la operación era atraer a la Flota norteamericana del Pacífico para su destrucción. Pero aunque la 1.ª División de portaaviones realizó aquella mañana un barrido de reconocimiento, se tenía la convicción de que éste no revelaría ninguna causa de desasosiego. Aquella actitud del Estado Mayor General, reflejada en los movimientos de los aparatos de reconocimiento, fue una fatal debilidad de la operación. Al mismo tiempo que se lanzaba el primer ataque a las Midway, siete aviones de exploración despegaban para hacer un reconocimiento en abanico de 300 millas marinas, pero el hidroplano del crucero pesado *Chikuma,* que tenía que sobrevolar la Fuerza Especial estadounidense alrededor de las seis y media de la mañana, no solamente no la localizó, sino que tampoco informó del importante hecho (que sin duda indicaba la presencia de un portaaviones enemigo) de que había encontrado un bombardero en picado del *Yorktown,* con el que llegó a entablar combate. Al aparato del *Tone* se le asignó un recorrido al sur del hidroplano del *Chikuma,* pero, debido a un fallo de la catapulta, su despegue se demoró treinta minutos. No obstante, a las siete veintiocho, en su vuelo de regreso, informó de haber visto «lo que parecen ser diez barcos de superficie enemigos». Aquella era la Fuerza Especial 16, que a las siete había enviado su aviación para un ataque a la 1.ª Fuerza de Ataque de portaaviones de Nagumo, luego de que un «Catalina» la localizara a las cinco treinta y cuatro. Pero por la clara visibilidad y la presencia de aviones enemigos, el hidroplano del *Tone* vaciló en aproximarse a la flota enemiga. Dio media vuelta y a las siete cuarenta y siete el Estado Mayor General de la 1.ª División de portaaviones pidió: «Asegúrese de los tipos de barcos.» El hidroplano voló de nuevo hasta las cercanías y a las ocho y siete minutos radió: «Cinco cruceros y cinco destructores.» Trece minutos más tarde envió el mensaje electrizante: «Fuerza enemiga acompañada por lo que parece ser un portaaviones a retaguardia.»

Pero cuando llegó el primer mensaje del hidroplano, la fuerza de Nagumo estaba siendo atacada por aviones procedentes de las Midway. No obstante, sin cobertura de aviones de combate, la serie de ataques de los «B-17», «B-26», «Avenger», «Vindicator» y «Dauntless» del Ejército, la Marina y la infantería de Marina, fueron inútiles. La aviación fue barrida por los «Zero» y no consiguió hacer un solo impacto.

Nuevas pruebas de la capacidad de maniobra de los «Zero» fueron suministradas durante el ataque a las Midway entre las seis treinta y las siete diez. Las defensas norteamericanas, alertadas por el radar una hora antes, mandaron veintiséis «Grumman Wildcat» y «Brewster Buffalo» para interceptar a los atacantes japoneses. Pero diecisiete de los defensores fueron derribados y otros siete sufrieron averías que les dejaban fuera de combate. Las pérdidas japonesas en la primera oleada de ataque fueron inapreciables. Tres «Kate» y un «Val» fueron derribados por el fuego antiaéreo enemigo, y solamente dos aviones de combate dejaron de regresar. Pero el teniente Tomonaga, jefe del ataque, reconoció que las defensas habían sido fortalecidas más de lo que se esperaba y a las siete radió al almirante Nagumo: «Es necesario un segundo ataque.»

Hasta entonces no había habido informe alguno de la aviación de reconocimiento, de modo que el Estado Mayor General, confiado de que no había flota norteamericana en las proximidades, decidió que la segunda ola de ataque, que estaba esperando en las cubiertas de vuelo, saliese para las Midway, y, a las siete quince, dio la orden de que los «Kate» torpede-



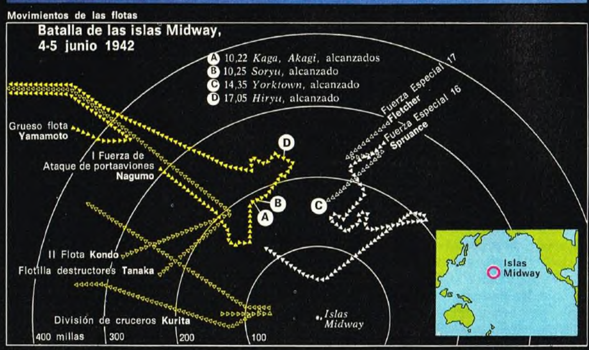






5

Movimientos de las flotas

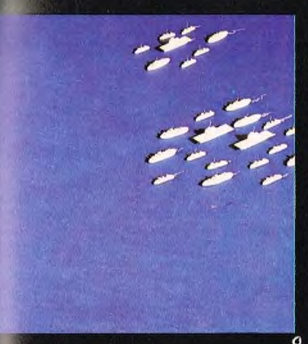


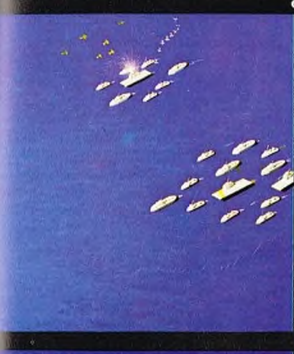
ros del *Akagi* y el *Kaga* fuesen desarmados y cargados de nuevo con bombas. Después de que el hidroplano viese un portaaviones norteamericano, llegó un mensaje por morse del contraalmirante Yamaguchi, comandante de la 2.ª División de portaaviones: «Aconsejable lanzar inmediatamente fuerza de ataque.» Aunque los torpederos no estuvieran aún preparados, quería que los bombarderos en picado fuesen lanzados inmediatamente para bombardear el portaaviones estadounidense. Pero Nagumo, que había sido testigo de la hecatombe de los bombarderos y torpederos norteamericanos sin escolta, decidió, de conformidad con el comandante Minoru Genda, del Estado Mayor de la Aviación, seguir la línea ortodoxa de recuperar los aviones de ataque a las Midway y los aviones de combate de la segunda ola, y enviarlos como escolta de los «Kate» y los «Val».

La hecatombe de los «Devastator»

A las siete cuarenta y cinco Nagumo ordenó que los aparatos que habían tomado ya su carga de bombas empezasen a cambiarlas una vez más por torpedos. En los pequeños hangares los equipos trabajaban desesperadamente. Si Nagumo se hubiera dado cuenta de que se necesitarían dos horas para que la fuerza de ataque estuviera preparada, es indudable que no ha-

1 **Los aparatos japoneses atacan las islas Midway y causan graves pérdidas a los aviones norteamericanos que salen a su encuentro.** *2* **Dos ataques sucesivos de la aviación norteamericana de las Midway contra los portaaviones japoneses resultan ineficaces.** *3* **Los bombarderos de las Fuerzas Especiales 16 y 17 ponen fuera de combate a tres portaaviones japoneses (*Akagi, Soryu, Kaga*) con las cubiertas abarrotadas por los aparatos que habían atacado las Midway.** *4* **Los aparatos japoneses alcanzan el portaaviones norteamericano *Yorktown*.** *5* **Los bombarderos de la Fuerza Especial 16 atacan e inutilizan el portaaviones japonés *Hiryu*, mientras los destructores norteamericanos rodean al *Yorktown*, gravemente averiado, para protegerlo.**







bría vacilado en seguir el oportuno consejo del contraalmirante Yagamuchi. Pero una serie de contratiempos retardaron los preparativos. A las ocho y media regresó de las Midway la primera ola de ataque y empezó a describir círculos, en espera del permiso para apontar. Los apontajes se completaron a las nueve y dieciocho, y se calculó que antes de las diez y media no podría el escuadrón de ataque, reequipado ya con torpedos, reemplazar a los aviones de regreso en las cubiertas de vuelo y estar dispuesto para despegar.

A las nueve y cinco un mensaje del hidroplano del *Tone* anunciaba que una gran flota de aviones torpederos norteamericanos volaban hacia la flota de Nagumo. Todos los mandos de la 1.ª Flota Aérea estaban nerviosos, pero ya no era tiempo de lamentaciones. Lo único que podía hacerse era acelerar los preparativos para que la aviación despegase a tiempo de hacer frente a la numerosa flota aérea norteamericana. Los comandantes viraron sus barcos del sudeste al noreste, para afrontar el inminente ataque, y los oficiales activaron con la mayor energía la labor de sus hombres.

Cuando llegaron las noticias gracias a un «Catalina», en la misma mañana, de que la 1.ª Fuerza de Ataque de portaaviones de Nagumo había sido localizada, las dos Fuerzas Especiales estadounidenses estaban a 240 millas marinas al este-nordeste de la flota japonesa. En aquellos momentos el radio de acción de los aviones torpederos norteamericanos no era mayor de 175 millas marinas, de modo que los barcos no podían alcanzar su punto de lanzamiento antes de las nueve. Pero el contraalmirante Spruance sabía que los japoneses habían iniciado su ataque de bombardeo a las Midway y decidió cronometrar su ataque para el momento en que la aviación japonesa acabase de regresar de su raid y fuese, en consecuencia, más vulnerable. Así pues, lanzó su ataque a las siete en punto, dos horas antes de lo previsto. Ciento dieciséis aparatos despegaron del *Enterprise* y el *Hornet*, y una hora más tarde una flota de ataque de treinta y cinco aviones salía del *Yorktown*.

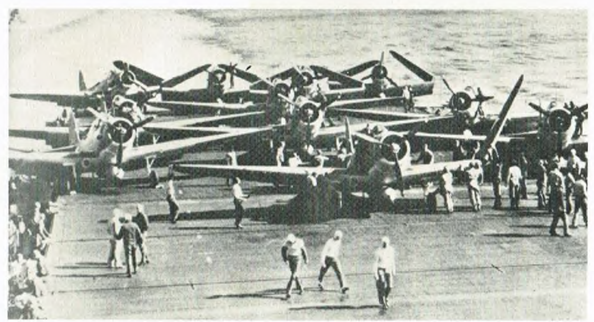
El primero en alcanzar su objetivo fue el 8.º Escuadrón de Torpedos del *Hornet*, dirigido por el intrépido teniente-comandante John Waldron. Pero sus anticuados «Douglas-Devastator», sin escolta, fueron rodeados por un enjambre de «Zero», y uno tras otro fueron derribados en llamas. Los quince aviones se perdieron; el alférez George H. Gay, que fue recogido en el mar al día siguiente por un «Catalina», fue el único superviviente.

Los escuadrones torpederos del *Enterprise* y el *Yorktown* se lanzaron al ataque a continuación, y también de ellos se dio buena cuenta. Al final, solamente sobrevivieron seis aparatos, de una fuerza total de cuarenta y uno, sin que hubiesen logrado ni un solo impacto. No obstante, su sangre no se derramó en vano. Los «Devastator» de vuelo bajo arrastraron tras ellos a los «Zero», y así hicieron posible un ataque por sorpresa a cargo de los bombarderos en picado «Dauntless», que atacaron desde una mayor altura.

El teniente-comandante Clarence Mac Clusky, del *Enterprise*, conduciendo dieciocho bombarderos en picado «Dauntless», se lanzó contra la posición estimada de la flota. No la encontró y, después de volar hacia el oeste durante un cierto tiempo, suponiendo correctamente que la fuerza de Nagumo había alterado su curso, giró hacia el norte y continuó la búsqueda. Aquélla resultó ser una de las más importantes decisiones de la batalla. Los cuarenta y cuatro bombarderos en picado del *Hornet* se encontraron en una posición similar, pero viraron al sur, y no encontraron su objetivo.

McClusky fue extraordinariamente afortunado. A las nueve cincuenta y cinco localizó al destructor *Arashi*, le persiguió, y diez minutos más tarde localizaba a la flota de Nagumo, a través de un claro entre las nubes. Casi al mismo tiempo, el escuadrón de bombardeo en picado del *Yorktown*, conducido por el teniente-comandante Maxwell F. Leslie, que había llegado por una ruta diferente, localizaba su objetivo. Los aparatos de McClusky comenzaron los ataques de bombardeo en picado sobre tres de los portaaviones japoneses a las diez horas y veintidós minutos. Tres minutos más tarde, cuando el escuadrón de Leslie inició su ataque de bombardeo en picado sobre el *Soryu*, los cuatro portaaviones de la fuerza especial de Nagumo estaban a punto de completar sus preparativos, y poniendo proa al viento, dispuestos para el despegue de sus propios aparatos. El contraalmirante Kusaka lamentó más tarde el hecho de que, si se les hubiera dado solamente cinco minutos más, toda su aviación habría estado probablemente en el aire y moviéndose en masa para atacar a los portaaviones estadounidenses. La batalla cambió en aquellos pocos minutos. Cuatro bombas alcanzaron al *Kaga*, y apenas éste se había incendiado cuando el escuadrón de McClusky conseguía tres impactos directos en el *Soryu* y otro en el *Akagi*; una gran nube de humo negro se elevaba sobre los tres portaaviones. En el curso normal de los acontecimientos, bombas de entre 550 y 1.100 libras caerían sobre la cubierta de vuelo de un portaaviones y no conseguirían destruir el barco. Pero los tres portaaviones llevaban una dotación completa de aviones cargados con combustible, torpedos y bombas, de modo que, una vez iniciados los incendios, se propagaban en una serie de explosiones, y éstas,





Arriba: **caza japonés «Mitsubishi Zero»; despegando desde portaaviones, tales aparatos causaron grandes pérdidas a los pesados «Devastator»; al principio de la campaña, el «Zero» resultó más rápido y fácil de maniobrar que cualesquier otros aparatos adversarios.** *Abajo:* **aviones «Devastator» dispuestos para despegar del** *Enterprise.*

agravadas por el hecho de que las unidades de control de daños habían sido cogidas por sorpresa, fueron fatales para los tres enormes barcos.

El «Hiryu» devuelve el golpe

Inicialmente el *Hiryu* se libró de los daños, y con un espíritu de furiosa venganza, lanzó dieciocho «Val» escoltados, siete de los cuales eludieron la patrulla de aviones de combate del *Yorktown* y penetraron el fuego antiaéreo de los cruceros y destructores que escudaban al portaaviones, hasta descargar sobre éste tres bombas que le dañaron gravemente. Un segundo ataque de diez «Kate» escoltados logró dos impactos de torpedo que sentenciaron al portaaviones. A los quince minutos de que los torpedos hubieran alcanzado su costado de babor, el capitán Buckmaster ordenó que la tripulación abandonase el barco, pero el portaaviones estaba todavía a flote dos días más tarde, cuando el submarino japonés *I-68* lo encontró, después del mediodía del 6 de junio, y, penetrando a través de su escudo protector, le hundió. Entretanto, bombarderos en picado de la 16.ª Fuerza Especial habían desmantelado el *Hiryu.*

Tras las noticias de la destrucción de la Fuerza Especial de Nagumo, el Estado Mayor de la Flota Combinada ordenó que todas sus fuerzas procediesen a atacar las islas Midway. El Grupo de Apoyo Próximo de Kurita, compuesto por cuatro cruceros pesados y dos destructores, estaba a menos de noventa millas marinas de la isla al mediar la noche y se preparaba para la batalla a la mañana siguiente, pero el contraalmirante Spruance, que no deseaba librar una batalla nocturna, pues los japoneses estaban especializados en este tipo de combate, había empezado a retirarse hacia el este al atardecer. Cuando Yamamoto lo supo, anuló la operación y ordenó la retirada de la flota.

La batalla de las Midway tiene un interés particular en la historia de la guerra naval en tanto que marcó el fin del período de transición entre la era del dominio del acorazado y la del de los portaaviones. Pero la batalla de las Midway, a diferencia de la de Salamina, no decidió en un momento el resultado de toda una guerra. A diferencia de la batalla de Jutlandia, no reunió a las fuerzas adversarias en su integridad; a diferencia de la batalla del Mar del Japón, no fue un conflicto que acabara con la destrucción completa de uno de los dos contendientes. Si se consideran las batallas de la guerra del Pacífico desde el punto de vista cuantitativo, tanto la batalla de las Filipinas como la del Golfo de Leyte fueron mayores que la de las Midway. Pero puede decirse que ésta marcó el punto de inflexión en la guerra del Pacífico, si bien, contrariamente a lo que se ha afirmado muchas veces, no fue la batalla decisiva que determinó el curso de toda la guerra. Japón perdió cuatro de sus mayores portaaviones, es cierto, pero le quedaron el *Zuikaku* y el *Shokaku*, aparte de seis portaaviones menores, lo que más o menos igualaba la flota estadounidense de tres portaaviones grandes y uno pequeño. Al mismo tiempo, Japón conservaba su superioridad en acorazados y cruceros pesados. En otras palabras, puede decirse que la batalla de las Midway acabó con la superioridad japonesa en el Pacífico y restableció el equilibrio entre las marinas norteamericana y nipona.

Como ampliamente demuestran las estadísticas, lo que realmente desgastó el poder de combate de la marina japonesa fue la agotadora lucha por las islas Salomón, iniciada en agosto de 1942. Mientras en la batalla de las Midway el Japón perdió 296 aviones y 114 aviadores, lo que representaba el veinte por ciento del número total asignado a la fuerza especial de Nagumo, en la de las Salomón las cifras fueron de 3.000 aviones y 6.200 hombres.

Indudablemente la significación primordial de la batalla de las Midway se encuentra en su aspecto psicológico. En palabras del historiador naval contraalmirante Samuel Eliot Morison, «Midway fue la primera derrota verdaderamente grave infligida a la Marina japonesa en los tiempos modernos». Pero en modo alguno había sido una conclusión.

Ikuhito Hata

El nazismo durante la guerra

Himmler durante una visita de control al campo de concentración de Mauthausen, el principal de los situados en territorio austríaco. *Abajo:* ejecución en masa (Checoslovaquia, 1939). Así se granjeó el nazismo el justo odio de todos los pueblos sometidos al régimen.

Al cambiar la suerte bélica de Alemania, de una marcha triunfal a una carrera hacia la derrota, se produjo una transformación en la estructura del poder. Las instituciones oficiales gubernamentales y los ministerios centrales perdieron importancia... y la autoridad pasó paulatinamente a manos de los que formaban la corte del Führer.





Al ordenar Hitler el ataque a Polonia, el 1.º de septiembre de 1939, pensó que sólo tenía ante sí una campaña localizada, aunque sabía que corría el riesgo de provocar una guerra mundial. La guerra, para Hitler y el régimen nazi, no era sólo un medio para un fin; con ella estaba enlazada toda la filosofía del nazismo, uno de cuyos dogmas era el de la lucha entre las razas. También, a partir de 1933, la preparación para la conquista de un *Lebensraum* (espacio vital) informó toda la política nazi.

El deseo de levantar a Alemania de la «desgracia» de 1918, el convencimiento de que solamente la traición, la estupidez y la debilidad habían sido los causantes de la derrota en la Primera Guerra Mundial y la fanática determinación de reanudar una vez más la lucha por la grandeza del país formaban parte de la doctrina nacionalsocialista.

Los brillantísimos éxitos militares de Hitler en los primeros años de la contienda —la campaña de 18 días contra Polonia, la audaz acción naval y aérea para ocupar Noruega y, sobre todo, la rápida victoria sobre Francia, que decidió a Mussolini a alinearse junto a Hitler— extendió la hegemonía de Alemania sobre casi todo el continente y creó las condiciones favorables para la implantación de un «nuevo orden nazi en Europa».

Los sensacionales triunfos en el terreno militar y en política exterior reforzaron también la posición nazi en los asuntos internos e indujeron a muchos a creer que Hitler no era un peligroso aventurero y un chantajista, sino un genio divinamente dotado. La propaganda nacionalsocialista, dirigida por el hábil Joseph Goebbels, alimentó en Alemania una euforia nacional. Tal propaganda incluía emisiones de radio especiales, amenizadas por resonantes marchas militares; noticiarios cinematográficos montados para glorificar los triunfos de Alemania; la composición y difusión de numerosos cantos bélicos y la popularización de los héroes. El propio Hitler contribuyó a la creación de esta euforia con quince grandes discursos en los dos primeros años de la guerra. Tanto éxito obtuvo la «educación» nazi, que, indudablemente, en Alemania tan sólo una minoría conservó la suficiente capacidad crítica para discernir la realidad de la ilusión.

No obstante, lo cierto es que en la población alemana, como lo muestran los informes del servicio de seguridad en 1940-41, había un constante y vivo temor de que Alemania, al extender demasiado sus dominios y dispersar sus fuerzas, se «agotara». Pero en gran parte quedó oculto todo el alcance de los erróneos cálculos de Hitler, ya apreciables en 1940. Así sólo pocos se percataron de la importancia de los éxitos de la R.A.F. en la batalla de Inglaterra, y de que Gran Bretaña recibía ya entonces la primera entrega importante, símbolo del apoyo militar de los Estados Unidos, en forma de cincuenta viejos destructores.

Pero no fue únicamente la propaganda lo que sirvió para encubrir la situación. El racionamiento alimenticio, instaurado en agosto de 1939, garantizaba a la nación la suficiente cantidad de comida en los primeros años de guerra. Confiando en la estrategia de Hitler, en su *Blitzkrieg* y en los preparativos económicos para la guerra, que habían ido en progresión desde 1934, el régimen nazi pensó que ni siquiera en 1942 era necesario un cambio radical en la economía, supeditada a la fabricación de armamentos, y que sería posible conservar un nivel de vida relativamente elevado para la población civil. Tampoco causó inmediata alarma la situación militar: el número de alemanes muertos en acción hasta finales de 1941 siguió siendo relativamente bajo (aproximadamente 200.000) y los ataques nocturnos de la R.A.F., que se incrementaron en 1940-41, no produjeron al principio grandes daños. Los acontecimientos militares y la propaganda nazi ocultaron también en gran medida los cambios en la estructura del poder del Estado, que tan graves consecuencias habían de tener en el futuro.

El Ejército era un importante factor de aglutinación, pero mostró en algún momento tener pies de arcilla. Los signos más claros de ello fueron las dimisiones impuestas a Fritsch, su comandante en jefe, y a Beck, el jefe del Estado Mayor General, y el establecimiento por Hitler, en febrero





de 1938, del Alto Mando de las Fuerzas Armadas (*Oberkommando der Wehrmacht*, O.K.W.), que, a las órdenes del general Keitel, dependía directamente de él. Tras el estallido de la guerra, prosiguió la supresión de la influencia política de las fuerzas armadas y, desde el primer momento, no fueron los comandantes militares sino los *gauleiters* de la más elevada graduación quienes recibieron el nombramiento de comisarios de la defensa del Reich; a ellos se confió la adopción de decisiones supremas en los casos de emergencia civil.

Los mandos del Ejército fueron también humillados cuando, en el otoño de 1939, los jefes con mando en la Polonia ocupada hubieron de tolerar el primer fusilamiento en masa de polacos y judíos a cargo de Unidades Especiales de las SS, que pretendían ejecutar «órdenes superiores».

El nombramiento de Himmler para el mando supremo de las Waffen-SS, en el invierno de 1939-40, acabó también con el monopolio del Ejército como único cuerpo autorizado a portar armas, monopolio que había sido defendido con tanto éxito contra la SA en 1934. Las Waffen-SS, rivales del Ejército, sólo constaban de una división a comienzos de 1940, pero hacia el final de la guerra sus numerosas unidades de voluntarios comprendían unos 600.000 hombres.

Tal como lo hiciera en diferentes ocasiones desde 1937, Hitler reprochó al mando del Ejército su excesiva cautela y sus vacilaciones en la aplicación del plan de campaña en el Oeste. Este plan, que preveía la violación de las neutralidades holandesa y belga, enfrentó a Hitler con generales del alto mando del Ejército (por ejemplo, con Halder, jefe del Estado Mayor General del Ejército, y con Canaris, jefe del *Abwehr*, el departamento O.K.W. de contraespionaje). Así se formaron las primeras células de oposición militar.

No obstante, el éxito de la campaña en el Oeste justificó una vez más el criterio de Hitler y aumentó su prestigio al tiempo que decaía el del Alto Mando del Ejército. En diciembre de 1941, tras los primeros reveses en Rusia, el mariscal de campo Brauchitsch dimitió como comandante en jefe del Ejército, y el propio Hitler tomó su puesto.

Al igual que en Polonia, Hitler cuidó de apartar a los generales de la administración de aquellos territorios ocupados en los cuales estaba especialmente interesado el régimen nazi. Por doquier fueron instalados gobernadores civiles, que siempre eran altos funcionarios del partido, por lo general *gauleiters*, directamente responsables ante Hitler. Se instauraron así satrapías regidas autocráticamente, en las cuales el poder era detentado por favoritos del partido, responsables de la ejecución del Plan Cuatrienal de Goering, por la policía de seguridad (Gestapo) y otros órganos de las SS. Fue este tipo de irregularidad administrativa la que proporcionó la base para los fusilamientos y las deportaciones en masa, los campos de concentración, los ghettos y, finalmente, desde 1941, los campos de exterminio... los medios de realización de la «solución final al problema judío».

Matanza realizada en Crimea (Rusia), al retirarse los alemanes en 1944. Un exiguo grupo de sobrevivientes busca entre los cadáveres el rostro familiar de un pariente o de un amigo...

Modificaciones de la ley

El traspaso de poder, en los territorios ocupados, a manos de funcionarios del partido y de la policía de seguridad, repercutió en la estructura del propio régimen nazi. Una serie de medidas, motivadas directamente por la guerra pero cuyas raíces eran principalmente ideológicas y políticas, alteró el equilibrio del poder entre los dirigentes nazis, en beneficio de los extremistas.

Ello afectó particularmente a la legislación: en otoño de 1939 se aprobaron unas cuantas disposiciones restrictivas, tales como las que se referían a la escucha de emisoras extranjeras, al sabotaje de las industrias de guerra, a la «obstaculización de las fuerzas armadas» y a los «delitos de violencia». Los delitos que implicaban la sentencia de muerte se elevaron a cuarenta y seis en 1944. Las sentencias de muerte dictadas por tribunales civiles pasaron de 43 en 1938 a 2.015 desde enero a agosto en 1944. Hitler no estaba, sin embargo, satisfecho: ya en otoño de 1939 había autorizado a Himmler a emplear la policía de seguridad para realizar ejecuciones sumarias, sin sentencia de tribunal, en casos graves de actividades antinacionales y de sabotaje. Las ejecuciones, por lo general, eran llevadas a cabo en campos de concentración. Los SS y los agentes de la policía de seguridad que efectuaban estas matanzas recibieron una protección formal ante las investigaciones judiciales mediante la implantación de tribunales especiales de las SS y la Policía, en octubre de 1939. El número de prisioneros en campos de concentración en Alemania entre 1934 y 1938 fue de unos 7.000 a 10.000, pero tras el comienzo de la guerra, con el encarcelamien-



Berlín, noviembre de 1944: Goebbels (con el brazo extendido a la manera nazi) pasa revista a la *Volkssturm* (Milicia Popular). En ésta eran enrolados todos los varones comprendidos entre los dieciséis y los sesenta años.

to de los sospechosos de oposición en los países ocupados y la instalación de nuevos campos, la cifra aumentó hasta unos 100.000 en 1942. El mayor número corresponde a los últimos años de la guerra (1944-45), cuando bajo el plan de trabajo obligatorio con destino a la producción de armamentos, alrededor de un millón de prisioneros de todas las nacionalidades fueron amontonados en veinte campos principales y 165 subsidiarios.

Desde el comienzo de la guerra, Hitler trató no sólo de luchar contra los enemigos externos, sino de desembarazarse de los enemigos internos y elementos nacionales «inferiores». De ahí la orden secreta, promulgada en 1939, de dar muerte a todos los enfermos mentales. Bajo el programa de eutanasia, unos 70.000 enfermos mentales fueron eliminados en los hospitales de Bernburg, Hadamar, Hartheim y otros, hasta que en 1941, el propio Hitler se vio obligado a atajar la criminal acción por él provocada, debido a diversas protestas, especialmente de las Iglesias Cristianas.

Cálculo y odio

La mayor severidad que adquirió el régimen nazi en 1941-42 fue consecuencia directa de la crítica situación militar. La combinación del cálculo racional y odio patológico, que dominaba cada vez más las decisiones de Hitler, se evidenció en su decisión de atacar a Rusia.

Esta decisión no sólo obedecía a la necesidad de escapar del callejón sin salida a que había llegado en el Oeste, sino que era también consecuencia del intento de llevar a cabo su propia guerra, la guerra que había planeado dos décadas antes con el fin de conquistar el espacio vital del Este y destruir el «bolchevismo judío».

Su decisión estaba motivada por diversos factores: una obstinada determinación de mantener la iniciativa, si no contra Gran Bretaña, al menos contra la última potencia dominante del continente; un impulso impaciente y ciego de actuar (característica sempiterna de Hitler y del movimiento nazi en conjunto); la amargura y el enojo de que la estrategia de la *Blitzkrieg* no hubiera logrado la victoria; un creciente odio al enemigo universal, el judaísmo, al que culpaba de sus propios errores; y, finalmente, un deseo cada vez más exacerbado de destrucción.

Así, de manera significativa, en conexión con los preparativos para la campaña rusa Hitler dictó las brutales órdenes secretas de proceder a la «solución final del problema judío»; de fusilar a los comisarios rusos capturados (orden a la que no se opuso la Wehrmacht); y de combatir el sabotaje en los territorios ocupados del Oeste, según el decreto «Noche y Niebla», de septiembre de 1941, que establecía que los sospechosos de oposición fueran detenidos por la policía y llevados sin tardanza a prisiones alemanas, sin que se diera información alguna a sus familias sobre su paradero.

Al mismo tiempo, la Policía germana introdujo una serie de medidas opresivas contra las Iglesias, principalmente contra la católica, junto con la orden de requisa de un centenar de monasterios.

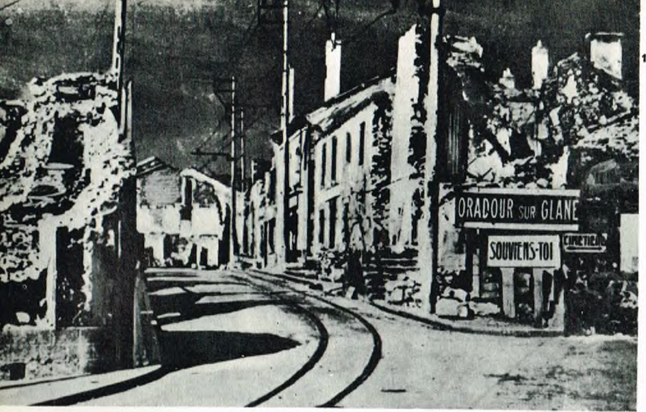
Fracaso y trabajo forzado

La batalla de Moscú durante el invierno 1941-42 y los interminables combates de 1942 revelaron lo que confirmó la batalla de Stalingrado (octubre de 1942 a febrero de 1943): que la victoria en el Este no estaba al alcance de la mano. También en el Oeste pasó la iniciativa al adversario en cuanto entraron en guerra los Estados Unidos (diciembre de 1941). Desde 1942, el «bombardeo zonal» por las fuerzas aéreas británicas y norteamericanas produjo un desastroso efecto en la economía bélica de Alemania y en su población. Las bombas arrojadas mataron unos 400.000 civiles y destruyeron innumerables ciudades y establecimientos industriales. El desembarco angloamericano en Marruecos y Argelia, en noviembre de 1942, obligó al *Afrikakorps* a capitular en mayo de 1943. La invasión aliada en el sur de Italia, en julio de 1943, condujo también a un repliegue alemán. La subsiguiente caída del régimen de Mussolini y la retirada de Italia del Eje en agosto de 1943 —que también significó el debilitamiento de la fidelidad de aliados menores (Hungría y Rumania)— motivó la más grave crisis política que hasta el momento había sufrido el régimen nazi.

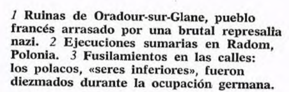
Esta serie de fracasos aceleraron el creciente extremismo de la política nazi en el interior de Alemania y produjeron nuevos cambios en la estructura del poder del partido, de acuerdo con la concepción de «guerra total». Sintomático de ello fueron las innovaciones en la producción de armamentos y la distribución del trabajo en 1942. Particular éxito tuvo el nombramiento de Albert Speer como ministro de Armamentos y Producción; la enérgica e inteligente dirección del exarquitecto logró el máximo rendimiento en la economía alemana de armamentos e hizo posible triplicar la producción en 1943-44 con res-

Cartel de reclutamiento difundido a fines del año 1944. Según este cartel alemán de reclutamiento los jóvenes podían ya alistarse a los diecisiete años.





1



1 **Ruinas de Oradour-sur-Glane, pueblo francés arrasado por una brutal represalia nazi.** *2* **Ejecuciones sumarias en Radom, Polonia.** *3* **Fusilamientos en las calles: los polacos, «seres inferiores», fueron diezmados durante la ocupación germana.**



2



3

pecto a la de 1941, a pesar de los bombardeos aéreos. Tan brillante hazaña técnica fue lograda, sin embargo, con el aumento masivo del trabajo obligatorio, cuya responsabilidad competía al *Gauleiter* Fritz Sauckel, nombrado director general para la distribución de la mano de obra en marzo de 1942, y —en lo que al control de los campos de concentración se refiere— a Himmler. Millones de rusos y polacos fueron sometidos a trabajos forzados en el Reich (como lo fueron también franceses, belgas, holandeses, servios, checos, italianos y otros). La construcción de la planta de producción subterránea de la bomba «V» (trasladada a Peenemunde tras el ataque de la R.A.F. en 1943) fue en gran medida efectuada por 30.000 prisioneros de los campos de concentración, una cuarta parte de los cuales, por lo menos, perecieron de agotamiento antes del fin de la guerra.

Instrumentos del Estado-policía

El hecho de que el régimen se estaba convirtiendo en un Estado-policía se puso de manifiesto al ser nombrado ministro de Justicia, en agosto de 1942, el expresidente del Tribunal Popular Nazi, Otto Georg Thierack. Hasta entonces, el departamento había estado dirigido por Frantz Gürtner, del Partido Popular Alemán (D.N.V.P.), y, tras su fallecimiento, en enero de 1943, por su secretario Schlegelberger. Ambos habían intervenido reiteradamente en la defensa y sostenimiento de los principios legales fundamentales, aun cuando fueron incapaces de impedir que la ley se adaptara a las normas políticas e ideológicas de Hitler. Pero Thierack buscó desde el principio un estrecho entendimiento con Himmler y apoyó la liquidación del sistema legal, como lo demuestra la presteza con que accedió al traslado de unos 10.000 prisioneros políticos a campos de concentración SS y con que permitió que ciertos grupos (judíos, polacos y obreros del Este) pasaran a depender totalmente de la policía de seguridad. Su sucesor en la presidencia del Tribunal Popular fue Roland Freisler, quien tomó posesión del cargo en el verano de 1942. Bajo su dirección, este Tribunal se convirtió en un dispensador de la justicia del partido a la manera de los

juicios espectaculares del régimen de Stalin, sobre todo en el proceso de los conspiradores del complot de julio de 1944. De hecho, Freisler se había convertido en un bolchevique fanático durante su cautiverio en Rusia, en los años de la Primera Guerra Mundial; luego se hizo nazi, en 1924, pero siguió siendo ferviente admirador del terror soviético. «Freisler es nuestro Vichinsky» (el fiscal de la purga estaliniana), exclamó Hitler en una de las primeras conferencias tras el atentado de Stauffenberg.

Una exótica corte oriental

Aparte de Speer, que desde 1942 sustituyó a Goering en la dirección de la política económica (el crédito del mariscal del Reich decayó mucho tras el fracaso de la Luftwaffe), fueron Goebbels, Himmler y Bormann quienes tuvieron mayor influencia en los años 1942-43. Como dijo Speer, el más capaz y menos corrompido del círculo de Hitler: «Las relaciones entre más altos dirigentes sólo pueden ser comprendidas si se las interpreta como una lucha por la sucesión de Adolf Hitler.» Los últimos años de éste revelan el acelerado desmoronamiento de la máquina del Estado, hasta el punto de que su gabinete da la impresión de haberse convertido en una corte oriental, con sus componentes disputándose mutuamente los favores del amo.

Desde 1942, Hitler tendió a evitar discursos y concentraciones públicas y sólo en raras ocasiones abandonó su cuartel general de Prusia oriental; la responsabilidad de todas las actividades propagandísticas recayó así cada vez más en Goebbels. En contraste con los demás funcionarios nazis, el ministro de Propaganda vio que el rumbo que tomaban los acontecimientos, tras la euforia de los primeros tiempos, reclamaba un tipo de propaganda totalmente nuevo. Sabía que, en caso de extrema necesidad, la apelación al espíritu de sacrificio y a la solidaridad nacional resultaba más convincente que la vana exaltación retórica. Así pues, Goebbels, en la famosa reunión del Palacio de Deportes de Berlín, el 18 de mayo de 1943, poco después de la batalla de Stalingrado, pudo arrastrar a sus oyentes a una fanática afirmación de entrega total hasta el sacrificio.

De hecho, la actitud de gran parte de la población alemana en esta fase sería difícilmente comprensible si no se tuviese en cuenta la influencia ejercida por Goebbels. Ciertamente, eran más agudos el escepticismo y el descontento conforme la guerra traía nuevas penalidades y aumentaba el número de muertos (en 1945 habían fallecido ya dos millones de alemanes). Pero la identificación del verdadero responsable se hizo difícil. El pueblo confiaba en Hitler y se sugestionaba con el convencimiento de que era un precepto de lealtad el mantenerse firme frente a las dificultades; no creía realmente ya en la «victoria final», pero nadie se atrevía a pensar en la derrota, puesto que tal cosa significaría el triunfo y la dominación rusa. Esa mezcla de pánico, de fidelidad, de autocompasión y de autodecepción creaba también una ceguera moral con respecto a la tiranía del régimen y a los sufrimientos de los judíos perseguidos, con quienes se había perdido el contacto por la discriminación y la reclusión en ghettos, aun antes de las secretas, si bien no inadvertidas, deportaciones de 1941-42. El gran fracaso, el enorme pecado, es precisamente el de los custodios de la nación, de los que en esa época mantenían aún sus puestos (clero, profesores universitarios, funcionarios de elevado rango) y que se obstinaron en guardar silencio..

Goebbels extendió su influencia durante los últimos años. Permaneció fiel al mito al que había servido lealmente durante tantos años y al final no pensó en la huida. Planeó su muerte tomando por modelo a Hitler. La elevada posición de Goebbels quedó de manifiesto cuando el Führer le designó como futuro canciller del ya inexistente Reich en su testamento político fechado el 29 de abril de 1945.

También Himmler fue adquiriendo nuevos poderes y responsabilidades. Jefe adjunto de las SS y director de la policía desde 1936, fue nombrado, el 7 de octubre de 1939, comisario de la consolidación nacional con responsabilidad sobre toda la política de deportación y germanización del Este. La influencia de Himmler y la de los diversos departamentos de las SS se extendieron cada vez más a la política exterior, a través, sobre todo, de los contactos mantenidos con la policía de seguridad y los servicios de espionaje de los países aliados y neutrales. Además, Himmler asumió en 1943 la dirección del Ministerio del Interior del Reich, y la del Ejército de Reserva territorial, tras el complot de julio. Goering, Ribbentrop, Flick y otros fueron inequívocamente desbordados por las maniobras de Himmler a partir de 1941.

Absolutismo bizantino

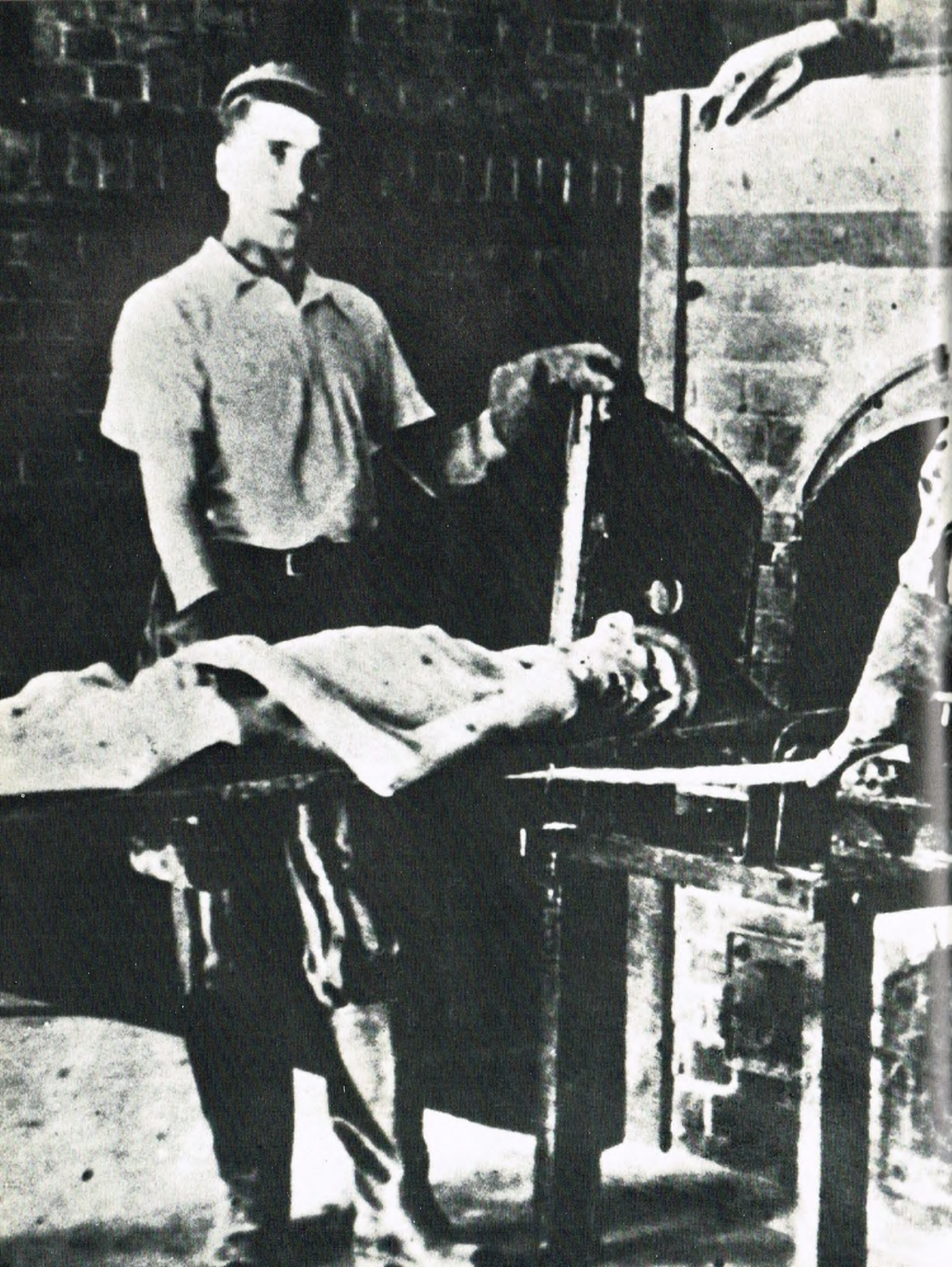
El único competidor de Himmler en los últimos años de la guerra fue Martin Bormann, totalmente desconocido aún en 1939, pero que asumió la dirección de la Cancillería del partido en mayo de 1941, cuando el lugarteniente de Hitler, Rudolph Hess, voló a Inglaterra con su oferta de paz. Como secretario particular de Hitler, Bormann fue sobre todo su hombre de confianza; testigo de las excentricidades de su amo, fue el único canal de las órdenes del Führer. Cuanto más se apartaba Hitler de Berlín, más absoluto se hacía el poder de Bormann. Y como les resultaba imposible a los ministros penetrar en los cuarteles generales durante meses, tanta más importancia adquirían las funciones de Bormann como rey del cabildeo y como ejecutor e intérprete de las órdenes de Hitler.



Martin Bormann, eminencia gris del régimen, fotografiado junto al Führer.

Esta consecuencia bizantina del absolutismo del Führer fue característica de la última fase de su gobierno. La casi constante lucha entre personalidades y grupos por el favor de Hitler, junto con el creciente caos en la definición de responsabilidades, condujeron a un proceso de progresiva autodestrucción en el régimen, que era mantenido tan sólo por más y más órdenes del Führer. Al final, cualquiera que se creyese facultado para ello jugaba a ser un pequeño Führer. Y con el suicidio de Hitler, la disolución fue completa. Habían sido desatadas colosales energías, se desencadenaron crímenes colosales, se arriesgó una colosal destrucción... y nada subsistió.

Martin Broszat





La «solución final»

El odio que los nazis sentían por los judíos desembocó, durante el curso de la guerra, en una fanática política de exterminio que por sus proporciones y barbarie carece de paralelos históricos.

Antes del comienzo de la guerra en Europa, las medidas tomadas por Hitler contra los judíos parecían apuntar esencialmente a excluirlos de todas las actividades que se desarrollaban en el seno de la sociedad alemana. Como resultado de esta política, muchos judíos decidieron abandonar primero Alemania y luego, tras el *Anschluss*, Austria y el Protectorado de Bohemia-Moravia. Después de la conquista de Polonia, más de tres millones de judíos cayeron bajo dominio alemán, y su número sobrepasó los siete millones al extenderse la hegemonía nazi a la Europa Oriental: los Balcanes, los Países bálticos, la Rusia blanca y Ucrania. Hasta octubre de 1941 se permitió teóricamente emigrar a los judíos, pero de hecho tan sólo unos cuantos miles de privilegiados lograron huir de las regiones controladas por las fuerzas del Reich.

El 21 de septiembre de 1939, tres semanas después de la invasión de Polonia, el jefe del Departamento Central de Seguridad del Reich, Reinhard Heydrich, dictó una orden para mantener a los judíos polacos estrechamente agrupados, «como medida previa al objetivo final» *(als erste Voraussetzung für das Endziel)*. Esta frase enigmática no demuestra que los dirigentes nazis estuvieran ya considerando el exterminio físico de los judíos. El 23 de noviembre de 1939 los judíos polacos recibieron la orden de llevar una insignia distintiva: la estrella amarilla. En abril de 1940, los judíos de Lodz fueron confinados en un ghetto, y en octubre del mismo año les tocó la misma suerte a los judíos de Varsovia. Pronto, casi todos los judíos polacos fueron confinados en ghettos, que comprendían poblaciones desde varios miles hasta medio millón, como en el de Varsovia. Estos ghettos, separados de los barrios «arios» por altos muros o por alambradas, estaban estrechamente vigilados por la policía local y alemana.

En los ghettos, fue asignada la administración de los asuntos de la comunidad a los «Consejos judíos» o *Judenräte*, cuya autoridad estaba respaldada por una fuerza policíaca judía. La actuación de los *Judenräte* ha sido criticada con frecuencia, pero la mayoría hizo cuanto pudo para aliviar los sufrimientos de sus conciudadanos. Sin embargo, desde el invierno de 1940-41, el hambre, el frío y las epidemias causaron en ellos decenas de miles de muertos.

Tras el comienzo de la guerra, la suerte de los judíos polacos empeoró aún más, pero no fue mucho mejor la de los judíos que permanecieron en el Reich, los cuales fueron sometidos a una serie de órdenes vejatorias, como la prohibición de utilizar los transportes públicos, de sentarse en los bancos de los parques, de usar las cabinas telefónicas y de poseer animales domésticos, prendas de piel o de lana, máquinas de escribir, bicicletas, anteojos o aparatos eléctricos. Se privó a los judíos conversos del derecho a asistir a los servicios religiosos junto con los cristianos «arios». Mientras tanto, en los despachos de la Wilhelmstrasse se estaba considerando la posibilidad de deportar a todos los judíos europeos a la isla de Madagascar, para transformarla en una especie de «reserva» judía bajo el control de la policía alemana. De hecho, el plan Madagascar quedó en la nada.

La suerte de los judíos en las zonas ocupadas de la Europa Oriental varió mucho de uno a otro país. En Dinamarca y Noruega no fueron objeto de un trato discriminatorio; en cambio, en Vichy se dictaron leyes antisemitas en 1941. También en Holanda empeoró rápidamente la situación de los judíos: así, a comienzos de 1941, varios cientos de rehenes fueron deportados al campo de Mauthausen, donde fueron torturados hasta la muerte; de los 618 que llegaron al fatídico recinto en la primavera de 1941, sólo ocho sobrevivían a comienzos de 1942.

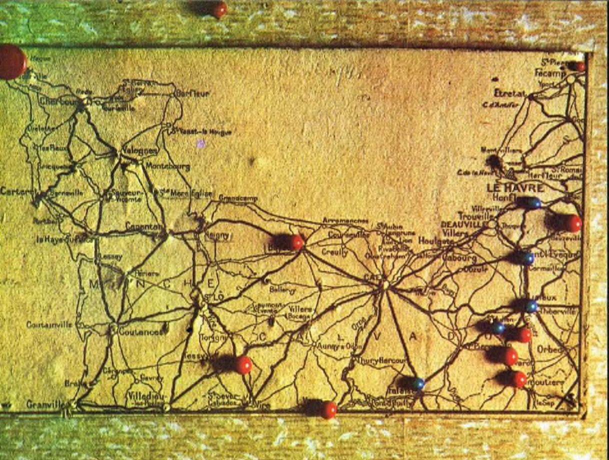
Un cambio dramático en la situación judía tuvo lugar cuando se preparó el ataque alemán a la Unión Soviética. Al tomar Hitler la decisión de atacar a Rusia, el conflicto, que a sus ojos era una lucha apocalíptica entre las fuerzas del bien, conducidas por la Alemania nacionalsocialista, y las del mal, cuya suprema manifestación era el «bolchevismo judío», debía conducir, según profetizara en un discurso al Reichstag el 30 de enero de 1939, al exterminio de la raza judía en Europa.

Un horno crematorio del siniestro «lager» de Auschwitz. Este es el verdadero significado del eufemismo «solución final».

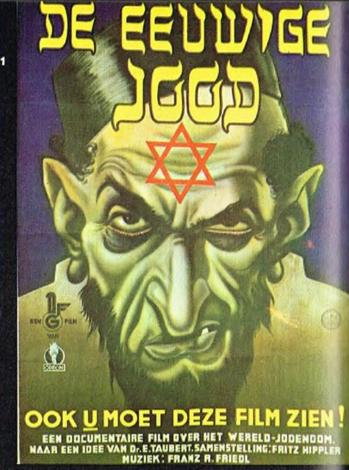




Izquierda: reducidos a condiciones infrahumanas, los deportados padecieron todos los sufrimientos imaginables. Muchos morían de hambre, sed o asfixia en los vagones sellados que los conducían, antes aun de llegar a destino.
Derecha. Arriba: viejos, adultos y niños fueron tratados con idéntica barbarie. Sometidos a la extrema humillación de la desnudez, estos desventurados polacos se aproximan al foso —tal vez cavado por ellos mismos— donde han de caer acribillados dentro de contados instantes. *Abajo:* un prisionero va a ser ahorcado. El sadismo moral se sumaba al físico: los prisioneros tenían que presenciar las arbitrarias ejecuciones y tomar conciencia de que a ellos también les tocaría, en cualquier momento, el mismo destino.


Cherbourg
Barfleur
Valognes
Montebourg
Carentan
Bayeux
Caen
Coutances
Granville
Villedieu
Vire
Falaise
Cabourg
Houlgate
Villers
Deauville
Trouville
Honfleur
LE HAVRE
Étretat
Fécamp
M A N C H E
C A L V A D O S

1


DE EEUWIGE
JOOD
EEN FILM VAN
OOK U MOET DEZE FILM ZIEN!
EEN DOCUMENTAIRE FILM OVER HET WERELD-JODENDOM.
NAAR EEN IDEE VAN Dr. E. TAUBERT. SAMENSTELLING: FRITZ HIPPLER
MUZIEK: FRANZ R. FRIEDL

6

Izquierda: 1 **Mapa utilizado por los Frank, judíos de Amsterdam, para seguir los progresos del avance aliado. El célebre «diario» de Ana Frank registró en forma conmovedora la brutal persecución nazi.** *2* **Cartel holandés de un film germano antisemita.** *3* **Belsen, abril de 1945: tras la liberación, estas guardianas del «lager» se ven obligadas a dar sepultura a sus víctimas.**

No se sabe exactamente cuándo dio Hitler la orden de exterminar a todos los judíos bajo control nazi, pero seguramente la transmitió a Goering y Himmler en marzo o abril de 1941. Los comandantes de las Unidades de Acción Especial *(Einsatzgruppen)*, responsables de la liquidación de los judíos en la Rusia ocupada, declararon, después de la guerra, que habían sido informados de su misión, de palabra, en mayo de 1941. El 31 de julio de 1941, Goering dio a Heydrich una orden escrita encargándole que efectuase todos los pasos necesarios para una «solución general del problema judío en las zonas de influencia alemana en Europa». El 20 de enero de 1942, Heydrich dijo a los responsables de los principales ministerios, en la llamada Conferencia de Wannsee: «La solución final *(Endlösung)* del problema judío en Europa será aplicada a unos once millones de personas... Los judíos deben ser trasladados al Este bajo estrecha vigilancia; allí se les destinará a trabajos forzados... No es preciso decir que muchos de ellos deben ser previamente eliminados por deficiencia física. Los que sobrevivan —y que deben ser considerados como más resistentes— serán tratados en consecuencia. En verdad, la Historia nos ha enseñado que esa *élite* natural porta en sí el germen de un nuevo renacimiento judío...»

La ejecución en masa de los judíos coincidió en Rusia con la ocupación alemana. Las Unidades de Acción Especial, ayudadas por la milicia local y algunas formaciones de la Wehrmacht, organizaban a veces ghettos temporales cuyos huéspedes no eran liquidados hasta varios meses después, aunque generalmente recurrían a la inmediata ejecución en masa. Durante los cinco primeros meses de la campaña rusa, las Unidades de Acción Especial asesinaron a más de 100.000 judíos por mes. Las ejecuciones con ametralladora fueron completadas con las de emanaciones de monóxido de carbono de camiones. En total, alrededor de 1.400.000 judíos fueron ejecutados en Rusia por 3.000 miembros de las Unidades de Acción Especial.

La deportación de judíos alemanes a los ghettos y campos del Este comenzó a finales de 1941. En el curso de 1942, los nazis deportaron sistemáticamente a judíos de los varios países ocupados y controlados de la Europa Oriental. Según el país y la actitud de las autoridades locales, la acción alemana obtuvo diversos niveles de eficacia. En la propia Polonia, donde, a pesar del hambre y las enfermedades, más de dos millones y medio de

1


1 **Humillación, típicamente nazi, de la dignidad humana. Una joven «aria» y un judío, culpables de mantener una relación amorosa, son expuestos al escarnio del público.**
2 **En la mirada de este prisionero se lee todo el espanto de un trato inhumano...**
3 **Escenas como ésta se veían a diario en los aberrantes campos de concentración nazis.**

2


3




Izquierda: **la monstruosa mentalidad de los nazis hallaba natural el empleo de los prisioneros para «investigaciones científicas»...** *Derecha:* **escena en un «revier» (lazareto de un campo de concentración). Entre los prisioneros había médicos que se desvivían para mitigar la atroz situación de los pacientes.**

judíos estaban aún con vida a comienzos de 1942, nada pudo hacerse para detener la matanza.

El exterminio de los judíos del Wartheland —la parte de Polonia que había sido anexionada al Reich— comenzó en marzo de 1942, en el campo de Chelmo, donde más frecuentemente fue empleada la cámara de gas. No tardó en tocarles el turno a los judíos de Lublin y Lwow, los cuales fueron llevados al campo de Belzec, donde el monóxido de carbono fue el método habitual de exterminio. La sistemática liquidación del ghetto de Varsovia comenzó en julio: cientos de miles de sus pobladores fueron transportados en grupos al campo de Treblinka. La «Operación Reinhard» (así denominada por el nombre de Reinhard Heydrich, muerto en junio de 1942 por agentes checos) se extendió rápidamente a toda Polonia. Las inmensas instalaciones del campo de Auschwitz-Birkenau (en la Alta Silesia controlada por los alemanes) no tardaron en convertirse en el principal lugar de las ejecuciones. Con la «experiencia» obtenida en 1940 y 1941, cuando se practicó la eutanasia a los enfermos mentales, se perfeccionaron los métodos de exterminio y, desde entonces, el ácido prúsico (Zyklon B) sustituyó al monóxido de carbono de los motores Diesel. El exterminio mediante el Zyklon B se efectuaba en grandes cámaras —disfrazadas de duchas o estaciones de desinfección—, con capacidad cada una para contener a 2.000 personas. Los deportados que no eran directamente seleccionados para las cámaras de gas, murieron pronto a consecuencia de los trabajos forzados a que fueron sometidos en las vastas empresas dirigidas por las SS en el interior de los campos establecidas junto a ellos por la industria alemana (sobre todo la I.G. Farben). Otros murieron a consecuencia de los «experimentos médicos», entre los cuales se contaban la exposición a explosivos de elevada potencia, la congelación y la vacuna de enfermedades infecciosas. La organización de las deportaciones, los trabajos forzados y el inmediato exterminio de millones de personas requería el montaje de una enorme máquina burocrática. Ello fue inspirado primordialmente por el propio Hitler, pero la responsabilidad efectiva recayó en el *Reichsführer* SS Heinrich Himmler. Éste se sirvió, para realizar su cometido, de varios conductos, principalmente de la Oficina Central de Seguridad del Reich, dirigida al principio por Reinhard Heydrich y después por Ernst Kaltenbrunner, y de la Oficina Central de Organización Económica de las





Demasiado tarde: cuando, en abril de 1945, las tropas británicas entraron en el «lager» de Bergen, hallaron miles y miles de cadáveres amontonados en las fosas comunes. En la foto, un grupo de civiles y militares alemanes es obligado a meditar ante el horrendo espectáculo de una fosa...

SS, bajo la dirección de Oswald Pohl. La caza de judíos y su deportación a los campos corrieron a cargo de la Oficina Central de Seguridad, y particularmente del Departamento IV B4 de Adolf Eichmann, mientras el departamento de Pohl cuidaba de la supervisión efectiva de los campos. Pero las responsabilidades en cada uno de estos dominios quedó imprecisa, situación que se complicó después en ciertas zonas con la delegación de poderes especiales a los «jefes de la Policía y de las SS».

La «solución final» fue aplicada sólo incidentalmente, para favorecer el «esfuerzo bélico» alemán. Ciertamente, contribuyeron a la fabricación de material de guerra todos los que fueron destinados a trabajos forzados, pero el objetivo primordial de la operación fue matar judíos. Sin duda, en los dos últimos años de la contienda, la deportación obstaculizó la causa de la guerra, debido a que en el frente oriental hacían falta los vehículos empleados para el transporte de judíos a los campos.

Cuando, a comienzos de 1945, el programa tocaba a su fin, habían ya muerto de cinco a seis millones de judíos (parece que Hitler ordenó el cese de la «solución final», pero no se cumplió su orden).

Desde 1943 tanto en Alemania como en los países neutrales y entre los aliados era un hecho bien conocido el del exterminio en gran escala de judíos, pero sólo esporádicamente se levantaron voces de protesta y nada se hizo para salvar a quienes podían ser aún salvados. En los países ocupados del Este, los judíos que lograron escapar de los alemanes fueron a menudo ejecutados por los partisanos o entregados a los nazis por la población civil.

Si se tiene esto en cuenta, es más fácil comprender la extraña «pasividad» de los judíos europeos frente a esas matanzas. La mayoría no podía o no quería creer que los nazis hubiesen decidido acabar con todos ellos. Otros —que habían comprendido—, estaban tan agotados, tanto moral como físicamente, que no les quedaban ya fuerzas para intentar una resistencia inútil. Muchos se dieron cuenta de que estaban en situación desesperada, apresados entre la barbarie de los nazis y la general indiferencia de los «espectadores». Sólo algunos pocos e insignificantes grupos organizaron en algunos ghettos y campos revueltas armadas. La revuelta del ghetto de Varsovia, que estalló el 18 de abril de 1943, es la más conocida. En ella, y durante varias semanas, unos cuantos miles de judíos, prácticamente sin armas y privados de toda ayuda exterior, se mantuvieron firmes contra varios batallones alemanes. Desde el punto de vista alemán, sólo se trató de una operación antipartisana de menor envergadura, y únicamente resultaron muertos unas cuantas docenas de alemanes. Pero la revuelta del ghetto de Varsovia se convirtió en un hito simbólico en la historia de los judíos: «Fue —como señala Reitlinger— el primer combate militar nacional emprendido por los judíos desde que Bar Kochba se rebeló, hace mil ochocientos años, en el reinado del emperador Adriano.»

Saul Friedländer

Complot contra el Führer

«No somos más que unos aficionados y sólo haríamos una chapuza.» Tal fue la opinión de Moltke, conocido antinazi y miembro de una de las más ilustres familias prusianas, acerca del complot para asesinar a Hitler. El 20 de julio de 1944 debía quedar demostrada la veracidad de esta profecía.

Claus von Stauffenberg, el coronel que puso con sus propias manos la bomba que debía matar al Führer. Fue fusilado. *Abajo:* el general Ludwig Beck, uno de los conjurados. Al fracasar el complot, prefirió suicidarse antes que caer en manos de un verdugo nazi.





El día 20 de julio de 1944 el coronel Claus von Stauffenberg logró colocar una bomba de relojería en la estancia donde Hitler celebraba su entrevista cotidiana para examinar la situación militar. A la sazón, Hitler se hallaba en su Cuartel General de Rastenburg, en la Prusia oriental. Una serie de circunstancias permitieron a Stauffenberg —que era, por lo demás, miembro de una familia ilustre de militares, y él mismo destacado oficial, mutilado y condecorado— asistir a aquella reunión y salir de ella antes de que estallara la bomba, para notificar a sus compañeros de conspiración de Berlín que el artefacto había sido colocado en el lugar previsto. La bomba estalló, pero la pata de una mesa y la propia mesa salvaron la vida de Hitler. Sin embargo, el Cuartel General permaneció aislado tres horas y, durante este tiempo, los conspiradores de Berlín, con poca decisión, iniciaron la rebelión. Ésta pronto fue yugulada. La represión fue terrible y, en conjunto, la conspiración y su fracaso se saldaron en forma de verdadero desastre para la clase dirigente tradicional de los «junkers». Los que no murieron en el campo de batalla, fueron ejecutados u obligados a suicidarse.

No es preciso insistir en el hecho de que, así como en los países liberales de Occidente la oposición es un factor esencial de la mecánica política, en la Alemania nazi oposición equivalía a traición. La oposición a los nazis, pues, comportaba gravísimos riesgos y tenía que trabajar y planear en la sombra. Los miembros de la oposición tenían que ser forzosamente conspiradores.

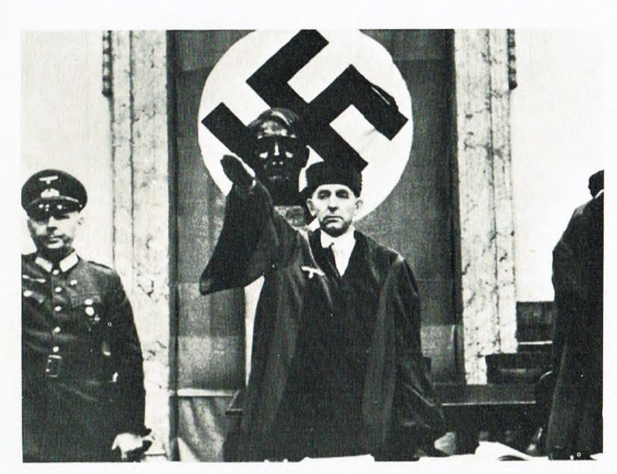
La oposición al régimen nazi en Alemania

¿Quiénes componían la «oposición» alemana? En el centro se hallaba el grupo formado ya a comienzos de la guerra por Helmuth von Moltke. Se le denomina generalmente «el círculo Kreisau», nombre correspondiente a la finca de Moltke en Silesia, y donde él reunió, en 1942 y 1943, a un numeroso y constantemente creciente grupo de antinazis para trazar con ellos minuciosamente los detalles del programa que el primer gobierno que sucediera a Hitler había de presentar al mundo. En estas reuniones se tomaron bastantes acuerdos sobre cuestiones fundamentales de política social, económica, religiosa y exterior. El expediente del castigo de criminales de guerra consideraba la aprobación de la legislación retroactiva en cuanto a la «pena de muerte o encarcelamiento» de todos aquellos que habían delinquido contra «la ley divina, internacional y positiva»... concepto que no era básicamente diferente del de la Ley del Consejo de Control Aliado de 1945, en virtud de la cual fue convocado el Tribunal Internacional Militar en Nuremberg. En segundo lugar, se acordó la designación de quienes habían de asumir la administración del país en sustitución de los funcionarios nazis en cuanto su golpe contra Hitler tuviera éxito.

Hacia una nueva Alemania

Kreisau fue una central generadora de ideas, de energías políticas y de proyectos certeros. Moltke, sin duda alguna la persona más sincera, incisiva e inspirada de todas ellas, no consideraba la tarea de la oposición únicamente como la de un órgano fautor de un gobierno. Sabía que la verdadera alternativa al sistema de Hitler atañía a la creación de una fuerza real y vital capaz de abrir la brecha de la regeneración moral y ética en Alemania. El hecho de que se entregara a objetivos tan elevados no significa que se perdiese en generalidades idealistas. Era hombre de leyes tanto por instrucción como por convicción: en la guerra trabajó como consultor de Derecho Internacional en el contraespionaje alemán, el famoso *Abwehr*, con Wilhelm Canaris y Hans Oster. Con la colaboración de estos dos refinados maestros del camuflaje político, Moltke pudo impedir crímenes nazis, previniendo a menudo con el tiempo justo a las víctimas señaladas en Noruega, Holanda, Bélgica y el norte de Francia.

Durante sus visitas a países neutrales, —por ejemplo Turquía en 1943— efectuó varios intentos para establecer contactos con diplomáticos y Gobiernos enemigos, pero en ese terreno recibió una amarga desilusión. Una de las debilidades de su





Izquierda, arriba: **Freisler (centro), fanático nazi que presidía el tribunal encargado de juzgar a los conspiradores. Siguió emitiendo sentencias hasta que una bomba aliada puso fin a su vida en la propia sala del tribunal (febrero de 1945).**
Abajo: **el conde Von Moltke, cabecilla del grupo antinazi que planeó y ejecutó el atentado de julio, presta declaración ante el tribunal. Fue condenado a muerte.**
Derecha: **Goering (izquierda) inspecciona el teatro del fallido atentado.**

posición era la de que, en tanto que «occidentalista» convencido, trazó planes a fin de acabar la guerra en el Oeste, sostuvo que de momento era preciso mantener el frente en el Este. Además, si bien en Turquía se declaró dispuesto, tras una apasionada discusión, a aceptar la rendición incondicional en nombre del Gobierno poshitleriano, sus ulteriores sugerencias, tales como simular un aterrizaje forzoso y situar por este medio un negociador totalmente autorizado en Inglaterra, para ultimar los términos de cooperación entre los aliados y la oposición antes o después de la invasión de Francia, se hallaban teñidas aún de un patente color «Occidente solo», tinte que era en él psicológicamente comprensible (su madre era escocesa-sudafricana), pero que resultaba tácticamente peligroso. Efectuó posteriores aproximaciones a los Gobiernos británico y norteamericano desde Estocolmo, aunque le fue denegado el apoyo por el ministro de Asuntos Exteriores de la neutral Suecia. La única respuesta de Occidente fue un silencio total. Fueran cuales fuesen las opiniones sustentadas en Downing Street y en Washington sobre el valor y la confianza que merecía la oposición en el interior del Reich, los Gobiernos occidentales no estaban dispuestos a entablar negociaciones que pudiesen despertar los recelos de Rusia sobre una paz separada entre Alemania y Occidente.

Otra dificultad en la posición de Moltke estribaba en que, hasta finales de 1943, se mostró inconmoviblemente opuesto a la idea del asesinato de Hitler. Detenerlo y juzgarlo, sí, pero asesinarlo, no. Y no sólo lo pensó, sino que a menudo dijo que ellos no eran los tipos idóneos para llevar a cabo un intento de asesinato: «Somos todos aficionados y sólo haríamos una chapuza», manifestó, con trágica lucidez, en una ocasión. «¿Por qué somos opuestos al nacionalsocialismo? —preguntó a un amigo—. Seguramente porque ha obrado mal convirtiéndose en un sistema. Tampoco nosotros debemos lanzarnos a nuestra tarea de renovación empezando con una acción reprobable.» Sin embargo, al regreso de su desilusionante viaje a Turquía, en septiembre, dijo al general Von Falkenhausen, en Burdeos: «A pesar de todos nuestros escrúpulos, realmente no nos queda otra solución sino la de eliminar físicamente a Hitler.»

Stauffenberg se une a los conjurados

Stauffenberg, al introducir finalmente una bomba en el salón del Führer, actuó como solitaria vanguardia de la oposición.





Hitler visita en el hospital al almirante Puttkammer, que había resultado herido por los efectos de la violenta explosión.

Sondeado discretamente en 1942, había respondido: «No, primero debemos ganar la guerra. Cosas como esa no son permisibles en guerra, especialmente en una guerra contra el bolchevismo. Pero cuando volvamos a casa sabremos cómo actuar contra la peste parda.» Mientras estaba recobrándose en el hospital de las graves heridas recibidas en Africa del Norte (el hombre que quiso matar a Hitler tenía sólo un ojo y un brazo, y hubo de colocar la espoleta con un instrumento semejante a una pequeña pinza sujeta a los tres restantes dedos de su mano izquierda), miembros del círculo de Kreisau le hablaron y lo convencieron. Cuando comenzó su tarea oficial de jefe del Estado Mayor y del Ejército de Reserva, la oposición no tenía combatiente más decidido en sus filas que este aristócrata alemán del sur, amante de la poesía.

Se unió a los demás cuando, tras años de desengaño y frustración, se hallaba deprimido moralmente. Oster y Canaris habían sido reemplazados en los servicios Secretos de las SS; Moltke estaba encerrado; los aliados, firmes en su fórmula de «rendición incondicional», ignoraban la existencia de la oposición alemana; muchos fueron los alemanes afectados profundamente por una sensación de aislamiento, desesperanza y hasta desesperación. El «Día D» situó a los ejércitos aliados en Francia; los rusos pisaron la Prusia oriental. Stauffenberg envió un amigo al general Tresckow, destacado conspirador, para preguntarle si merecía la pena seguir adelante. «Debe ser intentado a toda costa el asesinato —fue la respuesta—. Debemos demostrar al mundo y a las generaciones futuras que los hombres del movimiento alemán de oposición se atrevieron a dar el paso decisivo y a arriesgar sus vidas por él. Eso es lo que más importa.» Stauffenberg estuvo de acuerdo y se dispuso a actuar.

El día fatal

Mientras, en aquel decisivo 20 de julio de 1944, Stauffenberg esperaba fuera de la sala de conferencias a que se produjera la explosión, Heusinger proseguía su informe oral en el interior de la sala. Luego, Hitler y los oficiales que le rodeaban, se acercaron al mapa extendido sobre la mesa. El coronel Brandt, que en 1943 había sido el inocente portador de las botellas de coñac rellenas de explosivos (pues fueron varias las veces que estos conspiradores prepararon atentados contra Hitler, el cual tuvo siempre una increíble suerte... y una excelente protección), reparó en la cartera de mano de Stauffenberg y, para que no estorbase al Führer, la puso solícitamente en el otro extremo de la mesa. Pocos instantes después la bomba estallaba. El propio Brandt y dos oficiales que estaban de pie a la derecha de Hitler resultaron muertos en el acto, así como un taquígrafo. Otros dos oficiales fueron gravemente heridos, mientras que otros, que se encontraban más lejos al producirse la explosión, solamente recibieron heridas leves. Hitler resultó también levemente herido.

Stauffenberg, al oír la explosión, voló a Berlín con la convicción de que Hitler había muerto. Durante cosa de cinco horas, los rebeldes ocuparon el centro neurálgico del gobierno en Berlín. Sin embargo, no tardó en evidenciarse que, si bien existía un programa, directrices y hombres para el primer Gobierno posnazi de Alemania, no habían sido elaborados en absoluto los verdaderos detalles de un golpe de Estado de escala total, cosa que incumbía a los jefes militares. Cuando al atardecer llegaron las noticias de que el Führer vivía, todo se hundió. La conspiración surtió mejores efectos en París, donde el gobernador de la Wehrmacht de Francia, Karl Heinrich von Stulpnagel, logró encerrar en una prisión francesa a todos los jefes de las SS y las SD. Luego se fue a visitar al jefe del Ejército, que no era otro que Kluge, anterior comandante del Grupo de Ejércitos del Centro, y le pidió que actuara contra el Alto Mando nazi e hiciese la paz. Al final, Kluge dijo: «Lo haría si los cerdos estuvieran muertos.»

Pagan con sus vidas

En Berlín se restauró la autoridad nazi al anochecer. Uno o dos jefes de la conspiración, incluido el general Beck, se suicidaron. Stauffenberg fue ejecutado por un pelotón en el patio del Ministerio de la Guerra, ahorrándosele así la tortura, la degradación y el juicio público, bajo el impúdico y fanático juez Freisler, y la terrible ejecución consistente en morir colgado de un gancho de carnicero. Tal fue el sino de sus amigos, de la mayoría de los componentes del círculo de Kreisau y de muchos otros que sólo se hallaban comprometidos superficialmente. Tal había de ser el final de Von Moltke al salir a flote los secretos de Kreisau bajo la tortura de la Gestapo.

Estos hombres deseaban prepararse para un mundo en el que el objetivo y la norma fuesen la decencia y la tolerancia política y nacional. Por ello sufrieron en silencio durante muchos años y pagaron finalmente con sus vidas los pecados de otros.

Harold Kurtz

Trabajo extranjero en el Tercer Reich

No todos los obreros empleados en el Tercer Reich fueron prisioneros. Muchos buscaron por propia voluntad trabajo en las fábricas de Alemania, como medio de practicar su oficio y aumentar sus ingresos...

A finales de 1944 había más de ocho millones de extranjeros que trabajaban en el Tercer Reich. Si bien este enorme número debe ser considerado en función de los igualmente enormes movimientos de población que se produjeron en Europa en aquellos años, subsiste el hecho de que el empleo de trabajadores extranjeros fue uno de los aspectos más característicos y singulares del esfuerzo bélico alemán. La gran mayoría eran peones de la industria o agricultura, mientras que una importante minoría eran obreros especializados. Pocos fueron los extranjeros destinados a labores de oficina. A finales de la guerra, uno de cada cinco de los trabajadores que vivían en Alemania no era alemán; y casi el treinta por ciento de los empleados en tareas industriales no eran alemanes.

Los trabajadores extranjeros no eran esclavos. En su mayoría, tampoco eran prisioneros, aunque no faltaron casos de prisioneros cuya condición fue modificada con objeto de que pudieran trabajar regularmente. Su estado legal difería tanto como su lugar de origen. El obrero ruso en Alemania solía proceder de «razzias» efectuadas a punta de bayoneta; y se le trataba como al ganado, mientras que el francés podía muy bien haber encontrado por su propio deseo un trabajo de fábrica y alojamiento en Alemania, a fin de practicar su oficio y aumentar sus ingresos.

Antes de la guerra, la Oficina del Plan Cuatrienal pensó utilizar a Polonia como cantera de trabajadores agrícolas. La invasión de este país, su reparto y la política económica seguida en él, produjeron pronto un alud de trabajadores que buscaban empleo en Alemania. Al mismo tiempo, los 300.000 prisioneros de guerra polacos fueron destinados a tareas de recolección de las cosechas. A comienzos de 1940, Hans Frank, el gobernador general nazi de Polonia, recibió la orden de reclutar un millón de trabajadores, las tres cuartas partes de ellos con destino a la agricultura. Se le dijo también que emplease la coacción si el reclutamiento voluntario fallaba.

El número de prisioneros procedentes de la Europa occidental fue mucho más elevado que los que proporcionó la campaña contra Polonia. Más de un millón de franceses fueron retenidos en Alemania como rehenes que garantizaban el buen comportamiento del Gobierno de Vichy pero, al principio, su trato continuó siendo, regido por los convenios de Ginebra. Los primeros trabajadores de jornada normal comenzaron a afluir de Occidente, en septiembre de 1940, debido al enorme desempleo que azotaba a Francia y Bélgica y a los estrictos controles de salarios impuestos por los ocupantes alemanes. Una red de agencias reclutadoras alemanas, mantenidas por el Frente Alemán de Trabajo, alentaba este movimiento. Tales trabajadores eran destinados a diversas tareas y, durante los primeros tiempos, fueron empleados en casi las mismas condiciones que los alemanes. A finales de 1940, 220.000 trabajadores occidentales habían partido voluntariamente a Alemania, y la subsiguiente invasión de Dinamarca aumentó la marea. El mayor contingente procedía de Bélgica, donde era más agudo el paro. Así, pues, incluyendo los prisioneros de guerra, había unos tres millones de extranjeros trabajando en el Reich en mayo de 1941, si bien muchos fueron empleados sólo en tareas ocasionales de baja productividad.

El fracaso del Ejército alemán ante Moscú obligó a trasladar a Alemania mayor número de trabajadores extranjeros. Hasta entonces, éstos habían sido útiles para producir más alimentos, destinados a mitigar los rigores del bloqueo aliado y para aliviar la presión de la demanda de mano de obra especializada en las fábricas alemanas. Pero, con el fracaso de la *Blitzkrieg* en Rusia, todo el plan cambió. Se buscaron millones de extranjeros para trabajar hasta en las fábricas de municiones. Esta situación desesperada obligó a Hitler a atenuar sus objeciones raciales y políticas, llevando rusos al Reich. Por motivos administrativos, los rusos eran los más fáciles de reclutar: en la primera gran ofensiva fueron hechos prisioneros tres millones de rusos. La tarea de llevar a Alemania a esos rusos y cualesquiera otros trabajadores que pudieran ser reclutados recayó en Fritz Sauckel, designado en marzo de 1942 plenipotenciario para la distribución del trabajo. Desde la fecha de su nombramiento, Sauckel fue el principal abogado del empleo de la mano de obra extranjera en Alemania. Nazi furibundo y ex-*gauleiter*, deseaba ahorrar al pueblo alemán, en lo posible, la carga de la gue-

Cartel de propaganda destinado a exaltar las ventajas de ir a trabajar a Alemania. La dura realidad era bien diversa de lo que prometían estas idílicas imágenes...







1 Propaganda para el reclutamiento de trabajadores belgas. *2* Este cartel, difundido en Holanda, exhorta a los ciudadanos a entrar voluntariamente en los servicios de trabajo nazis. *3* Un grupo de trabajadores franceses parte hacia Alemania. Al principio, muchos voluntarios partían desde Francia, pero los métodos cada vez más brutales del reclutamiento estimularon más y más el resentimiento de la población gala. *Derecha: 1* Una de las insignias distintivas que los trabajadores extranjeros del Tercer Reich debían llevar bien a la vista. Esta corresponde a un trabajador ucraniano. *2* Una fila de campesinas ucranianas sube al tren que las deportará a Alemania. *3* Fritz Sauckel, el tecnócrata encargado de reclutar millones de trabajadores.**

rra, exprimiendo a Europa para el trabajo de las fábricas alemanas. Poco después de su nombramiento, dos trenes completos de carga partían de los principales centros rusos con destino a Alemania. Aunque intentó mejorar las condiciones laborales de los individuos procedentes del Este, los métodos empleados para reclutar trabajadores se tornaron cada vez más rudos, en ocasiones degenerando en salvajes y brutales cacerías humanas con el fin de alcanzar las cotas previstas.

Desde el día de su nombramiento hasta finales de agosto de 1942, Sauckel reclutó 1.600.000 trabajadores extranjeros, de los cuales más de un millón procedían de Rusia y de la Europa occidental. Como resultado de ello, cambió por completo la composición de los trabajadores extranjeros en Alemania y también su estatuto legal. Los recién llegados eran mirados con temor y repugnancia, aunque se lanzaron campañas de propaganda en su favor, presentándolos como camaradas en la lucha para salvar a Europa del bolchevismo.

1



2



3

Desde la primavera de 1942, los trabajadores extranjeros habían sido empleados al extraordinario ritmo de 340.000 por mes. Había unos seis millones de ellos en Alemania al terminar la guerra.

La naturaleza de la economía en época de guerra exige que la proporción de obreros especializados y semiespecializados sea mucho mayor que en época de paz. Al mismo tiempo, con el aumento del nivel de mecanización, la producción se automatiza y se vuelve estandarizada. Las nuevas y perfeccionadas máquinas-herramientas permitieron emplear a los rusos hasta en las fábricas de armamento o destinarlos a las tareas que se habían convertido ya en más o menos automáticas. Había, pues, peligro de sabotaje; tal fue el caso, por ejemplo, en las muchas nuevas fábricas de aviones, que utilizaron a gran número de extranjeros. En general, la proporción de trabajadores extranjeros fue también muy alta en otras industrias vitales para la guerra, sobre todo donde era necesaria mucha mano de obra no especializada: las minas de carbón y las fábricas de acero emplearon gran número de obreros rusos.

La creciente demanda de obreros especializados y la creciente actividad de los partisanos rusos, movió a Sauckel a fijarse en Francia. De este país había de llegar a finales de 1942 y comienzos de 1943 una cantidad de trabajadores casi tan grande como la aportada por Rusia. Desde enero de 1943, Sauckel aumentó la presión sobre el Gobierno francés para que éste constriñera a sus obreros industriales a dirigirse hacia Alemania; esta presión culminó en las leyes laborales que decretaban el reclutamiento de jóvenes obreros para el trabajo obligatorio. Muchos fueron empleados en Francia, pero los métodos de reclutamiento utilizados eran en gran medida coactivos. En los primeros seis me-

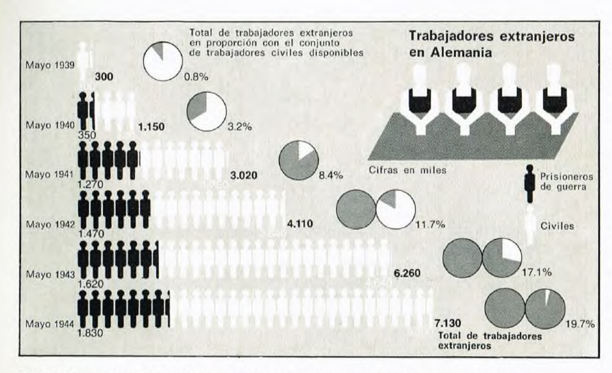


Gráfico ilustrativo de las cifras y porcentajes correspondientes a los extranjeros que trabajaron para el Reich entre los años 1939 y 1944.

ses de 1943, unos 400.000 trabajadores abandonaron Francia con destino a Alemania. La proporción de obreros especializados era mucho mayor que entre los rusos, como lo era la de los obreros industriales de toda clase.

Reclutas para la asistencia

En verano de 1943 comenzaron a fallar los métodos de Sauckel. Descendió asombrosamente el número de trabajadores de Rusia y Francia; de este último país, pasado el mes de agosto llegaron menos de 5.000. De los cien aprendices de un taller de Troyes que recibieron la orden de partir a Alemania, sólo once se presentaron en el tren... y diez de ellos desaparecieron antes de llegar a su destino. Tanto en Rusia como en Francia, los hombres preferían unirse a la resistencia antes que ir a Alemania. La consecuencia fue que el Reich no pudo utilizar el trabajo de estos hombres ni siquiera en su país de origen: era la más eficaz crítica a las acciones de Sauckel.

Éste rehusó, no obstante, cambiar de método, y en 1944 un cuarto de millón de trabajadores extranjeros llegaron a Alemania.

Muchos procedían de Italia y Polonia, y los prisioneros de guerra se vieron forzados a trabajar duramente. Pero la economía alemana se benefició mucho menos de ello que en 1942 y 1943: el curso de la guerra no podía ya ser disfrazado a los trabajadores extranjeros, aunque los periódicos editados en veinte lenguas hacían todo lo posible para contrarrestar esta evidencia.

Los rusos siguieron constituyendo el mayor grupo de trabajadores extranjeros después de 1943. De las mujeres obreras, las rusas sumaban la mitad. La idea original de Hitler había sido emplearlas como sirvientas para aliviar a las mujeres alemanas, pero todos quedaron asombrados de su capacidad para el trabajo industrial; en muchos aspectos, eran ellas las que daban mejor rendimiento.

No obstante, la ley alemana continuó estableciendo diferencias entre los trabajadores del Este y los demás. Los primeros obreros polacos llegados a Alemania habían sido obligados a llevar un distintivo que los señalaba como pertenecientes a una raza inferior, y tal práctica se extendió después a todos los trabajadores de la Europa oriental. Todos ellos tenían que pagar un impuesto deducido del salario. Estaban excluidos de los beneficios de cierta seguridad social, y se les prohibía vivir en casas particulares. Su llegada significó el comienzo del enorme programa de construcción de campamentos provisionales para trabajadores extranjeros. Los campamentos para los obreros del Este, por lo general esparcidos en la vecindad de las fábricas, eran infectos: los servicios sanitarios eran deficientísimos y escasa la asistencia médica. Antes de 1942, se concedía a los trabajadores del Oeste cartillas de racionamiento, pero con la llegada de los rusos todos tuvieron que acudir a cantinas especiales. Las raciones de los trabajadores del Este eran inferiores; incluso eran enterrados en cementerios especiales.

Durante largos períodos de 1943, en Alemania hubo más trabajadores franceses que rusos. Los franceses ya constituían el segundo grupo más numeroso después de 1942. Se les achacaba negligencia en el trabajo y se los culpaba de muchos actos de sabotaje; sin embargo, su destreza los hacía indispensables. Y puesto que a su llegada estaban mejor alimentados y vestidos, a menudo eran preferidos por los patronos. Por lo general, a los obreros holandeses se los clasificaba como los mejores y a los italianos como los peores.

Los trabajadores extranjeros no dieron tanto rendimiento en Alemania como los mismos alemanes, y se plantea la cuestión de si no hubiese sido más sensato haberlos empleado en las fábricas que en sus países de origen trabajaban para Alemania. Albert Speer, el ministro de Economía de Guerra, intentó, en efecto, introducir tal política en junio de 1943 y obtuvo algún éxito en Francia. Sin embargo, como la productividad en los países ocupados era mucho más baja que en Alemania, el rendimiento de un obrero francés en Francia no resultaba más elevado que el del mismo obrero en Alemania, mientras que el riesgo de sabotaje era ciertamente mucho mayor.

El enorme número de trabajadores extranjeros empleados en Alemania permitió triplicar la producción bélica alemana a partir de 1942, con escaso incremento del número de alemanes empleados. Durante la guerra, apenas hubo un ligero aumento en el nivel de mujeres empleadas en la industria, a pesar de lo cual Alemania fue capaz, hasta el final de la guerra, de cubrir las tremendas pérdidas sufridas por sus fuerzas armadas. A pesar de la baja productividad de los trabajadores extranjeros, su número era tan grande que el Gobierno alemán siempre pudo contar con suficiente mano de obra. La producción de guerra depende, en última instancia, del número de trabajadores disponibles, y, puesto que la mano de obra alemana no fue, ni mucho menos, utilizada totalmente en el esfuerzo bélico, puede decirse que los trabajadores extranjeros sustituyeron a los alemanes en estas tareas. Aunque a corto plazo coronada por el éxito, la política de Sauckel fue a la postre contraproducente: en 1944 reclutó probablemente más hombres para los movimientos de resistencia que para la industria alemana.

A. S. Milward

Evolución de la sociedad británica

La lucha por la supervivencia originó dentro del país una serie de cambios sociales duraderos. La escasez de comida y la falta de ropa hicieron que Gran Bretaña surgiese de la guerra como una sociedad muy distinta de la anterior, con un nuevo énfasis puesto en la igualdad social.



Miembros de las W.A.A.F. (Fuerza Aérea Auxiliar Femenina), durante un desfile, realizado en el año 1940.

La historia interna de Gran Bretaña durante la Segunda Guerra Mundial se divide *grosso modo* en tres períodos: el de la «falsa guerra», durante el cual la sociedad británica batalló con el fantasma de la guerra pronosticada por los intelectuales en los años 30; el de la batalla de Inglaterra y los grandes éxitos germanos, en el cual la nación estuvo al borde de la derrota; y el de la amenaza que hacían pesar los submarinos enemigos sobre sus líneas de abastecimientos.

La declaración de guerra del 3 de septiembre de 1939 no provocó el entusiasmo que caracterizó los primeros días de agosto de 1914. No hubo regocijo, ni se bailó en las calles, sino que, como dijo cierto periódico, «el sentimiento de liberación moral fue indecible». Hubo menos patriotería, pero la prolongada búsqueda de la paz durante el período de apaciguamiento había consolidado en el pueblo un sentimiento nacional más profundo.

Todo el mundo estaba convencido de que la guerra, al igual que en España y en Etiopía, significaría bombardeos. Y pocas horas después de la declaración de las hostilidades, las sirenas pusieron en fuga a los habitantes de Londres y del sudeste del país en busca de refugio. Resultó ser, sin embargo, una falsa alarma y por el momento no se produjo ninguna otra.

No obstante, el Gobierno siguió adelante con sus planes para prevenir los esperados bombardeos. Se construyeron refugios antiaéreos y se apilaron sacos de arena en todos los espacios disponibles. Dado que los gases venenosos constituían una amenaza latente, se instalaron «detectores de gas» en las calles, y, al mismo tiempo, se proveyó a la población civil de caretas antigás. A partir del 1.º de septiembre se decretó el apagón total, y, a consecuencia de ello, los accidentes automovilísticos doblaron en número. El reclutamiento, implantado también en vísperas de la contienda, prosiguió su marcha y se compiló un Registro Nacional; sin embargo, a finales de 1939 aún había cerca de un millón de parados.

A comienzos de 1940, la prensa empezó a hablar abiertamente de la «atrofia muscular progresiva» que aquejaba al esfuerzo bélico británico bajo la guía de Neville Chamberlain. En abril se produjo la invasión alemana de Escandinavia, a la que siguió el fracasado desembarco británico en Noruega. Este hecho constituyó el caballo de batalla de los descontentos, y el 10 de mayo el Gobierno conservador de Chamberlain dio paso a un Gobierno de coalición nacional presidido por Winston S. Churchill.

La invasión alemana de los Países Bajos, a la que siguió poco después la rendición de Francia y la evacuación de las tropas británicas y francesas de Dunkerque, alejaron de los titulares de prensa el acceso de Churchill al poder. Dunkerque mostró de forma inequívoca a los británicos qúe la guerra por la supervivencia había dado comienzo y que la invasión del país podía producirse de un momento a otro. A fin de confundir al potencial invasor, se quitaron los postes de señales o se borraron sus indicaciones. Asimismo, cuando el Gobierno pidió que se renunciase a los días festivos, la respuesta fue inmediata y favorable; los retrasos a la hora de entrar a trabajar y el absentismo prácticamente desaparecieron; la jornada laboral se prolongó de forma muy considerable y la productividad aumentó. Los efectos fueron, sin embargo, temporales, pues, como había demostrado la Primera Guerra Mundial, más horas de trabajo no implican, durante cierto tiempo, mayor productividad. Pero, aunque temporal, el espíritu de Dunkerque era auténtico.

Poco después de Dunkerque tuvo lugar la batalla de Inglaterra, el fracasado intento de Hitler de acabar con la R.A.F., y, luego, el *Blitz,* cuyo objetivo era desmoralizar a la población. La batalla de Inglaterra, ejemplo único en una guerra que iba a ser ganada por todo un pueblo, fue librada por una *élite:* «los Pocos» de un famoso discurso de Churchill. Mientras los habitantes del Sur de Inglaterra podían ver cómo se combatía sobre sus cabezas, el resto del país escuchaba la B.B.C., cuyo comentarista describía la lucha de forma un tanto tremebunda y con la fraseología propia de un certamen deportivo.


HR



Izquierda: un grupo de salvamento, en el que se mezclan la indumentaria civil y la militar, intenta rescatar a las personas sepultadas bajo los escombros de un edificio destruido por un bombardeo en enero de 1943. *Arriba:* Churchill (a la derecha) entre los destrozos provocados en Londres por el «Blitz» (octubre 1940). *Abajo:* los bomberos londinenses luchan contra un incendio tras una incursión aérea alemana (febrero de 1944).

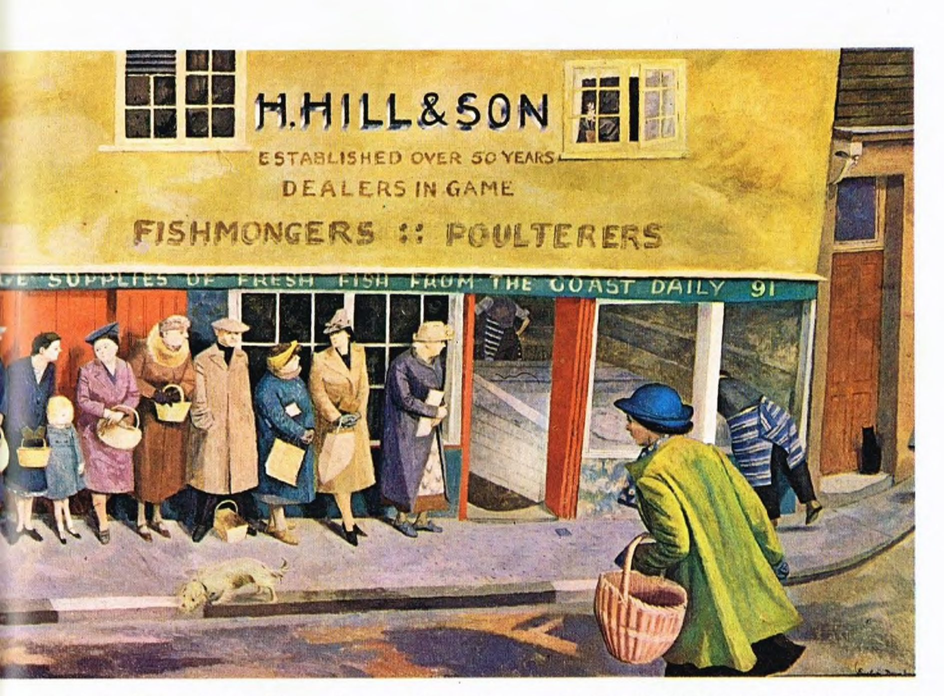


Hacia las cinco de la calurosa tarde de un sábado (7 de septiembre), dio comienzo el bombardeo intensivo de Londres. Durante ese primer fin de semana hubo algunas escenas de pánico a medida que se hundían casas y almacenes, se producían grandes incendios y los autobuses se precipitaban en las grietas abiertas en las calzadas. Londres fue bombardeado durante setenta y seis noches consecutivas, y, luego, de forma más esporádica, durante otros seis meses. Los londinenses se adaptaron rápidamente al nuevo modo de vida: por la mañana, forcejeaban para ir al trabajo, a menudo tras una noche de insomnio en un refugio o en las galerías del metropolitano; por la tarde, se abrían paso hacia su casa, encontrándose en ocasiones con que su hogar, y a veces su familia o sus amigos, habían desaparecido. El 14 de noviembre, el centro de Coventry fue arrasado, y en los meses de noviembre y diciembre otras ciudades sufrieron severos bombardeos. En todas partes, tras la confusión inicial, se producía una rápida vuelta al trabajo. En Coventry, por ejemplo, los dependientes llevaron a cabo su tarea en locales provisionales sin que se registrase un absentismo anormal.

Ninguna de las incursiones aéreas sobre las ciudades británicas alcanzó ciertamente las dimensiones de las que se lanzaron más tarde contra Hamburgo o Dresde. Las pérdidas en vidas humanas resultaron ser, de hecho, inferiores a las cifras que se habían predicho, si bien los daños materiales fueron mucho mayores y la bomba incendiaria (no los gases) constituyó una amenaza casi insuperable. En total, 60.000 civiles británicos perdieron la vida, y dos de cada siete casas resultaron destruidas o dañadas por las bombas.

Antes de que estallase la guerra se habían trazado planes para evacuar a madres e hijos fuera de las zonas de peligro. La primera evacuación tuvo lugar en septiembre de 1939, pero la mayoría de los evacuados ya habían regresado a finales de aquel mismo año. Con la llegada del *Blitz,* hubo que emprender una segunda y apresurada evacuación. Todavía se produjo una tercera ola de evacuaciones durante los ataques con bombas volantes (verano de 1944); en aquel entonces, hubo más de un millón de refugiados en alojamientos oficiales, y aunque muchas familias ricas eludieron sus responsabilidades en ese terreno, otras adquirieron un nuevo sentido social al entrar en contacto, por primera vez en su vida, con los habitantes de los barrios bajos.

Cuando el período más temible de los bombardeos cesó, las privaciones y la austeridad se agravaron: la batalla del Atlántico, encaminada a mantener abiertas las líneas de suministro, cobraba intensidad. A mediados de 1941, la ración



El avituallamiento doméstico durante la guerra, en una pintura de Evelyn Durban sobre el tema de las colas ante las tiendas de víveres; se trata, en este caso, de una pescadería.

semanal de algunos alimentos básicos equivalía tan sólo a lo que en cualquier casa desahogada de antes de la guerra se hubiese considerado necesario para una sola comida.

En el caso de los privilegiados, escasas eran las comidas pródigas que podían procurarse aún en lugares tales como el «Claridge's», pero por lo general las dietas corrientes sufrieron un proceso de nivelación y se institucionalizaron. Por otra parte, la mayoría de la población sólo podía comer bien a base de hacer cola pacientemente ante un «Restaurante Británico», nombre con que bautizó Churchill a los autoservicios de tiempo de guerra.

La ropa fue racionada a un traje por año. Aparte de alguna que otra brillante improvisación, la comunidad vestía con desaliño.

En medio de la típica monotonía del tiempo de guerra, se produjo un sorprendente renacimiento de las artes. A finales de 1940 se creó el C.E.M.A. (Consejo para el Fomento de la Música y de las Artes), patrocinado por el Gobierno. Estimuladas por las subvenciones del C.E.M.A., las orquestas sinfónicas británicas dieron conciertos también en las poblaciones pequeñas. Durante los críticos meses de 1940, las giras que realizó la compañía del teatro del Old Vic de Londres por el Lancashire y Gales estuvieron respaldadas por el C.E.M.A.

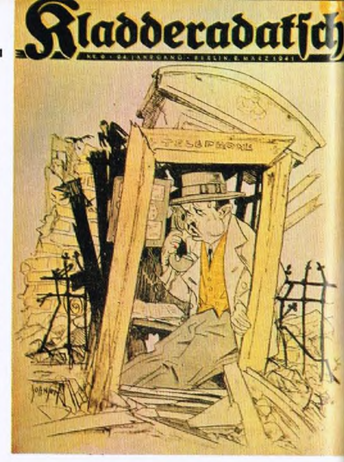
El cine gozó, como es lógico, de una gran popularidad, y el Gobierno adoptó las medidas oportunas para evitar que la industria nacional sufriese el impacto demoledor que significó para él la Primera Guerra Mundial. No cabe duda que muchas películas eran fastidiosamente patrióticas, pero aún así surgió por vez primera un auténtico estilo británico de hacer cine, fomentado por directores tales como David Lean y Carol Reed.

Las mujeres resultaron afectadas por la Segunda Guerra Mundial de igual modo que lo habían sido por la Primera. En esta ocasión, el Gobierno amplió el reclutamiento a las féminas, medida que se había creído de inminente aplicación en el curso de la guerra anterior pero que en realidad nunca fue llevada a efecto.

En la práctica, sólo las solteras en edades comprendidas entre los 19 y los 24 años fueron llamadas a filas, o para otros empleos. Al término de la guerra, había menos de medio millón de mujeres alistadas en los Servicios Auxiliares Femeninos de la Marina Real, en el A.T.S. (Servicio Auxiliar Territorial) y en la W.A.A.F. (Fuerza Aérea Auxiliar Femenina), y la



1





mayor parte eran voluntarias, no reclutas. En el terreno de lo civil, las mujeres trabajaron preferentemente en la industria ligera y en la agricultura. A finales de 1944, el 48 % de los funcionarios de la Administración eran mujeres, y el número de ellas que trabajaba en el comercio se había casi doblado, alcanzando el 62 % del total. En esta ocasión, no se formuló demanda alguna a favor del «voto para las mujeres», típica del período anterior a 1914, pero la experiencia bélica promovió otras dos causas: la obtención de igual salario para el hombre y la mujer y el movimiento contra la prohibición de trabajar para las mujeres casadas, vigente aún en muchas profesiones.

Una época de revoluciones

La guerra fue causa de una revolución económica y social por tres motivos: constituía un reto para las instituciones existentes, provocando su transformación en aquellos casos en que resultaban inadecuadas para las necesidades bélicas; precisaba de la participación de las clases menesterosas, que, como es lógico, se beneficiaron de la necesidad que apremiaba a la comunidad por sus servicios, y, finalmente, engendró la fuerte convicción moral de que la sociedad de posguerra debía ser mejor.

Con anterioridad a la guerra, el sistema hospitalario británico había sido caótico; frente a la súbita afluencia de heridos por causa de las incursiones aéreas, se creó un Servicio Hospitalario de Emergencia unificado, que proveía de tratamiento gratis. Gradualmente, la esfera de dicho servicio fue siendo ampliada, de forma que a finales de la guerra constituía una buena base de partida sobre la que edificar el futuro Servicio Nacional de Sanidad.

Izquierda: 1 **Patrulla antiparacaidista formada por estudiantes de Eton.** *2* **Caricatura alemana acerca del absoluto interés británico por mantener el contacto con los Estados Unidos a todo trance.** *3* **«Siluetas familiares», obra del pintor Harry Carr.** *Derecha, arriba:* **en 1940, muchos londinenses se acostumbraron a dormir todas las noches en los andenes de las estaciones del metro en busca de protección contra las incursiones de los bombarderos alemanes.** *Abajo:* **«El paro obrero, mitigado por la guerra», pintura de Stanley Spencer, quien presenta en ella una visión personal del trabajo en los astilleros del Clyde, importante centro de la producción naval que tanto contribuyó a la victoria aliada en la batalla del Atlántico.**



En diciembre de 1939, fecha en que fue tomada esta fotografía, la guerra no había aliviado aún el paro obrero, herencia de la década que tocaba ya a su fin.

La salud de la comunidad se benefició también de la forma en que fueron explotadas durante la contienda la investigación y planificación científicas, tristemente desdeñadas durante el período anterior. Se recurrió a los conocimientos científicos para garantizar que, a despecho de la escasez de alimentos, toda la comunidad disfrutase, por primera vez en su historia y gracias al suministro de aceite de hígado de bacalao, de zumo de naranja y de vitaminas incorporadas a algunos alimentos básicos, de una dieta totalmente sana.

En 1940, J. M. Keynes, el economista que clamaba en el desierto de la Depresión, fue incorporado de nuevo al Ministerio de Hacienda. Bajo la influencia keynesiana, el control de la economía fue menos patente que durante la Primera Guerra Mundial: mucho más sutil que en aquel entonces, resultó también mucho más duradero. En 1944, el Gobierno publicó el famoso libro blanco *Employement Policy* («Política del Empleo») prometiendo en él que los futuros Gobiernos mantendrían el gasto nacional bruto a un nivel lo suficientemente alto como para evitar el desempleo en masa. Como era de suponer, la tributación aumentó en gran medida, procurando con ello un poderoso instrumento para nivelar algunas de las desigualdades más flagrantes en el campo de los ingresos. Por último, la guerra estimuló enormemente las industrias tecnológicas del siglo XX: aviones, vehículos a motor, máquinas-herramienta, medicamentos, plásticos y electrónica, industrias éstas en las que Gran Bretaña llevaba cierto retraso.

Los grupos sociales que se beneficiaron de su participación en el esfuerzo bélico fueron los mismos de la Primera Guerra Mundial: las clases trabajadoras en general, las mujeres (como ya hemos visto), los jóvenes y los niños. Los obreros se beneficiaron debido a su sólida posición en la bolsa del trabajo cuando la fuerza laboral constituía un elemento esencial para ganar la guerra; se beneficiaron, asimismo, debido a que el Gobierno sabía que era vital captarse su pleno apoyo y cooperación, y se beneficiaron, por último, porque el Gobierno consideró necesario recompensarles por sus sacrificios en el campo de batalla y en la actividad laboral. Mientras el Gobierno intentaba controlar el coste de la vida mediante subsidios de comida, los jornales subían de continuo.

En conjunto, el salario semanal medio, que era de 53 chelines en 1938, había experimentado un alza del 80 % en julio de 1945, fecha en que el coste de la vida había subido tan sólo un 30 %. Los cambios que tuvieron lugar durante la guerra quedaron firmemente consolidados en 1946, al reducirse la semana laboral de 48 a 45 horas.

El Partido Laborista se labró un gran prestigio con su participación en el Gabinete de Guerra de Churchill. Al término de la contienda, junto con los votantes obreros, cuya autoconfianza había ido en aumento y cuyas apetencias habían sido estimuladas por la experiencia bélica, muchos electores pertenecientes a la clase media apoyaron por vez primera al Partido Laborista. Vencedores de las elecciones de 1945, los laboristas no intentaron dar marcha atrás al reloj de la Historia como había hecho el Gobierno de Lloyd George después de 1918. En vez de ello, sancionaron los nuevos niveles de tributación, la nueva actitud con respecto al bienestar, y, dentro de lo posible, todos los otros grandes cambios sociales a que dio lugar la guerra.

Arthur Marwick

Japón: los problemas internos



El emperador Hirohito inspecciona los daños causados por un bombardeo norteamericano en Tokio (1944). El año siguiente, dijo a su pueblo, al anunciar la rendición: «Hemos resuelto preparar el camino de la paz soportando lo insoportable y sufriendo lo insufrible.»

Después de que el Japón hubo pasado por el «valle oscuro» —la época del ultranacionalismo— y entrado en la Segunda Guerra Mundial, el pueblo nipón tuvo que soportar un desastre material sin precedentes, a pesar de lo cual no dio ninguna muestra de rebeldía.

La Segunda Guerra Mundial es un período que la mayoría de japoneses procuran olvidar. Para quienes lo vivieron, fue una época de amargura y penalidades con pocas compensaciones. Cuando terminó la contienda, millones de japoneses carecían de hogar, y dos millones y medio habían desaparecido o muerto. Pero estas cifras sólo nos cuentan una parte de la historia. El Japón se lanzó a la guerra con un nivel de vida mucho más bajo que el de sus oponentes: no podía mantener una lucha prolongada sin relegar a la mayor parte de su población a una condición de mera subsistencia. El pueblo japonés no había sido consultado sobre la decisión de entrar en guerra, pero se esperaba de él que continuara sacrificándose una vez perdida toda esperanza de victoria. No es extraño, pues, que la añoranza de los viejos

tiempos brille por su ausencia en el Japón actual.

Lo que sí resulta bastante sorprendente es que, a pesar de las penalidades sufridas por el pueblo japonés, no se produjese ninguna oposición popular al Gobierno imperial en el curso de la contienda. La guerra tampoco introdujo muchos cambios fundamentales en el modo de vida japonés. Si el Japón hubiese salido victorioso de la lucha, no habría desarrollado los métodos democráticos que trajo consigo la ocupación. La guerra preparó el terreno para tales cambios en la medida en que la derrota puso al Japón bajo el control extranjero y desacreditó el viejo orden de cosas.

¿Por qué se mostraron tan pasivos los japoneses durante la contienda? No hay una, sino varias respuestas a esta pregunta: un incesante diluvio de propaganda, una policía despiadada y omnipresente, que disponía de una amplia red de informadores, un respeto tradicional por la autoridad, al que venía a sumarse un sistema educativo ultranacionalista, y una estructura social muy cerrada, que hacía hincapié en la solidaridad del grupo y tildaba de egoístas las aspiraciones del individuo. Por otra parte, los japoneses se habían habituado a la guerra desde finales de los años 30. Cuando llevó a cabo su dramático ataque contra Pearl Harbour (diciembre de 1941), hacía más de cuatro años que el Japón se hallaba implicado en una serie de operaciones a gran escala contra China, y el término «frente interior» estaba en uso desde 1938. La entrada en la Segunda Guerra Mundial no alteró sustancialmente la vida cotidiana de los japoneses. El país había sido preparado para una guerra moderna mediante una serie de medidas, la más importante de las cuales fue, sin duda, la Ley de Movilización General, de marzo de 1938, que confirió al Gobierno poderes casi ilimitados para reforzar la defensa nacional. En su mayor parte, tales medidas sólo tuvieron que ser complementadas a partir de 1941.

Asimismo, con anterioridad a Pearl Harbour se produjeron una serie de sorprendentes cambios políticos. En 1940, los principales partidos se disolvieron «voluntariamente», y, en su lugar, se creó un partido de unidad nacional de carácter monolítico: la Asociación de Apoyo al Mando Imperial.

Los partidos políticos no fueron las únicas víctimas del deseo de unidad nacional. La idea de la lucha de clases había merecido siempre la reprobación de los gobernantes del Japón, y la existencia de sindicatos, aun cuando contaban, en 1939, sólo con 365.804 afiliados, resultaba intolerable. El ejército mantenía el punto de vista de que «el capital y el trabajo, debían contribuir al mejoramiento de la industria, en tal forma que los grandes amasen a los pequeños, y los pequeños respetasen a los grandes». En 1941, muchos dirigentes sindicales habían sido detenidos, y el número de miembros de los once sindicatos que todavía quedaban era de 895. En su lugar, el Gobierno patrocinó la Gran Asociación Industrial Patriótica Nipona, que incluía a patronos y obreros.

El Gobierno estaba igualmente interesado en controlar las mentes. A partir de 1937, un movimiento oficial en pro de la movilización espiritual de la nación inundó el país de propaganda ultranacionalista. Sin embargo, como instrumento destinado a controlar los sentimientos populares, resultó mucho más efectiva la creación a escala nacional (entre 1938 y 1940) de asociaciones locales y de vecindario. Tales asociaciones, que tenían profundas raíces en la sociedad japonesa tradicional, abarcaban a toda la población. En palabras del ministro del Interior, debían ser «las organizaciones básicas para el entrenamiento moral y la unión espiritual del pueblo». Trataban no sólo de aspectos tales como defensa civil, sanidad y saneamiento, bienestar y ahorros, sino también de la importantísima cuestión del racionamiento. La implantación de estas asociaciones fue sin duda un golpe maestro, pues ellas contribuyeron en gran medida a que el pueblo no opusiese resistencia alguna a la política belicista del Gobierno.

El nacionalismo en acción

Cuando el Japón entró en guerra, sus dirigentes esperaban que ésta concluiría rápidamente tras haber obligado a Norteamérica a reconocer la hegemonía nipona en el Asia oriental. No hubo intento alguno de aumentar las restricciones económicas. Las primeras victorias del Japón eliminaron las dudas iniciales entre la masa de la población, y la atmósfera que privaba en el frente interior era alegre, a despecho de que muchos hombres habían adoptado un uniforme civil de color caqui y las mujeres el *monpe*, un terno de trabajo, con pantalones bombachos, que las favorecía muy poco y que, por lo general, era un viejo quimono reajustado, pero sin la gracia de éste. Aun después de que la guerra hubo tomado un sesgo desfavorable para el Japón (mayo de 1942), el Gobierno siguió manipulando las noticias con vistas a dar una impresión favorable del curso de los acontecimientos. A diferencia de lo que ocurría en el caso de Alemania, la propaganda aliada no podía llegar al Japón. Era, por lo tanto, inobjetable el gran eslogan publicitario del Gobierno —el de la Esfera de Coprosperidad del Asia Oriental— que ponía de relieve los logros militares nipones y exaltaba la imagen de los japoneses como dirigentes, libertadores y hermanos de los demás pueblos más bien que sus explotadores. La propaganda japonesa tampoco dejó de sacar todo el partido posible de la aparente superioridad del Japón sobre otros países con respecto a los cuales siempre había experimentado un complejo de inferioridad. «A lo largo de decenas de miles de kilómetros, desde el Ártico hasta los Trópicos, a lo ancho de los siete mares y en cinco continentes, la tierra ha retumbado al paso de las legiones japonesas y los cielos han tronado al rugido de los caballeros alados nipones del aire», se jactó un diario japonés el 8 de diciembre de 1942.

¿Cómo reaccionaron a ese tipo de propaganda los liberales o los intelectuales del período anterior a la contienda ante la declaración de guerra del país? En su gran mayoría se mostraron muy dispuestos a repudiar cualesquiera manifestaciones en favor del Occidente que hubieran hecho anteriormente. Esto es válido sobre todo en el caso de los escritores: incluso aquellos que fueron encarcelados después de 1941 renunciaron a sus puntos de vista poco ortodoxos y fueron puestos en libertad. Muchos de ellos aceptaron inscribirse en organismos tales como la Gran Asociación de Poetas Tanka del Japón (*tanka* es un género poético nipón), que atacaba el «arte por el arte», la libertad, el comunismo y el individualismo, o la Asociación Patriótica de la Literatura Japonesa, que, en abril de 1941, discutió «la creación de una literatura de aniquilamiento de Norteamérica e Inglaterra». Algunos escritores veteranos, como Tanizaki Junichiro y Nagai Kafu, se mantuvieron al margen de esta tendencia, y escribieron obras de carácter no militarista —con las cuales se metió el Ejército— o, en todo caso, renunciaron a publicar. Su número fue, sin embargo, muy escaso. El nacionalismo había estado actuando durante tanto tiempo sobre la mente japonesa que, salvo en el caso de un puñado de personas, todos los demás valores se refugiaron en la sombra. Otro tanto ocurrió con la religión. Muchas sectas aceptaron fusionarse entre sí con vistas a eliminar de sus credos cualquier apariencia de extranjerismo. Prueba evidente de las absurdidades en que podía



caer el nacionalismo es un artículo publicado en 1942, que intentaba demostrar que Jesucristo había nacido en el norte del Japón.

En el curso de la indecisa lucha por Guadalcanal (finales de 1942), el frente interior entró en una nueva fase. Hasta entonces, el producto nacional bruto había aumentado sólo marginalmente. En el curso de los dos años siguientes, subió casi un 25 %, mientras que los gastos gubernamentales experimentaron un alza de más del doble. Ello no representó ningún problema grave, pues las instituciones financieras adquirieron grandes cantidades de bonos del Gobierno. Había, sin embargo, otros problemas realmente difíciles. La rivalidad existente entre el Ejército y la Marina, en especial sobre la asignación de suministros, había dañado seriamente el esfuerzo de guerra. Otro obstáculo a la planificación bélica era la fuerte postura del *Zaibatsu*, las grandes compañías que habían monopolizado la industria japonesa antes de la guerra y que habían aumentado su influencia al dominar las asociaciones de control, creadas después de 1941 con el fin de determinar el apoyo que debía prestarse a cada industria. Para superar estos intereses partidistas, el gobierno de Tojo decidió crear, en noviembre de 1943, un Ministerio de Municiones bajo la dirección personal del primer ministro. Desgraciadamente para Tojo, que se había erigido a sí mismo en dirigente bélico del Japón y que estaba pagando ahora el precio con un descenso de su popularidad debido a los reveses que sufría el país, la proyectada unificación del control jamás llegó a ser una realidad. Las posturas dispares del *Zaibatsu*, del Ejército y de la Marina eran demasiado profundas.

Sin embargo, la auténtica debilidad del Japón no radicaba tanto en una deficiente planificación y coordinación como en una inadecuada capacidad naval. Contando con

Pintura sobre el trabajo de las mujeres japonesas durante la guerra. A pesar de todo, el verdadero cambio de las condiciones sociales femeninas se produciría más tarde, en el curso de la ocupación norteamericana.

unos recursos materiales muy escasos, su producción bélica dependía de las importaciones, y en 1944 éstas habían experimentado una drástica reducción gracias, sobre todo, a la guerra submarina. De los seis millones de toneladas de buques mercantes con casco de acero y aptos para navegar por el océano con que contaba el Japón al entrar en guerra, y de los cuatro millones de toneladas construidas en el curso de la contienda, sólo una porción muy escasa de mercantes estaba en condiciones de ser utilizada en agosto de 1945.

Estas severas pérdidas navales tuvieron graves consecuencias para las condiciones de vida en el Japón. Con anterioridad a la guerra, el país importaba el 20 % del arroz

que consumía, y esta cifra era crucial. Aun en el caso de ser distribuido equitativamente, el suministro de comida procuraba tan sólo una dosis de calorías del orden del 6,4 % por encima del mínimo vital. La extensión de las tierras cultivadas en el mismo Japón no podía ser ampliada, y cuando las importaciones de fertilizantes quedaron interrumpidas no se pudo mantener el alto nivel de productividad de la época de preguerra. En tales circunstancias, la escasez alimenticia era inevitable.

Ya en 1942, hubo algunos indicios de ello. En 1940, el peso medio de los recién nacidos en Tokio era de tres kilos cien gramos; dos años más tarde, sólo llegaba a dos kilos novecientos gramos. El aspecto físico de la población adulta, muchos de cuyos miembros sufrían diarrea crónica debido a lo desequilibrado e inadecuado de la dieta, era otro indicio. Se calcula que la población japonesa tomaba en 1944, por término medio, una dosis de 1.900 calorías diarias, mientras que, en 1945, la dosis se había reducido a 1.680. En la época de preguerra, el término medio era de 2.265. El Gobierno hizo cuanto pudo para garantizar una justa distribución de los alimentos, a base de introducir el racionamiento en 1941, pero, a pesar de ello, la ración corriente en el caso de los trabajadores de la industria pesada sólo llegaba a las 2.001 calorías, mientras que la de una mujer dedicada a los trabajos de índole general era de 1.053. Asimismo, la calidad de los productos decayó. El Gobierno se vio obligado muy pronto a complementar los suministros con la distribución de arroz basto, cereales y patatas, que venían a reemplazar en parte el arroz blanco y fino que los japoneses habían encontrado siempre mucho más apetitoso. La distribución de otros alimentos, tales como semillas de soja, resultaba insuficiente para compensar las deficiencias en la ración de arroz. Así, pues, la población tuvo que recurrir cada vez más al mercado negro. Hacia el final de la guerra, casi un millón de personas salía cada domingo de Tokio para trocar prendas de vestir y otros artículos que escaseaban por verduras, legumbres y frutas. No es extraño, pues, que la insuficiencia de las raciones de alimentos básicos hiciese descender la productividad individual en la industria, y, asimismo, que las expediciones al campo fuesen las causantes en gran parte del absentismo a gran escala que caracterizó el último año de guerra. Ello no constituía, en verdad, el triunfo del espíritu sobre la materia, tal como preconizaba la propaganda gubernamental.

El suministro de alimentos constituía la mayor fuente de preocupación de la población civil, pero otras áreas del consumo resultaron todavía más afectadas. La conversión de las industrias textiles en fábricas de material bélico originó, por ejemplo, una reducción constante del cupo de prendas de vestir. La proporción de dinero gastado por una familia de tipo medio pasó de 9,1 % en 1940 a 1,3 % en 1944. La escasez de otros bienes de consumo aparece indicada claramente por el aumento de su precio en el mercado negro. Entre diciembre de 1943 y julio de 1945, la leña subió un 533 %, la cerveza un 750 %, los zapatos de cuero un 1.000 %, el jabón un 1.000 %, el azúcar un 1.030 % y las cerillas un 8.000 %. Estas cifras reflejan el caos de los últimos dieciocho meses de guerra. Hasta entonces, los controles y los subsidios gubernamentales habían impedido el alza brusca de los precios, a pesar de lo cual los gastos de los consumidores descendieron un treinta por ciento entre 1940 y 1944.

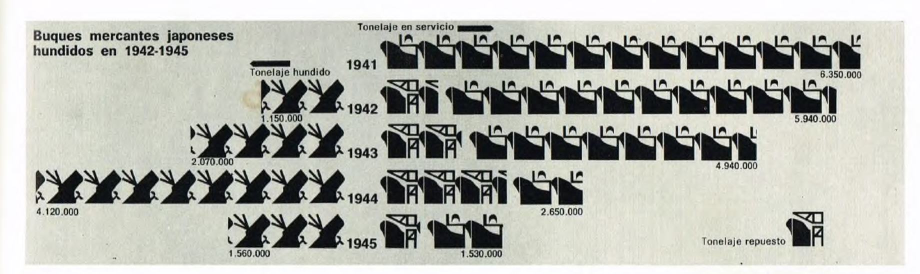
Una de las consecuencias del bajo nivel de vida fue la ruina de gran número de pequeños negocios dedicados a la producción o a la venta de bienes de consumo. Otra fue el ataque que lanzó Tojo contra el lujo a comienzos de 1944. Las privaciones que experimentaba la gran masa de la población exigía poner término al ostentoso derroche de los ricos que aún quedaban. A consecuencia de ello, se cerraron muchos restaurantes y teatros y las geishas quedaron sin empleo.

La guerra no introdujo, por lo general, cambios muy profundos en la vida de las mujeres japonesas. Si bien se afiliaron en gran número a las sociedades patrióticas femeninas, y recibieron, en algunos casos, una instrucción militar rudimentaria, su *status* social siguió siendo fundamentalmente inferior. Tan sólo la urgente necesidad de trabajadoras hubiese conseguido cambiar esta situación. Sin embargo, cuando finalmente, en 1944, empezó a escasear la mano de obra, el Gobierno prefirió reclutar estudiantes antes que personas del sexo débil. Aun cuando más de dos millones y medio de mujeres ingresaron en el mundo laboral entre 1940 y 1945, fue mucho mayor el número de mujeres que prefirió quedarse en casa. La emancipación sólo tuvo lugar después de la guerra. Las condiciones bélicas originaron, sin embargo, otros cambios sociales. El colapso de los transportes públicos obstaculizó las tradicionales visitas entre los parientes, lo cual debilitó los lazos familiares. Al mismo tiempo, la creciente inflación, que aumentó después de la rendición, redujo considerablemente el nivel de renta en las ciudades; en el campo, por el contrario, los ingresos aumentaron, puesto que los enormes subsidios gubernamentales resultaron especialmente ventajosos para los hombres que cultivaban la tierra.

Como es lógico, las condiciones industriales se deterioraron durante la guerra. Aun cuando los salarios subieron por término medio casi el cien por cien, se mantuvieron siempre rezagados con respecto a los precios, y gran parte del aumento se perdía en forma de impuestos más elevados y de ahorros nacionales «voluntarios».

Este empeoramiento de las condiciones existentes en el frente interior tuvo una cierta influencia en la caída de Tojo. Jamás había sido popular entre la *élite* de los gobernantes, y tampoco gozaba de grandes simpatías en el Ejército. En julio de 1944, tras la pérdida de Saipan, los estadistas más prestigiosos del Japón, los *Jushin*, se negaron a colaborar con él en la formación de un Gobierno de base más amplia. Forzado a abandonar el cargo, Tojo cedió finalmente cuando se le dijo que éste era el deseo del Emperador.

Con la caída de Tojo, la guerra entró en su fase final. El Japón se hallaba ya derrotado, aun cuando sólo pudiera hablarse en secreto de rendición. Aunque 1944 fue el año cumbre de la producción bélica, la destrucción de la marina mercante había interrumpido virtualmente las importaciones de las materias primas imprescindibles y no cabía esperanza alguna de alterar el rumbo de los acontecimientos. El 1 de noviembre de 1944, se produjo un signo inequívoco del próximo fin del Japón. Ese día, Norteamérica lanzó la primera de sus devastadoras incursiones aéreas contra las principales ciudades japonesas. Los nipones habían estado considerando durante largo tiempo la posibilidad de dichos ataques, pero en ciudades compuestas por densas aglomeraciones de casas de madera y papel era muy escasa la protección contra las bombas incendiarias. Por lo general, los refugios antiaéreos resultaban impracticables y las mismas autoridades los desaconsejaban; de ahí que sugiriesen a las familias que excavasen un refugio particular frente a su propia casa, protegiéndolo con baldes de agua y sacos de arena. Tokio, en especial, sufrió mucho a causa de las incursiones aéreas. La noche del 9 de marzo de 1945, durante la cual un fuerte viento reinante propagó el fuego y lo mantuvo en activi-





dad durante doce horas, causó una impresión tan profunda en el Japón como las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki. El número de muertos y desaparecidos fue, según los cálculos oficiales, de 197.000.

Las incursiones aéreas dieron el golpe de gracia a la economía. Hubo un intento tardío de dispersar la industria, pero se tropezó con una dificultad casi insalvable en el colapso de los transportes. La evacuación en masa de las ciudades resultó, en cambio, más efectiva. Durante los cinco meses finales de la contienda más de tres millones de personas abandonaron Tokio. Estos acontecimientos contribuyeron a reforzar la causa de los cada vez más numerosos partidarios de la paz. Entre éstos se contaban los políticos y los diplomáticos más veteranos, los cuales no veían razón alguna para apoyar el plan del Ejército, consistente en armar a la población con lanzas de bambú para la defensa a ultranza del país. Temían, asimismo, que si se llevaba la guerra hasta las últimas consecuencias, el resultado final tal vez fuese una revolución comunista. Sin embargo, como no había que descartar la posibilidad de que el Ejército diese un golpe de Estado y como, por otro lado, no existía garantía alguna de cuál sería en el futuro la posición del Emperador, puesto que los aliados exigían una rendición incondicional, el camino hacia la paz era difícil. Incluso tras la destrucción de Hiroshima y Nagasaki (agosto de 1945) y la decisión rusa de declarar la guerra al Japón, el Ejército se opuso a la rendición. Finalmente, en el curso de dos Conferencias Imperiales, el 9 y 10 de agosto y el 14 del mismo mes, los altos mandos militares depusieron su actitud gracias a la intervención personal del Emperador. De acuerdo con la tradición, el Mikado estaba por encima de la política, pero en aquel entonces sólo podía poner punto final a la agonía de la guerra. No ignoraba que su decisión podía conducir a la disminución e incluso a la completa desaparición de la institución imperial. Sin embargo, al obrar así, preparaban el terreno para un nuevo Japón que, en última instancia, había de resultar una mejor compensación para los sufrimientos del pueblo japonés que cualquier recompensa derivada de la victoria.

Arriba: **la destrucción de la flota mercante japonesa, debida en gran parte a los submarinos de los EE.UU.; en cuanto al tonelaje a flote en 1945, sólo un tercio estaba en condiciones de utilización.** *Abajo:* **muchachas japonesas fotografiadas durante la guerra en el curso de los ejercicios paramilitares que, entre otras cualidades, intentaban inculcarles el sentido de grupo y la aversión al individualismo.**

Richard Sims

La «guerra patriótica» rusa

Un tercio de la Rusia europea, o sea casi dos tercios de la base industrial de toda la U.R.S.S., fue ocupado y convertido en un erial por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. ¿Cómo es posible que la Unión Soviética surgiese fortalecida y victoriosa de la contienda?

La guerra de Rusia contra la Alemania nazi tuvo todas las características de una guerra patriótica. Desde el comienzo fue una contienda que afectó íntimamente a todo el pueblo ruso. Transcurridos seis meses desde que lanzaron los primeros ataques, las legiones de Hitler se encontraban a veinticuatro kilómetros de Moscú y una tercera parte de la Rusia europea se hallaba bajo la dominación nazi. De los veinte millones de rusos que perdieron la vida durante la contienda, muchos de ellos eran civiles y prisioneros de guerra, que o bien fueron asesinados a sangre fría o bien perecieron a causa de los trabajos forzados impuestos por los alemanes. Sin duda alguna, se trataba de una guerra que, en palabras de Hitler, amenazaba «la existencia misma de Rusia»; por ello, el pueblo ruso luchó no sólo en el campo de batalla, sino también en el frente interior. La historia de su lealtad frente a penalidades sin cuento es la historia de un auténtico patriotismo.



La Perspectiva Nevski, de Leningrado, durante el asedio de la ciudad, que se prolongó novecientos interminables días. En medio de la calle, la gente se abastece de agua en una boca de riego; las ventanas de los pisos bajos están protegidas con sacos de arena.

De ella han pintado los historiadores soviéticos un cuadro heroico que, aunque verídico en sus líneas esenciales, no recoge, sin embargo, toda la verdad. Como es lógico, los occidentales se formulan una pregunta: al combatir por Rusia, ¿luchaban también los pueblos de la Unión Soviética por el régimen estalinista, el sistema político que había resultado ser una cruel y ruin tiranía? Así fue hasta cierto punto, pues Stalin se dio cuenta de que la máxima preocupación de su pueblo era Rusia y, al hacer hincapié en la patria, en vez de exaltar a Lenin y al bolchevismo, consiguió que se le considerase un dirigente nacional. *Pero hay otra cara de la moneda. Al principio, muchos rusos recibieron a los alemanes como libertadores, y llegaron a colaborar con ellos; incluso se dieron casos de campesinos que se rebelaron contra algunos miembros del Partido.*

Toda vez que Rusia estuvo luchando por la supervivencia en 1941-42 y millones de vidas rusas colgaban del fiel de la balanza, era lógico que los dirigentes soviéticos clamasen por un «segundo frente» en el Oeste con objeto de aliviar la presión sobre el Ejército Rojo. El hecho de que no fuese posible crear dicho segundo frente hasta 1944 supuso la salvación de millones de vidas británicas y norteamericanas que, en caso contrario, se habrían perdido. Churchill lo admitió así cuando dijo que habían sido los rusos quienes «habían quebrantado la gallardía del Ejército alemán», con todo lo que ello implica en pérdidas humanas. Pero la cicatriz que ha dejado el recuerdo de la guerra en el alma rusa ha hecho que los historiadores



1



2

3


ГРАЖДАНЕ!
ПРИ АРТОБСТРЕЛЕ
ЭТА СТОРОНА УЛИЦЫ
НАИБОЛЕЕ ОПАСНА

4


ХАБАРОВСКИЙ
КОМСОМОЛЕЦ
ХАБАРОВСКИЙ
КОМСОМОЛЕЦ

5

no tomen en cuenta la contribución de británicos y norteamericanos al esfuerzo bélico ruso. Entre octubre de 1941 y marzo de 1946, Gran Bretaña entregó material de guerra por valor de 308 millones de libras. Y entre marzo de 1941 y octubre de 1945, los Estados Unidos enviaron suministros por más de 11.000 millones de dólares. Dado que los rusos no proporcionaron buques, el transporte corrió a cargo de los abastecedores (prácticamente, de los ingleses hasta junio de 1942). Fue, en verdad, una dura tarea. Entre 1941 y 1945, de los 811 barcos que cruzaron las aguas del Artico en dirección al norte de Rusia, 100 fueron hundidos.

Si bien es cierto que durante las horas más difíciles por las que pasó Rusia, desde el verano de 1941 al otoño de 1942, el volumen de los suministros anglonorteamericanos fue pequeño en relación con las necesidades soviéticas, también lo es que la producción norteamericana no podía ser aumentada de la noche a la mañana, y que la ayuda británica fue generosa si se tiene en cuenta la pobreza de la producción bélica del país, la cual tenía que ser repartida equitativamente entre los jefes de los diferentes frentes. Posteriormente, Inglaterra pudo mandar a la U.R.S.S. muchos más suministros. Los rusos no acertaron a mostrarse muy agradecidos por ello, como tampoco por la habilidad y la resistencia de los hombres que guiaron los diferentes convoyes por el Artico. A su vez, las potencias occidentales olvidan con harta frecuencia las pérdidas de su aliado comunista, incomparablemente superiores a las suyas: veinte millones de muertos. — S. R.

1 Un avión de caza «Hurricane» de la R.A.F. sobre la nieve caída en torno a Murmansk, en la Rusia septentrional; en septiembre de 1941, Gran Bretaña envió a la U.R.S.S. dos escuadrillas de tales aparatos. 2 Antes del tremendo asedio alemán de Leningrado, los habitantes de la ciudad excavan en sus afueras obras de defensa. 3 Dos mujeres soviéticas empleadas en una fábrica de obuses. 4 Así dicen las letras de gran tamaño que aparecen a la derecha de la fotografía, sobre una pared de la sitiada ciudad de Leningrado: «¡Ciudadanos! Durante los cañoneos, este lado de la calle resulta extremadamente peligroso.» Tal pared miraba al sur, dirección de donde procedían los obuses alemanes. 5 Fila de tanques «T34» construidos en 1942 por la organización juvenil comunista de Jabarovsk, en la Siberia oriental, según puede leerse en las inscripciones de las torretas.



Moscú, 1941: estudiantes y trabajadoras de la industria participan conjuntamente en los ejercicios femeninos de instrucción paramilitar, destinados a la constitución de reservas.

Los años anteriores a la contienda fueron testigos de un rápido desarrollo de la economía soviética. Durante el tercer Plan Quinquenal, la renta nacional pasó de 96.300 millones de rublos en 1937 a 128.000 millones en 1940. Asimismo, el número de oficinistas y de obreros manuales pasó de 11 millones en 1928 a un poco más de 30 en 1940. Este armonioso desarrollo de las fuerzas productoras de la Unión Soviética quedó interrumpido por la guerra. Millones de hombres, en edades comprendidas entre los 23 y los 36 años, fueron arrancados de los trabajos pacíficos. Los varones nacidos entre 1905 y 1918 ingresaron en el Ejército, y muchos voluntarios se alistaron en la Milicia Popular en Moscú, Leningrado, Kiev y otras ciudades.

En noviembre de 1941, las fuerzas enemigas habían ocupado un territorio en el cual antes de la contienda vivía el 40 % de la población soviética. Unos diez millones fueron evacuados a la retaguardia en el verano y el otoño de 1941, pero la gran mayoría no pudo huir. Más importante aún desde el punto de vista de las necesidades bélicas era el hecho de que el territorio en cuestión producía anteriormente una gran cantidad de materiales básicos: el 63 % del carbón, el 68 % de todos los lingotes de fundición, el 58 % del acero y el 60 % de la producción total de aluminio. Era importante, asimismo, en la cuestión alimenticia, ya que proporcionaba el 38 % de los cereales, el 84 % del azúcar, el 38 % de la carne de vaca y de los productos lácteos y el 60 % del ganado de cerda.

Los obreros del transporte llevaron a cabo una ingente labor trasladando las industrias a otras zonas, en especial a los Urales, a Siberia y a las Repúblicas del Asia Central. Entre julio y noviembre de 1941, más de 1.500 empresas industriales, muchas de ellas grandes fábricas de material bélico, fueron evacuadas por ferrocarril, y se efectuaron 15 millones de transportes por camión. El traslado fue realizado contra reloj. A menudo, los obreros, los técnicos y los ingenieros desmantelaban las fábricas bajo el fuego enemigo o el ataque de la aviación. Tras muchas jornadas de indecibles penalidades, llegaban a los lugares de destino para encontrarse con que no había complejos industriales capaces de suministrar equipo, faltaban alojamientos para los obreros o no había suficiente combustible y electricidad. Frecuentemente, tenían que trabajar a cielo abierto, bajo la lluvia, la nieve y las heladas, y vivir en tiendas y refugios. En lo más crudo del invierno siberiano, los hombres llegaron al límite de su resistencia física. Pero tanto el personal técnico como el directivo superó tales dificultades y consiguió que sus empresas volviesen a funcionar.

A pesar de estos esfuerzos sobrehumanos, la producción bélica no pudo hacer frente durante cierto tiempo a las necesidades militares. En la segunda mitad de 1941, la economía conoció un período muy difícil. El producto nacional bruto bajó en más de la mitad. En noviembre y diciembre, la U.R.S.S. no recibió una sola tonelada de carbón de las cuencas



Mediante rudimentarios medios de transporte, un grupo de campesinos se dirige hacia uno de los centros destinados al almacenaje de reservas de alimentos para entregar el trigo cosechado.

del Donetz y de Moscú, la producción de hierro laminado y de acero quedó reducida a un tercio, y, por otro lado, la manufactura de cojinetes, indispensables para la fabricación de aviones, tanques y armas, descendió a menos de una vigésima parte. Asimismo, la producción de metales no ferrosos bajó unas 430 veces. Pero fue posible frenar, en diciembre de 1941, el descenso de la producción industrial, y en marzo de 1942 la economía empezó a dar signos de recuperación: así, por ejemplo, en la porción oriental del país, no ocupada por el enemigo, llegó a alcanzarse en este mes el nivel de producción que había arrojado la totalidad de la U.R.S.S. a comienzos de la guerra. En términos generales puede decirse que, a los doce meses de la invasión alemana, la economía ya estaba completamente orientada hacia la guerra.

Uno de los problemas más complejos era la organización del trabajo. De acuerdo con un decreto de junio de 1941, los directores técnicos de la industria, del transporte, de la agricultura y del comercio podían obligar a los oficinistas y a los obreros manuales a trabajar entre una y tres horas suplementarias cada día. Al mismo tiempo, las fiestas quedaron suprimidas, y en su lugar se dio una compensación económica. El ritmo de la producción exigió a veces que los obreros fuesen transferidos de unas a otras zonas industriales. En general, las mujeres y los jóvenes se mostraron en buena disposición para ocupar los puestos de trabajo dejados vacantes por los hombres al ingresar en el Ejército. En la segunda mitad de 1941, 150.000 estudiantes ingresaron en la industria, junto con 500.000 amas de casa y 360.000 niños en edad escolar.

Sin embargo, ni siquiera este gran movimiento patriótico bastó para superar la escasez de mano de obra. Se recurrió a otros métodos, y el pueblo ruso tuvo que hacer grandes sacrificios durante este período. Así, se movilizó a todos los individuos que aún no contribuían directamente a satisfacer las exigencias bélicas: se convocó a los oficinistas y a los obreros manuales para que trabajasen de forma regular en las industrias de guerra y en las empresas asociadas, se implantó el servicio laboral universal, se abolió el derecho a cambiar de trabajo, y los transportes fueron militarizados.

A finales de 1942, el país tenía una economía de guerra bien organizada y en rápida expansión. Las empresas que se habían dedicado anteriormente a la producción de bienes de consumo para satisfacer las necesidades del pueblo, empezaron a fabricar armas, municiones y equipos militares. Las fábricas que habían sido trasladadas desde el oeste producían a pleno ritmo, y, al mismo tiempo, se había puesto en funcionamiento una serie de nuevas industrias en los Urales, Siberia y Asia central.

Los campesinos trabajaban duramente, y otro tanto hacían los obreros especializados, pero la pérdida de importantes zonas industriales en el oeste tuvo un efecto casi catastrófico sobre los alimentos. El número de trabajadores del campo quedó sensiblemente mermado, toda vez que la mayoría de agricultores ingresaron en el ejército y los cientos de miles de personas de ambos sexos empleadas en las granjas colectivas fueron movilizadas para trabajar en las fábricas. Para los que se quedaron en el campo, la vida resultaba difícil. Una gran cantidad de tractores, coches y caballos pasaron a poder del Ejército, y los vehículos no requisados se hallaban en tan mal estado que casi resultaban inservibles. Escaseaban las piezas de recambio y se hacía difícil conseguir combustible. Debido a ello, el trabajo agrícola y el acarreo tenían que ser realizados a mano. Toda vez que a finales de 1943 los hombres de las granjas colectivas habían quedado reducidos a una tercera parte, las mujeres y los niños tuvieron que cargar con el peso principal de las tareas del campo. Con todo, a despecho del enorme esfuerzo desplegado para garantizar un suministro adecuado de comida, las cosechas descendieron. Los Estados Unidos prestaron alguna ayuda, pero en conjunto fue muy escasa.

Penurias y sacrificios

Como es lógico, el Ejército gozaba de prioridad en todo. A fin de que sus varios millones de hombres dispusiesen de lo necesario, se reorganizó completamente el sistema de suministro a la población civil. En julio de 1941, se implantó el racionamiento en Moscú y en Leningrado, así como en algunas zonas de los alrededores. Comprendía el pan, la cebada, el azúcar, los dulces, la mantequilla, la carne, el pescado, el jabón, los productos textiles y toda clase de prendas de vestir. Fuera de las áreas metropolitanas, el racionamiento fue introducido en diferentes períodos, y el 10 de noviembre era general en todas las ciudades y en todos los centros fabriles. Los habitantes de las poblaciones rurales que no estaban implicados de forma directa en la agricultura contaban con un suministro de pan que variaba según las normas establecidas por los so-

viets locales. Había dos categorías: los obreros que trabajaban en las minas de carbón, en las fundiciones de hierro y acero y en otras industrias pesadas recibían entre 800 gramos y 1,2 kilos de pan por día; los equipos directivos y técnicos contaban con 500 gramos y los oficinistas entre 400 y 450 gramos diarios. Otros comestibles eran racionados cada mes.

Aunque la mayoría de la población vivía básicamente del racionamiento, era posible adquirir otros artículos alimenticios en los mercados de las granjas colectivas, pero, hecho inevitable, los precios subieron a consecuencia de la guerra. En 1943, eran trece veces más altos que antes de la contienda. Los huertos particulares y el cultivo de terrenos baldíos a cargo de las fábricas ayudó en gran manera a procurar comida a los habitantes de las ciudades. Cada familia urbana disponía de un pequeño lote de tierra en el que cultivaba patatas, repollos, cebollas y otras legumbres. Si bien estas medidas incrementaron considerablemente la cantidad de alimentos disponibles, el consumo personal del ciudadano soviético descendió entre un 35 % y un 40 % durante los años de guerra. Aunque el racionamiento no fue aplicado a las granjas colectivas, había una gran penuria en el país. En 1944 y 1945, los granjeros colectivos comieron dos veces y media más patatas que antes de la guerra, pero recibieron tan sólo 300 gramos de pan por día. Los productos alimenticios manufacturados desaparecieron de los pueblos, y, por otro lado, no había azúcar.



El paisaje circundante, desolado por el paso de la guerra, hace todavía más dramática la soledad de estos dos pequeñuelos soviéticos...

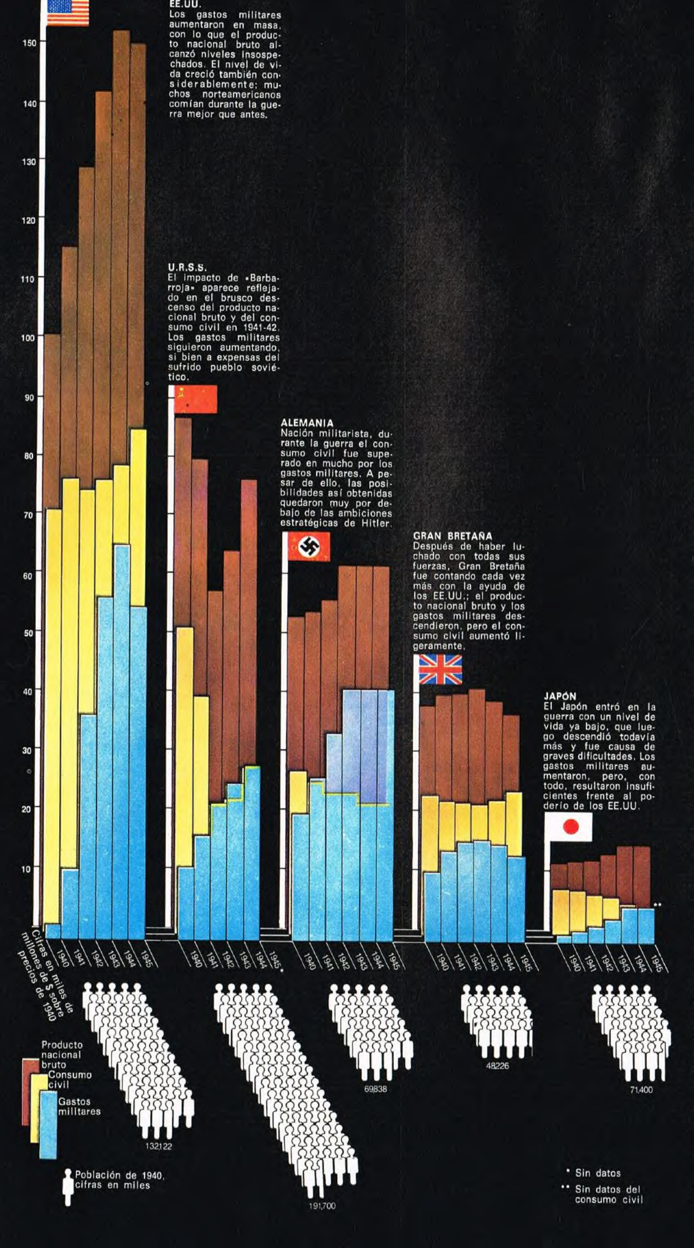
Los bienes manufacturados destinados al consumo general escasearon también durante los años de guerra, y en general iban a parar a manos de los campesinos, como «pago» de los embargos estatales de los productos agrícolas, o eran adquiridos por los obreros, a los cuales eran ofrecidos en concepto de artículos de racionamiento. Se montaron puestos de artículos de segunda mano que vendían prendas de vestir y calzado usados. Muchas personas vestían chaquetas acolchadas y pasamontañas, y los echarpes se convirtieron en el principal tocado de las mujeres tanto en la ciudad como en el campo. Nadie se preocupaba de la moda, pues la gente se cubría con lo que podía; tampoco se avergonzaba de los remiendos, y muchas campesinas volvieron a confeccionarse las prendas de vestir como en los viejos tiempos. En las tiendas de Moscú se encontraban chirimbolos tales como barómetros y tenacillas, pero nada que fuese verdaderamente útil. Por lo general, los escaparates de las tiendas estaban protegidos con sacos de arena, o bien exhibían jamones, quesos y salchichas de cartón, cubiertos todos ellos de polvo. Las farmacias estaban también casi vacías, y los dentistas se veían obligados a extraer las piezas dentales sin anestesia. Aquellos que disponían de cigarrillos, cobraban dos rublos a los transeúntes por una bocanada, y hacían buenos negocios.

La nación se mantiene intacta

A medida que se retiraban hacia el Oeste, los ejércitos alemanes arrasaban de forma sistemática el territorio que habían ocupado, complementando con ello las destrucciones ocasionadas por la lucha. Una cuarta parte, tal vez, de los bienes raíces del país quedó destruida durante la guerra: 17.000 ciudades, 70.000 pueblos, 31.000 fábricas, 84.000 escuelas y 64.000 kilómetros de vía férrea, así como cerca de cuarenta y cinco millones de caballos, de ganado vacuno y de cerdos. Veinticinco millones de personas se quedaron sin hogar y tuvieron que vivir en chozas, sótanos y grutas excavadas en el suelo, protegidas con ramas y tierra.

La tarea de reparar estas pérdidas incumbía ahora al pueblo soviético. Nuevas fábricas surgieron de las ruinas y se desecaron las minas inundadas, se restauraron las centrales eléctricas destruidas y se construyeron otras nuevas. Las fundiciones de hierro y acero del sur volvieron a cobrar vida. De modo gradual, las condiciones generales del país mejoraron y la vida económica progresó. La unidad política y moral de ese país multitudinario se mantuvo intacta. La Unión Soviética no salió menoscabada de la lucha con la Alemania nazi, sino que, de hecho, se levantó con mayores bríos. La victoria obtenida en el curso de la Gran Guerra Patriótica fue fruto de los esfuerzos y sacrificios de todo el pueblo soviético.

A. Karasev



El esfuerzo bélico de la población civil

Correspondió al conjunto de la población civil la misión de mantener funcionando a pleno rendimiento las industrias bélicas. Salvo raras excepciones, quienes lucharon en el frente interior tuvieron que soportar muchas penalidades materiales, toda vez que las economías de las naciones beligerantes fueron adaptadas a las necesidades de la guerra.

El diagrama muestra en qué forma afectó este proceso a la población de los cinco principales países contendientes en la Segunda Guerra Mundial: ha sido establecido comparando entre sí el producto nacional bruto, el consumo civil y los gastos militares de cada país. Cuando el consumo civil es inferior a los gastos militares se indica con una línea amarilla; éste es el caso de Alemania, donde el consumo civil, a partir de 1941, va siendo cada vez menor respecto del producto nacional bruto, al par que aumentan progresivamente los gastos militares.

Los países aparecen ordenados de izquierda a derecha según su importancia económica, calculada en función del producto nacional bruto. Los niveles decrecientes del consumo civil permiten evaluar las penalidades sufridas por la población. Constituyen casos particulares los Estados Unidos, donde el consumo ascendió progresivamente en el curso de la guerra, y la Gran Bretaña, donde no empezó a descender hasta 1943. Para tener una idea del nivel de vida de cada país se debe comparar el consumo civil con el número de habitantes. Resulta sorprendente que, en 1942, 120 millones de rusos (los setenta millones que vivían en las zonas ocupadas por los alemanes quedan excluidos) consumiesen menos que 48 millones de británicos. Comparando las raciones distribuidas en ambos países comprenderemos lo que esto significaba para cada consumidor. Durante la guerra, un consumidor británico normal contaba, por término medio, con un racionamiento semanal de 790 gramos de carne, 340 de manteca y 680 de azúcar. En Rusia, en cambio, un oficinista, por ejemplo, recibía aproximadamente 230 gramos de carne, 110 de manteca y 230 de azúcar por semana; los niños y los individuos que dependían económicamente del cabeza de familia recibían mucho menos. El diagrama muestra asimismo cuán bajo era el nivel de vida en el Japón comparado, por ejemplo, con el de los Estados Unidos. En 1944, 132 millones de consumidores norteamericanos gastaron casi 80.000 millones de dólares, mientras que 70 millones de consumidores japoneses invirtieron sólo unos 5.000 millones de dólares. En Alemania las raciones fueron disminuyendo de año en año; en mayo de 1941, la ración semanal normal incluía 450 gramos de carne y 230 de manteca, pero en 1945 las raciones procuraban sólo 1.000 calorías, menos de la mitad del mínimo normal.

El nivel de los gastos militares muestra gráficamente la magnitud del esfuerzo alemán por el dominio de Europa. Enfrentada al poderío conjunto de los EE.UU., la U.R.S.S. y Gran Bretaña, su situación habría de llegar a ser desesperada.

La Resistencia

Siempre que un grupo de hombres ha pretendido dominar a los demás, ha tropezado con grupos de resistencia, aunque tampoco le ha faltado el apoyo de mucha gente que se ha prestado a colaborar, incluso en la guerra. Pero en la segunda conflagración mundial, la colaboración se convirtió en una infamia, y la resistencia adquirió una nueva dimensión, un nuevo sentido trágico.

Un grupo guerrillero francés está dinamitando una vía férrea. El sabotaje fue una pesadilla para los alemanes. *Abajo:* **soldado alemán apresado por los «maquis» franceses.**





La conquista de Europa por Hitler no consistió en el mero hecho de que un ejército cruzase las fronteras de otro Estado. Cuando las atrocidades nazis y las perversas doctrinas de su depravada ideología fueron evidentes, proporcionaron un buen argumento contra la colaboración, pues ésta equivalía a vender el alma al diablo. Quienes ayudaron a sus amos nazis cosecharon no sólo el desprecio de todos los hombres que se respetaban a sí mismos, sino también, cuando se produjo la liberación, la más violenta de las represalias. No era sólo el patriotismo, sino también la necesidad de defender la decencia humana lo que impelía a muchos hombres y mujeres a arriesgarse a ser capturados por la Gestapo, a sufrir tortura y a dar su vida por una Europa libre.

Cuando los *Panzer* de Hitler se dirigían, en su avance arrollador, hacia la costa occidental del continente, en el aciago verano de 1940, los representantes de ocho Gobiernos derrocados se refugiaron al otro lado del Canal de la Mancha, en el último bastión de la democracia europea: Gran Bretaña. Una vez allí, constituyeron el polo de atracción de los oprimidos habitantes de sus respectivos países, así como una base de partida para proseguir la lucha contra el nazismo. En los países que acababan de abandonar, empezaban a surgir espontáneamente movimientos de resistencia. En Holanda, por ejemplo, la puesta en vigor de una legislación antijudía fue causa de que se formasen largas colas delante de las tiendas judías y de que las salas de espera de los médicos judíos se viesen llenas a rebosar. Asimismo, los periódicos y folletos clandestinos empezaron a jugar un importante papel en la guerra psicológica. La prensa de la resistencia belga llegó a un tan alto grado de organización que en noviembre de 1943 se vendieron 100.000 ejemplares de una edición fraudulenta del diario *Le Soir*, controlado por los alemanes, en los puestos de periódicos de todo el país. Pero por lo que se refiere al objetivo último de liberar el territorio nacional, la resistencia no podía hacer nada sin la ayuda de los aliados.

En el caso de la Europa occidental, esta ayuda provino de Gran Bretaña y de los Gobiernos emigrados. Churchill mostró de inmediato un gran interés por la resistencia europea, y, en consonancia con su decisión de «incendiar Europa», creó en julio de 1940 el Ejecutivo de Operaciones Especiales (S.O.E.). Dirigido desde un lugar secreto en Londres, banqueros, autoridades académicas, abogados, periodistas, directores de cine, maestros de escuela, mercaderes de vinos e incluso mujeres fueron entrenados a acosar al enemigo. Esto debía conseguirse a base de crear redes de espionaje, organizar sabotajes a gran escala y preparar ejércitos secretos que irrumpirían en escena tan pronto como estuviese lista la invasión aliada de Europa. Se dio vida a personajes supuestos, se prepararon documentos de identidad falsos y se idearon equipos especiales. Surgió una industria enteramente nueva que suministraba maletas de doble fondo y tubos de pasta dentrífica provistos de compartimientos especiales. En la «Operación Lavabo», los agentes ocultaban sus aparatos de radio en el depósito del water, sustituían la cadena por otra especial que hacía las veces de antena y transmitían mensajes a base de unas claves que habían sido anotadas previamente con tinta invisible en los faldones de las camisas de los hombres y en las bragas y combinaciones femeninas. El sabotaje adquirió, asimismo, una nueva dimensión: se prepararon, por ejemplo, «carbón» explosivo destinado a las oficinas de la Gestapo, «excrementos de caballo» pintados a mano e igualmente explosivos, que eran distribuidos a lo largo del recorrido que seguían los coches oficiales alemanes y «cigarrillos» incendiarios. Finalmente, había la píldora «L», a base de cianuro potásico. Al ser sometido a tortura, el agente se la introducía en la boca y cuando el dolor se le hacía insoportable rompía con los dientes la película insoluble que encerraba el veneno. La muerte era casi instantánea.

Los agentes eran introducidos en la Europa ocupada mediante paracaídas, aviones «Lysander», submarinos o pequeños botes de pesca. Probablemente nunca en



Un documento de la lucha clandestina en Francia: en este rudimentario taller se imprimía el diario «Testimonio Cristiano», además de una copiosa propaganda antinazi.

la vida se habían sentido tan solos como en el momento de emprender la marcha. En los comienzos, este sentimiento no era puramente subjetivo. Los primeros agentes dependieron tan sólo de sus propios recursos y fueron «soltados a ciegas en paracaídas», pues los contactos entre el Servicio Secreto británico y los países ocupados de Europa habían quedado prácticamente interrumpidos. Así, pues, el S.O.E. dio comienzo a sus actividades a partir de cero, y en junio de 1941 poco era lo que había conseguido y, por el contrario, se habían perdido muchas vidas. Fue el período heroico de la resistencia, caracterizado por la falta de coordinación, la inexperiencia de los agentes y la infiltración de hombres «V» (delatores al servicio de los nazis). Pero el 22 de junio se produjo un cambio decisivo, pues cuando Hitler atacó la Unión Soviética los comunistas europeos sumaron decididamente sus fuerzas a las de los aliados en una «guerra santa» contra el nazismo. A finales de 1941, la resistencia estaba mejor estructurada y era más eficiente.

En la Europa occidental, la tiranía nazi jamás fue tan dura como en los países del Este del continente. Aunque explotaron al máximo los territorios occidentales ocupados, los alemanes intentaron captarse la lealtad de sus nuevos súbditos. Pero ni tan sólo en Luxemburgo, en parte de habla alemana, tuvo éxito esta política. En todas partes, la resistencia llegó a ser la norma, y en la mayoría de países demostró su valía en la lucha contra el nazismo. Fue la resistencia la que impidió que los alemanes hiciesen estallar la bomba atómica. En marzo de 1943, el Ejército secreto noruego (Milorg) ayudó al S.O.E. a destruir la planta de agua pesada sita en Rjukan, de la cual dependía el programa de investigación nuclear nazi. En Bélgica, encrucijada vital de las vías de escape a Suiza y España, los ingenieros de la resistencia pusieron fuera de servicio todas las líneas de alta tensión (enero de 1944), lo que les supuso a los alemanes tener que dedicar muchos hombres y muchas horas de trabajo a repararlas. En Dinamarca, en cambio, la resistencia tardó algo más en madurar, pues el Gobierno, que oficialmente no se hallaba en guerra con Alemania, permaneció en Copenhague. Por lo tanto, hasta 1943, año en que los nazis implantaron el gobierno directo, toda actividad antialemana estuvo considerada como traición. Por lo que se refiere a Holanda, la resistencia sufrió un descalabro tremendo. Los nazis capturaron al poco tiempo un operador de radio del S.O.E. y, sirviéndose de la clave secreta para engañar a Londres, lograron, por un lado, la condena a muerte de muchos agentes holandeses, y, por otro, mutilar la resistencia en el país, hasta el punto de que éste no pudo ser liberado el día D.

Tal como indica el caso holandés, la radio desempeñó un papel vital en las actividades de la resistencia. Era el principal medio de enlace de la Europa guerrillera con el mundo exterior. Por término medio, dos millones de palabras circulaban cada semana a través de las estaciones de señales del S.O.E., y el 5 de junio, víspera del día D, se enviaron 500 señales para alertar a los agentes y a sus ejércitos secretos. La contramedida alemana era el *Funkpeil Dienst* (servicio de búsqueda de radios), cuyos camiones de «detección» circulaban constantemente por las oscuras calles de la Europa ocupada en busca de radiotransmisores de la resistencia. La B.B.C., por su parte, llevó a cabo un esfuerzo bélico especial, retransmitiendo mensajes de esperanza y suministrando noticias a las publicaciones clandestinas. Frases aparentemente carentes de sentido, tales como «la vaca saltará esta noche sobre la luna», eran, de hecho, contraseñas destinadas a anunciar la llegada de un nuevo agente procedente de Londres o a convencer a un banquero extranjero, que simpatizaba con la resistencia, de la buena fe de un agente que le pedía dinero.

La resistencia no era tan sólo una revuelta contra el nazismo, sino que constituía también un movimiento político. Esto es válido sobre todo para el caso de Francia, donde el hundimiento de la Tercera República creó un vacío constitucional que exigía la creación de nuevas instituciones. Cuando el polvo se posó, surgieron dos arquitectos de entre las ruinas. El primero era el derechista mariscal Pétain, el vencedor de Verdún. Al principio, la población le aceptó como jefe del Estado francés con sede en Vichy, y la colaboración estuvo al orden del día. Pero a medida que la tiranía nazi se acentuó, los franceses apoyaron la resistencia, y, por lo tanto, a Charles de Gaulle, general desconocido, que había llegado a Londres en junio de 1940 proclamándose a sí mismo representante de los Franceses Libres. De forma paulatina, se fue convirtiendo en el dirigente de la nueva República que debía ser implantada tras la contienda.

El camino a la victoria no fue ciertamente fácil, pues se tropezó con un serio obstáculo en las malas relaciones existentes entre el B.C.R.A. (*Bureau Central de Renseignements et d'Action:* Oficina Central de Informes y de Acción) de De Gaulle, creado con dinero británico, y el S.O.E., cuya sección francesa, dirigida por el coronel Maurice Buckmaster, tuvo un papel muy destacado en la organización de la resistencia. Por otro lado, los nazis consiguieron infiltrarse en varios circuitos importantes, y, gracias a ello, pudieron prepararse adecuadamente para rechazar la malograda incursión de Dieppe en agosto de 1943. Sin embargo, tras la unión de los diversos grupos de guerrilleros en el seno del Consejo Nacional de la Resistencia (noviembre de 1942), el sabotaje aumentó, y, a comienzos de 1944, 100.000 hombres estaban prestos para tomar parte en la lucha por la liberación. Una vez fundadas las Fuerzas Francesas del Interior (F.F.I.), el esfuerzo bélico de la resistencia quedó vinculado directamente al S.H.A.E.F. (Cuartel General Supremo de la Fuerza Expedicionaria Aliada) y tuvo una destacada actuación detrás de las líneas enemigas durante los desembarcos aliados en Normandía (*Overlord:* «Soberano») y en la Provenza (*Anvil:* «Yunque»). Abandonada a sus propios medios, la resistencia jamás hubiese conseguido derrotar a los alemanes, pero marchando al compás de los ejércitos aliados «desempeñó —al decir

Arriba: **Los «maquis» no dejaron de entrenarse en la técnica de las guerrillas. De una buena ejercitación podía depender el éxito de una importante acción de sabotaje o de un audaz golpe de mano.**
Abajo: **esta sobrecogedora escena fue obtenida clandestinamente por un soldado alemán: minutos después, el condenado caerá bajo los disparos del pelotón de fusilamiento.**





del general Eisenhower— un importante papel en nuestra victoria».

Debido a que tenían que soportar la barbarie nazi en su forma más aguda, los pueblos de la Europa oriental organizaron muy pronto la resistencia. Los ayudaron dos países: la Unión Soviética y Gran Bretaña, si bien los motivos que los impulsaban a ello eran de índole política: mientras el Ejército Rojo convergía sobre Berlín, Stalin recurría a los elementos comunistas de la resistencia para instalar regímenes simpatizantes con el suyo. Esto es evidente en el caso de Checoslovaquia. El presidente Benes y su Gobierno en el exilio dirigieron al principio la resistencia desde Londres. Fue en la capital británica donde se decidió, de acuerdo con el S.O.E. (mayo de 1942), el asesinato del «Verdugo» Heydrich, protector de Bohemia-Moravia. Pero cuando Benes se dio cuenta de que el Ejército Rojo iba a llegar a Praga antes que las potencias occidentales, estableció relaciones más estrechas con la Unión Soviética. Paulatinamente, el control fue pasando de Londres a Moscú. Otro tanto ocurrió en Polonia, donde la resistencia, que controlaba el mejor sistema de comunicaciones por radio de toda la Europa ocupada, estuvo dirigida al principio por el general Sikorski desde Londres. Pero tras el alzamiento de Varsovia (agosto de 1944), a raíz del cual Stalin apoyó a los alemanes, mientras éstos aplastaban despiadadamente el levantamiento del Ejército Territorial polaco y arrasaban Varsovia, Polonia cayó en poder de un régimen comunista dirigido por los rusos con sede en Lublin.

La resistencia echó también a Yugoslavia en brazos de los comunistas, pero por otras razones, toda vez que en este país los británicos apoyaban a los «partisanos» de Tito. En cambio, en Grecia, donde el antagonismo entre las dos alas de la resistencia amenazaba con degenerar en guerra civil, los elementos monárquicos salieron victoriosos de la pugna debido a que Churchill envió tropas para aplastar a los comunistas.

La resistencia en los países del Eje y en sus satélites fue, con mucho, la más débil. En dichas naciones, se trataba de resistencia ejercida por los ciudadanos en contra de su propio Gobierno, y, por tanto, era un acto de traición. Con respecto a los traidores, el Reich demostró tener todos los triunfos en la mano. Como, por otro lado, a los aliados se les hacía difícil admitir que existieran «alemanes buenos», la resistencia en Alemania se vio privada de toda ayuda exterior. Estaba, pues, condenada de antemano al fracaso, como lo demostró muy bien el Complot de Julio, pero conviene recordar aquí las palabras que escribió Moltke, jefe del Círculo de Kreisau, a un amigo inglés: «No olvidéis jamás que esto tendrá un final muy amargo para todos nosotros. Cuando hayáis terminado con nosotros, procurad recordar, sin embargo, que todavía encontraréis a algunos que desean muy de veras ayudaros a ganar la guerra y la paz.» En Italia, los antifascistas consiguieron derri-



Guerrilleros soviéticos fotografiados en 1943, al regreso de un encuentro con el enemigo en la zona pantanosa del Pripet, en Bielorrusia. Expulsado ya el invasor alemán, el Gobierno soviético mantuvo estrechamente controlados a tales combatientes, sospechosos por la independencia de acción y criterio que habían podido ejercer durante la contienda: algunos de ellos fueron enviados a campos de trabajo, y otros vieron premiada con el tan soviético «tiro en la nuca» su heroica participación en la contienda; en realidad, sólo una cuarta parte de ellos quedó plenamente rehabilitada.

bar a Mussolini del poder (julio de 1943), pero ello se debió más bien a una coincidencia que a una acción concertada. Cuando Mussolini instaló su gobierno en Saló, la resistencia había dejado de ser una traición, ya que el Duce era tan sólo el títere de una potencia extranjera. De ahí, pues, que en la Italia ocupada por los alemanes la resistencia adoptase un aspecto muy parecido a la del resto de Europa: sabotajes y asesinatos. Y de esta forma, Mussolini halló la muerte (abril de 1945) a manos de los «partisanos» italianos.

¿Valió la pena la resistencia? Comparados con las victorias de los ejércitos aliados, sus logros fueron más bien modestos. Jamás hubiese podido desempeñar otro papel que el de fuerza de apoyo, pero en este terreno cosechó muchos éxitos. Como instrumento de destrucción, rivalizó y, en ocasiones, incluso superó en eficacia a los mismos bombarderos. La continua tensión a que se veían sometidos los alemanes debido a los sabotajes y a los asesinatos en los países ocupados ató de pies y manos a muchas divisiones que de otro modo hubiesen podido ser empleadas en el frente contra las tropas aliadas. Como instrumento de espionaje, la resistencia llevó a cabo una labor de primer orden. Y en el caso de Francia, las unidades de las F.F.I. liberaron cinco departamentos sin la ayuda de los ejércitos aliados.

Pero la resistencia tuvo que pagar un precio muy alto por sus éxitos. El asesinato de Heydrich fue vengado con la destrucción de Lidice y la matanza de 3.000 rehenes en Praga y Brno. En Francia, el bloqueo de la división SS *Das Reich* en su marcha a Normandía por unidades de las F.F.I. dio como resultado el asesinato de noventa y nueve rehenes en Tulle y la matanza de toda la población de Oradour-sur-Glanè. En Rusia, las operaciones antiguerrillas desembocaron frecuentemente en una triste secuela de asesinatos y destrucciones.

Para los numerosos héroes anónimos que combatieron en la guerra secreta, la recompensa fue saber que habían tomado parte en la destrucción del nacionalsocialismo. Para los de la Europa oriental, fue asistir a la implantación de una nueva tiranía. Y, para muchísimos, fue la muerte.

Simon Rigge

Rusia contraataca

Durante los tres años anteriores, la llegada de la primavera había sido heraldo de nuevas victorias alemanas. Pero 1943 fue distinto, pues cuando los alemanes atacaron, los rusos aguardaban bien preparados.

En noviembre de 1942, las fuerzas alemanas combatían a orillas del Volga, en Stalingrado y en las laderas del Cáucaso. Hitler todavía no había abandonado su plan, consistente en separar la Rusia centroeuropea del Asia central, y apoderarse de los yacimientos de petróleo de la zona caucásica.

La situación de la Unión Soviética seguía siendo precaria. Leningrado estaba bloqueada por las tropas alemanas y finlandesas, e importantes fuerzas enemigas operaban todavía en las cercanías de Moscú; la prolongada y feroz batalla de Stalingrado absorbía un número cada vez mayor de hombres; las principales líneas de comunicación con el Cáucaso estaban cortadas, y la flota del Báltico se hallaba encerrada en el extremo oriental del golfo de Finlandia. Sin embargo, la victoria de las fuerzas soviéticas ante Moscú, entre diciembre de 1941 y marzo de 1942, fue una terrible advertencia para el enemigo. Además, los reveses sufridos en la campaña estival de 1942 no aniquilaron al Ejército Rojo como fuerza combatiente, pues en el otoño del mismo año había cubierto ya sus bajas y su potencia no era inferior a la del enemigo. El frente se había estabilizado en toda su longitud, la actividad de los partisanos se intensificaba en la retaguardia alemana, y aquel año la industria soviética produjo material de guerra casi en doble cantidad que en 1940. La fuerza relativa de los ejércitos en el frente se inclinaba de tal modo en favor del Ejército Rojo que el mando supremo soviético decidió preparar una contraofensiva mientras los alemanes y sus aliados proseguían su avance hacia el Volga y la cordillera del Cáucaso. La idea de la contraofensiva fue concebida en plena batalla defensiva y, ya el 13 de septiembre, el mariscal Zhukov decidió proponer a Stalin el siguiente plan de acción: primero, continuar la defensa activa para desgastar al enemigo; y segundo, preparar una contraofensiva con el fin de asestar en la región de Stalingrado un golpe que cambiase radicalmente la situación estratégica en el sur del país.

Como resultado de la victoria del Ejército Rojo en Stalingrado, el VI Ejército alemán fue aniquilado y la iniciativa estratégica pasó a manos de la Unión Soviética. El mando supremo soviético deseaba, ante todo, aprovechar las ventajas conseguidas en los frentes del sudoeste, del sur y Voronezh, a partir de los cuales era posible lanzar ofensivas en dirección de Rostov, contra la retaguardia del Grupo de Ejércitos A, al norte del Cáucaso, y hacia el noroeste, atacando por la espalda al Grupo de Ejércitos B. La derrota de estas fuerzas permitiría al Ejército Rojo liberar importantes regiones económicas, como el norte del Cáucaso, la cuenca del Don, Jarkov, Orel, Kursk y otras. El grueso de las fuerzas del Ejército Rojo dirigióse hacia estos dos objetivos, pero el mando supremo decidió, además, levantar el cerco enemigo alrededor de Leningrado y eliminar los salientes de Demiansk y Rhzev-Viazma.

Una vez destruidas las fuerzas alemanas en Kotelnikovo, el alto mando del frente sur envió unidades hacia la cuenca del Don, y dos ejércitos hacia Rostov. El 28 de diciembre, Hitler viose obligado a ordenar el repliegue del Grupo de Ejércitos A, el cual destruyó en su retirada todas las líneas ferroviarias y el material rodante. A mediados de enero, dos ejércitos del frente sur llegaron al río Manych, donde toparon con la encarnizada resistencia del Grupo de Ejércitos del Don. El 3 de enero, el grupo Norte del frente transcaucásico y el XI Grupo del Mar Negro iniciaron operaciones ofensivas, pero estas fuerzas soviéticas carecían de los efectivos necesarios para efectuar un rápido avance, y ello permitió al I Grupo Panzer esquivar la persecución de los rusos y replegar una parte de sus fuerzas hacia Rostov, mientras las restantes iban a reunirse con el XVII Ejército en la península de Tamán. El 12 de febrero, las tropas soviéticas tomaron Krasnodar y dos días después entraron en Rostov. A mediados de febrero el Ejército Rojo había liberado casi toda la región norteña del Cáucaso, con su población de diez millones de habitantes.

En la segunda mitad de enero, los soviéticos lanzaron desde el frente de Voronezh una ofensiva contra el Grupo de Ejércitos B, que, en los sectores de Oztrogozhsk y Rossosh, arrolló al II Ejército húngaro y al ala izquierda del VIII Ejército italiano.

A finales de enero y comienzos de febrero de 1943, se produjeron nuevos y violen-

Soldados soviéticos ponen a punto de disparo un lanzacohetes «Katiucha» en el curso de su avance hacia el Oeste (1942-1944).



tos combates en el extremo sur del frente germano-soviético. La *Stavka* (equivalente soviético de plana mayor de jefes) y el Estado Mayor trazaron un plan para una ofensiva continua, llevada a cabo por fuerzas de los frentes de Voronezh y del sudoeste y sur de Ucrania, en el lado oriental del Dniéper, calculando que antes de derretirse las nieves invernales habrían llegado al Dniéper a lo largo de un frente que se extendía desde Chernigov hasta Jerson. Además, planeóse una ofensiva a cargo de los ejércitos de los frentes de Kalinin, Briansk y del oeste contra el Grupo de Ejércitos del Centro, a mediados de febrero.

El enemigo procuró detener el avance del Ejército Rojo y comprendió que debía estabilizar el frente y prepararse para volver las tornas cuando llegase el verano. Hitler, que deseaba resistir en la cuenca del Don, señaló a las reservas, que se habían concentrado en el sur con el fin de liberar al ejército de Paulus, una nueva misión: la de frenar a las fuerzas del Ejército Rojo en las inmediaciones de la cuenca del Don y de Jarkov, y obligarlas a retirarse. Las tropas de ambos bandos se agotaron en interminables batallas, y las fuerzas soviéticas iniciaron una nueva ofensiva, a pesar de la peligrosa extensión de sus líneas de comunicación.

Al principio, la ofensiva en todos los frentes progresó satisfactoriamente. Las fuerzas del frente de Voronezh tomaron Kursk el 8 de febrero y Jarkov el 16, a las que siguieron otras poblaciones importantes. A mediados de febrero, los ejércitos del sector sudoeste habían desalojado al enemigo del noreste de la cuenca del Don y sus divisiones más avanzadas habían alcanzado el Dniéper en Dniepropetrovsk. El frente sur había adelantado entre 90 y 150 kilómetros en dirección oeste, y había llegado al río Mius. Sin embargo, en aquel momento el enemigo gozaba de importantes ventajas con respecto a las tropas soviéticas que avanzaban: ambos frentes soviéticos sufrían interrupciones en los suministros, en tanto que los alemanes, al retroceder, se habían aproximado a su principal base de aprovisionamiento.

El frente se estabiliza

Mientras las fuerzas soviéticas proseguían su ofensiva hacia el Dniéper, Manstein lanzó una contraofensiva en dirección a Pavlodar con el XLVIII Cuerpo Panzer y hacia Barvenkovo con el XL Cuerpo Panzer. Se iniciaron feroces batallas en condiciones desfavorables para las fuerzas soviéticas, hasta que por fin, el general Vatutin, desistiendo de continuar la ofensiva, empezó a organizar posiciones defensivas. Las tropas se retiraron al sector norte del río Donetz, y, a principios de marzo, establecieron una firme línea defensiva. Al propio tiempo, Manstein mandó a su Cuerpo acorazado contra el flanco izquierdo del frente de Voronezh, que todavía avanzaba hacia el Dniéper. Las tropas soviéticas opusieron viva resistencia, pero tuvieron que replegarse bajo la presión de fuerzas alemanas superiores y



abandonaron Belgorod y Jarkov. La lucha prosiguió en este sector hasta fines de marzo, pero los alemanes no consiguieron ulteriores avances y el frente quedó estabilizado, formando el saliente de Kursk.

Para consolidar el frente en el sector sudoeste, en el mes de marzo el mando supremo soviético viose obligado a utilizar sus reservas estratégicas. Debido a ello, la ofensiva contra el Grupo de Ejércitos del Centro, en el sector de Smolensko, tuvo que ser llevada a cabo únicamente por tropas de los frentes de Kalinin y oriental, pero al cabo de quince días éstas habían eliminado la cuña de Rzhev-Viazma y avanzado hasta los suburbios de Smolensko.

En marzo de 1943, después de levantado parcialmente el bloqueo de Leningrado, el frente quedó relativamente tranquilo, y durante los tres meses siguientes los dos bandos se prepararon febrilmente para la campaña de verano.

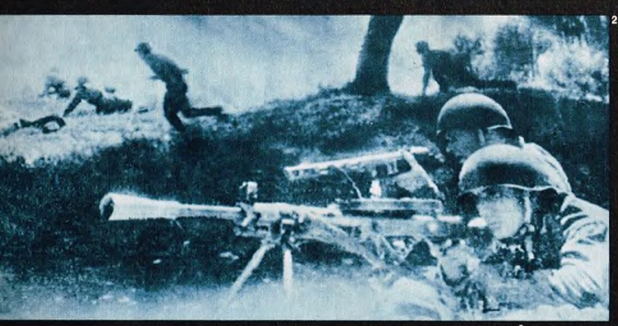
La Unión Soviética había conseguido ventajas considerables sobre el enemigo y, durante el año, la producción de armas y equipos militares se había incrementado considerablemente. La construcción mensual media de aviones, por ejemplo, llegaba a las 3.000 unidades, y la de tanques y cañones autopropulsados a 2.000. En verano, los efectivos del ejército operacional ascendía a 6.442.000 hombres, ante los 5.325.000 que podía oponerle el enemigo. Los rusos disponían de 103.085 piezas de artillería y morteros, ante las 56.250 de los alemanes; la diferencia en tanques y cañones autopropulsados era de 9.918 contra 5.850, también a favor de los soviéticos, y éstos contaban con 8.357 aviones de caza para enfrentar a los 2.980 de sus contrarios. Además de reagrupar y reorganizar los ejércitos de primera línea, el mando supremo soviético aumentó hasta diez el número de ejércitos de reserva.

A fines de marzo y comienzos de abril de 1943, la Stavka y el Estado Mayor, tras estudiar detenidamente las informaciones disponibles acerca del estado y situación de las fuerzas enemigas, fueron de la opinión de que el centro de las operaciones estratégicas durante el verano había de ser el sector del saliente de Kursk. Con respecto al método que convenía seguir, el primero que expresó claramente su opinión fue el mariscal Zhukov, quien dijo a Stalin, en una carta del 8 de abril: «Considero desaconsejable que nuestras fuerzas pasen a la ofensiva en los primeros días de la campaña, con el fin de adelantarse al enemigo. Sería mejor lograr que éste se desgastase primero contra nuestras defensas y perdiese sus tanques. Entonces, podríamos lanzar con nuevas reservas una ofensiva general que pusiera definitivamente fuera de combate a sus fuerzas principales.» Cuatro días más tarde, en una conferencia especial convocada por Stalin, se decidió concentrar el esfuerzo principal en el sector de Kursk.



Despliegue de soldados soviéticos bajo el fuego del adversario; en primer plano uno de ellos, alcanzado por un disparo, se desploma.









Para las operaciones a lo largo de los 550 kilómetros del saliente de Kursk se concentraron el veintiséis por ciento de los efectivos humanos totales del Ejército Rojo, el veintiséis por ciento de su artillería y morteros, el treinta y cinco y medio por ciento de su aviación de caza, y más del cuarenta y seis por ciento de sus tanques. Entretanto, se efectuaban también intensos preparativos para la campaña estival en el cuartel general de Hitler, la *Wolfsschanze* («madriguera del lobo»), en Prusia oriental. Después de numerosas consultas y discusiones, Hitler decidió preparar para el verano una ofensiva a la que se dio el nombre de Operación «Ciudadela» y que tenía como objetivo cercar y destruir a las fuerzas soviéticas en el saliente de Kursk. Después se propuso desencadenar la Operación «Pantera» contra la retaguardia del frente sudoeste, que se extendía a lo largo del curso norte del río Donetz. Hitler aplazó varias veces la fecha de la ofensiva. El 21 de junio ordenó que comenzara el 3 de julio, pero después cambió este día por el 5 del mismo mes.

Cuando, al amanecer de este día, diecisiete divisiones acorazadas alemanas, con tres divisiones motorizadas y ochenta divisiones de infantería, avanzaron desde Orel y Belgorod hacia Kursk, chocaron con la tenaz resistencia de los frentes de Voronezh y central. En cinco días, las fuerzas alemanas procedentes de Orel sólo avanzaron de nueve a doce kilómetros y pronto se agotó su poder ofensivo; en el sector Belgorod-Kursk, consiguieron profundizar de quince a treinta y cinco kilómetros. Stalin aprobó entonces la propuesta de Vasilievski y Vatutin para iniciar la contraofensiva en el frente de Voronezh sin esperar a frenar por completo al enemigo, y el 12 de julio cinco ejércitos de este frente, reforzados por un cuerpo de tanques y otro ejército de la reserva estratégica, lanzaron un contraataque sobre los alemanes mientras éstos aún proseguían su avance. Trabóse una enconada batalla, especialmente en el sector de Pro-

_1_ Muchachos de una localidad próxima a Stalingrado juegan con armas abandonadas por los alemanes (enero de 1943); por aquel entonces, las fuerzas de la Wehrmacht cercadas en Stalingrado se hallaban ya próximas a la rendición. _2_ Infantería soviética al ataque. _3_ Patrulla soviética en el frente del Voljov, el mismo que guarneció la División Azul española. _4_ Soldados alemanes hechos prisioneros en el frente del Este.

El avance soviético
noviembre 1942 - junio 1944



Medalla Alexander Nevski para oficiales soviéticos

jorovka, en la que tomaron parte unos 1.100 tanques de cada bando. Tanto las fuerzas soviéticas como las alemanas sufrieron grandes pérdidas, pero la ofensiva germana quedó finalmente detenida en el sector sur del saliente de Kursk.

El 12 de julio, desencadenóse desde el frente oeste y el de Briansk la Operación «Kutuzov», destinada a destruir las fuerzas enemigas de Orel. Los soviéticos quebrantaron la tenaz resistencia del enemigo en los bordes de la cuña de Orel, y tres días más tarde las fuerzas del frente central se incorporaron a la ofensiva. El 26 de julio, el comandante en jefe alemán, general Model, ordenó a sus tropas la retirada desde la cuña de Orel, para evitar que se formase otra bolsa. Las fuerzas soviéticas tomaron Orel el 5 de agosto y al cabo de dos días limpiaron por completo este sector. En su retirada, los alemanes incendiaron ciudades y aldeas, fusilaron o se llevaron consigo a los habitantes, y destruyeron las cosechas.

El 16 de julio, las tropas alemanas del sector Belgorod-Jarkov empezaron a replegarse hacia su línea de partida. Las fuerzas del frente de Voronezh, junto con los refuerzos del general Konev, incorporados a la batalla desde las reservas de la Stavka, alcanzaron al cabo de una semana la línea ocupada por las tropas soviéticas al comienzo de la batalla defensiva, y el 3 de agosto iniciaron la Operación «Rumyantsev», con el objetivo de destruir las unidades alemanas de la zona Belgorod-Jarkov. Belgorod fue ocupado el 5 de agosto y el 23 de agosto capituló Jarkov. Seguidamente, las fuerzas soviéticas empezaron a avanzar hacia el Dniéper. Con la destrucción de las fuerzas alemanas en Jarkov, la batalla de Kursk tocó a su fin.

Una vez conseguida la iniciativa estratégica, el Ejército Rojo avanzó en un frente de 2.000 kilómetros, desde Velikie Luki hasta el mar Negro. Las tropas que tomaban parte en este avance llevaron a cabo una operación que después sería conocida como batalla del Dniéper.

El 13 de agosto, las fuerzas del frente sudoeste, mandadas por el general Malinovski, reanudaron la batalla por la cuenca del Don y se abrieron camino a través del sector norte del río Donetz. Cinco días después, el frente sur, mandado por el general Tolbujin, empezó a avanzar en dirección a Taganrog. Los dos frentes rodearon al Grupo de Ejércitos alemán del Sur y, para evitar el cerco, el general Manstein ordenó a sus fuerzas que se retirasen al otro lado del Dniéper, no sin aplicar la táctica de la tierra calcinada. La rápida persecución de las fuerzas soviéticas impidió que este plan fuese cumplimentado por completo, pero la región sufrió daños muy cuantiosos.

En la segunda mitad de septiembre, las tropas soviéticas llegaron a orillas del Dniéper en un frente de 700 kilómetros, desde la boca del río Sozh hasta Zaporoshye, y lo cruzaron por diversos puntos, utilizando en ocasiones los puentes que habían sido ocupados y defendidos por los partisanos. Al finalizar el mes, las tropas soviéticas habían conseguido establecer en la orilla derecha del río veintitrés cabezas de puente que gradualmente fueron ensanchadas.

La ofensiva también progresaba en otras direcciones. En agosto, las fuerzas del frente de Kalinin y del oeste ocupaban la ciudad de Smolensko. Aunque esta ofensiva no tuvo tanto éxito como la del sur, inmovilizó a cincuenta y cinco divisiones enemigas. Más hacia el sur, avanzaron los frentes central y de Briansk, y a principios de octubre habían alcanzado los límites de Bielorrusia y se luchaba en los alrededores de Vitebsk, Orsha y Mogilev. El 10 de septiembre, las fuerzas del frente del norte del Cáucaso, bajo el mando del general Petrov, empezaron a avanzar a través de la península de Tamán, destruyeron la última cabeza de puente alemana en Caucasia, cruzaron el estrecho de Kerch y establecieron a su vez una cabeza de puente en Crimea.

En octubre, las fuerzas soviéticas fueron reorganizadas y se las agrupó y designó con el nombre de «frentes». En lugar del frente de Briansk formóse el 2.º frente báltico, mientras el frente de Kalinin se convertía en 1.er frente báltico, y el de Bielorrusia, junto con los de Voronezh, de la estepa, sudoeste y sur en 1.º, 2.º, 3.º y 4.º frentes ucranianos respectivamente. Estos frentes libraron una batalla ofensiva ininterrumpida hasta finalizar el año. El 3 de noviembre, dos ejércitos del 1.er frente ucraniano atacaron la cabeza de puente de Lyutezh y, al atardecer del día 5, llegaron a Kiev. A la mañana siguiente, la ciudad había sido limpiada de enemigos y las tropas iniciaron su avance hacia Zhitomir y Korosten. A finales de noviembre habían establecido una estratégica cabeza de puente de 230 kilómetros de largo por 150 de profundidad. Las fuerzas del 2.º y 3.er frentes ucranianos reanudaron su ofensiva desde las cabezas de puente por ellas conquistadas, tomaron las ciudades de Cherkassy, Dnieprodzershinsk y Zaporoshye, y establecieron una amplia cabeza de puente estratégica en el curso medio e inferior del Dniéper. En septiembre, el 4.º frente ucraniano rompió las líneas alemanas en el río Molochnaya y llegó a la desembocadura del Dniéper y al istmo de Crimea. Sólo en Nikopol consiguieron los alemanes conservar una cabeza de puente en la orilla izquierda del Dniéper.

Continúa la ofensiva

La llegada del invierno no detuvo en Ucrania la ofensiva del Ejército Rojo, el cual, a pesar de las cuantiosas bajas sufridas, supo conservar una abrumadora superioridad sobre el adversario.

Pero la Stavka no sólo planeaba continuar la ofensiva, sino también extenderla hasta el mar Báltico. El golpe principal debía ser asestado en el sector sudoeste, para aplastar al Grupo de Ejércitos del Sur y al Grupo de Ejércitos A en Ucrania y Crimea. A las fuerzas soviéticas que operaban en el sector noroeste se les confiaron las tareas de aniquilar al Grupo de Ejércitos del Norte, levantar el bloqueo de Leningrado, y avanzar hacia las regiones bálticas. En el sector central, la misión consistía en derrotar al Grupo de Ejércitos del Centro y desalojar al enemigo de una gran parte de Bielorrusia. Este plan debía dar como resultado la liberación de casi todo el territorio soviético.

El 14 de enero de 1944, las fuerzas de los frentes de Leningrado y Voljov pasaron a la ofensiva y al cabo de una semana obligaron al XVIII Ejército enemigo a iniciar su retirada hacia el sudoeste desde sus posiciones ante Leningrado. En el otro sector, las tropas del frente del Voljov derrotaron a los alemanes ante Novgorod y el 20 de enero recuperaron esta ciudad. Seguidamente, el frente de Leningrado prosiguió su avance hasta detenerse, al finalizar el invierno, en las cercanías de Pskov y Ostrov. Entretanto, el 2.º frente del Báltico avanzó hasta tomar Staraya Russa y un importante cruce de carreteras en Dno. El resultado de esta ofensiva soviética, que duró un mes y medio, fue el avance de 220 a 280 kilómetros en el sector noroeste y el levantamiento completo del bloqueo de Leningrado.

En Ucrania, la Stavka planeó una ofensiva general, desde el río Pripet al mar Negro. La primera fase de esta ofensiva debía eliminar por completo las defensas enemigas en el Dniéper y llegar al curso meridional del río Bug, y la segunda tenía como objetivo cortar en dos el frente enemigo, avanzar hacia los Cárpatos y alcanzar una línea desde Lutsk hasta el río Dniéster a través de Mogilev Podolsky. Se



Una interminable y densa columna de prisioneros de guerra alemanes cruza en 1944 las calles de Moscú; más que del traslado de esos cautivos se trata aquí de un cierto afán de exhibición análogo al de los cortejos de los generales romanos victoriosos, con sus largas columnas de prisioneros.

oponían a los cuatro frentes ucranianos el Grupo de Ejércitos del Sur, mandado por el mariscal Manstein, y el Grupo de Ejércitos A, bajo las órdenes del mariscal Kleist.

Al finalizar diciembre de 1943 y durante el mes de enero, el 1.er frente ucraniano siguió progresando hacia Vinnitsa, y el 2.º frente ucraniano continuó su marcha hacia Kirovogrado, en un movimiento envolvente destinado a encerrar al VIII Ejército alemán. A finales de enero, las fuerzas de estos dos frentes habían rodeado al grueso de las tropas alemanas en el sector Korsun-Chevchenkovski y, a mediados de febrero, las habían aniquilado. El 3.er y 4.º frentes ucranianos reanudaron su avance a finales de enero y liberaron Nikopol y Krivoye Rog, importantes centros industriales de Ucrania.

Al comenzar el mes de marzo, los frentes ucranianos habían sido reforzados con hombres y equipos, y poseían un número de tanques dos veces y media superior al del enemigo. En una ofensiva ininterrumpida, las fuerzas soviéticas continuaron su avance en toda la línea, desde Polesye hasta el mar Negro. El 26 de marzo, el 2.º frente ucraniano llegó al río Prut, en una extensión de ochenta y cinco kilómetros, lo atravesó y se adentró en territorio rumano. El 1.er frente ucraniano avanzó más de 350 kilómetros hacia el oeste y ocupó Vinnitsa, Kamenets-Podolsky, Ternopol y Chernovitsy. Después de cruzar el curso meridional del Bug, las tropas del 3.er frente ucraniano tomaron Nikolayev y Odessa, y a mediados de abril llegaron al Dniéster. El 4.º frente ucraniano y el ejército especial de la Marina, apoyados por la flota del mar Negro y por la flotilla naval de Azov, iniciaron la liberación de Crimea el 8 de abril. Cinco días después, caía en su poder el centro administrativo de Simferopol. El 12 de mayo, Crimea quedó completamente liberada por el Ejército Rojo, y el XVII Ejército alemán, con sus 200.000 hombres, fue totalmente derrotado.

El avance proseguía, menos espectacular, en Bielorrusia y la región del Báltico. Durante la primavera de 1944 continuaron las batallas a lo largo de todo el frente, desde Velikiye Luki hasta el río Pripet, pero sólo se registró un éxito importante en la dirección de Kovel, donde las fuerzas soviéticas conquistaron esta población y amenazaron el flanco sur del Grupo de Ejércitos del Centro.

Al comenzar el mes de mayo, registróse una pausa en la lucha. El Ejército Rojo había avanzado centenares de kilómetros y librado violentas batallas en el transcurso de las cuales había aniquilado docenas de divisiones enemigas. Durante el invierno y la primavera había liberado 329.000 kilómetros cuadrados de territorio soviético, reestablecido la antigua frontera de la U.R.S.S. a lo largo de 400 kilómetros, y penetrado en Rumania. Por último, se habían creado unas condiciones favorables para la liberación total de la Unión Soviética y la derrota final de la Wehrmacht hitleriana.

V. M. Kulish

El nudo del Mediterráneo

Los dos años y medio de lucha por el Mediterráneo, desde la caída de Francia en junio de 1940 hasta los desembarcos aliados en Africa del Norte en noviembre de 1942, representaron una pugna cada vez más desesperada, pues del control de este mar dependía la seguridad de los convoyes hacia el teatro de guerra norteafricano.

Edificios destruidos por los bombardeos en las calles de La Valletta. ***Abajo:*** **interior de uno de los refugios abiertos en la roca de la Isla, en los que la población civil permanecía a veces durante días enteros.**





Al declarar Italia la guerra el 10 de junio de 1940, Mussolini, con su habitual arrogancia, exigió «una ofensiva en todos los puntos del Mediterráneo y fuera de él», y al cabo de unas horas aviones italianos dejaron caer las primeras bombas sobre Malta.

Durante las tres primeras semanas, la única protección de Malta consistió en tres aviones «Gloster Gladiator», llamados *Fe*, *Esperanza* y *Caridad.* Al finalizar el año, Malta sólo contaba con quince cazas «Hurricane» y con veintiocho bombarderos. Los alemanes mandaron a Sicilia, en enero de 1941, 100 bombarderos y 25 cazas del X Fliegekorps, con lo que las fuerzas del Eje sumaron 150 aparatos de bombardeo y 100 de caza. El 10 del mismo mes anunciaron estentóreamente su llegada con un devastador ataque en picado contra el portaaviones británico *Illustrious.*

Este buque, gravemente averiado, llegó a Malta y, durante quince días, los alemanes desencadenaron lo que todavía se conoce como los «Illustrious raids», con el objeto de poner fuera de combate el portaaviones y los aeródromos.

A partir de entonces, Malta convirtióse en blanco diario de la Luftwaffe, y desde febrero hasta mayo sólo trece buques consiguieron llegar a la isla para descargar unas 100.000 toneladas de suministros.

Hitler retiró en junio parte de su aviación del Mediterráneo para reforzar el ataque contra Rusia, y Malta tuvo entonces una oportunidad para rehacerse. A mediados de agosto, su cobertura aérea aumentó hasta unos 130 aviones, entre ellos 69 «Hurricane».

En la segunda mitad de 1941, la situación de los aliados registró una notable mejoría. Las fuerzas del Eje en África del Norte necesitaban unas 50.000 toneladas de suministros mensuales, pero en septiembre perdieron una cuarta parte en el camino, y en noviembre las pérdidas aumentaron alarmantemente hasta un sesenta por ciento. La rapidez de la ofensiva «Crusader» de Auchinleck, en noviembre, debióse sobre todo al dominio que Malta ejercía sobre el Mediterráneo.

En julio de 1941 los italianos intentaron penetrar en el puerto de La Valetta. A principios del mismo año, habían utilizado lanchas explosivas con gran éxito contra los buques británicos en la bahía de Suda, en Creta. Tratábase de lanchas muy rápidas pilotadas hasta corta distancia del objetivo antes de que su timonel se arrojase al agua. En Malta, los italianos trataron de repetir su proeza, pero el ataque fue un rotundo fracaso. Alrededor de la medianoche del 25 de julio, una pequeña flotilla, de la que también formaban parte las lanchas explosivas, acercóse a Malta. Sus motores podían ser oídos claramente en aquella noche apacible, y una incursión aérea, planeada para cubrir su aproximación, nunca llegó a materializarse. Las lanchas cargadas de explosivos trataron de penetrar en el puerto a través de las redes contra torpedos y, para asegurar el éxito de su misión, los pilotos se lanzaron a un ataque suicida con el único resultado de derrumbar un puente de hierro sobre el canal, con lo que la entrada quedó totalmente bloqueada. Los reflectores enfocaron a las demás embarcaciones ante la costa y los italianos huyeron desordenadamente, sólo para ser cazados por los «Hurricane» al amanecer antes de poder llegar a Sicilia.

En diciembre, Hitler retiró el II Fliegerkorps del frente ruso y lo trasladó a Sicilia y África del Norte, y junto con el X Fliegerkorps, a cuyo cargo estaba el Mediterráneo oriental, formó la Luftflotte 2, bajo el mando del mariscal Kesselring. Éste dispuso entonces de 500 «Stukas», más de 300 «Me 109», y una poderosa formación de bombarderos pesados.

Una vez más, el Eje tenía la supremacía aérea en Creta, Libia y Sicilia para bombardear a los convoyes aliados, y los buques italianos pudieron aprovisionar a Rommel con los pertrechos necesarios para que éste pasara a la ofensiva y amenazase Egipto.

En febrero de 1942, los aviones capaces de prestar servicio en Malta quedaron reducidos a once, mientras la isla era sometida a un promedio de diez incursiones diarias.

El 23 de marzo, dos mercantes, el *Talabot* y el *Pampas,* sobrevivientes de un convoy de cuatro buques, efectuaron su



Bombarderos alemanes sobrevuelan el Mediterráneo frente a las costas de Malta.

entrada entre explosiones de bombas y entusiásticas ovaciones de los habitantes de Malta que se agolpaban junto a las murallas del puerto. Pero Kesselring había asegurado a Hitler que «borraría a Malta del mapa» y envió 300 bombarderos para destruir a los dos buques. Después de tres días de ataques incesantes consiguió su objetivo. Sólo 5.000 de las 20.000 toneladas de suministros que habían salido de Alejandría con el convoy habían sido descargadas cuando el *Talabot* y el *Pampas* fueron hundidos en el puerto. Toda posibilidad de mandar refuerzos parecía inútil y todo hacía pensar que el hambre acabaría inexorablemente con los defensores de la isla.

Finalmente, el 9 de mayo, sesenta «Spitfire» de los portaaviones *Wasp* y *Eagle* llegaron a la isla. Al día siguiente, precisamente mientras Kesselring comunicaba la neutralización de Malta, sus aviones topaban con una fuerza superior en número por primera vez en muchos meses.

Llegado el mes de julio el asedio tocaba ya a su fin. Los cazas derribaron sesenta y cinco aviones del Eje, contra la pérdida de treinta y seis «Spitfire». Los submarinos aliados volvieron a mostrarse activos y la flota mercante del Eje sufrió la pérdida de siete unidades.

El Eje había trazado planes para efectuar un desembarco en la isla en el mes de julio, pero en aquellos momentos la operación hubiera ocasionado un número enorme de bajas. Las costas de Malta estaban protegidas por espesas alambradas y, tierra adentro, se habían construido tres líneas de casamatas de hormigón. Por otra parte, los éxitos de Rommel en África del Norte parecían indicar que un asalto contra la isla era innecesario y, por lo tanto, éste fue pospuesto.

En agosto, los aliados empezaron a dominar el teatro mediterráneo. Un treinta y ocho por ciento de todos los suministros enviados a Rommel perdióse por el camino, pero a Malta sólo le quedaban víveres y carburante para resistir otro mes. Había llegado, pues, el momento de hacer un esfuerzo supremo para levantar el sitio, y el 10 de agosto quedó ultimada la Operación «Pedestal». Cincuenta y nueve buques de guerra escoltarían a catorce mercantes desde Gibraltar hasta Malta. Veintiún submarinos del Eje y unos 800 aviones acechaban a este convoy.

Un inventario de las mercancías llegadas a Malta gracias a la Operación «Pedestal» demostró que la isla podía resistir precariamente hasta diciembre. Pero ni siquiera las victorias aliadas de octubre y noviembre en Africa del Norte aportaron esperanzas de un inmediato rescate y se empezó a discutir de nuevo la posibilidad de una rendición. Hasta el 17 de noviembre no zarparía de Port Said un último convoy, llamado en código «Stoneage», que entró en Malta durante la noche del 19 al 20 de noviembre sin interferencia alguna, y éste fue el anuncio de que el asedio había concluido. La iniciativa de las operaciones había pasado por completo a manos de los aliados cuyas tropas irrumpían en el Mediterráneo occidental después de los desembarcos de la Operación «Antorcha», y Malta pudo intervenir a su vez para apoyar la invasión aliada de Sicilia en julio de 1943.

Rommel había profetizado en febrero de 1941, cuando asumió el mando en África del Norte: «Sin Malta, el Eje acabará por perder el control sobre el Norte africano.» El tiempo le dio plena razón.

John Man

Victoria en Africa del Norte

Con la invasión del Africa del Norte francesa no sólo se cumplieron las promesas hechas por Roosevelt y Churchill a Stalin en lo referente a abrir un segundo frente en 1942, sino que se preparó el camino para el asalto a Italia, el punto flaco de Europa.

Al entrar Estados Unidos en guerra, se celebró una conferencia en Washington, en diciembre de 1941, bajo el nombre de código «Arcadia», en la que se decidió que uno de los objetivos primordiales debía consistir en «cerrar y estrechar el cerco alrededor de Alemania», con un sector sur que correría a lo largo del litoral norteafricano y desde el cual se lanzarían ataques a través del Mediterráneo.

En noviembre de 1942 se tomaron las primeras medidas para ocupar todo el litoral norteafricano y con ello completar en esa zona el cerco alrededor de Alemania: en el este por medio del VIII Ejército a las órdenes de Montgomery, que, después de diez días de enconada lucha, rompió las líneas del Eje en El Alamein, y al oeste mediante la Operación «Antorcha», la invasión aliada del noroeste africano que se inició el 8 de noviembre.

Los jefes del Estado Mayor estadounidense nunca dejaron de mostrar su desagrado ante esta operación que consideraban, no sin razón, como factor de demora de la invasión del noroeste de Europa; los jefes británicos, en cambio, no tardaron en mostrarse entusiastas. Un norteamericano, el general Dwight D. Eisenhower, fue nombrado para el mando supremo, con un jefe naval británico, el almirante sir Andrew Cunningham, bajo sus órdenes. Los jefes de las fuerzas terrestres empleadas en los tres desembarcos iniciales debían ser generales norteamericanos hasta que sus fuerzas, una vez en tierra, se reuniesen para formar el I Ejército bajo el mando del general sir Kenneth Anderson. El general Mark Clark, norteamericano, fue nombrado comandante delegado.

Fuerzas de choque norteamericanas debían atacar Casablanca, mientras una fuerza combinada anglonorteamericana atacaría Argel y Orán. En estos dos últimos puntos, los norteamericanos desembarcarían los primeros, ya que se suponía que los franceses acogerían bien a los estadounidenses y en cambio ofrecerían resistencia a los británicos.

Llegado el momento, la resistencia francesa fue muy poca: la presencia del almi-



Desembarco de fuerzas de la I División norteamericana en las playas marroquíes. Dada la exigua resistencia opuesta por los franceses de Vichy a la operación, ninguno de los contingentes aliados hubo de enfrentarse con graves dificultades al desembarcar.

rante Darlan, jefe de las fuerzas armadas francesas, ejerció una poderosa influencia en favor de la capitulación. Las tres fuerzas de choque desembarcaron con escasas bajas y pérdidas materiales; el 11 de noviembre firmóse un armisticio y se iniciaron los preparativos para avanzar hacia el este, en dirección de Bizerta y Túnez.

Los desembarcos se produjeron completamente por sorpresa, pero la reacción alemana fue tan rápida como eficiente. A primera hora del 11 de noviembre, fuerzas germanas avanzaron por la zona no ocupada de Francia y, simultáneamente, tropas bien pertrechadas fueron trasladadas por vía aérea a Bizerta, donde el aeródromo había sido ocupado ya el 9 de noviembre. Al propio tiempo, fuerzas italianas avanzaron desde Tripolitania. Por lo tanto, a pesar del desembarco de una brigada británica en Bougie el 11 de noviembre y de la captura del aeródromo de Bona por paracaidistas británicos el día siguiente, los alemanes consiguieron estabilizar una línea en las montañas, al oeste de las llanuras tunecinas, a primeros de diciembre. Con ello, las esperanzas aliadas de tomar Túnez y Bizerta antes de Navidad quedaron frustradas.

La línea Mareth

Esta inmovilización era doblemente decepcionante si se tiene en cuenta que el I Ejército había estado tan cerca de la victoria. Sin embargo, gran parte de la operación había resultado satisfactoria. Un efecto lateral inesperado fue el hundimiento voluntario de la escuadra francesa en Tolón el 27 de noviembre, con lo cual, por lo menos, los buques no cayeron en manos de los alemanes.

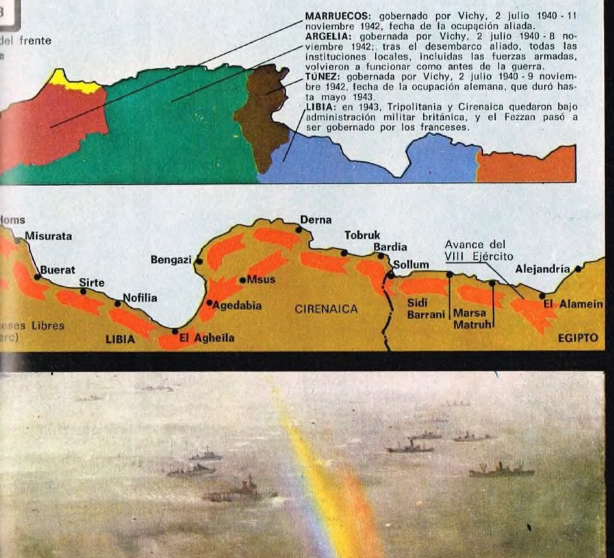
Entretanto, Rommel había estado efectuando una ordenada retirada desde El Alamein, sin dejar de combatir a la defensiva. Una serie de nombres conocidos llenaba las cabeceras de los periódicos: lugares que habían cambiado de dueño más de una vez, tales como Marsa Matruh, Sidi Barrani, Bardia, Tobruk, Derna, Benghasi, Agedabia y, finalmente, El Agheila, donde Rommel estableció su primera línea defensiva el 12 de diciembre. Todos los intentos para cortar la retirada del *Afrikakorps* durante aquella larga persecución a través del desierto fallaron, pero cuando Montgomery irrumpió a través de las líneas enemigas en El Agheila, resultó evidente que esta vez el enemigo no se recuperaría. Rommel abandonó El Agheila el 18 de diciembre y, en incesante retirada, tuvo que ceder, el 23 de enero de 1943, la ciudad de Trípoli a Montgomery. El 24 de febrero, el *Afrikakorps* se había replegado tras la formidable línea Mareth, en la frontera entre Túnez y Tripolitania.

Durante los meses de enero y febrero de 1943, los alemanes de Túnez, bajo el mando del coronel-general Dietloff Jürgen von Arnim, constituyeron un ejército de 100.000 hombres y prosiguieron obstinadamente sus contraataques para rechazar a las fuerzas aliadas. El mando aliado distaba de ser satisfactorio, pues los franceses se negaban a recibir órdenes de los británicos y la cooperación anglonorteamericana era muy deficiente. Ninguna de las lecciones sobre el uso de la aviación táctica en los combates terrestres, aprendidas a tan alto precio en el desierto, se aplicaba en Túnez, y sólo cuando el VIII Ejército y las fuerzas aéreas del desierto se unieron a la batalla, esta cooperación tierra-aire empezó a dar sus frutos. A principios de febrero, Rommel, con el grueso de sus fuerzas detrás de la línea Mareth, intervino en la batalla de Túnez con un fuerte destacamento de su *Afrikakorps*. El 14 de febrero, Rommel y Arnim lanzaron un vigoroso ataque con el que consiguieron un notable éxito inicial al tomar varias posiciones importantes, entre ellas el Paso de Kasserina. El 19 de febrero, el general Alexander, al que se le había dado el mando del VIII y el I Ejércitos, tomó el mando personal de todas las fuerzas aliadas en Túnez. Después de violentos combates, se desvaneció el sueño de Rommel, quien pretendía aislar al I Ejército y acorralarlo en la costa. Sin embargo, la batalla fue muy dura y disipó el optimis-

Soldado alemán hecho prisionero en Túnez en 1943; a pesar de su evidente abatimiento, puede considerarse entre los afortunados, puesto que gran parte de los que intentaron eludir el cautiverio huyendo por la vía marítima fueron víctimas de los disparos de la flota británica.




África del Norte
noviembre 1942 - mayo 1943
100 200 300 KMS
Aterrizajes de paracaidistas operación «Antorcha»
ESPAÑA
Gibraltar
Tánger
Tetuán
MARRUECOS ESPAÑOL
Melilla
Aterrizajes de «Antorcha»
Fez
Port Lyautey
Mehdia
Fedala
Casablanca
Safi
Marrakech
MARRUECOS
Orán
Avance de «Antorcha»
Aterizajes de «Antorcha»
Argel
Boghari
Tiaret
Contraataque del Eje
ARGELIA
Línea del frente
feb 1943
Aterrizajes del Eje
Bizerta
Túnez Cae 7 mayo 1943
Medjez-el-Bab
Souk-el-Arba
Philipeville
Bona
Bougie
Constantina
Thala
Tebessa
Biskra
Chott Djerit
Gafsa
Kasserine
Maknassy
Gabès
Mareth
Medenine
Línea Mar
TÚNEZ
TRIPOLITAN



Arriba: **la última fase de la guerra en el África septentrional; avanzando desde Marruecos, Argelia y Egipto, las fuerzas aliadas arrollaron a las del Eje, que, sin embargo, presentaron dura resistencia en Túnez.** *Abajo:* **pintura de Richard Eurich sobre el tema de la Operación «Antorcha», que aquí aparece representado en la fase anterior al desembarco, o sea el momento de la aproximación de la gigantesca flota a sus objetivos.**

mo de los aliados. A partir de entonces, las estructuras del mando se simplificaron, y las rivalidades interaliadas fueron dejadas de lado. El desenlace de la lucha en África del Norte era ya inevitable. Entre el 20 y el 28 de marzo, el VIII Ejército libró la batalla de Mareth contra un adversario tenaz que consiguió replegarse en buen orden, el 6 de abril atravesó el Wadi Akarit después de otra lucha encarnizada, y el 28 de abril atacó sin éxito al *Afrikakorps* en Enfidaville. Había establecido ya su enlace con el I Ejército, y el cerco alrededor de Túnez y Bizerta quedó completado. Estas dos ciudades fueron ocupadas el 7 de mayo y se extinguió la resistencia del Eje el día 13. Los alemanes se rindieron incondicionalmente, y la mayoría de los que escaparon fueron aniquilados en el mar por la *Royal Navy*. Fueron capturados unos 240.000 prisioneros italianos y alemanes, junto con gran cantidad de armas y equipos. El 20 de mayo, llegó un convoy a Alejandría y con ello se consiguió uno de los principales objetivos aliados: el de abrir el Mediterráneo.

La siguiente etapa

Desde el otoño de 1942, los planificadores británicos y norteamericanos habían estado discutiendo sin cesar la siguiente etapa que convenía emprender después de ocupado el litoral de África del Norte. En general, los norteamericanos insistían en proceder a la invasión en 1943, en tanto que los jefes del Estado Mayor británico creían que no sería posible montar aquel año una invasión con garantías de éxito. Las diferencias eran graves y existía el peligro de que los norteamericanos trasladasen fuerzas al Pacífico, desdeñando el principio de «Alemania primero».

No obstante, en la Conferencia de Casablanca, celebrada en enero de 1943, se convino atacar Sicilia en verano y, a partir de entonces, aunque no se decidió nada más y los jefes militares aliados no deseaban desembarcar en la península, la campaña de Italia tornóse inevitable.

Vicealmirante sir Peter Gretton



La caída de Túnez

El 7 de mayo de 1943, el VIII Ejército británico entró en Túnez después de vencer la obstinada resistencia de dos posiciones defensivas del Eje. Alan Moorehead, el escritor británico en aquel entonces corresponsal de guerra, entró en la ciudad con el VIII Ejército y ha descrito la delirante reacción de sus pobladores.

«Incontables franceses se agolpaban en las calles poseídos por una alegría histérica. Algunos corrían directamente hacia nosotros y saltaban a los estribos de nuestros vehículos. Una joven echó los brazos al cuello de mi chófer. Un anciano sacó un paquete de cigarrillos de su bolsillo y nos lo arrojó... Todas las mujeres llevaban flores, arrancadas apresuradamente de sus jardines. Un manojo de rosas me dio de lleno en la boca y el capó del coche estaba cubierto de flores...

»Las puertas de un gran edificio rojizo que había en aquella calle, a nuestra derecha, se abrieron de par en par y al principio no supe comprender lo que ocurría: los hombres que salieron de él, docenas, centenares de ellos, eran británicos, con sus cascos de acero de forma plana y uniformes de combate británicos. Después me di cuenta de que eran prisioneros a los que acabábamos de liberar... Por unos momentos permanecieron en la calzada en grupos indecisos, llenándose los ojos con nuestra visión, y después nos aclamaron. Algunos no acertaban a proferir palabra alguna y se limitaban a mirar; un hombre de espesa barba lloraba en silencio. Los demás gritaban hasta enronquecer...

»Entretanto, otra patrulla de vehículos blindados había avanzado por el desvío de la derecha que conduce al centro de la ciudad. Éstos entraron en una urbe que nada sospechaba. Centenares de alemanes paseaban por las calles, algunos acompañados por sus amiguitas. Otros centenares tomaban aperitivos en la acera de un gran café. Nadie les había avisado la proximidad de los británicos. El ataque se había desarrollado con tanta rapidez que en la ciudad no se había producido indicación alguna de la ruptura de las líneas del Eje... En una peluquería contigua, otros alemanes saltaron de sus asientos y, con blancas toallas alrededor del cuello y el rostro enjabonado, se inmovilizaron asombrados...»

(De «African Trilogy», Alan Moorehead, Hamish Hamilton Ltd., 1945. Reproducido con permiso de Laurence Pollinger Ltd.)





Arriba: desembarco de fuerzas norteamericanas en el África septentrional durante la Operación «Antorcha». Centro: un aparato «Hawker Hurricane», destinado a la acción aérea contra los tanques, ataca a un grupo blindado en Túnez (abril de 1943). Abajo: «Los hombres que han liberado del Eje al África»; bajo ese título aparecen los jefes aliados de la Operación «Antorcha» y varias escenas de la misma, en un estilo propio de las revistas infantiles; de izquierda a derecha: el general norteamericano Eisenhower, jefe supremo de las fuerzas aliadas del África septentrional; los generales británicos Alexander y Montgomery, jefes de las operaciones que obligaron a Rommel a una retirada de 1.700 kilómetros, de El Alamein a Túnez; otro general británico, Anderson, jefe de las fuerzas británicas que, junto con las norteamericanas, ocuparon Bizerta y Túnez; el general francés Giraud, jefe militar y civil del África septentrional francesa, cuyas fuerzas tanto colaboraron en el éxito de la Operación «Antorcha».

La campaña de Italia

La campaña de Italia fue concebida como fórmula de compromiso, y terminó en controversia. Desde su comienzo en julio de 1943 hasta su conclusión en mayo de 1945, fue un constante motivo de discusión entre las opuestas concepciones bélicas británica y norteamericana.

El avance aliado por Italia, julio 1943 - mayo 1945

El mapa muestra las líneas esenciales de la progresión aliada en Italia. Los dos primeros avances quedaron interrumpidos por las respectivas pausas invernales, pero el último acabó en victoria. Durante el primero, los aliados ocuparon Sicilia y el sur de Italia; mientras tanto, habían sido evacuadas Córcega y Cerdeña. El segundo avance provocó la ocupación de la Italia central, con Roma y Florencia, y en parte quedó interrumpido por las necesidades de la operación «Anvil». Durante el tercero se produjo la derrota final de las fuerzas alemanas.

Los estadounidenses, confiados en sus inmensos recursos materiales y fieles a su tradición militar, eran partidarios del ataque frontal a Alemania. Ésta debía ser atacada por el camino más corto y más directo, o sea a través del Canal de la Mancha. Por lo tanto, la Operación «Overlord» ocupaba el primer lugar en la lista de las prioridades americanas en Europa.

Los británicos preferían una maniobra más indirecta. Churchill creía que Italia, «el blando bajovientre del Eje», era el objetivo ideal, pero es evidente que también hacía sus previsiones para después de la victoria y consideraba a Austria y los Balcanes como los objetivos finales de la campaña de Italia.

Estas disidencias estratégicas salieron a relucir entre Churchill y Roosevelt, en la Conferencia de Casablanca, celebrada el 14 de enero de 1943. Con la victoria en África del Norte a la vista, era preciso encontrar una respuesta a la pregunta: ¿y después? La contestación fue la invasión de Sicilia. Los norteamericanos llegaron a ella de mala gana y sólo como una conclusión estratégica de la campaña norteafricana.

La invasión de Sicilia (Operación «Husky») fue meticulosamente preparada. El comandante en jefe sería norteamericano, el general Eisenhower, pero el mando directo de la batalla sería asignado a los británicos. El general Alexander asumió el mando del XV Grupo de Ejércitos, consistente en el VII Ejército estadounidense y al VIII Ejército británico. El almirante Cunningham tomó el mando de las fuerzas navales, y el mariscal del aire Tedder el de la aviación. En el mes de abril, sin embargo, se hicieron numerosos cambios en el plan provisional. Había dos razones para ello. Primero, el general Montgomery, jefe del VIII Ejército, habló con el general Bedell Smith, jefe del estado mayor de Eisenhower, y le convenció de la superioridad de su propio plan. En segundo lugar, hubo la aparición del «DUKW», un vehículo anfibio de seis ruedas, y de la «LST» (lancha especial para el desembarco de tanques). Ambos elementos se hallaban disponibles por primera vez y sus características convencieron a Alexander de que podía confiar en mantener sus posiciones en playas despejadas. Por consiguiente, adoptó el plan apoyado desde el principio por Montgomery, que preveía un ataque concentrado a cargo del VII y del VIII Ejércitos contra la punta sudeste de la isla.

«Husky» fue el más amplio ataque anfibio montado por los aliados durante la segunda guerra mundial. Ocho divisiones pusieron pie en el litoral, contra sólo cinco durante la misma fase de los desembarcos en Normandía once meses más tarde, y casi 3.000 buques y lanchas de desembarco tomaron parte en la operación. Durante la noche de la invasión, el 10 de julio de 1943, se desencadenó una tormenta que pareció amenazar el éxito de la operación, pero en realidad resultó ventajosa, pues relajó la vigilancia de las divisiones costeras italianas. Las tropas aliadas lograron sorprender totalmente a los defensores y, en su gran mayoría, desembarcaron sin encontrar resistencia. Sin embargo, la invasión por el aire viose notablemente perjudicada por el mal tiempo. Más de una tercera parte de los planeadores cayeron al mar y los paracaidistas norteamericanos quedaron dispersados por todo el sur de Sicilia.

El plan de Montgomery consistía en marchar rápidamente sobre Messina, y, aunque no tardó en tomar Siracusa, hallóse frenado en la llanura de Catania por nutridos refuerzos alemanes, en vista de lo cual decidió empujar por el flanco izquierdo, alrededor del Etna. Entretanto, el VII Ejército estadounidense avanzaba a lo largo de la carretera del litoral norte y marchaba con rapidez hacia Messina, en donde entraron las fuerzas de Patton el 17 de agosto. Montgomery llegó poco después.

Estos acontecimientos tuvieron hondas repercusiones en la península italiana. El 24 de julio, en una reunión extraordinaria, el Gran Consejo Fascista retiró, por una aplastante mayoría, su confianza al Duce, y al día siguiente el rey lo hizo detener. El mariscal Badoglio asumió la jefatura del Gobierno y proclamó su intención de continuar la guerra. El 15 de agosto iniciósе ya el primer sondeo de paz, pero, desdichadamente para el nuevo Gobierno, los alemanes habían actuado con rapidez para



asumir el control del país y la capitulación representaba un riesgo muy grave. En vista de ello, las negociaciones se centraron en el desencadenamiento de un importante ataque aliado que debía coincidir con el anuncio de la rendición.

El éxito de las operaciones en Sicilia y la caída de Mussolini alentaron a los partidarios de una campaña a fondo en Italia. En la conferencia de Quebec (cuyo nombre en código era «Quadrant») en el mes de agosto, los norteamericanos dieron su asentimiento a un desembarco en Italia, pero exigieron su precio. La prioridad de «Overlord» quedó reafirmada, y ocho de las mejores divisiones, cuatro norteamericanas y cuatro británicas, tuvieron que regresar a Gran Bretaña con el fin de prepararse para «Overlord». Las primeras metas debían ser los aeródromos de Foggia y Nápoles, desde los cuales cabía proceder al bombardeo de Alemania.

El 3 de septiembre, inicióse una nueva fase en la campaña de Italia. Comenzó la Operación «Baytown», y Montgomery atravesó sin obstáculos el estrecho de Messina y llegó a Reggio, en la punta de la bota italiana. A partir de entonces, al revés de lo ocurrido en Sicilia, las operaciones tenían que ser realizadas a cuenta y riesgo de Montgomery.

Entretanto, habían madurado las negociaciones con los italianos, y el 8 de septiembre, Badoglio anunció la rendición de Italia. No obstante, los alemanes se adueñaron rápidamente de los puntos neurálgicos del país, desarmaron a los italianos y se prepararon para la defensa.

Los aliados cumplieron entonces con lo prometido en las negociaciones de la rendición e iniciaron la Operación «Avalanche». Del 8 al 9 de septiembre, el V Ejército estadounidense, bajo el mando del general Mark Clark, desembarcó en las playas de Salerno. Las tropas esperaban encontrar escasa resistencia, pero el mariscal Kesselring, comandante en jefe alemán, desplegó sus fuerzas con la rapidez del rayo y, durante ocho días, el Ejército aliado tuvo que resistir, de espaldas al mar, una serie de duros contraataques. El almirante Cunningham ordenó la intervención de los acorazados *Warspite* y *Valiant*, y los disparos de sus piezas de 16 pulgadas causaron grandes perjuicios entre los alemanes. El día 15, las avanzadillas del VIII Ejército de Montgomery se

Soldados británicos pertenecientes al VIII Ejército vadean las aguas de una playa de Sicilia durante la invasión de la isla.

encontraban tan sólo a unos 25 kilómetros de distancia, y la cabeza de puente aliada había sido firmemente asegurada mientras los alemanes se veían obligados a retroceder.

Simultáneamente con «Avalanche», se había lanzado otra operación contra el tacón de la bota italiana: «Slapstick», o la invasión de Taranto. La 1.ª División Aerotransportada británica fue trasladada por la flota del almirante Cunningham hasta el mismo puerto de Taranto, y esta acción tan poco ortodoxa fue un éxito, aunque un crucero con más de 200 hombres a bordo hundióse al chocar con una mina. Los aliados se hallaban ya firmemente instalados en tres puntos del sur de Italia: Reggio, Salerno y Taranto. El 1.º de octubre, Foggia y Nápoles se hallaban en poder de los aliados y se habían conseguido los primeros objetivos principales de la campaña de Italia. Córcega y Cerdeña habían sido evacuadas y la flota italiana se había rendido.

El 12 de septiembre, se produjo un acontecimiento asombroso. Mussolini fue rescatado en el hotel que le servía de prisión en el Gran Sasso italiano y trasladado a Munich. Allí, recibió instrucciones de Hitler y regresó a Italia como inefectivo jefe de la efímera República Social Italiana, instalando la sede de su Gobierno en la pequeña ciudad septentrional de Salò. El menguado Estado fascista de Mussolini no planteó problema alguno a los aliados.

Hitler reacciona

La opinión general en la Conferencia del Cairo, celebrada en noviembre, fue la de que en Italia sólo convenía intentar objetivos modestos, y, por consiguiente, prosiguió, inexorable, el embarque de tropas y equipos con destino a Inglaterra.

Al comenzar el invierno, presentóse otro factor que provocó nuevas demoras en la campaña italiana. Hitler tomó la súbita decisión de nombrar a Kesselring, en vez de Rommel, comandante en jefe del sector sudoeste, y ordenó que se estableciera una firme línea defensiva al sur de Roma.

Las posiciones invernales de los alemanes, la línea Gustav, eran una barrera formidable y la parte más impenetrable de sus defensas era Montecassino, donde se alzaba el famoso monasterio benedictino del siglo VI. Mientras el V Ejército de Clark luchaba en el río Volturno y avanzaba hacia Cassino, el VIII Ejército británico de Montgomery se disponía a asaltar las defensas orientales sobre el río Sangro: a finales de noviembre, atravesó el

Tres momentos de la campaña de Italia.

_1_ Salerno, 9 de septiembre de 1943: infantería norteamericana del V Ejército desembarcando en la playa durante la Operación «Avalanche».

_2_ Cassino, fines de mayo de 1944: patrulla aliada entre los restos de la población, al pie de una altura coronada por las ruinas del famoso monasterio benedictino.

_3_ Roma, 5 de junio de 1944: el teniente general Clark (izquierda), jefe del V Ejército de los EE.UU., llega al Capitolio acompañado de otros colegas para hacerse cargo de la ciudad.

1


2


3


río ante una enérgica resistencia y con un tiempo pésimo. El ataque de Montgomery no tardó en ser contenido y el día de Navidad de 1943 los aliados quedaron inmovilizados a lo largo de la línea Gustav.

En aquellos momentos empezóse a estudiar la posibilidad de una nueva operación anfibia, y se propuso un desembarco en Anzio, cerca de Roma. Churchill logró persuadir a Eisenhower, recién nombrado para el mando de los desembarcos en Normandía, para que retrasara la partida de las embarcaciones necesarias.

En Anzio, consiguióse, el 22 de enero, una completa sorpresa táctica. Sin embargo, la ventaja inicial se perdió debido a que el jefe de las fuerzas, general Lucas, no supo progresar más allá de la cabeza de puente, y también a que Kesselring, una vez más, reunió refuerzos con gran celeridad. Cuando Lucas atacó por fin, fue contenido y el 3 de febrero viose sometido a su vez a un intenso contraataque. El general Truscott sustituyó al general Lucas en el preciso momento en que los alemanes lanzaban una contraofensiva de gran envergadura que fue rechazada con cuantiosas bajas. Sin embargo, este resultado no se consiguió hasta el 6 de marzo, más de seis semanas después de los primeros desembarcos y cuando los aliados habían tenido ya 19.000 muertos. Hasta el 23 de mayo no se pudo hablar de verdadera estabilización de sus posiciones.

Entretanto, habían fracasado todos los ataques dirigidos contra Cassino. Ofrecióse entonces la aviación para cooperar en el asalto y 1.100 toneladas de bombas cayeron sobre el monasterio, al que se suponía erróneamente ocupado por los alemanes, cuando en realidad quienes lo habitaban todavía eran el abad y sus monjes. El monasterio quedó pulverizado, pero Cassino siguió resistiendo, pues el bombardeo procuró a sus defensores excelentes posiciones defensivas en forma de montones de escombros. La situación seguía, pues, invariable.

Era preciso efectuar otro intento en el sector de Cassino y, por consiguiente, Alexander retiró fuerzas del frente del Adriático, trasladó temporalmente el grueso del VIII Ejército al oeste, y concentró entre Cassino y el mar una fuerza formidable cuya presencia fue cuidadosamente camuflada. Después de lograr que Kesselring se persuadiera de que pretendía lanzar un ataque anfibio contra Civitavecchia, el 11 de mayo Alexander lanzó trece divisiones (el VIII y el V Ejércitos a la vez) contra los sorprendidos alemanes. El 17 de mayo, Cassino fue evacuado por fin y el VIII Ejército irrumpió en el valle del Liri. El 23, Truscott atacó desde la cabeza de puente de Anzio y dos días más tarde estableció contacto con el V Ejército. El X y el XIV Ejércitos alemanes, que se batían en retirada ante el VIII Ejército, se vieron entonces en el peligro de ser copados, pero en vez de tratar de cortarles la retirada, Clark marchó directamente hacia Roma, donde entró triunfalmente el 4 de junio, dos días antes de los desembarcos del día D. Los ejércitos alemanes derrotados se retiraron entonces hacia el norte de Roma, donde volverían a luchar de nuevo, esta vez en la línea Gótica, el sistema defensivo más sólido e impresionante de Italia.

Al parecer los aliados tenían una magnífica oportunidad para atravesar los Apeninos y cruzar el Po antes de que terminase el verano. Alexander esperaba llegar a Hungría o Austria en otoño, lo que hubiese tenido profundas repercusiones en la Europa de la posguerra, pero había llegado ya el momento de que los aliados cumpliesen su promesa de iniciar una invasión en el sur de Francia, mediante la Operación «Anvil» (Yunque), llamada después «Dragoon». Siete divisiones, tres norteamericanas y cuatro francesas, fueron retiradas del frente italiano de Alexander en un momento en que todo dejaba prever grandes éxitos, y Kesselring supo aprovechar aquel respiro. La Operación «Yunque» se puso en marcha el 15 de agosto y topó con muy escasa resistencia. Estratégicamente, tuvo poco efecto, excepto evitar que la guarnición alemana de la Riviera pudiese reforzar a las unidades que combatían contra Eisenhower en Normandía.

El plan aliado para el ataque contra la línea Gótica exigía que el V Ejército dirigiese su esfuerzo hacia el centro, hacia Bolonia, mientras el VIII Ejército avanzaba en busca de terreno llano al otro lado de los Apeninos. El ataque comenzó el 25 de agosto, y cuatro días después el VIII Ejército se infiltró a través de las defensas orientales. Pero Kesselring, como siempre, actuó con rapidez y, ayudado por dos días de lluvias torrenciales, trasladó refuerzos desde el centro. El 8 de septiembre, sin embargo, el V Ejército lanzó un ataque contra el desprovisto centro, simultáneamente con otro ataque del VIII Ejército en el ala derecha. La 8.ª División hindú consiguió romper el frente y llegar a quince kilómetros de Imola. También el VIII Ejército rompió las líneas enemigas y desembocó en la llanura de la Romagna para entrar en Rimini el 20 de septiembre.

No obstante, el general Leese, jefe del VIII Ejército (Montgomery había sido llamado para los preparativos de «Overlord»), tuvo entonces una desagradable sorpresa. Había esperado que, una vez en los llanos, podría desplegar sus divisiones acorazadas, pero se encontró con un laberinto de cursos de agua con altas orillas, que constituían excelentes posiciones defensivas para los alemanes. Los ejércitos aliados tuvieron que enfrentarse a un nuevo invierno. El V Ejército se inmovilizó a finales de octubre en las montañas del sur de Bolonia, y el VIII Ejército se detuvo en diciembre, después de tomar Ravena y Forli.

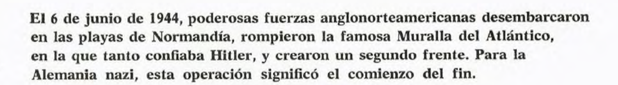
La pausa invernal se prolongó hasta abril de 1945. Durante el invierno, Alexander tuvo que mandar otras cinco divisiones al noroeste europeo y sólo contaba con diecisiete contra veintitrés alemanas y cuatro italianas. A pesar de ello, el 9 de abril el VIII Ejército desencadenó un ataque con vehículos anfibios a través del lago Comacchio, al este de Argenta, y el 23 de abril el V y el VIII Ejércitos, después de cruzar el Po, perseguían hacia el norte a los restos del X Ejército de Vietinghoff. Dos días más tarde, los partisanos italianos se alzaron en una insurrección general, pero los alemanes ya estaban vencidos. El 28 de abril fue ejecutado Mussolini y al día siguiente las fuerzas alemanas en Italia firmaron un documento de rendición incondicional. Toda resistencia cesó el 2 de mayo.

Pero ésta fue tan sólo una pequeña contribución a la victoria aliada en Europa. Se juzga a menudo que, al no haber llegado los aliados a Viena antes que los rusos —el gran anhelo de Churchill—, la campaña italiana fue un fracaso. Sin embargo, el objetivo oficial de la campaña consistía en mantener un máximo de divisiones alemanas alejadas del noroeste europeo, que era donde iba a asestarse el golpe mortal a Alemania. ¿Consiguióse este objetivo? De las 127 divisiones alemanas que cubrían el largo arco desde Noruega hasta Grecia, veintidós, escasamente una sexta parte, fueron retenidas por las operaciones en Italia al llegar el día D. Las treinta divisiones aliadas empleadas con este fin representaron una inversión muy cuantiosa con unos beneficios relativamente exiguos.

Pero estas consideraciones no deben oscurecer los logros de los ejércitos aliados, que obtuvieron la primera rendición de un gran grupo de ejércitos alemanes en el continente.

Simon Rigge

Desembarco en Normandía



El 6 de junio de 1944, poderosas fuerzas anglonorteamericanas desembarcaron en las playas de Normandía, rompieron la famosa Muralla del Atlántico, en la que tanto confiaba Hitler, y crearon un segundo frente. Para la Alemania nazi, esta operación significó el comienzo del fin.

Ante la inminencia de la invasión de Normandía, este policía militar norteamericano estudia un manual análogo a los titulados «¿Quiere usted aprender el francés en diez días?» ***Abajo:*** **Eisenhower da instrucciones a los paracaidistas poco antes del despegue.**





Aunque Stalin había insistido en la creación de un segundo frente en Francia desde que Alemania invadió la Unión Soviética, la planificación de un poderoso asalto a través del Canal de la Mancha contra la *Festung Europa* («Fortaleza Europa») de Hitler no se inició hasta enero de 1943, cuando en la Conferencia de Casablanca decidióse crear un Estado Mayor conjunto anglonorteamericano para atender a los múltiples problemas que presentaba una operación tan masiva y arriesgada. La concepción de una invasión a gran escala de Francia quedó confirmada en la Conferencia de Washington, en mayo de 1943, y la operación, que recibió el nombre de «Overlord», quedó fijada para el 1 de mayo de 1944.

Tres meses después, el teniente general sir Frederick Morgan, que dirigía el equipo aliado con la designación de jefe de Estado Mayor del Mando Supremo Aliado (C.O.S.S.A.C., anagrama de *Chief of Staff to the Supreme Allied Commander*), presentó un proyecto de plan en la Conferencia de Quebec, y sus proposiciones fueron aprobadas. Al finalizar el año anuncióse el nombramiento del general Dwight D. Eisenhower como jefe supremo aliado para la Operación «Overlord». Fue una elección acertada, pues aunque Eisenhower no fuese tal vez un gran soldado, supo ganarse el afecto no sólo de sus subordinados, sino también de sus líderes políticos y militares.

El equipo de Eisenhower fue elegido sin perder tiempo. El mariscal del aire, sir Arthur Tedder, fue nombrado lugarteniente, y el general Walter Bedell Smith convirtióse en jefe de Estado Mayor, con el general sir Frederick Morgan como ayudante. El almirante sir Bertram Ramsay, la mente directora de Dunkerque, y el mariscal del aire sir Trafford Leigh-Mallory habían sido nombrados antes jefes de las fuerzas navales y aéreas aliadas respectivamente. No había nombramiento paralelo para la jefatura de las fuerzas terrestres y, aunque Eisenhower expresó su preferencia por el general Alexander, «hombre muy afable y buen compañero», Churchill juzgó que no se podía prescindir de él como jefe de los ejércitos aliados en Italia y, por consiguiente, sir Bernard Montgomery cedió el mando del VIII Ejército para asumir el del XXI Grupo de Ejércitos británico, junto con el control operacional de todas las fuerzas de tierra durante la fase inicial de la Operación «Overlord». Cuando se le presentó el plan C.O.S.S.A.C. para la invasión de Francia y Churchill le pidió su opinión, Montgomery contestó que consideraba demasiado exiguas las fuerzas destinadas al asalto inicial y excesivamente estrecho el sector atacado. Eisenhower pidió entonces a aquel general tan dinámico que considerase como su primera tarea la revisión del plan, en cooperación con Ramsay, Leigh-Mallory y Bedell Smith.

C.O.S.S.A.C. había propuesto la zona entre Grandcamp y Caen, en la bahía del Sena, para el asalto. La elección del lugar, limitada por el radio de acción efectivo de los «Spitfire» hasta la costa entre Flushing y Cherburgo, debía tener en cuenta la existencia de puertos capaces de absorber la inmensa concentración de hombres y material, amén de playas en las que las fuerzas atacantes pudieran ser reforzadas antes de proceder a la captura de los puertos. Aunque la zona del paso de Calais ofrecía ventajas evidentes, como un buen apoyo aéreo y un breve trayecto para las embarcaciones, contaba con unas defensas formidables y ofrecía escasas oportunidades para una expansión de las unidades desembarcadas. En cambio, el sector de Caen, con unas defensas relativamente ligeras, ofrecía un litoral resguardado y buen terreno para la construcción de aeródromos.

Montgomery recomendó el lanzamiento de dos, y a ser posible tres, divisiones aerotransportadas antes de proceder al ataque desde el mar con otras cinco divisiones. La enmienda del plan propuesta por Montgomery doblaba el número de dragaminas y requería otros 240 buques de guerra y otro millar de lanchas de desembarco. El problema crucial consistía precisamente en la obtención de estas últimas y por ello Ramsay y Montgomery propusieron que la invasión fuese aplazada hasta primeros de junio para poder disponer de la producción adicional durante otro mes.

Aparte de la cuestión de las embarcaciones, el aplazamiento de la Operación

«Overlord» otorgaba un período más prolongado para el bombardeo estratégico de Alemania, y para la destrucción de puentes y líneas ferroviarias que debían quedar inutilizadas para interrumpir las comunicaciones alemanas en la zona de la invasión. Además, las condiciones meteorológicas a finales de mayo favorecerían probablemente el desencadenamiento de una ofensiva rusa en gran escala, sincronizada con «Overlord».

La ampliación de la zona del asalto y el refuerzo de los efectivos empleados sólo representaban una solución parcial para el problema de irrumpir a través de la Muralla del Atlántico. Se requerían equipos especializados y nuevas técnicas para avanzar desde las playas y hallar lugares en los que guarecerse. Afortunadamente, los planificadores de C.O.S.S.A.C. y el War Office habían prestado gran atención a la desastrosa incursión en Dieppe, la cual demostró claramente que, para cualquier futuro intento de desembarco en Francia, los atacantes requerirían una cobertura de fuego mucho más potente, junto con el apoyo de los tanques desde los primeros momentos del desembarco.

El revés de Dieppe ejerció profundo efecto en la planificación de «Overlord» y, en marzo de 1943, el general sir Alan Brooke, jefe del Estado Mayor imperial, ordenó la conversión de la 79.ª División Acorazada en unidad acorazada especializada y encargó a su jefe, el general sir Percy Hobart, que se ocupase de la producción de elementos blindados y equipos apropiados para la invasión de Francia. A principios de 1944, y a pesar de numerosos problemas, Hobart pudo presentar una serie de vehículos a su cuñado, el general Montgomery, y al jefe supremo, general Eisenhower. Las creaciones de Hobart fueron apodadas *The Funnies* (nombre que dan los británicos a los dibujos humorísticos) debido a la sensación de divertida extrañeza que causaban. Había los «Crabs» («Cangrejos»), tanques «Sherman» provistos de cadenas con bolas en sus extremos, al modo de los manguales utilizados por los guerreros de la Edad Media, para abrir camino a través de los campos minados; los «AVRE» *(Armoured Vehicles, Royal Engineers)*, tanques para el tendido de puentes; los «Cocodrilos Churchill», tanques «Churchill» provistos de lanzallamas; los «AVRE Churchill», que podían lanzar cargas explosivas contra las casamatas; *bulldozers* blindados y, como los ejemplares más importantes de la colección, tanques anfibios o «Duplex-Drive» (DD) capaces de llegar a tierra por sus propios medios. Aunque estos últimos eran fruto de la inventiva de Nicholas Straussler, un ingeniero nacido en Hungría, la contribución de Hobart consistió en adaptar la pantalla de lona que permitía la flotación de los tanques a los «Sherman» norteamericanos en vez de los anticuados «Valentine» británicos. Montgomery reconoció inmediatamente la importancia de los *Funnies* de Hobart, y mientras Eisenhower apreciaba el valor de los tanques «DD» y encargaba una brigada de ellos, dejó la elección de los demás vehículos al general Omar Bradley, jefe de las fuerzas de asalto estadounidenses pero, con unas consecuencias que serían fatales, éste rechazó aquellos nuevos medios.

El desembarco en Dieppe había demostrado claramente que un puerto importante no podía ser capturado con rapidez ni intacto, y que antes de poder limpiar de minas y reparar Cherburgo, las fuerzas de «Overlord» deberían ser aprovisionadas directamente desde playas abiertas. Consecuencia de ello fue la construcción de dos puertos prefabricados conocidos en código con los nombres de «Mulberry (Mora) A» y «Mulberry B», que serían remolcados a través del Canal y hundidos o anclados ante la costa de Normandía, al noroeste y nordeste de Bayeux. Sin embargo, sólo uno llegó a ser utilizado, al quedar destruido el puerto del sector norteamericano, cerca de Vierville, por una violenta tempestad que duró del 19 al 22 de junio.

La inevitable destrucción de las instalaciones portuarias y el suministro del carburante necesario para los vehículos y aviones era otro problema al que se enfrentaban los planificadores de C.O.S.S.A.C. Su solución fue «PLUTON», o *Pipe-Line-Under-The-Ocean* (oleoducto bajo el Océano), a través del cual envióse carburante primero desde la isla de Wight hasta Cherburgo, y después desde Dungeness hasta Ambleteuse, cerca de Boulogne. Sin embargo, este oleoducto no empezó a funcionar hasta cuarenta y un días después de la invasión, y para entonces los aliados avanzaban ya a través de Bélgica.

En la primavera de 1944, se realizaron ingentes esfuerzos para convencer al enemigo de que el golpe principal iba a ser asestado en el Paso de Calais, lo que se logró con la simulación de concentraciones de tropas en Kent y Sussex, con la reunión de flotillas de buques simulados en los puertos del sudeste, la realización de ejercicios militares en las playas cercanas, el aumento de la actividad de las radiocomunicaciones en aquella zona, y con bombardeos más intensos en el Paso de Calais que en Normandía.

En Inglaterra se habían concentrado fuerzas inmensas: 1.200 buques de guerra, 4.000 lanchas de asalto, 1.600 navíos mercantes, 13.000 aviones, y más de tres millones y medio de hombres, unas fuerzas que poco tiempo después se abalanzarían contra la Muralla del Atlántico.

Durante varios años, los alemanes habían estado perfeccionando un enorme complejo de defensas costeras, concentrándose principalmente en la defensa de los puertos y del Paso de Calais, y aunque a finales de 1943 doscientos cincuenta mil hombres trabajaban en su construcción, la obra sólo podía considerarse prácticamente completada entre Amberes y El Havre. El mariscal Gerd von Rundstedt, comandante en jefe del Oeste, obligado a defender más de 3.000 kilómetros de litoral francés, creía que no era posible evitar un desembarco y, por lo tanto, planeó defender con ahínco tan sólo los puertos clave y las zonas más vulnerables de la costa. Con esta táctica, el mariscal alemán esperaba demorar cualquier concentración importante aliada durante el tiempo suficiente para proceder a contraataques que aniquilasen las cabezas de puente.

En el transcurso del invierno de 1943, Rundstedt había pedido repetidamente refuerzos a la O.K.W., pero, en vez de los hombres que tanto necesitaba, Hitler le mandó al héroe de África del Norte, el mariscal Erwin Rommel. Éste predijo que el poderío aéreo aliado frustraría los movimientos de las reservas de Rundstedt y que, una vez las fuerzas aliadas se hubiesen afianzado, inevitablemente penetrarían en las líneas alemanas. Por lo tanto, insistió en que el único modo de frustrar la invasión, si es que era posible hacerlo, consistía en aniquilar a los asaltantes en las playas.

Las diversas teorías acerca del mejor modo de contrarrestar la invasión habían de conducir a un compromiso fatal. Mientras las reservas blindadas fueron generalmente concentradas en la retaguardia, la mayoría de las divisiones de infantería recibieron la orden de reforzar la línea del litoral. Llegado el momento crucial, las divisiones de «Panzer» no pudieron concentrarse debidamente para asestar un

Soldados pertenecientes a un batallón británico prestan auxilio a sus camaradas heridos en la playa el mismo día «D», 6 de junio de 1944, durante un desembarco relativamente fácil en el sector «Sword».





Desembarco de soldados norteamericanos en el sector «Omaha» tras el cañoneo llevado a cabo por la artillería naval, operación ésta que debilitó notablemente las defensas del adversario.

golpe coordinado, hasta que ya fue demasiado tarde.

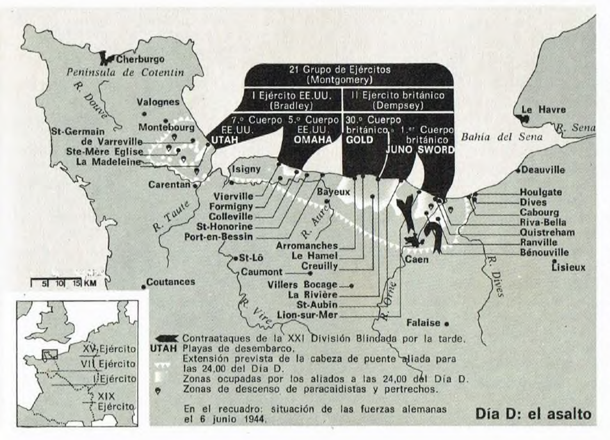
En febrero de 1944, Rommel, que compartía la opinión de Hitler respecto a que Normandía sería el principal objetivo aliado, puso en marcha un minucioso programa para obstruir el litoral con obstáculos bajo el agua. Se esperaba que los «erizos checos», los tetraedros de hormigón y las estacas minadas detendrían, inutilizarían o destruirían a las lanchas de desembarco antes de que éstas llegasen a los campos de minas ante las playas, y que las «rejas belgas» y los «rastrillos Maginot» de acero pondrían fuera de servicio a los tanques que desembarcasen. Para obstaculizar la acción de las fuerzas aerotransportadas, todas las zonas despejadas a una distancia de 12 kilómetros de la costa debían ser sembradas con trampas explosivas. Además, había que inundar todos los terrenos de bajo nivel y poner minas en las franjas de tierra firme. Rommel tenía la intención de que las baterías costeras de gran calibre, inmunes a los ataques aéreos, abriesen fuego contra la armada aliada en alta mar. Al acercarse a las playas, las oleadas de asaltantes se hallarían bajo el fuego directo de los nidos de ametralladoras y cañones antitanques, y bajo el fuego indirecto de los morteros y la artillería emplazados tierra adentro.

La supremacía aliada en el aire (conseguida gracias a la entrada en servicio de los «Mustang», cazas de escolta de gran radio de acción, en diciembre de 1943) aseguró el éxito de la Operación «Overlord». El «Plan de Transporte», como se denominó a la masiva ofensiva aérea, concentróse en la metódica destrucción de todos los medios de control, servicio y mantenimiento de las líneas ferroviarias en el norte y el oeste de Francia, los Países Bajos y el oeste de Alemania. A mediados de mayo, los ejércitos alemanes en Francia quedaron cortados en dos por falta de comunicaciones.

El 17 de mayo, Eisenhower eligió el lunes 5 de junio como eventual día D. La decisión final dependería del tiempo, pero éste no se mostró favorable. Vendavales y mar gruesa azotaron las playas normandas, cubiertas por la niebla, el domingo 4 de junio, y el jefe supremo decidió que la invasión debía ser aplazada. A las 4 de la madrugada del día siguiente, anuncióse un breve período de buen tiempo y Eisenhower dio la orden de partida. Dos horas después, una poderosa armada empezó a navegar, rumbo a un tormentoso canal de la Mancha, desde Falmouth, Fowey, Plymouth, Salcombe, Dartmouth, Brixham, Torbay, Portland, Weymouth, Poole, Southampton, Shoreham, Newhaven y Harwich. Casi se cumplían los cuatro años desde el día en que las fuerzas británicas habían escapado por los pelos en Dunkerque.

Era esencial que el enemigo no descubriese el rumbo de la flota de invasión y, por lo tanto, las estaciones de radar entre Cherburgo y El Havre que habían escapado de los ataques aéreos fueron interceptadas, mientras se desorientaba a las situadas entre El Havre y Calais al hacerles creer que la flota avanzaba hacia esa parte del litoral. Con este fin, buques de la *Royal Navy* remolcaban globos de las barreras antiaéreas y provocaban en las pantallas de los radares alemanes señales que parecían debidas a grandes navíos, mientras los bombarderos describían círculos cada vez más cercanos a las costas francesas y arrojaban al mar bultos formados con láminas metálicas —llamados «ventanas»— que daban a los especialistas del radar enemigo la impresión de que un gran convoy atravesaba el canal.

El 6 de junio de 1944, día D, tocaron a su fin los largos meses de preparación y planificación para una de las operaciones anfibias más complejas de toda la Historia. Mientras las silenciosas columnas de buques navegaban hacia la bahía del Sena a través de diez rutas previamente despejadas por los dragaminas, oleadas de aviones pasaban sobre ellas y, a las 00.20, las primeras tropas aliadas que pusieron pie en suelo francés, unas fuerzas de choque pertenecientes a la 6.ª División Aerotransportada británica, aterrizaron con planeadores, con extrema precisión, cerca de Bénouville, para apoderarse de los puentes sobre el canal de Caen y el río Orne. Media hora más tarde, la 3.ª y 5.ª Brigadas iniciaron su descenso al este del Orne para silenciar la batería de Merville, destruir los puentes sobre el río Dives, y despejar una zona al norte de Ranville con el fin de permitir el aterrizaje, a las 03.30, de setenta y dos planeadores cargados con cañones, vehículos y equipos pesados. Mientras la 6.ª División Aerotransportada aseguraba el flanco este de la cabeza de playa, la 101.ª y la 82.ª Divisiones Aerotransportadas estadounidenses habían tomado tierra en el extremo sudeste de la península de Cotentin, cerca de Ste.-Mère-Eglise y Vierville, para realizar la misma misión en el flanco oeste. A pesar de las bajas y de la confusión producida por la forma dispersa con que se habían efectuado los aterrizajes, obligaron al enemigo a mantenerse a la defensiva y lograron capturar los terraplenes a través de las zonas inundadas, más allá del flanco occidental del área de aterrizaje.





Arriba: **los desembarcos en Normandía el 6 de junio de 1944; excepto en el sector «Omaha», cuya ocupación costó mil muertos y dos mil heridos norteamericanos, los aliados no encontraron gran resistencia.** *Abajo:* **Rommel (izquierda), jefe de los dos ejércitos que defendían la zona primordial de la costa francesa, inspecciona la Muralla del Atlántico en enero de 1944.**

Mientras progresaban los ataques de las fuerzas aerotransportadas, más de 1.100 bombarderos británicos y canadienses machacaron las baterías costeras entre El Havre y Cherburgo, y al despuntar el día, media hora antes de que las primeras oleadas de asaltantes pusieran pie en las playas, procedióse a un intenso bombardeo naval y aéreo de las defensas costeras en la zona señalada como objetivo. Los alemanes confiaban en que no se les podía sorprender, pero, cegados por el bombardeo y por la obstrucción de sus instalaciones de radar, no lograron interceptar a las fuerzas aerotransportadas y solamente detectaron a la flota invasora cuando ésta se hallaba ya tan cerca que podían oírla.

A las 06.30, la Fuerza U, que comprendía la 4.ª División de infantería del 7.º Cuerpo del I Ejército estadounidense, precedida por el 8.º Grupo regimental de Combate, efectuó un rápido y poco costoso desembarco en la base oriental de la península de Cotentin, cerca del pueblo de La Madeleine, en una playa a la que se había dado el nombre en clave de Utah. A causa de un error de navegación, estas fuerzas tocaron tierra en un punto situado una milla más hacia el sur, lugar sorprendentemente mal defendido, y esta afortunada equivocación, junto con el posterior desembarco de treinta y dos tanques «DD» de los que sólo se perdieron cuatro, contribuyeron al éxito de aquel desembarco que únicamente costó doce muertos a los atacantes.

La sangrienta playa Omaha

La Fuerza O, en cambio, que desembarcó entre Vierville y Colleville, en la playa Omaha, no cruzaría la Muralla del Atlántico con la misma impunidad. El ataque contra esta playa corría a cargo de la 1.ª División de infantería del 5.º Cuerpo del I Ejército estadounidense con dos grupos regimentales de combate, apoyados por dos batallones de tanques «DD» y dos brigadas especiales de zapadores. A las 03.00, las fuerzas ocuparon sus lanchas de asalto y éstas iniciaron su avance, con mar gruesa y a unos veinte kilómetros de la costa. Casi inmediatamente, diez embarcaciones pequeñas zozobraron y otras sólo consiguieron mantenerse a flote gracias a que los soldados achicaron vigorosamente el agua con sus cascos. Mientras los batallones asaltantes navegaban dando bandazos hacia la costa, precedidos por una barrera artillera protectora cuya eficacia quedaba harto limitada por una visibilidad casi nula, veintisiete tanques «DD», enviados prematuramente, se fueron a pique. Ningún destacamento pudo desembarcar «en seco», y los soldados aliados, atenazados por calambres y debilitados por el mareo, llegaron a tierra en desorden, sólo para ser segados por el fuego de los morteros y de las ametralladoras. Durante varias horas, las posiciones aliadas en Omaha estuvieron pendientes de un hilo. Sin em-

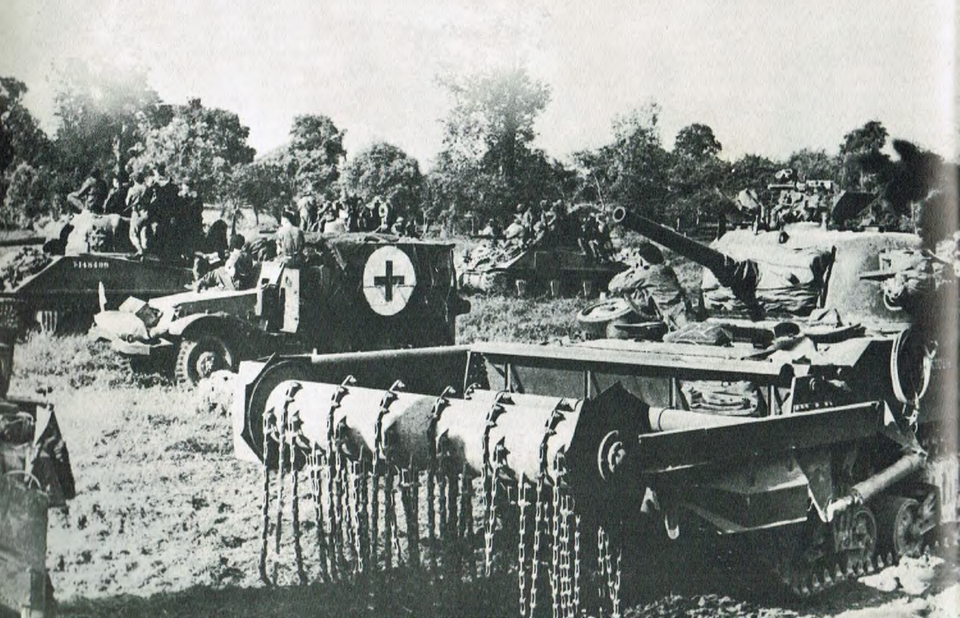
bargo, no se habrían perdido tantas vidas en esta batalla si el jefe de las fuerzas de asalto norteamericanas, el general Omar Bradley, hubiera utilizado en mayor número los elementos acorazados de Hobart. Como consecuencia de haber repudiado los «Cangrejos», los «Cocodrilos» y los «AVRE», Omaha convirtióse rápidamente en una carnicería, en la que los norteamericanos tuvieron un millar de muertos y más de dos mil heridos. Es cierto que toparon con la resistencia de una aguerrida división de infantería con cuya presencia no se contaba, pero sus cuantiosas bajas habrían sido muy inferiores de haber dispuesto de «Cangrejos» para abrirse camino. El fracaso en el desembarco de los tanques «DD» —aceptados por Bradley a regañadientes— para que precedieran a la infantería, y la ineficacia del bombardeo aéreo y naval, dejaron a los infantes a la merced de los puntos fortificados que, según se suponía, debían ser capturados rápidamente. Tan sólo la combinación de un cañoneo naval más preciso y una serie de obstinados ataques logró romper por fin la primera línea de la defensa y evitar que aquel desastre local se convirtiese en grave crisis.

De no haber sido por las fuerzas blindadas especiales y por la táctica consistente en que todas las unidades británicas fuesen precedidas por los equipos especiales de asalto de la 79.ª División acorazada de Hobart, el progreso en las playas confiadas a los británicos y denominadas en código «Gold», «Juno» y «Sword», posiblemente hubiese sido tan lento y costoso como en Omaha. En realidad, las Fuerzas G, J y S, que comprendían tropas británicas y canadienses del 1.er y 30.º Cuerpos del II Ejército británico, bajo el mando del general sir Miles Dempsey, desembarcaron con presteza entre Le Hamel y St.-Aubin, y entre Lion-sur-Mer y Riva-Bella.

Al anochecer del 6 de junio de 1944, habían desembarcado en Normandía 156.000 soldados aliados y, aunque Caen no había caído al primer empuje tal como estaba planeado, la célebre Muralla del Atlántico había sido rota en un frente de casi cincuenta kilómetros, entre el Vire y el Orne, al precio de 11.000 bajas, entre las cuales los muertos no pasaban de los 2.500.

Sin reservas detrás de las poco profundas defensas costeras y sin una artillería pesada capaz de dar la réplica al bombardeo de las fuerzas navales, Rommel no pudo atajar la invasión en las playas y, el 9 de junio, a pesar de un ataque de la 21.ª División de «Panzer», las cabezas de puente aliadas quedaron firmemente consolidadas.

Stephen Webbe



Tanque destinado a la limpieza de los campos de minas; de haberse podido utilizar los vehículos de este tipo en el sector «Omaha», es posible que las fuerzas norteamericanas de esta zona hubiesen tenido menos bajas.

Alemania bajo el fuego aliado

Estos dos carteles, publicados en Bélgica *(arriba)* y Holanda *(abajo)*, destacan los sufrimientos de la población civil sometida a los bombardeos aéreos británicos.

El ataque aéreo contra Alemania no dio grandes resultados durante los primeros años de la guerra, pero en invierno de 1943-44 los bombarderos pesados de Gran Bretaña y Estados Unidos iban a conseguir victorias aplastantes que contribuirían en gran manera a la derrota del Tercer Reich.

Les femmes et les enfants d'Europe accusent!

Par la R.A.F.

'est l'Angleterre qui a jeté les premières ombes le 12 janvier 1940 sur la population civile



Al iniciarse la guerra, en septiembre de 1939, los bombarderos británicos tenían instrucciones tan severas de no causar bajas entre la población que ni siquiera se atrevían a atacar a barcos alemanes anclados en los puertos. Menos de tres años después, en mayo de 1942, mil aparatos bombardeaban el centro de Colonia. A finales de julio y primeros de agosto de 1943, unos 40.000 habitantes de Hamburgo morían en una serie de bombardeos aéreos. En febrero de 1945, un ataque catastrófico sobre Dresde causó cerca de 200.000 bajas.

En septiembre de 1939 los bombarderos británicos eran poco numerosos, y técnicamente deficientes. En las operaciones contra Alemania apenas podían reunirse 280 aviones. Al término de la guerra, el Mando aéreo británico podía destinar más de 1.500 aparatos a una sola operación. Más de un millar de estos aparatos eran cuatrimotores «Lancaster», notables por su gran alcance y las enormes cargas que podían transportar (bombas de hasta diez toneladas). De los restantes aparatos, 200 eran aviones «Mosquito», de unas prestaciones tal vez superiores a las de cualquier otro avión en servicio. Las bombas empleadas iban de la incendiaria de unos 2 kilos, principal causante de los incendios de Hamburgo y Dresde, a la «Grand-slam», de unos 9.900 kilos, diseñada por el Dr. Barnes Wallis y que, en su versión más pequeña, la «Tallboy», de unos 5.400 kilos, destruyó el viaducto de Bielefeld.

Aparte de Gran Bretaña, los Estados Unidos eran la única potencia que se había interesado por el desarrollo de la aviación. En 1942 empezó a crear la *8th Air Force* (8.ª Fuerza Aérea), con bases en el Reino Unido, para sus «Flying Fortress B-17» y «Liberator B-24», ambos bombarderos cuatrimotores. Al finalizar el año 1943 la *8th Air Force* disponía de suficientes bombarderos como para destinar regularmente de 600 a 700 unidades a una sola misión.

Entretanto se creaba, en bases italianas, la *15th Air Force* norteamericana y, en enero de 1944, ambas formaciones pasaban a depender de un mando unificado. En junio de 1944, las fuerzas aéreas norteamericanas podían destinar diariamente más de 1.500 aviones a operaciones de bombardeo.

Desde el año 1937, y durante el primer año de guerra, la idea principal de los británicos había sido la selección de puntos clave del aparato de guerra alemán, tales como centrales eléctricas, plantas productoras de petróleo, nudos ferroviarios, presas y otros puntos neurálgicos, cuya destrucción pudiese entorpecer o incluso paralizar el esfuerzo bélico alemán. Esta política dependía de una información sumamente precisa, ya que para que el ataque a un «punto clave» resultase efectivo era necesario que el blanco escogido fuese realmente de vital importancia. Dependía también de la precisión y de la eficacia destructiva del bombardeo.

Junto a esta teoría de la selección del punto clave, había otra, la cual sostenía que el bombardeo, aun cuando careciese de la precisión y destructividad necesarias para eliminar efectivamente los puntos clave, podría sin embargo afectar hasta tal punto la moral de la población que de ahí resultase comprometida la capacidad del enemigo para continuar la guerra. Según esta teoría, sería posible efectuar bombardeos con una considerable imprecisión, por ejemplo en el caso de operaciones nocturnas, y mediante unas formaciones que careciesen de la potencia necesaria para destruir instalaciones importantes, tales como presas de hormigón. Su dificultad principal residía en consideraciones de tipo moral.

En la Navidad de 1939 los británicos ya sabían que no eran capaces de efectuar grandes operaciones contra Alemania durante el día, pues los pesados bombarderos no podían esquivar el acoso de los cazas enemigos. Por otra parte, en otoño de 1941 estaba demostrado que los centros de producción de energía y los núcleos de comunicaciones eran demasiado pequeños para ser atacados en operaciones nocturnas.

Ataques por zonas de las ciudades importantes

Así, al finalizar 1941, a los británicos se les planteaba la alternativa de renunciar





al bombardeo estratégico contra Alemania o escoger blancos mucho mayores. En un momento en que los alemanes avanzaban rápidamente hacia el corazón de Rusia y los japoneses, después de haber hundido la flota norteamericana en Pearl Harbour, estaban a punto de conquistar un imperio, no es de extrañar que el Mando británico se decidiese por la política de atacar ciertas zonas de las ciudades alemanas más importantes.

De esta política deriva la importante directiva de febrero de 1942, que a su vez dio paso a la gran ofensiva de 1942-45, con las batallas del Ruhr, Hamburgo y Berlín.

No se trataba de un bombardeo desenfrenado o indiscriminado. Era un intento organizado de destruir el poderío militar alemán, que parecía invulnerable a menos que se procediera a la destrucción sistemática de los grandes centros industriales y administrativos. Mas, para que fuese efectivo, el bombardeo por zonas debía ser concentrado y sostenido. En el ataque de los «Mil Bombarderos» sobre Colonia, de 1942, en que murieron unos 400 alemanes, el Mando aéreo británico había tenido que echar mano de todas sus unidades. Evidentemente debía ampliar sus efectivos para llevar a cabo operaciones mucho más concentradas.

Ello halló expresión en la creación de la *Pathfinder Force* (Servicio de búsqueda de rutas) y en las consiguientes técnicas y equipos, desde las bombas indicadoras hasta los sistemas de radar para la navegación y la detección de blancos. De este modo se hicieron llegar cada vez más bombarderos a zonas cada vez más pequeñas en tiempos cada vez más cortos, y, en 1943, había aumentado considerablemente el poder destructivo de los bombarderos británicos. Sin embargo, las grandes concentraciones de bombarderos eran detectadas más fácilmente por las defensas alemanas y ofrecían blancos más fáciles a los cazas, con lo cual la ofensiva de bombardeo nocturno se convirtió en una triste carrera entre la destrucción de ciudades por los bombarderos y la destrucción de bombarderos por los cazas alemanes.

Víctimas de uno de los incontables bombardeos efectuados por la aviación aliada sobre las ciudades alemanas. Las deficiencias observadas al principio de la guerra en cuanto a precisión indujeron a la aviación británica a una decisión muy controvertida: la concentración de los ataques en los centros urbanos del adversario, independientemente de lo que ello pudiera suponer a la población civil...

En el verano de 1943, terminada la batalla de Hamburgo, Albert Speer, ministro alemán de armamento y producción bélica, creía que otros seis golpes de aquella magnitud pondrían fin a la guerra. En los cuatro meses y medio de la batalla de Berlín, desde noviembre de 1943 a marzo de 1944, los bombarderos británicos perdieron el equivalente de toda su línea de frente.

Los «Lancaster» ingleses no podían combatir a los «Junker 88» y ni siquiera a los «Messerschmitt 110». Su única esperanza era esquivarlos. Tampoco podían bombardear los aeródromos o fábricas de Alemania. El bombardeo por zonas sólo podía lograr efectos incidentales o indirectos contra blancos «clave», y hasta marzo de 1944 no había dado como resultado una reducción importante de la producción bélica alemana ni había impedido que las fuerzas alemanas continuasen sus operaciones en Rusia o Italia.

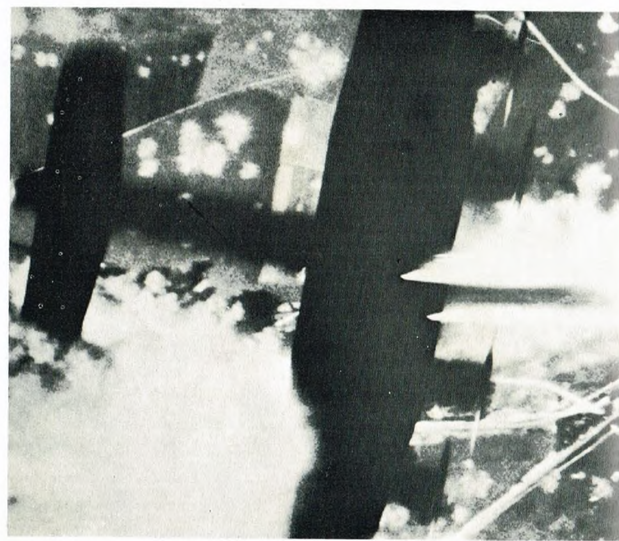
Ello no sorprendió a los norteamericanos, que en 1943 enpezaron a mandar sus formaciones aéreas contra Alemania. Considerando que el bombardeo nocturno por zonas era una táctica imprecisa e ineficaz, reunieron sus «Flying Fortress» y sus «Liberator» en formaciones compactas y disciplinadas, que operaban a gran altura, con el fin de escapar a lo peor del fuego antiaéreo y lograr, al mismo tiempo, una potencia de fuego suficientemente concentrada.

No obstante, debido a la altura del vuelo, los bombarderos se encontraban a menudo encima de densas nubes, lo cual les impedía localizar los blancos. Por otra parte, las formaciones eran regularmente diezmadas por los cazas alemanes. Los norteamericanos deseaban destruir la industria aeronáutica alemana, pero, al hallarse ésta repartida en pequeñas fábricas, que a menudo estaban situadas a enormes distancias de Inglaterra, tenían que arrostrar ingentes peligros. El resultado fue el desastre. Dos terceras partes de los aviones enviados a Schweinfurt el 14 de octubre de 1943 fueron destruidos o averiados. En cuatro ataques realizados en el transcurso de seis días los norteamericanos perdieron un total de 138 bombarderos.

En el invierno de 1943-44, parecía que el bombardeo estratégico sobre Alemania había sido un fracaso. Los datos, sin embargo, eran falsos. La ruptura del frente en el aire era inminente, y los bombarderos pesados de Gran Bretaña y Estados

Arriba: **un veterano avión británico de bombardeo «Lancaster» a punto de efectuar su raid número cien sobre el suelo adversario (mayo de 1944); el jefe de la base mira como uno de los tripulantes del aparato pinta un mensaje en una de las bombas de más de tres mil kilos que van a ser cargadas en el avión.**
Abajo: **un bombardero «Halifax» de la R.A.F. sobrevuela una de las bases alemanas de lanzamiento de bombas volantes «V 1» (julio de 1944); tales artefactos, cuyas explosiones afectaron particularmente al área urbana londinense, ocasionaron la muerte de unas seis mil personas.**





Unidos estaban a punto de conseguir éxitos que resultarían decisivos.

Las razones de este cambio, uno de los más extraordinarios y bruscos en la suerte militar de la Segunda Guerra Mundial, hay que buscarlas principalmente en tres acontecimientos singulares: primero, la introducción de un caza de gran radio de acción; segundo, el avance de los ejércitos aliados a través de Francia; y, tercero, el desarrollo de técnicas de bombardeo de gran precisión.

Después de Schweinfurt, los norteamericanos se dieron cuenta de que el dominio del aire dependía de la introducción de un aparato con el alcance de un bombardero y la versatilidad de un caza. La respuesta fue el híbrido «Mustang P-51», un avión norteamericano equipado con motor «Rolls Royce» y provisto de tanques separables. En marzo de 1944 había alcanzado la capacidad de atacar Berlín desde bases británicas. Además, podía hacer frente a cualquier caza alemán en servicio, por lo menos en términos de igualdad y a veces de superioridad. Estos aviones resultaron tan eficaces que la fuerza alemana de cazas diurnos fue rápidamente aplastada. A partir de febrero de 1944, el dominio diurno de los cielos de Alemania y de la Europa ocupada pasó de los alemanes a los norteamericanos. En mayo de 1944, los norteamericanos iniciaron una ofensiva contra la producción alemana de petróleo sintético.

Preparación para la invasión

Las fuerzas aéreas británicas tuvieron que soportar todavía grandes bajas al efectuar una ofensiva nocturna de precisión contra la red ferroviaria francesa, como medida previa a la invasión de Europa. Tan precisos y destructivos fueron estos ataques que los alemanes perdieron la enorme ventaja que para ellos significaba un eficaz sistema interior de comunicaciones.



Una muestra de los efectos ocasionados en los centros urbanos de Alemania por los bombardeos de la aviación anglonorteamericana: éste es el aspecto que ofrecía una zona de Stuttgart en octubre de 1945, cinco meses después del final de la contienda en Europa. La intensidad de la luz solar permite ver claramente que a lo largo de las calles, flanqueadas todavía por montones de escombros, apenas transita medio centenar de personas. La destrucción fue tal que hasta en nuestros mismos días pueden verse todavía, en la opulenta y superdesarrollada República Federal de Alemania, grandes solares sin edificar donde antaño se levantaban edificios destruidos por los bombardeos. La ciudad de Colonia, por ejemplo, quedó destruida en más de un setenta por ciento. Ante todo ello, las bravatas que sobre la impenetrabilidad del espacio aéreo alemán profirieron los jerarcas nazis al principio de la lucha resultan, ya más que ridículas, verdaderamente trágicas.

En junio de 1944, las escuadrillas británicas se unían a las norteamericanas para atacar industrias de petróleo alemanas. En septiembre, los alemanes se enfrentaban a una crisis de petróleo tan grave que se vieron obligados a restringir las horas de vuelo de sus aparatos. Conforme los ejércitos se acercaban a la frontera germana, los alemanes perdían las bases avanzadas de sus cazas, y las fuerzas de bombardeo aliadas podían acercar más sus estaciones de radar a los puntos vitales del Reich.

A finales de 1944 y comienzos de 1945, las fuerzas aéreas aliadas habían conseguido un dominio absoluto del aire. Las grandes industrias alemanas de petróleo sintético fueron destrozadas de forma irreparable y la crisis del petróleo se convirtió en una carestía casi total. El sistema de comunicaciones germano se hizo caótico y luego impracticable, hasta el punto que la administración empezó a desintegrarse.

He aquí la paradoja del triunfo final del bombardeo estratégico: si los británicos no hubiesen adoptado la táctica de bombardeo nocturno por zonas, que en sí misma produjo resultados decepcionantes, es difícil ver cómo podría haber surgido la ingente fuerza destructiva de 1944-45. Si los norteamericanos no hubiesen persistido en la táctica de bombardeo diurno a base de formaciones con autodefensa, que produjo pobres resultados y terribles bajas, es difícil ver cómo se habría podido conseguir el dominio del aire. Fue la combinación del dominio del aire y del poder destructivo de los bombarderos la que contribuyó de forma decisiva a la derrota de Alemania.

Noble Frankland

De Normandía al Báltico

Desde mucho antes del final de la guerra, la derrota de Alemania era ya inevitable. Incluso los alemanes lo sabían, pero, al no darse por vencidos, obligaron a los ejércitos rusos y occidentales a perseguirlos hasta el mismo corazón de su país.

Contrariamente a los puntos de vista de su Estado Mayor militar, Hitler sospechaba, en marzo, que los aliados desembarcarían en Normandía. Rommel, a cuyo mando habían sido confiadas las tropas de guarnición en la costa, había llegado también a la misma conclusión, pero Rundstedt, comandante en jefe en el Oeste, contaba con que los aliados desembarcarían en la parte más angosta del estrecho, entre Dieppe y Calais. Cuando los alemanes se dieron cuenta de que el objetivo principal de los aliados era Cherburgo, el Sena se había ya convertido en un muro que dividía sus fuerzas. El acceso de las reservas alemanas al lugar requerido fue sólo posible dando un gran rodeo. La continua interferencia de las fuerzas aéreas aliadas retrasó también la maniobra. Y, por si fuera poco, cuando los refuerzos



Tropas británicas del Regimiento de Cheshire ponen pie en la orilla del Rin durante la primera fase de la penetración del XXI Grupo de Ejércitos aliado hacia el corazón del Ruhr, en marzo de 1945.

alemanes empezaron a llegar al campo de batalla, lo hicieron por la zona más apartada de Cherburgo, es decir, por el sector de Caen. El atrincheramiento británico en esta zona se convirtió no sólo en una amenaza por sí mismo, sino también en una especie de escudo protector de las operaciones norteamericanas que tenían lugar más hacia el oeste, en la península de Cotentin.

La poderosa armada aliada realizó la travesía marítima sin problemas. Las playas fueron cayendo en manos de los asaltantes con una facilidad que ellos mismos no esperaban, excepto aquellas en que había desembarcado el ala izquierda norteamericana, al este del estuario del Vire. Aunque los invasores no habían logrado hacerse con el control de los puntos clave respecto a Caen y Cherburgo, la gran extensión de la línea de ataque llegó a ser un factor decisivo: la concentración de los alemanes para proteger los flancos de dichos puntos clave hizo que quedara descubierto el centro, circunstancia que fue aprovechada por los británicos para llegar a Bayeux. Y a finales de aquella semana, los aliados disponían de una cabeza de puente de unos 72 km. de ancho, con una profundidad que variaba entre los 9 y los 22 km. entre el Orne y el Vire. Otra cabeza de puente, si bien más reducida, se había afianzado también en la parte oriental de la península de Cotentin. El 12 del mismo mes, los norteamericanos se apoderaban de Carentan, lo que aseguraba una cabeza de puente continua de más de 108 km. de extensión.

El general Montgomery, jefe ejecutivo del total de las fuerzas invasoras, bajo el mando de Eisenhower, estaba ahora en condiciones de lanzar una gran ofensiva.

En la segunda semana el I Ejército norteamericano avanzó por el istmo de la península de Cotentin, mientras el IV Ejército británico, en el flanco oriental, con su presión sobre Caen, seguía absorbiendo la mayoría de los refuerzos alemanes.

La tercera semana, después de haber cortado todos los accesos hacia Cherburgo, los norteamericanos se apoderaron de esta ciudad el 27 de junio.

Durante todo el mes de julio la lucha fue dura en Normandía, sin que se obtuvieran grandes resultados. Pero los alemanes no disponían de los mismos medios de evacuación y de aprovisionamiento que los aliados, cuyos recursos detrás del prácticamente estático frente de batalla crecían sin cesar.

El 3 de julio, el III Ejército norteamericano, reagrupado tras la toma de Cherburgo, iniciaba un ataque hacia el sur. El día 8, el II Ejército británico del general Dempsey entraba en Caen, pero tenía que detenerse ante el Orne. El 18, tres divisiones blindadas, una tras otra, se lanzaron al ataque desde una cabeza de puente al nordeste de Caen, aprovechando la brecha abierta por un terrorífico bombardeo aéreo de 2.000 aviones, en un frente de 5,5 km. de extensión. Los nuevos ataques británicos y canadienses sirvieron por lo menos para entretener al enemigo, mientras un contingente superior de tropas se asentaba en la región de Caen.

Durante las tres primeras semanas de julio, las fuerzas norteamericanas a las órdenes del general Bradley avanzaron de 9 a 14,5 km. en el extremo occidental de la cabeza de puente. Mientras tanto, el III Ejército norteamericano del general Patton fue trasladado a Normandía desde Inglaterra, en previsión de un ataque de mayor envergadura.

La Operación «Cobra»

La Operación «Cobra» se inició el 25 de julio, interviniendo en un principio seis divisiones sobre un frente de 7 km. Fue precedida de un bombardeo aéreo que abrió en el suelo numerosos cráteres, en los que buscaban refugio los aturdidos defensores. Los primeros dos días no se cubrieron más que 9 km., pero a partir de entonces la brecha se fue ensanchando hacia el sudoeste de la península. El 31 de julio tuvo lugar la ruptura decisiva. Mientras los alemanes reforzaban la zona sur de Bayeux, los norteamericanos quebraron su resistencia en Avranches, cerca de la costa occidental de la península de Cotentin.

Los tanques de Patton se lanzaron hacia el sur y luego hacia el oeste, inundando la mayor parte de Bretaña. A continuación se dirigieron hacia el norte del Loire, en dirección a Le Mans y Chartres. El frente de 126 km. había pasado a convertirse en un frente potencial de 720 km. El espacio era demasiado amplio para que las fuerzas de que disponía el enemigo fueran capaces de contener eficazmente el avance. Hitler intentó, sin embargo, lanzar una contraofensiva, hacia el oeste, en la noche del 6 de agosto, con cuatro divisiones *Panzer*, pero las fuerzas aéreas aliadas intervinieron a tiempo. Este golpe se volvió fatalmente contra los alemanes, que se vieron empujados hacia el oeste, al tiempo que las fuerzas blindadas norteamericanas apuntaban hacia el este, detrás de la retaguardia alemana. El ala izquierda norteamericana se dirigió al norte,



Grupo de soldados alemanes hechos prisioneros por los aliados en diciembre de 1944 en los bosques de las Ardenas.

hacia Argentan, en un movimiento de tenazas que, en combinación con el ejército canadiense del general Crerar, que venía desde Caen, debía cerrarse sobre Falaise. Aun cuando las tenazas no se cerraron a tiempo para separar por completo los dos ejércitos, fueron capturados 50.000 prisioneros y se encontraron 10.000 cadáveres en el campo de batalla. Las pérdidas sufridas en la «bolsa de Falaise» dejaron a los alemanes sin las fuerzas y los recursos necesarios para hacer frente a la continuada marcha de los aliados hacia el este, en dirección al Sena.

Mientras tanto, el VII Ejército norteamericano de Patch (que incluía un contingente francés) desembarcaba en el sur de Francia el 15 de agosto. Como los alemanes se habían visto obligados a abandonar la costa de la Riviera, el subsiguiente avance, remontando el valle del Ródano, supuso más bien un problema de abastecimiento que un problema táctico. La ocupación de Marsella tenía lugar el día 23, y en el mismo día una marcha a través de las montañas culminaba con la llegada a Grenoble.

El día 19, las fuerzas de la Resistencia francesa habían iniciado un levantamiento en París, y, si bien su situación se vio de momento comprometida, al llegar fuerzas blindadas de los aliados el día 25, la balanza se inclinó a su favor. El Ejército de Patton, mientras tanto, avanzaba a buen paso hacia el Marne, al nordeste de París.

La próxima acción importante fue un valeroso ataque del II Ejército británico, que cruzó el Sena al este de Ruán y cogió por sorpresa a los supervivientes del

VII Ejército alemán, que ofrecían aún resistencia al I Ejército canadiense al oeste de dicha ciudad. Las avanzadillas de Dempsey alcanzaron Amiens el día 31, tras cubrir en dos días y una noche unos 126 km. desde el Sena. Después de cruzar el Somme, siguieron su rápida marcha, rebasando Arras y Lille, en dirección a la frontera belga, por detrás de la retaguardia del XV Ejército alemán, que guarnecía la costa del Paso de Calais. Al mismo tiempo, el I Ejército norteamericano de Hodges avanzaba hacia la frontera belga.

Más al este, el Ejército de Patton atravesaba la Champagne en dirección al Mosela, entre Metz y Thionville, junto a la frontera alemana, pero sus avanzadillas blindadas se vieron obligadas a detenerse por falta de gasolina. Cuando, a unos 144 km. del Rin, recibió la cantidad de combustible suficiente para reanudar el avance, la resistencia se estaba endureciendo. El ataque de Patton había tenido unas consecuencias decisivas en la batalla de Francia, pero las condiciones del abastecimiento hacían difícil resolver acto seguido la batalla por la conquista de Alemania.

A primeros de septiembre, la marcha progresaba a pasos agigantados por el ala izquierda. Las columnas blindadas británicas conquistaban Bruselas el 3 de septiembre, Amberes el 4 y penetraban seguidamente en Holanda. Con esta vasta maniobra, Montgomery aisló las tropas alemanas que aún quedaban en Normandía y el Paso de Calais. El I Ejército norteamericano ocupó Namur, cruzando el Mosa en Dinant y Givet.

La recuperación alemana

Así estaban las cosas cuando tomó el mando de las tropas alemanas del Oeste el general Model, que en el frente ruso había logrado la reputación de ser capaz de «sacar reservas de la nada». Ahora iba a realizar un nuevo milagro, más espectacular todavía. Todo hacía suponer que los alemanes, que en número de más de medio millón habían sido capturados durante la marcha aliada a través de Francia, no tenían posibilidad alguna de reunir las reservas necesarias para defender una frontera de 950 km. como la que va desde Suiza hasta el Mar del Norte. Pero, llegada la ocasión, consiguieron de forma sorprendente agrupar todas las tropas dispersas, prolongando así la guerra durante nueve meses más.

Esta recuperación se vio favorecida por las dificultades de aprovisionamiento de los aliados, dificultades debidas en parte a la magnitud de su propio avance y, en parte, a la estrategia alemana, que había dejado guarniciones en todos los puertos franceses.

A mediados de septiembre tuvo lugar un temerario intento de abatir la firme resistencia alemana, lanzando tres divisiones aerotransportadas detrás del ala derecha alemana en Holanda, a fin de despejar el camino para un nuevo avance del II Ejército británico en el bajo Rin. Con el lanzamiento de esas fuerzas en oleadas sucesivas, sobre una faja de terreno de unos 108 km. detrás del frente alemán, se pretendía ocupar cuatro pasos estratégicos: el del canal Wilhelmina en Eindhoven, el del Mosa en Grave, el del Waal y el del Lek (los dos ramales del Rin) en Nimega y Arnhem, respectivamente, pero un contratiempo ocurrido en el tercero hizo perder la oportunidad de asegurar el cuarto, ante la rápida reacción alemana.

Este contratiempo trajo consigo la frustración del ataque realizado por tierra y la inmolación de la 1.ª División aerotransportada en Arnhem. Esta división pudo mantenerse aislada en Arnhem durante 10 días, en vez de los dos que como máximo se esperaba resistiera. Las probabilidades de éxito fueron disminuyendo conforme el descenso de las fuerzas aerotransportadas, en estos cuatro puntos sucesivos, en línea recta, iba revelando a los alemanes la dirección del ataque del II Ejército.

La evidencia del objetivo hizo que el Mando alemán concentrara las reservas disponibles en la última posición para aniquilar las tropas aerotransportadas antes de que las fuerzas en punta del II Ejército llegaran a tiempo para socorrerlas.

Tras el fracaso del golpe de Arnhem, se debilitaron las perspectivas de una próxima victoria. Los aliados malograron sus energías en un intento de forzar la entrada a Alemania por Aquisgrán, en vez de despejar las orillas del Escalda y abrir de este modo una nueva vía de abastecimiento.

Los esfuerzos de los ejércitos aliados a lo largo de la frontera occidental, durante los meses de septiembre y octubre de 1944, significaron poco más que un escarceo. Mientras tanto, los alemanes reforzaban sus líneas defensivas con tropas de refresco que habían logrado sacar de Francia. Hasta primeros de noviembre los aliados no lograron despejar de enemigos el estuario del Escalda.

A mediados de noviembre, los seis ejércitos aliados lanzaban una ofensiva conjunta en el frente occidental, cuyos resultados fueron decepcionantes.

A mediados de diciembre, los alemanes sorprendieron a los ejércitos aliados lanzando una contraofensiva. Las esperanzas de los aliados en una próxima victoria no les había dejado ver la posibilidad de un contragolpe germano, y el Mando alemán procuró aprovecharse de esta situación eligiendo el campo de batalla más adecuando para sorprender al enemigo. Como escenario escogió la accidentada región de las Ardenas, comarca que con sus espesos bosques ofrecía amparo al grueso de las tropas, mientras la natural elevación del terreno favorecía las maniobras de los tanques.

El peligro principal para los alemanes estaba en la rápida intervención de la fuerza aérea aliada. Model resumía el problema en estos términos: «El enemigo número uno es la fuerza aérea aliada, que con su superioridad absoluta puede destruir nuestras avanzadillas y nuestra artillería.» Así, pues, los alemanes iniciaron su ataque en el momento en que las previsiones meteorológicas les prometían una capota natural. Los tres primeros días, la neblina y la lluvia obligaron a las fuerzas aéreas aliadas a permanecer en tierra. Y de esta forma los alemanes convirtieron incluso el mal tiempo en una ventaja a su favor.

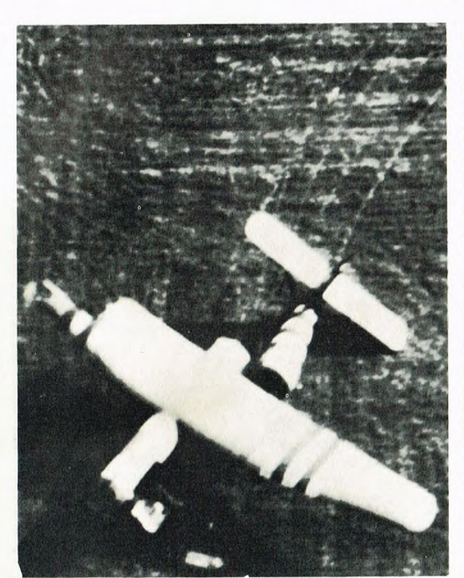
Una apuesta elevada con un capital limitado

Los alemanes necesitaban asegurarse todas las bazas posibles. En realidad apostaban muy alto con unos recursos muy limitados. La fuerza de choque incluía los V y VI Ejércitos de *Panzer*, compuestos por los tanques que poco a poco habían podido reunirse.

El objetivo de la contraofensiva era de gran alcance: abrirse camino hacia Amberes, aislar del Ejército norteamericano al grupo británico y aplastarlo a continuación. El V Ejército de *Panzer*, al mando ahora de Manteuffel, tenía que abrirse

Francia, rescatada por los aliados. *1* **La población civil parisiense injuria a un grupo de soldados alemanes; al acercarse los aliados a la ciudad, la resistencia frente al ocupante fue abandonando toda clase de reserva.** *2* **Una multitud burlona escolta a una mujer colaboracionista que, afeitada la cabeza, es expulsada de una población francesa próxima a Cherburgo (julio de 1944).** *3* **La muchedumbre, jubilosa, vitorea al general De Gaulle a lo largo de los Campos Elíseos el 26 de agosto de 1944, un día después de la reconquista de París.**







El aterrizaje a retaguardia del frente (septiembre de 1944) formaba parte de un arriesgado plan destinado a envolver la línea defensiva del Rin; el fracaso de la operación aplazó una pronta victoria. *Izquierda:* **planeador británico «Horsa», empleado para el aterrizaje de tropas.** *Derecha:* **paracaidista norteamericano en Arnhem.**

paso a través del frente norteamericano en las Ardenas, desviarse hacia el oeste, y girar entonces hacia el norte, atravesando el Mosa para alcanzar Amberes después de pasar por Namur. A medida que avanzara, tendría que proteger sus flancos para esquivar cualquier intervención de los ejércitos norteamericanos que se encontraban más al sur. El VI Ejército de *Panzer*, bajo el mando de un SS, Sepp Dietrich, debía atacar por el noroeste en diagonal, para llegar a Amberes pasando por Lieja, creando así una barrera estratégica entre la retaguardia de los británicos y los ejércitos norteamericanos situados más al norte.

Ayudada por el factor sorpresa, la contraofensiva alemana progresó amenazadoramente en aquellos primeros días, creando la alarma y la confusión en el bando aliado. El V Ejército de *Panzer* de Manteuffel fue el que atacó con mayor profundidad, pero la escasez de combustible que siguió a un tiempo invernal y la presión aérea aliada que iba en aumento le hicieron perder tiempo y oportunidades, y la maniobra no llegó en muchos puntos a alcanzar el Mosa.

En la fase siguiente, cuando los ejércitos aliados intentaron extraer la cuña clavada en su frente, los alemanes llevaron a cabo una astuta retirada.

La contraofensiva había hecho fracasar los preparativos aliados y les había ocasionado grandes pérdidas, a un precio que los alemanes no podían considerar excesivo en vista de los resultados obtenidos. Sin embargo, en realidad la contraofensiva había sido una operación fatal. Los alemanes se habían desgastado excesivamente, atendidas las apuradas circunstancias en que se encontraban, lo cual mermaba sus fuerzas para hacer frente a una nueva ofensiva aliada.

A mediados de enero de 1945, los ejércitos rusos lanzaban una nueva y mayor ofensiva, y a finales de mes llegaban al Oder, a 90 km. escasos de Berlín, donde tendrían que detenerse durante algún tiempo.

Una nueva ofensiva anglonorteamericana

A primeros de febrero de 1945, Eisenhower lanzó los ejércitos anglonorteamericanos a una nueva ofensiva, con la intención de atrapar y destruir a los ejércitos alemanes al oeste del Rin antes de que pudieran cruzarlo en su retirada. El ataque inicial corrió a cargo del I Ejército (canadienses y británicos) en el ala izquierda, con objeto de someter a las fuerzas alemanas que se enfrentaban a los Ejércitos I y IX norteamericanos al oeste de Colonia. No obstante, el golpe del enemigo en las Ardenas impidió que el ataque se llevara a cabo hasta que hubo empezado el deshielo, lo cual favoreció la resistencia de los alemanes. Los norteamericanos no entraron en Colonia hasta el 5 de marzo, por lo cual los alemanes tuvieron tiempo suficiente para evacuar sus diezmadas fuerzas y gran parte de su material al otro lado del Rin.

Pero los alemanes se habían visto obligados a volcar gran parte de su energía



Esta columna norteamericana ha quedado retrasada en su marcha hacia el frente para oponerse a la contraofensiva alemana de las Ardenas (diciembre de 1944). El contraataque alemán perjudicó un tanto a los aliados, pero con él se esfumó toda posibilidad de oponerse prolongadamente a un nuevo avance de éstos.

en el esfuerzo realizado para contener el ala izquierda aliada. La consiguiente debilitación de su propio flanco izquierdo brindó una oportunidad a los Ejércitos I y III norteamericanos. En Bonn, el ala derecha del I Ejército se abrió paso hacia el Rin, y un destacamento pudo tomar por sorpresa un puente intacto sobre este río en Remagen. Eisenhower no aprovechó inmediatamente esta brecha inesperada que podía haber cambiado decisivamente el curso de la futura campaña. Con todo, la amenaza de Remagen sirvió para distraer la atención de la limitada reserva alemana.

Mayor provecho sacó el III Ejército de su avance en el Eiffel (comarca alemana lindante con las Ardenas). La 4.ª División Blindada avanzó hacia el Rin a la altura de Coblenza, y Patton, después de desviarse hacia el curso inferior del Mosela, en el Palatinado, despejó la orilla occidental del Rin detrás de las tropas que se oponían al VII Ejército de Patch. Con este golpe les cortó la retirada hacia el río, capturó una enorme cantidad de prisioneros, y, dirigiéndose de nuevo hacia el este, logró pasar el Rin sin dificultad. Cruzó el río en la noche del 22, entre Maguncia y Worms, y seguidamente efectuó un avance en profundidad en el norte de Baviera. Con ello se desequilibraba el conjunto del frente alemán y se prevenía la tan discutida posibilidad de que el enemigo pudiera intentar una retirada general hacia sus famosos reductos montañosos en el sur.

El ataque en el Rin

En la noche del 23 se llevó a cabo el planeado ataque sobre el bajo Rin, cerca de la frontera holandesa, a cargo del grupo del XXI Ejército de Montgomery. Durante la noche, se cruzó el ancho río por cuatro puntos y, a la mañana siguiente, dos divisiones de paracaidistas se lanzaron del otro lado para reducir la oposición en las recién ganadas cabezas de puente.

Ahora el avance británico encontraba un gran obstáculo en los montones de escombros, causados por los bombardeos de las fuerzas aéreas aliadas. La máxima aspiración de la mayoría de los alemanes era ver cómo los ejércitos inglés y norteamericano se dirigían hacia el este lo más rápidamente posible, para llegar a Berlín y ocupar la mayor parte posible del país antes de que los rusos superaran la línea del Oder.

A primeros de marzo, Zhukov había ensanchado su cabeza de puente sobre el Oder, pero no lograba romper las líneas enemigas. Los rusos prosiguieron su avance por los flancos más alejados y, a primeros de abril, entraron en Viena. Mientras tanto, derrumbado el frente occidental alemán, los ejércitos aliados se dirigieron hacia el este, encontrando muy poca oposición. El 11 de abril llegaron al Elba, a 114 km. de Berlín, donde se detuvieron. El 16, Zhukov continuó la ofensiva, junto con Koniev, que forzó los pasos del Neisse. Esta vez los rusos lograron salirse de sus cabezas de puente y al cabo de una semana llegaron a los suburbios de Berlín. El 25, la ciudad estaba rodeada





Izquierda: 1 **Soldado alemán fotografiado en el curso de la contraofensiva de las Ardenas.** *2* **Soldado norteamericano fotografiado en Bastogne (Bélgica); la fatiga de su rostro refleja la dureza de la lucha en esta localidad, semicercada por la contraofensiva alemana de las Ardenas.** *3* **Infantería aliada cerca de Nimega (Holanda), en un cuadro del pintor canadiense Alex Colville.**
Derecha: 1 **Cartel publicado por las SS en Bélgica; las fatigas de Churchill y Stalin conducen a Roosevelt hacia la prosperidad.** *2* **El estrechamiento del cerco de Alemania por los avances de las fuerzas aliadas desde el Este y el Oeste.**



por los ejércitos de Zhukov y Koniev, y el 27 las tropas de Koniev establecían contacto con las norteamericanas en el Elba. Pero en la propia ciudad de Berlín, los alemanes oponían una desesperada resistencia calle por calle, que no fue totalmente vencida hasta el último instante de la guerra, tras el suicidio de Hitler, el 30 de abril, con la rendición incondicional de Alemania.

En el XXI Grupo de Ejércitos de Montgomery, el II Ejército británico inició el avance, después de cruzar el Elba a primeras horas del 29 de abril. Iba precedido por el VIII Cuerpo, que utilizaba tanques anfibios, mientras la infantería era transportada en vehículos también anfibios, como en el paso del Rin. Su ala derecha estaba apoyada por el XVIII Cuerpo norteamericano aerotransportado (formado por tres divisiones), que había pasado el Elba el día 30. El avance era, ahora, rápido, y, el 2 de mayo, la 6.ª División británica aerotransportada, que también operaba en tierra sin encontrar oposición, ocupó Wismar, en la costa del Báltico, tras una marcha de unos 72 km.; pocas horas después de su llegada aparecían los tanques rusos y establecían contacto con las tropas británicas. La 11.ª División Blindada británica entró en la ciudad de Lübeck, en el Báltico, sin encontrar resistencia, tras una marcha de 54 km. Mientras tanto, el XXII Cuerpo británico partía la cabeza de puente del VIII Cuerpo, con la misión de capturar Hamburgo, pero la guarnición alemana había decidido rendirse y las tropas británicas entraron en la ciudad el 3 de mayo.

Oficialmente, la guerra europea finalizaba a medianoche del 8 de mayo de 1945, pero en realidad se trataba del reconocimiento formal de un final que había tenido lugar, por partes, a lo largo de la semana anterior.

Capitán sir Basil Liddell Hart

Entente cordiale!

00.000
100
$

Fuerzas soviéticas y aliados

1 Malinovski
2 Tolbujin
3 Rokossovski
4 Koniev
5 Zhukov
6 Cherniajovski
7 Zajarov

1 Montgomery
2 Bradley
3 Patton
4 Patch
5 De Lattre
6 Devers

Guerrilleros yugoslavos de Tito

100 200

1 feb 1945

15 oct 1944

2 may 1945

22 jun 1944

Frente del Oder

Tallin
ESTONIA
Riga
LETONIA
LITUANIA
Vilna
BIELORRUSIA
Minsk
Bobruisk
PRUSIA ORIENTAL
Danzig
Gdynia
Küstrin
Vyborg
Hamburgo
Lübeck
R. Elba
Berlín
R. Neisse
R. Oder
R. Vistula
R. Narew
Varsovia
Brest Litovsk
ALEMANIA
Colonia
Remagen
Bonn
Coblenza
Maguncia
Worms
Praga
POLONIA
Uzhorod
Mukacevo
UCRANIA
CHECOSLOVAQUIA
HUNGRÍA
Budapest
Debreczen
Viena
AUSTRIA
R. Danubio
Mts. Cárpatos
Kichinev
Iasi
RUMANIA
R. Pruth
Bucarest
R. Tisza
Belgrado
YUGOSLAVIA
Sofía
BULGARIA
ALBANIA
R. Escalda
Bruselas
Amberes
Givet
Dinant
Namur
Eindhoven
Aquisgrán
Arnhem
Nimega
R. Rin
Dieppe
R. Somme
Calais
Amiens
Dunkerque
Le Havre
Caumont
Falaise
Caen
R. Orne
R. Vire
Carentan
Cherburgo
Avranches
Pen. Cotentin
París
R. Sena
R. Mosa
R. Mosela
Ruán
Argentan
FRANCIA
Dijon
Burdeos
Bayona
R. Ródano
Grenoble
Marsella
Niza
ITALIA
Verona
Milán
Turín
Venecia
Bolonia
Roma

Los rusos en Berlín

El último año de la guerra, el Ejército Rojo atravesó la Europa oriental, para llegar finalmente a las puertas de Berlín y asestar el golpe mortal al Tercer Reich de Hitler. El 1 de mayo se izó la bandera roja en el Reichstag. Era el final de la más terrible campaña de la Segunda Guerra Mundial.

En 1944, la Unión Soviética conocía nuevos éxitos en su desarrollo económico y, consiguientemente, un enorme progreso en la producción bélica: 29.000 tanques y armas de autopropulsión, más de 40.000 aviones, y unas 122.000 piezas de artillería. Desde la retaguardia soviética partían constantemente hacia el frente trenes cargados con armas, material y alimentos. Se había también perfeccionado la calidad y los tipos de las armas, proyectiles, tanques y aviones. Todo ello incrementaba la fuerza de choque y la movilidad del Ejército Rojo.

Deberíamos mencionar que la producción bélica de Alemania y sus aliados también había ido en aumento hasta la segunda mitad de 1944. En verano de este año, la producción alemana de armamento y material militar alcanzó su máximo nivel de toda la guerra, pero los líderes nazis no fueron capaces de levantar su economía militar al nivel de la alcanzada por la U.R.S.S. y no supieron reemplazar las pérdidas sufridas. Así, en otoño de 1944 se produjo un grave declive en la producción bélica alemana, debido en gran parte al avance del Ejército Rojo, que privó a Alemania de muchas fuentes de materias primas.

En verano de 1944, la posición de Alemania no permitía albergar esperanza alguna. Esta situación no era sólo consecuencia de las decisiones tomadas por Roosevelt, Churchill y Stalin en la Conferencia de Teherán, en noviembre de 1943, sino que también se debía a la invasión aliada del norte de Francia.

Entretanto, en los países europeos ocupados se desarrollaban movimientos populares de liberación que alcanzaban cada vez mayores proporciones, y en los países que formaban parte de la coalición nazi —Finlandia, Rumania, Hungría— aumentaban los sentimientos antibélicos y el deseo de romper la asociación con Alemania.

Planes militares

A pesar de las duras pérdidas sufridas en las campañas anteriores, el Ejército alemán, a primeros de junio de 1944, era todavía numeroso y estaba bien equipado. En el frente soviético-alemán conservaba, incluidos los ejércitos de los aliados de Alemania, 228 divisiones y 23 brigadas, con más de 4 millones de hombres; 49.000 cañones y morteros; 5.250 tanques y armas de asalto, y unos 2.800 aviones. En el Oeste, en Francia, Bélgica y Holanda, los alemanes no tenían en esta época más que 61 divisiones.

En marzo de 1944 y con el fin de hacer más sólida su línea defensiva, Hitler había ya ordenado la construcción de un sistema de fortalezas y puntos fuertes en el frente oriental. Esperaba de esta forma «dejar clavadas el mayor número posible de tropas soviéticas».

Al iniciarse la ofensiva del verano, las fuerzas de combate del Ejército Rojo se elevaban a 6.425.000 hombres, con 92.500 cañones y morteros, 7.750 tanques, y más de 13.400 aviones. El plan de la ofensiva soviética consistía en destruir las principales agrupaciones del enemigo en territorio ruso, y trasladar las operaciones militares a territorio enemigo. El golpe principal se preparaba en el centro del frente soviético-alemán, en Bielorrusia y las regiones occidentales de Ucrania.

Comienza la ofensiva de verano

La tarea de dar comienzo a la ofensiva del verano de 1944 recayó sobre las fuerzas de los frentes de Carelia y Leningrado, dirigidas por los generales Meretskov y Govorov. A pesar de las sólidas fortificaciones que se alzaban ante ellos, y el terreno arbolado y pantanoso, las fuerzas de estos frentes avanzaron por el istmo de Carelia. El grupo norte del ejército del mariscal de campo Schörner se vio obligado a retroceder hacia la frontera finlandesa, abandonando las ciudades de Vyborg y Petrozavodsk, así como la línea de ferrocarril de Kirov y el canal entre el mar Blanco y el Báltico. Influido por la nueva situación militar, Riuti, presidente de Finlandia, dimitió del cargo. El 4 de septiembre, Finlandia rompía sus relaciones con Alemania y, quince días más tarde, los Gobiernos finlandés y soviético firmaban un acuerdo de armisticio.

El 23 y el 24 de junio, el primer frente del Báltico y los frentes de Bielorrusia, a las órdenes de los generales Bagramian,

«¡Muerte al invasor alemán!» Cartel soviético publicado en 1945; en él parece el Ejército Rojo apuntando al mismo corazón de la Alemania nazi, Berlín.



Cherniajovski, Zajarov y Rokossovski, iniciaban su ofensiva. Grandes concentraciones de fuerzas alemanas eran arrolladas y aniquiladas frente a Vitebsk y Bobruisk, al este de Minsk, y cerca de Brest Litovsk y Vilna. El 17 de julio, 57.000 prisioneros de guerra alemanes capturados en la ofensiva soviética se ponían en marcha camino de Moscú. La república de Bielorrusia, una parte considerable de Polonia, la mayor parte de Lituania y una parte de Letonia eran liberadas, y las fuerzas soviéticas llegaban a las fronteras de Prusia oriental y a los ríos Narew y Vístula.

Mientras tanto, los círculos reaccionarios polacos animaron irresponsablemente a los habitantes de Varsovia para que llevaran adelante una mal preparada insurrección, sin contar con el acuerdo previo del Mando militar soviético. El resultado fue la matanza de muchos miles de polacos a manos de los alemanes y la completa destrucción de la ciudad.

El éxito de la ofensiva en Bielorrusia facilitaba las operaciones del Ejército Rojo en todas partes. En el Norte, a mediados de julio, el segundo y tercer frentes del Báltico («frente» era el nombre con que los soviéticos designaban a sus tropas reagrupadas para los nuevos ataques) pasaron a la ofensiva y, a finales de agosto, liberaron una parte importante de la región del Báltico. En el Sur, el primer frente de Ucrania, al mando del mariscal Koniev, infligió una terrible derrota al ejército del general Harpe al norte de Ucrania. Las tropas de Koniev alcanzaron las orillas del Vístula y las faldas de las montañas de los Cárpatos. Casi la totalidad de la Ucrania soviética y las zonas al sudeste de Polonia estaban ahora libres de alemanes. En la orilla más alejada del Vístula, en la región de Sandomierz, se estableció una vasta cabeza de puente que, junto con las conquistadas por las fuerzas de Rokossovski al sur de Varsovia, creaban unas condiciones favorables para proseguir el avance hacia el Oeste. Según fuentes alemanas, las pérdidas totales de los ejércitos de Alemania en el frente oriental, entre el 1.º de junio y el 31 de agosto, ascendían a unos 917.000 hombres, y las sufridas en occidente, en el mismo período, llegaban a los 294.000 hombres.



Ametralladora soviética emplazada en una calle de Berlín durante la lucha por la posesión de la capital alemana (abril de 1945).

La ofensiva en el Sur

A primeras horas de la mañana del 20 de agosto, el segundo y el tercer frentes de Ucrania, bajo el mando de los generales Malinovski y Tolbujin, iniciaron una nueva y potente ofensiva en el ala sur del frente soviético, en la región de Iasi y Kichinev. El quinto día de la ofensiva, las tropas soviéticas rodeaban las fuerzas principales del grupo de ejércitos que operaban al sur de Ucrania, causándoles más de medio millón de bajas. Tan sólo entre el 20 de agosto y el 3 de septiembre, las fuerzas soviéticas capturaron 208.000 prisioneros, entre los que se contaban 21 generales.

A finales de septiembre, las fuerzas de Malinovski siguieron adelante para liberar casi toda Rumania y alcanzar las fronteras húngara y yugoslava. Durante los tres meses siguientes liberaron la parte norte de Transilvania, tomaron Debreczen y, cruzando el Tisza en un amplio frente, abrieron el camino hacia Budapest.

Las fuerzas de Tolbujin, mientras tanto, despejaban el norte de Dobrudja y cruzaban la frontera búlgara. A finales de septiembre, las fuerzas alemanas en Bulgaria habían sido totalmente barridas. Seguidamente, junto con el Ejército de Liberación Popular acaudillado por Tito, las tropas de Tolbujin liberaron la parte oriental de Yugoslavia.

En esta época se completaba también la liberación de las regiones ucranianas al otro lado de los Cárpatos. A finales de octubre, el cuarto frente ucraniano, al mando del general Petrov, había expulsado a los alemanes de las ciudades de Mukacevo y Uzgorod.

A finales de octubre comenzaba la acción contra Budapest y, el 26 de diciembre, Malinovski y Tolbujin con sus tropas rodeaban a los 188.000 defensores de la capital húngara, los cuales sucumbieron finalmente a mediados de febrero de 1945.

La ofensiva del Ejército Rojo en el ala sur del frente soviético alemán permitió a los pueblos del sudeste europeo recuperar su independencia. Nuevos gobiernos antinazis accedían al poder en Rumania, el 24 de agosto, y en Bulgaria, el 8 de septiembre. En Hungría, la Asamblea Nacional Provisional, inaugurada en Debreczen en la segunda mitad de diciembre, elegía un nuevo Gobierno, con lo que el derrocamiento del régimen fascista adquiría forma politicolegal.

Mientras tanto, las fuerzas soviéticas entraban en la parte oriental de Checoslovaquia y ocupaban ventajosas posiciones para proseguir su avance en Checoslovaquia, Austria y sur de Alemania.

Éxitos en el Norte

El 14 de septiembre, las tropas de los frentes primero, segundo y tercero del Báltico, al mando de los generales Maslennikov, Jeremenko y Bagramian, se ponían en acción para liberar Riga, mientras que las tropas del frente de Leningrado, dirigidas por el mariscal Govorov, a las que ayudaba la flota del Báltico, entraban en





El final del «Reich de los Mil Años»: al empezar mayo de 1945, los soldados soviéticos plantan la bandera de la hoz y el martillo en la Puerta de Brandenburgo.

Tallin. El 15 de octubre, las fuerzas soviéticas ocupaban Riga y, a finales de octubre, toda Letonia.

En el ala norte del frente soviético-alemán, las tropas del 14.º frente de Carelia, al mando del general Meretskov, ayudadas por la flota del norte que dirigía el almirante Golovko, empleaba tres semanas de octubre de 1944 en aplastar el XX Ejército alemán de montaña y despejar la región de Petsamo. Las fuerzas soviéticas penetraban en Noruega y daban comienzo a la liberación de aquel país del dominio nazi.

A comienzos de 1945 el Ejército Rojo había salido victorioso en todos los frentes, y las fuerzas anglonorteamericanas habían echado a los alemanes del norte de Italia, Francia y Bélgica. Alemania se encontraba oprimida por dos frentes, el oriental y el occidental. Los jefes nazis, sin embargo, aún estaban empeñados en prolongar la guerra, confiando que podrían dividir a los aliados y firmar una paz por separado con el Oeste. La mayor parte de la Wehrmacht estaba concentrada en el frente soviético, donde se encontraban más de 179 divisiones alemanas y 16 húngaras. Estas fuerzas suponían más de 3.000.000 de hombres, 28.000 cañones y morteros, unos 4.000 tanques y medios de asalto, y 2.000 aviones. Entre el Vístula y el Oder, los alemanes habían equipado siete líneas defensivas que se esperaba contuvieran el ataque soviético. Al mismo tiempo, 107 divisiones alemanas se oponían en el Oeste a las fuerzas de Gran Bretaña y los Estados Unidos.

En este momento, las fuerzas efectivas del Ejército Rojo eran muy potentes, elevándose a unos 6.000.000 de hombres, con 91.400 cañones y morteros, unos 11.000 tanques y material de artillería autopropulsado, y 14.500 aviones.

Para romper definitivamente la resistencia de los alemanes y obligarlos a rendirse, el Mando supremo soviético decidió acabar con las mayores concentraciones de tropas alemanas y, junto con los ejércitos aliados, finalizar victoriosamente la guerra. Berlín era el objetivo principal. En la Conferencia de Yalta, celebrada en febrero de 1945, Roosevelt, Churchill y Stalin se habían puesto de acuerdo sobre «el momento y el orden en que se lanzarían nuevos e incluso más poderosos ataques contra el corazón de Alemania... desde el este, el oeste, el norte y el sur».

La ofensiva del Ejército Rojo en la campaña final se había planeado para el 20 de enero de 1945, pero, a petición del primer ministro británico y en relación con los reveses sufridos por los aliados en las Ardenas, se adelantó ocho días. Simultáneamente, cinco frentes se lanzaron contra el enemigo a lo largo de una línea de unos 1.350 km., que se extendía desde el mar Báltico a los Cárpatos. Tras las primeras incursiones, grandes formaciones de tanques penetraron profundamente en la retaguardia enemiga.

Los soviéticos lograron éxitos verdaderamente enormes. Los alemanes fueron derrotados en Prusia oriental y en Pomerania. En primera línea, las tropas soviéticas que dirigían la ofensiva llegaron al Oder a principios de febrero. En marzo, limpiaron de enemigos toda la orilla derecha del Oder y en la zona de Küstrin ensancharon una cabeza de puente. En marzo eran también liberados los puertos de Danzig y Gdynia en el Báltico y las tropas soviéticas al sur de los Cárpatos rechazaban una ofensiva alemana cerca del lago Balaton.

La lucha por Berlín

El Ejército Rojo, en constante avance, ocupó Prusia oriental y Pomerania, liberó Polonia y una parte importante de Checoslovaquia, completó la liberación de Hungría y penetró en Austria. En enero de 1945, la poderosa ofensiva soviética obligaba al Mando alemán a lanzar contra ella el grueso de las fuerzas que habían luchado hasta entonces contra las tropas aliadas en las Ardenas. En febrero y marzo, las fuerzas anglonorteamericanas hicieron retroceder al enemigo hacia el Rin y establecieron numerosas cabezas de puente en su orilla oriental.

El próximo objetivo del Ejército Rojo era ahora Berlín. Los alemanes estaban dispuestos a defender su capital «hasta el último hombre y la última bala». Un millón de hombres se había concentrado en la zona de Berlín, con 10.400 cañones y morteros, 1.500 tanques y medios de asalto y 3.300 aviones. La guarnición de la ciudad estaba compuesta por más de 200.000 hombres. Se habían construido unas formidables fortificaciones, y el general Reimann, comandante de Berlín, dio orden de defender a toda costa cada barrio, cada casa, cada piso, cada puerta y cada ventana. «La lucha por Berlín puede decidir el resultado de la guerra», era la consigna dada a los defensores de la capital alemana.

El Mando supremo soviético designó al primer y segundo frentes de Bielorrusia y al primero de Ucrania, dirigidos por los mariscales Rokossovski, Zhukov y Koniev, para tomar parte en la histórica batalla



El mariscal Zhukov, el conquistador de Berlín, en las gradas del Reichstag, cuyas piedras aparecen llenas de inscripciones con nombres de soldados soviéticos. ***Abajo:*** **los frentes aliados del Este y el Oeste se encuentran (abril de 1945).**



por la capital alemana. Dichos frentes reunían a 2.500.000 hombres, con más de 42.000 cañones y morteros, más de 6.200 tanques y artillería autopropulsada, y 8.300 aviones.

El 16 de abril, decenas de miles de cañones y morteros empezaron a vomitar fuego, poco antes del amanecer. Tras esta preparación de la artillería, se lanzaron al ataque las tropas de asalto, apoyadas por la aviación. A pesar de la obstinada resistencia de los alemanes, se derrumbó la línea defensiva del Oder-Neisse. En la noche del 21 de abril, las tropas soviéticas penetraban en los suburbios de Berlín. El día 25, los ejércitos de Zhukov y Koniev se reunían en la parte oeste de Berlín, completando el cerco de la ciudad. El mismo día, una de las divisiones de Koniev se encontraba con las avanzadillas del I Ejército norteamericano en la zona de Torgau. El día antes, el IX Ejército alemán había quedado sitiado al sudoeste de Berlín y las divisiones soviéticas pusieron fin a la última resistencia enemiga.

El 30 de abril, los soldados soviéticos penetraron en el edificio del Reichstag y, el mismo día, Hitler se suicidó.

Cae Berlín

En la mañana del 1 de mayo, la bandera roja era izada sobre las esculturas que rematan las columnas de la entrada principal del Reichstag. El 2 de mayo se rendía la guarnición alemana de Berlín, dirigida por el general Weidling. El 8 de mayo, en Karlshorst, plenipotenciarios del Alto Mando alemán encabezados por Keitel firmaban el documento de la rendición incondicional en presencia de los representantes de la U.R.S.S., Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia. La guerra europea había finalizado con la victoria absoluta de los aliados.

El pueblo alemán había pagado un elevado precio por los crímenes de Hitler. Según fuentes soviéticas, el total de pérdidas alemanas de la Segunda Guerra Mundial se elevaba a unos 13.600.000 hombres, diez millones de los cuales habían caído en el frente soviético-alemán. En el transcurso de la guerra, las fuerzas armadas soviéticas habían aniquilado o capturado más de 500 divisiones alemanas y 100 divisiones de los países satélites alemanes. Alemania perdió en el frente soviético-alemán el grueso de su artillería y de sus tanques, el 75 % de su aviación; también había perdido 1.600 barcos de guerra o de transporte. Las fuerzas aliadas derrotaron a 176 divisiones enemigas en Europa occidental, África del Norte e Italia. La conquista de la capital alemana había costado a los rusos 1.418 días de lucha.

De los cincuenta millones de muertos de la Segunda Guerra Mundial, veinte millones eran ciudadanos soviéticos, un cincuenta por ciento de los cuales, paisanos o prisioneros de guerra, habían sido torturados hasta la muerte en territorio soviético ocupado.

M. L. Altgovzen

El fin de dos dictadores

Los dos dictadores fascistas murieron con dos días de diferencia, pero mientras Mussolini, que reconoció sus errores, fue asesinado por sus mismos compatriotas, Hitler, que culpaba a los demás de los infortunios de su patria, optó por el veneno.

En la tarde del domingo 29 de abril de 1945, el receptor de onda corta del refugio subterráneo de Hitler en Berlín —el *bunker*— captaba un programa de radio Estocolmo en el que se informaba de la muerte de Benito Mussolini a manos de los guerrilleros italianos. Al enterarse el Führer de la muerte del Duce, su decisión ya estaba tomada: al día siguiente se uniría en la muerte a su viejo camarada.

El 17 de abril, Mussolini había abandonado su casa de Salò, cerca de Gargagno, en la orilla del lago de Garda. Había dejado allí a Rachele, su mujer, para dirigirse a Milán. Después de ser liberado de su cárcel en el Gran Sasso, en septiembre de 1943, por Otto Skorzeny, Mussolini pudo abrigar durante un tiempo alguna esperanza, pero ahora tenía que renunciar para siempre a sus ilusiones.

Tras su partida hacia Milán, el 17 de abril, las instituciones gubernamentales neofascistas habían de seguir existiendo tan sólo en teoría, y Mussolini era consciente de que ya no era capaz de controlar su destino por más tiempo. Decía: «Me acerco al final... Estoy esperando el epílogo de esta tragedia en la que ya no represento nada. Me he equivocado y debo pagar por ello, si es que mi vida puede todavía servir como pago.»

El 21 de abril llegaban a Milán noticias de la toma de Bolonia. El 23, se daba parte de la caída de Parma. Las personas próximas a Mussolini pidieron un avión a los alemanes para que el Duce pudiera huir a España. No se había consultado sobre esta cuestión ni al propio Mussolini. En cualquier caso, las autoridades ocupantes se negaron a proporcionar el avión.

El día 24, un industrial, Gian-Riccardo Cella, pidió entrevista con Mussolini. Una vez en presencia del Duce, Cella le reveló que era miembro del Comité de Liberación



Mussolini, enfermo y avejentado jefe del régimen de Salò, fotografiado poco antes de su última huida, en abril de 1945.



Cubierta de una novelita rosa de la posguerra sobre el tema de Mussolini y Claretta, rodeado por un aura de romanticismo a pesar de la violenta reacción antifascista que se produjo al término de la lucha.

Nacional. Puesto que la derrota del fascismo era un hecho consumado, ¿por qué Mussolini no cedía sus poderes a la resistencia? Mussolini replicó con tranquilidad que encontraba la proposición interesante, aunque exigió garantías para sí mismo y la gente que le rodeaba. Aquella tarde, Cella informaba al comité sobre su entrevista con Mussolini y su resultado. El comité propuso a Mussolini una reunión para las 5 de la tarde del día siguiente, en la residencia del arzobispo de Milán, cardenal Schuster, a la que Mussolini dio su conformidad.

«Los alemanes nos han traicionado»

Al día siguiente, tuvo lugar la reunión, presidida por el cardenal Schuster, entre Mussolini, el mariscal Graziani, los ministros fascistas Barracu y Zerbino, y el prefecto de Milán, Bassi, por una parte, y por otra, el general Cadorna, los abogados Marazza y Arpesani, y el ingeniero Lombardi. Mussolini preguntó cuáles eran las garantías que podían ofrecer a los fascistas que se rindieran y a él mismo. La respuesta fue: «Las garantías que se dan normalmente a los prisioneros de guerra.» Mussolini preguntó entonces en nombre de quién se daría la garantía y obtuvo la siguiente respuesta: «En nombre del Comité de Liberación Nacional y de los aliados.»

Se propuso que el Duce pasara la noche en la casa del arzobispo. Se le consideraría prisionero de guerra y se le mantendría oculto hasta la llegada de los aliados. El mariscal Graziani intervino bruscamente: «No haremos un pacto a espaldas de los alemanes, ya que la fidelidad a un aliado es una señal de honor y justifica nuestra actitud en el pasado.»

El general Cadorna replicó con ironía: «Este interés por los alemanes me parece fuera de lugar. Ellos han mantenido negociaciones con nosotros durante mucho tiempo, a espaldas de ustedes.» Mussolini se puso en pie y, rojo de ira, exclamó: «Siempre nos han tratado como perros y en el último momento nos han traicionado...»

Y volviéndose hacia los miembros del comité, les dijo, más tranquilo: «Muy bien. Acepto todas sus condiciones. Ante todo, no obstante, deseo ver a los alemanes... Quiero arrojar esta premeditada traición a la cara de esta gente que, durante tantos años, nos han estado llamando traidores a nosotros. En cuanto haya hecho esto, volveré aquí y firmaré todo lo que quieran.» Salió seguidamente, diciendo que estaría de regreso dentro de una hora. Eran las 7,15 de la tarde.

Ya no regresó. Cuando volvía a la prefectura de Milán se tropezó con el comandante alemán de la plaza y, lleno de furor, le dijo que los alemanes eran «unos traidores y unos impostores». Tras este incidente, parece que fue reclamado por el prefecto de policía de Milán, que le imploró que no regresara al palacio arzobispal, pues, a su modo de ver, el Comité de Liberación Nacional no estaba en situación de cumplir sus promesas: Mussolini no sería entregado a los aliados sino a ur tribunal popular. Quizás esto explique poi qué Mussolini no volvió a casa del arzobispo, pero lo cierto es que, el 25 de abri de 1945, a las 8 de la tarde, abandonab. Milán en su «Alfa-Romeo» descapotable, escoltado por una hilera de coches ocupados por dirigentes fascistas, atenazados por el miedo. La columna iba precedida de un destacamento alemán compuesto por diez coches y dos carros blindados, junto con un destacamento italiano. En uno de los coches privados se encontraba Claretta Petacci, la amante de Mussolini. La retaguardia de la columna se cerraba con furgonetas cargadas con cincuenta y seis maletas de todos los tamaños que contenían papeles de Estado y el «tesoro» de la República. A medida que la columna avanzaba en dirección a la autopista de Como, en los suburbios de Milán empezaron las primeras batallas entre guerrilleros y fascistas.

A las 9, la columna llegaba a la prefectura de Como, donde Mussolini permaneció siete horas. Durante la noche escribió una última carta a su esposa. Le explicaba que se dirigía a la Valtellina con algunos guerrilleros fascistas y le aconsejaba que intentara llegar con sus hijos a Suiza, o en todo caso se entregara a los aliados. «Te pido perdón por todo el daño que te he hecho sin querer. Pero tú sabes que eres la única mujer a la que realmente he amado.»

Al amanecer, la columna partió de nuevo, ahora mucho más reducida. Marchaba en cabeza el coche alemán ocupado por el lugarteniente Birzer, que debía velar por la «seguridad» de Mussolini. Venía a continuación el propio coche de Mussolini seguido de una camioneta SS y de un coche perteneciente al SD. Era evidente que el Duce no era ahora más que un simple prisionero, el prisionero de sus primeros aliados. Aparentemente no sabía a dónde iba. Aquella tarde la comitiva se detuvo en Menaggio, sin haber dejado todavía el lago de Como. Aquí fue donde Claretta se encontró de nuevo con Mussolini después de haber procurado por todos los medios unirse a él. Al día siguiente se reanudó el viaje. Mussolini no volvió a mencionar el reducto de la Valtellina, pues no comparecieron los guerrilleros fascistas a los que había convocado para presentar allí una «última resistencia».

Al salir de Menaggio, la columna se encontró, por casualidad, con un convoy alemán de la Luftwaffe, compuesto por unos treinta camiones, que se dirigía hacia el norte, y decidió unirse a él. Hacia el mediodía, la columna se detuvo en la entrada del pueblo de Dongo, por encontrar bloqueado el camino. Los guerrilleros de la 52.ª Brigada Garibaldi detuvieron el convoy. Bellini Delle Stelle, apodado «Pedro», y Costatina Lazzari, por sobrenombre «Bill», jefes de los guerrilleros, explicaron que tenían órdenes de dejar pasar a los alemanes, pero de impedir que los fascistas italianos escaparan. Hicieron salir a Claretta Petacci y a su hermano Marcello del coche y registraron los dos primeros camiones, en los que no encontraron nada sospechoso. En el tercero, en medio de un grupo de seis soldados alemanes sentados, descubrieron a un hombre acurrucado contra la cabina del conductor, vestido con un abrigo de sargento instructor de la Wehrmacht. Un joven lugarteniente alemán explicó: «Está borracho.»

Se descubre la huida de Mussolini

Dos de los guerrilleros, Ortelli y Peralli, se dieron entonces cuenta de que el hombre calzaba botas de cuero de buena calidad y también de que llevaba gafas de sol a pesar de que estaba nublado. Le ordenaron que saliera. Alguien le quitó las gafas. Hubo un grito de asombro: era Mussolini. Le llevaron a las oficinas municipales y al atardecer fue conducido a los barracones de los aduaneros de Germa-ino. Poco después de la una de la madrugada del 28 de abril, los líderes de la resistencia, que al parecer temían la intervención de los guerrilleros de la extrema izquierda, decidieron trasladar el prisionero a la residencia del industrial Cademartori, a unos 7,5 km. de Como, a orillas del lago. Escondido en este refugio, el Duce estaría a salvo hasta que llegaran los norteamericanos. A la 1,35 de la madrugada partía un coche con Pedro y su prisionero. Al dejar el pueblo de Dongo este coche alcanzó a otro en el que iba Claretta Petacci. Benito y Claretta no iban ya a separarse más. Durante la noche, en Milán, se habían tomado importantes decisiones. El Comité de Liberación Nacional, partidario hasta aquel momento de entregar el Duce a los norteamericanos, había cambiado de idea. Cadorna contaría más tarde: «Imaginé las consecuencias que tendría para Italia la captura de Mussolini por los aliados y el espectacular juicio que inevitablemente le seguiría, juicio que pasaría a convertirse en un proceso de la vida política italiana durante los últimos veinte años...»

Walter Audisio, un guerrillero comunista, apodado «Coronel Valerio», fue a ver a Cadorna para decirle que tenía instrucciones de «encontrar a Mussolini y acabar con él». Aparentemente el general no hizo nada para obstaculizar su «misión».

Valerio partió inmediatamente, a toda velocidad, por la carretera de Como. Pedro explicó después que, mientras conducía a Mussolini hacia Como, oyó ruido de disparos. El capitán Neri decidió llevar a Mussolini y a Claretta Petacci a casa de un campesino patriota que vivía en Bolzanigo, cerca de Azzano. Allí fue, en aquella pequeña y solitaria casa, en una reducida habitación de paredes encaladas, sencillamente amueblada con una cama de matrimonio, un tocador con un lavabo, y algunas sillas de paja, donde Mussolini y su amante pasaron el resto de la noche, la mañana siguiente y la primera parte de la tarde. A mediodía los campesinos que les daban albergue, la familia De María, les ofrecieron polenta con leche y un poco de pan con embutido, que los prisioneros comieron en silencio.

A las 16 horas, un paisano con impermeable, acompañado de dos hombres con uniforme caqui, irrumpió en la habitación. Era el Coronel Valerio. Comunicó a Mussolini que había venido a libertarlo. Los ojos del Duce mostraron primero una gran sorpresa, para iluminarse después de alegría: «¡Os daré un imperio!» Claretta se vistió apresuradamente y Mussolini se puso el abrigo. Abandonaron la casa y entraron en un «Fiat 1100» de color negro, que partió en dirección al lago de Como. El conductor diría más tarde: «Podía ver a la pareja por el retrovisor. Estaban sentados muy cerca uno de otro, sus cabezas se tocaban. Mussolini estaba pálido, la mujer parecía tranquila. No me dieron la impresión de estar particularmente asustados.»

El coche se detuvo ante la puerta de Villa Belmonte, una elegante residencia a orillas del lago de Como. Valerio dijo a Mussolini y a Claretta: «Afuera.» Seguidamente los empujó hacia un muro bajo que había a unos dos metros escasos y masculló unas palabras que aludían a una sentencia de muerte. Según el conductor, «Mussolini no se inmutó, pero Claretta manifestó de repente una gran energía. Se pegó a Mussolini, mirándolos alternativamente a él y a Valerio. "¡No puede, no puede hacer esto!" Su expresión era terriblemente tensa, su voz trémula, sus ojos agresivos. Valerio exclamó con una voz tirante y áspera: "¡Quítate de delante o dispararé también contra ti." Pero Claretta seguía apretándose contra Mussolini como si no hubiera oído.»

Valerio apretó el gatillo del arma, pero ésta no se disparó. Uno de los otros guerrilleros le tendió su revólver. Mussolini se abrió su abrigo y dijo con voz fuerte: «Apúntame al pecho.»

«En aquel preciso momento —dice el conductor— Claretta se encontraba de pie, a la izquierda de Mussolini, protegiéndolo parcialmente. Valerio disparó el tiro mortal. Creo que sólo hubo uno, un disparo interminable. La primera abatida fue Claretta, que cayó al suelo con un ruido sordo. No gritó ni lanzó un solo quejido. Tuve la impresión de que había caído antes de que la tocaran las balas. Mussolini se derrumbó casi inmediatamente después, pero su caída fue detenida por el muro, pegado al cual se fue deslizando lentamente hasta el suelo. Se encontraba en una posición inclinada, con su hombro derecho tocando el muro, y llegó al suelo como si estuviera sentado sobre sus piernas, que se doblaban bajo su peso, casi en cuclillas... De la garganta de Mussolini salió un sordo estertor que duró varios segundos. Jadeaba penosamente. Valerio sacó su revólver, se adelantó, buscó el corazón de Mussolini y remató a su víctima. El cuerpo de Mussolini experimentó una última convulsión y se quedó inmóvil.»



Los cadáveres de Mussolini y Claretta Petacci expuestos públicamente en Milán. El rostro del dictador estaba terriblemente desfigurado; en cambio, el de su amante conservaba una peculiar serenidad.

Un poco más tarde, Valerio presidía en Dongo la ejecución de quince oficiales del ejército fascista, apresados junto con Mussolini. Los cuerpos de Mussolini y Claretta vinieron a sumarse a los quince cuerpos arrojados sobre un camión. Al día siguiente los diecisiete eran llevados a un patio que había delante de un garaje, en una esquina del Piazzale Loreto de Milán. Después de atar con una cuerda los pies del cadáver de Mussolini, lo levantaron hasta el techo de la entrada del garaje, de manera que la cabeza colgaba a 1,8 metros aproximadamente del suelo. Junto a él se encontraba Claretta, colgada también por los pies. Y un pesado silencio se abatió sobre la muchedumbre burlona. «Parecía —manifestó un testigo presencial— como si de pronto nos hubiésemos dado cuenta de que hubo una época en la que todos nosotros habríamos ofrecido a este cuerpo sin vida los honores debidos a un héroe y las plegarias que se dirigen a un santo.»



Hitler inspecciona unidades formadas por jovencísimos combatientes el mismo día de su último cumpleaños (20 de abril de 1945), diez días antes de su muerte.

La muerte de Adolf Hitler

El 16 de abril de 1945, a las 5 de la mañana, comenzaba la ofensiva del mariscal Zhukov y las fuerzas soviéticas iniciaban su ataque en un frente de casi 450 km. de largo. Había dado comienzo la batalla de Berlín que no terminaría hasta el 2 de mayo, con la caída de la ciudad.

Adolf Hitler había pasado toda esta batalla bajo unos 13,5 metros de hormigón, en su refugio subterráneo de la Cancillería del Reich. Berlín ardía por sus cuatro costados, destrozada por las bombas y las granadas. ¿Quién habría sido capaz, en esta situación, de dudar de que la derrota del Tercer Reich era inevitable? Sin embargo, aún había un hombre en Berlín que seguía creyendo en la posibilidad de una victoria nazi. Este hombre era Adolf Hitler.

El capitán Gerhardt Boldt, ayudante de campo del general Guderian, describe así el aspecto físico del Führer en aquellos días: «Su cabeza se balanceaba ligeramente. El brazo izquierdo le colgaba como si estuviera paralizado, la mano no dejaba de temblarle. Los ojos le brillaban de una forma extraña, trasluciendo una angustia casi inhumana. La cara delataba un supremo cansancio. Parecía un viejo.» El pelo de Hitler se había vuelto totalmente blanco.

El 20 de abril celebraba su quincuagésimo sexto cumpleaños. Ésta sería la última ceremonia oficial del Tercer Reich. Las altas jerarquías acudieron al bunker a felicitar al dictador: Goering, Himmler, Goebbels, Ribbentrop, Borman, Arthur Axmann, líder de las Juventudes hitlerianas, el almirante Doenitz, el mariscal de campo Keitel, el general Krebs, y el general Karl Koller, jefe del Estado Mayor de las fuerzas aéreas. Es fácil imaginar la escena: los visitantes alineados en el pasillo central de hormigón y Hitler recorriendo la fila, estrechando sus manos y dándoles las gracias.

Himmler había venido de su cuartel general en el Norte, Goering del suyo en el Sur. Estos dos hombres sabían que todo estaba perdido. Quedaba una única esperanza: que pudiera firmarse una paz por separado con los aliados occidentales. Himmler preparaba ya la negociación en su propio nombre a través del conde Bernadotte, de la familia real sueca. Aquel día, por primera vez, se atrevió a suplicar a Hitler que detuviera la lucha. Hitler se negó. Himmler insistió entonces en que, por lo menos, abandonara Berlín. Hitler se negó de nuevo, reiterando su confianza en la victoria. Todavía era posible derrotar a los rusos fuera de la ciudad. En la mañana del 21 de abril, ordenó el lanzamiento de una ofensiva. El general Steiner de las SS tomaría el mando de algunas de las tropas que defendían Berlín y atacaría en los suburbios de la ciudad. Este ataque del XI Ejército sería el toque de difuntos para la aventura soviética. Al día siguiente, a las 3 de la tarde, el Führer pidió noticias del XI Ejército. Nadie contestó. «¡Exijo una respuesta! ¿Ha atacado Steiner?» El general Jodl tomó la palabra. El XI Ejército no era ya más que una fantasía, un sueño en el cerebro de Adolf Hitler tan sólo. Peor todavía. Para poder formar el ejército de Steiner, las unidades habían sido retiradas del frente norte de Berlín y los rusos atacaban las posiciones abandonadas. Mientras Jodl hablaba, las tropas soviéticas entraban en Berlín.

Entonces Hitler prorrumpió en uno de aquellos espantosos ataques de cólera que aterrorizaban a los que estaban a su alrededor: «¡He sido traicionado por las SS! Es algo que nunca podía esperar... ¡Por las SS!»

Durante la noche del 22 al 23 de abril, Hitler envió a Keitel a que transmitiera al general Wenck, que dirigía el XII Ejército, situado a unos 90 km. al oeste de Berlín, la orden de ponerse en marcha inmediatamente hacia Berlín y socorrer a la capital. Ésta fue, en realidad, la última idea de Hitler. En los pocos días siguientes, tuvo que seguir el avance del ejército de Wenck sobre el mapa, declarando su confianza en que Wenck, en una brillante contraofensiva, haría retroceder «al invasor asiático».

En un punto situado a unos 18 km. al sur de Potsdam, las tropas de Wenck se unieron a los 40.000 hombres del general Busse, que se encontraban agotados y sin municiones. Desde el bunker seguían llegando órdenes frenéticas: el ejército de Wenck debía atacar sin dilación. Sin embargo, Busse y Wenck se pusieron de acuerdo: conducirían sus hombres hacia las líneas norteamericanas, a fin de ahorrarles el destino de ser hechos prisioneros por los rusos.

En el pasillo central del bunker, Hitler presidía cada día una reunión del Estado Mayor. Una puerta, a la izquierda, conducía a las seis habitaciones que constituían la vivienda de Hitler y Eva Braun, la discreta compañera de sus días de gloria y, ahora, de su desventura.

«Mis órdenes eran que Berlín fuera socorrida inmediatamente. ¿Dónde está Heinrici? ¿Qué hace el ejército de Wenck? ¿Qué pasa con el XI Ejército? ¿Cuándo van a reunirse Wenck y Busse?» Éste fue el mensaje que Keitel recibió de Hitler. A las 8 de la tarde llegó la ansiada respuesta de Keitel. La nota, sin firma, decía en pocas palabras que el ejército de Wenck había dejado de existir.

Sólo en aquel momento reconoció Adolf Hitler su derrota. En aquella tarde del 28 de abril, Hitler comunicó a su oficial de día Heinz Linge que iba a casarse con Eva Braun antes de morir. Goebbels recibió instrucciones de hacer venir a la Cancillería a un juez apto para celebrar el matrimonio. Terriblemente asustado, el funcionario Walter Wagner llegaba al bunker sin saber lo que querían de él. El 29 de abril, una media hora después de medianoche, casaba a Adolf Hitler con Eva Braun. Tartamudeando, pidió al Führer que declarara si era de origen ario. Con absoluta seriedad el Führer contestó que sí lo era, y lo mismo hizo Eva Braun. Una vez intercambiadas sus promesas, ambos firmaron el registro. La novia empezó escribiendo «Eva B...», pero después tachó la B para escribir «Eva Hitler nacida Braun.»

En las pocas horas que siguieron Hitler dictó su última voluntad. No hubo el más ligero autoexamen o problema de conciencia. Él había tenido siempre razón, sólo él había visto las cosas con claridad. «Es falso —declaró en este testamento— que ni yo ni nadie en Alemania deseara la guerra en 1939. La guerra fue exclusivamente buscada y provocada por políticos internacionales pertenecientes a la raza judía o al servicio de los judíos. Mis esfuerzos en favor del desarme darán testi-

monio ante la posteridad de que no puede atribuírseme la responsabilidad de la guerra. Después de la Primera Guerra Mundial dije a menudo que no deseaba en ningún modo luchar contra Gran Bretaña. No deseaba tampoco la guerra con los Estados Unidos. Tiempos vendrán en que las ruinas de nuestras ciudades serán una prueba de la mala voluntad de aquellos a los que corresponde la verdadera responsabilidad de nuestro martirio: los agentes de la Judería internacional.»

El dictado de este testamento fue interrumpido por una recepción en la que Hitler y Eva recibieron las felicitaciones de aquellos que les habían sido fieles hasta el final. Mientras se despedía de ellos, Hitler hizo de repente la siguiente observación: «El nacionalsocialismo ha muerto. Hemos perdido la partida. Todo lo que nos queda es morir dignamente.»

Hitler y Eva Braun. El dictador recompensó la ciega devoción de su amante convirtiéndola legalmente en su esposa el último día de la existencia de ambos; dado que Eva no deseaba sobrevivir a Hitler, murieron juntos los dos.

Según el testimonio de Heinz Linge, «su voz era tranquila y firme». Cuando Hitler se retiró a sus habitaciones, todos tuvieron el sentimiento de que no volverían a verle con vida. No obstante, el 29 de abril transcurrió sin que pareciera que Hitler hubiera cambiado en nada sus costumbres habituales. Como todos los días, a mediodía celebró una conferencia sobre la situación militar. Aún sostuvo otra a las 10 de la noche, cuando las tropas soviéticas se encontraban tan sólo a menos de 300 metros de la Cancillería.

El 30 de abril, a las 2 de la madrugada, Hitler recibió, a petición suya, a todas las mujeres que se encontraban en el bunker, secretarias, cocineras y camareras. Seguidamente regresó a sus habitaciones.

Había comenzado el último día de Adolf Hitler. Según el relato de Linge, Hitler salió de su habitación a los 10 de la mañana luciendo un nuevo uniforme con la insignia de oro del partido, la Cruz de hierro y la medalla conquistada con las heridas recibidas en la Primera Guerra Mundial. Linge le informó de las últimas noticias: «En todas partes ha cesado, prácticamente, toda resistencia. El cerco ruso sobre Berlín es inquebrantable. Los rusos estarán aquí mañana, a lo más tardar.»

El líder de las Juventudes hitlerianas, Axmann, irrumpió con vehemencia: «Tengo todavía 200 muchachos y un tanque. Déjenos que intentemos sacarle de aquí.» Hitler se negó meneando la cabeza y murmuró: «No, no, es inútil. Debo morir.» Linge cuenta que Hitler comió con Eva Braun: «Tomaron una comida frugal, puesto que apenas teníamos provisiones.» Una vez más se despidió de sus más fieles camaradas. Delante de Frau Goebbels, Hitler se mostró emocionado. Acababa de saber que ella y su marido habían decidido suicidarse junto con sus seis hijos. Hitler se desprendió de su insignia de oro del partido y la prendió del vestido de Frau Goebbels.

Hitler y su esposa regresaron seguidamente a sus habitaciones. «Siguiendo sus órdenes —manifiesta Linge—, había dejado allí dos revólveres que yo mismo había cargado. Uno era un "Walther PP" de 7,65 mm., de los que usaba la policía. El otro, de menor calibre, de 6,35 mm., era para que lo utilizara Eva Braun o para sustituir a la otra arma en caso de que



Germaneren

KAMPORGAN FOR GERMANSKE SS NORGE



Vi er urokkelige.

Un periódico noruego del 5 de mayo de 1945, editado por las SS, reproduce la noticia de radio Hamburgo según la cual «Hitler, luchando hasta su último aliento contra el bolchevismo, cayó por Alemania en su cuartel general de la Cancillería del Reich».

no funcionara bien. De repente oímos un disparo. Eran aproximadamente las 15,35. No hubo un segundo disparo, y, cuando estuvimos completamente seguros de esto, un cuarto de hora aproximadamente después, nos dirigimos a las habitaciones del Führer. Estaba sentado en el sofá. Se había disparado una bala del 7,65 en la sien derecha, no en la boca como había dicho a menudo. El revólver había caído a sus pies y su sangre se desparramaba por la alfombra. Junto a él, medio tumbada en el sofá, estaba su esposa: ella había preferido el veneno.»

Hitler había pedido que quemaran su cuerpo y el de Eva. No quería que se convirtieran en juguetes de los soldados soviéticos. Siguiendo instrucciones de Bormann, Erich Kempka, jefe del servicio de transportes de la Cancillería, se las había arreglado, con muchas dificultades, para obtener 180 litros de gasolina en total. Bormann, el Dr. Stumpfegger, el médico del bunker, Linge, Kempka, y Günsche, el ayuda de campo del Führer, subieron los treinta y nueve peldaños que conducían arriba, a la puerta blindada del bunker, llevando los dos cuerpos, y salieron al jardín. Se encontraron en medio de una lluvia de proyectiles y depositaron apresuradamente los cuerpos en el suelo, a tres metros de la puerta. Kempka, ayudado por Linge, roció los cuerpos con la gasolina, bidón por bidón. Linge les prendió fuego con una servilleta de papel mojada en gasolina.

Una hora más tarde descubrían que los cuerpos no habían ardido del todo bien. La tierra y las envolturas que los cubrían habían absorbido casi todo el petróleo. Entonces, Linge —como él explicaría después— ordenó que se enterraran los cuerpos en el cráter abierto por una bomba, cerca del lugar en que habían intentado quemarlos, orden que se cumplió puntualmente.

Sobre las circunstancias reales que rodearon la muerte de Hitler han surgido muchas disputas, e incluso algunos periódicos sensacionalistas han intentado probar que Hitler había logrado escapar de Berlín en el último momento. Digamos también que las autoridades soviéticas hicieron todo lo posible para dar verosimilitud a estas leyendas. El 9 de junio de 1945 el mariscal Zhukov, comandante en jefe soviético, dijo sobre la muerte de Hitler: «Las circunstancias que la rodean son muy misteriosas. Nosotros no hemos identificado el cuerpo de Hitler. No puede asegurarse nada sobre su destino. Pudo haber escapado de Berlín en avión en el último momento.»

El comandante militar de Berlín, coronel-general Berzarin, dijo también: «Hemos hallado varios cuerpos, uno de los cuales puede ser el de Hitler, pero no podemos atestiguar definitivamente que esté muerto. Personalmente creo que Hitler está escondido en algún lugar de Europa.»

El 26 de mayo de 1945, Stalin dijo a Harry Hopkins, el enviado de los Estados Unidos, que, en su opinión, «Bormann, Goebbels, Hitler, y probablemente Krebs, huyeron y se dirigieron a algún lugar subterráneo». El 17 de julio, en la Conferencia de Potsdam, manifestó de nuevo que creía que Hitler se hallaba «probablemente en España o en la Argentina».

No obstante, hacía ya tiempo que se habían encontrado los restos de Hitler y Eva Braun. El profesor Trevor-Roper ha insinuado la posibilidad de que todo este montaje obedeciera al propósito de evitar que se considerase la muerte de Hitler como un acto heroico. Tan sólo en 1968, los rusos decidieron publicar todo el material que tenían sobre este tema. Un historiador y periodista soviético, Lev Bezimenski, publicó un libro titulado *La muerte de Adolf Hitler*, donde da cuenta de todas las investigaciones, exhumaciones y autopsias llevadas a cabo. El 4 de mayo de 1945, el teniente-coronel Klimenko, jefe de la unidad de contraespionaje del 79 Cuerpo del Ejército Rojo, encontraba los cuerpos de Hitler y Eva Braun enterrados en un hueco producido por una granada en el jardín de la Cancillería.

Identificación y autopsia

A continuación se mostraron los cuerpos a los prisioneros alemanes y se procedió a su identificación formal. La mandíbula del cuerpo de Hitler, que aparecía intacta, correspondía con toda exactitud al plano de la boca de Hitler dibujado por sus propios dentistas. La autopsia permitió descubrir huellas de cianuro. «En este cuerpo retorcido por las llamas no se encontró ninguna señal de herida o enfermedad letal. La presencia de fragmentos de un frasquito de cristal machacado en la boca, al igual que en la boca de los otros cuerpos, el fuerte olor a almendras amargas que expedía el cuerpo, y el examen médico-forense de los órganos internos, en los que se había encontrado cianuro, todo ello permitió a la comisión sacar la conclusión de que, en este caso, la muerte se había debido a envenenamiento con cianuro.» Éstas eran las palabras textuales de la información terminada el 8 de mayo de 1945.

Esta revelación es muy importante. Los supervivientes del bunker, sobre todo Günsche y Linge, aseguraban que Hitler se había suicidado con una bala de revólver. Resulta extraño, sin embargo, que Günsche hablara de la sien derecha y Linge de la izquierda, mientras que otras declaraciones recogidas por Trevor-Roper indicaban la boca como blanco del disparo. El informe soviético de la autopsia puso fin a todas estas leyendas. Hitler había muerto envenenado con cianuro.

Digamos que los investigadores soviéticos prestaron particular atención a las declaraciones del generalísimo de las SS, Mohnke. Según él, Hitler se había tragado, efectivamente, el cianuro, pero fue a Linge a quien correspondió la responsabilidad de asestarle el golpe de gracia cuando entró en la habitación. Otro prisionero alemán en manos de los soviéticos, el generalísimo de las SS Rattenhuber, confirmó el testimonio de Mohnke.

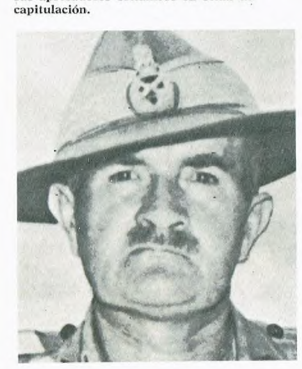
A pesar de todo, los médicos que realizaron la autopsia sostienen su punto de vista. Más de veinte años después, el doctor Skaraviski, que presidió la autopsia de 1945, decía a Lev Bezimenski: «El hecho del envenenamiento es incontestable. Se diga lo que se diga actualmente, nuestra comisión no encontró, el 8 de mayo de 1945, ninguna huella de bala. Hitler se envenenó.»

Alain Décaux

La campaña de Birmania

Los japoneses, que habían ganado brillantemente las dos primeras etapas de la extraordinaria campaña de Birmania, perdieron de una forma definitiva la tercera.

El teniente general sir William Slim, cuya habilidad hizo fracasar la arremetida japonesa. ***Abajo:*** **un oficial de las fuerzas japonesas de Birmania entrega el sable a sus apresadores británicos en señal de capitulación.**





Aun antes de la caída de Singapur, el 15 de febrero de 1942, el XV Ejército japonés, al mando del general Iida, había atravesado la frontera birmano-thailandesa y proseguido su avance hasta el río Sittang. Iida se encontró frente a la 1.ª División birmana y la 17.ª División india que seguían batiéndose en retirada; estaba seguro de que no habría ninguna batalla importante antes de llegar a la capital, Rangún. Cuando llegó allí, el 8 de marzo, descubrió con sorpresa que la ciudad había sido abandonada, y comprendió que la campaña de Birmania estaba virtualmente ganada.

Para los ingleses, la guerra en el Lejano Oriente había sido como una pesadilla. Aparentemente, el imperio se derrumbaba. Y ahora, en la primavera de 1942, después de la caída de Singapur, baluarte considerado inexpugnable, y el abandono de Malasia, debían resignarse también a la pérdida de Birmania. El general sir Harold Alexander se hizo entonces cargo de la dirección de las operaciones como comandante general de Birmania, al que pronto se unió el general William Slim, del Ejército indio, en calidad de comandante del «Burcorps» (como se llamaba ahora a las fuerzas terrestres). Pero tampoco estos dos militares de probado talento pudieron evitar la retirada. El 23 de marzo, las últimas unidades de la R.A.F. se vieron obligadas a refugiarse en la India, cediendo el dominio de los cielos a la 10.ª Brigada Aérea japonesa. A finales de marzo se hizo evidente que la línea defensiva establecida en el río Irawaddy no podía mantenerse, y el 26 de abril Alexander tuvo que reconocer que Birmania estaba perdida y que su objetivo principal consistía ahora en la defensa de la India. Unos meses más tarde regresaba a Europa.

En la lucha por Birmania, intervinieron otras tropas además de las británicas e indias. Bajo el mando del general norteamericano Joe Stilwell, el V Ejército chino avanzó hacia el Sur y se batió con denuedo en Toungoo. Fogoso y temperamental, pero no desprovisto de talento militar, Stilwell dirigió con acierto sus tropas, pero al no poder contar con una cobertura aérea —al igual que los británicos y los indios—, se vio forzado a retroceder hacia territorio chino. Allí reorganizó sus fuerzas y, en 1944, participó en las operaciones que debían permitir la reapertura de la ruta de Birmania, vital para el abastecimiento de China.

El objetivo inmediato del Japón, al entrar en guerra en diciembre de 1941, había sido el de romper el cerco que los Estados Unidos mantenían sobre sus importaciones de materias primas. Birmania debía tomarse por razones estratégicas y económicas, a fin de formar un flanco protector de las zonas conquistadas y proporcionar el arroz y el petróleo que con tanta urgencia necesitaba el Japón. Las consecuencias a largo plazo de la ocupación de un país contiguo a la India no parecen haber sido estudiadas con detalle por los generales nipones; pero les era fácil suponer que, una vez perdidas Birmania y Malasia, los británicos tendrían trabajo en reprimir los movimientos nacionalistas indios.

El campo de batalla

Birmania tiene una superficie de 680.000 kilómetros cuadrados, que representa aproximadamente la de Francia y Bélgica reunidas. Por el oeste, el este y el norte, está rodeada de altas montañas, en gran parte cubiertas por una espesa jungla. Por el oeste (hacia la India) esas montañas parten del Himalaya y descienden hasta el mar en una sucesión de cadenas de 960 kilómetros de longitud por 320 de anchura. En el interior de esas montañas se encuentran los pequeños países de Assam y Manipur, que en aquel tiempo formaban parte de las Indias británicas. Unido a esta barrera y corriendo paralelo a la costa se encuentra el Arakan Yoma, cadena montañosa que separa Birmania propiamente dicha de las regiones costeras. Hacia el este se encuentran nuevas cordilleras que forman frontera con China, Yünnan y Thailandia. Al igual que las montañas, los grandes ríos birmanos siguen también la dirección de norte a sur: el Irawaddy (con su afluente el Chindwin), el Sittang y el Salween. En 1941, estos ríos eran las principales vías de comunicación del país, ya que las carreteras eran prácticamente inexistentes y no había más que una línea principal de ferrocarril que atravesaba el país de norte a sur. Birmania no está tan cubierta por la selva como cree comúnmente la gente. Existen grandes zonas de la

llanura central dedicadas, en realidad, al cultivo del arroz. Hacia el sur, sin embargo, se encuentra el Pegu Yoma, una sucesión de frondosas colinas que corren entre el Arakan Yoma y los montes Karen.

El clima de Birmania va de un extremo a otro. En las llanuras el calor es casi intolerable, y en las montañas los aguaceros son torrenciales. El calor y la humedad estimulan la proliferación de sanguijuelas y de insectos cuya picadura o mordedura es peligrosa. La malaria, el tifus, la disentería e incluso el cólera son plagas endémicas. Fuera de las ciudades, Birmania es un país muy duro para las personas no acostumbradas a su clima, sobre todo en la época de los monzones.

La completa anexión de Birmania a Gran Bretaña data de 1885, y a partir de entonces numerosas generaciones de funcionarios y de soldados se habían esforzado en hacer llegar hasta ella las ventajas de la civilización. Los birmanos, una raza independiente y muy xenófoba, reaccionaron a esos esfuerzos mostrándose indiferentes. A raíz de la invasión japonesa sólo permanecieron leales a los británicos algunas poblaciones montañesas, en particular los Karens y los Kachins. En 1937, el Gobierno británico separó la administración de Birmania de la de la India, y el país obtuvo el estatuto de colonia de la Corona. Esta medida, sin embargo, no satisfizo a algunos grupos políticos que anunciaron su intención de luchar por su libertad. Algunos de sus líderes visitaron incluso el Japón para conseguir ayuda. Ante el giro que tomaban los acontecimientos, los británicos se preguntaron cómo debía defenderse Birmania y quién sería el responsable de esta defensa. Teniendo en cuenta la situación geográfica, Londres encontró conveniente atribuir esta misión al comandante en jefe de las fuerzas de Extremo Oriente. Pero en Delhi predominaba otro punto de vista: dado que Birmania se hallaba en la frontera nordeste de la India, su defensa debía corresponder al cuartel general de Delhi. A pesar de que se sostuvieron numerosas conferencias al respecto, no se llegó a ningún acuerdo, y finalmente la cuestión de Birmania pasó a un segundo plano. Incluso en agosto de 1940, los jefes de Estado Mayor consideraron que la invasión japonesa de Birmania era una amenaza demasiado remota para ser tenida en consideración. Tan sólo la caída de Singapur logró dar un carácter de realidad a las discusiones, pero entonces era ya demasiado tarde.

Cuando en el verano de 1942 las desharrapadas tropas de Slim se refugiaron al otro lado de la frontera de Birmania, la mayor parte de los soldados se dirigieron a Imphal, la capital del Estado de Manipur, que se encuentra en las montañas, a unos 800 metros de altura, al sur de Assam. La ciudad propiamente dicha está situada en una planicie, denominada llanura de Imphal, de 64 × 32 kilómetros de superficie, formada por el lecho de un antiguo lago. Es una región fértil en la que crecen toda clase de frutos y cereales y donde viven los manipuris, un pueblo jovial y próspero, muy aficionado al canto y a la danza. Los hombres de Slim no tenían más que sus armas y las ropas que llevaban puestas, y estaban amargados por la derrota. Acababan de realizar la mayor retirada registrada en la historia militar británica, a través de caminos imposibles y, en sus últimas jornadas, en pleno monzón. Sólo les había favorecido la suerte en que los japoneses no los habían perseguido tras pasar el río Chindwin. Como dijo Slim, «el Ejército japonés parecía tan mal preparado como nosotros para afrontar el monzón, lo que nos permitía suponer que podríamos detenernos a tomar aliento...» De hecho, el coronel Hayashi, oficial del Estado Mayor japonés, hacía ya planes para tomar Imphal antes de que los británicos pudieran fortificarla para hacer de ella una base adelantada. Pero aunque sus propósitos merecieron la aprobación de Tokio, Iida quiso proporcionar algún descanso a sus divisiones. La frontera parecía segura por el momento y durante el resto de 1942; sólo algunas patrullas japonesas aparecieron a lo largo de las riberas del Chindwin.

Mil novecientos cuarenta y tres fue el año lleno de contratiempos. Era obvio que antes de intentar recuperar alguno de los territorios perdidos era preciso poner en pie un nuevo ejército. Y antes de que este ejército estuviera en condiciones de avanzar, se debían mejorar las vías de comunicación (tanto las carreteras como las líneas de ferrocarril), construir aeropuertos avanzados y constituir buenos depósitos de material de guerra.



Arriba: **la invasión japonesa, de diciembre de 1941 a mayo de 1942.** *Abajo:* **la reconquista aliada, que duró de febrero de 1944 a agosto de 1945 y empezó haciendo fracasar la «Marcha sobre Delhi» emprendida por los japoneses.**
Página contigua: **un soldado británico se abre paso entre escombros ante la exótica arquitectura de un templo birmano.**



Había también que resolver el grave problema sanitario: los médicos que examinaban las tropas del «Burcorps» a medida que iban regresando a la India, quedaban horrorizados ante sus lamentables condiciones físicas. La malaria y la disentería amebiana habían hecho estragos y habían ocasionado cien veces más bajas que el enemigo. Otro punto importante era la cuestión de la moral, ya que los japoneses, con sus rápidas conquistas, empezaban a ser considerados como una especie de superhombres. ¿Podrían las tropas británicas e indias llegar a vencerlos en la jungla y serían capaces de contrarrestar sus tácticas? Cada uno de estos puntos fue discutido detalladamente y se dijeron muchas tonterías por ignorancia de los verdaderos problemas. Un hombre, no obstante, seguía creyendo que una preparación adecuada, unos buenos jefes y una cobertura aérea eficaz podrían aún dar el triunfo a las tropas británico-indias. Este hombre era el general Slim.

De momento no tuvo ocasión de llevar sus ideas a la práctica. Una parte del XV Cuerpo, que estaba bajo su mando, tomó parte en las operaciones desarrolladas en las selvas del Arakan, a principios de 1943, pero las directivas procedían del Estado Mayor del Ejército de Oriente. La campaña, muy costosa, terminó en el fracaso. Demostró, no obstante, de un modo muy convincente, cuán absurda era la larga vía jerárquica, desde el cuartel general de Delhi hasta el frente de batalla, pasando por el Ejército de Oriente. Se hizo patente la necesidad de una nueva estructura del mando y de nuevos jefes.

Antes de que este cambio se llevara a efecto, tuvo lugar, en febrero-marzo, una operación que merece ser mencionada: la primera acción de los «chindit», del general de división Orde Wingate («chindit» era el nombre dado a estos grupos que operaban en la selva). Wingate, un soldado singular y anticonformista, de notable inteligencia, durante algún tiempo estuvo predicando el evangelio de «la penetración en profundidad». Su plan era el siguiente: su brigada, especialmente dispuesta en columnas, penetraría en territorio enemigo, cortaría las comunicaciones, recogería información y aprovecharía cualquier oportunidad para causar daños en los equipos e instalaciones enemigos. Sus columnas de guerrilleros se abastecerían desde el aire. La primera intención de Wavell era coordinar esta operación con un avance de las tropas chino-norteamericanas en el Norte, pero al ser anulado el proyecto de dicho avance, Wingate logró todavía convencer a Wavell de que, a pesar de todo, valía la pena intentar la operación de «penetración en profundidad». En realidad, desde el punto de vista militar no constituyó ningún éxito de primera magnitud, pero la operación de los «chindit» iba a ejercer una influencia considerable. El hecho de que 3.000 hombres hubiesen podido operar a centenares de kilómetros detrás de las líneas enemigas y de que la inmensa mayoría pudieran regresar sanos y salvos entusiasmó a los ejércitos aliados. Aunque sólo fuera por el efecto que produjo sobre la moral de las tropas, la jugada había valido la pena.

Fue en agosto de 1943, en la primera conferencia de Quebec, cuando se designó un nuevo mando para las operaciones del sudeste asiático. Recibió el nombre de *South East Asia Command.*

El mando supremo recayó en el almirante lord Louis Mountbatten. Bajo sus órdenes estarían los tres comandantes en jefe de los ejércitos de tierra, mar y aire. Todas las tropas de la Commonwealth en la zona de guerra pasarían a depender del XI Grupo de Ejércitos dirigido por sir George Giffard, mientras que la fuerza de choque situada en las fronteras de Birmania, designada con el nombre de XIV Ejército, sería confiada al general Slim. La rapidez y la extensión de los cambios efectuados por estos nuevos jefes fueron notables. En Imphal, el IV Cuerpo, bajo el mando de Scoones, instaló una gran base avanzada y realizó incursiones más allá del río Chindwin, mientras que en el Arakan, el XV Cuerpo, bajo el mando de Christison, se preparaba para una nueva ofensiva. Pero la linea férrea que partía de la India, cortada por el río Brahmaputra, resultaba todavía inadecuada y limitaba los preparativos. Desde el Brahmaputra iba hasta la estación terminal de Dimapur, donde se había instalado una base de abastecimiento. Desde allí, los suministros debían cargarse en camiones y ser transportados durante más de 1.500 kilómetros a través de montañas, hasta llegar a Imphal, pasando por Kohima y Maram. Nunca un frente había presentado tantos problemas logísticos y, como Mountbatten vio al instante, la única esperanza de mantener las tropas en Assam y el Arakan y crear una fuerza de choque eficaz residía en el suministro por el aire. Una de sus principales preocupaciones en este momento y durante todas las campañas que se desarrollaron después fue la de procurarse aviones de transporte.

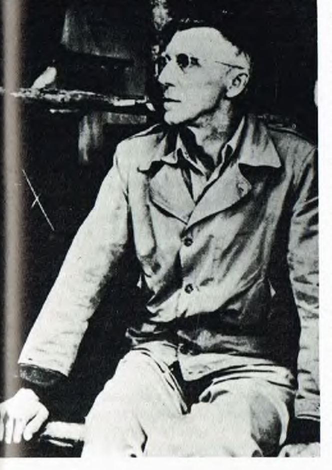
Los japoneses, por su parte, también habían introducido algunas mejoras en las estructuras del mando. Crearon un cuartel general de las fuerzas de Birmania, con base en Rangún, cuya responsabilidad recayó en el prudente general Kawabe. Bajo su mando, estaban el XXVIII Ejército de Hanaya, en el Arakan, el XV Ejército de Renya Mutaguchi, en el centro de Birmania, y diversas formaciones que en el Norte estaban frente a Stilwell y los chinos, y que, más tarde, debían incorporarse al XXXIII Ejército de Honda. Kawabe era tan circunspecto como poco lo era Mutaguchi: impulsivo y ambicioso, éste no se conformaba con llevar a cabo una acción defensiva. A principios de otoño de 1943 exhortaba a sus superiores a lanzar una ofensiva contra Imphal. Según su punto de vista, esta maniobra evitaría una contraofensiva aliada, a la vez que provocaría el levantamiento de la población india. En su fuero interno, no veía razón alguna para que los japoneses no continuaran su avance hasta las llanuras de la India. Y, como confesaría más tarde, ya se imaginaba «paseando por Delhi montado en un caballo blanco».

Tras muchas discusiones, su plan fue aceptado, aun cuando los objetivos se limitaron a «las zonas estratégicas cercanas a Imphal y al nordeste de la India». El plan preveía que Hanaya atacaría en el Arakan, forzando a Slim a comprometer sus reservas, tras lo cual Mutaguchi avanzaría sobre Imphal y Kohima. Kohima ocupaba una posición clave en el norte de Imphal, en la ruta de Dimapur. Una vez capturada la población, Imphal quedaría completamente aislada. Mutaguchi esperaba que, en tres semanas, sus tropas lograrían atravesar la cadena montañosa y se precipitarían como un torrente sobre la llanura de Imphal. Entonces el frente británico se vendría abajo automáticamente.

En enero de 1944, los británicos descubrieron la ofensiva que se les venía encima, y Slim, bajo la dirección personal de Mountbatten, trazó los planes en consecuencia. Cuando empezara el ataque en el Arakan, el XV Cuerpo no debía retirarse sino permanecer en sus posiciones; el abastecimiento se efectuaría por avión. Dos divisiones del IV Cuerpo que se encontraban en posiciones avanzadas cerca del río Chindwin deberían replegarse a la llanura de Imphal, donde disputarían la batalla. Slim, preciso es decirlo, había ya causado gran impresión en su nuevo ejército. Tanto los oficiales como la tropa estaban convencidos de que, por fin, tenían el jefe que necesitaban.



El general de división Orde Wingate (a la derecha), militar nada ortodoxo que llevó con éxito la guerra detrás de las líneas japonesas. *Abajo:* el teniente general Joe Stilwell, un «norteamericano impetuoso» no falto de talento militar.



La «Marcha sobre Delhi»

La ofensiva japonesa en el Arakan fue desencadenada el 4 de febrero, por el general Sakurai de la 55.ª División. Sakurai no tardó en rodear el flanco de las divisiones más avanzadas del XV Cuerpo y en lanzar una serie de feroces ataques desde la jungla. Tal como Slim había planeado, el XV Cuerpo resistió magníficamente, pero se vio obligado a echar mano de sus reservas, la 5.ª División india. Al saber la noticia, Mutaguchi atravesó con su ejército, el 15 de marzo, el río Chindwin. Había empezado la «Marcha sobre Delhi». Pero lo que Mutaguchi no había previsto era que Mountbatten podía solicitar tropas de refresco de la India, como la 2.ª División británica, que por ferrocarril y camión fue mandada inmediatamente camino de Dimapur. Por su parte, Mutaguchi reservaba una sorpresa a los británicos: la 31.ª División de Sato se dirigía hacia Kohima y avanzaba rápidamente a través de las montañas.

(Hay que advertir que Tazoe, comandante de la 3.ª División aérea, había aconsejado a Mutaguchi que no lanzase su ofensiva hasta que hubiera terminado con las tropas de Wingate, que acababa de emprender una segunda y más ambiciosa campaña. Mutaguchi no hizo caso del consejo y tuvo que lamentarlo más tarde.)

Las dos batallas de Kohima e Imphal, que se prolongaron desde marzo hasta junio, se caracterizaron por su dureza y fueron decisivas para la campaña de Birmania. El territorio, montañoso, estaba poblado por una espesa vegetación; las laderas eran escarpadas y, una vez hubo llegado el monzón, las tropas se vieron obligadas a luchar en un infierno de lluvia y lodo.

A mediados de abril, Sato había conquistado casi toda la serranía central de Kohima, y la guarnición se hallaba próxima al agotamiento. El XXXIII Cuerpo de Stopford, que había partido de Dimapur, tenía que luchar ferozmente por cada metro de terreno ganado en condiciones espantosas. Desde el comienzo se impuso la evidencia de que la lucha por Kohima sería larga y difícil. Durante este tiempo, las divisiones avanzadas de Scoones habían sido capturadas cuando se retiraban de las márgenes del Chindwin y la 17.ª División de Cowan había tenido que abrirse camino a través de una serie de obstáculos que bloqueaban la carretera. Se había dado la orden de retirada demasiado tarde y la batalla presentaba un mal comienzo.

Pero Cowan era un excelente soldado. No sólo logró conducir a sus divisiones a la llanura de Imphal sino que dio a su oponente Yanagida un golpe tan brutal, que este último perdió su fe en la campaña, y fue, como consecuencia, relevado del mando. A mediados de abril, los hombres de IV Cuerpo de Scoones estaban concentrados y se disponían a emprender la acción conjunta que había sido prevista. Mountbatten, mientras tanto, recibía confirmación de que el Mando del Mediterráneo le prestaría noventa y nueve aviones de transporte. El abastecimiento de Imphal estaba, por lo tanto, asegurado.

Mutaguchi seguía confiando en sus proyectos, pero no fue capaz de conquistar Imphal en tres semanas, tal como había prometido, y el 23 de abril se enteró de que Sato, en Kohima, había pasado a la defensiva. A partir de este momento la suerte cambió para el Japón, y aunque Mutaguchi se apresuró a tomar el mando de los ejércitos en campaña, no pudo modificar la situación. Contra las órdenes recibidas, Sato empezó el 1.º de junio a batirse en retirada, perseguido sin descanso por el XXXIII Cuerpo. El 22 de junio se abrió la carretera de Imphal, y por ella empezaron a fluir refuerzos y provisiones. Imphal se transformó de una fortaleza sitiada en una base para operaciones ofensivas. Mutaguchi y los restantes jefes japoneses iban ahora de desastre en desastre. Los hombres de Sakurai ya habían sido vencidos en el Arakan, las líneas de comunicación de Mutaguchi estaban hundidas y los supervivientes del XI Ejército retrocedían en dirección al Chindwin, muriendo a millares de hambre y enfermedad, atacados sin cesar por los aviones de la R.A.F. Fue éste el mayor desastre jamás sufrido por un ejército japonés en un campo de batalla.

Aun cuando era en pleno período monzónico, y las carreteras, al igual que la selva, estaban inundadas, Mountbatten decidió continuar la lucha; tan alta era la moral del XIV Ejército que las tropas respondieron inmediatamente a su llamada. Los japoneses fueron rápidamente rechazados hasta más allá del Chindwin y luego perseguidos hacia el Irawaddy. Una vez que sus ejércitos hubieran salido de la selva, Slim tenía la intención de desplegar sus tanques en la llanura central, donde podrían operar con la máxima eficacia.

La batalla por Birmania central se desarrolló durante los primeros meses de 1945. Slim, en cuyo ejército figuraban ahora tropas reunidas de África Occidental y Oriental, además de las veteranas divisio-





1 **Prisioneros japoneses capturados por los chinos en la fase inicial del avance de Stilwell hacia Myitkyina (febrero de 1944) y conducidos a retaguardia con los ojos vendados.** *2* **Una columna de infantería de los EE.UU. cruza un curso de agua en plena jungla durante el mismo avance.** *3* **Tras violenta lucha, un grupo de soldados británicos ocupa un poblado de la cuenca del Irawaddy, en la ruta de Mandalay (febrero de 1945).** *4* **La batalla por el abastecimiento: la ruta Imphal-Tiddim, ya en perfectas condiciones de servicio (agosto de 1944).** *5* **Heridos y enfermos pertenecientes a los «chindit» de Wingate y evacuados en avión desde la retaguardia enemiga en 1943.** *6* **Un sobrecargado gurkha atraviesa el río Irawaddy en el curso de la batalla por la posesión de la Birmania central (primavera de 1945).**




2
3
6

nes indias y británicas, se lanzó contra Kimura (el sucesor de Kawabe), que defendía la línea del Irawaddy. En febrero, Slim logró establecer cabezas de puente al sur de Mandalay, y seguidamente tomó Meiktila, al sudeste. Con este movimiento, rápido y cuidadosamente preparado, Slim había conseguido engañar a Kimura, quien ahora se daba cuenta de que sus comunicaciones con Rangún estaban cortadas y sus ejércitos desconectados entre sí. Honda, cuyo XXXIII Ejército se había replegado ante un ataque combinado de las fuerzas de Stilwell y de los chinos, fue enviado precipitadamente a Meiktila para tomar el mando de las operaciones. Pero de nada le sirvió lanzar sus tropas a una serie de feroces combates. Los restos de su ejército se vieron obligados a retroceder hacia el sudeste, mientras en su flanco derecho el XV Ejército no tardaba en ser totalmente destruido.

La lucha estaba empeñada ahora por Rangún, y las tropas de Slim se dirigieron hacia el Sur en dos grandes columnas: el XXXIII Cuerpo de Stopford, por el valle del Irawaddy, y el IV Cuerpo (ahora bajo el mando de Messervy), a lo largo de la vía férrea Toungoo-Pegu.

Slim estaba convencido de que el enemigo no podría cerrarle el paso en ambas rutas pero, a causa de los problemas de transporte, se vio obligado a concentrar mayor número de fuerzas en la de la izquierda. Esta ruta era la más corta de las dos, y si la embestida de Messervy tenía éxito, gran número de japoneses verían cortada su retirada hacia el Sittang. En el curso del mes de abril, el avance de Slim sobre Rangún se hizo más impetuoso. Sin embargo, Slim se encontraba en una posición difícil, pues sus líneas de comunicación se extendían ahora unos 1.600 kilómetros y no podrían sobrevivir al monzón que se preveía para mayo. Debía tomar Rangún de la manera que fuera, antes de las primeras lluvias. Afortunadamente, se estaba preparando al mismo tiempo una operación anfibia desde Akyab, ahora en manos de los aliados, y desde Ramree, una isla de la costa de Birmania. Si tenía éxito, la tarea de Slim resultaría enormemente facilitada.

Pero, como es natural, cada una de las divisiones del XIV Ejército quería ser la primera en entrar en Rangún, y ninguna lo deseaba tanto como la 17.ª División de Cowan, la única de las formaciones que había tomado parte en la retirada de 1942. El XV Ejército japonés no era ahora más que una masa en completo desorden que se retiraba a través de los estados Chan, mientras el XXXIII Ejército de Honda, que intentaba desesperadamente ganar el estuario del Sittang, era reducido a pedazos por las columnas blindadas de Cowan. Una tras otra, las ciudades fueron cayendo en rápida sucesión, y el 25 de abril era ocupado el aeropuerto de Toungoo. Estaba próxima la caída de Rangún.

La victoria decisiva

Cayó, en realidad, el 3 de mayo, y puede decirse que el combate lo ganaron las tropas desembarcadas, que muy pronto se unieron a sus camaradas procedentes del Norte. La ciudad había sido evacuada. Ahora daba comienzo la última fase de la campaña de Birmania. 15.000 hombres, los supervivientes del XXVIII Ejército de Sakurai, quedaron atrapados en el valle del Irawaddy y en los montes Pegu. No tenían más alternativa que abrirse camino hacia el Este o morir de hambre, y debían decidirse pronto. El 11 de mayo, pequeños destacamentos intentaron la huida, pero no encontraron ninguna ruta por donde escapar. Slim había ordenado al IV Cuerpo que cubriera todos los caminos que conducían a los montes Pegu, y al XXXIII Cuerpo que limpiara el valle del Irawaddy. Había decidido que no escapara ningún soldado japonés. Aunque cercados, los japoneses lucharon todavía con su acostumbrada ferocidad, poniendo de vez en cuando sus morteros en acción con gran eficacia. El 3 de julio, Honda lanzó un ataque de diversión contra Waw, en la esperanza de que ayudaría a Sakurai al obligar a Slim a desguarnecer el centro de su línea de defensa, pero el ataque se desvaneció en los campos de arroz. El monzón había empezado a primeros de mayo y las lluvias eran particularmente intensas. En julio, los japoneses intentaron, en pequeños grupos, escurrirse por los flancos del XIV Ejército, pero aun aquellos que lograron alcanzar las orillas del Irawaddy se vieron perseguidos noche y día. En cuanto a aquellos que intentaron cruzar el río, según dijo Slim, «les sorprendimos cuando lanzaban al agua sus balsas, les disparamos mientras nadaban o intentaban cruzar las aguas sobre troncos, o fueron arrastrados por la rápida corriente y se ahogaron». Algunos que lograron atravesar el Irawaddy fueron abatidos más al este o se ahogaron en el Sittang. En julio se contaron 11.500 cadáveres. Y el 4 de agosto ya no se vio ningún japonés. Todos habían desaparecido. La campaña de Birmania había terminado.

¿Cómo resumir este episodio único y extraordinario de la Segunda Guerra Mundial? ¿Por qué los japoneses ganaron los dos primeros asaltos de la batalla pero perdieron de una forma tan decisiva el tercero? Un factor importante fue, sin duda, el peso del armamento y del número de hombres que el Imperio había proporcionado a Gran Bretaña; por otra parte, los aliados contaron con una indiscutible superioridad aérea, y, desde el verano de 1944, los soldados británicos, indios y gurkhas fueron capaces de demostrar que, hombre por hombre, podían superar al adversario. Pero poco valen los mejores soldados si no cuentan con buenos mandos, y el S.E.A.C. encontró en Mountbatten y en Slim dos jefes excepcionales. A su llegada a la India, Mountbatten no sólo tuvo que vencer una gran inercia y enormes prejuicios, sino que debió enfrentarse a problemas administrativos y logísticos enormemente complejos. Con su habilidad innata, su personalidad y su integridad logró superar todos los obstáculos. En cuanto a Slim, es muy posible que la Historia le juzgue como el mayor general inglés desde Marlborough. El XIV Ejército, bajo su mando, se convirtió en una temible fuerza de choque. Sereno, cortés y resuelto, pero no hasta el punto de no querer aceptar un consejo aun de los simples soldados, su personalidad fue acrecentándose día a día. Sus puntos de vista, sus vaticinios y sus planes tácticos se revelaron rigurosamente exactos y, al aniquilar tres ejércitos enteros en el campo de batalla, se hizo con una de las victorias más completas y decisivas de toda la historia militar.

De los japoneses puede decirse que ningún soldado se batió nunca con tanta obstinación y tal espíritu de sacrificio. Cada unidad combatió hasta el último hombre. Y, durante toda la campaña, fueron poquísimos los soldados que se rindieron. Aunque limitados en su acción por la rigidez del código Samurai, los generales japoneses eran hombres de gran habilidad y de una energía poco común. Mutaguchi estuvo a punto de lograr sus propósitos en la «Marcha sobre Delhi»; Sakurai produjo una profunda impresión en el Arakan; y Honda demostró ser un magnífico jefe, aun en la derrota. En realidad, hubo un único factor que inclinó la balanza en favor de los aliados: el genio de Slim. Sólo su fantástica habilidad táctica pudo contener el asalto japonés en 1944. Y lo que vino después era ya inevitable.

Arthur Swinson

Victoria aliada en el Pacífico

Después de Midway, los norteamericanos, recuperada su confianza, tomaron la iniciativa en el Pacífico y, ayudados por las tropas australianas, derrotaron a los japoneses en las islas Salomón y en Nueva Guinea. Estos dos acontecimientos señalan el comienzo de una amarga y sangrienta campaña para la conquista de las islas del Pacífico, que llenó de gloria a los «marines» estadounidenses...

Pintura de S. Awata sobre el tema de los pilotos suicidas *kamikaze*. Los japoneses empezaron a servirse de tales aviadores —que se lanzaban con sus aviones cargados de explosivos contra los buques de guerra norteamericanos— en enero de 1945, en las Filipinas. La palabra *kamikaze* significa «viento divino», y se refiere al tifón que en 1281 destruyó una flota invasora mongólica.

En agosto de 1943, era ya evidente que la guerra del Pacífico tomaba un giro distinto y que las fuerzas aéreas y navales norteamericanas empezaban a expulsar a los japoneses del círculo más externo de sus primeras conquistas. Aquel mes, en la Conferencia de los cuatro celebrada entre Churchill, Roosevelt y los jefes de Estado Mayor británico y norteamericano, se discutieron y definieron en líneas generales los planes para continuar la guerra contra el Japón. Los ingleses sentían cierto



temor a que los norteamericanos concentraran excesivas tropas en el Pacífico, a expensas del teatro de guerra europeo, donde se estaban reuniendo fuerzas para el desembarco de Normandía, en el verano de 1944, y donde las operaciones contra los alemanes en Italia se desarrollaban bastante satisfactoriamente. En cualquier caso, el equilibrio de las fuerzas norteamericanas, bien distribuidas entre Europa y el Pacífico, no debía poner en peligro el principio de «Alemania primero».

Tarawa: una resistencia encarnizada

En diciembre de 1943, la situación en el Pacífico era tensa. En Nueva Guinea, las divisiones australianas y norteamericanas, bajo el mando del general MacArthur, asediaban la península de Huon, que caería aquel mes. Más al este, las tropas del almirante Nimitz, después de ocupar las islas Salomón, se apoderaron, a fines de noviembre, del atolón de Tarawa, en las islas Gilbert, tras un desembarco muy difícil, y se preparaban para llevar a cabo una nueva operación anfibia contra las islas Marshall, en el Pacífico central. En el verano de 1943, ante el progreso de las dos ofensivas aliadas —la de MacArthur en Nueva Guinea y la de Nimitz en las Salomón—, se creyó llegado el momento de tomar Rabaul, la mayor base aeronaval japonesa situada en Nueva Bretaña. Pero como la aviación norteamericana empezaba a imponer su poderío, se decidió rodear Rabaul y dejar que cayese por falta de suministros.

El 1 de febrero de 1944, la 4.ª División de *marines* desembarcó en el atolón de Kwajalein. La lección de Tarawa había sido útil, y el bombardeo aéreo, que allí no había podido neutralizar la resistencia japonesa, fue sustituido aquí por el fuego de una compacta línea de cañones sobre objetivos escogidos. Se tomaron también islas pequeñas para asegurarse el apoyo de la artillería por el flanco y se utilizaron, por primera vez en el Pacífico, vehículos anfibios «DUKW». Los resultados fueron satisfactorios: el 2 de febrero, las islas de Roi y Namur, al norte, cayeron en manos de los *marines* y el 4 del mismo mes el Ejército tomó el propio Kwajalein. Seis semanas antes de lo previsto, las tropas de reserva, que no habían tenido que intervenir en Kwajalein, atacaron la isla de Eniwetok, cuya ocupación fue completada el 23 de febrero.

El objetivo siguiente lo constituían las Marianas, desde las cuales los bombarderos «B-29» podrían alcanzar territorio japonés. El 15 de junio debía atacarse Saipan, seguida de Tinian y Guam en cuanto las condiciones lo permitieran. Se formaron dos poderosas tropas de asalto, septentrional y meridional, que comprendían respectivamente 71.000 hombres para Saipan y Tinian y 56.000 para Guam, mientras se asignaban los bombardeos aéreos preliminares a la *Task Force 58* de la V Flota del almirante Spruance. Esta formación comprendía a la sazón no menos de cuatro grupos de portaaviones, cada uno de los cuales iba acompañado de una escolta particular de acorazados o cruceros y destructores, y tenía capacidad para 250 aviones. El 11 de junio se inició el ataque aéreo, siendo los primeros blancos Guam, Saipan y Tinian. Al día siguiente se efectuó una operación de diversión, a cargo de dos grupos, para neutralizar Chichi Jima e Iwo Jima. El día 13 la supremacía aérea era absoluta, y el 15 los primeros norteamericanos desembarcaron en Saipan, apoyados por un grupo de bombarderos de la *Task Force 58*.

Un golpe mortal

Pero los japoneses sospechaban que los próximos objetivos serían las Marianas o las Palau, al oeste de las Carolinas, y habían elaborado un cuidadoso plan para atraer a la flota norteamericana dentro del radio de acción de los aviones con base en la costa, tras lo cual los portaaviones de la flota principal japonesa descargarían el golpe de gracia. Se llegó así a la batalla del mar de Filipinas, del 19 y 20 de junio, la mayor batalla de portaaviones que conoce la historia. Ninguna de las dos flotas alcanzó a ver a la otra pero, en el curso de la acción, la aviación norteamericana destruyó prácticamente lo que quedaba de las fuerzas aéreas japonesas, a cambio de poquísimas pérdidas. Aunque sólo se hundieron dos de los ocho portaaviones japoneses (tres resultaron seriamente dañados), es indudable que la batalla infligió a la Marina nipona un golpe del que ya nunca se recobraría. Los ataques subsiguientes fueron duros y prolongados, pero en ningún momento pudo dudarse del resultado. Saipan cayó el 9 de julio, Tinian el 1.º de agosto y Guam el 15 del mismo mes.

Volvamos ahora a la punta izquierda de la maniobra ofensiva. En las últimas semanas de diciembre de 1943, la 7.ª y la 1.ª División de *marines* —esta última, después de combatir en Guadalcanal, había pasado un período de descanso y entrenamiento en Australia— desembarcaron en cabo Gloucester, en el extremo occidental de Nueva Bretaña, y ocuparon rápidamente la playa. A pesar de las dificultades del terreno —los servicios de información se habían mostrado excesivamente optimistas— y de la encarnizada resistencia japonesa, el 1 de enero de 1944 se tomó el aeropuerto, tras lo cual los *marines* se lanzaron en persecución del enemigo, que se retiró decididamente a la selva, donde esperaba hallar mayor protección. El 6 de marzo, la 5.ª División de *marines* desembarcó en la península de Willaumez y pronto conquistó el aeropuerto de Talasea. La parte occidental estaba ahora en manos de los aliados, que dominaban también los estrechos entre Nueva Bretaña y Nueva Guinea. A finales de abril, una división del Ejército, la 45.ª, fue a reemplazar a los *marines*, que, por consiguiente, pudieron emprender nuevas operaciones anfibias. Mientras tanto, el 29 de febrero, algunas unidades de la 1.ª División de caballería habían efectuado un reconocimiento en Los Negros, una de las islas del Almirantazgo. El propio MacArthur desembarcó el primer día de la operación para examinar personalmente las defensas, y no tardó en darse cuenta de que se requerían nuevos efectivos. Durante las dos semanas siguientes, desembarcaron unidades de la 7.ª, 8.ª y 12.ª División de caballería en Los Negros y en la isla de Manus, cerca del aeropuerto de Lorengau. A finales de marzo, había cesado la resistencia principal, aunque durante todo mayo tuvieron lugar combates aislados. Se disponía ahora de un espléndido puerto natural —que sería utilizado más tarde por la flota británica del Pacífico—, y se procedió a la rápida construcción de dos grandes aeropuertos. Como siempre, la defensa resistió hasta el suicidio, de forma que no se capturó ni un solo prisionero japonés. La comparación de las bajas norteamericanas —329 muertos y 1.189 heridos— y las japonesas —3.280 muertos— da una idea de la tenacidad de los japoneses y de la superioridad norteamericana en táctica y armamento. Al mismo tiempo, el 20 de marzo, un desembarco sin resistencia de la 4.ª División de *marines* en Emirau, en las islas San Matías, permitió preparar rápidamente un magnífico aeropuerto. Un vistazo al mapa revela que tanto Rabaul como Kavieng, otra base japonesa en Nueva Irlanda, estaban aho-

Así vio el pintor W. F. Draper una escena del desembarco llevado a cabo por la infantería de marina de los EE.UU. en Bougainville (islas Salomón) el 1 de noviembre de 1943.


PA27-5



ra rodeadas por los aeropuertos de Manus, Emirau, Talasea e Isla Verde, lo cual anulaba la eficacia de las guarniciones japonesas. Ahora ya no era necesario recurrir a los ataques anfibios, y las dos bases fueron definitivamente «barridas» en 1945.

Las posibilidades estratégicas

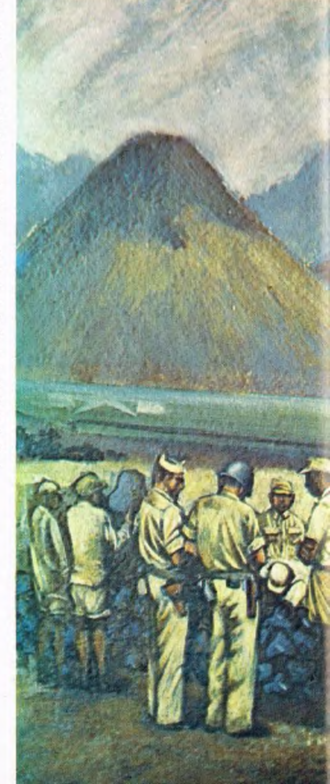
Después de haber seguido la trayectoria de las dos ofensivas principales, debemos dirigir nuestra atención a otras zonas del Pacífico y en particular a los planes estratégicos de los ingleses. Un factor clave —siempre difícil de valorar— era la posición de China. Aun cuando los japoneses, con un ejército de un millón de hombres, dominaban toda la costa china y también algunas zonas del interior, el general Chiang Kai-chek, con su cuartel general en Chungking, controlaba todavía algunas regiones de tierra adentro con un ejército numeroso pero un tanto desorganizado, que nominalmente constaba de 300 divisiones. El único acceso de los aliados hacia China era el famoso puente aéreo desde el nordeste de la India. Los norteamericanos habían realizado grandes esfuerzos para aprovisionar por aire a la reducida 14.ª fuerza aérea del general Chennault, que operaba desde la zona de Kweilin, y para mandar el material indispensable al Ejército chino. El único camino seguro hacia China era la «carretera de Birmania», que los ingleses habían procurado arrebatar a los japoneses durante la campaña de la jungla birmana. Los norteamericanos, en particular, estaban muy interesados en apoyar el esfuerzo bélico de los chinos, y proyectaban construir una fuerza de bombarderos «B-29» que actuase contra el territorio nacional japonés desde los aeropuertos del Kweilin.

Más al norte, en Manchuria, el Ejército japonés del Kwantung, con tres cuartos de millón de hombres, guardaba la frontera rusa, en la que la paz era muy insegura. Los norteamericanos deseaban ardientemente que los rusos entraran en guerra lo antes posible y atacaran al Ejército del Kwantung. Tanto en China como en Manchuria, los japoneses contaban con tropas excelentes, entre las que figuraban divisiones blindadas, y uno de sus errores más graves fue el haber trasladado, cuando era ya demasiado tarde, estas tropas a otras zonas del Pacífico más importantes.

En Gran Bretaña, mientras tanto, Churchill y sus jefes de Estado Mayor discutían acaloradamente la estrategia a seguir. En el verano de 1944, algunos, pero no Churchill, estaban convencidos de que en Europa la guerra estaría terminada antes de fin de año. La derrota de Italia había dejado libres poderosas fuerzas navales, que podían ser enviadas hacia Extremo Oriente; el empleo de la flota británica y, más tarde, del Ejército y de la fuerza aérea que habían quedado disponibles después de la derrota de Alemania, se convirtió en la cuestión más discutida en Londres.

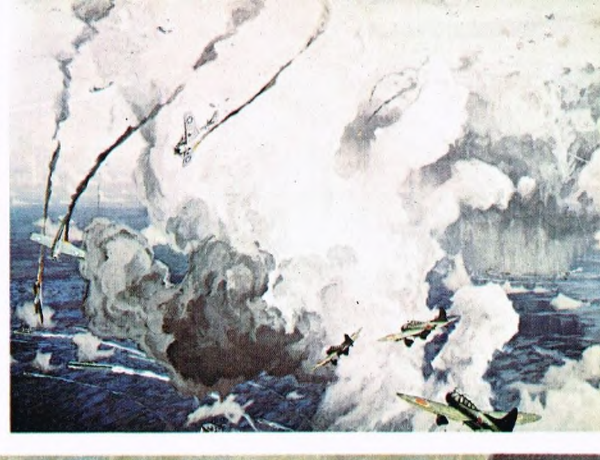
Las principales posibilidades estratégicas eran tres: la primera, no mandar de momento la flota británica a Nimitz, en el Pacífico central, sino concentrar todas las fuerzas disponibles de la Commonwealth en el sudeste asiático a fin de completar la conquista de Birmania, Sumatra, Malasia y, probablemente, Indochina; la segunda, reducir el esfuerzo de guerra en el sudeste asiático y formar en el sudoeste del Pacífico una fuerza de la Commonwealth, compuesta por todas las armas, que fuera puesta a las órdenes de MacArthur (en tal caso sería posible mandar por separado la flota británica a Nimitz, en el Pacífico central, si se creía conveniente); la tercera posibilidad era enviar la flota británica al Pacífico lo más pronto posible y realizar otro tipo de actividades ofensivas en el sudeste asiático.

En la Conferencia de los ocho celebrada en Quebec, en septiembre de 1944, se decidió, finalmente, adoptar la tercera solución, con la añadidura de que se mandaría al Pacífico, en cuanto Alemania fuera derrotada, una fuerza de bombardeo de cuarenta grupos de «Lancaster» para atacar al Japón. El presidente Roosevelt aceptó esta solución a pesar de las protestas del almirante King, que habría preferido acabar con el Japón sin ayuda de nadie; pero cuando finalmente empezaron los ataques suicidas de los «Kamikaze», se felicitó de la contribución de la flota británica.



Arriba, izquierda: **«Piloto de caza en acción», pintura de Tom Lea que muestra a un aviador norteamericano en la tensión de un combate aéreo sobre el mar.** *Derecha:* **esta otra pintura, de T. Ishikawa, presenta, en versión contraria y con otro enfoque, un tema análogo.** *Abajo:* **aquí, en una imagen más propia de una revista de aventuras pero no por ello menos romántica, el pintor Samuel D. Smith ha retratado a un grupo de porteadores chinos ocupados en la descarga de municiones de un «Dakota» en Kweilin (China meridional), base de la 14.ª Fuerza Aérea de los EE.UU.**





1

Volvamos ahora a la situación del Pacífico en otoño de 1944. El almirante Halsey con su III Flota (la 3.ª bajo Halsey y la 5.ª bajo Spruance; los barcos eran los mismos pero habían cambiado los mandos) atacaba las Filipinas con sus aviones, a mediados de septiembre, cuando, encontrando inesperadamente una resistencia muy escasa, sugirió que se adelantara en dos meses la invasión del golfo de Leyte y se renunciara a las operaciones contra Yap, Palau y Mindanao. Los jefes del Estado Mayor conjunto, reunidos entonces en Quebec, aceptaron inmediatamente la sugerencia: estaba por lo tanto decidida la estrategia futura. El principio de MacArthur, «las Filipinas primero», había triunfado.

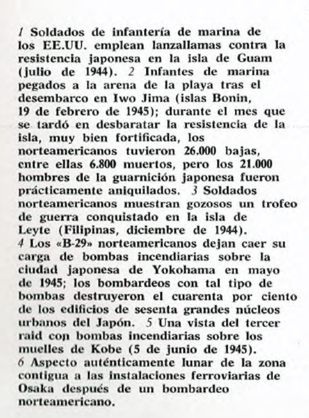
En las operaciones que se centraban en el golfo de Leyte participó el mayor número de buques de guerra que jamás hubieran intervenido en una batalla naval; también fueron muy importantes las fuerzas aéreas y terrestres que tomaron parte en la lucha. Nuevamente los japoneses habían proyectado dejar que el grueso de la flota norteamericana se internara lo suficiente para que las fuerzas anfibias pudiesen ser aniquiladas por dos poderosas formaciones de superficie que atacarían desde el Oeste. Al principio, el plan japonés tuvo un éxito admirable, y el 24 de octubre Halsey, con toda la III Flota, era atraído hacia el Norte por la fuerza de los portaaviones japoneses bajo el mando

2



3

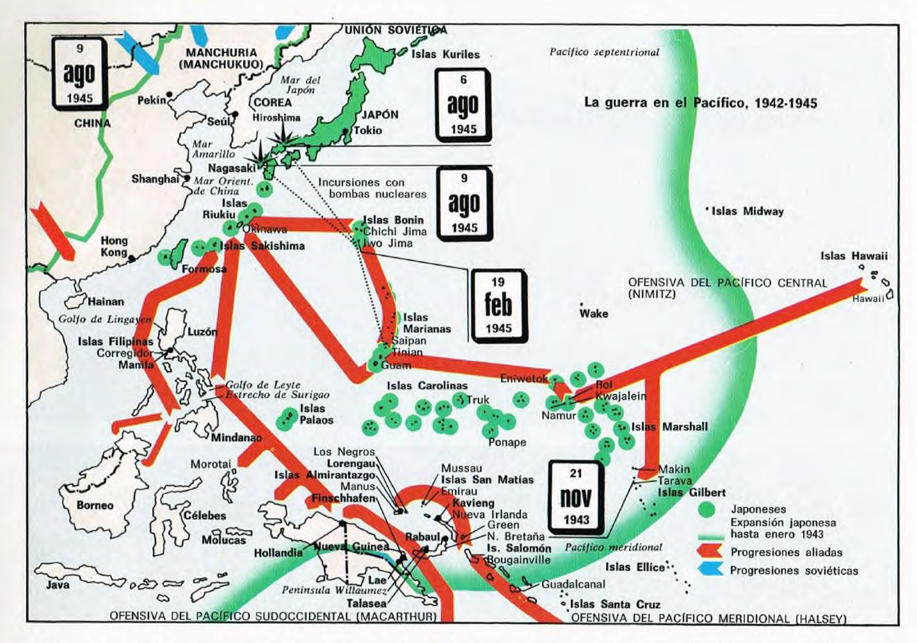




1 **Soldados de infantería de marina de los EE.UU. emplean lanzallamas contra la resistencia japonesa en la isla de Guam (julio de 1944).** ***2*** **Infantes de marina pegados a la arena de la playa tras el desembarco en Iwo Jima (islas Bonin, 19 de febrero de 1945); durante el mes que se tardó en desbaratar la resistencia de la isla, muy bien fortificada, los norteamericanos tuvieron 26.000 bajas, entre ellas 6.800 muertos, pero los 21.000 hombres de la guarnición japonesa fueron prácticamente aniquilados.** ***3*** **Soldados norteamericanos muestran gozosos un trofeo de guerra conquistado en la isla de Leyte (Filipinas, diciembre de 1944).** ***4*** **Los «B-29» norteamericanos dejan caer su carga de bombas incendiarias sobre la ciudad japonesa de Yokohama en mayo de 1945; los bombardeos con tal tipo de bombas destruyeron el cuarenta por ciento de los edificios de sesenta grandes núcleos urbanos del Japón.** ***5*** **Una vista del tercer raid con bombas incendiarias sobre los muelles de Kobe (5 de junio de 1945).** ***6*** **Aspecto auténticamente lunar de la zona contigua a las instalaciones ferroviarias de Osaka después de un bombardeo norteamericano.**



5



La progresión de las fuerzas aliadas —en gran parte integradas por unidades norteamericanas— en su lucha contra el Japón, campaña constituida por sucesivos saltos de isla en isla que se iniciaron el 7 de agosto de 1942 con los desembarcos en Guadalcanal y terminaron en junio de 1945 en Okinawa.

de Ozawa. La misión de Ozawa era suicida, pues contaba con muy pocos aviones. Perdió sus cuatro protaaviones, pero la cabeza de puente creada por los norteamericanos en el golfo de Leyte quedó defendida sólo por una pequeña escolta de portaaviones y destructores. No obstante, el grueso de las fuerzas de superficie japonesas, bajo el mando de Kurita, que había perdido en ruta un acorazado y dos cruceros con los ataques aéreos y submarinos, se demoró y llegó demasiado tarde a la cabeza de puente, después de pasar por el estrecho de San Bernardino. En aquellos momentos, la segunda fuerza de superficie, bajo el mando de Nishima, había sido ya destruida en el estrecho de Suriago por los acorazados, cruceros y destructores del almirante Ollendorf, y Kurita perdió la cabeza. Confundió los buques de escolta y los destructores que defendían la cabeza de puente con una «gigantesca fuerza naval» y, tras un breve tanteo, dio media vuelta, perdiéndose así una ocasión ideal para liquidar las fuerzas de asalto. La Marina japonesa había fracasado en su intento y libró en Leyte su última gran batalla, puesto que nunca más pudo entrar en acción.

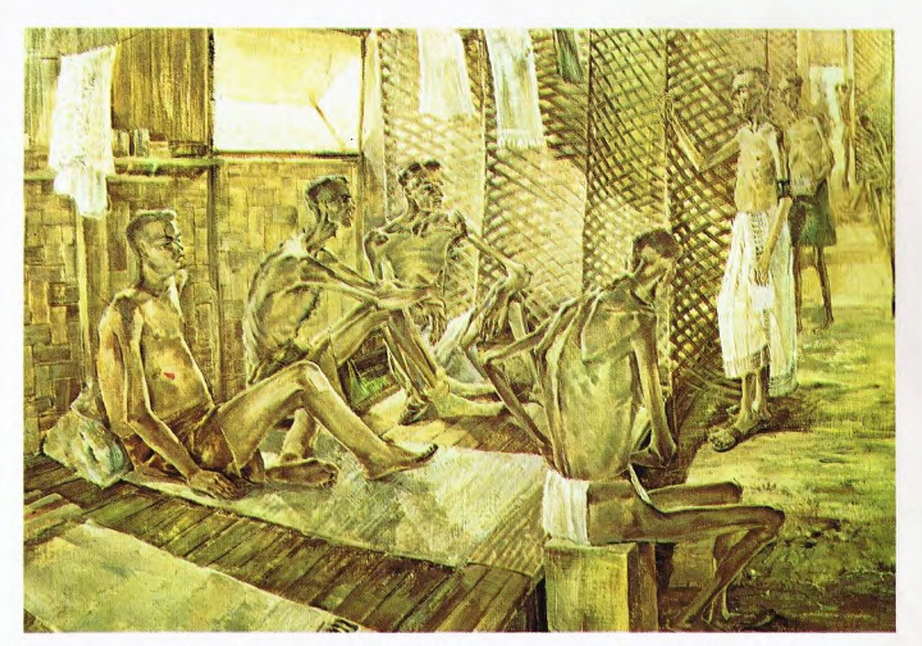
El precio de Iwo Jima

En tierra la lucha era dura y la construcción de los aeropuertos sufría retrasos, pero, tras algunas pérdidas de importancia, los aliados consiguieron imponerse en la isla de Leyte el 25 de diciembre.

El próximo paso fue la invasión de Luzón, iniciada el 9 de enero de 1945. Una vez más la lucha fue encarnizada, pues se estaban desarrollando las operaciones terrestres más importantes de la guerra del Pacífico.

El VI Ejército del almirante Kreuger estaba formado por más de 200.000 hombres, mientras que los defensores japoneses eran más de 250.000. El acceso al golfo de Lingayen resultó más penoso debido a los primeros ataques de los «Kamikaze», que lograron hacer blanco en varios buques norteamericanos y australianos; pero el desembarco en sí no encontró oposición, por lo que los verdaderos combates empezaron muy lejos de la cabeza de puente de la playa. Corregidor, el antiguo cuartel general de MacArthur, fue tomado el 21 de febrero y Manila a finales de marzo, tras lo cual las operaciones se convirtieron en simple persecución de un enemigo desesperado y fanático. En abril se había terminado la batalla principal y conquistado las posiciones clave.

Casi inmediatamente entró en escena Nimitz, con el ataque a Iwo Jima, indispensable como base aérea para los aviones de caza que habían de escoltar a los bombarderos en sus ataques al Japón y como refugio de los aviones averiados. El 19 de febrero de 1945, tras varias semanas de bombardeo aéreo desde las Marianas y varios días de cañoneo naval, desembarcaban en la isla la 4.ª y la 5.ª División de *marines*. La 3.ª División era de reserva, pero pronto entró en combate. La V Flota de Spruance apoyaba la operación, ocupándose de que no llegaran refuerzos a Iwo Jima. La isla era pequeña —apenas una veintena de kilómetros cuadrados— pero tenía puestos utilizados como campos de aviación, y las colinas volcánicas habían sido transformadas en otras tantas fortalezas, con puestos de artillería bien camuflados. Hasta diciembre de 1944 no se había empezado a fortificarla, y el día del desembarco el plan no estaba realizado en su totalidad, pero la guarnición había sido reforzada y contaba con un total de 21.000 hombres. El desembarco inicial no encontró una fuerte oposición, y los norteamericanos fueron atacados por primera vez cuando se encontraban ya a unos doscientos metros de la playa. Sólo entonces se encontraron bajo



Esta pintura de L. Cole pone de manifiesto el abandono y la crueldad con que los japoneses acostumbraban a tratar a sus prisioneros de guerra: un asistente sanitario realiza la rutinaria visita de los cautivos, víctimas de la desnutrición y del beri-beri, en una cárcel de Singapur.

un fuego mortal procedente de las cuevas, las casamatas y los fortines de la isla; pero habían podido desembarcar equipos técnicos, así como piezas de artillería y tanques, y estaban preparados para iniciar una dura batalla. La colaboración con las unidades navales, encargadas del bombardeo, y con los aviones fue excelente y poco a poco fueron cayendo las posiciones defensivas más importantes. Pero era difícil eliminar los nidos de resistencia enemigos, y la isla fue considerada definitivamente conquistada el 18 de marzo, mientras los combates esporádicos continuaron hasta el 26 del mismo mes. Sin embargo, el primer «B-29» averiado pudo aterrizar ya el 4 de marzo (el primero de los 850 aterrizajes de emergencia realizados en tres meses) y el 7 de abril los primeros cazas dejaban la isla para escoltar a los bombarderos en un ataque diurno sobre Tokio. Los norteamericanos perdieron unos 7.000 hombres, entre *marines* y tripulantes.

Siguieron pronto nuevas operaciones con la invasión de Okinawa, a cargo del X Ejército de Buckner, que contaba con tres divisiones de *marines* para los primeros desembarcos. En este punto entró en acción en el Pacífico la Marina británica con la misión de neutralizar los campos de aviación de las islas Sakishima, desde las cuales los japoneses esperaban enviar por avión refuerzos a Okinawa.

Fanatismo en Okinawa

Tras bombardear Palembang, en Sumatra, la flota británica llegó a Australia el 4 de febrero de 1945. En abril, cuando los norteamericanos atacaban Okinawa, sus principales componentes eran cuatro portaaviones, dos acorazados, cuatro cruceros, once destructores y una importante «flota» de buques de aprovisionamiento que permitía prolongar las operaciones durante varias semanas sin necesidad de tocar ningún puerto. El almirante Fraser tenía el mando general, mientras el almirante Rawlings era el comandante superior en el mar y los portaaviones estaban a las órdenes del almirante Vian. Diremos tan sólo que la flota inglesa cumplió bien su cometido y en particular que sus portaaviones, con cubierta blindada, fueron capaces de sobrevivir a los ataques de los «Kamikaze», mientras que los norteamericanos, más ligeramente equipados, tenían que retirarse al ser alcanzados.

El ataque a Okinawa fue de gran envergadura. En el curso de la campaña, que duró ochenta y dos días, tomaron parte más de medio millón de soldados aliados, y el asalto inicial fue llevado a cabo por 183.000 soldados y *marines*. Los «Kamikaze» infligieron graves daños a los buques, muchos de los cuales fueron hundidos o averiados durante la larga y penosa experiencia. Como en ocasiones anteriores, los hombres desembarcaron sin encontrar oposición, para tropezar muy pronto con una fanática resistencia. La campaña fue larga y encarnizada, pero el 21 de junio la isla fue finalmente conquistada. Los japoneses habían perdido 110.000 hombres, mientras que los norteamericanos habían tenido 8.000 muertos y poco menos de 5.000 en el mar, generalmente a causa de los ataques de los «Kamikaze».

Aun cuando no se supiera entonces, la última gran operación de la guerra del Pacífico había terminado.

Paralelamente a estas operaciones, se desarrollaba en el Pacífico una vigorosa campaña contra los buques mercantes japoneses, lucha que había de influir decisivamente en la capitulación del Japón. Sostenida principalmente por submarinos —casi todos norteamericanos— y por bombarderos «B-29», que minaban las aguas territoriales japonesas, la guerra del Pacífico empezó a cobrar mayor virulencia a principios de 1944, cuando los norteamericanos habían reunido no menos de setenta y cinco submarinos de «flota», de



gran autonomía, armados cada uno de ellos con dieciocho torpedos. Estaban además equipados con radar, lo que de noche constituía una gran ventaja.

La Marina japonesa contribuyó al éxito de la campaña submarina norteamericana con la necia ceguera que demostró, casi hasta el último momento, no sólo ante la gravedad de la situación sino ante los métodos para remediarla. Los japoneses consideraban la protección de las embarcaciones mercantes como una acción «defensiva», y por lo tanto deshonrosa. Por consiguiente, asignaron muy pocos medios —por tierra y por aire— para la defensa de la marina mercante, y cuando por fin se decidieron a adoptar el sistema de convoyes, éstos eran excesivamente reducidos y las escoltas demasiado débiles.

Por otra parte, el territorio nacional del Japón, con sus industrias y su población, dependía casi exclusivamente de los transportes marítimos para el suministro de las materias primas y del arroz, el alimento básico. El aceite debía importarse de las Indias Orientales Holandesas y el hierro del continente asiático; lenta, pero inexorablemente, la economía bélica se fue reduciendo hasta que, en el verano de 1945, quedó casi paralizada.

Es ahora el momento de considerar la situación interna del Japón. A mediados de 1944, un grupo de políticos y de militares había llegado a la conclusión de que la derrota era inevitable y de que en interés del país era preciso negociar un acuerdo lo más pronto posible. De lo contrario, se produciría el caos, al que seguiría inevitablemente el comunismo.

El Emperador habla por radio

Con Saipan, conquistada en julio de 1944, cayó también el Gobierno del general Tojo, que era primer ministro desde 1941, y se formó un Gobierno de coalición que tenía órdenes de continuar la lucha. Con los años, Tojo había ido acumulando un gran poder, y al final era primer ministro al mismo tiempo que jefe del Estado Mayor General del Ejército. Ni siquiera quería tomar en consideración la posibilidad de una derrota y creía, como muchos generales del país, que el honor exigía la destrucción de todo el pueblo japonés antes que su rendición. A primeros de 1945, el Emperador estaba alarmado y consultó a los más eminentes estadistas, que se pronunciaron casi todos por la continuación de la guerra. Sin embargo, el príncipe Conoye, ex primer ministro, declaró sin rodeos que la guerra estaba perdida y que lo antes posible debía firmarse la paz. La pérdida de Iwo Jima, en abril de 1945, provocó la caída del Gobierno de coalición; casi simultáneamente, los rusos anunciaron que no renovarían el pacto de neutralidad con el Japón, pacto que expiraba en abril de 1946. Tras muchas discusiones fue nombrado primer ministro un anciano almirante, Suzuki, con el explícito mandato de poner fin al conflicto lo más pronto posible. La situación de la marina mercante era desastrosa, los violentos ataques aéreos estaban destruyendo una tras otra las ciudades y la producción de material de guerra estaba tocando a su fin. La tarea de Suzuki no era nada fácil: casi todos los generales estaban fanáticamente decididos a resistir hasta la muerte y el pueblo japonés había caído en un desánimo fatalista.

Al finalizar la guerra en Europa, se decidió pedir la mediación de los rusos y se mantuvieron conversaciones con Jacob Malik, embajador ruso en Japón. Pero no llegó ninguna respuesta de Rusia, y hasta el 12 de julio de 1945 el embajador japonés en Moscú no recibió la orden de establecer contacto con el Gobierno soviético. El 21 de julio pidió oficialmente al Kremlin que actuara de mediador para poner fin a la guerra. En aquellos momentos tenía lugar la Conferencia de Potsdam, y Stalin informó a Roosevelt y a Churchill del paso que habían dado los japoneses (del que los norteamericanos estaban ya al corriente, gracias a que podían leer los despachos cifrados nipones), pero no se hizo nada debido a que el Japón no había todavía aceptado una rendición incondicional y a que los norteamericanos poseían ahora un arma que podría quebrantar la última resistencia nipona: la bomba atómica, experimentada con éxito durante la conferencia. La primera bomba fue lanzada el 6 de agosto y la segunda el 9, el mismo día de la invasión rusa en Manchuria. El 15 de agosto el emperador Hirohito leyó por radio el rescripto que había de poner fin a la guerra.

La invasión rusa fue rápida y victoriosa: a finales de agosto, toda Manchuria y Corea del Norte estaban en manos soviéticas. A primeros de septiembre Hong Kong era de nuevo ocupada por las fuerzas navales británicas y se rendían una tras otra las islas del Pacífico. El 2 de septiembre, tuvo lugar la rendición formal a bordo del acorazado *Missouri*, en la bahía de Tokio. El general Douglas MacArthur firmó como comandante supremo de las fuerzas aliadas, seguido de los representantes de todas las potencias que habían tomado parte en la guerra contra el Japón.

Y así fue como, afortunadamente, la gran invasión del territorio japonés, planificada durante el verano de 1945, resultó innecesaria. La operación «Olympic» contra Kyusho debía haber tenido lugar el 1 de noviembre, y las principales operaciones contra Honshu, en marzo o abril de 1946 (operación «Coronet»). En ambas invasiones habrían intervenido gran número de fuerzas: un ejército de la Commonwealth, formado por dos o tres divisiones, se habría unido a la «Coronet», mientras los bombarderos británicos habrían tomado parte en los ataques estratégicos sobre el Japón.

Milagros de la producción industrial

Aun cuando no puede haber ninguna duda sobre cuál habría sido el resultado final, las operaciones habrían sido duras y las pérdidas elevadas. Los ejércitos japoneses estaban todavía intactos y contaban con grandes reservas de municiones, mientras que los aviones restantes se habrían utilizado en ataques suicidas que habrían ocasionado graves pérdidas. El Alto Mando norteamericano estaba dividido respecto a si la invasión era absolutamente necesaria, y algunos altos oficiales creían que la capitulación podía venir con aplicar solamente el bloqueo aéreo y naval. Aun los mismos historiadores están divididos, si bien sólo en tiempos relativamente recientes han llegado a ser bien conocidos los trabajos subterráneos de los partidarios de la paz en el verano de 1945, con lo cual han adquirido mayor peso los argumentos contrarios a la invasión. Es todavía demasiado pronto para dar un juicio definitivo: el problema es más complicado aún si se tienen en cuenta las rivalidades existentes entre las varias armas. No obstante, sea cual fuere el veredicto de la Historia, nada puede modificar los soberbios resultados obtenidos por las fuerzas norteamericanas o los milagros de la producción industrial para apoyar el esfuerzo bélico. Como tampoco nunca podrá ser desmentida la historia del valor y del fanatismo de los mal aconsejados soldados japoneses.

Vicealmirante Sir Peter Gretton

Los prisioneros de guerra aliados recluidos en un campo de concentración no lejos de Yokohama celebran jubilosamente su liberación por las fuerzas norteamericanas, en agosto de 1945.



La bomba

Desde 1945, la humanidad ha vivido bajo la amenaza de la bomba atómica. Ella es el símbolo del poder de la ciencia en el siglo XX y de la inseguridad de nuestra época. He aquí la historia de su creación.

El hongo fatal provocado por la explosión nuclear se yergue sobre la ciudad japonesa de Nagasaki el 9 de agosto de 1945, poco después de haber sido lanzada sobre ella la segunda de las dos bombas atómicas empleadas contra el Japón.

La historia del nacimiento de la bomba atómica tiene algo que ofrecer a cada uno de nosotros. Para los físicos nucleares, es la narración de una investigación científica llevada felizmente a término a pesar de los tremendos obstáculos impuestos por lo secreto de la empresa y por la escasez de hombres y materiales. Para el técnico, es la epopeya de una empresa tecnológica en la que se invirtieron 1.400 millones de dólares, en cuatro procesos industriales, en su mayor parte nunca experimentados, todos los cuales estuvieron a punto de fracasar. Para el historiador político, es la saga de unas maquinaciones tramadas en los pasillos de ciertos palacios de Gobierno, sobre un fondo de sospechas y hostilidades de todas las naciones. Para el filósofo de la moral, es el estudio de los conflictos a que se vieron sometidos científicos y políticos por sus propios instintos y ambiciones, por sus

amigos, por su patria y por la humanidad. Para el hombre de la calle es un drama emocionante y a la vez nauseabundo, interpretado por un numeroso reparto con personajes que van desde el más ferviente patriota al más frío agente secreto.

¿Cómo funciona un arma nuclear? Las bases de la física nuclear fueron establecidas alrededor de 1940. En pocas palabras, el núcleo de los átomos está formado por protones y neutrones. El número de protones puede variar de 1 a 101, siendo este número el que determina el elemento químico del átomo. Así, el núcleo del hidrógeno tiene un protón, el del hierro 26, el del uranio 92 y el del plutonio 94. El número de neutrones es variable y los núcleos que difieren solamente por el número de neutrones se llaman «isótopos». Los isótopos conocidos del hidrógeno son tres, con cero, uno y dos neutrones, llamados comúnmente hidrógeno, deuterio y tritio. El uranio tiene catorce isótopos conocidos, siendo los más abundantes en la tierra los U^{235} y U^{238} que poseen, respectivamente, 143 y 146 neutrones. La existencia de estos isótopos y la no existencia de otros isótopos con un número diferente de neutrones son consecuencia de las peculiares leyes que rigen las fuerzas que mantienen unido el núcleo. Hablando *grosso modo* podemos decir que protones y neutrones se atraen recíprocamente cuando están muy cerca y que, en caso contrario, se ignoran o (en el caso de los protones) se repelen entre sí. La naturaleza encuentra algunas dificultades en la construcción de unidades estables con este material tan intransigente, y, en consecuencia, las únicas combinaciones viables son aquellas en las que el núcleo posee más neutrones que protones, pero no muchos más. Como norma, toda reacción nuclear (es decir, toda nueva disposición de protones y neutrones para formar un nuevo núcleo o núcleos) se resuelve liberando energía nuclear, y, por lo tanto, es posible obtener energía nuclear mediante la fusión de dos núcleos ligeros (deuterio y tritio, por ejemplo, cada uno con un protón), o bien dividiendo por la mitad, aproximadamente (fisión), los núcleos pesados (por ejemplo el U^{235}, que tiene 92 protones). La bomba de hidrógeno se basa en el primer procedimiento, y la bomba atómica, en el segundo. Afortunadamente para la estabilidad del mundo, tanto la fusión como la fisión pueden efectuarse sólo en circunstancias excepcionales. La fusión sólo tiene lugar cuando los núcleos chocan con extremada violencia y, hasta hace poco tiempo, la temperatura necesaria (unos 100 millones de grados centígrados) se podía alcanzar tan sólo con ayuda de una bomba atómica. La fisión, por otra parte, es un fenómeno excepcional porque la mayoría de los núcleos capaces de producir una fisión espontánea la han realizado ya, y los pocos elementos que pueden todavía producirla (el radio, por ejemplo) la desarrollan tan lentamente que no son utilizables como fuentes de energía. No obstante, dado que determinados núcleos pesados son apenas estables, la adición de otro neutrón es suficiente para romper el equilibrio. El isótopo U^{235} del uranio y el plutonio son un ejemplo de ello. Puesto que cada fisión libera dos o más neutrones, es posible provocar una reacción en cadena: un primer neutrón es capturado por un núcleo pesado, que se escinde, liberando dos neutrones que son a su vez capturados por dos nuevos núcleos, y así sucesivamente.

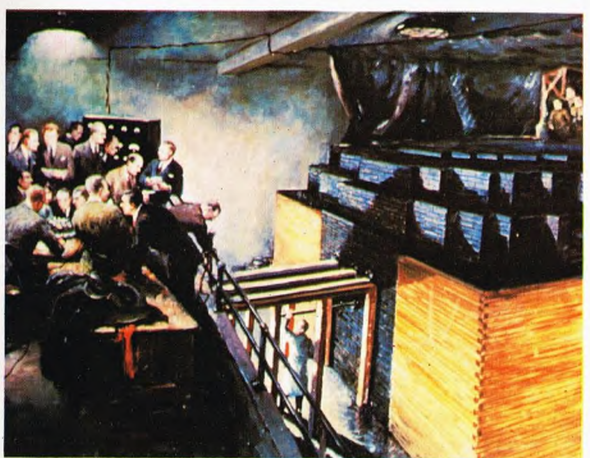
Puede imaginarse una reacción en cadena de este tipo como una «explosión demográfica» de neutrones, con el resultado de la liberación enormemente rápida de energía nuclear que tiene lugar en cada explosión atómica. No obstante, al igual que todas las explosiones demográficas, ésta depende del mantenimiento de un «ritmo de reproducción» igual a más de un neutrón por cada neutrón capturado. Dos factores adversos pueden impedir el fenómeno. En primer lugar, si la masa de material que contiene los núcleos fisibles es excesivamente pequeña, de su superficie pueden escapar demasiados neutrones, que por consiguiente no son capturados por otros núcleos y se pierden para el proceso de fisión. En segundo lugar, si el núcleo que captura un neutrón no es el apropiado, es posible que no llegue a escindirse o no se escinda con bastante presteza. El primer factor no es crucial: demuestra simplemente que la masa de material debe superar un cierto tamaño crítico; en la práctica, las bombas atómicas explotan al poner en contacto dos masas de uranio, cada una de las cuales es ligeramente inferior al tamaño crítico. El segundo factor es, sin embargo, crucial porque el uranio 238 no es fisible. Por ello, basta una pequeña proporción de U^{238} en una masa de U^{235} para impedir que se verifique una reacción explosiva en cadena. De hecho el uranio natural está formado por un 99,3 % de U^{238} y sólo un 0,7 % de U^{235}. Por lo tanto para poder utilizar el U^{235} como explosivo nuclear es preciso separarlo del U^{238}. El otro material fisible, el plutonio, no existe en la naturaleza. Sin embargo, si se bombardea el U^{238} con neutrones *lentos* (obtenidos haciendo pasar los neutrones veloces, producidos en un reactor nuclear, a través de un «moderador», hecho de agua pesada o de grafito), se lo transforma lentamente en plutonio, que puede entonces separarse y utilizarse como explosivo. El primer procedimiento (U^{235}) fue utilizado en la bomba lanzada sobre Hiroshima, y el segundo en la que explotó en Nagasaki.

A finales de 1939, todos estos conocimientos eran del dominio de los físicos nucleares de todas las naciones, y no es sorprendente que los países científicamente avanzados hubiesen explorado las posibilidades de aplicar la energía nuclear con fines militares. Pero los progresos variaban sensiblemente de uno a otro país.

En Alemania la investigación nuclear se vio dificultada desde un principio por la desaparición de gran número de los mejores físicos de esta especialidad en las purgas antijudías que tuvieron lugar inmediatamente antes de la guerra y por las polémicas facciosas entre los físicos restantes. Con todo, a mediados de 1940, un importante grupo de físicos, entre los que se encontraban Bothe, Weizsäcker y Heisenberg, había fundado un instituto de investigación en Berlín, denominado convencionalmente «La casa del virus». Hasta 1942 su trabajo se mantuvo a un nivel aproximado al de los físicos norteamericanos. Pero, en abril de 1942, un grupo de saboteadores anglonoruegos destruyó la planta de agua pesada de Rjukan, de la que dependía esencialmente el programa de investigación alemana, y a partir de entonces su buena fortuna declinó. No obstante, la posibilidad de que los alemanes pudiesen procurarse la temible arma sirvió de acicate a los físicos aliados, hasta que el descubrimiento de los documentos de Weizsäcker en Estrasburgo (ocupada en 1944) reveló cuán atrasadas estaban todavía las investigaciones alemanas.

En Gran Bretaña, casi todos los físicos del país estuvieron al principio ocupados en otros tipos de trabajos bélicos. No obstante, durante los primeros años, Gran Bretaña contribuyó sustancialmente al desarrollo del armamento nuclear. La primera indicación seria de la factibilidad de la bomba nuclear se tuvo en febrero de 1940 a través de un artículo de los profesores Peierls y Frisch.

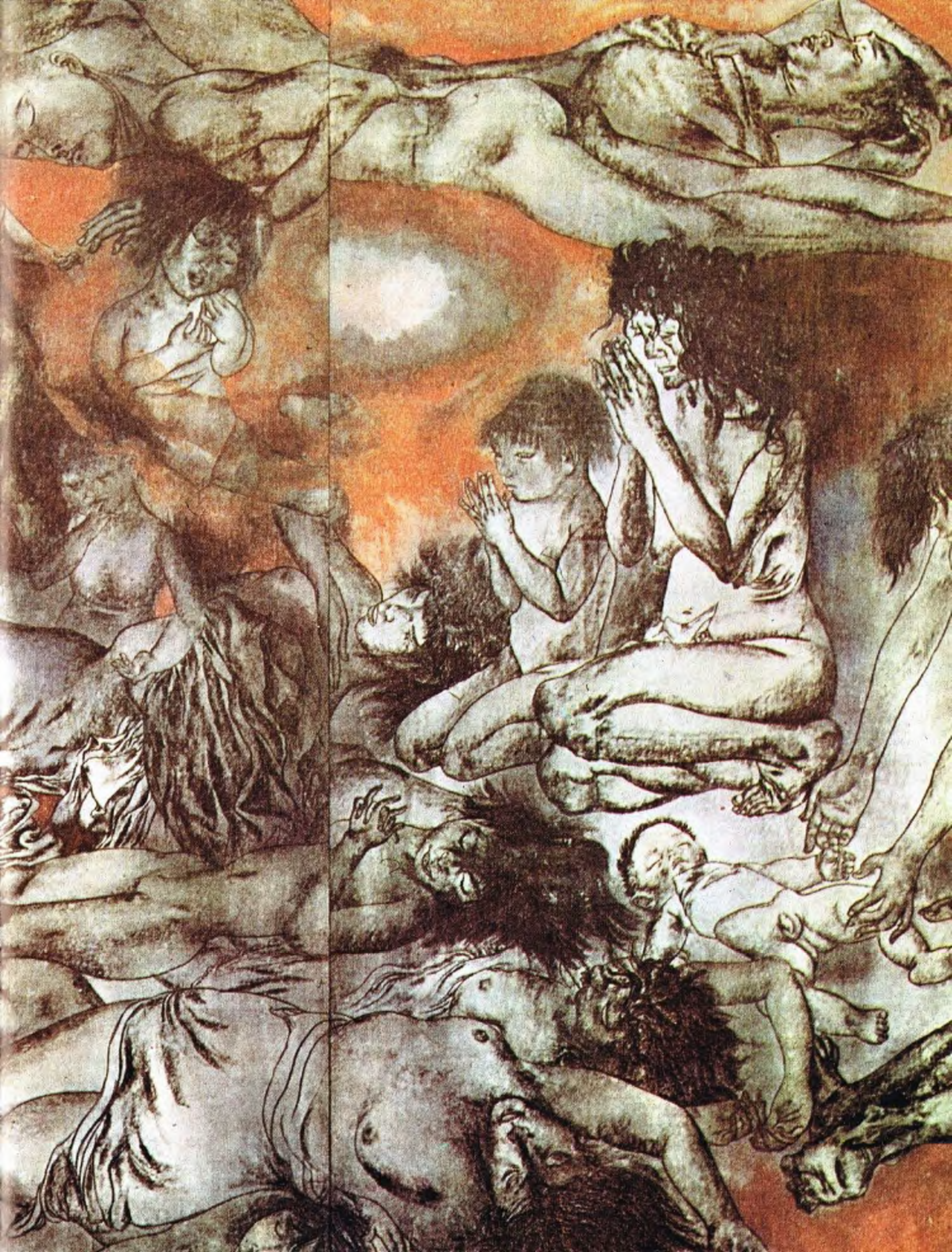
En este punto era ya evidente para la mayoría de los científicos británicos que el imponente trabajo a realizar sólo podía llevarse a cabo en Norteamérica, donde

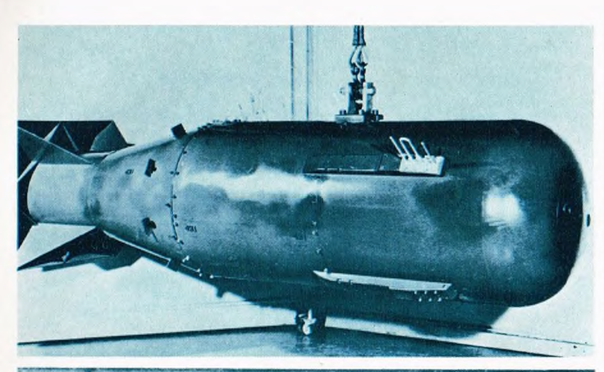


Pintura de Gary Sheahan que presenta al físico italiano Fermi junto a sus colegas durante la realización de las experiencias con el primer reactor nuclear, ideado por aquél y puesto en marcha en Chicago en diciembre de 1942.

se disponía de los necesarios recursos productivos. Hasta 1942, los norteamericanos no habían conocido tantos éxitos como los ingleses en la investigación nuclear: su deseo era colaborar más estrechamente con los colegas de Gran Bretaña. No obstante, en verano de 1942, como resultado del impacto de Pearl Harbour y del informe de la Comisión Maud, favorable a la posibilidad de producir armas nucleares, los norteamericanos dedicaron todos sus esfuerzos a esta tarea. Su programa, bautizado por motivos de seguridad con el nombre de «Proyecto Manhattan», fue confiado al control del ejército en la persona del extraordinario general Groves, y las cifras destinadas, que hasta ahora se contaban en miles de dólares, pasaron a medirse en millones. Los plazos fijados para este proyecto eran tales que Gran Bretaña consintió en colaborar con Norteamérica en el preciso momento en que los científicos norteamericanos Conant y Bush llegaban a la conclusión de que ya no tenían necesidad de la ayuda británica. La ruptura resultante constituyó un desastroso episodio en las relaciones anglonorteamericanas, y el resentimiento y las sospechas de ambas partes cesaron sólo después de haber sido oficialmente resuelta la polémica mediante conversaciones directas entre Churchill y Roosevelt que en agosto de 1943 llegaron al acuerdo de Quebec. Mientras tanto, en Norteamérica proseguía el trabajo sobre todas las hipótesis más verosímiles: la separación de isótopos por difusión gaseosa, la separación electromagnética, la separación por difusión térmica y la producción de plutonio mediante electrones retardados. Los altibajos del avance en estas cuatro direcciones eran la desesperación del general Groves y de sus consejeros científicos. El método de la difusión gaseosa imponía literalmente la fabricación de hectáreas enteras de «membrana» (delgadas láminas metálicas con millones de finos orificios a través de los cuales se difundía el gas de exafluoruro de uranio) y la construcción de una enorme planta industrial capaz de consumir la energía eléctrica suficiente para una gran ciudad. Dicha planta terminó de construirse en julio de 1944 en Oak Ridge, Tennessee (con un coste de 280 millones de dólares), pero las dificultades tecnológicas que aún ofrecía la «membrana» eran de tal calibre que se empezó a pensar seriamente en la posibilidad de que toda la instalación fuera tiempo perdido. El método electromagnético obligaba a la construcción —en dimensiones industriales— de delicados instrumentos de laboratorio. El electroimán utilizado en las primeras experiencias medía pocos centímetros: en la planta de separación electromagnética, en Oak Ridge, medía 38 metros de longitud y 4 metros y medio de altura, con bobinas eléctricas hechas con 86.000 toneladas de plata pura, prestadas a tal propósito por las reservas del Tesoro. De nuevo se repitieron las contrariedades: la planta empezó a funcionar en febrero de 1944, pero en julio se había ya perdido la esperanza de producir una cantidad suficiente de U^{235} antes de finalizar la guerra. El proceso de difusión térmica se reveló inútil para aumentar en notable medida el porcentaje de U^{235}, si bien era útil para mejorarlo un poco. Fue finalmente el sistema a base de plutonio el que se mostró más esperanzador, tras el éxito de la primera pila experimental de Fermi, construida en Chicago en diciembre de 1942. Dicha pila, brillante precursora de todos los actuales reactores nucleares, llevó a la construcción de algunos enormes reactores productores de plutonio en Handford, a orillas del Columbia. El primero de es

Exactamente a las 8,16 de la mañana del 6 de agosto de 1945, la primera bomba atómica utilizada contra el hombre descendió en paracaídas sobre el blanco elegido, Hiroshima, y estalló al llegar a los 384 metros de altura. Nadie oyó detonación alguna, si es que la hubo. Tras el vivísimo resplandor inicial, una secuela de catástrofes se abatió sobre la desgraciada ciudad.
Primero fue el calor: duró sólo unos instantes, pero su intensidad era tal que derritió los pavimentos, fundió bloques de granito y carbonizó los árboles y postes telegráficos. Las personas que se hallaban en el área más afectada fueron literalmente volatilizadas por el calor: sólo quedó de ellas una sombra calcinada en el pavimento o la pared... Hasta una distancia de cuatro kilómetros, los sobrevivientes sufrieron horribles quemaduras en todas las partes expuestas de la piel... El terrible calor produjo, a su vez, un viento huracanado que avivaba y propagaba el fuego; en ciertas zonas los focos de incendio eran tantos que la propia tierra parecía vomitar llamas. A continuación, comenzó a caer una extraña lluvia negra que acrecentó el pánico, aunque no fue suficiente para apagar los incendios. Esta «lluvia negra» se debía a que los vapores provocados por el gran calor ascendían rápidamente hacia capas más frías de la atmósfera y, al condensarse en lluvia, arrastraban consigo las cenizas pulverizadas de la propia Hiroshima...
En la página contigua: **fragmento de «Víctimas de Hiroshima», uno de los innumerables cuadros inspirados en el martirio de la ciudad japonesa.**







Arriba: **una bomba del mismo tipo que la** *Little Boy,* **o sea la soltada sobre Hiroshima.** *Abajo:* **un médico atiende a una mujer de Hiroshima que muestra en todo su cuerpo quemaduras de varios grados provocadas por la bomba atómica.**

tos reactores fue puesto en marcha por Fermi, en septiembre de 1944, pero a las pocas horas se detuvo por haberse presentado un fenómeno, totalmente imprevisto: el del «envenenamiento nuclear». Por fin, se utilizaron los cuatro sistemas. La difusión térmica sirvió para elevar el porcentaje en U^{235} del 0,7 % al 0,9 %. El uranio, así ligeramente enriquecido, pasaba después a la planta de difusión gaseosa, que elevaba su contenido en U^{235} hasta un 20 % aproximadamente. Finalmente, con la planta electromagnética se producía material con más de un 90 % de U^{235}. Como resultado, en agosto de 1945 se disponía de la cantidad de U^{235} suficiente para la construcción de un arma nuclear: en total había costado unos 1.000 millones de dólares. Más difícil resultó la producción de plutonio, puesto que hasta el último minuto no se tuvo la certeza de conseguir la cantidad necesaria para la fabricación de un arma nuclear, y en varios momentos se dudó de que el proyecto pudiera dar resultados positivos. Por esta razón, se decidió experimentar un arma de plutonio en cuanto se tuviese una cantidad suficiente de este material. El experimento se llevó a cabo en el desierto de Alamogordo, en Nuevo México, el 17 de julio de 1945, bajo la dirección científica de J. Robert Oppenheimer, el físico responsable del laboratorio «altamente secreto» de Los Alamos. La explosión, que superó ampliamente los cálculos de los teóricos, tuvo una potencia sólo medible en miles de toneladas de TNT. Varios científicos asistentes a la prueba quedaron tan horrorizados del experimento que no dudaron en manifestar que la bomba no debía nunca ser utilizada contra seres humanos. La mayoría, sin embargo (por lo menos los científicos más prestigiosos y que gozaban de mayor ascendiente en los círculos gubernamentales), se mostraron partidarios de utilizar las armas nucleares contra el Japón, si así podía acelerarse el fin de la guerra. A pesar de las enérgicas protestas de Szilard y de otros eminentes científicos, la decisión final de usar la «bomba» fue tomada por Truman, apoyado por Churchill. Se lanzaron dos bombas, una sobre Hiroshima, el 6 de agosto, y otra sobre Nagasaki el 9 del mismo mes. El día 10 el Emperador del Japón comunicaba la rendición de su país. Ignoramos cuál habría sido el curso de los acontecimientos si las bombas no se hubieran lanzado. Es muy probable, sin embargo, que en cualquier caso los japoneses se habrían rendido poco después, sin necesidad de nuevos derramamientos de sangre. Se ha dicho que el haber utilizado la «bomba» ha servido para hacer de ella un argumento disuasivo de la guerra mundial. Es imposible pronunciarse con certeza respecto a tales imponderables: lo cierto es que los acontecimientos de agosto de 1945 iniciaron un debate sobre la moralidad y la eficacia del uso de estas armas destructoras, debate que continuará hasta que un mejor sistema para resolver los problemas permita el desarme general y completo de la humanidad.

C. J. H. Watson

Tensiones entre los aliados

Durante la guerra, la necesidad de destruir Alemania hizo que los aliados estuvieran de acuerdo sobre los principales problemas del mundo de la posguerra. Pero, cuando llegó la victoria, la evidente intención de Rusia de afianzar sus posiciones en el Oeste puso los cimientos de la «Guerra Fría».

Lo sorprendente no es que la Gran Alianza de Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética comenzara a desmoronarse cuando se rindieron las fuerzas alemanas en mayo de 1945, sino que durase todavía tanto tiempo. Todo estaba conjugado contra ella. Hacía treinta años que el comunismo soviético y la democracia liberal británica eran enemigos. Rusia tenía reivindicaciones territoriales insatisfechas en la Europa del Este y en Extremo Oriente, y Gran Bretaña había entrado en guerra en 1939, en parte al menos, para defender a un Estado de la Europa oriental contra la agresión, mientras los Estados Unidos tenían una tradicional aversión a los cambios territoriales no sancionados por el consentimiento de los pueblos afectados. En las relaciones entre Gran Bretaña y Norteamérica había el recelo norteamericano, simbolizado en la persona del presidente Roosevelt, de que Gran Bretaña intentase una vez más aprovechar una guerra de liberación de la humanidad pa-



Stalin, Roosevelt y Churchill fotografiados en la embajada soviética de Teherán, donde en 1943 celebraron la primera de sus conferencias habidas durante la guerra.



«Me gusta esperar». Caricatura alemana publicada en 1943 y relativa a las conversaciones que privadamente sostuvieron Stalin y Roosevelt durante la Conferencia de Teherán.

ra apuntalar el Imperio Británico, y, por parte inglesa, de que los norteamericanos se intoxicasen con los discursos y no comprendieran la realidad política. En cuanto a las relaciones entre Norteamérica y Rusia, si los rusos desconfiaban del gigante capitalista, los norteamericanos ignoraban las exigencias de seguridad soviéticas en la Europa oriental, exigencias que suscitaron su indignación en cuanto fueron conocidas.

Lo que mantenía unidos a los Tres Grandes era la lucha común contra Alemania; la necesidad que tenían los anglonorteamericanos de que el Ejército Rojo continuase debilitando a las fuerzas alemanas en el frente oriental y de que, tras la derrota de Alemania, entrase en guerra contra el Japón; la dependencia soviética de la ayuda de las potencias occidentales y el deseo de Stalin de contar con el favor de Roosevelt cuando la supremacía soviética en la Europa oriental no estaba todavía perfectamente establecida; y la genuina convicción de los tres aliados de que un conflicto que les dividiera en la posguerra podría, sin exageración, destruir el mundo.

Las diferencias que separaban a los aliados en cuanto a la conducción de las operaciones militares y a los términos y forma de la rendición del enemigo estaban inextricablemente unidas a los más amplios problemas políticos de la guerra. Esto valía especialmente para Churchill y Stalin, dada la larga experiencia de sus respectivos países en cuestiones de guerra y política europeas. Churchill hubiera preferido llegar a un acuerdo con Stalin sobre las reivindicaciones territoriales de Rusia en la Europa de la posguerra ya casi al producirse la agresión alemana, el 22 de junio de 1941, o sea cuando los rusos dependían de la ayuda militar occidental, y no más tarde, cuando pudieran dictar un reajuste basado en su propia fuerza. También Stalin deseaba el asentimiento occidental a las reivindicaciones territoriales soviéticas cuando se hallaba todavía indecisa la lucha en el frente oriental. Roosevelt, sin embargo, se obstinaba en que la derrota alemana fuese el objetivo primordial: las cuestiones territoriales debían reservarse para la conferencia de la paz. Gracias, por lo tanto, a la influencia norteamericana no se habló de acuerdos territoriales en el tratado anglosoviético veinteñal firmado el 26 de mayo de 1942, y, posteriormente, cuando se estaba derrumbando la resistencia alemana en la primavera de 1945, no fue aceptada la argumentación de Churchill de que las fuerzas anglonorteamericanas penetraran tan profundamente como fuese posible en la Europa oriental, con el fin de limitar la libertad soviética de dictar condiciones.

No obstante, la contienda militar marcó su impronta, psicológicamente al menos, en el ulterior desarrollo de las diferencias políticas. El primer y principal punto de discordia estaba relacionado con la apertura de un segundo frente en Europa, a cargo de las dos potencias occidentales. Cuando las fuerzas nazis penetraban arrolladoramente en el corazón de Rusia, en 1941, Stalin pidió insistentemente que Alemania fuese atacada desde el Oeste, insinuando que Gran Bretaña y Norteamérica temían afrontar el poderío alemán y esperaban ver cómo el nazismo y el comunismo se destrozaban mutuamente. Los Estados Unidos estaban más dispuestos que Gran Bretaña a atacar la Europa occidental. Ya el 11 de junio de 1942, y como consecuencia de la visita a Washington del ministro de Asuntos Exteriores soviético, Molotov, la Casa Blanca declaró que se había llegado a un acuerdo «con respecto a la urgente tarea de crear un segundo frente en Europa en 1942».

Resentimientos

Esa decisión fue revisada en la Conferencia cumbre anglonorteamericana de Casablanca, en enero de 1943, cuando se decidió atacar Sicilia. Stalin comunicó a Roosevelt, el 15 de marzo de 1943 y nuevamente el 11 de junio, que no estaba conforme con que se atacara a Italia y acusó de mala fe a sus aliados.

Otra fuente de conflicto entre el Este y el Oeste fue la decisión británica de julio de 1942 de suspender temporalmente los convoyes de aprovisionamiento por los puertos del norte de Rusia, en consideración a las pérdidas infligidas por los aviones y submarinos alemanes.

Nueva polémica de carácter militar, pero con graves implicaciones políticas, fue la relativa a las condiciones y forma de rendición del enemigo. Se trataba de establecer cómo habían de ser representados los tres aliados en la rendición de las fuerzas alemanas y en las comisiones de control encargadas de administrar el territorio enemigo conquistado. Se adoptó el principio general de que cada aliado fuese responsable de aceptar la rendición en los frentes en los cuales sus fuerzas estaban más comprometidas; pero la rendición italiana, en 1943, planteó problemas especiales, dada la peculiar naturaleza del caso.

Stalin se había quejado ya de que no se le tuviera al corriente de los asuntos políticos de África del Norte, donde fue instalado un régimen dirigido por el almirante francés Darlan (que había de ser asesinado en diciembre de 1942), a quien sucedió el general Giraud. En agosto de 1943, Stalin se mostró disgustado por no haber sido informado sobre la oferta de rendición italiana y luego pidió participar en las decisiones que afectaban a Italia; estas diferencias se hicieron críticas en la conferencia de ministros de Asuntos Exteriores de las tres potencias, celebrada en Moscú en octubre de 1943. A raíz del debate se creó un Consejo Consultivo de las tres potencias para Italia, pero era evidente que el representante soviético tendría tan poca influencia en el seno de este organismo como los representantes británico y norteamericano en las comisiones de control creadas para los cuatro Estados exenemigos de Bulgaria, Finlandia, Hungría y Rumania, sojuzgados por el Ejército Rojo. Ello respondía al famoso acuerdo de las «esferas de influencia», firmado en Moscú, entre Churchill y Stalin, en octubre de 1944, cuando Rumania fue cedida en un 90 por ciento y Bulgaria en un 75 por ciento a la influencia sovié-



Roosevelt y Churchill conversan respectivamente con Chiang Kai-chek y su esposa, en El Cairo, en noviembre de 1943; por el semblante de los interlocutores, el doble coloquio parece versar aquí sobre temas menos trascendentales que la alta política y la guerra. Esta entrevista de los dos jefes de Estado anglosajones con el generalísimo chino tuvo lugar durante el viaje de los primeros a Teherán.

tica, y Grecia en un 90 por ciento a la influencia británica, mientras Yugoslavia y Hungría eran repartidas a partes iguales entre la influencia rusa y la de Gran Bretaña. Roosevelt no aceptó nunca esta especie de mercado sobre el destino de las naciones y se mantuvo fiel al principio de que, como se especificaba en la Carta del Atlántico de agosto de 1941, la voluntad de los pueblos debía ser el factor principal para decidir su destino político.

La cooperación anglonorteamericana fue, naturalmente, más estrecha que la existente entre las dos potencias occidentales y Rusia. Churchill tuvo, en total, cinco principales entrevistas privadas con Roosevelt durante la guerra: en Placentia Bay (Terranova), en agosto de 1941; en Casablanca, en enero de 1943; en Washington (Conferencia «Tridente»), en mayo de 1943; en Quebec (Conferencia «Cuadrante»), en agosto de 1943; en El Cairo en noviembre y diciembre de 1943, a la que también asistió el generalísimo Chiang Kai-chek; y de nuevo en Quebec, en septiembre de 1944. Ambos estadistas se entrevistaron también brevemente en Malta, en febrero de 1945, antes de la Conferencia de Yalta. Churchill únicamente fue dos veces a la Unión Soviética, una vez en agosto de 1942 y otra en octubre de 1944. Roosevelt nunca se entrevistó a solas con Stalin, exceptuados algunos breves intercambios durante los encuentros tripartitos de Teherán y Yalta en noviembre de 1943 y febrero de 1945, aunque propuso en vano una reunión bipartita en mayo de 1943. Los Tres Grandes se reunieron sólo tres veces: en Teherán en noviembre de 1943, en Yalta en febrero de 1945 y en Potsdam en julio y agosto de 1945 (donde los Estados Unidos estuvieron representados por el presidente Truman, por haber fallecido Roosevelt el 12 de abril).

La relativa rareza de conversaciones tripartitas fue debida en gran parte a que Stalin, que llevaba personalmente las operaciones militares, se resistía a abandonar Rusia. Al mismo tiempo, Churchill hizo todo lo posible para mantener a Roosevelt apartado de Stalin, por temor a que una aproximación entre ambos fuese a expensas de Gran Bretaña; mientras que Roosevelt rehuyó a menudo entrevistarse en privado con Churchill, para que Stalin no creyese que estaban «conspirando» contra él. Además de las reuniones de los jefes de Gobierno, los ministros de Asuntos Exteriores de las tres potencias tuvieron una importante conferencia en Moscú en octubre de 1943, y los tres Estados estuvieron representados en las conferencias de Dumbarton Oaks y San Fran-

cisco, de agosto-octubre de 1944 y abril-junio de 1945, para ultimar los acuerdos sobre la Carta de las Naciones Unidas.

La primera diferencia política entre los aliados se produjo a raíz de la Carta del Atlántico, firmada por Churchill y Roosevelt el 12 de agosto de 1941. El propio Churchill disintió en la Cámara de los Comunes, el 9 de septiembre de 1941, de la concepción rooseveltiana de la Carta, cuando declaró que el Artículo 3, que afirmaba los derechos de todos los pueblos a escoger la forma de gobierno bajo el cual deseaban vivir, no podía ser aplicado al Imperio Británico. Más tarde, en la Conferencia de Yalta, protestó con un triple «¡Nunca!» contra la propuesta soviético-norteamericana de que todos los territorios dependientes fuesen puestos bajo mandato internacional. Por su parte, los rusos, que no habían sido consultados sobre la Carta del Atlántico aunque se adhirieron a ella, deseaban llegar a un acuerdo con sus aliados sobre el Artículo 2 —«No puede permitirse ningún cambio territorial que no fuere sancionado por el deseo libremente expresado de los pueblos interesados»— a fin de legalizar las adquisiciones territoriales hechas en 1939-1940, mientras estaba en vigor el Pacto Nazi-soviético. Cuando el secretario de Asuntos Exteriores británico, Anthony Eden, visitó Moscú en diciembre de 1941, Stalin insistió en que fuesen inmediatamente incorporados a la Unión Soviética los tres Estados bálticos, los territorios adquiridos a expensas de Finlandia como resultado de la «Guerra de Invierno» de 1939-40, la Polonia oriental hasta la línea Curzon y la Besarabia. Prometió a cambio apoyar a Gran Bretaña para la adquisición de bases militares en la Europa occidental.

Gran Bretaña no era hostil a esas pretensiones, pero mostraba reservas acerca de las reivindicaciones soviéticas sobre Lwów, que, en opinión de Churchill, pero no según Stalin, se encontraba al oeste de la línea Curzon. Churchill, como siempre, estaba muy interesado en la independencia del régimen político de la nueva Polonia, que en el oeste debía comprender algunos territorios antiguamente alemanes, como compensación a la zona de la Polonia oriental que sería cedida a la U.R.S.S. Pero los Estados Unidos se opusieron a ello, y hasta la visita de Eden a Washington, en marzo de 1943, los norteamericanos no accedieron a las reivindicaciones territoriales soviéticas. Aun así, en la conferencia tripartita de los ministros del Exterior celebrada en Moscú, en octubre de 1943, los Estados Unidos insistieron en que se celebraran plebiscitos en la Polonia oriental y en los Estados bálticos. Sin embargo, cuando los Tres Grandes se reunieron en Teherán, en noviembre de 1943, se llegó a un acuerdo de principio sobre el reajuste territorial de la Europa oriental e incluso, aunque en líneas muy generales, sobre el de Polonia.

Los Tres Grandes se reúnen

Se había realizado asimismo algún progreso en otras tres importantes cuestiones antes de la Conferencia de Yalta de febrero de 1945. Ante todo, en la Conferencia de Quebec, en agosto de 1943, se suscitaron diferencias entre Churchill y Roosevelt sobre la cuestión del tratamiento que se reservaría a Alemania al terminar la guerra. Roosevelt se mostró partidario de desmembrarla en débiles provincias, línea que su representante siguió en la conferencia de ministros de Asuntos Exteriores del mes de octubre, mientras que la delegación británica se mostró cauta, preocupada por las consecuencias que podrían derivarse de la creación de un vacío económico y político en el corazón de Europa. En la primera conferencia de los Tres Grandes en Teherán, en noviembre de 1943, no se adoptó ninguna decisión sobre este problema; Roosevelt propugnó de nuevo dividirla en cinco Estados separados, mientras Churchill se limitó a proponer la separación de Prusia y los Estados meridionales del resto de Alemania, que sería organizada como parte de una más amplia federación danubiana. Stalin se opuso a esta propuesta, en la que veía una amenaza para Rusia. Cuando Churchill y Roosevelt volvieron a encontrarse para la segunda Conferencia de Quebec, en septiembre de 1944, el punto de vista británico se había acercado imperceptiblemente al norteamericano, más intransigente. Ambos dirigentes aceptaron a título de prueba el plan Morgenthau, que implicaba la destrucción de la industria alemana y la conversión del país en un débil Estado de agricultores y pastores. Pero, apenas aprobado, el plan Morgenthau fue abandonado. Los dos dirigentes occidentales fueron a entrevistarse con Stalin en Yalta teniendo sólo una idea muy vaga del tratamiento que debía darse a Alemania. Necesitaban tiempo para elaborar una política.

Venía después la cuestión de los reajustes territoriales del Extremo Oriente en la posguerra. Cuando se entrevistaron con Chiang Kai-chek en El Cairo, en noviembre de 1943, Churchill y Roosevelt decidieron que el Japón fuera despojado de todas las islas del Pacífico ocupadas después de 1914, y que restituyera todos los territorios arrebatados a China, como Manchuria, Formosa y el archipiélago de Pescadores; en cuanto a Corea, gobernada por el Japón desde 1910, debía ser libre e independiente. Un mes después, en la Conferencia de Teherán, Stalin manifestó que si, tras la derrota alemana, la Unión Soviética tomaba parte en la guerra de Extremo Oriente, fuera recompensada al menos en forma de un acceso a un puerto del Pacífico, libre todo el año de hielos, en la mitad sur de la isla de Sajalin y las Kuriles.

En cuanto al tercer problema, la constitución de un organismo de seguridad mundial, Eden se había adherido en Washington en marzo de 1943 a la opinión de Roosevelt, según la cual la organización sería regida por Norteamérica, Gran Bretaña, China y Rusia. A diferencia de Churchill, Roosevelt creía entonces que Francia era incapaz de desempeñar un papel de dirigente mundial (sólo el 26 de agosto, dos meses después del desembarco aliado en el norte de Francia, Roosevelt autorizó al general Eisenhower a aceptar al Comité de Liberación Nacional de De Gaulle como la autoridad *de facto* en Francia). En Quebec, en agosto de 1943, Churchill y Roosevelt acordaron que la nueva organización mundial debía basarse en el principio de igualdad soberana y que la Unión Soviética había de ser uno de sus miembros principales tras la derrota del Reich. La decisión de formar un organismo de seguridad mundial fue ulteriormente elaborada en la reunión de ministros de Asuntos Exteriores de Moscú, en octubre de 1943, cuando se establecieron los dos principios básicos: primero, que el organismo, fundado en el principio de igualdad soberana y abierto a todos los Estados «amantes de la paz», fuera constituido «en fecha lo más próxima posible»; y, segundo, que «hasta el restablecimiento de la ley y el orden y la inauguración de un sistema de seguridad general», los Tres Grandes «se consultarían mutuamente y en caso necesario llamarían a consulta a otros miembros de las Naciones Uni-

Churchill, Roosevelt y Stalin, fotografiados en el curso de la Conferencia de Yalta, en Crimea (febrero de 1945); inmediatamente detrás de cada uno de ellos, sus respectivos ministros: Eden, Stettinius y Molotov. Detalle curioso: de los seis estadistas, los únicos que permanecen con la cabeza cubierta son los del más proletario de los tres países.



das, para concertar una acción conjunta a cargo de la comunidad de naciones». La estructura general del organismo fue trazada en la Conferencia de Dumbarton Oaks, en octubre de 1944, pero los Tres Grandes debían todavía resolver cuatro cuestiones importantes: el principio de representación de las grandes potencias; las normas que regirían la acción ejecutiva del nuevo organismo; los poderes de la Asamblea General que representaría a todos los Estados miembros; y la posición de Francia.

El encuentro entre Churchill, Roosevelt y Stalin en Yalta, Crimea (4 a 11 de febrero de 1945), señaló el apogeo de la unidad aliada. Pero ello derivaba en gran medida de la euforia ante la inminencia del colapso alemán y del hecho de que la solución de muchas cuestiones clave fue soslayada mediante fórmulas de compromiso, que la realidad había de destruir en los siguientes meses, antes de la reunión de Potsdam, en julio y agosto. Acerca de la posición de Francia, Stalin —y en menor grado Roosevelt— se mostró disconforme, a pesar de un pacto de asistencia mutua francosoviético firmado el 10 de diciembre de 1944. Gracias principalmente a la presión de Churchill, Francia obtuvo en la derrotada Alemania una zona de ocupación que se formaría a expensas de las zonas asignadas a ingleses y norteamericanos y fue invitada a formar parte como cuarto miembro del Consejo de control aliado para Alemania. En cuanto a Alemania, se acordó que la autoridad suprema del país pasaría a los Tres Grandes, y que su ejercicio se extendería al «desarme, la desmilitarización y el desmembramiento de Alemania». Pero ni entonces ni después fue posible ponerse de acuerdo acerca de las modalidades para llegar a la uniformidad en el gobierno de las zonas de ocupación —cuyas fronteras estaban todavía en fase de definición, a cargo de un comité tripartito residente en Londres—, o de cómo podía restaurarse en Alemania una vida política independiente.

Sobre la discutida cuestión de las reparaciones, se establecieron los principios generales: dentro de los dos años de terminada la guerra se efectuarían sustracciones de la riqueza nacional de Alemania, a fin de destruir su potencial militar; durante «un período que oportunamente se determinará», Alemania entregaría cada año mercancías de su producción corriente y se emplearía mano de obra alemana en la reconstrucción de los territorios devastados por la guerra. Un Comité tripartito para las reparaciones, con sede en Moscú, había de trazar un plan detallado para aplicar esos principios; sin embargo, dicho Comité nunca fue capaz de conciliar el conflicto entre la determinación soviética de exprimir a Alemania para compensarse de las pérdidas sufridas por Rusia durante la guerra, y la resistencia británica y norteamericana a socorrer a la Alemania occidental mientras las reparaciones afluían hacia Rusia. Sin embargo, a pesar de la resistencia británica, Stalin logró que se incluyera en los acuerdos de Yalta la frase según la cual el Comité para las reparaciones «debía tomar en sus estudios iniciales, como base de discusión, la propuesta del Gobierno soviético según la cual la suma total de reparaciones... debía ser de veinte mil millones de dólares, y que el cincuenta por ciento de esa cantidad debía ir a la U.R.S.S.». ¿Estaba realmente decidido que la suma fuese repartida en esa proporción? Rusia dijo más tarde que sí. Inglaterra y Norteamérica lo negaron.

Vino después el acuerdo crucial sobre Polonia. En Yalta, dada la abrumadora presencia militar de Rusia en Polonia, Stalin había logrado obtener el consentimiento de Churchill y Roosevelt a considerar al «Gobierno provisional polaco actualmente en funciones» —es decir, el grupo de comunistas de Lublin, escogidos con el apoyo de los soviéticos— como el núcleo de un régimen reorganizado con la inclusión de dirigentes «democráticos» de Polonia o refugiados en el extranjero. Esta reorganización había de ser efectuada en Moscú por un comité tripartito, con representantes del régimen de Lublin y otros polacos, incluyendo a los dirigentes exiliados en Londres. El nuevo Gobierno provisional de Unidad Nacional se comprometía a «la celebración de elecciones libres lo más pronto posible, sobre la base del sufragio universal y secreto». En cuanto a los nuevos confines de Polonia, la frontera oriental seguiría la línea Curzon «con desviaciones, en ciertas regiones, de cinco a ocho kilómetros en favor de Polonia», la cual recibiría como compensación «sustanciales accesiones territoriales» de Alemania en el norte y oeste.

Es difícil saber si Churchill o Roosevelt creían realmente que el nuevo Gobierno polaco no era más que una proyección del Estado soviético, o que las diferencias entre el Occidente y la Rusia soviética sobre el concepto de «democracia» pudieran dar nunca significado a la Declaración sobre la Europa liberada, firmada por los Tres Grandes en Yalta. Por este documento se comprometían a reconstruir Europa en tal forma que los pueblos liberados pudiesen «destruir los últimos vestigios del nazismo y fascismo y crear las condiciones democráticas escogidas por ellos mismos». Dos meses después, los rusos arrestaron a quince de los dieciséis dirigentes de la resistencia polaca que habían ido a Moscú para discutir, según estaba convenido, la ampliación de las bases del régimen de Lublin y, el 21 de abril, concluyeron un tratado de alianza con este Gobierno, el cual no había virtualmente experimentado ninguna modificación y fue reconocido como el Gobierno provisional de Polonia. Mientras tanto, los soviets habían instalado, el 6 de marzo, un gobierno en la Rumania por ellos ocupada. Ante tales hechos, la única respuesta de Churchill y Roosevelt fue la de que disponían de ciertos documentos de garantía, firmados por Stalin, que podrían esgrimir más tarde, cuando estallara la guerra ideológica entre el Este y el Oeste. Pero la brutal realidad era que los rusos tenían militarmente dominada la Europa oriental y estaban decididos a que esas regiones no volvieran a convertirse en un pasillo a través del cual las tropas alemanas pudiesen marchar de nuevo contra Rusia.

De no haberse producido diferencias entre los tres aliados sobre los futuros regímenes de Alemania y los países de la Europa oriental, habrían funcionado mejor los acuerdos tomados en Yalta para la Organización de las Naciones Unidas de la posguerra. Los Tres Grandes acordaron que los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad propuesto —Gran Bretaña, China, Francia, Unión Soviética y Estados Unidos— deberían decidir por unanimidad las acciones destinadas a imponer el mantenimiento de la paz y que las partes interesadas de un litigio, incluyendo las grandes potencias, se abstuvieran de votar mientras se discutían los medios pacíficos para llegar a un arreglo. Pero la oposición de Stalin a que el Consejo de Seguridad pudiese recurrir a medidas coercitivas para indagar ciertos asuntos, a menos de contar con el bene-

1 Molotov fotografiado poco después de su llegada a Gran Bretaña, en mayo de 1942, para tratar acerca de la alianza anglosoviética y la apertura de un segundo frente que descargara un tanto a la U.R.S.S. de la presión militar alemana. 2 Un convoy británico de ayuda a la U.R.S.S. se abre paso entre los hielos del Artico; pintura de Charles Pears. 3 La población de Manchuria saluda a las tropas soviéticas tras la ocupación del país por éstas una vez derrotados los japoneses.

1



2



3



Los Tres Grandes en la Conferencia de Potsdam, julio de 1945. Sólo el «grande» soviético es el mismo de Yalta: la muerte de Roosevelt, ocurrida el 12 de abril, puso al vicepresidente Truman al frente de los EE.UU.; y, ya en los mismos días de la Conferencia de Potsdam, las elecciones generales británicas, en una muestra suma de democracia bien entendida, sustituyeron a Churchill, artífice del triunfo, por Atlee, considerado más idóneo para las responsabilidades subsiguientes a la paz.

plácito de las grandes potencias, presagió el conflicto que más tarde debía enfrentar el Este con el Oeste sobre el derecho de intervención de la Organización para mantener la paz.

Lo mismo puede decirse de los acuerdos secretos de Yalta sobre el Extremo Oriente, revelados sólo tras la muerte de Roosevelt, en los cuales Gran Bretaña intervino casi como un simple observador. A cambio de la entrada en guerra contra el Japón, Stalin pedía el reconocimiento del *status quo* en Mongolia Exterior, la parte meridional de Sajalin, las Kuriles, el arriendo de la base naval manchuriana, Port Arthur, una participación en el ferrocarril manchuriano a Dairen y la internacionalización de Dairen. Roosevelt se empeñó en asegurar el consentimiento de China; pero murió antes de que se supiese la posibilidad de obtener con la bomba atómica una rápida rendición del Japón y cuando los comunistas de Mao-Tse-tung estaban todavía lejos de alcanzar la victoria final. Sólo más tarde, cuando Stalin hizo efectivo su cheque de Yalta, tras dos semanas de lucha contra los japoneses en Manchuria, y ayudó con las armas a los comunistas chinos, los acuerdos de Yalta sobre el Extremo Oriente se convirtieron en el símbolo de un nuevo «apaciguamiento».

La disolución de la Alianza

En el intervalo entre Yalta y Potsdam, la unidad entre Este y Oeste fue cada vez más precaria. La rendición de las fuerzas alemanas en mayo, destruyó el lazo más fuerte que unía a las tres potencias; el Comité para las reparaciones de Moscú no llegaba a ningún acuerdo; el régimen de Lublin, sin el estorbo de elementos relevantes no comunistas, se convirtió para Rusia en el legítimo Gobierno de Polonia, y en julio, al no existir otra alternativa, fue reconocido por Gran Bretaña y Norteamérica; el comunismo estaba bien afianzado en Rumania, y el Gobierno griego apenas podía mantenerse a flote bajo los golpes de los comunistas, que contaban con el apoyo de la Yugoslavia de Tito. Cuando en julio de 1945 se reunió la Conferencia de Potsdam para elaborar métodos que asegurasen un acuerdo cuatripartito sobre el trato que debía darse a Alemania y llevar a buen fin los acuerdos para un nuevo reajuste territorial de la Europa del Este, se vio claro que las diferencias ideológicas, junto con la suspicacia con que ambas partes observaban el futuro equilibrio del poder en Europa, llevarían como máximo al resultado de aplazarlo todo para más tarde. Cuando en Potsdam se comunicó a Truman que la bomba atómica funcionaba, algunos consejeros, y en particular Marshall, le instaron a servirse de ella como amenaza para obligar a Stalin a respetar su compromiso a la autodeterminación en la Europa del Este. Probablemente la opinión norteamericana no hubiese tolerado una solución semejante, pero el solo hecho de que llegara a proponerse demuestra hasta qué punto habían ahondado las diferencias con Rusia.

El 29 de abril Churchill había escrito a Stalin su famosa carta en la cual recapitulaba sus impresiones personales sobre las relaciones entre los aliados. «No es muy reconfortante —decía— mirar hacia un futuro en el cual usted y los países por usted dominados, más los partidos comunistas de muchos otros Estados, se hallen figurando en un lado, y los que gravitan en torno de las naciones de habla inglesa y sus asociados figuren en el otro. Es harto evidente que el choque destruiría al mundo, y todos los dirigentes de uno y otro bando que tuviésemos algo que ver con ellos seríamos vilipendiados ante la Historia.»

A partir de 1962, es decir, desde el momento en que comenzó la distensión en las relaciones entre el Este y el Oeste, los historiadores occidentales, especialmente en los Estados Unidos, han cambiado de idea sobre los orígenes de esta famosa controversia internacional. Se concede ahora más importancia a la debilidad de la posición soviética en 1945 y a las escasas probabilidades de un ataque de la U.R.S.S. —como se temió después de Potsdam— a la Europa occidental, al natural temor soviético de un resurgimiento alemán, y a la inevitable exigencia de las grandes potencias de tener en sus propias fronteras una esfera de influencia sobre países amigos. Por otra parte, la desavenencia entre Este y Oeste no «destruyó el mundo», como Churchill temía, sino que condujo a ambas partes a reconocer el carácter suicida de un conflicto armado en la era nuclear. Sobre todo, aunque se negaran a la Europa del Este las libertades prometidas en Yalta, la división *de facto* a que fue sometida Europa gracias al desacuerdo de las grandes potencias debía conducir, paradójicamente, al mayor orden que se había visto en Europa desde principios del siglo XX.

F. S. Northedge

La candidez de Roosevelt

Roosevelt tenía de Rusia muy distinta opinión que Churchill y estaba convencido de que, al igual que los norteamericanos, los rusos luchaban por defender la democracia. Sólo hacia el final de su vida empezó a comprender que nunca llegaría a ponerse de acuerdo con Stalin.

El ataque japonés a la base naval de Pearl Harbour, que arrastró a los Estados Unidos a la Segunda Guerra Mundial, puso fin a un largo período en que los Estados Unidos, bajo la jefatura del presidente Roosevelt, se habían visto cada vez más comprometidos a apoyar a los países en guerra con Alemania e Italia en Europa, y con el Japón en el Extremo Oriente. Algunos escritores norteamericanos, a propósito de esta política manifiestamente no neutral, han pensado que Roosevelt procuró deliberadamente provocar una situación que no dejase a los Estados Unidos otra opción sino la guerra. Alguien ha llegado incluso a sugerir la hipótesis de que fueron rechazadas deliberadamente las advertencias sobre el ataque, a fin de hacer más irremediable la provocación. Esta última acusación puede ser desechada; pero la anterior contiene un elemento de verdad, en el sentido de que los Es-



tados Unidos estaban obstaculizando de tal modo la marcha del Japón, que era cada vez más probable que éste, en un momento determinado, prefiriese recurrir a una prueba de fuerza para resolver la cuestión.

La duda sobre las reales intenciones y esperanzas de Roosevelt en el período anterior a Pearl Harbour no es un problema aislado. Durante toda su carrera como presidente, los objetivos y la política de Roosevelt fueron objeto de interpretaciones dispares. Tanto en los asuntos exteriores como en los interiores, Roosevelt evitó siempre los compromisos y las posiciones definidas. Tampoco se confió sin reservas a ninguno de sus consejeros y prefirió utilizar canales diversos para dar a conocer sus propios deseos y propósitos. Actuaba generalmente como un político, teniendo en cuenta el efecto que sus acciones producirían sobre ciertos sectores de la opinión y, en particular, sobre el electorado norteamericano.

Es difícil decir si tuvo una teoría bien definida sobre política exterior o una certera visión de cuáles fuesen los intereses de Norteamérica. Había entrado en la política como partidario de Woodrow Wilson y luchado por la Sociedad de las Naciones. Pero, durante la época que estuvo al margen de la política nacional —a causa de su enfermedad y después por su dedicación a los problemas del Estado de Nueva York—, había llegado a aceptar los principios corrientes del aislacionismo. Volvió a la palestra política nacional sosteniendo el punto de vista de los que creían que la recuperación económica se conseguiría con una acción en el frente interior más bien que intentando reconstruir la resquebrajada estructura del crédito y las finanzas internacionales. Buena parte del primer *New Deal* era de inspiración aislacionista.

Es cierto que desde 1931 se había preocupado por las usurpaciones japonesas en China, y por la creciente agresividad de la Alemania nazi y la Italia fascista, y que su reconocimiento del Gobierno soviético en 1933 era tanto una respuesta a los acontecimientos de Extremo Oriente, como un acto sugerido por la esperanza de que el mercado ruso pudiese ofrecer a Estados Unidos un medio para salir de la Depresión. En 1937, Roosevelt advirtió al pueblo norteamericano que su posición no sería cómoda en un mundo en que impunemente se cometía la agresión. Pero la falta de una reacción positiva le hizo comprender que debía abstenerse de sugerir cualquier acción concreta que pudiera comprometer políticamente a los Estados Unidos.

Tras el estallido de la guerra en Europa, logró mitigar las leyes de neutralidad e incluso, a través de la ley de «préstamos y arriendos», hacer de los Estados Unidos, según sus propias palabras, «el arsenal de la democracia».

Pero sólo la caída de Francia y la posibilidad de que la flota británica cayese en manos alemanas lo incitaron a emprender una acción más positiva para apoyar el esfuerzo de guerra británico. Y bajo este aspecto sus directivas políticas eran justificadas —como durante la victoriosa campaña para la reelección en el otoño de 1940— con el argumento según el cual había contribuido a mantener a Norteamérica al margen de la guerra. Tras el ataque de Hitler a Rusia en junio de 1941, Roosevelt prestó también ayuda material al Gobierno soviético. Para hacerlo, se vio obligado a enfrentarse con el intenso sentimiento anticomunista que privaba aún en los Estados Unidos.

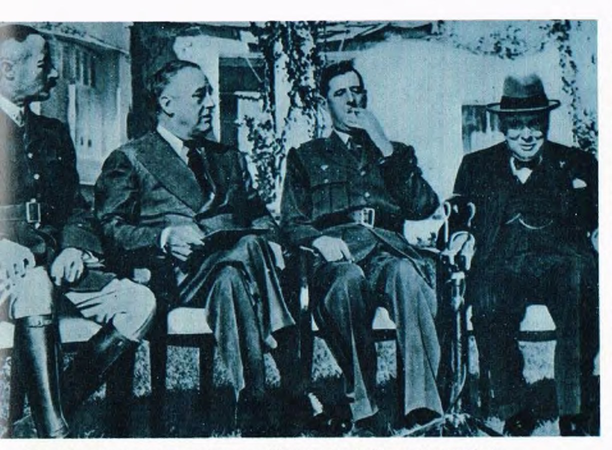
Por esta razón, y aun cuando desde el verano de 1941 los Estados Unidos eran un asociado no beligerante de Gran Bretaña y la Unión Soviética, y desde diciembre de 1941 su aliado efectivo, las relaciones entre las tres grandes potencias no fueron ni sencillas ni simétricas. Roosevelt tenía que entenderse ahora no con políticos estadounidenses sino con dos veteranos estadistas, Josef Stalin y Winston Churchill, dirigentes incontestables ambos de una gran potencia, y cada cual con ideas propias sobre la naturaleza de la contienda y de su presunto resultado. Desde 1941 hasta su fallecimiento, en abril de 1945, dos problemas monopolizaron sus energías: combatir el Eje y echar los cimientos de una paz permanente.

Mientras Stalin, como Churchill, estaba completamente absorbido por el desarrollo de las campañas militares y por los problemas de aprovisionamiento, Roosevelt podía delegar a otras personas sus poderes personales, particularmente en las cuestiones militares, campo en el cual sus consejeros profesionales gozaban de gran independencia. La principal decisión estratégica, la de derrotar a Alemania antes de enfrentarse difinitivamente con el Japón, estaba ya en la mente de los norteamericanos antes de que su país entrase en la guerra. La mayor parte de las otras decisiones derivó de ésta.

Roosevelt disfrutaba de mayor libertad que sus aliados para considerar las consecuencias políticas de la guerra y cuáles habían de ser los objetivos norteamericanos en la solución final. Sin embargo, en sus tratos con la Unión Soviética existía siempre la posibilidad de que si los rusos se veían en grave aprieto, pudieran hacer una paz por separado con los nazis. Ello hacía que en cualquier disputa con la Unión Soviética hubiera siempre cierta resistencia a llevar las cosas al extremo. Pero no fue éste el único problema que tuvieron los norteamericanos en Europa, donde hasta el verano de 1944 la lucha contra Alemania corrió a cargo de la Unión Soviética. La rudeza de las campañas del Pacífico les había convencido de que se requeriría la ayuda rusa para derrotar a los japoneses en su imperio-vasallo de Manchuria y en su propio territorio insular. Incluso los que conocían el secreto de la bomba atómica no creían que ésta fuese capaz de excluir la necesidad de una invasión por mar: era preciso, por consiguiente, contar con la colaboración de la Unión Soviética.

Por otra parte, Roosevelt se vio obligado a persuadir a la opinión pública norteamericana de que los rusos no eran ya los temibles comunistas de otros tiempos, sino unos patriotas únicamente preocupados por la defensa de su país. Diose en consecuencia vía libre a la propaganda soviética, la cual no tenía reparos en afirmar que la guerra actual, a pesar de ser defensiva en su punto de partida, no era sino una etapa más en el inevitable conflicto entre el mundo «comunista» y el «imperialista». A partir de esta premisa, los rusos no podían tomar en serio las protestas norteamericanas de neutralidad política con respecto a otros países. Cuando se tomaba una decisión militar contraria a sus deseos, se quejaban de que sus aliados pretendían llegar a un compromiso de paz y no tenían ningún interés real en aliviar el frente ruso.

Los soviets pidieron e incluso exigieron ayuda a sus aliados, pero nunca les mantuvieron informados sobre sus propios planes y recursos, y dejaron que el pueblo ruso ignorara la contribución norteamericana (y británica) a su defensa. Roosevelt y Stalin se entrevistaron sólo dos veces. A pesar de todo, el pueblo norteamericano estaba convencido de que Estados Unidos y Rusia luchaban por los mismos ideales, y de que Gran Bretaña se interesaba sólo por sus objetivos particulares. Durante mucho tiempo Roosevelt procuró abstenerse de toda acción que pudiera inducir a la sospecha de que con Churchill estaba tramando algo a espaldas de Stalin, y creía que por fin llegaría a ganarse la confianza del dirigente ruso.



Roosevelt, entre los generales franceses Giraud y De Gaulle, en el curso de la conferencia de Casablanca, celebrada a mediados de enero de 1943; de ella surgió la fórmula de la «rendición incondicional». En el extremo derecho de la fotografía aparece un Churchill a quien, a pesar de la popularidad de su efigie, una maliciosa combinación de tretas de la luz hace difícilmente identificable.

Las ilusiones de Roosevelt

Roosevelt abrigaba tales ilusiones en primer lugar porque creía que los británicos —y Churchill en particular— eran «imperialistas», y que rusos y norteamericanos eran «antiimperialistas». Le preocupaba el hecho de que Churchill intentase defender ante todo las posesiones imperiales británicas, en detrimento de una más rápida victoria total. No caía en la cuenta de que los rusos daban un significado distinto a la palabra antiimperialismo, pues lo que pretendían era extender los confines del imperio comunista. En segundo lugar, Roosevelt creía que mientras los norteamericanos y los rusos eran partidarios del gobierno «democrático», los británicos deseaban conservar o restaurar las monarquías y otras formas no democráticas de gobierno, por ejemplo en Italia y en Grecia. Sólo hacia el final de su vida, cuando ya no podían ser disimuladas las intenciones rusas sobre Polonia, Roosevelt llegó a comprender el sentido que daba Stalin a la democracia. Finalmente, Roosevelt no era partidario de la doctrina del equilibrio del poder, e imaginaba que el mundo de la posguerra podría ser dirigido por la Gran Alianza del tiempo de guerra y por el principio de la autodeterminación nacional e igualdad de los Estados, una amalgama que sería institucionalizada en la Organización de las Naciones Unidas. No quería, pues, empezar entrando en detalles de cómo podría ser asegurada la paz contra un futuro revisionismo. Y ello lo separaba de nuevo de Churchill, puesto que mientras los rusos podían aceptar con ecuanimidad, siguiendo el parecer de Roosevelt, que una vez lograda la victoria las fuerzas norteamericanas fueran retiradas rápidamente de Europa, Churchill tenía que considerar cómo podría ser salvaguardada la seguridad británica en tales circunstancias.

Con respecto a otros dos países, China y Francia, Roosevelt creía que una vez derrotado el Japón, China se convertiría en una gran potencia amiga, merecedora de un asiento en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Churchill era mucho más escéptico sobre el régimen chino y su futuro. Por otra parte, sabía que la nueva Europa tenía necesidad de una Francia restaurada y fuerte. Comprendiendo que el general De Gaulle y su movimiento eran el vehículo más idóneo para que Francia recobrase su independencia, Churchill les prestó muy pronto apoyo material y moral. Por su parte, Roosevelt tardó más tiempo en perder la esperanza en el Gobierno de Vichy y, tras la liberación de África del Norte, se mostró reacio a admitir a De Gaulle y más tarde se opuso a que su régimen se instaurara en Francia, para lo cual planeó incluso una especie de ocupación aliada del país. Sin embargo, era tan sólida la posición de De Gaulle, que las intenciones de Roosevelt quedaron frustradas. Finalmente, Roosevelt y Stalin minimizaban la importancia de Francia y no querían que participase en la ocupación y control de Alemania. Churchill intervino entonces y logró que fueran atendidas las reclamaciones francesas.

Roosevelt se oponía asimismo a que Francia conservase su imperio de ultramar, y su sucesor, en connivencia con los chinos, pudo obstaculizar la reafirmación de la autoridad francesa en Indochina tras la derrota del Japón. Churchill no compartía esas opiniones, pero se percataba de hasta qué punto Gran Bretaña dependía de la buena voluntad de Estados Unidos, y no podía permitirse desafiar a los norteamericanos por causa de los franceses.

El deseo de Roosevelt de ver a Rusia entrar en guerra contra el Japón, proporcionaba a los rusos los medios de extraer concesiones de los norteamericanos a expensas de China. De hecho, Norteamérica no necesitaba la ayuda rusa, pues le bastaba la bomba atómica. Y los rusos no necesitaban ser incitados para entrar en guerra en el Extremo Oriente, puesto que también ellos tenían sus propios objetivos territoriales y políticos. Los rusos luchaban por una causa muy distinta de la que se figuraba Roosevelt.

Pero sería un error pensar que la diplomacia de tiempos de guerra dio paso a la denominada «Guerra Fría». Las líneas generales del conflicto entre el régimen soviético y el Occidente habían sido definidas entre 1917 y 1919, y no habían cambiado en lo esencial. Lo que sucedió durante el período entre 1941 y 1945 fue una suspensión parcial del conflicto, a causa de la amenaza alemana.

Los norteamericanos fueron más lentos que los británicos en prestar ayuda a la Unión Soviética tras el ataque de Hitler en junio de 1941, y compartían el escepticismo británico en cuanto a la capacidad de los rusos para sostener una prolongada resistencia. Pero la visita del confidente de Roosevelt, Harry Hopkins, a Moscú, puso en marcha el proceso de abastecer a Rusia con los productos de la pujante industria norteamericana.

El principal problema fue la exigencia rusa de un «segundo frente» contra Ale-



La nada franca mirada de Stalin no invita precisamente a la confianza; para él, la contienda bélica no fue sino una de tantas fases de la lucha entre las dos mitades del mundo, la «imperialista» y la comunista. De él, mucho más que de ninguno de los otros «grandes», pudo afirmarse que hacía «su» guerra.

mania; es decir, un desembarco en el continente europeo. Stalin empezó a presionar a Churchill en este sentido el 18 de julio de 1941, y casi siempre dirigió sus llamadas de ayuda a Gran Bretaña. Era evidente, sin embargo, que tales desembarcos habrían de incluir fuerzas norteamericanas. Pero el Mando estadounidense, que se daba perfecta cuenta de las inmensas dificultades que suponía efectuar un asalto anfibio contra una línea costera poderosamente defendida, acordó recurrir de momento a la ofensiva aérea contra la misma Alemania y a las operaciones anfibias en el Mediterráneo, que comenzaron en noviembre de 1942.

Alianza incierta

Los rusos no fueron invitados a la entrevista que tuvieron Roosevelt y Churchill en Placentia Bay, Terranova, en agosto de 1941, en la cual se discutió la política a adoptar con el Japón y se promulgó la Carta del Atlántico. Los rusos no fueron invitados porque todavía no tenían nada que ver con el Japón, con el cual Gran Bretaña y Estados Unidos ya estaban en guerra desde diciembre de 1941. Así, pues, la Gran Alianza de la Declaración de las Naciones Unidas, de 1 de junio de 1942, estaba formada para combatir a un enemigo que exactamente no se sabía quién era.

Las relaciones subsiguientes entre Roosevelt y sus dos principales aliados, funcionaron durante algún tiempo mediante discusiones bilaterales sobre una base triangular. Ello explica en parte las ambigüedades de las promesas de invasión de Europa del verano de 1942. Cuando éstas se plasmaron en los desembarcos de África del Norte, los rusos tuvieron que aceptar el hecho como un sustitutivo. En el Norte de África, los norteamericanos se entendieron al principio con el representante de Vichy, almirante Darlan, y luego intentaron promocionar al general Giraud con preferencia a De Gaulle, que contaba con el apoyo de la resistencia francesa y sus elementos comunistas, y, por lo tanto, debía ser grato a los rusos.

En la Conferencia de Casablanca, en enero de 1943, entre Roosevelt y Churchill —Stalin no asistió a ella porque no quiso salir de Rusia en aquellos momentos—, se acordó el principio de «rendición incondicional», que Stalin aprobó después.

De hecho, la frase era irrelevante, pues lo importante eran los problemas planteados por los territorios liberados y en particular por Alemania, Italia y el Japón. La Unión Soviética no tomó parte en las negociaciones de la rendición de Italia, pero en 1943 obtuvo una participación formal en la gestión de los asuntos italianos. En Grecia, los británicos tomaron la delantera, con permiso de los rusos. Por su parte, éstos excluyeron finalmente toda influencia occidental en el resto de la Europa del Este.

Tal era la realidad con que tuvieron que enfrentarse las conferencias tripartitas de la última fase del conflicto: la de Moscú, en octubre de 1943, la de Teherán, en noviembre-diciembre de 1943, y la de Yalta, en febrero de 1945. Los norteamericanos estaban demasiado atareados en asegurar la cooperación rusa en el establecimiento de una organización mundial de seguridad y en decidir el trato que debía darse a una Alemania derrotada, para que se preocupasen seriamente de la naturaleza exacta de las decisiones políticas a que se llegaba. Así, se permitió que siguiera adelante el ambiguo acuerdo sobre Berlín y sus accesos, con todos los problemas que ello acarrearía en el futuro.

La conducta rusa, particularmente con respecto a Polonia, causó serias preocupaciones a Roosevelt durante sus últimos días, y de haber vivido es casi seguro que se habría visto forzado a tomar las mismas decisiones que más tarde adoptó su sucesor Truman.

Max Beloff

El problema polaco

Una vez más, Polonia sembró la discordia entre las potencias. Sin duda merecía recobrar la independencia perdida en 1919, pero Rusia estaba decidida a hacer del Estado polaco un baluarte de su propia seguridad.

Cuando se reunieron en Teherán, a finales de noviembre de 1943, los Tres Grandes —Stalin, Roosevelt y Churchill— abordaron uno de los grandes problemas políticos de la Segunda Guerra Mundial: el de Polonia. En realidad, se trataba de dos problemas: el de las fronteras del nuevo Estado polaco y el del gobierno que debía regirlo una vez finalizada la guerra. En dos conversaciones de sobremesa, los Tres Grandes zanjaron amistosamente el primer problema. La frontera polaca en el este sería la llamada línea Curzon, con algunas correcciones en favor de Polonia. Para el territorio perdido en el este en



Miembros del Ejército Nacional polaco junto a soldados soviéticos en Sandomierz, tras la ocupación de la ciudad por el Ejército Rojo.



Oficial alemán herido en el curso del levantamiento de Varsovia, afirmación de la voluntad polaca de independencia frente al doble enemigo tradicional.

favor de la U.R.S.S., Polonia tendría una generosa compensación en el oeste a expensas de Alemania: gran parte de la Prusia oriental, Danzig, Pomerania y Silesia, hasta los ríos Oder y Neisse. En cuanto al otro problema, los Tres Grandes hicieron pocos progresos. Convenían en querer que la Polonia de la posguerra fuese fuerte, independiente, democrática y amiga de la Unión Soviética; disentían sensiblemente en cuanto a la clase de gobierno más apropiado para obtener esa finalidad. No obstante, de momento no querían estropear la conferencia sacando a relucir sus diferencias.

Gran Bretaña y Estados Unidos reconocían al Gobierno polaco exiliado en Londres, y los dirigentes de ambas naciones deseaban que constituyera la base del futuro Gobierno de Polonia. Churchill estaba convencido de que lograría que Stalin, a cambio de su apoyo por la línea Curzon, aceptara a los polacos de Londres como el elemento dominante del nuevo Gobierno. Ello habría sido posible si los polacos de Londres hubiesen aceptado las fronteras señaladas en Teherán y accedido a algunas concesiones de menor importancia. Aunque fracasó en su intento, Churchill siguió convencido hasta el final de que podía haberlo logrado con tal que los políticos polacos se hubiesen mostrado más realistas y dispuestos a colaborar.

En sus tratos con el Gobierno exiliado, Churchill no podía esperar ninguna ayuda por parte del Presidente de los Estados Unidos, sino todo lo contrario. En Teherán, Roosevelt declaró sin rodeos que se vería obligado a ocultar que había aceptado la línea Curzon hasta después de las elecciones presidenciales de noviembre de 1944.

Matanza en Katyn

En abril de 1943 la U.R.S.S. había roto sus relaciones diplomáticas con el Gobierno polaco en el exilio, considerando como una grave ofensa el hecho de que este gobierno hubiese pretendido una investigación de la Cruz Roja Internacional sobre la matanza de oficiales del Ejército polaco en Katyn. (En abril de 1943, las tropas alemanas que se encontraban en la Rusia ocupada declararon haber hallado en el bosque de Katyn, cerca de Smolensko, una fosa común con los cadáveres de varios miles de oficiales del Ejército polaco, que habían sido hechos prisioneros por los rusos en 1939.) Como condición indispensable para reanudar las relaciones, Stalin exigió que los polacos convalidasen públicamente la afirmación rusa según la cual la masacre había sido obra de los alemanes: exigencia que suscitó la indignación de los polacos, que sospechaban de los rusos. Además, Stalin quería que fuesen excluidos del Gobierno de Londres al menos los individuos más decididamente antisoviéticos. Sin embargo, la aceptación de la línea Curzon era la condición principal para la reanudación de las relaciones. Churchill, de todos modos, tenía confianza en que podrían ser superados todos los obstáculos menores en cuanto fuese despejado el de la línea Curzon.

A su regreso de Teherán, Eden y luego Churchill empezaron a preparar el terreno entre los polacos de Londres. Querían que éstos aceptaran la línea Curzon (como lo manifestó una vez Churchill) no de mala gana sino con entusiasmo, pues era una frontera justa y razonable, base de una duradera amistad polacosoviética. Pero, con gran pesar de los dirigentes británicos, los polacos no se avinieron a ello, si bien no rechazaron netamente la propuesta y prefirieron recurrir a las respuestas evasivas, y a las dilaciones. Rechazaron, sin embargo, de plano la exigencia soviética relativa a la purga de los políticos antisoviéticos, tildándola, indignados, de imperdonable ingerencia en los asuntos de un Gobierno soberano. Más de seis meses de continuas presiones británicas no lograron inducir a los polacos de Londres a que intentaran seriamente ponerse de acuerdo con los rusos.

El principal artífice y la personalidad más eminente del Gobierno en el exilio, que asociaba el cargo de primer ministro con el de comandante en jefe de las Fuerzas Armadas polacas, era el general Wladyslaw Sikorski. Al perecer en un accidente de aviación a la altura de Gibraltar, en julio de 1943, fue sucedido como primer ministro por el jefe del Partido Campesino, Stanislas Mikolajczyk. Éste, de ideas más izquierdistas que la mayoría de sus colegas de Gabinete, deseaba llegar a un entendimiento con la Unión Soviética, pero dudaba de que los rusos quisieran transigir en cuestiones políticas. Entre sus adversarios figuraban dos ministros (el general Kukiel y Kot), y el sucesor de Sikorski en el cargo de comandante en jefe, el general Kazimierz Sosnkowski. Éstos eran los hombres que los soviéticos deseaban ver excluidos del Gobierno.

Los polacos de todas las tendencias políticas consideraban que su país era la víctima inocente de la agresión y rechazaban cualquier sugerencia contraria a la integridad del territorio nacional. La tradicional hostilidad polaca hacia Rusia estaba reforzada por el convencimiento de que en 1939 Stalin se había unido a Hitler en la agresión contra Polonia. La mayoría de los polacos de Londres sospechaban fuertemente que las ambiciones de Stalin no se detendrían en la línea Curzon, y que su objetivo final era el control de Polonia a través de un Gobierno subordinado. Si habían de hacerse algunas concesiones territoriales a la U.R.S.S., tenían que ir refrendadas por serias garantías de que en el interior de las nuevas fronteras Polonia sería realmente libre e independiente.

El general Sosnkowski veía en Rusia no un auténtico aliado sino un segundo enemigo de Polonia y del Occidente que ambicionaba la conquista de Europa tras la derrota de Alemania. Si no se le ponía un freno, cuando era todavía relativamente débil, su ambición la conduciría inevitablemente a un choque con las potencias occidentales y a una tercera Guerra Mundial. La integridad territorial de Polonia le parecía un excelente terreno en el cual el Occidente podía resistir, ahogando así en germen el expansionismo soviético. Las opiniones de Sosnkowski, que Churchill en privado consideraba insensatas, eran compartidas por muchos militares polacos, sobre todo los del Cuerpo expedicionario polaco del general Anders. Este cuerpo había sido formado en Rusia, y sus miembros habían experimentado la ocupación soviética de la Polonia oriental, así como las deportaciones y el cautiverio.

Las dificultades de Mikolajczyk para llegar a un entendimiento con los rusos se



Cartel nazi publicado en Francia donde se culpa a los soviéticos de la matanza de Katyn, en la cual perecieron varios millares de oficiales polacos. La U.R.S.S. formuló una contraacusación, pero sus juristas fueron incapaces de concretarla durante el juicio de Nuremberg, lo cual abona el criterio de cuantos —y son muchos— consideran a los soviéticos plenamente responsables de ese crimen.

complicaron ulteriormente por la necesidad de tomar en cuenta las opiniones del movimiento clandestino. El Gobierno de Londres y los jefes de la resistencia se mantenían en estrecho contacto por medio de radio y de correos, y no se emprendía ninguna acción importante en Polonia o en el extranjero sin que se consultaran mutuamente. Con respecto a la Unión Soviética, los jefes de la resistencia eran en general todavía más intransigentes que los políticos de Londres. Para todos ellos, las fronteras de 1939 eran sacrosantas y no podía concebirse que se hicieran concesiones territoriales a los rusos. Mikolajczyk no exageraba cuando dijo a Churchill que su Gobierno podía ser repudiado por el movimiento clandestino si aceptaba con demasiada prontitud la línea Curzon.

Mientras Churchill luchaba contra el inmovilismo de los polacos de Londres, el rápido avance del Ejército Rojo en el frente oriental creó un serio problema a los partisanos no comunistas. ¿Cómo debían recibir a las fuerzas soviéticas después de que cruzaran la frontera soviético-polaca de 1939? Cuando llegó el caso, en marzo de 1944, se disponía de un plan, sancionado por el Gobierno de Londres, que fue puesto en práctica en la región de Volhynia y se experimentó también en las ciudades de Lvov y Vilna. Los partisanos polacos se sublevaron contra los alemanes cuando el frente llegó allí y colaboraron con el Ejército Rojo. Al mismo tiempo, afirmaron su fidelidad al Gobierno de Londres como legítima autoridad del territorio. El éxito de la operación, denominada en código «Tempestad», era predecible. Los rusos aceptaron complacidos la ayuda polaca mientras duraron los combates, pero después ordenaron a los partisanos que depusieran las armas y se unieran a la 1.ª División polaca del general Berling, que luchaba con los rusos. La resistencia a la orden fue castigada con ejecuciones sumarias y detenciones.

Mikolajczyk, al igual que Churchill, había esperado que la buena disposición a colaborar en la lucha podría suscitar en Stalin cierta simpatía por el gobierno de Londres, pero las manifestaciones políticas que acompañaron a la lucha irritaron claramente a los rusos. Mikolajczyk decidió entonces pedir a Stalin que le concediera una entrevista, cuya fecha fue finalmente fijada para finales de julio. Pero la visita fue precedida por un acontecimiento con el que evidentemente se pretendía debilitar la posición de Mikolajczyk. El 22 de julio de 1944, en la primera ciudad indiscutiblemente polaca ocupada por el Ejército soviético, fue creado un Comité de Liberación Nacional, con el apoyo del Consejo Nacional de la Patria, patrocinado por los comunistas. El llamado Comité de Lublin se presentó como una coalición de fuerzas genuinamente democráticas y patrióticas que deseaban la amistad con la Unión Soviética, aceptaban la línea Curzon y se pronunciaban en favor de reformas sociales y económicas de largo alcance. Fue prontamente reconocido por el Gobierno soviético como la úni-





Izquierda: **Stanislaw Mikolajczyk (centro) en el curso de una reunión del Gobierno polaco exiliado en Londres (octubre de 1944).** *Derecha:* **el general Bór-Komorowski, y en su persona el Ejército Nacional polaco, se rinde a los alemanes tras el fracaso del levantamiento de Varsovia, en cuyo transcurso hallaron la muerte unos doscientos mil polacos y la capital quedó reducida a escombros.**

ca autoridad legal en Polonia, y las fuerzas armadas soviéticas recibieron órdenes de colaborar sólo con sus representantes.

El alzamiento de Varsovia

Antes de la partida de Mikolajczyk para Moscú, el Gobierno de Londres había aprobado la propuesta de los jefes de la resistencia de intentar en Varsovia la operación «Tempestad». El mando de las fuerzas territoriales y el delegado del Gobierno cerca del movimiento clandestino debían actuar según lo aconsejara la situación militar local (la proximidad del Ejército Rojo, el colapso de la defensa alemana, etc.), y de su discreción dependía decidir dónde y cuándo estallaría la revuelta. Había al respecto alguna división de opiniones en Londres. El general Sosnkowski temía los riesgos militares y políticos de un alzamiento que podría provocar sólo la hostilidad de los rusos, como había sucedido al este de la línea Curzon. Por su parte, Mikolajczyk era partidario de la revuelta. Consideraba que una acción de carácter militar y político en la capital podía tener gran valor de prestigio y fortalecer su posición en las próximas conversaciones con Stalin. Por pura casualidad, el estallido de la revuelta coincidió exactamente con su llegada a Moscú.

Hacia mediados de julio, el general Bór-Komorowski y sus colegas en el mando de las fuerzas territoriales consideraron la situación con cierto pesimismo. Pero cambiaron súbitamente de opinión cuando el avance del Ejército Rojo en dirección a Varsovia difundió el pánico entre la población civil alemana, que abandonó la ciudad. Al mismo tiempo, la invasión de Francia y el atentado a la vida de Hitler hicieron pensar en un inminente colapso de la máquina militar alemana. El chispazo del alzamiento fue producido por un rumor, no comprobado y casi inmediatamente desmentido, de que los rusos habían llegado ya a los suburbios de la ciudad. Los jefes militares polacos creyeron en todo caso que los rusos no tardarían en entrar en Varsovia y expulsarían a los alemanes si los polacos no lograban hacerlo por sí solos. No correr el albur suponía perder quizá la última oportunidad de demostrar a los rusos, a los compatriotas y al mundo que existía un movimiento libre de resistencia. En caso contrario, los rusos y los «agentes soviéticos» del Comité de Liberación, de Lublin, tomarían la dirección del país sin que nadie pudiese protestar.

El alzamiento comenzó el 1.º de agosto a las 17. Mal conducido y mal preparado, estaba condenado desde el principio. El ejército territorial sólo pudo lanzar a la acción 2.500 hombres armados, contra los 15.000 hombres de la guarnición alemana dotados de toda clase de armamento. Los ataques de los tres primeros días aseguraron a los insurgentes sólo una parte limitada de la ciudad; después, aunque aumentaron sus fuerzas, también los alemanes hicieron llegar refuerzos, pero con mayor rapidez. Cuando llegaron las tropas regulares de refuerzo alemanas, retiradas de la orilla oriental del Vístula, la resistencia del Ejército Nacional se derrumbó rápidamente. Se calcula que unas 200.000 personas —en un noventa por ciento civiles— perdieron la vida en Varsovia. El bombardeo, los incendios y la sistemática demolición de los edificios no damnificados redujeron la ciudad a escombros. Probablemente las pérdidas llegaron en total al setenta por ciento de la riqueza nacional.

Los rusos, cogidos completamente por sorpresa, condenaron la revuelta, definiéndola como una insensatez y un gesto político de hostilidad contra ellos, y no quisieron prestarle el más mínimo apoyo. Debido a los poderosos refuerzos alemanes, el Ejército Rojo sólo logró alcanzar los suburbios de Varsovia de la ribera





Izquierda: **el mapa de Polonia antes y después de la Segunda Guerra Mundial.** *Derecha:* **parte del gorro de Sikorski encontrada entre los restos del avión en que viajaba; Sikorski se oponía a cualquier modificación fronteriza, y se dijo —aun cuando no haya pruebas de ello— que Churchill planeó la muerte del general para evitarse dificultades ante la U.R.S.S.**

oriental del Vístula, a mediados de septiembre. Algunos destacamentos polacos a las órdenes de los rusos intentaron cruzar el río, pero no lo consiguieron. Después de haber implorado en vano ayuda a Stalin, Mikolajczyk volvió a Londres e instó a Churchill y Roosevelt para que interviniesen. Stalin no había permitido que los aviones ingleses y norteamericanos, que hubieran podido llevar provisiones a Varsovia, utilizasen los aeródromos rusos, y sólo después de varias semanas consintió que una nutrida misión norteamericana aterrizara tras las líneas soviéticas, después de haber arrojado provisiones sobre Varsovia. La insurrección desvaneció toda posibilidad de que Mikolajczyk obtuviese concesiones de Stalin en cuanto a fronteras. Sobre la cuestión del gobierno, Stalin dijo explícitamente que era preciso formar una coalición con el Comité de Lublin. Sus representantes se entrevistaron en Moscú con el primer ministro del Gobierno de Londres, pero las dos partes no llegaron a ningún acuerdo.

La última oportunidad de Polonia

Churchill no pudo menos de aceptar el principio de una coalición, aun cuando todavía esperaba lograr para los polacos de Londres una representación del cincuenta por ciento, por lo menos, en el nuevo Gobierno. No obstante, ellos estaban dispuestos a ofrecer al Partido Obrero Polaco sólo una quinta parte de los cargos ministeriales y a hacer sólo moderadas concesiones territoriales en el este. En octubre se encontraron en Moscú representantes de Londres y Lublin, y en algunas de las sesiones de esta conferencia participaron también Stalin, Molotov, Churchill y Eden. Una vez más los polacos de Londres provocaron la cólera de Churchill, al rehusar aceptar, aun en aquellos momentos, la línea Curzon. La delegación polaca volvió a Londres para consultar con el resto del Gobierno y, tras nuevas demoras, el plan trazado en Moscú fue rechazado por el Gobierno en el exilio. Ante esta actitud, Mikolajczyk dimitió; después de muchas vacilaciones y mucha insistencia por parte británica aceptó, más tarde, entrar como jefe del Partido Campesino en un Gobierno de coalición con los comunistas.

El mecanismo que debía llevar al poder al nuevo Gobierno fue puesto a punto por los Tres Grandes en Yalta, en febrero de 1945, pero fueron necesarios meses de consultas y negociaciones antes de que se decidiera, finalmente, su composición. Al disponer del control efectivo de Polonia, los rusos se hallaban en inmejorables condiciones para apoyar a sus protegidos de Lublin. El «Gobierno Provisional de Unidad Nacional», reconocido por las tres potencias como Gobierno de Polonia en julio de 1945, fue una victoria para Stalin y para el Partido Obrero Polaco y sus aliados, que disponían de catorce de los veintiún puestos del Gabinete y de todas las posiciones clave. Los dirigentes occidentales esperaban todavía que unas elecciones libres permitirían más tarde a Mikolajczyk conquistar la posición dominante que ellos no habían logrado asegurarle en el Gobierno provisional.

Quedaba un último punto: determinar con precisión la frontera occidental del nuevo Estado polaco. De ello se trató en Potsdam, donde Churchill manifestó inesperadamente oposición para aquel sector occidental de la frontera delimitada por el Neisse. Pero nuevamente se llegó a un acuerdo, y todo el territorio alemán al este del Neisse y del Oder, incluyendo Stettin, pero con exclusión de la región de Koenigsberg en la Prusia oriental, fue confiado a la administración polaca hasta que se ratificasen formalmente las decisiones en la Conferencia de la Paz.

Zbigniew Peleczynski

Guerra civil en Grecia

La retirada de los alemanes y la vuelta de la paz sólo significaba para Grecia el comienzo de una lucha más enconada. Las rivalidades políticas de las grandes potencias y los intereseses de los Estados balcánicos constituyeron el telón de fondo de una verdadera guerra civil.

Grecia es el único país de Europa donde las armas derrotaron a los comunistas que con las armas intentaban hacerse con el poder.

El dictador griego, general Ioannis Metaxas, falleció en enero de 1941, tres meses dèspués de la agresión italiana a su país. Metaxas había disuelto el Parlamento y suprimido todos los viejos partidos políticos, y su muerte, sobrevenida en un momento en que Grecia estaba luchando por su existencia, significó que la nación estuvo durante toda la Segunda Guerra Mundial sin un Gobierno de libre elección.

Los alemanes atacaron a Grecia el 6 de abril de 1941, y hacia finales de junio eran dueños del continente y de las islas y habían instalado un Gobierno títere. El rey Jorge II se refugió en Egipto, donde esta-



Soldados pertenecientes a las fuerzas gubernamentales griegas posan junto a un grupo de cabezas de insurrectos comunistas. A lo largo de cinco años de guerra civil, ninguno de los dos bandos pudo verse libre de atroces imputaciones.

bleció un Gobierno presidido por Emmanuel Tsouderos.

Antes de la guerra, los griegos estaban muy divididos entre monárquicos y republicanos, es decir, entre los inmovilistas y los que deseaban cambiar las estructuras sociales y económicas del país. Durante la guerra, la causa monárquica perdió adeptos. Para muchos griegos el Rey significaba la llegada al poder de Metaxas, y su impopularidad creció cuando designó gobiernos sin el respaldo de un Parlamento.

En los años veinte, había hecho su aparición una tercera fuerza política: el comunismo. El K.K.E., como era conocido el Partido Comunista Griego, era el mejor organizado y disciplinado de los partidos políticos. Cuando llegó la guerra, los comunistas, que habían sido perseguidos por el régimen de Metaxas, pudieron dedicar la experiencia que tenían de la lucha clandestina al movimiento de resistencia contra la ocupación del Eje.

Los comunistas consideraban al movimiento de resistencia, ante todo, como un medio para obtener el poder. Ya en 1929, el K.K.E. había afirmado que una de las principales tareas del partido era «transformar la guerra imperialista en una guerra civil, para la implantación de un gobierno de obreros y campesinos». Si éste fue, desde el principio, el objetivo de los comunistas, los demás tardaron tiempo en comprenderlo.

En el otoño de 1941 se formaron varios grupos de resistencia. Conscientes de que sus doctrinas eran poco populares entre los griegos, los comunistas organizaron su propio Frente Nacional de Liberación (EAM), una coalición, al parecer, de media docena de grupos de izquierda. El E.A.M. estaba dirigido por Aris Veloujiotis, un hombre duro y obstinado que había combatido en la guerra civil española, y Georgios Siantos, un obrero de una manufactura de tabaco que había ingresado en el partido en 1920.

En abril de 1942, el E.A.M. quiso contar con un ejército de guerrilleros en campaña, y así nació el Ejército Nacional de Liberación (E.L.A.S.). Uno o dos meses después, se creó otro nutrido grupo de resistencia, denominado el E.D.E.S., sigla correspondiente a la Liga Nacional Republicana Griega. Estaba dirigido por el coronel Napoleón Zervas, un popular republicano que más tarde se pasaría a los monárquicos. Además del E.L.A.S. y el E.D.E.S., había otros grupos de resistencia, pero ninguno luchaba por la monarquía.



Antes de los tumultos ocurridos en Atenas en diciembre de 1944, el coronel Sarafis (izquierda), del E.L.A.S., el coronel Zervas (derecha), del E.D.E.S., y el general Scobie, delegado del Gobierno griego, se reunieron para hablar sobre la desmovilización de las guerrillas. Según parece, esta medida fue la chispa que provocó el estallido de la guerra civil griega.

Los comunistas atacan a sus rivales

El E.L.A.S. y el E.D.E.S. cooperaron por primera y última vez en la brillante operación de Gorgopotamos, en la cual unos 160 partisanos griegos bajo la dirección de oficiales británicos que habían sido lanzados en paracaídas, volaron un viaducto de la vía férrea que unía el norte con el sur de Grecia. A partir de entonces, en vez de combatir exclusivamente a las fuerzas del Eje, el E.A.M. y sus bandas de guerrilleros del E.L.A.S. se dedicaron ante todo a eliminar las bandas de los partidos políticos rivales. Una de ellas fue atacada en marzo de 1943, y su jefe, el coronel Sarafis, que había sido degradado antes de la guerra por haber tomado parte en una intentona republicana, se avino a tomar el mando del E.L.A.S.

Es imposible precisar la fecha en que estalló la guerra civil, pues ésta fue precedida por esporádicas explosiones de violencia entre el E.L.A.S. y las demás bandas partisanas. Con la rendición de Italia, en septiembre de 1943, el E.L.A.S. creyó llegado el momento de lanzar un ataque general contra los demás grupos de la resistencia. Sin embargo, la campaña para aplastar los rivales políticos fracasó: el E.L.A.S. fue sorprendido por una ofensiva alemana contra las guerrillas que tuvo el efecto de poner fin a esas luchas intestinas. El 4 de febrero de 1944 se pactó una tregua entre las guerrillas.

Los comunistas, comprendiendo que con su actuación anterior habían descubierto sus verdaderas intenciones, decidieron adoptar una política de infiltración en lugar de un enfrentamiento directo.

El 26 de mayo, los comunistas crearon un gobierno rival del que actuaba en el exilio, el llamado Comité Político de Liberación Nacional (P.E.E.A.). Aunque dominados por los comunistas, los miembros del Comité militaban en diversos campos políticos, lo cual explica por qué en el motín que estalló entre las fuerzas griegas mandadas por los ingleses en el Oriente Medio, en abril de 1944, los oficiales del Ejército y de la Armada se pronunciaran en favor del P.E.E.A. Sobre todo como consecuencia de este motín, Tsouderos fue sustituido en el cargo de primer ministro por Georgios Papandreu, que en mayo, en una reunión celebrada en el Líbano, logró que los políticos de diversas tendencias, incluso los comunistas, firmasen un acuerdo que preveía la unificación de todas las fuerzas partisanas bajo el mando de un Gobierno de Unidad Nacional y la celebración de elecciones una vez liberado el suelo patrio.



Miembros del Ejército Democrático de Markos Vafiadis (1947), organizado por éste en agosto de 1946 a instancias del Partido Comunista Griego.

Cuando los alemanes empezaron a retirarse del país, en septiembre de 1944, era evidente para la mayoría de observadores que los comunistas intentarían conquistar el poder en cuanto el invasor hubiese abandonado definitivamente el país.

En el mismo mes, Papandreu se reunió en Caserta, cerca de Nápoles, con los jefes militares del E.L.A.S. y el E.D.E.S., y se firmó un acuerdo por el cual todas las fuerzas guerrilleras dependerían del Gobierno. Éste delegó el mando en el general Ronald Scobie, que no estaba dispuesto a permitir, según había convenido secretamente con Papandreu, que Grecia cayese en manos del E.L.A.S.

El 9 de octubre, durante la famosa entrevista celebrada en Moscú entre Churchill y Stalin, éste dejó entrever que, en cuanto a Grecia, los rusos, por lo menos de momento, se lavaban las manos respecto a lo que pudiera sucederles a sus camaradas del K.K.E.

Al verse, pues, Churchill con las manos libres para actuar contra los comunistas griegos, mandó que potentes unidades británicas acompañaran al Gobierno de Unidad Nacional de Papandreu, que comprendía seis representantes del Frente de Liberación Nacional, a su llegada a Atenas el 18 de octubre de 1944.

El Gobierno de Unidad Nacional no se mantuvo mucho tiempo unido. Es difícil seguir el curso de los acontecimientos que se sucedieron entre el 18 de octubre y el 3 de diciembre, cuando estalló la segunda fase de la guerra civil, pues muchas decisiones fueron tomadas en secreto. Durante algún tiempo, algunos jefes comunistas propugnaron una infiltración pacífica en el seno del Gobierno, mientras otros se mostraban partidarios de la guerra. Siantos, siguiendo quizás órdenes de Moscú, defendió al principio la política de infiltración, pero luego pareció cambiar de opinión, tras una entrevista con un influyente miembro del Comité Central del K.K.E., Iannis Ioannidis, la tarde del 27 de noviembre. La chispa que prendió la guerra, en diciembre, fue la desmovilización de las guerrillas, prevista para el 10 del mismo mes. El E.L.A.S. había de ser reducido a una brigada del nuevo Ejército nacional. Los dirigentes del K.K.E. aceptaron al principio el plan, pero luego dieron marcha atrás.

Es probable que los comunistas, no enterados del acuerdo entre Churchill y Stalin, contasen con una intervención rusa. Tal vez no creían a los británicos capaces de recurrir a la fuerza y pensaban que, al tener bajo su control la mayor parte del país, eran muy superiores a las fuerzas británicas, concentradas casi todas ellas en Atenas. Hay motivos para pensar que Tito los alentó en su empresa. Lo cierto es que hicieron de Atenas su objetivo principal, y las fuerzas del E.L.A.S. habían comenzado a converger sobre la capital dos días antes de que los disturbios de la plaza de la Constitución, ocurridos el 3 de diciembre, provocasen la insurrección.

Un joven luchador del E.L.A.S., más bien niño que adolescente, posa con el coronel Napoleón Zervas, jefe del E.D.E.S., que posteriormente pasaría a militar en el campo monárquico.



Sin embargo, los comunistas no andaban enteramente descaminados en sus cálculos. La intervención británica en Grecia provocó muchos comentarios hostiles: de los laboristas en los Comunes el 5 de diciembre, del Departamento de Estado norteamericano y de algunos sectores de la prensa británica. Pero los comunistas no supieron explotar sus iniciales ventajas tácticas y dejaron que los ingleses recibieran refuerzos. La suerte empezaba ya a serles adversa cuando Churchill y Eden visitaron Atenas el día de Navidad; al día siguiente se entrevistaron con los dirigentes del K.K.E. A pesar de la advertencia de Churchill de que había ido a Grecia «con el conocimiento y la aprobación del presidente Roosevelt y el mariscal Stalin», los dirigentes del K.K.E. se negaron a admitir que se encontraban aislados diplomáticamente y presentaron unas demandas inaceptables para los británicos.

La prueba de que en aquellos momentos la Unión Soviética no deseaba apoyar a los comunistas griegos está avalada por el nombramiento, el 30 de diciembre, de un embajador soviético cerca del Gobierno de Atenas. Los dirigentes del K.K.E. no podían ya dejar de ver que Moscú desaprobaba la insurrección. Por su parte, el propio Churchill hizo algunas gestiones para conciliar ciertos sectores de la opinión pública. Estaba ya convencido de la necesidad de celebrar un plebiscito antes de la vuelta del Rey, y el 31 de diciembre hizo nombrar regente al arzobispo de Atenas, Damaskinos. Papandreu fue invitado a dimitir, y cedió el puesto a Nikolaos Plastiras, un general con largo historial de simpatías republicanas.

Los comunistas continuaron luchando hasta el 11 de enero de 1945, cuando se vieron obligados a pedir una tregua al general Scobie. Un mes después, se firmó en Varkiza, cerca de Atenas, un acuerdo que, entre otras cosas, preveía una amnistía para los dirigentes comunistas acusados de delitos políticos, la promesa de un plebiscito sobre la cuestión de la monarquía, y otras reformas de carácter más general. A cambio, el E.L.A.S. debía deponer las armas.

El acuerdo de Varkiza abrió un período de desórdenes en vez de señalar el final de un capítulo de luchas. Comenzaron inmediatamente los disturbios por la forma de gobierno que el país debía adoptar. Cuando finalmente, el 31 de marzo de 1946, se celebraron las elecciones, los comunistas y otros grupos izquierdistas las boicotearon y, con una afluencia a las urnas del 60 por ciento, el Partido Populista (monárquico), dirigido por Konstantinos Tsaldaris, obtuvo 231 de los 354 escaños del Parlamento.

Tsaldaris entró en funciones en abril. A pesar de que durante la insurrección de diciembre los comunistas se habían vuelto odiosos con los desmanes cometidos, mucha gente volvió no obstante a poner sus esperanzas en el E.A.M. al ver que el país no daba muestras de liberarse de



Arriba: **el general Delvoie, miembro de la comisión de encuesta de la O.N.U., fotografiado en 1947 junto a un grupo de guerrilleros y, sobre todo, guerrilleras.**
Abajo: **comunistas apresados por las tropas del Gobierno en la batalla de Alevitsa (1949).**



las luchas e intrigas políticas que le agitaban desde los tiempos anteriores a Metaxas. El E.A.M. creyó, por lo tanto, que se le presentaba una nueva oportunidad para conquistar el poder, tanto más cuanto que se observaba ahora un cambio en la actitud de los rusos. En efecto, en enero de 1946, el Gobierno soviético, en la primera reunión del Consejo de Seguridad de la O.N.U, pidió la retirada de las tropas británicas y rehusó participar en la supervisión internacional de las elecciones griegas de marzo.

En mayo de 1946 se produjeron en el norte de Grecia una serie de disturbios que preludiaban el tercer intento comunista de hacerse con el poder. El 1.º de septiembre, el gobierno de Tsaldaris celebró el plebiscito prometido, y el setenta por ciento de los votantes se manifestó en favor del regreso del Rey. La popularidad de Jorge II había descendido grandemente durante la guerra, pero la monarquía conquistó nuevos adeptos cuando el pueblo acabó por convencerse de que era la mejor garantía contra la instalación del régimen comunista.

Jorge II volvió a Grecia el 27 de septiembre, pero fracasó en la tentativa de obtener de Tsaldaris la ampliación de las bases del Gobierno, con la inclusión de algunos elementos liberales. La autoridad del Gobierno en las provincias del Norte se estaba desintegrando, y varios choques habían llevado una vez más al país al borde de la guerra civil. En agosto de 1946, el Politburó del K.K.E. había ordenado a Markos Vafiadis, comandante del E.L.A.S. en el nordeste de Grecia durante la guerra, que volviese a los montes y organizara bandas de guerrilleros. En el mismo mes, el Ejército griego sustituyó a las fuerzas del orden público en la lucha contra la subversión.

En el invierno siguiente los guerrilleros se mostraron particularmente activos en el norte de Grecia, donde los comunistas vecinos de Albania, Bulgaria y Yugoslavia no sólo les procuraban provisiones sino también les permitían entrenarse en campos situados al otro lado de la línea fronteriza. En diciembre, tras una denuncia del Gobierno griego, el Consejo de Seguridad de la O.N.U. envió una comisión especial para investigar sobre la ayuda extranjera prestada a los guerrilleros. La comisión dio razón al Gobierno griego en el informe presentado, pero con el voto en contra de los miembros rusos y polacos.

En las Naciones Unidas se debatió tres veces en 1946 la situación griega. La Unión Soviética podía ya quedar al margen del asunto, dado que los Estados comunistas de los Balcanes cuidaban de apoyar a los guerrilleros griegos. En aquellos momentos, sin embargo, el Gobierno soviético empezaba ya a recelar de la política exterior de Tito y a sospechar del apoyo que con tanto entusiasmo prestaba a los insurrectos del país vecino.

El 24 de febrero de 1947, el Gobierno británico, debido sobre todo a la crisis económica que siguió a la guerra, llegó a la conclusión de que no podía permitirse mandar a Grecia tantos efectivos como hasta entonces, y puso en conocimiento del Gobierno de los Estados Unidos que a

finales de marzo retiraría de Grecia los 40.000 hombres que allí tenía el Ejército británico. El Departamento de Estado norteamericano consideraba ahora la amenaza soviética desde un punto de vista distinto al de 1944, cuando desaprobó la intervención británica. En enero de 1947 el presidente Truman había mandado ya una misión económica a Grecia para estudiar los problemas de reconstrucción de la posguerra, y ahora que los Estados Unidos eran invitados a cargar con todo el peso del apoyo a la resistencia contra la agresión comunista en Grecia, respondió el 11 de marzo con el famoso discurso al Congreso, que más tarde fue denominado el de la «doctrina Truman».

Al declarar que «la política de los Estados Unidos debe ser la de prestar apoyo a los pueblos libres que resisten a las tentativas de sojuzgamiento por obra de minorías armadas o por presiones del exterior», el Presidente estaba en realidad empujando a su país hacia una política que lo llevaba más allá de las tradicionales fronteras de influencia y lo ponía en cabeza de la lucha del mundo occidental contra el comunismo. En términos prácticos, significaba que el Congreso iba a votar casi 250 millones de dólares para la ayuda económica y militar a Grecia.

Tras la declaración de Truman y el voto del Congreso, los guerrilleros hicieron un desesperado intento de alzarse con la victoria antes de que el Gobierno Nacional pudiera servirse del apoyo prometido por los norteamericanos. Dio comienzo una verdadera guerra civil. En julio, lanzaron una fuerte ofensiva en dirección a Ianina, en el Epiro, y se aseguraron el control de una amplia zona del norte de Grecia, incluyendo la frontera. Luego intentaron por dos veces apoderarse de Konitsa, ciudad vecina a la frontera albanesa, e instalar allí su propio gobierno, desafiando así al de Atenas con una nueva forma de guerra contra una base fija, en vez de seguir la acostumbrada táctica de imprevistos ataques y rápidas retiradas.

Durante todo el 1947, esta táctica desconcertó al Ejército, cuya estrategia, basada en el principio de la «defensa estática», resultaba inadecuada para reprimir una insurrección de este tipo. El Ejército Democrático, como se llamaba el compuesto por los guerrilleros, duplicó durante este período sus efectivos y llegó a contar unos 23.000 hombres.

Los primeros envíos de los Estados Unidos llegaron en agosto, y el 18 de noviembre fue constituido un Estado Mayor conjunto griegonorteamericano.



El rey Pablo de Grecia, llegado al trono a la muerte de su hermano Jorge, en 1947, visita, junto con la reina Federica, una localidad de la Grecia septentrional rescatada a las fuerzas de guerrilleros.

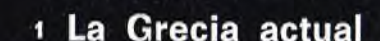
Hacia finales de 1947 llegaba la ayuda de EE. UU. en grandes cantidades, y había doscientos o trescientos oficiales que actuaban como «consejeros» de los griegos. No obstante, la guerra había de prolongarse casi dos años más, aun cuando la presencia americana y el hecho de que Stalin ya hubiese comprendido que los Estados Unidos no permitirían el triunfo de los guerrilleros, significaban ya entonces que el resultado estaba decidido.

Por otra parte, en febrero llegó a Grecia el general James A. Van Fleet, como comandante efectivo de las operaciones antiguerrilla, y se adoptó una nueva estrategia, consistente en limpiar sistemáticamente, usando una táctica más agresiva, una zona tras otra. Más o menos en el mismo período, los guerrilleros cometieron el error de adoptar métodos más consuetudinarios de ataque, precisamente cuando los adversarios podían desplegar todas sus fuerzas. Los guerrilleros estaban divididos sobre esta fundamental cuestión de estrategia y en noviembre de 1948 el general Markos, como se hacía llamar ahora Vafiadis, fue obligado a ceder la dirección superior de las guerrillas a Nikos Zajariadis, un veterano político comunista. Uno o dos meses después fue nombrado comandante en jefe del Ejército griego el mariscal Alejandro Papagos, el vencedor de la campaña albanesa de 1940-41.

Los guerrilleros estaban ahora empeñados en una lucha sin esperanza, pero es posible que se hubiesen sostenido más tiempo en las regiones montañosas del Norte, si en julio de 1949 el Presidente Tito no hubiese anunciado el cierre de la frontera yugoslavo-griega y la suspensión inmediata de toda ayuda a los guerrilleros. Aislado como estaba del bloque comunista, Tito se había sentido amenazado con la presencia de una potencia hostil en la frontera meridional. Por lo tanto se apresuró a pactar un acuerdo con Atenas.

El 16 de octubre, los comunistas anunciaron por su emisora de radio que renunciaban a la lucha para evitar la destrucción total de la patria. Había terminado la tercera fase de la guerra civil griega. Ésta había costado a las fuerzas armadas más de 21.000 bajas, entre muertos y desaparecidos, y 40.000 heridos. Unas 12.000 viviendas estaban en ruinas; más de 4.000 paisanos habían sido ejecutados por los guerrilleros, y varios otros miles, entre ellos muchos niños, habían sido capturados como rehenes y llevados más allá de las fronteras. Grecia sufre aún el legado de odio y recelo dejado por la guerra civil y por el hecho de que toda una generación creció en un período en que la lid política sólo podía ser concebida como una lucha armada.

David Phillips



1 La Grecia actual

Desde 1947 hasta 1964, año de su muerte, ocupó el trono de Grecia Pablo I, sucesor de Jorge II. A partir de 1964, el joven rey Constantino —hijo de Pablo I— había de llevar adelante un difícil reinado. En julio del año siguiente forzó la dimisión de su primer ministro Papandreu, a quien se culpaba de intentar una depuración de militares ultraderechistas. Empezó entonces un período de acusada inestabilidad política, provocada en parte por las maniobras del Rey, tendentes a impedir a toda costa la celebración de nuevas elecciones que podrían significar el retorno de Papandreu al poder y, con ello, el fin de la monarquía. Finalmente, Kanellopoulos, el primer ministro de turno, convocó para el 18 de mayo de 1967 unas elecciones que no llegaron a celebrarse, porque el 21 de abril el Ejército impuso al Rey un Gobierno presidido por un abogado, Constantino Kollis, pero con los generales Spandidakos y Patakos como ministros de Defensa y del Interior. A fines de año, fracasó un golpe de Estado intentado por el Rey aprovechando el desconcierto que produjo la política gubernamental respecto de Chipre, y el soberano refugióse en Roma y se negó a regresar, como le pedía el Gobierno. Nombrados entonces regente el general Zoitakis y primer ministro Papadopoulos, el 21 de marzo de 1972 asumió este último ambos cargos.

La situación actual de Grecia, que ha destruido todo el proceso dinástico iniciado en el país después de la guerra civil, reconoce causas variadas, algunas de ellas muy profundas: la falta de cohesión de una sociedad étnicamente abigarrada y agrupada según compromisos dinásticos y locales; la convulsión económica de la posguerra; un sistema electoral basado en la representación proporcional; el miedo al comunismo y a una nueva guerra civil; el paternalismo político; la ayuda norteamericana; el problema de Chipre, con su repercusión en las relaciones greco-turcas.

Las medidas antidemocráticas adoptadas por el nuevo régimen le han valido la enemistad de muchos países y de organismos internacionales tan importantes como la C.E.E.; las presiones exteriores, sin embargo, lo mismo que la hostilidad de gran parte del pueblo, no parecen haber de forzar, al menos por ahora, el retorno de Grecia a la normalidad política.

2

3

4



_1_ Un kiosco de Atenas expone abundantemente en 1968 para su venta fotografías de la pareja real griega, precisamente luego de su huida del país; con el fomento de la devoción a la monarquía, el régimen instaurado por los militares pensaba desmentir su indiscutible ilegalidad. _2_ El primer ministro Papadopoulos, jefe del grupo militar griego de extrema derecha que se hizo con el poder en abril de 1967. _3_ Papandreu, el viejo dirigente izquierdista griego y exprimer ministro de Constantino; detenido por el régimen militar, fue puesto luego en libertad, y falleció poco después. _4_ Un grupo de soldados y civiles griegos repatriados de Albania, donde se hallaban como prisioneros de los rebeldes comunistas, besa el suelo natal a su regreso a Grecia.

Europa en ruinas

Los estragos de la guerra no se limitaron a la destrucción de edificios, ciudades, granjas y monumentos: para millones de personas la guerra significó el fin de la civilización misma.

La Segunda Guerra Mundial, al igual que la Primera, trajo a Europa destrucción y agotamiento. El objetivo de las guerras no es el crecimiento económico ni la promoción del bienestar humano, sino la aniquilación del enemigo. En la Guerra Europea la capacidad de destrucción había alcanzado un nivel sin precedentes, sin que ello sirviera, no obstante, para hacerla más breve. Para restaurar lo destruido se hicieron ahorros estatales, se solicitaron préstamos y se cubrieron en un nivel mínimo las necesidades de la población civil.

Paradójicamente, la guerra incrementó la eficiencia económica. La producción bélica requirió la explotación de nuevos recursos, la tecnología se desarrolló mucho más rápidamente que durante la paz y los conocimientos médicos avanzaron.

Todos estos adelantos tuvieron repercusiones en el mundo de la posguerra. Cuando las luchas terminaron, Europa se encontraba exhausta; pero, contrariamente a lo que sucedió en la Primera Guerra Mundial, Francia y los Países Bajos no habían quedado asolados por una prolongada guerra de trincheras, mientras que Alemania había sufrido continuos e intensos bombardeos aéreos. Sólo en algunas zonas aisladas, como en Caen o en las Ardenas, había ciudades francesas que acusaban el paso de la guerra. La red de comunicaciones había sufrido serios quebrantos por los sistemáticos sabotajes y ataques de la resistencia francesa y los ejércitos invasores. Al otro lado del Rin, las calles del gran complejo industrial del Ruhr no eran más que barrancos abiertos por los *bulldozers* entre las ruinas. Se calcula que el bombardeo aliado sobre Alemania causó la muerte de 600.000 personas.

En el Este los estragos de la destrucción también eran considerables. Varsovia fue arrasada por los alemanes en 1944. En la Unión Soviética, la región occidental, Bielorrusia y Ucrania habían sido devastadas; Stalingrado, Minsk, Kiev y Smolensko son las poblaciones más conocidas entre las mil setecientas que fueron destruidas. Por si fuera poco, los alemanes inutilizaron en su retirada unos sesenta mil kilómetros de vía férrea.

En algunos lugares se consiguió preservar ciudades y monumentos. En Copenhague la R.A.F. atacó las dependencias de la Gestapo, pero respetó las casas de los alrededores; en Colonia las torres de la catedral emergían triunfantes de un mar de ruinas; en Italia, gracias a los esfuerzos de unos cuantos oficiales alemanes e ingleses, se salvaron los monumentos de Florencia y la antigua basílica de San Apolinar en Ravena. Pero en el frente del Este, donde se libraron los combates más feroces, no quedó piedra sobre piedra.

No sólo fueron destruidos edificios, ciudades y monumentos; para millones de personas la guerra significó la destrucción de toda una civilización. Inglaterra fue la única excepción: podía hacer frente a los nuevos problemas derivados de la guerra, con la fuerza creciente de las organizaciones laborales, la mayor intervención del Gobierno en la regulación de la vida económica, y el acceso de las mujeres a nuevas profesiones. En los demás países la guerra había desarticulado la estructura política.

La piedra clave de la sociedad la constituía el Estado nacional: un Gobierno soberano en un territorio definido, que dictaba leyes y aseguraba su cumplimiento, que protegía la propiedad y permitía el desarrollo de la industria y el comercio.

En Europa del Este esta estructura desapareció totalmente para la mayoría de la población. En la extensa llanura del norte de Europa había muy pocas fronteras configuradas por rasgos geográficos. El acuerdo de paz de 1919 —el tan difamado Tratado de Versalles— fue el único intento en la historia moderna de crear una división entre Alemania y Polonia basada en fronteras étnicas y plebiscitos. No obstante, con la cuestión del Corredor de Danzig, se encontró allí la causa inmediata de otra guerra.

Cuando acabó la conflagración, las fronteras se trazaron de nuevo por fuerza mayor. Los efímeros Estados del Báltico, Estonia, Lituania y Letonia, habían sido ocupados por la Unión Soviética en 1940. Ahora las fronteras de Polonia se desplazaban hacia el Oeste: la Unión Soviética se anexionó Koenisberg (llamada luego Kaliningrado) y parte de Prusia oriental; parte del territorio alemán se convirtió en polaco y Rusia ocupó militarmente la Alemania oriental.

Durante los primeros tiempos de la posguerra, los cigarrillos tuvieron en Alemania un valor muy superior al de algunos billetes de banco...



Este movimiento de fronteras y la instauración de regímenes comunistas aumentaròn la afluencia de refugiados expulsados de sus hogares por la guerra y las persecuciones. Tiempo después de que un precario orden político se restableciera en toda Europa, muchas de esas personas continuaron viviendo en campamentos especiales. En los primeros años que siguieron a la guerra se los podía ver deambulando penosamente por las carreteras de Alemania; no sólo carecían de hogar sino también de patria.

El Estado alemán se hundió al exigir los aliados una rendición incondicional, y la autoridad soberana de Alemania pasó a manos de los jefes aliados y sus gobiernos. El nazismo había destruido algo más que un gobierno y un Estado: el pueblo alemán se encontraba ahora bruscamente separado de su pasado inmediato; los dirigentes nazis serían juzgados, ejecutados o encarcelados; los demás miembros del Partido se afanaban por ocultar su pasado nazi; y los que habían conseguido mantenerse apartados del régimen deseaban poder borrar un episodio bochornoso de la historia nacional.

Cigarrillos como moneda

La escasez de alimentos y vestidos llegó a extremos alarmantes y el dinero perdió valor. Sólo las tropas de ocupación es-





En el caos que siguió a la derrota de su país, muchos alemanes hubieron de pasar por situaciones difíciles, menos intensamente atroces que las propiamente bélicas pero no por ello menos duras. En esta fotografía, un grupo de niños y mujeres se apiña en torno a un camión de desechos en busca de cualquier residuo: trozos de muebles aptos para combustible, cigarrillos a medio consumir o hasta quizás enteros, restos de comida más o menos comestible...



Arriba: **fotografía aérea de la ciudad alemana de Hannover en 1945; durante el peor de los bombardeos que sufrió la ciudad (19 octubre 1943) quedó destruida una extensión de seis kilómetros cuadrados y medio.** *Abajo:* **fusilamiento de un colaboracionista en un bosque próximo a Rennes (Francia) tras la reconquista de la ciudad (agosto 1944); con frecuencia, al retirarse los alemanes, la población civil se tomaba la justicia por su mano.**



taban bien alimentadas y disfrutaban de «artículos de lujo» como cigarrillos y chocolate. Los cigarrillos se convirtieron en una moneda de más valor que el de algunos billetes, y los alemanes, al fumarlos, sabían que quemaban su dinero. Se ordenó a los soldados ingleses y norteamericanos que no confraternizaran con los alemanes, pero cuando una muchacha alemana se vendía por un cartón de cigarrillos ¿era aquello «confraternizar»?

Alemania y los países que habían sido ocupados por los nazis presentaban el mayor desorden político. El llamado «Nuevo Orden» de Hitler en Europa significó que los países ocupados conservaron su personalidad gracias a los gobiernos en el exilio y a las fuerzas de la resistencia. La autoridad efectiva se dividía entre éstas y las fuerzas armadas de los nazis. Así, la sociedad francesa quedó dividida entre «resistentes» y «colaboracionistas», división agudizada por el hecho de que un Gobierno francés había firmado un armisticio con los alemanes. La misma identidad de Francia se vio amenazada cuando los que habían formado parte del Gobierno considerado comúnmente como legal eran sometidos a juicio y condenados a muerte o encarcelados. Si durante la guerra la violación de la ley era considerada un acto patriótico, cuando los alemanes se retiraron continuó floreciendo el mercado negro, con todo lo que éste significaba de desprecio a la estructura legal de la sociedad.

Estos problemas no eran exclusivos de Francia; como siempre, Francia no era más que un microcosmos de los conflictos de Europa. En cada país los colaboracionistas eran juzgados y ejecutados sumariamente, y se cometían otros desmanes, como afeitar la cabeza a las chicas que habían intimado con los soldados de la ocupación. En una sociedad tan compleja como la de Europa la vuelta a la normalidad debía ser consecuencia de la recuperación industrial.

La prosperidad de Europa dependía de las relaciones comerciales basadas en unas comunicaciones eficientes, una relativa libertad de intercambio, una banca sólida y la confianza necesaria para la inversión.

La guerra y sus secuelas destruyeron los esquemas básicos del comercio entre el Este y el Oeste (la adquisición de los productos agrícolas del Este a cambio de las exportaciones industriales del Oeste). La misma Alemania, que Keynes consideraba la cabeza del sistema económico europeo, estaba ahora deshecha, dividida y ocupada.



Escultura de Ossip Zadkine, en Rotterdam: simboliza el resurgimiento de esta ciudad holandesa tras el paso de la guerra, cuyas amplias y profundas huellas obligaron a reedificar todo el centro urbano.

Al principio las potencias ocupantes no querían apresurar la recuperación de Alemania. La U.R.S.S. se quedó con muchos equipos industriales alemanes, como reparación por los daños sufridos, para acelerar su propia recuperación. Las cuatro potencias acordaron mantener la producción alemana al cincuenta y cinco por ciento del índice alcanzado en 1938 y, cuando dieciocho meses después de acabada la guerra renunciaron a seguir esta política, la división de Alemania y de Europa ya se había consolidado. En Europa del Este la recuperación se veía frenada por los objetivos políticos de la Unión Soviética, consistentes en establecer su control en países que iban convirtiéndose rápidamente en sus satélites, tanto en el plano político como en el económico.

En Europa occidental el comercio se veía atrapado en una espiral descendente. El problema de la balanza de pagos era endémico, y las restricciones que cada país se imponía para salvaguardar su propia situación hacía que los demás resultaran perjudicados. La situación general era inestable; pero no se podía conseguir que el movimiento fuera ascendente sin ayuda exterior: había el peligro de degenerar hacia una autarquía nacional con índices de producción industrial cada vez más bajos.

Las ruinas de Europa

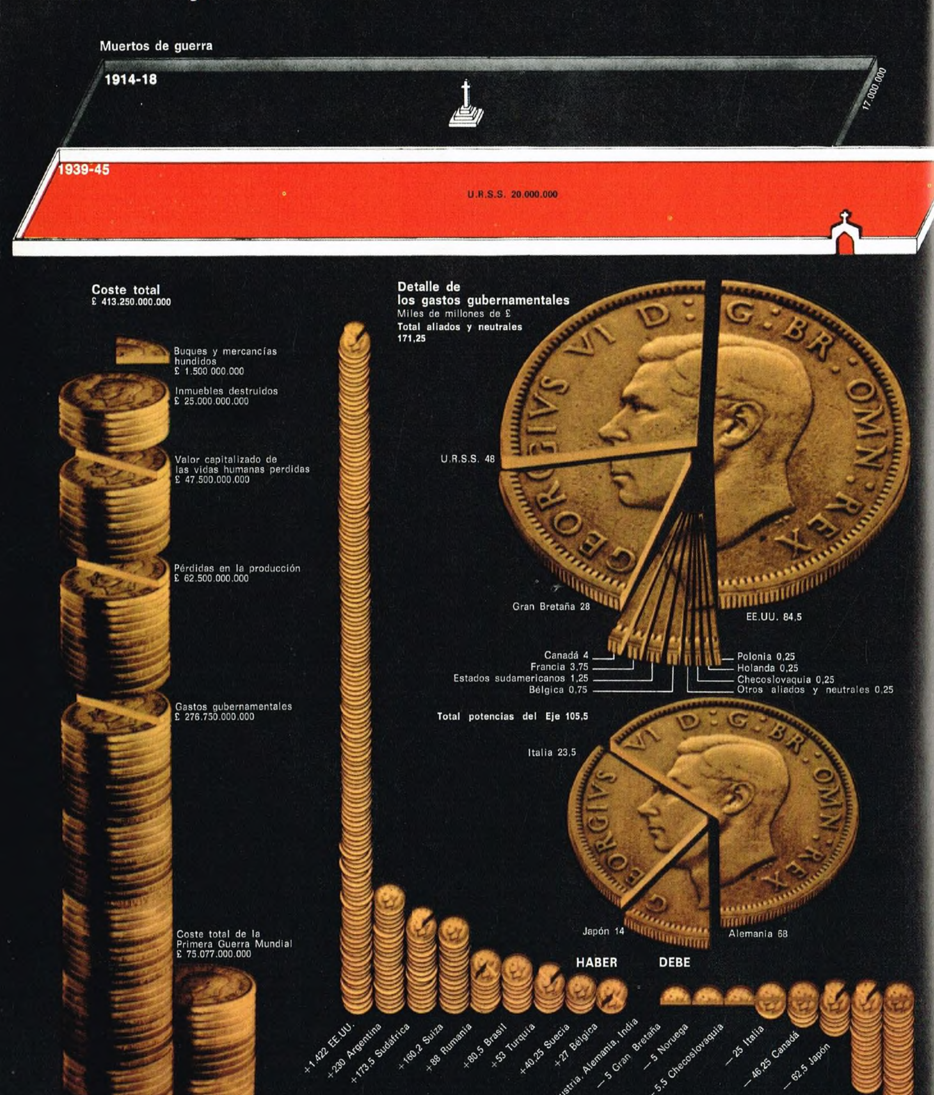
Los mayores esfuerzos de la reconstrucción en los cinco años siguientes a la guerra nacieron de estos condicionamientos. La ideología del movimiento europeo se debía en gran parte al fracaso de los Estados nacionales en asegurar la más fundamental de las necesidades del ciudadano: protección ante una invasión. El Plan Marshall, destinado a acelerar la recuperación económica europea, fue una iniciativa de los Estados Unidos. Una vez recuperada económicamente gracias a la ayuda norteamericana, Europa volvería a vivir en paz y en orden.

No obstante, cuando se alcanzó esta meta Europa no recuperó su anterior preeminencia en el mundo. El nacionalismo había quedado desacreditado por los excesos del nazismo y el fracaso de los Estados nacionales. Fuera de Europa, la marea ascendente del nacionalismo alcanzaba su punto culminante, y a las potencias europeas les era imposible restablecer su dominio imperial sobre el resto del orbe: desprestigiadas por la guerra, no podían ni material ni moralmente recurrir a la fuerza para hacerse respetar.

De este modo la hegemonía pasó de Europa a los Estados Unidos, ocupando una segunda posición la Unión Soviética, que se extendía del Báltico al Pacífico y desde el Himalaya al Círculo Polar Ártico. Europa fue reconstruida sobre sus propias ruinas; pero, una generación después de la guerra, la Europa del Este no podía escapar del dominio de la Unión Soviética, y la Europa occidental, que debía su recuperación inicial a la ayuda de los Estados Unidos, todavía no sabía qué papel iba a desempeñar en un mundo que contaba con dos superpotencias y multitud de nuevos Estados independientes.

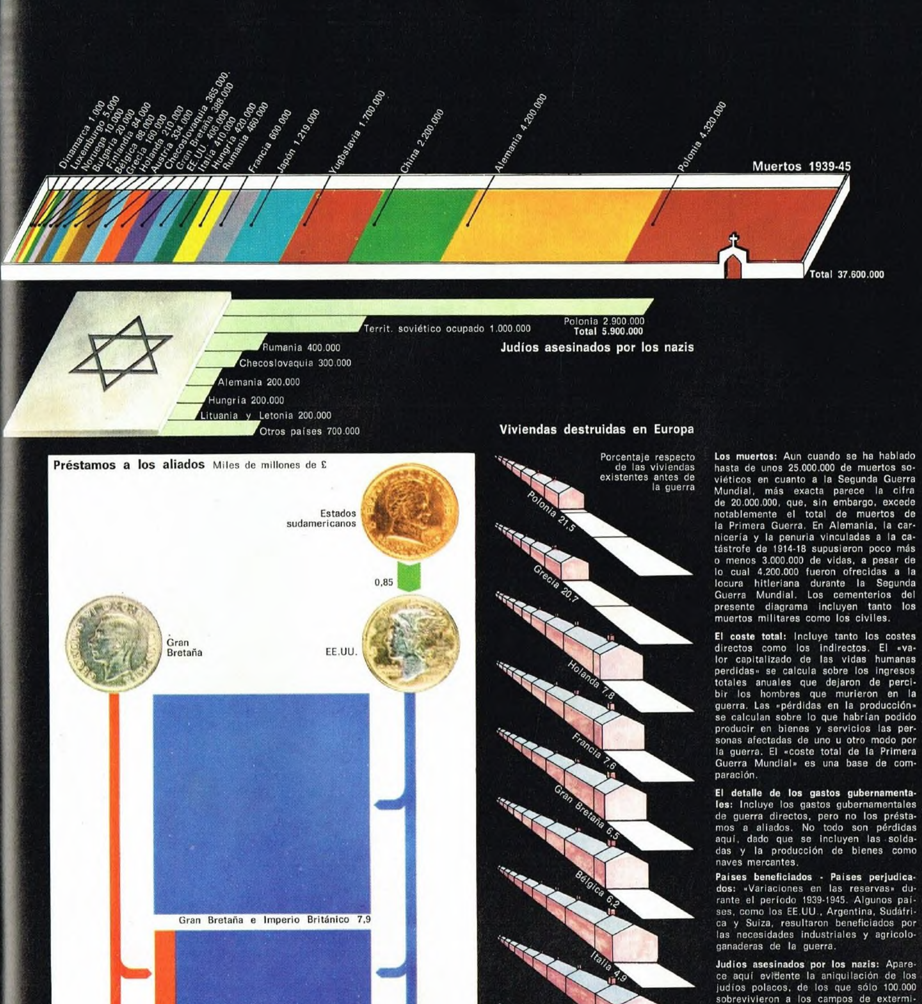
Wilfrid Knapp

Balance de la Segunda Guerra Mundial



Países beneficiados — Países perjudicados Variaciones en las reservas

Cifras en millones de £



Los muertos: Aun cuando se ha hablado hasta de unos 25.000.000 de muertos soviéticos en cuanto a la Segunda Guerra Mundial, más exacta parece la cifra de 20.000.000, que, sin embargo, excede notablemente el total de muertos de la Primera Guerra. En Alemania, la carnicería y la penuria vinculadas a la catástrofe de 1914-18 supusieron poco más o menos 3.000.000 de vidas, a pesar de lo cual 4.200.000 fueron ofrecidas a la locura hitleriana durante la Segunda Guerra Mundial. Los cementerios del presente diagrama incluyen tanto los muertos militares como los civiles.

El coste total: Incluye tanto los costes directos como los indirectos. El «valor capitalizado de las vidas humanas perdidas» se calcula sobre los ingresos totales anuales que dejaron de percibir los hombres que murieron en la guerra. Las «pérdidas en la producción» se calculan sobre lo que habrían podido producir en bienes y servicios las personas afectadas de uno u otro modo por la guerra. El «coste total de la Primera Guerra Mundial» es una base de comparación.

El detalle de los gastos gubernamentales: Incluye los gastos gubernamentales de guerra directos, pero no los préstamos a aliados. No todo son pérdidas aquí, dado que se incluyen las soldadas y la producción de bienes como naves mercantes.

Países beneficiados - Países perjudicados: «Variaciones en las reservas» durante el período 1939-1945. Algunos países, como los EE.UU., Argentina, Sudáfrica y Suiza, resultaron beneficiados por las necesidades industriales y agricologanaderas de la guerra.

Judíos asesinados por los nazis: Aparece aquí evidente la aniquilación de los judíos polacos, de los que sólo 100.000 sobrevivieron a los campos de exterminio. La indicación «otros» incluye a Dinamarca, Holanda, Bélgica, Francia, Italia, Bulgaria, Yugoslavia, Austria y Grecia.

Préstamos a los aliados: Se dan los concedidos por EE.UU. y Gran Bretaña a sus aliados. Los concedidos por Gran Bretaña a EE.UU. se denominaron «ayuda mutua» y comprendían materias primas.

Viviendas destruidas en Europa: No hay cifras exactas en cuanto a ciertos países, como la U.R.S.S. y Alemania: algunas fuentes calculan en 7.500.000 el número de viviendas total o parcialmente destruidas en estos países.

El proceso de Nuremberg

La idea de juzgar a los alemanes responsables de crímenes de guerra se fue consolidando a medida que los dirigentes aliados comprendieron que los nazis no podían ser castigados según las leyes de guerra «normales».

En octubre de 1943 los ministros de Asuntos Exteriores de Inglaterra, Estados Unidos y Rusia se reunieron en Moscú. Fruto de esta reunión era el propósito expresado en la nota de Churchill a la conferencia: «Decididamente las potencias aliadas los perseguirán [a los culpables] hasta el último confín de la tierra y los entregarán a sus acusadores para que se haga justicia.»

Sobre estas bases y con el propósito de definir una «decisión común», los aliados se reunieron en Londres en junio de 1945. El acuerdo a que llegaron el 8 de agosto constituía el estatuto del Tribunal Militar Internacional que había de juzgar a los principales criminales de guerra nazis en el Palacio de Justicia de Nuremberg, sede de las asambleas del Partido Nazi.

Los procesos de Nuremberg —trece en total— fueron en realidad una pequeña parte de la campaña general de los aliados para «desnazificar» Alemania. Sólo se juzgó a ciento noventa y nueve alemanes en Nuremberg, pero desde entonces han sido miles los juzgados, ya fuese por tribunales militares aliados, ya por sus compatriotas después de la retirada de las tropas de ocupación. El último juicio importante fue el de Eichmann, en Israel.

En la zona controlada por los Estados Unidos, cuatro millones de personas fueron sometidas a *Fragebogen*, cuestionarios destinados a sondear las actitudes políticas de los sospechosos en los quince años anteriores. Los rusos desnazificaron su zona sólo cuando lo creyeron conveniente.

Los acusados

El primero de los trece procesos de Nuremberg —el de los veintiún altos jerarcas nazis supervivientes— fue el que más acaparó la atención pública.

Los acusados habían pasado ya tres meses en la cárcel de Nuremberg. La mayoría habían llegado allí procedentes de Mondorf-les-Bains, un balneario cercano a Luxemburgo, donde habían sido concentrados bajo la vigilancia del norteamericano Burton Andrus. Fueron dividos en cuatro grupos: jefes militares, miembros del partido, funcionarios civiles, y responsables de asesinatos en masa y esclavización.

Tres de los jefes militares —el almirante Doenitz, Keitel, jefe del Alto Mando de la Wehrmacht, y Jodl, jefe del Estado Mayor— eran los líderes más destacados del último Gobierno del Tercer Reich, con sede en Flensburg y presidido por Doenitz, a quien el mismo Hitler había nombrado su sucesor. La principal misión de este Gobierno era firmar la rendición; una vez cumplida el 7 de mayo, se permitió que continuara existiendo dos semanas más, hasta que los principales dirigentes fueran trasladados a Mondorf. El cuarto jefe procesado era el gran almirante Erich Raeder, el predecesor de Doenitz en el cargo de comandante supremo de la Armada.

Entre los antiguos miembros del Partido Nazi se encontraba Goering. El segundo hombre de Alemania había sido arrestado en Berchtesgaden por mandato de Hitler, condenado a muerte por Bormann y, posteriormente, trasladado a Austria por sus guardianes, que no aceptaron la autoridad de Bormann.

Una vez en Austria, Goering prefirió entregarse a los norteamericanos antes que arriesgarse a ser capturado por algún fanático de las SS. En una rueda de prensa declaró que le sorprendía verse en la lista de criminales de guerra y nunca dio muestra de sentimientos de pena o culpabilidad.

Los restantes miembros del partido eran:

El «filósofo» del partido Alfred Rosenberg, arrestado en Flensburg, donde había intentado ocupar algún cargo de importancia con Doenitz.

El antisemita Julius Streicher, descubierto casualmente en el campo austríaco cuando un oficial norteamericano —por cierto judío— le dijo, sin sospechar nada: «Se parece usted a Julius Streicher.» «¿Cómo me ha reconocido?», replicó Streicher, creyendo que el norteamericano hablaba en serio.

Ribbentrop, el antiguo comerciante de champaña convertido por Hitler en ministro de Asuntos Exteriores (tanto él como Rosenberg, al no conseguir ningún cargo de Doenitz, habían vuelto a la vida civil en Hamburgo).

Baldur von Schirach, antiguo jefe de las

Tras su detención por los aliados, Hermann Goering tuvo que desprenderse de las medallas que intentaba seguir exhibiendo.



Juventudes Hitlerianas y luego *Gauleiter* de Viena, que había huido al Tirol. Trabajaba de intérprete para los norteamericanos hasta que finalmente se entregó él mismo. «Gracias a mí los jóvenes aprendieron a creer en Hitler —dijo—; ahora debo liberarlos de su error.»

Seyss-Inquart, dirigente nazi de Viena durante el *Anschluss* y más tarde comisario del Reich para Holanda, que había sido capturado por los canadienses.

Hess, antiguo emisario de Hitler, que fue trasladado desde Inglaterra, donde estaba retenido desde que voló a Escocia en un intento aparente de negociar la paz en mayo de 1941. Su alegato de amnesia había de ser uno de los grandes temas del juicio.

Entre los funcionarios procesados se encontraban: Schacht, presidente del Reichbank, que había sentado las bases del resurgimiento económico de la Alemania nazi. Fue rescatado de un campo de concentración en que había sido internado por orden de Hitler. Schacht no comprendía por qué se le juzgaba, y, en efecto, salió absuelto del proceso. Franz von Papen, que como canciller en 1932 había introducido a los nazis en el Gobierno para luego servir a Hitler en diversos cargos. Se le encontró escondido en un pabellón de caza de Westfalia. Albert Speer, un arquitecto que había ocupado el cargo de ministro de Armamentos, y era miembro del gobierno de Flensburg. Fue el más íntegro de todos los dirigentes nazis. Reconociendo en un momento dado los excesos de Hitler, había invalidado algunas de sus órdenes. En Nuremberg no intentó en ningún momento eludir la parte de culpa que le correspondía.

Un gesto absorto de Goering durante el proceso de Nuremberg.







Izquierda: **Hess y Ribbentrop sentados ante una mesa frugal durante su encarcelamiento en Nuremberg.** *Derecha:* **Keitel, apodado «Nickesel» («asno dócil») a causa de su actitud servil frente a Hitler.**

Continuó la ola de arrestos y otros altos cargos cayeron en la red. Entre ellos se encontraban Neurath, primero ministro de Asuntos Exteriores de Hitler y más tarde sucesor de Heidrich en el protectorado de Bohemia-Moravia; Funk, sucesor de Schacht en el Ministerio de Hacienda; el propagandista de la radio Hans Fritzsche, procesado al parecer en el lugar que su jefe, Goebbels, hubiera ocupado de no haberse suicidado; el sumiso administrador Wilhelm Frick, que había sido ministro del Interior.

Hans Frank, gobernador de Polonia durante la ocupación nazi, conocido como el «Carnicero de judíos en Cracovia», fue descubierto entre doscientos mil prisioneros trasladados por los norteamericanos cerca de Nuremberg. En medio de aquellos arrestos masivos pasaron casi inadvertidos los de Ernst Kaltenbrunner, jefe del Servicio de Seguridad, y Fritz Sauckel, encargado de reclutar la mano de obra extranjera para Alemania.

Enemigos ausentes

En el banquillo de Nuremberg iban a sentarse veintiún acusados; pero hubo muchos otros que escaparon a la justicia. Docenas de ellos se suicidaron. Entre estos últimos se encontraba el doctor Robert Ley, conocido como «el borracho tartamudo», jefe del Frente Alemán de Trabajo. Ley fue capturado, pero se ahorcó en la cárcel. En una nota de despedida escribió: «Nosotros olvidamos a Dios y por ello Dios nos ha olvidado a nosotros. ¡Alemanes, reconciliaos con los judíos!»

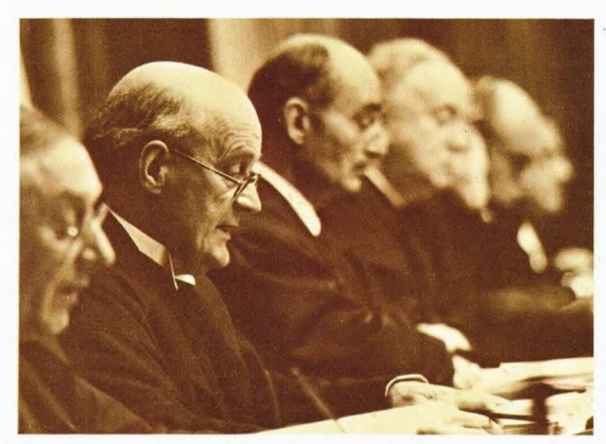
También Himmler prefirió suicidarse. El jefe de las SS, heredero forzoso de Hitler, intentó negociar la paz por su cuenta, pero fue expulsado del partido y no pudo conseguir ningún puesto en el gobierno de Doenitz. Entonces trató de escapar cruzando las líneas de los aliados. Cuando fue capturado junto con un grupo de miembros de las SS, mordió una cápsula de veneno que llevaba escondida y murió a los pocos segundos.

Otros nazis huyeron a Egipto o a Sudamérica. Uno de los casos más discutidos es el de Martin Bormann, que se había convertido en el único intermediario entre el Führer y el mundo exterior. Algunos testigos declararon que murió al intentar salir del *bunker* de Hitler, pero se ha afirmado insistentemente que todavía vive en Sudamérica. Fue condenado a muerte *in absentia* en Nuremberg. Simon Wiesenthal, director del Centro Judío de Documentación de Viena, ha declarado que tiene pruebas indiscutibles de que Bormann está en Sudamérica, pero que probablemente sólo sería posible capturarlo mediante una intervención como la del comando israelita que capturó a Adolf Eichmann. El mismo Eichmann, encargado de dirigir la «solución final», logró escapar, después de haber sido apresado, sin que se lo identificara, por los norteamericanos. Otro de los que lograron escapar para ser más tarde capturados fue Franz Stangl, un día comandante de los campos de concentración de Sobibor y Treblinka, que trabajaba en una sucursal de la «Volkswagen» en São Paulo. También se rumorea que están en Sudamérica Joseph Mengele y Heinrich Müller. Mengele era el médico principal de Auschwitz, culpable de criminales «experimentos médicos». De Heinrich Müller, jefe de la Gestapo, se perdió también todo rastro, siendo visto por última vez en el *bunker* de Hitler.

Otro de los que no comparecieron ante el Tribunal fue Gustav Krupp von Bohlen und Hallbach. Su empresa había proporcionado gran parte de las armas alemanas y estaba considerado como uno de los criminales de guerra más importantes. Pero Krupp, a sus setenta y ocho años, no podía entender los cargos que se presentaban contra él. Más tarde se juzgó y sentenció en su lugar a su hijo Alfred.

El juicio de los restantes dirigentes comenzó el 20 de noviembre de 1945. Los doscientos dieciocho días que duraría el juicio sólo fueron superados por los cuatrocientos diecisiete que duró el juicio de crímenes de guerra de Tokio.

Los cargos presentados contra los acusados eran cuatro; crímenes contra la paz,





Izquierda: **el** *Lord Justice* **Lawrence, presidente británico del tribunal de Nuremberg, lee el veredicto.**
Derecha: **John C. Woods, el verdugo norteamericano.**

consistentes en preparar e iniciar guerras de agresión; crímenes de guerra, tales como malos tratos a poblaciones civiles y a prisioneros de guerra; crímenes contra la humanidad, actos inhumanos contra grupos o naciones; y conspiración, es decir, implicación en un plan común para cometer los otros tres crímenes.

El primer día transcurrió sin incidentes. Hess leyó, y en una ocasión estalló en carcajadas al llegar a un párrafo divertido. Kaltenbrunner no compareció: había padecido una hemorragia cerebral. Ribbentrop se desmayó durante la lectura de una enumeración de las atrocidades. Los demás miraban fijamente a los cuatro jueces —uno por cada nación aliada— y a los doscientos cincuenta periodistas presentes.

Al día siguiente, el presidente del Tribunal, sir Geoffrey Lawrence, fue llamando a cada uno de los acusados para que contestara a los cargos que se presentaban contra él: culpable o inocente. Todos se declararon inocentes.

Tras las formalidades iniciales, llegó el turno al ministerio fiscal. Esta primera fase duraría hasta marzo del año siguiente, pero no había hecho más que comenzar cuando el proceso se interrumpió con la discusión sobre si Hess podía ser juzgado. Tanto Hitler como los psicólogos ingleses habían considerado que sus facultades mentales estaban perturbadas, y en Inglaterra había intentado suicidarse varias veces. Por su parte, los rusos insistieron en que se le juzgara: suponían que Hess había ido a Inglaterra para formar una coalición contra Rusia.

La parte fiscal continuó entonces su tarea de detallar toda la historia del nazismo. Gran parte de lo que ahora es historia común se reveló en Nuremberg por vez primera. Como prueba de agresión se citaron continuamente las llamadas telefónicas entre Viena y Berlín que precedieron al *Anschluss.* Por primera vez el mundo conocía la estratagema utilizada por Hitler para «justificar» la invasión de Polonia: se dieron inyecciones letales a una docena de criminales condenados, se los vistió con uniformes polacos y se los dejó muertos en la emisora alemana de Gleiwitz como «prueba» de la agresión de Polonia. Otra novedad para muchos —especialmente para los acusados— fue que el centro de la resistencia antinazi del Ejército había estado en la *Abwehr* (contraespionaje) del almirante Canaris.

Los juristas criticaron más tarde el hecho de que se ocultaran a la defensa documentos comprometedores para los aliados. Una prueba particularmente polémica fue un documento del ayudante de Hitler, Friedrich Hossbach. Se trataba del informe de una reunión que tuvo lugar el 5 de noviembre de 1937, en la que Hitler expuso a los principales dirigentes nazis sus exigencias de *Lebensraum.* Se presentaba como prueba de que ellos habían aprobado la política de agresión de Hitler. No obstante, aquellas exigencias no eran nuevas, secretas ni detalladas, y el documento presentado era un ejemplar impreso a partir de un original que había sido reproducido de memoria varios días después de la reunión. La prueba era verdaderamente deficiente, pero a pesar de todo fue aceptada.

Uno de los documentos más extraordinarios que salieron a la luz fue el codicilo secreto del Pacto Germanosoviético sobre la división de Polonia entre los dos países. Ni siquiera los fiscales rusos conocían la existencia de este documento. Se trataba de una prueba presentada por Seidl, el abogado defensor de Hess, por la cual se podía demostrar que la misma Rusia estaba implicada en una agresión de la que acusaba a los alemanes. Pero Seidl se negó a decir cómo había conseguido el documento, por lo que éste fue considerado «prueba de origen dudoso».

Semana tras semana, se fueron acumulando montones de documentos y declaraciones de testigos presenciales. Se conocieron las órdenes de Himmler de esclavizar y exterminar a las razas «subhumanas». También se presentaron los treinta y ocho volúmenes del diario de Hans Frank, una historia de asesinatos, muertes





1



2

Täuschung der Weltöffentlichkeit:

Kellog-Briand-Pakt 1928:

3



Izquierda: **caricatura soviética del banquillo de los acusados de Nuremberg.** *1* **y** *3* **Fotografías de los acusados con los cuatro cargos de la acusación: complot contra la paz, crímenes contra la paz, crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad; en los ángulos superior izquierdo y superior derecho, respectivamente, la lista de los doce condenados a muerte.** *2* **Detalles de los cargos de la acusación inherentes a la falsedad en las declaraciones y compromisos públicos: aprobación de planes secretos para el rearme; militarización de Renania tras las protestas de respeto al Tratado de Versalles; infracción del pacto Briand-Kellog de 1928, que proscribía la guerra, y al cual se había adherido Alemania.**

por inanición y exterminios que constituyeron una prueba irrefutable de la culpabilidad de su autor. Todos los horrores del dominio nazi fueron apareciendo: los campos de concentración, los experimentos, los exterminios masivos. Las palabras de Frank, que ahora estaba sumido en una histeria religiosa, resumía el sentimiento de muchos: «Pasarán mil años y aún no se habrán olvidado estos crímenes de Alemania.»

En una ocasión, Fritzsche, dolorido y lloroso, dijo al psicólogo norteamericano Gustave Gilbert, que atendía a los prisioneros: «Ningún poder del cielo ni de la tierra puede redimir a mi país de esta infamia.» La mayoría se echaban a llorar y, como Doenitz y Funk, murmuraban continuamente: «¡Terrible, terrible!»

La defensa

En marzo, los acusados subieron al estrado. Goering se defendió con astucia, negando toda complicidad en las atrocidades. Su conocimiento del partido y de la historia de éste le permitieron una y otra vez eludir las acusaciones del primer fiscal norteamericano, el juez Robert Jackson.

Fue el primer fiscal inglés, sir David Maxwell-Fyfe, el encargado de presionar a Goering y destruir su pretensión de que ignoraba las órdenes dadas por Hitler para exterminar a los judíos.

Los otros acusados fueron bastante menos teatrales. Las divagaciones de Ribbentrop mostraron sólo su sumisión a Hitler. Keitel habló de su honor y lealtad de soldado, pero se vio claramente que estaba implicado en actos deshonrosos. Speer explicó que había planeado introducir gas venenoso en el *bunker* de Hitler por el sistema de ventilación y señaló que todo el mundo era en cierto modo culpable. Schacht tenía buenas perspectivas, ya que dimitió antes de la guerra,



Goering se suicidó en la cárcel de Nuremberg el 15 de octubre de 1946, poco antes de la ejecución de las sentencias de muerte.

se pasó a la oposición y fue encarcelado. Se acusó a los altos mandos de la Armada de haber ordenado a los comandantes de los submarinos que no recogieran a los náufragos, órdenes contrarias a las «costumbres de guerra», presuntamente infringidas por Doenitz y Raeder. Por su parte, éstos podían defenderse alegando que los ingleses habían recibido órdenes similares. Hess se negó a subir al estrado. Rosenberg y Streicher, los antisemitas más radicales, negaron tener conocimiento de los exterminios.

Uno de los más siniestros episodios del proceso tuvo lugar cuando el antiguo comandante en jefe de Auschwitz, Rudolf Hoes, hizo su declaración. Al parecer, había sido llamado para exonerar a Kaltenbrunner de toda implicación en el genocidio; pero, en lugar de esto, con voz fría y reposada describió uno de los mayores excesos de la campaña de exterminio; estimó que unos dos millones y medio de personas murieron en las cámaras de gas de Auschwitz y que medio millón más murieron de hambre: un total de un setenta a un ochenta por ciento de los enviados al campo.

En julio de 1946 se pronunciaron los discursos finales y los defensores hablaron durante dos semanas más alegando que el único responsable era Hitler.

Se dedicó otro mes a procesar a varias organizaciones como el Gabinete, el Cuerpo de Jefes Políticos del Partido, las SS, la SD, la SA, la Gestapo, el Estado Mayor General y el Alto Mando. Se encontró culpables a los instrumentos de opresión —los seis primeros—; pero el problema de la culpabilidad militar era más difícil, pues a medida que fueron surgiendo los conflictos fue el Ejército el que produjo más oponentes a Hitler. El Tribunal hizo una condena colectiva, pero el Estado Mayor y el Alto Mando salieron absueltos.

El 31 de agosto se hicieron las últimas declaraciones. Goering lo negó todo otra vez. Su única inspiración había sido el amor a su pueblo. Hess hizo algunas observaciones confusas hasta ser interrumpido por el presidente. Ribbentrop dijo que esperaba que Inglaterra y Norteamérica tuvieran más éxito que Alemania en su lucha contra el bolchevismo. Keitel dijo que su lealtad había sido explotada por oscuras razones. Frank pidió a los alemanes que volvieran a Dios. Algunos jefes y funcionarios continuaron convencidos de haber cumplido con su deber. Speer predijo la destrucción que podía sobrevenir si en otra guerra se utilizaban los adelantos técnicos de los cinco años anteriores.

El 30 de septiembre tuvo lugar el juicio y al día siguiente se dictó sentencia. Tres de los acusados salieron absueltos: Papen, Fritzsche y Schacht. Hess, Funk y Raeder fueron condenados a cadena perpetua; Speer y Schirach a veinte años; Neurath a quince; y Doenitz a diez. Los demás fueron condenados a la horca.

Funk, que esperaba ser condenado a muerte, se echó a llorar de emoción. Hess siguió sin escuchar. Sauckel estaba obsesionado con la idea de que había habido un error de traducción.

Las ejecuciones habían de llevarse a cabo quince días más tarde. Cuando estaban en capilla, muchos de los acusados se volvieron a la religión. De pronto, la noche del 15 de octubre, cuando ya se había erigido el patíbulo en el gimnasio de la prisión, Goering se suicidó. Había tenido oculta una cápsula de cianuro desde su captura —como dijo en una nota dirigida a Andrus— y ahora se la había tragado.

Su muerte no alteró el horario de las ejecuciones. Poco después de medianoche, en la madrugada del 16 de octubre, Ribbentrop era sacado de su celda. «Pongo mi fe en Cristo», dijo al capellán. Se le condujo al gimnasio, se identificó claramente y subió los trece peldaños que llevaban a las horcas pintadas de negro. Los demás le sucedieron uno a uno, la mayoría diciendo alguna frase breve, unos dando las gracias al capellán o a Andrus, otros declarando su inocencia o su amor a Alemania. Streicher se negó a vestirse y se le tuvo que subir a la fuerza al patíbulo mientras gritaba: «Heil Hitler! Heil Hitler!» A las 2'30 las ejecuciones habían acabado. Se llevaron a Munich los cadáveres, incluido el de Goering, para ser incinerados y luego «esparcidos en un río de Alemania» según el comunicado oficial.

De los que no fueron condenados a la horca cuatro han muerto: Fritzsche (condenado a presidio por un tribunal alemán después del proceso de Nuremberg), Raeder, Neurath y Papen. Schacht continuó trabajando como consejero de finanzas internacionales sin retirarse del todo. Doenitz, Speer y Schirach cumplieron sus condenas. Hess, viejo y enfermo, es el último de los jefes nazis que cumple su condena en la prisión de Spandau, a cargo de las cuatro potencias.

¿Hasta qué punto eran válidos el juicio y sus resultados? Serán pocos los que discutan la justificación moral del proceso. Los crímenes eran tan enormes que no surgió jamás la idea de dejarlos sin castigo.

Pero había algunos aspectos que distaban mucho de estar claros. ¿Cómo podía considerarse técnicamente ilegal la agresión si no había una estructura legislativa que permitiera castigarla? Ninguna nación o individuo habían sido antes procesados por agresión o por romper un tratado, y la acusación de agresión fue modificada de manera que sólo pudiera aplicarse a los países del Eje. Lo que sí es cierto es que la ley se hizo a la medida del crimen y que si la situación hubiera sido a la inversa, los aliados podrían haber sido procesados por acusaciones parecidas, como la matanza de Katyn (de la que los rusos intentaron en vano culpar a los alemanes durante el juicio), las bombas atómicas y el bombardeo de Dresde.

Hubo extrañas contradicciones. Se acusó a los alemanes de conspiración para invadir Polonia, pero el Pacto Germanosoviético que garantizaba la seguridad de la operación fue totalmente ignorado.

No se juzgó a ningún italiano. Italia había cambiado de bando y procesar a un aliado hubiera posibilitado procesar a Rusia por violar su tratado de no agresión con Japón.

Fue este tipo de inconsecuencias el que dio armas a los que se quejaban de que los juicios fueron instrumentos de venganza. Goering contestó cínicamente a las acusaciones: «El vencedor será siempre el juez, y los vencidos los acusados»; pero ello no disminuye en modo alguno los crímenes de los vencidos ni la necesidad de castigarlos.

John Man

Nuevo equilibrio del poder

Al acabar la guerra los Estados Unidos eran la nación más poderosa de la tierra. Pero se daba la paradoja de que la bomba atómica era demasiado potente para correr el riesgo de usarla, de lo cual Rusia procuró sacar el máximo partido, hasta que por fin descubrió los límites de sus propias fuerzas.

Después de la Segunda Guerra Mundial los Estados Unidos ocupaban una posición de poder sin precedentes en la Historia. No era sólo el país más fuerte del mundo, sino que, además, su poderío militar superaba al de todos los demás países juntos. Una coalición universal contra este país era prácticamente inconcebible, y la certeza de su inutilidad estaba subrayada por el hecho extraordinario de que los Estados Unidos podían, sin lugar a dudas, enfrentarse y vencer a cualquier nación



Una amistad ocasional: soldados soviéticos y norteamericanos confraternizan junto al paralelo 38, en Corea; pronto, empero, este mismo país se convertiría en símbolo de la división del mundo entre dos grandes potencias antagónicas.

o coalición de naciones. Políticamente, pues, los Estados Unidos eran omnipotentes porque podían imponer su voluntad a otras naciones si querían hacerlo.

El instrumento y símbolo de este poderío era la bomba atómica. Ya habían caído dos sobre el Japón. Si fueron utilizadas entonces fue, en primer lugar, para obligar a los japoneses a rendirse, y, en segundo lugar, para obligar a los rusos a pensar en la necesidad de andar con pies de plomo en Europa. No se sabía con certeza si los norteamericanos disponían en aquel momento de más bombas atómicas, pero de lo que sí se estaba seguro era de que podían fabricar otras, y de que nadie más tenía ninguna en aquel momento. También se creía, aunque erróneamente, que nadie podría fabricarlas durante largo tiempo. La bipolaridad de poder, que se convirtió en un tópico de discusión en la década de los años cincuenta y parte de los sesenta, no existía, ni se esperaba que existiera, en 1945. En aquellos momentos el poder era un monopolio.

La gran paradoja

Con todo, los norteamericanos no podían dirigir el mundo. Podían imponer su voluntad a las demás naciones mediante una amenaza de guerra, pero no a todas ellas sin que al mismo tiempo se produjera un conflicto armado. Este hecho limitaba considerablemente el poder de los Estados Unidos y ponía de manifiesto una paradoja. El armamento nuclear, que daba a los Estados Unidos un poder sin precedentes, no podía utilizarse como las armas del pasado. Aparte de la especial repugnancia moral que suscitaba, la bomba atómica tenía efectos tan indiscriminados que podía causar daños funestos aun al mismo que la usara. Por esta razón empezó a generalizarse en los Estados Unidos la opinión de que no se podía hacer uso de una bomba así.

La bomba atómica dotó, pues, a los Estados Unidos de una fuerza inmensa que podían aplicar sólo en circunstancias limitadas; en las demás situaciones los norteamericanos debían dejar sentir su superioridad sin recurrir a las armas nucleares. Pero el poder del armamento convencional norteamericano, aunque inmenso, no operaba globalmente. Quedaba así un área de acción en la que los Estados Unidos no imperaban, un área en la que no se podían utilizar las armas nucleares porque las circunstancias no lo justificaban y en la que las armas convencionales eran ineficaces por razones geopolíticas.

Definir esta zona es tan imposible como innecesario. Lo importante es que existía, porque ello permitió a otras naciones mantener un cierto sentido de independencia.

El segundo rasgo más importante de la correlación de fuerzas de la posguerra fue que la U.R.S.S. no la aceptó. Hay dos modos de enfrentarse a una situación poco satisfactoria. La primera es aceptarla y adaptarse a ella, que es lo que hacen los hombres «prudentes». La otra es rechazarla e intentar cambiarla, lo cual siempre es arriesgado, y, a veces, heroico. Lo más probable es que en 1945 Stalin no pensara siquiera en otra solución más que en la de hacer frente al poder nuclear norteamericano con poder nuclear soviético. No podía aceptar un monopolio de los Estados Unidos en aquel terreno. Esta actitud resultaba la más fácil para él porque creía, y con razón, que aquel monopolio no duraría mucho tiempo.

Stalin acometió, pues, la tarea de transformar la correlación de fuerzas, y lo logró muy pronto.

Kruschev y Cuba

Durante este período de duración imprecisa, entre agosto de 1945 —cuando las bombas norteamericanas explotaron en el Japón— y 1949, la U.R.S.S. pudo oponerse a los Estados Unidos gracias a las limitaciones de la utilización del poder nuclear norteamericano señaladas anteriormente. Fueron estas limitaciones las que permitieron a Stalin llevar, aun antes de 1949, una política exterior independiente. El problema era calcular cuáles eran los límites. Al principio eran muy estrechos, y descubrirlo requirió mucha cautela. Después de 1945 Stalin se volvió aún más cauto que antes, pero a su muerte, ocurrida en 1953, sus sucesores se sintieron tentados e intentaron algunas maniobras arriesgadas. La más importante fue la tentativa de Kruschev de convertir a Cuba en una base rusa de missiles a pocos kilómetros de EE.UU., pero los cálculos fallaron y ello motivó la caída de Kruschev. La crisis cubana sirvió para recordar al Kremlin que, si el juego de la bipolaridad era posible, había maniobras que no lo eran.

El poder de los rusos estaba, por tanto, condicionado por el de los norteamericanos, mientras que éstos tenían su condicionamiento más inmediato en sus propias limitaciones. Ello no significa que los rusos, de estar en la situación de los norteamericanos, no hubieran tenido las mismas restricciones. En aquellas circunstancias, su problema era diferente. Su poder en relación a los demás países, exceptuando a los Estados Unidos, era de la misma naturaleza y condición que el de los norteamericanos, pero mientras éstos tenían que pensar en cómo actuar en posesión de un poder de aquella magnitud, los rusos tenían que descubrir dónde y hasta qué punto podían ejercer el suyo sin la prohibición de los Estados Unidos. Mientras aclaraban esta cuestión, los rusos descubrieron que podían hacer cuanto quisieran en determinados lugares de Europa central y del Este.

La Unión Soviética podía dominar completamente una parte de Europa, y en esta zona sólo la detuvieron las consideraciones sobre la conveniencia de hacer uso de la fuerza; la existencia de su poder y su independencia de la presión norteamericana son ya axiomáticas. El potencial ruso ha bastado también para disuadir a los Estados Unidos no sólo de atacar a la Unión Soviética sino también de entablar un conflicto abierto con ella: en gran parte del mundo, norteamericanos y rusos han ejercido su poder dentro de ciertos límites, consistentes en la determinación de no atacarse para no encontrarse en una situación que pueda implicar un conflicto más grave.

Tanto el monopolio de poder que poseían los Estados Unidos en 1945, como la bipolaridad existente entre 1945 y 1949, no se ajustaban a las formalidades prescritas para la gestión de las relaciones internacionales después de la guerra ni a la teoría de la que tales formalidades habían emanado. La teoría tenía dos partes. La primera suponía que existía una armonía de intereses bajo los conflictos internacionales, y que había métodos (como por ejemplo el arbitraje) que podían resolver estos conflictos y hacer que la armonía reinara; por lo tanto, lo que se necesitaba era un aparato y unas instituciones mediante las cuales se pudieran utilizar estos métodos. En segundo lugar, la teoría consideraba que se podían evitar los conflictos organizando a las naciones de tal modo que un número abrumador de ellas pudiera disuadir a cualquier agresor de atentar contra la paz. La Organización de las Naciones Unidas, al igual que la Sociedad de las Naciones que la precedió, fue creada con estos supuestos como base: la existencia de medios para prevenir los conflictos y un sistema de seguridad colectiva por si fallaban esos medios. Estas teorías llevaron a la creación del Consejo de Seguridad —al cual se encomendó la responsabilidad primordial de



Bienvenida a las tropas soviéticas en Ostrawa (Checoslovaquia occidental), en mayo de 1945. La ocupación de la Europa oriental por la U.R.S.S. dio paso a la postura soviética de fuerza en el mundo de la posguerra.

preservar la paz y resolver las disputas—, que estaba dominado por las cinco grandes potencias: los Estados Unidos, la U.R.S.S., Inglaterra, Francia y China.

Pero la confrontación entre rusos y norteamericanos negó todos los supuestos mencionados y la organización se convirtió en un absurdo. No se podía, en un mundo con dos superpotencias, movilizar a un grupo de naciones para frenar las amenazas de cualquier país que intentara alterar seriamente la paz. Una movilización así era posible cuando se trataba de hacer frente a situaciones de poca importancia, cuyos desenlaces no representaban una amenaza peligrosa. Por otra parte, las principales disputas de la esfera internacional se mantuvieron al margen de la ONU, y el Consejo de Seguridad se convirtió durante un tiempo en un reflejo de la guerra fría, siendo sus miembros meros observadores de una situación mundial en la que no podían intervenir.

Se puede considerar a la ONU como un intento de hacer soportable el desagradable hecho de que las grandes potencias fueran únicamente dos. Para conseguirlo, la ONU, obrando un tanto a la ligera, equiparó Inglaterra, Francia y China a los dos gigantes y, por desgracia, eliminó así el concepto de potencia media. Dejaba además de lado a Alemania y Japón, que no estaban muertas ni eran despreciables. La ONU, nacida de una asociación de varias naciones aliadas para derrotar a Alemania y al Japón, no podía admitir al principio a estos dos países en su seno. Pero debió tenerse en cuenta que, en cuanto a poder, ambos países habían sido los dos fenómenos más importantes de fines del siglo XIX y principios del XX. En 1945 Alemania y Japón estaban totalmente exhaustos, pero en el espacio de una generación adquirirían la capacidad, aunque no el derecho, de convertirse en potencias nucleares, no de la misma categoría que los Estados Unidos o la Unión Soviética, pero sí de la de Inglaterra y Francia.

En 1945 se concedió a China la categoría de gran potencia y, por lo tanto, un puesto permanente y derecho de veto en el Consejo de Seguridad, por dos razones erróneas: por su pasado y por su supuesto futuro. La historia y las dimensiones de China eran tan impresionantes que parecía imposible asignarle un puesto inferior. Además, había estado con los aliados durante la guerra y había luchado durante más tiempo que ningún otro país: desde 1931 o, en un sentido más amplio, desde 1894, año en que comenzaron las invasiones japonesas que fueron definitivamente rechazadas en 1945. Sin embargo, por entonces China no era en realidad una gran potencia.

El nuevo Gobierno francés intentaba recobrar el *status* y poderío de Francia por medio de la diplomacia, la unidad nacional, y la reforma y rehabilitación económicas. De Gaulle creía que conseguir los símbolos de poder significaba recuperar su sustancia. Los símbolos eran la participación en la administración de Alemania junto a los Estados Unidos, la U.R.S.S. e Inglaterra, y un puesto permanente en el Consejo de Seguridad. Ambas cosas se consiguieron en seguida, y una de las consecuencias de este éxito inmediato fue la desaparición en el vocabulario político del concepto de potencia media. De Gaulle estaba preparado para hacer de Francia el campeón de las potencias medias si ello hubiera sido un paso necesario en sus planes de recuperar el *status* de gran potencia. Pero cuando se vio admitido definitivamente en el círculo selecto de éstas, perdió todo interés por las demás y no volvió a haber nadie que recordara al mundo que la potencia media, aunque nunca reconocida constitucionalmente en la Sociedad de las Naciones, sí había sido considerada y valorada en la práctica por la elección constante de países como el Canadá y Brasil como miembros del Consejo de la Sociedad. La escena internacional permitía en 1945 dos categorías tan sólo: los grandes y el resto.

Pero aunque ya había borrado su derrota y humillación de 1940, en 1945 Francia no era materialmente una gran potencia. El país estaba dividido internamente por



La población de Tokio despide a MacArthur, jefe supremo aliado en el Japón, en 1951. La presencia de los EE.UU. en el Extremo Oriente, a veces deseada como freno a los avances del comunismo, fue un aspecto del acrecentado poderío norteamericano.

las enconadas disputas sobre quién era el culpable de la derrota de 1940. Una de las cosas por las que Francia ha de estar agradecida a De Gaulle es el que se opusiera y acabara con las recriminaciones contra los colaboracionistas, que habían dado pie a miles de ejecuciones sumarias en las vísperas de la liberación e inmediatamente después de ésta. La reconstrucción económica, no obstante, exigió mucho más tiempo, y en los primeros años de la posguerra el país era débil y dependía de la ayuda exterior, a pesar de que se iban cicatrizando sus heridas sociales. La debilidad y la dependencia se acentuaron cuando se tomó la decisión de restaurar el poder imperial de Francia. La cuestión era si la Segunda Guerra Mundial había arrebatado a Francia su Imperio y la había convertido en un Estado europeo, como había sido el caso de Austria en la Primera Guerra Mundial. Con el tiempo se demostró que la respuesta era afirmativa, pero la insistencia de los políticos y generales de la IV República en suponer lo contrario acentuó la debilidad del país. También resultó afectada la política francesa, y la IV República llegó a caracterizarse por sus disensiones y su ineptitud financiera. Con todo, la industria y la agricultura francesas iban avanzando al mismo tiempo, de modo que la V República, inaugurada con la vuelta de De Gaulle en 1958, estaba en condiciones de afianzar su condición de gran potencia con la realidad de una nueva fuerza interna y el abandono definitivo de unas ambiciones imperiales anacrónicas.

El caso de Inglaterra era el más desconcertante. Había vencido y estaba más exultante que maltrecha, pero al mismo tiempo despojada de bienes valiosos y —como después se hizo evidente— inclinada a sobreestimar la disminución de sus capacidades. La disminución era real, y no porque Inglaterra tuviera que ceder parte de sus bienes de ultramar (que fueron repuestos muy pronto) sino porque había cambiado la naturaleza del poderío inglés. El poder británico se basaba en la superioridad técnica, en las reservas de capital y en la posesión imperial de la India, que con sus tropas y bases en el otro extremo del globo hacía que la metrópoli ocupara una posición única entre las grandes potencias. La guerra impulsó a los ingleses a abandonar la India, determinación sobre la que habían hablado durante varias generaciones y que la guerra había convertido en un hecho. Las consecuencias fueron muy considerables; la India significaba a la vez poder y gloria. Las restantes posesiones inglesas en Asia carecían prácticamente de significado una vez tomada la decisión de no retener la gema más brillante de la corona inglesa; el abandono de estas colonias era también cuestión de tiempo y de las circunstancias. Tampoco había tanta diferencia entre el imperialismo en Asia y el imperialismo en Africa como para que éste sobreviviera durante mucho más tiempo que aquél.

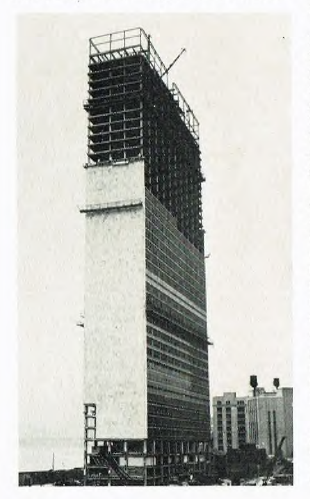
Pero aunque hubiera cambiado la naturaleza del poder de Inglaterra, éste continuaba siendo enorme. Tan inmenso era, que Inglaterra pudo convertirse en una potencia atómica sin que al mismo tiempo sus ciudadanos dejaran de disfrutar de uno de los más altos niveles de vida que se habían conocido en el mundo. Lo que al final de la guerra era todavía incierto, y considerablemente mal resuelto después, fue la ecuación entre recursos y compromisos. Una gran potencia como Inglaterra podía, si se equivocaba en la ecuación, jugar en el mundo un papel que le costara hipotecar su propio futuro. Esto es en conjunto lo que hizo Inglaterra después de la Segunda Guerra Mundial. De ahí la paradoja de poseer un gran poder por un lado y por otro ir perdiendo el prestigio, la confianza y los logros espirituales conseguidos durante la guerra. Inglaterra fue una lección de cómo se puede derrochar el poder con una mala administración.

Peter Calvocoressi

Nacimiento de las Naciones Unidas

Una vez más, la guerra hizo que los hombres buscaran los medios de organizar la paz. ¿Pero cómo podía la ONU tener éxito donde la Sociedad de Naciones había fracasado tan lastimosamente? ¿Podía el razonamiento ser un sustituto aceptable de la fuerza bruta?

Fotografía del gigantesco y, en tantos aspectos, sólo aparentemente monolítico bloque del rascacielos de la ONU en Nueva York durante la época de su erección.



La primera declaración de las Naciones Unidas se hizo pública en Washington el 1 de enero de 1942. Dado que se elaboró inmediatamente después del ataque a Pearl Harbour y la entrada de los Estados Unidos en la guerra, estaba esencialmente enfocada hacia la continuación de la lucha contra las potencias del Eje: el nombre de Naciones Unidas correspondía a la alianza que se estableció entonces. Pero también apoyaba la Carta del Atlántico del 14 de agosto de 1941, que abogaba por el establecimiento, cuando llegara la paz, de «un sistema amplio y permanente de seguridad general». En la Declaración de Moscú del 30 de octubre de 1943, Inglaterra, China, Estados Unidos y la Unión Soviética convenían en «la necesidad de establecer en el más breve plazo posible una organización internacional general, basada en el principio de la igualdad y soberanía de todas las naciones amantes de la paz, y abierta a todas ellas, grandes o pequeñas, para el mantenimiento de la paz y seguridad internacionales».

Durante los meses que siguieron a la Declaración las grandes potencias aliadas intercambiaron sus puntos de vista al respecto. Este proceso culminó en la Conferencia de Dumbarton Oaks, que tuvo lugar del 21 de agosto al 9 de octubre de 1944, en una gran casa de campo cerca de Washington. En esta conferencia, a pesar de que de todas las potencias aliadas sólo estaban representadas Estados Unidos, la Unión Soviética, Inglaterra y China, se elaboraron las principales características de la ONU tal como las conocemos hoy. Se ampliaron unos cuantos puntos más en Yalta en febrero de 1945, y el esquema resultante fue modificado en algunos detalles en la conferencia internacional que tuvo lugar en San Francisco del 25 de abril al 26 de junio de 1945. En esta última, los Cuatro Grandes presentaron sus propuestas a una asamblea de cincuenta naciones. En sus comienzos, pues, la ONU fue una organización creada por y para las superpotencias.

La nueva organización adoptó en gran parte la estructura de la anterior. Así, en Dumbarton Oaks se acordó que había de existir una Asamblea que fuera eminentemente consultiva, que se reuniera anualmente, excepto por convocatorias especiales, y un Consejo eminentemente ejecutivo que se reuniera tantas veces como fuera necesario. Al igual que en la Sociedad, debía haber unos miembros permanentes del Consejo, lo que en la práctica significaba los principales miembros de los aliados vencedores. El Tribunal Permanente de Justicia Internacional fue renovado sin ninguna alteración sustancial con el nombre de Tribunal de Justicia Internacional. También se estableció un secretariado siguiendo las mismas líneas generales de la anterior organización.

Existían dos básicos conflictos de intereses entre las potencias fundadoras, que se expresaron tanto en Dumbarton Oaks como en San Francisco. El primero tenía como protagonistas a los Estados Unidos y sus aliados por una parte, que confiaban en gozar, con el apoyo de la América Latina, de la mayoría normal. El conflicto se manifestó especialmente en las diferencias sobre el alcance y naturaleza del poder de veto dentro del Consejo de Seguridad. Esta fue la principal y única disputa de importancia que surgió en San Francisco. Los miembros permanentes no pusieron objeciones a la existencia del veto, ya que todos resultaban igualmente beneficiados; pero las pequeñas potencias se resentían de este privilegio. Había también ciertas diferencias entre los propios miembros permanentes sobre el alcance del veto. La controversia se centró en particular sobre si uno de los miembros permanentes podía evitar una investigación, alternativa a una acción de fuerza, dirigida contra él mismo. Finalmente, se llegó a un compromiso según el cual un miembro permanente no podía impedir la discusión de una reclamación contra él mismo, pero podía evitar que se iniciara otra acción que pudiera, por una «cadena de acontecimientos», culminar en peticiones de medidas más severas.

El otro conflicto básico de intereses era el existente entre las grandes potencias y las pequeñas; o mejor dicho, entre los miembros permanentes y el resto. Las naciones restantes estaban enormemente interesadas en reducir los poderes del Consejo de Seguridad y en aumentar los de la Asamblea y, de ser posible, en disminuir

el alcance del poder de veto. Estas diferencias persisten en la actualidad.

En aquellos momentos, cuando se conseguía la victoria sobre Alemania, estos dos conflictos no provocaron serios desacuerdos. El anteproyecto elaborado por los Cuatro Grandes permaneció inalterado en sus puntos esenciales. Incluso en lo tocante al colonialismo, el único tema sobre el que no habían llegado a un acuerdo previo y en el que la gran mayoría, incluso la Unión Soviética y los Estados Unidos, podían coincidir, las naciones con posesiones coloniales pudieron proteger considerablemente sus intereses.

La organización que así nació, si bien heredaba la mayor parte de su estructura básica de la Sociedad de las Naciones, difería también de ésta en aspectos muy significativos. Se asignó al Secretario General el poder de llamar la atención del Consejo de Seguridad sobre cualquier amenaza para la paz y seguridad internacionales. Se hizo una división más estricta entre las tareas del Consejo y las de la Asamblea, y se confió al Consejo de Seguridad la responsabilidad «primordial» de mantener la paz y seguridad internacionales. El derecho de veto, que en la Sociedad de las Naciones poseían todos los miembros, a menos que fueran parte en un conflicto, por la regla de la unanimidad, quedaba ahora reservado a los cinco miembros permanentes. En la Asamblea no había derecho de veto, y las resoluciones, que sólo tenían el carácter de recomendaciones, podían quedar aprobadas por mayoría simple, o por mayoría de dos tercios en caso de tratarse de «cuestiones importantes». Pero, sobre todo, los miembros (por lo menos los no pertenecientes al Consejo de Seguridad) aceptaban obedecer a cualquier «decisión» del Consejo de Seguridad, como por ejemplo tomar las armas contra un agresor.

Tiroteos verbales

Las cada vez más numerosas dificultades que fueron surgiendo reflejaban tan sólo la realidad del mundo de la posguerra. Las primeras diferencias de la posguerra se intensificaron en algunos aspectos, ya que la ONU proporciona una tribuna pública en la que, a la luz de una publicidad perpetua, los gobiernos pueden apuntarse tantos a sus anchas, utilizando para ello proyectiles verbales que resultan menos peligrosos que las bombas y las balas. No hubo tema alguno en el que las superpotencias no intervinieran de un modo u otro: en Grecia, en China, Irán, Corea, Berlín, Alemania... y casi invariablemente en franca oposición. Es más, mientras los Estados Unidos y otras potencias occidentales consideraban el derecho de veto como un mero recurso para casos extremos, la Unión Soviética lo consideraba como un arma diplomática normal para impedir que la Organización tomara ninguna decisión sobre cualquier tema, por remoto que fuera, con el que estuviera totalmente en desacuerdo. Por esta razón, cuando surgía cualquier cuestión que afectara los poderes relativos del Consejo de Seguridad y la Asamblea, los EE.UU. intentaban fortalecer esta última (para compensar la ineficacia del Consejo), mientras que la U.R.S.S. apoyaba el poder supremo del Consejo, donde podía imponer su veto.

La Asamblea General se reunió por primera vez en Londres el 10 de enero de 1946. Las primeras reuniones simbolizaron en realidad toda la historia de la organización en los diez años siguientes. Inmediatamente surgió entre el Este y el Oeste una disputa sobre la elección del primer presidente. Cuando se reunió el Consejo de Seguridad el 19 de enero, recibió inmediatamente una queja del Irán a causa de la ocupación de Azerbaiján por tropas soviéticas. La U.R.S.S. contraatacó acto seguido quejándose de la intervención de las tropas inglesas en los asuntos internos de Grecia.

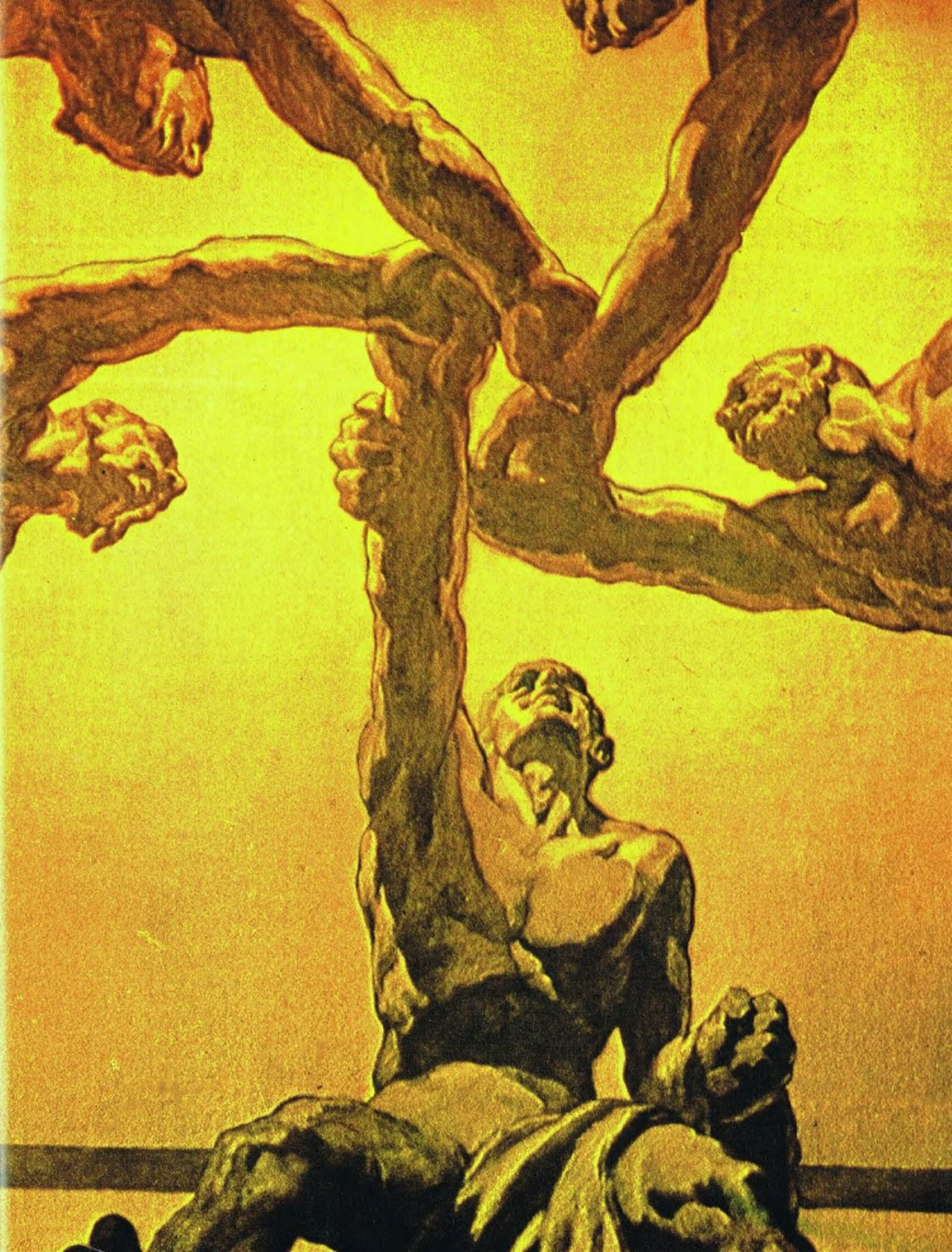
La paz caliente

Los problemas políticos que surgieron a continuación fueron más graves, porque reflejaban las características de la guerra fría que empezaba a desarrollarse. Los conflictos sobre el Irán, el Líbano y Siria se resolvieron con bastante rapidez con la retirada de las tropas extranjeras cuya presencia había sido denunciada. Pero durante varios años la organización estuvo preocupada por el problema de Grecia, que puede considerarse típico de la época. En él concurrían dos cuestiones: la legitimidad y carácter representativo del Gobierno de Grecia, y, a partir de 1947, la actividad guerrillera contra este Gobierno, actividad que recibía apoyo del exterior. La U.R.S.S. sostenía que el Gobierno se mantenía en el poder sólo gracias a la presencia de las tropas británicas, en un principio, y, más tarde, norteamericanas. Las potencias occidentales acusaron a la Unión Soviética, y especialmente a Albania, Bulgaria y Yugoslavia, de ayudar militarmente a los guerrilleros. La cuestión básica que se discutía era si el movimiento guerrillero era esencialmente indígena o si dependía en parte o enteramente de la ayuda extranjera. Los dos bandos opuestos pidieron que se creara una comisión que, según los occidentales, debía supervisar la ayuda mandada a los guerrilleros y, según los comunistas, las ayudas económicas que recibía el Gobierno griego. Prevaleció la propuesta de las potencias occidentales y se creó una comisión que estuvo en Grecia hasta 1951.

Había también cuestiones que no estaban directamente relacionadas con la guerra fría. Las diferencias surgidas a propósito de la cuestión palestina, presentada por Inglaterra en 1947, enfrentaban a los países árabes con el resto de la Asamblea, y no al Este con el Oeste. El Comité, nombrado contra los deseos de los gobiernos árabes, hizo distintas recomendaciones. La mayoría pedía que se crearan dos Estados independientes, uno judío y otro árabe, mientras que la minoría pedía un estado federal con Jerusalén como capital. Fue la primera proposición la que se adoptó por una gran mayoría de votos en noviembre de 1947. En mayo de 1948, una sesión especial de la Asamblea aprobó las propuestas referentes a Jerusalén presentadas por el Consejo de Tutela y nombró un mediador de la ONU, en tanto que el Consejo de Seguridad creaba una comisión de paz. Después de la retirada de los ingleses y del nacimiento del Estado de Israel el 14 de mayo, y de la guerra árabe-israelí que estalló a continuación, los esfuerzos de la ONU estuvieron dirigidos a ayudar en las negociaciones de un armisticio y a supervisar la frontera mediante una organización, creada en 1949, que ha estado operando desde entonces.

En los asuntos coloniales también las dos superpotencias podían aparecer como campeones de las fuerzas anticoloniales. Fue la Unión Soviética la primera en llamar la atención sobre la situación de Indonesia, en los primeros días de la existencia de la ONU, como desquite por la cuestión de Azerbaiján; la principal exigencia era la retirada de las tropas inglesas allí destacadas. En julio de 1947, Australia y la India volvieron a insistir sobre el tema a raíz de los recientes choques entre fuerzas holandesas e indonesias. El Consejo proclamó el alto el fuego y creó luego una comisión de arbitraje, que después se llamó Comisión de la ONU para Indonesia. Pero las luchas se reanudaron

Detalle de la decoración pictórica del edificio ginebrino de la Sociedad de las Naciones, organismo que no consiguió establecer la ansiada unidad internacional aquí simbolizada.




1
ČESKOSLOVENSKO
CZECHOSLOVAKIA
2
3





4

1 **Jan Masaryk, ministro checo del Exterior, firma la Carta de la ONU el 26 de junio de 1945; Checoslovaquia fue uno de los primeros países miembros.** *2* **La bander de Israel es izada ante la sede de la ONU tras el ingreso de este país en el organismo (mayo de 1949).** *3* **Truman pronuncia un discurso ante la Asamblea General en octubre de 1945.** *4* **Los delegados proceden a votar en la Conferencia de San Francisco (abril-junio de 1945), donde se redactó la Carta de las Naciones Unidas.** *5* **Miembros de la policía militar india, parte de la fuerza internacional de emergencia enviada por la ONU a Egipto en enero de 1957 para controlar la zona del Canal de Suez tras la invasión francobritánica de 1956.**

5

y en enero el Consejo pidió que se concediera la independencia a Indonesia antes de julio de 1950.

No obstante, fueron los temas de la guerra fría los que dominaron las sesiones de todo este período. Las actitudes e intereses de la guerra fría predominaban al tratar de la reunificación de Corea, Trieste, Berlín, del golpe de Estado en Checoslovaquia, y de muchos otros asuntos de menos importancia. No se llegó a ningún acuerdo sobre Trieste hasta 1954 (y aun entonces fuera de la ONU), Checoslovaquia ni Corea. En lo tocante a Berlín, las discusiones informales llevaron al acuerdo sobre el fin del bloqueo y de otras restricciones entre las distintas zonas de Alemania. Pero ni siquiera en estas cuestiones se podría decir propiamente que la ONU había obtenido una victoria en favor de la paz. La razón de que se llegara a un acuerdo fue que el bloqueo fracasó.

Cambios de estructura

El último y más turbulento paroxismo provocado por la guerra fría en las Naciones Unidas fue consecuencia del cambio de gobierno en China y la guerra que estalló inmediatamente después en Corea. Desde la victoria de los comunistas en China, los rusos, como es natural, pidieron que los representantes del nuevo Gobierno ocuparan el puesto de China en la ONU. Al ser rechazada esta propuesta abandonaron la sala —la única vez que lo han hecho—, y por esta razón, cuando empezó el ataque de Corea del Norte a Corea del Sur, en 1950, no había ningún representante ruso en el Consejo. Sólo así fue posible que este organismo tomara una enérgica resolución por la que se exigía el alto el fuego inmediato y se recomendaba a todos los miembros que ayu-

Organización de las Naciones Unidas



Asamblea General

Tribunal Administrativo

Comités y organismos subsidiarios

Tribunal Internacional de Justicia

Consejo de Seguridad

Comisión militar

Comisión de Desarme

Organismo Internacional de Energía Atómica

Secretariado General

Fuerza de emergencia

Consejo de Tutela

Consejo Económico y Social

Organismos especiales: Fondo para la Infancia (UNICEF), Comisariado de Refugiados

Comisiones económicas regionales, Comisiones especializadas

Comisión de Coordinación, Comité de Asistencia Técnica

Agencias especializadas

Responsables ante la Asamblea
Independientes después de su elección
Autonomía de acción

Asamblea General
Discute los temas referentes a la paz y a la seguridad, al bienestar de la humanidad y a la promoción de los derechos del hombre. Recibe informes de otros organismos, aprueba el presupuesto y elige los diez miembros no permanentes del Consejo de Seguridad, los veintisiete del Consejo Económico y Social, y los electivos del Consejo de Tutela. Participa con el Consejo de Seguridad en la elección de los jueces del Tribunal Internacional de Justicia, y, previa la recomendación del Consejo de Seguridad, nombra el secretario general. En las votaciones sobre temas importantes, como recomendaciones acerca de la paz y la seguridad, elección de miembros de los organismos, admisión, suspensión y expulsión de miembros y cuestiones de tutela y presupuesto se requiere una mayoría de dos tercios; en otras materias basta la mayoría simple. Cada miembro tiene un voto.

Consejo de Seguridad
Está integrado por cinco miembros permanentes —China, Francia, U.R.S.S., Gran Bretaña y EE.UU.— y diez no permanentes, elegidos para dos años por la Asamblea General. Funciona permanentemente, e investiga cualquier litigio o situación susceptible de provocar fricciones internacionales. Puede proponer arreglos pacíficos y adoptar medidas y sanciones, militares o no.
El Consejo de Seguridad delibera y actúa en nombre de todos los miembros de la ONU, cada uno de los cuales debe acatar sus decisiones y poner a su disposición, en caso necesario, las tropas, la asistencia o las facilidades requeridas para el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales.
En las votaciones se requiere una mayoría de nueve votos, excepto sobre cuestiones de procedimiento.
Existe, acerca del voto, otra norma particularmente importante: ningún país, ya sea miembro permanente del Consejo o no, puede utilizar su voto cuando el tema en discusión es el arreglo pacífico de un litigio en el cual dicho país se halla directamente implicado.

Consejo de Tutela
Está integrado por miembros de la ONU que administran territorios en nombre de ésta, miembros permanentes del Consejo de Seguridad que no administran tal suerte de territorios, y otros (elegidos para tres años por la Asamblea General) hasta el número requerido para que haya tantos países con administración confiada como sin ella.

1945 — En 1945, poco más de la mitad de la población mundial estaba representada en la ONU

1972 — En 1972, sólo una vigésima parte de la población mundial no estaba representada en la ONU

ONU — ONU

Proporción de la población mundial representada en la ONU

Países no representados:
Suiza
Rep. Federal Alemana
Rep. Dem. Alemana
Corea del Norte
Corea del Sur
Vietnam del Norte
Vietnam del Sur
Rep. China (Formosa)

Secretariado General
Servicio civil internacional permanente, y principal organismo administrativo de la ONU. Funciona bajo la dirección del secretario general. El primero que ocupó este cargo fue el noruego Trygve Lie, nombrado el 1-2-1946 para un periodo de cinco años, ampliado luego por tres más.
Pedida la dimisión de Lie en 1952, sucedióle en 1953 el sueco Dag Hammarskjold, que en 1957 fue propuesto para un segundo mandato de cinco años, iniciado el 10-4-1958 y truncado en septiembre de 1961 por un accidente de aviación que le costó la vida (el trágico percance se produjo mientras Hammarskjold intentaba imponer la paz en el ex Congo Belga).
El 3-11-1961 el birmano U Thant fue nombrado secretario interino, y en noviembre de 1962 quedó confirmado en el cargo. El 1-11-1962, al término de su primer mandato de cinco años, la Asamblea General concedióle otro, que se extendió hasta el 31-12-1971. El actual secretario es el austríaco Kurt Waldheim.

Tribunal Internacional de Justicia
Principal organismo judicial de la ONU, integrado por quince jueces pertenecientes a distintos países y elegidos por la Asamblea General y el Consejo de Seguridad. Una vez nombrados, tales jueces disfrutan de una total independencia. El Tribunal juzga acerca de cualesquier litigios legales surgidos entre los Estados miembros, y dictamina sobre todas las cuestiones jurídicas de la ONU.

Consejo Económico y Social
Está integrado por veintisiete miembros, nueve de ellos elegidos anualmente por la Asamblea General y para un trienio.
Estudia y aconseja acerca de cuestiones de economía, sociología, enseñanza, higiene, derechos humanos y otros aspectos vinculados al bienestar de la humanidad. Establece comisiones especializadas respectivamente en cada uno de los temas de su competencia y coordina las actividades de varios organismos intergubernamentales oficiales. Asimismo, presta su valiosa colaboración a distintas organizaciones privadas.

Diagrama con la estructura de la ONU.

daran a Corea del Sur. De este modo se reclutaron por primera vez unas fuerzas armadas bajo la bandera de las Naciones Unidas para luchar contra un agresor. Durante dos o tres años, antes de que las cuestiones del Oriente Medio, África y sudeste asiático comenzaran a dominar la escena, toda la Organización estuvo conmovida por las disensiones y disputas surgidas a raíz de la intervención de esas fuerzas armadas.

Ello hizo que se pidieran algunos cambios en la estructura de la Organización. Dado que los rusos recurrían constantemente al veto, se hicieron intentos de dejar de lado al Consejo de Seguridad. En 1947 se introdujo la «pequeña asamblea», en la que se intentaba encontrar un sustituto de un Consejo de Seguridad bloqueado por el veto.

Pero el cambio más radical vino después del estallido del conflicto de Corea, en junio de 1950. Con él se había demostrado lo impotente que hubiera podido ser la Organización en una situación semejante si el Consejo de Seguridad hubiese funcionado normalmente y toda acción efectiva hubiera quedado paralizada por un veto. En consecuencia, a instancia de los Estados Unidos, se aprobó en noviembre de 1950 una resolución que equivalía en realidad a la revisión de la Carta: la resolución denominada «Unidad para la Paz». El procedimiento más importante que ésta introducía era la previsión de que, en caso de que una discusión fuera vetada en el Consejo, sería posible convocar una sesión de emergencia de la Asamblea General en el plazo de veinticuatro horas para discutir aquel mismo asunto.

La verdadera innovación no consistía en la idea de la sesión especial, que ya estaba prevista en la Carta, sino en que se modificaban las funciones del Consejo y de la Asamblea en lo referente a la paz y la seguridad. Según la Carta, la Asamblea no podía ni discutir un tema del que ya se ocupara el Consejo de Seguridad (hasta ahora el Secretario General comunica a la Asamblea la lista de los asuntos que han sido tratados recientemente en el Consejo). Ya antes de 1950 se había modificado sustancialmente esta división de funciones, pero con la resolución de la «Unidad para la Paz» quedaba prácticamente anulada.

La nueva resolución alteró considerablemente los principios básicos de la Organización. La Unión Soviética tenía hasta cierto punto razón al denunciar un cambio de envergadura tal, que no se atenía a los procedimientos normales de revisión de la Carta. Pero habían sido los rusos los que, con su estrategia destructiva, habían provocado tal situación. De hecho, a partir de 1950 las actitudes de los Estados Unidos y de la Unión Soviética se han invertido. Desde principios de la década de los sesenta, debido a los cambios en la composición de la Asamblea, los Estados Unidos han estado tan interesados como la Unión Soviética en que el Consejo continúe siendo el principal organismo de las Naciones Unidas y el único que pueda actuar eficazmente en cuestiones de paz y seguridad. Por otra parte, la Unión Soviética ha comprendido el efecto contraproducente del uso excesivo del derecho de veto y sólo lo ha ejercido pocas veces en los últimos años.

Evan Luard

Indonesia independiente

Cuando los japoneses se retiraron de las Indias Orientales Holandesas, los nacionalistas indonesios aprovecharon la ocasión para proclamar por su cuenta la independencia del país. Sin embargo, debían pasar varios años y tenía que derramarse mucha sangre antes de que la anhelada independencia se convirtiera en realidad.

El presidente Sukarno recibe el doctorado ***Honoris causa*** **en la Universidad de Yakarta poco después de haber logrado Indonesia su independencia.** ***Abajo:*** **macabra colección de cráneos pertenecientes a holandeses muertos por los nacionalistas indonesios en 1946.**





La rendición japonesa al final de la Segunda Guerra Mundial suscitó una vacilante respuesta del movimiento nacionalista en las Indias Orientales Holandesas. Las dos figuras más conocidas de ese movimiento eran Sukarno y Hatta. Ambos habían comenzado su carrera política antes de la guerra con movimientos subversivos dirigidos contra el mandato holandés. Encarcelados por los holandeses, fueron puestos en libertad por los japoneses, al invadir éstos las Indias Orientales Holandesas, en 1942.

La llegada de los invasores fue bien recibida por la gran mayoría de la población indígena. El deseo de independencia y el descontento por el paternalismo holandés habían ido en aumento entre la *élite* instruida, cuyos componentes estaban dispuestos a considerar como libertadores a los japoneses. Por su parte, éstos, deseosos de corresponder al buen recibimiento, alentaron los deseos de independencia y ofrecieron elevados puestos a los dirigentes nacionalistas indonesios que desearan colaborar con los objetivos bélicos del Japón.

Sukarno y Hatta aceptaron este arreglo. Los japoneses intentaban utilizarlos para explotar el movimiento nacionalista en beneficio de los designios del Japón, mientras que los dirigentes indonesios esperaban servirse de los japoneses para la consecución de los objetivos nacionalistas. Los japoneses montaron una organización en Java y Madura, destinada a unir el pueblo indonesio a la causa japonesa. Esta organización, denominada al principio Centro del Poder Popular (Putera) y después Asociación de Lealtad Popular, estaba dirigida por el presidente Sukarno y por Hatta como vicepresidente.

Hatta se mantuvo en contacto con el movimiento clandestino de la resistencia y su jefe Sjahrir. Sukarno tuvo menos relación con la resistencia, pero, atento a la oportunidad de conseguir la independencia de Indonesia, utilizó los medios que los japoneses pusieron a su disposición, como la radio. Recorrió el país instando al pueblo a que se uniese al esfuerzo bélico y puso su excepcional talento de orador al servicio de la causa nacionalista.

Cuando se derrumbó el poder japonés, Sukarno vaciló en actuar, y sólo la presión de Sjahrir y del movimiento de resistencia le movieron a declarar la independencia de la nueva República de Indonesia, el 17 de agosto de 1945. Sin embargo, habían de pasar varios años antes de que esta independencia se convirtiera en realidad.

Las incidencias de la guerra favorecieron a los nacionalistas. La independencia de Indonesia no era el objetivo que se habían propuesto los aliados, los cuales querían que el país volviera a la situación anterior a la invasión japonesa. Lord Louis Mountbatten, comandante aliado supremo del sudeste de Asia, tenía órdenes de liberar las Indias Orientales de los japoneses... para que pudiesen volver los holandeses. Pero entre la rendición japonesa, en agosto de 1945, y la llegada del grueso de las fuerzas británicas transcurrió un período de seis semanas durante las cuales el movimiento nacionalista indonesio —en connivencia y con el apoyo de los japoneses— pudo consolidar su posición. La Milicia Territorial (Peta), que había sido organizada bajo la ocupación japonesa, fue desarrollada hasta convertirse en un Ejército. La República tomó forma y se adoptó una constitución. Sukarno y Hatta fueron elegidos presidente y vicepresidente. Se declaró a Batavia, rebautizada con el nombre de Yakarta, capital de la nueva República, y se creó una administración rudimentaria. Todo ello ocurrió antes de que los ingleses llegaran, a finales de septiembre de 1945.

Indonesia es uno de los mayores países del mundo, tanto en superficie como en población; pero las fuerzas que Mountbatten podía destinar a su liberación eran reducidas. Éstas podían imponerse a los japoneses, que ya se habían rendido, pero difícilmente cabía esperar que fueran bien acogidas por los indonesios. En consecuencia, se les ordenó que se limitaran a dos tareas primordiales: capturar japoneses y liberar a los prisioneros de guerra. Aun así, no podían evitar roces con los nacionalistas, pues muchos campos de concentración se hallaban bajo el control de éstos, y, hasta cierto punto, los presos eran





Izquierda: **jóvenes nacionalistas indonesios fotografiados en 1947.** *Arriba:* **manifestación indonesia en mayo de 1947; frente al retrato de Sukarno, las efigies de Marx, Engels, Lenin y Stalin.** *Abajo:* **«Las Indias deben ser liberadas»; sin embargo, al hablar de liberación este cartel holandés piensa únicamente en la ocupación japonesa, pero los indonesios apuntaban asimismo contra Holanda.**

Indië moét bevrijd

JAPA

NICO BROEK



Grupo de holandeses recién libertados del cautiverio sufrido en uno de los campos de prisioneros establecidos por los japoneses en Indonesia (1945); sin embargo, para tales excautivos las delicias de la libertad iban a quedar muy pronto anonadadas por el peso de la nueva lucha, la que habían de sostener contra los nacionalistas indonesios.

rehenes: los métodos violentos podían incitar a los nacionalistas a tomar represalias.

Por otra parte, la mayoría de las fuerzas aliadas procedían del Ejército indio, y el empleo de estas tropas contra un movimiento nacionalista podía muy bien tener desagradables repercusiones sobre la delicada situación de la India. Mountbatten estaba también decidido a no emprender ninguna acción que pudiera ser desfavorablemente acogida por la opinión internacional. Así pues, se hizo evidente la necesidad de entablar negociaciones con los dirigentes nacionalistas..., lo cual llevaba implícito una especie de reconocimiento político.

El Gobierno holandés en el exilio había aceptado, en 1942, la necesidad de introducir algunos cambios y proyectado una conferencia para el estudio de la estructuración de una federación asociada. Pero la declaración unilateral indonesia de independencia era una cuestión muy diferente y en modo alguno aceptable, especialmente por ser obra de hombres a quienes los holandeses consideraban colaboradores de los japoneses.

Los holandeses insistieron, pues, en su derecho de regresar a las Indias Orientales, cosa a la que los británicos tenían que acceder, y así, comenzaron a volver en pequeño número a las Indias tropas holandesas y administradores civiles. Su llegada, con la perspectiva de nuevos contingentes, provocó un endurecimiento en la actitud de los nacionalistas, que vieron amenazadas sus anteriores conquistas políticas. En consecuencia, estallaron esporádicas hostilidades —hubo un choque particularmente violento en la ciudad de Surabaya— y algunas fuerzas británicas se vieron obligadas en cierta ocasión a emplear tropas de los derrotados japoneses para controlar a los nacionalistas, acción que fue bastante mal recibida por toda la opinión pública mundial.

Los ingleses, estrujados entre nacionalistas y holandeses, deseaban fervientemente que se llegase a algún acuerdo entre ambas partes en litigio. Los nacionalistas ayudaron a abrir el camino nombrando jefe de un nuevo Gobierno a Sjahrir, persona más grata a los holandeses como negociador, puesto que no podía ser acusado de «colaboracionista».

Los nacionalistas deseaban dos cosas: el reconocimiento de la República y negociar sobre una base de igualdad. Los holandeses llegaron incluso a aceptar la creación de la República... pero sólo como un elemento de una federación de Indonesia. Finalmente, el 16 de noviembre de 1945, se llegó a un acuerdo en Linggajati. Los holandeses reconocieron la soberanía de la República sobre Java, Madura y Sumatra; por su parte, la República aceptó colaborar en la constitución de una Federación de los Estados Unidos de Indonesia, consistente en la misma República, Borneo y el Gran Oriente (que comprendía las demás islas), y en el establecimiento de una Unión Neerlandesa-Indonesia bajo una base de paridad. Pero no fue hasta marzo de 1947 cuando el acuerdo logrado en Linggajati fue firmado formalmente... tras lo cual, no tardó en ser violado por ambas partes.



En esta ilustración indonesia, pueril en su ejecución pero hondamente significativa en su fondo, una multitud de nativos se manifiesta bajo un dosel de banderas japonesas; en la otra mitad de la composición, despreciadas y hechas jirones, las dos banderas antonomásicas del «imperialismo», la norteamericana y la británica.

Recelo e irritación

Desde el punto de vista holandés, la más grave infracción del acuerdo por los nacionalistas, aparte de las violaciones de la tregua, consistía en el hecho de haberse empeñado en obtener el reconocimiento de la República por la mayor parte posible de países. Si la República había de formar parte de la Federación, destinada a su vez a formar parte de la Unión Neerlandesa-Indonesia, no había, en opinión holandesa, razón alguna para establecer relaciones independientes con los países extranjeros. Por su parte, los dirigentes republicanos se quejaron de que los holandeses habían violado la tregua y los acusaron también de establecer Estados títeres en el resto de Indonesia, con objeto de procurarse un contrapeso a la República en el seno de la nueva Federación. Incluso habían fomentado un movimiento de independencia en Java occidental, que sin lugar a dudas pertenecía a la zona jurisdiccional de la República.

Los nacionalistas se consideraban a sí mismos como los verdaderos líderes del pueblo indonesio... no sólo de la República, sino del resto de Indonesia, aun cuando, para los holandeses, estos dirigentes nacionalistas no fueran más que unos indignos demagogos. Los holandeses creían que fuera de Java y Sumatra había fuerzas antirrepublicanas que merecían su apoyo y protección. Convencidos de que el tiempo actuaba en contra suya, se decidieron a poner las cartas boca arriba, lanzando un ultimátum a la República en mayo de 1947. En julio emprendieron la primera de las denominadas «acciones de policía».

El objetivo holandés era desmantelar y reducir a la República. La acción tuvo bastante éxito en las zonas de Java y Sumatra, controladas por los republicanos, pero no logró desbaratar la resistencia nacionalista o estabilizar la situación. Los republicanos buscaron ayuda exterior y apelaron a la conciencia del mundo. Fueran cuales fuesen las cláusulas precisas del acuerdo de Linggajati, la situación aparecía como la de un país imperialista occidental que pretendía ahogar un movimiento nacionalista. Ello era un reto a la Organización de las Naciones Unidas, recientemente fundada, y era, además, un reto que la ONU podía aceptar... a diferencia de la situación paralela en Indochina, donde los franceses podían interponer su veto. Dos países en particular se adhirieron a la causa republicana; la vecina Australia y la India, que había conquistado recientemente su independencia, llevaron el caso ante el Consejo de Seguridad.

El Consejo pidió a los litigantes que establecieran una tregua mientras se buscaba una pacífica solución del litigio. Pero el alto el fuego fue pronto violado, y el asunto volvió al Consejo de Seguridad. En esta ocasión, el Consejo decidió conceder una audiencia a Sjahrir en defensa de los republicanos, a pesar de que los holandeses sostuvieron que la República no era un Estado soberano.

La siguiente moción del Consejo de Seguridad fue el establecimiento de un Comité de Buenos Oficios para servir de intermediario a ambas partes. Un miembro



Regreso de tropas holandesas a Indonesia, en 1947. En los textos pintados sobre los vagones se lee, entre otras frases: «Las Indias van a levantarse de nuevo» y «Antes muerto que rojo».

de este Comité fue nombrado por Bélgica (designado por los Países Bajos), otro por Australia (escogido por la República) y el tercero por los Estados Unidos de América (elegido por los otros dos países). Fueron también los Estados Unidos los que proporcionaron el terreno neutral, a bordo del navío *Renville*, anclado en el puerto de Batavia (la republicana Yakarta). Tras un mes de negociaciones (desde diciembre de 1947 a enero de 1948), se llegó a un acuerdo con una fórmula que parecía favorable a los holandeses.

Las líneas de demarcación territoriales reflejaban las conquistas efectuadas por su primera «acción de policía». Se confirmaba la soberanía holandesa sobre toda Indonesia hasta la formación de unos Estados Unidos de Indonesia, de los que formaría parte la República. En el ínterin, el Comité de Buenos Oficios supervisaría los plebiscitos que determinarían si el pueblo deseaba unirse a la República o a cualquiera de los otros Estados Unidos de Indonesia.

En la práctica, los holandeses procedieron a efectuar plebiscitos por su cuenta y alentaron la formación de otros Estados, como componentes de los Estados Unidos de Indonesia, instaurando un Gobierno provisional federal sin participación republicana. La respuesta de la República a esta presión ejercida por los holandeses fue establecer nuevos contactos con simpatizantes del exterior y desquitarse sobre el terreno mediante tácticas de acoso y hostigamiento. Las relaciones empeoraron progresivamente.

En medio de esta crisis cada vez más profunda, la joven República fue atacada desde el interior por una rebelión comunista que comenzó en Madiun, en septiembre de 1948. La revuelta suponía una seria amenaza para la supervivencia de la República, pero las fuerzas nacionalistas no comunistas cerraron sus filas en torno a la jefatura de Sukarno y Hatta, que era a la sazón primer ministro, y la rebelión fue sofocada por la acción militar.

Apenas habían acabado las operaciones de limpieza, cuando los holandeses lanzaron su segunda «acción de policía», pues la revuelta de Madium les hizo pensar que la República se tambaleaba y podía ser derribada. El 19 de diciembre de 1948, bombardearon Yogyakarta, adonde se había retirado antes el Gobierno, ocuparon la ciudad e hicieron prisioneros a Sukarno, Hatta y Sjahrir.

La acción holandesa provocó una enérgica respuesta de las Naciones Unidas. El Consejo de Seguridad volvió a insistir en el cese de las hostilidades y en la liberación de los prisioneros republicanos. Pero tal vez lo más importante fue la actitud de los Estados Unidos al suspender la ayuda económica a Holanda.

Los holandeses, que habían esperado poder presentar un *fait accompli*, insistieron en que fuesen creados unos Estados Unidos de Indonesia sin la República. Pero el Consejo de Seguridad no sólo rehusó la propuesta sino que amplió los poderes del Comité de Buenos Oficios, rebautizándolo con el nombre de Comité de las Naciones Unidas para Indonesia y afirmó rotundamente que no aceptaría la eliminación de la República. Los holandeses se vieron, pues, obligados a renunciar a su intento. Se reanudaron las negociaciones, y se convino en celebrar una conferencia de mesa redonda, en la cual estarían representados los holandeses, la República, y los demás componentes de los Estados Unidos de Indonesia.

La conferencia tuvo lugar en La Haya, del 23 de agosto al 2 de noviembre de 1949, y en ella se llegó a un acuerdo que iba a ser la base de la independencia de Indonesia. Se crearía una República de los Estados Unidos de Indonesia, que comprendería la totalidad de las antiguas Indias Orientales Holandesas, a excepción de la Nueva Guinea Occidental. Los holandeses accedían en transferir la soberanía a este nuevo Estado para el 30 de diciembre de 1949. Había de ser una Unión Neerlandesa-Indonesia, en la cual, bajo la presidencia de la reina de Holanda, la República de los Estados Unidos de Indonesia estaría asociada a plena paridad con Holanda.

La República de los Estados Unidos de Indonesia había de formar parte de un Estado federal compuesto por dieciséis unidades integrantes; las demás estaban representadas por los Estados que habían sido instaurados bajo los auspicios de Holanda. Al transferirse la soberanía, habían de ser retiradas de Indonesia las tropas holandesas.

El 27 de diciembre de 1949, tuvo lugar la transferencia de soberanía al nuevo Estado, siendo formalmente instaurada la República de los Estados Unidos de Indonesia. Batavia fue rebautizada ya oficialmente con el nombre de Yakarta. A excepción de Nueva Guinea Occidental, los nacionalistas habían expulsado a los holandeses de las Indias. Sus esfuerzos habían sido coronados por el éxito, pero la República, cabalgando en la cresta de la ola nacionalista y anticolonialista, no estaba dispuesta a aceptar una federación inspirada por Holanda, ni a ver a los holandeses acomodados aún en el adyacente territorio de Nueva Guinea Occidental, al que preferían llamar Irian Occidental. Los indonesios habían conseguido la independencia, pero no consideraban todavía concluida la partida.

Saul Rose

China: triunfo comunista

En 1937, sólo un pequeñísimo número de personas habrían pronosticado que, diez años después, el Partido Comunista Chino se hallaría en vísperas de una campaña triunfal que pondría el antiguo Celeste Imperio bajo su mando.

Las fuerzas comunistas se habían reagrupado en la provincia norteña del Shensi, tras la Larga Marcha de 1935, y en diciembre de 1936 se habían aprovechado de un motín del Ejército manchuriano, que se les enfrentaba en el Shensi, para negociar con Chiang Kai-chek (a quien los amotinados habían hecho prisionero en Sian, la capital de la provincia) un final de la guerra civil y una unión para resistir la invasión japonesa. Chiang tuvo que avenirse, para salvar su vida. Este resultado del «Incidente de Sian», como fue llamado, fue una de las causas que indujeron a los militaristas japoneses a provocar, al año siguiente, un conflicto total con China. Chiang, al establecer un acuerdo con los comunistas para poner fin al conflicto interior, no merecía ya ante los japoneses suficiente confianza como anticomunista. El Japón temía la fuerza de una China unida y decidió asestar el primer golpe mientras aún estaba a tiempo.

Y lo dio el 7 de julio de 1937 (el «Doble Siete», como los chinos lo llamaban) en el norte de China, cerca de Pekín. Hasta entonces, Chiang había negociado con los invasores japoneses, cediéndoles el control de las provincias periféricas, con gran indignación de los patriotas chinos. Ahora tenía la esperanza de que los progresos de la agresión japonesa a China comprometerían más pronto o más tarde los intereses de las potencias occidentales, sobre todo de los Estados Unidos, al extremo de que se verían arrastrados al conflicto. China —nacionalista— obtendría así, finalmente, poderosos aliados, y, con su ayuda, vencería.

También Mao Tse-tung acariciaba sus esperanzas: el asalto japonés destruiría al Gobierno nacionalista y a sus ejércitos y, en el vacío así creado, el Partido Comunista asumiría gradualmente el peso de la resistencia nacional y obtendría al fin los laureles del triunfo.



Soldados pertenecientes a las tropas comunistas chinas arrebatan a sus adversarios una posición atrincherada (mayo de 1949).

En los primeros años de la guerra, mientras China luchó sola, los avances japoneses fueron fulgurantes. El Norte del país fue totalmente invadido a finales de 1937. La defensa de Shanghai contuvo a los japoneses desde agosto hasta noviembre, pero finalmente los chinos hubieron de replegarse a Nankín. La ciudad cayó en diciembre y tuvo que sufrir los más terribles atropellos de las tropas niponas. En el Sur, los japoneses habían avanzado hasta Shantung, en diciembre de 1937, pero su movimiento hacia el oeste fue paralizado en el Norte por las grandes inundaciones que provocó la voladura de los diques del río Amarillo. En marzo de 1938, un cuerpo de ejército japonés que avanzaba sobre Nankín desde el Norte, fue severamente derrotado en la aldea de Taierhchuang, en Shantung. Ésta fue la única victoria sobre el terreno que pudieron anotarse los chinos. En octubre cayó en poder de los japoneses Wuhan, la capital interina. El mismo mes, otro ejército japonés desembarcó en la costa sudeste y tomó Cantón y otros puertos de mar. El Gobierno se retiró más allá de los desfiladeros del Yang-tse, a la ciudad de Chungking, en el Ssuchuan, que se convirtió en la capital del tiempo de guerra. Los japoneses tuvieron que detenerse en la entrada de los grandes desfiladeros que conducen a esa recóndita región.

En las inmensas zonas del Norte de China, invadidas pero no totalmente ocupadas por los japoneses, se derrumbó el Gobierno organizado, y las tropas guerrilleras comunistas, con base en Yenan, en la provincia del Shensi, comenzaron la tarea de infiltración y organización de la resistencia guerrillera y de las «zonas liberadas», enclaves que controlaban por completo. Durante todo el 1939 y el 1940, y hasta el estallido de la Guerra del Pacífico con el ataque a Pearl Harbour, el 7 de diciembre de 1941, el principal esfuerzo militar de los japoneses fue empleado en tratar de suprimir y destruir la creciente resistencia guerrillera. Contra las zonas donde ésta actuaba fueron lanzadas las campañas de los «tres todos» («Quemar todo, matar todo, saquear todo»). Los daños fueron terribles, pero la población rural se convenció de que su única esperanza era apoyar a las tropas guerrilleras comunistas.

Mientras el movimiento comunista y sus ejércitos guerrilleros crecían y se extendían por toda la China del Norte, los nacionalistas permanecían inactivos tras la barrera de las montañas del Ssuchuan y de los desfiladeros del Yang-tse: controlaban aún el noroeste de China, por donde recibían escasas ayudas de Rusia, y el sudoeste del país, adonde les llegaban los suministros imprescindibles de la India a través del famoso puente aéreo.

Un choque importante

Mientras, las relaciones entre comunistas y nacionalistas habían empeorado. Aún antes de Pearl Harbour, se había producido, en enero de 1941, un choque importante: fuerzas nacionalistas habían atacado y destruido en parte el nuevo IV Ejército comunista, que estaba intentando organizar la guerra de guerrillas en la región media del Yang-tse contra los invasores japoneses. Parte del nuevo IV Ejército huyó hacia el Norte, pero el incidente dejó un profundo resentimiento en los dos bandos. En los últimos años de la guerra, Chiang distribuyó algunas de sus mejores tropas a lo largo del perímetro sur de la zona-base comunista en el Shensi, para impedir la infiltración de los comunistas y también para privarles de toda ayuda exterior. Tenía ciega confianza en el poder de los Estados Unidos; todo cuanto necesitaban hacer los nacionalistas era mantenerse firmes en sus posiciones del oeste, esperar a que EE.UU. hubiese derrotado al Japón, y luego eliminar cualquier intento comunista de asumir el poder. Pero Chiang no pudo evitar el constante aumento del poder comunista, tanto en fuerzas armadas como en extensión territorial. En 1944, el VIII Ejército de la Larga Marcha contaba con 328.000 hombres y el nuevo IV Ejército con 150.000. De 914 poblaciones rurales *(hsien)* en el llamado *territorio japonés*, en marzo de 1945, cerca de 700 estaban en manos comunistas.

En el último año de la guerra, los japoneses hicieron un importante avance en el sudoeste de China para destruir las bases aéreas norteamericanas. Ocuparon gran parte de la provincia de Kueichou, pero no lograron penetrar en las montañas del Yunnan o alcanzar el Ssuchuan. Una consecuencia de esa ocupación nipona fue la proliferación de las guerrillas comunistas en una zona rural donde no habían estado activas desde antes de la Larga Marcha.

La rendición del Japón, en agosto de 1945, cogió por sorpresa a los combatientes chinos de ambos bandos. Las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki alteraron todos los pronósticos. Cuando ocupaba aún las dos terceras partes de China, con todas las principales ciudades, el Japón se rindió. Manchuria, el imperio títere del Manchukúo, fue invadido por los rusos en los últimos seis días de la guerra. Así, el mayor botín de la derrota japonesa no había caído en manos ni de los norteamericanos, ni de los nacionalistas, ni de los comunistas chinos, sino en poder de los rusos. Se planteaba por lo tanto un problema urgentísimo: cuál de los ejércitos debía aceptar la rendición de las fuerzas japonesas en las distintas regiones de China y con ello apoderarse de los grandes depósitos de armas y de muchas de las grandes ciudades.

Chiang sostenía que, como jefe del Gobierno chino, uno de los más importantes aliados de la guerra, y como comandante supremo reconocido de la Zona de guerra en China, podía pedir a las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos que trasladaran a sus hombres a las guarniciones japonesas para recibir su rendición y hacerse cargo de las ciudades. Pero esas guarniciones japonesas se hallaban en la mayoría de los casos cercadas por ejércitos guerrilleros comunistas que ya controlaban totalmente las zonas rurales y, a su vez, pretendían ser ellos quienes se encargasen de aceptar la capitulación japonesa. Esta pretensión comunista fue ignorada: la aviación estadounidense trasladó las tropas de Chiang, a las que se rindieron los japoneses, tras resistir los ataques comunistas. En respuesta, los comunistas cortaron todas las comunicaciones terrestres y cerraron el tráfico por ferrocarril y carretera a través de las regiones por ellos controladas. Ya a finales de 1945, el espectro de la guerra civil se cernía sobre la escena china. El Gobierno de los Estados Unidos intentó por todos los medios impedir tal desastre, y envió como mediador al general George Marshall.

Una invitación al suicidio

La opinión militar americana, si bien no profundamente impresionada por la calidad de las fuerzas nacionalistas, veía que eran cuatro veces más numerosas que las de los comunistas y que los nacionalistas tenían el monopolio total del poder aéreo. Los comunistas no tenían aviación. Parecía, pues, inevitable que, como parte más débil, los comunistas debieran hacer concesiones: por ejemplo, aceptar un papel secundario en un Gobierno de coalición. No obstante, los comunistas consideraron este programa como una invitación al suicidio. Con gran dificultad, el general Marshall gestionó una tregua y un acuerdo

Retrato propagandístico de Mao Tse-tung divulgado por los comunistas en el año 1949.







Izquierda: **Mao Tse-tung en 1943; esperaba que los japoneses eliminarían a los nacionalistas, lo cual le convertiría en único protagonista de la resistencia frente al invasor y le evitaría haber de compartir los laureles de la lucha.** *Derecha:* **Chiang Kai-chek en un sello de 1945; en realidad, el jefe nacionalista estaba más interesado en la derrota de los comunistas que en la de los japoneses.**

que mantenía el *status quo*, a fin de que pudiesen proseguir las negociaciones. Pero las violaciones de esta tregua fueron frecuentes por ambas partes, y muy pronto los problemas de Manchuria hicieron fracasar el acuerdo. Los rusos habían declarado que en mayo de 1946 abandonarían Manchuria, tras desarmar a las fuerzas japonesas y llevarse el grueso del equipo industrial y mucho «botín de guerra». En consecuencia, Chiang concentró tres de sus mejores ejércitos en la zona de Pekín, dispuestos a ocupar Manchuria en cuanto la abandonasen los rusos. Pero, en el ínterin, al retirarse los rusos de la zona rural manchuriana, penetraron en ella las guerrillas comunistas del noroeste de China y se apoderaron de los depósitos japoneses de material de guerra.

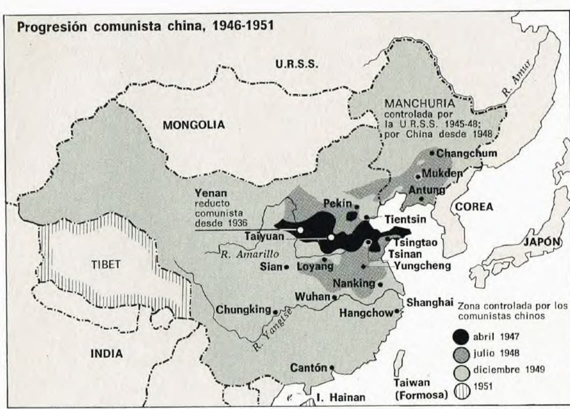
Durante los primeros meses de 1946, si bien la tregua Marshall se mantenía nominalmente en el interior de la Gran Muralla, no tenía efectividad alguna en Manchuria. En noviembre de 1945, las fuerzas nacionalistas habían ocupado la provincia de Jehol, en la Manchuria occidental. Se trataba de una medida para bloquear las comunicaciones entre Manchuria y el Yenan. En marzo de 1946, las fuerzas comunistas y nacionalistas se enfrentaron en Mukden, en el Shenyang, apenas hubieron salido los rusos. En abril, los ejércitos comunistas se apoderaron de Changchun, la antigua capital del Manchukúo, al evacuarla los rusos, y aquel mismo mes consiguieron reemplazarlos en toda la inmensa zona del norte de Manchuria, que comprendía las provincias de Heilungkiang y Kirin. Al mes siguiente, los nacionalistas pudieron arrojar a los comunistas de Changchun y Kirin, pero fueron incapaces de penetrar en la región más norteña. En junio de 1946, la guerra civil se extendía por Manchuria; al mismo tiempo, rota la tregua en la misma China, comenzó una guerra civil general que no tardó en extenderse a todas las regiones.

En opinión de sus consejeros militares norteamericanos, el general Wedemeyer y sus sucesores, Chiang Kai-chek cometió un error fatal intentando ocupar Manchuria cuando no controlaba todavía las comunicaciones terrestres entre Nankín y el Norte de China. Las comunicaciones nacionalistas con la región de Pekín y con Manchuria se efectuaban por mar o por aire. Chiang tenía que haber despejado de comunistas el Norte de China, para penetrar luego en Manchuria. Sin embargo, Chiang estimaba que debía poseer Manchuria y también el Norte de China; intentó obtener ambas de golpe, pero no contaba con fuerzas idóneas para lograr su intento, y así perdió la guerra.

La guerra civil se reanudó en junio de 1946. Los nacionalistas intentaron conquistar la provincia de Shantung y abrir el enlace ferroviario desde Nankín a Pekín, pero fracasaron en su objetivo. Los comunistas, mandados por el general Chen-Yi (a la sazón ministro de Asuntos Exteriores de la República Popular), evitaron las batallas campales, dejaron desiertas las ciudades, continuaron manteniendo interrumpidas las comunicaciones y contuvieron la ofensiva de los nacionalistas. Aparentemente éstos conseguían unos éxitos impresionantes: avanzaron al nordeste de Pekín, hasta la Mongolia Interior, y en marzo de 1947 capturaron la capital comunista del tiempo de guerra, Yenan, hecho que fue proclamado como de excepcional importancia y que impresionó al mundo entero. Pero, en realidad, esta ciudad no fue defendida, pues los comunistas habían trasladado ya su administración y sus principales fuerzas al Honan y al Shantung, donde bloqueaban las únicas vías férreas que conducían desde el Yang-tse a Pekín y Manchuria.

Desde enero a junio de 1947, los nacionalistas estuvieron empeñados en violentas batallas con los comunistas en Manchuria del Norte, en torno a Kirin. En mayo sufrieron una severa derrota, y en junio los comunistas ocuparon la parte sudeste de Manchuria, la península de Liaotung, con las ciudades de Antung y Liaoyang. A finales de 1947, los ejércitos nacionalistas de Manchuria tenían que recluirse en las principales ciudades, pues ya no eran capaces de disputar el terri-





Izquierda: **fotografía tomada en 1948 por el famoso reportero gráfico Henri Cartier-Bresson, que en ella presenta, como antítesis entre la vieja y la nueva China, a un anciano letrado confucionista sobre un fondo de jóvenes reclutas del ejército de Mao Tse-tung.**
Derecha: **mapa de las conquistas territoriales progresivas del comunismo chino durante la guerra civil con los nacionalistas.**

torio rural. Por el mismo período, fracasó completamente el segundo intento de los nacionalistas de conquistar el Shantung, y los comunistas ocuparon casi toda la provincia del Shansi, excepto su capital, Taiyuan. En agosto de 1947, los ejércitos comunistas lanzaron una contraofensiva que penetró hasta las montañas que dividen el Honan del Hupeh, donde establecieron una nueva base. También avanzaron hacia el sudeste, en dirección a Nankín, y expulsaron a los nacionalistas del Shantung. El intento de reapertura de las comunicaciones terrestres con el Norte de China había fracasado por completo; los nacionalistas habían perdido territorios que controlaban en 1946, y sus ejércitos de Manchuria estaban siendo cercados en las dos grandes ciudades de Changchun y Mukden. No obstante, a pesar de sus grandes pérdidas, a fines de 1947 las fuerzas nacionalistas duplicaban aún las de sus adversarios, y disponían todavía del dominio total del aire. Por otra parte, las ineptas acciones políticas de los nacionalistas, el despilfarro económico y la corrupción del Ejército socavaban la moral. Todos sabían ya que mientras las fuerzas comunistas estaban magníficamente disciplinadas y trataban a la población con escrupulosa honestidad y rectitud, las nacionalistas recurrían al saqueo y al pillaje. En 1946, todos los observadores creían que la guerra civil china debía ser zanjada mediante una paz de compromiso, pero a finales de 1947 todo el mundo estaba convencido de que su final sería una completa victoria comunista.

Parece que Chiang creía sinceramente que, si la situación se tornaba realmente peligrosa, los Estados Unidos acudirían en su ayuda para que pudiera restablecerse el equilibrio. Pero Norteamérica había licenciado sus ejércitos, y no estaba dispuesta en modo alguno a embarcarse en otra gran guerra en Asia. Por otra parte, Chiang parecía estar gobernando todo el territorio chino, cuando, de hecho, su posición estaba amenazada por la corrupción, la infiltración y una declinante moral. Tan sólo era necesario un fuerte empujón para derrumbar todo el destartalado edificio.

Los últimos golpes decisivos

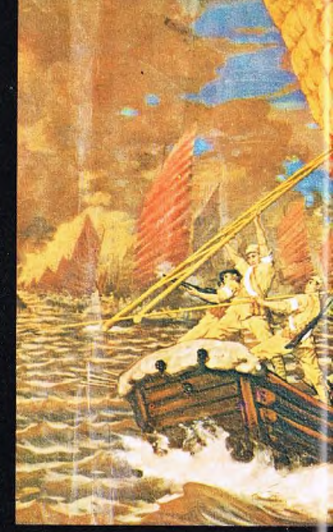
Lin Piao, considerado el heredero político de Mao Tse-tung, era a la sazón el comandante en jefe comunista en Manchuria. A comienzos de enero de 1948, desencadenó su ofensiva principal contra las restantes plazas fuertes nacionalistas, no tardando en tomar Kirin y el importante empalme ferroviario de Ssupingkai. Con la pérdida de estas dos localidades, las fuerzas nacionalistas quedaron sitiadas en sus dos principales ciudades de guarnición, Changchun y Mukden. Las fuerzas así confinadas durante el verano eran muy numerosas, y como su abastecimiento sólo podía ser efectuado por el aire, era evidente que de no ser liberadas antes del invierno se verían forzadas a rendirse. Por lo tanto, Chiang Kai-chek debía hacer un esfuerzo supremo para socorrerlas mientras durase el buen tiempo. La única solución era desembarcar tropas en la costa sudoccidental de Manchuria, en el pequeño puerto de Hulutao, e intentar, con la cooperación de la guarnición de Mukden, la reapertura de las comunicaciones ferroviarias desde esa ciudad a Hulutao. También podía utilizar el puerto de Yingkou, al otro lado del golfo de Liaotung, que enlazaba por ferrocarril con Mukden. La distancia no era mayor, pero el Mando nacionalista prefirió aplicar su principal esfuerzo en el sector occidental, con la esperanza de despejar la línea férrea directa entre Pekín y Mukden. Este plan requería que las fuerzas nacionalistas mantuviesen la importante ciudad de Chinchou, entre Hulutao y Mukden. Chiang comenzó a concentrar en Hulutao una fuerza de once divisiones, algunas de las cuales constituían el cuerpo escogido, entrenado y equipado por los norteamericanos y que ya había combatido en Birmania.

Entretanto, en el interior de la Gran Muralla la primavera de 1948 vio el rápido declinar de la situación nacionalista en la China central. En marzo, las fuerzas co-

munistas volvieron a tomar el Yenan y empujaron a las fuerzas nacionalistas hacia el sudoeste, pero no lograron avanzar hasta el Ssuchuan. En abril penetraron en el Honan, partiendo de su base situada en la provincia del Shansi, tomaron Loyang, la capital, y en mayo infligieron una severa derrota a los nacionalistas en Kaifeng, capital del Honan oriental, que ocuparon temporalmente. En esos meses, los comunistas, no preocupados ya por el poderío nacionalista en las provincias del valle superior del río Amarillo, trasladaron el grueso de sus fuerzas hacia el este, a la China central, donde esperaban enfrentarse y destruir las ingentes fuerzas nacionalistas al norte de Nankín. El 24 de septiembre tomaron por asalto la capital del Shantung, Tsinan; fue ésta en realidad la primera gran ciudad tomada y mantenida por los comunistas, que ahora estaban pasando claramente de la lucha guerrillera a las batallas campales entre grandes formaciones.

Al avanzar el otoño, los nacionalistas mantenían aún Mukden y Changchun en Manchuria, Pekín y Tientsín y el territorio que se extendía entre ambas ciudades en el Hopeh, así como la mayor parte de China al sur de la vía férrea de Lung-Hai y el río Huai, que formaba una línea este-oeste desde el mar hasta la vía férrea Pekín-Hankou, en el Honan. Fuerzas nacionalistas poco entrenadas resistían aún en las provincias occidentales y noroccidentales. A comienzos de octubre, Lin Piao atacó Chinchou en Manchuria, y obligó a la guarnición de la plaza, compuesta por 100.000 hombres, a entregarse con armas y bagajes. Chiang se dio cuenta entonces de que, a menos de hacer un último intento para abrirse un paso para Mukden, estaba sellado el sino de sus ejércitos de Manchuria, compuestos por 400.000 hombres. Changchun había caído ya el 20 de octubre, y con la ciudad habían pasado a poder de los comunistas las cinco divisiones de la guarnición con todo su equipo. El 27 de octubre y los dos días siguientes, Lin Piao atacó al ejército de Mukden, lo aniquiló en setenta y dos horas, y obligó a rendirse a la plaza dos días después. Incluyendo las pérdidas en Changchun, en Mukden y en las batallas en torno a Chinchou, los nacionalistas habían perdido más de 400.000 hombres y todo su armamento, una tercera parte del cual era de fabricación norteamericana. También perdieron el arsenal de Mukden, el mejor de China.

Nada podía ya impedir que las fuerzas comunistas de Manchuria, con un efectivo de 400.000 hombres, se dirigieran hacia el Sur y penetrasen en el interior de la Gran Muralla. Hacia finales de octubre se aproximaban ya a Tientsin y apuntaban a Pekín. Más al sur, era obvio que debía ser agrupada la última fuerza de los ejércitos nacionalistas a lo largo de la vía férrea de Lung-Hai, para defender los accesos a Nankín y al valle del Yang-tse. Los ejércitos comunistas del frente central se estaban concentrando en esta región, y las ingentes fuerzas de Lin Piao podían trasladarse al sur para reforzarlos. Pekín y Tientsín, aisladas, fácilmente quedarían bloqueadas, sin esperanzas de socorros. La batalla de Huai Hai, como es llamada en China (una abreviatura de la vía férrea de Lung-Hai y el río Huai), se libró en noviembre, en aquel paraje que a través de toda la historia china había sido el de todas las grandes batallas decisivas. Las fuerzas que se enfrentaban ahora eran aproximadamente iguales numéricamente: 600.000 hombres por cada bando. En todos los aspectos, Huai Hai es una de las principales batallas de la era moderna. Una mala dirección, unas tácticas rígidas y absurdas y una deficiente moral contribuyeron al desastre de las fuerzas nacionalistas. Al principio, éstas combatieron bien, pero al empeorar la situación de sus abastecimientos y al mostrarse tan manifiestamente erróneas las tácticas de sus generales, se desmoralizaron completamente. Varias divisiones se rindieron e incluso se pasaron al enemigo. Suchou cayó el 1.° de diciembre, y los defensores de esta plaza fuerte se retiraron a otra ciudad fortificada, Yungcheng, pero fueron rodeados y aislados del resto de las fuerzas nacionalistas. El 15 de diciembre se rindió el Grupo Este de los ejércitos nacionalistas, que se hallaba también rodeado desde la caída de Suchou. Tu Yuming, el comandante en jefe nacionalista, resistió en Yungcheng hasta el 6 de enero de 1949, cuando los ejércitos comunistas asaltaron las defensas de la ciudad. Los nacionalistas perdieron 600.000 hombres en la batalla de Huai Hai, de los cuales no menos de 327.000 fueron hechos pri-





Arriba: **pintura referente al cruce del río Yangtse por los soldados comunistas el 20 de abril de 1949, cuatro días antes de la ocupación de Nanking.** *Abajo:* **un campesino se enfrenta en 1949 a un terrateniente sobre un fondo de tropa comunista.** *Página siguiente:* **agitada cola en Shanghai (diciembre 1948) para el cobro de los subsidios concedidos por el Kuomintang ante la inflación.**







Arriba: **una escena de la evacuación de Nanking ante la inminencia de su ocupación por los comunistas.** *Centro:* **una formación del ejército de Mao entra en Nanking, el 24 de abril de 1949.** *Abajo:* **un grupo de lamas tibetanos da a las fuerzas comunistas una bienvenida amenizada musicalmente pero un tanto aprensiva.** *Derecha:* **la estrella del comunismo y el retrato de Mao, llevados por jóvenes, desfilan por las calles de Shanghai durante la conmemoración de la entrada de los comunistas en la ciudad.**





sioneros. Era ya el fin: Chiang dimitió la presidencia, y los ejércitos comunistas avanzaron hasta las riberas del Yang-tse.

Durante casi cuatro meses, entre el final del invierno y la primavera de 1949, el Gobierno nacionalista, con su presidente provisional Li Tsung-jen, intentó negociar en Pekín con los dirigentes comunistas. Pekín había caído en enero, tras un asedio de seis semanas. Tientsín había sido tomada por asalto el 12 de enero. De haber tenido éxito esas negociaciones, los comunistas habrían asumido el papel dominante en el gobierno, y jamás se habría planteado la cuestión del reconocimiento de China en las Naciones Unidas. Pero las conversaciones finalizaron con la violenta intervención de los partidarios de Chiang Kai-chek, ocupado ahora en instalar algunos restos de su ejército en Taiwán. Los comunistas cruzaron entonces el Yang-tse, tomaron Nankín el 24 de abril de 1949 y Shanghai el 25 de mayo, y a finales de año habían ocupado todas las provincias sureñas y occidentales, en las que muchos de los comandantes militares locales los apoyaron sin ofrecer resistencia. Cantón, sede provisional del gobierno fugitivo nacionalista, fue tomada el 14 de octubre. En diciembre se rindieron las últimas ciudades nacionalistas del lejano Ssuchuan. En abril de 1950 fue ocupada la isla de Hainan, en la costa meridional de China. Sólo Taiwán y algunas pequeñas islas a lo largo de la costa permanecían en manos nacionalistas. Al ser proclamada la República Popular en Pekín, el 1.º de octubre de 1949, sólo quedaban por efectuar algunas operaciones de limpieza para poner a toda China bajo el control comunista.

En dos años y medio, desde que se reanudara la guerra civil en gran escala, en junio de 1946, los comunistas habían conquistado uno de los mayores países del mundo. Y dentro del año de su victoria, en 1950, ensancharon sus dominios ocupando el Tibet.

C. P. Fitzgerald


毛澤東主席





India y Pakistán

Al finalizar el mandato británico, la India consiguió la independencia, pero una oleada de migraciones y hecatombes la obligó a aceptar la pérdida definitiva del Pakistán.

La ley de 1935 para el gobierno de la India fue el último hito constitucional en el camino de la independencia. Dicha ley establecía en las provincias un autogobierno casi completamente parlamentario y preveía asimismo un gobierno federal para toda la India, con inclusión de los principados, los cuales entraron por vez primera en estrecha relación constitucional con la India británica. Ministros responsables ante la Asamblea Federal habían de encargarse de la gestión pública, excepto la Defensa y los Asuntos Exteriores, que continuarían siendo responsabilidad del gobernador general.

No obstante, la ley no fue nunca aplicada en su totalidad. La parte que afectaba a las provincias entró en vigor en 1937, y el Partido del Congreso, en atención a la relativa posibilidad de integrar, en el futuro, un Gobierno autónomo, aceptó, tras ciertas vacilaciones, formar ministerios en las siete provincias (de un total de once) en las cuales disponía de mayoría. Pero la proyectada federación, de la cual se ocupaba la segunda parte de la ley, no podía crearse hasta que contase con el número prescrito de principados, y éstos no quisieron nunca adherirse a ella.

La oposición de los príncipes a «adherirse» no era el único obstáculo con que tropezaba la federación. Ésta había merecido siempre la aprobación de los musulmanes, que tenían mayoría en algunas provincias y podían esperar que una estructura federal mitigaría sus desventajas como comunidad minoritaria en el conjunto del país.

Tal era la situación a comienzos de 1937. En el curso de dos años el panorama cambió completamente, pues los musulmanes de toda la India se alinearon bajo la bandera de la Liga, dirigida por Jinnah, para combatir la amenaza del Congreso, el partido hindú que, según ellos, entraría inevitablemente a formar parte de un Gobierno federal. La federación, declaró la Liga en 1939, era un objetivo al cual los musulmanes se oponían irrevocablemente y, en marzo de 1940, en una asamblea celebrada en Lahore, la Liga propuso la división de la India y la formación de «Estados independientes» y separados en las zonas del noroeste y del nordeste, con mayoría musulmana.

Creciente antagonismo

¿Por qué Jinnah, antes ardiente nacionalista y simpatizante del Congreso, había cambiado tan repentinamente de opinión y propuesto la creación del Pakistán? Ello era debido en gran parte a los acontecimientos que habían tenido lugar en las Provincias Unidas. Jinnah había abrigado la esperanza de que si en las Provincias Unidas, donde la Liga era más fuerte, el Congreso obtenía mayoría en las elecciones, el Congreso se uniría a la Liga para formar gobiernos de coalición. Se sintió por lo tanto sumamente defraudado cuando el Congreso rehusó dar puestos ministeriales a los miembros de la Liga, a menos que se unieran al Congreso y «cesaran de actuar como grupo separado».

El efecto inmediato de esta actitud fue el de poner en guardia a las provincias de mayoría musulmana sobre los peligros de la proyectada federación. El ejemplo de las Provincias Unidas parecía demostrar que cuando se formase un Gobierno federal, el Congreso, como partido dominante, sólo consentiría compartir el poder con los que estuviesen dispuestos a aceptar sus puntos de vista y que excluiría a los afiliados a partidos independientes y minoritarios. No habría, pues, ningún puesto para los musulmanes que defendieran los intereses de sus correligionarios.

En consecuencia, los musulmanes de toda la India empezaron a recusar las propuestas de una federación. Si la parte federal de la ley de 1935 hubiese podido ser introducida en 1937, casi contemporáneamente a la parte provincial, los musulmanes habrían sido arrastrados a la federación sin tener tiempo para pensarlo dos veces. Pero las vacilaciones de los príncipes impidieron ese resultado. Por otra parte, al estallar la Segunda Guerra Mun-

La policía dispersa una manifestación antibritánica en Calcuta, hacia 1940. El incremento de las ansias de independencia aumentó asimismo no ya solamente la enemistad hacia la Gran Bretaña sino también la oposición mutua entre hindúes y musulmanes, que, naturalmente, había de llegar a su paroxismo una vez desaparecido el control británico del inmenso país.



Sir Stafford Cripps (a la izquierda), enviado a la India por el Gobierno británico en 1942, y Mohamed Alí Jinnah, dirigente de la Liga Musulmana. Deseosa de movilizar a la India en la lucha aliada contra el Eje, la Gran Bretaña prometió a los musulmanes su apoyo tanto para salvaguardar los intereses islámicos dentro de una India independiente como para el caso, postulado por Jinnah, de la constitución de un Estado musulmán aparte.

dial, la introducción de la federación fue aplazada indefinidamente y, según después se vio, para siempre.

Se habría evitado el fracaso si, para asegurar la unidad del país en la prosecución de la guerra, el Congreso y la Liga hubiesen aceptado formar gobiernos de coalición en las provincias y designado sus propios representantes en el Consejo Ejecutivo del Virrey. Los moderados de ambos bandos habrían ciertamente aprobado una propuesta semejante; pero la actitud de los británicos y del Congreso la hicieron imposible. Al estallar la guerra, los ingleses se negaron a declarar explícitamente que al final del conflicto concederían la independencia a la India y, a falta de tal garantía, el Congreso rehusó cooperar en el esfuerzo bélico e invitó a los ministros provinciales, miembros del Congreso, a dimitir. Éstos obedecieron de mala gana.

Al apoyar la Liga públicamente, en marzo de 1940, las pretensiones musulmanas de que se creara un Pakistán independiente, las autoridades británicas no hicieron nada para alentar tales pretensiones, pero tampoco las rechazaron abiertamente. En época de guerra los británicos, que habían perdido ya las simpatías del Partido del Congreso, no podían arriesgarse a exasperar a los musulmanes —excelentes soldados al servicio de la corona— rechazando de plano sus proyectos. En consecuencia, contemporizaron.

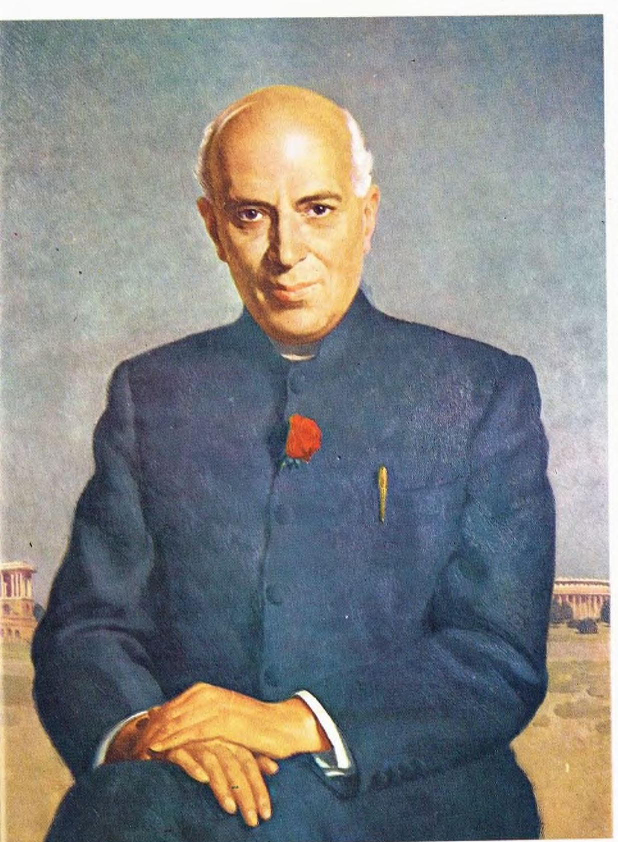
En marzo de 1942, con la esperanza de movilizar toda la India contra la amenaza de una invasión nipona, los ingleses intentaron llegar a un acuerdo político y enviaron a la India a sir Stafford Cripps con proposiciones destinadas a satisfacer al Congreso y a calmar los temores de los musulmanes. Por vez primera los ingleses prometieron formalmente que concederían la independencia, pero no acto seguido, sino en cuanto cesaran las hostilidades y fuese preparada una nueva Constitución. Para responder a la objeción musulmana de que los hindúes prepararían una Constitución adaptada a sus intereses sin tener en cuenta los de los musulmanes, propusieron que cada una de las provincias y los principados que no quisieran aceptar la nueva Constitución pudieran permanecer fuera de la proyectada Unión India y formasen asociaciones por cuenta propia. Así, pues, el Gobierno británico admitió públicamente la posibilidad de que un nuevo Estado, el Pakistán, fuese creado con la escisión de algunas provincias de mayoría musulmana.

La propuesta de Cripps ofrecía al Congreso una preciosa oportunidad de llegar a una avenencia con los británicos y de conseguir un acuerdo con los musulmanes. Pero, incomprensiblemente, el Congreso la rechazó, y otro tanto hicieron Jinnah y la Liga Musulmana. Al poco tiempo, el Congreso iniciaba el insensato movimiento de «Quit India», y la mayoría de sus dirigentes terminaron en la cárcel, donde permanecieron casi hasta el final de la guerra. Jinnah se aprovechó de la ausencia de sus rivales para consolidar la posición de la Liga y su propia influencia al frente de ella. Al terminar la guerra y al celebrarse nuevas elecciones, Jinnah y su Liga obtuvieron casi todos los puestos musulmanes; los otros partidos musulmanes habían quedado virtualmente eliminados.

El nuevo Gobierno laborista, instaurado a finales de julio de 1945, anunció que quería llegar «cuanto antes a la realización de la autonomía de la India». En tal caso, si los musulmanes deseaban realmente el Pakistán, como parecían probarlo las elecciones, ¿cómo podría serles denegado?

¿Lo deseaban realmente y, en caso afirmativo, en qué forma? El Pakistán, tal como se lo imaginaba Jinnah, comprendía seis provincias: Sind, Beluchistán, Penjab, Provincia de la frontera noroccidental, Bengala y Assam. Pero en Assam los musulmanes no eran mayoría y en Bengala y el Penjab, si bien tenían una ligera mayoría, los no musulmanes predominaban netamente en la mitad occidental de Bengala y en la mitad oriental del Penjab. Por lo tanto, en el mismo principio en que se fundaba Jinnah para exigir el Pakistán podían apoyarse los no musulmanes para pedir la partición de esas dos provincias.

Era por consiguiente muy escasa la probabilidad de que los musulmanes obtuviesen el Pakistán tal como lo soñaba Jinnah, y si a pesar de todo insistían en sus pretensiones, lo máximo a que podían aspirar era conseguir las regiones contiguas del noroeste y nordeste de la India, en las cuales tenían mayoría absoluta. Estas regiones comprendían el Sind, la provincia de la frontera noroccidental y el Beluchistán, pero sólo la mitad aproximadamente de Bengala, una mitad del Penjab y una pequeña parte del Assam. Jinnah lo había definido un «Pakistán cercenado, mutilado y carcomido», rechazándolo con indignación. ¿Deseaba realmente Jinnah el Pakistán, si esto era todo lo que los musulmanes podían obtener? A fin de cuentas parecía más conveniente para los intere-



Jawaharlal Nehru, primer ministro de la Unión India (agosto de 1947); sus veleidades procomunistas menguaron decididamente luego del conflicto con el imperialismo del «proletario» Mao Tse-tung.

ses musulmanes una federación panindia, de miras amplias, que un Pakistán «carcomido».

Esfuerzos por la unidad

Fue esta esperanza la que movió al Gobierno laborista a intentar la conservación de la unidad de la India al tiempo que le concedía la independencia. En marzo de 1946 tres ministros del Gabinete, presididos por Stafford Cripps, volaron a la India para ayudar al virrey, lord Wavell, a poner de acuerdo a los partidos políticos sobre la redacción de una Constitución y la formación de un nuevo Consejo Ejecutivo que actuase como gobierno interino.

Tras varias semanas de debates, la misión gubernativa propuso una Constitución federal tripartita, consistente en una unión panindia (con inclusión de provincias y principados) limitada a los Asuntos Exteriores, la Defensa y las Comunicaciones; tres grupos de provincias y Estados (dos de esos grupos comprendían las provincias reclamadas por Jinnah para el Pakistán) que se ocupasen de las cuestiones comunes establecidas por ellos mismos; y las provincias y Estados por separado, investidos de todos los poderes restantes. Se reuniría una Asamblea Constituyente para redactar una Constitución de la Unión basada en esos principios, pero se dividiría en tres secciones, correspondientes a los tres grupos de provincias cuando se tratase de preparar las constituciones para las propias provincias y decidir qué temas habían de ser tratados a nivel de grupo.

Para alivio de todos, Jinnah persuadió a la Liga Musulmana de que aceptase este minucioso plan. Si bien la misión no había concedido el Pakistán —en realidad lo rechazaba categóricamente—, Jinnah comprendió que el proyecto no lo excluía definitivamente, si los dos grupos de las provincias del Pakistán escogían más tarde la secesión. Jinnah estaba también dispuesto a aceptar algunas propuestas formuladas por el Virrey para un nuevo Consejo Ejecutivo destinado a constituir un gobierno interino.

Pero el Congreso rechazó las propuestas para la formación de un gobierno interino y aceptó el plan constitucional sólo a condición de que cada provincia pudiera elegir si se adhería o no al grupo en que había sido inscrita. Jinnah, en vista de esta actitud, afirmó que el Congreso aceptaba de mala fe el plan constitucional; pero la misión británica prefirió dar por descontada la sinceridad de los líderes del Congreso y regresó a Inglaterra con la convicción de que podría elaborarse una Constitución con el consentimiento de los dos principales partidos.

Jinnah estaba en lo cierto: quince días después, Nehru dijo que el Congreso había accedido a formar parte de la Asamblea Constituyente, pero a nada más; en cuanto a la distribución de las provincias en grupos, expuso la opinión de que no debía formarse ningún grupo. Jinnah y la Liga retiraron inmediatamente su adhesión al plan y declararon que, dejando de lado los métodos constitucionales, emprenderían «una acción directa» para obtener el Pakistán.



Lord Mountbatten, el último virrey británico de la India, fotografiado junto a su esposa en agosto de 1947, época de la transferencia de poderes; Mountbatten supervisó la apresurada y sangrienta división de la India y permaneció allí como gobernador general.

Desmanes y atrocidades

Esa llamada a la «acción directa» era un anuncio de funestas consecuencias, pues la situación del país era explosiva. La Liga celebró el 16 de agosto el «Día de la acción directa», que provocó en Calcuta una avalancha de atrocidades. Se calcula que murieron 4.000 personas y que resultaron heridas 15.000.

La explosión de violencia no tardó en extenderse a Bengala oriental, primero a Dacca y luego a los distritos más remotos de Noakhali y Tipperah. Fueron numerosos los hindúes que huyeron aterrorizados a Bengala occidental y Bihar. Los relatos calamitosos de esos refugiados provocaron represalias en Bihar, donde a finales de octubre los hindúes degollaron a miles de musulmanes. Gandhi declaró que el país estaba al borde de la guerra civil.

Lord Wavell logró entonces que entraran a formar parte de un gobierno interino representantes tanto del Congreso como de la Liga, pero no tardó en demostrarse que aquel cenáculo no era una auténtica coalición gubernamental sino dos bloques antagónicos en constante fricción. El acuerdo sobre la elaboración de una Constitución era, pues, tan remoto como siempre.

Finalmente, en febrero de 1947, desesperando el Gobierno británico de lograr un acuerdo entre ambas partes y temiendo que nuevos choques públicos llevaran al país a la guerra civil, anunció resueltamente que, hubiese o no acuerdo, transferiría definitivamente el poder a manos de indios responsables, no más tarde que en junio de 1948, y lo entregaría «como un todo único a alguna forma de gobierno central o, en algunas regiones, a los gobiernos provinciales, o a cualquier otra forma de gobierno que le pareciese razonable». También anunció que lord Mountbatten reemplazaría a lord Wavell.

Ello significaba la división, pues debido a la contienda Congreso-Liga no podía existir ningún Gobierno central, capaz de ejercer la propia autoridad sobre la totalidad de la India británica, al cual pudieran ser transferidos los poderes. Los dirigentes del Congreso lo sabían y, a excepción de Gandhi, se resignaron a la división. Sabían que les sería imposible edificar, junto con la Liga, la India unida y fuerte que deseaban, y pensaron que antes que resignarse a una federación frágil era preferible que Jinnah y los musulmanes se quedasen con aquellas zonas que con todo derecho podían reclamar: el mutilado y carcomido Pakistán.

Tal fue la solución hábilmente propuesta por Mountbatten que ambas partes se apresuraron a aceptar. Temiendo que la demora pudiera motivar nuevos desórdenes, Mountbatten adelantó la fecha de la transferencia del poder, de junio de 1948 a agosto de 1947. Su temor era justificado. A comienzos de marzo estallaron disturbios públicos de gravedad sin precedentes en las principales ciudades del Penjab. Varios miles de personas resultaron muertas o gravemente heridas, y los sikhs de Rawalpindi y otros distritos vecinos fueron arrojados de sus hogares.

Los sikhs, que estaban concentrados sobre todo en los distritos centrales del Penjab, debían resignarse a ser incluidos en su totalidad dentro del Pakistán, a menos que fueran divididos entre los dos nuevos dominios. Escogieron, quizá porque ello era inevitable, la última solución. Los sikhs, una antigua secta religiosa que ha-

bía combatido con las armas el islamismo y que, por espacio de cuarenta años antes de la llegada de los británicos, habían sido los señores del Penjab, no podían aceptar de ninguna manera ser incorporados dentro de un Estado musulmán. Como no disponían de mayoría absoluta ni siquiera en un simple distrito, no era viable la idea de que pudieran poseer un Estado propio. Durante algún tiempo tuvieron la ilusión de que la línea divisoria del Penjab pasara tan al oeste que la mayoría de la población sikh cayera del lado indio; pero ello significaba una grave injusticia para los musulmanes, pues de esta forma pasaban a la India la ciudad musulmana de Lahore y gran parte de una región en que los musulmanes eran mayoría. Basándose en la población, la línea de separación debía pasar por el centro del Penjab, entre Lahore y Amritsar.

Los dirigentes del Congreso, de la Liga y de los sikhs expresaron públicamente, a comienzos de junio, su conformidad al plan de Mountbatten y tomaron diversas medidas para que pudiera manifestarse la voluntad popular en las provincias de mayoría musulmana que, o bien habían de ser separadas en su totalidad de la India o, como en el caso de Bengala y el Penjab, habían de ser divididas. Excepto en la provincia de la frontera noroccidental, donde se celebró un referéndum, se consultaron las asambleas provinciales, y las de Bengala y el Penjab votaron por la división de estas dos provincias.



La India y el Pakistán; en el mapa queda patente la dificultad de armonizar unas fronteras políticas con la abigarrada realidad humana del subcontinente indio.

Un odio inextinguible

Aproximadamente una semana antes del 15 de agosto, fecha de la transferencia del poder, los sikhs del Penjab empezaron a vengarse cruelmente de los atropellos a que habían sido sometidos sus correligionarios en marzo. En Amritsar, bandas armadas de sikhs se lanzaron a quemar aldeas musulmanas y a degollar a sus habitantes, y bien pronto la mortandad se extendió a todo el Penjab oriental o se obligó a los musulmanes a abandonar sus hogares. Estas atrocidades tuvieron una repercusión inmediata en el Penjab occidental, donde los musulmanes, repitiendo con mayor salvajismo sus «hazañas» de marzo, comenzaron a asesinar y expulsar a los sikhs e hindúes. En la segunda quincena de agosto largas columnas de aturdidos fugitivos marchaban a pie o en carretas en direcciones opuestas, a través del Penjab: los musulmanes hacia el Pakistán, y los sikhs e hindúes de la parte occidental en dirección a la India.

Al no contar los británicos con fuerzas suficientes para atajar tales desórdenes, dejaron que los dos nuevos gobiernos de la India y Pakistán resolvieran la situación con sus propios medios. Las matanzas y las migraciones continuaron casi sin freno alguno durante septiembre, pero en octubre el paroxismo empezó a ceder. Se organizó la evacuación de las comunidades minoritarias y se destinaron algunas fuerzas de escolta para que los trenes de refugiados no fueran víctimas de las turbas sedientas de sangre. A fines de noviembre se había realizado un éxodo casi total de los musulmanes del Penjab oriental y de los sikhs e hindúes de la parte occidental. Durante el invierno siguiente casi todos los sikhs e hindúes que aún quedaban en las otras zonas del Pakistán occidental fueron evacuados a la India. En conjunto, unos cinco millones de sikhs emigraron a la India, mientras que seis o siete millones de musulmanes lo hicieron de la India al Pakistán occidental. Se calculan en unas 250.000 las bajas habidas durante este período.

Lord Mountbatten no previó los desastres que se abatieron sobre el Penjab, pero, de haberlos previsto, no habría podido hacer nada para impedirlos, pues no contaba con una fuerza suficiente de hombres en los que pudiera confiar. No representa ciertamente para los ingleses ningún honor el hecho de que al final de su mandato en la India sobreviniese la apresurada división del país, con su secuela de matanzas y migraciones. Ello no puede reprocharse ni a lord Mountbatten ni a su predecesor lord Wavell ni al Gobierno laborista de Attlee. Esos desastres fueron consecuencia de la mala gestión de los estadistas, británicos e indios, durante largos años.

Sir Penderel Moon

La muerte de Gandhi







Menos de seis meses después de que la India obtuviera su independencia, era asesinado el Mahatma Gandhi, considerado comúnmente el «padre de la nación».

La tarde del 30 de enero de 1946, Gandhi salió de la Casa Birla, donde estaba hospedado en Nueva-Delhi, para celebrar su cotidiana oración pública, afuera, en el césped. Se apoyaba en los hombros de sus dos sobrinas, Abha y Manu. Al aproximarse a la plataforma de madera, la mayoría de los 500 asistentes al acto se pusieron en pie, muchos se adelantaron y quienes se hallaban más próximos al maestro se inclinaron reverentes. Gandhi separó los brazos de sus «bastones», como cariñosamente llamaba a Abha y Manu, y juntó las palmas de sus manos en la tradicional salutación hindú. Llegaba con algo de retraso a la reunión: eran las cinco y diez. En ese momento, un joven, vestido con una cazadora y pantalones azules, sacó una pistola de uno de sus bolsillos y disparó a quemarropa tres veces contra Gandhi. El Mahatma cayó al suelo exclamando «Hey Rama» («Oh, Dios»). Sangrando copiosamente fue transportado al interior de la casa. Treinta minutos después se anunciaba a la multitud que había fallecido. Los disparos le habían alcanzado en el pecho, el estómago y la ingle.

El asesino de Gandhi, Nathuram Godse, un periodista de Poona, era miembro de un grupo de extremistas indios. En su juicio, declaró: «Creí que era mi deber acabar con la vida del llamado "padre de la nación" que había desempeñado un papel importante en ejecutar la vivisección del país.» De hecho, Gandhi no había deseado nunca ver dividida a la India, pero una vez que los británicos la hubieron escindido en 1947 instaurando dos dominios, hizo cuanto pudo por lograr que el acuerdo se llevase a cabo de la manera más pacífica posible. Efectuó ayunos e hizo innumerables llamadas a la cooperación entre ambos, y también entre la India y el Pakistán. Fue invocando esa cooperación hindú-musulmana que se tornó impopular entre los extremistas hindúes, quienes no compartían la preocupación de Gandhi por las minorías religiosas, y habían esperado que el final del mandato británico sería seguido por una restaurada supremacía hindú sobre todo el subcontinente. En vez de ello, hubieron de aceptar la división, y ahora les parecía que las invocaciones de Gandhi a la cooperación amenazaban esa supremacía hindú hasta en el propio dominio de la India. Sólo matando a Gandhi sentían que podía ser descartada tal amenaza.

Mas el asesinato de Gandhi no hizo desaparecer los ideales a los que se había consagrado. Tan sólo pocas horas después de su muerte, el Pandit Nehru, primer ministro indio, manifestó a través de la radio: «La mejor oración que podemos ofrecerle a él y a su memoria es consagrarnos nosotros mismos... a la causa por la cual este gran compatriota nuestro vivió y por la cual murió.»

Ruth Midgley

Arriba: **Gandhi, pocos días antes de su muerte; su adhesión a la no violencia y su vida austera le dieron categoría de santo («mahatma») a los ojos de muchos millones de seres humanos.** Centro: **el asesino de Gandhi (primero de la izquierda) durante el juicio que lo condenó a muerte junto con un cómplice.** Abajo: **la pira funeraria de Gandhi, cuyas cenizas fueron llevadas luego en procesión hasta el Ganges para su inmersión en el río sagrado; a la derecha, de espaldas, Nehru en oración.**

Gran Bretaña, un país exhausto

La abrumadora victoria obtenida por el Partido Laborista abrió nuevas perspectivas a Gran Bretaña cuando empezaba a imponerse la realidad de una economía empobrecida y la pérdida de poder en el mundo.



Churchill durante la campaña electoral. En la democrática Gran Bretaña, sin embargo, la popularidad del forjador de la recién lograda victoria no deslumbraría al pueblo: el electorado británico supo comprender que no siempre el artífice de un triunfo bélico puede salir igualmente airoso en las tareas de la paz.

El 5 de julio de 1945 los británicos votaron por el Gobierno que, de acuerdo con la voluntad popular, había de dirigirles durante los años de reconstrucción que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, y el 26 de julio se hicieron públicos los resultados. En el extranjero, la gente se negaba a creer que saliera derrotado un Gobierno que había tenido en su poder las urnas electorales durante tres semanas.

Churchill, el gran dirigente del tiempo de guerra, había sido derrotado. Sus triunfales giras en el curso de la campaña electoral fueron más bien fruto del agradecimiento por sus servicios prestados que una muestra de confianza en su capacidad para enfrentarse a los nuevos problemas.

El Partido Laborista había basado su campaña en un programa cuyo objetivo era llevar a la práctica el plan Beveridge, partidario de los seguros sociales, de la construcción de viviendas y de las nacionalizaciones, si bien este último apartado no favoreció en demasía al mencionado Partido.

Clement Attlee formó un poderoso Gobierno y luego asistió a la Conferencia de Potsdam en compañía de Truman y Stalin. Pocos días después, fue arrojada la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki y la guerra tocó a su fin.

El cese de las hostilidades planteó un problema inesperado y grave al Gobierno y al pueblo británicos. Se había especulado con que la guerra duraría otros dieciocho meses, y se calculaba que durante este período Gran Bretaña seguiría recibiendo ayuda de los Estados Unidos de acuerdo con la Ley de Préstamos y Arriendos. Esto le permitiría reconvertir su industria de guerra en una de paz. Pero cuando la contienda terminó de súbito, expiró también automáticamente la Ley de Préstamos y Arriendos.

El período de reconstrucción sólo podía ser superado mediante un préstamo, y lord Keynes marchó a Washington a negociarlo. En el curso de una exposición magistral, explicó hasta qué punto había resultado dañada la economía de Gran Bretaña a causa de la guerra. Para abrirse camino en el mundo de la posguerra, Inglaterra tendría que exportar 1,75 veces más que antes de la contienda, pero no podía conseguirse eso antes de tres o cuatro años, y para pagar las importaciones durante este período se precisarían 1.250 millones de libras esterlinas.

El estudio era exacto. El préstamo que concedieron los Estados Unidos fue un poco inferior a la suma pedida, y las restantes deudas de la Gran Bretaña fueron una permanente fuente de preocupación, pero se pudo controlar la balanza de pagos. Hasta 1949, la libra logró mantener la paridad de 4,03 dólares. No obstante, había llegado el momento de situar el valor de la libra esterlina a un nivel que fuese más acorde con los cambios que habían tenido lugar durante los diez años transcurridos. El orgullo nacional, el deseo de no alterar el esquema comercial y el interés en no renunciar demasiado pronto a la grandeza de que había gozado el país antes de la guerra, indujeron al Gobierno a oponerse a tal cambio durante más tiempo del aconsejable, pero en septiembre de 1949 la libra fue devaluada a 2,80 dólares. Por aquel entonces, otras muchas monedas siguieron el mismo curso, pero los británicos se lo tomaron más a pecho.

Al final de la guerra, Gran Bretaña era todavía una de las tres grandes potencias mundiales. Menos importante, sin duda, que los Estados Unidos o que Rusia, podía no obstante parangonarse más fácilmente con ambos gigantes que con cualquier otro país. La devaluación fue uno de los primeros síntomas de que tal preeminencia estaba tocando a su fin. El Gobierno se había percatado de que era preciso abandonar algunos de sus compromisos imperiales.

La retirada más significativa fue la de la India. La independencia de este subcontinente asiático era, de hecho, inevitable. Hindúes y musulmanes se odiaban mutuamente, pero en agosto de 1947 ambos se separaron de los británicos en términos amistosos. En Palestina, la retirada fue menos feliz, y los británicos la abandona-



Cargadores de carbón en Hertfordshire, durante la desastrosa escasez de combustible que afectó a la Gran Bretaña en el invierno de 1946 a 1947.

ron en 1948, dejando descontentos tanto a los árabes como a los israelíes. Las tropas británicas tuvieron que retirarse también de Grecia y Turquía, aunque esto se debió principalmente a razones de tipo financiero, y los norteamericanos ocuparon su lugar.

A pesar de estas sucesivas retiradas, cuya finalidad era ahorrar el dinero del erario, el Gobierno británico gastó importantes sumas en la defensa. Ni Attlee ni su ministro de Asuntos Exteriores, Bevin, eran imperialistas o belicistas, pero ellos fueron quienes iniciaron la política de destinar un gran porcentaje de la renta nacional a la defensa. Parte de este dinero fue invertido en la fabricación de la bomba atómica. Los científicos se hallaban ya en posesión de los conocimientos necesarios, y todo cuanto se necesitaba era facilitarles el equipo adecuado. Así lo hizo el Gobierno.

Al tiempo que iban en pos de un sueño de grandeza mundial, los británicos llevaban a la práctica su programa de reforma interior, a despecho de algunos contratiempos aparentes e imprevistos. El punto neurálgico de las reformas laboristas fue la legislación sobre los seguros sociales, de acuerdo con las líneas trazadas por Beveridge en su informe. Un simple plan de seguros, financiado en parte con la adquisición semanal de un sello de seguros, protegería financieramente contra todas las crisis económicas: subsidio familiar a una madre con más de un hijo, seguro social, seguro contra el desempleo y pensiones para las viudas, huérfanos y ancianos. Se aspiraba a que los beneficios derivados de los seguros permitiesen abolir la Ley sobre la Pobreza, pero, aun así, se puso en marcha un plan provisional de asistencia, todavía vigente, destinado a aquellas personas que precisaban más de lo que obtendrían con aquellos seguros.

Los problemas que planteó la realización de tales proyectos se reducían en su mayoría a disponer las oportunas transferencias financieras. Pero el Servicio Nacional de Sanidad resultó más difícil de implantar. En 1911, los médicos mostraron su disconformidad con un plan de seguros, y en 1946 hicieron otro tanto con el proyectado servicio de sanidad. Poco a poco los médicos abandonaron su primitiva idea de ir a la huelga en vez de elaborar el plan. Y de esta forma, en julio de 1948, el Servicio Nacional de Sanidad fue constituido tal como se había previsto. Inmediatamente empezó a propagarse toda una serie de historias espeluznantes sobre la inmensa demanda de pelucas, gafas y dientes postizos, y acerca de una invasión de extranjeros dispuestos a aprovecharse de un plan abierto a todo el mundo.

Otro aspecto del proyecto de mejoras, menos explícito pero muy concreto, era el pleno empleo. Beveridge sostenía que en todo momento debía haber más empleos disponibles que obreros con trabajo, y que era preferible una pequeña inflación a una vuelta al terrible desempleo de los años treinta. El Gobierno laborista se benefició de ello, y a finales de los años 40 el pleno empleo hacía ganar votos, si bien durante la década siguiente la gente empezó a considerarlo como cosa normal y a criticar duramente al Gobierno cuando hizo su aparición el desempleo.

Las nacionalizaciones

Por otro lado, había motivos más que suficientes para que la gente estuviese insatisfecha del Gobierno. El programa de las nacionalizaciones fue aprobado por el Parlamento, y así el Banco de Inglaterra, el gas y la electricidad pasaron, sin más, a depender del Estado. Pero el carbón y los transportes eran cosa distinta. Ambos servicios se hallaban en una mala situación cuando el Gobierno se hizo cargo de ellos: los ferrocarriles llevaban muchos años reduciendo los dividendos, y los propietarios de minas necesitaban grandes sumas de dinero para mecanizar los pozos con vistas a mantener el nivel de producción.

Como es lógico, la nacionalización no podía obrar milagros, y se repitieron las quejas acerca de los lentos y sucios trenes. Por otra parte, al cabo de pocas semanas de haber sido nacionalizadas las minas de carbón, se produjo una terrible escasez de combustible en el país (1 de enero de 1947). El crudo invierno de ese año, cuando más de un millón de hombres permanecieron sin trabajar debido a que las fábricas tuvieron que cerrar, fue el momento en que los conservadores se percataron de que el Gobierno laborista no era invencible.

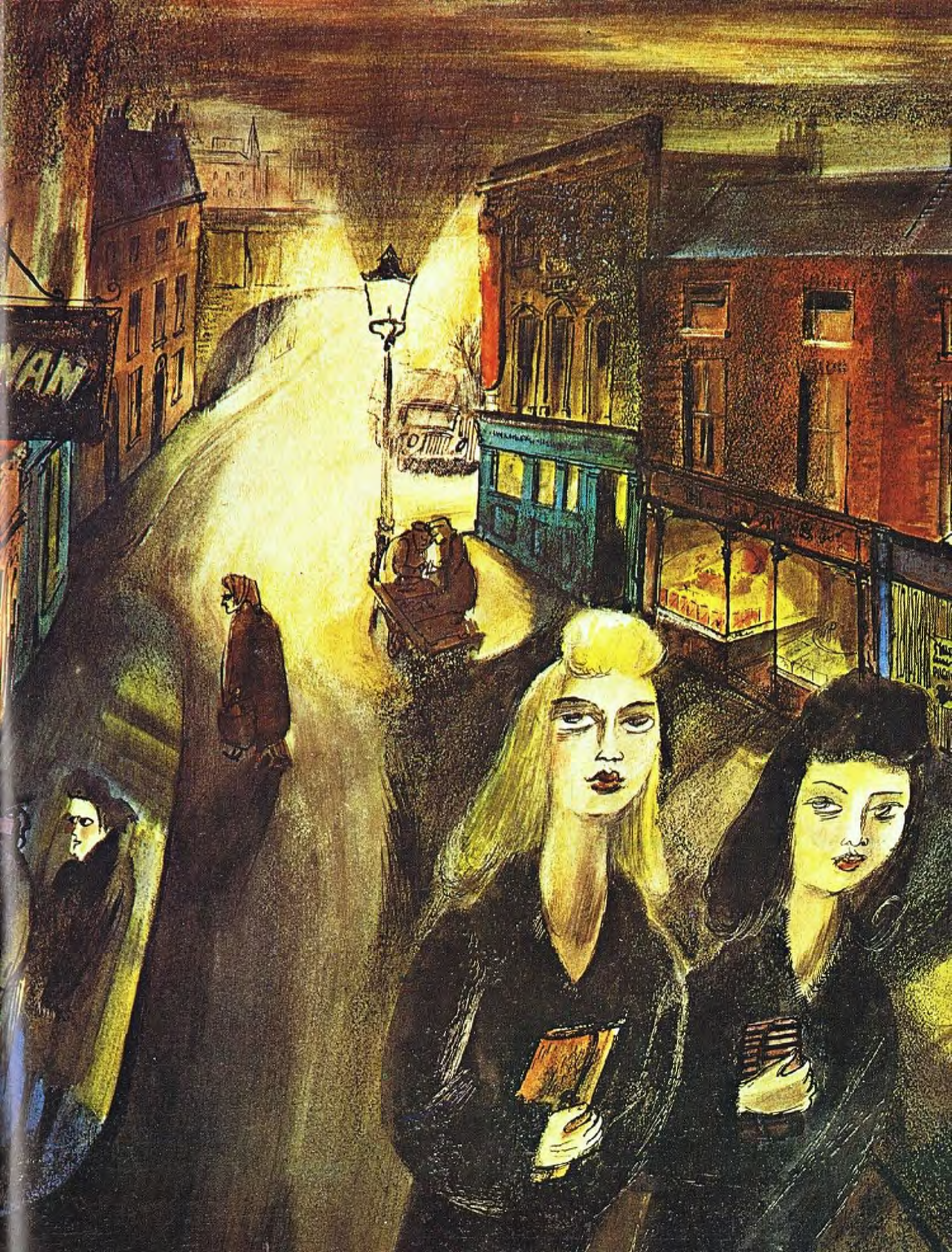
Las previsiones gubernamentales sobre las necesidades de combustible estaban, sin lugar a dudas, equivocadas, y durante los diez años siguientes hubo quejas en el sentido de que el suministro de carbón era escaso. Al finalizar los años cincuenta, las quejas fueron otras: se había importado petróleo tan rápidamente que ya no se precisaba tanto carbón y había en demasía.

El racionamiento de los alimentos estuvo vigente durante todo el mandato laborista, y contribuyó, sin duda alguna, a su impopularidad. Las prendas de vestir dejaron de estar racionadas en 1949, y la gasolina en 1950, pero aún hacía falta una larga espera para la simple adquisición de un automóvil.

El plan gubernamental de cultivar cacahuetes en el África oriental fue igualmente impopular. En principio, era un magnífico proyecto para fomentar la economía africana y abastecer el mercado británico de aceites y materias grasas, pero en la práctica se eligió mal el lugar y el proyecto se vino abajo. La gente no se había acostumbrado aún a la idea de tener un Gobierno que invirtiese grandes sumas de dinero en proyectos experimentales que tenían que ser cancelados. Los conservadores conocieron posteriormente muchas experiencias de este tipo, cuando tuvieron, por ejemplo, que cancelar costosos sistemas logísticos, pero a finales de los años 40 criticaron al Gobierno laborista afirmando que jamás había ocurrido algo parecido. Esto era cierto, pues los Gobiernos anteriores a 1939 se habían mostrado menos activos.

El espíritu que privaba en el Gobierno laborista de los últimos tiempos estuvo personificado por sir Stafford Cripps.

Así vio el pintor James Boswell una calle de Londres durante los últimos años de la terrible década 1940-1950.




Gastos sociales del Gobierno británico
Vivienda
80,3
340,0
Sanidad
98,9
478,0
Educación
138,9
440,0
Seguridad Social
278,2
674,0
1938
1950
Cifras en millones de £ (precios corrientes)
Total en el conjunto de gastos gubernamentales
1938
1950
11,3 %
18,0 %
Total por persona
1938
£ 12,5
1950
£ 41,7
1
2
3
4




La pasajera que está de pie lee, dentro del metro londinense, un periódico donde un gran titular destaca el incremento del precio de la carne.

Cripps era un hombre de inquebrantable rectitud («Es Dios, pero sin la gracia de Dios», decía Churchill), y con sus hábitos vegetarianos y abstemios parecía personificar la política de «austeridad». Sus exhortaciones morales indujeron en parte a los hombres de negocios británicos a exportar, y de 1948 a 1950 convenció a los dirigentes sindicales para que cooperasen en la congelación de los salarios.

Estaba decidido a no permitir una vuelta a las condiciones de los años treinta, y creía que un bajo tipo de interés salvaguardaría el pleno empleo. El interés bancario fue mantenido en el 2 %. A consecuencia de esto, la economía se activó en grado sumo: la construcción de viviendas, las nuevas inversiones, el aumento de las exportaciones y una elevada demanda por parte de los consumidores de todos los bienes sin racionar indicaban que el sistema se hallaba sometido a una gran presión. Dicha presión estaba limitada por un sistema de licencias y controles, mediante el cual el Gobierno decidía cuál era el próximo paso que debía darse. En los años treinta no habían faltado los medios de producción —capital y mano de obra—, pero no fueron explotados debido a que no existía posibilidad de emplearlos con provecho. A finales de los años cuarenta, dada la gran demanda existente, había toda clase de oportunidades para sacarles provecho, y los hombres de negocios se sentían muy descontentos con el sistema de controles, que les restaba libertad. Si todo el mundo hubiese intentado hacer uso de dichas oportunidades al mismo tiempo, la economía habría sido víctima de una inflación incontrolable, seguida, tal vez, de una vuelta a la depresión de los años veinte. Una elevada demanda, unida a unos controles estrictos, no permitía dirigir cómodamente la economía, si bien era causa del índice de crecimiento más rápido que el país hubiese conocido durante casi todo un siglo.

Venían a sumarse a los hombres de negocios en su ira contra el Gobierno laborista todos aquellos que deseaban volver a la época anterior a la guerra. Los conservadores enfocaron su propaganda bajo el signo de la libertad: liberación del racionamiento, libertad para ganar dinero sin las limitaciones impuestas por los controles gubernamentales, y libertad para construir viviendas y aprovechar el suelo sin necesidad de permisos oficiales.

Por su parte, el Partido Laborista defendió sus posiciones con el lema «Buenas participaciones para todos», y en el curso de las elecciones de 1950 obtuvo el 2,5 % más de votos que los conservadores. Pero contaba tan sólo con una mayoría de seis diputados en los Comunes, y era evidente que se tendrían que celebrar muy pronto nuevas elecciones. A medida que se fue estrechando el asedio, los defensores más veteranos empezaron a caer: Cripps tuvo que retirarse de Hacienda en octubre de 1950, y Bevin abandonó el Ministerio de Asuntos Exteriores en marzo de 1951 (ambos habían ocupado cargos ministeriales durante los últimos diez años y no podían permanecer más tiempo en el Gobierno).

Por aquel entonces, otro problema empezaba a adquirir suma gravedad. Gran Bretaña no estuvo muy comprometida al principio en la guerra de Corea, pero las repercusiones que ésta tuvo sobre la economía fueron mucho más importantes que los cincuenta millones de libras esterlinas invertidas en la contienda. A medida que los Estados Unidos se comprometieron más y más en Corea, el Gobierno norteamericano deseó que sus aliados europeos se rearmasen, de forma que pudiesen defenderse por sus propios medios en el caso de que tuviese que retirar algunas fuerzas estadounidenses de Europa para enviarlas al Pacífico. Por otro lado, toda vez que Gran Bretaña daba la impresión de haberse recuperado mucho mejor de la guerra que los otros países europeos, esperaba que su contribución fuese también mayor.

El Gobierno laborista había ya empeza-

1 Incremento de los gastos sociales del Gobierno británico una vez aprobada la legislación laborista. 2 El frío que invade el local obliga a estas empleadas a trabajar con las ropas de abrigo puestas. 3 Attlee, con su esposa y sus hijas, aguarda ansioso, en la sede central del Partido Laborista, el resultado de las elecciones generales de 1950. 4 Cripps, ministro británico de Hacienda y personificación de la austeridad.

do a prepararse militarmente al introducir el reclutamiento en tiempo de paz, y al invertir un 7 % de la renta nacional en armamentos. Pero con la guerra de Corea en marcha, se amplió el período de reclutamiento y se incrementó, asimismo, la cifra de la renta nacional destinada a la defensa, primero al 10,5 % y luego, al menos sobre el papel, al 14 %. Este segundo paso aumentó la tensión en el Gobierno. Aneurin Bevan dimitió en señal de protesta de que los costes se cargaran sobre las recetas del Seguro de Enfermedad, y, por su parte, Harold Wilson hizo otro tanto, basándose en que no era posible transferir recursos a las industrias de armamento sin perjudicar a las industrias de maquinaria, que contribuían en tan alto grado a las exportaciones del país. Los acontecimientos dieron la razón a Wilson, y el golpe fue especialmente severo debido a que los industriales alemanes y japoneses habían iniciado su vuelta al mercado mundial para aprovecharse de las oportunidades malogradas por los británicos.

Durante el período preelectoral, los conservadores hicieron la promesa de poner término al racionamiento y de construir 300.000 casas por año. La construcción había pagado los platos rotos de que Bevan se encargase también de Sanidad, puesto que, ocupado en conseguir fondos de la Hacienda para este fin, no había tenido tiempo de construir viviendas. Como consecuencia, la gente que deseaba cambiar de trabajo tenía grandes dificultades en encontrar una vivienda, de forma que la promesa de los conservadores de hacer algo para subsanar estos inconvenientes fue bien recibida.

La guerra coreana provocó un incidente que favoreció al Partido Laborista. Cuando pareció que MacArthur estaba a punto de extender la guerra a China, Attlee voló a Washington y poco después Truman destituyó al general. Gracias a esta gestión, el Gobierno laborista pudo presentarse al pueblo como el defensor de la paz.

El Gobierno libró su batalla defensiva hábilmente y con determinación. Cuando se celebraron las elecciones el 25 de octubre de 1951, el Partido Laborista consiguió de nuevo más votos que cualquier otro partido, pero concentrados en unos pocos distritos electorales; los conservadores, por tanto, lograron una cómoda mayoría. Había pasado ya la época de las grandes inversiones en los servicios sociales y en los armamentos, y quedaba atrás el sueño imposible de una jefatura mundial británica.

Trevord Lloyd



El Informe Beveridge

El Informe Beveridge, publicado el 1 de diciembre de 1942, constituye uno de los grandes documentos de la historia moderna de Gran Bretaña y ha alcanzado al mismo tiempo renombre universal. Es la primera respuesta vigorosa a las afirmaciones formuladas por los nazis de que sólo ellos habían solventado los problemas sociales (el desempleo en especial) del capitalismo moderno.

Sir William Beveridge, uno de los arquitectos de la reforma social en la era eduardiana y un brillante administrador en el curso de la Primera Guerra Mundial, dirigió durante el período expansionista entre guerras la «London School of Economics». En febrero de 1941, poco después de que los sindicatos empezasen a presionar para una amplia reforma de los servicios sociales, aceptó la propuesta de Arthur Greenwood, uno de los representantes del Partido Laborista en el Gobierno de Churchill, de presidir un comité integrado por funcionarios cuyas pocas estimulantes directrices eran: «llevar a cabo, teniendo en cuenta la interrelación de los proyectos, un examen de los planes nacionales sobre los seguros sociales y servicios similares actualmente existentes, incluyendo las retribuciones a los obreros».

Al principio, decidió que en vez de concentrarse exclusivamente en «los seguros sociales y servicios similares», se enfrentaría, a base de introducir varios «supuestos», a la totalidad de la política social, no sólo al «gigante necesidad», como dijo, sino a los cinco gigantes que se alzaban en el camino de la reconstrucción: «necesidad, enfermedad, suciedad, ignorancia y desempleo». Con ello, bosquejó la reforma de los seguros sociales y la creación de un «estado de bienestar» total. Como los funcionarios no podían firmar un proyecto tan polémico, el informe llevó el nombre del presidente de la comisión, el Informe Beveridge.

Cuando salió finalmente a la luz pública, el informe se convirtió en el símbolo de las aspiraciones de grandes sectores del pueblo británico por una sociedad mejor. Era el símbolo del nuevo orden social, el «estado de bienestar», que los aliados ofrecían en lugar del «estado de guerra» nazi. Los movimientos de resistencia adoptaron, por su parte, un programa basado en el «estado de bienestar» como uno de los objetivos básicos de la posguerra. Los detalles diferían mucho, como es lógico, pero el impulso inicial, debido a la propaganda británica en ultramar y al mismo Beveridge, provino del informe.

Tal como dijo cierto diputado conservador, Beveridge había explicado a las tropas por qué se batían, y esto era igualmente válido para todos los que luchaban contra la Alemania de Hitler.

En 1945 Beveridge contemplaba cómo gran parte de aquellos principios por los que había abogado eran llevados a la práctica por el Gobierno laborista que ganó las elecciones. Y pudo contemplar, asimismo, cómo otras naciones, incluyendo la derrotada Alemania y la renaciente Francia, creaban un «estado de bienestar» que en muchos aspectos superaba al británico.

Arthur Marwick

Sir William Beveridge se dirige a la Cámara de los Comunes; la fotografía está tomada en febrero de 1943, dos meses después de la publicación de su informe.

Italia, nueva República

Cuando la guerra terminó, Italia se hallaba dividida. ¿Se unirían de nuevo el Norte y el Sur bajo un mismo Gobierno? ¿Cooperarían entre sí los políticos italianos en la reconstrucción del país?

Cartel anticomunista italiano (abril de 1948): Stalin es la «nodriza» del socialista Pietro Nenni (izquierda) y del dirigente comunista Palmiro Togliatti. *Abajo:* **«Vota; de lo contrario, éste será tu dueño»; así dice el texto de ese otro cartel anticomunista publicado en Italia.**





Italia salió muy maltrecha de la Segunda Guerra Mundial, tanto política como económicamente. Aunque el Gobierno de Badoglio había aceptado la rendición incondicional impuesta por los aliados (septiembre de 1943), Italia no se salvó de los estragos de la guerra, pues durante los dieciocho meses siguientes las fuerzas alemanas y anglonorteamericanas combatieron por el pleno control de la península. Durante este período, hubo dos Gobiernos. En el Sur, donde se habían refugiado el Rey y Badoglio, se intentó salvar las apariencias de soberanía nacional bajo el control de los aliados y al amparo de su lento avance. En el Norte, los amos eran los alemanes, que habían rescatado a Mussolini y le habían permitido fundar una nueva república socialista en Saló. Tras el hundimiento nazi en Italia y la ejecución de Mussolini, los comités de liberación nacional, que habían organizado alzamientos en muchos pueblos y ciudades del Norte, asumieron el poder.

Hasta finales de 1945, las autoridades aliadas se esforzaron en alimentar a la población italiana y empezaron a reparar las comunicaciones del país, gravemente dañadas. Entretanto, la reconstrucción política incumbía a los partidos antifascistas, entre los cuales no tardó en estallar una pugna por el poder. Al principio, hubo seis contendientes. Ninguno de ellos sabía a ciencia cierta qué papel desempeñaría en la política italiana del futuro, si bien no dejaba de causar cierto temor la presencia de los comunistas, que habían participado activamente en los movimientos de resistencia del Norte del país. Tenían un buen jefe en la persona de Palmiro Togliatti, a quien los rusos enviaron desde Moscú tan pronto como Mussolini cayó en 1943. Ante el asombro general, Togliatti accedió a cooperar con el Rey y con Badoglio. Esta estrategia obedecía, sin duda alguna, a que los comunistas creían tener más posibilidades de imponerse infiltrándose en el Gobierno que yendo a una insurrección armada.

A corto plazo, esta política, junto con la de los aliados, evitó al país una división entre el Norte y el Sur. A la larga, sin embargo, el futuro fue incierto hasta el 2 de junio de 1946, fecha en que se celebraron elecciones para elegir una Asamblea Constituyente y un referéndum para decidir el destino de la monarquía, gravemente comprometida a causa de su asociación con los fascistas.

Víctor Manuel III hizo lo posible por salvar el trono para su hijo Humberto. Poco antes del referéndum, abdicó en él, esperando aumentar así los votos en favor de la monarquía. Sin embargo, la maniobra no cuajó, aunque el país se decidió en favor de la República por un escaso margen de votos: 12.717.923 contra 10.719.284.

De las elecciones generales surgieron tres partidos principales. Los democratacristianos obtuvieron el 35,1 % del total de votos, los socialistas el 20,7 % y los comunistas el 18,9 %. Los partidos menores recogieron un pequeño porcentaje. Estos resultados pusieron de manifiesto que se había creado una nueva situación política. Mientras en la Italia prefascista dominaban los liberales, anticlericales y herederos de Cavour, después de la guerra esos grupos formaban un pequeño partido que contaba apenas con el 6,8 % de los votos.

El dirigente de los democratacristianos era Alcide de Gasperi, de sesenta y cuatro años de edad. Nacido en el Trentino cuando esta región formaba parte todavía del Imperio Austrohúngaro, durante su juventud ocupó un escaño en el Parlamento austríaco y más tarde, diputado católico en Italia, se enfrentó a los fascistas, quienes lo encarcelaron en 1927-28. Cuando Mussolini hizo las paces con la Iglesia, fue puesto en libertad y trabajó en la Biblioteca Vaticana. Dotado de gran habilidad y rectitud, De Gasperi se convirtió, a finales de 1945, en primer ministro de un Gobierno de coalición que incluía a comunistas y socialistas. Las elecciones lo confirmaron en el cargo, que conservó hasta un año antes de su muerte (1954).

Al igual que otros países de la Europa occidental, Italia dependía en grado sumo de los Estados Unidos. Con vistas a restaurar la quebrantada economía del país, De Gasperi cruzó el Atlántico en enero de 1947 para negociar un préstamo de cien millones de dólares con el Banco de Exportación e Importación (*Export-Import Bank*), así como otras ayudas. Ese mismo año, Italia respondió afirmativamente, en unión de otros países de la Europa occidental, al ofrecimiento norteamericano del Plan Marshall, y durante el verano el Gobierno adoptó severas medidas para com-



Juegos de niños en una calleja típica de Nápoles, junto a una pared con inscripciones de propaganda anticomunista. Tras veinte años de clandestinidad, el comunismo emergió en el escenario político italiano con poderoso ímpetu.

batir la crisis económica provocada por la inflación, la cual había doblado el coste de la vida durante el año anterior. A tal efecto, se restringieron drásticamente los créditos. El valor de la lira empezó a subir, y las medidas comerciales de signo liberal adoptadas hicieron afluir importaciones que ayudaron a sostener los precios en el interior. La recuperación económica prosiguió a buen ritmo.

Al mismo tiempo, De Gasperi tuvo que hacer frente a una crisis política. La creciente tensión en las relaciones sovieticonorteamericanas tuvo repercusiones inmediatas en Italia. En el otoño de 1946, los socialistas, dirigidos por Pietro Nenni, renovaron su pacto de unidad con los comunistas, lo cual motivó una secesión en el Partido Socialista encabezada por Giuseppe Saragat. Tanto él como Nenni abandonaron el Gobierno, y en mayo de 1947, De Gasperi, presionado por los norteamericanos y por el Vaticano, rompió con los comunistas, quienes entraron a formar parte de la oposición junto con los socialistas nennianos. La «guerra fría» había llegado a Italia.

Sin embargo, en 1947, antes de que se agudizase la tensión internacional, el país fue testigo de dos importantes acontecimientos que tuvieron amplias repercusiones en su futuro. El primero fue la aprobación del tratado de paz con Italia. En aquel entonces, constituyó un amargo desengaño para muchos italianos, pues el tratado no hacía justicia a los esfuerzos desplegados por la Resistencia. Italia tuvo que ceder gran parte de la flota, vio limitado el volumen de las fuerzas armadas en el futuro, y fue obligada a aceptar el pago de 360 millones de dólares en concepto de reparaciones. Asimismo, tuvo que ceder varios territorios, en especial las islas del Dodecaneso, que pasaron a poder de Grecia, y la mayor parte de la Venezia Giulia, incorporada a Yugoslavia. La zona de Trieste se convirtió en un Territorio Libre Autónomo, aunque en la práctica siguió siendo un enclave disputado, y permaneció bajo ocupación anglonorteamericana hasta octubre de 1954. La ciudad fue devuelta posteriormente a Italia, mientras que la región circundante pasó a poder de Yugoslavia. Italia se quedó, sin embargo, con el Tirol meridional, tras llegar De Gasperi a un acuerdo con el Gobierno austríaco para salvaguardar los derechos de la minoría de habla germánica (acuerdo que desembocó más tarde en una serie de fricciones entre ambos países). El destino de las antiguas colonias italianas quedó en suspenso. Pasaron tres años antes de que fuese resuelto este problema, momento en que aquéllas fueron cedidas o se les prometió la independencia.

A finales de año, la Asamblea Constituyente concluyó sus trabajos y aprobó una nueva Constitución, la cual preveía la elección de un Presidente dotado de amplios poderes y de un Parlamento con dos Cámaras, así como la formación de un Gobierno designado por el Presidente pero sujeto a la aprobación del Parlamento. Es digno de mención el hecho de que en la Constitución fuesen incluidos los Tratados de Letrán, que Mussolini había negociado para resolver el conflicto con el Vaticano (y que ahora aceptaban los comunistas a despecho de los privilegios que otorgaban a la Iglesia Católica), y las cláusulas referentes a la creación de regiones semiautónomas. Sólo se dictaron algunas disposiciones a fin de poder solucionar los problemas que planteaban algunas de las regiones periféricas, como Sicilia y el Valle de Aosta. Se temía que los comunistas se hiciesen con el control de las regiones centrales, donde el partido era muy fuerte debido al gran anticlericalismo reinante en los antiguos Estados Papales.

Desde un punto de vista formal, la nueva Constitución echaba los cimientos de una República democrática. Lo que no hizo, y tampoco podía hacer, era cambiar muchos de los inveterados hábitos políticos del país: desconfianza hacia el Gobierno, una burocracia muy centralizada pero enormemente ineficaz, y una serie de profundas divisiones políticas debidas a las grandes disparidades existentes en la distribución de la riqueza y entre el Norte y el Sur. La Iglesia conservaba un gran poder, y durante los años siguientes demostró ser una importante fuerza conservadora que dejaba sentir su peso en la vida política nacional.

Su fuerza, en asociación con los democratacristianos, resultó bien patente en las elecciones de 1948, que tuvieron lugar una vez aprobada la Constitución. Celebradas poco después del golpe comunista de Praga y en una época en que se temía que ocurriera otro tanto en Italia, dieron una aplastante victoria al partido de De Gasperi, el cual obtuvo, en esta ocasión, el 48,5 % de los votos y la mayoría absoluta en la Cámara de Diputados. Los comunistas y los socialistas, que presentaron una candidatura común, consiguieron tan sólo el 31 % Hábilmente, De Gasperi decidió no gobernar solo, pues ello le hubiese expuesto a una fuerte presión clerical, y se alió con otros tres partidos, dos de ellos de izquierda moderada, el Socialdemócrata y el Republicano y el tercero derechista, el Liberal. Con leves modificaciones, esta coalición sobrevivió hasta las nuevas elecciones generales.

Una de las principales preocupaciones del Gobierno durante esos años fue la mejor forma de contener a la extrema izquierda. En julio de 1948, Togliatti, jefe del Partido Comunista, fue víctima de un atentado, y el espectro de la insurrección hizo acto de presencia. El peligro pasó rá-

pidamente, pero el Gobierno tuvo buena cuenta en mantener una fuerza policíaca bien nutrida y armada, dispuesta a intervenir cuando una manifestación tomara un cariz alarmante. Por otro lado, emprendió una política de reforma agraria como respuesta a las protestas de los campesinos, a los que invitó a ocupar las tierras baldías. Prometió expropiar algunas de las fincas más importantes, sobre todo en el Sur, y redistribuir unas 800.000 hectáreas de tierra entre los braceros. Los progresos en este sector fueron, sin embargo, lentos. En noviembre de 1952, sólo se habían redistribuido 66.800 hectáreas. Aunque después se hizo algo más en este sentido, las fuerzas conservadoras fueron lo bastante fuertes como para impedir cualquier cambio sustancial. Asimismo, se invirtieron grandes sumas en el cultivo y desecación de tierras y en otras mejoras agrícolas. En 1950, se creó un fondo especial, la *Cassa per il Mezzogiorno* (Fondo para el Sur), que en el término de diez años había de introducir numerosas reformas en el retrasado Sur. A este fin se asignaron más de tres mil millones de dólares.

Tales reformas economicosociales, bien intencionadas pero un tanto tímidas, fueron completadas en el plano exterior con una política que vinculó estrechamente a Italia con la creciente red de organizaciones europeas y atlánticas. Uno de los principales objetivos de la política gubernamental al ingresar en la Organización para la Cooperación Económica Europea (1948) y, posteriormente, en la Comunidad del Carbón y del Acero (1951) fue encontrar salidas para la mano de obra sobrante —el desempleo seguía siendo del orden de los dos millones de personas— y obtener fondos para promover el desarrollo. Pero muchos italianos, incluyendo el mismo De Gasperi, estaban convencidos de que se imponía una mayor unidad de la Europa occidental por razones de tipo político. El país había sufrido demasiado a causa de un nacionalismo anacrónico. Libre de tales pretensiones, Italia debía tomar parte en la construcción de una Europa unida. Así, pues, aun cuando la «guerra fría» y la presencia de un fuerte Partido Comunista hicieron que la nueva República conociese un período difícil a comienzos de los años cincuenta, no dejó de ser esa una época rica en bien fundadas esperanzas.

Roy Pryce



El primer ministro italiano Alcide de Gasperi trató de resolver el problema meridional del país proporcionando a los agricultores del Sur tierras procedentes de fincas expropiadas; aquí aparece entregando un título de propiedad rústica a un campesino.



POLOGNE
TCHE
PAYS BALTES
ROUMANIE
BULGARIE
HONGRIE
CHINE
ALLEMAGNE
FRANCE



Hegemonía comunista en Europa oriental

Tras su liberación por el Ejército Rojo, los países de la Europa oriental entraron en la órbita de la Unión Soviética, y, después de su transformación en democracias populares obedientes a Moscú, fueron aliados de los soviets durante la «guerra fría».

Durante el período entre ambas guerras mundiales, la Rusia de Stalin era el único Estado del mundo organizado según los principios marxistas. Diez años más tarde, la situación había cambiado: Berlín y Viena eran islotes controlados por las Cuatro Potencias y radicados dentro de las zonas de ocupación soviética; la esfera de influencia rusa había avanzado hasta el Elba, y en siete países de la Europa oriental (Albania, Bulgaria, Checoslovaquia, Polonia, Hungría, Rumania, y Yugoslavia) se había instaurado un Gobierno comunista.

Durante el período entre ambas guerras mundiales, el marxismo no había constituido una fuerza revolucionaria poderosa en ninguno de estos siete países. A comienzos de 1920, los comunistas consecharon algunos triunfos en las elecciones municipales celebradas en Yugoslavia y Polonia, pero poco después se vieron obligados a entrar en la clandestinidad. Durante el verano de 1919, hubo un efímero régimen bolchevique en Hungría bajo Béla Kun, una insurrección abortada en Bulgaria en 1923, una turbia conspiración de oficiales yugoslavos en 1932, y cierto número de asesinatos atribuidos a los comunistas. En la mayoría de las universidades había células marxistas secretas, pero el único grupo parlamentario efectivo se encontraba en Checoslovaquia, donde el Partido Comunista obtuvo un millón de votos en 1925. No es sorprendente el contraste entre los triunfos relativos del comunismo en tierras checas y su fracaso general en los restantes países durante los años treinta: dos tercios de la población checoslovaca vivían de la industria o del comercio —y, por tanto, eran más sensibles a los halagos de la propaganda comunista—, mientras que dos tercios de las gentes que habitaban en los otros seis países dependían de la tierra.

Cuando Churchill, Roosevelt y Stalin se reunieron en Teherán en noviembre de 1943, se acordó que la estrategia militar soviética tendría como finalidad destruir las fuerzas nazis en la Europa oriental, dejando el flanco meridional y occidental del contiente a británicos y norteamericanos. El Ejército Rojo entró, por lo tanto, en las cuencas del Vístula y del Danubio (1944-45) en calidad de libertador, pero su papel político varió de acuerdo con las circunstancias locales. En Yugoslavia y Albania, por ejemplo, las organizaciones comunistas de Tito y Enver Hoxha habían reunido bajo su bandera a todos los elementos que luchaban contra los invasores del Eje, y al final de la guerra sus dirigentes fueron saludados por el pueblo como indiscutibles héroes de la patria. La contribución rusa a la liberación de Yugoslavia fue mucho menor que en los otros países danubianos, y nula en el caso de Albania. Por otro lado, en las provincias checas el Ejército Rojo fue recibido como el instrumento para conseguir la salvación y regeneración nacional, pues el Gobierno del presidente Eduard Benes no regresó a Praga hasta cinco días después de que las tropas del mariscal Koniev hubieron entrado en la ciudad.

Rumania y Bulgaria se separaron del Eje en agosto y septiembre de 1944, cuando los rusos llegaron a sus fronteras. Posteriormente, los rumanos perdieron 150.000 hombres en los Cárpatos, en calidad de aliados de la Unión Soviética (1944-45), y, del mismo modo, las tropas búlgaras tomaron parte en el avance hacia el Danubio y el Sava. Los rumanos sentían poco entusiasmo por sus aliados soviéticos y menos aún por el comunismo: luchaban, simplemente, para recuperar la porción de Transilvania cedida a Hungría en 1940 bajo presiones de Hitler. Bulgaria jamás había declarado la guerra a la Unión Soviética, y un sentimiento paneslavista le hacía preferir el modo de vida soviético al de sus vecinos del Norte. En Polonia y Hungría, en cambio, los rusos no fueron tan bien recibidos.

Los partidos comunistas no asumieron de inmediato el control exclusivo del Gobierno en ninguno de los siete Estados, salvo en el caso de Albania, donde la retirada alemana (octubre de 1944) creó un vacío administrativo que vino a llenar rá-

Página contigua: **cartel anticomunista francés que presenta a Francia como próxima víctima de la «danza caucasiana» de Stalin, acompañado en ella por los jefes comunistas galos.** *Izquierda:* **esta muchedumbre rumana saluda, contra lo que podría parecer, no a un ejército nazifascista sino al Ejército Rojo.**





pidamente el Frente de Liberación de Enver Hoxha. En los restantes países, la transición hacia un partido único siguió un esquema regular: 1.º, Gobierno de coalición, en el cual los comunistas compartían el poder con otros partidos «democráticos» y «progresistas»; 2.º, atribución a los comunistas de los cargos más importantes, lo que les permitía controlar las fuerzas armadas y la policía, y 3.º, campaña de descrédito contra los dirigentes no comunistas como paso previo a la implantación de una democracia popular, controlada por un Politburó cuyos dirigentes habían sido adiestrados en Moscú. Aunque la sucesión de dichas fases varió de un país a otro, éste fue el esquema seguido en Bulgaria, Rumania, Hungría, Polonia y Checoslovaquia. En Yugoslavia, por el contrario, tras sólo seis meses de coalición se adueñaron del Gobierno los exjefes de los partisanos, contra los cuales fueron incapaces de luchar los discípulos de Moscú.

Bulgaria

La transición hacia una democracia popular fue más suave en el caso de Bulgaria. En septiembre de 1944, un golpe de Estado dio el poder a un Gobierno de Frente Patriótico, presidido por Kimon Georgiev, que había sido primer ministro diez años antes y que se había asociado a un grupo progresista no comunista conocido como el *Zveno*, nombre de su órgano de prensa. Le apoyaban los socialdemócratas, el principal partido campesino (los agrarios) y los comunistas. El Frente Patriótico adoptó duras medidas contra los partidarios del viejo régimen y contra los colaboracionistas. En el curso de las elecciones generales de noviembre de 1945, tres cuartas partes de los electores votaron por el Frente, y un referéndum, celebrado el otoño siguiente, indicó que el 92 % del pueblo búlgaro era contrario a la monarquía. El rey Simeón, de nueve años de edad, abandonó el país y se proclamó la República Popular (15 de septiembre de 1946).

El poder efectivo estaba en manos del dirigente comunista Georgi Dimitrov, quien voló a Bulgaria desde Moscú en noviembre de 1945, tras veintidós años de exilio. Dimitrov había conquistado renombre internacional en 1933 por la valiente forma en que consiguió obtener un veredicto de no culpabilidad para él y para dos de sus colegas a quienes los nazis acusaban de estar complicados en el incendio del Reichstag en Berlín. El Partido Comunista aprovechó al máximo esta reputación legendaria para hacer de él el Lenin de Bulgaria. Una serie de cautelosas reformas agrarias sedujeron al campesinado, y a finales de 1946 Dimitrov se consideró lo bastante fuerte como para expulsar del Frente Patriótico a los elementos procedentes del *Zveno* y convertirse en primer ministro. En agosto de 1947, se arriesgó a un choque con los campesinos al orquestar un juicio por traición contra el dirigente agrario Nikola Petkov. La ejecución de Petkov, el 23 de septiembre, sorprendió a la opinión pública occidental, pero los campesinos no reaccionaron. Resultaba evidente que los comunistas eran los amos indiscutibles de Sofía. Hecho significativo: en diciembre, las unidades del Ejército Rojo se retiraron de Bulgaria. Stalin tenía motivos más que suficientes para sentirse satisfecho de su pupilo.

Rumania

A los comunistas les costó bastante más hacerse con el poder en Rumania. El rey Miguel, que contaba a la sazón veintitrés años, tomó personalmente la iniciativa de derrocar el Gobierno proalemán (agosto de 1944), lo que le valió una de las condecoraciones soviéticas más estimadas, la Orden de la Victoria. Pero este matrimonio *contra naturam* del Rey y de los comunistas duró tan sólo siete meses. En marzo de 1945, el viceministro de Asuntos Exteriores soviético indujo al rey Miguel a designar un Gobierno de Frente Nacional Democrático. Al principio, los comunistas controlaron tan sólo tres ministerios: Interior, Justicia y Economía Nacional. El primer ministro, un exmiembro del Partido Agrario, Petru Groza, siguió encabezando sucesivos Gobiernos hasta 1952. El Rey accedió a que se llevase a término una reforma agraria, pero poco después se negó a dar su consentimiento a cualquier tipo de medidas hasta que el Gobierno fuese más representativo. En enero de 1946, Groza amplió ligeramente la coalición y la oposición real cesó. Esto decidió a los comunistas a desembarazarse de la monarquía.

El Partido Comunista creció lentamente en Rumania. Fue fundado por Emil Bodnaras, un exoficial del Ejército rumano nacionalizado soviético que regresó a Bucarest con los «libertadores». Pero Bodnaras (que en 1969 todavía era vicepre-

Aduladora pintura que presenta al «dichoso» pueblo checoslovaco reunido en torno a la «bondadosa paternidad» de Stalin, quien, en realidad, nunca visitó los países satélites.

sidente de la República Rumana) ha maniobrado siempre entre bastidores. Los factótums eran Ana Pauker y Gheorge Gheorghiu-Dej. Mientras el segundo se dedicaba a reconstruir la industria rumana, la primera se encargaba de los Asuntos Exteriores. Ella fue quien obligó a abdicar al Rey el 30 de diciembre de 1947, poco después de que el Rey anunciase su compromiso matrimonial con la princesa Ana de Borbón-Parma. A su debido tiempo, Rumania se convirtió en una República Popular (a comienzos de 1948).

Cuando el Rey abdicó, los comunistas todavía eran un partido minoritario en el Parlamento de Bucarest: uno tan sólo de cada seis diputados, era, en realidad, miembro del Partido Comunista. Pero los otros grupos políticos que integraban el Frente Nacional Democrático habían sido intimidados mediante una serie de juicios, en el curso de los cuales dos veteranos políticos, Maniu y Mihalache, fueron condenados a prisión. La buena disposición del Frente Nacional Democrático a seguir la política comunista resultó bien patente en la primavera de 1948, cuando el Gobierno promulgó una nueva Constitución basada en el modelo soviético de 1936. Las elecciones que se celebraron poco después dieron 405 escaños al Frente y sólo 9 a la oposición. Los comunistas reforzaron, pues, su control sobre la República: Bodnaras se convirtió en ministro de Defensa y Gheorghiu-Dej anunció una reestructuración económica a largo plazo. Los comunistas, al controlar el Ejército, la Policía y la administración civil, se aseguraban de que Rumania se convertiría en un satélite soviético como Bulgaria. Una serie de compañías comerciales soviético-rrumanas se encargaron de vender a precios ridículos los recursos petrolíferos y cerealistas del país a la U.R.S.S. El pueblo rumano parecía acobardado y obediente. Sin embargo, el Ejército Rojo permaneció en Rumania hasta el verano de 1958.

Hungría

Al principio, los comunistas actuaron precavidamente en Hungría. El Gobierno de coalición provisional —creado a finales de 1944 bajo los auspicios soviéticos—, comprendía cierto número de veteranos distinguidos de la era Horthy y sólo dos comunistas; garantizó el libre ejercicio de las libertades democráticas y decretó una amplia reforma agraria, por la cual 640.000 campesinos adquirían pequeñas propiedades en el plazo de unos dieciocho meses. Esta revolución agraria fue iniciada por el ministro de Agricultura Imre Nagy, comunista, pero no obedecía en absoluto a un programa socialista, y en los primeros meses que siguieron a la guerra el Partido de los Pequeños Terratenientes obtuvo gran número de seguidores.

Las elecciones celebradas en noviembre de 1945 dieron el 60 % de los escaños a los Pequeños Terratenientes, y sólo el 17 % a una lista conjunta de socialdemócratas y comunistas. El dirigente de los Pequeños Terratenientes, Zoltán Tildy, se convirtió en primer ministro de una coalición, mientras que sus dos segundos eran un socialista de izquierda y un comunista, Mátyás Rákosi. El ministerio del Interior se hallaba también en poder de los comunistas, con lo cual el partido controlaba la Policía civil y, más tarde, la Policía de Seguridad, la A.V.H. (creada en 1947). Cuando Hungría proclamó la República (enero de 1946), Tildy se convirtió en su Presidente y le sucedió en el cargo de primer ministro otro dirigente de los Pequeños Terratenientes, Ferenc Nagy. Poco después, las autoridades militares soviéticas presionaron al Gobierno para que nombrase ministro de Defensa a uno de los subalternos de Rákosi, y en el verano de 1946 las fuerzas de seguridad se hallaban bajo el control directo de los comunistas.

Durante 1946 y a comienzos de 1947, Ferenc Nagy y los Pequeños Terratenientes libraron una batalla perdida de antemano contra el aparato del Partido Comunista, sometido a Rákosi. Fueron disueltos los movimientos juveniles católicos y se descubrieron cierto número de «conspiraciones», todas las cuales parecían implicar a los Pequeños Terratenientes. A finales de febrero de 1947, Béla Kovacs, secretario general de dicho partido y amigo íntimo de Ferenc Nagy, fue juzgado secretamente por espionaje y deportado a Siberia. En mayo dimitió el primer ministro. Le sucedió al frente del Gobierno un dócil miembro de los Pequeños Terratenientes, Lajos Dinnyés, pero las decisiones importantes fueron tomadas a partir de entonces por Rákosi. Los Pequeños Terratenientes, divididos en gran número de facciones, eran incapaces de poner coto a los comunistas. Los socialdemócratas fueron independientes nominalmente hasta junio de 1948, mes en que su movimiento se fusionó con los comunistas en un Partido de los Trabajadores Húngaros. Pero los comunistas controlaban el país desde mucho antes.

Polonia

En Polonia, los acontecimientos siguieron un esquema parecido. La larga pugna entre el Gobierno polaco en el exilio y la administración patrocinada por los rusos, sita en Lublin, tocó a su fin en junio de 1945 con la creación de un Gobierno de Unidad Nacional. Los comunistas ocupaban tan sólo seis cargos ministeriales en dicha coalición, aun cuando éstos incluían, como en los restantes países de la Europa oriental, los Ministerios encargados de la seguridad interna. El exjefe del Gobierno emigrado, Stanislaw Mikolajczyk, se convirtió en viceprimer ministro, y a comienzos de 1946 su Partido Campesino contaba con más de 600.000 afiliados. Las plazas fuertes comunistas se hallaban en las tierras exalemanas, y se extendían por el oeste hasta el Oder y el Neisse. Los polacos expulsaron a seis millones de alemanes de dichos territorios, reemplazándolos con colonos procedentes del Este. La ley electoral concedía una representación desproporcionadamente alta a esas regiones, favoreciendo con ello a los comunistas.

En la Conferencia de Potsdam, celebrada en 1945, se decidió que los polacos celebrarían elecciones libres en el plazo de un año, pero no tuvieron lugar hasta enero de 1947, y en aquel entonces el procedimiento empleado levantó las protestas de los observadores occidentales. La candidatura socialcomunista obtuvo 394 escaños y el Partido Campesino de Mikolajczyk sólo 28. El socialista Cyrankiewicz se convirtió en primer ministro de Polonia (febrero de 1947), y Mikolajczyk, anticipándose a su detención, escapó a Occidente. Se adoptó una Constitución de corte soviético y se procedió a integrar estrechamente los sistemas económicos ruso y polaco. La única oposición existente en Polonia era, al igual que en Hungría, la Iglesia Católica, y se hizo cuanto se pudo para minar su influencia.

Checoslovaquia

El destino de Checoslovaquia, de la cual se retiraron voluntariamente las tropas soviéticas en diciembre de 1945, fue, en verdad, único. Unas elecciones limpias, celebradas en mayo de 1946, dieron al Partido Comunista el 38 % de los votos y 114 de los 300 escaños parlamentarios. El Presidente de la República, Benes, encargó al dirigente comunista Klement Gottwald que formase un Gobierno de coalición. Su gabinete constaba de nueve comunistas (que controlaban, como era su costumbre, los principales Ministerios) y diecisiete no comunistas. Durante más de un año, la coalición funcionó bien, aunque era considerada en Eslovaquia como un



Arriba: **el dirigente comunista húngaro Rákosi (derecha) estrecha la mano del socialista Szákásits al anunciarse la fusión de sus dos partidos respectivos en el Partido de los Trabajadores Húngaros, última fase previa al establecimiento de una dictadura roja.** *Abajo:* **la Europa oriental en 1945-1955.**

instrumento del centralismo checo. En julio de 1947, sin embargo, la presión que ejercieron los soviéticos indujo a los checos a retirar su aceptación del Plan Marshall, y a partir de entonces se produjeron fricciones en el seno de la coalición.

El 12 de febrero de 1948, los ministros no comunistas pidieron al ministro del Interior que cesara de introducir elementos comunistas en el cuerpo de Policía. El 20 de febrero, la mayoría de los ministros no comunistas dimitieron, esperando obtener con ello la disolución del Gobierno. La presión comunista aumentó, y durante una semana, los checoslovacos estuvieron al borde de la revolución. El presidente Benes, temiendo una guerra civil y una posible intervención del Ejército Rojo, se creyó obligado a aceptar la inmediata formación de un Gobierno controlado por los comunistas, con Gottwald como primer ministro. El siempre popular Jan Masaryk, hijo del primer Presidente de Checoslovaquia, permaneció en su cargo de ministro de Asuntos Exteriores.

Unos quince días después, Masaryk fue hallado muerto debajo de una ventana en el patio de su Ministerio. Con su muerte quedaba eliminado el último adversario del dominio comunista en Praga. A partir de entonces, el poder de Gottwald no conoció límites.

Las elecciones de 1948 marcaron un brusco giro con respecto a las prácticas hasta entonces en uso. No se presentó ningún partido de oposición; los electores votaron en un 88 % en favor de una lista conjunta socialcomunista.

Esto fue ya demasiado para el presidente Benes: dimitió del cargo y tres meses más tarde moría. Gottwald ocupó la presidencia y el dirigente sindicalista Zápotocky pasó a ser primer ministro. Las universidades y la administración fueron purgadas y se crearon campos de trabajos forzados para los «desviacionistas».

En marzo de 1948, el dominio que ejercía Stalin sobre la Europa oriental parecía total y completo: pero era una ilusión, a pesar de que la liberalización debía ser un proceso lento y decepcionante.

Alan Palmer





Alemania ocupada y dividida

La exigencia de rendición incondicional condujo inevitablemente a la ocupación de Alemania por los aliados. Las tensiones existentes en el seno de la alianza eran, sin embargo, demasiado acusadas para que Alemania dejara de convertirse en un foco de la «guerra fría».

Un grupo de soldados soviéticos pasa, en los alrededores de Berlín, junto a una mujer que está cuidando la sepultura de un soldado alemán (julio de 1945).

Las enormes pérdidas sufridas por Alemania inducían a pensar que en el futuro el país sería el pariente pobre de Europa. Basándose en este supuesto, se elaboraron gran número de planes políticos, con el consiguiente resultado de que la Alemania Occidental pronto alcanzó una prosperidad extraordinaria.



Los daños más visibles se debieron a los bombardeos, pero en realidad fueron muy pocos los impactos directos que pusieron fuera de uso una instalación vital. Las líneas de comunicación constituyeron uno de los principales objetivos de los bombardeos de precisión durante 1944-45, y cuando cesó la lucha (7 de mayo de 1945) el tránsito estaba virtualmente paralizado: sólo un 13 % del trazado ferroviario de la zona británica era apto para el servicio. Pero resultó muy fácil repararlo, pues seis meses más tarde únicamente un pequeño porcentaje estaba aún destruido.

El auténtico obstáculo para la recuperación industrial no eran los destrozos, sino los transportes. La sociedad moderna da por sentada la existencia de líneas de suministro a través de las cuales los materiales van desde la fuente primaria al consumidor. Los únicos países con recursos sobrantes se encontraban al otro lado del mar, y hubo que organizar, por consiguiente, nuevas líneas de suministro y solventar el problema de los pagos ya vencidos. Para pagar, Alemania tenía que exportar, mas para exportar tenía que manufacturar, y antes de que pudiese manufacturar precisaba contar con suministros. Este círculo vicioso sólo pudo ser roto a partir de 1947, cuando los norteamericanos le proporcionaron suficientes suministros para invertir dinero en la industria.

Unos cuatro millones y medio de alemanes perdieron la vida a consecuencia de la guerra, catástrofe que afectó principalmente a determinados grupos: según se dice, veinticinco de cada cien hombres nacidos en 1924 habían ya muerto en 1945, y unos treinta y uno habían quedado mutilados. A despecho de tales pérdidas, en octubre de 1946 la población alemana superaba en siete millones la que había estado viviendo en 1937 en el interior de unas fronteras más amplias. Los siete millones de extranjeros que los nazis deportaron a Alemania para que trabajasen para ellos durante la guerra habían regresado en su mayoría a sus hogares, a menos que los hubiesen encontrado poco atractivos debido a la presencia de los comunistas. Pero fueron reemplazados por un alud de

El penoso viaje de algunos de los diez millones de refugiados que procedentes de los territorios alemanes incorporados a la U.R.S.S., de la Alemania Oriental, de Checoslovaquia y de Austria, se dirigían, como fuera, a la Alemania Occidental: un nuevo lastre para una economía cuya producción no alcanzaba ni un tercio de lo que fuera antes de la guerra.

fugitivos, entre diez y doce millones, que huían de los territorios alemanes incorporados a Rusia y a Polonia, o por las minorías alemanas radicadas en otros países de la Europa oriental, en especial en Checoslovaquia. El problema fundamental consistía en alimentar a esta numerosa población, sobre todo si tenemos en cuenta que gran número de regiones productoras de alimentos habían quedado destruidas.

Pero si bien habían nuevos habitantes, la vieja mentalidad aún no había muerto. Antes de su hundimiento, el Partido Nazi tuvo ocho millones de afiliados, amén de otros cuatro millones encuadrados en organizaciones paralelas. No cabe duda de que muchos miembros habían sido meros conformistas, pero el interrogatorio de los prisioneros y de otros individuos sugiere que un 10 % de la población adulta, o sea unos cuatro millones de personas, habían sido nazis convencidos. Como es lógico, esas personas no alardeaban de sus puntos de vista, y el número de exnazis siguió siendo bajo. Hubo, no obstante, valientes miembros de la oposición que condenaron lo sucedido, como los dirigentes de la Iglesia Evangélica.



Tras la reforma monetaria de 1948, los géneros vuelven a los escaparates. Durante los tres primeros años de la posguerra, la industria se estancó, floreció el mercado negro, y la gente prefería los bienes de consumo al dinero.

La mayoría de los alemanes deseaban, sin embargo, olvidar el pasado, y negaban, indignados, la teoría de la «culpa colectiva» que, según suponían, era el punto de vista de los vencedores. Al tiempo que rehuían el pasado, deseaban iniciar el futuro con unos antecedentes limpios, criticando a los aliados y, en especial, a los rusos por todo lo que había de insatisfactorio en la situación alemana. Mostraban una incapacidad total para sentir remordimientos, no sólo porque esto hubiese significado aceptar el punto de vista de los vencedores, lo que habría sido antipatriótico, sino también porque, de profundizar en el razonamiento, hubiesen tenido que admitir que muchos de los valores por los que su país había sentido admiración durante el siglo pasado eran falsos.

Las instituciones impuestas por los aliados fueron aceptadas sin resistencia, pero, en su mayor parte, sin entusiasmo. A finales de los años cuarenta la democracia era, en todas partes, «lo normal». Ni tan siquiera despertó la repugnancia con que la República de Weimar fue acogida por la clase dirigente. Pero tampoco promovió, como era lógico, grandes lealtades. Por el momento, los alemanes preferían volcar sus energías en la restauración de su situación material.

Una vez se acordó exigir la rendición incondicional, los aliados estaban casi obligados a entrar en Alemania en 1945, aunque sólo fuese para impedir la guerra civil, y, una vez allí, estaban casi obligados a permanecer en el país hasta que fuese restaurado el orden social, toda vez que los alemanes carecían de los medios precisos para hacerlo. Así, pues, el punto de vista de los vencedores resultó determinante en lo tocante a la forma que convenía dar al nuevo orden de cosas.

Pero, como es lógico, los vencedores se peleaban entre sí, dado que sus puntos de vista sobre la sociedad divergían, y, en vez de mantener sujeta a Alemania, se vieron obligados a reconstruir el poder alemán a fin de utilizarlo unos contra otros.

El fracaso inicial en llevar a la práctica el acuerdo de Potsdam no se debió a los rusos, sino a los franceses de De Gaulle. Roosevelt había hecho hincapié en que no cabía esperar que Norteamérica mantuviese tropas en Europa durante mucho tiempo, y Churchill sugirió a sus aliados que Francia podía ayudar a Gran Bretaña a mantener sujeta a Alemania (y a Rusia en jaque). Se obtuvo el consentimiento de Stalin para crear una zona francesa de ocupación y otro asiento en el Consejo de Control, pero ello se consiguió después de mortificar el orgullo de De Gaulle al excluir a los franceses de Yalta y Potsdam. En aquel entonces, Francia deseaba ver dividida a Alemania, y vetó, por lo tanto, en el Consejo de Control la creación de las cinco oficinas ejecutivas que, según dicho acuerdo, debían transmitir las decisiones del Consejo a las autoridades locales alemanas. Los comandantes de las diferentes zonas aliadas pasaron, pues, a convertirse en el único canal de contacto con dichas autoridades, de forma que las cuatro zonas, cuya función primera había sido delimitar el terreno donde cada potencia debía situar sus tropas, adquirieron una función política. Esto facilitó posteriormente la partición de Alemania de acuerdo con las fronteras zonales.

Rusia mostró una gran prudencia en el ejercicio de esta función política, y si bien creó un Partido Comunista en su zona, no le permitió ostentar el monopolio del poder que es usual en un Estado comunista. Aunque ordenó a los alemanes que trajo de Moscú que sujetasen firmemente las riendas, puso énfasis también en que los resultados debían parecer democráticos. De ahí que crease otros tres partidos, que entraron a formar parte de los comités «antifascistas» en los cuales se apoyaron los sucesivos Gobiernos de coalición. Asimismo, procedió a una reforma agraria en su zona sin esperar la debida autorización del Consejo de Control, pero,



Alemania y Austria quedaron ocupadas militarmente; Berlín y Viena estaban situadas bajo el control de las Cuatro Potencias; Bremen formaba parte de la zona norteamericana. Cada una de las cuatro zonas fue gobernada según los deseos del ocupante, deseos que en la zona soviética resultaron, en realidad, imposición definitiva.

en vez de colectivizar, llevó a la práctica un sistema de minifundios privados. En el campo industrial, las empresas no fueron socializadas en el acto, a menos que sus propietarios estuviesen comprometidos políticamente.

Durante los años siguientes, los rusos estuvieron obsesionados, al parecer, con el recuerdo de 1914 y 1941, y temían el resurgimiento de una vengativa Alemania. En consecuencia, su principal objetivo en 1945 era mantener sujetos a los alemanes, y tal vez se dieron cuenta de que una Alemania unida y controlada al unísono por los cuatro vencedores favorecía más sus intereses que una Alemania dividida, en la cual un tercio comunista se enfrentaría a los dos tercios restantes respaldados por Occidente.

¿Qué es lo que no funcionó entonces? Dos importantes motivos del fracaso radicaban fuera de Alemania. Uno era la fabricación de la bomba atómica y el hecho de que los norteamericanos no decidiesen compartir el secreto. El otro fue la súbita terminación del sistema de Préstamos y Arriendos y la negativa norteamericana a ofrecer a Rusia un préstamo destinado a su reconstrucción interior. Ello agravó la debilidad de Rusia y la indujo aún más a sacar el máximo partido de Alemania.

De ahí deriva la controversia sobre las reparaciones a partir de la producción normal, las cuales no habían sido sancionadas en Potsdam (a diferencia de lo que se hizo en Yalta), pero que tampoco habían sido explícitamente prohibidas. Los rusos no tardaron en descubrir cuán limitado era el valor de una planta industrial desmantelada (el tipo de reparación que fue sancionado en Potsdam). En vez de ello, el producto con que se quedaban —sin que intentaran llegar antes a un acuerdo entre las Cuatro Potencias— era algo que se perdía no sólo para el consumo alemán, sino también para la exportación. Como consecuencia, los británicos y norteamericanos tuvieron que pagar aún más para mantener en funcionamiento sus respectivas zonas, con gran indignación del Occidente, que no se daba cuenta de que estaba subvencionando no sólo al pueblo alemán, causante de la contienda, sino también al pueblo ruso, que tanto había hecho para ganarla. Por su parte, los soviéticos tenían gran miedo de los subsidios, pues veían en ellos la reconstrucción del poderío alemán por obra del capitalismo occidental. La respuesta inmediata fue proceder a la partición de Alemania y asegurarse la parte que pudiesen controlar. Así, pues, en un plano estrictamente humano, si no en el lógico, la partición fue consecuencia de la rendición incondicional.

La desaparición del gobierno de las Cuatro Potencias simplificó, no obstante, los problemas planteados a los aliados occidentales. No sólo no tuvieron que esperar ya más el consenso ruso para actuar, sino que pudieron movilizar, en apoyo de su política, el profundo antagonismo alemán en contra de los eslavos y del comunismo. Más aún, al ser ellos quienes dirigían el país, daban un respiro a los alemanes y atraían sobre su cabeza la mayoría de críticas que habría provocado cualquier Gobierno puesto en las mismas condiciones. La opinión popular era tan contraria a la ocupación, que el régimen alemán que le sucedió difícilmente no habría dado la impresión de ser mejor. Dicho régimen procuró, pues, evitar al máximo cualquier asociación con esa derrota y fracaso que habían constituido un obstáculo tan serio para la implantación de la democracia en Alemania. De hecho, la «guerra fría» hizo que norteamericanos y británicos se volcasen hasta tal punto a ayudar a Alemania que sólo un milagro hubiese podido impedir que la República Federal alcanzase un éxito económico.

Michael Balfour

Convalecencia de Francia

La Francia de la posguerra tuvo nueve Gobiernos en algo más de cuatro años. La inestabilidad política era tal que, en determinados momentos, pareció estar en peligro la supervivencia de la democracia.

Laval, primer ministro de la Francia de Vichy, durante su juicio por traición. El acusado hizo de sí mismo una brillante defensa; el tribunal, sin embargo, decidió abreviar un juicio ya fallado de antemano y Laval fue ejecutado en octubre de 1945, ejecución cuya justicia sigue poniéndose todavía en tela de juicio.



Si bien París fue liberado en agosto de 1944, la última unidad alemana no abandonó Francia hasta mediados de 1945. En Normandía, la región más devastada del país, medio millón de personas —casi una de cada cinco— carecían de hogar. En todas partes, los puentes habían sido derrumbados, las fábricas estaban paradas (debido, más que a destrucción, a la falta de existencias y de equipos), el trazado ferroviario y el material móvil habían quedado inservibles y los puertos permanecían inactivos, obstruidos por minas y pecios. Los alimentos estaban racionados.

En las ciudades y pueblos, las autoridades locales, a menudo improvisadas, se esforzaban en restaurar una administración ordenada, al tiempo que intentaban hacer frente al alud de franceses que regresaban del extranjero o que circulaban libremente por el interior de Francia. Más de dos millones de prisioneros de guerra y de obreros, que habían sido deportados a Alemania en calidad de trabajadores forzados, volvían en forma de corriente impetuosa a un país mal equipado para recibirlos.

La situación económica era terrible, pero el estado de ánimo era excelente. Se había ganado la guerra, y las tropas francesas habían ayudado a liberar la capital. Tres de cada cuatro miembros de la Asamblea Constituyente elegida en octubre de 1945 eran socialistas, comunistas o afiliados al nuevo partido católico fundado durante la Resistencia, el M.R.P.: *Mouvement Républicain Populaire* (Movimiento Republicano Popular). Unía a tales organizaciones su lucha en la Resistencia y su aceptación del general De Gaulle como jefe del Gobierno provisional. Durante 1945 y 1946, discutieron y votaron una nueva Constitución y una serie de leyes electorales, crearon tribunales para juzgar a los colaboracionistas, absorbieron a los movimientos de resistencia en varios partidos políticos y a sus fuerzas armadas en un ejército regular, nacionalizaron las industrias clave, introdujeron un amplio sistema de seguridad social y elaboraron el primer plan a escala nacional destinado a la reconstrucción y a la modernización.

Cuando la IV República nació oficialmente a la vida (Nochebuena de 1946), la luna de miel con la izquierda ya había prácticamente concluido. En mayo de 1947 la coalición tripartita se deshizo, y los comunistas, que contaban con el grupo parlamentario más numeroso en la Asamblea Nacional de acuerdo con los resultados de las elecciones de noviembre de 1946, pasaron a la oposición. El general De Gaulle, que había dimitido en enero de 1946 y cuyos partidarios se oponían a la nueva Constitución, creó un movimiento en abril de 1947, el R.P.F.: *Rassemblement du Peuple Français* (Reunión del Pueblo Francés). El R.P.F. era contrario al sistema de partidos, en especial a los comunistas, y predicaba la necesidad de un Gobierno fuerte. Francia se dividió, pues, a partir de entonces, en cuatro tendencias políticas principales, dos de las cuales, los gaullistas y los comunistas, eran incapaces de colaborar entre sí o con cualquiera de las otras dos: las coaliciones Radicales-Derecha y Radicales-Socialistas-M.R.P., que compartieron el poder.

Los primeros años de la IV República fueron, pues, de lucha por un modo de vida democrático. Fue una época de constantes subidas de precios, disputas laborales, huelgas y crisis presupuestarias. En mayo de 1947, los salarios y los precios habían doblado desde la liberación, y en otoño la C.G.T. —*Confédération Générale du Travail* (Confederación General del Trabajo)— decretó la primera huelga general de la posguerra; aunque ésta terminó antes de que expirase el año, de ella se derivaron dos consecuencias importantes. La primera fue la separación de los elementos comunistas y los no comunistas que integraban la C.G.T. A partir de entonces, el movimiento sindical se escindió en varios grupos rivales: la C.G.T., controlada por los comunistas, la C.G.T.-F.O., que incluía a los exelementos no comunistas de la C.G.T. y que ahora se autodenominaban *Force Ouvrière* (Fuerza Obrera), y el movimiento predominantemente católico, la C.F.T.C.: *Confédération Française des Travailleurs Chrétiens* (Confederación Francesa de los Trabajadores Cristianos). La segunda consecuencia fue la formación, en enero de 1948, de una «tercera fuerza» política, compuesta de radicales, socialistas y M.R.P., cuyos objetivos eran defender la democracia contra el totalitarismo, gau-



llista o comunista, y conseguir la estabilidad financiera y la justicia social.

Si bien se alcanzó el primer objetivo durante los años siguientes, del segundo, en cambio, no cabe decir lo mismo. Aun cuando su oposición a la política gubernamental era puramente negativa, tanto el R.P.F. como el Partido Comunista polarizaron a la opinión pública mucho más de lo que podía resistir la «tercera fuerza», coalición integrada por elementos dispares cuyos puntos de contacto no iban más allá de los principios democráticos. Socialistas y radicales se peleaban con el M.R.P. sobre el problema de las escuelas católicas, y, por su parte, los socialistas disentían de los radicales en política económica, y, sobre todo, en la forma de llevar las industrias nacionalizadas, la planificación estatal y los controles. Tanto los radicales como el M.R.P. limitaban por sus extremos con la Derecha, mientras que los socialistas temían ser desbordados por el Partido Comunista, que, toda vez que se hallaba permanentemente en la oposición, podía formular demandas insensatas sobre aumento de salarios o mejoras en la seguridad social.

La segunda prueba de fuerza, la huelga minera de octubre de 1948, que duró seis semanas y afectó a 300.000 obreros, consistió básicamente en una huelga política dirigida por la C.G.T. y apoyada de mala gana por los miembros de los restantes sindicatos. Siguió a ella un año de paz laboral y de aparente estabilidad económica y política. Diversas causas explican este fenómeno. En primer lugar, el Gobierno que subió al poder en septiembre de 1948 estuvo dirigido por un político radical de la preguerra, Henri Queuille, quien consiguió mantenerse en el cargo durante trece meses y estabilizar relativamente el coste de la vida.

Pero Francia estaba viviendo, de hecho, más allá de sus posibilidades. El coste de la guerra de Indochina aumentaba de día en día, y los precios empezaron a subir de nuevo, originando con ello una serie de demandas de aumento de salarios y una presión sobre el franco. A partir de mediados de 1949, dos hechos adicionales vinieron a aumentar las divisiones de los

Félix Gouin (con gafas) fotografiado junto a sus ministros en 1946. El general De Gaulle había dimitido en enero de ese año al no lograr obtener los amplios poderes que solicitó para levantar a Francia, cuya postración, sea como fuese, no le impedía seguir siendo un país muy sensible a los más leves matices dictatoriales.

partidos: las maniobras electoralistas, estimuladas por las elecciones que debían celebrarse en 1951, y la pugna sobre la política exterior a seguir.

Desde la terminación de la guerra hasta finales de 1948, la política exterior francesa tuvo dos objetivos principales. El primero, surgido de la mente de De Gaulle, consistía en obtener para Francia el estatuto de gran potencia. Esto se logró en gran parte. En octubre de 1944, los aliados reconocieron oficialmente el régimen gaullista, y durante el siguiente mes de febrero, los franceses fueron autorizados a ocupar una cuarta zona en Alemania. Francia ayudó a redactar la Carta de las Naciones Unidas y se convirtió en uno de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad y en uno de los «Cuatro Grandes» europeos.

A juicio de la gran mayoría de dirigentes políticos, el principal objetivo de la política exterior francesa era obtener garantías contra cualquier futura amenaza alemana, pero a finales de 1948 la esperanza de que los aliados aceptasen tres de las cuatro condiciones que Francia consideraba vitales para su seguridad se había esfumado. Los aliados no estaban de acuerdo en que fuese preciso ocupar militarmente la Renania y desgajarla de Alemania, en establecer un control internacional sobre el Ruhr del tipo propuesto por los franceses, y en prohibir la formación de un Gobierno central en Alemania. Francia obtuvo, sin embargo, el control económico del Sarre. Los franceses empezaron, pues, a considerar que el mejor modo de protegerse era resucitar la vieja idea de una Europa unida. Al principio, aspiraron a crear una federación europea que pudiera poner coto a cualquier tendencia agresiva alemana. Pero cuando los desacuerdos nacionales redujeron el Consejo de Europa (punto de partida de una federación europea) a un foro ineficaz, elaboraron un nuevo plan.

En mayo de 1950, Francia propuso la creación de un organismo internacional



Aun cuando su oposición a la política gubernamental resultaba negativa, tanto los comunistas como los degaullistas tenían muchos seguidores. *1* Cartel anticomunista referente a las «vacaciones» en el paraíso de los soviets. *2* Maurice Thorez, secretario general del Partido Comunista Francés, durante un discurso pronunciado en noviembre de 1948. *3* La revista soviética *Krokodil* (noviembre de 1947) presenta a un De Gaulle que se vale de la ayuda Marshall para sus veleidades napoleónicas.

que controlase la industria del carbón y del acero de siete países de la Europa occidental, dando paso, acto seguido, a una serie de proyectos destinados a establecer un control igualmente supranacional sobre la agricultura, transporte y ejército europeos. Excepción hecha del primero (Plan Schuman), los demás proyectos naufragaron, si bien el último (Plan Pleven) motivó una de las controversias políticas que más dividieron a los franceses durante la IV República. Sin embargo, en 1950 y 1951, este «europeísmo» local o funcional todavía hacía concebir grandes esperanzas en Francia.

Hacia 1951, cuando los trabajos de la primera Asamblea Nacional tocaron a su fin, la reconstrucción, la planificación económica, la seguridad social, los inicios de la modernización económica, la restauración de las instituciones republicanas, la transformación de un Imperio en una «Unión», en la cual los territorios de ultramar podían enviar a sus representantes elegidos directamente a la Asamblea Nacional, y en la cual los exprotegidos se convertirían (así se creía) en «Estados asociados» con la metrópoli, hacían que los franceses confiasen en el futuro y se sintiesen orgullosos de tales logros. Nadie hubiese podido prever en aquel entonces que la victoria de las fuerzas republicanas tradicionales sobre gaullistas y comunistas sólo era un respiro. Los gaullistas que estuvieron a punto de obtener la mayoría en las elecciones de 1951, empezaron a retroceder a partir de entonces. Pero la incapacidad de los vencedores para poner fin a sus divisiones y contradicciones internas, causa directa de que nueve Gobiernos se sucedieran al frente del país en el curso de algo más de cuatro años, los hizo más vulnerables frente al reto gaullista, mucho más serio, de la década siguiente.

Dorothy Picles

Soldados franceses en las instalaciones mineras de Saint-Étienne, ocupadas militarmente durante la huelga que afectó a más de trescientos mil trabajadores (octubre de 1948); el paro fue dirigido por la C.G.T. y representó el momento culminante de la pugna que enfrentaba a esta organización sindical con el Gobierno.



Indice